COMENTARIO

DEL NUEVO TESTAMENTO

EPISTOLAS DE PABLO

tomo 3

L. BONNET Y A. SCHROEDER

COMENTARIO

DEL

NUEVO TESTAMENTO

por

LUIS BONNET y ALFREDO SCHROEDER

(TRADUCIDO DEL FRANCES)

VOLUMEN III

EPISTOLAS DE PABLO

CASA BAUTISTA DE PUBLICACIONES

CASA BAUTISTA DE PUBLICACIONES

Agencias de Distribución

ARGENTINA:
Casilla 48, Suc. 3, Buenos Aires
COLOMBIA:
Apartado Aéreo 15333, Bogotá
COSTA RICA:
Apartado 1883, San José
CHILE:
Casilla 3125, Santiago
ECUADOR:
Casilla 2166, Quito
ESPAÑA:
Arimón 22,
Barcelona-6
ESTADOS UNIDOS:
Apartado 4255, El Paso, Texas 79914
GUATEMALA:
Apartado 1135, Guatemala
HONDURAS:
Apartado 279, Tegucigalpa
MEXICO:
Vizcaínas No. 16, México 1, D. F.
PARAGUAY:
Casilla 1171, Asunción
PERU:
Apartado 2562, Lima
REPUBLICA DOMINICANA:
Apartado 880, Santo Domingo
URUGUAY:
Casilla 2214, Montevideo
VENEZUELA:
Apartado 152, Valencia

Primera edición de C.B.P.: 1970
Clasifíquese: Comentarios - N. T. - DL
C.B.P. Art. No.: 03052

2.5 M 4 70

INDICE

PROLOGO

Es un hecho evidente que la literatura evangélica castellana es escasa e inferior en comparación con la publicada en otras lenguas.

Esta falta se hace sentir especialmente, por razones obvias, en el terreno de la exégesis del Nuevo Testamento. En efecto, no sabemos que exista en nuestra lengua un BUEN *comentario de aquél, de modo que la juventud evangélica que estudia y se prepara para el ministerio, recibe, en general, una instrucción deficiente a este respecto, cuando es de toda evidencia que una sana, buena y profunda comprensión de la palabra de Dios es la base necesaria para un verdadero éxito.*

He aquí, pues, el motivo de la publicación de la presente obra.

El Comentario de Luis Bonnet, pastor en Lausana (Suiza), escrito en lengua francesa, y cuya versión al castellano ofrecemos al público evangélico, es una de las mejores obras de su género publicadas en Europa, por la excelencia de sus INSTRUCCIONES, *la claridad y precisión de sus* ANÁLISIS, *el valor científico de sus notas* CRÍTICAS Y EXEGÉTICAS *y el espíritu de fidelidad y devoción que lo anima.*

La primera edición de los tomos III y IV (epístolas de Pablo, Hebreos a Apocalipsis), apareció en el año 1855; una segunda edición vió la luz en los años 1875 y 1876, y por último una tercera en 1891, con la colaboración del pastor Alfredo Schroeder, nieto del pastor Bonnet. En cuanto a los tomos I y II (evangelios sinópticos, Juan y Actos), aparecieron en 1880 y 1885, publicándose una segunda edición en 1895 (tomo I) y 1899 (tomo II), también esta última con la colaboración del pastor Schroeder.

Pero si bien hemos traducido al castellano la obra entera, dificultades pecuniarias impiden ofrecerla al público de una sola vez. Por este motivo, y teniendo que escoger entre los cuatro

tomos el que responda a la más urgente necesidad, publicamos el tercero, que trata de las epístolas del apóstol Pablo, en la esperanza de que más adelante podremos hacer lo mismo con los demás.

Un problema, sin embargo, se nos presentó desde el comienzo de la tarea; el de evitar que la versión del TEXTO *del Nuevo Testamento fuera inferior por ser a su vez derivada de otra traducción.*

A Dios gracias, hemos removido la dificultad haciendo una versión directa del griego al castellano, con lo que esperamos quedará la edición española del comentario a la altura de su original.

Hay un punto sobre el cual puede ser útil añadir algunas palabras: se encontrará a menudo en las notas las palabras: TEXTO RECIBIDO, *en oposición a las variantes que se hallan en otros documentos del Nuevo Testamento. Para los lectores extraños a las cuestiones de la crítica textual diremos lo que significan.*

Durante quince siglos, nuestros santos libros habían sido copiados para el uso de la iglesia. Esos numerosos manuscritos, algunos de los cuales remontan al siglo IV, eran en su mayor parte desconocidos en la época del Renacimiento y de la invención de la imprenta. Nadie se había ocupado aún de las inevitables diferencias de ciertas palabras que se hallan entre ellos (VARIANTES), *cuando en 1516 el célebre humanista Erasmo publicó el primer Nuevo Testamento griego impreso. Se contentó con reproducir algunos manuscritos muy recientes, no habiendo aún los medios necesarios para compararlos con otros más antiguos. Tal era la necesidad que se sentía de poseer el Nuevo Testamento en su lengua original, que en pocos años cinco ediciones se sucedieron rápidamente y la obra de Erasmo fué reproducida en toda Europa. Los sabios editores Roberto y Enrique Estienne publicaron revisiones, auxiliándose con diversos manuscritos de la biblioteca real de París. (1546 y sig.) Teodoro de Beza prosiguió su obra por medio de copias antiguas que poseía. (1565 y sig.). Más tarde, ediciones numerosas, elegantes, en un formato portátil, salieron de las prensas célebres de los Elzevir, en Holanda. Estos editores, en su prefacio, dieron a su Nuevo Testamento el nombre de "el* TEXTO RECIBIDO *de todos, completamente corregido, etc.". (Leyde, 1624 y sig.). Había en ello sin embargo una doble exageración, pues por una parte ese texto no había sufrido la depuración de una crítica científica, y por la otra, numerosas ediciones del Nuevo Testamento se produjeron en otras partes, provenientes, no de la obra de Erasmo, sino de la célebre obra políglota editada en España bajo los auspicios del cardenal Jiménez. El texto del Nuevo Testamento, reproducido en innumerables ediciones, permaneció en ese estado hasta la segunda mitad del siglo XVIII. Entonces, inmensos trabajos de crítica fueron emprendidos y proseguidos sin tregua por sabios como Bengel, Griesbach, Ccholz, Lachmann, Tischendorf, etc. Han estudiado, clasificado, comparado los numerosos manuscritos existentes; han descubierto otros desconocidos; han formado colecciones completas de todas las variantes, explorando para ello los manuscritos, las citas de los padres de la iglesia, las versiones antiguas; en pocas palabras, se han esforzado en llegar, por la comparación de todos esos documentos y a la luz de la exégesis, a la posesión del texto más correcto posible.*

Agreguemos que de las variantes tan pacientemente examinadas, no hay una sola que concierna a punto alguno esencial en los grandes hechos y doctrinas del evangelio. En esto todos los documentos están de perfecto acuerdo. En esta obra no ha seguido el autor exclusivamente a ninguno de los eminentes críticos sino que cada variante ha sido discutida de por sí con independencia, y se ha apartado del TEXTO RECIBIDO *solamente cuando la autoridad de los documentos le ha parecido decisiva.*

¡Quiera Dios bendecir el esfuerzo continuo de varios años y hacer que esta traducción del Comentario de Bonnet y Schroeder sea de verdadero provecho para el pueblo evangélico de lengua castellana, y en particular para la juventud que se prepara para la tarea!

A. CATIVIELA.

INTRODUCCIÓN GENERAL
A LAS EPÍSTOLAS

"Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y nuestras manos han tocado sobre la PALABRA DE VIDA (y la vida fué manifestada, y nosotros la hemos visto, y damos testimonio, y os anunciamos la vida eterna que era con el Padre y que nos fué manifestada): —lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, a fin de que vosotros también tengáis comunión con nosotros, y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo, Jesucristo. Y os ESCRIBIMOS estas cosas, a fin de que vuestro gozo sea cumplido".— Tal es el testimonio apostólico que vamos a hallar en estas epístolas; tales son su objeto, su certidumbre, su propósito. Lo que ha sido manifestado del cielo a nuestra humanidad perdida en las tinieblas y en la muerte, es más que un sistema de doctrina, es la vida, la vida eterna, personificada en el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Esta vida, enteramente divina y enteramente humana, ha aparecido primeramente en la persona misma de Jesucristo, y nos ha sido anunciada por el testimonio apostólico en los cuatro EVANGELIOS. Esta vida, depositada en los primeros creyentes, desarrollada y propagada por la acción potente del Espíritu Santo, creó sobre la tierra una iglesia que la respiraba y la manifestaba a su vez: tenemos el testimonio apostólico de ello en el libro de los ACTOS. Pero luego se hicieron sentir en las jóvenes iglesias necesidades apremiantes a las cuales los apóstoles solos podían responder. Aquí, la vida cristiana había nacido en el seno de una grande ignorancia; era necesario instruir, iluminar las almas, exponiéndoles más completamente la verdad, todo el consejo de Dios para la salvación. Allá, el error, propagado por falsos apóstoles, había llegado pronto a obscurecer la luz del puro evangelio del Cruci-

ficado; era necesario combatir, disipar esas falsas nociones, tanto más peligrosas para la vida cuanto que emanan del corazón corrompido del hombre. En otra parte, el error, produciendo ya sus amargos frutos ocasionaba, en el seno mismo de las iglesias, pecados vergonzosos que podían deshonrar la profesión del nombre de Cristo; era necesario establecer los principios de una severa y salutífera disciplina. Más lejos, las relaciones nuevas de los cristianos con el mundo judío y pagano engendraban conflictos y peligros que dejaban las almas mal afirmadas, en peligrosas perplejidades: el consejo de un apóstol les era indispensable. Por todas partes, el odio del mundo por fuera, los renunciamientos y las cruces por dentro, echaron a los discípulos del Salvador en un horno de pruebas, de donde muchos no habrían salido jamás vencedores sin las palabras de consuelo y de aliento que esperaban de los testigos de Jesucristo. Estos, no pudiendo responder a todas esas consultas por su presencia personal, recurrieron a la correspondencia. Una inmensa importancia debió atribuirse a sus cartas leídas en las asambleas, copiadas y propagadas de iglesia en iglesia, recogidas por último como un tesoro irreemplazable: tal es el origen del testimonio apostólico en las EPÍSTOLAS.

No es éste el lugar de exponer y probar la autoridad de que Jesús ha investido al APOSTOLADO en su iglesia, ni el auxilio especial del Espíritu Santo que fué acordado a esta dignidad para su alto destino en todas las edades futuras. Baste recordar la perfecta certidumbre de este testimonio, en los términos absolutos que Juan acumula desde las primeras líneas de su carta, citadas al principio de esta introducción. "Os *escribimos* estas cosas", dice hablando de este testimonio relativo a la vida eterna; y otro apóstol acompaña sus instrucciones escritas con esta solemne declaración: "Las cosas que os escribo son MANDAMIENTOS DEL SEÑOR". Ausentes de las iglesias, esos testigos de Jesucristo consideraban que sus cartas los reemplazaban del mismo modo. Tal ha sido, en todo tiempo, en todas partes, el sentimiento de la iglesia entera. Y, gracias a Dios, no se le ha mostrado hasta ahora ninguna razón para juzar de otro modo. El apostolado existe, pues, para nosotros en las epístolas. En cuanto a los que quieren, en ciertos casos, apelar del apostolado a Aquel que lo instituyó, se colocan sencillamente en lo imposible, es decir en el absurdo, puesto que nosotros no conocemos nada, absolutamente nada de Jesucristo, fuera del apostolado. Las epístolas contienen, ora para la doctrina, ora para la vida cristiana, la única interpretación auténtica y divina del gran misterio de piedad, del hecho de la redención.

—Pero, se nos dice, las epístolas han sido todas escritas para responder a necesidades ocasionales, locales, temporales; ¿de dónde les vendría ese carácter de universalidad y de perpetuidad? ¿Cómo una carta dirigida a la iglesia de Roma, o de Corinto, o de Filipos, resultaría aplicable a una iglesia de Francia, de Inglaterra, de Alemania, en el siglo XIX? Es necesario no haber reflexionado para hacer esta objeción; precisamente esta actualidad de las epístolas explica su perpetuidad. El alma humana, con su pecado y los errores y sufrimientos que él crea, ¿no es siempre y dondequiera idéntica a sí misma? Y el remedio divino que la cura y la santifica una vez, ¿perdería, acaso, algo de su eficacia según las variaciones del calendario o de los climas? Lo que es humano en un tiempo, en un lugar, lo es siempre y en todas partes, y lo que es divino no cambia jamás. Lo que es tomado de la vida se halla siempre en la vida. Los sistemas solos cambian porque los sistemas poco se preocupan de la vida; y aun sus variaciones atañen mucho más a la forma que al fondo. "Nada hay nuevo debajo del sol". Por otra parte, lo que constituye la perpetuidad de las enseñanzas apostólicas, así como una de las demostraciones brillantes del Espíritu eterno de que ellas emanan, es que siempre se fundan sobre las grandes e inmutables verdades de la revelación y de la redención, aun cuando no expongan *ex profeso* esas verdades. Que un apóstol exhorte a la práctica del menor deber moral: ¡vedle sacando sus motivos de la inmutable santidad de Dios, de su misericordia eterna, del gran sacrificio del Calvario! Recomienda Pablo a los cristianos de Roma abstenerse de ciertos alimentos; da a los de Corinto instrucciones completamente temporales relativas a las cosas sacrificadas a los ídolos; los exhorta a participar en una colecta para sus hermanos pobres de Judea; ruega humildemente a su amigo Filemón que reciba a su esclavo y le perdone: —leed atentamente y hallaréis, en cada uno de esos fragmentos de cartas, todas las verdades de la fe, todos los principios de la moral cristiana, todo el evangelio. —Suponed que en lugar de nuestra colección de epístolas dirigidas a iglesias y a individuos para sus necesidades presentes, con esa diversidad infinita de aplicaciones que hace de ella una figura tan fiel de la vida, tuviéramos un libro escrito en la generalidad abstracta de un compendio: tal libro no respondería a las necesidades de nin-

guna época, de ninguna iglesia, de ningún alma, porque no individualizaría ninguna parte de la verdad. Sí, la Biblia entera es HISTORIA, porque toda entera es LA VIDA; ¡libro divino, libro humano, cada una de cuyas páginas podría llevar esta inscripción: LA PALABRA FUÉ HECHA CARNE!

Por último, lo que asegura para todos los tiempos a la colección de las epístolas este doble carácter de autoridad y de perpetuidad, es la unidad profunda de las enseñanzas que están contenidas en ellas. Esta unidad es aun más evidente por aparecernos a través de la diversidad de las individualidades y de las formas. Para no hablar aquí más que de Pablo y de Juan, a quienes se ha querido oponer entre sí (1), es cierto que las formas con que revisten su pensamiento son tan diferentes como armónico es en el fondo ese mismo pensamiento. La verdad cristiana es, para el uno como para el otro, una vida divina que mana de la misma fuente, que descansa sobre idénticos hechos. Pero mientras Juan contempla con amor esa verdad y la refleja como el espejo más puro, Pablo la concibe con fuerza, se la apropia con un sentimiento no menos profundo, la sistematiza y la prueba por una dialéctica llena de lucidez y de energía. El uno es todo profecía intuitiva, el otro todo acción, aun por medio de la palabra; el uno se mueve con delicia por las alturas de una gnosis divina, se adhiere al lado objetivo e ideal de las revelaciones, representa en pocas palabras el espíritu oriental en la iglesia; el otro ha sido el padre de la teología cristiana, determina las relaciones necesarias de ella con la naturaleza humana, representa el espíritu occidental con sus ideas vivamente definidas y sus tendencias prácticas. Pero si se toma una por una en sus escritos las verdades que constituyen el cristianismo, se las hallará idénticas en el fondo, a pesar de la diversidad en la exposición. Rechazamos, pues, con convicción, la invención moderna de una doctrina de Pablo, una doctrina de Juan o de Pedro o de Jacobo, en cuanto una exégesis sin profundidad ni espiritualidad transforma la diversidad en oposición. Pero no podemos tampoco apropiarnos las ideas de aquellos que, no teniendo cuenta alguna de las individualidades, ni de su carácter, ni de sus necesidades, no reconocen, en el Nuevo Testamento como en la iglesia, más que una sola concepción del evangelio eterno. "Dios es más grande que nuestro corazón", y Dios ha querido que, desde los tiempos apostólicos, todas las diversas fases de la verdad revelada fueran sacadas a la luz por hombres diversos ninguno de los cuales podía abarcar esta verdad entera, pero que tenían por misión llevar cada uno su piedra a la escritura del majestuoso edificio en el cual vienen, desde hace diez y nueve siglos, a refugiarse las almas sedientas de paz y de vida. Juan no habría escrito jamás la epístola a los Romanos. Pablo no habría dotado jamás a la iglesia del cuarto evangelio: ¡Gracias a Dios porque no carecemos ni de uno ni de otro de estos libros!

(1) En cuanto a las relaciones de Pablo y Jacobo, véase la introducción y las notas en la epístola de este último.

INTRODUCCIÓN GENERAL

A LAS EPÍSTOLAS DE PABLO

La crítica literaria ha reconocido en nuestros días que el medio más seguro de comprender el conjunto y el espíritu de las producciones de un autor, consiste en buscar su comentario en la vida de este autor mismo. Si este principio es incontestable en relación a los escritores profanos, ¡cuánto más cuando se trata de hombres en quienes jamás hay divorcio alguno entre el pensamiento y la experiencia más íntima, de hombres en los cuales la verdad y la vida son identificadas en un todo armónico! El estudio de las epístolas de Pablo debiera, pues, empezar por el de su vida, desde el momento en que le hallamos asistiendo al martirio de Esteban (Actos 7), o aun desde el tiempo de sus primeros desarrollos en el fariseísmo, hasta el día en que, llegado al término de su santa carrera, anuncia a su discípulo Timoteo que la ha terminado. (2 Tim. 4:7). Para ello, los materiales abundarían en el libro de los Actos (cap. 9 y 13-28) y en las numerosas comunicaciones que este apóstol hace sobre sí mismo en sus epístolas, con todo el abandono de un alma que desborda de los más ardientes afectos. Este estudio pasaría de los límites que debemos trazarnos aquí. No podemos sino echar una mirada sobre la época que vió realizarse el nuevo nacimiento y la consagración al apostolado de este hombre de Dios; todo el resto deriva de ese punto de partida como de su fuente. Agregaremos a este bosquejo una especie de cuadro cronológico de su ministerio, para señalar en él el lugar de cada una de sus epístolas, por lo menos en la medida en que esto puede ser determinado.

SAULO (en hebreo Shaoul, el deseado, pedido en oración), llamado más tarde Paulos, según el gusto helénico. (Actos, 13: 9),

había nacido en Tarso, la Atenas de Cicilia, en el Asia Menor, de padres judíos, de la tribu de Benjamín (Fil. 3: 5; 2 Cor. 11: 22), que poseían el derecho de ciudadanos romanos. (Actos 16: 37; 22: 25 y sig.). En su ciudad natal debió de recibir su primera educación y participar de esa cultura helénica de que se halla más de una huella en sus escritos. Muy joven aún, fué a Jerusalén, para estudiar allí con el célebre rabí fariseo Gamaliel. (Actos, 5: 34; 22: 3). Según la costumbre de los judíos, aprendió al mismo tiempo un oficio, el de fabricante de tiendas (Actos, 18: 3), al cual se dedicó realmente más tarde, a fin de conservar respecto de las iglesias una noble independencia. (Actos, 20: 33, 34; 1 Cor. 9: 6, 12-15; 2 Cor. 11: 7-9; 2 Tes. 3: 7 y sig.). Los principios de la teología farisaica son conocidos: ignorancia o negación de las más profundas necesidades del alma humana que solamente el sentimiento del pecado nos revela; moral superficial, observancias meramente exteriores de la ley, que bastaban para alimentar una orgullosa justicia propia; interpretación literal, árida, a menudo pueril de las escrituras.

En ese ambiente vivía el joven Saulo de Tarso, irreprochable en su vida moral, lleno de celo por la ley que estudiaba (Fil. 3: 6), pero sin sospechar siquiera la santa y profunda espiritualidad de esa ley (Rom. 7: 9) que penetra y juzga hasta los pensamientos y los más secretos movimientos del corazón.

Era imposible, sin embargo, que esa alma ardiente y sincera se hallara largo tiempo satisfecha con una religión que, por una parte, no alcanzaba a la conciencia, y por la otra, no le daba fuerza para luchar victoriosamente contra el poder del mal. Mientras más rectitud y energía ponía en sus esfuerzos para elevarse hasta el ideal del bien que le aparcía de lejos, tanto más sufría del enorme desacuerdo de nuestra naturaleza moral que tan admirablemente describió después (Rom. 7). Ser siempre vencido en el combate, sentirse esclavo y no percibir ninguna liberación: nada más propio para irritar el orgullo y llenar el alma de amargura.

Toda Jerusalén conversaba entonces de una secta ya muy numerosa de Galileos que se decía en posesión de la verdad y de la salvación... ¿Pero qué? ¡Ignorantes que nada inquirían absolutamente de los hombres de la ciencia y de sus sistemas! ¡Fanáticos que renunciaban a la ley como medio de perfeccionamiento y de salvación! ¡Los adeptos de un hombre al que el Sanedrín

había condenado al suplicio de la cruz! Saulo debió aborrecerlos. Aprovechó ávidamente la primera ocasión de saciar en ellos la irritación de su alma y alimentar su celo por Dios y por su ley (Fil. 3:6; Actos, 9: 1 y sig.; Gál. 1: 14). Los primeros perseguidores le hallaron en sus filas; héle ahí asociado a los asesinos de Esteban; guarda sus vestiduras, los anima con su presencia, y tal será la primera mención de su nombre en el Nuevo Testamento (Actos, 7: 58; 8:). Una vez entrado en ese camino, no se detiene; el celo se torna en fanatismo, el malestar interno aumenta, son necesarias nuevas víctimas: "Saulo asolaba la iglesia, entrando en todas las casas, y arrastrando por fuerza hombres y mujeres los ponía en la cárcel". (Actos, 8: 3). La persecución en Jerusalén no le basta. Munido de cartas que él mismo había pedido al sumo sacerdote, está en camino para Damasco, de donde debe traer encadenados los discípulos del Nazareno... La hora de la soberana gracia de Dios había dado; pero, aun después de su conversión y durante toda su vida, el recuerdo de haber perseguido la iglesia de Dios pesó gravemente sobre su conciencia. (1 Cor. 15: 8, 9; 1 Tim. 1: 12, 13).

El acontecimiento que tuvo lugar entonces en el camino de Damasco (Actos 9) es uno de los más importantes de la historia de la iglesia, para esta iglesia misma, para la verdad divina de que ella es depositaria, para el mundo que debía ser salvado por esta verdad. Por esto este hecho maravilloso ha puesto a prueba la sagacidad y la especulación de los pensadores, unos esforzándose en explicarlo por causas naturales, otros no queriendo ver en él más que un fenómeno interno, una especie de visión cuyo teatro fué solamente el alma de Saulo; otros buscando las causas psciológicas o las predisposiciones morales que puedan explicar un cambio tan extraño en la vida de un hombre. ¿No sería más racional, para no decir más, escuchar atentamente el testimonio de este hombre mismo, principalmente cuando este hombre se llama Pablo? Ahora bien: este gran apóstol, colocado en presencia de sus adversarios que no comprendían nada de ese milagro de su vida espiritual, se contenta con contarlo con sencillez en todos sus detalles como un hecho realizado en presencia de varios testigos (Actos 22: 6 y sig.); y cuando habla de él a creyentes, les hace ver en él una obra de la omnipotencia y de la eterna misericordia de Dios, "cogiéndole" (Fil. 3: 12), a él, el primero de los pecadores, iluminándole, humillándole, renovando todo su ser.

(Gál. 1: 15, 16; 1 Cor. 9: 1; 15: 8; 1 Tim. 1: 12, 6). Sin duda la mano de Dios puede haber puesto en acción en esta alma el incurable malestar que la roía bajo la ley, la exaltación misma del perseguidor, quizá secretos remordimientos provocados por los sufrimientos de sus víctimas, quizá también la vista de su fe, de su mansedumbre, quizá en fin, el recuerdo de Esteban rogando por sus asesinos, otros tantos aguijones contra los cuales era duro cocear. (Actos 9: 5; comp. Actos 22: 20). ¿Pero qué son esas causas, sino los medios de esta gracia soberana y gratuita, sin la cual Saulo habría quedado en sus tinieblas y su endurecimiento?

Sea lo que fuere, así como el fariseo orgulloso, dominado por prejüicios rígidos, ciegos y carnales, fué preparado para llegar a ser ese apóstol tan iluminado, tan espiritual, tan humilde, tan amante. Después como antes, es siempre la misma alma ardiente, pero había pasado por el bautismo de fuego; el centro de esa vida entera estaba en otro lugar. Pablo amaba con todas las fuerzas de su ser lo que Saulo había aborrecido; Pablo despreciaba aquello de que Saulo había hecho sus ídolos. (Fil. 3: 4, 8). Los caminos de Dios para la conversión de las almas son infinitamente diversos; pero es cierto que las experiencias personales de nuestro apóstol, iluminadas por la revelación directa de la verdad divina, eran maravillosamente propias para hacer luminosas y vivientes en él las grandes doctrinas fundamentales del evangelio que él debía esparcir por el mundo pagano. Cuanto más sincero y ardiente había sido en sus esfuerzos para alcanzar la justicia de la ley; cuanto más humillante había sido el sentimiento de su impotencia moral (Rom. 7: 4); cuanto más doloroso y angustioso se había hecho el antagonismo de la conciencia y de la carne (Rom. 7: 24), tanto mejor, después de su liberación, debía aparecerle la doctrina de la JUSTIFICACIÓN del pecador delante de Dios por LA FE SOLA como el refugio seguro, pero único, de la salvación. ¡Quién no comprendería el cuidado que pone en exponer en toda su claridad esta gloriosa verdad, y la inflexible firmeza con que combate toda tendencia que pudiera obscurecerla, debilitarla, conduciendo de nuevo al hombre libertado por la gracia bajo el yugo intolerable de una servil legalidad, y al terreno fangoso de sus propios méritos! Esta doctrina es la idea madre de todas sus epístolas, es la vida de este gran apóstol. Mas, por otra parte, como él sabía, por su experiencia, que es la ley, tomada en serio, la que da el conocimiento del pecado (Rom. 3: 20; 7: 7); que esa ley, "espiritual, santa, buena" (Rom. 7: 12, 14), como expresión de la santidad de Dios había ejercido su salutífero ministerio de condenación y de muerte en su alma (Rom. 7: 9, 10), se cuida muy bien de declararla abolida. Al contrario, toda su enseñanza "establece" la ley (Rom. 3: 31), porque en lugar de rebajarla como los fariseos, la deja subsistir en toda su inviolable santidad; porque la muestra perfectamente cumplida en la obra del Salvador; porque ella se cumple también en el corazón y en la vida del fiel por medio del amor que le inspira su liberación (Rom. 13: 8-10); porque por último la fe que justifica y salva es un principio de fuerza, de libertad y de vida, que renueva al hombre pecador por completo. Pablo no conoce antinomismo de ninguna especie, ni antes ni después de la conversión, sino una salvación perfectamente gratuita, cuyo autor es Jesucristo, cuyo medio subjetivo y único es la fe, cuyo fruto es la santificación completa del hombre. Dios había escogido un fariseo, salvado por pura gracia, para establecer en su iglesia las verdaderas relaciones de la ley y del evangelio.

Esto quiere decir que este apóstol hallará igualmente en su experiencia y en la revelación divina las verdaderas relaciones entre esta gracia soberana de Dios y la libertad moral del hombre. Lleno del sentimiento doloroso de su impotencia, de su ceguedad natural, de su pecado, arrancado a la ruina como un tizón que se retira del fuego, jamás Pablo será tentado de atribuir al hombre caído una fuerza que no tiene, ni siquiera una voluntad que tienda hacia Dios y a la cual no faltara sino un auxilio más para llegar al propósito de su destino (Efes. 4: 18); no de perfeccionamiento tiene necesidad el hombre natural; debe renunciar a sí mismo, morir para renacer a una nueva vida en Jesucristo. (Rom. 6:1-12; Efes. 4: 22-24; Col. 4: 9, 10). Pero, por otra parte, jamás Pablo, instruído por los rudos combates de su conciencia bajo la ley, perderá de vista la responsabilidad del hombre, ni ese grado de libertad moral que es la condición de su responsabilidad. Si se pierde, es responsable de su ruina; llamado a la salvación, es responsable de los medios de gracia que le son ofrecidos; salvado, es responsable del empleo que hace de su vida nueva, o más bien hallará en ello un móvil bastante fuerte para glorificar a Dios en todo su ser. (1 Cor. 6: 20) No hay ya dualismo, hay plena armonía entre la gracia de Dios y la libertad santificada del hombre. ¡Quién suministró jamás la mejor prueba que este apóstol en su

larga carrera de trabajos, de renunciamientos, de sufrimientos, ofreciendo mil veces su vida a Aquel que le había rescatado, impulsado por la caridad de Cristo y por el amor de las almas! La verdad se presentó siempre a Pablo como una VIDA, y por esto todas las doctrinas y todos los hechos del evangelio se han desarrollado en su alma y en su enseñanza como un magnífico conjunto orgánico y vivo, todas cuyas partes se suponen y se completan mutuamente. No enseña *verdades,* sino *la verdad,* una como la vida. Es así como Dios le ha preparado para ser hecho el apóstol de las naciones, es decir, de la humanidad.

Esta vocación al apostolado fué anunciada a Pablo desde su conversión (Actos 9: 15, 16; 22: 14, 15), y, en efecto, dió inmediatamente testimonio de Aquel que acababa de llamarle a la luz (Actos 9: 20). Sin embargo, esta vocación debió afirmarse en él gradualmente, en el silencio de un retiro que buscó en Arabia (Gál. 1: 17), y sobre todo, por nuevas manifestaciones de Aquel que le había aparecido una primera vez, y sobre cuya autoridad soberana debía descansar su apostolado. (Actos 22: 17-21; Gál. 1: 1). Desde que hubo entrado en su ministerio, y durante toda su vida, Pablo desplegó, tanto ante sus conciudadanos judíos como entre los paganos, en las circunstancias más diversas, "una fuerza y una destreza de espíritu, una claridad y profundidad de pensamiento, una firmeza de voluntad, una intimidad de alma, un entusiasmo de acción, una sabiduría de conducta, una seguridad de tacto, una potencia y una libertad de fe, un calor y un arte de elocuencia, un coraje en los peligros, un amor del Señor y de las almas, un renunciamiento a sí mismo, una paciencia, una humildad, que aseguran a este discípulo de Jesús la veneración y la admiración de todos los tiempos". (Meyer, *Comentario del Nuevo Testamento,* t. V, pág. 6).

Una vista cronológica de conjunto de esa vida tan activa fijará, en la medida que es posible determinar, el lugar de cada una de las cartas de Pablo (1).

(1) Por la falta de ciertos datos históricos, algunas partes de la vida de Pablo quedan, a pesar de todas las investigaciones y combinaciones, rodeadas de obscuridades e incertidumbres. No pudiendo entrar aquí en la discusión de los hechos expuestos, remitimos a las obras especiales, en particular a la de Neander: *Historia del establecimiento y de la dirección de la Iglesia cristiana,* traducida por M. FONTANÉS, t. I, pág. 76 y sig.; a la Introducción al *Comentario sobre la Epístola a los Romanos,* de M. GODET, 2ª edic., t. I, pág. 3 y sig., y a *El Apóstol Pablo,* por M. SABATIER, 2ª edic. Se consultará igualmente con fruto el artículo *Paulus* en el *Bibl. Realwörterbuch,* de WINER; en la *Encicl. théolog.,* de HERZOG y en el *Handwörterbuch,* de RIEHM.

Tomamos por punto de partida la conversión del apóstol, que se coloca ordinariamente, así como su permanencia en Arabia (Gál. 1: 17), por el año de J. C. 36-37

De regreso a Damasco, predica en las sinagogas algún tiempo, luego es obligado a huir de esta ciudad. (Actos 9: 5; 2 Cor. 11: 32, 33; Gál. 1: 17, 18) 37-38

Primer viaje de Pablo a Jerusalén (Gal. 1: 18; Actos 9: 26); recibe allí la revelación del Señor mencionada por él (Actos 22: 17, 21); de ahí vuelve a Siria y a Tarso, donde Barnabas le halla tres años más tarde. (Actos 9: 30; Gál. 1: 21) 39-42

Pablo es llevado a Antioquía por Barnabas; su permanencia en esa ciudad; el nombre de cristianos dado a los discípulos de Cristo (Actos 11: 25, 26) 42-43

Segundo viaje a Jerusalén; Pablo va allí con Barnabas para llevar una colecta, luego vuelve a Antioquía. (Actos 11: 27-30; 12: 25) 44

Primer viaje misionero entre los paganos; partido de Antioquía, Pablo anuncia el evangelio en la isla de Chipre y en varias provincias del Asia Menor; regreso y residencia en Antioquía. (Actos 13: 2 a 14: 28) 45-50

Tercer viaje a Jerusalén (Gál. 2: 1 y sig.); Pablo va allá de Antioquía, con Barnabas y Tito, en ocasión de las diferencias sobrevenidas entre los judíos y los paganos convertidos; concilio de Jerusalén; Pablo y sus compañeros de viaje llevan las decisiones a Antioquía, donde reside algún tiempo, predicando el evangelio. (Actos 15: 1-35) 50-51

Segundo viaje misionero. Pablo, acompañado por Silas, anuncia el evangelio en diversas provincias del Asia Menor; llamado a Europa por una visión, se detiene en Filipos de Macedonia, en Tesalónica, en Berea, en Atenas, llega a Corinto donde Aquila y Priscila se hacen sus colaboradores. (Actos 15: 40 a 18: 3) 51-52

Permanencia en Corinto durante diez y ocho meses. Desde allí, en medio de su grande actividad, Pablo escribió a la iglesia de TESALÓNICA, que acababa de fundar, SU PRIMERA Y SEGUNDA EPÍSTOLAS. (Véase la introd. a esas epístolas y Actos 18: 1-17). De Corinto, el apóstol hace por Efeso y Cesarea un *cuarto* viaje a Jerusalén, de donde regresa a Antioquía. (Actos 18: 18-22) .. 52-54

Después de permanecer algún tiempo en Antioquía (Actos 18:

23), donde tuvieron lugar entre Pablo y Pedro las relaciones a que alude el primero en la epístola a los Gálatas (2: 11-14), Pablo partió para un *tercer viaje misionero*, que le condujo, por Galacia y Frigia, a Efeso (Actos 18: 23; 19: 1), donde ejerció su apostolado durante tres años. (Actos 20: 31). De Efeso escribió la EPÍSTOLA LOS CORINTIOS. (Véase las introd.) Después del alboroto suscitado en Efeso por Demetrio (Actos 19: 23-40), Pablo pasa a Macedonia (Actos 20: 1), de donde escribe la SEGUNDA EPÍSTOLA A LOS CORINTIOS; luego, continuando su viaje hacia el Sud, llega a Grecia, reside allí tres meses (Actos 20: 3), y escribe desde Corinto la EPÍSTOLA A LOS ROMANOS 54-58

De Corinto, hace por Macedonia, Asia Menor (discurso a los pastores de Efeso), Siria, su *quinto* y último viaje a Jerusalén. (Actos 20: 3; 21: 17). Su permanencia en esta ciudad; peligros que corre de parte de los judíos; es encarcelado. Actos 21: 18; 23: 30) 58

Pablo es conducido prisionero a Cesarea y entregado al gobernador Félix. (Actos 23: 31-35). Acusado por los judíos, se justifica delante de Félix, quien le retiene dos años preso y le deja a su sucesor Porcio Festo. (Actos 24). Discursos de Pablo delante de Festo (Actos 25) y delante de Herodes Agripa II. (Actos 26) 58-60

El último viaje del apóstol que cuenta el libro de los Actos es su peligrosa navegación de Cesarea hasta Italia, que duró del otoño del año 60 a la primavera del 61. Debiendo su causa ser llevada ante el emperador, fué conducido a Roma, donde, aunque prisionero, tenía bastante libertad para poder, durante los dos años de su cautividad, entregarse a las tareas de su apostolado. De ahí escribió las EPÍSTOLAS A LOS COLOSENSES, A LOS EFESIOS, A FILEMÓN, Y A LOS FILIPENSES. (Actos 27 y 28). Según otros, las tres primeras de estas epístolas habrían sido escritas durante la cautividad de Pablo en Cesarea. (Véase las introducciones.) 61-63

El libro de los Actos se detiene bruscamente aquí, dejando al apóstol en su cautividad. Desde ese momento, no tenemos sobre él más que datos discutibles sacados de los padres de la iglesia. Por esto los teólogos modernos se dividen entre dos opiniones: admiten unos, sin pruebas, que Pablo fué ejecutado al término de la cautividad relatada por Lucas; otros (Neander,

por ejemplo), siguiendo la tradición, piensan que el apóstol fué puesto en libertad, hizo aún diversos viajes, escribió las epístolas pastorales (véase la introd. de estas epístolas), luego sufrió un segundo encarcelamiento al término del cual sufrió el martirio. Si esta segunda opinión es fundada, he aquí cuáles serían, según toda probabilidad, los últimos acontecimientos de la vida de Pablo.

El 18 de Julio de 64 tuvo lugar el gran incendio de Roma, que sirvió a Nerón de pretexto para hacer crueles persecuciones contra los cristianos. Si Pablo hubiera estado aún en Roma, ciertamente no hubiera escapado. Se puede, pues, colocar su liberación hacia fines del año 63 y principios del 64 63-64

Puesto en libertad, el apóstol se traslada al Asia Menor, deja a Timoteo en Efesio (1 Tim. 1:3), y pasa a Macedonia de donde escribe la PRIMERA EPÍSTOLA A TIMOTEO. (Véase la introd.) .. 65

Pablo visita la isla de Creta, funda o fortalece allí iglesias, cuya dirección entrega a su discípulo Tito, como se ve por la EPÍSTOLA A TITO (1:5), escrita luego después 65

Es probable que el apóstol pasara un invierno en Nicópolis (Tito 3:12), ejecutara quizá su proyecto de un viaje a España (Rom. 15:24, 28), o fuera impedido por una segunda cautividad en Roma 66

De ahí escribió su SEGUNDA EPÍSTOLA A TIMOTEO. (2 Tim. 1:16, 17; 4:16, 17). Allí fué también donde selló con su sangre su testimonio apostólico, probablemente hacia fines del reinado de Nerón 67

Según esos antecedentes, he aquí el orden en que deberían ser colocadas las trece epístolas de este apóstol:

I. Antes de su primera cautividad, entre los años 52 y 58

1. 1ª a los Tesalonicenses, } de Corinto, Actos 18:11.
2. 2ª a los Tesalonicenses, }
3. A los Gálatas, } de Efeso, Actos 19.
4. 1ª a los Corintios, }
5. 2ª a los Corintios, de Macedonia. Actos 20:1.
6. A los Romanos, de Corinto. Actos 20:3.

II. Durante la primera cautividad, entre los años 59-63.

7. A los Colosenses.
8. A los Efesios.

9. A Filemón.
10. A los Filipenses.

III. Entre la primera y la segunda cautividad, 64-66.

11. 1ª A Timoteo.
12. A Tito.

IV. Durante la segunda cautividad, 66-67.

13. 2ª a Timoteo.

EPISTOLA DE PABLO A LOS ROMANOS

INTRODUCCION

1. Hemos visto, en la introducción general a las epístolas de Pablo (pág. 21), que este apóstol, después de su residencia de tres años en Efeso, regresó a Macedonia, y de allí a Grecia, a Corinto, de donde escribió nuestra epístola por el año 58. Esta opinión se funda en diversas indicaciones contenidas en la epístola misma: así, se sabe por 1 Cor. 16:3, 4. comp. Actos 19:21, que Pablo tenía la intención de ir *de Corinto* a Jerusalén y él expresa esta misma intención en el momento de emitir la epístola a los Romanos (15:25), que escribía estando en Corinto; agrega que espera, después de su viaje a Jerusalén, visitar a Roma trasladándose a España (15:28). Así también, saluda a sus hermanos de Roma de parte de Gayo (16:23), que habitaba *en Corinto* (1 Cor. 1:14); Erasto, "procurador de la ciudad", que hace también saludar a sus hermanos de Roma (16:23), era probablemente de Corinto. (2 Tim. 4:20). Así, por último, Pablo recomienda a los Romanos Febe (16:1), que era diaconisa de la iglesia de Cencreas, puerto de Corinto. Las opiniones de algunos críticos modernos que asignan a esta epístola otra fecha y otro lugar, no tienen fundamento alguno.

2. La epístola a los Romanos está de tal modo ligada a la vida de Pablo por todos sus datos históricos y por todo su contenido, los testimonios externos e internos de su *autenticidad* son de tal modo unánimes, que jamás ninguna voz de la antigüedad la ha disputado a este apóstol, ni ninguno de los críticos alemanes ha puesto en duda su origen. Es Olshausen quien hace esta última observación, y en verdad lo dice todo. Pero si la autenticidad jamás ha sido puesta en tela de juicio, se ha emitido algunas dudas sobre la *integridad* del final de la epístola. Parece resultar de algunos pasajes de Orígenes y de Tertuliano que el hereje Marción en el siglo segundo cercenaba o por lo menos mutilaba los cap. 15 y 16; los finales repetidos (15:13, 33; 16:16,

20, 24-27) son extraños; sorprende que Pablo conociera tantas personas en Roma donde jamás había estado (saludos 16:3-16). Por último, los manuscritos presentan ciertos cambios de lugar del texto; algunos especialmente ponen la doxología (16:25-27) al final del cap. 14. Basándose en estos indicios, algunos críticos han sospechado que unas copias de nuestra epístola fueron enviadas a diversas iglesias con adiciones especiales para cada una. Es así cómo los saludos (16:3-16) habrían sido agregados al ejemplar destinado a la iglesia de Efeso. Esta hipótesis es ingeniosa, pero no puede apoyarse en ningún manuscrito y no nos parece suficientemente fundada. (Comp. las notas sobre 16:3, 22, 24, y el *Comentario* de M. Godet, 2ª edic., I, pág. 155 y sig., y II, pág. 532 y 587).

3. *La iglesia de Roma,* a quien esta epístola era dirigida, no pudo jamás decir por quién había sido fundada. Este hecho queda sepultado en la obscuridad; solamente, lo que se puede afirmar con perfecta certidumbre contra el error sobre que reposa todo un vasto sistema eclesiástico, es que Pedro no fué su fundador y no había estado jamás en Roma cuando nuestra epístola fué escrita. La tradición que hace de él el fundador o el primer obispo de la Iglesia de Roma, para ser muy antigua, no es menos falsa, pues está en plena contradicción con los escritos del Nuevo Testamento. En efecto, según esa tradición, Pedro habría ido a Roma por el año 40, habría ejercido allí el obispado durante veinticinco años, es decir hasta fines del reinado de Nerón, y habría sufrido allí el martirio al mismo tiempo que Pablo. (Jerónimo, *de vir. illustr.* 1; comp. Eusebio, *Hist. eccles.* 2:25). Ahora bien: si la muerte de Pedro en Roma parece históricamente comprobada, he aquí algunos hechos que desmienten todo el resto de esa leyenda: 1º En el año 44, Pedro ejerce su ministerio en Jerusalén (Actos 12:3) y aun en el 50, en la época del concilio apostólico (Actos 15), y en los tiempos que siguieron (Gál. 2:11 y sig.) le hallamos en esa ciudad como "apóstol de la circuncisión". 2º Durante su residencia en Efeso, en los años 55-57, Pablo toma la resolución de ir a Roma, para anunciar allí el evangelio (Actos 19:21), lo que según su propio principio (Rom. 15:20), no habría hecho si Pedro hubiera sido obispo en esta ciudad. 3º Pablo, escribiendo nuestra epístola a los Romanos, saluda (cap. 16) a todos los principales miembros de esta iglesia, y ¡ni una sola palabra para Pedro! 4º Cuando Pablo llegó prisionero a Roma en el año 61, el relato de Lucas (Actos 28) prueba con evidencia que Pedro no estaba allí. 5º Como dos años más tarde, Pablo escribe la epístola a los Filipenses; asociando el nombre de Timoteo al suyo, saluda a esa iglesia de parte de todos los hermanos, de todos los santos, aun de los de la casa del emperador, y ¡ni una sola palabra de Pedro! 6º Se puede sacar la misma consecuencia de la 2ª epístola a Timoteo, escrita mucho más tarde, según toda apariencia. (Comp. la introd. a la 1ª epístola de Pedro). Se puede decir que la epístola a los *Romanos* basta para destruir el fundamento de la iglesia *romana.* Pedro no tuvo parte alguna en la fundación, ni siquiera en la extensión de esa iglesia. He aquí más bien cuál puede haber sido su origen. Desde hacía mucho tiempo había en Roma numerosos judíos, atraídos por su comercio o conducidos como prisioneros de guerra. Augusto había llegado a asignarles un barrio particular del otro lado del Tíber, donde sostenían varias sinagogas. Por sus continuas relaciones con su patria, es fácil concebir que tuvieron, muy temprano, conocimiento del evangelio. Muchos de entre ellos se hallaban también presentes en Jerusalén en el día de Pentecostés, y oyeron la predicación de Pedro (1). (Actos 2:10). Así ya entonces, las primeras semillas de la palabra de vida debieron llegar a la capital del mundo romano. Allí se hallaban algunos parientes de Pablo que, ya *antes de él,* habían recibido la palabra de Cristo y sufrido por el evangelio (Rom. 16:7); de ahí también venían Aquila y Priscila, cuando por primera vez encontraron a Pablo en Corinto (Actos 18:2), y los hallamos nuevamente en Roma, teniendo una iglesia en su casa. (Rom. 16:3-5). Sea lo que fuere, la iglesia de Roma existía desde hacía mucho tiempo cuando Pablo le escribía, puesto que era universalmente renombrada por su fe. (1:8). Esta carta la puso en una relación aun más íntima con el apóstol, quien, llegando a Italia tres años más tarde, como un pobre prisionero, tuvo el consuelo de ver a sus hermanos en la fe ir a su encuentro hasta diez y doce leguas de Roma. (Actos 28:15).

4. Por incompletos que sean estos antecedentes sobre el origen de la iglesia de Roma, arrojan ya alguna luz sobre una cuestión que importa mucho a la inteligencia de nuestra epístola: *¿De quiénes se componía esta iglesia?* ¿contenía judíos y paganos

(1) Este último hecho dió nacimiento, quizá, a la tradición que hace de Pedro el fundador de la iglesia de Roma.

convertidos al evangelio? ¿y en qué proporción? [2] Las indicaciones históricas que acabamos de recordar, y más aun el contenido de la epístola prueban que la iglesia debía de estar compuesta de cristianos de origen judío y de origen pagano, en partes casi iguales. (Véase por una parte, Rom. 2:17, hasta 3:19; 4:1, 12; 7:1-4; 10:1; y por la otra, 1:16-32; 9:24-30; 2:13-25; 14:1-15). Es verdad que en los pasajes de la primera categoría Pablo se dirige, no a los judíos convertidos solamente, sino a la nación entera. A pesar de ello, ¿por qué estas instrucciones y estas advertencias a los judíos, sino a la nación entera? A pesar de ello, ¿por qué estas instrucciones y estas advertencias a los judíos, si no hablaba más que a paganos? ¿Qué importancia habría para estos últimos en las relaciones tan a menudo recordadas entre las dos economías del antiguo y del nuevo pacto (véase, sobre todo, 5: y sig.: "Abraham *nuestro* padre...") ; y por qué argumentaría el apóstol tan a menudo sobre pasajes del Antiguo Testamento desconocidos a paganos? Mas, por otra parte, el apóstol recuerda varias veces a sus lectores su origen pagano (1:6; 11:13), y hace valer su autoridad ante ellos como apóstol de los gentiles (1:5; 15:15 y sig.) Así, la naturaleza de las cosas y el contenido de nuestra epístola no dejan duda alguna sobre el origen promiscuo de los miembros de la iglesia de Roma. Todo parece aun indicar que los paganos convertidos formaban la mayor parte.

5. El *objeto* del apóstol en este escrito, el más importante que haya salido de su pluma, es pues muy claro: ya en relación personal con gran número de miembros de una iglesia que no había disfrutado jamás directamente de una enseñanza apostólica, y que, por su posición, en la capital del imperio, estaba destinada a un

(2) La crítica negativa de nuestros días (la de Baur, sobre todo) ha explotado largamente ciertos detalles sobre la llegada de Pablo a Roma, que acabamos de recordar, para sacar según su costumbre conclusiones contra la verdad histórica del libro de los Actos, y aún contra la existencia de una iglesia ya constituída. Los judíos de Roma, que Pablo llama a su lado en cuanto llega, ha dicho aquélla, no tienen conocimiento alguno de una iglesia cristiana en esa ciudad (Actos 28: 21): piden informaciones a este respecto. ¿Cómo, pues, habría podido existir esa iglesia ya numerosa sin que los judíos la conociesen, puesto que estaba compuesta en gran parte de judíos convertidos? En el pasaje de los Actos en cuestión, no hay una palabra que establezca esa pretendida ignorancia de los judíos sobre la existencia de la iglesia de Roma. Pablo les habla de las causas de su cautividad; ellos responden: "No hemos recibido comunicación alguna de Judea a *tu respecto*, ni por cartas, no por la llegada de ningún judío; nos enteraríamos de buena gana de ti cuál es *tu sentimientos;* mas en cuanto a esta secta, agregan con un desdén que los exime de decir más, *notorio nos es* que se la contradice en todas partes". En todas partes, en Italia como en Oriente, en Roma como dondequiera: esto nos es notorio. ¿Dónde está la ignorancia? ¿Dónde están las informaciones pedidas? (Véase las notas sobre este pasaje del libro de los Actos).

porvenir de la más alta importancia, Pablo quiere reunir esas piedras sueltas de las ruinas del antiguo templo, y esas otras piedras vivas recientemente talladas de la cantera bruta del paganismo, para levantar con ellas un edificio inconmoviblemente basado sobre el único fundamento que se puede poner, Jesucristo. Lleno de este pensamiento, el apóstol tenía "desde varios años" en su corazón el deseo de anunciar el evangelio en Roma. (Rom. 15:23; 1:11 y sig. Actos 19:21). El cap. 16 de esta epístola nos muestra que tenía relaciones estrechas de amor fraternal con todos los principales miembros de la iglesia naciente de esta ciudad, y que poderosos motivos debían impulsarle a extender su actividad apostólica hasta este centro del mundo civilizado. Pero hasta entonces no le había sido posible ejecutar este proyecto. (1:13; 15:22). Ahora tiene la esperanza de realizarlo, pero es necesario antes que haga un viaje a Jerusalén para llevar allá la colecta hecha en Grecia; y como tiene proyectos más lejanos que Italia, piensa no poder detenerse en Roma tanto tiempo como querría. (15:24-29). Recurre, pues, a su actividad epistolar para llenar, por lo menos en parte, el propósito que se proponía desde hacía tanto tiempo. Este propósito, según la epístola entera lo muestra, era de elevar, en el seno mismo del mundo pagano, un monumento permanente de la doctrina evangélica tal cual este gran siervo de Dios la había recibido y se la había apropiado, bajo la dirección del Espíritu de que estaba lleno.

No se trata, pues, como se ha dicho a menudo, de allanar divisiones entre judíos y paganos convertidos —nada semejante aparece en esta carta (excepto cuando más en algunas exhortaciones del cap. 14),— sino de enseñar a unos y otros todo el consejo de Dios en la redención del mundo.

6. Para ello, he aquí el plan que sigue el apóstol: después de una introducción solemne, cada una de cuyas palabras encierra una verdad profunda o expresa relaciones personales llenas de afecto y abnegación (1:1-15), establece el principio fundamental que se trata de desarrollar: LA JUSTICIA DE DIOS REVELADA Y COMUNICADA AL HOMBRE POR EL EVANGELIO DE LA SALVACIÓN Y RECIBIDA POR LA FE SOLA. (1:16,17). Pero, antes de exponer este remedio, es necesario probar el mal; antes de mostrar la salud, hacer sentir la ruina. Recurriendo, pues, a este método antropológico al cual la ciencia de nuestros días siente la necesidad de volver, Pablo demuestra *por la experiencia* que ni los paganos, por medio de la luz natural que

han pervertido en su profunda corrupción (1:18-32), ni los judíos, por medio de la ley revelada que han violado en todo punto (cap. 2), pueden por sí mismos subsistir delante del Dios santo y justo. Todos, paganos y judíos, a pesar de los privilegios religiosos de estos últimos, están sumergidos en una espantosa degradación moral y colocados bajo la condenación (3:1-20). El apóstol aborda luego su gran tema, la buena nueva de una JUSTIFICACIÓN enteramente gratuita, objetivamente por el sacrificio expiatorio de Jesucristo, y subjetivamente por la fe que se la apropia (3:21-31). Este gran medio de salvación no es nuevo; ha sido el objeto de todas las revelaciones de Dios a los fieles del antiguo pacto (cap. 4). ¿Cuáles son ahora los primeros frutos de esta justificación? La paz de Dios, la confianza filial de un corazón reconciliado con él, una potente consolación en los males de la vida, una plena certidumbre de la salvación (5:1-11). Por último, para concluir todo el desarrollo precedente, el apóstol muestra que la humanidad, solidaria en su liberación como en su caída, recoge en Jesucristo una bendición más grande que el mal causado por Adán (5:12-21)—Pero, cualquiera que sea la abundancia de la gracia de Dios y la perfecta dádiva de esta salvación, el resultado no es hacer dormir al hombre en una falsa seguridad, ni autorizar en él el pecado; al contrario, convertido en uno con Jesucristo, el creyente saca de él una vida nueva, fuente de una SANTIFICACIÓN cierta que la ley era impotente para darle. (6:1 a 7:6). Para hacer más sensible esta última verdad, Pablo muestra, por su propo ejemplo, cómo se realiza en el corazón del hombre que, después de haber vivido largo tiempo sin ningún sentimientó de la santidad de la ley, se despierta por último bajo el aguijón de esa ley que le juzga, le condena, le mata; se esfuerza en observarla, pero en vano; sucumbe en el combate hasta que va a refugiarse en los brazos del Salvador; entonces hace oír un grito de victoria. (7:7-25). Entonces también se abre a él la fuente de este Espíritu de Dios por el cual sale de la esclavitud de la carne; de este Espíritu de adopción que le muestra en Dios su tierno Padre, y le da la triunfante seguridad de que nada podrá jamás separarle de su amor. (cap. 8). El apóstol aborda luego el problema del rechazo de Israel y expone la marcha de la salvación en la humanidad. ¿No tiene Israel derecho de ver una injusticia, una ruptura de la alianza divina en este nuevo medio de la salvación por el cual los paganos le son igualados, si no preferidos? No, pues la salvación del pecador es siempre la obra de la

soberana gracia de Dios que es libre en la dispensación de sus dones (9:1-29); es la infidelidad de Israel lo que ha causado su rechazo al impedirle abrazar la justicia de la fe (9:30 a 10:21). Pero, en Israel mismo, hay un resto, según la elección de gracia, y viene un día en que esta rama, cercenada del tronco, será nuevamente injertada entera; una parte de Israel ha caído en el endurecimiento, hasta que "la plenitud de los paganos" haya entrado en la iglesia, y entonces todo Israel será salvado. ¡Oh profundidad de sabiduría y de misericordia! (Cap. 11). Allí termina la parte dogmática de la epístola. Los cinco capítulos que siguen, y que forman la parte moral, contienen instrucciones sobre los caracteres más importantes de la vida cristiana: entera consagración a Dios, fidelidad en el empleo de sus dones, amor para con todos, aun para con los enemigos. (Cap. 12). Para con los de afuera: obediencia a las autoridades constituídas (cap. 13:1-7); para con los de adentro: amor mutuo y vigilancia (13:8-14); paciencia con los débiles, respeto de sus opiniones. (14:1 a 15:13). Por último, relaciones personales del apóstol con la iglesia de Roma, saludos, últimas exhortaciones. (15:14 a 16:27). Quizás se podría, salvo la imperfección de tal resumen, trazar el cuadro siguiente de las principales divisiones de este escrito:

Introducción y tema de la epístola: 1:1-17.

PRIMERA PARTE. Tratado doctrinal: 1:18 a 11:36.

a) La salvación gratuita en Jesucristo.
1. Estado moral del hombre ante Dios: 1:18 a 3:20.
2. Redención y justificación por la fe: 3:21 a 5:21.
3. Vida nueva y satnificación: Cap. 6 a 8.

b) La elección. El problema del rechazo de Israel. Destino final de los gentiles y de Israel: Cap. 9 a 11.

SEGUNDA PARTE. Cap. 12 a 16. Exposición práctica.

1. Consagración a Dios; amor: Cap. 12.
2. Obediencia a las autoridades: 13:1-7.
3. Amor mutuo, vigilancia; tolerancia entre cristianos: 13:8 a 15:13.
4. Comunicaciones personales, exhortaciones: 15:14 a 16:27.

7. ¿Qué no habría que decir sobre la infinita importancia de la epístola a los Romanos para la iglesia de Jesucristo? "Ella ha sido la base de todos los desarrollos dogmáticos en la iglesia de Occidente", dice uno de los mejores intérpretes modernos de esta epístola, Olshausen. "Hay, continúa, en la naturaleza humana, la

inclinación a alejarse constantemente de la esencia del evangelio, para volver a colocarse bajo la ley. (Propia justicia). Ya cuando la fundación de la iglesia, se vió la dificultad de vencer esa legalidad y de hacer triunfar la verdad evangélica. Aun los que habían sentido el poder de ésta, como los cristianos de Galacia, podían errar nuevamente en ese sentido. Más tarde, en el seno de la iglesia de la edad media, se formó una legalidad nueva, y la justicia de la fe, sin las obras de la ley, fué completamente desconocida. A la luz de la palabra de Dios, y muy particularmente en esta exposición tan profunda, tan experimental de la verdad cristiana, en la epístola a los Romanos en pocas palabras, fué donde los reformadores hallaron nuevamente la doctrina primitiva de la justicia procedente de la fe; y es así cómo reedificaron la iglesia sobre su eterno e indestructible fundamento. Por último, a mediados del siglo XIX, la iglesia recayó en la legalidad del racionalismo y del neologismo que se extendió entonces; y si nuestra época ha podido volver a hallar la preciosa joya de la fe bajo las ruinas de esa iglesia destruída, es deudora todavía muy especialmente a esta enseñanza tan completa, tan persuasiva para toda alma sedienta de verdad, la epístola a los Romanos. Y lo que ella ha sido para la iglesia en general, lo es también todos los días para los desarrollos sucesivos de la verdad y de la vida en cada alma... Un escrito de tan inmensa importancia, que ha sido para la iglesia, en todo el curso de los siglos, el poder regulador de sus reformas, que lo ha sido igualmente para innumerables individuos en los progresos de la vida personal, y que lo será aún hasta el fin de los días; un escrito que se da así testimonio a sí mismo en el corazón de millones de hombres, y en la conciencia de iglesias enteras, como siendo la más profunda verdad, —un escrito semejante debe haber emanado de la vida más íntima de su autor." "Se comprende, dice más lejos Olshauen, después de haber expuesto las experiencias personales de Pablo, de que nuestro libro es el resultado vivo, se comprende que se designe ordinariamente la epístola a los Romanos como un libro muy difícil. Hay que decir más: donde falta completamente una experiencia análoga a la del apóstol, esta carta debe ser completamente ininteligible. Todo en este libro mana tan inmediatamente de su fuente; todo en él, lleva tan bien el sello de la experiencia y de la vida; el apóstol hunde miradas tan penetrantes en el corazón del hombre regenerado, para señalar sus fases más delicadas; comprende tan completamente las relaciones de lo que hay de más individual con los hechos más universales,— que el lector que se mueve aún en el horizonte inferior y limitado de la vida terrestre debe ora ser cogido de vértigo cuando el apóstol le abre esas inmensas perspectivas sobre los destinos pasados y futuros de la humanidad, ora sentir obscurecerse su vista cuando le descubre hasta los matices más inapreciables de lo que pasa en las misteriosas profundidades del alma. Pero donde experiencias análogas han tenido lugar, donde los ojos han sido abiertos a la luz, allí el contenido de este libro se hace claro aun para el alma más sencilla, como lo ha probado Lutero, de un modo tan popular, en su célebre prefacio de la epístola a los Romanos". Que la lectura y la interpretación de este libro empiece, pues, y termine bajo la influencia de esta súplica: "¡Abre mis ojos, a fin de que vea yo las maravillas de tu ley!"

EPISTOLA DE PABLO A LOS ROMANOS

CAPITULO I

I. *Salutación del apóstol a los cristianos de Roma, 1-7.* — II. *Sus acciones de gracias y sus oraciones por ellos; su deseo de ir a verlos, 8-15.* — III. *Resumen de todo el evangelio, tema de la epístola, 16-17.* — IV. *Necesidad de la redención del hombre, probada por su corrupción, 18-32.*

I. 1-7. SALUTACIÓN APOSTÓLICA. — 1º Pablo firma su carta y agrega a su nombre los títulos sobre que reposa su autoridad en la iglesia (1). — 2º El evangelio que anuncia ha sido prometido hace mucho tiempo, y tiene por objeto el Salvador, hijo de David e Hijo de Dios. (2-4). — 3º De Dios Pablo ha recibido su apostolado para los paganos y también para los de Roma, que han sido llamados, santificados, y a los cuales el apóstol dirige su voto apostólico. (5-7).

1 Pablo, siervo de Jesucristo, llamado apóstol, apartado para el
2 evangelio de Dios[1], que antes había prometido por sus profetas

1. Según la costumbre de los antiguos (Actos 15:23; 23:26), Pablo firma su carta al principio, en lugar de poner su nombre al fin. Luego agrega a este nombre todos los títulos más serios, que debían asegurar a su escrito una autoridad apostólica. El primero de esos títulos, *siervo de Jesucristo*, pertenece a todos los verdaderos cristianos que han consagrado realmente su vida al servicio de su Salvador (Efes. 6:6) lo mismo que el hermoso nombre de *siervo de Dios*, tomado del Antiguo Testamento (1 Pedro 2:16; Apoc. 7:3; comp. Jos. 1:1). Pero a este título general Pablo añade el de *apóstol* (enviado), que designa especialmente los doce primeros testigos que el Señor se había escogido. Y como Pablo no había estado en el número de esos doce durante la vida del Salvador, se complace en recordar y decir que no ha sido menos *llamado* al apostolado de un modo directo y solemne (Actos 9:15; 26:16, 17). Agrega aún a este título otra expresión de la gracia soberana de Dios que le ha sido hecha: *apartado* para el evangelio

3 en las santas escrituras [2], sobre su Hijo, hecho de la descenden
4 cia de David cuanto a la carne, determinado Hijo de Dios con po-

de Dios, es decir para anunciarlo. En otra parte (Gál. 1:15), hace remontar aun hasta su nacimiento este destino que Dios le había asignado; de modo que, de todas maneras, su apostolado reposaba sobre la autoridad de Dios, y no sobre la de los hombres (Gál. 1:1). Quizás también Pablo hace alusión a la orden expresa del Espíritu Santo (Actos 13:2), en virtud del cual fué *apartado*, *separado* para su misión entre los paganos. — El gran objeto de este apostolado es el *evangelio*, es decir la *buena nueva* de la salvación por gracia, anunciada a todo pecador; este evangelio es llamado aquí el *evangelio de Dios*, porque emana inmediatamente de él, y no tiene otra causa que su eterna misericordia.

2. El hermoso nombre de "el evangelio de Dios" hace sentir al apóstol la necesidad de caracterizarlo, de indicar a grandes rasgos su contenido, y, ante todo, de señalar las antiguas relaciones de él con las *santas escrituras* que lo anunciaron hacía siglos. El apóstal se complace en comprobar con frecuencia esta unidad del antiguo y del nuevo pacto, que es a sus ojos un sello irrecusable de la verdad del evangelio (Actos 24:14; 26:6, 22; 28:23; Tito 1:2. etc.). El Señor mismo seguía constantemente el mismo método (Mat. 5:17-10; 11:10-13; 24:15; 22:29; Luc. 24: 25-27; 44-46; Juan 10:34, etc., etc.), prueba evidente de la verdad divina de las profecías de Dios. "El Nuevo Testamento está velado en el Antiguo; el Antiguo es desplegado en el Nuevo." *Agustín.*

3. Las primeras palabras del v. 3: *sobre su Hijo*, se ligan al mismo tiempo a los v. 1 y 2, se indican el gran tema del *evangelio de Dios* y de la *profecía*, a saber, la aparición del Hijo de Dios sobre la tierra. Esta impresiona el pensamiento del apóstol por la doble naturaleza y el doble estado que se manifiestan en ella y que expresan los términos de *carne y Espíritu*, a los cuales corresponden los nombres de *hijo de David* y de *Hijo de Dios*. Es esencial entender bien esta palabra *carne* aplicada aquí a Jesucristo; por una parte parece decir muy poco, pues el Salvador se apropió nuestra naturaleza humana entera, naturaleza a la vez material y espiritual; por la otra, parece expresar demasiado, porque a la idea de carne se une ordinariamente la de *pecado*, lo que es inadmisible en cuanto a nuestro Señor. Para allanar esta dificultad, es necesario precisar las diversas acepciones de esta palabra en las escrituras; esto será, al mismo tiempo, preparar la inteligencia del gran contraste tan frecuentemente expresado por nuestro apóstol entre la *carne* y el *espíritu*. La carne designa propiamente la substancia material de que está compuesto el cuerpo humano, órgano de las facultades del alma. Como el alma fué originariamente creada para servir de libre órgano al Espíritu de Dios en el hombre, igualmente el destino del cuerpo era el de servir de instrumento dócil al alma, a fin de ser poco a poco elevado, transformado por ella, a medida que ella misma lo fuera por el Espíritu de Dios. Hasta aquí se

tencia, cuanto al Espíritu de santidad, por la resurrección de los
5 muertos [3], Jesucristo Señor nuestro, por el cual recibimos gracia

ve que no hay ninguna idea de pecado inherente a la de la carne. Pero cuando el espíritu del hombre se hubo sustraído por la caída a la influencia y a la dirección del Espíritu de Dios (Gén. 3), entonces, entregado a su propia debilidad, al error, a una voluntad sin brújula, fué incapaz de dominar y dirigir la carne; ésta adquirió una vida propia, una actividad independiente: inteligencia y voluntad fueron sometidas a la potencia de los sentidos; desde entonces, lo que debía mandar sirve, lo que debía servir manda. Desde entonces también, la idea de *pecado* fué inseparablemente unida, en el lenguaje de la escritura, a la palabra *carne*. No que debamos considerar el cuerpo como la fuente y el asiento único del pecado, pues éste está esencialmente en la voluntad humana, criminalmente rebalada contra la voluntad de Dios, y buscando en vano en las criaturas una compensación a esa pérdida irreparable, un punto de apoyo contra el sentimiento de su propia nulidad; pero, aunque el pecado se manifieste más a menudo por el cuerpo, porque el hombre ha caído bajo la esclavitud de los sentidos, hay vicios de una naturaleza enteramente espiritual, en los cuales el cuerpo no tiene ninguna parte directa, que la escritura llama, sin embargo, carnales, obras de la carne: así, la enemistad contra Dios (Rom. 8:7), el orgullo (Col. 2:18), el odio, los celos, la ira, las divisiones (Gál. 5:20). En pocas palabras, la *carne*, en este segundo sentido háse hecho la expresión de la naturaleza humana caída, corrompida, esclavizada al pecado (Gén. 6: 3; Juan 3:6), incapaz en sí misma de levantarse por la verdad, aun cuando ésta le es presentada (Mat. 16:17; 1 Cor. 2:14). Por último, como las *consecuencias* del pecado, si no las más funestas por lo menos las más aparentes, se manifiestan principalmente en la carne que le ha servido de instrumento (el dolor, las debilidades, las enfermedades, la muerte), esta palabra es empleada a menudo como expresión de nuestra naturaleza paciente, mortal, a fin de recordar que el pecado ha hecho de ella la presa de la destrucción (1 Pedro 1:24). Ahora, de estos tres sentidos de la palabra *carne*, ¿cuál es aquí aplicado a Jesucristo? Evidentemente el último. Ha tomado él nuestra naturaleza, no en su estado primitivo de gloria y de dicha, no en su sujeción al pecado y a la corrupción, sino en el estado de flaqueza, llevando en ella todas las consecuencias dolorosas del pecado (Hebr. 2:14, 17). De allí que, por una parte, el Salvador podía sentir y ha sentido en efecto, no solamente todos los dolores y miserias de nuestra naturaleza caída, sino aun los más violentos asaltos de las tentaciones (Mat. 4; Hebr. 5:7; comp. om. 8:3); y que, por otra parte, quedó siempre puro de la más leve mancha del pecado, ora en lo interior, ora en lo exterior (Hebr. 4:15; 9:14; 7:26; Juan 8:46), porque en él la carne fué constantemente sometida al dominio de una voluntad santificada por el Espíritu de Dios; de modo que él cumplió perfectamente en nuestra humanidad caída esta ley

y apostolado para la obediencia de la fe [4], entre todos los gentiles
6 en pro de su nombre [5], entre los cuales también vosotros sois lla-

divina que el primer Adán habría debido y podido cumplir en su estado íntegro, y ha vuelto la carne y el espíritu, el hombre entero, a su destino primitivo, por su victoria sobre todo pecado. — El gran medio de esta victoria, el otro término del contraste establecido aquí por el apóstol, es el *Espíritu.* El Espíritu es esta fuerza divina, ilimitada, este principio absoluto de vida, que, en su libre espontaneidad, es universalmente activo, y que en su unión inefable con el Padre y el Hijo, constituye la esencia de Dios mismo (Sal. 139:7; Juan 4:24; 14:26; 16:13-15). — En cuanto este Espíritu participa de todas las perfecciones divinas, y es la causa activa de toda santificación, Pablo le llama aquí el *Espíritu de santidad,* o de santificación, como en otras partes es frecuentemente designado por estas palabras: el *Espíritu Santo.* Ahora bien: según la escritura, este Espíritu fué el principio generador de la persona del Hombre-Dios (Luc. 1:35); y, así como en virtud de su nacimiento en la carne por la cual entró en la filiación de las generaciones humanas, es verdaderamente *hijo de David,* igualmente, en virtud de esta generación por el Espíritu Santo, es realmente *Hijo de Dios.* Sólo que mientras en el hombre pecador este contraste de la carne y el Espíritu es una oposición absoluta, irreconciliable, que no puede ser quitada más que por la muerte del viejo hombre, en Cristo es más bien una gradación que una oposición. Después de haberse mostrado sobre la tierra como un simple israelita, descendiente de David, el Hijo de Dios ha sido manifestado *por su resurrección de entre los muertos, según el Espíritu de santidad,* en todo el esplendor de su naturaleza divina; ha elevado desde entonces su humanidad a la participación de sus perfecciones divinas; el Hombre-Dios se ha sentado a la diestra del Padre, donde no pertenece ya a un solo pueblo, sino a la humanidad entera, judía o pagana, y, en virtud de la omnipotencia que le ha sido dada en el cielo y sobre la tierra, extiende su reinado sobre todos los pueblos por los instrumentos que para ello él se ha escogido (v. 5).—Que la *resurrección* de Jesucristo, el punto más alto de su vida terrestre, la primera etapa de su vida glorificada, sea atribuída aquí al Espíritu, principio de toda su vida, es conforme con todas las enseñanzas de la escritura que hacen derivar del mismo principio su nacimiento (Mat. 1:20), su sacrificio voluntario (Hebr. 9:14), su resurrección (1 Pedro 3:18), su glorificación a la vista de cielos y tierra. (1 Tim. 3:16.) — Así, el contraste de la carne y el espíritu, perpetuamente reproducido en el hombre caído, ha sido llevado, en el Jefe, a una perfecta armonía, y debe serlo también, finalmente, en cada uno de sus miembros. He aquí la obra de Dios cuya marcha y medios son descritos en esta epístola.

4. El apóstol repite otra vez, bajo otra forma, que ha recibido por Jesucristo su santa misión, y no solamente su dignidad de apóstol sinó ante todo *la gracia* que ha sido el origen y el alma de aquélla. Sin razón ven algunos en ambos térmi-

7 mados de Jesucristo [6]; a todos los amados de Dios que están en
Roma, llamados santos [7]: ¡Gracias a vosotros y paz de parte de
Dios Padre nuestro y del Señor Jesucristo! [8]

II. 8-15. Introducción. — 1º Pablo testifica a los cristianos de Roma su ardiente amor, primero por las acciones de gracias que eleva a Dios por la fe de ellos; luego por las oraciones que le dirige incesantemente en su favor. (8, 9). — 2º Lo que le pide en particular es poder ir a visitarlos para impartirles algunos dones espirituales y ser él mismo consolado por su comunión mutua. (10-12). — 3º A menudo se ha propuesto ir a verlos, pues se siente deudor a todos, y también a ellos, del mensaje que le ha sido confiado. (13-15).

8 Ante todo doy gracias a mi Dios, por Jesucristo, sobre todos

nos una sola y misma cosa, como si hubiera *la gracia del apostolado.* "La gracia le es común con todos los fieles, pero el apostolado no". *Agustín.* El objeto de esta misión es el de anunciar o producir entre los paganos la *obediencia de la fe,* expresión muy notable: la fe, en su esencia subjetiva y moral, no es otra cosa que la obediencia, como la incredulidad no es más que la rebelión de la criatura hacia el Creador. (Juan 3:36; 5:44.) — Por último el objeto de la propagación de la fe es el de exaltar el nombre de Cristo estableciendo su reinado. (Fil. 2:9-11.)

5. El término griego que traducimos por los *gentiles* designa *las naciones* en su oposición a Israel, el pueblo electo. Comp. Gén. 12:3; Isaías 11:10; 49:6; Gál. 2:7-9. Este término no implica una idea desfavorable, y no designa, como la palabra gentiles lo haría suponer, sectarios de una religión idólatra. Por tanto el apóstol puede decir a los *cristianos* de Roma: "Vosotros *sois* del número de los gentiles". (v. 6.)

6. Se trata aquí de este *llamado* eficaz que es una parte esencial de la obra de la gracia (8:29, 30), de un llamado escuchado y seguido (v. 7), y no de una vocación a la cual el hombre resiste, como aquella de que habla el Salvador en Mat. 22:14, donde la palabra *llamado* es opuesto a *elegido.*

7. Es decir *llamados* para ser *santos.* (Como v. 1, llamado para ser apóstol). "El llamamiento no es el fruto de la santidad, sino que la santidad es el fruto del llamamiento". *Agustín.* Los creyentes son santos porque, arrancados al mundo, se han hecho la propiedad especial de Dios (santo, en hebreo, significa: *apartado, consagrado* Tito 2:14; 1 Pedro 2:9; Ex. 19:6), y porque la nueva vida que han recibido ellos de Dios, principio imperecedero de santidad, concluirá por triunfar de todo mal en ellos. (Col. 3:12; 2 Tes. 1:10; Hebr. 3:1; 6:10.)

8. Entre los griegos, la salutación epistolar que seguía a los nombres y títulos del que escribía, era: *¡alégrate!* fórmula por la cual los paganos no deseaban a sus amigos más que un gozo carnal y terrenal. En lugar de esto, los apóstoles, para quienes todas las relaciones de la vida humana habían vuelto a tomar su profunda verdad,

vosotros, porque vuestra fe es proclamada en el mundo entero [9].
9 Testigo, en efecto, me es Dios, al que sirvo en mi espíritu [10] en
el evangelio de su Hijo, de que incesantemente hago mención de
10 vosotros, suplicando siempre en mis oraciones si de algún modo
11 tendré ahora por fin la dicha, por la voluntad de Dios, de ir a
vosotros, pues ansío veros, para comunicaros algún don espiritual
12 de gracia [11] para que seáis afirmados, esto es, para ser juntos
consolados entre vosotros, cada uno por la fe que en el otro hay,
13 tanto vuestra como mía [12]. Mas no quiero que ignoréis, hermanos,

deseaban a sus hermanos la *gracia*, fuente de todo perdón, de toda salud para las almas que la reciben, y el fruto de esa gracia, la *paz*, la paz de Dios, la paz del corazón, la paz con todos los hombres. Estas dos palabras se hallan siempre en el orden en que las vemos aquí, porque el inverso sería imposible. (1 Cor. 1:3; 2 Cor. 1:2; Gál. 1:3; Efes. 1:2; Fil. 1:2; Col. 1:2; 1 Tes. 1:1; etc.) — Los apóstoles designan muy frecuentemente como la fuente de estos dones espirituales, a *Dios* y a *Jesucristo*, con lo que recuerdan sin cesar la igual y eterna misericordia del Padre y del Hijo, como también la verdad de que no tenemos otros derechos a los dones de Dios que los méritos y la mediación del Salvador. Y lo mismo ocurre con nuestras acciones de gracias (v. 8) que con nuestras oraciones; no pueden subir hacia Dios más que por *Cristo Jesús*. El es quien enciende en nuestros corazones el fuego sagrado del reconocimiento; y cuando su expresión sube hacia Dios como un incienso, es él aún quien lo purifica de todas las inmundicias que nosotros ponemos en él. (Hebr. 13:15.)

9. *El mundo entero*, expresión hiperbólica que significa: dondequiera que hay cristianos. — El apóstol está tan compenetrado de reconocimiento por los inmensos beneficios de Dios para con sus hijos, que empieza casi todas sus cartas por ardientes *acciones de gracias*, aun cuando se trata de iglesias donde, como en la de Corinto, había mucho que reprender y censurar. (1 Cor. 1:4.)

10. Gr "Dios, al que rindo culto en mi espíritu..." El ministerio del evangelio se presenta a los ojos del apóstol como el verdadero *culto* espiritual, del cual el del templo de Jerusalén no era más que la figura. Y él sirve a Dios tan bien *en el evangelio de su Hijo* porque le *sirve en su espíritu*, en la intimidad de su alma. —El objeto de esta observación del apóstol es dar tanta mayor autoridad a la declaración que sigue.

11. De *algún don de gracia* del Espíritu de Dios, de los cuales ha indicado ya el apóstol la fuente única (v. 7), que él no pretende poder distribuir a su antojo, sino que Dios comunica a las almas por la palabra, las enseñanzas, las exhortaciones o las consolaciones de sus siervos.

12. Este v. 12 está escrito con toda sinceridad, como el v. 11 con toda humildad. El apóstol, después de haber emitido el pensamiento de que su presencia en Roma sería para los cristianos de esa ciudad un manantial de bendiciones espirituales, se apresura a agregar que él también espera ser bendecido por medio de sus hermanos, y que lo serán todos juntos por la *cantidad de su fe*. He ahí el gran principio de la comunión de los santos. ¡Cuán lejos estamos aún del reinado exclusivo del sacerdote en la iglesia de Dios.

que muchas veces me he propuesto ir a vosotros (mas he sido im-
pedido hasta aquí [13]) para tener algún fruto también entre vos-
14 otros como también entre los demás gentiles. Tanto a griegos
como a bárbaros [14], tanto a sabios como a ignorantes deudor soy [15].
15 Así, mi pronto ánimo es anunciar el evangelio a vosotros también
que estáis en Roma.

III. 16, 17. El evangelio. Tema de la epístola. — 1º Si Pablo está listo para anunciar el evangelio en la capital del mundo, es porque se gloría de esta buena nueva de que muchos se avergüenzan; ¿no es ella la potencia misma de Dios? ¿no contiene la salvación eterna de todos los que la reciben por la fe? (16). — 2º Más aún: en este evangelio es revelada a la fe la verdadera justicia de Dios, la única por la cual el hombre puede subsistir delante de su Juez; y esta fe, la sola que se la apropia, era ya la vida de los justos desde el antiguo pacto. *La justicia por la fe*, tal es el evangelio, el gran tema que Pablo va a tratar. (17).

16 En efecto, no me avergüenzo del evangelio [16], pues es poten-

13. ¿Por qué? Lo ignoramos. Dios, que es soberanamente libre en sus sabias dispensaciones, no acuerda siempre lo que nos parece ser los mejores votos de sus mejores servidores.

14. Se llamaba *bárbaros* a todos los pueblos que no participaban de la civilización de los griegos y romanos. Habiendo recibido estos últimos su cultura de los griegos, el apóstol los comprende bajo este nombre.

15. Gr. "a sabios y a necios", o "inteligentes", es decir, a los que han recibido la cultura de las escuelas, y a los que han quedado extraños a ellas. El evangelio conviene a hombres de todo rango, de todo pueblo, salvajes o civilizados, ignorantes o instruídos, y el deber de anunciarles este evangelio es una *deuda* que el apóstol siente pesar sobre su corazón respecto de todos, sin distinción. (1 Cor. 9:16.) Esta deuda existe aún para todos los servidores de Dios; ¡la iglesia la ha olvidado demasiado!

16. El texto recibido tiene: El evangelio *de Cristo;* estas últimas palabras no son auténticas.—Hay en el *evangelio* algo de que el hombre natural tendrá siempre vergüenza; es que halla en él su condenación y el oprobio de su pecado; que su liberación le es presentada únicamente en el nombre de un crucificado y por el medio mismo de la cruz; que debe recibir esa liberación como una gracia que no podría merecer, y que crucifica su orgullo; y por último que el Salvador, pobre y rechazado del mundo, no ofrece a los suyos aquí más que una parte en sus humillaciones y sus padecimientos. Anunciar este evangelio, en Roma, en el centro de la potencia y de la gloria del universo, donde todas las escuelas de la

cia de Dios[17] para salvación a todo el que cree[18], al judío pri-
17 mero, y también el griego[19], pues la justicia de Dios[20] en él es

Grecia tenían sus representantes, ante cuyos ojos esta doctrina nueva no podía ser más que una locura, he ahí lo que debía, humanamente hablando, ser un gran motivo de vergüenza. Pero el apóstol es elevado por sobre ese sentimiento por la experiencia que ha hecho, en él mismo y en tantos otros, de la potencia divina de este evangelio. Hay más: *No me avergüenzo* significaba para él: hallo en él el más sublime motivo de gloria. (Gál. 6:14; 1 Tim. 1:11.)

17. El evangelio no es, pues ni un sistema de doctrina, ni un libro de moral; es *la potencia* eficaz y obrante *de Dios* mismo, por la cual el pecador es arrancado a su estado de condenación y de muerte, al que suceden para él la gracia y la vida.

18. La *salvación* tiene un lado negativo, que consiste en ser libertado de la ira de Dios (v. 18), de la pena del pecado, que es la muerte eterna (6:23); y un lado positivo, que encierra el don de la justicia, el recobro del favor y del amor de Dios, en dos palabras, la vida y la felicidad eternas. (Mat. 1:21, nota.)—*Creer*, es decir confiar sin reserva en la gracia de Aquel que ofrece esta salvación, tal es la única condición que se haya determinado, o más bien tal es el acto del corazón por el cual el pecador arrepentido la acepta con gozo de la mano de su Dios-Salvador.

19. No hay para todos, *judíos* o *griegos* (paganos), más que un solo medio de salud; el evangelio es para todos la potencia de Dios. Mas, en virtud de la alianza de gracia, tratada por Dios con su pueblo, y porque la salud viene de este pueblo (Juan 4:22; Rom. 3:1 y sig.), era conveniente que el evangelio le fuera *primeramente* anunciado. (Mat. 10:5, 6; Actos 13:46.)

20. El apóstol quiere mostrar aquí por qué el evangelio es la potencia de Dios *(pues)*; es porque la *justicia de Dios* es revelada en él. Ante todo, es necesario tomar estas palabras en su sentido natural, objetivo, y cuidarse de traducirlas por *justificación de Dios*, locución que, en sí, carece de sentido, y que, anticipando sobre el pensamiento del apóstol, se expone a hacerlo superficial. El término de *justicia de Dios* no designa solamente esa perfección por la cual Dios recompensa el bien y castiga el mal, sino que abarca esta perfección moral de Dios que las escrituras llaman *santidad*. Ahora bien: lo mismo que todo el conjunto de las perfecciones de Dios (su *gloria)* debía proyectar un reflejo en el hombre creado a su imagen, esta justicia, esta santidad debía serle comunicada gradualmente, y morar cada vez más perfectamente en él. He ahí la justicia originaria del hombre antes de la caída, la cual podía sin embargo, a justo título, ser llamada *justicia de Dios* porque, emanando de él, digna de él, era plenamente valedera a sus ojos. Esta justicia, lo mismo que todos los otros rayos de la gloria divina, ha sido perdida por el hombre por la caída, ha sido *privado* de ella (3:23); y en vano desde entonces ha procurado recobrarla por sus propias fuerzas; todos, aun los mejores, han fracasado. El apóstol, en los capítulos que siguen, se empeña precisamente en demostrar que todos, tanto judíos como griegos, han violado la ley y son dignos de la condenación. Si no debía el hom-

revelada[21] por fe para la fe[22], conforme está escrito: "Mas el
justo por fe vivirá[23]".

bre perecer eternamente, era necesario que esta justicia perfecta, esta *justicia de Dios*, única aceptable a sus ojos, blanco de tantos laudables pero inútiles esfuerzos, fuera nuevamente adquirida, revelada, comunicada al pecador, y tal es el objeto de todo el evangelio. La santidad divina ha habitado nuevamente en la tierra en Jesucristo, el segundo Adán, quien la ha realizado perfectamente en nuestra naturaleza y ha expiado en su persona todas nuestras innumerables violaciones de esta justicia. En virtud de este acto de la misericordia eterna, que ha restablecido el orden en el mundo moral y cumplido toda justicia. Dios declara solemnemente *justo* a todo pecador que, por una fe viva del corazón, recibe a Cristo Jesús con su justicia perfecta y completa. En Jesucristo se encuentra así el hombre reintegrado en la justicia que había perdido, reunido a la fuente de toda santidad, de toda fuerza, de toda vida, y puede, desde entonces, por un principio cuyo autor es Dios, hacer las obras de justicia que le son agradables.—Esta *justicia de Dios*, perfecta desde el primer momento en que un pecador es revestido de ella por la fe en Cristo Jesús, fuente de la renovación moral del hombre, o de su santificación progresiva e interna, es distinta de ella, como el árbol lo es de su fruto. El pasaje clásico de esta epístola, donde el apóstol trata de la *justicia* imputada al pecador, es 3:21 a 5:21, mientras que no aborda el tema de la santificación hasta el cap. 6.

21. No solamente propuesta a la inteligencia humana como un tema de conocimiento, sino ofrecida a su posesión, a la experiencia del alma; en una palabra, comunicada. Esta justicia *es* así *revelada* en el evangelio, mientras no era más que anunciada, prometida, en el antiguo pacto.

22. Entre las numerosas explicaciones que se ha dado de estas palabras, hay dos que pueden parecer igualmente fundadas. La primera consiste en admitir la idea de una progresión en la fe: La justicia de Dios es revelada, o comunicada, a la fe; y como esta justicia es en el alma un principio activo de vida, ella aumenta la fe por la preciosa experiencia que hace de ella el pecador. Esta es la idea que Calvino ha procurado dar por esta versión imperfecta: *de fe en fe*, que él sostiene en su comentario. La segunda, rechazando la idea de progresión, no quiere ver en esta doble expresión más que el origen de la justicia revelada, cuanto al hombre y cuanto a Dios al mismo tiempo: La justicia viene *por fe*, en cuanto el hombre se la apropia por este medio solo, y no por obra alguna; y lo es *para la fe*, por cuanto Dios no la acuerda más que a la fe sola, en otros términos al *creyente*. Sin duda, a tomar ambas ideas rigurosamente, se confunden en una sola; mas si tal es el pensamiento del apóstol, podía importarle hacer resaltar, primeramente, en este breve resumen del evangelio que va a desarrollar, la verdad fundamental de que la fe, de cualquier lado que se la considere, tiene el privilegio exclusivo de apropiarse la justicia de Dios.

23. La idea de la justicia por la

IV. 18-32. Esta justicia por la fe es indispensable al hombre. — 1º En efecto, la ira de Dios se manifiesta sobre el pecado, que consiste sobre todo en resistir a la verdad conocida. (18). — 2º Prueba de que los paganos primeramente han cometido este pecado: Dios les ha manifestado sus perfecciones por sus obras. pero en lugar de glorificarle por su reconocimiento se han entregado a la vanidad de sus pensamientos y a las tinieblas de una degradante idolatría. (19-23). — 3º Por una inevitable consecuencia moral, y por justo juicio de Dios, han caído, de grado en grado, en la esclavitud de sus concupiscencias, en la mentira, en la adoración de la criatura; de allí en abominaciones contra naturaleza; en fin, en todos esos vicios que caracterizaban al paganismo del tiempo de Pablo. (24-32).

18 Revelada es, en efecto, del cielo la ira de Dios contra toda im-
piedad e injusticia de los hombres[24] que retienen la verdad en

fe podía parecer una doctrina nueva; no lo era: según nuestro apóstol mismo (cap. 4). Abrahán y David la conocían ya; y aquí apela a la palabra de un profeta (Hab. 2:4). Los Caldeos van a caer sobre Judea y exterminar sus habitantes; ¿quién será salvado? No el orgulloso, confiando en sí mismo, en sus fuerzas, en sus obras; sino *el justo será salvado. vivirá, de su fe*, es decir por su humilde confianza en Dios. Este medio de salud permanece el mismo en todos los tiempos y en presencia de todos los juicios de Dios.—Sería posible que el apóstol hubiera conectado aquí las palabras *por fe*, no con el verbo *vivirá*, sino con *el justo*, y el sentido sería entonces: *el justo por fe, vivirá.* El texto griego permite sin esfuerzo esta construcción, que convendría mejor al designio del apóstol, puesto que quiere establecer la justicia por la fe. Tal es también el sentido adoptado por la versión de Lausana. Mas el pasaje hebreo no puede traducirse de este modo, y no hay razón alguna de creer que Pablo lo haya querido, pues el primer sentido respondía suficientemente a su propósito. Comp. Gál. 3:11 y Hebr. 10:38, donde reaparece esta citación del profeta.

24. Es necesario observar aquí la transición por esta partícula *en efecto.* La vida de la fe es indispensable, *pues* la *ira de Dios* se revela. La *ira de Dios* es la manifestación de la justicia retributiva de Dios. Atribuyendo este sentimiento a Dios, el apóstol lo supone puro de todo elemento pasional. "La ira de Dios no es una perturbación de su espíritu, sino un juicio por el cual el castigo es pronunciado sobre el pecado." *Agustín.* La *revelación* de la ira de Dios consiste precisamente en que Dios había abandonado a sí mismos por un tiempo, es decir a la idolatría y a sus vicios horribles, a los que no se habían cuidado de conocerle. (v. 21-32, comp. 2 Tes. 2: 10-12.) "Porque la medida de nuestras iniquidades estaba colmada, dice un antiguo padre de la iglesia, ha sido evidente a los ojos de todos que el salario del pecado es la muerte. Entonces vino el tiempo en que Dios quiso manifestar su gracia y su potencia." En efecto, aquí mismo, estas palabras: *la ira de Dios es revelada* corresponden a las del v. 17: *la*

19 la injusticia[25], porque lo conocible de Dios[26] manifiesto es entre
20 ellos[27], pues Dios se lo ha manifestado. En efecto, lo invisible de
él, considerado en sus obras, se vé claramente desde la creación
del mundo[28], tanto su eterna potencia como su divinidad, para que
21 sean inexcusables[29], porque habiendo conocido a Dios, no le glo-

justicia de Dios es revelada. La una hace a la otra indispensable al hombre.—En este versículo, la palabra *impiedad* se refiere principalmente a las disposiciones del hombre para con Dios; la *injusticia*, más particularmente a los pecados para con los hombres.

25. Gr. "que retienen la verdad cautiva en la injusticia", como se *retiene* un prisionero de guerra, un enemigo vencido. Todo error moral viene del pecado, que tiene interés en retener, en ahogar *la verdad*, una vez reconocida como tal, a fin de libertarse de su imperio. — ¿De qué *verdad* se trata puesto que el apóstol habla de los paganos; Los v. 19 y 20 responden a esta pregunta.—*En la injusticia*, puede significar que el hombre, así colocado, hace voluntariamente prevalecer la *injusticia* sobre la *verdad*, ahoga, por así decirlo, a ésta en aquélla; o bien, dando a esta voz un sentido adverbial, se puede traducir: "Qué retienen injustamente, inicuamente, cautiva la verdad."

26. La palabra griega significa igualmente *lo conocido* o *lo que puede conocerse.* El apóstol escoge intencionalmente esta expresión vaga, que indica cierto conocimiento de Dios, en la medida descrita en el versículo siguiente, pero de ningún modo un conocimiento comparable al que el hombre obtiene por el evangelio.

27. Gr. "en ellos"; Dios se manifiesta en sus obras, a fin de despertar en el alma humana la facultad innata que ella posee de conocerle.

28. El apóstol determina aquí, por términos admirablemente escogidos, la medida del conocimiento de Dios que el hombre puede obtener por medio de la creación. Es ante todo su *potencia* infinita que impresiona de la manera más imponente a cualquiera que *considera sus obras* con un corazón recogido y serio; es luego su *divinidad*, término vago intencionalmente, que designa la incesante acción que Dios ejerce en el mundo, cuya alma y vida es, y donde ha dispuesto todo con bondad. En pocas palabras, es lo que se ha llamado las perfecciones naturales de Dios, que se manifiestan por este medio, y no sus perfecciones morales, su justicia, su santidad, su misericordia. Esta revelación, sin embargo, habría debido ser suficiente, y lo habría sido, sin el pecado, para retener al hombre lejos de una degradante idolatría. Es lo que indica el apóstol recordando que esta revelación tuvo lugar *desde la creación del mundo.* Entonces el hompre, unido a Dios por una íntima y viva comunión, hallaba en cada una de sus obras, así como en las experiencias de su propia vida, una fuente inagotable de conocimiento de Dios (Sal. 19:2-4; Isa. 40:26). El pecado sólo ha obscurecido o apagado en los paganos la luz de esta gloriosa revelación; y por esto *son inexcusables.*

29. Tal es la traducción literal, y este pensamiento no debe extrañarnos. La idea de que Dios deja al hombre caído los medios de conocerle a *fin* de hacer nacer en él el sentimiento de su culpabilidad, es en-

rificaron como a Dios ni le dieron gracias [30], sino que se envane-
cieron en sus razonamientos y su corazón sin entendimiento fué
22 entenebrecido [31]. Pretendiendo ser sabios se hicieron necios, y
23 cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de hom-
24 bre corruptible y de aves y de cuadrúpedos y de reptiles [32]. Por
tanto entrególos también Dios por las concupiscencias de sus co-
razones a la impureza, de modo que fueran sus cuerpos deshon-

teramente bíblica. Es éste, precisamente, el objeto que el apóstol va a atribuir a la ley misma (3:19, 20). Los paganos son inexcusables ante la ley natural como los judíos ante la ley revelada, aunque el grado de culpabilidad sea diferente (2:12).

30. No *glorificar a Dios*, no *darle gracias*, es decir, no darle su corazón en vivo reconocimiento, es, para el hombre, errar el propósito de su ser y ultrajar a su Creador. Con ello, se sustrae a Dios, a quien pertenece, para entregarse a la idolatría bajo una forma cualquiera, y ése es propiamente *el pecado*, fuente de todos *los pecados*.

31. Los *pensamientos* o los *razonamientos*, que son los actos de la inteligencia, se han hecho *vanos* (consagrados a lo que no es más que vanidad), y el *corazón*, fuente de los afectos, se ha *llenado de tinieblas;* no queda pues nada sano en el hombre después que esas dos principales facultades de su alma han sido invadidas por el pecado.

32. (Comp. Deut. 4:16-18). En cuanto el hombre ha caído de Dios, se torna esclavo de su propia carne y del mundo visible. Es, pues, arrastrado a buscar en el culto de la naturaleza la satisfacción de sus necesidades religiosas; rebaja a Dios hasta ver su semejanza en el *hombre* pecador; el culto de lo hermoso, pero de lo hermoso corporal y carnal, se hace su más elevado ideal religioso. Y aun no queda allí: ignorando que Dios creó el hombre a su imagen y cuidándose poco de buscar en esta noble criatura lo hermoso moral, se rebaja, gradualmente, hasta divinizar a seres privados de inteligencia, y hay pocas especies de animales de que el hombre no haya dicho a sus semejantes: Hé ahí vuestros dioses. Y lo notable es que los que instituyeron ese culto degradante eran casi en todas partes sacerdotes, jactándose de una sabiduría superior y de luz divina, y que los adoradores de tales dioses fueron los pueblos más cultivados del universo antiguo, los egipcios, los indios, los griegos. El pensamiento de que los más sabios de entre ellos no adoraban en esos animales más que a formas de la naturaleza que les recordaban la divinidad, es inadmisible como excusa, pues la revelación de Dios en el alma humana es, por sí sola, muy superior a la que ellos hallaban en esas criaturas destituídas de razón; se puede hasta decir que una sola alma tiene más valor que el mundo entero: ¡qué degradación no era pues para el hombre el arrodillarse delante de un animal! Que si pretendía no adorar en él más que la naturaleza misma, y no a Dios, eso era también hacerse esclavo de aquello que él estaba llamado a dominar. Deshonraba al Dios que debía glorificar, se degradaba a sí mismo por bajo las criaturas sin inteligencia,

25 rados entre sí [33]; los cuales cambiaron la verdad de Dios [34] en la
mentira y adoraron y sirvieron la criatura antes que al Creador,
26 que es bendito por las edades. Amén [35]. Por esto los entregó Dios
a pasiones deshonrosas, pues sus mujeres cambiaron el natural
27 uso en el [que es] contra naturaleza; e igualmente también los
varones, dejando el natural uso de la mujer se encendieron en
su apetito unos por otros, varones en varones cometiendo la inde-
cencia y recibiendo en sí mismos la recompensa de su extravío
28 que era necesaria [36]. Y conforme no aprobaron retener a Dios
en conocimiento, entrególos Dios a un entendimiento reprobado [37],
29 para hacer lo que no conviene, estando llenos de toda injusticia,
de maldad, de avaricia, de malicia; llenos de envidia, de homi-
30 cidio, de contienda, de engaño, de malas costumbres; detractores,
difamadores, detestables para Dios, injuriadores, soberbios, pre-
suntuosos, inventores de males, desobedientes a los padres; sin
31 entendimiento, de mala fe, sin afecto natural, sin misericordia;

justificaba así este juicio severo que el apóstol acaba de emitir; "Jactándose de ser sabios, se hicieron necios".

33. (Gr.) "Para deshonrar sus propios cuerpos *en sí mismos*"; estas últimas palabras pueden tener el sentido de *entre sí*, unos a otros, o "caracterizar esa llaga como inherente en lo sucesivo a su personalidad misma". *Godet.* Así Dios castiga en los malos (.v. 28) el pecado por el pecado mismo, retirándoles su gracia; y es éste un espantoso juicio que el apóstol repite aquí tres veces del modo más solemne (v. 24, 26, 28). Entre estos pecados, los de la carne ocupan el primer rango, porque son inseparables de la idolatría (Núm. 25: 1 y sig.) El hombre, no hallando en el culto de la naturaleza otro ideal que el de la fuerza y de la belleza deifica sus inclinaciones carnales, adora en ellas las fuerzas generadoras de la naturaleza, y no solamente excusa las más vergonzosas inmundicias, sino que se entrega a ellas como a actos de su culto mismo. La mayor parte de las fiestas religiosas de la antigüedad no tenían otro sentido. Este grado espantoso de ceguedad es lo que da al pecado el carácter del castigo más severo.

34. Es decir la verdadera naturaleza de Dios, el verdadero Dios.

35. Lleno de santa indignación y de amor por su Dios, el apóstol no puede recordar el deshonor de que le cubren los hombres sin estallar en un arranque de adoración y de alabanza. (Comp. Gén. 24: 27; Rom. 9:5; Gál. 1:5.)

36. Las abominaciones mencionadas en estas líneas ni siquiera tienen por excusa la potencia de las pasiones; es el pecado vengándose él mismo degradando al hombre por bajo el nivel del bruto, y ejerciendo en él el más espantoso castigo.

37. Hay en el texto un juego de palabras que recuerda por segunda vez, pero en grado más elevado, el castigo del pecado por el pecado: "Como no *aprobaron* conocer a Dios,

32 los cuales, conociendo la ordenanza de Dios, que los que tales
cosas hacen son dignos de muerte, no sólo las hacen sino que tam-
bién aplauden a los que las hacen[38].

los entregó a un entendimiento *reprobado*". Sobre esta pendiente rápida hacia la ruina, el primer paso es indicado en el v. 21, el segundo en el v. 24; aquí está el tercero, y en fondo de este abismo de iniquidades se halla un estado moral tal cual el apóstol lo describe en los versículos que siguen.

38. Hemos hecho observar ya (v. 28, nota) la progresión que señala el apóstol en esta descripción de la corrupción pagana. El cuadro espantoso que traza, cuyos detalles no tienen necesidad de explicación, no parecerá exagerado a ninguno de los que tienen algún conocimiento de la antigüedad, o del estado actual del paganismo, por la historia de las misiones. Sin embargo, si tal era el carácter general de la sociedad, que nos es descrito con colores más sombríos aun por los historiadores de la época, el apóstol no quiere decir que todos los individuos hubieran llegado a ese grado de depravación. (2: 14, 15.)—El único rasgo del cuadro (v. 32) revela el más alto grado de culpabilidad. El apóstol afirma que, aun en ese tenebroso estado, la conciencia humana no ha cesado jamás de dar testimonio a la *justa ordenanza de Dios*, que pronuncia una sentencia de *muerte*, de muerte eterna sobre una corrupción semejante; y sin embargo la generalidad de los hombres se entregaban a ella sin escrúpulos y aprobaban la misma conducta en los otros. Los mismos sabios de la antigüedad jamás combatieron en las masas esos excesos; más bien las han estimulado por su ejemplo, por lo menos bajo la máscara de cultos abominables.

CAPITULO II

I. *Los judíos también, no menos que los paganos, son pecadores y tienen necesidad de la salvación gratuita, pues el juicio de Dios es para todos, según la verdad, 1-11.* — II. *Judíos y paganos serán juzgados según la ley que han conocido: los primeros por la ley escrita, los segundos por la ley de su conciencia, 12-16.* — III. *Conocer la ley y violarla acarrea una condenación tanto más cierta, 17-29.*

I. 1-11. LA JUSTICIA POR LA FE NO MENOS INDISPENSABLE A LOS JUDÍOS. — 1º El hipócrita que juzga a los demás se condena a sí mismo; el juicio de Dios es para todos según la verdad. (1, 2). — 2º Este juicio será aun más riguroso para los que condenan a los demás, desprecian la bondad de Dios, y en lugar de humillarse se endurecen en su impenitencia. (3-5). — 3º En presencia de este juicio no hay ninguna distinción a cada uno según sus

obras, tal es la regla de la eterna justicia. Obedecer a Dios u obedecer a la injusticia; hacer el bien o hacer el mal, conduce infaliblemente a la vida o a la condenación. (6-11).

---

1 Por tanto eres inexcusable, oh hombre, seas quien fueres,
2 que juzgas, pues en lo que juzgas al otro a ti mismo te condenas,
3 pues lo mismo haces tú que juzgas[1], y sabemos que el juicio de
Dios es según verdad[2] contra los que tales cosas hacen; ¿y pien-
4 sas esto, oh hombre que juzgas a los que tales cosas hacen y las
haces, que tú escaparás del juicio de Dios? ¿O menosprecias las
riquezas de su benignidad y de su tolerancia y de su longani-
midad[3], ignorando que la benignidad de Dios te guía a arrepen-
5 timiento[4]? Mas por tu dureza y corazón impenitente[5] atesoras
para ti mismo ira para el día de la ira y revelación del justo
6 juicio de Dios, que pagará a cada uno según sus obras: a los
7 que, por la perseverancia en buena obra[6] buscan gloria y honor

1. El apóstol pasa, por una transición insensible, de los paganos a los judíos, cuyos prejuicios no quiere atacar desde el principio. Estos últimos (que no son nombrados más que en el v. 9, aunque todo les concierne aquí), no habían llegado, es verdad, a aprobar abiertamente a los que cometían pecados dignos de muerte (1: 32); los *juzgaban*, al contrario, severamente, en su farisaico orgullo; pero al juzgar *a los demás*, pronunciaban su propia *condenación*, porque ellos cometían los mismos pecados. (Comp. Mat. 7:1.)

2. Y no según las apariencias engañosas de una falsa justicia. Dios mira el corazón.

3. Manifestaciones particulares de la *benignidad* de Dios para con tal pueblo o tal individuo no atenúan en nada la verdad absoluta del v. 2. Al contrario, si el pueblo elegido, objeto de la paciencia de Dios, se endurece en el pecado, en lugar de convertirse, su condenación será aun más terrible.—La *benignidad* de Dios se manifiesta por sus beneficios; su *tolerancia*, por la paciencia que tiene para con el hombre pecador, al que conserva el tiempo y los medios de la salud; su *longanimidad*, por la prórroga de sus castigos.

4. O *a la conversión*. Ni esta palabra de *conversión*, ni la de *arrepentimiento*, vierten completamente el término del original que significa *cambio de espíritu, de disposiciones morales*, regeneración. Pero como esta transformación moral empieza siempre por el *arrepentimiento* y lo contiene, conservamos este término en la versión.

5. O *inconverso*. (Nota precedente).

6. Gr. "Por la perseverancia de una buena obra": perseverando en ella. "La idea expresada por esta palabra no es solamente la legalidad de una acción, sino sobre todo la pureza del motivo, la fe, sin la cual de todo punto imposible ser agradable a Dios. (Hebr. 1:6.) Esta palabra es, pues, menos opuesta a la obra *mala*, que a la obra *muerta*. La *perseverancia de la buena obra* es, pues, la perse-

8 e incorrupción, vida eterna [7]; mas a los faccionarios y que des-
obedecen a la verdad mas obedecen a la injusticia, ira y furor;
9 tribulación y angustia sobre toda alma de hombre que comete
el mal, del judío primero, y también del griego; mas gloria y
10 honor y paz a todo el que obra el bien, al judío primero, y tam-
11 bién al griego [8], pues no hay acepción de personas en Dios [9].

verancia en el bien (Rom. 15:4; 1 Tes. 1:3; 2 Cor. 1:6), por oposición a ciertos arranques transitorios, de que aun los más malos son capaces pero que desaparecen muy pronto infructuosos". *Olshausen.*

7. "Describiendo a los creyentes como los que *buscan la gloria, el honor y la incorruptibilidad*, el apóstol no quiere decir que buscan cosa alguna fuera de Dios; pero no quieren ellos buscar su comunión sin alcanzar al mismo tiempo la felicidad de su reino, que es indicada por estas palabras". *Calvino.* Al mismo tiempo Pablo, como Jesús mismo (Juan 5:44), opone la busca de la vana gloria de los hombres, verdadero ídolo del fariseísmo, a la busca de la gloria que viene de Dios solo.

8. Los v. 7-10 son destinados a desarrollar el principio expresado en el v. 2, de que el juicio de Dios es *para todos*, judíos o griegos, "según la verdad", lo que Pablo confirma en el v. 11 diciendo que "Dios no hace acepción de personas". No se trata aquí más que del principio universal de la justicia de Dios y de la responsabilidad del hombre, y de ningún modo aún del *medio* por el cual podemos subsistir delante de él. El apóstol, a menos de ponerse en contradicción con todas sus enseñanzas, y en particular con toda esta epístola, no puede querer decir que ninguna clase de hombres, judíos o griegos, puedan, sin el evangelio y aplicándose por sus propias fuerzas a la práctica de las buenas obras, hacerse participantes de la vida eterna; sino que declara que del estado moral del hombre, sea judío, pagano o cristiano, dependerá la sentencia pronunciada sobre él en el día del juicio, lo que es rigurosamente justo. Solamente, no se ocupará sino más tarde de lo que Dios hace en su gracia para hacer al pecador aceptable delante de él. Entretanto, opone una seria perseverancia en el bien a las vanas disputas de palabras, al estéril saber religioso, a la orgullosa justicia propia, por las cuales los judíos se imaginaban merecer la salvación. Es esto también lo que hace Jacobo (1:22 y sig.; 2:14 y sig.) y el Salvador mismo. (Mat. 19:16 y sig.; Luc. 10:25 y sig.)

9. Deut. 10:17; 1 Sam. 16:7; 2 Crón. 19:78; Job 34:19; Actos 10:34; Gál. 2:6.

II. 12-16. Cada uno será juzgado según la medida de su conocimiento y de su familia. — 1º Los paganos, sin que la ley revelada les sea aplicada; los judíos según esta ley. Y se tratará, no de haberla *conocido*, sino de haberla *practicado*. (12, 13). — 2º Los paganos pueden ser llevados a juicio, pues cuando hacen el bien muestran que hay en ellos una ley moral, la conciencia, que los acusa o los defiende, y todo este trabajo interior de las conciencias será manifestado en el gran día de Cristo. (14-16).

12 En efecto, cuantos sin ley pecaron sin ley tambien perece-
13 rán [10], y cuantos con ley pecaron por ley serán juzgados [11],—pues
no son los oidores de la ley justos ante Dios, sino los observadores
14 serán justificados [12], pues cuando gentiles que no tienen ley hacen
15 por naturaleza las cosas de la ley, éstos, no teniendo ley, a sí mis-
mos son ley, pues demuestran la obra de la ley escrita en sus
corazones [13], dando también testimonio su conciencia [14], y acu-

10. *Sin ley* escrita, que, no habiéndoles sido confiada, no será la medida conforme a la cual serán juzgados. Pero ellos tienen otra ley, la de la conciencia (v. 14, 15) y la revelación de Dios en sus obras. (1:19-21.) Ahora bien: es el endurecimiento en el pecado, en presencia de tales medios, lo que se tornará en la causa de la terrible sentencia anunciada en este versículo. En todas circunstancias, el salario del pecado es la muerte; pero, admitiendo en su plenitud esta verdad, no se debe olvidar que hay, delante de Dios, diversos grados de culpabilidad, que servirán de base al juicio de Dios. (Véase Mat. 11:22-24, y principalmente Luc. 12:47-48.)

11. Gr. *"en ley* pecaron, por ley serán juzgados". Precisamente por esa *ley* de que se glorificaban los judíos (v. 17-20), imaginándose que poseerla y conocerla era para ellos un título al favor de Dios (v. 13). Es así como el mismo apóstol que enseña con tanta insistencia que ninguno será justificado por las obras de la ley, realza muy a propósito la santidad y la severidad de la ley, a fin de hacer de ella una preparación necesaria al evangelio. Mientras más inviolable y terrible en su sanción es la ley, tanto más obligado se siente el pecador a recurrir a la gracia.— Que los que miran la ley como abolida por el evangelio, hasta inútil para dar el conocimiento del pecado y del juicio de Dios, vean cómo se pondrán de acuerdo con todas las enseñanzas de Pablo (3:20, notas), y del Señor mismo. (Mat. 5:17-19.)

12. El hombre que hubiera observado en toda su santidad esa ley que condena hasta los pensamientos y los movimientos culpables del corazón, sería ciertamente *justo delante de Dios;* ¿mas dónde está ese hombre? El apóstol responde a esta pregunta en el cap. 3:9, 10. Solamente contentándose con *escuchar* la ley, despojándola de su santidad, reduciéndola a algunos preceptos de una moral vulgar, han podido los judíos (y muchos *cristianos)* imaginarse *ser justificados* por las obras de la ley. (Deut. 27:26; Gál. 3:10.)

13. Los intérpretes se dividen sobre la manera cómo hay que conectar este v. 14 a lo que precede. Unos piensan que hay que unirlo al final del v. 13, y entonces el apóstol querría decir que los paganos, tanto como los judíos, pueden ser justificados siguiendo la ley interior de su conciencia. Otros refieren estas palabras a la primera mitad del v. 12, y piensan que Pablo quiere explicar cómo son los gentiles responsables sin haber tenido la ley revelada. Sea lo que fuere, se trata en efecto de esta responsabilidad. Era necesario justi-

16 sándose o también defendiéndose entre sí sus pensamientos,—
en el día en que juzgará Dios los secretos de los hombres[15], según
mi evangelio, por Jesucristo[16].

ficar la sentencia del vers. 12 contra los pecados cometidos fuera de la revelación, sentencia que habría podido parecer dura e injusta. Para ello, el apóstol funda la responsabilidad de los paganos en las advertencias de la conciencia, como la había fundado ya (1:18-21) en el conocimiento natural que tenían ellos de Dios, por medio de sus obras. Cuando ellos hacen, pues, *por naturaleza*, es decir sin mandamientos escritos, ciertas obras conformes a la ley divina, muestran con ello que tienen en su interior el sentimiento de lo justo y lo injusto, al cual entonces obedecen; lo que no quiere decir que, aun en los mejores momentos y en sus mejores acciones, llenen perfectamente las prescripciones de esta voz interna. Ninguno pone, pues, su responsabilidad enteramente a cubierto; todos quedan pecadores y condenables, por cualquier ley que sean juzgados. (3:9, 10.) "La ley natural dice: No hagas a otro lo que no quieres que él te haga; y también: Hazle lo que quieres que te sea hecho. (Mat. 7:12.) Ahora bien: los paganos no hacen más que la obra externa de esta ley de Moisés, y *sus pensamientos se acusan o se defienden* (v. 15) solamente porque tal transgresión de esta ley es mayor que tal otra". *Lutero.*

14. Dando su conciencia también testimonio (de lo que es justo o injusto) y sus pensamientos (o sus reflexiones) acusándose o defendiéndose entre sí. La *conciencia* es esa voz interna que jamás cesa completamente de *testificar* en favor de la verdad y la justicia, aun cuando el hombre llega a debilitarla, a obscurecerla, a falsearla por su resistencia o sus sofismas. Los *pensamientos* o las reflexiones son las conclusiones que la razón saca de la conciencia, y por los cuales el hombre ora *se excusa* en su pecado, ora se ve obligado a *condenarse.* "Pablo apela a esas discusiones de que el corazón del gentil mismo es teatro y que tienen por objeto sus propios actos... (Los) pensamientos mismos... debaten *entre sí* sobre el valor moral de los actos y de su autor. Hay en el corazón un tribunal, un abogado que acusa, otro que responde..." *Godet.*

15. Entre los v. 15 y 16, la construcción se rompe, de modo que es difícil saber a qué se refiere el v. 16. Algunos intérpretes hacen de los v. 14 y 15 un paréntesis, y unen el v. 16 a las palabras del v. 13 que no conciernen más que a los judíos. Nosotros pensamos más bien que esta solemne apelación al *juicio* final se refiere a todo lo que precede y se aplica a todos los hombres. Para todos, en efecto, serán puestas en plena luz, por el juicio, las *cosas ocultas* hasta las cuales ni la conciencia ni los pensamientos de los mejores habían penetrado.

16. *Jesucristo*, el Hijo de Dios y el Hijo del hombre, será el Juez del universo (Actos 17:31; Juan 5:27, nota), declarado tal por este *evangelio* que Pablo llama *suyo*, porque se lo había apropiado y lo predicaba. La invención moderna que pretende que Pablo opone así *su* evangelio al de los otros apóstoles, no tiene necesidad de refutación. No quiere decir tampoco que Dios *juzgará* a los hom-

III. 17-29. Aplicación de estos principios a la conducta de los judíos. — 1º Tú, judío, tienes grandes privilegios religiosos, pero en lugar de santificarte no haces más que hincharte de orgullo. (17-20). — 2º Tú, que enseñas y predicas a los demás, cometes todos los pecados que reprendes en ellos, y deshonras así el nombre del Dios que invocas. (21-24). — 3º Sin duda, la señal del pacto de gracia que has recibido es preciosa; pero, ¿de qué sirve, cuando transgriedes la ley? Desciendes a un nivel inferior al del incircunciso que se esfuerza en observar las ordenanzas y que, por su ejemplo, te condenará. (25-27). — 4º Porque el verdadero judaísmo y la verdadera circuncisión no son los exteriores, según la carne, sino que residen en el corazón, según el Espíritu; tal judaísmo sólo tiene valor a los ojos de Dios. (28, 29).

17 Mas si tú eres llamado judío[17] y descansas sobre la ley, y
18 te jactas en Dios, y conoces su voluntad, y pruebas lo excelente[18],
19 instruído por la ley, y confías tú mismo ser guía de ciegos, luz
20 de los que están en tinieblas, educador de insensatos, maestro
de niños, teniendo la fórmula de la ciencia y de la verdad en la
21 ley.. ¡Tú, pues, que enseñas a otro, no te enseñas a ti mismo!
22 ¡tú, que predicas que no se debe hurtar, hurtas! ¡tú, que dices
que no se debe cometer adulterio, cometes adulterio! ¡tú, que
23 abominas los ídolos, cometes sacrilegio[19]! ¡tú, que te jactas en

bres *según su evangelio*, siendo éste la norma del juicio. El opone de un modo general las afirmaciones de su evangelio, al error y sobre todo a la negación del juicio que él anuncia y que ha sido puesto en la evidencia más luminosa por el evangelio. M. Goedt precisa la aplicación de la expresión *según mi evangelio* y la refiere a la que precede: *las cosas ocultas.* El evangelio de Pablo no acuerda valor a la moralidad externa y legal; hace resaltar sobre todo este detalle de la enseñanza evangélica: la espiritualidad.

17. La construcción de la frase es interrumpida y el segundo miembro se encuentra en los v. 21 y siguientes donde el apóstol vuelve todos estos privilegios espirituales en otros tantos motivos de condenación. Es éste un elocuente desarrollo del v. 13.

18. Gr. "Pruebas, examinas lo que difiere". las cuestiones discutidas entre los doctores, los puntos difíciles de doctrina o de moral, etc. Otros traducen: "Disciernes lo mejor", y algunos intérpretes aprueban este sentido. Comp. Fil. 1:10, donde reaparece el mismo término.

19. El verbo traducido aquí por *cometer sacrilegios* significa propiamente *robar las cosas santas*, y puede entenderse, ora en el sentido literal, relativo a las infidelidades que se permitía la avaricia de los sacerdotes respecto de las ofrendas (comp. Mat. 21:12, 13), no menos que a los fraudes piadosos del pueblo que las ofrecía (Mal. 1:8, 12, 14; 3:8); ora en el sentido espiritual, refiriéndose a todos los actos o los sentimientos por los cuales el hombre roba a Dios la gloria que le pertenece. (Mal. 1:6; Mat. 22:21; 1 Cor. 6: 19, 20). Otros traducen: *Despojas los templos*, es decir los templos paganos. Gramaticalmente, este senti-

24 la ley, por la transgresión de la ley deshonras a Dios! En efecto,
el nombre de Dios es por causa de vosotros blasfemado entre
los gentiles, conforme está escrito [20].
25 La circuncisión, sí, aprovecha [21], en efecto, si observares la
ley; mas si transgresor fueres de la ley, tu circuncisión ha sido
26 hecha incircuncisión [22]. Si la incircuncisión, pues guardare las
27 ordenanzas de la ley, ¿no será su incircuncisión reputada como
circuncisión? Y la incircuncisión por naturaleza, guardando la
28 ley, te juzgará a ti, que con letra y circuncisión transgresor eres
29 de la ley [23]. En efecto, no es judío el que lo es por fuera, ni la
hecha por fuera en la carne es circuncisión, sino que es judío el
que lo es por dentro, y circuncisión la del corazón, en espíritu,
no en letra [24], la alabanza del cual no viene de los hombres sino
de Dios [25].

do es posible, históricamente, no es fundado, y tal no es seguramente el pensamiento del apóstol.

20. Isa. 52:5; Ezeq. 36:20-23. "Dios es blasfemado por vuestros pecados en medio de los gentiles, porque éstos son inducidos a creer que Dios aprueba esas abominaciones o que su palabra no es más que un embuste". Esta terrible consecuencia de la infidelidades debe servir de advertencia a los cristianos no menos que a los judíos. (14:13; 1 Tim. 6:1; Tito 2:5.) Todos los esfuerzos de los enemigos del evangelio perjudican menos a esta santa causa que las faltas de los que lo han abrazado.

21. Somos una señal del pacto de gracia. (Gén. 17:10-14.)

22. Gr. "Tu rircuncisión se ha tornado prepucio", el judio es semejante al gentil, aunque se glorifique de la señal externa de la alianza. (Jer. 9:25, 26.)

23. La suposición que hace aquí el apóstol, de gentiles guardando las ordenanzas de la ley sin ser circuncidados (comp. v. 14, 15, nota), ha sido a menudo realizada por piadosos prosélitos, por un Naamán (2 Reyes 5:15-17), un Cornelio (Actos 10), y sobre todo, por todos los paganos convertidos al evangelio. El sentido general de estos versículos es éste: "La circuncisión o la incircuncisión en sí mismas no son nada, sino la obediencia a los mandamientos de Dios es todo". (1 Cor. 7:19; Gál. 5:6). En todos los cultos el hombre se obstina en colocar la esencia de la religión en las obras externas; la escritura no pone menos constancia en reconducirle al interior, al *ser* más que al *hacer*, porque el primero produce siempre el último, pero no la inversa.

24. "Lo que se hace *según el espíritu* es todo lo que Dios opera en el hombre de un modo sobrenatural; lo que tiene lugar *según la letra*, es toda obra de hombre cumplida por la naturaleza sin el Espíritu de Dios". *Lutero.*

25. Este contraste profundo: buscar la aprobación *de los hombres* o la *de Dios*, indica la verdadera medida de lo que es externo o interno, verdadero o falso, vivo o muerto en las obras de un hombre. (Juan 5:44; 12:43; 1 Cor. 1:31; 2 Cor. 10:18.)

CAPITULO III.

I. *La ventaja del judío subsiste a pesar de la incredulidad de los unos y los impíos sarcasmos de los otros, 1-8.* — II. *La culpabilidad de todos los hombres confirmada por la escritura, 9-2.* — III. *Unico medio de justificación, la fe en el sacrificio de Jesucristo, 21-31.*

I. 1-8. Respuesta a una doble objeción. — 1º Al oír las verdades que Pablo acaba de establecer relativas a los judíos, en el capítulo precedente, a saber: que serán juzgados lo mismo que los paganos, según la verdad, y que son transgresores de la ley, el apóstol prevé de su parte la objeción que expresa aquí: "¿De qué sirve pertenecer al pueblo de Dios?" Responde primeramente que ese pueblo ha tenido la inmensa ventaja de poseer la revelación divina y que a pesar de la incredulidad de muchos, la fidelidad de Dios subsiste en su pacto; si el hombre es falso, tanto más brillo recibe la verdad de Dios. (1-4). — 2º "Si así son las cosas, ¿no es injusto Dios cuando castiga?" No, pues pretenderlo sería negar toda justicia y todo juicio; ningún pecador sería ya responsable, y no quedaría más que el abominable principio atribuído a los cristianos por la calumnia: hacer el mal para que venga el bien. (5-8).

1 ¿Cuál es, pues, la ventaja del judío, o cuál el provecho de la
2 circuncisión [1]? Mucho en todas maneras [2]: en primer lugar por-
que les fueron confiados los oráculos de Dios [3]. ¿Qué pues? Si
3 algunos no han creído, ¿invalidará acaso su incredulidad la fi-
4 delidad de Dios [4]? ¡Nunca tal acontezca [5]! mas sea Dios hallado
verdadero, mas todo hombre falso, conforme está escrito: "Para

1. Esta objeción la supone Pablo evidentemente en el espíritu de los judíos; debía resultar de su orgullo teocrático, herido por lo que precede; es lo que prueba la partícula *pues*. Por lo demás, los dos términos de la pregunta, *ventaja del judío* y *provecho de la circuncisión*, expresan la misma idea; solamente, siendo la circuncisión la señal de la alianza de gracia que contiene todo lo demás, Pablo la menciona para dar más peso a la objeción.

2. Las ventajas de la alianza de gracia se extienden en todos los sentidos, llenan todas las esferas de la vida humana.

3. *En primer lugar que...* El apóstol quería sin duda enumerar los privilegios del pueblo elegido, como lo hace en 9:4, 5; pero encuentra esta primera ventaja tan grande, que la considera como conteniendo todas las demás, y no agrega ningún *luego* que corresponda. En efecto, los *oráculos de Dios*, todas sus revelaciones, toda su palabra, sobre todo las profecías relativas al Salvador y la redención del mundo, constituyen la inmensa prerrogativa acordada a su pueblo; todo está comprendido en ello. (Comp. Sal. 147:19, 20; Sal. 78:5 y sig.; Actos 7:38.)

4. Las ventajas del pueblo judío

que seas justificado en tus palabras y venzas al ser juzgado [6].
5 Mas si nuestra injusticia muestra la justicia de Dios, ¿qué dire-
6 mos? ¿Es injusto Dios que inflige castigo [7]? (como hombre ha-
blo [8]) ¡Nunca tal acontezca! De otro modo, ¿cómo juzgaría Dios al

habrían aparecido en toda su grandeza, si *hubieras creído*, pues tal es siempre la indispensable condición adherida a cada gracia de Dios; por ella se apropia el hombre esta gracia. Pero ni su ingratitud ni su infidelidad destruyen la *fidelidad de Dios*, que no aparece sino con más brillo. Los incrédulos de entre los judíos se han privado de la gracia, pero la alianza de Dios subsiste, nada ha cambiado de su parte. En el tiempo del Salvador, él hacía decir a los fariseos, en la persona del hijo mayor de la parábola (Luc. 15:31): "Hijo mío, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo". Y aun, a fin de hacer más impresionante este pensamiento, el apóstol designa a los que no han creído por la palabra *algunos*, queriendo mostrar que Dios no ha rechazado a *su* pueblo, al verdadero Israel, la descendencia espiritual de Abrahán, ni siquiera su descendencia según la carne, destinada a entrar nuevamente en el pacto eterno. Este pensamiento es desarrollado en el cap. 11.

5. ¡No ocurra esto! lejos de nosotros tal pensamiento. Ostervald vierte esta locución, muy familiar a Pablo, por ésta: *¡No lo quiera Dios!* haciendo así intervenir el santo nombre de Dios de un modo que el apóstol no habría aprobado. La versión de Lausana, imitada por otras, traduce por este arcaísmo: *¡Que así no acontezca!*

6. Sal. 51:6. Se podría traducir también: "Cuando intentas un proceso" al hombre. Entonces se tendría el sentido exacto del hebreo que dice: "En tu juzgar", o en tu juicio. Este es probablemente el pensamiento de la versión de los Setenta, que Pablo cita aquí literalmente, donde la forma del verbo es *media* y no *pasiva*. Pero si se debe conservar, tal cual es aquí traducida la versión griega de que se servía el apóstol, el sentido conviene perfectamente a su argumentación. En efecto, por la objeción que él refuta, Dios es juzgado, acusado de no ser fiel a su pacto con su pueblo; pero será *hallado justo* (liter. *justificado)*, quedará victorioso, *ganará la causa*, como muy bien traduce Martín, puesto que se trata de expresiones jurídicas; y el hombre será *mentiroso* (Sal. 116:11), en su juicio, no menos que en su conducta, puesto que por su infidelidad los que no han creído han perdido los privilegios del pueblo electo. La justicia de Dios será manifestada en su condenación, no menos que su fidelidad en los que tendrán parte en los bienes de la alianza.

7. Gr. "que inflige la ira". Esta segunda objeción se deduce naturalmente del v. 4 en el espíritu obscurecido y rebelde que el apóstol llama a juicio. En efecto, si la incredulidad del hombre, si aun su pecado positivo (como en el caso citado en el Sal. 51:6) sirve a manifestar la fidelidad y la justicia de Dios, ¿cómo será el hombre aún responsable y castigado? (v. 7). ¿No hay entonces injusticia en Dios? Pablo responde en el v. 6.

8. Esta acusación blasfematoria hiere la conciencia delicada del ser-

7 mundo [9]? pues si la verdad de Dios abundó por mi falsedad para
su gloria, ¿por qué soy aún yo también juzgado como pecador [10],
8 y no, conforme somos calumniados, y conforme dicen algunos que
nosotros decimos: "Hagamos el mal para que los bienes ven-
gan [11]?" la condenación de los cuales es justa [12].

II. 9-20. TODOS SON PECADORES Y DIGNOS DE CONDENACIÓN. — Después de haber respondido (vers. 1-8) a las objeciones que había en su camino, el apóstol vuelve a su tema del cap. 2, y esto por una pregunta relativa a los judíos. "¿Son ellos, delante de Dios, menos culpables que los paganos? Lo niega: 1º Recordando la demostración que acaba de hacer del pecado de todos (9); — 2º Citando declaraciones de la escritura (10-18); — 3º Infiere de esas declaraciones que los judíos que conocen la ley son condenados tanto como los paganos y que nadie será justificado delante de Dios por las obras de la ley. (19-20).

9 ¿Qué pues? ¿Somos más excelentes? De ningún modo, pues

vidor de Dios; se excusa, en cierto modo, de haberla expresado. *Hablar según el hombre*, significa: al modo del hombre abandonado a sus tinieblas y a las decepciones de una razón falseada por el pecado. (Mat. 16:23; 1 Cor. 2:14.)

9. A ese paso, no habría juicio posible, no más distinción entre el bien y el mal; los mayores crímenes podrían pretender la impunidad porque, en este pensamiento, habrían servido para glorificar a Dios. Mucho más, sería éste un argumento positivo en favor del pecado, y la justificación de este detestable principio: "hace el mal para que venga el bien", que algunos malignos atribuían al apóstol (v. 8), como una consecuencia de su doctrina. Pablo habría podido responder a esa objeción haciendo observar que jamás el pecador tiene la *intención* de glorificar a Dios por sus iniquidades, y que, si llegare a ese resultado, sería a pesar suyo; esto deja su responsabilidad íntegra, y su culpabilidad pesar con todo su peso sobre su conciencia. Pero el apóstol menos quería producir una refutación en forma que expresar, en términos enérgicos, lo que había de inmoral y de blasfematorio en la objeción. Fundado en la justicia de Dios y en la certidumbre del juicio al que la conciencia humana da testimonio, razona como Abrahán. (Gén. 18:25; comp. Job. 34:17.)

10. Véase v. nota. Este versículo, debe, en el pensamiento del apóstol, que se pone en el punto de vista de los adversarios, explicar y probar la respuesta contenida en el v. 6; una var. adoptada por Tischendorf, pero no suficientemente apoyada, tiene: "*Mas* si la verdad..." y presenta el pensamiento del v. 7 como una nueva objeción.

11. Gr. "Conforme somos blasfemados, y conforme dicen algunos que nosotros decimos". ¿De dónde podía venir esta calumnia contra los cristianos? Sin duda alguna de su no observancia de las ordenanzas de la ley y su doctrina de la salvación por la fe sola, lo que, a los ojos de

ya hemos acusado tanto a judíos como a griegos de estar todos
10 bajo pecado [13], conforme está escrito [14]: "No hay justo, ni aun
11 uno. No hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos
12 se desviaron, a una se inutilizaron; no hay quien ejerza la bondad,
13 no hay siquiera uno. Tumba abierta es su garganta; con sus len-
14 guas engañaban; veneno de áspides hay bajo sus labios [15]; cuya
15 boca está henchida de maldición y de amargura; sus pies son
16 ágiles para derramar sangre; destrucción y miseria hay en sus
17 caminos, y el camino de la paz no conocieron; no hay temor de
18 Dios delante de sus ojos [16]." Mas sabemos que cuanto la ley dice,

los judíos, era hacer el mal para obtener el bien.

12. Si se refieren estas últimas palabras a lo que precede inmediatamente, el apóstol aplicaría esta *justa condenación* a los que calumnian a los cristianos. Es mucho más probable que tiene en vista a los que acusan a Dios de injusticia. (v. 5-8).

13. Es necesario entender por *nosotros* los judíos: "¿Somos *nosotros* más excelentes que los paganos?" A lo que responde el apóstol: "¡De ningún modo!" Lo que de ningún modo está en contradicción con las ventajas espirituales que ha concedido a los judíos (v. 2), pues esas prerrogativas venían exclusivamente de la gracia de Dios y no conferían a los judíos ningún mérito, ninguna justicia delante de Dios (2:13); muy al contrario, ellas tornábanse en vergüenza de los que no habían creído, agravaban su condenación, y no glorificaban más que la bondad y la fidelidad de Dios. (v. 3 y sig.) Pero, por una parte, los paganos no tenían ninguna ventaja sobre los judíos; todos son iguales delante de Dios, como pecadores dignos de condenación, porque unos y otros han violado la ley, de diversa naturaleza, que les era respectivamente confiada. (1: 19, 20; 2: 12-15).—Hemos tomado la pregunta del v. 9 en el sentido más generalmente admitido y apoyado por la opinión de los padres griegos. Algunos comentadores modernos (Meyer, por ejemplo), quieren que se traduzca: "¿Qué pues? ¿tenemos algo que oponer?" Otros funden las dos preguntas en una sola: "¿Qué tenemos, pues, que oponer (que responder)?" es decir, delante de Dios, y así no habría comparación entre judíos y paganos. El conjunto del texto es más favorable a la traducción ordinaria.

14. He aquí los pasajes del Ant. Test. reproducidos en los v. sig.: Sal. 14: 1-3; Sal. 5: 9; Sal. 10:7; Prov. 1:16; Isa. 59: 7, 8. Estos pasajes son colocados en un orden que indica: 1º el *estado* de pecado (v. 10-12); 2º este estado manifestado por *palabras* y *hechos* (v. 13-17); 3º la *fuente* de todo ese mal en el hombre. (v. 18). Son citados, unos según los Setenta; otros de memoria; otros con modificaciones intencionadas.

15. Su *garganta*, su *lengua*, sus *labios*, tres órganos de la palabra igualmente empleados para expresar el mal que está dentro.

16. Estos juicios de la escritura sobre el estado moral del hombre deben ser entendidos en su significado absoluto e ideal, como lo hace siempre la biblia; pues en un sentido relativo, no sería exacto decir que ninguno busca a Dios, que ninguno hace el bien, etc., mientras que en el sentido absoluto, que es el de Dios, estas sentencias son rigurosamente verdaderas. (Véase la nota siguiente).

19 a los que están en la ley lo dice, para que toda boca sea tapada
y sea hallado todo el mundo sujeto al juicio de Dios [17], porque
20 por las obras de la ley ninguna carne [18] será justificada en su
presencia, pues por la ley viene el conocimiento del pecado [19].

17. La expresión *la ley* designa aquí el Ant. Test. en general (como en 1 Cor. 14:21) y se refiere a las citas que el apóstol acaba de hacer. Los judíos podían objetar que varias de las frases citadas habían sido dichas de los paganos y no de los fieles de la alianza. Pablo reivindica el derecho de aplicarlas a los judíos también. Los severos juicios del Antiguo Testamento sobre los gentiles no tenían por objeto enorgullecer a los judíos, sino advertirlos; y si cometían actos semejantes, las mismas sentencias los alcanzaban con mayor razón.—Bajo otro punto de vista, se podría preguntar si estas descripciones de la corrupción humana se aplican igualmente a todos los tiempos y a todos los individuos, o especialmente a las épocas de grande depravación, y a los hombres más profundamente caídos. Sin duda, hay grados en el mal; pero estas quejas dolorosas exhaladas en diversos tiempos y por servidores de Dios que creían su época más mala que todas las demás, prueban la universalidad del mal. Como en la naturaleza un hecho constantemente repetido se hace una ley, la vuelta de los mismos pecados en un pueblo prueba que la fuente de ellos no está en circunstancias accidentales, sino en el corazón del hombre. Por lo demás, no está allí toda la cuestión: lo que hace que el hombre halle tan difícil reconocer su culpabilidad delante de Dios, es que se juzga según otras medidas que la de la ley, es decir de la santidad de Dios y de la perfección de que la ley es el espejo. De ahí el cuidado que toma el apóstol en recordar esta medida.

18. Gr. "ninguna carne". (Véase 1:5, nota).

19. Tal es la conclusión de todo lo que precede en esta epístola, y el apóstol indica inmediatamente su razón, diciendo que *la ley*, lejos de *justificar* al pecador, le da *el conocimiento de su pecado* (7:7, nota), le acusa, le condena, como transgresor de esta ley santa. Cuando Pablo habla de la ley, no entiende jamás por ella la ley ceremonial sola, sino la ley divina entera, tal como fué dada por Moisés, ratificada por todo el Ant. Test. y cumplida por Jesucristo. (Comp. Mat. 5:17). Este término de ley, en el cual están comprendidas también las sentencias que Pablo acaba de citar, no designa la ley ceremonial con exclusión de la ley moral, como a menudo lo ha pretendido una exégesis superficial y falsa. *Las obras de la ley* no significan, pues, solamente la circuncisión, los sacrificios, el culto externo, sino todos los esfuerzos que puede hacer el hombre irregenerado para cumplir la ley por sus propias fuerzas, y ser así justificado delante de Dios, ora esos esfuerzos tengan por objeto acciones morales u observancias religiosas. Nuestro pasaje solo bastaría para probar que éste es realmente el pensamiento del após-

III. 21-31. El medio nuevo de la salvación: la justificación por la fe en Jesucristo. — Aquí es donde reanuda y desarrolla Pablo el principal tema de su epístola indicado en el cap. 1: 17: 1º No pudiendo la ley de ningún modo justificar al pecador que la ha violado, Dios ha manifestado para él la verdadera justicia, que puede apropiarse sin la ley, únicamente por la fe, pues es ofrecida sin condición a todos los que creen. (21, 22). — 2º Estando todos, sin distinción, privados de *justicia*, Dios procede para con ellos por el camino de la *gracia*, que les es obtenida por la *redención* realizada en Cristo Jesús. (23, 24). — 3º Esta redención, preparada por Dios mismo. consiste en la muerte expiatoria de Jesucristo, y su gran propósito moral era el de manifestar que Dios permanece justo, aun cuando perdona, aun cuando justifica al creyente. (25-26). — 4º Este medio de salvación alcanza la meta vanamente perseguida por la antigua ley: quita al hombre toda gloria para darla a Dios. Esta concordancia con la antigua ley en el propósito perseguido prueba la legitimidad del nuevo medio de salvación. (27, 28). — 5º Este puede apoyarse también en el principio de la unidad de Dios: siendo Dios el Dios de los paganos como de los judíos, ha debido crear un medio de salvación igualmente accesible a los primeros. (29, 30). — 6º Este medio de salvación, lejos de debilitar para el hombre la obligación moral, la establece sobre la base más santa. (31).

21 Mas ahora [20], sin ley, la justicia de Dios ha sido manifestada,
22 testificada por la ley y los profetas [21]; la justicia, digo, de Dios,
por la fe de Jesucristo, para todos, y sobre todos los que creen [22],
23 pues no hay diferencia [23], pues todos pecaron y están privados de

tol, pues hasta aquí evidentemente no ha hablado más que de una ley *moral* que él opone a la corrupción *moral*.

20. *Ahora*, bajo el evangelio, y por la predicación del evangelio.

21. Bien que *manifestada sin ley*, es decir sin que sea necesario haber cumplido la ley, esta justicia nueva está tan poco en contradicción con la ley, que *la ley y los profetas le dan testimonio* desde siglos atrás, y se halla en perfecta armonía con toda la economía divina de la antigua alianza. Es esto lo que el apóstol probará con ejemplos notables en el cap. 4.

22. Comp. cap. 1:16, 17, notas. Véase también más abajo ,v. 24, nota.—Las palabras "*para* todos, y *sobre* todos los que creen", pueden ser consideradas, ora como términos sinónimos destinados a dar mayor energía al pensamiento, ora como una gradación: "Semejante a un río de vida, la gracia divina se extiende *a* todos y se desborda *sobre* todos los que creen". *Ols.* Quizá también, al traducir literalmente: *para* todos, y *sobre* todos los que creen, sería uno inducido a pensar que la primera preposición señala *el destino* de la justicia de Cristo en la intención de Dios: podría extenderse a *todos*, es suficiente *para todos;* y que la segunda preposición indica la aplicación real de esta justificación: *sobre* todos *los que creen.*

23. Ninguna diferencia, primeramente, entre judíos y paganos, es el pensamiento general del apóstol (v. 9); luego, entre todos los hombres, porque todos, aunque a grados diferentes, son pecadores y, como tales, privados de todo medio de salud en sí mismos.

24 la gloria de Dios [24], siendo justificados gratuitamente por su
25 gracia [25] por medio de la redención que es en Cristo Jesús [26], al

24. *La gloria de Dios* no es solamente "la gloria que Dios da", su aprobación; ni, como lo quiere Calvino, la gloria del hombre *delante de Dios*, ante su tribunal; ni, por último, todo motivo de jactancia. Si el apóstol hubiera querido decir eso, lo habría dicho. Nosotros tomamos estas palabras como las de "justicia de Dios" (1:17), ante todo en su sentido objetivo, absoluto, para redescender luego al sentido subjetivo y relativo. La gloria de Dios son sus perfecciones eternas, que debían reflejarse en el hombre, su imagen. (1 or. 11:7; 2 Cor. 3:18; Efes. 4:24). Sin el pecado, habría conservado esta gloria, y su única ambición habría sido poseerla cada vez más completamente hasta su plenitud. *Privado* de esa *gloria*, por la caída y por su propio pecado, el hombre, colocándose en el lugar de Dios, no busca más que su propia gloria y la que le viene de las criaturas semejantes a él. Juan 5:44; 12:43). "Observa bien lo que dice el apóstol: *¡Todos pecaron y están privados de la gloria de Dios!* Es éste el punto capital de esta epístola y de toda la escritura, es decir que todo lo que no es purificado por la sangre de Jesucristo y justificado por la fe, es pecado. Abraza este texto, pues aquí es donde viene a perecer el mérito de las obras y de toda gloria del hombre, para que a Dios solo sean la gracia y la gloria". *Lutero.*

25. Tal es la importancia que pone el apóstol en declarar clara, fuertemente la perfecta gracia de la salvación, que acumula los términos, sin temor de pleonasmos. El creyente es *justificado*, declarado justo, no solamente por un acto inmerecido de la *gracia* de Dios, sino *gratuitamente* sin que nada sea requerido de su parte como una especie de equivalente cualquiera, porque "la redención que es en Cristo Jesús", ha cumplido todo, y se torna en el beneficio del que se la apropia por la fe. Y en efecto, si el hombre condenado por la ley debía obtener una justicia digna de Dios (1:17, nota), era necesario que le viniera de Dios mismo y que le fuera dada gratuitamente. ¿Cuál es la *condición* imaginable digna de la santidad de Dios, que el hombre hubiera podido llenar? No hay ninguna, pues no se trataba para él de no ser condenado, lo está; se trataba para él de ver esta condenación abolida y reemplazada por una justicia capaz de soportar las miradas de Dios. Ahora bien: esto era tan imposible al hombre como le sería el crear un mundo. Mas, que nadie se engañe: el acto soberano por el cual Dios declara justo o "justifica" a un pecador, no queda fuera de este último, como una acción que ocurriría exclusivamente en el juicio de Dios, y de la cual el que es su objeto no sentiría efecto alguno en sí. *Por la fe* (v. 22, 24-31), esta justicia es *apropiada* al pecador, se le hace personal, y el acto de la gracia que lo justifica lo transfiere a una relación íntima, viviente y enteramente nueva con Dios; allí se opera una *reconciliación.* (5:10; 2 Cor. 5:19, 20; Col.

que propuso Dios como propiciación, por fe en su sangre[27], para
26 demostración de su justicia por causa de la impunidad de los
pecados antes cometidos en la tolerancia de Dios, para la de-

1:19-22). Hecho *uno* con Cristo, que se puso en su lugar y sufrió por él la pena que el pecador había merecido, éste, a su vez, es admitido por la fe a ocupar el lugar de Cristo mismo; se torna hijo de Dios, su heredero (8:17); disfruta con dicha de su gracia y de su amor, y allí empieza para él una vida íntima y santa, que emana de la justicia que le ha sido apropiada. Sin embargo, esta justicia interna, progresiva (sinónima de santificación), no es la "justificación" de que Pablo habla aquí; es su consecuencia, su fruto, pero permanece eternamente distinta de ella; pues esta justicia interna misma, bien que produzca obras que son imposibles a la ley, o más bien, aunque ella misma sea la obra de las obras, queda sin embargo siempre imperfecta (por lo menos en este mundo), siempre afectada de pecado; por consiguiente, no podría ella jamás tornarse en la fuente de nuestra justificación delante de Dios, jamás darnos la seguridad de que somos sus hijos.

26. *Redención* significa rescate, o acción de rescatar. Solamente, no hay que olvidar que, en la palabra compuesta del original, se encuentra literalmente expresada la idea de *precio de rescate*, y rescate por ese precio. Es la palabra de que se servían los griegos para indicar el rescate de los esclavos o de los prisioneros de guerra, por medio de un precio convenido. Pablo nombra en el versículo siguiente el precio de rescate que fué pagado por nosotros y que es nada menos que "la sangre de Cristo". (Mat. 28:28; Ef. 1:7; 1 Cor. 1:30).

27. Nuestra justificación nos es adquirida gratuitamente, pero ha necesitado una obra considerable de que Dios es el autor y la que el apóstol describe en este versículo. Dios, dice, *había propuesto*, por un decreto eterno de su Providencia, a Jesucristo *como propiciación*. El término griego que traducimos así es un adjetivo neutro (*hilasterion, lo que hace propicio*), al cual conviene dejar su sentido indeterminado. Algunos intérpretes antiguos, Orígenes, Lutero, Calvino, y, entre los modernos, Olshausen, Tholuck, etc., piensan que Pablo designa con esta palabra *el propiciatorio*, o la plancha de oro oro puro que servía de tapa al arca del pacto. Esa plancha, llamada en hebreo *caporeth*, es decir "cubierta de propiciación", porque cubría la ley acusadora y recibía la sangre de las expiaciones en el día grande en que el sumo sacerdote penetraba en el lugar santísimo, esa plancha recibió, en la versión griega de que se servían los apóstoles, el nombre de *hilasterion*, que la vulgata latina vertió por *propitiatorium* y nuestras traducciones por *propiciatorio*, es decir, una cosa por la cual se hace a Dios *propicio*, calmando su justicia. (Véase Ex. 25:17 y sig.; Lev. 16:14 y sig.; Hebr. 9:7-9, 11, 12). Dios habría *destinado* a Cristo, le habría *establecido anticipadamente* para ser un propiciatorio semejante, o más bien para tornarse en la realidad de lo que no era entonces más que una figura, una profecía. Habíamos admitido este sentido en nuestra precedente edición, pero reconocemos con M. Godet y varios exégetas modernos que es poco probable que Pablo haya

mostración de su justicia en el presente tiempo, para que él sea
27 justo y justifique al que es de la fe de Jesús[28]. ¿Dónde está,

pensado en la cubierta del arca: 1º si hubiera querido designar este objeto determinado, conocido y único, habría puesto el artículo delante de *hilasterion;* 2º la epístola a los Romanos no se mueve, como la epístola a los Hebreos, sobre el terreno del simbolismo levítico. Si este tipo hubiera sido familiar a Pablo, se hallaría en otras partes en sus epístolas; si no lo hubiera sido, la alusión no habría podido ser entendida por sus lectores; 3º la comparación de Jesucristo con un mueble del tabernáculo sería extraña, tanto más cuanto que el valor expiatorio no es atribuído jamás a la cubierta del arca sino únicamente a la aspersión de la sangre sobre esa cubierta.— No pensamos tampoco que sea necesario sobrentender con el adjetivo *hilasterion* el substantivo *víctima;* vale más tomar aquella palabra en su sentido general e indeterminado de *medio de propiciación*.—Jesucristo es medio de propiciación *por la fe en su sangre.* La fe se adhiere a la *sangre* de Cristo, es decir a su muerte expiatoria. Pablo enseña, pues, claramente, aquí como en todas partes, cuál es el propósito y el sentido de la muerte de Cristo: expiar, cubrir, quitar el pecado. La idea de perdón es a menudo expresada en el Antiguo Testamento por este término: "cubrir el pecado" (por lo menos donde nuestras versiones francesas no han hecho desaparecer esa palabra bajo sus torpes paráfrasis). Esta expresión se refiere a los sacrificios de las víctimas cuya sangre "cubría" el pecado, y descubre constantemente, en los creyentes del antiguo pacto, la esperanza que tenían en la realización futura de esos profundos símbolos. (Véase Sal. 32:1; Sal. 65:4; Sal. 78:38; Sal. 79:8, 9; Jer. 18:23, etc.) Por último para que el pecador, objeto de tanta misericordia comprenda bien que esta obra no debe quedar fuera de él, ni él mismo quedar extraño a esta obra, el apóstol añade inmediatamente: *por la fe* en su sangre. (Comp. v. 22, nota, y v. 24, primera nota). Así el camino de la salvación enseñado en estos versículos está fundado enteramente en estos tres términos: 1º la *causa* de la salvación está únicamente en la *gracia* eterna y gratuita de Dios; 2º el *medio objetivo* de la salvación, lo único que hace posible la justificación del pecador, es el *sacrificio de Cristo;* 3º el *medio subjetivo* de la salvación, lo que la hace personal para el hombre y pone al hombre en posesión de esa salvación, es una *fe* viva, por la cual se hace *uno* con Jesucristo su salvador.

28. *Para la demostración de su justicia;* esta sentencia dos veces repetida (v. 25 y 26), se liga estrechamente a la exposición del sacrificio del Salvador (v. 25). Era necesario que Dios, al establecer a su Hijo como medio de propiciación, *demostrara su justicia*, es decir el atributo por el cual castiga el pecado. Dos cosas, en efecto, podían hacer dudar de la justicia de Dios: en el pasado: *la impunidad de los pecados cometidos antes;* en el presente la justificación acordada gratuitamente a los que creen *(justo y justificador del que es de la fe)*. En el pasado, la falta de castigo de los pecados cometidos antes *durante la paciencia de Dios.* Dios había soportado (liter. *pasado por alto)* los

pues, la jactancia[29]? Ha sido excluída. ¿Por cuál ley? ¿de las
28 obras[30]? No, sino por la ley de la fe[31]. Pensamos, pues, que el

pecados en los tiempos que habían precedido la venida de Cristo y que Pablo llama los tiempos de la tolerancia de Dios. Una suma considerable de sufrimientos, es verdad, había sido la consecuencia del pecado y había pesado gravemente sobre la humanidad. Mas esos sufrimientos no eran un castigo suficiente del pecado; por otra parte estaban desigualmente repartidos; no eran proporcionados a las faltas cometidas por cada pecador. Por eso los hombres no han sabido, en general, ver en sus sufrimientos un castigo de sus pecados, una manifestación de la justicia de Dios. Esta exigía otra manifestación, una demostración más brillante. Y *en el tiempo presente* (v. 26), si Dios *justifica* gratuitamente *al que es de la fe,* no aparece él ya como Aquel que es justo, que mantiene el orden moral, que recompensa el bien y castiga el mal. Aquí igualmente la justicia de Dios tiene necesidad de ser *demostrada* para no correr el riesgo de ser puesta en duda y para que el creyente mismo pueda convencerse de que el perdón que le es acordado no es en detrimento de la justicia de Dios, o, en otros términos, que ese perdón no es una ilusión. Ahora bien: por la muerte expiadora de Jesucristo, *la justicia de Dios es manifestada;* el apóstol no dice que es "satisfecha", pues no enseña que, al morir, Cristo haya soportado una pena equivalente a la suma de los pecados que Dios debía castigar. Pero, en la muerte de su Hijo, Dios ha *mostrado* suficientemente su horror del pecado y la severidad con que juzga; ha mostrado al hombre y le ha representado vivamente el castigo que había merecido. Contemplando la cruz sobre la cual Cristo dió su vida por nosotros, aprendemos a conocer la magnitud de nuestra falta, pero recibimos también la certidumbre de que el perdón de los pecados, sean los que fueren, es una cosa posible y cierta. Así la redención en Cristo Jesús ha sido "la divina teodisea en la historia". *Tholuck.*

29. ¿"Dónde está, pues, la jactancia" del hombre? Este término original no indica el *motivo* o razón de jactarse, sino la jactancia misma, es decir, el orgullo de la justicia propia. ¿Dónde está?

30. El cumplimiento de las obras de la ley tiene por efecto excitar el orgullo e inducir al hombre a gloriarse. Por sí misma y por su destino primitivo, la ley o el antiguo pacto, la *ley de las obras debía* tener un efecto enteramente contrario. Había sido dada al hombre, no para que se hiciera de ella un pedestal, sino para convencerle de pecado y hacerle sentir su impotencia, de modo "que tuviera cerrada la boca". Pablo ha mostrado (3:9-20), que tal era el propósito de la ley. Pero la *ley de las obras* no ha podido alcanzar ese blanco, *excluir toda jactancia*; no es alcanzado más que por el nuevo medio de salud, la redención gratuita o *la ley de la fe.* Resulta de ello —y este punto era importante para los lectores judíos— que no hay oposición entre la ley de las obras y la ley de la fe. Ambas tienden al mismo fin: excluir toda glorificación. La única diferencia entre ellas es que la una alcanza sin falta ese fin vanamente perseguido

29 hombre es justificado por fe, sin las obras de la ley[32]. ¿O es Dios
sólo de los judíos? ¿No lo es también de los gentiles? Sí, tam-
30 bién de los gentiles[33], puesto que realmente uno solo es Dios que

por la otra. Ahora bien: arrancar del corazón del hombre esta raíz de todo pecado, no es el menor beneficio de la ley de la fe, que hace al cristiano humilde, dándole al mismo tiempo la seguridad de su salud y abriéndole la fuente de la santidad.

31. "¿Cuál, es la ley de la fe? La salvación por gracia. En esto proclama el apóstol la potencia de Dios, que no solamente salva al pecador, sino que le justifica sin obras, y le induce a gloriarse en Dios, no exigiendo de él más que la fe". *Crisóstomo.* Esta expresión: *la ley de la fe,* es semejante a ésta: "la ley de Cristo" (1 Cor. 9:21), y el apóstol hace presentir con ella lo que declara en el v. 31, que la fe lleva en sí la ley, y que la justificación del pecador delante de Dios por la fe es, tanto como la ley de Moisés, una cosa según la voluntad de Dios.

32. Esta conclusión *(pues)* corresponde a la del v. 20 y no es menos absoluta. Si una es desesperante para el hombre, la otra le levanta, le llena de consuelo y de gozo. Estos dos medios de salud: *las obras de la ley,* y *la fe* que *justifica* y salva por pura *gracia,* se excluyen, pues, absolutamente cuando se trata de la *causa,* o del *fundamento* de nuestra salud; hay que elegir. Querer unir esos dos medios es una profunda contradicción, lógica y moral al mismo tiempo.

33. En apoyo del nuevo medio de salvación Pablo invoca una segunda prueba: este medio de salvación se impone si es verdad que no hay más que un Dios que no es solamente el Dios de los judíos sino el de todos los hombres. En efecto, no teniendo los paganos, ni pudiendo tener ninguna pretensión de llegar a la justificación por las obras de la ley, resultaría de ello necesariamente, si la salvación fuera por las obras de la ley, que Dios no sería más que *el Dios de los judíos;* no habría manifestado los designios de su misericordia más que a ese pueblo, con exclusión de todas las naciones que no tenían la ley. Ahora bien: el apóstol con los profetas y todo el Ant. Test., afirma lo contrario: Dios es el Dios de todos los hombres; ha hallado en su eterno amor un medio de salvación accesible a todos, y une a todos por un mismo vínculo espiritual. Así el apóstol, glorificando la misericordia de Dios, produce aquí al mismo tiempo, por su pregunta y su respuesta (v. 29, 30), una prueba notable de la gran conclusión expresada en el v. 28.

34. "La fe cumple todas las leyes; las leyes no cumplen un sólo título". *Lutero.* El evangelio de la salvación gratuita por la fe, lejos de *anular la ley,* la cumple de todas maneras: 1º cumple la ley en cuanto realiza todas las figuras y las profecías; 2º la cumple porque la obediencia perfecta de Cristo, y sobre todo su sacrificio expiatorio, son la sanción más esplendente de la santidad inviolable de la ley; 3º la cumple porque él solo nos hace aceptar la ley divina en toda su espiritualidad, mientras que la justicia propia la mitiga, la rebaja a su nivel; 4º la cumple porque él solo co-

justificará la circuncisión por fe y la incircuncisión por medio
31 de la fe. ¿Invalidamos, pues, la ley por la fe? ¡Nunca tal acontezca! antes establecemos la ley[34].

munica al hombre, con un corazón nuevo, la voluntad y la fuerza de observarla realmente en la práctica de la vida, y esto por el amor "que es el cumplimiento de la ley", y sin el cual toda la vida es una transgresión perpetua de ella. El reproche hecho a la doctrina de la salvación gratuita de ser una doctrina inmoral, no puede provenir más que de la más profunda ignorancia sobre la naturaleza del evangelio.

CAPITULO IV.

I. *Ya la santa escritura del Antiguo Testamento da testimonio de la justificación por la fe: ejemplos de Abrahán y de David, 1-8.* — II. *Abrahán recibió el testimonio de ser justo por la fe,* ANTES *de la circuncisión, y se ha hecho así el padre de todos los creyentes, que son. como él justificados por la fe en Jesucristo, 9-25.*

I. 1-8. LA DOCTRINA DE LA JUSTIEICACIÓN POR LA FE PROBADA POR EL ANTIGUO TESTAMENTO. — 1º Abrahán, al que todos los judíos veneran como padre, ¿fué justificado por sus obras? En este caso podría gloriarse en sí mismo, jamás delante de Dios; mas la escritura dice que fué justificado por su fe. (1-3). — 2º De esta declaración resulta que Abrahán ha sido justo sin haber cumplido las obras de la ley, en virtud de este principio universal: todo el que trabaja tiene derecho a un salario que no es una gracia; el que se siente privado de ese mérito delante de Dios y confía en Aquel que hace gracia aun al impío, es justificado delante de él. (4, 5). — 3º ¿Y no es por la misma experiencia de la justicia obtenida sin obras que puede David celebrar la dicha del hombre a quien Dios ha recibido en gracia, remitiéndole todas sus iniquidades y todos sus pecados? (6-8).

1 ¿Qué, pues, diremos que Abraham nuestro padre halló según
2 la carne[1]? En efecto, si Abraham fué justificado por obras tiene

1. Importaba infinitamente al propósito del apóstol, principalmente respecto de los judíos, poder demostrar, por ejemplos notables del Ant. Test., que la doctrina de la justificación por la fe, que acababa de exponer, no era nueva, sino que se hallaba ya como fundamento de toda la alianza de gracia tratada por Dios con el pueblo de Israel. Pablo, refi-

3 motivo de jactancia, pero no para con Dios[2]. ¿Qué dice, en efecto,
la escritura? "Y creyó Abrahán a Dios y le fué reputado como
4 justicia[3]." Mas al que trabaja, el salario no es reputado por
5 gracia sino por deuda; mas el que no trabaja, mas cree en el que
6 justifica al impío, su fe le es reputada como justicia[4]; como

riéndose a lo que acaba de exponer *(pues)*, entra bruscamente en esta demostración histórica, por una viva pregunta relativa a Abrahán, objeto de religiosa veneración para todos los judíos: *¿Qué ha hallado* (obtenido) *según la carne*, es decir por sus obras, por sus propias fuerzas, por su nacimiento, por sus privilegios externos? (Fil. 3:4-6, Gál. 3:2). A lo que habría que responder: ¡Nada! Y es lo que hace Pablo, probando que Abrahán no fué justificado por sus obras (v. 2 y sig.).

2. Aun si Abrahán, u otro hombre cualquiera, pudiera *ser justificado por sus obras*, tendría, sin duda, motivo de jactarse delante de los hombres, a causa de ese privilegio excepcional y único, pero jamás *delante de Dios*, respecto del cual no habría hecho más que cumplir su más estricta obligación (Luc. 17:10). Pero esta suposición es completamente gratuita e imposible; pues, ¿qué dice la Escritura? (v. 3).

3. O "le fué contado por justicia", le fué acreditado en cuenta como justicia, por un acto de la soberana gracia de Dios, quien quiso atribuir tal valor a la fe, en virtud de la *naturaleza* y del *objeto* de esta fe. (Gén. 15:6). El objeto de la fe en Abrahán era la *promesa* de la salvación, como para nosotros este objeto de la fe es la salvación cumplida en Cristo Jesús.

4. Estos dos versículos explican claramente la naturaleza de la salvación que obtuvo Abrahán, poniendo en un contraste absoluto dos ideas que se excluyen: el *salario debido* y la *gracia*. Respecto al hombre *que trabaja* por un salario (y toda justicia propia buscada por las obras está en este caso), no puede tratarse de gracia; este dominio de la gracia queda enteramente excluído, y el hombre entonces se coloca pura y simplemente sobre el terreno de la justicia. Si cumple perfectamente su ruda tarea, bien, recibe su salario. Pero si, hallando esa tarea imposible, recurre, por su fe, a *Aquel que justifica al impío*, es decir, que hace lo que él, pecador, reconoce no haber podido jamás hacer, entonces renuncia totalmente a los medios de la justicia (11:6). Ahora bien: Abrahán, como todos los que siguen sus huellas, escogió este último camino. *Creer* en una *gracia*, no es *trabajar* por un *salario;* la fe no es una virtud, un mérito, sino la aceptación humilde y reconocida de lo que Dios ha hecho. La *fuerza* justificadora de la fe no está, pues, en el hombre, sino en el *don* de Dios que le justifica, y que recibe su fe (la confianza de su corazón) como si fuera esa justicia misma.—Esta *perfecta gracia* de la salvación es la obra maestra de la sabiduría de Dios, no menos que de su amor, pues ella sola hace la salvación posible al hombre, ella sola le vuelve a dar la paz, y ella sola también le reconduce, por un lazo profundo, a Dios, es decir, al amor, a la verdadera obediencia, a las verdaderas obras, a la santificación.—La palabra *impío* (v. 5), que varias de nuestras versiones no han osado tra-

también David declara la dicha del hombre a quien Dios imputa
7 justicia sin obras: "¡Dichosos aquellos cuyas iniquidades son
8 perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos! ¡Dichoso el varón a
quien el Señor no imputare pecado[5]!

I. 9-25. La justicia de la fe fué imputada a Abrahán, como lo es a todos los creyentes, únicamente por la gracia. — 1º La dicha del perdón cantada por David, ¿es destinada a los judíos circuncidados solamente, o a todos los creyentes? A todos, puesto que la fe de Abrahán le fué imputada a justicia y esto *antes* de que fuera circuncidado; la circuncisión no fué, pues, en él, más que una señal de la justicia ya obtenida por la fe, y la intención de Dios era que fuera él así el padre de todos los que, circuncidados o no, siguieran sus huellas en la fe. (9-12). — 2º La justicia de la fe no es menos independiente de la *ley*: en efecto, *primeramente*, la promesa no fué hecha a Abrahán en virtud de la ley, bajo condición de observar sus prescripciones, pues la ley no existía y, por otra parte, en este caso, la *fe* y la *promesa* no tendrían ya sentido; *luego*, la ley, lejos de justificar, no hace más que provocar el castigo. (13-15). — 3º No queda, pues, más que la fe, a fin de que la *gracia* sea soberana y la *promesa* sea asegurada a toda la descendencia espiritual de Abrahán, que es así el padre de todos nosotros, y que creyó en Aquel que hace revivir los muertos; y tal es la potencia de esta fe que Abrahán esperó contra toda esperanza, no consideró su edad ni la de Sara, no dudó de la promesa, dió gloria a Dios, quien, habiendo hecho la promesa, era poderoso

ducir, no debe sorprendernos, pues en todos los grados, desde la impiedad más abierta hasta el secreto alejamiento de Dios, que está en el fondo de todo corazón irregenerado, esta palabra se aplica perfectamente al hombre; y esto es sobre todo, aunque no hubiera otro pecado, lo que hace imposible su propia justicia, y necesita una justificación gratuita.

5. Sal. 32:1, 2, citado exactamente conforme a los Setenta. Sobre esta locución *cubrir el pecado*, véase 3:25, nota. Estos términos multiplicados de *iniquidades* a perdonar, de *pecados* a cubrir, bastarían por sí solos al fin del apóstol, que es de combatir el error de la justicia propia. "Vemos también por esta cita que bajo estos términos de *justicia* y *justificación*, Pablo no entiende otra cosa que la remisión del pecado, y esta remisión tiene lugar por la gracia, puesto que es *imputada sin las obras*. Pues no se dice de un acreedor al cual la deuda ha sido pagada que la ha *remitido*, sino solamente de aquel que renuncia a sus derechos por bondad". *Calvino*.—En esta cita la doctrina de la salvación gratuita no es solamente *enseñada*, es *cantada* por el salmista, cantada como una *dicha* (v. 6), como una experiencia viva, que ha transformado para él la angustia de un pobre pecador en el dulce gozo del hijo de Dios (Sal. 32: 3-7). Hay que cuidarse mucho pues de considerar esta preciosa verdad como una *opinión teológica*; es la más profunda necesidad de la naturaleza humana, es la "buena nueva", es la *dicha!*

para cumplirla. (16-22). — 4º Lo que tuvo lugar en Abrahán no es solamente un ejemplo, es el gran principio del evangelio, para nosotros también que creemos en Dios, que nos ha dado a Jesucristo, muerto y resucitado para nuestra salvación. (23-25).

9 Esta declaración de dicha, ¿es para la circuncisión o también para la incircuncisión[6]? pues decimos que fué reputada a
10 Abrahán la fe como justicia. ¿Cómo, pues, le fué reputada? ¿Estando en circuncisión, o en incircuncisión? No en circuncisión
11 sino en incircucisión. Y recibió la señal de la circuncisión por
sello de la justicia de la fe [que tuvo estando] en la incircuncisión[7], para ser padre de todos los que creen [estando] en incircuncisión, para que a ellos también fuera imputada la justicia[8],
12 y padre de la circuncisión para los que no son de la circuncisión,
sino que andan también en las huellas de la fe de nuestro padre
13 Abrahán [estando] en incircuncisión[9]. En efecto, no fué por

6. Esta *dicha* (se podría también traducir: esta "beatificación" o esta "declaración solemne de dicha". v. 6-8), ¿es solamente para los judíos, o también para los paganos? (Liter, "para la circuncisión, o también para el prepucio"). Este último término reaparece igualmente en la continuación, dondequiera que nosotros traducimos por incircuncisión o incircunciso. Por esta pregunta Pablo entra en la argumentación *(pues)* que, del testimonio citado de David, le reconduce al ejemplo de Abrahán y a su justificación por la fe.

7. La razón sin réplica por la cual Pablo responde aquí a su pregunta del v. 9, es de que Abrahán fué justificado por su fe *antes* de haber recibido el sello de la circuncisión: luego ésta no entró para nada en su justificación. Pero hay que observar la lucidez de este razonamiento: Decimos, y es un hecho incontestable, que la fe de Abrahán le fué imputada a justicia. ¿Pero cómo? ¿cuándo? ¿estando ya circuncidado? No, antes que lo fuera; luego... "A la gracia de la *interrogación*, viene a agregarse la luz del *dilema*, uno de cuyos términos, rechazado, hace triunfar al otro. Ningún género de argumentación es más evidente ni más fuerte". *Erasmo*.

8. Unicamente por la fe, sin haber tenido siquiera parte en el antiguo pacto, sin ninguna pretensión posible a la justicia de las "obras de la ley". Los verdaderos hijos de Abrahán son, pues, no los que descienden de él según la carne, como se lo figuraban los judíos, sino los que tienen su fe, a cualquier pueblo que pertenezcan. En el versículo siguiente, el apóstol muestra que los verdaderos israelitas no están excluídos de este privilegio de la gracia; su fe los hace hijos de Abrahán.

9. No hay que perder de vista la construcción de estos dos versículos 11 y 12: "Recibió la señal de la circuncisión, a fin de que fuera padre... (v. 11) y padre..." (v. 12). Así, en la intención de Dios, la señal de la circuncisión fué dada para establecer una filiación espiritual entre Abrahán y su posteridad según la fe. Luego, bien que el apóstol re-

ley la promesa a Abrahán o a su descendencia de ser heredero
14 del mundo[10], sino por la justicia de la fe[11]. En efecto, si los
de la ley son herederos, vana es hecha la fe e invalidada la pro-
15 mesa[12], pues la ley produce ira, mas donde no hay ley tampoco
16 hay transgresión[13]. Por esto es por fe, para que sea por gracia,
para que la promesa sea firme para toda la descendencia, no
sólo para la de la ley sino también para la de la fe de Abrahán[14],

husa considerar la circuncisión como medio de justificación y de salud (lo que era el error de los judíos), no quiere decir que esta institución fuera inútil a sus ojos para los tiempos antes del evangelio. La circuncisión era, de parte de Dios, la señal de la alianza de gracia, y para el verdadero israelita, la señal de la purificación del corazón y de la vida (2:29. Ahora bien: son precisamente estas dos cosas las que, por el poder de la fe, constituyen los verdaderos hijos de Abrahán.

10. Es verdad que Abrahán no recibió, como *herencia* de la *promesa,* más que la tierra de Canaán; pero más allá de la Canáan terrestre, su fe descubría la celeste (Hebr. 11:10, 14-16), de la cual la primera no era más que la figura. Lo que le era prometido, a él y a su posteridad espiritual (a cuya cabeza hay que colocar al Cristo), es primeramente *el mundo* actual, es decir "todas las familias de la tierra", todo el reino del Mesías, y luego el mundo renovado, "los nuevos cielos y la nueva tierra". Todo eso estaba contenido en la primera promesa como la flor en el brote, como el fruto en la semilla (Gén. 13:15; 15:5; 17:4-8; 22:17, 18; Sal. 2:8. Mat. 5:5, nota; Gál. 3:8).

11. Ni por el mandamiento de la circuncisión, como se acaba de ver, ni por la ley mosaica y bajo la condición de cumplirla, puesto que ésta no fué añadida a la promesa sino mucho tiempo después (Gál. 3:17); sino únicamente *por la justicia de la fe,* que puso a Abrahán en posesión anticipada del objeto de la promesa.

12. Si es por la *ley,* la *fe* que debía justificar es inútil, y la *promesa* es anulada por esa ley, venida mucho después; luego la suposición hecha aquí por el apóstol es imposible.

13. "La ley dice: *¡Haz esto!* y jamás lo hace el hombre; el evangelio dice: *¡Cree en Cristo Jesús!* y todo está hecho". *Lutero.* La ley violada no puede producir más que el castigo, jamás la justificación ni la herencia de la salvación (3:20). Las últimas palabras del v. 15 no significan que donde la ley no es conocida, no hay *pecado* (*véase* 2:12); sino que no hay *transgresión* de un mandamiento positivo, que hace la culpabilidad mayor y agrava la condenación. (Véase, sobre este efecto de la ley, un desarrollo más profundo en 7:10 y sig.).

14. No solamente a los judíos, sino también a los paganos, a todos los que creerían. El apóstol repite pues aquí como en el v. 13, que la promesa fué hecha a la fe, y resulta de ello estas dos inmensas bendiciones espirituales, que la *gracia,* único recurso del pecador, se despliega en toda su soberanía, y que la *promesa* de Dios, lejos de ser anulada (v. 14), es asegurada para siempre para todos los que creen. La gracia y el cum-

17 que es padre de todos nosotros (conforme está escrito: "Por
padre de muchas naciones te he puesto[15]") delante de Dios al
que creyó[16]; quien vivifica los muertos y llama lo que no es como
18 si fuera[17]; el cual creyó en esperanza contra esperanza[18], para
ser hecho padre de muchas naciones, según lo dicho: "Así será tu
19 descendencia[19]"; y no flaqueando en la fe, consideró su cuerpo
amortiguado, siendo casi centenario, y la muerte de la matriz
20 de Sara[20]; mas cuanto a la promesa de Dios no dudó por incre-
dulidad sino que fué fortalecido en la fe, dando gloria a Dios[21]

plimiento de la promesa son la causa y el efecto.

15. Gén. 17:5, 16. "Te he establecido padre de una multitud de naciones". Así es como Dios mismo explicó a Abrahán el sentido del cambio de su nombre. (De Abrán, "padre excelso", en Abrahán, "padre de una multitud", es decir de una multitud de pueblos, todos los pueblos de la tierra. Gén. 12: 3). De donde el apóstol infiere, con razón evidente, que esta promesa no puede ser cumplida solamente en el pueblo judío, sino en todos los verdaderos hijos de Abrahán de entre las naciones paganas.

16. Estas palabras: *"padre delante de Dios al que creyó"*, son una garantía solemne de la acción divina que Pablo acaba de recordar por un pasaje del Génesis. (Véase la nota precedente). Nos presentan a este padre de los creyentes estando *delante de Dios,* dando fe a su palabra, y recibiendo el hermoso título recordado aquí.

17. La palabra omnipotente y creadora de Dios, que hace una promesa, es la misma que, para cumplirla, sacaría, si fuera necesario, un muerto de la tumba, o un universo de la nada. Para Dios, *llamar,* es crear. (Sal. 50:1; Isa. 40:26). Tal es el inconmovible fundamento sobre que reposa la fe. Hay por lo demás en estas palabras una alusión evidente al milagro que Dios hizo en Abrahán y en Sara para cumplir su promesa (v. 19).

18. Gr. "Contra esperanza, sobre esperanza creyó para hacerse..." Es decir *contra* toda *esperanza* basada en la naturaleza (v. 19), pero basado *sobre la esperanza* que le daba la promesa de Dios. Cerró los ojos a las cosas visibles y a todas las consecuencias que su razón hubiera querido inferir, y abrió los ojos de su fe a la palabra infalible de su Dios. Tal es el verdadero carácter de la fe: viendo lo invisible (Hebr. 11: 27), no espera su demostración ni conclusiones de la razón, ni del curso ordinario de la naturaleza. (Hebr. 11:1, 5, 11, 17, 30, 35).

19. Gén. 15:5.

20. Gr. "Consideró su cuerpo amortiguado (la palabra *ya* del texto recibido no es auténtica), y la mortificación de la matriz de Sara". (Véase v. 17, 18; Gén. 17:17; Hebr. 11: 11, 12). En esto también Abrahán es el tipo del creyente: no considera en sí mismo a la carne, incapaz de ningún bien; no se dice que según esta carne el cumplimiento de la promesa de Dios parece imposible, sino que cree firmemente en el poder y en la gracia de Aquel que ha hecho la promesa (v. 20, 21).

21. "Cuanto a la promesa, no dudó

21 y estando plenamente persuadido de que lo que ha prometido po-
22 deroso es también para hacerlo; por tanto también le fué re-
23 putado como justicia[22]. Mas no fué escrito por él sólo que le
fué reputado, sino también por nosotros, a quienes será repu-
24 tado[23], a los que creemos en el que resucitó a Jesús Señor nuestro

por incredulidad". ¿Cómo *dió gloria a Dios* su fe? En cuanto fué la más brillante confesión de la potencia, de la gracia, de la fidelidad de Dios. "Cuando el hombre confía en otro, es porque le tiene por hombre justo y honrado; igualmente, cuando el alma cree firmemente la palabra de Dios, es porque lo reconoce por verdadero, bueno y justo; le tributa así el mayor honor de que es ella capaz. Le da razón, le confiere todos sus derechos, glorifica su nombre, y le deja obrar para con ella como él quiere. Y cuando Dios vé que esa alma le atribuye toda verdad y le honra por su fe, él también la honra, la mira como verdadera y justa a causa de esta fe". *Lutero.*

22. Vers. 3, nota.

23. Gr. "No sólo por causa de él, sino también por causa de nosotros, a quienes será imputado".—Estos tres últimos versículos son la conclusión que saca el apóstol de su disertación sobre Abrahán, como prueba de la justificación por la fe. Esta historia de Abrahán, y en particular este efecto de su fe, están escritos *por causa de nosotros* en un doble sentido: hallamos en ella una importante *doctrina* y un gran *ejemplo;* la doctrina es que para nosotros, como para él, no hay otra justificación delante de Dios más que la que nos es imputada por la fe en la promesa de la gracia. Cristo habiendo de venir o Cristo venido, la salud prometida o cumplida, tal es para los fieles de todos los tiempos el objeto de la fe que los salva. El ejemplo se encuentra sobre todo en la inmensa diferencia que hay entre nuestra posición y la de Abrahán: la salvación que, para él, estaba velada en la obscuridad del porvenir, y no podía realizarse más que por un concurso de circunstancias imposibles a los ojos de la razón y de la naturaleza, nos ha aparecido, a nosotros, en todo el esplendor de la luz. Si la mirada, pues, de su fe atravesó todos esos velos para contemplar más allá la majestad y la fidelidad de Dios, ¡cuánto más nosotros, a quienes "ha hablado por su Hijo", debiéramos ser inconmovibles en la fe, sentir nuestros corazones abrasados por su amor, restaurar nuestras manos caídas y fortalecer nuestras trémulas rodillas!

24. *Por la resurrección de Cristo Jesús de entre los muertos* se ha renovado, pero de un modo mucho más glorioso aun, el milagro realizado en el cuerpo "amortiguado" de Abrahán. Y por nuestra fe en este milagro, se renueva en cada uno de nosotros; pues, siendo hechos semejantes a Cristo en su muerte, le somos hechos semejantes en su resurrección, espiritualmente en el tiempo, y corporalmente en el último día. (6:5; Efes. 1:19, 20; Col. 2:12; 3:1). La fe debiera, pues, sernos mucho más fácil que para Abrahán.

25. Tal es la traducción literal, y no: "*por* nuestras faltas... *por* nuestra justificación", como tienen la mayor parte de las versiones. El apóstol presenta nuestras faltas como la *causa* de la muerte de Jesús, y nuestra justificación como la *causa* de su resurrección. "Nuestra condenación ha sido la causa de la muerte del Cristo; nuestra justificación es lo que le vuelve a la vida. Porque su deuda es la nuestra. Cancelada ésta, nuestro garante *debe* salir de la prisión de la tumba adonde no descendió más que por nosotros. Tal es el vínculo de solidaridad, el entrelazado estrecho, si así oso decirlo, que el plan divino había establecido entre nosotros y nuestro Cristo, entre su suerte y la nuestra". *Godet.*

25 de entre los muertos[24], que fué entregado por causa de nuestras
faltas y resucitó por causa de nuestra justificación[25].

CAPITULO V.

I. *Primeros frutos de la justificación por la fe, 1-11.* — II. *Paralelo entre las consecuencias de la caída de Adán y las de la redención por Jesucristo, entre el pecado y la gracia, 12-21.*

I. 1-11. Dichosos frutos de la justificación por la fe; amor infinito de Dios de que emanan. — 1º El bien supremo que el pecado nos había quitado, la *paz* con Dios, nos es devuelto por la justicia de la fe en Jesucristo; reconciliados con Dios tenemos acceso a esta gracia y estamos firmes en una gloriosa *esperanza.* (1, 2). — 2º Mucho más: en el seno mismo de las inevitables aflicciones de la vida, conservamos el *gozo,* pues esas pruebas producen, de grado en grado, los más hermosos frutos: perseverancia, experiencia, esperanza, que persisten por la potencia del *amor* divino en nosotros. (3-5). — 3º ¿Cómo nos ha testificado Dios este amor? Jesús ha muerto por los impíos. Y, mientras entre los hombres apenas se hallaría uno que quisiera morir por el más excelente de sus semejantes, el amor infinito de Dios para con nosotros ha sido manifestado por este gran sacrificio en favor de miserables pecadores. (6-8). — 4º ¿Cuáles son las demás bendiciones que resultan? La ira venidera está apagada para nosotros en la sangre de Crito; nuestra reconciliación actual es la garantía de la salvación eterna; poseemos un santo gozo en Dios por el Salvador. (9-11).

1 Justificados, pues, por fe, tenemos paz para con Dios por
2 medio del Señor nuestro Jesucristo[1], por el cual también hemos

1. La partícula conclusiva *pues,* conecta íntimamente lo que sigue a la exposición que precede. Hasta aquí el apóstol ha establecido *la justicia de la fe.* 1º por el pecado que la hace indispensable (de 1:18 a 3:21); 2º por su naturaleza y por su origen (3:21-31); 3º por su armonía con el antiguo pacto. (Cap. 4). Ahora va a describir la dicha

tenido acceso por la fe a esta gracia, en la cual persistimos, y
3 nos jactamos en la esperanza de la gloria de Dios [2]. Y no sólo esto,
sino también nos jactamos en las tribulaciones [3], sabiendo que la

de los justificados, las gracias divinas de que disfrutan. La *primera* de esas gracias es la *paz.* El apóstol, hablando del pecado, de la condenación, de la ira de Dios, ha supuesto en todas partes, sin expresarlo en ninguna, que lo que debe llenar necesariamente el alma del pecador no reconciliado con Dios es el temor y la angustia. Y si una obra de Dios mismo no hubiera restablecido la armonía entre el Creador y la criatura, jamás ésta habría podido, por medio alguno, volver a poseer este primero de todos los bienes: la paz. La paz no renace en el alma hasta el momento en que Dios la declara justificada, aceptando su fe como justicia, a causa del sacrificio del Salvador por sus pecados; en otros términos, la paz nace de la gracia (1: 7, nota), del sentimiento del perdón y de la reconciliación con Dios. Por esto el apóstol, para completar su pensamiento y evitar todo error, agrega: *por medio de nuestro Señor Jesucristo,* que es nuestra paz.

2. Tal es el *segundo* de los preciosos frutos de la justificación por la fe: tenemos, por Jesucristo, *acceso a la gracia* (Ef. 2:18; 3:12), como se tiene acceso ante un príncipe para con quien está uno en gracia, y al cual uno es *introducido* por algún poderoso protector. (Juan 10:9; Hebr. 10:19, 20). Esta palabra que ponemos en bastardilla da bien la idea del original, que habría que traducir así: "Por el cual tenemos *introducción* a esta gracia". Así Cristo, habiendo quitado el obstáculo, el pecado, abre al alma todos los tesoros de gracia y de amor que pueden satisfacer todas sus necesidades. Desde entonces, el apóstol, que había rehusado absolutamente al hombre todo motivo de jactarse, mientras estaba entregado a sus propios recursos (3:27), le abre aquí las inmensas perspectivas de *la gloria de Dios,* de que puede "jactarse con gozo", según el sentido de la voz griega. A esta gloria de Dios, que es la manifestación de todas las perfecciones divinas, es introducido el creyente ya en este mundo, en tanto que la imagen de Dios, restablecida en él por la regeneración, refleja de nuevo, en cierto grado, sus perfecciones; pero no posee la plenitud de ella más que por *la esperanza,* cuyo origen y naturaleza va a indicar el apóstol. (v. 5).—Por último, una vez introducidos en esta gracia, en la cual nos gloriamos, es natural que el apóstol vea en ella el fundamento inconmovible de la perseverancia (persistimos), que es así al mismo tiempo la obra de Dios y la del hombre.

3. *Tercer* beneficio emanado de la salvación gratuita, y que se desarrolla como una cadena no interrumpida de dones espirituales hasta el v. 5. Los sufrimientos de la vida son, como todo mal, una consecuencia y un castigo del pecado, y no pueden ser, para el que no está en posesión de la gracia de Dios, más que motivo de terror. Pero, como la ira de Dios contra el pecado ha cedido lugar a su amor,—pues este amor se ha manifestado, no menos que su justicia, en el sacrificio de Cristo (Juan 3:16),—los padecimientos cambian de carácter. Para el hijo de Dios, se

tribulación produce perseverancia [4], y la perseverancia experien-
4 cia [5], y la experiencia esperanza [6], y la esperanza no avergüenza,
5 porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones
6 por el Espíritu Santo que nos ha sido dado [7]. En efecto, Cristo,

han tornado en un salutífero medio de humillación y de renunciamiento, de que él mismo reconoce la necesidad y el propósito. En cuanto ellos le acercan cada vez más a Dios quitándole lo que hacía obstáculo a una comunión más íntima y más completa con él; en cuanto ellos le desligan del mundo y de sí mismo, y le preparan tanto más para la gloria eterna, él puede *jactarse de ellos.* (8:18; 2 Cor. 4:17; 12:5, 9; Hebr. 12: 6, etc.) No hay que disminuir en nada la energía de estas palabras, si no se quiere romper al mismo tiempo la fuerza del sentimiento expresado por el apóstol.

4. Mientras que la voz *perseverancia* no es, según la etimología, más que otra expresión del *sufrimiento,* soportado con calma, sin resistencia, la voz griega tiene la idea de la perseverancia y de la firmeza, como en Luc. 8:15; 21:19; Hebr. 12:1. El pensamiento del apóstol es, pues, que la aflicción, lejos de abatir al cristiano, o de alejarle de esta gracia a la que tiene acceso, le afirma y asegura su perseverancia en la vida interna.

5. La palabra de nuestras versiones ordinarias, la *prueba,* sería aquí la verdadera, si esa palabra expresara, no la acción de *probar* sino *el resultado de la prueba.* El griego significa propiamente el estado de lo que ha *sido probado* y ha resistido la prueba; que ha salido victorioso de ella, como esta frase: "un ánimo *probado*". La *experiencia* (traducción de Lutero) parece, pues, dar mejor esta idea. El apóstol Pedro, hablando en el mismo sentido de "la prueba de la fe", explica el mismo pensamiento por la figura del oro "probado por el fuego"; todo lo que sale purificado del crisol es de valor conocido. (Comp. Jac. 1:2, 3). Tal es, pues, para el cristiano, el resultado de las aflicciones soportadas con perseverancia: ellas le manifiestan lo que hay de real o de no real en su fe, en su vida interna. "Esta *experiencia* hace que un hombre, en una viva tentación, pueda hablar de ella como habiendo ya pasado". *Lutero.*

6. La *esperanza* es dada al creyente desde el primer momento de su justificación por la fe (v. 2); pero se hace cada vez más viva y más firme a medida que la fe, probada, experimentada por los combates, adquiere más certidumbre. Con su justificación, el creyente ha recibido en germen toda la vida nueva; pero ese germen se hace árbol, un árbol al que las tormentas arraigan cada vez más profundamente, afirman y hacen crecer para llevar todos los frutos que está destinado a producir.

7. La razón por la cual *la esperanza no avergüenza,* no engaña, no está solamente en esas experiencias progresivas que acaba de describir el apóstol. Por preciosas que sean, es necesario, para la certidumbre de la esperanza, en cuanto a la realización final de su objeto, un elemento infinitamente más elevado y más infalible aún: es, agrega el apóstol (como *cuarta* bendición de la salud gratuita, poniendo el sello a todas las otras), *el amor de Dios derramado en nuestros corazones.* Y por ello no hay

7 siendo nosotros débiles aún, a su tiempo murió por impíos [8]. Ape-
nas, en efecto, morirá alguien por un justo, pues por el bien-
hechor quizá alguien osare aun morir [9], mas Dios muestra su
8 amor a nosotros en que, siendo nosotros aún pecadores, Cristo
9 murió por nosotros. Mucho más pues, justificados ahora en su

que entender *nuestro* amor a Dios, sino *su* amor a nosotros, como lo demuestran claramente los versículos siguientes (v. 8). El mismo amor que nos dió al Hijo de Dios y le clavó a la cruz, cuando éramos sus "enemigos", puede solo proseguir su obra en nosotros hasta su perfección. El hombre natural queda extraño a este amor, no cree en él, hasta el momento en que comprende y recibe la gracia (v. 1); entonces solamente el amor se *derrama* en su corazón (la palabra recuerda la figura de un río que corre con abundancia, que jamás se seca), y crea allí a su vez un amor enteramente nuevo. El medio, el agente de esta efusión perpetua del amor divino en el hombre regenerado, es *el Espíritu* de Dios, el sello, la prenda de su justificación que, santificando y vivificando el alma, la mantiene en esta comunión íntima con Aquel que es amor (8:15, 16; 2 Cor. 1:22, nota; Gál. 4:6). De ahí la certidumbre de que *la esperanza no avergüenza, no confunde;* pues, como su objeto no es otro que la posesión perfecta de Dios mismo, y como Dios está ya presente y vivo por su Espíritu en el alma que espera, ésta posee *actualmente*, en una medida incompleta, es verdad, pero en realidad, lo que ella espera en la plenitud. (Efes. 1: 13, 14; comp. aquí, v. 10).

8. Este versículo se liga íntimamente por la partícula *en efecto* a los dos pensamientos del versículo precedente, los explica y los confirma: este amor de Dios que se ha derramado en nuestros corazones (v. 5) ha sido tan inmenso, tan gratuito, que, *cuando éramos débiles*, y aun "impíos" (4:5, nota), *Cristo murió por nosotros;* ¡cuánto más segura no es nuestra esperanza, ahora que tenemos acceso a la fuente de toda fuerza, de toda vida, de todo amor! Cristo murió *según el tiempo*, o *en el tiempo señalado* por el eterno e inmutable consejo de Dios, y antes que hubiéramos podido nosotros hacer nada para prevenir su amor; razón de más para la certidumbre de nuestra esperanza, basada en la firmeza del consejo de Dios y en la perfecta gracia de su amor.—*Por* impíos, no significa solamente en su favor, para su bien, sino *en su lugar*, como la comparación del v. 7 lo muestra claramente. Esta preposición se halla así empleada en la mayor parte de los pasajes que afirman el propósito expiatorio de la muerte de Jesús. (Luc. 22:19, 20; Rom. 5:8; 8:32; 14:15; 1 Cor. 1:13; 2 Cor. 5:14, 15 Gál. 3:13 Efes. 5:2; 1 Tes. 5:10; 1 Tim. 2:6; Tito 2:14; 1 Pedro 3:18. Comp. Rom. 3:25, nota).

9. Se trata primeramente de un hombre justo, recto delante de Dios, según el sentido ordinario de esta voz; y el apóstol afirma que *apenas* alguien se resolvería a morir por un hombre semejante. Se trata luego de un hombre que, a esa justicia, añadiría bondad, una bondad cuyos efectos se hubieran experimentado, un *bienhechor;* y Pablo concede que *quizás* alguno consentiría en entre-

10 sangre, seremos por él salvados de la ira [10]. En efecto, si siendo
enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo,
mucho más, estando reconciliados, seremos salvados por su vida [11].
11 Y no sólo esto, sino que aun nos jactamos en Dios por el Señor

gar su vida por reconocimiento por tal hombre. Tal es la interpretación de Tholuck y otros. M. Godet propone traducir: "Apenas alguno morirá *por un justo;* pues *por el bien* (por el deber, por la patria, por alguna causa grande y noble) quizá alguno se decidiría aun a morir".—¡Cuál no es, pues, el amor de Cristo! (v. 8. Comp. Juan 15:13). El entregó su vida cuando nosotros éramos *sin fuerza* para amarle, *impíos* (v. 6), *pecadores* (v. 8), *enemigos!!*

10. Por un razonamiento que va de lo mayor a lo menor, el apóstol demuestra, en este versículo y el siguiente, la certidumbre de nuestra esperanza (v. 5), fundada en la perpetuidad del amor de Dios. Si Dios ha hecho *para pecadores, para enemigos*, el milagro de la redención, por la muerte de su Hijo, ¿cómo no cumpliría lo que aún resta de su obra de amor, respecto de hombres ahora *justificados* y *reconciliados* con él? Así, aun a los que ya han obtenido la justificación, el apóstol no indica ningún otro fundamento de su esperanza que la libre gracia de Dios para con ellos. Cuanto más reconocido está el redimido de Cristo por un amor que no ha merecido, cuanto más se basa únicamente sobre una gracia de que se reconoce completamente indigno, tanto más siente también su angustia y desaliento transformarse en una gozosa seguridad de su salvación eterna.

11. El apóstol confirma (en efecto), su conclusión sobre la seguridad de la salvación, haciendo intervenir un elemento nuevo. Hé aquí, en efecto, en el orden de la gracia y en la obra divina de nuestra redención, un acto correlativo del que aún no ha hablado, pero que no obstante supone realizado: la *reconciliación.* Presenta la gracia de Dios como la fuente única del perdón (3: 24); el sacrificio expiatorio del Salvador como la causa eficiente de este perdón, hecho posible por esta reparación (3:25, 26); la fe, como el único medio que nos aplica personalmente el beneficio del perdón así adquirido, en otros términos, como la justificación actual del pecador (3: 27; cap. 4); por último, algunos de los preciosos frutos de esta justificación. (5:1-9). Ahora, lo que, para nosotros, proyecta más luz sobre esos diversos aspectos de la obra de la salvación, lo que nos hace comprender la relación íntima de ellos, el objeto, la necesidad y, hasta cierto punto, la naturaleza (aun cuando el misterio subsiste), es de que todo eso resulta una *reconciliación* de la criatura rebelde y *enemiga* con el Creador; y éste es el objeto de todo el evangelio. Esta reconciliación, de la que el apóstol habla con frecuencia (2 Cor. 5:19, 20; Efes. 2: 14-16; Col. 1:19-22), consiste, de que ahora deja curso libre a su misericordia, permite a su eterno amor del sacrificio ofrecido por el pecado, parte de Dios, en la plena aceptación desplegarse en lugar de su justa indignación, y le hace "agradables en su Amado" algunos pecadores hasta entonces "hijos de ira" (Efes. 1; 6; comp. 2: 3); de parte del hombre, esta reconciliación es un cambio ra-

nuestro Jesucristo, por el cual hemos recibido ahora la reconciliación [12].

II. 12-21. **El pecado y la muerte proceden de Adán; la gracia y la vida vienen de Jesucristo.** — 1º El pecado y la muerte, inseparables como la causa y el efecto, han pasado de Adán a toda su posteridad (12), y lo que prueba la participación de todos en esa caída profunda es que desde Adán hasta la ley el pecado existió y la muerte reinó sobre el hombre sin que ninguna ley hubiera para hacer aun más culpable su pecado. (13, 14). — 2º Pero el Reparador del mal, del que Adán era el tipo (el polo opuesto), ha realizado una redención infinitamente más rica y más gloriosa en sus consecuencias que la caída en el desastre que acarreó (15-17); Adán y Jesucristo corresponden pues perfectamente uno al otro como dos orígenes, el uno de la humanidad caída, el otro de la humanidad renovada. (18, 19). — 3º En cuanto a la ley, intervino para manifestar con potencia el pecado,

dical de todas sus disposiciones para con Dios: su corazón carnal, enemigo de Dios, rebelde, se ha rendido a discreción por el arrepentimiento, ha aceptado su liberación como una gracia, ha sido penetrado del amor divino, ha vuelto a Dios como a su Padre, lleno de reconocimiento y de amor. Su comunión con Dios, destruída por el pecado, es restablecida. Este aspecto de la obra de la salvación es descripto en la inimitable parábola del hijo pródigo. (Luc. 15). Se comprende entonces toda la fuerza del razonamiento del apóstol para apoyar la seguridad, la certidumbre de la salvación: "si *enemigos*, hemos sido *reconciliados*, cuánto más..." Y no es éste el único contraste de este versículo; hay otro entre la *muerte* de Cristo y su *vida*. (Véase, en cuanto a las ideas fundamentales de este contraste, 4:24, 25, notas, y sobre todo 6:4, nota). El cristiano, reconciliado con Dios por la muerte de Cristo como sacrificio expiatorio, necesita aún, para su santificación, fuerzas nuevas y una vida divina derramada en él; ahora bien: el manantial de ella está a su alcance en la potencia de resurrección por la cual su Salvador ha vencido el pecado y la muerte; la vida de Cristo, se torna, por una comunión viva con él, en la vida de cada uno de sus miembros, y esto es lo que asegura su plena victoria y salvación final. Aquí se encuentra ya indicado el profundo pensamiento que el apóstol va a desarrollar en el cap. 6, según el cual el hombre es transferido a Cristo por la fe, de tal suerte que la vida, la muerte, la resurrección, la gloria de Cristo se hacen, en realidad, otras tantas fases de la existencia espiritual del que ha "sido hecho una misma planta con él". (Véase 6:1-11, notas).

12. Por tercera vez el apóstol exclama: *¡Nos jactamos!* (v. 2 y 3). Aquí la gradación señalada por la plenitud de sus pensamientos, o más bien por las riquezas del evangelio, consiste en elevarse de la certidumbre de la salvación a la posesión de Dios mismo, y de la esperanza de una salvación *futura* a la posesión *actual*, por la reconciliación ya obtenida: *¡ahora!*

por el cual reinó la muerte, y la grandeza infinita de la gracia, por la cual reina la justicia para la vida eterna. (20, 21).

12 Por esto [13], así como por un hombre entró el pecado en el

13. Hasta aquí, Pablo ha mostrado *el pecado* con sus consecuencias funestas (1:18 a 3:20) y la *justificación* con las suyas reparadoras. (3:21 a 5:11). Ahora, queriendo resumir esos dos grandes hechos, que son como los dos polos de nuestra humanidad, va a remontar al origen de uno y otro, a Adán y a Cristo, entre los cuales establece un largo paralelo (v. 12-21). Une este importante pensamiento a los desarrollos precedentes con esta partícula: *Por esto*, que indica, no una consecuencia lógica, sino más bien una mirada hacia atrás, destinada a resumir y profundizar las dos doctrinas expuestas hasta aquí considerándolas en su origen y efectos. Es como si se leyera: *así pues...* "Nosotros no podemos ver más claramente lo que poseemos en Cristo que por la demostración de lo que hemos perdido en Adán". *Calvino*. Pero hay un modo de concebir nuestra humanidad tan poco filosófico como contrario a la historia y a la escritura santa, según el cual es imposible comprender el trozo que va a seguir, porque no conduce a nada menos que a negar igualmente la influencia de la caída y la obra reparadora del Salvador, esta concepción hace de la humanidad una agregación de individuos aislados unos de los otros, y, moralmente, sin solidaridad recíproca. En esta opinión, que es la base de todas las tendencias pelagianas, Adán y el Cristo no pueden haber influído en nuestra humanidad, el uno por el pecado, el otro por la justicia, más que por medio del ejemplo y de las enseñanzas, y de ningún modo de una manera esencial y orgánica, lo que está en contradicción directa con los versículos que van a seguir y con toda la biblia. La escritura nos hace considerar, al contrario, nuestra raza, como una familia, en la cual cada miembro, conservando, sí, intacta su responsabilidad individual, forma sin embargo parte integrante del conjunto, sin poder repudiar jamás su solidaridad (véase Actos 2:23, 37, notas), tal como no lo puede el ciudadano respecto del bien o al mal que se hace en su nación, o uno de los miembros de una familia respecto de su casa. "Diversas figuras son empleadas en las escrituras para poner de manifiesto esta verdad: tal es la relación de los miembros respecto del cuerpo (1 Cor. 12:30 y sig.); de los sarmientos con la vid (Juan 15:1 y sig.); de las ramas y el tronco en el olivo (Rom. 11:17 y sig.). Ahora bien: mientras que en un árbol el cercenamiento de una rama puede no afectar al conjunto, hay dos puntos en que la alteración del brote más débil basta para destruirlo completamente, o cambiar completamente su naturaleza: estos dos puntos son el germen y el injerto. Hay igualmente en el desarrollo de nuestra humanidad estos dos polos de la vida: primeramente Adán, que es a nuestra raza lo que el germen al árbol; luego Jesucristo, que es el injerto. Si fuera posible suponer que este injerto hubiera sido alterado como el germen, o destruído antes de haber derramado su savia divina en todo el conjunto, la humanidad habría permanecido para siempre en su estado comparable a

mundo[14] y por el pecado la muerte[15], y así la muerte pasó a
13 todos los hombres por cuanto todos pecaron[16]... En efecto, hasta

un árbol silvestre, no produciendo más que frutos amargos". *Olshausen.* Pero el injerto ha quedado intacto, y su influencia por la justicia ha sido más profunda aún que la del germen por el pecado. Tal es, evidentemente, el pensamiento desarrollado en los versículos que siguen.

14. Gén. 3:1 y sig. No hay que entender por el *pecado* una acción aislada, ni tampoco exclusivamente la corrupción del hombre, sino, en su mayor generalidad, *el pecado* de la humanidad, su enajenación de la comunión con Dios, su caída, y también todos *sus pecados*, considerados en su conjunto, como un todo de que ella entera es solidaria.

15. Por la *muerte*, en toda esta parte de nuestro capítulo, como en toda la escritura, es necesario entender esas consecuencias terribles del pecado que se extienden al alma y al cuerpo: muerte física, moral y espiritual. Tal es el sentido de las palabras del Génesis (2:17; 3:19) a las cuales el apóstol alude evidentemente. El hombre, tornado en pecador, excluído de la comunión de su Dios, debió reconocer, en la mortalidad de su cuerpo débil y en todos los sufrimientos que preceden su disolución, que, en todos respectos, se había separado de la única fuente de la vida. Que la muerte física, con todas las miserias y los padecimientos que la acompañan, no estuvo originariamente en el designio de Dios, ni fué una necesidad inherente a la naturaleza del hombre, sino la ejecución terrible de una sentencia pronunciada sobre el pecado (Gén. 2:17; 3:19), es una verdad que el apóstol supone admitida, que él no prueba, que se contenta con declararla, porque demasiado claramente es enseñada en todas las revelaciones de Dios. Menos necesidad de pruebas debe tener aun para nosotros que sabemos que uno de los propósitos de la redención por Jesucristo es el de libertarnos de ese enemigo cuya presa somos (v. 17 y 21; 1 Cor. 15:21-26, 54-56; Hebr. 2:15).

16. La frase no está terminada. El segundo término de la comparación sería: "Igualmente por un solo hombre, Jesucristo, la gracia y la vida entraron en el mundo". En los v. 15 y 18, la comparación es reanudada y completamente enunciada.— *La muerte,* salario del pecado, *pasó (penetró)* a *todos*, porque *todos* han perservado, sabiéndolo y queriéndolo, en el pecado y la caída de Adán. Aunque la expresión original no nos permite traducir, con la Vulgata: *"en el cual* (Adán) todos pecaron", en lugar de *"por cuanto* todos pecaron" no hay que inferir que el apóstol representa aquí este pecado de todos como aislado de la caída del primer hombre, y como siendo sólo la causa de su muerte. Dice expresa y abundantemente lo contrario (v. 15-19). Pero ha querido, al mismo tiempo que mostraba el origen del pecado y de la muerte en el pecado *de un solo hombre* (Adán), indicar claramente la culpabilidad de todos, para quienes la sentencia de muerto debe parecer no menos justa que para el primer hombre. No hay pues en estas palabras, admirablemente escogidas, ni la doctrina agustiniana de la imputación del pecado de Adán a sus descendientes, ni el error pe-

la ley había pecado en el mundo, mas el pecado no es imputado
14 no habiendo ley. Reinó, empero, la muerte desde Adán hasta
Moisés, aun sobre los que no pecaron a la semejanza de la trans-
15 gresión de Adán, que es figura del que había de venir[17]. Mas
no como la falta, así también el don de gracia, pues si por la
falta del uno los muchos murieron[18], mucho más la gracia de
Dios y el don para los muchos abundó en la gracia del único
16 hombre, Jesucristo[19]. Y no es el don como [lo ocurrido] por uno

lagiano que niega el origen histórico del mal y la solidaridad humana. Hay el hecho real de la caída y la responsabilidad de cada uno por sus propios pecados.

17. El apóstol, después de haber mostrado el origen del pecado y de la muerte (v. 12), habría podido pasar inmediatamente al segundo término de la comparación, a Cristo, fuente de la justicia y de la vida. Mas, para probar que el pecado realmente ha emanado de la caída como de su fuente, razona así: Antes de la ley, el pecado existía, es verdad, en la humanidad; la historia lo prueba; pero, ¿puede ser ese pecado castigado de muerte? no, puesto que no es imputado (en el mismo grado) donde no hay ley (4:15), ley positiva, que haga al hombre mucho más culpable. Y sin embargo, la muerte, salario del pecado, no ha dejado de reinar desde Adán, que tenía una ley (Gén. 2:17), hasta Moisés, que ha dado otra; ha reinado sobre todos, aun sobre los que no tenían ni un mandamiento, como Adán, ni una ley, como Israel después de Moisés. ¿Qué hay que inferir de ello? Que esta terrible muerte ha hecho irrupción en nuestra humanidad, por el pecado, con la caída. Donde está el efecto, está la causa; donde está el castigo, está el pecado. Puesto que, aun sin ley, todos mueren, todos son, pues, pecadores y entonces Adán es realmente *la figura* (gr. "el tipo") *de Cristo que había de venir*, es decir, que del uno vienen realmente el pecado y la muerte, como del otro la justicia y la vida. "El misterio de Adán es el misterio del Mesías", como dijo un rabino. El apóstol, queriendo así probar que la muerte no es *solamente* el efecto de las transgresiones personales del hombre individual, sino el castigo universal del pecado universal, habría hallado un argumento muy semejante al suyo, pero mucho más misterioso para nosotros, en la muerte de los niños de corta edad. ¿Quién, pues, sin la triste verdad que Pablo expone aquí quién nos explicará este terrible misterio?

18. La voz griega *muchos*, con el artículo, *los muchos*, significa *todos*, exactamente como en el v. 12.

19. Aquí es propiamente donde Pablo entra en su gran paralelo entre Adán y Cristo, pero primeramente procede, como le invitaba el tema, por antítesis (v. 15-17). Adán y Cristo, como jefes de las humanidades, presentan semejanzas típicas; presentan también notables contrastes. El apóstol realza una doble diferencia. Comprueba una *primera* diferencia en la naturaleza de la acción ejercida por uno y otro, diferencia que aparece ya en los térmi-

solo que pecó, pues el juicio vino de uno solo para condenación,
17 mas el don de gracia de muchas faltas para justificación [20]. En
efecto, si por la falta del uno reinó la muerte por el uno, mucho
más los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la
18 justicia reinarán en la vida por el único, Jesucristo [21]. Luego

nos mismos que caracterizan esta acción: la *falta* y el *don de gracia.* La *falta* de Adán (la *caída,* la acción de caer tropezando en un obstáculo) ha producido en virtud del principio de la justicia, la *muerte* de todos, y este estado se propaga sobre todos por el curso natural del nacimiento según la carne; pero el *don de gracia* parte de un principio enteramente diferente, el de la pura *gracia de Dios,* y es acordado, no por sucesión natural, sino como un *don* personal a los que creen en Cristo Jesús; luego, la falta ha obrado *negativamente* produciendo la muerte; pero el don de la gracia obra *positiva* y *abundantemente (ha sobreabundado).* Sobreabunda tanto más cuanto que es un don de la gracia y en él se manifiesta la gracia de Dios. Si la *falta de uno solo* ha causado la muerte de todos, se puede lógicamente inferir *(mucho más)* que el *don de gracia* tendrá una acción no solamente equivalente en extensión y en eficacia, sino superior, *sobreabundante,* pues Dios deja obrar de mejor gana su gracia que su ira. Por último Pablo, para hacer resaltar mejor la grandeza y la gracia del remedio opuesto al mal, insiste en el término que ha empleado, y, lo que ha llamado primeramente un *don gratuito,* lo designa como *la gracia de Dios y el don en la gracia de un solo hombre, Jesucristo.* La *gracia de Dios* es esta abundancia de amor divino que es la primera fuente de la salvación. El apóstol la distingue del *don en la gracia de un solo hombre, Jesucristo,* pues el amor de Jesús no es menos libre y personal que el de Dios. Si Cristo es el don de Dios, él a su vez se da (2 Cor. 8:9). Y esta gracia de Dios en Cristo se derrama incesantemente como una fuerza divina, y prosigue su acción salutífera en todas las edades y en todas las generaciones.

20. Traducción literal. Por estas palabras, Pablo realza la *segunda* diferencia entre la obra de Adán y la de Cristo; no solamente difieren ellas en su naturaleza y su influencia general (v. 15). La obra de Cristo *justifica de muchas faltas,* mientras que, en la obra de Adán, el juicio de condenación viene de *uno solo* (pecado o pecador). Por una parte una falta única acarreando la condenación de todos; por la otra el don gratuito de la justificación extendiéndose a toda la multitud de los pecados cometidos por Adán y sus descendientes. La redención realizada por Jesucristo se aplica a todos los pecados particulares que nosotros hemos agregado al pecado de Adán; los repara tan perfectamente que substituye a la *condenación* una completa *justificación.*

21. La conjunción *en efecto,* al principio de este versículo lo conecta con el v. 16 como prueba de la afirmación que éste anuncia. En el v. 17 el apóstol pone en paralelo, en una *tercera* antítesis, *el reinado de la muerte* resultante de la falta *de uno solo y el reinado de la vida* que se establece por el *solo Jesucristo* en favor de todos los que *reciben la abundan-*

pues, como [lo ocurrido] por una sola falta vino a todos los hombres para condenación, así también [lo ocurrido] por un solo acto
de justicia vino a todos los hombres para la justificación de la
19 vida [22]. En efecto, así como por la desobediencia del único hombre

cia de la gracia y el don de la justicia, es decir que se apropian individualmente la obra redentora. Si la falta del solo Adán ha fundado el reinado de la muerte; ¡*cuanto más* la justificación operada por Jesucristo funda el reinado de la vida! Pero si el establecimiento del reinado de la vida es asegurado, es porque el acto de justificación ha tenido efecto sobre las faltas individuales de los muchos, pues el establecimiento de este reinado de vida en favor de los creyentes supone la absolución de sus faltas individuales; de otro modo no podrían ser asociados a este reinado. Bien: esta justificación de las faltas individuales había sido afirmada en el v.16 y era necesario demostrarla. Suministrando esta demostración, el apóstol descubre los efectos admirables del don de la justicia. La redención, no solamente liberta al hombre del dominio del pecado y de la muerte, sino que le pone en posesión de la verdadera y plena libertad, de modo que él reina eternamente invencible en la vida y, por la vida misma, en Jesucristo, cuya gloria comparte.—El apóstol dice de la muerte: *reinó,* porque así había sido hasta entonces, y porque ya su potencia estaba virtualmente quebrantada; pero dice de los herederos de la vida: *reinarán,* porque la vida no ha llegado aún a todos los que deben sentir su influencia.—"Queda una última expresión que colocada en el término de este período tan rico y tan poderosamente construído, tiene una solemnidad enteramente particular: por *el único Jesucristo. El solo,* el *único* opuesto al otro *único* en la primera proposición... Esta palabra final recuerda que él ha sido el único agente *del don de la justicia* divina, y que si los creyentes tienen una justicia a apropiarse por medio de la cual pueden reinar, es la que él *solo* les ha adquirido." *Godet.*

22. Traducción literal: "Luego pues, como por una sola falta (o caída), a todos los hombres para condenación, igualmente por un solo acto de justicia a todos los hombres para justificación de vida". De modo que supliendo un verbo omitido *(fué, vino, resultó),* se encuentra aquí el paralelo claramente resumido en estas dos profundas antítesis: la *caída* y la *condenación* de todos, por una parte; por la otra, un acto de *justicia,* haciendo posible a todos la justicia y la *vida.* Lo que Pablo llama la *condenación,* es lo que, hasta aquí, ha llamado la muerte (temporal y eterna). *El acto de justicia* es la obra de la gracia soberana *declarando justo* (sentido de la voz griega) al que cree en Jesús. La justificación, que es su fruto para todos los que creen en él, es llamada *justificación de vida,* porque ella pone al creyente en posesión de la vida eterna, en la cual reina (v. 17). Rigurosamente, los dos últimos detalles del paralelo harían inferir la justificación de *todos los hombres* lo mismo que la condenación de todos, y este pasaje, aislado del conjunto, no dejaría nada que responder a los que admiten la universalidad de la salvación. Pero ya el apóstol ha indicado (v. 15-17)

los muchos fueron constituídos pecadores, así también por la
20 obediencia del uno los muchos serán constituídos justos [23]. La ley

la diferencia profunda que hay entre la comunicación del pecado y de la muerte en la raza de Adán, y el "don de la gracia" que Cristo ha adquirido para nosotros. En el pimer caso, hay continuidad necesaria por el simple nacimiento carnal; en el segundo, es necesario un don de la libre gracia de Dios, que salva a "los que le reciben" (v. 17). El apóstol enseña, pues, más bien aquí positivamente (lo mismo que Juan, 1 Juan 2:2), que el sacrificio y los méritos del Salvador son perfectamente suficientes para la justificación de *todos*; Cristo, sobre la cruz, no ha hecho ninguna diferencia, y la restricción no empieza más que con la incredulidad y el endurecimiento del pecador. Es exactamente lo que Pablo ya ha enseñado (3:22): "la justicia de Dios, *por la fe* en Jesucristo, se extiende a *todos* y sobre *todos* LOS QUE CREEN".

23. Aquí también *los muchos* por *todos* (v. 15, nota).—Este último detalle del paralelo es de una grande importancia para la inteligencia del versículo precedente cuya conclusión confirma *(en efecto)*. ¿Cómo ha producido la caída de Adán la condenación de todos? No por imputación de ese pecado a sus descendientes, sino porque en *su desobediencia*, en su caída, *todos fueron constituídos pecadores*, es decir, que la enfermedad, la infección del pecado se ha propagado de él a todos por el nacimiento natural: "Lo que es nacido de la carne, carne es" (Juan 3:6); ahora bien: "el intento de la carne es enemistad contra Dios", es "la muerte" misma. (Rom. 8:6, 7). De ahí la universal sentencia del v. 12 de nuestro capítulo; de ahí la condenación. El pecado de Adán es, pues, realmente, en el fondo, el pecado de toda su raza, como el manantial de un río es ya ese río; esto no parece falso más que al pelagianismo, que hace consistir el pecado en actos externos solamente; no en el *ser*, sino en el *hacer*. A esa *desobediencia*, origen del pecado y de la muerte, el apóstol opone la *obediencia* del Salvador, origen de la justicia y de la vida. Se trata de la perfecta obediencia de toda su vida a Dios su Padre, y sobre todo de esta "obediencia hasta la muerte de la cruz" (Fil. 2:8), en la cual Pablo nos muestra incesantemente el gran sacrificio de nuestra redención. Así, en todo, el paralelo que precede, entre Adán y Jesucristo, el punto de comparación no es la imputación del pecado, por una parte, y la imputación de la justicia, por la otra, sino los efectos reales, profundos y desastrosos de la caída, y los efectos igualmente reales, más profundos aún, pero reparadores, de la gracia de Dios en Cristo Jesús. De modo que, en el pensamiento del apóstol, era éste un poderoso medio de *ilustrar* la doctrina de la justificación por la fe, que acababa de exponer (3:21 a 5:11), puesto que resulta de su paralelo que el creyente vuelve a hallar en Cristo más aún de lo que había perdido en Adán (v. 12-21). Y no es esto todo: por su unión viviente con Cristo llega a la santificación, a la posesión de la vida imperecedera del cielo, lo mismo que a la justificación. Tal es el tema profundo al cual Pablo va a pasar desde el principio del capítulo siguiente.

empero intervino para que abundase la falta [24], mas donde abundó
21 el pecado sobreabundó la gracia [25], para que, así como reinó el
pecado en la muerte, así también la gracia reinara por la justicia,
para vida eterna, por Jesucristo Señor nuestro [26].

24. "¿Para qué, pues, sirve la ley?"—Tal es la objeción que el apóstol debía esperar, aquí, lo mismo que en Gál. 3:19, donde responde más extensamente. La ley no podía remediar el pecado; intervino al contrario, *para hacer abundar la falta*, es decir, para manifestarla como una transgresión flagrante de la voluntad de Dios. La ley es como el espejo de la santidad divina donde el hombre puede verse tal cual es, y sentir tanto más la necesidad de un Salvador (3:20). El apóstol volverá más tarde a este pensamiento (7:7 y sig.); pero bajo este otro punto de vista: la ley hace *abundar el pecado* excitando la concupiscencia e impulsando a la desobediencia.

25. Vers. 15 y 17, notas. El Salvador ha hecho más que reparar el mal; agrega al lado negativo del perdón, es decir a la excención de la pena de los pecados, todas las rinotas; 3:21-23) y de la cual deriva para ellos la vida eterna, que poseen desde este mundo y que se desarrolla en ellos hasta su plenitud en el quezas del amor de Dios y de la vida eterna. Esta verdad halla su aplicación en la experiencia de todo creyente. Cuanto más vivo y profundo es el sentimiento del pecado, tanto mejor abraza el hombre la gracia en toda su liberalidad y su plenitud, y viceversa.

26. Este *para que* indica la razón por la cual ha sido necesario que la gracia sobrebundase sobre el pecado. El dominio del pecado era universal, produciendo en todas partes la muerte; ha *reinado en la muerte*, según la enérgica expresión del texto. Ahora la *gracia reina* sobre los creyentes, ¿pero cómo? *por la justicia* que ella les comunica (1:17, cielo. Pero el apóstol no se cansa jamás de repetirlo, todo eso les viene *por Jesucristo nuestro Señor*.

CAPITULO VI.

I. *Por medio de la justificación por la fe el hombre necesariamente entra en la senda de la santificación, porque su fe le une a Cristo y reproduce* *en la senda de la santificación, porque su fe le une a Cristo y reproduce* *en él toda la vida de Cristo, 1-11.* — II. *Esta santificación, incompleta aquí, debe desarrollarse incesantemente por la consideración de la miseria del pecado y el deseo de ser libertado de él. Exhortación a este progreso. 12-23.*

I. 1-11. LA JUSTIFICACIÓN POR LA FE SANTIFICA AL PECADOR. — 1º El cristiano justificado no puede ya quedar en el pecado porque el principio del pecado está muerto en él. (1, 2). — 2º En efecto, el bautismo es el

símbolo de este hecho profundo: que el creyente muere moralmente con su Salvador, resucita con él, vive de su vida. (3, 4). — 3º O, según otra figura, la relación del creyente con Cristo, semejante a la de dos ramas de la misma planta, es tan íntima, que todos los hechos de la vida del Salvador, su muerte, su resurrección, su crucifixión, se reproducen en la vida moral del creyente, que es así sustraído a todos los derechos del pecado sobre él. (5-7). Es, pues, para el cristiano, éste el gran objeto de su fe y de su experiencia: que, muerto con Cristo, vive con él, pues Cristo ha entrado en una vida inaccesible a la muerte, y de ahí para su discípulo esta triunfante conclusión: muerto al pecado, vivo a Dios. (8-11).

1 ¿Qué, pues, diremos? ¿Permaneceríamos[1] en el pecado para
2 que la gracia abunde[2]? ¡Nunca tal acontezca! Puesto que hemos
3 muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él[3]? ¿O ignoráis que

1. Según el texto recibido: "¿Permaneceremos?" Una variante más autorizada exige este sentido deliberativo que traducimos por el condicional. Se podría traducir también: "¿Qué diremos, pues? ¿permanezcamos en el pecado..." El sentido de la pregunta queda el mismo.—Una variante completamente semejante se halla en el v. 15.

2. El apóstol acaba de expresar (5:20) una verdad tan hermosa y consoladora como atrevida parece a primera vista; los adversarios del evangelio podían hacerle una objeción: "¡Luego, no hay más que quedar en el pecado para que la gracia abunde! ¡La doctrina de la justificación por la fe sola es, pues, inmoral!" Esta objeción que el apóstol mismo plantea aquí y refuta de un modo tan profundo y tan victorioso en lo que va a seguir, esta objeción está de tal modo arraigada en la ciega justicia propia del corazón del hombre, que se reproduce sin cesar en todas las épocas del despertar de la fe. Fué el arma más habitual del catolicismo en el XVIº siglo contra la reforma; se oculta en el fondo del corazón de una multitud de creyentes que no osan entregarse enteramente a este hecho divino de una salvación gratuita. Y por otra parte, hay que convenir que demasiado justificada es esta objeción en la práctica por un número tan grande de los que hacen profesión de creer en la salvación gratuita, y, bajo pretexto de la gracia, abusan de ella, no tomando del evangelio más que lo que conviene a una vida terrestre, sin renunciamiento y santidad. La refutación que va a seguir no deja ni pretexto a los unos, ni ilusión a los otros: la santificación de la vida resulta orgánica e infaliblemente de la justificación; tal es el tema de los cap. 6 a 8.

3. Haber *muerto al pecado*, aborrecerlo interiormente y haber renunciado exteriormente a él en la vida. Un muerto no tiene más relaciones ni con la vida ni con el mundo externo. (Comp. Col. 2:20; Gál. 2:19; 1 Pedro 2:24). El apóstol que, con toda la escritura, considera la vida cristiana en su punto de vista elevado, ideal, admite este estado moral como un hecho cumplido, porque la comunión con Jesús es su principio y garantía. Va a decir cuándo y cómo se ha realizado ese

cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en
4 su muerte? Fuimos, pues, sepultados con él por el bautismo en
la muerte, para que, así como Cristo resucitó de entre los muertos
por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en no-
5 vedad de vida[4]. En efecto, si hemos crecido juntos a la seme-

hecho en el fiel.—La *versión de Lausana traduce* aquí y en el v. 11: "muertos *por el pecado*"; interpretación equivocada.

4. El *bautismo* es el sello divino de la regeneración, es decir, de esa transformación de que se habla en estos versículos; por esto el apóstol considera aquí el bautismo que habían recibido todos sus lectores después de su conversión, como coincidiendo con esta obra interna de la gracia por la cual el creyente es hecho participante de Cristo, de su muerte, de todos los frutos de esta muerte; luego, de su resurrección y de su vida. Aquí, la muerte de Cristo no es ya presentada solamente como el sacrificio que obtiene para nosotros la justificación, sino como una fase de la existencia humana del Salvador, por la cual el creyente pasa realmente con él; el viejo hombre muere, es crucificado con Cristo (v. 6). Y aun, a fin de dar mayor fuerza a este pensamiento, el apóstol agrega que somos *sepultados con él*, aludiendo a la costumbre antigua de sumergir en el agua al que era bautizado. Luego, por la misma potencia de resurrección y de vida divina (que Pablo llama aquí *la gloria del Padre*, porque manifestó esta gloria del modo más esplendente), por esta misma potencia divina que sacó al Señor de la tumba, el nuevo hombre, vivificado, sale de las aguas del bautismo para andar, siempre, con Cristo, en una vida nueva, o más bien *en novedad de vida*, como se expresa el apóstol para atraer particularmente la atención hacia lo que hay de *nuevo* en esta vida regenerada. No dice, como si acabara de emplear una figura que se tratara solamente de aplicar: "*Debemos* andar", sino: "*a fin de que andemos* en novedad de vida", tan necesariamente como *Cristo resucitó de entre los muertos*; estas dos cosas son idénticas por la unión de los miembros con el Jefe. Este pensamiento, tan profundo y tan práctico para la vida cristiana, reaparece frecuentemente en los escritos de los apóstoles. (Gál. 2:20; 6:14; Fil. 3:10; Col. 2:12; 3:1; 1 Pedro 2:24; 4:1). No sin razón aquí y en otra parte (Col. 2:12) es presentado simultáneamente con la doctrina del bautismo. En verdad, el cambio que describe puede tener lugar *antes*, o *después*, o aun *sin* el bautismo. Sin embargo, siendo este último, exteriormente, la admisión en la iglesia de Jesucristo y el símbolo de la regeneración interna que hace participar de su vida, esto bastaría ya para explicar la identificación de estas dos cosas. Pero hay más: el bautismo mismo es una realidad es (supuesto que el bautizado tenga la fe que *sola* puede unirle a Cristo) una parte integrante de esta obra divina, porque a la *señal* se une la *palabra* poderosa y creadora de Dios por la cual él regenera las almas (1 Pedro 1:23). Tanto pues, hay que cuidarse de la perniciosa superstición del *opus operatum*, es decir de la idea por la cual se atribuye al rito en sí mismo, e

janza de su muerte así también [lo haremos] a la de su resu-
6 rrección[5]; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fué crucifi-

independientemente de la fe del que es objeto de él, una influencia por decirlo así mágica, como hay que evitar de despojar de su fuerza divina un medio de gracia del que no queda así más que una vana ceremonia. ¿Por qué entonces se haría intervenir el nombre (es decir todas las perfecciones) de Dios el Padre, que nos amó en su gracia eterna; del Hijo, que nos rescató por su sangre y quiere unirse a nosotros; del Espíritu Santo, que regenera y santifica? Esta es la palabra del bautismo. "Que esta fuerza divina no aparezca en todos los que han sido bautizados, es otro asunto. Pablo habla a creyentes, y entonces puede considerar la substancia y el efecto como siendo, con la señal, una sola y misma cosa. Pues sabemos que todo lo que Dios ofrece bajo símbolos es determinado y realizado por la fe de los que lo reciben. Así el apóstol enseña cuál es la verdadera naturaleza del bautismo bien recibido. Testifica a los Gálatas (3:27) que "todos los que, de entre ellos, habían sido bautizados en Cristo, se habían revestido de Cristo". Y nosotros podemos siempre hablar así en cuanto la fe se une a la institución, pues Dios no nos da jamás señales o signos desnudos y vacíos, excepto cuando la fuerza de sus beneficios es impedida por nuestra ingratitud y nuestra maldad". *Calvino.* Según esto, va sin decir que, en este pasaje, el apóstol no podía de ningún modo tener en vista el bautismo administrado a los niñitos. Mucho más, casi todos los errores sobre este punto viene de que se ha querido aplicar esta profunda significación del bautismo a seres que ni siquiera pueden tener conciencia de lo que se hace a su respecto. El bautismo de los niños reposa sobre otro fundamento, el de la alianza de gracia.

NOTA DEL TRADUCTOR. — El autor ha establecido (cap. 5, nota 19) que en el evangelio nada se recibe por *derecho de nacimiento* sino por experiencia individual. Dice aquí, muy bien, que el bautismo infantil no tiene ningún fundamento en las palabras comentadas del apóstol, ni, añadiremos, en todo el Nuevo Testamento. Hay *condiciones* claramente establecidas para el bautismo: el arrepentimiento y la fe. vale decir, la conversión previa. (Mar. 16:16; Act. 2:41, etc.) Es evidente que ninguna de esas condiciones cumple el niñito, como lo reconoce precedentemente el autor, por lo que fué necesario buscar "otro fundamento" extra-bíblico para el bautismo infantil, que no es en realidad otro que la autoridad de la tradición originada en los primeros siglos del cristianismo. ¿Pero no podemos decir aquí con un padre de la iglesia: La costumbre sin verdad es el error inveterado? ¿y no cae esa institución bajo las palabras de Jesús: "Anuláis la ley de Dios por vuestra tradición"? En la nota presente, dice el autor que la regeneración, a veces, viene *después* del bautismo. Imposible sería eso si los cristianos se hubieran atenido a las enseñanzas y la práctica apostólicas, y no hubieran administrado el bautismo sin que existieran las condiciones requeridas. Permítasenos una digresión: el simbolismo y la relación estrecha establecidos por el apóstol entre el bautismo y la regeneración, sólo se explican por el *bautismo* en el sentido etimológico y primitivamente histórico del vocablo, es decir, por la inmersión. No vemos cómo puede el rociamiento representar la sepultura y resurrección del creyente con Cristo.

5. Aquí el apóstol explica y prueba *(en efecto)* lo que precede, con una figura tomada de la naturaleza vegetal. La comunidad orgánica, absoluta, viviente, de dos ramas de la misma planta: tal es el emblema de la comunión del fiel con su Salvador (Juan 15: 1-5); todo es común a la una como a la otra: la muerte, la resurrección, la vida. El apóstol emplea (11:17 y sig.) una figura, la del injerto, colocado en una rama. Erróneamente Calvino piensa hallarla también en nuestro versículo; pero lo que dice de ella no conserva menos su verdad: "El injerto no designa solamente la conformidad con un modelo que se imita, sino una unión oculta por la cual nos hacemos uno con Cristo; de tal modo que, vivificándonos por su Espíritu, él nos comunica su propia fuerza vital. Así, lo mismo que el brote comparte una condición común de vida y de muerte con el árbol en el cual es injertado, igualmente somos hechos nosotros participantes de la vida de Cristo, no menos que de su muerte". *Calvino.* Cristo es en todas las cosas, no solamente el representante de nuestra humanidad, sino nuestra humanidad misma; el creyente no es ya nada sino en él y por él; su muerte en todo respecto es nuestra muerte; su resurrección, nuestra resurrección; su vida, nuestra vida. Solamente, como la resurrección del fiel, empezada espiritualmente dentro de él, no está aún consumada y no lo será hasta que el cuerpo mismo participe de ella para ser revestido de la inmortalidad (8: 11), el apóstol habla de ella como de una cosa futura, objeto de la fe y de la esperanza del cristiano.

cado con él para que sea deshecho el cuerpo del pecado[6], para
7 que no sirvamos más el pecado[7]. En efecto, el que ha muerto
8 está justificado del pecado[8]. Mas si hemos muerto con Cristo,

6. Pablo mismo explica aquí el sentido de la figura que acaba de emplear. Lo que, en nosotros, debe *morir* gradualmente con Cristo, ser *crucificado* con él, es el *viejo hombre,* es decir, el hombre natural, tal cual nace, crece y vive moralmente, antes de haber sido renovado, regenerado por la comunión con Cristo y por el Espíritu de Dios. El hombre nuevo no puede nacer y desarrollarse más que en la proporción en que el viejo hombre perece. Pero es necesario observar que esta transformación moral, lenta y gradual, es considerada por el apóstol como un hecho cumplido: *fué crucificado* con él, porque lo es virtualmente en efecto por la muerte de Cristo, a la cual el creyente participa. (Comp. Juan 12: 24; Efes. 4: 22; Col. 3: 9, 10) —El *cuerpo del pecado* no significa simplemente el cuerpo del hombre, o su carne, pues la escritura jamás coloca exclusivamente el origen, ni siquiera el asiento del pecado en la carne, sino que esas palabras designan la naturaleza caída, tomada en su conjunto, el suelo en el cual germina naturalmente el pecado, el "corazón de donde salen los malos pensamientos, los adulterios... los crímenes..., y todo lo que contamina al hombre". (Marc. 7: 20). Si el apóstol emplea la expresión de *cuerpo* del pecado, es porque quiere indicar que hay un vínculo orgánico entre esas diversas manifestaciones del pecado que reaccionan unas sobre otras.

7. En tanto que el viejo hombre no ha sido crucificado, está *esclavizado al pecado* aunque se abstenga de groseras iniquidades. Una vez que ese profundo cambio ha tenido lugar, aunque parcialmente (puesto que es la obra progresiva de toda la vida), el pecado subsiste aún, pero no *reina* más. El creyente no *sirve* más; al contrario, combate, lucha, derrama su sangre, sufre; sucumbe quizá, recibe ardientes heridas, soporta a veces vergonzosas derrotas; pero no es reducido a la esclavitud del pecado y de la muerte; queda más y más vencedor de ella; y el combate mismo, por dolo-

creemos que también viviremos con él[9], sabiendo que Cristo,
9 habiendo resucitado de entre los muertos, no muere más; la
muerte no se enseñorea más de él, pues su muerte, al pecado
10 murió una vez por todas, mas su vida, para Dios vive[10]. Así

roso que pueda ser, tiene esto de consolador, que es una prueba de la vida nueva que lucha contra la naturaleza caída.

8. "Justificado del pecado". Ostervald ha pensado conformarse al conjunto del razonamiento del apóstol traduciendo aquí: "es *libertado* del pecado", por oposición a "ser *esclavo* del pecado". v. 6). Esta idea es verdadera, en el fondo, pero no da más que incompletamente la del texto. Pablo quiere decir que aquel que, a causa del pecado, ha soportado una sentencia de muerte, desde entonces queda absuelto de ese pecado: hay satisfacción, la justicia se ha cumplido, no tiene ésta nada más que reclamar, el transgresor es *justificado*. Este principio general encuentra su aplicación en el caso particular de que se ocupa el apóstol. Cristo ha muerto por nosotros, y por ello ha hecho posible que el que muere con él tenga parte del beneficio de una plena absolución respecto del pecado. El pecado no tiene ya ningún derecho sobre él (8: 12). "Es justificado, en cuanto al pasado, de toda culpabilidad; en cuanto al porvenir, de todo dominio del pecado". *Bengel*. Este término jurídico escogido por el apóstol ha sido bien traducido por la versión de Martin: *absuelto del pecado*. M. Rilliet traduce: "es sustraído a la jurisdicción del pecado".

9. Estando muertos con él, vivimos desde ahora por nuestra comunión con él, y un día poseeremos la plenitud de su vida.

10. Estos dos versículos prueban hasta la evidencia el sentido de los que preceden. El apóstol ve, entre Cristo y el creyente, una comunidad tan real, tan íntima, tan viva, que busca en Cristo solo la vida y la santidad de que el creyente debe ser revestido. La vida de Cristo, después de su resurrección, no corre ya peligro alguno de muerte, pues la muerte no era más que la consecuencia y la pena del pecado. Ahora bien, *una vez por todas*, por la muerte del Salvador, el pecado ha sido expiado; su potencia quebrantada. La vida nueva del Señor pertenece en adelante *a Dios* solo, con quien su Hijo único y amado vive en la comunión de la gloria eterna. Y todo esto es *para nosotros* la fuente de una vida semejante, es decir santa e imperecedera. (v. 11).

11. Esta conclusión atrevida del apóstol, que exhorta a todo cristiano a sacar como él, no es solamente una conclusión lógica, sino una realidad, basada en nuestra comunión con Jesucristo; y cuanto más íntima y viva sea esta comunión, tanto más potente se desarrollará la vida nueva que para nosotros emana, y tanto más rápida será también la muerte gradual del pecado, hasta la plena liberación del alma. Es así como Cristo "nos es hecho de parte de Dios *santificación* lo mismo que *justicia*". (1 Cor. 1: 30. —Si no se pierde de vista que toda esta argumentación del apóstol (v. 2-11) es una respuesta a la pregunta del v. 1, se encontrará que esta respuesta es absolutamente irreplicable. Pero hay que concluir también que todo el

11 también vosotros considerad que estáis muertos, sí, al pecado,
mas vivos para Dios en Cristo Jesús[11].

II. 12-23. SERIA EXHORTACIÓN A LA SANTIDAD DE LA VIDA. — 1º No reine más el pecado en vuestra vida, pues estáis muertos al pecado, vivos a Dios para la justicia, y además no estáis ya bajo la ley que ordena y condena, sino bajo la gracia que inspira el amor. (12-14). — 2º ¿Sería esto precisamente un motivo de vivir en el pecado? Al contrario, por esto habéis sido libertados de su servidumbre y esclavizados a la justicia, lo que es la verdadera libertad para llegar a la santidad. (15-19). — 3º Apelo a vuestra experiencia: cuando erais esclavos del pecado y libres respecto de la justicia, ¿qué fruto sacabais? la vergüenza y la muerte (20, 21); — ahora, libres del pecado y esclavizados a Dios, recogéis la santificación y la vida eterna; en efecto, jamás el pecado puede producir otra cosa que la muerte, más el don de gracia de Dios es la vida imperecedera. (22, 23).

12 No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, para obe-
13 decer a sus concupiscencias[12], ni presentéis vuestros miembros
al pecado por instrumentos de injusticia[13], sino presentaos vos-

que no da a la *muerte* del Salvador el significado que enseña aquí Pablo, todo el que considera la *resurrección* de Cristo como dudosa o superflua, no ha comprendido jamás nada ni de la esencia, ni siquiera de la moral del cristianismo, pues lo que Pablo demuestra aquí es la moral del evangelio.

12. El texto recibido tiene: "Para obedecerle (al pecado) en sus concupiscencias (del cuerpo)". La variante más sencilla, aquí adoptada, es también más autorizada.— Podría parecer, a primera vista, que la encarecida exhortación que sigue (v. 12-23) sea inútil, puesto que el apóstol acaba de establecer, con tanta certidumbre, que el cristiano llevará una victoria final sobre el pecado, y aun que ya está *muerto al pecado*. Eso *debería* bastar en efecto; pero, como toda la obra de nuestra liberación, perfecta en Cristo, no se realiza en sus miembros más que progresivamente, a través de todos los errores, de todas las tentaciones, de todos los combates de esta vida; como el cristiano más firme no avanza más que por la renovación diaria de su fe y de su comunión con el Salvador, y esta comunión es a menudo turbada por el pecado; como por último las ilusiones más perniciosas pueden existir sobre la realidad de nuestra regeneración personal y de nuestra vida espiritual, se comprende que el apóstol, sin contradecir lo que precede, insista ante sus hermanos para que se acuerden sin cesar de su alta vocación y persigan constantemente el blanco elevado colocado delante de ellos: la santidad. Las palabras mismas del apóstol suponen que este *cuerpo mortal* (la carne), tiene aún *sus concupiscencias*, pero que éstas no pueden ni deben *reinar* como en el hombre natural (v. 11). Esto es la consecuencia necesaria de todo lo que precede *(pues)*.

13. Gr. "Ni presentéis vuestros

otros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros
14 miembros a Dios por instrumentos de justicia [14], pues el pecado

miembros al pecado, como *armas* de injusticia", alusión al servicio militar, consagrado a una causa; esta figura reaparece en el lenguaje del v. 16 y sig., y de ahí la expresión: "El *sueldo* del pecado es muerte" (v. 23). Los *miembros* corresponden al *cuerpo mortal* (1. 12), así designado porque, con el pecado, el cuerpo lleva en sí las causas de la muerte (8:10). ¿Pero por qué el apóstol, al exhortar a los cristianos a abstenerse de todo pecado, habla ante todo del cuerpo, de los miembros? No es que, como se ha observado ya en este capítulo, coloque jamás la escritura el asiento del pecado exclusivamente en la carne, ni que el pecado se *manifieste* sobre todo por medio del cuerpo y de sus miembros. Pablo tiene un motivo más profundo y más en conexión con las enseñanzas que preceden sobre la muerte del viejo hombre y la vida nueva de Cristo en nosotros. El cuerpo, puro y santo en el origen, estaba destinado a servir de instrumento al espíritu; debía obedecer al espíritu, ser penetrado por él, a fin de tornarse, gradualmente, "cuerpo espiritual" (1 Cor. 15:44, 52, 53) sin pasar por la muerte. Esta relación fué completamente trastornada por la caída; el hombre se entregó al imperio de la carne y su espíritu mismo fué dominado por ella, se hizo carnal. Pero, en cuanto el nuevo hombre es formado por nuestra comunión con Cristo, empieza en nosotros un combate entre la carne y el espíritu; la vida espiritual lucha por recobrar su dominio primero sobre el cuerpo, se torna en él el germen imperecedero de la resurrección del cuerpo glorificado. (Juan 6:54, nota). Esta profunda unidad del espíritu y del cuerpo explica por qué la escritura exige la santificación del uno, lo mismo que del otro (comp. 12:1), o más bien del uno por el otro. Quien quiera que se imaginare que el espíritu puede servir a Dios mientras el cuerpo se entrega al pecado, o que el hombre se santifica por simples mortificaciones del cuerpo, fundaría sobre una engañosa dualidad el más pernicioso error moral. Si el pecado reina sobre el cuerpo, la pretendida independencia del espíritu no es más que el estéril esfuerzo de una imaginación desordenada, sin influencia sobre la voluntad, por consiguiente sin moralidad. Si, al contrario (lo que es mucho más frecuente), se piensa vencer el mal moral por maceraciones del cuerpo, es ésta una ilusión no menos funesta por medio de la cual se deja intacto el verdadero asiento del pecado, que se desarrollará bajo las formas diversas del egoísmo y del orgullo, tanto más libre y abundantemente cuanto se imagina combatirlo y restringirlo en otra parte. Se ve aquí, como donde quiera, con qué temperamento divino la palabra sola de Dios nos hace evitar el error tan próximo por todos lados; se ve también que los verdaderos principios de la moral tienen sus raíces en las más profundas verdades del evangelio y son inseparables de él.

14. Ante todo, es necesario que el hombre, *muerto* en sus faltas y en sus pecados, se haga nuevamente *vivo* (Efes. 2:5), se entregue enteramente a Dios, y entonces todo su ser, miembros del cuerpo y fuerzas

no se enseñoreará de vosotros, pues no estáis bajo la ley sino bajo
15 la gracia [15]. ¿Qué pues? ¿pecaríamos porque no estamos bajo la
16 ley sino bajo la gracia [16]? ¡Nunca tal acontezca ¿No sabéis que
al que os presentáis por siervos para obediencia, siervos sois de
aquel al que obedecéis [17], ora del pecado para muerte, o de la

del espíritu (1 Tes. 5:23) servirán de instrumentos a la justicia (o también aquí de *armas* para combatir el pecado).

15. Parece a primera vista que este versículo y el siguiente interrumpen el curso del pensamiento. Pero el apóstol, tomando nuevamente la idea de la *gracia*, de la que ha hecho derivar toda la *justificación* del hombre, la aplica aquí a la *santificación*, y se sirve de ella como de un medio omnipotente para proseguir su exhortación a la santidad, que apoya así en un fundamento inconmovible. Vosotros no estáis ya *bajo la ley*, que no hace más que ordenar, exigir una obediencia perfecta —sin dar ninguna fuerza para alcanzarla—, condenar toda infracción, y, por consiguiente, alejarnos cada vez más de Dios, fuente única de toda fuerza, de toda santidad; sino que estáis *bajo la gracia*, que, con la justificación, os ha dado la paz del alma (5:1), la libertad de la conciencia, la reconciliación con Dios, el acceso a su lado (5:2), de donde podéis, de día en día, tomar todas las fuerzas de su Espíritu necesarias para el desarrollo indefinido de la vida nueva que él ha puesto en vosotros. Con tales auxilios, el pecado puede asaltaros aún, pero no *reinará* ya jamás sobre vosotros. "No estamos ya bajo la ley que, en verdad, ordena el bien, pero no lo da; estamos bajo la gracia, que, haciéndonos amar lo que la ley ordena, puede mandar a hombres libres". *Agustín.*

16. Esta objeción está tan incesantemente presente en el espíritu del hombre imbuído de su propia justicia y extraño a la idea de una obediencia interna ofrecida a Dios por amor, que el apóstol la reproduce aquí por tercera vez (v. 1; 3:31), y va a servirse de ella a fin de mostrar que no es más fundada respecto de la santificación que cuando se la opone a la idea de la salvación por gracia o de la justificación por la fe sola.

17. Para justificar su negación de la objeción (v. 15), el apóstol apela simplemente a sus lectores *(¿no sabéis?)* sobre este hecho de experiencia moral: "Ninguno puede servir a dos amos"; nombra a estos dos amos a uno de los cuales necesariamente sirve el hombre con exclusión del otro: el pecado o Dios; luego aplica con fortuna este razonamiento a sus lectores libertados del pecado (v. 17, 18). Resulta de allí, por una parte, que el hombre debe servir y no puede aspirar jamás a una independencia absoluta, que no es la parte de ningún ser creado; pero, por la otra, es evidente que la servidumbre de Dios es la vedadera libertad. Querer lo que Dios quiere, no querer más que lo que él quiere es ser libre. "Tú eres al mismo tiempo un esclavo y un ser libre: esclavo, por tu obediencia al mandamiento, libre por tu gozo en cumplirlo; esclavo, porque eres un ser creado; libre, por que eres amado de Dios que te creó y porque tú mismo amas al autor de tu ser". *Agustín.*

17 obediencia para justicia[18]? Mas gracias a Dios de que erais
18 siervos del pecado mas habéis obedecido de corazón a la forma
de enseñanza a que fuisteis entregados[19], y libertados del pecado
19 fuisteis hechos siervos de la justicia. Humana cosa digo por

18. Los términos de esta antítesis son notables; después de estas palabras: "ora del *pecado* para *muerte*", se esperan éstas: "ora de la *justicia* para *vida*" (v. 18-20), que expresarían un contraste completo en la idea. En lugar de ello, el apóstol ha preferido, en el segundo miembro expresarse así: "o de la *obediencia* para *justicia*", sin duda para hacer sobrentender por el contraste esta verdad importante: que la verdadera naturaleza del pecado es la desobediencia (5:19), y que no hay obediencia legítima para la criatura más que respecto de Dios. En efecto, la esclavitud del pecado, por voluntaria que sea, no es una obediencia al pecado, sino el arrastre de la concupiscencia; no existe una ley del pecado a la cual se pueda obedecer, puesto que es, al contrario, la negación de toda ley. Se puede pensar también que el apóstol empleando este término de *obediencia* tiene en vista la *fe* que en otras partes designa por esta misma expresión (1:5, 15, 18; comp. 10:3) y, como observa M. Godet, "puede perfectamente oponerla en este sentido al pecado, porque es la fe lo que pone fin a la rebelión del pecado y funda el reinado de la santidad". Luego, la *justicia* es opuesta a la *muerte* eterna, salario del pecado (v. 21, 23), porque encierra en sí todos los elementos de la vida verdadera, de la vida eterna. El apóstol toma aquí esta palabra de justicia en el sentido práctico, interno, como sinónimo de *santidad;* ella es el término adonde el hombre llega por la senda de esta obediencia sincera a toda la voluntad de Dios, que no es más que el renunciamiento a sí mismo para no vivir más que de Dios y en Dios.

19. Gr. "Habéis obedecido de corazón al tipo de enseñanza a que fuisteis entregados". *Tipo* significa imagen, *forma*, modelo, regla. Se trata, no del tipo especial de la enseñanza de Pablo, por oposición a la de otros apóstoles, sino del conjunto de la doctrina evangélica, de la verdad cristiana, de lo que en otro lugar llama "el modelo de las sanas palabras" (2 Tim. 1:13). — No se debe traducir, con la mayor parte de las antiguas versiones francesas: "el modelo de la enseñanza *que os fué trasmitido*", sino con las versiones inglesas y alemanas y nuestras recientes versiones francesas, aprobadas por los mejores intérpretes: "el modelo de enseñanza *al cual fuisteis trasmitidos, entregados*". El sabio Bengel hace a este respecto esta observación: "En otras partes se dice que la doctrina *es transmitida* (2 Pedro 2:21); aquí hay una elegante inversión de frase: los que han sido libertados del pecado, se han entregado (v. 16), por un gran cambio de dominio, a la magnífica servidumbre de la justicia" (v. 18). El apóstol quiere decir que los cristianos a los cuales escribe "han sido entregados", ellos mismos, por la potencia del Espíritu de Dios, a esta regla de verdad evangélica, y en cierto modo echados en ese tipo como una materia en fusión para tomar la forma de él. Sin embargo, no hay en esta adhesión a la verdad nada de involuntario, de maquinal, pues han *obedecido de corazón*, según la admirable armonía de la acción de Dios y la del hombre en la conversión, siempre enseñada por las escrituras. Por esto el apóstol, en lugar de sacar fríamente su conclusión, exclama con efusión: *¡Gracias a Dios!*

la debilidad de vuestra carne[20]. En efecto así como presentasteis
vuestros miembros por siervos a la impureza y a la iniquidad,
así ahora presentad vuestros miembros por siervos a la justicia
20 para santificación[21]. En efecto, cuando erais siervos del pecado,
21 libres erais cuanto a la justicia[22]. ¿Qué fruto, pues, teníais en-
tonces? Cosas de que ahora os avergonzáis[23], pues su fin es
22 muerte[24]; mas ahora, libertados del pecado y hechos siervos a
Dios, tenéis vuestro fruto para santificación, y el fin vida eter-
23 na[25], pues la paga del pecado es muerte, mas el don de gracia de
Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro[26].

20. "Porque sois aún niños en Cristo (1 Cor. 3:1) entrados recientemente en la vida cristiana, os hablo de las cosas espirituales bajo figuras sensibles, familiares a los más sencillos de entre los hombres". Y después de este preámbulo el apóstol desarrolla bajo todas sus fases el pensamiento ya expresado en el v. 13.

21. "Así como presentasteis vuestros miembros por siervos a la impureza y a la iniquidad, para iniquidad; igualmente ahora presentad vuestros miembros por siervos a la justicia, para santificación". Esto no es más que la aplicación desarrollada del principio general establecido en el v. 16. Donde reinan la impureza y la iniquidad, los miembros (todas las fuerzas) no pueden más que cometer cada vez más iniquidad, es decir obras contrarias a la ley; pero de su sumisión a la justicia resulta la santificación de la vida. Este contraste, desarrollado, suministra al apóstol la comparación que sigue, entre el fruto del pecado y el de la justicia o del don de la gracia.

22. Este *en efecto*, indicando la razón lógica del contraste que precede (v. 17-19), contiene también la de la comparación que sigue. Estar libre de toda obligación respecto de la ley, es la atracción más seductora del pecado, pero también la más engañosa (8:33, 34; 2 Pedro 2:19); pues, ¿qué resulta? (v. 21-23).

23. Otros construyen de otro modo esta frase. En lugar de colocar el punto de interrogación después de *entonces*, y de hacer de las palabras siguientes la respuesta, construyen toda la frase como una pregunta que tendría por respuesta sobrentendida: Ningún *fruto*, al contrario, ¡la muerte! El sentido es el mismo en el fondo. Mientras el mundo halla su gloria en la independencia de toda ley y en la libertad de pecar (v. 20), el cristiano ve en ello su *vergüenza*, la degradación de su alma inmortal.

24. Vers. 23; 1:32; 5:12, nota.

25. El *fruto* del servicio de Dios, es una *santificación* progresiva, que un día llegará a la perfección. Pero la santificación de todo nuestro ser es en sí misma la *vida eterna*, ora porque no puede tener lugar más que por la posesión de esta vida dentro de nosotros, ora porque ella a

su vez nos pone en comunión directa e íntima con Dios, fuente de la vida y de la felicidad eternas. La plenitud de la santidad es, pues, la plenitud de la vida.

26. El *pecado* promete, sí, a sus esclavos, otro *salario*, una *paga*: primero, la libertad (v. 20), luego, el placer; pero los engaña (el pecado entero no es más que una gran mentira, en flagrante contradicción siempre con la verdad de Dios así como con la verdadera naturaleza del hombre), pues no puede darles más de lo que él mismo tiene como su parte: la maldición y *la muerte*. Y como esta libertad que promete no es más que un alejamiento cada vez más completo de la fuente única de la vida, su salario es una *doble muerte*. A este *salario del pecado* se podría esperar que el apóstol opusiera el "salario de la justicia" (v. 18), o "el salario de Dios" (v. 22); pero, según todo lo que acaba de enseñar (véase sobre todo 3:21 y sig.; 4:4, 5), no puede hablar más que de un *don de gracias* de Dios y esto *por Cristo Jesús, nuestro Señor*, que nos lo ha adquirido. Y este don gratuito es *la vida eterna* ya contenida en la santificación (v. 22, nota), que contrariamente al pecado, responde a todas las necesidades del alma y constituye para ella la felicidad.

CAPITULO VII.

I. *Continuación del mismo asunto, desarrollado por una figura, 1-6.* — II. *Experiencias íntimas del hombre, cuando siente, en una conciencia despierta, la potencia de la ley, 7-25.*

I. 1-6. CONTINUACIÓN: EL CRISTIANO, MUERTO A LA LEY, VIVE DE LA VIDA NUEVA Y SANTA DEL ESPÍRITU. — 1º Toda ley ejerce su imperio sobre el hombre mientras éste vive; tal es una mujer casada bajo la ley que la liga a su marido; no llega a ser libre sino por la muerte de este último. (1-3). — 2º Esta mujer sois *vosotros*, vuestra alma inmortal, libertada de la ley que la esclavizaba a vuestra naturaleza corrompida, a la que habéis muerto con Cristo, para ser de otro, del Esposo celestial que os imparte su vida santa. (4). — 3º Antes de esto, la ley de vuestra servidumbre no hacía más que provocar la resistencia de las pasiones para tener por resultado la muerte; pero ahora, muertos a esa ley y libres, podéis obedecer a Dios en un espíritu enteramente nuevo. (5, 6).

1 ¿O ignoráis, hermanos (pues hablo a los que conocen la ley),
que la ley se enseñorea del hombre por tanto tiempo como vive [1]?

1. La conjunción disyuntiva *o*, con la cual el apóstol prosigue su razonamiento, y que algunos traductores han omitido porque no sabían qué hacer de ella, sirve de transición muy elegante a lo que sigue. Conecta

2 En efecto, la mujer casada está ligada por ley a su marido vivo;
mas si el marido muriere desligada queda de la ley del marido.
3 Luego, pues, viviendo el marido será llamada adúltera si llegare
a ser de otro varón; mas si el marido muriere, libre es de la ley,
4 de modo que no será adúltera llegada a ser de otro varón [2]. De

estrechamente el pensamiento del escritor primero a lo que precede inmediatamente (6:22, 23), luego a todas las enseñanzas que anteceden: por nuestra unión con Cristo, en su muerte y su resurrección nosotros morimos, cuando al viejo hombre; y el nuevo hombre, Cristo en nosotros, resucita y vive de una vida nueva (6:3, 4, 11, 14). A la esclavitud de la ley, del pecado y de la muerte, ha sucedido la esclavitud de la justicia, es decir la verdadera libertad y la vida (6:12-23). Este doble estado es una alternativa absoluta; uno *u* otro; "*¿o* ignoráis que el imperio de la ley, de toda ley, dura tanto como la vida?" Tal es aquí la conexión del pensamiento.—Algunos traducen como sigue el paréntesis de este versículo: "Hablo a los que conocen *una* ley", una ley cualquiera, lo que el original permite. Otros piensan que se trata de la ley mosaica. De lo que sería sin embargo erróneo inferir que la iglesia de Roma no estaba compuesta más que de judíos convertidos. (Véase la introducción).

2. ¿Quién es, en esta comparación, la mujer? ¿Quién el primer marido? ¿Quién el segundo? Muchos han respondido: la mujer es nuestra alma; el primer marido, la ley; el segundo, Cristo. A pesar de su aparente claridad, esta interpretación no tiene en cuenta todo el pensamiento del apóstol. La ley sola no puede representar el primer marido, primeramente porque (v. 2) es ella la que liga la mujer a su marido, en tanto que éste vive; luego porque (v. 4, 5) el marido que muere, no es la ley, sino el cristiano regenerado: "*vosotros* también estáis *muertos* A LA LEY". (v. 4.) Para entrar en el pensamiento del apóstol, tanto en lo que precede como en lo que sigue, y para no apartarse de su propia interpretación de la figura, es necesario pues, explicarla así: la mujer es nuestra alma, nuestra conciencia, nuestro *yo* propiamente dicho, que Pablo llama (v. 22) "el hombre interior"; el primer marido, es el viejo hombre, al cual *la ley* mantiene todo su imperio tanto tiempo como vive, pero que, en el cristiano, ha muerto con Cristo (v. 4; 6:3-7); el segundo marido, al cual pertenecemos por la muerte del primero, es Cristo. La unión de estos dos hombres en nosotros es, pues, el matrimonio de que habla el apóstol: en tanto que el viejo hombre, el hombre carnal, el hombre de pecado vive, reina imperiosa e indisolublemente sobre todo nuestro ser moral. Este dominio subsiste mientras el hombre está *bajo la ley*; pues la ley es tan poco capaz de poner fin a ello que, al contrario, es ella la que, remitiéndonos perpetuamente a nosotros mismos, a nuestra única responsabilidad, a nuestras únicas fuerzas naturales, y haciendo abundar el pecado (5:20), lo hace más indisoluble y más duro, como la ley del matrimonio que hace la unión indisoluble hasta la muerte del marido. Y, así como ésta hace a la mujer *adúltera* si se separa de su marido, mientras éste vive para ser de otro, igualmente nosotros, en la

modo que, hermanos míos, vosotros también fuisteis muertos a
la ley por el cuerpo de Cristo, para llegar a ser de otro, del
que resucitó de entre los muertos, para que fructifiquemos para
5 Dios [3]. En efecto, cuando estábamos en la carne, las pasiones
de los pecados, las cuales son por la ley, obraban en nuestros
6 miembros para fructificar para la muerte [4]; mas ahora hemos

imposibilidad en que estamos de ser verdaderamente de Cristo, en tanto que nuestro viejo hombre no ha sido "crucificado con él" (6:6), caemos en un adulterio espiritual rechazando el yugo de la ley, valiéndonos falsamente de la gracia, abusando de una falsa libertad. O bien, si en este estado queremos cumplir la ley por nuestras fuerzas naturales, a pesar del dominio de nuestra naturaleza corrompida, caemos en el fariseísmo, que rebaja y materializa la ley, a fin de alimentar su orgullo con la idea mentirosa de que la ha cumplido: otro adulterio no menos culpable.

3. Tal es la explicación muy clara, dada por el apóstol mismo, de la comparación que precede, de la cual los dos versículos siguientes no son más que el desarrollo: este marido que muere no es la ley, como Pablo habría podido decirlo muy bien si lo hubiera querido, sino *vosotros* (cristianos) que estáis *muertos a la ley* (6:14), o más bien que habéis sido "matados" (gr.) ¿Cómo? *Por el cuerpo de Cristo*, es decir por ese cuerpo violentamente ejecutado, matado, y cuya muerte vosotros habéis compartido muriendo moralmente con él. (6: 3-6.) Ahora sois *de otro, del que resucitó de los muertos*, quien os comunica su vida tan realmente como su muerte (6:8-11). Y el propósito de esta transformación es que podáis *llevar frutos para Dios* (Gr. "Fructificar para Dios"), término escogido intencionalmente para indicar los benditos frutos de esta segunda unión: obras santas, conformes a la voluntad de Dios, realizadas por amor. "Cristo, en su cuerpo mortal, es la figura, el representante del viejo hombre (8:3), muere a la vieja naturaleza pecadora, muere para ella, y ella con él; la iglesia, por la muerte de este primer marido, es libertada de la naturaleza y de la ley, y se hace la esposa de un esposo resucitado, inmortal, por el cual es introducida en la nueva vida del espíritu". (8:10, 11.) *J. F. de Meyer.*—Comparando atentamente el cap. 6 con estos primeros versículos del 7, se verá cuán armónico es todo en estas enseñanzas tan profundas del apóstol, hasta las menores expresiones, que hay que pesar con cuidado.

4. Desarrollo de la explicación que precede: Primero según el estado antiguo (v. 5) luego según el nuevo (v. 6). *Estar en la carne* (comp. 1:3, 4, nota) tiene el mismo sentido que estar bajo el dominio de la naturaleza corrompida, de que Pablo ha hablado hasta aquí. En este estado, las *pasiones de los pecados*, es decir las malas concupiscencias, *excitadas por la ley* (otros traducen: "obran por la ley"), reciben una nueva energía; no que la ley lo quiera, sino, primeramente, porque nos retiene por la fuerza, como pecadores, en el imperio de nuestra naturaleza caída; y luego, porque nuestra inclinación a la desobediencia nos excita a hacer precisamente lo que la ley prohibe. Este último pensamiento domina en los vers. siguientes (8-13),

sido desligados de la ley, muertos a aquello en que estábamos retenidos [5], de modo que sirvamos en novedad de espíritu y no en vejez de letra [6].

II. 7-25. Dolorosas experiencias de la conciencia despertada bajo el ministerio de la ley. — 1º ¿Habría que inferir, pues, de lo que acabamos de decir (5, 6), que la ley es mala, la fuente del pecado? Al contrario, puesto que la ley revela al hombre su pecado, aun la concupiscencia del corazón que, reprimida por la ley, toma ocasión de rebelarse contra la ley. (7, 8). — 2º Antes de experimentar esta potencia de la ley yo creía vivir; pero después, sentí revivir el pecado, que me reveló mi estado de muerte, de modo que esta ley, que habría sido mi vida si yo la hubiera cumplido, se hizo mi muerte; no es, pues, la ley, es el pecado del corazón lo que me ha engañado en ocasión de la ley y me ha matado moralmente. (9-11). — 3º Es evidente, pues, que la ley es santa, que cada mandamiento es justo, y no es lo bueno lo que me ha dado la muerte, sino el pecado que, manifestado como tal por la ley, me ha hecho morir moralmente, y ha aparecido en su excesiva culpabilidad. (12, 13). — 4º Hay, pues, una lucha terrible entre la conciencia y el pecado a la luz de la ley. La ley es espiritual, penetra y juzga hasta los repliegues del corazón, pero yo estoy bajo el imperio de la

donde se trata de llevar hasta sus extremos límites la demostración de la impotencia del hombre natural, abandonado a sus propias fuerzas, en presencia de la ley. La potencia de las concupiscencias comprimidas y condenadas, pero no matadas, crece por la resistencia de la ley como un torrente impetuoso, que, retenido un momento por un dique impotente, se extiende luego más terrible y devastador.—Estas pasiones obran *en nuestros miembros*, es decir, que nuestro cuerpo, con sus apetitos y sus fuerzas diversas, les sirve de instrumento para cometer el pecado. Estas obras así producidas, *muertas* en sí mismas (Hebr. 6:1; 9:14), son *para la muerte*, porque su último fin, o su salario (6:23), es la muerte eterna.

5. Gr. "Hemos sido *anulados de la ley*", no tiene más dominio sobre nosotros que si no existiéramos, porque, en efecto, estamos *muertos* y todo lo que ella podía alcanzar y condenar en nosotros ha sido crucificado con Cristo. Se halla la misma palabra en el v. 2 aplicada a la mujer, respecto a la ley del marido, desde el momento en que éste es muerto.

6. "De modo que sirvamos en novedad de espíritu, y no en vejez de letra". Este contraste entre el *espíritu* y la *letra* se halla más desarrollado en 2 Cor. 3:6 y sig. Comp. también 2:27 de nuestra epístola. La ley es la *letra*, que ordena, prohibe, exige, condena, pero no comunica ningún *espíritu* nuevo. Entonces, estar bajo la ley que nos deja en nuestro viejo estado natural de impotencia y de muerte, es servir (o ser esclavizado) *"en vejez de letra"*. Estar bajo la gracia, en la comunión de una fe viva con Cristo, es servir en *"novedad de espíritu"*, porque el Espíritu que él nos comunica, haciéndonos vivientes y espirituales renueva nuestra naturaleza entera.

carne, sin discernimiento de mis actos, haciendo no lo que quiero sino lo que aborrezco, dando así homenaje a la santidad de la ley. (14-16). — 5º El origen de todo mal es, pues, el pecado que domina en mi corazón, en mi carne; un ser mejor en mí quiere el bien, no puede cumplirlo, hace el mal a pesar suyo; no es él quien lo hace, sino el pecado en mí, el pecado que yo reconozco como una ley inexorable de mi naturaleza caída, pues el hombre interior en mí ama la ley de Dios, pero la ley del pecado le libra esta terible batalla y me reduce a la más dura esclavitud: ¡oh! ¡desdichado!, ¿quién me librará de la muerte? (17-24). — 6º ¡Gracias a Dios! ¡hay una liberación! Conclusión de toda esta experiencia descripta: Por el entendimiento, el hombre interior, la conciencia, me someto a la ley de Dios, mas la carne está sujeta al pecado (25).

7 ¿Qué, pues, diremos? ¿Es pecado la ley[7]? ¡Nunca tal acon-
tezca! Pero no conociera yo el pecado sino por la ley, pues tam-
8 poco conocería la concupiscencia si la ley no dijera: "No codi-
ciarás[8]". Mas, tomando ocasión, el pecado produjo por el man-

7. El apóstol acaba de decir (v. 5) que por la ley, el pecado no hace más que tomar nueva energía; se podría dar a estas palabras el sentido más peligroso; hay que prevenirlo pues, y desarrollar para ello este pensamiento tan profundo como verdadero. De ahí la objeción que se plantea Pablo y a la cual responde (v. 7-13) mostrando que la ley, lejos de poder realizar la santificación del hombre, no hace más que manifestar el pecado, condenarlo y producir la muerte del pecador: prueba de que la ley es espiritual y santa (v. 12, 14). Luego el apóstol describe ese combate interno entre la ley santa y el hombre que procura cumplirla (v. 14-24). Esta porción profunda y extremamente instructiva de la epístola no pertenece, pues, lógicamente a la exposición de la gracia santificadora en Cristo, empezaba en 6:1, pero era indispensable para dar cuenta de la experiencia del cristiano y de los caminos de Dios para la conversión del hombre. En el conjunto de la epístola, hay que considerarla como un desarrollo del v. 5, interrumpiendo hasta el v. 25 el hilo del pensamiento apostólico, reanudado en el cap. 8, que continúa el cap. 6.

8. La *ley* divina da el conocimiento del *pecado* como tal (3:20), así como la ley humana da el conocimiento del delito. Pero hay más, el apóstol escoge aquí el único de los diez mandamientos (Ex. 20:17) cuya violación no puede consistir en hechos externos, sino solamente en un sentimiento del corazón, un mal deseo, la concupiscencia. Nada prueba mejor la espiritualidad de la ley, que quiere reinar aun sobre los movimientos más secretos del alma y que los condena como una transgresión en cuanto no están en armonía con ella. Por esto el apóstol declara que jamás habría reconocido en la concupiscencia este carácter odioso del pecado, sin la prohibición expresa de la ley, cuya sanción es tan terrible aquí como para todo otro mandamiento. Así, mientras más espiritual y santa es la ley (v. 12), tanto mejor nos descubre la corrupción innata de nuestra naturaleza.

9. El *pecado* no puede significar

damiento en mí toda concupiscencia[9], pues sin ley el pecado está
9 muerto[10]. Yo, pues, vivía, sin ley, en otro tiempo; mas venido
10 el mandamiento el pecado revivió, mas yo morí, y para mí el
mandamiento que era para vida, éste fué hallado para muerte[11],
11 pues el pecado, tomando ocasión, por el mandamiento me engañó
12 y por él me mató[12]. De modo que la ley, sí, es santa, y el man-
13 damiento santo y justo y bueno[13]. ¿Lo bueno, pues, para mí se

aquí otra cosa que el conjunto de la corrupción humana, como potencia personificada que produce la *concupiscencia*, es decir, todos los malos deseos cuyos objetos varían al infinito. Esto tiene lugar por el mandamiento mismo (comp. v. 11), ora el mandamiento especial de que se trata: *no codiciarás*, ora cualquier otro, que produce el mismo efecto: es decir el de hacernos desear tanto más ardientemente lo que se nos prohibe. En otros términos, el pecado, comprimido por el mandamiento, es excitado a la desobediencia, a la rebelión (v. 5, 11, 13), y por ello el pecado aparece en toda su culpabilidad (v. 13). De donde resulta que la versión inglesa, que es también la de Lutero y de Ostervald: "el pecado, *tomando ocasión del mandamiento*, produjo..." aunque menos gramatical, expresa un sentido verdadero.

10. El *pecado* sin la *ley* es pasivo moralmente, es decir que no tiene ni su fuerza de condenación, no estando reconocido, ni su fuerza de tentación y de rebelión, no teniendo la *ocasión* de que el apóstol acaba de hablar.

11. El apóstol distingue aquí dos estados que preceden a la liberación proclamada en los caps. 6 y 8: primeramente un estado en que, por rígido observador de la ley que creía ser como fariseo, estaba realmente *sin ley*, porque no conocía más que la letra muerta de ella, y jamás había penetrado su santa e inviolable espiritualidad (v. 7); entonces *vivía*, o tenía por lo menos "la fama de vivir" (v. 9); contentándose con una orgullosa justicia propia, con su virtud, con su fuerza natural, no presenta nada más allá; entonces también *el pecado estaba muerto* (v. 8), porque, no habiendo ido a comprimirlo ninguna potencia, no había revelado aún al joven fariseo su espantosa energía y su poder de maldición. Pero hé aquí el segundo estado: el *mandamiento vino* (v. 9); Saulo de Tarso, comprendió y creyó su espiritualidad, su cantidad inviolable, y el doble resultado fué, por una parte, que *el pecado revivió*, es decir, que perseguido por la ley hasta en sus últimos baluartes, manifestó su vida y su potencia por una resistencia desesperada; y, por la otra el hombre que creía vivir *murió* (v. 10), es decir, vió la nada de su vida moral y debió sucumbir bajo la sentencia de condenación y de muerte que la ley ejecutó en el fondo de su conciencia. Es verdad que este mandamiento le había sido dado *para vida*, prometiendo la vida a todo el que lo observara por una obediencia espiritual y perfecta (Lev. 18:5; Deut. 5:33); pero la transgresión, ahora reconocida en todos los puntos, acarrea inevitablemente "la muerte eterna". (5:12; 6:23.)

12. Vers. 8, nota.

13. Conclusión, o resultado de los

hizo muerte? ¡Nunca tal acontezca! sino que el pecado, para
que apareciera pecado, por lo bueno me produjo la muerte, para
que el pecado se hiciera excesivamente pecaminoso por el man-
damiento [14].
14 Sabemos, en efecto, que la ley es espiritual [15], mas yo soy
15 carnal [16], vendido bajo el pecado [17], pues lo que hago no lo co-

v. 7-11, que refuta de un modo triunfal la objeción del v. 7. En efecto, la *santidad* de la ley está tan lejos de ser puesta en duda por la doctrina de Pablo, que nada, al contrario, glorifica la ley como el ir a buscar y descubrir el pecado hasta en los repliegues más ocultos del corazón del hombre, sobre el cual ella ejerce su terrible ministerio de condenación y de muerte. Nuestra impotencia total en observar la ley no viene de ésta, sino del pecado, que, visto en el espejo de la santidad divina que nos presenta la ley, aparece en toda su enormidad, y se torna, por la ley misma, en la causa de la muerte eterna. Los que, al contrario, preconizan la ley, en detrimento de la gracia, como medio de salud, al mismo tiempo engañan al hombre, disminuyendo su pecado, y degradan la ley, a la que despojan de su absoluta e inviolable santidad. La rebajan, a fin de acomodarla a las mezquinas proporciones de una propia justicia farisaica.

14. Apenas ha terminado de responder a la objeción del v. 7, el apóstol, presintiendo una falsa consecuencia que se podría sacar de sus palabras, la previene bajo la forma de una pregunta nueva a la que responde. *Lo bueno*, es decir la ley o el mandamiento, ¿puede producir la *muerte?* Evidentemente, no; la causa de todo mal es el *pecado*, que no aparece tal más que por la ley, pero que, por ella también, por sus contrastes enormes con la santidad de la ley, se hace (gr.) "excesivamente pecador".

15. Ver. 12, 16. La ley procede del Espíritu Santo, es la expresión de la santidad de Dios, que no juzga solamente las obras exteriores, sino los pensamientos y los sentimientos más secretos del corazón. Este término hace oposición absoluta con el siguiente, *carnal.*—Aquí empieza la demostración *(en efecto)* del v. 13, de que es el *pecado* y no la *ley* lo que da la muerte (v. 14-24).

16. Véase sobre esta noción *la carne, carnal,* 1:4, nota; comp. Juan 3:6.—Aquí se presenta una grave y difícil pregunta, a la que hay que responder antes de entrar en el detalle de los versículos tan importantes y tan profundos que siguen. ¿De quién habla el apóstol en este patético cuadro de las luchas del hombre carnal contra la ley espiritual de Dios? ¿del cristiano regenerado por la gracia? ¿del hombre inconverso? Gran tema de controversia entre los intérpretes, desde Agustín hasta nuestros días. La pregunta tiene tanta mayor importancia cuanto que puede influir en la vida cristiana entera. Algunos exégetas antiguos y modernos, en cuyo número hay que contar a Calvino, ven en lo que va a seguir el cuadro de los combates del cristiano regenerado, basándose en las razones siguientes: Pablo habla de sí mismo, no solamente en primera persona, sino en *presente,* mientras que, hasta este v. 14, ha empleado el *pretérito* como descri-

nozco [18], pues no hago aquello que quiero, sino que aquello que
16 aborrezco hago [19]. Y si aquello que no quiero, hago, convengo

biendo un estado espiritual que ha precedido. Luego, distingue en sí (v. 17-20) una voluntad en armonía con la ley de Dios, que se complace en ella (v. 22), no siendo impedido de cumplirla más que por la lucha de la carne; y nada semejante se encuentra en el hombre natural, tal cual el apóstol mismo le describe en los cap. 1-3. Por último, los santos hombres de Dios, tanto en la escritura que en la historia posterior de su reino, han hecho las mismas experiencias del poder del pecado, han debido librarle los mismos combates, han exhalado el mismo lamento doloroso por que termina Pablo (v. 24) la triste descripción de esas luchas. Ciertamente, han añadido esos intérpretes, el pecador inconverso, que no ama a Dios, que es su enemigo, que ama el pecado, que lo comete sabiéndolo y queriéndolo, no podría amar así la ley de Dios, ni darse esos tormentos de conciencia a la vista de su impotencia para cumplirla. Todo esto parece muy concluyente. Pero, tomando la epístola en su conjunto, siguiendo paso a paso sus rigurosos desarrollos lógicos, consultando las enseñanzas ulteriores del apóstol, otros intérpretes han confesado no comprender ya nada de este hermoso libro si deben admitir esta explicación de nuestro capítulo. ¿Cómo, han preguntado, cómo conciliar esta total impotencia para el bien, esta servidumbre de la voluntad, con la liberación proclamada en los dos capítulos precedentes y más aún en el que sigue? ¿Sería el ser *carnal* el carácter del cristiano? ¡Pero el apóstol ha dicho positivamente lo contrario! (v. 5 y cap. 8:1-17). ¿Ser *vendido al pecado*, es decir, ser su esclavo? Pero esto está en contradicción directa con 6:6, 7, 11, 14, 16, 18, 22 y con el cap. 8 entero. Esta contradicción es demasiado absoluta para que pueda conciliarse por la existencia simultánea del viejo hombre y del nuevo en el cristiano; estas dos partes de la epístola describen dos estados espirituales, enteramente opuestos uno al otro; se trata aquí, pues, del hombre inconverso en toda su impotencia para el bien, aunque lo desee en los mejores momentos. Así han razonado y concluído muchos intérpretes modernos. Ellos también parecen estar en la verdad, tanto como los primeros. Unos y otros cometen solamente el error de sacar de sus argumentos una conclusión demasiado absoluta. El apóstol no habla aquí *ni del hombre natural* en su estado de ignorancia y de pecado voluntario, *ni del hijo de Dios*, nacido de nuevo, libertado por la gracia y animado por el Espíritu de Cristo, sino del hombre cuya conciencia, despertada por la ley, ha empeñado con sinceridad, con temor y temblor, pero aún *con sus propias fuerzas*, la lucha desesperada contra el mal que termina por el grito doloroso del v. 24. Nada es más evidente ni más sencillo, si no se pierde de vista que estos versículos 14-25 no son más que la continuación y el desarrollo de los v. 7-13. "¿Es la ley la fuente del pecado? Al contrario, ella lo manifiesta. Hubo un tiempo en que yo no conocía la espiritualidad de ella, en que yo era, por así decirlo, sin ley, en que yo me imaginaba que eso era vivir" (v. 7-9); he aquí el hombre

17 con la ley que es buena[20]. Ahora, pues, no lo hago ya yo sino el
18 pecado que mora en mí[21]. Sé en efecto que en mí, esto es, en mi

natural. "Pero la ley fué revelada a mi conciencia en toda su temible santidad, ejerció en mí su ministerio de condenación y de muerte; lejos de liberarme, no hizo, comprimiendo al pecado sin destruirlo, más que excitarlo a la rebelión; ella es, pues, espiritual y santa, puesto que hace al pecado "excesivamente pecador", — "pero yo soy carnal y vendido al pecado" (v. 9-14). He aquí, pues, los dos antagonistas en la lucha: *la ley* y el *hombre despertado* por ella y espantado de los descubrimientos que ella le hace hacer en la corrupción de su naturaleza. El hombre natural no combate así, el cristiano tampoco, puesto que aquí no se halla ni una palabra de sus recursos omnipotentes: la fe justificadora, la gracia, la vida de Cristo en él, el Espíritu Santo, sino únicamente el *yo* del hombre entregado a sus propias fuerzas, en presencia de la ley. — Sin embargo el apóstol tiene un motivo para hablar en presente y no ya en pretérito, como en los vers. que preceden: tan a menudo como acontezca al cristiano mismo perder el sentimiento actual de la gracia, alejarse de la comunión del Salvador, ora por un retorno de justicia propia (como Pedro, Gál. 2:11 y sig., los Gálatas, Gál. 3:3), ora para trabajar en su santificación por vías y medios de su propia imaginación, ora por último por infidelidades sobre las cuales no invoca inmediatamente la eficacia de la sangre de la cruz, se halla nuevamente solo en presencia de la ley, y la lucha vuelve a empezar tan terrible como la primera vez. Mucho más, hay en la vida de todo cristiano, a cualquier grado de adelanto que haya llegado, tiempos en que, a medida que penetra en la santidad de la ley, hace descubrimientos nuevos y profundos de su propia corrupción; la ley toma nuevamente para él su ministerio de condenación y de muerte; la lucha empieza otra vez, y sólo a través de nuevos combates, de nuevas experiencias de toda su impotencia y de su profunda miseria naturales, llega a la liberación, es decir, a la plenitud de la gracia en Cristo Jesús. Así, aunque no sea del hombre regeneración, como tal, de que hable esta porción de nuestra epístola, conserva para él toda su actualidad y toda su importancia.

17. Esta expresión, tan verdadera como enérgica, completa la que precede. Por el hecho mismo de ser carnal, el hombre está *vendido al pecado*, es decir, que es su esclavo. Es, pues, respecto del pecado, como el esclavo que debe hacer la voluntad de su señor, lo quiera o no (v. 15, 18, 20, 23), sin que por ello pueda jamás perder el sentimiento de su responsabilidad, que se despierta en cuanto vuelve en sí.

18. Prueba de lo que precede: (gr.) "*Pues* lo que hago, no lo conozco", pensamiento que nuestras versiones parafrasean así: "Yo no apruebo lo que hago". Pero este comentario no es necesario ni verdadero. Pablo quiere decir que cuando el hombre, iluminado por la ley, quiere el bien y hace sin embargo el mal, no obra dándose clara cuenta de sus motivos: no tiene conciencia de él, porque su ojo interno está aún obscurecido. El pecado le aleja de Dios que es la única luz, y le arrastra a las tinieblas, donde le es imposible discernir

carne, no mora cosa buena, pues el querer está conmigo mas no
19 el hacer el bien[22]. En efecto, no hago el bien que quiero, sino

el motivo de sus aciones, pues lo que no tiene en Dios su razón de ser, no tiene ninguna absolutamente.

19. "Pues lo que quiero no practico, sino lo que aborrezco hago". Es así como Pablo explica sus palabras precedentes: *No sé lo que hago.* El hombre, bajo la ley, puede *querer*, desear lo que es conforme a su verdadera naturaleza y a la voluntad de Dios, y *aborrecer* lo que ha reconocido como lo enemigo de su reposo, de su felicidad; y éste es el primer paso hacia la renovación; pero este *querer*, aun si llega hasta una resolución seria, carece de fuerza para resolverse en acción, en práctica interna y externa (v. 1.); este *aborrecimiento* no llega hasta el abandono, a la fuga del pecado, porque la potencia de la concupiscencia, combatida, pero no vencida, es demasiado grande. Bien: cuanto más fuertes, por una parte, se hacen esa voluntad y ese aborrecimiento por el conocimiento cada vez más claro de la ley, sin que, por otra parte, la impotencia de cumplirla cese de existir, tanto más siente también el hombre crecer en él este antagonismo desgarrador, intolerable, que no podría conciliar por sus propias fuerzas. Es lo que quería la ley; es así como ella se torna en "un pedagogo que nos conduce a Cristo".

20. Gr. "Consiento a la ley" (o, más literalmente aún: "Hablo con la ley, que es buena"), pues es la ley quien, iluminando y despertando mi conciencia, me ha enseñado a desaprobar lo que hago (v. 22). Estos v. 15, 16 y 22, sobre todo invocados, y con razón, a fin de probar que el apóstol no habla aquí del hombre que aún no ha sentido ningún movimiento de arrepentimiento en su conciencia. Para usar este lenguaje, es necesario por lo menos creer en la ley, haber comprendido y experimentado la santidad y la potencia de ella. (Comp. la nota sig.).

21. Esta distinción entre el *yo* y el *pecado* no significa que este último no venga del hombre, ni que el hombre pueda jamás negar su responsabilidad por él. Lo prueba la humillación y el dolor que el apóstol expresa o deja percibir en todo este pasaje. En efecto, hay en realidad en él dos agentes, dos antagonistas; pero, ¿por qué el mejor, el *yo* más íntimo, cede al peor, al pecado? Es porque él mismo *quiere* débilmente, no hace más que consentir a la ley, aprobarla en principio. La impotencia del hombre para el bien es una impotencia de la *voluntad*, y por esto él mismo siente que es culpable de ello. Pero por profunda que pueda ser su degradación, la criatura originaria de Dios en él puede siempre ser separada del pecado, y es la ley quien prepara y empieza esta separación, haciendo nacer la distinción moral de las dos potencias, luego el antagonismo, la guerra de la una contra la otra. Es falso, pues, pretender que no se pueda atribuir más que al alma regenerada en Cristo este *yo* que consiente en la ley de Dios. (Comp. v. 22, 23, notas). El hombre cesaría de serlo, se tornaría un ser puramente físico, si su conciencia pudiera perder la capacidad de dar testimonio de su propio origen y de la santidad de la ley de Dios. Aun el pagano en su ignorancia de Dios siente, por la simple voz

20 que, el mal que no quiero, esto hago. Y si aquello que yo no
quiero hago, no lo hago ya yo sino el pecado que mora en mí [23].
21 Hallo, pues, esta ley para mí que quiero hacer el bien: que el
22 mal está conmigo [24]. Me complazco, en efecto, en la ley de Dios,

de su conciencia, esos movimientos de aprobación por el bien, a los cuales sólo la santa ley revelada puede imprimir una fuerza nueva, tal cual el apóstol la describe aquí (2:15).

22. Gr. (según el verdadero texto): "pues el querer está conmigo, pero no el obrar el bien". Allí está la razón de la impotencia descripta en estos versículos. Se ve que aquí el apóstol habla nuevamente del *yo* como siendo, en verdad, distinto de la *carne*, pero dominado por ella, pues la *carne* comprende toda la personalidad humana (Juan 3:6; Rom. 1:4, nota), incluso la *voluntad*, demasiado débil, por esta razón, para *realizar el bien* que aprueba. (Véase el estado opuesto en 8:9; Gál. 2:20; 5:16, 24). Resulta de este contraste, primeramente, que se trata aquí del hombre aún bajo la ley, bastante iluminado para gemir por su esclavitud, pero no regenerado y libertado por la gracia (6:14); luego, que no hay que dar a la distinción entre el *yo* y la carne (v. 17, 22, 25) una importancia tal, que el que pueda hacer en sí mismo esta distinción deba ser considerado como habiendo ya vencido la potencia del mal, pues si el sentir las cadenas de su esclavitud es ya un paso hacia la libertad, no es sin embargo la libertad.

23. El versículo 19 *prueba* el v. 18 *(en efecto)* y el v. 20 *explica* moral y psicológicamente uno y otro, por el antagonismo de la voluntad y del pecado. Y sin embargo jamás estas palabras: "no soy ya yo quien lo hace", libertan al hombre de su responsabilidad. (Comp. v. 17, nota). La repetición de las mismas palabras (v. 19, comp. v. 15 y v. 21), pinta admirablemente esa corriente opuesta de la tentación y la resistencia, y produce la impresión de la desoladora persistencia de la lucha interna, mientras una potencia superior no establezca la paz en el corazón. Por esto, en la continuación de la descripción las expresiones se hacen más y más enérgicas (véase las notas sig.) y hacen más hirientes los contrastes.

24. Gr. "Yace en mí". La potencia dominante del mal en el hombre es llamada aquí una *ley* (v. 23, 25), por oposición a la ley de Dios, y el apóstol explica inmediatamente el sentido que da a esta palabra. Mientras más seriedad y atención pone el hombre en la observación de esta lucha interna, tanto más se convence de que el mal no consiste en ciertas erupciones aisladas, y por así decirlo, accidentales del pecado, sino que es una potencia constante e imperiosa, una *ley* que le domina y se extiende a todos los detalles de su vida. En un sentido semejante aplica el apóstol esta palabra, cuando dice: "la ley de la fe" (3:27), "la ley del Espíritu" (8:2), "la ley de Cristo" (1 Cor. 9:21). El hombre ha hecho un gran progreso hacia su próxima liberación en Cristo, cuando, por el conocimiento *de los pecados*, ha llegado al *del pecado* como ley universal y tiránica. Pero este conocimiento solo, separado de la gracia, conduciría al hombre a la desesperación, no a la liberación.

25. El apóstol acaba de decir que *quiere* hacer el bien sin poderlo; aquí

23 según el hombre interior [25], mas veo otra ley en mis miembros,
combatiendo contra la ley de mi entendimiento y cautivándome
24 bajo la ley del pecado que está en mis miembros [26]. ¡Miserable
hombre, yo! ¿Quién me libertará del cuerpo de esta muerte [27]?

explica este pensamiento *(en efecto)*. Esta expresión: *el hombre interior* (comp. Efes. 3:16), no debe ser confundida con el "nuevo hombre" (Efes. 2:15; 4:23, 24; Col. 3:10), pues pronto el apóstol pone en lugar de ese término el de *entendimiento* (v. 23, 25), que, opuesto a la *carne*, o a los *miembros*, indica la parte espiritual del hombre, el ser moral creado a la imagen de Dios y determinado por la conciencia. Este ser moral en el hombre es indestructible. Aunque por el pecado ha sido debilitado y reducido a la esclavitud de la carne, es siempre susceptible de ser renovado por el Espíritu de Dios. En el estado moral que el apóstol describe aquí, hay ya una aspiración íntima a hallar una entera armonía con la voluntad de Dios; el hombre siente que éste es su destino, la condición absoluta de su reposo y de su felicidad. Es lo que Pablo llama *deleitarse* (gr. "regocijarse con") *en la ley de Dios*. Pero al mismo tiempo deplora la impotencia de este sentimiento (v. 23, 24) bajo la ley tiránica del pecado. Este último detalle, así como todo el contexto, prueba hasta la evidencia que por el *hombre interior* no hay que entender, como equivocadamente lo hacen Calvino, Lutero y otros, el hombre regenerado. El hombre interior está en todos los hombres; *en él* obra la gracia, pero no es su *obra*, como más tarde lo es el hombre nuevo.

26. La *ley* del pecado (v. 21, nota, v. 25) está *en los miembros*, es decir, en todas las fuerzas del hombre que le sirven de instrumento (6:13, nota), mientras que la ley del bien obra en el *entendimiento*, y quiere, desde allí, dominar toda la naturaleza carnal. Pero, mientras el hombre permanece privado de un auxilio superior, recae incesantemente bajo el imperio de *la ley del pecado*. Y para hacer sentir mejor la lucha que conduce a este resultado, Pablo se sirve de términos militares: "la otra ley *combate* contra la *ley de mi entendimiento* y me hace prisionero de guerra bajo la *ley del pecado*. "Se ha hecho observar ya (v. 22, nota), que el *entendimiento* (no la *inteligencia* ni el *espíritu*) es, en el pensamiento del apóstol, sinónimo de "el hombre interior"; es la razón práctica, el sentido moral, que tiene también su *ley*, la conciencia.

27. ¡Grito doloroso del alma! pregunta llena de angustia, cuya solución era necesaria al hombre para que no quedara sumergido en la desesperación. (Véase la respuesta en 8:2). La ley ha llegado a su meta, terminado su terrible ministerio; ¡ahora, es necesario al hombre el evangelio, o la muerte eterna! De ahí el arranque de reconocimiento que el apóstol deja escapar de su corazón, antes aun de resumir (v. 25) y de volver a la buena nueva de la liberación. Este contraste muestra bien que no es el hombre regenerado el que ha hablado hasta aquí y lanza este último grito de dolor. Hay, sin embargo, en la vida regenerada, tiempos en que la misma lucha vuelve a empezar, y en que la potencia de la carne y del pecado, vencida, pero no destruída, le arranca más de

25 ¡Gracias doy a Dios por Jesucristo Señor nuestro [28]! ¡Luego pues, yo mismo con el entendimiento, sí, sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado [29].

una vez aun este suspiro angustioso por su plena liberación, este gemido de la creación (8:22) que es el de la humanidad entera, hasta el día en que no habrá más pecado. Cuanto más profundo y doloroso es este grito del alma, tanto más cerca está la liberación. — Este *cuerpo de muerte*, o el "cuerpo de esta muerte", como se puede también traducir, no es otra cosa que lo que ha sido nombrado "cuerpo del pecado" (6:6), es decir, el conjunto de esta miseria al mismo tiempo corporal y espiritual que el apóstol acaba de describir, miseria causada por el pecado, el cual obra por el cuerpo, la carne, los miembros (6:12; 7:18, 23-25), y se resume, por así decirlo, en todo el ser humano. Para ser *libertado* de él (gr. "arrancado"), es necesario que el hombre, por la renovación de todo su ser espiritual, vea cesar en él el dominio de la carne, consagrada a la muerte (6:6). El Espíritu de vida, creándole de nuevo, penetrando gradualmente todo su ser, se hace también en él el principio de un cuerpo nuevo, espiritual, inmortal, semejante al cuerpo glorificado de Cristo. (Fil. 3:21). Este estado, resumiendo todas las manifestaciones de la nueva existencia del hombre, podría llamarse el "cuerpo de vida", como el primero era nombrado "cuerpo de muerte".

28. El apóstol interrumpe por esta viva acción de gracias la descripción de la miseria y de la muerte a la cual la ley es incapaz de ofrecer un remedio. Lanza una mirada hacia el Libertador, Jesucristo, y bendice a Dios porque en él ha hallado la respuesta a su dolorosa pregunta. Esta respuesta va a desarrollarla en el capítulo siguiente. (Véase sobre todo, v. 9-11).

29. Estas últimas palabras no pertenecen a la acción de gracias que el apóstol acaba de tributar a Dios, sino que son el resumen de todo lo que precede (v. 14-24). "Así, quiere decir, el pecado ha hecho nacer entre la *carne* y el *entendimiento* (siempre el hombre interior iluminado por la ley, v. 22, nota), un antagonismo tal que ninguna potencia puede conciliarlo, y que el mismo hombre está esclavizado, por el uno, a la ley de Dios, por la otra, a la ley del pecado". (Vers. 21, nota). Y cuando este hombre dice: Estoy sujeto a la ley de Dios por el entendimiento, hay que entender por ello ese simple *querer* (de que el apóstol ha hablado en los v. 15, 19-22), que no es más que un asentimiento al derecho de Dios, y no una sumisión real y libre, consistiendo en una vida consagrada interior y exteriormente al servicio del Señor. El capítulo siguiente describe una vida semejante, pero que emana de una fuente enteramente distinta.

CAPITULO VIII.

I. *Por fe en Cristo y por la potencia de su Espíritu, el cristiano es libertado del dominio de la carne y del pecado, 1-17.* — II. *Obtiene la certidumbre de la gloria eterna, por la cual suspira toda la creación, y todas las cosas obran para su bien, 18-30.* — III. *Teniendo a Dios en su favor, nada podría ser contra él, ni separarle del amor de Dios en Cristo Jesús, 31-39.*

I. 1-17. LOS QUE ESTÁN EN CRISTO ESTÁN LIBRES AL MISMO TIEMPO DE LA CONDENACIÓN Y DE LA SERVIDUMBRE DEL PECADO Y DE LA CARNE. — 1º No más condenación, pues están justificados; no más servidumbre, pues el Espíritu de vida los ha puesto en libertad. (1, 2). — 2º El gran medio de esta liberación es, no la ley, por la cual la salvación era imposible, sino el don y el sacrificio del Hijo de Dios; y el resultado querido de Dios por esta redención es que todas las exigencias de la ley fueran cumplidas en los que, realmente libertados del dominio de la carne, viven según el Espíritu. (3, 4). — 3º En efecto, la oposición entre estos dos estados morales, la carne y el Espíritu, es absoluta: uno y otro tienen sus raíces en nuestros pensamientos, en nuestros afectos más íntimos; el uno es, en sí, la muerte; el otro, la vida y la paz del alma; el uno es enemigo de Dios y no podría, pues, obedecerle, ni sería agradable; el otro encierra la certidumbre de que todo esto es cambiado por el Espíritu de Dios. (5-9ª). — 4º Cada uno, examinándose, puede saber a cuál pertenece. Sin tener el Espíritu de Cristo, ninguno le pertenece; pero si vosotros, cristianos, estáis en comunión con Cristo, todo se os hace común con él: su muerte, su justicia y su vida, y un día su resurrección por su Espíritu que ya mora en vosotros. (9b-11). — 5º Conclusión: No tenéis, pues, ya ninguna obligación de vivir según la carne, y ¡qué motivos de renunciar a ello! Se trata para vosotros de la vida o de la muerte; mas viviréis, pues lleváis el título glorioso de hijos de Dios; en lugar del temor sentís la más dulce confianza en Aquel al que podéis llamar vuestro PADRE; su Espíritu mismo es dentro de vosotros el testigo infalible de que sois sus hijos, luego sus herederos, coherederos de su Hijo: ¿quién no quisiera sufrir con este Salvador para compartir su gloria! (12-17).

1 Ahora, pues [1], ninguna condenación hay para los que están

1. Este capítulo se abre sin ninguna transición aparente que le ligue al que precede inmediatamente. Y no obstante el apóstol entra por una partícula que indica una conclusión lógica: "No hay, *pues* ahora..." De donde resulta claramente que el capítulo 7, desde el v. 7, no es más que una disgresión necesaria a su fin, por medio de la cual ha querido demostrar la impotencia de la ley para santificación, a pesar de

2 en Cristo Jesús[2], pues la ley del Espíritu de la vida en Cristo
3 Jesús me ha libertado de la ley del pecado y de la muerte[3]. En
efecto, lo que era imposible a la ley en cuanto era débil por la
carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado
4 y para quitar el pecado, condenó al pecado en la carne[4], para
que la ordenanza de la ley fuera cumplida en nosotros que no

los rudos combates que ella promueve en nosotros, pensamiento que ya había indicado en 6:14 y 7:5, y que ha desarrollado hasta el v. 25. Luego, reanuda aquí su tema en el punto en que lo había dejado en 7:6, y continúa describiendo las consecuencias magníficas de la liberación en Cristo por la renovación completa de la naturaleza humana y aun de la creación entera; y por último entona un verdadero canto de triunfo sobre la certidumbre de la salvación en el eterno e inmutable amor de Dios en Cristo.

2. *Ahora*, estando libertados de la ley a la cual han muerto (7:6), *los que están en Cristo*, es decir los que viven en una comunión íntima y real con él, no tienen ya que temer ninguna condenación. Cristo es su representante, su garante ante Dios y la justicia eterna, y su unión con él los libera gradualmente de lo que les había atraído esa condenación, el pecado. — El texto recibido agrega, contra las mejores autoridades: "los que andan no según la carne, sino según el Espíritu". Es una glosa de precaución contra la gracia de la salvación, transportada aquí del v. 4, donde esas palabras están en su lugar.

3. He aquí la respuesta a la temible pregunta que se hacía el hombre bajo la ley (7:24; comp. 7:14); prueba evidente de que se trata aquí de un estado espiritual enteramente diferente del descripto en el cap. 7. Al mismo tiempo estas palabras dan la razón *(pues)* de la consoladora afirmación del v 1. — El apóstol emplea aun aquí esta palabra de *ley* en el sentido de *potencia*: la *ley del Espíritu*, por oposición a la *ley del pecado*. (7:21, 23). Este Espíritu, bajo cuya potencia está ahora el hombre regenerado, es *Espíritu de la vida*, es decir que él es la fuente de la vida, que él la comunica (2 Cor. 3:6), por oposición a la muerte que la ley produce en el estado de pecado. (7:10, 13). Por último, donde está el Espíritu, y por el Espíritu la vida, allí está también la libertad, por oposición a la esclavitud precedentemente descripta. (7:14, 23, 25).

4. Este versículo explica y desarrolla el precedente: la *ley* no podía obrar esta liberación del hombre; impotente *por la carne*, a causa de la corrupción moral del hombre, incapaz de cumplirla, ella no podía ni justificarle, ni darle la fuerza y la vida, lo que el apóstol ha probado ampliamente en el cap. 7. Ahora bien: *lo que era imposible a la ley*, Dios lo ha hecho. Para ello, ha "enviado a su Hijo en semejanza de carne de pecado" (trad. liter.), y *para quitar el pecado*, es decir como víctima de expiación por el pecado; y ha *condenado al pecado en la carne*, es decir en la carne de Cristo, hecho hombre mortal y representante de nuestra humanidad, de modo que el pecado *condenado*, destruí-

5 andamos según la carne sino según el Espíritu[5]. En efecto, los
que son según la carne de las cosas de la carne se preocupan;
6 mas los según el Espíritu, de las cosas del Espíritu[6], pues el in-
tento de la carne es muerte, mas el intento del Espíritu vida y

do en su potencia, ha perdido desde entonces todos sus derechos sobre los que están en *Cristo* (v. 4), y que no son más deudores de la carne (v. 12) para vivir bajo su dominio. — Hay que observar bien los términos por los cuales la escritura expresa constantemente el hecho de la encarnación. Cristo se hizo verdadero hombre, "la Palabra fué hecha carne" (Juan 1:14); pero todas las veces que podríamos estar tentados a unir a esta idea de *carne*, en la persona de Cristo la de *pecado*, que es inseparable de aquélla cuando se trata del hombre, la escritura emplea alguna expresión que indica una distinción delicada y profunda, propia para apartar todo pensamiento de pecado en el Hijo de Dios. Así, en lugar de las palabras "carne de pecado", el apóstol tiene cuidado de decir: "en *semejanza* de carne de pecado", expresión que reaparece en Fil. 2:7. (Comp. 2 Cor. 5:21; Hebr. 4:15).

5. Tal es el propósito de Dios en la redención descrita en el v. 3. Gr. "Para que *la ordenanza de la ley* fuera cumplida en nosotros", es decir, todo lo que la ley santa tiene el derecho de exigir. Este *derecho* inviolable es satisfecho de dos maneras: primeramente por la satisfacción perfecta que Cristo ofreció a la ley (v. 3), y luego por la vida nueva que cumple la ley en los que *no andan más según la carne, sino según el Espíritu*. (Comp. 3:31, nota). Estas últimas palabras: andar según la *carne* o según el *Espíritu*, expresan los dos polos opuestos de la vida moral que Pablo va a explicar y desarrollar. (Véase la nota siguiente).

6. Esta partícula *pues* conecta íntimamente a lo que precede el paralelo que el apóstol establece aquí (v. 5-17) entre la vida de la *carne* y la del *Espíritu*. Quiere mostrar que el justo derecho de la ley (v. 4) no se cumple más que en aquellos que triunfan de la carne por la potencia del Espíritu de Cristo que habita en ellos, pues la ley es espiritual (7:14) y no es satisfecha más que por una vida que es el fruto del Espíritu de Dios. Para comprender bien el paralelo que sigue, hay que remontar, pues, a toda la obra de la regeneración que el apóstol ha tratado en el cap. 6, y Jesucristo mismo en su conversación con Nicodemo. (Juan 3). Entonces, "andar según la carne" (v. 4), "preocuparse de las cosas de la carne' (v. 5), "el intento de la carne" (v. 6, 7), "estar en la carne" (v. 9), "ser deudor a la carne" (v. 12), "vivir según la carne" (v. 13), son otras tantas expresiones completamente sinónimas de las de Jesucristo, que describía como sigue el hombre irregenerado, el hombre natural: "Lo que es nacido de la carne, carne es". Y todos los términos opuestos de este contraste que el apóstol emplea aquí: "andar según el Espíritu, preocuparse de las cosas del Espíritu", etc., tienen también el mismo sentido que la expresión del Salvador: "Lo que es nacido del Espíritu, Espíritu es" (Juan 3:6). Es de la mayor importancia entender bien este punto de partida, único posible, de la santificación. "Si el cristiano (fuera de es-

7 paz[7]; porque el intento de la carne es enemistad contra Dios[8],
pues no se sujeta a la ley de Dios, pues tampoco puede[9], y los
8 que están en la carne no pueden agradar a Dios. Mas vosotros
9 no estáis en la carne sino en el Espíritu, si en verdad el Espíritu
10 de Dios mora en vosotros; mas si alguien no tiene el Espíritu de
Cristo, éste no es de él[10]; mas si Cristo está en vosotros, el cuer-

te nuevo nacimiento) procura mejorar o purificar en sí el hombre viejo, no solamente emprende un trabajo imposible, y por consiguiente inútil, sino que corre el peligro de colocarse nuevamente bajo la ley, como lo hicieron los Gálatas; mucho más, esa tendencia misma es ya un abandono de la gracia. El viejo hombre no puede ser santificado, sino que es necesario sea crucificado (6:6), es decir entregado a muerte por el renunciamiento. Hay, pues, en el hombre regenerado, un combate perpetuo del Espíritu contra la carne y sus concupiscencias, y por esto recibe siempre de nuevo este Espíritu, fuente cada vez más abundante de la nueva vida". *Olshausen.*

7. "*El intento* de la carne, *el intento* del Espíritu", palabra conservada aquí por falta de una más completa, podría traducirse también por el *pensamiento* de la carne, del Espíritu, si este término no expresara demasiado exclusivamente la actividad de las facultades *intelectuales*, mientras que *el afecto* no se refiere más que a las *morales*. La palabra original abarca unas y otras, e indica por consiguiente todas las tendencias de la vida del hombre. De ahí que el apóstol, hablando del punto de vista absoluto de la doctrina de la regeneración (véase la nota precedente), no dice solamente que el intento de la carne *da* la *muerte*, sino que *es* él mismo la muerte espiritual y eterna; ni que el afecto del Espíritu *produce* la *vida* y la *paz*, sino que *es* ya la vida y la paz, la vida imperecedera del cielo, la paz actual del corazón, que nace del perdón y de la comunión con Dios por su Espíritu. Hay gran distancia de este pensamiento a la débil paráfrasis de la versión de Ostervald.

8. Cap. 5:10; Jac. 4:4. He ahí la razón de la sentencia absoluta que precede, lo mismo que de la que sigue.

9. La *ley de Dios*, que es espiritual, que se cumple o se viola en el corazón ante todo, supone el amor de la voluntad de Dios; ahora bien: ¿cómo someterse a esta ley, mientras las disposiciones del corazón son *enemistad* contra Dios? El apóstol ha mostrado la imposibilidad de ello. (Comp. 7:11 y sig.).

10. Pablo admite sin vacilar que sus hermanos a quienes escribe no están ya *en la carne*. Pero, a fin de prevenir las más peligrosas ilusiones, recuerda primero positiva, luego negativamente, la única condición, o más bien la única causa posible de este estado espiritual: la presencia permanente del *Espíritu de Dios* en el hombre regenerado. — Es muy notable que el apóstol, en la misma frase, designa al Espíritu Santo a la vez como *Espíritu de Dios* y como *Espíritu de Cristo*. En efecto, Cristo nos lo ha adquirido (Gál. 3:13, 14), él lo da (Juan 15:26); el Santo Espíritu es por lo demás frecuentemente nombrado el Espíritu de

po, sí, está muerto por causa del pecado, mas el espíritu es vida
11 por causa de la justicia[11]. Y si el Espíritu del que resucitó a
Jesús de entre los muertos mora en vosotros, el que resucitó a
Cristo de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos
mortales por su Espíritu que mora en vosotros[12].

Cristo. (Gál. 4:6; Fil. 1:19; 1 Pedro 1:11). En todas estas declaraciones de la escritura (comp. Juan 14:16), se encuentra expresada, no solamente la acción distinta del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en la obra de nuestra salud; no solamente la verdad necesaria de la divinidad de Jesucristo, sino también la razón profunda de nuestra unión con él. Como el Padre y el Hijo son *uno* en el Espíritu Santo, así el Hijo, tanto como el Padre, se hace *uno* con sus redimidos, por el Espíritu Santo que él les comunica. Si este Espíritu no fuera el Espíritu de Cristo, nuestra comunión con él no podría ser inmediata; no tendría ninguna realidad activa para cumplir en nosotros su obra de redención y de santificación. (Comp. Mat. 28:19; 2 Cor. 13:13).

11. *Cristo en nosotros*, viviendo en nosotros por su Espíritu, es: 1º la fuente de la vida espiritual actual; 2º el origen de la resurrección del último día (v. 11). El *pecado* es la causa eficiente de la *muerte* del *cuerpo*, como la *justicia* que viene de Dios por la fe es la causa de la *vida del Espíritu*. Los términos son absolutos, porque la escritura habla de las cosas tal cual son a los ojos de Dios. Así el *cuerpo es* ya *muerto*, porque lleva en sí la sentencia y el germen de su destrucción; es adjudicado y destinado a la muerte, como dice Bengel. Pero, agrega el apóstol, a fin de confirmar lo que ha dicho en el v. 6, la *vida* imperecedera del cielo está ya en vuestro espíritu, y un día este mismo Espíritu de Dios, que os la ha comunicado, vivificará también vuestro cuerpo, a fin de arrancar al pecado y a la muerte este último trofeo de su victoria (v. 11; comp. Juan 6:54, 57). Este término opuesto: *el espíritu es vida*, no es menos absoluto, y no hay que debilitarlo traduciendo: *el espíritu* vive, lo que podría entenderse de su existencia o de su inmortalidad natural, mientras que el apóstol quiere decir que posee esta vida divina (v. 6) en lo sucesivo inseparable de su esencia, y sobre la cual ni el pecado ni la muerte podrían tener ningún imperio, porque reposa sobre la perfecta *justicia* de que el creyente ha sido revestido por su comunión con Cristo. — Diversos intérpretes entienden estas palabras: *el cuerpo está muerto* en un sentido moral (análogo a 6:2, 11); pero el v. 11, que habla de resurrección en el sentido propio de la palabra, no permite esta explicación.

12. He ahí la doctrina de la *resurrección* tal cual la escritura la presenta siempre, es decir, en una relación íntima y viva con la renovación espiritual que se verifica ya aquí en el creyente. Jesús "fué declarado Hijo de Dios con potencia, *según el Espíritu de santidad*, por su resurrección de entre los muertos". (1:4; comp. 1 Pedro 3:18; 1 Tim. 3:16). La potencia de este espíritu de vida que era en él venció la muerte, salario del pecado, y no fué posible que fuera retenido por ella (Actos 2:24). Ahora bien: los que

12 Luego, pues, hermanos, deudores somos, no a la carne para
13 vivir según la carne [13], pues si viviereis según la carne debéis
morir; mas si por el Espíritu hacéis morir los actos del cuerpo,
14 viviréis [14]. En efecto, cuantos son guiados por el Espíritu de Dios
15 éstos son hijos de Dios [15], pues no habéis recibido espíritu de

están unidos a él por una viva fe son hechos participantes del mismo Espíritu, del *Espíritu de Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos*, y poseen así la prenda cierta de una resurrección semejante; mucho más: tiene ya la vida que se hará victoriosa, aun de la muerte del cuerpo, por los desarrollos que esta vida divina recibirá de la omnipotencia de Dios. Tal es el único principio verdadero, o más bien el origen de la resurrección feliz (Juan 5:21-29); 6:54, nota); y jamás la escritura enseña la doctrina de una inmortalidad abstracta, separada de este principio único de la vida verdadera.

13. Estos dos versículos 12 y 13, que parecen a primera vista interrumpir el pensamiento del apóstol, reanudado en el v. 14, lo prosiguen sin embargo y lo desarrollan bajo la forma de una exhortación: Puesto que hemos sido libertados, por el Espíritu, del dominio de la carne (v. 3 y sig.), y puesto que el mismo cuerpo es destinado a ser arrancado de la potencia del pecado y de la muerte, para tener parte en la resurrección y la gloria, no nos queda ninguna obligación, ningún motivo, ningún pretexto de *vivir* aún *según la carne*. Es así como la doctrina de la glorificación del cuerpo se torna, para el cristiano, en un motivo poderoso de abstenerse de toda impureza, aun de la carne, lo mismo que del espíritu. (2 Cor. 7:1; Col. 3:4, 5).

14. Véase v. 6, nota. Comp. v. 11, nota. — Se esperaba encontrar aquí "los actos de la *carne*", por oposición a los del espíritu; y, en efecto, estas palabras: *de la carne*, se hallan en un gran número de manuscritos y padres de la iglesia, sin que sean sin embargo bastante autorizadas para ser admitidas. En lugar de ello, el apóstol dice: los actos *del cuerpo;* esta substitución inusitada viene quizás de que Pablo tenía en el pensamiento la resurrección del cuerpo (v. 11), y he ahí por qué exhorta a los cristianos a santificarlo. Por lo demás, el cuerpo tiene su vida propia, fuente de una multitud de concupiscencias que piden incesantemente tornarse en *acciones;* y esto es lo que hay que *hacer morir*, crucificar, por la potencia del Espíritu. Es lo que el Salvador llama "cortar un brazo, arrancar un ojo", que nos harían caer en el pecado.

15. El apóstol explica y prueba *(en efecto)* la hermosa promesa que precede: *viviréis*, y ya desde ahora de la vida verdadera y feliz; tenéis la garantía de ello en el hecho de que el hombre reconoce, por esta operación poderosa del Espíritu de Dios en él (v. 13), que es hijo de Dios, nacido de Dios, al que puede llamar su *Padre*. El primer fruto de esta victoria del Espíritu sobre la carne es otra victoria: el temor servil es vencido por el amor (v. 15). La paz del corazón, una dulce y filial seguridad que, en la oración, halla siempre acceso ante Dios: tal es la vida íntima que el Espíritu crea en nuestros corazones. — "Esta es la corona del vencedor, mucho más brillante que la precedente. Por esto el apóstol no dice solamente: "los que viven en el Espíritu", sino: *"los que son conducidos* por él", y muestra así que el Espíritu debe ser amo de nuestra vida, como el piloto debe serlo de la nave que gobierna". *Crisóstomo.*

servidumbre otra vez para temor, sino que habéis recibido es-
16 píritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba! ¡Padre! [16]
El Espíritu mismo testifica con nuestro espíritu que somos hijos
17 de Dios [17]; y si hijos, también herederos; herederos, sí, de Dios,
y coherederos de Cristo, si en verdad padecemos con él para ser
también glorificados con él [18].

16. El *espíritu de servidumbre* y de *temor* no viene de Dios; el pecador es penetrado de él en cuanto siente su pecado y el desacuerdo de su relación turbada con Dios, como lo prueba Gén. 3:8, 10. Pero el *Espíritu de adopción* es un don de Dios. Este Espíritu de adopción es el Espíritu de Dios y de Cristo (v. 9), en quien Dios *adopta* por hijos suyos a los que le dan su corazón. (Comp. Efes. 1:5-8). Derramado sobre sus redimidos, este Espíritu los pone con Dios en una relación semejante a la de Jesús, su hermano mayor, y les comunica los privilegios del Hijo En este Espíritu, clamamos: ¡ABBA! ¡PADRE! Nos inspira la confianza el coraje, el amor, necesarios para invocar a Dios bajo este dulce nombre que Jesús le daba en sus profundos dolores. (Mar. 14:36; comp. Gál. 4:6). Por esto Jesús, después de haber terminado la obra de nuestra redención, se complacía en llamar a Dios "su Padre y nuestro Padre, su Dios, y nuestro Dios". (Juan 20:17). —El apóstol, aun escribiendo en griego, conserva esta palabra hebrea *(Abba)*, no solamente porque, en su lengua materna, esa palabra era más dulce en sus recuerdos, o más santa en esa lengua sagrada, sino principalmente porque estas dos sílabas son las primeras que balbucea el niñito dirigiéndose a su padre. La palabra hebrea no tiene otra etimología.

17. Gr. "El Espíritu mismo testifica *con* y *a* nuestro espíritu..." es decir, que cuando la gracia de Dios nos ha llenado de esta confianza filial, no quedamos entregados a nosotros mismos, ni al simple asentimiento de nuestra conciencia, sino que el Espíritu de Dios sostiene y confirma en nosotros esta confianza. Su *testimonio* consiste en el sentimiento del perdón y de nuestra paz con Dios, en la certidumbre de nuestra reconciliación con él, en el libre acceso que nos da ante él, por la fe en Cristo Jesús (5: 1, 2). Este testimonio es, pues, el verdadero fundamento de la seguridad *personal* de la salvación. Los términos que escoge el apóstol nos muestran también, con todo el evangelio, que aun después de haber recibido el Espíritu Santo, *nuestro espíritu* permanece distinto de él. Dios habita en el hombre por su Espíritu Santo, le dirige, le santifica; pero jamás la personalidad del hombre va a fundirse y desaparecer en Dios; y por otra parte, el Espíritu Santo, don de Dios al hombre, permanece distinto del alma humana. Nada es más opuesto al cristianismo que los errores del panteísmo que tienden a negar la realidad y la permanencia de la personalidad en Dios y en el hombre.

18. En la dulce certidumbre de su

II. 18.30. PADECIMIENTOS DEL TIEMPO PRESENTE Y GLORIA ETERNA. — 1º Tal es la certidumbre y la grandeza de esta gloria, que los padecimientos de la vida presente no pueden serle comparados, y que la dolorosa espera, el suspiro de la creación entera no tiene otro objeto que la glorificación suprema de los hijos de Dios. (18-22). — 2º Nosotros también suspiramos por esa liberación eterna, pues no la poseemos más que en esperanza, sin verla aún, sino esperándola con paciencia. (23-25). — 3º El auxilio poderoso del Espíritu de Dios, sosteniendo nuestra debilidad, formando en nosotros la verdadera oración, en el garante actual y personal de nuestra certidumbre. (26, 27). — 4º Aun en medio de los peligros y de los padecimientos del tiempo presente, todas las cosas, en la mano de Dios, tienden a esa meta gloriosa, pues la obra de su gracia no queda jamás imperfecta y nada podría anular su designio para con los que él preconoció, predeterminó, llamó, justificó, glorificó. (28-30).

18 Pienso, en efecto, que no son dignos los padecimientos del
tiempo presente en comparación de la gloria venidera que para

adopción, está ya para el cristiano la certidumbre de su gloria futura. *Hijo* del Padre celestial, será necesariamente su *heredero;* será reintegrado en su carácter originario de rey de la creación, del que ha sido privado solamente por haberse tornado pecador y carnal (Gén. 3: 17, 19). Pero en todos los grados de su redención y su glorificación, el pecador salvado nada es más que por Cristo; solamente por Cristo tiene derecho a la herencia del Padre, cuya posesión completa tiene ya el Salvador (Mat. 28: 18; Rom. 1: 4; Fil. 2: 9-11; Efes. 4: 10); en pocas palabras, no es *heredero de Dios* más que por ser *coheredero de Cristo,* quien quiere compartir con él todos sus privilegios. El cristiano ve en este título magnífico cuál es la grandeza de su herencia; es hecho igual a Cristo; y esta comunidad con él no tiene nada de parecido con la sucesión de un padre terrestre de la que cada uno de sus hijos no recibe más que una parte; semejante, al contrario, a la luz del sol de la que cada uno tiene la plenitud, sin quitar nada a otros, la herencia celestial está destinada a todos en su indivisible perfección. Lo que constituye su esencia, es el amor eterno; y se puede decir de este amor, con infinitamente mayor razón, lo que se ha dicho del amor maternal:

Cada cual tiene su parte
y es completo para todos.

Pero, para llegar adonde Cristo está, no hay más que un camino, el que él mismo ha seguido, el camino de sus santos dolores: *si padecemos con él...* Sin esto, "la carne y la sangre que no pueden heredar el reino de Dios", el viejo hombre, que reivindica sus derechos, haría para siempre imposible la comunión con Cristo en su herencia. De donde resulta que el padecimiento es un medio de santificación. La vida del cristiano está llena de él por dentro, por fuera; el dolor incesante de su propio pecado, la vista del pecado en los demás, el pesar de hacer lucir demasiado débilmente su luz en el seno de las tinieblas que no la reciben (Juan 1: 5), sus pruebas personales, mil penas secretas, forman el tejido de la vida cristiana en este mundo,

19 nosotros debe ser revelada [19]. En efecto, la expectación de la
creación aguarda pacientemente la revelación de los hijos de
20 Dios [20], pues la creación sujetada fué a la vanidad, no de grado

de tal modo que el que de él estuviera exento tendría que dudar si sigue a Jesucristo en la senda por donde anduvo, y por consiguiente dudar de si jamás podrá llegar a su gloria, que no se obtiene más que por una santa conformidad a su vida.

19. Por el *padecimiento* a la *gloria,* tal es el camino trazado por nuestro Jefe, y sobre el cual le siguen sus redimidos. (5: 1-5; 2 Cor. 4: 17). Bien: entre los otros dos términos de este contraste: el *tiempo presente* (siempre tan corto) y la *eternidad,* no hay punto de comparación a establecer. "Al describir esta gloria como un bien *venidero,* el apóstol admite sin embargo que es ya presente, puesto que no tiene necesidad más que de ser *revelada hacia nosotros* o *para nosotros,* en quienes se encuentra ya, pero velada, como en otra parte dice (Col. 3: 3) que nuestra vida está oculta con Cristo en Dios. No te aflijas pues, regocíjate más bien de que esta gloria no te espera más que al término de tus combates, pues ella es tan grande, tan inefable, que sobrepuja infinitamente la economía presente, y por esto te es reservada en otra parte". *Crisóstomo.*

20. No solamente la certidumbre, sino también la grandeza inmensa de la gloria de los hijos de Dios proclama el apóstol relacionando con ella la liberación de la creación entera. Esta ojeada (v. 19-23) arroja de paso sobre los efectos más lejanos del pecado, sobre los padecimientos cuyo origen es para todos los seres terrestres, no menos que sobre un feliz porvenir en que todas sus desolaciones serán reparadas, hace bien al alma; pero, aislado, por así decirlo, en las enseñanzas divinas que, de ordinario, se limitan a lo que concierne directamente al hombre, se comprende que tal pasaje haya dado lugar a interpretaciones muy diversas, y sea destinado menos a motivar un sistema que a echar un rayo de luz y de esperanza sobre un vasto dominio que quedó sombrío y triste desde la caída del hombre.—La palabra principal, de que depende la significación de todo el resto en estos versículos, es la de *criatura,* o más bien de *creación,* pues el vers. 22, leído en griego, no permite traducir de otro modo, aunque la palabra original tenga ambos sentidos. ¿Pero a quién se aplica esta palabra? ¿al pueblo judío? ¿a las naciones paganas? ¿a la humanidad entera? ¿al pueblo cristiano? Estas diversas respuestas han sido hechas a nuestra pregunta; pero evidentemente no agotan el pensamiento del apóstol, y resultarían falsas por quedar incompletas. Pues, además de las razones gramaticales que se oponen, por desgracia, no es verdad ni de ninguna de esas naciones, ni de la humanidad entera, que *esperen con ardiente deseo la revelación de los hijos de Dios,* es decir, el regreso de Cristo que manifestará sus verdaderos discípulos y los introducirá en la gloria de su reinado. No se puede tampoco aplicar indistintamente a las naciones, como tales, el v. 21. Y en cuanto a los cristianos, los v. 19 y 23 los distinguen claramente de lo que Pablo llama aquí *creación.* Por estas razones, otros

21 sino por causa del que la sujetó, en la esperanza de que también
la creación misma será libertada de la servidumbre de la co-
22 rrupción para la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Sabemos,
en efecto, que toda la creación a una, gime y a una sufre dolores
23 de parto hasta ahora [21]; y no sólo ella sino también nosotros, te-

intérpretes no quieren ver en este término más que la creación viviente que se llama la *naturaleza*, con exclusión de los hombres. Pero como el apóstol entra en este pensamiento hablando del padecimiento (v. 18), no se ve por qué, de repente, haría abstracción del hombre. Es necesario, pues, sin excluir la humanidad, que es el alma de la creación, tomar esta palabra en toda su extensión: *la creación entera*, todo lo que tiene vida sobre nuestra tierra, único significado posible de la palabra en el v. 22. Admitido esto, podemos darnos cuenta del pensamiento del apóstol pesando cada palabra de los versículos que siguen.

21. Estas notables palabras nos revelan claramente que una grande catástrofe tuvo lugar en la creación entera. En el origen, todo lo que Dios había creado era "muy bueno" (Gén. 1:31), muy apropiado para responder a los designios de Dios, a los fines del hombre, rey de esta creación, y de todos los seres que Dios había llamado a la existencia. En ninguna parte se veían elementos de destrucción, ni se oían los gemidos del dolor. Pero fué completamente distinto después de la caída; Dios maldijo, a causa del hombre, su imperio contaminado por el pecado (Gén. 3:17-19), y esto es lo que el apóstol recuerda diciendo que la creación fué *sujetada a la vanidad* (v. 20), es decir, a la instabilidad, a la disolución, a la muerte. Esta dolorosa *sujeción* no fué *voluntaria;* repugna a la creación; todo ser tiene horror de la destrucción; tuvo lugar *por causa del que la sujetó.* ¿Quién es? Unos (Crisóstomo, Tholuck) responden: *Adán* por su caída, o el *hombre*, por su pecado; otros (M. Godet), el *demonio*, por medio de la tentación que produjo la caída; otros aun, *Dios*, por su juicio pronunciado sobre la creación. (Gén. 3:17-19). Admitimos nosotros este último sentido, que nos parece más conforme a la historia santa, a la justicia y a la potencia de Dios, y también a las palabras que siguen inmediatamente: *sujetada en la esperanza...* La principal objeción que se puede hacer a esta interpretación, es la expresión *por causa de;* Dios no es la causa moral de la maldición de la naturaleza. Si se insistiera sobre esta expresión, sería uno inducido más bien a la primera explicación propuesta. (Comp. Gén. 3:17: "la tierra será maldita *por causa de ti*").—Esta sujeción a la vanidad se ve en toda la creación; todos los seres que ella da a luz no llegan penosamente a la plenitud de su existencia más que para decaer y perecer; la conservación momentánea de uno solo cuesta la vida a millares de otros; por todas partes reinan la sujeción, el trabajo, la destrucción y la muerte, fruto del pecado. Y como la vida, que está en la creación, se rebela contra el padecimiento y la muerte, en esta dolorosa lucha Pablo ve una *expectación*, una *servidumbre de la corrupción*, un *gemido*, un *dolor de parto*. Como la madre, en los dolo-

niendo las primicias del Espíritu [22], nosotros mismos gemimos
aguardando pacientemente la adopción, la redención de nuestro
24 cuerpo [23]. En efecto, en la esperanza fuimos salvados; mas espe-
25 ranza que se ve no es esperanza, pues lo que alguien ve, ¿por qué
lo espera? mas si lo que no vemos esperamos, con perseverancia

res de parto, trabaja por arrancar a su hijo a la muerte y producirlo a la vida, así la naturaleza lucha bajo los lazos de la muerte, a fin de dar a luz la creación nueva, gloriosa, que debe salir de ella en el día señalado para *la revelación de los hijos de Dios.* Y si Pablo atribuye aquí a la creación la conciencia de sus padecimientos y hasta una voluntad (v. 20), no es esto solamente una poética personificación, sino la expresión profundamente verdadera de ese instintivo horror que todo ser vivo experimenta en presencia del dolor y de la muerte. Por otra parte, toda vida en la creación está ligada por una relación íntima, misteriosa, a la humanidad que forma parte de ella, que es su alma, que sufre los mismos dolores, y en ella es donde la creación halla su conciencia, su órgano, y hace oir sus gemidos. Esta idea, creemos, es hasta expresada en el texto por medio de los verbos compuestos (v. 22): *co-gemir, co-sufrir*, es decir, con la humanidad que sufre de los mismos dolores.—Esta creación, que ha tenido su parte en la caída, en la *servidumbre de la corrupción de la gloria* de los hijos de Dios. (v. 21). "No solamente tú, sino lo que por mucho es inferior a ti, lo que carece de razón y de conciencia, participará de los bienes que te están reservados. La creación entera andará a igual paso, cuando sea glorificado tu cuerpo, semejante a la nodriza de un hijo de príncipe que goza de sus bienes y de su gloria cuando éste sube a su trono: ¡Mira cómo anda siempre el hombre a la cabeza de todas las cosas, porque todas las cosas son hechas para él! ¡Mira cómo consuela el apóstol a los combatientes por la grandeza y la certidumbre de su esperanza! Si la creación misma, que es hecha para ti, tiene un porvenir semejante, ¡cuál no debe ser tu esperanza!" *Crisóstomo.* (Comp. 2 Pedro 3:13; Apoc. 21:1, así como las magníficas descripciones de los profetas, de las cuales Pablo podía haber sacado estas consoladoras esperanzas: Isaías 11:1-9; 55:12, 13; 65:25; Ezeq. 47:12).

22. Alusión a las *primicias* de una rica cosecha (las primeras gavillas), o a los primeros frutos de la recolección que eran consagrados al Eterno, y que eran el garante de toda la recolección. (Comp. sobre estas palabra 1 Cor. 15:20; Jac. 1:18).

23. *Nosotros mismos*, cristianos, bien que, más dichosos que la creación, tenemos las *primicias del Espíritu* y, por ende, la seguridad de ser hijos de Dios, sus herederos (v. 16, 17), sin embargo *gemimos* como toda la creación, *esperando* todos los frutos celestes de la *adopción* que ya hemos obtenido (v. 15), y la *redención de nuestro cuerpo*, su plena liberación del pecado y de la muerte, que sola completará la gloria de los hijos de Dios. Ella será la victoria definitiva después del combate, la plenitud de la vida; todo nuestro ser habrá sido puesto en su destino.

26 aguardamos[24]. De igual manera también el Espíritu ayuda a
nuestra debilidad[25], pues qué hemos de pedir como es necesario
no sabemos, pero el Espíritu mismo intercede con gemidos inde-
27 cibles[26]. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es el in-
tento del Espíritu, porque según Dios intercede por los santos[27].

24. Estos dos versículos (24 y 25) explican *(en efecto)* por qué los cristianós están aún en un estado de *espera* (v. 23): "Somos salvados, pero *en esperanza,* o por la esperanza". Objetivametne, esta salvación está cumplida, sólo que la poseemos sin verla. Ahora bien: está en la naturaleza misma de la esperanza, por una parte, el poseer interiormente y sin ver: la vista la hará cesar (v. 24. Gr. "la *esperanza vista* no es esperanza"); y por la otra, cuando esta esperanza es cierta (Rom. 5: 5), tiene por fruto una espera llena de paciencia y de perseverancia, aun en el seno de las más rudas pruebas.

25. Gr. "Toma parte en nuestra debilidad, en nuestro lugar, con nosotros". Toda esta frase está contenida en el verbo griego, que presenta la figura de un hombre cogiendo un fardo para ayudar a otro a solevantarlo. La continuación desarrolla este hermoso pensamiento. Este auxilio potente del Espíritu Santo de Dios es un segundo estímulo agregado a las preciosas certidumbres que preceden.—El texto recibido tiene: *nuestras debilidades;* las mejores autoridades tienen esta palabra en singular.

26. Pablo nos dice aquí cómo el Espíritu de Dios nos alivia en nuestra debilidad; y ante todo en la *oración,* esta respiración del alma cristiana. *No sabemos orar,* dice humildemente el apóstol. Literalmente *lo que rogamos según se debe, no sabemos.* Se trata, pues, menos, en esta ignorancia, del *modo* en que debemos de pedir. Crisóstomo halla un ejemplo en la vida de Pablo mismo cuando pedía ser libertado de "la espina en la carne". (2 Cor. 12:7, etc.) Mas he aquí el socorro: la verdadera oración es formada en nosotros por el Espíritu de Dios. Cuando el apóstol dice que el Espíritu *intercede* por nosotros, no entiende por ello una oración dirigida a Dios en nuestro lugar, sin nosotros, fuera de nosotros; sino en nosotros, por cuanto aquí mora. La intercesión de Cristo (v. 34) tiene lugar fuera de nosotros, ante Dios, a quien él ofrece en nuestro favor sus eternos méritos; pero la acción del Espíritu, como lo muestra el v. 27, se cumple en los corazones, donde él se derrama como un soplo de vida, y a los que sostiene en todas sus debilidades en sus temores, en sus luchas. No solamente dirige los pensamientos de ellos hacia el Dios de verdad y de amor, sino que, cuando a pesar de todo su socorro, se extravían en su ignorancia, o sucumben a sus debilidades, o sienten apagarse un último resto de ardor, él habla a Dios, del fondo de su ser, por *gemidos indecibles, es decir* en un lenguaje que ninguna palabra humana podría contener, ni expresar. (Comp. Gál. 4:6 y Apoc. 22:17).

27. *El que escudriña los corazones,* antigua y profunda definición de la omnisciencia de Dios. (1 Sam. 16:7; 1 Reyes 8:39; Sal. 7:9, etc.) Este Dios conoce el *intento,* los deseos más íntimos (v. 6, nota), del

28 Mas sabemos que a los que a Dios aman todo colabora para
29 bien[28], a los que según su propósito son llamados[29]. Porque a los
que preconoció[30] también predeterminó conformes a la imagen

Espíritu, es decir del Espíritu Santo en nosotros, cuando forma "suspiros inefables", que, para Dios, no tienen necesidad de otra expresión, pues este Espíritu ora por los santos *según Dios,* es decir de una manera conforme a la voluntad de Dios y que le es agradable. No hay otra oración verdadera que la que inspira al alma el Espíritu de verdad, de santidad y de amor.

Dicta, dije, mi oración!
Y tú habías, tierno Padre,
dictado esa petición.

28. La mención del Espíritu que viene en auxilio de nuestra debilidad e intercede por nosotros (v. 26, 27) ha servido de transición entre el cuadro del sufrimiento universal (v. 18-25) y el de la glorificación final que el apóstol aborda ahora. (Vers. 28-30). No hay *obstáculo* de que el alma más timorata pueda asustarse, que no se torne en *medio* en la mano de Dios. Dios es quien opera todo en todos para nuestra salud (Fil. 2:13), y desde entonces *todas las cosas,* todas las criaturas de Dios que tienen en él solo la vida, el movimiento y el ser, deben necesariamente *obrar* para el mismo fin, no separadas de él, sino en él y por él. Aun el mal, todo el mal que acontece sobre nuestra tierra, no está exceptuado, pues, ora el mal moral, ora el mal físico, todo permanece sumiso a la voluntad de Dios, quien, por sendas misteriosas, saca de él el cumplimiento de sus designios. (Por ejemplo, la historia de José, y más aún, la acción de Judas y del pueblo judío en la muerte de Jesucristo). Los juicios de Dios más severos y más terribles, aunque en sí mismos castigos del pecado, pueden ser convertidos en bendiciones para él que, bajo los golpes de la justicia, se humilla y aprende *amar a Dios.* Entonces el castigo se torna en medio de gracia y de salud. Pero hay que insistir sobre estas palabras del apóstol: *los que a Dios aman.* Mientras el hombre no es conducido a este fin de su ser, no puede aplicarse estas consoladoras palabras; todas las cosas, al contrario, deben obrar para el *mal* del que rehusa obstinadamente su corazón a Dios.

29. El fundamento de la seguridad de los redimidos, las gracias de que disfrutan, los buenos sentimientos de su corazón, aquí en particular el don de *amar a Dios,* todo eso descansa en última instancia, sobre el hecho de la gracia divina, que los ha *llamado,* según el eterno *propósito* de Dios. Este llamamiento no se limita a una invitación externa, por el evangelio, sino que es una obra interna de la gracia que los atrae y los lleva a la fe. (1:6, nota; 9:11; Efes. 1:11; 3:11; 2 Tim. 1:9, etc.)

30. Los vers. 29 y 30 explican y prueban *(porque)* el fundamento de certidumbre indicado en el v. 28, y esto sin interrupción, de grado en grado, hasta la gloria. En Dios, *preconocer* no puede entenderse simplemente de una presciencia pasiva que no sería un fundamento de certidumbre: ahora bien, el apóstol quiere dar uno. Lo que Dios vé anticipadamente existe para él, y lo cumple él en el tiempo, cuando la hora

de su Hijo, para que él sea primogénito entre muchos hermanos [31];
30 y a los que predeterminó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó [32].

ha llegado. En el estilo de la escritura, *conocer* implica siempre una idea de afecto, de favor, de amor: "Yo conozco mis ovejas". Por lo demás, notemos que la escritura no habla así más que del lado luminoso de la presciencia de Dios; no se dice jamás que haya preconocido el mal, ni que haya formado un propósito de reprobación.

31. Tal es el segundo eslabón de esta cadena de la gracia, que, partiendo de las profundidades de la eternidad y de la presciencia de Dios, conduce a los rescatados, sin que falte un eslabón, hasta la glorificación. (Ver. 30). ¿Cómo no reconocer con adoración, en presencia de estas palabras, que es Dios quien cumple todo en todos? En este segundo eslabón, la *predestinación* o *predeterminación*, el apóstol señala ya cuál era el fin: *ser conformes a la imagen de su Hijo*, es decir ser hechos semejantes a él en su vida moral, en su santidad. (2 Tim. 2: 11, 12; Fil. 3:10, 21; 2 Cor. 3: 18). Es, pues, una objeción muy pobre contra la elección la de pretender que ella aniquila la responsabilidad, la moralidad. Ciertamente, Dios no ha dicho jamás que destinaba indiferentemente a la salvación a hombres que luego quedarían en su corrupción, o a los que se harían santos. Ha elegido a los redimidos *para la santidad*, para que glorifiquen a Dios sobre la tierra y en la eternidad. (Véase 1 Pedro 1:2; Efes. 1:4, etc.) Pablo señala este fin, no solamente por la semejanza con Cristo Jesús, sino por el amor paternal de Dios que ha querido así sacar, del seno de un mundo pecador, una familia santificada, de la que Jesucristo fuera *el primogénito entre muchos hermanos*. ¡Oh! ¡si este amor hubiera sido comprendido y sentido, cuántas áridas disputas habrían sido reemplazadas por ardientes acciones de gracias! Por lo demás, el apóstol volverá, en el capítulo siguiente, a este gran misterio de la salvación o de la perdición, y allí es donde deberemos estudiar su pensamiento.

32. Después de esta predeterminación y su fin, el apóstol coloca el *llamamiento*, o la vocación (v. 28), que Jesús describe (Juan 6:44) como la atracción del Padre hacia el Salvador. Esta gracia encierra todos los primeros principios de la conversión, la obra de la ley que prepara al alma para Cristo (Gál. 3: 24), el despertar de la conciencia los deseos aún a menudo dolorosos que las promesas de Dios excitan en nosotros, hasta el momento en que Jesucristo mismo se revela al alma llena de gracia y de verdad. Allí se abren a ella las fuentes abundantes de la *justificación*, tan claramente expuesta en esta epístola (cap. 3, 4): *los hizo justos*, o los *justificó*. Por último, la obra divina termina por fuera por el triunfo definitivo de la vida hasta entonces oculta en el interior, es decir por la *glorificación* de todo el ser, cuerpo y alma, en los nuevos cielos y la nueva tierra. Es de notar que el apóstol habla de todos estos desarrollos, aun del último, como de un hecho pasado, cumplido. Es que a sus ojos, como a los ojos del Dios inmutable en su fidelidad, la obra espiritual que Dios jamás deja sin concluir (Fil. 1:6) está ya cumplida, ora para cada alma que ha experimentado los primeros efectos de ella, ora en el reinado del Salvador, cuyos gloriosos destinos ninguna potencia podría impedir.

III. 31-39. CONTINUACIÓN Y FIN: EN EL SENO DE LOS MAYORES MALES, EL RESCATADO NO TIENE PUES NADA QUE TEMER; ESTÁ SEGURO DE LLEGAR A LA GLORIA. Mirando de frente todos los peligros, el apóstol los afronta por una serie de preguntas y respuestas triunfantes: — 1º ¿Quién será contra nosotros cuando Dios es por nosotros? Después del don inmenso de su Hijo, ¿qué nos negaría? (31, 32). — 2º ¿Quién acusará, quién condenará los elegidos de Dios? Dios mismo los justifica, y he aquí por garantía toda la obra redentora de Cristo, desde su muerte, su resurrección, hasta su intercesión en el cielo. (33, 34). — 3º ¿Quién nos apartará de este amor de Jesús? Vengan todos los padecimientos, todas las privaciones, todos los peligros; permanecemos vencedores por Aquel que nos ama. (35-37). — 4º Estoy pues, seguro de que ninguna cosa de este mundo o del invisible, del presente o del porvenir, nada en fin de lo creado puede privarme del amor de Dios en Jesús. (38, 39).

31 ¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién
32 contra nosotros [33]? El mismo que con su propio Hijo no fué indulgente, sino que por todos nosotros le entregó, ¿cómo no nos donará también todo con él [34]? ¿Quién presentará acusación con-

33. Pablo, llegado, por decirlo así, a la cumbre de la montaña por el desarrollo del evangelio de la gracia, y en particular por la exposición de los motivos de una imperecedera esperanza (v. 18-30), echa una última mirada, hacia atrás, sobre la ruta que acaba de recorrer; hacia adelante, sobre los peligros a que el cristiano está aún expuesto; y, como un hombre que tiene ya por cierta una victoria, entona un magnífico canto de triunfo. (Vers. 31-39). ¡No creemos que exista nada más grande, más hermoso en ninguna lengua humana!—*Estas cosas*, respecto a las cuales nada queda por decir, es el desarrollo de la cadena gloriosa de las gracias de Dios (v. 28-30), que prueba abundantemente que *Dios es por nosotros*. ¿Quién, pues, será *contra nosotros* que poseemos la protección del Dios omnipotente? La respuesta es dada en una segunda pregunta.

34. Hay en estas palabras una alusión evidente a Gén. 22:12, donde Dios dice a Abrahán, después del sacrificio de Isaac: "Ahora conozco que temes a Dios, puesto que *no has sido indulgente* por mí, *con tu hijo, tu único*". Abrahán había dado a Dios lo que de más querido tenía en el mundo, su hijo, aquel sobre el cual reposaba la promesa de que vivía su alma; después de ello no tenía ciertamente nada que rehusar a Dios. Imagen débil, pero justa, del Padre celestial, que, para salvar a un mundo pecador, da a su *propio Hijo* (expresión escogida, prueba de un insondable amor) de donde Pablo saca esta conclusión ampliamente justificada: ¿qué tendría aún que

33 tra los elegidos de Dios? ¡Dios es quien justifica! ¿Quién es el
34 que condenará? ¡Cristo es quien murió, más aún, también resu-
citó, quien también está a la diestra de Dios, quien también in-
35 tercede por nosotros [35]! ¿Quién nos apartará del amor de Cristo?
¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez,
36 o peligro, o espada? conforme está escrito: "Por causa de ti
somos muertos el día entero; hemos sido considerados como ove-

rehusarnos? Dará *gratuitamente todas las cosas,* pues el primer don las contiene todas. Tal es la respuesta a la pregunta del v. 31: es pues imposible que nada esté *contra nosotros.*

35. Agustín, y a su ejemplo varios intérpretes, quieren puntuar todas las frases que siguen de modo que resulten tantas otras preguntas: ¿Quién acusará los elegidos de Dios? —¿Dios, que los justifica? y así con las demás. No hay diferencia alguna en cuanto al sentido, solamente hay más vivacidad en responder a una pregunta por otra que implica contradicción y reduce al adversario al absurdo. El texto original permite esta puntuación. El apóstol considera, en su causa más temible, las dudas y temores que podían aún asaltar al creyente, es decir el pecado, considerado en presencia del juicio eterno. En efecto, estos términos: *acusar, condenar,* son jurídicos y forman dos etapas de un juicio. Cristo es el juez (2:16; Juan 5: 22); ¿Quién, pues, se presentaría como acusador delante de él? ¿Dios? El solo tiene el derecho, pues su ley violada demanda justicia. Mas Dios *justifica;* antes de los tiempos, había resuelto él nuestra justificación, que ha cumplido perfectamente en su Hijo. (1:16, 17; 3:21 y sig.). Entonces, no hay ya juez que pueda *condenar,* puesto que el juez mismo, Cristo Jesús, ha llevado en su *muerte* la pena que tendría que pronunciar sobre sus redimidos. (3:24; 4: 25). Más aún, a fin de dar a los suyos los beneficios de su redención, impartiéndoles su vida nueva, ha *resucitado.* (6:3 y sig.) Mucho más, se ha hecho nuestro abogado omnipotente *a la diestra de Dios,* donde *intercede por nosotros.* Sería necesario, pues, que de la misma fuente brotara la condenación y la salvación; que de la misma boca saliera la intercesión y la sentencia de muerte. ¡Imposible!—En la *intercesión* del Salvador delante de Dios, algunos intérpretes quieren ver únicamente la continuación de su obra de Mediador, con exclusión de la *oración* por los suyos. Es éste un error, únicamente fundado en ciertos prejuicios dogmáticos, y no en la exégesis. En efecto, el verbo griego que traducimos por *interceder,* lo mismo que el substantivo de que deriva, designa la oración, la súplica ofrecida por alguno. No hay otro sentido en Hebr. 7:25, donde leemos que Cristo "está siempre vivo para interceder en favor de los que se acercan a Dios", que se acercan evidentemente por la oración. (Comp. Hebr. 9:24) ¿Qué hace un abogado (1 Juan 2:1), sino hablar, alegar por sus clientes? Por último, unas palabras de Jesús mismo (Juan 14: 16) decide la cuestión, pues limitar a la oración sacerdotal que iba a pronunciar entonces esta solemne promesa: "y oraré al Padre", o "pediré al padre" (el Espíritu consolador), está absolutamente vedado por el sentido futuro de su discurso. ¡No se dejen privar los creyentes de esta parte importante de la obra de su Salvador! Continúen cantando desde el fondo del corazón con el bienaventurado Clottu:

Sí, por su pueblo ora Jesús.

37 jas de matanza [36]"; empero en todo esto somos más que vence-
38 dores por el que nos amó [37]. Estoy, en efecto, persuadido de que
ni muerte ni vida, ni ángeles ni principados, ni lo presente ni lo
39 venidero, ni potencias, ni altura ni profundidad, ni otra criatura

36. Seguro del amor de Dios, que justifica, y de Cristo, que salva e intercede (pues aquí el apóstol entiende el amor de Cristo a nosotros, y no nuestro amor por él, como lo prueban los v. 37 y 39, Pablo, desde lo alto de ese retiro, contempla sin temor todos los demás enemigos de su salvación. Los primeros que percibe, y cuya potencia no desconoce, puesto que a su vista se aplica las temibles palabras del Sal. 44:23, son las *tribulaciones* de la vida, y en particular los sufrimientos, las privaciones y los peligros de muerte a que están expuestos los hijos de Dios, sobre todo en los tiempos de *persecución, todos los días* o más literalmente *todo el día,* a toda hora del día.—Ese salmo se refiere primeramente, sin duda, a las circunstancias particulares de la época, en que fué escrito; pero el apóstol, como la escritura entera, ve en los acontecimientos del reinado de Dios una perpetua profecía de los tiempos futuros, porque las mismas causas reproducen los mismos efectos. Si, pues, ya en los tiempos del profeta, la luz, brillando en el seno de las tinieblas excitaba obras de tinieblas, de odio, de persecuciones, contra el pueblo de Dios, ¡cuánto más cuando apareció la plenitud de la luz, que ni siquiera fué recibida por los suyos! (Juan 1:9-11). El odio del mundo está siempre en proporción de la claridad y de la fuerza con que se produce la verdad de Dios.

37. Hablar así, basado en su propia fuerza, sería, de parte del hombre, el colmo del orgullo y de la locura; por eso el apóstol se apresura a añadir: *por Aquel que nos amó,* y nos muestra así que el amor de Cristo no es una impotente benevolencia, un estéril afecto, sino una fuerza divina por la cual el que es amado es revestido de todas las armas del que ama. Este coraje indomable, gozoso y victorioso, que da la fe, no es del hombre: es la potencia de Dios en él.

38. La pregunta es siempre: "¿Qué podría separarnos del amor de Cristo?" (v. 35, 39) pues es ésa la única desgracia a temer. Pablo ha respondido cuanto a los males de la tierra. Pero, ¿no hay otros? ¿La *muerte,* esta potencia de las tinieblas, este rey de los espantos? Cristo la venció. ¿La *vida* con todos sus insondables misterios? Cristo nos la ha explicado, nos ha dado la vida verdadera, eterna. ¿Qué más? ¿Los *ángeles* (malos) y todos los órdenes de principados que llenan el mundo invisible, todas las *potencias* de las tinieblas (comp. Efes. 6:12), *las cosas presentes* y las que aún nos están ocultas en las profundidades del *porvenir,* objeto de nuestras frecuentes aprensiones? ¿la *altura,* la *profundidad,* palabras indeterminadas a propósito, y por las cuales podemos entender, con los diversos intérpretes, ora la especulación altiva de la sabiduría de los hombres y los pro-

alguna, podrá apartarnos del amor de Dos que es en Cristo Jesús Señor nuestro [38].

fundos abismos del pecado, ora los pretenciosos errores de los sabios y los prejuicios del vulgo, ora el honor y el deshonor, la prosperidad y la miseria, ora por último el cielo y el infierno, puesto que el apóstol quiere recorrer con la mirada el universo entero? Y llega a la triunfante conclusión: ¡Nada de todo eso, ni *ninguna otra criatura,* si hay aún en la inmensidad que nos sea desconocida, nada *podría apartarnos del amor de Dios,* del Creador, que es sobre todos, más poderoso que todos! Y *Cristo* es para nosotros el garante de este amor, nosotros lo poseemos *en él;* ¡Dios no puede cesar de amarnos como de amar a su Hijo único! ¡Gloria y loor a Dios de que un pobre pecador puede celebrar en un lenguaje semejante la SEGURIDAD DE LA SALVACIÓN!!!—Aquí Pablo termina la exposición de la doctrina evangélica, empezada en el cap. 1:16. Réstale poner la corona, revelando toda la soberanía de Dios en la aplicación de su don inefable. En esto emplea los cap. 9-11.

CAPITULO IX

I. *Dolor del apóstol respecto del desecho de los israelitas a pesar de sus privilegios religiosos, 1-5.* — II. *Dios no mide sus gracias ni por el origen de ningún hombre ni por el mérito de las obras, 6-13.* — III. *Soberanía absoluta dẽ Dios en las dispensaciones de su misericordia, 14-29.* — IV. *Por qué no ha recibido Israel el evangelio, 30-33.*

I. 1-5. DOLOROSAS LAMENTACIONES DE PABLO RESPECTO DE LOS ISRAELITAS, SUS COMPATRIOTAS. — 1º Hablo según verdad, tengo por testigo a Cristo mismo y mi conciencia iluminada por el Espíritu de Dios, cuando digo que estoy en grande y continua tristeza de corazón, al punto de que, si fuera posible, consentiría en ser separado de Cristo por los israelitas, mis hermanos, mis compatriotas. (1-3). — 2º Esta tristeza es tanto más amarga cuanto tenían, para ser salvados, los privilegios religiosos más numerosos, más sagrados, comprendido Cristo mismo, salido de sus padres según la carne, Dios bendito eternamente (4, 5).

1 Verdad digo en Cristo, no miento, dando testimonio conmigo
2 mi conciencia en el Espíritu Santo, que tengo yo grande tristeza
3 e incesante dolor en mi corazón [1], pues desearía ser yo mismo

1. Por la solemnidad de las expresiones por las cuales Pablo afirma la verdad de su dolor y, por consiguiente, de su amor por su pueblo (v. 3; comp. 10:1) se siente en él el pensamiento de que ese pueblo

anatema lejos de Cristo por mis hermanos, mis parientes según
4 la carne [2], los cuales son israelitas, de quienes son la adopción,

ciego inferirá de su carta que el apóstol no le ama más, y quiere prevenir ese error. *Decir la verdad en Cristo,* es hablar en su presencia, en su comunión, que no permite ninguna mentira, ninguna expresión exagerada o hipócrita. Su *conciencia,* iluminada por el *Espíritu Santo,* le da por otra parte ese *testimonio* interno. ¿Cómo no creerían, pues, sus lectores en esa *grande tristeza,* en ese *continuo tormento de corazón* así expresados? Pero, ¿por qué supone el apóstol en sus conciudadanos israelitas este pensamiento, y cuál es el motivo de su dolor? No lo dice, lo deja delicadamente entender en los v. 3 y sig. En efecto, acaba de descubrir para todos los hombres un medio de salud, independientemente de todos los privilegios religiosos del antiguo pueblo de Dios, y además, este pueblo, en grande mayoría, se excluye de esa salvación! ¡Qué contradicción con todas las promesas de Dios! ¡Qué causa de irritación para Israel! Pablo debía, después de haber terminado su exposición del evangelio, resolver este doloroso problema; su amor por su pueblo se lo hacía una santa obligación. Cumple con ese deber exponiendo concepciones osadas y profundas sobre el plan divino de la rendición del mundo. Su teodicea abarca los puntos siguientes. (Véase el análisis de la epístola en la introducción). 1º Dios es soberanamente libre en la dispensación de sus dones. (9:1-29). 2º La incredulidad de Israel es lo que ha causado su rechazo. (9:30 a 10:21). 3º Queda aún un consuelo. Muchos israelitas han creído, el endurecimiento de los otros ha sido la riqueza de los paganos; por otra parte, este endurecimiento no persistirá más que hasta que la plenitud de los paganos haya entrado; entonces todo Israel será salvado. Y con este motivo el apóstol adora la profundidad y la sabiduría de los caminos de Dios. (11:1-33).

2. Correspondiendo en los Setenta la palabra *anatema* a la hebrea *cherem,* significa una cosa consagrada a Dios y separada de todo uso común. (Lev. 27:28, 29; Jos. 6:17). Se llamaba así en el Ant. Test. toda persona o toda víctima consagrada a Dios, a su ira, a su maldición, a su destrucción, para ejecutar sobre ella un juicio divino. Por tanto, el pensamiento expresado por el apóstol en otros pasajes, tales como 1 Cor. 16:22; Gál. 1:9, empleando la misma palabra que aquí, no puede ser más que este voto: Sea excluída de la comunión de Cristo y entregado a la perdición! Así estas palabras de Pablo recuerdan las de Moisés (Ex. 32:32); son la expresión extrema de un amor listo, en su ímpetu, a sacrificarse por otros. Pero, se dirá, ese voto era imposible; el impío solo puede ser rechazado de Cristo, y la santidad es inseparable de la felicidad. Sin duda; por esto las palabras del apóstol: *desearía...* no suponen la posibilidad de la cosa, este condicional lo prueba; yo desearía, si este voto fuera posible. Es como si dijera que estaría listo a hacer, por la salvación de su pueblo, el sacrificio más imposible. La versión de Lausana y algunos otros intérpretes (La Vulgata, Lutero, Lange, etc.) piensan alla-

y la gloria, y los pactos, y el establecimiento de la ley, y el culto,
5 y las promesas[3]; de quienes son los padres, y de quienes vino el
Cristo según la carne, que es sobre todo Dios bendito por las
edades. ¡Amén[4]!

nar la dificultad, que es grande, traduciendo: *yo deseaba,* lo que permite referir el pensamiento de Pablo a los tiempos que precedieron su conversión, cuando perseguía a los discípulos de Jesucristo en interés de sus hermanos israelitas. Este sentido no es gramaticalmente imposible, pero está muy poco en armonía con el conjunto del pensamiento, y por otra parte, ¿expresa acaso lo que quería Saulo de Tarso al perseguir? Por último, no hay que traducir: 'anatema *de parte de Cristo*", como si Cristo hubiera sido el autor de ese anatema, sino *separado* o *lejos* de Cristo.

3. ¡Qué contraste entre el pensamiento del desecho de Israel y el recuerdo de tantos privilegios, que el apóstol enumera aquí para mostrar cuánto los estimaba! (v. 2, nota). El nombre de *israelitas,* "vencedores de Dios", que recordaba el origen de ese pueblo (Gén. 32:28), contiene ya todos los beneficios que siguieron. La *adopción* (Ex. 4:22; Deut. 1:1; Jer. 31:9) no designa aquí la de los verdaderos hijos de Dios, de que se habla en 8:15, 16, sino la adopción externa de ese pueblo, escogido en medio de todas las otras naciones. Sin embargo, como este acto de la gracia de Dios comprendía todos los dones propios a hacer a los israelitas verdaderos hijos de Dios, y bastaron a muchos para llegar a serlo realmente, el apóstol podía muy bien emplear esa palabra, aunque en un sentido relativo. La *gloria* es la manifestación visible de Dios, ora en la columna de fuego, ora en el tabernáculo o en el templo (Ex. 40:34; Lev. 16:2; 1 Reyes 8: 10, 11; 2 Crón. 5:13, 14). Después de la cautividad de Babilonia, esta gloria no apareció más a Israel, pero le fué prometida por los profetas (Hagg. 2:7 y sig.; Mal. 3:1) y ha sido manifestada en su plenitud en Jesucristo (Juan 1:14 y 2:11, notas). Los *pactos* no son otra cosa que la alianza de gracia tratada por Dios con su pueblo; pero el apóstol emplea esa palabra en plural porque esa alianza fué reiterada a Abrahán, Isaac, Jacob, Moisés, etc. Importantes manuscritos leen esta palabra en singular el *pacto,* pero resulta una corrección. El *establecimiento de la ley,* es esa legislación moral promulgada sobre el Sinaí y que ocupa un lugar tan grande en los pensamientos de esta epístola. El *culto,* es decir, todo el conjunto de los servicios divinos, que suponía, y cultivaba en el pueblo el conocimiento y adoración del verdadero Dios. Las *promesas* dadas por el ministerio de todos los profetas abarcan las bendiciones espirituales de Dios hasta el porvenir más lejano.

4. Después de haber nombrado nuevamente los *padres,* los santos patriarcas de Israel de que se jactaba en descender, el apóstol, se eleva a la más inmensa de las bendiciones que Dios haya acordado a ese pueblo, el don de su Hijo! Israel tiene el inefable privilegio de dar al mundo el Salvador.—Toda la interpretación de este versículo, muy célebre en la historia de la exégesis, depende de la construcción que se

II. 6-13. NINGUNO ES VERDADERO ISRAELITA POR DERECHO DE NACIMIENTO. descendencia de Abrahán según la carne la que constituye los verdaderos israelitas; lo son solamente aquellos que descienden de él según la promesa que fué objeto de su fe, como lo prueba la historia del nacimiento de Isaac. (6-9). — 2º La historia del nacimiento de Esaú y de Jacob prueba igualmente que los dones de Dios no dependen ni del derecho de primogenitura, ni de las obras del hombre, sino de la soberana gracia de Dios, de su libre elección. (10-13).

6 Mas no es tal, que haya caído la palabra de Dios[5], pues no
7 todos los de Israel éstos son Israel; ni porque son descendencia

le dé por la puntuación. Según la que nosotros hemos conservado, que es seguida por todos los padres de la iglesia, por los reformadores y por la inmensa mayoría de los intérpretes modernos, la doxología contenida en este versículo se refiere por completo a Cristo que el apóstol designa como siendo *sobre todas las cosas, Dios, bendito eternamente.* Al contrario, la construcción siguiente, propuesta por algunos exégetas modernos, refiere la doxología a Dios el Padre: "De los cuales (israelitas) ha salido el Cristo según la carne. ¡El que es sobre todas las cosas, Dios (sea) bendito eternamente!" Esta puntuación no es absolutamente inadmisible, pero leyendo el original sin idea preconcebida, queda uno convencido que solamente la primera es natural. En efecto: 1º, después de esta designación del origen humano del Cristo, *según la carne,* se espera necesariamente, para completar el pensamiento, una designación cualquiera de su origen celestial (como en 1:3, 4; 1 Tim. 3: 16; Fil. 2:8-11), puesto que el apóstol quiere precisamente mostrar la magnitud del don de Dios en Jesucristo. 2º No hay en el conjunto del pensamiento, el más mínimo motivo que hubiera podido inducir al apóstol a intercalar aquí una doxología en honor de Dios el Padre, de quien no habla en este momento; el hilo del discurso se encuentra ex abrupto cortado, lo mismo que la frase gramatical, mientras que, en la versión ordinaria, no hay la menor dificultad literal, y esta efusión del corazón del apóstol termina admirablemente la enumeración de los privilegios de Israel por el mayor que le haya sido acordado, el don del Hijo único de Dios, que es Dios sobre todas las cosas, bendito eternamente, amén! Los adversarios de esta interpretación que, hay que decirlo, no son todos adversarios de la divinidad del Salvador, no invocan, en favor de la suya, *ninguna* razón gramatical o exegética, sino únicamente razones dogmáticas, y eso sólo es muy sospechoso. Dicen, en particular, que Pablo no da jamás a Cristo el nombre de Dios. Es ésta una cuestión que la exégesis debe decidir explicando pasajes tales como Efes. 5:5; Tito 1:3; 2:13, y otros más. En cuanto a la designación: *sobre todas las cosas,* por lo que hay que entender quizá no *todas las cosas* de la creación sino todos esos privilegios religiosos enumerados aquí (v. 4), el apóstol da en otros lugares al Salvador atributos mucho mayores (Col. 1:16, 17; 2:9; Fil. 2:6-11). Por lo demás,

de Abrahán son todos hijos, sino: "En Isaac te será llamada des-
cendencia [6]." Esto es, no los hijos de la carne éstos son hijos de
8 Dios, sino los hijos de la promesa son reputados como descenden-
9 cia [7]. De promesa en efecto es este dicho: "Por este tiempo vendré
10 y tendrá Sara un hijo [8]." Y no sólo esto, sino también Rebeca,
11 habiendo concebido de uno, de Isaac nuestro Padre..., pues no

sea todo esto dicho por amor de la sinceridad *exegética* solamente, pues si nuestra interpretación nos pareciera aquí menos evidente, lo diríamos claramente, y el sacrificio de este testimonio dado a la divinidad eterna del Salvador no disminuiría en nada la inmensa riqueza de todos los demás de que la biblia está llena.—Todos los privilegios espirituales mencionados aquí por el apóstol pueden aplicarse también a la iglesia cristiana del nuevo pacto, y esto en un sentido infinitamente más elevado y completo. ¡Cómo escaparemos, si descuidamos una salud tan grande!

5. Gr. "haya caído", como se lee en el Ant. Test.: *caer a tierra*, significando ser anulado, aniquilado (2 Reyes 10:10; 1 Sam. 3: 19). Esta declaración del apóstol, por la cual entra bruscamente en su demostración, expresa precisamente la objección tan grave que debía esperar de parte de los judíos: si es verdad que éstos no tienen parte alguna en las bendiciones del nuevo pacto, entonces la *palabra de Dios*, por la cual fueron sellados y confirmados los privilegios que Pablo acaba de enumerar, esa palabra divina sería *anulada*, lo que no es posible. El apóstol va a demostrarlo en estos tres capítulos (9-11), y su primera prueba (v. 6-13) consiste en el hecho de que no son todos los descendientes de Abrahán los que constituyen su pueblo, sino solamente los hijos de la promesa, según la gracia.

6. Gén. 21:12.

7. Los *hijos según la carne* son los que, apoyándose solamente en un derecho externo, el nacimiento, los privilegios, la circuncisión, se glorían en la carne (Fil. 3:4-6), hacen de ella el fundamento de sus esperanzas, sin recurrir a la gracia ni preocuparse de lo que son ellos por dentro. Los *hijos de la promesa* son los que, ateniéndose únicamente a la promesa de la gracia y del perdón, por medio del Libertador prometido (v. 9), buscan allí toda su justicia, todo su consuelo, toda su salud. (Véase el mismo contraste en 2:28, 29). Para estos últimos, va a concluir el apóstol, la palabra de Dios y sus promesas subsisten por completo; ni una *iota* ha sido anulada (Comp. 11:1-5).

8. Gén. 18:10-14. Pablo quiere recordar, por esta citación que contiene precisamente la *promesa* (v. 8), que Isaac nació contra el curso ordinario de la naturaleza, y únicamente por la omnipotencia divina puesta en la palabra de la promesa. Abrahán la creyó, e Isaac se hizo así el primer "hijo de la promesa" (Comp. 4:19, 20).

9. Gén. 25:22, 23. En el primer ejemplo citado por el apóstol, podía parecer que la diferencia entre Isaac e Ismael no venía solamente de la elección libre de la gracia de Dios, sino del nacimiento de ambos hermanos, nacido el uno de la mujer libre, el otro de la esclava, lo que habría justificado nuevamente las orgullosas pretensiones del hombre, basadas en un privilegio externo. Por esto Pablo añade otro ejemplo que destruye en todo sentido esa objeción: el de Esaú y de Jacob, nacidos del mismo padre, de la misma madre, del mismo parto (v. 10 Gr.), siendo gemelos. Si se tratara de nacimiento, los dos hermanos habrían sido iguales, y aun Esaú, como primogénito, habría tenido la preferencia. Tampoco podía estar basada la *elección* de Jacob en las *obras*, puesto que ella tuvo lugar cuando *los niños no habían hecho aún ni bien ni mal*, y fué anunciada a Rebeca antes de su nacimiento. A esas *obras*, imposibles en este caso como causa de la elección, el apóstol opone la acción de *Aquél que llama* (8:29, 30, notas). Es, pues, imposible llegar, de un modo más evidente y más riguroso, a esta conclusión del apóstol: *a fin de que el propósito de Dios, según la elección, permaneciera firme.* Estas últimas palabras responden victoriosamente a la suposición de que la palabra de Dios hubiera *caído* (v. 6). Pero, ¿qué significa este propósito de Dios según la elección?, ¿cuál es su objeto? ¿Trátase solamente de ciertos privilegios externos acordados por un tiempo, sobre la tierra, a Jacob, a su familia y a su pueblo, por preferencia a Esaú, a su familia y a su pueblo? ¿O bien se trata de la elección de la gracia de Dios para la vida religiosa y eterna? La primera de estas dos opiniones es ciertamente fundada en el ejemplo histórico que cita el apóstol. Se trataba primeramente para Jacob y Esaú, como para sus respectivos pueblos después de ellos, de las bendiciones teocráticas del pueblo de Dios, que uno heredó y de que el otro fué privado. Pero en cuanto al uso que Pablo haec de este ejemplo, en el conjunto de su carta y en su argumentación actual, se trata nada menos que de la elección para la vida eterna. Todo lo prueba: ora en lo *que precede*, ora en lo *que sigue*, ora en los *ejemplos* mismos que cita para dilucidar su pensamiento. 1º En lo que precede. Hallamos en efecto, algunos versículos más arriba, estos mismos términos de "propósito de Dios" (8:28); ¿qué significan? El apóstol ha respondido declarándonos del modo más solemne que él entiende por ello la obra entera de la gracia de Dios para la salvación eterna, desde su presciencia y llamamiento eficaz, hasta la justificación y la glorificación de un alma (8:29, 30). Bien: aquí, reanuda y desarrolla el mismo pensamiento, a fin de explicar cómo el rechazo de Israel no anula la palabra de Dios (v. 6); se sirve exactamente de los mismos términos (v. 11), ¡y hablaría de algo diferente por completo! Y cuando ha expresado su profundo dolor respecto a Israel, cuando ha dicho: "¡Quisiera ser anatema por mis hermanos!", ¿trataríase de otra cosa que de la salvación de las almas? ¿Usaría este lenguaje si no tuviera en vista más que ventajas teocráticas? 2º En lo que sigue, Pablo habla de la misericordia libre y soberana de Dios (v. 15) y de su ira (v. 22); de la

12 habiendo aún nacido ni hecho algo bueno o malo, para que el propósito de Dios según la elección permaneciera, no por obras sino

13 por el que llama, le fué dicho: "El mayor servirá al menor [9]", con-
forme está escrito: "A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí [10]."

perdición y de la gloria (v. 22, 23), de la justicia de la ley, que no puede salvar (v. 30-32; cap. 10:1 y sig.); de los siete mil que permanecieron fieles, por la gracia, en tiempos de Elías (11: 2 y sig.); por último, de la admisión de los gentiles en la alianza de gracia. (11:11 y sig.). Se ve, no son estos privilegios temporales, es el don de Dios para la vida eterna. 3º En los ejemplos citados aquí por el apóstol, sería comprender mal la posición religiosa de los patriarcas el hacerlos solamente depositarios de privilegios teocráticos y temporales sin relación directa con la salvación. Estar en la alianza de gracia, poseer la promesa de un Libertador, ser guiados por Dios en las sendas de la vida interna, lo mismo que en la vida política del pueblo, era, para los fieles del Antiguo Testamento, la religión, el objeto de la fe y de la esperanza, los medios de la salvación (Hebr. 11:8-16); y todo esto traía la elección de Jacob y de Isaac que cita el apóstol. Sin duda, hay una elección de naciones, elección temporaria y que puede cambiar, como lo prueban los destinos de Israel y de los gentiles (11:11 y sig.), y esta elección ha sido perfectamente realizada en los dos pueblos salidos de Esaú y de Jacob, el primero de los cuales estuvo siempre sujeto al último (2 Sam. 8:14; 2 Reyes 8:20-22; 14: 7,22; 2 Crón. 25:11; 26:2; 28:17); pero el objeto de Pablo, en estos tres capítulos, es precisamente el de mostrar a los que se apoyan en ese privilegio externo, que no es ese, *nacionalismo* lo que acarrea la salvación de los individuos; es únicamente su elección personal, conduciéndolos a la fe, a la obediencia, a la santidad (11:5. Comp. 1 Pedro 1:2).—Por lo demás, esta misteriosa cuestión tiene un lado humano opuesto en apariencia a este punto de vista divino. Véase la nota siguiente.

10. Estas palabras, libremente citadas según Mal. 1:2 y sig., no se refieren, como las que preceden, al tiempo en que Jacob y Esaú "no habían hecho aun ni bien ni mal", sino que denuncian juicios de Dios sobre los Edomitas, descendientes de Esaú, a causa de sus iniquidades. Y es así como la escritura, revelando la soberanía absoluta de Dios en su gracia, revela al mismo tiempo siempre la responsabilidad, la libertad moral del hombre. Aun el rechazo de Esaú, atribuído de un modo tan absoluto al designio de Dios en las palabras del apóstol que preceden, no fué menos evidentemente causado por Esaú mismo cuando, en su baja concupiscencia, vendió su derecho de primogenitura (Gén. cap. 25. Comp. Hebr. 12:16, 17). ¿Hay en ello contradicción, antinomía? Quizás. ¿Acaso está todo explicado en este mundo de tinieblas y de pecado? Si quieres sin embargo una solución, búscala, no en tu razón, sino en tu experiencia moral. —Por lo demás, apenas es necesario hacer observar que en Dios *aborrecer* no es más que la expresión de su absoluta santidad. Se puede comparar acerca del sentido bíblico de esta palabra, tal cual es empleada aquí, Mat. 6:24; Luc. 14:26; Juan 12:25.

III. 14-29. DIOS ES SOBERANO EN EL EJERCICIO DE SU MISERICORDIA. — ¿Habría injusticia en Dios? (14). — No, pues: 1º Dios declaró a Moisés la soberanía de su misericordia, de donde resulta que no depende ni de la voluntad ni de los esfuerzos del hombre. (15, 16). — 2º El ejemplo espantoso del endurecimiento de Faraón prueba la misma verdad. (17, 18). — 3º ¿Por qué, pues, se queja Dios de la incredulidad? (19). — Mas antes, ¿quién eres tú, ¡oh, hombre! para pleitear contra Dios por la justicia? Tiene sobre ti el derecho absoluto del Creador sobre la criatura, como el alfarero sobre el vaso de barro. (20, 21). — 4º Aplicación de esta figura a Israel (22-24). — 5º Esta soberanía de Dios en su gracia y en su justicia es revelada ya por todos los profetas: pruebas sacadas de Oseas y de Isaías. (25-29).

14 ¿Qué, pues, diremos? ¿Hay acaso injusticia [11] en Dios? ¡Nun-
15 ca tal acontezca! A Moisés, en efecto, dice: "Tendré misericordia
del que tengo misericordia, y me compadeceré del que me com-
16 padezco". Luego pues, no es del que quiere, ni del que corre, sino
de Dios que tiene misericordia [12]. Dice, en efecto, la escritura a

11. *¡Injusticia en Dios!* Tal es la grave objeción por cuya refutación Pablo aborda la *segunda* prueba de su tesis de que la palabra de Dios no ha sido anulada por el rechazo de Israel (v. 6, nota). Refuta esta objeción demostrando la soberanía de Dios en su gracia, tal cual la ha revelado en la escritura. Por absoluta que esta prueba pueda parecer a primera vista, es cierto que se da testimonio a sí misma en la conciencia de todo hombre humillado bajo el sentimiento del pecado. Es forzado a confesar que el Creador no podría ser responsable hacia la criatura, y que el Dios santo y justo no debe nada al pecador rebelde, nada, si no es sus castigos. Todo el que no hace humildemente para sí mismo esta confesión, no sabe aun qué es el pecado, ni, por consiguiente, qué es la gracia. El pensamiento de una injusticia en Dios encierra una blasfemia, y llega a nada menos que a pretender que Dios *debe* su salvación al pecador; es pues una audaz negación de la gracia. ¿Una gracia *debida*, sería todavía gracia? Por esto, Pablo se contenta, por toda respuesta, con apelar a la perfecta soberanía de Dios en el ejercicio de su eterna *misericordia*, y para ello cita unas palabras de Dios a Moisés (Ex. 33:19), en las cuales él ve un axioma divino. "Es como si dijera: Lo que nosotros afirmamos, Dios mismo lo afirma de un modo irrefragable". *Bengel.*—Los dos términos que traducimos por *hacer misericordia* y *compadecerse* no son completamente sinónimos: el último es más íntimo y más tierno que el primero.

12. Es decir que la *voluntad* y los *esfuerzos* de un hombre (semejantes a los que un corredor hacía en la arena para obtener el premio) no son jamás el origen, la causa primera de su salud, sino siempre Dios quien tiene misericordia. En otro sentido, esos esfuerzos del hombre pertenecen ciertamente a la obra de la salvación, puesto que el mismo apóstol nos exhorta con la mayor instancia a hacerlos (1 Cor. 9:24-27; Fil. 3:12-

17 Faraón: "Para esto mismo te he suscitado, para mostrar en ti
mi potencia y para que sea publicado mi nombre en toda la
18 tierra". Luego, pues, del que quiere tiene misericordia, y al que
19 quiere endurece[13]. Me dirás pues: ¿Por qué se queja aún? ¿Pues

14); pero estos pasajes indican un *querer* que Dios mismo produce en el alma regenerada, una *carrera* para la cual su misericordia da la fuerza y los medios. Estas palabras de Pablo equivalen pues sencillamente a éstas del Salvador: "Fuera de mí, nada podéis hacer".

13. Aquí el apóstol, prosiguiendo su demostración *(en efecto)*, cita unas palabras de la escritura (Ex. 9:16), y saca de ellas una conclusión general que establece la autoridad soberana de Dios, no solamente en el ejercicio de su misericordia, sino en el ejercicio de un terrible juicio moral, *el endurecimiento*. Mucho más: Pablo, citando este pasaje de la escritura relativo a Faraón, hace sus términos más rigurosos de lo que son en la versión de los Setenta y aun en el hebreo. El hebreo tiene literalmente: "Precisamente para esto te he hecho estar en pie, a fin de hacerte ver mi potencia..." Los Setenta traducen: "Y por causa de esto has sido preservado, a fin de que yo manifieste en ti mi fuerza". Uno y otro texto expresan la idea de que Faraón, en medio de las terribles plagas que ya habían herido su país y su pueblo, no había perecido sino, que subsistía aún por la voluntad de Dios, para ser testigo y objeto de juicios mayores. (Comp. Ex. 9:15). En lugar de este sentido histórico, el término que emplea el apóstol parece traer la idea de que Dios había *suscitado*, es decir hecho nacer y vivir a Faraón *para* el juicio anunciado. Es así cómo lo entiende Calvino, que piensa hallar aquí su doctrina de una reprobación *supralapsaria*, es decir, remontando más allá de la caída, según un decreto absoluto de Dios. Las expresiones de que se sirve Pablo no obligan al exégeta a admitir esa interpretación, y nada autoriza a pensar que haya querido apartarse del sentido histórico del hecho sobre el que argumenta. El *fin* de la acción divina aquí indicado lo prueba igualmente: lo que, en la historia de Faraón, hizo que el nombre de Dios fuera *celebrado por toda la tierra*, no es una misteriosa predestinación a su ruina, sino esa ruina misma, como manifestación del justo juicio de Dios. En cuanto a la conclusión general que saca el apóstol (v. 18), y que atribuye la *misericordia* y el *endurecimiento* a la sola soberanía de Dios *(a quien quiere)*, la exégesis no tiene derecho de cambiar nada al pensamiento así expresado. Pero su deber es no olvidar que, de parte de Dios, que no puede hacer el mal, *endurecer* es un juicio temible ejercido sobre el pecado y la rebelión del hombre. (Comp. Isaías 6:9, 10; Mat. 13:13-15). Es lo que resulta de toda la escritura, y en particular del hecho histórico aquí comentado por el apóstol, en cuyo relato se lee varias veces: "Faraón endureció su corazón". (Ex. 8:15, 28; 9:34) y "Dios endureció el corazón de Faraón". (Ex. 4:21; 7:3, etc.) "El endurecimiento no es ni el principio ni una agravación del pecado; puede ser, al contrario, un medio de impedirlo. Por su naturaleza, el endurecimiento es la ausencia de sensibilidad respecto de la gracia (o a la verdad de Dios); bien: en ciertos casos. Dios puede hacer al hombre insensible, a fín de disminuir su culpabilidad; si éste último tuviera los ojos de su espíritu abiertos, si pudiera ver lo que se le ofrece y sin embargo se obstinara en su rebelión, sería mucho más culpable de lo que es con su insensibilidad". *Olshausen.*

20 quién se opone a su voluntad? Antes bien, oh hombre, ¿quién
21 eres tú que altercas con Dios[14]? ¿Dirá acaso el vaso al que lo
formó: Por qué me has hecho así? ¿O no tiene el alfarero derecho
sobre la arcilla para hacer de la misma masa un vaso para
22 honor y otro para deshonra[15]? Y si queriendo Dios demostrar

14. Por segunda vez (v. 14), el apóstol concede la palabra al razonador que supone delante de él. Evidentemente, lo hace hablar en un tono lleno de orgullosa presunción, de una justicia propia que llega hasta la impiedad, de la que demasiados ejemplos hallaba entre los judíos de su tiempo. No se ha perdido desde entonces el tipo. Por esto el apóstol responde de un modo propio para tapar la boca a todo hombre que tenga la pretensión de tratar con Dios sobre el terreno del *derecho*. La palabra que traducimos por *altercar* es, en el original, un término jurídico. Para el que prefiere la *justicia* a la *gracia*, no queda más que lo que él mismo ha elegido; ahora bien: *tú, ¡oh hombre! ¿quién eres?* No hay más que una respuesta: Tú eres un transgresor de su ley santa, a quien él puede condenar y rechazar para siempre sin que tengas, en justicia, una palabra que replicar. Admitir este *derecho* absoluto de Dios, es la primera e indispensable condición para llegar al conocimiento y a la posesión de la *gracia*, y es siempre la falta del hombre si Dios no se presenta a él sino armado de su justicia, pues que tal es la pretensión del pecador cegado por el orgullo. (Comp. 30-33).

15. Esta severa comparación copiada del Antiguo Testamento (Isaías 45:9; Jer. 18:1-6) sirve de respuesta a cualquiera que quiere contender con Dios en el terreno del derecho y de la justicia, como lo hacían los judíos cuya objeción refuta el apóstol. Pablo se limita a mostrarles la soberanía absoluta e incontestable de Dios. El Todopoderoso halla una masa informe en la humanidad tal cual está por su propia corrupción (pues de ahí toma el apóstol las cosas, como lo prueba su aplicación v. 22-24, y de ningún modo antes de la creación, de modo que justifique la idea de un decreto absoluto remontando más allá de la caída); ahora bien: si de ella Dios saca un pueblo de redimidos a los cuales manifiesta su misericordia, ¿es injusto hacia aquellos que deja en presencia de su justicia, sobre todo cuando ellos mismos escogen la senda de la justicia? (Véase la nota que precede). Cuando, entre muchos criminales, uno es agraciado, ¿es esto hacer agravio a los otros que quedan en poder de la justicia? Como antes de la creación un ser cualquiera carece del derecho de determinar lo que Dios debe hacer de él (un ángel, un hombre, un animal o una planta), así en la creación nueva (Efes. 2:10), el pecador no pueda pretender a la salvación como a un derecho. He ahí la respuesta para el justo a sus propios ojos

23 su ira y hacer conocer su potencia, soportó con mucha longani-
midad vasos de ira arreglados para perdición, y para hacer co-
24 nocer las riquezas de su gloria para con vasos de misericordia, que
antes preparó para gloria, a los que también llamó, a nosotros,
no sólo de entre los judíos sino también de entre los gentiles[16]. . .,

que contiende con Dios: Pablo no le habla más que del derecho. La biblia revela a Dios bajo otro aspecto para los que recurren a su gracia: ellos saben que Dios no obra de un modo arbitrario y fatal, sino siempre de conformidad a su sabiduría y a su amor; ellos saben "que él quiere que todos sean salvados", que "usa de paciencia, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento"; que Cristo no "echa fuera a ninguno de los que a él van" (1 Tim. 2:4; 2 Pedro 3:9; Juan 6:37); saben por último que hay una gran diferencia, en un punto, entre la parábola empleada aquí por el apóstol y la realidad, entre los vasos del alfarero y los pobres pecadores que compara: es que éstos son todos seres morales y responsables; que en todos halla Dios el mal ya existente; que, por último, si los unos no pueden hacerse *vasos para uso honroso*, sino por la obra de su gracia, los otros permanecen tal como están, porque contestan con Dios por vía de la justicia. La arcilla en la mano del alfarero no contiende. Poder hacerlo es la señal de la libertad moral. No olvidaba Pablo esta distinción, bien que aquí tomara a pecho hacer resaltar fuertemente la soberanía de la gracia divina, que no es más que uno de los aspectos de la misteriosa cuestión de la salvación de las almas.

16. La frase es suspendida; terminaría por esta pregunta: ¿"Qué hay que objetar? ¿Dónde está la injusticia? (Versículo 14)". Esta es la aplicación de la parábola (v. 21). Se encuentra el mismo contraste: 1º por una parte, *vasos de ira* (correspondiendo a los "vasos para deshonra" (v. 21), es decir hombres objeto del justo juicio de Dios, de quienes el apóstol dice dos cosas que se explican mutuamente: primero, que Dios los ha *soportado con grande paciencia*, y realmente para darles tiempo de arrepentimiento (2 Pedro 3:9); luego, que quedan sin embargo *dispuestos para la perdición* (verbo pasivo), sin duda por un juicio de Dios, pero evidentemente porque no han aprovechado de su grande paciencia, y no por un decreto que hubiera precedido su nacimiento. 2º Por otra parte, *vasos de misericordia* (correspondiendo a los "vasos para honor", es decir almas que son el objeto de la gracia divina, a quienes Dios ha *preparado para la gloria* (verbo activo) por la obra de su Espíritu. Pablo agrega la observación de que Dios las ha *llamado* a sí tanto de *entre los judíos* como de *entre los paganos*, y halla en este hecho la prueba de que Dios no se ha hecho infiel a su palabra (v. 6, nota), y que tiene derecho de quejarse de que una parte tan grande del pueblo del pacto quede en el endurecimiento. (Vers. 19). En dos palabras: por esta aplicación de su comparación, Pablo muestra bastante bien que no hace del hombre moral una masa de arcilla en la mano de un alfarero, y los v. 30-33 van a poner su pensamiento en plena luz.

25 Como también en Oseas dice: "Llamaré al que no era mi pueblo,
26 pueblo mío, y a la no amada, amada[17]; y será que en el lugar
donde les fué dicho: Vosotros no sois mi pueblo, allí serán lla-
27 mados hijos del Dios viviente"[18]. Mas Isaías clama sobre Israel:
"Si fuere el número de los hijos de Israel como la arena del mar,
28 el residuo será salvado[19], pues consumando y abreviando sen-
tencia en justicia. . ., pues sentencia abreviada hará el Señor so-
29 bre la tierra[20]". Y conforme ha dicho antes Isaías[21]: "Si el

17. Oseas 2:23 (2:25 en las biblias hebraicas y la versión Segond), libremente citado, sin seguir exactamente ni el hebreo, ni los Setenta. Comp. 1 Pedro 2:10, donde los términos principales de este pasaje se encuentran más literalmente traducidos, y aplicados, como aquí, a la conversión tanto de los judíos como de los paganos, bien que el profeta tuviera sobre todo en vista la restauración de Israel. De parte de Dios, es siempre el mismo acto de su misericordia sin ningún mérito del hombre. Importaba al apóstol justificar así a los ojos de los judíos, por una serie de profecías, la vocación de los paganos. (Vers. 24).

18. Oseas 1:10 (2:1, en las biblias hebr. y la versión Segond), literalmente citado.

19. Pensamiento serio, que aparece a menudo en los profetas en ocasión de los juicios de Dios, y que, destruyendo las orgullosas pretensiones del pueblo judío, servía admirablemente al propósito del apóstol, que era de mostrar que el rechazo de Israel como pueblo, no anulaba el propósito de la misericordia de Dios. (Isaías 10:22; 4:3; 6:13; Amós 9:9 y sig.; Sofon. 3:12; Zacarías 13:9).

20. Isaías 10:21, 22. En la profecía de Isaías, estas citas no forman más que una sola declaración, como aquí. (Versículos 27 y 28). La versión griega que emplea el apóstol tiene literalmente: "Pues él abrevia y cercena la palabra en justicia, porque el Señor, Dios de los ejércitos, hará palabra cercenada sobre toda la tierra". (*Palabra*, en las lenguas originales de la biblia, significa también un asunto, un juicio, una sentencia pronunciada). Esta versión difiere del hebreo, que tiene: "La destrucción es resuelta, la justicia desborda, pues el Señor, Jehová de los ejércitos, hace destrucción y decisión en medio de toda la tierra". El apóstol ha citado sin embargo la versión griega, porque ella también expresa el pronto juicio de Dios, en el cual se cumplirá la sentencia expresada en el v. 27. El profeta describe en este pasaje los temibles juicios que debían herir al pueblo judío antes del tiempo de la venida del reinado de Dios bajo el nuevo pacto; el apóstol podía, pues, aplicarlo al rechazo de Israel, pero reservando, como el profeta, "el pequeño residuo de los salvados". (Vers. 27, comp. 11:5.)

21. Es decir, ni una profecía precedente: Isaías 1:9. Esta declaración enérgica de la corrupción del pueblo justifica demasiado los juicios de Dios sobre él, y su rechazo, sin que, por ello, ninguno tuviera el dercho de "contender con Dios". (Vers. 20).

Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado descendencia, habríamos sido hechos como Sodoma y asemejados a Gomorra".

IV. 30-33. POR QUÉ NO HA RECIBIDO ISRAEL EL EVANGELIO. — 1º ¿Qué diremos, pues, de esta demostración? Que si la causa del desecho o de la salvación está en la soberanía de Dios, no lo está menos en la libertad moral del hombre, pues pobres paganos, que no tenían ninguna pretensión a la justicia delante de Dios, han encontrado la justicia por la fe (30) — 2º mientras que Israel, en su orgullosa justicia propia, ha despreciado la justicia de la fe y tropezado contra esta piedra de tropiezo (31, 32). — 3º y así ha cumplido una profecía de Isaías, como el creyente la realiza en un sentido opuesto. (33).

30 ¿Qué, pues, diremos? Que gentiles, que no perseguían la
31 justicia, han obtenido la justicia; la justicia, digo, que es por la
fe; mas Israel, persiguiendo una ley de justicia, no ha llegado a
32 una ley de justicia. ¿Por qué? Porque no [era] por fe sino como
por obras, pues han tropezado con la piedra del tropiezo [22], con-
33 forme está escrito: "He aquí, pongo en Sión una piedra de tro-
piezo y una roca de escándalo", y "el que cree en él no será
avergonzado" [23].

22. Estas últimas palabras, tan claras para todo el que comprende los cap. 3 y 4 de esta epístola, dan la clave de todo lo que ha podido parecer obscuro en el presente capítulo, con relación a la reprobación. El apóstol declara aquí positivamente que los israelitas han sido rechazados porque han querido hacer valer delante de Dios las *obras* de su propia *justicia* según la *ley*, y basarse así sobre un *derecho* para entrar en su reinado, adonde sólo la libre gracia de Dios puede introducir al pecador arrepentido y creyente. No es, pues, Dios quien los había destinado a la perdición; pero si los ha tratado según el rigor del derecho, es porque ellos mismos se habían colocado en ese terreno y contendían con él. Vers. 29, nota). La *ley de justicia* es la que procuraría la *justicia*, que justificaría, si fuera perfectamente cumplida; tal era la pretensión de los judíos, lo que ellos *perseguían;* pero sería necesario, para ello, no haber transgredido jamás esta ley, sería necesario ser santo y justo! Tal ha sido para ellos la *piedra de tropiezo* adonde va a estrellarse todo el orgullo de la justicia propia. Los gentiles, al contrario (literalmente *gentiles*, algunos, no se trata de todos), a quienes la ley de justicia no era revelada, no perseguían la salvación por ese camino; ellos vivían "según la vanidad de sus pensamientos"; pero en cuanto fueron llamados, recibiendo la gracia *por la fe*, sin ninguna pretensión a la justicia propia, encontraron lo que no habían buscado.

23. Aquí el apóstol, que acaba de probar estas palabras tan duras para los judíos, de que han tropezado contra la piedra de tropiezo, quiere justificarla por la palabra profética, y para esto aproxima dos pasajes de Isaías (28:16 y 8:14) que cita libremente apropiándolos a su pensamiento. Y agrega: El que, en lugar de *tropezar, cree, no será confundido!* La palabra del texto recibido, *cualquiera*, no es auténtica.

CAPITULO X.

I. *Israel ha caído por su propia justicia, pues el hombre no es salvado sino por la justicia de la fe, 1-13.* — II. *Esta salvación ha sido anunciada a los judíos, mas ellos la desecharon desde los tiempos de Moisés y de los profetas, 14-21.*

I. 1-13. ISRAEL HA CAÍDO POR SU PROPIA JUSTICIA Y SU INCREDULIDAD. — 1º Aunque digo a mis hermanos tan duras verdades, no dejo de tener en mi corazón un vivo afecto por ellos, y oraciones para que sean salvados (1); — yo doy testimonio de su celo; pero lo que prueba cuán falto del verdadero conocimiento es ese celo, es que ignoran al mismo tiempo la justicia de Dios y la nulidad de su justicia propia en la que se apoyan, pues Cristo, el fin de la ley, es la verdadera justicia. (2-4). — 2º Para *vivir* por la ley sería necesario haberla cumplido perfectamente; ahora bien: esto es imposible al hombre pecador, y su conciencia hacía oír, desde los días de Moisés, sobre esa imposibilidad, una queja dolorosa, que, en presencia del evangelio, no tiene ya fundamento y no sería más que incredulidad. (5-8). — 3º Creer de corazón que Jesús es el Señor, confesarle con amor, tal es para todos el medio de la salvación: la escritura lo declara, y Dios es rico en su gracia para acordarla a todos los que le invocan. (9-13).

1 Hermanos, el deseo de mi corazón y mi súplica a Dios por
2 ellos es para salvación [1]. Les doy, en efecto, testimonio de que
tienen celo de Dios, pero no según conocimiento, pues ignorando la
3 justicia de Dios y procurando establecer la justicia propia, no se
sujetaron a la justicia de Dios [2]. En efecto, el fin de la ley

1. Por segunda vez (9:1, nota) Pablo siente la necesidad de expresar su ardiente amor por su pueblo, tanto más cuanto que tenía severas verdades que decirte. Nombra a los israelitas con emoción *hermanos*, les asegura del *deseo de su corazón*, de sus *oraciones* por su *salvación*. Su tierna caridad, su dolor, harán tanto más impresionantes las verdades que van a seguir. En lugar de *por ellos*, el texto recibido dice: *por Israel*, lo que no es auténtico.

2. El apóstol prosigue aquí su pensamiento. (9:30-3.) Este *celo por Dios* tenía en general por objeto las cosas no esenciales; era sin *verdadero conocimiento* (sentido del grie-

4 es Cristo, para justicia a todo el que cree [3]. Moisés, en efecto,
5 describe la justicia que es por la ley: El hombre que las
6 hiciere vivirá por ellas" [4]; mas la justicia que es por la
7 fe habla así: "No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al
cielo?" esto es traer abajo a Cristo; o "¿Quién bajará al abismo?"
8 esto es hacer subir a Cristo de entre los muertos. ¿Pero qué
dice? "Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu cora-
9 zón"; ésta es la palabra de la fe que predicamos [5]. Porque si

go); la prueba está en que *no conocían* esta cosa suprema, la *justicia de Dios*, lo que los retenía en el pernicioso error de *querer establecer su propia justicia.* (Véase sobre esta noción importante de la *justicia de Dios* por oposición a la *propia justicia* del hombre, 1:17, nota; y 3: 21, nota). Nuestro capítulo, suministrando la prueba de la afirmación de 10:3, contiene la *segunda* parte de la demostración de Pablo relativa al destino del pueblo judío. (Véase 9:1, nota.)

3. Gr. "Pues el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo creyente". Las diversas significaciones de esta voz, el *fin,* se encuentran reunidas aquí por la naturaleza misma del asunto: la ley ordena; muestra la transgresión y la condena, pero no da ninguna fuerza para observar lo que ella ordena; como tal, es un institutor destinado a llevarnos a Cristo, que, en este primer sentido, es *la meta* de la ley. (Gál. 3:24). Pero no lo es más que en cuanto cumple la ley, sea en sí mismo, sea en los suyos, por la vida nueva que él les comunica. En este segundo sentido, él es *el cumplimiento* de la ley. Por último, en cuanto la ley era una institución preparatoria y temporaria, que debía cesar con su plena realización en Cristo (véase Luc. 16:16); en vista sobre todo de que los derechos y el ministerio de condenación de la ley cesan totalmente para los que recurren a la gracia, y en el sentido más ordinario de esta voz, Cristo es, en este tercer punto, el *fin* de la ley. Y sobre todo en este último sentido el apóstol pronuncia esta grande verdad, pues, por una parte, la opone, de modo absoluto, al error judío de la salvación por "la propia justicia" (v. 3), por medio de la ley que, en este sentido, ha tenido *fin;* por la otra, expone, en los vers. que siguen (5-13), el gran contraste entre esa ley y el nuevo medio de salvación, la justicia de la fe. Mas, en todos sentidos, Cristo no es *el fin de la ley* más que para aquellos en quienes produce, *por la fe,* la verdadera justicia, es decir, todo lo que la ley exige y no puede dar.

4. Lev. 18:5. Comp. Gál. 3:12; Luc. 10:28. Es ése, en efecto, un camino de salud. Todo el que procura seriamente andar por él, reconoce pronto, con dolor y humillación, la imposibilidad, y busca de llegar a la meta, la *vida,* por la senda de la gracia, que el apóstol, en los vers. siguientes, opone a la primera.

5. Deut. 30:11-14. Este pasaje de Moisés que el apóstol comenta que él completa por los hechos del evangelio y que opone a otro pasaje del mismo Moisés (v. 5), es menos una cita que una imitación libre, un cua-

confesares con tu boca a Jesús por Señor, y creyeres en tu
corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvado [6].
10 Con el corazón, en efecto, se cree para justicia, mas con la boca

dro dentro del cual presenta su pensamiento. Sin embargo hay en estas hermosas palabras del Deuteronomio un sentido íntimo y espiritual que está en completa armonía con esta *palabra de la fe* que Pablo expone aquí. El uso que de él hace muestra por lo menos que a sus ojos, el medio de salud por gracia, por la fe, no era enteramente extraño al Antiguo Testamento. (Comp. 1; 2; 3:21; 4:1 y sig.) En efecto, jamás habría habido, en el antiguo pacto, hombres reconciliados con Dios, llenos de su paz, gustando cuán bueno es el Señor, hallando su ley más dulce al alma que la miel a la boca (Sal. 19:10; 34:8), cantando con placer el perdón de sus pecados (Sal. 32; 103), si no hubieran sido justificados por la gracia, por medio de la fe. Este medio de salud les había sido revelado por los sacrificios, por todos los símbolos del culto, por todas las promesas de Dios, y en particular por algunas declaraciones de la condescendencia y del amor de Dios, como la que el apóstol cita aquí, oponiéndola a las rigurosas exigencias de la ley. (Vers. 5.) Así pues (tal es el razonamiento del apóstol), así ya bajo el antiguo pacto, bien comprendido, el hombre no estaba reducido a decirse con desesperación: "¿Quién subirá a los cielos, o quién pasará del otro lado del mar para traernos este mandamiento, a fin de que lo hagamos?" es decir, ¿quién tentará lo imposible? Pues no solamente Dios, en su infinita misericordia, había revelado de los cielos esta *palabra,* sino que su gracia la había puesto *en la boca y en el corazón* del creyente y se había hecho por tanto posible y fácil. (Comp. Jer. 31:33.) Ahora bien: Cuánto más completo y más al alcance del pecador es este medio de salud, la *justicia por la fe,* que el apóstol personifica y hace hablar aquí (v. 6), en el nuevo pacto! Bajo éste, decir aún: *"¿Quién subirá a los cielos?"* sería *hacer descender a Cristo,* es decir negar que haya descendido ya para revelarnos todo el consejo de Dios, para rescatarnos de la maldición de la ley; sería exigir que lo hiciera una segunda vez. (Juan 1: 17, 18; 3:13, 31; 6:38; 7:28; 16:28; 1 Tim. 1:15 1 Juan 5:20). Decir aún: *"¿Quién descenderá al abismo?"* sería *traer a Cristo de entre los muertos,* es decir, negar que ya haya "muerto por nuestras faltas y resucitado por nuestra justificación", que haya vencido, por su muerte y su gloriosa resurrección, el pecado y la muerte; esto sería volver a pedir su sacrificio y toda su obra de redención, y precisamente es esta incredulidad lo que el apóstol reprocha a los judíos en estos capítulos. Así, lo que ha sido imposible al hombre no teniendo más que la justicia de la ley, le es ofrecido en Cristo, quien, por la fe, le pone en posesión de todos sus derechos, de su justicia, de su vida. No se trata ya para el pecador, a fin de ser justificado y salvado, más que de "creer con el corazón y confesar con la boca" (v. 9).

6. Aquí y en el vers. siguiente el apóstol toma estas palabras: *tu boca, tu corazón* del pasaje de Moisés

11 se hace confesión para salvación [7]. Dice en efecto la escritura:
12 “Todo el que cree en él no será avergonzado” [8], pues no hay di-

que ha citado, y las interpreta con tanta espiritualidad como profundidad. Ya bajo el antiguo pacto, Dios había dado al hombre su palabra, para que la llevara en su corazón por una fe viva, y en su boca por una confesión valiente y fiel de la verdad divina. ¡Cuánto más debe ser así bajo el evangelio! *Confesar* que *Jesús es el Señor* (tal es el sentido del original) contien toda la obediencia de la fe; creer que *Dios le resucitó de los muertos*, es abarcar toda su obra de redención, de que su resurrección ha sido el triunfo y coronamiento. (4:25, nota.) De donde resulta que los que niegan la resurrección de Cristo Jesús o la declaran indiferente a la vida de la fe, no han comprendido absolutamente nada de la esencia del cristianismo.

7. El apóstol generaliza aquí en un principio profundo lo que acaba de decir en un sentido especial al aplicar la cita de Moisés. Mas, mientras en el vers. precedente ha dejado la *confesión de la boca* y la *fe del corazón* en el orden del pasaje que cita, las traspone aquí por un tacto íntimo de la verdad, pues la fe debe preceder la confesión y producirla. Sin embargo, son inseparables, así como su objeto respectivo, la *justicia* (justificación) y la *salvación*. La fe y la confesión, la justicia y la salvación, son ideas correlativas que responden, como el corazón y la boca, a lo interno y a lo externo. Toda justificación que no produjera la salvación, es decir la liberación final de todo pecado y de toda muerte, no sería la verdadera justicia; igualmente, toda fe que no se diera testimonio por la confesión, no sería la fe. “¡Creí, por lo tanto hablé!” De qué importancia no es, pues, la confesión de la fe que para la iglesia y para cada cristiano, puesto que la palabra santa nos la presenta aquí como una parte integrante de la obra de Dios en el hombre. Es así realmente como lo entendía la iglesia de los primeros siglos, puesto que allí mismo donde la confesión acarreaba el sacrificio de la vida, excluía de su seno a los que tenían la debilidad de callar este testimonio. (Comp. 1 Tim. 6:12; Hebr. 4:14; 10:23).

8. Isaías 28:16. Palabras citadas ya antes, 9:33, y que prueban por la escritura la importante verdad expresada en el v. 10, de que la fe del corazón justifica.

9. Joel 2:32. Las palabras del vers. precedente, según el original, “todo creyente en él”, suministran al apóstol la ocasión de observar aún que no hay ninguna diferencia entre el judío y el griego, que no hay para todos más que un mismo medio de salud, lo que entra perfectamente en su argumentación dirigida a los israelitas. El *Señor*, de quien habla aquí el apóstol, es Cristo, como lo muestran los v. 9-11; la *riqueza* que le atribuye, es la riqueza de su gracia; por último la *invocación* con que le rinde homenaje, es la adoración y la oración, como en Actos 2:21; 7:59; 22:16; 1 Cor. 1:2, culto que sería una idolatría si Cristo no fuera Dios. Hay más: el pasaje de Joel (2:32), aplicado a Jesucristo, le da el nombre soberano de Jehová, siempre traducido por la voz *Señor* en la versión de los Setenta de que se servían los

ferencia de judío y de griego pues el mismo es Señor de todos,
13 rico para todos los que le invocan, pues “todo el que invocare el
nombre del Señor será salvado” [9].

II. 14-21. LA SALVACIÓN HA SIDO ANUNCIADA, PERO ISRAEL LA RECHAZÓ. — 1º Es necesario que la salvación sea anunciada a todos, pues para “*invocar* el nombre del Señor” hay que creer en él, y para creer en él hay que haber oído su voz por los mensajeros de buenas nuevas que saludaba anticipadamente el profeta Isaías. (14-16). — 2º ¿Ha carecido Israel de este medio de llegar a la fe? No, mas desde los días del profeta, pocos han creído a la predicación. (16-18). — 3º Israel ha podido conocer tan bien estas cosas, que, desde Moisés hasta Isaías, la vocación de las naciones paganas mismas estaba anunciada, y el antiguo pueblo de Dios ha persistido en su rebelión. (19-21).

14 ¿Cómo, pues, invocarán a aquél en quien no han creído? [10]
¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán
15 sin predicar? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados, con-
16 forme está escrito: “¡Cuán hermosos los pies de los que anun-
cian paz, de los que anuncian cosas buenas!” [11] Pero no todos
obedecieron al evangelio, pues Isaías dice: “Señor, ¿quién ha
17 creído a nuestra predicación?” [12] Luego la fe viene de la pre-
18 dicación, y la predicación viene de la palabra de Dios [13]. Pero

apóstoles. Por último Pablo prueba por una declaración absoluta de la escritura (v. 13) lo que acaba de enseñar (v. 9-12) sobre la potencia salutífera de la fe.

10. Esta pregunta resulta necesariamente del v. 13, como las preguntas siguientes resultan de esta primera.

11. Isaías 52:7. Por esta serie de preguntas, que resultan unas de otras de una manera tan concluyente, el apóstol quiere a la vez justificar a los ojos de los judíos la necesidad y la universalidad de la predicación del evangelio (basándose sobre v. 11-13), y declarar que tal es la voluntad expresa de Dios para con todos los pueblos. La obra de la misión, a la cual Pablo consagraba su vida, es pues de la esencia misma del evangelio, y la iglesia que descuida este deber, ha caído, por el mismo hecho, de su origen; se suicida, o muestra más bien así que ya está muerta.

12. Isaías 53:1. La conclusión de las preguntas que preceden se encuentra en el v. 17, pero el apóstol se anticipa aquí ya sobre este pensamiento, mostrando que, mientras Dios quiere que la salvación sea anunciada a todos, todos no reciben esta salvación. Tal ha sido el pecado de Israel y tal es siempre la causa única de la perdición, la incredulidad.

13. Por consiguiente, es necesario que esta palabra sea anunciada a todos. (Vers. 14:15). Otros traducen literalmente: “la fe viene de oído”, es decir de la *predicación*

digo: ¿Acaso no han oído? Antes bien "por toda la tierra se
ha extendido la voz de ellos, y hasta los extremos del mundo sus
19 palabras" [14]. Pero digo: ¿Acaso no ha conocido Israel [15]? Moi-
sés el primero dice: "Yo os provocaré a celos por lo que no es
nación; por una nación sin entendimiento os provocaré a ira [16]".
20 E Isaías se atreve y dice: "Fuí encontrado por los que no me
buscaban; manifiesto me hice a los que no preguntaban por

oida. Lutero traduce directamente: "la fe viene de la *predicación*", como nuestras versiones en el v. 16, donde la palabra hebrea citada de Isaías es exactamente la misma. (Comp. Gal. 3:2, nota). Pero, para que la *predicación* produzca la *fe*, es necesario que ella sea el eco fiel y vivo de la *palabra de Dios*, de su revelación, pues no entendemos aquí por esta voz, con algunos intérpretes, la *orden de Dios*, la orden que ha dado de predicar el evangelio.

14. Gr. "mundo habitable" o "habitado". Sal. 19:. Este salmo habla de la gloria de Dios manifestada, primero por las obras de la creación, luego por la palabra de Dios, que es perfecta y sobrepuja por mucho este primer medio de revelación. El apóstol toma el salmo en su conjunto y atribuye a la palabra lo que se dice de la creación. Lo mismo que las estrellas de los cielos cuentan la gloria de Dios, así lo hacen sus mensajeros en su reinado espiritual. He ahí cómo responde el apóstol a su pregunta: *Acaso no la han oído?* y quita a los judíos todo pretexto de su incredulidad (comp. v. 19), pues ya entonces el evangelio era anunciado en todas las regiones del Oriente en donde los judíos vivían dispersos.

15. Gr. "¿No ha conocido?" El apóstol insiste en su pregunta (v. 18), a fin de hacer resaltar tanto mejor la responsabilidad y la culpabilidad de Israel, que habría podido *conocer*, no solamente la salvación por la predicación de los profetas, sino también el designio de la misericordia divina de hacer anunciar esa salvación a todas las naciones. Así Pablo se contenta con citar aún tres pasajes en los cuales el Espíritu de Dios anunciaba anticipadamente que los gentiles serían preferidos al pueblo electo, no por un cambio arbitrario en los designios de Dios, sino a causa de la rebelión obstinada de ese pueblo (Vers. 21).

16. Deut. 32:21. Estos *celos* y esta ira de *Israel* "contra lo que no es pueblo", según el término original, es decir contra esas naciones paganas que un profeta llamaba *lo ammi*, "no mi pueblo" (Oseas 2:23 ó 25), esos celos y esa ira duran desde hace diez y ocho siglos y cumplen la profecía pronunciada hace más de tres mil años. Estas expresiones recuerdan las pasiones ardientes de una esposa abandonada de su esposo a causa de sus infidelidades; hay en esta hermosa figura el pensamiento de que un día ese amargo sentimiento de abandono se convertirá en un ardiente deseo de volver al celestial Esposo demasiado tiempo ofendido. Es lo que el apóstol dirá más claramente en el capítulo siguiente.

17. Isaías 65:1, citado de memoria, en parte según el hebreo, en parte según los Setenta. El hebreo dice: "Fuí buscado de los que no me preguntaban; fuí encontrado por los que no me buscaban". La *osadía* que Pablo encuentra en estas palabras de Isaías no consiste solamente en que el profeta anunciaba tan claramente, en su tiempo, la vocación de los paganos, sino en que esta vocación, esta manifestación de Dios y de todas las riquezas de su gracia, debiera tener lugar de una manera tan gratuita, y en favor de hombres que aún ni siquiera tenían un pensamiento para Dios.

21 mí [17]". Mas cuanto a Israel dice: "El día entero extendí mis
manos a un pueblo desobediente y contradictor [18]".

18. Isaías 65: 2, citado conforme a los Setenta. El hebreo tiene: "a un pueblo refractario". Estos dos pasajes, en el profeta, se siguen inmediatamente y se explican uno al otro. El apóstol no pierde un instante de vista su argumentación principal con el pueblo de Israel (Véase 9:2, nota). "...Israel, a fin de mantener su propia justicia y de perpetuar su monopolio, ha desechado la salvación gratuita y declarado la guerra al universalismo evangélico. Ninguna excusa imaginable puede atenuar esta doble falta... Ha perservado en su resistencia... (Vers. 21). El proceso está ya instruído. Los hechos prueban que Dios no lo ha excluído arbitrariamente, pero que si le rechaza hoy, no es sino después que Israel se ha rehusado obstinadamente a entrar en sus caminos". *Godet.*

CAPITULO XI.

Dios no ha desechado su pueblo, pues: I. *La caída de Israel jamás ha sido universal, puesto que los elegidos han sido salvados, 1-10.* — II. *No ha tenido lugar para siempre, sino que la bendición entregada a los gentiles volverá a Israel, 11-24.* — III. *El apóstol anuncia positivamente la salvación del pueblo elegido, 25-32.* — IV. *Anticipadamente entona un cántico de alabanza por los caminos misericordiosos de Dios, 33-36.*

I. 1-10. DIOS NO HA DESECHADO SU PUEBLO, PUES 1º LA CAÍDA DE ESTE PUEBLO NO HA SIDO JAMÁS UNIVERSAL. — ¿Habría desechado Dios a su pueblo, contrariamente a sus promesas? No, pues: 1º Yo mismo, Pablo, pertenezco a ese pueblo y he recibido el evangelio (1); — 2º En los peores días de la historia de ese pueblo, en el tiempo de Elías, Dios tenía aún millares de fieles (2-4); — 3º lo mismo ocurre hoy: Dios tiene su pueblo según la elección de gracia, no según las obras (5-7); — 4º luego han quedado solos en el endurecimiento los que han buscado la salvación por sus obras, cayendo bajo el juicio de Dios anunciado por los profetas. (8-10).

1 Digo pues: ¿Acaso ha desechado Dios a su pueblo? ¡Nunca
tal acontezca! pues también yo soy israelita, de la descendencia

2 de Abrahán, de la tribu de Benjamín[1]. No ha desechado Dios
a su pueblo, al que preconoció[2]. ¿O no sabéis qué dice en Elías
3 la escritura, cómo presenta queja a Dios contra Israel[3]?: "Se-
ñor, a tus profetas han matado, tus altares han derruído, y yo
4 he quedado solo, y buscan mi vida!" ¿Pero qué dice la divina
respuesta[4]? "He reservado para mí siete mil varones, los cuales
5 no han doblado la rodilla a Baal"[5]. Así pues, también en el
tiempo presente ha quedado un residuo según la elección de la
6 gracia. Y si por gracia, ya no es por obras; de otro modo la

1. La prueba más evidente de que Dios no ha desechado a su pueblo, como tal, sino que, por él, quiere aún cumplir sus designios de misericordia para con la humanidad que en pocas palabras, la elección de ese pueblo permanece firme, está en que el apóstol, lo mismo que la mayor parte de sus compañeros de tarea, era israelita. (Comp. Fil. 3:5). Y para que no se pueda ver en esto una excepción aislada, va a recordar, por un ejemplo del Ant. Testamento que millares de otros han participado siempre de la misma gracia. Por esto llega Pablo a la *tercera* parte de su demostración. (Véase la introducción y 9:1, nota). "El apóstol procura consolar a los que dirigen una mirada dolorosa hacia Jerusalén. Los desarrollos precedentes han preparado este resultado, pero aún no lo han alcanzado. Han reducido a silencio las acusaciones contra Dios y han establecido en su lugar la acusación contra Israel, revelando su resistencia a Dios y su ciega falta de inteligencia. Pero no es eso aún una consolación. Pablo nos ha hecho así descender al abismo; ahora nos hace subir y ver en el juicio de Dios al mismo tiempo su misericordia y la obra bendita de esta." *Schlatter*.

2. Este preconocimiento o presciencia de Dios es, a los ojos del apóstol, una garantía de la fidelidad divina, pues no es ésa una presciencia pasiva o simplemente metafísica, sino un acto de su misericordia, que es eterna. (Comp. 8:28).

3. Gr. "Qué dice la escritura en Elías, cómo se presenta ante Dios (o intercedió) contra Israel', es decir, presentó ante Dios su causa, su querella con Israel. (1 Reyes, 19:10).

4. Gr. "Mas qué dice la respuesta divina (o el *oráculo*)". Es éste el único pasaje donde este substantivo se halla en el Nuevo Testamento, pero el verbo se halla varias veces (Mat. 2:12, 22; Luc. 2:28; Actos 10:22, etc.).

5. 1 Reyes 19:18, citado libremente. *Baal* o *Bel* era una divinidad fenicia a la cual los israelitas idólatras dieron frecuentemente culto, particularmente en tiempos de los últimos reyes. Se encuentra este nombre con artículo ora masculino, como aquí en el original, ora femenino, como en la versión griega que cita el apóstol, porque este ídolo representaba al mismo tiempo se cree, el sol y la luna. No adorarlo en esos tiempos tenebrosos, era permanecer fiel al Dios verdadero; y aun en los días de Elías que, en su desaliento se creía solo, había *siete mil* de esos fieles en Israel. Prueba de que Dios no ha desechado a su pueblo. Vers. 1). Y ésta es la con-

7 gracia ya no es gracia[6]. ¿Qué pues? Lo que Israel busca, esto
no ha obtenido, mas la elección lo ha obtenido; mas los demás
8 fueron endurecidos[7], conforme está escrito: "Dióles Dios espí-
ritu de aturdimiento, ojos para no ver y oídos para no oír hasta
9 el día de hoy"[8]. Y David dice: "Sea hecha para ellos su mesa
una trampa, y caza, y tropezadero, y retribución. Sean entene-
10 brecidos sus ojos para no ver, y dobla continuamente su es-
palda"[9].

II. 11-24. DIOS NO HA DESECHADO SU PUEBLO, PUES 2º LA BENDICIÓN ACORDADA A LOS PAGANOS POR SU MEDIO VOLVERÁ A ÉL. — ¿Han caído defi-

clusión que saca el apóstol para la época en que él vivía (Vers. 5).

6. Comp. 4:4, 5. Conforme a este principio evidente, el apóstol muestra en el vers. siguiente por qué tantos israelitas no han obtenido la gracia. El texto recibido añade: *y si por obras, no es ya por gracia; de otro modo la obra no es ya obra.* Esta frase falta en los antiguos manuscritos; es una glosa que no agrega nada al pensamiento, y que, del margen, habrá sido introducida en el texto por la negligencia de algún copista.

7. *Israel no ha obtenido* lo que *buscaba* (9:31), porque lo buscaba por las obras, no por la gracia que sola lo dá. De ahí el *endurecimiento*, por el orgullo de la justicia propia, en oposición a la *elección* divina. (Comp. 9:30-32). Las citas que siguen atribuyen este endurecimiento a un juicio de Dios, merecido por la incredulidad y la rebelión (9:10, nota).

8. Esta citación es sacada de diversos pasajes esparcidos en el Ant. Test. (Isaías 6:9, 10; Deut. 29:4; Isaías 29:10). De modo que los israelitas del tiempo de Pablo no debían ver nada de inaudito ni de arbitrario en el severo juicio que Dios ejercía entonces sobre ellos a causa de su infidelidad. Y es siempre para llegar a la conclusión. Dios no ha desechado a su pueblo (v. 1), su verdadero pueblo según la gracia. (Verds. 5-7).

9. Sal. 69:23, 24. Estas palabras en las circunstancias en que fueron pronunciadas eran al mismo tiempo la expresión de la severa justicia de Dios, y una profecía para el porvenir. Tal es el sentido que les da evidentemente el apóstol, a fin de justificar, a los ojos de los judíos incrédulos de su tiempo, los juicios muy semejantes que provocaban ellos por su enemistad contra el evangelio de la gracia en Jesús. Pero no se deduce que imprecaciones de esta naturaleza fueran conformes al espíritu del evangelio en lo boca de ningún cristiano. Jesús oró por sus verdugos.—Su *mesa* es el símbolo de la prosperidad, del comer y del beber, cosas que se tornan en *lazo* para los enemigos de Dios. *Ojos obscurecidos para no ver*, es la expresión de ese juicio de Dios tan a menudo denunciado contra el orgullo y la incredulidad. *Espalda encorvada* bajo un yugo o bajo pesados fardos, es la figura de la servidumbre en que cae el hombre en rebelión contra Dios.

nitivamente los judíos? No, pues 1º si su falta ha sido la salvación de los paganos, y su derrota la riqueza del mundo, ¿qué será su plena restauración? (11, 12). — 2º Esto os digo, a vosotros, paganos convertidos, a fin de excitar a mi pueblo a un santo celo y salvar algunos (13, 14). — 3º Este pueblo es las primicias, la raíz del olivo, que queda santa delante de Dios; que si algunas ramas han sido cercenadas, y si tú, olivo silvestre del paganismo, has sido injertado en ellas, no te levantes por orgullo contra la raíz que te soporta, sino teme, sin lo cual no alcanzarás más indulgencia que aquellas ramas. (15-21). — 4º Considera, pues, con humildad la bondad de Dios para contigo, su severidad para con Israel, pues si no perseverares tú en esa bondad serás cercenado; y ellos, al contrario, si no perseveraren en su incredulidad, serán nuevamente injertados, no contra naturaleza como tú, olivo silvestre, sino sobre su natural raíz. (22-24).

11 Digo pues: ¿Acaso han tropezado para caer [10]? ¡Nunca tal
acontezca! Pero por su falta la salvación viene a los gentiles,
12 para provocarlos a celo [11]. Y si su falta es riqueza del mundo,
y su reducción riqueza de los gentiles, ¡cuánto más será su ple-
13 nitud [12]! Pues a vosotros hablo, gentiles; por cuanto, en efecto,

10. Se trata aquí de los *endurecidos*. Vers. 7). Todo el pensamiento del apóstol está en el contraste de estos dos verbos: ¿han *tropezado*, a fin de que *cayesen* definitivamente, sin restauración? Los versículos que siguen (v. 11-24) contienen la respuesta a esta pregunta.

11. Comp. 10:19, segunda nota.

12. Pablo ha planteado (v. 11) una grave cuestión que ha resuelto negativamente, y, para prueba, afirma que por la *falta* de los judíos, la *salvación* llega a los paganos; que esa *falta* hace la *riqueza* del mundo; que su *reducción* o *disminución* o *derrota* (por oposición a su *plenitud futura*) se ha tornado en la *riqueza* de las naciones paganas. ¿Cómo? es lo que nos explica el Salvador en la parábola de los viñadores infieles. (Mat. 21:4143). Los viñadores han matado a los siervos del padre de familia, y hasta su propio hijo; los judíos mismos, a quienes el Salvador pregunta qué hará el padre de familia a esos viñadores, responden; "Hará perecer miserablemente a esos malvados y arrendará la viña a otros viñadores que le darán los frutos de ella en su tiempo". El Señor confirma esta sentencia y agrega. 'Por tanto os digo que el reino os será quitado, y dado a una nación que llevará sus frutos". Y, en plena conformidad con este designio de Dios, después del endurecimiento de Israel, los apóstoles hicieron a los judíos rebeldes esta seria declaración: "A vosotros primeramente era necesario anunciar la palabra de Dios; mas puesto que la desecháis y os juzgáis vosotros mismos indignos de la vida eterna, nos volvemos hacia los gentiles". (Actos 13:46. Véase también Actos 18: 6). Y en un sentido más profundo, más absoluto, es realmente la falta de Israel, la crucifixión del Santo y del Justo, lo que ha hecho la riqueza del mùndo. Si el rechazo pues del Salvador por los judíos, cuya

14 yo soy apóstol de los gentiles, mi ministerio glorifico, [por ver]
si de algún modo provocare a celos a mi carne y salvare algunos
15 de ellos [13]. En efecto, si su repudio es la reconciliación del mun-
do, ¿qué será su recibimiento si no vida de entre los muertos [14]?

consecuencia fué su exclusión temporal de la alianza de gracia, y parecía que debía anular los designios de la misericordia de Dios, aun hacia el mundo pagano, hizo de ello sin embargo la riqueza, ¡cuánto más su conversión como pueblo, su *plenitud*, se tornará en bendición inmensa para la humanidad! (Comp. ac. 8:13 23; Isaías 60:1 y sig. y aquí, v. 15 y 25).—Algunos intérpretes toman la palabra que traducimos por *reducción* o *disminución* en el sentido de: *corto número*, y entienden por ello los judíos convertidos al evangelio, que separándose de su pueblo, lo han *disminuído* en otro tanto. Y si este corto número (tal sería entonces el razonamiento del apóstol) ha hecho la riqueza de los gentiles, ¡qué será de la plenitud! Este sentido sería hermoso, si fuera admisible. Pero no lo es, pues, primeramente introduce en la misma frase dos temas enteramente opuestos, dos ideas contrarias, como premisas, su *falta* y su *reducción*, que, ambas, van a tener por resultado una sola conclusión: *¡cuánto más su plenitud!* Luego, este pensamiento inesperado rompe evidentemente la unidad de todos estos versículos donde el apóstol no habla más que de la *falta* de Israel (11:12), de su *repudio* (v. 15, donde se halla el mismo contraste que en el v. 12), de su *cercenamiento* (v. 17); de su *endurecimiento*. (Vers. 25). Por último la palabra misma traducida por *disminución* tiene un sentido siempre enojoso, como *derrota, daño, pérdida*, y el apóstol no llamaría así, aun respecto de los judíos la conversión de cierto número de entre ellos.

13. Gr. "En cuanto yo soy apóstol de los gentiles" (Actos 9: 15; 22: 21; Gál. 2:7) glorifico mi ministerio (Gr. "mi servicio") proclamando así (v. 12) las riquezas de las gracias que les han sido acordadas por la falta de Israel. Pero, ¿por qué obra así el apóstol? No porque sea indiferente a su pueblo (9:1 y sig.; 10:1), ni insensible a su desgracia; al contrario, en un ardiente amor querría, por tales palabras, *excitarlo a celos* (v. 11; 10:19, nota), para salvar a algunos. Dirige estas palabras a los gentiles, a fin de que como va a decírselo con mayor extensión, (v. 17 y sig.), no olviden jamás por orgullo que Israel los ha precedido en el pacto de gracia, y que la admisión de ellos no quita a este pueblo sus esperanzas para el porvenir.

14. Sobre la primera parte de este vers., comp. v. 12, nota. *Cómo* será el *recibimiento* de Israel para el mundo una *vida de entre los muertos*, es lo que el apóstol no dice y quedará dudoso hasta el cumplimiento de esta profecía. (Comp. Ezeq. 37:1 y sig.) ¿Será porque los Israelitas convertidos se harán otros tantos evangelistas? El v. 25 no parece favorable a este pensamiento. Quizá se podría dar a estas palabras *vida de entre los muertos*, un sentido literal, el de *resurrección*, y admitir que con la conversión de Israel el reinado de Dios será cumplido, y que entonces tendrá lugar la resurrección de los muertos y la vida eterna en la gloria. (Comp. Mat.

16 Y si las primicias son santas, también la masa; y si la raíz es
17 santa, también las ramas [15]. Que si algunas de las ramas fue-
ron arrancadas, y tú, siendo olivo silvestre, fuiste injertado en
ellas y hecho copartícipe de la raíz y de la grosura del olivo,
18 no te jactes contra las ramas; que si te jactas, [sabe que] no
19 sostienes tú la raíz sino la raíz a ti [16]. Dirás pues: Ramas han
20 sido arrancadas, para que yo fuera injertado. Bien: por su in-
credulidad fueron arrancadas, mas tú por tu fe persistes; no te
21 enorgullezcas sino teme, pues si Dios con las ramas según natu-
22 raleza no fué indulgente, tampoco contigo lo será [17]. Mira, pues,

24:14). Varios intérpretes admiten en efecto este pensamiento. Los que, al contrario como Calvino, se atienen a la idea de una *vida* espiritual, no saben qué hacer de la gradación establecida en este versículo: "Si su repudio ha producido la *reconciliación* del mundo, su reintegración será *vida* espiritual", que es la misma cosa!

15. Las *primicias* de la masa ofrecidas al Eterno y de las que se hacía un pastel consagrado a los sacerdotes (Núm. 15: 19-21) eran por ello santificadas, y hacían santa también toda la *masa*, todo el pan de que se alimentaba el pueblo de Dios. El apóstol aplica a los judíos esta figura espiritualizada, e inmediatamente le viene al pensamiento otra que le parece más apropiada aún, la del árbol que necesariamente participa de la naturaleza de su *raíz*, y sobre esta última figura insiste en los versículos siguientes. Las primicias, la raíz, son los primeros patriarcas de Israel, los que Dios había elegido, en cuyo favor Dios había jurado su alianza (Luc. 1:73), a los cuales había destinado la tierra de Canaán, y todas las promesas espirituales que a ello se referían. La bendición de ellos reposa sobre el pueblo, aun después que la masa ha caído. Un tronco de árbol, aunque tenga ramas estériles, puede producir sin embargo buenos frutos. (Vers. 23; comp. v. 28). Allí, Pablo halla su conclusión de los v. 1 y 11. Dios no ha desechado a su pueblo que no ha caído para siempre.

16. Jamás tuvo nadie el pensamiento de injertar una rama de *olivo silvestre* en un buen olivo; y precisamente de esta figura contra la razón quiere hacer uso el apóstol, para mostrar de una manera tanto más impresionante que la admisión de los gentiles en el pacto de gracia, semejante a esta operación contra la naturaleza (v. 24), no era debido más que a la libre y soberana gracia de Dios. Y todo esto, a fin de prevenir pensamiento de orgullo, contra los cuales Pablo previene de paso a los cristianos convertidos del paganismo. (Vers. 17-22). Una relación semejante se encuentra ahora entre la iglesia cristiana, en tan grande parte hundida en la muerte, y esos paganos convertidos a la voz de nuestros misioneros, y que nos preceden en los caminos del reino de Dios.

17. El primer efecto que debe producir en nosotros la vista de un severo juicio de Dios, es el *temor*, pues todo el que profesa no ser salvado más que por la fe sin las obras de la ley, reconoce por eso mismo,

la benignidad y la severidad de Dios: para con los que caye-
ron, severidad; para contigo, benignidad de Dios, si permane-
cieres en la benignidad; de otro modo también tú serás corta-
23 do [18]. Y aquellos también, si no permanecieren en la increduli-
dad, serán injertados, pues poderoso es Dios para injertarlos
24 otra vez [19]. Si tú, en efecto, fuiste cortada del olivo silvestre
por naturaleza, y contra naturaleza fuiste injertada en buen
olivo, ¿cuánto más éstas, que son según naturaleza, serán injer-
tadas en su propio olivo [20]?

por una parte, su pecado y su miseria, por la otra, la gracia gratuita de su Dios, por la cual sólo subsiste. Ahora bien, el menor movimiento de *orgullo* por el cual tal hombre se *elevara* aun por sobre los mayores pecadores no puede menos que inspirarle un temor salutífero, puesto que esta complacencia en sí mismo es el abandono del título terreno sobre el cual se siente firme por el presente y por el porvenir, la gracia de su Dios. Así, aun bajo las manifestaciones más esplendentes del amor de Dios, el cristiano no puede menor que "regocijarse con temblor', sabiendo que solamente el que "perseverare hasta el fin será salvado".

18. Construcción original de este versículo, con el texto corregido según las mejores autoridades. Las palabras *de Dios* faltan sin razón en el texto recibido. El término traducido aquí por *severidad* significa, según su etimología, *abscisión*, la acción de *cortar*, de *cercenar*, y se encuentra muy en armonía con la figura varias veces empleada aqu. (Vers. 17 19, 20, 22).—Esta rigurosa figura no teme Pablo aplicarla a los cristianos convertidos del paganismo, a quienes incidentalmente exhorta a la humildad: "Para contigo bondad de Dios, si perseverares en esta bondad, *si no, tú también será cercenado*". ¡Con qué evidencia esta exhortación, apoyada con tal amenaza, prueba que la más perfecta seguridad de la salvación basada en la elección divina, deja subsistir por completo, en todas las etapas de la vida cristiana, la responsabilidad del hombre! Pablo se inquieta poco de los sistemas que los hombres han basado en su doctrina, y que han llamado irresistibilidad o inadmisibilidad de la gracia. Si parece así en contradicción consigo mismo, cuenta con la experiencia cristiana para volver a hallar la armonía de esos contrastes.

19. *Fe* e *incredulidad* (comp. v. 20), tal es en el hombre la causa única de la salvación o de la perdición. La armonía entre esta causa moral y libre, por una parte y la soberanía de la gracia, por la otra, es el secreto de Dios, que un día nos será revelado. Lo que sabemos desde ahora es que *Dios es poderoso* para cumplir la obra de su misericordia, aun para con los incrédulos.

20. Comp. v. 18, nota. Lo que es aquí indicado como *posible*, la restauración de Israel en la alianza de gracia, el apóstol lo predice, en los versículos siguientes, como una dispensación cierta de la misericordia de Dios.

III. 25-32. DIOS NO HA DESECHADO SU PUEBLO, PUES 3º TODO ISRAEL SERÁ SALVADO. — 1º Hay un misterio de la misericordia divina que vosotros, paganos convertidos, no debéis ignorar, a fin de que os cuidéis del orgullo: que el endurecimiento parcial de Israel no será permanente; no durará más que hasta que la plenitud de los paganos haya entrado en la iglesia, y entonces este pueblo será salvado, según el pacto eterno de Dios. (25-27). — 2º Están en estado de enemistad con el evangelio, pero son aún amados de Dios por causa de sus padres, para quienes las gracias divinas son irrevocables. (28, 28). — 3º Como Dios, pues, ha tenido piedad de vosotros en vuestra rebelión, tendrá también piedad de ellos que son aún rebeldes; y así unos y otros, perdidos en el pecado, serán el objeto de la misericordia divina. (30-32).

25 No quiero, en efecto, que ignoréis, hermanos, este misterio [21],
para que no seáis sabios ante vosotros mismos [22]: que un endu-
recimiento en parte ha venido a Israel hasta que entre la pleni-
26 tud de los gentiles [23], y así todo Israel será salvado [24], conforme
27 está escrito: "Vendrá de Sión el libertador, y apartará de Jacob
las impiedades, y éste es para ellos el pacto de mi parte cuando
28 quitare sus pecados" [25]. Cuanto al evangelio son, sí, enemigos por

21. El apóstol llama *misterio* todo lo que el hombre no puede conocer más que por una revelación especial de Dios: así, la vocación de los gentiles (16:25; Efes. 3:3); igualmente, aquí, la de los judíos. (Comp. Col. 2:2; 1 Cor 15:51; 1 Tim. 3: 16). El apóstol habla así con autoridad profética, y descubre a sus hermanos esos *misterios* que ha recibido por revelación divina. (1 Cor. 14:6, 30).

22. Gr. "que no seáis sabios para con vosotros mismos" (a vuestros propios ojos), que no abandonéis, por orgullo, la senda de la revelación divina, de la sabiduría de Dios.

23. Gr. "que un endurecimiento ha acontecido en parte a Israel, hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado". Hé ahí el *misterio*.

24. Lo que Pablo revela aquí, como un misterio del porvenir del reinado de Dios, es: 1º que la *plenitud* de los paganos, su número completo como naciones (comp. v. 12) *entrará* (en la iglesia); 2° que *después* de eso solamente *todo Israel será* salvado, como pueblo. Si no se puede forzar los términos de *plenitud* de los paganos y de *todo* Israel, de modo que signifiquen todos los individuos de esas naciones, hay que cuidarse mucho, por otra parte, de restringir estas expresiones, por prejuicio contra los judíos como lo hacían los reformadores, o por incredulidad, como acontece con demasiada frecuencia. ¡Dejemos a estas magníficas promesas de Dios revelarnos todas las riquezas de su misericordia!

25. Isaías 59:20, 21. *De Sión* significa del seno del pueblo judío, cuyo centro teocrático era Jerusalén. El texto hebreo dice: *a Sión*, o *para Sión*, los Setenta: *a causa de Sión*. El cambio traído aquí por el apóstol le venía sin duda de otros pasajes de la escritura, como Sal. 14:7; 110: 2. Las palabras: *apartará de Jacob las impiedades*, son tomadas de los Setenta; el hebreo tiene: "para los que se convirtieren de la impiedad en Jacob". Este hermoso pasaje, que anuncia la inmutabilidad del designio de Dios para con su pueblo, estaba sin duda entero en el espíritu del apóstol, aunque no cita más que las primeras palabras. Luego le añade unas palabras tomadas de Isaías (27: 9), puesto que es *quitando el pecado* de su pueblo como Dios afirma su alianza con él. (Comp. Jer. 31:14.)

causa de vosotros; mas cuanto a la elección, amados por causa de
29 sus padres [26], pues sin arrepentimiento son los dones de gracia
30 y la vocación de Dios [27], pues así como vosotros en otros tiempo
desobedecisteis a Dios mas ahora habéis alcanzado misericordia
por la desobediencia de éstos, así también éstos han desobede-
31 cido ahora por vuestra misericordia para alcanzar ellos también

26. Gr. "Según el evangelio... según la elección". *Según el evangelio*, al que han resistido matando al Santo y Justo, son *enemigos*, y esta palabra expresa tanto las disposiciones de Dios para con ellos, como las de ellos para con Dios (5:10, nota), pues es puesta en contraste con la palabra *amados* que, evidentemente, tiene a Dios por sujeto (amados de Dios). Dios ama aún a ese pueblo, como tal *según la elección* de su gracia y a causa del corto número que siempre quedaron fieles y que, en tiempos de Pablo, habían recibido el evangelio. Un segundo contraste se encuentra en estas palabras: *por causa de vosotros, por causa de los padres*. El último término es claro, puesto que los padres fueron los primeros objetos de la elección y del amor de Dios, de este amor que él tiene aún a sus hijos; el primer término lo es menos, pues, ¿cómo es que *por causa* de los gentiles los judíos son enemigos? Hallamos aquí el mismo pensamiento que en los v. 12, 15, 19, 31, es decir que Dios, en su inmenso amor, queriendo tener sobre esta tierra de pecado un pueblo de redimidos que le glorificara, ha suspendido en cierto modo los efectos de su alianza con Israel, que se hizo infiel, para llamar a ese alto destino a un pueblo que no era su pueblo y que no le buscaba. (10:20, 21).

27. Gr. "Sin arrepentimiento", irrevocable, la misma palabra que aparece en 2 Cor. 7:10. Este mismo versículo da la razón del que precede. Los *dones* de Dios son los privilegios de su *gracia*, que él acuerda para la salvación del alma (así, respecto de Israel, el apóstol los ha enumerado en 9:4, 5); la *vocación* de Dios, es la acción por la cual él apropia esos dones por medio de su palabra. Esos dones y esa vocación no son sujetos *a arrepentimiento* de parte de Dios, es decir un cambio de disposiciones que los hiciera revocar. Esta inmutabilidad del designio de Dios, relativamente a los elegidos (v. 28), es aplicada por Pablo a todo Israel como pueblo; muchos podían decaer sin comprometer el propósito de la misericordia de Dios, así como un árbol no es destruído porque un jardinero le corte ramas secas o estériles. (Vers. 17 y sig.) Tal es Israel como nación hasta el fin de la economía presente; los designios de Dios subsisten para con él; todas las promesas que Dios le ha hecho serán cumplidas por su conversión y por las bendiciones de que será aún origen para la humanidad. (Vers. 12, 15).

32 misericordia [28], pues Dios encerró a todos en desobediencia para
tener misericordia de todos [29].

28. Las voces traducidas por *rebeldes, rebelión,* pueden traducirse también por las de *desobedientes, desobediencia,* o incrédulos, incredulidad.—Cómo han *obtenido* los gentiles *misericordia por la desobediencia* de los israelitas (v. 30), ha sido indicado varias veces ya (v. 11, 12, 15, 28, notas) siempre con el pensamiento de que es el amor eterno de Dios lo que le obliga por así decirlo, a llenar, en la familia de redimidos, el vacío que hace la desobediencia de los unos por su misericordia para con los otros. Pero, ¿cómo se explica el v. 31, es decir, que Israel haya *sido rebelde por la misericordia* que han obtenido los gentiles? (Pues así se debe traducir este versículo, mal vertido por nuestras versiones ordinarias que, por medio de una transposición de palabras hacen decir al apóstol lo contrario de lo que ha dicho). Hélo aquí, que la principal causa de la caída de Israel ha sido la revelación de la salvación por gracia, recibida por la fe sola, sin mérito de las obras; ese pueblo orgulloso ha rechazado para sí mismo esta manifestación de la inmensa misericordia de Dios; ha venido a estrellarse contra esa piedra de tropiezo. Es, pues, literalmente exacto que ha sido rebelde *por la misericordia* de que los gentiles han sido objeto, y este triste fenómeno se renueva sin cesar en la historia del reinado de Dios.—Pero el apóstol agrega: *A fin de que ellos también alcancen misericordia.* ¿Cómo? Por el medio indicado en los v. 11 y 14, sólo esta caída profunda y los frutos amargos de su rebelión podrán humillarlos lo suficiente para que un día recurran a la gracia por la fe en el Salvador; entonces obtendrán misericordia (Vers. 26).

29. Este importante pensamiento resume toda la epístola, cuya parte dogmática termina el apóstol por estas palabras. Ha probado a todos tanto a judíos como a griegos, que están sujetos al pecado, a la rebelión (cap. 1 y 2, comp. Gál. 3:22), y así Dios ha *encerrado* a todos *en su desobediencia,* como en una cárcel; los ha forzado a reconocerla, a gemir por ella, a fin de poder *tener misericordia de todos* del mismo modo, es decir por pura gracia y por medio de la fe, sin distinción ni de judíos ni de gentiles, pues no hay para todos más que un mismo Salvador y una misma gracia.—Esta interpretación, hecha evidente por el contexto, en que el apóstol habla de las dispensaciones de Dios para con los judíos y los gentiles, no contribuye mucho a fundar la opinión de los que quieren hallar en este versículo la doctrina de la salvación final, no solamente de todos los pueblos sin distinción (es éste el pensamiento del apóstol), sino de todos los individuos de esos pueblos. En todo lo que acaba de enseñar (cap. 9-11), Pablo habla, no de los individuos creyentes o incrédulos, sino de las masas llamadas o rechazadas por las dispensaciones de Dios. Un gran número de declaraciones positivas de la escritura parecen contrarias a esa oponión. Pablo mismo, en un pasaje semejante (Gál. 3:22) declara como aquí que Dios "ha encerrado todo en el pecado", y no expresa la esperanza de la salvación más que para *los que creen.* Este camino de la fe permanece en todos los casos el único camino de la salvación.

IV. 33-36. ¡OH PROFUNDIDAD! ¡A DIOS SEA GLORIA! — ¡Profundidad y riqueza de las perfecciones divinas, manifestadas en la redención! ¿Quién habría penetrado jamás en esos pensamientos de Dios, o se los habría aconsejado, o le habría prevenido en nada? (33-35). — El solo es el principio y fin de todas las cosas; ¡a El sea gloria! (36).

33 ¡Oh profundidad de las riquezas y de la sabiduría y del co-
nocimiento de Dios! ¡Cuán inescudriñables sus juicios e inescru-
34 tables sus caminos! "¿Quién conoció, en efecto, la mente del Se-
35 ñor? ¿o quién fué hecho su consejero? ¿o quién le dió primero, y
36 le será retribuído?" Porque todo de él emana, y por medio de
él y para él existe. ¡A él la gloria por las edades [30]! Amén.

30. El plan de Dios para la salvación de los pecadores, que se ha desarrollado de etapa en etapa a los ojos del apóstol, penetra de tal modo su corazón de asombro y de adoración, que se siente impulsado a dar salida a esos sentimientos, y lo hace en un cántico de alabanza, cuyas sublimes expresiones abarcan al mismo tiempo las alturas de los cielos y las profundidades de la esencia divina. Su mirada parece sumergirse en un abismo *(¡Oh profundidad!)*, donde descubre las *riquezas* del amor eterno, origen primero de la salud del hombre caído; la *sabiduría,* que concibió el consejo divino de la redención; el *conocimiento* (omnisciencia) que determinó anticipadamente los caminos y los medios para ello; los *juicios* de Dios, aun sobre los suyos, y de los cuales sabe sacar su bien final; sus *caminos,* por último, por los cuales ha sabido hacer llegar su gracia hasta los paganos más alejados, hasta el israelita más cegado por el orgullo. Todo eso es *inescrutable* para nuestra inteligencia, insondable, o *incomprensible* (liter. "cuyas huellas no puede seguirse"). Ninguno habría *conocido* jamás *la mente del Señor,* no habría subido ésta al corazón de hombre alguno, si él no lo hubiera revelado a los que le aman. (1 Cor. 2:10). Ninguno ha podido jamás *darle* nada el *primero.* Toda luz, toda justicia, toda vida emanan de Dios solo que es su fuente; los profetas lo han cantado a la gloria del Eterno. (Isaías 40:13, según los Setenta). Dios mismo, en el libro de Job (41:2), lanza este desafío al hombre: "¿quién me previno, para que yo le retribuya?" y el apóstol repite estas palabras bajo otra forma (Vers. 35). Y he aquí su respuesta: *De él* emanan todas las cosas, *por él* solo ellas subsisten; *para él,* principio y fin de la creación, han sido hechas; él es el principio, el medio, el fin de la obra de la salvación en el hombre y en la humanidad. ¡A ÉL SOLO LA GLORIA, POR TODAS LAS EDADES! ¡AMÉN!

CAPITULO XII.

I. *Exhortación a los cristianos a consagrarse, ellos mismos y todos sus dones, al servicio de Dios, 1-8.* — II. *Influencia del amor en sus diversos aplicaciones, 9-21.*

I. 1-8. CONSAGRACIÓN DEL CRISTIANO Y DE TODOS SUS DONES. — 1º Ofrecéos a Dios en santo sacrificio; sus compasiones os obligan a ello, y éste es el único culto razonable; entonces no perteneceréis más al mundo sino que estaréis sujetos a la voluntad de Dios. (1, 2). — 2º Os digo que seáis humildes, pues en Cristo formamos un solo cuerpo, en el cual otros miembros tienen funciones no menos importantes. (3, 4). — 3º Sean todos los dones diversos de esos miembros empleados modesta y fielmente para el bien de todos. (6-8).

1 Os exhorto pues [1], hermanos, por las compasiones de Dios [2],
a presentar vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agrada-
2 ble a Dios [que es] vuestro servicio razonable [3]; y no os con-

1. Este *pues*, que une toda esta segunda parte de la epístola a la primera, indica, no según la lógica de los hombres, sino según el orden de la gracia, que la *doctrina* de la salvación expuesta en los once primeros capítulos, produce natural y necesariamente una *vida* santa y contérminos, que la *fe* se prueba y se desarrolla por las *obras*. En la mayor parte de sus epístolas Pablo hace seguir así la exposición de la doctrina por exhortaciones prácticas, donde traza en detalle los deberes del cristiano. Hay en esto un doble fin de la más alta importancia: primeramente, quiere garantir la vida cristiana de las ilusiones y de los yerros a que estaría expuesta si el evangelio se contentara con revelarnos ciertas doctrinas, con inspirarnos ciertos sentimientos, sin mostrar su aplicación a la conducta moral de cada día. Que el árbol haya introducido su germen y su raíz en un suelo fértil, es lo esencial; pero es necesario luego que, para alcanzar su destino y hacer conocer su naturaleza, ese germen se torne en tronco, ramas, hojas, flores y frutos. Luego, estos admirables cuadros de una vida enteramente cristiana, enteramente consagrada a Dios, deben excitar en nosotros el santo y ardiente deseo de ver su realización en nuestra vida, tanto más cuanto que por la fe y por el Espíritu de Dios no es esto ya un ideal inaccesible, sino el destino posible de todo hijo de Dios.

2. Por estas *compasiones* cuyas riquezas os acabo de desarrollar, y de que vosotros mismos habéis sido objetos. Es éste el principio de toda moral cristiana, de toda obediencia: "Nosotros le amamos, porque él nos amó primero".

3. Gr. "Vuestro *culto* razonable". La palabra original es, en efecto, la que se emplea constantemente para designar el servicio religioso, o culto rendido a Dios, en el templo de Jerusalén por ejemplo. Toda la vida, pues, del cristiano, todo su ser, debe

formÉis a esta edad [4] sino sed transformados por la renovación
de vuestro entendimiento [5], para que probéis cuál es la voluntad

tornarse en un culto, y aun (lo que hacía la esencia del culto mosaico) un *sacrificio*. Pablo compara aquí este culto en espíritu y en verdad (Juan 4:24 nota) al culto del antiguo pacto: el uno es la realización del otro. El solo responde completamente a *la idea* oculta bajo figuras, y he ahí por qué el apóstol lo llama *razonable* (literalmente *lógico*), la misma palabra que Pedro aplica a la *leche* de que se alimenta el cristiano nacido de nuevo (1 Pedro 2:2). La idea, que es común a todos los sacrificios del Ant. Test. y que se encuentra también, aunque obscurecida, en los sacrificios del paganismo, es ésta: El hombre se siente cargado delante de Dios en una deuda que no puede pagar: ora del pecado, de que es culpable y tiene necesidad de una reparación, ora de un beneficio de Dios, a quien debe un perfecto reconocimiento. En el primer caso (sacrificio sangriento o de expiación), confiesa su pecado, reconoce que este pecado merece la muerte, y lo deposita, según la institución divina, sobre la cabeza de la víctima que él presenta y que es puesta en su lugar; así su pecado es *quitado*. En el segundo caso (sacrificios de oblación, de acción de gracias), pone su corazón, por decirlo así, todo su corazón compenetrado de reconocimiento en una ofrenda (a menudo muy preciosa) que debe compensar lo que hay de imperfecto en su gratitud, y ser la expresión más completa posible de ella. Pero esos no son más que símbolos, la *idea* de una realidad, y cada israelita entendido lo sabía bien; es necesario, pues, que todo sacrificio de esta naturoleza encuentre su verdad en un sacrificio real, que no solamente *figure* la expiación y la consagración entera del hombre a Dios, sino que la *cumpla*. Tal es el sacrificio de Cristo, que reune ambos significados y los realiza perfectamente. Pero este sacrificio no debe, ni en un sentido, ni en el otro, quedar para nosotros; por nuestra unión viva con el objetivo, fuera de nosotros, el *Salvador*, lo que ha sido cumplido en él, el Jefe, se cumple igualmente en nosotros, sus miembros; mi pecado está expiado, y mi consagración a Dios es la consecuencia inseparable de ello, *lógica, razonable*. Si Pablo dice: Ofrecer *vuestros cuerpos*, lo que supone evidentemente ante todo el sacrificio del espíritu y del corazón, es para expresar de una manera tanto más viva *la totalidad* del ser humano (comp. 1 Tes. 5:23), la vida estera, en todas sus manifestaciones. Por último, las palabras *vivo, santo, agradable a Dios*, significan en el símbolo, las cualidades que debían tener los sacrificios según la ley; y en la realidad, cada uno de esos términos encierra un sentido profundo sobre la verdadera naturaleza y la perfección del sacrificio espiritual.

4. Pablo expresa aquí negativamente lo que acaba de decir de un modo positivo. La *presente edad*, es el mundo en su estado actual, donde reinan las tinieblas y el pecado, por oposición a la edad venidera, donde sólo la voluntad de Dios dominará. —Una variante adoptada en la precedente edición y que se halla en varios antiguos manuscritos pone en lugar de los imperativos: *No os conforméis... sed transformados*, infinitivos que continúan la frase del v. 1: *Os exhorto a no conforma-*

3 de Dios, buena, agradable y perfecta [6]. Digo, en efecto, a todo
el que está entre vosotros, por la gracia que me ha sido dada [7],
que no piense de sí más alto que lo que es necesario pensar, sino
que piense para pensar de si con templanza, como asignó Dios
4 a cada uno la medida de la fe [8]. En efecto, conforme en un solo
cuerpo tenemos muchos miembros mas todos los miembros no
5 tienen la misma función, así los muchos un solo cuerpo somos en

ros..., sino a ser transformados... —La palabra *vuestro* delante de *entendimiento*, conservada por el texto recibido, no es auténtica.

5. Lo que la escritura llama en otra parte regeneración, nuevo nacimiento (Juan 3:5, nota). El *entendimiento* mismo (véase sobre este término 7:23, nota) debe ser *renovado*, porque, como todo el ser humano, participa del pecado que lo obscurece en las cosas morales.

6. Esta palabra *probar*, es empleada aquí en el mismo sentido que en estos pasajes: "probar lo que difiere"—"probar los espíritus". Ningún hombre sin la renovación de su entendimiento puede así probar *qué es la voluntad de Dios;* le falta para ello el tacto moral, no lo conoce. Sobre todo, cuando esa voluntad le es contraria, ora en las inclinaciones de su corazón, ora en dispensaciones providenciales, jamás la encontrará *buena, agradable* y *perfecta.*—En lugar de ver en estos tres últimos epítetos adjetivos que califican la *voluntad de Dios,* algunos intérpretes los transforman en substantivos, y traducen así: "la voluntad de Dios (que es) el bien, lo agradable (a Dios) y lo perfecto"; es decir que Dios quiere y espera de nosotros todo lo que es *bueno*; todo lo que le es *agradable,* todo lo que es perfecto. Esto es hermoso, admisible y conviene muy bien al pensamiento del apóstol, pero es gramaticalmente dudoso, porque exigiría quizá la repetición del artículo delante de cada uno de los tres términos.

7. No solamente la *gracia* de Dios, que reciben todos los cristianos (v. 6) y que es en ellos la fuente del verdadero discernimiento moral, sino aquí especialmente la gracia del apostolado; con la autoridad de un apóstol hace Pablo oir las exhortaciones que siguen 15:15; 1 Cor. 3: 10; Efes. 3:7, 8).

8. Gr. "No piense (con altivez) más allá de lo que debe pensar; sino piense para pensar con templanza, cada uno según Dios le partió la medida de la fe". El apóstol, queriendo señalar a los cristianos algunos deberes relativos a sus relaciones con sus hermanos, empieza por este llamamiento a una sana moderación en la opinión que tienen de sí mismos, en otros términos, a la humildad. Sólo este sentimiento nos pone en nuestro verdadero lugar delante de Dios y de los hombres. La verdadera humildad da conciencia de que lo que se ha recibido de Dios no es una cosa adeudada, sino una gracia; por tanto es inseparable de un juicio claro, sobrio, modesto sobre sí mismo. El orgullo, al contrario, no es en el fondo más que una mentirosa apreciación de nosotros mismos; la falsa humildad, a su vez, nos hace desconocer la *medida de fe* que Dios nos ha repartido, y obscurece el juicio.

6 Cristo, mas individualmente miembros unos de otros [9]. Tenien-
do, pues, dones de gracia diferentes según la gracia que nos ha
7 sido dada, si profecía [ejérzase] según la proporción de la fe;
si ministerio, en el ministerio; o el que enseña, en la enseñanza;
8 o el que exhorta, en la exhortación; el que comunica, con senci-
llez; el que preside, con diligencia; el que ejerce misericordia,
con alegría [10].

9. Esta hermosa figura sobre las verdaderas relaciones de los cristianos entre sí se encuentra largamente desarrollada y aplicada en 1 Cor. cap. 12. (Comp. también Efes. cap. 4). Aquí, Pablo se sirve de ella, por una parte, para motivar la exhortación que precede *(en efecto);* por la otra, para introducir la exhortación que sigue, sobre la fidelidad con que cada uno debe emplear los dones que ha recibido para la utilidad y la unidad de todos, a pesar de la diversidad. Hay que observar bien que el *cuerpo* no existe más que *en Cristo,* que es el Jefe, la Cabeza, y que por su comunión viva con él los cristianos se tornan en *miembros los unos de los otros.*

10. Se ha procurado conservar aquí (v. 6-8) la forma en que el apóstol ha arrojado su pensamiento, ese estilo conciso y rápido que omite todos los verbos para detenerse únicamente en las cosas y en su aplicación. Toda la frase depende de estas palabras: *Teniendo pues diferentes dones de gracia* (como los miembros del cuerpo tienen funciones diversas, v. 4, 5); estos *dones (jarismata),* que vienen todos de la *gracia (jaris),* los nombra, y, con una palabra indica su buen empleo: una *profecía,* don del espíritu que eleva al alma por sobre sí misma, la inspira, le comunica una revelación para la iglesia, debe ser proferida *según la "analogía" de la fe.* Esta voz griega que sólo aquí se halla en el Nuevo Testamento, significa, en los autores profanos, una relación, una *proporción* entre dos cosas; en matemáticas una *proporción* entre dos cantidades. La idea equivale pues, aproximadamente a "la *medida de la fe* repartida a cada uno" (v. 3). La profecía, la palabra, la predicación, para quedar *verdadera,* no debe pasar jamás esa medida. Otra interpretación que entiende por la *fe* la fe objetiva de la iglesia, la doctrina, tiene también su verdad en la práctica, pero no está fundada en el contexto.—Un *ministerio,* es decir servicio *(diaconía),* ora entienda el apóstol por ello la función de los diáconos propiamente dicha, o tenga en vista cualquier otro servicio para el cual un cristiano ha recibido don y vocación, debe ejercerse *en ese servicio* mismo, sin aspirar a cosas para las cuales ese cristiano no tendría ni don ni vocación en la iglesia.—La misma importante regla para la *enseñanza* y la *exhortación;* a cada uno su don y su tarea, que no desempeñaría muy bien en cuanto quisiera invadir otros dominios.—*Comunicar, distribuir* (limosnas), como diácono o como cristiano, exige esta *sencillez* de corazón que no mira ni a las personas, para hacer diferencia, ni a sí mismo, para jactarse de una buena obra.—*Presidir,* ora asambleas de edificación, ora deliberaciones, exige esa *diligencia,* ese celo, esa presura, esa exactitud (sentidos di-

II. 9-21. El amor en sus diversas aplicaciones. — 1º Sea sin hipocresía, y hallaréis su dulce y potente influencia para con vuestros hermanos, para con el Señor en vuestra vida religiosa, respecto de los necesitados. (9-13). — 2º Os hará capaces de bendecir a vuestros perseguidores, de compartir las penas y alegrías de vuestros hermanos, de andar humildemente con los humildes. (14-16). — 3º Os enseñará aun a devolver bien por mal, y a ganar así vuestros adversarios. (17-21).

9 El amor sea sin hipocresía. Detestad el mal, aplicaos al
10 bien[11]; cuanto al amor fraternal, sed llenos de afecto unos a
11 otros; cuanto al honor, adelantaos unos a otros[12]; cuanto a la
12 diligencia, no seáis perezosos[13]; sed fervientes[14] en el espíritu;
servid al Señor[15]; gozaos en la esperanza; perseverad en la tri-

versos de la voz), sin las cuales el deber no podría ser cumplido.—Por último *ejercer misericordia*, con los pobres, los enfermos, los afligidos no puede hacerse sino con esa *alegría* de poder aliviarlos, esa bondad dulce y simpática, que es el alma del deber.—Hay que notar que el apóstol pone aquí en el mismo nivel *dones* del Espíritu, como la profecía, y simples deberes cristianos. Es porque unos y otros no pueden ejercerse sino por ese mismo Espíritu. (Véase sobre este importante asunto, 1 Cor. cap. 12 y 14).

11. Literalmente: "Pegándoos al bien". Los dos preceptos de este versículo están unidos en el pensamiento del apóstol. Para que el *amor* cristiano sea *sin hipocresía*, no debe, como el amor mundano, buscar su interés en los demás, y para ello, amar y tolerar en ellos el *mal*, sino antes aborrecerlo, aún en los seres más queridos, y aplicarse en ellos al *bien* que Dios ha puesto por su gracia. De este mismo *amor* hace derivar el apóstol todas las exhortaciones que siguen, y que, desde este v. 9 hasta el v. 13, no forman más que una sola frase así concebida en el original: "En el amor fraternal, llenos de afecto; en el honor (estima) previniéndonos uno al otro; en la diligencia, no perezosos; en el espíritu, fervientes, etc.".

12. Este deber, que sólo el *amor fraternal* inspira, equivale a este otro, igualmente dictado por Pablo: "Cada uno estime al otro como más excelente que sí mismo". (Fil. 2:3; comp. Luc. 14:7-10, y sobre todo 1 Tim. 1:15).

13. Gr. "En la diligencia, no perezosos". Otro fruto del verdadero amor: una activa abnegación por los demás.

14. "Ardientes, hirvientes". Comp. Apoc. 3:15, 16.

15. En todas las manifestaciones, y en toda la abnegación de nuestro amor por nuestros hermanos, al *Señor* debemos tener en vista, a él debemos servir, pues él es el primero y el último.—Una variante, admitida en la versión alemana, tiene: *sirviendo al tiempo*. Si tal es la palabra empleada por el apóstol, ha querido decir: "Aprovechad, utilizad el tiempo que tenéis, las ocasiones que se os ofrecen de emplearos con fervor al servicio de vuestros hermanos"; o también: "sabed someteros a las circunstancias, favorables o desfavorables, cuando de hacer el

13 bulación; ser constantes en la oración[16]; participad en las nece-
14 sidades de los santos; perseguid la hospitalidad[17]. Bendecid a
15 los que os persiguen; bendecid y no maldigáis[18]. Gozaos con los
16 que se gozan; llorad con los que lloran[19]. Tened unos para con

bien se trata". El testimonio de los manuscritos es más favorable a la palabra *Señor* que a la de *tiempo*, pero no hay certidumbre.

16. La verdadera fe que produce el amor, es también inseparable de la *esperanza*. En nuestra vida actual, hay más motivos de tristeza la esperanza, el cristiano puede siempre regocijarse; sabe que el porvenir le pertenece. De ahí, para él también, la *paciencia* que no es más que la *perseverancia* en el combate contra la *tribulación* interna y externa. Solo, sucumbiría; pero tiene su arsenal, la fuente inagotable de la fuerza, la *oración*. Hay que *perseverar* en ella.

17. Dos frutos, que proceden de la misma raíz, el amor: el uno, *participar* en todas las necesidades de nuestros hermanos (Gr. "tenerlas en común", con ellos); el otro, *ejercer la hospitalidad*. Se comprendía mejor este último deber en los tiempos antiguos, cuando había pocas posadas; pero aun hoy, las ocasiones no faltan para ejercerlo; hay que aprovecharlas o hacerlas venir, pues el apóstol dice literalmente: *perseguid* la hospitalidad. Es un privilegio, y a menudo una inmensa bendición, el recoger a *santos* como recomienda aquí nuevas aplicaciones. Vuelve mente los ancianos quienes "alojaron a ángeles sin saberlo". (Hebr. 13:2).

18. Este deber, imposible al hombre natural, se hace la más dulce necesidad del hijo de Dios, en quien vive el espíritu de Jesucristo. (Mat. 5:44; Luc. 22:34; Actos 7:60). Es ésta aún una prueba de esta *caridad* (v. 9), de la que el apóstol recomienda aquí nuevas aplicaciones. Vuelve al asunto en los v. 18-21.

19. Lo que da al cristiano la mayor potencia sobre los demás para hacerles bien, es esta profunda simpatía que le saca de sí mismo y le hace vivir en ellos. Eso es, ante todo, lo que atraía multitudes de desdichados a los pies de Jesús, nuestro divino modelo; el rasgo más a menudo presentado de él es éste: "Fué conmovido de compasión"— "Bien, dirá alguien, el apóstol tiene razón al recomendar el *llorar con los que lloran; pero,* ¿por qué ordena *regocijarse con los que están en la alegría?* ¿Qué hay de grande en ello? —Hay mucho más renunciamiento en este último sentimiento que el primero. Para llorar con los que están en desdicha, la naturaleza humana basta; ¿dónde está el corazón de piedra que sea incapaz de ello? Pero ver a un hombre en la dicha, y no solamente no tenerle envidia, sino regocijarse con él, es una disposición divina. Por esto Pablo la pone antes de la otra. Nada nos une tanto en el amor como el compartir mutuamente el dolor y la alegría. Por esto, aun cuando no estés expuesto a ningún peligro, no rehuses la compasión. Participa de las lágrimas de tu hermano, a fin de aliviar la carga de su dolor; participa de su gozo, a fin de hacerlo mayor; el amor que os une será más fuerte cuando vea que no miras con mal ojo su dicha. El apóstol no te pide lo imposible; no te dice: arranca a tu hermano de su pena, a fin de que no objetes que no te es posible. ¿No puedes tú dulcificar su

otros el mismo pensamiento[20]; no penséis en las cosas elevadas
sino dejaos llevar con las humildes[21]; no os hagáis sabios ante
17 vosotros mismos[22]. A nadie retribuyáis mal por mal; procurad
18 lo bueno en presencia de todos los hombres[23]; si es posible, por
vuestra parte, estar en paz con todos los hombres[24]; no os ven-
19 guéis vosotros mismos, amados, sino dad lugar a la ira, pues
escrito está: "Mía es la venganza, yo retribuiré, dice el Señor"[25].
20 "Si tu enemigo, pues, tuviere hambre, dale de comer; si tuviere
sed, dale de beber, pues haciendo esto ascuas de fuego amontona-

miseria? Llévale lágrimas, y le habrás aliviado; ¿no puedes tú aumentar su dicha? llévale tu gozo, y le habrás dado mucho". *Crisóstomo.*

20. Gr. "Pensad lo mismo unos para con otros". No solamente en el dolor o en la alegría, sino siempre, sed unidos en un mismo pensamiento de verdad y de amor. (Efes. 4:3).

21. Gr. "No penséis en las cosas elevadas, sino dejaos llevar con los humildes"; consentid en bajaros hasta ellos, en ser considerados como uno de ellos, despreciando las distinciones.—En esta explicación, los *humildes* son los *hombres* de ese carácter; según el original, se puede entender *cosas humildes*, por oposición a las *cosas elevadas.*

22. "No os hagáis sabios para con vosotros mismos"; es decir, en relación con el deber precedente: No os creáis los únicos sabios, suficientes por vosotros mismos; que uno complete al otro; y para esto, tenéis necesidad de los más humildes.

23. Comp. Prov. 3:4; 2 Cor. 8:21. Para el cristiano, el gran motivo de una buena conducta es el agradar a Dios; pero hay también una seria responsabilidad *delante de todos los hombres*, que juzgan la verdad según la vida de los que la profesan. (Comp. 1 Pedro 2:12; 3:16). Con el mismo pensamiento agrega el apóstol la exhortación del v. 18.

24. Este giro condicional prueba que la cosa no es siempre *posible.* Jesucristo declara, en sentido, que vino a traer, no la paz, sino la guerra. Y a menudo los hombres no quieren la paz. Mas vosotros, estad siempre dispuestos a ella en todo lo que *depende de vosotros.*

25. Citación libre de Deut. 32:35. Después de: *dad lugar a la ira,* hay que suplir: *de Dios,* al que sólo pertenece el ejercicio de la justa venganza, aun de los pecados de que tenemos que sufrir de parte de los hombres. El apóstol va más lejos; no es bastante para el cristiano el no vengarse: (v. 20 y 21).

26. Prov. 25:21, 22, citado según los Setenta. El hebreo tiene: "Si el que aborrece tiene hambre, aliméntale de pan; si tiene sed, dale agua de beber"; en cuanto a la enérgica figura dada por motivo, no significa: le ocasionarás así un juicio tanto más severo de parte de Dios, lo que estaría en oposición directa con el pensamiento del apóstol, lo mismo que con el de los Proverbios; sino al contrario: el calor penetrante de un amor tan inesperado hará nacer en su conciencia los dolores salutíferos del arrepentimiento y consumirá en él la maldad y el odio. La experiencia está en pleno acuerdo con esta enseñanza.

27. Estas palabras repiten en principio lo que las precedentes expresan en acción. El cristiano debe salir victorioso del combate, pero sus armas son espirituales y no carnales. Quiere que *su* victoria sea la victoria de Dios. Como su Maestro, triunfa cediendo, aun sucumbiendo (Mat. 5:5).

21 rás sobre su cabeza"[26]. No te dejes vencer por el mal, sino
vence por el bien el mal[27].

CAPITULO XIII.

I. *Obediencia debida a las autoridades constituídas, 1-7.* — II. *Toda la ley es cumplida por el amor, 8-10.* — III. *La noche ha pasado: ¡Velad! 11-14.*

I. 1-7. La obediencia a las autoridades. — Todo hombre se sujete a ellas, pues 1º son establecidas por Dios en principio y de hecho; luego, resistirles es resistir a Dios y atraerse un juicio cierto (1, 2).; — 2º la autoridad no es temible sino para los que hacen el mal, pues está al servicio de Dios para hacer reinar la justicia (3, 4); — 3º el cristiano cumple sus deberes de ciudadano, no por temor al castigo, sino por motivo de conciencia, y por esto paga fielmente los impuestos. (5, 6). — 4º Da, pues, a todos lo que se les debe, material y moralmente. (7).

1 Toda alma[1] se sujete a las autoridades superiores[2], pues no
hay autoridad sino de Dios, y las que hay, por Dios han sido

1. Gr. "Toda alma"; de donde resulta que la obediencia aquí recomendada tiene su principio en el interior del hombre (v. 5).

2. El apóstol continúa trazando las verdaderas relaciones del cristiano con los de afuera (12:14-21); habla aquí de esas relaciones en lo concerniente a las *autoridades*, entonces paganas, a las cuales los fieles debían obedecer. El señor del mundo era Nerón, ese emperador que llevó la maldad hasta la locura; todas las autoridades dependían de él. Por otra parte, Pablo habla a cristianos que podían no ver en esas autoridades más que adversarios de su fe, y luego de su libertad y de su vida; habla a judíos convertidos, quizá aun imbuídos de las máximas de su nación, según las cuales era ilegal someterse a poderes paganos y pagarles tributo. (Comp. Mat. 22:12-22). De ahí la alta importancia de los principios puestos aquí por el apóstol, principios igualmente aplicables a todos los tiempos. Estas máximas eran entonces enteramente nuevas; emanen exclusivamente del espíritu del evangelio, que, como la levadura en la masa, debía penetrar con su sabor y con su fuerza divi-

2 ordenadas [3]. De modo que el que se opone a la autoridad, a la
3 ordenación de Dios se opone; y los que se oponen recibirán jui-

no en la humanidad entera, sin proceder jamás por la violencia, adaptándose, en su santa espiritualidad, a todas las formas que puede revestir la sociedad. De ahí deriva la sumisión a las autoridades como deber del cristiano; sin esta sumisión el cristianismo se habría manifestado, no como una vida divina, que viene del cielo, sino como una potencia terrestre, desnaturalizándose en la lucha con otras potencias mundanales. Ahora bien: el Maestro había dicho: "Mi reinado no es de este mundo".

3. Por consiguiente el cristiano, sometiéndose a la autoridad, obedece a Dios, y éste es, al mismo tiempo, el secreto de su verdadera libertad, y el garante de una obediencia sincera (v. 5).—Este versículo responde claramente, en nuestra opinión, a una de las preguntas más difíciles de este asunto: En caso de conflicto entre dos autoridades, ¿a cuál debe obediencia el cristiano? ¿A la que invoca el *derecho*, o a la que existe de *hecho?* Los que creen en el derecho divino en el sentido político de esta palabra, es decir que atribuyen la autoridad de un modo inalienable a la persona o personas que han sido investidas de ella, responderán que sólo estas personas son la autoridad legítima, que a ellas solas, por consiguiente, se debe obediencia. Aquellos al contrario para quienes el derecho no es más que el *hecho providencial* de la posesión de la autoridad, se someterán a esta autoridad. Este último sentido está evidentemente contenido en las palabras del apóstol. Algunos intérpretes, Gerlach entre otros, no lo ven; pero, ¿no es a causa de ideas preconcebidas extrañas al texto? *No hay autoridad sino de Dios;* he ahí el *principio* general de la sociedad constituída con su jerarquía, según la voluntad de Dios; *las que* SON, HAY, (la palabra *autoridad,* en este lugar, no es auténtica) *han sido ordenadas de Dios,* he ahí el *hecho* de su existencia que basta para la obediencia. ¿Qué hay de más claro? Y, de hecho, ¿era Nerón un príncipe *legítimo?* El menos del mundo; había hecho matar al que había de reinar, y todos sus predecesores habían usurpado la autoridad del senado. Pero la cuestión ha sido decidida por la palabra soberana del Maestro. El emperador de Roma era, para Judea, un usurpador; los judíos pretendían que no se le debía pagar tributo; la cuestión es directamente planteada ante Jesucristo; ¿qué responde? *Dad a César lo que es de César;* y su acto, de hacerse mostrar una pieza de plata que tenía la efigie y la inscripción del emperador, prueba igualmente que no quería apelar más que al *hecho* (Mat. 22:17 y sig.). Sin esto, por lo demás, ¿quién obedecería? ¿No han empezado todas por ser más o menos ilegítimas? En último análisis, el derecho va por fuerza a confundirse con el hecho. "Por esto, dice Olshausen, adoptando esta concepción tan clara del texto, por esto, el creyente es eximido de toda investigación sobre la legitimidad u origen del poder que existe de hecho; ve en lo que es, aunque no sea más que temporalmente, la orden divina". Luego agrega en nota esta importante observación: "En cuanto a la cuestión de decidir lo que el cristiano debe hacer en tiempos de transición, de revolución, por ejemplo; de saber *cuándo* un poder naciente debe ser considerado como existente, el apóstol no se ocupa, porque, en vista de la diversidad de relaciones y deberes que pueden producir tales circunstancias, es imposible dar al respecto reglas generales de conducta".

cio para sí mismos [4]. Los magistrados, en efecto, no son temor
para la buena obra sino para la mala [5]. ¿Quiéres, pues, no temer
4 la autoridad? Haz el bien y tendrás de ella alabanza [6], pues es
servidora de Dios para el bien; mas si hicieres el mal teme,
5 pues no en vano usa la espada, pues servidora es de Dios, ven-
6 gadora para castigo al que hace el mal [7]. Por tanto hay nece-

4. *Oponerse a la autoridad,* es *resistir a Dios,* como se hace cada vez que se viola su orden, su palabra. El cristiano, para el que "la ley es espiritual", no restringirá ciertamente la idea de esta oposición vedada por el apóstol, a una resistencia violenta y a mano armada, sino que aunque en algunas circunstancias una oposición legal, benevolente, destinada a iluminar el poder, por ejemplo la de los representantes de la nación, que son también una *autoridad,* no tenga nada de culpable a los ojos del evangelio, llega a serlo sin duda alguna en cuanto tiende a disgustar, a agriar un pueblo, en cuanto aprueba actos de resistencia y de rebelión, mucho más aun cuando ella los provoca. De ahí, esta amenaza de un *juicio* contra los que resisten. Según el conjunto de este versículo, este juicio es el de Dios, a quien se resiste, pero quien lo ejerce ora por la autoridad, ora por las calamidades que las revoluciones traen a los mismos que las han provocado.

5. El texto recibido tiene aquí: "no son temor (el terror), de las buenas obras, sino de las malas". Estas palabras restablecidas en singular, conforme a los mejores manuscritos, indican lo que hay de temer o no temer en cada caso particular de la conducta para con la autoridad.

6. De parte de la autoridad misma (1 Pedro 2:14). El apóstol no teme apelar a estos motivos de sabiduría práctica, el *juicio,* el *temor,* la *alabanza* (v. 2-4), aun cuando el gran motivo del cristiano sea la *conciencia* (Vers. 5).

7. *El magistrado* (esta palabra es sobreentendida en griego) designa *la autoridad* sea cual fuere la forma de gobierno. El apóstol, en todo este pasaje, habla desde el punto de vista de la institución ideal y divina de la autoridad, sin preocuparse de los casos numerosos en que los que de ella están investidos están muy lejos de responder a las intenciones de Dios. Este silencio tiene evidentemente por objeto el dejar subsistir en toda su extensión el principio de la obediencia, aun cuando la autoridad fuera poco digna por sí misma, pues, según el evangelio, mi deber hacia mi prójimo no es abolido por el hecho de que mi prójimo falte al suyo para conmigo. "Es posible que un mal príncipe sea un azote de Dios, por el cual Dios castiga los pecados de un pueblo; entonces, teniendo nuestra parte en esos pecados, debemos decirnos que por falta nuestra una bendición ha sido transformada en maldición". *Calvino.*—Se pregunta uno aquí involuntariamente por qué Pablo no hace mención alguna del ca-

sidad de sujetarse, no sólo por causa del castigo sino también
por causa de la conciencia[8]. Por esto, en efecto, pagáis tam-
bién tributos; servidores son, en efecto, de Dios, constantes en
7 esto mismo[9]. Pagad a todos las deudas: al que el tributo, el

so en que la autoridad ordene cosas que se hallen en oposición manifiesta con la palabra de Dios, puesto que este hecho se presentaba tan frecuentemente desde los tiempos de los apóstoles, y que ellos mismos habían establecido, en este caso, el principio: *Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres* (Actos 4: 19; 5:29). Pablo, que practicó personalmente durante toda su vida este importante principio, guarda silencio a este respecto, sin duda porque, por una parte, considera al reino de Dios, y a todo lo que a él se refiere, como no entrando en la esfera de la autoridad temporal a la que asigna aquí deberes enteramente diferentes, y, por otra parte, porque el cristiano, sometido concienzudamente a la autoridad en todo lo que es de la jurisdicción de esta última, no le *resiste*, aun cuando es forzado a obedecer a Dios antes que a los hombres. En efecto, en este caso, obedece a Dios a su costa y riesgo; cumplido su deber, sufre pacientemente todas sus consecuencias, incluso la muerte, y, al morir, orará por la autoridad que le persigue. La violación directa de los principios establecidos por el apóstol en este capítulo no ha empezado más que donde los cristianos han defendido su causa por las armas contra la autoridad; mas allí también ha empezado el *juicio* (Vers. 2).

8. Gr. "No sólo por causa de la *ira*" (v. 4), es decir, de los castigos que se ejercen por la autoridad, ora cuando los poderes se tornan sin saberlo en las varas con que Dios hiere a los pueblos, ora cuando ella administra la justicia. Para el cristiano, en esto como en todas las cosas, el verdadero motivo de obediencia está en la *conciencia* que se somete a la orden de Dios.

9. Es decir, en sus funciones aquí descriptas, y en la percepción de los impuestos. El apóstol considera el pago de estos últimos como la señal de la obediencia a la autoridad; supone, en efecto, el cumplimiento de todos los demás deberes del ciudadano. Los inmensos beneficios del orden en la sociedad, preservada de los horrores de la anarquía y disfrutando de una seguridad indispensable a su desarrollo, son, a los ojos de todo buen ciudadano, un motivo de soportar sin murmuraciones las cargas que le impone el Estado, en particular de pagar concienzudamente su parte en las contribuciones. Se ve, por la apología de Tertuliano (Cap. 42), cuánto cuidado ponían los primeros cristianos en cumplir estos deberes, aun para con una autoridad pagana que los perseguía. Pablo agrega, como un motivo más, que los que reciben las contribuciones son *ministros de Dios para eso*. Estos términos están en armonía con todo lo que acaba de decir de la institución divina del poder en la sociedad. La voz traducida aquí por *servidores* aunque se aplica también a funciones religiosas en la iglesia, designa a todo hombre que desempeña funciones públicas en el Estado. Es sinónima de *servidor de Dios*. (Vers. 4). No hay que ver en ella nada más.

tributo; al que el impuesto, el impuesto; al que el temor, el
temor; al que el honor, el honor[10].

II. 8-10. Toda la ley es cumplida por el amor: — 1º No quedéis deudores de ningún deber para con los hombres, sino de amarlos, pues en esto estamos siempre en falta. (8). — 2º Todos nuestros deberes para con los hombres que prescribe la segunda tabla de la ley, son cumplidos en el corazón y en la vida por este mandamiento: *amarás*; así el amor cumple toda la ley divina (9, 10).

8 A nadie debáis nada sino el amaros unos a otros[11], pues el
9 que ama al otro ha cumplido la ley[12]. En efecto: "No cometerás
adulterio; no matarás; no hurtarás; no codiciarás"; y si hay
algún otro mandamiento, en este precepto se resume: "Amarás
10 a tu prójimo como a ti mismo". El amor no obra mal al próji-
mo: el cumplimiento de la ley es, pues, el amor[13].

10. El apóstol resume con estas palabras, no solamente los deberes, sino las disposiciones internas del cristiano para con aquellos a quienes Dios ha investido del poder. Es la conclusión de todo lo que precede, expresada por el *pues* del texto recibido, que sin embargo no es auténtico.—Lo que traducimos aquí por *tributo* es la contribución directa sobre las *personas*, la capitación de los antiguos; el *impuesto* se refería a las *cosas*, a los bienes, al consumo, etc. — Al cumplimiento material de estos deberes, el apóstol agrega los sentimientos morales que lo inspiran: el *temor* (respeto), la honra.

11. Pablo vuelve aquí (comp. 12: 10-21) a la verdadera fuente del cumplimiento de todos estos deberes, *el amor*. Permaneciendo *deudores* de los hombres en las obligaciones temporales que tenemos para con ellos, nos ponemos bajo su dependencia, perdemos nuestra libertad, nos preparamos mil apuros. Nada de más sabio que esta recomendación del apóstol, de descargarse de todas esas cargas. Pero hay la única deuda que jamás puede ser saldada, que queda siempre, y que lejos de ser una carga, es una fuerza, es el deber, o más bien la necesidad, de *amar*. Pablo hace una excepción en favor de esta deuda. Cuanto más la pagamos tanto más aumenta; pero también, cuanto más la pagamos, más ricos nos hacemos para continuar pagándola. "El amor que *damos* no está perdido para nosotros, sino que se multiplica al darse". *Agustín.*

12. Por el solo hecho de verdadero amor. (Vers. 10). El apóstol emplea aquí el pretérito del verbo: para el que ama, todo está hecho.

13. Esto no es más que el desarrollo de las palabras del Salvador, Mat. 22:40. (Comp. también Mat. 19:21, nota). El amor no es solamente un medio, un socorro, una fuerza para *cumplir la ley;* él mismo es realmente su *cumplimiento*, el único verdadero, el único digno del Dios que es amor. Fácil es convencerse de ello en el detalle de nuestras obligaciones para con el prójimo; por ejemplo,

III. 11-14. El tiempo apura; velad y sed sobrios. — 1º El tiempo se va, la noche ha pasado; es la hora de despertar; no más obras de tinieblas, sino armas que no se emplean sino a la luz. (11-12). — 2º Marchemos en pleno día, no ya en ninguna de las inmundicias del paganismo, sino en la comunión de Cristo que destierra las concupiscencias de la carne. (13, 14).

11 Y esto conociendo el tiempo, porque es hora ya de desper-
tarnos [14], del sueño, pues ahora más cerca está de nosotros la
12 salvación que cuando creímos. La noche está adelantada y el
día se ha acercado; depongamos, pues, las obras de las tinieblas
13 y vistámonos de las armas de la luz [15]. Andemos decentemente,
como de día [16], no en glotonerías y borracheras, no en lechos y
disoluciones, no en contienda y celos, sino vestíos del Señor Jesu-

¿cuál de estos *mandamientos* citados aquí por el apóstol podrá ser violado, cuál no será enteramente cumplido por nosotros para con un hombre al que amamos tiernamente según la caridad de Cristo? — Pablo no cita aquí más que mandamientos de la segunda tabla, porque es de toda evidencia que los de la primera (nuestros deberes para con Dios) son cumplidos por el amor. — La citación del noveno mandamiento: "No dirás falso testimonio", que contiene el texto recibido, no es auténtica aquí.

14. *Y esto*, todo lo que precede sobre los santos deberes del amor (v. 8-10), *esto* es tanto más grave, tanto más imperioso, cuanto que *conocéis el tiempo*, las circunstancias del reinado de Dios que avanza. ¿Sería éste el momento de dormir?

15. El apóstol resume todo lo que precede en un apremiante llamado a la vigilancia y a la santidad, llamado basado en los más serios motivos. ¡Qué figuras! La *noche* es, por una parte, el tiempo transcurrido antes de la aparición del *Sol de justicia*, por la otra, los años en que Pablo y su lectores vivían aún en las tinieblas del pecado. La noche está *adelantada;* la aurora del *día* perfecto de *salvación*, del regreso de Cristo, se ha *acercado;* está más cerca ya que *cuando creímos*, pues cada día, cada hora, nos lleva allá rápidamente. ¿Y la consecuencia de estos importantes pensamientos? *¡Depongamos las obras de las tinieblas; vistámonos de las armas de la luz!* El pecado y sus mil concupiscencias se manifiestan, como *obras de tinieblas*, ya en que, literalmente, huyen la luz del día. (Comp. Efes. 5:11). Por otra parte, el soldado no puede, durante la noche, hacer uso de sus *armas;* el combate contra el mal no se libra pues más que con las *armas de la luz*, la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios. (Efes. 6:10-18).

16. Aun el que ama la inmundicia guarda, *de día*, las apariencias de la honestidad; ¡cuánto más el hombre en cuya conciencia ha brillado la luz de Dios en Cristo Jesús rechazará todo lo que no podría soportar esa luz!

17. ¡Qué contraste con los vicios groseros que preceden, y que eran la vida habitual del paganismo! Esta

14 cristo [17] y no hagáis provisión para la carne para sus concu-
piscencias [18].

figura *(vestirse)*, a menudo empleada por Pablo (Gál. 3:27; Efes. 4:24; ol. 3:10), recuerda al hombre "la vergüenza de su desnudez" (Apoc. 3:18), que debe ser cubierta con el manto de la justicia de Cristo. (Isa. 61:10). Es necesario que Cristo nos vista interiormente como un vestido viste al cuerpo, de modo que sea él quien viva, piense, ame y obre en nosotros. Tal es el hombre nuevo, la nueva criatura, Cristo en nosotros restableciendo la imagen de Dios. (Col. 3:10).

18. Gr. "Y no hagáis (que) el cuidado de la carne (sea) para las concupiscencias (o malos deseos)". El cuidado del cuerpo no es prohibido por estas palabras: la escritura honra al cuerpo, destinado a la gloria (1 Tesal. 5:23); pero se trata de la *carne*, y de todo lo que alimenta sus corrompidos deseos. — Este pasaje (v. 11-14) es históricamente muy notable, por cuanto fué la voz de Dios para el despertar y la conversión de Agustín, la más viva luz que el Señor ha hecho brillar en su iglesia desde el siglo de los apóstoles hasta el de los reformadores.

CAPITULO XIV.

I. *Tolerancia mutua, 1-13.* — II. *El uso de la libertad debe ser según el amor, 14-23.*

I. 1-13. Soportad a los débiles en su fe. — 1º Esta tolerancia del amor, lo único que os elevará por sobre las disputas de opinión, es muy necesaria, puesto que hay en medio de vosotros diferencias de convicciones, respecto de ciertos alimentos que unos se permiten y otros no. (1, 2). — 2º Cuidaos de juzgaros o menospreciaros mutuamente en esto; ante el Señor son todos responsables, y él es poderoso para afirmar los débiles. (3, 4). — 3º Respecto de ciertos días de fiestas religiosas que algunos observan, a los cuales los otros no atribuyen importancia alguna, siga cada uno su convicción sincera, pues la *intención* de unos y otros, que no hemos de juzgar en estas cosas secundarias, es agradar al Señor. (5, 6). — 4º Este motivo es fundado en las profundidades mismas de la vida cristiana: pertenecemos al Señor, ora en nuestra vida, ora en nuestra muerte, pues Cristo nos ha adquirido por su vida, por su muerte, por su resurrección, a fin de que él solo reine sobre todos. (7-9). — 5º ¿Por qué, pues, juzgarnos, puesto que Dios se ha reservado el juicio del último día, cuando cada uno dará cuenta de su vida? ¡Cuidémonos solamente de poner delante de nuestros hermanos una ocasión de caída! (10-15).

1 Cuanto al débil en la fe [1], recibidle, no para distinciones de
2 opiniones [2]. El uno cree [poder] comer todo, mas el débil come

1. Este capítulo entero va a mostrar claramente que el apóstol entiende aquí por los *débiles en la fe*. La iglesia de Roma estaba compuesta, en su mayor parte de paganos convertidos que, sabiendo que tenían acceso ante Dios únicamente por la fe en Cristo Jesús, estaban dispuestos, como lo vemos aquí, a juzgar o a desestimar a sus hermanos venidos del judaísmo y que habían conservado diversos escrúpulos ascéticos relativos a las prescripciones de la ley. Los días de fiesta de institución mosaica les parecían sagrados (v. 5); el consumo de carne y vino, que sin embargo no era prohibido por la ley, les parecía peligroso para la vida espiritual (v. 2, 21), principalmente, quizá, cuando se trataba de comidas en común, donde podían hallarse alimentos que habían servido en los sacrificios. (Véase 1 Cor. 8, y 10:18 y sig., en que el apóstol trata extensamente el mismo asunto en circunstancias diferentes). — A esta explicación, que es la de varios padres, de Neander y otros, M. Godet objeta que la fidelidad a la ley mosaica no habría inducido a esos cristianos a vedarse completamente el uso de la carne y a temer una impureza atribuída a la naturaleza misma de todos los alimentos. (Comp. v. 14). Estima, pues, que los *débiles* no eran cristianos de origen judío, sino más bien antiguos paganos llevados a ese dualismo ascético por reacción contra la corrupción reinante. La lectura del Génesis (1:29; comp. 9:3, 4, 20) que les hablaba de un tiempo anterior a la ley mosaica, en que no se usaba alimento animal ni vino, podía confirmarlos en su punto de vista. Puede haber parte de verdad en ambas explicaciones propuestas.—Sea lo que fuere del origen de su tendencia, los hacía débiles *en la fe*: no habiendo comprendido y creído todo el consejo de Dios no la plenitud de su gracia, esos hombres se privaban de la libertad cristiana, y su fe, débil relativamente a su objeto, lo era también en su principio, es decir, en sí mismos. Se trata aquí del lado moral de la fe, y no, como piensa Calvino, de la doctrina. (Comp. 1 Cor. 8:11, 12). Pero eran sinceros en su ignorancia. Por esto Pablo, lleno de una sabiduría y caridad dignas de admiración, muestra a los cristianos más libres y más fuertes (15:1 y sig.) cómo deben soportar, amar a sus hermanos, y condescender por algunos sacrificios a su debilidad. El, tan inflexible y severo contra los observadores de la ley, cuando querían establecer su justicia propia por las obras y anular la gracia para otros; él, que los estigmatizaba con el nombre de falsos apóstoles y de engañadores, nos aparece aquí lleno de la más tierna tolerancia para esas almas débiles y timoratas, que no entendían ni confiar en su propia justicia, ni imponer a los demás el yugo de sus tradiciones judaicas, sino que se contentaban con su abstinencia para sí mismos, y solamente se contristaban viendo a sus hermanos sin escrúpulos a este respecto. (V. 15). ¡Con qué elocuencia reprueba los juicios severos de que aquéllos eran objeto de parte de sus hermanos! ¡Qué lecciones tienen que recoger de estas enseñanzas los cristianos de todos los tiempos!

3 hortalizas [3]. El que come no desprecie al que no come, y el
que no come no juzgue al que come, pues Dios le ha recibido [4].
4 ¿Quién eres tú, que juzgas a criado ajeno? Para su propio señor
está en pie o cae [5], mas será afirmado, pues poderoso es el Se-
5 ñor para afirmarle [6]. El uno estima un día más que otro; el
otro estima todos los días [7]; esté cada uno plenamente persua-
6 dido en su propia mente [8]. El que observa el día, por el Señor

2. Gr. *"Distinciones*, o *juicios*, o *vacilaciones* de pensamiento, de *opiniones"*. Lo que puede referirse al que es fuerte, y singular: "Recibidle, no para someter sus pensamientos, sus opiniones a un juicio severo, no para constituiros jueces de su fuero interno, sino para soportarle y amarle"; o bien al débil mismo, y entonces el apóstol quiere decir: "Recibidle, no para producir nuevas vacilaciones, nuevas dudas en sus pensamientos". Este último sentido adopta Lutero y lo vierte libremente así: "¡No turbéis las conciencias!" Calvino explica estas palabras del mismo modo. De acuerdo al v. 3, se puede pensar que ambos sentidos están al mismo tiempo en el espíritu del apóstol.

3. El débil se abstiene de carne, a fin de disminuir las fuerzas de su carne, y retenerla bajo la dependencia del espíritu, o por temor de comer carnes legalmente impuras.

4. Pablo habla al fuerte y al débil, estas últimas palabras pues se aplican a ambos. Puesto que *Dios*, en su misericordia infinita, ha *recibido* a ambos, les ha dado su gracia, los ha salvado, ¿cómo podrá el uno *despreciar* o *juzgar* al otro? La conducta de Dios para con nosotros debería ser siempre la medida de la nuestra para con nuestros hermanos.

5. Gr. "Para su propio señor está en pie o cae". Juzgarle es, pues, asunto de su amo, no tuyo. — Esta palabra que significa *tenerse en pie*, es la misma que a menudo se encuentra vertida, en nuestras versiones, por *subsistir* delante de Dios. (Sal. 1:5; Luc. 21:36; Apoc. 6:17).

6. Gr. "Para hacerle tenerse en pie": Esta es la esperanza y el lenguaje de la caridad, muy diferentes de los juicios que el apóstol reprueba aquí. — El texto recibido tiene *Dios* es poderoso. Mejores autoridades están por *el Señor*.

7. Es éste un segundo punto de la vida religiosa en que había diferencias de opinión entre los cristianos, y en que debían soportarse. Se trata de días de sábado, de nueva luna y de otras fiestas, a las cuales los cristianos convertidos del judaísmo no podían aún renunciar. (Comp. Gál. 4:10; Col. 2:16, nota).

8. Que cada uno tenga libertad, sin ser juzgado por los demás; que cada uno adquiera una *persuasión* personal y firme, a fin de no obrar por el impulso de otro. Pero, en los asuntos religiosos, ninguno puede estar plenamente *persuadido* a menos de reposar sobre el fundamento de la verdad divina, de la verdad revelada. El apóstol no quiere, pues exhortar a los débiles a conservar sus errores, ni a edificar sobre la arena movediza de sus propias opiniones, sino más bien a adelantar en un conocimiento cada vez más completo del evangelio, a fin de llegar así a una *plena persuasión*.

lo observa (y el que no lo observa por el Señor no lo observa);
y el que come, por el Señor come, pues da gracias a Dios; y
el que no come, por el Señor no come, y da gracias a Dios [9].
7 En efecto [10], ninguno de nosotros vive para sí mismo, y nin-
guno muere para sí mismo, pues ora vivamos, para el Señor
8 vivimos; ora muramos, para el Señor morimos; ora, pues, viva-
9 mos, ora muramos, del Señor somos. Para esto, en efecto, Cris-
to murió y vivió, para enseñorearse tanto de los muertos como
10 de los vivos [11]. Mas tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? o tam-
bién, ¿por qué desprecias tú a tu hermano? pues todos compa-
11 receremos ante el tribunal de Dios, pues escrito está: "Vivo yo,
dice el Señor, que a mí se doblará toda rodilla y toda lengua

9. Gr. "El que observa... observa *al Señor;* el que come, come *al Señor;* el que no come, no come *al Señor*". Pertenece a su Amo, para él vive, por él obra, y su *acción de gracias* santifica para el uno su carne y para el otro sus legumbres. (Vers. 2; comp. 1 Cor. 10:25-31, notas). El punto esencial, en las cosas que no son claramente ordenadas o vedadas por la palabra divina, está en que hagamos todo en un espíritu de filial obediencia a Dios, y nada siguiendo nuestra propia voluntad.— La frase del v. 6 puesta entre paréntesis en el texto, muy probablemente no es auténtica.

10. El apóstol motiva *(pues, en efecto)* por las palabras que van a seguir, las que preceden, dando a la expresión al *Señor,* tan a menudo repetida, una grandeza y una elevación que alcanza hasta el ideal más sublime de una vida cristiana enteramente consagrada *al Señor.*

11. El redimido de Cristo no pertenece ya *a sí mismo,* ni en su *vida,* ni en su *muerte;* pertenece a Aquel que ha pagado su precio de rescate y que se lo ha adquirido para su propiedad (2 Cord. 5:13-15) por su vida, por su muerte y por su resurrección. El texto recibido tiene (v. 9): "Para esto Cristo murió, y resucitó, y revivió, a fin de que..." Falsa repetición, corregida en nuestro texto según las mejores autoridades. Pero el término *vivió* puede y debe aplicarse a su vida sobre la tierra y a su resurrección. Su vida, su muerte, su resurrección, toda su obra, es así considerada como el gran *motivo* por el cual el cristiano le pertenece en particular en una íntima unión. "La vida y la muerte de Cristo han sido la adquisición, la compra, la conquista *de los vivientes y de los muertos.* Ninguno osará tocar su propiedad. ¡Pensamiento profundo, potente, práctico! El que se siente así unido al Señor del cielo y de la tierra no querrá pertenecer a ningún otro, y sabrá desatar todos los lazos que pudieran retenerle aún". *Olshausen.* "De este modo también nos es dada (v. 8) la regla de la vida y de la muerte :si Dios prolonga nuestra vida en el seno de las penas y de los dolores, no desearemos sin embargo salir de ellos antes del tiempo; y si nos llama bruscamente en la flor de la edad, estaremos siempre prestos a partir". *Calvino.*

12. Isa. 45:23-25. Comp. Fil. 2: 9-11. El texto recibido (v. 10) tiene: "el tribunal de *Cristo*". Los testimonios de los manuscritos y de los padres están decididamente en favor de la palabra restablecida en nuestro texto: "tribunal de *Dios*". (Véase sin embargo 2 Cor. 5:10).— Este juicio eterno, único equitativo, porque será hecho con la omnisciencia divina, según la justicia y la misericordia, es el motivo más imponente para no *juzgar* temerariamente los unos a los otros, mucho más aun para no *despreciar* a nadie, ni aun al más miserable de nuestros hermanos. Juzgando, usurpamos la prerrogativa del justo Juez.—"Si el apóstol dice que los creyentes mismos deben *comparecer ante el tribunal de Dios,* mientras el Salvador declara (Juan 3:18) que el que cree en él no será juzgado, esta diferencia aparente se explica claramente. Haciendo esta declaración sobre los suyos, Cristo ejerce, por anticipación, el acto mismo del juicio. *Juzgar* significa propiamente escoger, separar; y cuando esta separación ya ha tenido lugar, como para los fieles (1 Cor. 11:31), no puede renovarse. Solamente, en el último día, Dios la reconocerá y la manifestará como cumplida. Es así como habría que entender aquí el juicio". *Olshausen.*

13. Véase 1 Cor. 8; principalmente v. 9-12, nota.

14. 1 Cor. 88: 6, 7, notas. Pablo se adhiere a la opinión de los fuertes y los libres, y expresa con dos verbos su persuasión de que las prescripciones legales del Ant. Test. sobre ciertas cosas impuras, son abo-

12 alabará a Dios" [12]. Luego, pues, cada uno de nosotros dará a
13 Dios razón de sí. No juzguemos, pues, más unos a otros, sino
resolved más bien esto: no poner tropezadero o escándalo al
hermano [13].

II. 14-23. Reine el amor en el uso de la libertad. — Sin duda los que están en Cristo saben que ningún alimento es legalmente inmundo; pero no todos tienen esta convicción iluminada, y si, por tu libertad, entristeces a tu hermano, violas el amor. (14-15a). Motivos de no obrar así: — 1º Perjudicarías a tu hermano por quien Cristo dió su vida. — 2º Harías censurar tu libertad. — 3º Darías a los ignorantes la más falsa idea del reino de Dios, que no es material sino una creación del Espíritu de paz y de gozo. 4º Bien: es necesario servir al Señor de modo de ser aprobado de Dios y de los hombres. (15b-18). — Tengamos, pues, siempre en vista lo que procura la paz y la edificación; no nos expongamos a destruir la obra de Dios en nuestros hermanos débiles dándoles escándalo por nuestra libertad. (19, 20). — Conclusión: 1º Para los fuertes: Más bien abstenerse de todo que escandalizar a un hermano; si tienes una convicción iluminada, haz de ella para ti y delante de Dios un uso que puedas aprobar. (21, 22). — 2º Para los débiles: si estás en duda, abstente, pues todo lo que no está basado en la fe es mal. (23).

14 Sé y estoy persuadido en el Señor Jesús que de por sí nada
es inmundo, sino para el que piensa que algo es inmundo: para
15 aquél es inmundo [14]. Si por tu comida, pues, tu hermano es en-

16 tristecido, no andas ya según el amor [15]. No pierdas por tu comi-
17 da a aquél por el cual Cristo murió [16]. No sea pues, blasfemado
vuestro bien [17], pues el reino de Dios no es comida y bebida sino
18 justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo [18]. En efecto, el que
en esto sirve a Cristo agradable es a Dios y acepto a los hom-
19 bres [19]. Luego pues, persigamos lo [relativo] a la paz y a la
20 edificación de unos a otros [20]. No destruyas la obra de Dios
por causa de comida [21]. Todo es puro, sí, pero hay mal para el
21 hombre que come con tropiezo [22]. Bueno es no comer carne, ni

lidas *en Cristo.* Pero no está menos convencido de que si un cristiano las tiene aún por *inmundas* en su conciencia, lo son *para él* (v. 20), de donde saca la consecuencia práctica de los v. 15 y sig.

15. El *amor,* tal es aquí el primero, el grande principio en cuya virtud todo cristiano evitará entristecer moralmente, escandalizar a su hermano en su conciencia.

16. Véase 1 Cor. 8:11, nota.

17. El *bien* del cristianismo, su tesoro, como traduce Lutero, es la libertad espiritual, su justificación por la fe, su liberación de la ley. Por un falso uso de este bien, se lo hace desconocer, censurar (literalmente, *blasfemar).* Podría serlo por los paganos, a quienes un abuso de libertad haría creer que el reino de Dios consiste en esas cosas materiales. (Vers. 17).—La versión de Ostervald: "Lo bueno que hacéis" es un contrasentido y desnaturaliza completamente el pensamiento del apóstol.

18. *Ni comida ni bebida* es una manera concisa y viva de decir que el reino de Dios, que es una comunión viva con él, no consiste en ninguna de las cosas externas, que podemos hacer o no hacer. *El Espíritu Santo,* único que nos introduce en esta comunión con Dios y nos mantiene en ella, él solo también produce en nosotros la *justicia* (la santidad de la vida); la *paz,* con Dios primeramente, luego con nuestros hermanos; un santo *gozo,* que liberta al alma temerosa de sus penosas ansiedades. (Comp. Gál. 5: 22).

19. "Servir a Cristo *en esto*", es decir, de este modo, es servirle en la justicia, la paz y el gozo (v. 17), que deben ser *agradables a Dios,* puesto que son su obra, y es imposible que los hombres, por lo menos los que pueden comprenderlas, no las *aprueben.*

20. La palabra *edificación* es una figura cuyo sentido es a menudo mal entendido. Para *edificar* es necesario material y trabajo. A esta obra compara la escritura el desarrollo interno del cristiano: sentimiento, conocimiento, voluntad, todo debe andar de frente y levantarse como un santo templo.Todos deben contribuir a ello para todos, a fin de que la edificación de los unos tenga lugar por los otros, para que sea *mutua.* (Véase, para los desarrollos de esta figura, 1 Pedro 2:5 y sobre todo 1 Cor. 3:10-15).

21. *La obra de Dios* en tu hermano: su fe, su vida cristiana. Lo que Dios ha edificado, no lo demuelas. (Comp. v. 15, nota).

22. Gr. "Mas hay mal para el hombre que come con escándalo"; lo que puede referirse, ora al *débil* que obra contra su conciencia, ora al *fuerte*

beber vino, ni [hacer] cosa por la que tu hermano tropieza o
22 es escandalizado o flaquea [23]. ¿Tienes tú fe [24]? Tenla para con-
tigo en presencia de Dios [25]. ¡Dichoso el que no se juzga a sí
23 mismo en lo que aprueba [26]! Mas el que duda, si comiere queda
condenado, porque no viene de fe, y todo lo que no viene de
fe es pecado [27].

que *da* el escándalo comiendo. El versículo siguiente decide en favor de este último sentido, contra la opinión de diversos intérpretes.

23. Gr. "Bueno es no..." *Bueno* a los ojos de la caridad que se abstendrá de todo esto antes de perjudicar a un hermano, aunque, en sí misma, tuviera la libertad de usarlo. Este principio, que en el día de hoy no halla casi aplicación en la comida y la bebida, puede presentarse en una multitud de otras circunstancias en que el uso de la libertad cristiana debe, por una delicada caridad, ser sacrificado a los escrúpulos de la conciencia de los débiles.

24. Una *fe* fuerte, inteligente, que te hace libre.

25. Todo cristiano recibe la fe ante todo para sí mismo, para tener acceso ante Dios y vivir en su comunión. Si hace este uso de ella, no se servirá de ella para juzgar o menospreciar sus hermanos más débiles y menos iluminados.

26. El que, examinando seriamente la línea de conducta que una vez ha *aprobado,* no se siente reprendido en su conciencia, o mejor dicho, no es forzado a reconocer una contradicción entre su convicción y su conducta, sino que las halla en plena armonía. El mismo pensamiento, negativamente expresado (v. 23), hace comprender claramente éste.

27. El apóstol, que ha defendido hasta aquí la causa de los débiles a fin de que no fueran juzgados ni despreciados por sus hermanos más fuertes, no entiende por eso autorizar la ignorancia o el error de un espíritu vacilante y sin convicción. Sin convicción no hay moralidad. Lo que lo prueba, es el caso especial de que Pablo se ha ocupado en este capítulo, y en el cual se detiene aún, en las primeras palabras de nuestro versículo: he aquí un hombre que duda si hay o no pecado en comer ciertos alimentos, y que sin embargo él come, exponiéndose así, desde su punto de vista, a cometer un pecado. ¿Es esto moral? ¿Y obrará mejor este hombre en un caso más grave, cuando se encuentre en presencia de un pecado mayor, sin convicción y sin fuerza? Hay toda razón de dudarlo. Por esto el apóstol, después de haber indicado la causa de una conducta semejante, diciendo que *no viene de fe,* se eleva de este caso particular a un principio general, y declara que *todo lo que no viene de fe es pecado.* Hay que cuidarse bien, si se quiere quedar en la verdad, de dar aquí a esta palabra *fe,* como se ha hecho a menudo aun en ciertas versiones, el sentido de una simple convicción subjetiva, individual, o de la "persuasión en que se está" en cada momento dado. Vers. 5, nota). (Jamás la escritura llama a eso la *fe.* No da este nombre más que a la confianza de la conciencia y del corazón, basada en una verdad divina revelada. La debilidad de los débiles consiste precisamente en la obs-

curidad y lo vago de su fe, que no es, como se querría hacer decir aquí al apóstol, más que el sentimiento individual, el instinto, diré, abandonado a sí mismo, sin luz y sin fuerza de arriba. Su fe es débil relativamente a su objeto, y he ahí porqué lo es, en su principio y en sus aplicaciones. Lo es también en sus frutos; tal fe no da ni certidumbre, ni paz, ni gozo. Por último, hay que repetirlo para hacer comprender bien todo lo que hay de absoluto en el gran principio establecido aquí por el apóstol, tal fe no tiene ninguna moralidad, ni ilumina ni vivifica la conciencia, y abandona al hombre, en cada caso dado, a toda la incertidumbre, a todas las fluctuaciones, a todas las inclinaciones de su naturaleza corrompida; ella le deja, en pocas palabras, *en su pecado*, y todo lo que hace en este estado, aunque fuesen obras buenas en sí mismas, lleva este triste carácter del pecado. La verdadera fe sola, por la cual el hombre sale de sí mismo para vivir en Dios, en su comunión, en su obediencia, en su amor, da a sus obras su carácter moral. "Observa bien, dice Lutero, esta declaración universal contra todas las obras hechas sin la fe, y guárdate de las falsas glosas inventadas por algunos doctores". — "¿Cuál es la obediencia de un hombre si no está persuadido de que lo que hace es aprobado de Dios? Tal incertidumbre vicia todas sus acciones, por especiosas que, por otra parte, sean. Condenado como pecado, todo lo que no es de fe, el apóstol rechaza al mismo tiempo todo lo que no está apoyado en la palabra de Dios y aprobado por ella. Y sin embargo, no basta saber que lo que hacemos es aprobado por esta palabra; es necesario aún que nuestro corazón, fuerte con esta persuasión, se entregue gozosamente a la obra. Tal es, pues, el principio de una buena vida, que nuestra alma, arrancada a sus fluctuaciones, afirmada sobre la palabra de Dios, prosiga su carrera, adonde Dios la llama". *Calvino.*

CAPITULO XV.

I. *Continuación y fin de las enseñanzas que preceden, 1-13.* — II. *Pablo justifica su epístola apelando a las bendiciones de que su apostolado ha sido colmado, 14-21.* — III. *Reitera a los Romanos su deseo y su promesa de visitarlos, 22-33.*

I. 1-13. CONTINUACIÓN: MOTIVO DE SOPORTAR LOS DÉBILES. — *1º El amor* sólo debiera bastar a los fuertes para simpatizar con las debilidades de los flacos, para no complacerse en su fuerza, para tener siempre en vista la edificación de los otros, a ejemplo de Cristo Jesús en su renunciamiento y padecimientos. (1-3). — 2º Estos sentimientos emanan de una doble fuente, que es la misma para todos: por una parte las santas escrituras, de donde sacamos al mismo tiempo luz y consuelo; por la otra Dios mis-

mo, que es un Dios de paciencia y de consuelo, — nos enseñan a tener estos sentimientos para con nuestros hermanos, a fin de cultivar con ellos la buena armonía, para glorificar a Dios de común acuerdo con ellos, para soportarlos con amor. (4-7). — 3º Por último, los fuertes, convertidos del paganismo, no olviden que a sus hermanos débiles, aún imbuídos de los prejuicios judaicos, el evangelio estaba ante todo destinado; ellos mismos, salvados por pura *misericordia*, deben glorificar a Dios como las escrituras lo habían anunciado con anticipación. (8-12). — 4º El último voto del apóstol es que así sea. (13).

1 Debemos, pues, nosotros los fuertes soportar las debilidades
2 de los débiles [1] y no agradarnos a nosotros mismos [2]. Cada uno
3 de nosotros agrade al prójimo para el bien, para la edificación,
pues también Cristo no se agradó a sí mismo, sino conforme está
4 escrito: "Los vituperios de los que te vituperan han caído sobre
mí" [3]. En efecto, cuanto fué antes escrito, para nuestra ense-

1. El capítulo precedente, del que estos primeros versículos (1-13), son continuación, da claramente el sentido que hay que atribuir a estas palabras *fuertes* y *débiles*. Solamente, nadie se apresure a ponerse en las filas de las *fuertes*. Tal puede ser fuerte con una fe iluminada y libre, y permanecer *débil* a otros respectos.

2. Esta palabra *agradar* (comp. v. 2 y 3 y 1 Cor. 7:32, 33; 10:33) recibe, bajo la pluma de Pablo, un significado muy extenso, importante y práctico. Indica toda una disposición del corazón, y un modo de ser y de obrar que de ella procede: *agradarse a sí mismo* es tomarse por centro y por fin, buscar su interés y sus goces; es el *amor propio*, en el sentido antiguo y moderno de estas palabras al mismo tiempo. *Agradar al prójimo* (v. 2) tiene exactamente el mismo sentido; el objeto solo ha cambiado, pero la diferencia es semejante a ser o no ser. Aquí, el egoísmo se ha vuelto amor; y como no hay nada más agradable que ser amado, el cristiano que ame más, agradará más. ¿Pero con qué fin? Aquí está el peligro de volver, por un rodeo, a agradarse a sí mismo. Por esto el apóstol agrega inmediatamente: *para el bien, para la edificación.* (Vers. 2). Nada es más propio para alcanzar este fin que los procedimientos amables, llenos de complacencia, que proceden del amor. Hay cristianos que parecen hacer consistir la fidelidad en hacerse desagradables; se engañan. Mas he aquí el otro lado de la cuestión. Gál. 1:10; Col. 3:22.—La aplicación que el apóstol hace de este precepto a los fuertes, respecto de los débiles, es evidente.

3. Sál. 69:10, citado literalmente según los Setenta. Pablo nos presenta siempre a Jesucristo no solamente, como modelo, sino como el principio vivificador de toda nuestra conducta. El Salvador, en su completo renunciamiento, en su perfecta consagración a Dios, no pensó jamás en sí mismo sino que aceptó por su porción los *vituperios* que ya soportaba el salmista de parte de los enemigos de Dios. Aplicando al Salvador estas palabras, el apóstol sabía bien que Dios mismo era *vituperado* en la persona de su amado.

ñanza fué escrito, para que por la perseverancia y por la con-
5 solación de las escrituras tengamos la esperanza[4]. Y el Dios de
la perseverancia y de la consolación os dé el tener el mismo pen-
samiento unos para con otros según Cristo Jesús[5], para que de
6 acuerdo, a una boca, glorifiquéis al Dios y Padre del Señor nues-
7 tro Jesucristo[6]. Por tanto recibíos unos a otros conforme Cris-
8 to también os recibió para gloria de Dios[7]. Digo en efecto que

4. La citación que el apóstol acaba de hacer de la escritura le inspira el pensamiento de decir unas palabras de este tesoro de *instrucción* y de *consuelo*, lo que, por otra parte, va derechamente a su propósito. Establece, pues, el gran principio de que, *cuanto fué escrito antes* de él por los hombres de Dios, lejos de no tener más que un carácter local o un valor temporario, es, para todos y en todas las épocas, la fuente divina de la *instrucción*. El Espíritu de Dios que las ha inspirado es el Espíritu Eterno, y las necesidades de las almas a que deben responder, son siempre las mismas. Pablo hace resaltar sobre todo aquí *la perseverancia* y la *consolación* que alimentan la *esperanza*, porque, además de las pruebas diversas inseparables de la vida del cristiano, ve algunas especiales en sus relaciones con sus hermanos que debe aprender a soportar. Si no hallamos pues en ellos todo lo que esperábamos, si encontramos en ellos cosas que nos chocan o nos desalientan, volvamos a la escritura, y sacaremos siempre de ella de nuevo, con la *perseverancia* y la *consolación*, la *esperanza* que no confunde.

5. Pablo transforma aquí en oración la importante verdad que acaba de exponer. Dios es la fuente de todas esas gracias, o mejor aun, esas gracias son su naturaleza, sus perfecciones mismas: por esto es llamado aquí *Dios de perseverancia de consolación*, como en otra parte, Dios de paz, Dios de amor, Dios de esperanza (Vers. 13). Cuando se digna pues concederlas a sus hijos, a pesar de todas sus divisiones y sus miserias, ellos tienen *un mismo pensamiento según Cristo Jesús*, gran fin que persigue el apóstol en toda esta parte de su epístola.

6. La vida entera del cristiano, como toda la creación, no tiene otro fin que el de *glorificar a Dios*. Pero cuando hermanos le glorifican de *un mismo corazón* (Gr. "de acuerdo") y *a una boca*, por su unión, su amor fraternal, sus cánticos de alabanza, en esto Dios, que es amor, se complace principalmente, y esto ejerce sobre las almas una inmensa potencia de edificación. Dios es llamado aquí *el Dios y Padre del Señor nuestro Jesucristo* (traducción exacta). Es el Dios y Padre que Jesús adoraba, glorificaba, amaba. Por nuestra unión con el Salvador, por su obra de redención, su Dios se hace nuestro Dios, su Padre nuestro Padre. (Juan 20:17; Efes. 1:17.) He ahí por qué se complace Pablo en designar a Dios de este modo.

7. Estas palabras: *para gloria de Dios*, deben referirse a ambos miembros de la frase que precede: si Cristo *os ha recibido* para la gloria de Dios, es decir, para manifestar su misericordia y todas sus perfecciones, vosotros debéis, para glorificar-

Cristo ha sido hecho ministro de la circuncisión, por la verdad
9 de Dios, para confirmar las promesas de los padres[8], y para que
los gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia, conforme
está escrito[9]: "Por esto te alabaré entre los gentiles, y a tu
10 nombre salmearé". Y otra vez dice[10]: "Regocijaos, gentiles, con
11 su pueblo". Y otra vez[11]: "Alabad, todos los gentiles, al Señor,
12 y alábenle todos los pueblos". Y otra vez Isaías dice: "Estará
la raíz de Jessé y el que se levanta para gobernar los gentiles;
13 en él esperarán los gentiles"[12]. ¡Y el Dios de la esperanza os
llene de todo gozo y paz creyendo[13], para que abundéis en la
esperanza, por la potencia del Espíritu Santo[14]!

le también (v. 6), *recibiros* unos a otros con bondad, con amor. ¡Doble motivo muy poderoso de tolerancia y de amor mutuo! ¿Cuándo podremos desplegar para con el más débil de nuestros hermanos la milésima parte de la misericordia de que Cristo ha usado para con nosotros?

8. Pablo, queriendo levantar los cristianos convertidos del judaísmo, que son aquí los *débiles* (cap. 14), a los ojos de sus hermanos arrancados del paganismo, que son los *fuertes*, recuerda a éstos últimos los privilegios de los primeros, a los cuales, después de Dios, son deudores de todo. (Compárese 11:16 y sig.) Cristo vino primeramente para los judíos (y esto como *servidor*, Mat. 20:28; Fil. 2:7), ratificando la *verdad de Dios* (la fidelidad de su alianza), y cumpliendo las *promesas* de su gracia hechas *a los padres*, mientras que los paganos han sido recibidos después de eso por pura *misericordia*. (Vers. 9.) Este argumento tiene aún toda su fuerza para enseñarnos a respetar y amar al antiguo pueblo de Dios.

9. Sal. 18:50. En este salmo es el Mesías quien habla. "Lo que Cristo dice querer hacer, Pablo anuncia que las naciones lo harán, es decir, Cristo en las naciones". *Bengel.*

10. Deut. 32:43, según los Setenta, que difieren ligeramente del texto hebreo actual.

11. Sal. 117:1.

12. Isaías 11:10, según los Setenta. El texto hebreo tiene: "Habrá en aquel día una raíz de Isaí levantándose por estandarte de los pueblos; las naciones se informarán de él y su reposo será glorioso". El pensamiento es el mismo con una diferencia de expresiones. Jessé es la ortografía griega de Isaí, padre de David.

13. Gr. *"creyendo"*. El *gozo*, la *paz*, son los frutos de la *fe* y emanan del *Dios de la esperanza*, que es su fuente, su autor en las almas. (Vers. 5, nota.)

14. Con esta oración, tan rica en bendiciones espirituales, termina el apóstol su carta propiamente dicha. Lo que sigue no encierra más que relaciones personales votos, saludos. Podría parecernos, a primera vista, que estas cosas no son extrañas; pero tienen aun para nosotros una grande importancia; una importancia histórica, primeramente; luego nos muestran cómo Pablo, en sus relaciones con las iglesias, ponía santamente en práctica sus propias instrucciones. Su vida predica más elo-

II. 14-21. PABLO JUSTIFICA SU EPÍSTOLA A LA IGLESIA DE ROMA. — 1º Muy bien sé que estáis animados de los sentimientos que acabo de recomendaros (14); — 2º pero os he escrito con libertad, *primeramente* porque Dios me ha llamado a este santo ministerio entre las naciones; *luego* porque ha acompañado este ministerio de *dones* y *triunfos* extraordinarios, obrando él mismo todo por mí. (15-20). — 3º Me he complacido, pues en anunciar el evangelio donde era aún desconocido, cumpliendo así una misericordiosa promesa del Señor. (21).

14 Mas estoy persuadido, hermanos míos, yo mismo también sobre
vosotros, de que también vosotros estáis llenos de bondad, llenados
15 de todo el conocimiento, pudiendo amonestaros unos a otros. Empero os he escrito en parte más osadamente como haciéndooslo
16 recordar, por causa de la gracia que me ha sido dada de Dios [15]
para ser servidor de Cristo Jesús para los gentiles, ejerciendo el
sagrado cargo del evangelio de Dios, para que la ofrenda de los
gentiles sea hecha aceptable, santificada por el Espíritu Santo [16].
17 Tengo, pues, esta jactancia en Cristo Jesús, en lo concerniente a
18 Dios [17], pues no osaré decir algo de lo que no haya hecho Cristo

cuentemente aun que su palabra y sus escritos.

15. Pablo, a pesar de la autoridad apostólica que habría podido invocar para justificar su epístola a la iglesia de Roma, que él no había fundado ni visitado, se presenta más bien a ella como un hermano que quiere hacerle participar de los dones que él ha recibido. Sin ninguna pretensión para con ella, la alaba, aun por todas las gracias con que Dios la ha enriquecido (v. 14), y llega hasta excusar su *osadía* para con ella (v. 15), contentándose para ello con decirle cuáles eran los títulos que tenía a su confianza. (Vers. 16-19.) Por esto, cuando, más tarde, algunos cristianos judaizantes llegaron a Roma y se le pusieron como adversarios (Fil. 1:15 y sig.), el apóstol no tuvo necesidad de recurrir a la autoridad que su Maestro le había confiado; el corazón de los cristianos de Roma le pertenecía, por la sola potencia de su palabra, de su humildad, de su amor.

16. Todas las expresiones de este versículo son tomadas del servicio de los sacrificios en el templo; solamente el *evangelio de Dios* es puesto en el lugar del antiguo pacto: Pablo *ejerce el santo sacerdocio;* la ofrenda que hace a Dios son los paganos convertidos por su ministerio; lo que la hace agradable a Dios es la *santificación* de esas almas por el *Espíritu de Dios.*

17. La expresión: *lo concerniente a Dios* "es en cierto modo técnica en la lengua litúrgica judía para designar las funciones del culto. (Hebr. 2:17; 5:1; etc.). Este término se refiere así al mismo orden de ideas que todos los del versículo precedente". *Godet.* La palabra que traducimos por *jactancia* significa el *gozo* tanto como la *jactancia.* El apóstol halla ambas en *Jesucristo,* a quien atribuye todo lo que él hace (v. 18): "No yo, empero, sino su gracia en mí".

18. Comp. 2 Cor. 12:12. El v. 18 explica *(pues)* los dos precedentes. El apóstol dice literalmente: "pues no osaré decir algo de lo que Cristo no haya hecho por mí para obediencia de los gentiles..." Es decir que, a pesar de las grandes cosas de que puede jactarse (v. 17 y 19), se cuidará mucho de presentar cosa alguna que no sea estrictamente conforme a la verdad. La versión de Ostervald hace decir al apóstol precisamente lo inverso de este pensamiento.—Pero, no contento con atribuir a Cristo todo lo que ha hecho, Pablo nos llama la atención a los *medios* por los cuales el Señor obraba en él: la *potencia del Espíritu* (las palabras *de Dios* no son auténticas, a pesar del texto recibido) obrando por él, tanto en la predicación como por obras milagrosas; he ahí el secreto de su fuerza y el fundamento de su autoridad.

19. *Iliria* tocaba las fronteras de Macedonia, donde el apóstol fué el primero en llevar el evangelio. Los *lugares circundantes* de Jerusalén (Gr. *alrededores)* de que se habla aquí, son Siria, Arabia. (Gál. 1:17-21; Actos 9:30; 11:25 y sig.).

20. Tal era su vocación como apóstol de los paganos, y esto convenía también maravillosamente a sus dones. El término de que se sirve significa literalmente *"afectándome y teniendo a honor* anunciar el evangelio donde..."

21. Isaías 52:15, según los Setenta, que difieren algo del hebreo en los términos. Aquellos *ven* y *entienden* a menudo más pronto y mejor que los que están como hartos del evangelio.

22. Gr. "No tengo ya lugar en estas regiones", razones de quedar

por mi medio para obediencia de los gentiles, por palabra y por
19 obra, por potencia de señales y de prodigios, por potencia del
Espíritu [18], de modo que desde Jerusalén y en derredor, hasta Iliria,
20 he acabado el evangelio de Cristo [19], mas teniendo así a honor
anunciar el evangelio no donde Cristo había sido nombrado para
no edificar sobre ajeno fundamento [20], sino conforme está escrito:
21 "Aquellos a quienes no fué anunciado sobre él, verán; y los que no
oyeron entenderán" [21].

III. 23-33. DESEO Y ESPERANZA DEL APÓSTOL DE VISITAR LOS CRISTIANOS DE ROMA. — 1º Pablo, que ha expresado ya este deseo (1113), repite que ha sido impedido de cumplirlo por otros trabajos, pero que ahora está libre de realizarlo, lo que espera hacer al trasladarse a España. (22-24). — 2º Pero antes debe ir a Jerusalén a llevar los dones del amor de sus hermanos de Macedonia y de Grecia; después de ello ejecutará su proyecto, del que espera ricas bendiciones. (25-29). — 3º Pide para todo ello a sus hermanos de Roma el auxilio de sus oraciones, y dirige a Dios por ellos un último voto. (30-33).

22 Por esto también he sido impedido muchas veces de ir a
vosotros; más ahora, no teniendo ya lugar en estas regiones [22], y

23 teniendo ansias de ir a vosotros desde muchos años, cuando par-
24 tiere a España [23] espero veros al pasar y ser acompañado por
vosotros allá, si primero fuere saciado en parte de vosotros [24].
25 Mas ahora paso a Jerusalén, sirviendo a los santos, pues ha pare-
26 cido bien a Macedonia y Acaya hacer una contribución para los
27 pobres de los santos que están en Jerusalén [25]. Les ha parecido
bien, en efecto, y deudores suyos son, pues si los gentiles han par-
ticipado en sus bienes espirituales, deben también servirles en los
28 carnales [26]. En terminando, pues, esto, y consignándoles [27] este
29 fruto, partiré por vosotros a España; y sé que, yendo a vosotros,
iré con plenitud de bendición de Cristo [28].
30 Mas os exhorto, hermanos, por el Señor nuestro Jesucristo y
por el amor del Espíritu, que luchéis conmigo en las oraciones
31 por mí a Dios [29], para que sea libertado de los incrédulos que

me. Habla de Grecia y Asia Menor, donde había fundado iglesias en todas las ciudades principales, y donde sus compañeros de tarea podían continuar su misión.

23. Comp. v. 28. Es históricamente posible que Pablo haya hecho este viaje a España, pero es muy incierto. En todo caso, su primer visita a Roma tuvo lugar en circunstancias muy diferentes de lo que esperaba. (Actos 28). El texto recibido tiene (v. 24): *Si* fuere a España, *iré a vosotros; pues* espero..." Las palabras en bastardilla no son auténticas.

24. Gr. "Cuando me hubiere hartado en parte (Liter. *llenado de vosotros*"). Aquí, como en 1:12, el apóstol, lejos de ponerse por encima de sus hermanos, les dice, como motivo de su ardiente deseo de verles, que espera de ellos mismos consuelo y fuerza. (Comp. v. 32; 1:12).—Las palabras *ser acompañado allá por vosotros* recuerdan que a menudo el apóstol era acompañado en sus viajes por algunos miembros de las iglesias que visitaba. (Véase, por ejemplo, Actos 20:4).

25. Véase la introducción a las epístolas de Pablo, y Gál. 2:10; 1 Cor. 16:2; 2 Cor. 8:6 y sig.; Actos 19:21; 24:17.

26. Gr. "carnales". Esta reflexión del apóstol era una manera *cortés*, observa Lutero, de recordar a los Romanos el mismo deber. Los cristianos judíos han hecho participar de sus *bienes espirituales* a todos los paganos, al mundo entero, puesto que de Jerusalén el evangelio se extendió por todas partes. Conviene tenerlo en la cuenta del antiguo pueblo de Dios.

27. Gr. "sellado", puesto en seguridad.

28. El texto recibido tiene "bendición *del evangelio* de Cristo", contra los mejores manuscritos. El apóstol espera esta *bendición* de las relaciones mutuas que se establecerán entre él y la iglesia. (V. 24).

29. El *amor del Espíritu*, es el amor cristiano que el Espíritu de Dios derrama en el corazón. (Rom. 5:5, nota; Gál. 5:22).—La verdadera oración es, a los ojos de Pablo, una *lucha!*

30. Su previsión de peligros fué demasiado bien realizada. (Actos 20:22 y sig.; 21:11; comp. 23:12 y sig.) Mas ¡qué confianza en el poder de las *oraciones* de sus hermanos! Y su fe no fué confundida, pues obtuvo una liberación enteramente providencial. (Véase principalmente Actos 23:12 y sig.).

están en Judea [30] y mi socorro para Jerusalén llegue a ser aceptable
32 a los santos [31], para que llegue con gozo a vosotros, por la volun-
33 tad de Dios [32], y me recree con vosotros. ¡Y el Dios de la paz sea
con todos vosotros. Amén! [33]

31. Que alcance su propósito, uniendo en un mismo amor las iglesias de Judea y las que salían del paganismo. Así esta obra tendría el mismo propósito que los cap. 14 y 15 de esta epístola; la vida y la palabra están de acuerdo.

32. Una bendición más que el apóstol espera como fruto de las oraciones de sus hermanos. (V. 30, 31.) Esperaba llegar a Roma *con gozo;* llegó cargado de cadenas, en las cuales sin embargo reconoció, como aquí *la voluntad de Dios*. Y su espera de *recrearse* (gr. "ser restaurado") en la comunión de los cristianos de Roma fué cumplida en cuanto llegó a Italia. (Actos 28:14, 15).—En lugar de "la voluntad de *Dios*", el manuscrito del Vaticano tiene: "la voluntad del *Señor Jesús*"; el Sinaítico: "de *Jesucristo*"; otros: "de *Cristo Jesús*". La verdadera lección es difícil de determinar.

33. Pablo ama este nombre tan dulce al alma: el *Dios de la paz*, el Dios que es su origen, que la da, que la renueva sin cesar en el corazón de sus hijos. (2 Cor. 13:11; Fil. 4:9; 1 Tes. 5:23; Rom. 16:20).

CAPITULO XVI

I. *Recomendación, 1, 2.* — II. *Salutaciones, 3-16.* — III. *Ultimas amonestaciones y votos, 17-24.* — IV. *Doxología, 25-27.*

I. 1, 2. RECOMENDACIÓN DE LA DIACONISA FEBE.

1 Recomiéndoos Febe, nuestra hermana, que es diaconisa de la
2 iglesia que está en Cencreas [1], para que la recibáis en el Señor

1. Puerto de Corinto, del lado de Asia. (Actos 18:18).—Febe es llamada *diaconisa*, es decir sirviente, como diácono, servidor. La iglesia primitiva no había tardado, después de la institución de los diáconos (Actos 6), a sentir la necesidad de llamar también a mujeres a este servicio, a fin de llenarlo sobre todo para con las pobres y enfermas de su sexo.—Se cree que fué Febe quien, yendo de Corinto a Roma, llevó esta epístola. Pablo, recomendando esta santa mujer solícitamen-

como es digno de los santos y la ayudéis en cualquier asunto en que de vosotros necesitare, pues también ella ayudadora de muchos ha sido, y de mí mismo[2].

II. 3-16. SALUDOS A DIVERSOS MIEMBROS DE LA IGLESIA.

3 Saludad a Prisca y a Aquila, mis colaboradores en Cristo
4 Jesús[3], los cuales por mi vida pusieron su cuello[4] (a quienes no
5 doy gracias yo solo sino también todas las iglesias de los gentiles),
y a la iglesia que está en su casa[5]. Saludad a Epeneto, mi amado,
6 que es primicias de Asia[6] para Cristo. Saludad a María, la cual
7 ha trabajado mucho por nosotros. Saludad a Andrónico y a Junia,
mis parientes[7] y mis compañeros de cautiverio, los cuales son

te a sus lectores (v. 2), nos muestra qué relaciones llenas de afecto reinaban entre esos primeros cristianos.

2. Se ignora en qué circunstancias Febe había podido prestar al apóstol los servicios de su abnegación; pero se ve qué vivo reconocimiento le conservaba por ello.

3. Véase sobre Prisca o Priscila y Aquila, Actos 18:2 y sig.; 1 Cor. 16: 19; 2 Tim. 4:19. Es extraño hallar a Priscila y Aquila en Roma con una iglesia en su casa cuando, menos de un año antes, estaban en Efeso (véase nota 5) y pocos años después están nuevamente en esta ciudad. Es ésta una de las razones por las cuales se ha supuesto que la lista de saludos (v. 3:16) estaba dirigida a cristianos de Efeso (véase la introducción). Pero esta suposición no es necesaria. Aquila y Priscila viajaban mucho. Pablo los halla sucesivamente en Corinto y en Efeso. Dejaron probablemente esta última ciudad en la primavera del año 57 para regresar a Roma; estaban allí a principios del 58, cuando Pablo escribió nuestra carta. Quizá ellos hayan informado al apóstol sobre la situación de la iglesia. Regresaron a Efeso (2 Tim. 4:19), quizá antes de la llegada de Pablo a Roma, muy probablemente antes de la persecución de Nerón. (64).

4. Gr. "Expusieron su cuello por mi vida". Quizá fué en el alboroto que tuvo lugar en Efeso. (Actos 19.)

5. En una grande ciudad tal como Roma, los cristianos luego debieron reunirse en diferentes barrios y en diversas casas. Cada una de esas asambleas era *una iglesia*, y Pablo no teme darle este nombre. Lo que no impedía que esas diversas iglesias formaran un solo cuerpo en Cristo. —No solamente en Roma, sino también en otras partes, Aquila y Priscila tenían una iglesia en su casa. (Véase 1 Cor. 16:19, y comp. Col. 4:15; Filemón v. 2).

6. Uno de los primeros ganados a Cristo en esas regiones del Asia Menor (y no de *Acaya*, como dice el texto recibido contra los más antiguos manuscritos). Tal era también la familia de Estéfanas (1 Cor. 16: 15), a la cual quizá pertenecía Epeneto.

7. Esta voz puede significar *parientes* propiamente dichos, o sola-

insignes entre los apóstoles, los que aun antes que yo fueron en
8 Cristo[8]. Saludad a Amplias, mi amado en el Señor. Saludad a
9 Urbano, nuestro colaborador en Cristo, y a Staquis, mi amado.
10 Saludad a Apeles, que es aprobado en Cristo. Saludad a los de
11 [la casa de] Aristóbulo[9]. Saludad a Herodion mi pariente[10].
Saludad a las de [la casa de] Narciso[11], que son en el Señor.
12 Saludad a Trifena y a Trifosa, que trabajan en el Señor. Saludad
13 a Persis la amada, la cual ha trabajado mucho en el Señor. Salu-
dad a Rufo, el elegido en el Señor, y a su madre y mía. Saludad a
14 Asíncrito, a Flegonte, a Hermes, a Patrobas, a Hermas, y a los
15 hermanos que están con ellos. Saludad a Filólogo y a Julia, a
16 Nereo y a su hermana, y a Olimpas, y a todos los santos que

mente conciudadanos, israelitas, pero el primer sentido es más probable aquí. La única dificultad que presenta es que atribuye a Pablo un gran número de parientes tanto en Roma como en su compañía en Corinto. (Comp. v. 11 y 21.) Por esta razón, M. Godet, prefiere el sentido de "compatriotas". Pero se puede objetar a este sentido que si esté epíteto debe designar a esos personajes como judíos, ¿por qué no es aplicado a Aquila y Priscila y otros?

8. Este título de *apóstoles* es tomado aquí en su sentido literal: *enviados, misioneros*, o evangelistas. Se puede también traducir con varios intérpretes: "que son eminentes, o ventajosamente conocidos, entre los apóstoles", de modo que este título no es atribuído a Andrónico y Junia. Se ignora dónde y cuándo estos parientes de Pablo habían sido sus *compañeros de cautiverio*. Estos nombres, tan *insignes* entonces, son hoy desconocidos y no habrían llegado jamás hasta nosotros sin este fraternal saludo del apóstol. ¡Cuántos otros nombres, ignorados de los hombres, se hallarán escritos en los cielos! Tales son muchos de los que siguen y de los que, por esta razón, no tendremos nada que decir en estas notas.

9. Gr. "Los de Aristóbulo", es decir sus esclavos, que sólo eran conocidos por el nombre de su amo. Así v. 11. Esos pobres esclavos, puestos apenas en el rango de los hombres, hallaban en las compasiones de Dios en Jesucristo la libertad, el amor, la dignidad, la gloria eterna. Y el gran apóstol los hace saludar con vivo afecto, como sus hermanos.

10. Vers. 7, nota.

11. Se ha creído que este Narciso era el célebre favorito del emperador Claudio. Pero había muerto cuando el apóstol escribía. Quizá se trata de sus esclavos, que llevaban aún el nombre de su casa.

12. Los saludos del apóstol, efusiones de su amor fraternal, tenían también por objeto unir los cristianos a quienes los dirigía, como una familia de Dios, cuyos miembros no debían temer entre ellos las demostraciones del más íntimo afecto. (Comp. 1 Cor. 16:20; 2 Cor. 13: 12; 1 Tes. 5:26; 1 Pedro 5:14). Esta costumbre de saludarse por un beso de unión y de paz, pasó de las iglesias de Oriente a las de Occidente, y se hizo pronto uno de los actos

están con ellos. Saludaos unos a otros con beso santo [12]. Os saludan las iglesias todas de Cristo [13].

III. 17-24. ULTIMAS AMONESTACIONES CONTRA LOS SEDUCTORES. SALUDOS. — Cuidaos de los engañadores que dividen las iglesias; no es al Señor a quien sirven, sino a sí mismos, engañando a los simples con palabras hermosas (17, 18). — Vuestra obediencia al evangelio me es conocida, me regocijo de ella; haceos cada vez más prudentes y más sencillos, y tomad ánimo, pues pronto el enemigo será destruído. (19, 20). — Pablo y Tercio, a quien dicta su carta, saludan a la iglesia de Roma de parte de sus amigos. (21-24).

17 Mas os exhorto, hermanos, a observar a los que causan las
disensiones y los escándalos contra la enseñanza que vosotros
18 habéis aprendido; y desviaos de ellos, pues los tales no sirven a
Cristo Señor nuestro sino a su vientre, y por palabras suaves
19 y hermosas engañan los corazones de los simples [14]. Vuestra obe-
diencia, en efecto, ha llegado a todos: me gozo, pues, de vos-
otros, mas quiero que seáis sabios para el bien, mas sencillos
20 para el mal [15]. Y el Dios de la paz quebrantará pronto a Satanás
bajo vuestros pies [16].

más conmovedoraes del culto. Después de la oración, inmediatamente antes de la celebración de la cena, toda la iglesia se saludaba por un beso de paz, y sellaba así su unión en la oración y en la comunión del Salvador. Los padres de la iglesia nombran ese acto el "beso solemne".

13. El texto recibido tiene: *"las iglesias"; todas las iglesias* ha parecido exagerado a los ojos de algún corrector. En comunión con *todas las iglesias* a las cuales había participado su intención de escribir a Roma o aun de ir allá, Pablo supone y expresa su interés y su afecto por la de Roma.

14. Gr. "de los sin malicia". Los *engañadores* de que habla aquí el apóstol de un modo abrupto y general, no son los que ha llamado débiles en la fe (cap. 14 y 15), sino más bien ciertos cristianos judaizantes, adversarios de la salvación gratuita, y por consiguiente de Pablo. Es dudoso que tales hombres hubiera ya en Roma, pero el apóstol, previendo que no tardarían en aparecer allí, quiere poner en guardia a los cristianos. La historia probó demasiado bien la exactitud de sus previsiones. (Fil. 1:15 y sig.) Por lo demás, el carácter que da a tales hombres es el mismo en todas las épocas. Es necesario "probar los espíritus para saber si son de Dios".

15. Los cristianos de Roma se distinguían entonces por la sencillez de su fe y de su *obediencia* al evangelio. El apóstol *se regocija* de esta disposición, pero les desea mayor madurez, a fin de que, por un lado, disciernan prudentemente el *bien*, y, por el otro, queden respecto del *mal*, sencillos como niños que no lo conocen. Así habla el Salvador (Mat. 10:16), y nuestro apóstol. (1 Cor. 14:20).

¡La gracia del Señor nuestro Jesucristo sea con vosotros!
21 Os saludan Timoteo, mi colaborador [17], y Lucio [18], y Jasón [19],
22 y Sosípatros [20], mis parientes. Os saludo yo, Tercio, que he escrito
la carta en el Señor [21]. Os saluda Gayo, huésped mío y de la igle-
23 sia entera [22]. Salúdaos Erasto, el tesorero de la ciudad [23], y el
24 hermano Cuarto. ¡La gracia del Señor nuestro Jesucristo sea con
vosotros. Amén [24]!

IV. 25-27. ACCIÓN DE GRACIAS AL DIOS DEL EVANGELIO.

16. Alusión a la promesa divina (Gén. 3:15) cuyo cumplimiento anuncia Pablo para alentar a los cristianos en el combate contra las tentaciones. Hay aquí un sorprendente contraste en los términos: *el Dios de la paz quebrantará*... Es así como procura la paz...

17. El más conocido de los colaboradores de Pablo. (Actos 16:1, etc. Véase las epístolas de Pablo a Timoteo).

18. Cireneo que poseía el don de profecía. (Actos 13:1).

19. Comp. Actos 17:5.

20. Probablemente el mismo Sópatros. (Actos 20:4.)

21. Pablo dictaba sus cartas, y se contentaba con escribir con su mano el voto con que las termina. (1 Cor. 16:21; Col. 4:18; 2 Tes. 3:17. Véase, al contrario, Gál. 6:11.) Tercio, que por lo demás es desconocido, después de haber escrito bajo dictado esta larga epístola, aprovecha un lugar por el final para añadir, quizá al margen, algunas salutaciones y un voto bajo su propio nombre. (Vers. 22-24.) Si estos tres versículos son de él, como es probable, esto explica por qué el mismo voto se halla repetido dos veces. (Vers. 20 por Pablo, y v. 24 por Tercio.) Otros admiten que el apóstol vuelve a dictar desde el v. 23. Sea lo que fuere, la doxología (v. 25-27) es ciertamente de Pablo.

22. Es decir, en cuya casa la iglesia se reúne. (Vers. 5, nota.) Es probablemente el mismo Gayo de que se habla en 1 Cor. 1:14.

23. El administrador, el regidor. No debe de ser el mismo mencionado en Actos 19:22, sino más bien el de 2 Tim. 4:20.

24. Véase sobre este segundo voto apostólico v. 22, nota. Pareciendo la epístola terminada por estas últimas palabras, puede hallarse extraño el ver seguir aún la doxología. (Vers. 25-27.) Por esto se encuentra colocada en varios manuscritos y por algunos padres al final del cap. 14. Otros la tienen en las dos partes. Otros por último, en muy corto número, la omiten completamente. Algunos críticos y exégetas modernos han seguido diversamente estas variaciones; pero los más numerosos y competentes, entre los cuales se hallan Benge, Lachmann, Tischendorf, basándose en la autoridad decisiva de los más antiguos manuscritos, de los padres y de las versiones, admiten: 1º la autenticidad de la doxología; y 2º su verdadero lugar al final de nuestro capítulo 16, donde termina admirablemente la gran carta apostólica, resumiéndola entera en un arranque de adoración.

25 Y al que puede afirmaros según mi evangelio y la predica-
ción de Jesucristo, según la revelación del misterio callado por
26 tiempos eternos, mas manifestado ahora, y por las escrituras
proféticas hecho conocer a todos los gentiles, según el mandato
27 del Dios eterno, para obediencia de la fe..., a Dios, solo sabio,
por Jesucristo, al cual sea la gloria por las edades[25]!

25. El apóstol, en su necesidad imperiosa de atribuir toda *gloria* a Dios antes de terminar, da por última vez vuelo al pensamiento que llena su corazón y su epístola. 1º Para *afirmar* a los cristianos de Roma en la fe, espera todo de Dios y de la *potencia* de su gracia. 2º Dios lo hará *según el evangelio* que Pablo ha predicado, que por esto llama *suyo* (comp. 2:-6, nota) y que completo resume en estas palabras: *la predicación de Jesucristo*, porque el Salvador es el objeto, el centro, la vida de esta predicación. 3º Este evangelio no es más que la revelación del *misterio* de misericordia y de amor, largo tiempo callado en el consejo de Dios, y manifestado ahora *por su orden*, conforme, a las promesas que habían recibido los profetas. 4º El carácter especial de este misterio cuya manifestación ha sido principalmente la misión de Pablo, es que era destinado a *todos los gentiles*, para llevarlos a *la obediencia de la fe*. (Efes. 3:1-12; Col. 1:25, 26.) He ahí lo que ha sido la vida misma de este gran apóstol, el objeto de sus rudos trabajos, el tesoro al cual ha sacrificado todo, por el cual ha aceptado con gozo todos sus renunciamientos y todos sus padecimientos. "Indica la sublime grandeza de este misterio diciendo que ha estado oculto en Dios desde antes de la fundación del mundo; no trae una sabiduría hinchada y fastuosa, tal cual la ambicionan los hijos de este siglo, que menosprecian a este pobre predicador, pero desarrolla esos inenarrables tesoros de sabiduría divina, más profundos que todo genio. Que si los ángeles mismos adoran esos tesoros que les revelan la sabiduría de Dios (Efes. 3:10) ciertamente ningún mortal podría sondear sus profundiades. ¿Sería acaso menoscabada esa sabiduría porque se oculta bajo la humildad de un lenguaje sencillo y enteramente plebeyo? No, pues así ha agradado al Señor confundir la arrogancia de la carne". *Calvino.* Pablo, reanudando (v. 27), la frase empezada en el v. 25, precisamente de esas elevadas consideraciones saca la alabanza y la *gloria* que quiere atribuir a Dios, y en presencia de tanta sabiduría y amor le proclama el ÚNICO SABIO. ¡A él SOLO, pues, sea TODA GLORIA! ¡Amén!

PRIMERA
EPISTOLA DE PABLO A LOS CORINTIOS

INTRODUCCION

1. Pablo, en su primer viaje a Europa, pasó de Macedonia a Grecia, y fué de Atenas a Corinto (Actos 18), grande y floreciente ciudad, célebre por su comercio, sus riquezas, su cultura científica, sus artes, y también por la vida licenciosa que todas estas ventajas reunidas mantenían en el seno de un paganismo refinado. No se podía, al decir de un historiador de la época, dar un paso en Corinto sin tropezar con un filósofo. Pero, por otra parte, la corrupción de las costumbres era profunda. Se había forjado un verbo *corintizar,* vivir a la moda de Corinto, para designar un género disoluto de vida. Las expresiones de *banquete corintio* y *bebedor corintio* eran proverbiales. Situada sobre el istmo que une la península del Peloponeso (la Morea) al continente griego, teniendo dos puertos, el uno sobre el mar Egeo, que la ponía en comunicación con el Asia, el otro al Oeste, que recibía los productos de Italia, Corinto se había hecho el centro de las comunicaciones entre estas diversas partes del mundo civilizado. Su población, muy mezclada, es calculada en seiscientas o setecientas mil almas, de las cuales cuatrocientos mil esclavos. Tal era la ciudad en que apareció, probablemente por el otoño del año 52, el humilde misionero que iba allí a predicar con sencillez, no la sabiduría de los hombres, sino el evangelio del Crucificado. (1 Cor. 2: 1, 2) Pablo estaba solo,, habiendo dejado a Silas y Timoteo en Macedonia. Llegaba de Atenas donde su predicación había hallado poco eco. Podemos representarnos cuáles eran sus inquietudes al desembarcar en Corinto: "Estuve entre vosotros,

escribe más tarde a los cristianos de esta ciudad, en debilidad, en temor y gran temblor". (2:3). Pero su testimonio fué acompañado de una demostración de espíritu y de potencia (2:4); el Señor le advirtió que no se dejara desanimar por ningún obstáculo, porque él tenía un pueblo muy numeroso en esa ciudad (Actos 18:9, 10), y, en efecto, quedó allí diez y ocho meses (entre los años 52 y 54). Conoció una pareja judía expulsada de Roma, Aquila y Priscila, que ejercían el mismo oficio que él. Permaneció con ellos, trabajando como ellos en hacer tiendas para no ser carga a nadie. (Actos 18:2, 3).

Pablo vió formarse a su derredor una iglesia numerosa (Actos 18:4, 8, 10), compuesta en gran parte de paganos (1 Cor. 12:2), pero que contenía también judíos; aun el presidente de la sinagoga, Crispo, creyó en el Señor con toda su casa. (Actos 18:8). Sin embargo la mayor parte de los convertidos pertenecían a las clases inferiores o medias de la sociedad. (1 Cor. 1:26).— Tantas bendiciones debieron suscitar la oposición; vino ésta, como siempre, de parte de los judíos, que arrastraron al apóstol de Jesucristo hacia el procónsul Galión, hermano del célebre filósofo Séneca, el cual supo calmar el tumulto por su prudencia y mansedumbre. Pablo quedó aún largo tiempo en Corinto. Luego, creyendo que había llegado el momento de llevar a otras partes las tareas de su ministerio, se embarcó para Siria, y, después de un cuarto viaje a Jerusalén, fué a establecerse en Efeso. Residió allí cerca de tres años, durante los cuales escribió nuestra epístola. (Actos 18:18 a 19:1, comp. 20:31).

2. ¿Qué ocurrió en la Iglesia de Corinto durante la ausencia del apóstol? El principal acontecimiento que conocemos fué la actividad desplagada por Apolo, judío oriundo de Alejandría, hombre elocuente y versado en las escrituras, que llevado a la fe por Aquila y Priscila cuando pasó por Efeso. Con la recomendación de los hermanos de esta iglesia, se trasladó a Corinto. Su influencia se ejerció en un doble sentido. Por su habilidad en interpretar las escrituras, atrajo a los judíos, cuyo número se acrecentó en el seno de la iglesia. Por su elocuencia, agradó a los paganos letrados y muchos de entre ellos le colocaron por encima del apóstol que, el primero, les había llevado el evangelio. (Actos 28:24-28; 19:1; 1 Cor. 3:6). Es probable que fueron también a Corinto doctores judaizantes que, basándose en sus relaciones con Pedro y Jacobo, se empeñaron en disminuir la autoridad de Pablo. De ahí, en la iglesia, esos diversos partidos que se combatían mutuamente (1 Cor. 1:11, 12). El uno invocaba el nombre de *Pablo,* y el apóstol mismo le reprocha esa adhesión exclusiva a su persona (1 Cor. 1:13); otro se adhería a *Apolo,* deslumbrado por su elocuencia y su saber, que este partido ponía por sobre la verdad simplemente anunciada; un tercero, apelando a Cefas o *Pedro,* al que consideraba como el representante de los apóstoles de Judea y del único cristianismo verdadero, atacaba la autoridad de Pablo y quería quizá imponer a los cristianos las observancias de la ley; era el partido judaizante. Por último, había un cuarto partido probablemente el menos numeroso, pero el más peligroso de todos, que, elevándose por sobre todos los servidores de Dios, afectando atenerse a *Cristo* solo y a sus enseñanzas, menospreciaba las doctrinas y los preceptos apostólicos como nociones groseras, invocando, en el nombre de la ciencia y de la *espiritualidad,* una libertad sin límites, que tiene por divisa: "Todo me es lícito". (1 Cor. 6:12) (1). En medio de estas luchas de los partidos, y sobre todo por la influencia de los *espirituales,* la disciplina cayó en decadencia, la vida se debilitó, diversos errores teóricos y prácticos se introdujeron en el rebaño: así, unos negaban la resurrección del cuerpo como un dogma grosero, y no admitían más que una resurrección espiritual (1 Cor. 15:12-45; comp. 2 Tim. 2:18); para otros, la reacción poderosa producida por el evangelio contra la corrupción moral de que Corinto era asiento, se debilitó gradualmente (1 Cor. 5:9-11; 6:13-18); otros, preocupados de sus intereses mercantiles, no tenían vergüenza de intentar contra sus hermanos procesos (6:1); las asambleas de la iglesia, aun la cena del Señor, no estuvieron a cubierto de esos desórdenes (11:17 y sig.); los dones espirituales, derramados primero en abundancia en esa iglesia, se hicieron objeto de abusos culpables al mismo tiempo que un aliciente para el orgullo. (Cap. 12 y 14).

(1) Véase sobre los caracteres frecuentemente controvertidos de este partido: 1.12, notas; OLSHAUSEN, *Introducción a las Epístolas a los Corintios;* MEYER, Comentario, tomo 6, p. 2 y sig.; NEANDER, *Historia del establecimiento de la iglesia cristiana,* trad. por Fonatanés, tomo I, p. 190 y sig. M. GODET da del *partido de Cristo* una característica diferente: era compuesto de doctores judaizantes, que, en Jerusalén ya, eran opuestos a los doce y a quienes Pablo designa como "falsos hermanos intrusos" (Gál. 2:4, 6). Pretendían imponer la ley mosaica a los paganos; habían organizado una contramisión y andaban por todas partes sobre las huellas del apóstol. Se denominaban "los de Cristo", porque se consideraban como los depositarios del verdadero pensamiento del Maestro. En Grecia agregaban especulaciones teosóficas a su celo por la ley. Eran los gnósticos antes del gnosticismo. Pablo alude a este partido en Iª Cor. 12:3; 16:22; 2ª Cor. 10:5-7; 11:3-23.

3. Pablo, entretanto, ejercía su ministerio en Efeso. (Actos 19; 1 Cor. 16:8, 19). Tuvo frecuentes comunicaciones con la iglesia de Corinto. Hallamos muchos indicios de esto en nuestra epístola. Es posible que primeramente haya hecho a Corinto una rápida visita que los Actos no mencionan, y cuyo recuerdo evoca en 1 Cor. 16:7. Escribió probablemente a los Corintios una epístola que no ha llegado a nosotros (5:9). Los Corintios, por su parte, escribieron al apóstol varias cartas, una entre otras a la que responde nuestra epístola y en la cual le pedían sus consejos apostólicos sobre diversos asuntos, como el matrimonio y el celibato (7:1 y sig.), la participación en los sacrificios paganos (8:1 y sig.), los dones espirituales (12:1 y sig.). Juzgando insuficiente esta correspondencia, habían delegado a Pablo tres miembros de la iglesia, que se hallaban aún en Efeso en el momento en que nuestra epístola fué expedida (16:11, 15-18). Por último, agravándose la situación, Pablo hizo partir a Timoteo para Corinto. (Actos 19:22; 1 Cor. 4:17; 16:10, 11). Mientras éste se encaminaba a través de Macedonia, Pablo tomó la pluma y escribió nuestra epístola que expidió directamente por mar, de modo que llegara antes que Timoteo a Corinto. El objeto del apóstol era el de preparar el camino a su representante y recomendarle a la acogida de los Corintios (4:17; 16:10, 11). Quizá también las noticias que acababa de recibir, después de la partida de Timoteo, por "los de Cloé" (1:11 y sig.), le habían hecho sentir la necesidad de escribir él mismo inmediatamente. Tales fueron las circunstancias que dieron lugar a la composición de nuestra epístola cuando se aproximaba Pentecostés (16:8) del año 57. Monumento admirable de firmeza apostólica, de sabiduría pastoral, de caridad cristiana, está, como la carta a los Romanos, de tal modo rodeada y penetrada de los testimonios de su origen, que jamás se ha disputado su autenticidad.

4. El *contenido* de esta epístola debía ser muy variado, puesto que el apóstol tenía que atender a todo lo que había sabido del estado de la iglesia, y responder a las numerosas preguntas que ésta le había dirigido. — Después de una introducción (1:1-9) que muestra que, a pesar de tantos errores, la iglesia había quedado aún sobre el fundamento de la fe y de la vida cristiana, Pablo condena con energía el espíritu de partido (1:11-17), luego la busca de una sabiduría carnal y de una elocuencia mundana a la cual él opone la *necedad de la cruz* y la enseñanza del Espíritu

de Dios. (1:18 a 2:16). Vuelve luego a las divisiones en la iglesia, las atribuye al orgullo, declara que todos los siervos de Dios no son nada sino débiles instrumentos en la mano del Maestro para plantar y regar, pero que son responsables del modo como edifican sobre el buen fundamento. (Cap. 3). Pablo no se pone por encima de ellos, pero justifica su ministerio, rebajado por hombres que buscaban su propia gloria. Cap. 4). En ocasión del incestuoso al que quiere excluir de la comunión de la iglesia (Cap. 5), y de los injustos que entablan procesos contra sus hermanos y a los que censura severamente (6: 1-9), el apóstol condena esa falsa libertad que abre la puerta a todos los extravíos de la carne, mientras que el cristiano, rescatado a gran precio, debe glorificar a Dios en su cuerpo, templo del Espíritu Santo, no menos que en su alma (6:10-20). Estos pensamientos le conducen naturalmente a responder a las preguntas que se le ha dirigido por escrito sobre el matrimonio y el celibato (Cap. 7). Luego generalizando los principios que conciernen las relaciones del cristiano con el mundo, desarrolló enseñanzas del mayor alcance acerca del uso y abusos de la libertad cristiana (Cap. 8-10), y las aplica por último a la vida pública de los fieles, en otros términos, a sus asambleas y a la celebración de la cena, donde halla culpables abusos a reprimir (Cap. 11). Hablando de estas asambleas, aborda el tema difícil de los dones milagrosos (*charismas*) que en ellas se ejercían, y lo trata con una sabiduría cuyas concepciones luminosas y profundas es forzoso admirar (Cap. 12-14). Los *espirituales* no habían podido apropiarse la doctrina de la resurrección: era necesario probársela deduciéndola del hecho de la resurrección de Cristo, y mostrarles que ella es la corona de la fe y de las esperanzas del cristiano (Cap. 15). Por último el apóstol habla a sus hermanos de una colecta en favor de los cristianos pobres de Judea, y termina por afectuosos saludos (Cap. 16).

5. Las dos epístolas a los Corintios, tan diferentes de la epístola a los Romanos por su carácter totalmente práctico, son al mismo tiempo una obra maestra de sabiduría apostólica en el modo de dirigir rebaños y preciosos documentos históricos sobre el estado de las iglesias en el tiempo de los apóstoles. — Se equivocaría en gran manera el que creyera poder inferir de este último carácter que estos escritos no tienen más que una importancia histórica y contienen pocas enseñanzas aplicables a nuestros

tiempos. — "En estas relaciones de la iglesia apostólica se refleja, al contrario, la vida de la iglesia de todas las épocas, y especialmente de la nuestra. El peligro que, en Corinto, amenazaba a varios miembros de la grey, es precisamente la gran tentación de nuestros días; una verdadera idolatría de la sabiduría humana preferida a la verdad eterna de Dios, el relajamiento de los principios morales, la sensualidad, una falsa espiritualidad en la cual se evapora el poderoso realismo de la Biblia, el predominio de un subjetivismo que franquea todos los límites impuestos de lo alto a la inteligencia y a la libertad humanas: ¿no son éstas las principales enfermedades de nuestro tiempo? Se comprende, pues, para nuestra época sobre todo, la profunda importancia de estas epístolas a los Corintios, y se la sentirá cada día más a medida que se extiende la viva convicción de que, en todos los asuntos, la regla suprema nos es dada en la escritura". *Olshausen.*

PRIMERA

EPISTOLA DE PABLO A LOS CORINTIOS

CAPITULO I

I. *Salutación apostólica, 1-3.* — II. *Acción de gracias por las bendiciones espirituales acordadas a la iglesia de Corinto, 4-9.* — III. *Exhortación contra las divisiones, 10-17.* — IV. *Contra la falsa sabiduría humana, 18-31.*

I. 1-3. FIRMA, DIRECCIÓN Y VOTO DEL APÓSTOL. — 1º Origen divino de su apostolado. (1). — 2º Caracteres de una iglesia de Dios: sus miembros son santificados por su comunión con Cristo Jesús, por su vocación divina, e invocan el nombre del Señor Jesús. (2). — 3º Voto: Gracia y paz que emanan de su fuente. (3).

1 Pablo, llamado apóstol de Jesucristo por voluntad de Dios [1],
2 y el hermano Sóstenes [2], a la iglesia de Dios [3] que está en Corinto,
a los santificados en Cristo Jesús, llamados santos [4], con todos los

1. Y no por la voluntad de los hombres, ni por medio de instituciones humanas, ni por movimiento propio que hubiera él seguido sin llamamiento de lo alto. Comp. Gál. 1:1; Efes. 1:1; Col. 1:1, etc. (Sobre el título de *apóstol*, véase Rom. 1:1, nota). "Por su propia voluntad, jamás Pablo se habría hecho apóstol". *Bengel.*

2. Un colaborador del apóstol Pablo, al cual probablemente dictaba su carta, como a Tercio. (Rom. 16:22). No se sabe si se trata aquí del mismo Sóstenes de que se habla en Actos 18:17, y que habría sido convertido después. Hay de parte de Pablo tanta modestia como amor al poner este nombre al lado del suyo.

3. Comp. sobre esta palabra *iglesia*, Mat. 16:18, nota.

4. La primera de estas designaciones del cristiano se refiere a su carácter interno, tal como ha sido hecho *en Cristo Jesús* por una comunión viva con él; la segunda a la libre gracia de Dios, manifestada en el *llamamiento* eficaz a este san-

que invocan el nombre del Señor nuestro Jesucristo en todo lu-
3 gar[5], de ellos y nuestro[6]; —Gracia a vosotros y paz de parte de
Dios Padre nuestro y del Señor Jesucristo[7]!

II. 4-9. ACCIONES DE GRACIAS POR LOS DONES DE DIOS. — 1º Causas del vivo reconocimiento del apóstol: la gracia de Dios manifestada en los cristianos de Corinto por una riqueza de conocimiento, por el testimonio de Jesucristo, por todos sus demás dones, por una piadosa espera del regreso de Cristo. (4-7). — 2º Firme esperanza de una perseverancia final basada en la fidelidad de Dios y en su llamamiento a la comunión de Jesús. (8, 9).

4 Gracias doy a mi Dios siempre sobre vosotros por la gracia
5 de Dios que os ha sido dada en Cristo Jesús, porque en todo ha-

to destino por la predicación del evangelio. No hay que traducir esta segunda designación por "llamados a ser santos", sino por "santos por llamamiento"; el llamamiento divino es el principio de su santidad; ésta descansa, no sobre la virtud del hombre, sino sobre la elección de Dios. Cuantas más miserias a censurar había en la iglesia de Corinto, ora en la doctrina, ora en la conducta, tanto mayor necesidad siente el apóstol de considerar en toda su *santidad* el carácter del cristiano y el de una iglesia, a fin de recordar con tanta mayor vividez a sus lectores cuál es la altura de su vocación. Queda pues completamente en la verdad al hablar de este modo, porque trazando este cuadro de una iglesia cristiana, se coloca en el punto de vista objetivo y absoluto, porque todos los miembros de esa iglesia *hacían profesión* de esos principios y a ellos tocaba el juzgar de su sinceridad; en fin porque los pecados que tenía que reprocharles no eran, según toda apariencia, el hecho de la mayor parte de ellos. Esta última consideración es claramente demostrada por los v. 4-8, magnífico testimonio dirigido a la iglesia de Corinto en general, mientras que, cuando el apóstol le reprocha algunos pecados, indica por palabras como éstas: *Hay entre vosotros*. (v. 11; 3:3; 5:1, etc.) que no habla más que de una parte de la grey.

5. Estas palabras, están íntimamente unidas a las que preceden: "llamados santos con todos los que, etc.", es decir en una comunión viva con los hijos de Dios de todas partes; pensamiento poderoso de unidad y armonía, por el cual el apóstol eleva anticipadamente el alma de sus lectores muy por encima de las desgraciadas divisiones que tiene que reprocharles. *Los que invocan el nombre del Señor Jesús* era, en el siglo de los apóstoles, una expresión muy usada para designar los cristianos (Rom. 10; 13, nota; comp. Actos 9:14, 21; 22:16), y encierra una prueba irreplicable, de doctrina y de hecho al mismo tiempo, en favor de la divinidad de Jesucristo.

6. Traducción dudosa. El griego tiene: "con todos los que invocan el nombre del Señor nuestro Jesucristo

6 béis sido enriquecido en él, en toda palabra y todo conocimiento[8],
7 conforme fué confirmado en vosotros el testimonio de Cristo[9],
de modo que no estáis en falta en ningún don de gracia[10], aguar-
dando pacientemente la revelación del Señor nuestro Jesucristo[11],
8 que os confirmará también hasta el fin, irreprensibles en el día

en todo lugar, *de ellos y nuestro*". Estas últimas palabras pueden referirse a *todo lugar*, lo que querría decir: *dondequiera* que, ellos y nosotros, nos hallamos; o bien a los términos del *Señor Jesucristo*, como se admite en nuestras versiones, y entonces el pensamiento del apóstol sería expresar una santa comunidad de invocación del mismo Señor. El primer sentido es más conforme a la construcción de la frase griega; ambos son posibles y dividen a los intérpretes.

7. Véase Rom. 1:7, nota.

8. ¡Qué cuadro de una iglesia cristiana, a pesar de las impurezas que se ocultaban en su seno! Tal era aún la grande mayoría de sus miembros. ¡Compárese este lenguaje con el que el apóstol usaba para los Gálatas (1: 6-8; 3:1), en quienes el error había hecho dudosa la continuación de su comunión con el Salvador! Y no es la habilidad lo que guía aquí la pluma del apóstol, para preparar el camino a sus severas reprensiones (¡esta suposición es indigna de su carácter, y más aún de la palabra de Dios!) sino el amor, que siempre reconoce el bien, aun cuando está mezclado, se huelga de él y, ante todo da la gloria completamente a Dios (v. 4); después de la *gracia de Dios en Cristo Jesús* (v. 4) fuente de todos los otros dones lo que Pablo nota sobretodo en los Corintios, es la *palabra*, la doctrina enseñada, la verdad objetiva y el *conocimiento*, la inteligencia que ellos tienen de esta doctrina, en tanto que ella realmente ha penetrado en las almas.

9. Por las operaciones del Espíritu Santo que han acompañado la predicación de la palabra (cap. 12), y por la experiencia cristiana. El *testimonio del Cristo* es la predicación del evangelio, del que Cristo es el alma y la vida. M. Godet y otros traducen: "Según *la manera como* el testimonio del Cristo ha sido confirmado *entre vosotros*". El apóstol no querría decir que el hecho interno de esta *confirmación* ha sido la *fuente* de su enriquecimiento, sino más bien que este enriquecimiento ha sido el *modo* de confirmación del evangelio en el seno de la iglesia de Corinto, mientras que en otras partes Dios ha confirmado la predicación apostólica por milagros. Comp. Hebr. 2:3.

10. Gr. "que no carecéis *en ningún don de gracia*", alusión a los dones diversos del Espíritu de Dios, dones internos para la santificación de las almas, principalmente dones de *palabra* y de *conocimiento* (v. 5) y, en general, los dones milagrosos a los cuales el apóstol volverá más en extenso (cap. 12). La palabra *jarisma* puede ser traducida por *don de la gracia, de jaris*, la *gracia*.

11. Así, aun esta señal infalible de la vida cristiana, la *espera* de Cristo, la esperanza, el deseo de su regreso (Apoc. 22:20; comp. Tito 2:13; Fil. 3:20), el apóstol halla en la iglesia de Corinto. Cuán raro es este *don de la gracia*, aun en la mayor parte de los cristianos, quienes,

9 del Señor nuestro Jesucristo [12]. Fiel es Dios, por el cual fuisteis
llamados a la comunión de su Hijo Jesucristo Señor nuestro [13].

III. 10-17. Contra las divisiones. — 1º A pesar de estos motivos de acción de gracias por todos los dones que Dios os ha acordado, debo exhortaros a la unidad en vuestros sentimientos, pues he sabido que hay entre vosotros disputas respecto de los diversos siervos de Dios que invocáis. (10-12). — 2º En esto dividís a Cristo en su cuerpo, que es la iglesia; olvidáis que Cristo solo ha sido crucificado por vosotros y que en su solo nombre habéis sido bautizados; por causa de esto, doy gracias a Dios de no haber siquiera dado lugar a esas divisiones bautizando yo mismo en medio de vosotros. (13-16). — 3º En efecto, Cristo me ha enviado, no a bautizar, sino a evangelizar. (17).

10 Mas os exhorto [14], hermanos, por el nombre del Señor nues-
tro Jesucristo, a que habléis todos lo mismo y no haya entre vos-
otros divisiones, mas seáis perfeccionados en la misma mente y
11 en el mismo parecer [15]. Me ha sido manifestado, en efecto, sobre
vosotros, hermanos míos, por los de Cloe [16], que hay entre vos-

sin aspiración hacia la liberación y la perfección, muestran cuán indiferentes son aún al pecado que les hace fuerza por dentro y por fuera; indiferentes también para con este Salvador, al que sin embargo esperan ver tal cual es. (1 Juan 3:2.)

12. Efes. 4:30; Fil. 1:6: Jesucristo mismo *os confirmará* en la fe, en la vida cristiana. *Hasta el fin* no significa el fin de la vida actual, sino la economía presente, hasta *el día de Jesucristo.* Después de ese día no habrá más peligro. Esta santa certidumbre de la salvación de que están llenas todas sus epístolas, la tenía Pablo también para los cristianos de Corinto.

13. Este vers. 9 motiva la firme esperanza expresada en el v. 8, y la funda en esta *fidelidad de Dios,* comprometida por su *llamamiento,* y a la que tan frecuentemente vuelve el apóstol. (10:13; 1 Tes. 5:24; 2 Tes. 3:3).

14. *Mas* os exhorto ... A pesar del hermoso testimonio que acabo de daros, o más bien por causa de este mismo testimonio, en consideración a tantos dones de la gracia, he aquí mi primer pensamiento, mi encarecida exhortación: *¡Sed unidos!* Y el apóstol desarrolla este tema importante hasta el final del cap. 4.

15. Gr. "que estéis *bien establecidos* o *formados* (véase esta voz en 2 Cor. 13:11; Gál. 6:1; 1 Pedro 5:10 en el texto griego) en el mismo *entendimiento* y en la misma *opinión*". El primero de estos términos se refiere a la manera de *pensar* en las cosas religiosas; el segundo, a las *convicciones* que de ello resultan. De ambos nace la armonía. Por lo demás, lo que pide el apóstol no es una uniformidad de *opinión* y de *lenguaje* incompatible con la libertad y la vida, sino la unión en la diversidad, la ausencia de esas *divisiones* (gr. cismas) que, destruyendo la comunión de las almas y la caridad, se tornan pecado.

16. Nombre desconocido en la historia del Nuevo Testamento. Quizá

12 otros contiendas; esto digo: que cada uno de vosotros dice: Yo
soy, sí, de Pablo; pues yo de Apolo, pues yo de Cefas; pues yo
13 de Cristo [17]. ¿Está dividido Cristo [18]? ¿Fué acaso Pablo cruci-
ficado por vosotros? ¿o habéis sido bautizados en el nombre de
14 Pablo [19]? Doy gracias a Dios de que a ninguno de vosotros he
15 bautizado, sino a Crispo y a Gayo [20], para que nadie diga que
16 en mi nombre habéis sido bautizados [21]. Y bauticé también la fa-

era alguna rica ama de casa, cuyos esclavos o parientes, sólo pertenecían a la iglesia. Habían tenido ocasión de ver al apóstol y de informarle respecto de las divisiones del rebaño.

17. Cefas o Cefa es el nombre hebreo de Pedro. Si los que se llamaban del nombre de *Cristo* sólo lo hubieran hecho en un buen espíritu, habrían tenido perfecta razón, pero no era así. Los tres primeros partidos se plegaban a tres siervos de Dios (véase la introducción a esta epístola), siendo pues fácil representarse lo que los dividía. En cuanto al cuarto, callando el apóstol las opiniones que lo distinguían, los intérpretes se han entregado a este respecto a mil hipótesis que es inútil discutir aquí.

18. Esta pregunta se dirige a todos, pero particularmente a los que se atribuían el nombre exclusivo de Cristo. ¿Hay muchos Cristos? ¿Tenéis vosotros un Cristo para vosotros solos? ¿Puede estar Cristo en guerra contra sí mismo? Vosotros sois el cuerpo de Cristo: *dividiéndoos, dividís a Cristo.* Nada más peligroso para el orgullo que la pretensión de estar en posesión exclusiva y directa de la verdad, de un modo independiente de las instituciones y de los hombres que Dios ha establecido para propagarla, por fuera o por sobre la comunión de los cristianos en la iglesia. Algunos intérpretes traducen esta frase sin interrogación, como un vivo reproche: *¡Cristo está dividido!* (por vuestros cismas). El pensamiento queda igual.

19. Con una humildad digna de su apostolado, Pablo desecha el honor que se pretendía hacerle invocando su nombre y oponiendo este nombre al de sus compañeros de obra. Estas dos vivas preguntas vuelven las almas al único Maestro, al único Salvador crucificado, y al Dios tres veces santo, en el nombre del cual los cristianos son *bautizados.* (Véase Mat. 28:19, nota.)

20. Actos 18:8; Rom. 16.23.

21. El texto recibido tiene: "que he bautizado". La variante aquí restablecida es mucho más autorizada y más natural. Parece que, en su equivocada adhesión al *hombre,* algunos cristianos de Corinto atribuían un mérito particular al haber sido *bautizados* por tal o cual siervo de Dios, como si este sacramento hubiera recibido de él una virtud especial y le afectara algo de *su nombre.* Bien: Pablo, así como los demás apóstoles, hacían administrar ordinariamente el bautismo por alguno de sus compañeros de obra, así que este error caía de por sí, y él bendice a Dios por ello. El término *para que* muestra que tal había sido realmente la intención del apóstol obrando de esa suerte. Probablemente por el mismo motivo Jesús mismo no bautizaba. (Juan 4:2.)

milia de Estéfanas[22]; por lo demás no sé si he bautizado algún
17 otro[23]. No me envió Cristo, en efecto, a bautizar, sino a anunciar
el evangelio[24], no con sabiduría de palabra, para que no sea hecha
vana la cruz de Cristo[25].

IV. 18-31. Dios ha confundido la sabiduría de los hombres por la potencia de la Cruz. — 1º Si la predicación de la cruz es para unos locura, para los otros es la potencia de Dios; y Dios mismo aniquila por esta potencia la sabiduría de los sabios; ha demostrado que no es más que locura, — ¿cómo? Por este doble hecho de que no habiendo conocido jamás los hombres a Dios por la sabiduría, quiso Dios salvar a los creyentes por la santa locura de la cruz. (18-21). — 2º En vano pues, los judíos piden la potencia material de los milagros y los griegos persiguen la sabiduría por la especulación: nosotros, apóstoles, oponemos a unos y otros Cristo crucificado, escándalo a los unos, necedad a los otros, pero en realidad sabiduría y potencia divinas. (22-25). — 3º Esta demostración, sacada de la naturaleza misma del evangelio, se reproduce en sus efectos entre los hombres: ¿quiénes son los llamados? No los sabios, los poderosos, los nobles, pues Dios ha escogido, para confundir y aniquilar esos privilegios, lo insensato, débil, menospreciado, de ninguna apariencia a los ojos de los hombres, a fin de que nadie pueda gloriarse en su orgullo. (26-29). — 4º Sólo también por la obra de su gracia estáis en comunión con Cristo, al que Dios dió para ser nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificación, nuestra plena liberación. (30, 31).

18 En efecto, la palabra de la cruz es necedad a los que perecen,

22. Comp. 16:15-17.

23. Es decir: "no me acuerdo".

24. Ora en la administración de los sacramentos, ora en la predicación, Cristo debe ser todo, y el hombre nada, sino un instrumento. Pero es cierto que la personalidad del hombre tiene mayor parte en la última función que en la primera. Allá, es el Señor mismo que obra, después de haber dado la orden y la promesa; aquí, al contrario, en la predicación, es necesario al siervo de Dios, no solamente una medida de su Espíritu que le haga apto para esta obra, sino también dones particulares e indispensables. A pesar de ello, las palabras del apóstol no tienen por fin rebajar al bautismo, ni cambiar nada de la orden dada por el Señor (Mat. 28:19; Marc. 16:16), sino solamente precisar la posición que le fué asignada por el Maestro, de conformidad a los dones que de él había recibido.

25. Gr. "No en sabiduría de palabra", o de discurso. El apóstol, indicando negativamente cómo predicaba el evangelio, opone una *sabiduría de palabra* a la *cruz de Cristo* y llega así con toda naturalidad al gran tema que quiere desarrollar. Su predicación, tan sencilla como fuerte, había tenido en Corinto grandes efectos para la conversión de las almas; pero, cuando en medio de ese pueblo movible de Grecia, pueblo tan sensible a la hermosura de la forma, apareció Apolo, con su cultura de Ale-

mas a los que son salvados, a nosotros, es potencia de Dios[26],
19 pues escrito está: "Perderé la sabiduría de los sabios y anularé

jandría y su natural elocuencia, una parte de la iglesia creyó hallar en él una expresión más alta y más hermosa de la verdad. Sin duda, ni Apolo, ni sus sectarios, ni los que se apropiaban exclusivamente el nombre de Cristo y pretendían a un conocimiento más inmediato y más profundo, entendían profesar otra *doctrina* que la que Pablo había predicado; por esto no dirige a ellos solos su severa polémica contra una *sabiduría de palabra*, una "sabiduría en discursos persuasivos", una "sabiduría humana" (2:4-13), sino que, como su pretensión a una ciencia distinta de la "sabiduría de Dios", como su necesidad de una exposición del evangelio distinguida por el rebuscamiento de la idea y por la hermosura de la forma oratoria podían fácilmente alejarlos de la sencillez, digamos más, de la *necedad* de la cruz, Pablo echa una mirada penetrante sobre todo lo que los griegos admiraban como filosofía y como culto de lo hermoso (1:22). Esta filosofía humana que, como doctrina, jamás ha puesto como principio la incapacidad del hombre para el bien, ni la necesidad de reconciliación con Dios, porque niega el *pecado*, toma en el hombre mismo un punto de partida siempre falso, y no puede, en los mejores de sus representantes, más que edificar la verdad sobre el error. Ahora bien: en el pensamiento de Pablo, acercarse a esa filosofía, aunque no fuera más que para imitar sus formas de exposición, es ya elevar al hombre, adulando su orgullo y sus gustos, en lugar de empezar por humillarle; y como, en toda ciencia, pero sobre todo en filosofía, es muy difícil separar la forma del fondo, este último se encuentra insensiblemente modificado por la primera, hasta que no queda más que las apariencias del pensamiento de donde se había partido. De ahí, el temor del apóstol de que *sea hecha vana la cruz de Cristo.* (Gr. "vacía".) La cruz de Cristo, "la palabra de la cruz" (18), "Cristo crucificado" (v. 23), he ahí lo que Pablo opone a la sabiduría humana. Es la doctrina de la salvación del hombre por el sacrificio expiatorio del Salvador, que el apóstol establece así como el punto central y vivo del evangelio, de donde deriva todo el resto. Esta doctrina, que humilla al hombre antes de exaltarse, que le mata antes de vivificarle, es irreconciliable con la sabiduría humana, le es una locura (v. 18); luego, es imposible admitir ésta, en ninguno de sus elementos, sin exponerse a *hacer vacía la cruz.* La argumentación del apóstol, del punto de vista en que debía colocarse para responder a las necesidades de sus lectores, es aún enteramente aplicable a nuestro tiempo, puesto que, por una parte, el espíritu humano, por la otra, la palabra de la cruz, quedan siempre idénticos a sí mismos. Sin embargo, sería comprenderle mal el querer, por sus palabras, condenar toda aplicación de los métodos filosóficos a la verdad cristiana, y todo trabajo del espíritu para presentar el evangelio en el orden más accesible a la inteligencia, a la conciencia y al corazón. Brillantes ejemplos prueban que el espíritu filosófico puede ser puesto al servicio de la fe, y que el cuidado de la forma, cuando ésta no es más que la expresión más elevada y más

20 el entendimiento de los entendidos[27]". ¿Dónde está el sabio?
¿Dónde el escriba? ¿Dónde el disputador de esta edad? ¿No ha
21 hecho necia Dios la sabiduría del mundo[28]? En efecto, por cuanto

pura de la vida interna, no hace vana la cruz de Cristo. Toda la cuestión consiste en saber en qué terreno se está, de qué fuentes se toma: "sabiduría humana", "sabiduría de Dios", he ahí los adversarios que no se concilian. (Véase *Estudios evang.* de Vinet, *La filosofía y la tradición*, p. 157 y sig.)

26. El apóstol da la razón de lo que acaba de firmar *(en efecto)*, de que la sabiduría humana hace vana la cruz (v. 17). La *palabra de la cruz* (v. 17, nota) es o una *necedad*, un sistema que tal debe parecer a la sabiduría incrédula, o una *potencia de Dios* (Rom. 1:16, nota) que se manifiesta como tal respondiendo a todas las necesidades morales del hombre y conduciéndole a su eterno destino. Para hacer contraste con *necedad* se habría esperado: *sabiduría* de Dios; pero *potencia* dice mucho más aun, y por lo demás el contraste es completado en v. 21, 24. ¿Mas para quiénes es el evangelio *necedad* o *potencia?* Aquí se halla otro contraste que Pablo intencionalmente expresa en los términos más absolutos: de un lado, *los que perecen*, del otro, *nosotros que somos salvados*, a fin de hacer sentir vivamente que no queda ningún medio de salud para los que hacen vana la cruz de Cristo, y que los que, al contrario, han experimentado su potencia, tienen, en eso mismo, una garantía de la libre gracia de Dios que los ha salvado. (Comp. 2 Cor. 2:15, 16; 2 Tes. 2: 10.) Así, el desprecio de la sencillez del evangelio y de la humildad de la cruz es una señal cierta de perdición (salvo arrepentimiento); estimarlas, al contrario, amarlas, ser conmovidos por ellas, tal es la verdadera señal de los que son salvados.

27. Isaías 29:14. Estas palabras, cuyo primer cumplimiento tuvo lugar en tiempos del profeta, se han cumplido después, para todos los sistemas de sabiduría humana, por la aparición de la cruz de Cristo, y se verifican cada día aún en el mundo en general y en los individuos (v. 20): "diciéndose sabios, se volvieron necios". (Rom. 1:22).

28. El *sabio* es el filósofo griego; el *escriba* representa los sabios judíos; el *disputador* (la palabra original significa también *investigador)* puede entenderse de todos esos espíritus ligeros y vanos que por afición se ocupan de la ciencia, que persiguen las ideas de la época por amor de la disputa. Tales eran todavía los *sofistas* entre los griegos. La confianza del apóstol en la potencia del evangelio es tan grande, que considera a todos esos representantes de la sabiduría humana como derrotados, y pregunta osadamente *¡dónde están!* En efecto, responde ya: *Dios ha hecho necia la sabiduría del mundo*, ora manifestándola como tal a aquellos cuyos ojos ha abierto por el evangelio, ora haciendo que los sabios del mundo se confundiesen a sí mismos por los extravíos de sus pensamientos, o unos a otros mostrando recíprocamente la vanidad de sus sistemas. Quizá hay que ver en las palabras del apóstol una alusión a Isaías 33:18, donde el profeta representa a Sión libertada de sus altivos opresores, y preguntándose con gozo *dónde están.* Así el cristiano que, después de haber sido por mucho tiempo esclavo de los hombres y de sus sistemas, ha hallado por fin en la cruz de Cristo la verdad, la libertad, la vida, mira atrás hacia aquel tiempo y reconoce, bendiciendo a Dios, la necedad de su pretendida sabiduría.

en la sabiduría de Dios el mundo no conoció a Dios por la sa-
biduría, pareció bien a Dios salvar a los que creen por la necedad
22 de la predicación[29]; por cuanto los judíos piden señales y los
23 griegos buscan sabiduría, mas nosotros predicamos a Cristo cru-
cificado, para los judíos tropezadero y para los griegos necedad,
24 mas para los llamados mismos, tanto judíos como griegos, Cristo
25 es la potencia de Dios y la sabiduría de Dios[30]. Porque lo necio

29. Demostración de los v. 19 y 20 *(en efecto)*. Este pasaje, cuya construcción es difícil, ha sido interpretado de diversas maneras. Por la *sabiduría de Dios*, no hay que entender su verdad revelada en el evangelio, puesto que la *necedad de la predicación*, otro medio al cual ha recurrido, es precisamente el evangelio; sino más bien su sabiduría manifestada en la naturaleza y en la conciencia del hombre (Rom. 1:19, 20; 2:15); ahora bien: en esa sabiduría, en esa esfera en que era manifestada a los ojos de todos, *el mundo no conoció a Dios por medio de la sabiduría*, es decir de su filosofía, de sus facultades naturales, de todas sus investigaciones. Y a causa de esto, *plugo a Dios* confundir esa sabiduría humana por una predicación que le pareciera una *necedad*, pero por la cual los *creyentes* son salvados. "Hubiera estado legítimamente en orden que el hombre, contemplando a Dios en sus obras, hubiera llegado a su conocimiento por medio de la sabiduría de que Dios le había dotado; pero, puesto que ese orden fué trastornado por la corrupción de la naturaleza humana, Dios quiere hacer necio al hombre antes de hacerle sabio para salud. El hombre ha merecido, por su ingratitud, ese trastorno del orden, y es necesario que Dios tome otra senda para instruirle". *Calvino.*

30. Estos versículos (22-24) explican cómo y por qué ha enloquecido Dios la sabiduría de este mundo. (20) El apóstol nombra aquí los dos principales partidos del mundo incrédulo. Los *judíos* carnales piden un Mesías terrestre con *milagros* siempre renovados *(una señal*, según el texto recibido; otros manuscritos tienen *señales); milagros* apropiados para nutrir su orgullo teocrático y una vana curiosidad. Han visto esas señales en Jesús y en sus apóstoles; pero, por efecto de su ceguedad la *cosa* significada, la verdad y la vida divina, se les escapó. (Mat. 12:38 y sig.; 16:1 y sig.; Juan 2:18-22; 4:48; 6:26-30). Para ellos todo debía ser visible, terrestre, material, por ser incapaces de elevarse a la espiritualidad que sola puede constituir la vida del alma. Los *griegos* buscan la *sabiduría*, por la especulación filosófica. Para ellos, al revés de los primeros, la manifestación de Dios sobre la tierra en un Ser personal, definido, al mismo tiempo divino y humano; la revelación de la verdad, no en *sistemas*, sino en *hechos*, sobre todo en el gran hecho de la redención, tiene algo de irracional, de absurdo. Su razón, prevenida

de Dios más sabio es que los hombres, y lo débil de Dios más fuer-
26 te es que los hombres [31]. Mirad, en efecto, vuestra vocación, her-
manos [32], que no hay muchos sabios según la carne, no muchos

y limitada, no sabe ver que la verdad más elevada, más universal, puede ser contenida en lo que hay de más pequeño, de más individual: ignoran que Dios ha hecho el hombre a su imagen. Los judíos y sus semejantes *aborrecen* el puro evangelio; los griegos y los que se les asemejan lo *desprecian.* A unos y otros el apóstol opone, con santo atrevimiento, *Cristo crucificado.* Un salvador, Hijo de Dios e hijo del hombre, muriendo en la infamia de la cruz, e imponiendo los estigmas de ella a sus discípulos (Gál. 6:17), ¡qué más contrario al Mesías glorioso, al poderoso taumaturgo que piden los judíos! Tropiezan en esta verdad divina, les es *escándalo.* ¡Y qué más alejado de un sabio de este mundo, que Aquel que manifiesta el más elevado grado de la verdad y de la gloria divinas en las últimas profundidades de su renunciamieto y de su humillación; que, por el hecho de su abnegación hasta la muerte de la cruz, salva un mundo perdido en el pecado y el error; que, en fin, exige de los suyos, antes que toda sabiduría, que mueran y resuciten con él! Eso es para los *paganos* (el texto recibido tiene aquí *griegos)* una *necedad.* (Vers. 18). En cuanto a los *llamados,* es decir a aquellos que la gracia divina atrae y convierte por el evangelio (Rom. 1:7; 8:28-30), Cristo crucificado es *la potencia de Dios y la sabiduría de Dios.* Vencer sucumbiendo, tal es la potencia de Dios manifestada en el sacrificio del Salvador, y todo creyente confiesa que ninguna otra potencia habría podido obrar su justificación, ni su santificación, pues ambas deben empezar y acabar por el renunciamiento y por el despojo y la muerte del viejo hombre. La cruz es también la *sabiduría de Dios,* porque ella sola concilia las profundas contradicciones que existen en las relaciones del hombre con Dios y en el hombre mismo, ella sola es la clave de los misterios del pecado y de la vida humana en general. Toda filosofía que quiere olvidar el hecho de la redención, descansa sobre un error por el cual todo el sistema se torna falso. Pablo opone esta potencia de Dios al *tropezadero* que los judíos encuentran en Jesucristo a causa de su humilde condición sobre la tierra, y esta sabiduría de Dios a la *necedad* que halla la filosofía griega en la idea de un Dios manifestado en carne, y redimiendo la humanidad por su sacrificio.

31. Lo *necio, lo débil,* lo que, en Dios, parece tal a los hombres. El apóstol, colocándose en el punto de vista de los que no han sabido descubrir más que debilidad y necesidad en la aparición del Hijo de Dios sobre la tierra (v. 23), completa, generalizándolo, el gran pensamiento que les ha opuesto en el versículo precedente. Vers. 24, nota.)

32. Es decir, considerad cuáles son los *llamados* entre vosotros, cuál es su condición en este mundo.

33. Dios se manifiesta en sus elegidos de la misma manera que se manifestó en Cristo, por la debilidad, y negando completamente lo que los hombres llaman sabiduría, potencia, nobleza. Los miembros del cuerpo de Cristo no deben esperar una posición en este mundo distinta de la de su jefe. Así como el Salvador vivió sobre la tierra en una debilidad

27 poderosos, no muchos nobles, sino que lo necio del mundo eligió
Dios para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo eligió
28 Dios para avergonzar lo fuerte; y lo vil del mundo, y lo despre-
29 ciado eligió Dios, lo que no es, para invalidar lo que es [33], para que
30 ninguna carne se jacte en presencia de Dios [34]. Y de él procedéis
vosotros [35] en Cristo Jesús, el que ha sido hecho para nosotros
sabiduría de parte de Dios, y justicia, y santificación, y reden-

no aparente, sino real, de igual modo no debe entenderse por esas cosas *necias, débiles, viles* (Gr. "no nobles"), *despreciadas,* lo que parece tal, sino lo que lo es realmente en la estimación de los hombres. La verdad de Dios se ha manifestado en el evangelio como una sabiduría absolutamente nueva, extraña a este mundo. Ha empezado por repudiar la sabiduría y la cultura de los hombres, todo lo que estimaban y buscaban, a fin de revelarse en la pobreza, la bajeza, la humillación, la ignominia de la cruz, tanto para los discípulos como para el Maestro. La contradicción que se halla aquí entre las apariencias y la realidad no será conciliada hasta el cumplimiento del reino de Dios, y cuando el "hijo del carpintero", el Rey coronado de espinas vuelva en su gloria. Por esto es tan falso como inútil querer presentar a los hombres del mundo el cristianismo como la más elevada filosofía, o como una fuente de poder y gloria. Toda tentativa de este género no puede conducir más que a desnaturalizar el evangelio, así como lo prueban los ensayos modernos de conciliación, ora con los sistemas humanos, ora con la potencia y la gloria mundanas (en el papado). A fin de hacer este pensamiento lo más absoluto posible, el apóstol agrega a su enumeración hasta las cosas *que no son, para destruir las que son.* Dios por el evangelio, "hace todas las cosas nuevas"; no hay lugar en esta nueva creación para esas cosas viejas que querrían mantenerse en aquélla. (Comp. Rom. 4:17-21, nota; Mat. 10:39; Luc. 14:26). No hay pues término medio: hay que despreciar lo que Dios desprecia, o llevar la temeridad hasta preferir el juicio del mundo al juicio de Dios.

34. *Ninguna carne* significa ningún hombre, con la idea de flaqueza, de mortalidad, de pecado, que la escritura conecta siempre con esa palabra. La primera intención de Dios en el evangelio es humillar al hombre, a fin de levantarle; despojarle, a fin de enriquecerle a su modo. El texto recibido tiene *en presencia de él; en presencia de Dios* es más autorizado.

35. Gr. "*de él procedéis* vosotros", de él emanáis, venís; habéis nacido de él en Cristo Jesús; es decir, habéis sido creados de nuevo por la obra de Jesucristo, y por vuestra comunión con él. (Comp. Juan 8:47; Rom. 11:36).

36. Gr. "que nos ha sido hecho sabiduría de parte de Dios, justicia y santificación y redención"; de modo que los tres últimos atributos no son más que la explicación del primero, la *sabiduría.* La sabiduría que nos era necesaria, la que Dios nos ha dado en Cristo Jesús, no es solamente una sabiduría intelectual y especulativa, pues no teníamos solamente necesidad de ser iluminados, sino principalmente un remedio que sana todos nuestros males, porque nos-

31 ción[36], para que, conforme está escrito: "El que se jacta, jáctese
en el Señor[37]".

otros somos enfermos, moribundos. Además, el apóstol no dice simplemente que Cristo nos ha *revelado* la sabiduría, la justicia, etc., sino que lo *es*, él; y así todo lo que nos falta aún de esos bienes espirituales, lo hallaremos ciertamente y hasta la perfección en él, si estamos unidos a él por una fe viva. La *justicia* es distinta de la santificación; por este término de *justicia* Pablo entiende la justificación del pecador delante de Dios por la fe en el sacrificio expiatorio del Salvador. (Rom. 1:17, nota; 8:32-34, notas). Pero la *santificación* es inseparable de ella, es la purificación gradual del corazón y de la vida, cuya fuente es también Cristo, porque no tiene lugar más que por la comunión íntima y viva que la fe establece y mantiene entre él y nuestra alma. La *redención*, que, ordinariamente, significa el *rescate* del alma, su liberación de la esclavitud del pecado y de la condenación, indica aquí (pues no se debe ver en ella un simple sinónimo de la justificación) la liberación final y perfecta de todo mal, que no tendrá lugar sino después de la resurrección, cuyo principio y garante es también Cristo. Es lo que el apóstol denomina en otro lugar (Rom. 8:23) "la redención de nuestro cuerpo".

37. El apóstol cita aquí, abreviándolo, el hermoso pasaje que se lee en Jeremías (9:23, 24). La intención de Dios ha sido, y debió ser, a fin de desarraigar completamente el orgullo del corazón del hombre, que todo, en la salvación gratuita, tendiera a glorificar a Dios solo. Si el pecador no tiene nada sino en Jesucristo, y si Jesucristo es un don de la pura misericordia de Dios, ¿dónde estaría la gloria del hombre? (Rom. 3:19-27.) "¡Oh Señor! ¡Tuya es la justicia, nuestra la confusión de rostro!" (Dan 9:7.)

CAPITULO II.

Continuación del mismo asunto. I. *El apóstol muestra, por su ejemplo, la potencia divina de la predicación sencilla del evangelio, 1-5.* — II. *El evangelio es la sabiduría perfecta, pero reconocida solamente por aquellos iluminados del Espíritu de Dios, 6-16.*

I. 1-5. Continuación: La predicación de Pablo en Corinto prueba la verdad de lo que acaba de enseñar. — 1º A los discursos de la sabiduría ha opuesto una sola cosa: Cristo crucificado. (1, 2). — 2º Y aunque apareció en debilidad y no recurrió a ninguno de los métodos de la elocuencia, Dios acompañó su predicación con la demostración más potente, la de su Espíritu, (3, 4), — 3º a fin de que este sello divino fuera puesto sobre la fe de sus oyentes. (5).

1 Y yendo yo a vosotros, hermanos, fuí, no con excelencia de
2 palabra o de sabiduría a anunciaros el testimonio de Dios[1], pues
no resolvía saber algo entre vosotros sino a Jesucristo, y a éste
3 crucificado[2]. Y yo estuve con vosotros en debilidad y en temor
4 y en gran temblor[3], y mi palabra y mi predicación no fueron en
discursos persuasivos de la sabiduría[4] sino en demostración de

1. "No recurrí ni a la sublimidad (liter. *elevación, altura)* de la palabra, ni a lo que los hombres estiman como sabiduría". (1:17.) Descuidó las formas de la ciencia para proclamar sencillamente un hecho, un hecho divino (v. 2), y es lo que llama aquí el *testimonio de Dios*, es decir, de lo que Dios ha hecho en Cristo Jesús para salvar el mundo. (Una variante tiene "el *misterio* de Dios", pero es demasiado poco autorizada para ser admitida.)

2. Gr. "Jesucristo, y éste *crucificado*", por oposición a un Jesucristo revestido de la gloria del mundo. Pablo buscó la potencia de su predicación en lo que era para los judíos un escándalo, para los griegos una necedad, la cruz de Cristo. (1: 23, 24.) La muerte expiatoria del Salvador es la fuente de la que debe emanar toda verdad y toda sabiduría; una predicación que no considere la cruz como el centro del que todo deriva, no es apostólica. Lo que no impide que sea necesario exponer a la iglesia todas las doctrinas que son la consecuencia de esta verdad fundamental. Los discursos y las cartas de los apóstoles prueban bastante cuán fecunda es esta primera verdad en sabiduría práctica, aplicable a todas las necesidades del alma, a todas las relaciones de los hombres, ora entre sí, ora con Dios; pero también prueban que todas sus enseñanzas derivaban de esta fuente y recurrían a ella incesantemente; sus exhortaciones morales mismas no tienen otra sanción. (Véase en particular :7; 6:20; 7:23; 8:11; 2 Cor. 5:14, 15; Efes. 4:32; Fil. 2:1-8; 1 Pedro 1:18, 19; 2:18-25).

3. Estas dos palabras *temor* y *temblor* expresan a menudo, en las cartas de Pablo, una profunda y religiosa veneración. (2 Cor. 7:15; Fil. 2:12; Efes. 6:5). En cuanto a la *debilidad* de que habla aquí, se ha querido ver en ella ora pruebas internas, ora enfermedades corporales (Gál. 4:13, 14; 2 Cor. 12:7); es sobre todo el sentimiento abrumador de la santidad y la grandeza de su tarea, que, en una ciudad donde esperaba tanta resistencia, parece haber intimidado a Pablo a su llegada a Corinto. (Comp. 2 Cor. 10: 1, 10; Actos. 18:9, 10.) Su acción allí había hecho un contraste bien notable con la ruidosa osadía de los sofistas y de los jefes de escuela en las grandes ciudades de Grecia y aun con la alta elocuencia de un Apolo. Pero lo que era para el apóstol un oprobio a los ojos del mundo, Dios lo tornó a su gloria y a la confirmación de su evangelio, al cumplir tan grandes cosas por un instrumento tan débil.

4. Discursos *persuasivos*, es decir, compuestos y pronunciados según los

5 Espíritu y de potencia[5], para que vuestra fe no fuera en la sa-
biduría de los hombres sino en la potencia de Dios[6].

métodos capciosos de los oradores. Pablo ha dicho ya (1:17), que repudiaba esa *sabiduría.* El texto recibido tiene aquí: sabiduría *humana,* epíteto tomado del v. 13.

5. No hay que entender ante todo por está *demostración de Espíritu y de potencia* ciertos dones milagrosos del Espíritu de Dios, sino mucho más su acción sobre las almas por medio de la palabra. Una humillante convicción de pecado (Juan 16:8), la consolación y la paz del perdón, la fuerza necesaria para ser libertado de la esclavitud de la corrupción y del mundo, la inteligencia enteramente nueva de verdades divinas de que ni siquiera se tenía idea: tal es la verdadera *demostración* del evangelio que produce el *Espíritu* de Dios y que el apóstol opone a discursos hechos persuasivos por los artificios de una elocuencia humana. (Vers. 5; 2 Cor. 4:7; 1 Tes. 1:5.) Sin embargo, como Pablo mismo nos hace conocer que, precisamente en Corinto, le fué dado obrar por las manifestaciones del Espíritu que se acostumbra llamar *extraordinarias* (1 Cor. 14:18; 2 Cor. 12:12), no hay que excluirlas absolutamente de la demostración de que habla aquí.

6. Cuanta más sencillez había habido en su palabra, desprovista de todos los artificios persuasivos de la sabiduría, cuanto más débiles habían sido, en general, sus medios, a los ojos de los hombres (v. 3), tanto más evidentemente los inmensos resultados de su predicción eran una obra de la *potencia de Dios,* ejercida por su Espíritu, y que reside ya en la cruz (1:18). Y esto no había sido una circunstancia determinada por la naturaleza de sus dones, sino que tal había sido su intención *(para que).* Cuando, al contrario, se recurre a medios humanos de persuasión, es muy difícil discernir lo que, en los resultados, es un efecto pasajero de la sabiduría humana, y lo que es la obra, única permanente, del Espíritu de Dios.

7. El apóstol, después de haber opuesto el simple evangelio a la sabiduría de los hombres (1:17-31; 2:1-5), muestra ahora que el contenido de su predicación, comprendido en su viva profundidad, es sin embargo una *sabiduría.* Ostervald, con su negligencia ordinaria de las partículas y de los artículos, traduciendo aquí *"la* sabiduría", pone al apóstol en contradicción consigo mismo, puesto que tan a menudo declara que él no predica *la sabiduría.* Pablo toma mucho cuidado de distinguir la que él predica de la que ha tratado precedentemente; es una *sabiduría,* sin duda, pero sabiduría no de esta edad, etc. Le importa no dejar cernirse un malentendido sobre su enseñanza, como si el evangelio fuera incompatible con la verdadera sabiduría, colocada ya tan alto en los libros del Ant. Test. Pero, ¿cuál es esta sabiduría? Calvino, y con él muchos intérpretes, responden que es simplemente el evangelio, tal cual Pablo lo predicaba en todas partes, y los *perfectos* a quienes propone esta sabiduría serían los hombres íntegros, de juicio sano y recto, que reciben el evangelio. Estas ideas no son admisibles. (Véase v. 13-15; comp. 3:1). Esta palabra: *perfectos,* no supone la perfección moral en todo

II. 6-16. EL EVANGELIO, EN SU SENCILLEZ, ES SIN EMBARGO LA MÁS ALTA SABIDURÍA — 1º Predicamos sin embargo una sabiduría, pero muy diferente de la de los hombres, pues es la sabiduría de Dios mismo, oculta en él, pero cuya revelación nos destinaba (6, 7). — 2º Esta revelación era indispensable, pues, de hecho la sabiduría que ella manifiesta no ha sido conocida por las más elevadas inteligencias y, por la naturaleza de las cosas, no puede serlo. (8, 9). — 3º Esta revelación ha tenido realmente lugar, y esto por el Espíritu de Dios, que solo conoce a Dios, como el espíritu del hombre conoce lo que está en el hombre. (10, 11). — 4º Otra acción de este Espíritu de Dios, tan diferente del espíritu del mundo, es que no solamente da un conocimiento experimental de la verdad divina, sino también la única manera verdadera de enseñarla, y de tratar espiritualmente las cosas espirituales. (12, 13). — 5º La ayuda de este Espíritu es tanto más indispensable cuanto que el hombre que carece de él no comprende nada de las cosas espirituales; solamente aquél que es iluminado de su luz las juzga sanamente, pues posee la mente misma de Cristo. (14-16).

6 Mas hablamos sabiduría entre los perfectos[7]; sabiduría, digo,
no de esta edad ni de los príncipes de esta edad, que son invali-

el rigor de la acepción, sin duda, sino, según la etimología, lo que ha *crecido,* como un hombre hecho, *madurado,* como un fruto, o también lo que ha alcanzado su *fin.* En su sentimiento moral, aplicada al desarrollo del alma, esta palabra designa al hombre que tiene, en sí, el principio de la perfección, y ya, hasta cierto grado, la madurez, la estatura del hombre hecho. (Comp. 3:1; 14:20, donde esta palabra es opuesta al estado de infancia; Efes. 4:13; Fil. 3:15). Ahora bien: a los que han alcanzado esta madurez, a los que puede llamar hombres espirituales, porque no son ya ni "carnales", ni "niñitos en Cristo (3:1)", el apóstol dice que propone el evangelio, no ya como una "necedad" (ellos no lo consideran ya así), sino como *sabiduría.* Para ellos, en efecto, en quienes "la palabra de la cruz" ha vencido la falsa y orgullosa sabiduría que les hacía ver en el evangelio una necedad; para esos hombres ya maduros por una experiencia personal de la vida cristiana, es posible, no solamente proponer la verdad bajo otras formas, sino desplegar ante sus ojos las doctrinas más profundas de la revelación, hacerles comprender su encadenamiento. (Hebr. 5:12-14; 6:1). En el número de las verdades que el apóstol llama "la leche de los niños" están el arrepentimiento, la fe en Cristo Jesús, etc. Entre las doctrinas cuyo estudio debe ocupar las meditaciones de los cristianos más maduros, se puede nombrar: el encadenamiento armónico de las instituciones del Antiguo y Nuevo Testamento para la salvación de la humanidad; las perspectivas del reinado de Jesucristo en su cumplimiento futuro; la glorificación gradual de Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo en las revelaciones divinas; la soberanía de la gracia de Dios, manifestada libremente en los que ella llama y santifica para la salvación, sin destruir su libertad ni su responsabilidad. Estas doctrinas, en efecto, hacen sentir más vivamente

7 dados [8], sino que hablamos sabiduría de Dios en misterio, la ocul-
ta [9], que Dios predeterminó antes de las edades para nuestra
8 gloria [10], la cual ninguno de los príncipes de esta edad conoció,
pues si la hubieran conocido no habrían crucificado al Señor de
9 la gloria [11]; pero, conforme está escrito: "Lo que ojo no vió y

la necesidad y también la divina hermosura de la revelación. Por lo demás, estas doctrinas de la sabiduría cristiana no encierran nada que no se hallara en germen en los primeros elementos de la fe; los apóstoles no conocían verdades secretas reservadas a iniciados solamente; no se trata, pues, aquí más que de la *verdad*, comprendida con mayor o menor profundidad y en conjunto. En los versículos siguientes, 7-12, el apóstol explica por lo demás lo que él mismo entiende por la *sabiduría*.

8. Esta sabiduría no es ni *de esta edad* (*aión*, la economía presente), que ni siquiera puede reconocerla como tal, ni de los *príncipes* de este siglo (Gr. "árjontes") por los que se debe entender, ora los grandes, los poderosos, los gobernantes de este mundo, como lo prueba el v. 8, ora los que dominan por la sabiduría, la ciencia, la elocuencia, etc. — Estas palabras: *que son invalidados* son empleados por el apóstol en presente, porque ve este juicio de Dios sobre las grandezas de este mundo ya ejercido, ora por el evangelio que anula "la sabiduría de los sabios", por la acción constante del tiempo sobre este mundo que "pasa con su concupiscencia". (Comp. 1:28).

9. La *sabiduría de Dios* es la que Dios posee y que él solo revela al hombre. Pablo la anunciaba *en misterio*, es decir como la revelación de un misterio que, hasta el evangelio, había sido una sabiduría *oculta*. Lo que el apóstol llama un *misterio*, no es jamás una cosa en que el hombre no pueda absolutamente penetrar; es más bien una verdad que ignora por causa de la incredulidad y de la ceguera que produce el pecado, pero que Dios revela a la fe. (Vers. 9; comp. 4:1; 15:51; Efes. 3:3, 4, 9; Col. 2:2; 4:3). De ahí esta palabra *oculta* que es una explicación del apóstol. (Comp. Rom. 16:25; Col. 1:26).

10. Esta *sabiduría* ha sido manifestada en la redención del mundo por Jesucristo; pues éste es el *misterio*, que estaba *oculto* y que, revelado, se ha tornado en la sabiduría y la luz del mundo. Hasta estaba *predeterminado antes de las edades*, en el consejo eterno de Dios, *para la gloria* de sus hijos; es decir, que la revelación de este misterio debía iluminar, regenerar los creyentes, y hacerlos participantes de la gloria celestial que Dios les destina. ¡Qué idea sublime y profunda tenía el apóstol sobre la redención! ¡Qué preciosa luz proyectan estas palabras sobre la creación y sobre la caída del hombre! Antes del origen del mal el remedio estaba preparado. Al mismo tiempo, el apóstol quiere hacer sentir con esto cuán imperecedera es esta sabiduría divina, puesto que es eterna como Dios.

11. Aunque todo lo que había entonces sobre la tierra de luz y de sabiduría estuviera reunido en los *príncipes* de los judíos y de los paganos (v. 6, nota) que tomaron parte activa en la muerte de Cristo, *no conocieron* la sabiduría divina mani-

oído no oyó y no subió a corazón de hombre, es lo que Dios pre-
10 paró para los que le aman [12]"; mas a nosotros las ha revelado
Dios por su Espíritu. El Espíritu, en efecto, escudriña todo, aun
11 las profundidades de Dios. En efecto, quién de los hombres co-
noce las cosas del hombre sino el espíritu del hombre que está
en él? Así también, nadie conoce las cosas de Dios sino el Espí-
12 ritu de Dios [13]. Mas nosotros no hemos recibido el espíritu del
mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos

festada en él. Esta ignorancia, sin duda, disminuye su crimen; pero como era una ignorancia voluntaria y culpable, su pecado permanece. (Comp. Luc. 24:34, nota) — ¿Cómo habrían podido, en efecto, sin esta ignorancia relativa, *crucificar al Señor de gloria*, Aquel a quien toda gloria pertenece?

12. Estas plabras no se hallan textualmente en ningún pasaje del Antiguo Testamento. Desde los padres de la iglesia hasta nuestros días, varios intérpretes han creído ver en ellas una citación de un escrito apócrifo hoy perdido (el Apocalipsis de Elías). Pero jamás cita Pablo con estas palabras: *escrito está*, cosa alguna fuera de la escritura santa. Aquí, tiene muy probablemente en vista Isaías 64:4 (ó 3), que cita de memoria, mezclando una expresión tomada de Isaías 65:17 donde dice literalmente: "(las cosas pasadas) *no subirán más al corazón*". Sea lo que fuere, quiere establecer y generalizar por estas hermosas palabras el hecho expresado en el v. 8. Jamás el genio del hombre, abandonado a sí mismo, ha conocido este misterio de la sabiduría divina. Esto está reservado para los que *aman a Dios*. Aquí, para *conocer*, hay que *amar*. (Véase el 2º de los *Discursos* de Vinet, *el evangelio comprendido por el corazón*).

13. El Espíritu de Dios, siendo Dios mismo, es la unidad viviente de la esencia divina. (Comp. Juan 14:17, nota). Escudriña las *profundidades de Dios*, no pasando, como nuestro espíritu, de la ignorancia al conocimiento, sino en cuanto por él, Dios tiene conciencia de sí mismo, de su pensamiento eterno. El Espíritu *escudriña* las profundidades de Dios como Dios *escudriña* el corazón del hombre. (Sal. 139:1; Rom. 8:27; Apoc. 2:23). Entonces, el Espíritu solo *revela* a los creyentes estas cosas profundas de Dios, no solamente por una manifestación externa, tal como ha tenido lugar en Jesucristo, o tal como la poseemos en la palabra escrita, sino haciendo viva en nosotros esa primera revelación, introduciéndonos en la comunión de Dios, haciendo vivir a Dios en nosotros. — Esta relación inefable de la esencia divina, Dios contemplándose por la unidad del Santo Espíritu, halla una débil figura en el hombre, y el apóstol no teme recurrir a ella. El hombre también puede contemplarse, sondarse, conocerse; y la conciencia que de sí mismo tiene forma el lazo de unión entre el sujeto y el objeto, entre el *conocedor* y el *conocido*. Pero toda esta actividad interna es oculta a los demás, hasta que el espíritu del hombre se comunique a ellos. Así toda comunicación directa y viva de Dios al hombre tiene lugar por el Espíritu Santo, desde los primeros principios de la vida interna hasta su perfección. Esa es, según

13 lo que nos ha sido donado por Dios [14], lo que también hablamos,
no con discursos enseñados por humana sabiduría sino con los en-
señados por el Espíritu, adaptando lo espiritual a los espiritua-
14 les [15]. Mas el hombre animal no recibe las cosas del Espíritu de
Dios pues son necedad para él y no puede conocerlas porque es-
15 piritualmente son juzgadas [16], mas el espiritual juzga, sí, todo,

la idea general de Pablo, la fuente de la *sabiduría* que él anuncia. (Vers. 12, 13).

14. Se podría esperar aquí, según los versículos precedentes, esta sencilla conclusión: "Ahora bien: nosotros hemos recibido este Espíritu; luego conocemos las cosas profundas de Dios". En lugar de ello, el apóstol pone aún este *Espíritu que viene de Dios* en oposición con el *espíritu del mundo*, es decir, el espíritu de la sabiduría humana, a fin de confundir el error de los Corintos que se imaginaban que esa sabiduría divina, don del Espíritu de Dios, debía serles presentada bajo las formas brillantes de la sabiduría y de la elocuencia de este mundo. ¿Pero qué son esas formas para aquél a quien estas cosas profundas son *dadas de Dios*, y que las *conoce* inmediatamente por una viva experiencia?

15. El verbo que traducimos aquí por *adaptar* significa literalmente *juzgar con*, es decir, *comparar juntamente*, para inferir una relación justa y verdadera. ¿Cuáles son los dos términos de la comparación? Según la interpretación ordinaria (que hemos retenido en la traducción), son, por una parte, los *hombres* espirituales, los *perfectos* del v. 6, aquellos en quienes el Espíritu de Dios obra con potencia; y, por la otra, las *cosas* espirituales, es decir las verdades y los hechos divinos que nos ha revelado el Espíritu de Dios. Ahora bien: nosotros adaptamos, por un justo discernimiento, las últimas a los primeros, y esto aun, no con las formas, con la elocuencia que *enseña la sabiduría humana*, sino con las palabras que *enseña el Espíritu* de Dios, y que son solas la expresión adecuada de esas verdades. — Pero se puede entender también las dos veces la palabra *espiritual* como aplicándose a las *cosas*, no a los *hombres*, y entonces el apóstol quiere decir simplemente que adapta palabras y formas espirituales a las santas verdades reveladas por el Espíritu de Dios. Este sentido tiene, no menos que el primero, una alta importancia demasiado desconocida.

16. El *hombre natural*. Es así como Lutero traduce una expresión que no tiene equivalente exacto, en nuestra lengua. Liter.: "el hombre psíquico" (del griego, *psyjé*, alma), "hombre *animal*" (del latín *ánima*, alma), como traducen nuestras versiones ordinarias, el hombre que no tiene más que la vida del alma. Según la psicología de la escritura, es necesario distinguir en el hombre "el espíritu, el alma y el cuerpo'. El cuerpo es la materia organizada, el instrumento del alma y del espíritu; el alma *(psijé)* es ese aliento de la vida natural o terrestre que el hombre posee en común con todos los seres vivientes de la creación, y el espíritu esa parte de su ser que le pone en relación con Dios. "Poniendo en paralelo el cuerpo, el alma y el espíritu, como los tres objetos constantes de la santificación cris-

16 mas él mismo por nadie es juzgado [17]. "¿Quién, en efecto, co-
noció la mente del Señor, y le instruirá?" Mas nosotros tenemos
la mente de Cristo [18].

tiana (1 Tes. 5:23), Pablo muestra que a sus ojos ésos son los tres elementos esenciales de la persona humana completa. Solamente, antes de la venida del Espíritu divino, el espíritu en el hombre es más bien una aspiración, o, como dice de Wette, una receptividad, que una potencia y vida. Es una virtualidad que el Espíritu divino cambiará en una fuerza real y en un nuevo principio de vida cuando llegue a apoderarse de ella". *Godet*. En el origen, es decir, antes de la caída, el espíritu del hombre, en comunión con el Espíritu de Dios, debía, por una parte, *conocer* cada vez más perfectamente, y, por la obra, elevar los afectos de su alma a la vida y al amor que vienen de Dios (15:45); estos afectos, siempre puros y espirituales, habrían, a su vez, mantenido el cuerpo en su verdadera condición, y dominado sobre la carne, como sobre la naturaleza. Pero, por la caída y el pecado, ese orden fué trastornado: el espíritu del hombre, privado del Espíritu de Dios, ha sido obscurecido por las pasiones del alma ya sin guía, y el alma misma cayó bajo el dominio de la carne. De ahí viene que, para designar el estado moral actual del hombre, la escritura se sirva ora de la palabra *carnal* (es el término más fuerte, designando el dominio de la carne, 3:1-3), ora de la palabra *psíquico*. De este último se sirve el apóstol por oposición a *espiritual* (15:44), que designa el estado del hombre regenerado por el Espíritu de Dios. Es necesario entender por este término el hombre caída, tal cual nace y crece bajo el imperio de sus afectos naturales, abandonado a sus propias fuerzas, privado de la luz y de influencias santificadoras del Espíritu de Dios. Ahora bien: el apóstol declara que el hombre en ese estado, por instruído que se le suponga en la escuela de la sabiduría humana, no *recibe* las cosas que son del Espíritu de Dios (la palabra griega significa al mismo tiempo *comprender* y *aceptar*), que *no puede conocerlas* por experiencia, único conocimiento verdadero), que le son *necedad* (1:23), todo esto por la razón muy sencilla de que no se discierne ni se juzga las cosas espirituales más que a la luz del Espíritu de Dios. No es bastante que el sol resplandezca, es necesario ojos para ver.

17. El *hombre espiritual*, el que está iluminado y regenerado por el Espíritu que sonda todas las cosas (v. 10), no puede quedar en la ignorancia sobre ningún punto esencial de la ciencia de la salvación; todo lo necesario a la liberación y a la santificación de su alma le es descubierto gradualmente, según la necesidad que de ello tiene, pues aquí *conocer* es un acto de la vida, del amor, más aún que de la inteligencia. De ahí también el discernimiento que le es dado para *juzgar* las cosas contrarias. Por la misma razón, él no puede *ser juzgado* ni en sus principios ni en su vida por ningún hombre no iluminado del mismo Espíritu. Solamente, hay que notar muy bien que este Espíritu obra e ilumina por la palabra de Dios, fuente y juez supremo de la verdad, y que, por consiguiente, sería en el

hombre la más peligrosa ceguedad el querer seguir sus propios caminos, sus propias inspiraciones, so pretexto que es *espiritual* y que nadie puede juzgarle. Nada hay en la biblia que justifique este falso espiritualismo, fuente de muchos errores, y a menudo pasto para el orgullo.

18. O la *inteligencia* de Cristo, por su espíritu. "El Espíritu es el agente por el cual, esa mente de Dios es comunicada al hombre espiritual". *Godet.* Para que el hombre natural pudiera juzgar al espiritual (v. 15), sería necesario que *conociera* él también *la mente del Señor,* y aun que pudiera tener la pretensión de *instruirle,* de *enseñarle,* suposición absurda que el apóstol refuta citando Isaías 40:13.

CAPITULO III.

Continuación. El apóstol combate las divisiones mostrando: I. *Que los diversos siervos de Dios no son nada por sí mismos, 1-9.* — II. *Que Cristo solo es el verdadero fundamento sobre el cual pueden edificar, 10-17.* — III. *Que no se debe poner la confianza en la sabiduría de los hombres. 18-23.*

I. 1-9. Continuación: CONTRA EL ESPÍRITU DE PARTIDO. — 1º No pude hablaros como a hombres adelantados en la vida espiritual, sino como a niñitos que deben ser alimentados de leche, pues aún sois carnales. (1-3). — 2º ¿Qué prueba de esto hay? Vuestras divisiones y el espíritu de partido que reina entre vosotros. Cada uno invoca para sí el nombre de un hombre, ¿mas qué son esos hombres? simples siervos, uno de los cuales planta, otro riega, mientras que Dios solo da la vida y el crecimiento. (4-6). — 3º Dios, pues, es todo, y en cuanto a sus siervos, iguales entre sí, recibirán cada uno su recompensa según su fidelidad; el campo que cultivan, el edificio en que trabajan, son de Dios. (7-9).

1 Y yo[1], hermanos, no pude hablaros como a espirituales sino
2 como a carnales, como a niños en Cristo[2]. Os di a beber leche, y

1. Pablo ha empezado (1:10) una severa reprensión del espíritu de partido que reinaba en Corinto; ha hallado y atacado su causa en la aplicación de la sabiduría humana y del arte humano a la predicación del evangelio (1:17); reanudando ahora este tema, apela, como ya lo ha hecho (2:1-5), al ejemplo y a la experiencia de su propio ministerio, tal cual le era prescripto por el estado poco desarrollado de la iglesia de Corinto; pero luego generaliza este ejemplo demostrando que Dios solo en Cristo Jesús es todo para el fiel, que no debe ver en los ministros de la palabra más que humildes instrumentos; por última, conecta esta demostración con lo que precede, recordando aún una vez (v. 18-23)

3 no comida[3], pues no erais fuertes, pero ni aun ahora sois fuertes,
pues sois aún carnales. En efecto, puesto que hay entre vosotros
4 celos y contiendas, ¿no sois carnales y andáis como hombres[4]?
Cuando alguien, en efecto, dice: Yo soy de Pablo; y otro: Yo de
5 Apolo, ¿no sois hombres[5]? ¿Qué pues es Apolo? ¿y qué es Pablo?
6 servidores por cuyo medio creísteis, y cada uno como el Señor le
7 dió. Yo planté, Apolo regó, pero Dios hizo crecer, de modo que

que el origen de las divisiones está siempre en la estima exagerada de la sabiduría humana.

2. Estas palabras: *espirituales-carnales,* son empleadas aquí en un sentido algo diferente del que tienen en Rom. 7:5, 14; 8:5 y sig.; Gál. 6:1. Todo cristiano en quien ha empezado la obra de la regeneración no es ya *carnal,* en el sentido absoluto de la palabra, puesto que el Espíritu de Dios obra en él (Rom. 8:9); y el apóstol estima que así ocurre con la mayor parte de los miembros de la iglesia de Corinto, puesto que los llama *niños en Cristo,* por oposición a los que ha denominado "los perfectos". (2:6). Pero los que son aún *niñitos* en Cristo, es decir, recién convertidos, poco firmes en la comunión cn el Salvador, no están de tal modo bajo el dominio del Espíritu que no haya en ellos, y, hay que decirlo, ¡ay! en la mayor parte de los cristianos, momentos en que la carne, el viejo hombre, con sus concupiscencias, ejerce aún en ellos su imperio, y en que, por consiguiente, pueden ser llamados *carnales.* Pablo emplea intencionalmente un término tan fuerte, precisamente porque los Corintios, a causa de su conocimiento y de sus dones (1:5, 7; 8:1), estaban tentados a considerarse a sí mismos como muy espirituales y muy avanzados en la vida cristiana. Gran error, dondequiera que no reinan la humildad y la caridad. (4:8).

3. Es decir los primeros elementos del evangelio y no "la sabiduría para los perfectos" (2:6, nota). Y aun las doctrinas profundas de esta epístola, como los cap. 2 y 15, no son presentadas a la iglesia de Corinto más que incidentalmente, y con el propósito de refutar los errores opuestos.

4. Gr. "¿no andáis *según el hombre?*" Esta última expresión completa y explica la palabra *carnal;* de donde hay que inferir, puesto que el apóstol emplea aquí indiferentemente estos dos términos uno por otro, que la palabra carnal no debe aplicarse únicamente a groseras pasiones, sino extenderse a la naturaleza humana entera. "Lo nacido de la carne, carne es". Por esto el evangelio pide que nazcamos del Espíritu, que nos hagamos nuevas criaturas. (Comp. 2:14 nota). — El apóstol vuelve aquí a esos partidos de la iglesia de Corinto, en los cuales muestra a sus lectores la prueba del severo juicio que sobre ellos pronuncia. — Entre las palabras *celos* y *contiendas,* se halla también, en el texto recibido, *disensiones,* que no es auténtica.

5. (Comp. 1:12, nota). — El texto recibido tiene aquí, como en el v. 3: "¿no sois carnales?" Nosotros restablecemos la variante mucho más autorizada: *¿no sois hombres?,* expresión que corresponde a la del v. 3: "andar según el hombre". Los Corintios habrían debido ser más que *hombres, cristianos.*

ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que hace
8 crecer [6]. El que planta empero y el que riega, son uno, mas cada
9 uno recibirá su propia recompensa según su propio trabajo, pues
de Dios somos colaboradores; labrantío de Dios, edificio de Dios
sois [7].

II. 10-17. Tenga cada uno cuidado de cómo edifica sobre el fundamento. — 1º Imitando a un sabio arquitecto, yo puse en medio de vosotros el fundamento, el único verdadero, Jesucristo: ¡cada uno tenga cuidado de cómo edifica encima! (10-11). — 2º Es posible emplear en el edificio materiales de valor muy diverso, mas viene un día en que la obra de cada uno será manifestada, será probada por fuego, subsistirá o será consumida, y quedará para el uno la recompensa, para el otro la pérdida de su trabajo. (12-15). — 3º Este edificio es la iglesia, el santo templo de Dios donde honra su Espíritu; destruir este templo es exponerse a los más terribles castigos. (16-17).

10 Según la gracia de Dios que me h asido dada, como sabio
arquitecto puse el fundamento, y otro sobreedifica [8]; mas mire
11 cada uno cómo sobreedifica. Otro fundamento, en efecto, nadie
12 puede poner que el que está puesto, que es Jesucristo [9]; mas si
alguien sobreedifica sobre este fundamente oro, plata, piedras

6. Pablo había fundado la iglesia de Corinto, que luego Apolo había contribuído a hacer avanzar en la vida cristiana; mas como, en la naturaleza, toda vida y todo crecimiento vienen de Dios, sin el cual el hombre plantaría y regaría en vano, igualmente, en el reinado de la gracia, la obra del hombre desaparece en presencia de la obra de Dios. — Se notará que la traducción del v. 5 difiere del texto recibido y de nuestras versiones ordinarias; la verdadera lección es allí restablecida.

7. La construcción griega de este v. 9 da mucho mejor la idea de que Dios es todo y el hombre nada más que un instrumento: "pues *de Dios* somos cooperadores, *de Dios* sois labrantío, *de Dios* edificio". — Por esta última palabra, abandonando el apóstol su primera figura, tomada de la cultura de las plantas, pasa a una segunda, tomada de la arquitectura, que desarrolla en detalle en los versículos siguientes.

8. Comparándose a un *sabio arquitecto*, Pablo no entiende caracterizar el modo como ha trabajado, y menos aun dirigirse una alabanza, pues atribuye todo a la *gracia que le ha sido dada;* no se trata aquí más que del *fundamento* que él ha puesto. (v. 11). Todo sabio arquitecto empieza por allí antes de pensar en edificar, he aquí todo lo que quiere decir. La continuación explica la figura de que se sirve (v. 15, nota) y la medida de la recompensa prometida (v. 8).

9. Nadie *puede* moralmente, legítimamente, poner en la iglesia otro fundamento más que el Cristo Jesús histórico y viviente sobre que ella descansa. Este fundamento *está puesto*, ¿por quién? Por el apóstol, res-

13 preciosas, madera, heno, caña, la obra de cada uno será manifes-
tada, pues el día la manifestará, porque por fuego es revelada, y
14 cuál es la obra de cada uno el fuego la probará. Si la obra de
15 alguien, que él sobreedificó, permanece, recibirá recompensa; si
la obra de alguien fuere consumida, sufrirá pérdida, mas él mis-
16 mo será salvado, así empero como a través del fuego [10]. ¿No

ponden algunos, refiriéndose al v. 10. Por Dios mismo, responden otros, pues Pablo habla aquí de un modo general de la iglesia universal y de su único fundamento que emana de Dios. (Mat. 21:42; Efes. 2:20; Actos. 4:10, 11; 1 Pedro 2:6). Lo que no impide que todo apóstol, todo evangelista, todo misionero que anuncia fielmente a Jesu-Cristo, no ponga, en un sentido limitado, el fundamento, como Pablo lo había hecho en Corinto y en otras partes. En cuanto a los que ponen otro fundamento, están fuera de la iglesia cristiana.

10. Para comprender el sentido espiritual de esta hermosa figura hay que representarse bien la figura misma: antes de levantar un edificio duradero, un templo majestuoso (v. 16), hay que poner ante todo un firme *fundamento;* todos convienen en esto, no hay aquí ninguna diferencia de opinión. (Vers. 11). Pero sobre ese fundamento se puede edificar con materiales muy diversos: metales preciosos, *oro, plata*, para el adorno interno del edificio; *piedras preciosas*, mármol, pórfiro, jaspe, formando las columnas y las paredes internas; o también *madera, heno, caña*, empleados en ciertas partes del armazón y de la albañilería. Llega el día en que estalla un incendio: los primeros materiales soportan la prueba del *fuego;* los últimos, si los hay, son *consumidos*. Entonces el obrero sólo se salva a riesgo de su vida, y sufre la *pérdida* de su haber y de su trabajo. — El apóstol se contenta con indicar el sentido espiritual: *vosotros sois el edificio de Dios* (v. 9; comp. v. 16), y deja todo el resto a la inteligencia de sus lectores. Dice sin embargo claramente cuál es el fundamento, Cristo (v. 11), sin el cual no hay edificio espiritual, no hay templo en que pueda Dios morar. Este fundamento ha sido puesto por Dios mismo, y para siempre. Lo que es *edificado* luego *sobre este fundamento*, son todas las doctrinas verdaderas o falsas (comp. v. 6 a 9) anunciadas en la iglesia, es el modo de obrar de cada siervo de Dios, el espíritu que lleva en su trabajo. Si estos materiales son de la misma naturaleza que el fundamento, si provienen directamente de Cristo, de su justicia, de su Espíritu, podrán resistir al fuego. Al contrario, toda mezcla de error, de impureza, de pecado, proveniente, ora del obrero, ora de los que procuran edificar, es destinado a perecer. El *día* de la venida de Cristo, del juicio eterno (Hebr. 10:25) manifestará la *obra de cada uno*, la hará pasar por la prueba del *fuego*. (2 Tes. 1:8). — La *recompensa* del obrero fiel será, no solamente su propia salvación, sino la conservación de su *obra*, el bien realizado y subsistente para la vida eterna, las almas salvadas, que serán su gozo y su corona. Pero el que ha empleado malos materiales tendrá el dolor de ver perecer su obra y el fruto de su pena; él mismo no será *salvado* más que a través del

sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios mora
17 en vosotros? Si alguien destruye el santuario de Dios, a éste destruirá Dios, pues el santuario de Dios es santo, lo cual sois vosotros [11].

III. 18-23. NINGUNO PUES PONGA SU CONFIANZA EN LA SABIDURÍA DE LOS HOMBRES. — 1º Estimarse sabio según el mundo es engañarse a sí mismo, pues la sabiduría de este mundo es necedad delante de Dios. (18-20). — 2º Gloriaros en los hombres es desconocer vuestros privilegios como cristianos, puesto que todas las cosas y todos los hombres son vuestros, vosotros de Cristo solo, y Cristo de Dios mismo. (21-23).

18 Nadie se engañe a sí mismo [12]; si alguien entre vosotros
19 piensa ser sabio en esta edad, hágase necio para hacerse sabio [13],

más terrible peligro, y ¡únicamente si no ha abandonado el fundamento! "Es el mercader naufragado que ve perecer su cargamento y su ganancia, y que sólo se salva él mismo a través de las olas". *Bengel.* — Hay, en esta instrucción del apóstol, una advertencia más temible aún: Temed, parece decir a los que ponían su confianza en el hombre (v. 4, 5); pues, si hay errores en los cuales, y a pesar de los cuales, hay aún una salvación posible, ¿quién puede trazar con certidumbre una línea de demarcación entre lo que será quemado a su derredor y en él, y lo que acabaría por perderle a él mismo eternamente?

11. Esta nueva figura, muy familiar a nuestro apóstol (Efes. 2:21; 2 Cor. 6:16) e inspirada por la que precede, es sin embargo independiente de ella, y presenta el pensamiento del apóstol bajo otro punto de vista. Aquí, en lugar de un edificio en construcción, y en el cual cada uno debe cuidar de no edificar más que con buenos materiales, puestos sobre el buen fundamento, es un *templo* terminado y santificado al cual el apóstol compara la iglesia de Cristo, y cada alma individual en que mora el *Espíritu de Dios.* Ahora bien: *destruir* (Gr. "corromper") el templo de Dios, el lugar sagrado de su morada, es un acto mucho más culpable aún que el de edificarlo con materiales de desigual valor. Por esto la amenaza es aquí mucho más terrible. *Destruir,* de parte de Dios, no puede significar más que la perdición eterna. (Mat. 10:28; 16:25, 26). Y esto muestra hasta dónde puede conducir una senda de error, descripta bajo la figura precedente, si se persevera en ella.

12. Creyéndose sabio según el mundo (v. 18-20), o poniendo su confianza y su gloria en los hombres que tienen esa pretensión. (Ver. 21, 22).

13. El apóstol echa aquí una mirada hacia atrás al importante pensamiento que ha desarrollado en 1:17 y sig., relativo a la *sabiduría de esta edad* puesta en oposición con la *necedad de la cruz.* Su propósito al hacerlo es mostrar que todo lo que precede, aun las dos últimas figuras, se refiere al espíritu de partido que él combate, y que, en Corinto, no tenía otro origen que la persecución de la sabiduría humana y de los dones brillantes en que ella se basa. Toda sabiduría que se levante al lado de la

pues la sabiduría de este mundo necedad es ante Dios, pues es-
20 crito está: "El que coge a los sabios en su astucia [14];" y otra
vez: "El Señor conoce los razonamientos de los sabios, que son
21 vanos [15]". De modo que nadie se jacte en los hombres, pues todo
22 es vuestro: ora Pablo, ora Apolo, ora Cefas, ora el mundo, ora
la vida, ora la muerte, ora lo presente, ora lo venidero: todo es
23 vuestro [16], y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios [17].

sabiduría divina de Cristo, será confundida. Todo el que ha perseguido su prestigio engañoso, debe despojarse de él ante todo, *volverse* necio a los ojos del mundo, para hallar la verdadera sabiduría. (1:24, nota).

14. Job 5:13. Luego él es más sabio que ellos; y solamente se hacen sabios aquellos a quienes él comunica de su Espíritu. (2:10).

15. Sal. 94:11, donde se lee: "los pensamientos de los *hombres*", es decir de todos los hombres, sin exceptuar los más sabios que el apóstol nombra aquí para tomarlos por separado.

16 *Jactarse en los hombres* no es solamente querer disfrutar de sus dones o de su superioridad, sino poner en ellos su confianza, colocarse respecto de ellos en un estado de dependencia espiritual. (Véase sobre el sentido completo de la palabra, Rom. 5:2, 11; Gál. 6:14). Ahora bien: para el hijo de Dios, eso es descender en lugar de ascender; pues es "heredero de Dios y coheredero de Cristo"; tiene parte en todo lo que posee su Padre celestial: todos los siervos de Dios llámense *Pablo, Apolo,* o *Cefas,* son *suyos,* pues están establecidos por Dios para su salud; el *mundo entero,* la *vida,* la *muerte,* todas las potencias vivificantes o destructoras del reino de la naturaleza o del de la gracia, todos los acontecimientos del *presente* o del *porvenir,* deben servir al gran propósito de su salvación, habiendo sido todo creado para aquel que, en Cristo, ha vuelto a ser el rey de la creación. (Comp. Rom. 8:3139; Mat. 5:5, nota). ¿No es negar estos gloriosos privilegios el poner su confianza y su gloria en un hombre, aunque fuese el más excelente de los hombres? — "Encabezando son puestos los nombres de los tres doctores de que se había hecho jefes de partido y con ocasión de los cuales es dada toda esta enseñanza. Para enunciar su conclusión, Pablo no hace más que dar vuelta las tres fórmulas. En lugar de decir: "Yo soy de Pablo", los Corintios deben decir: "Pablo es mío". La iglesia es el fin; los ministros son el medio. Ellos son dones que a ella se le hacen y que ella debe aprovechar sin desdeñar al uno y apasionarse por el otro". *Godet.*

17. *Vosotros de Cristo, y Cristo de Dios.* Elevándose así de las criaturas al Creador, el apóstol indica al mismo tiempo la garantía y la corona de todos los privilegios del hijo de Dios que acaba de enumerar. *Ser de Cristo* debe bastar al cristiano para no ser ya ni de Apolo, ni de Cefas, ni de hombre alguno; tanto más cuanto que perteneciendo a Cristo pertenece a *Dios* mismo, porque Cristo es la imagen del Dios invisible (Col. 1:15), el esplendor de su gloria (Hebr. 1:3), *uno* con el Padre. (Juan 10:30). La misma relación de comunión y de amor que existe entre el Padre y el Hijo, es restablecido por el Mediador entre el Padre

y sus hijos. (Juan 17:21, 22). — Algunos intérpretes han querido ver en estas últimas palabras una advertencia dada al partido de la iglesia de Corinto que se denominaba exclusivamente, y no sin orgullo, con el nombre de Cristo. Pablo querría elevar sus pensamientos hasta Dios, para reconducirlos a la unidad suprema. Es posible.

CAPITULO IV.

I. *El apóstol se esfuerza en rectificar los falsos juicios que algunos se habían permitido a su respecto y en humillar, por su ejemplo, a aquellos de los Corintios que estaban hinchados de orgullo. 1-13.* — II. *Exhorta a la iglesia con amor, y le anuncia su próxima visita, 14-21.*

I. 1-13. ¡CUIDÁOS DE LOS JUICIOS QUE INSPIRA EL ORGULLO! — 1º Todo siervo de Cristo es un simple administrador, de quien no se requiere más que una cosa: la fidelidad. (1, 2). — 2º ¿Quién los juzgará? No los hombres cuyos juicios tienen poca importancia; ni tampoco cada hombre sobre su propia fidelidad, sino el Señor solo. Ninguno, pues, se arrogue el juicio antes de la venida del Señor, pues es él quien pondrá todo de manifiesto y dará a cada uno lo que se le deba. (3-5). — 3º ¿De dónde viene este espíritu de juicio? Del orgullo que va más allá de lo que está escrito, que se hincha en favor del uno contra el otro, que se jacta de los dones de Dios como si no los hubiera recibido gratuitamente. (6, 7). — 4º ¡Humillante contraste! *Vosotros* ya poseéis todas las cosas, aun el reinado prometido a la iglesia; ¡ah! si así fuera, *nosotros* reinaríamos con vosotros, mientras que nosotros somos los últimos de todos, consagrados a la muerte, en espectáculo al mundo (8, 9); — 5º mucho más: *vosotros* sois prudentes, fuertes, honrados,— y *nosotros*, locos, débiles, menospreciados, sometidos a las privaciones, a los ultrajes, a los trabajos, a las injurias, a las persecuciones, a las calumnias, basuras del mundo, desecho de todos! (10-13).

1 Así[1] nos considere el hombre, como ministros de Cristo y
2 administradores de los misterios de Dios[2]. Por lo demás, aquí

1. La relación con el cap. 3 es, según M. Godet, la siguiente: "Después de haber explicado lo que los predicadores *no son*, a fin de inferir que no hay que hacerse dependiente de ellos, el apóstol muestra *lo que son*, a fin de sustraerlos a los juicios temerarios de los miembros de la iglesia. Lo hace primeramente hablando aún de él y de Apolo (*nos;* comp. v. 6), luego habla únicamente de sí mismo (*mi*, v. 3)".

2. En la antigüedad, el *administrador* de un bien era generalmente un esclavo, al que su amo establecía sobre los demás esclavos para dirigir

se requiere en los administradores que cada uno sea hallado fiel[3].
3 Para mí, muy poco es ser juzgado por vosotros o por tribunal
4 humano[4]; pero ni a mí mismo me juzgo, pues de nada tengo
conciencia contra mí, pero no por esto estoy justificado, mas el
5 que me juzga el Señor es[5]. De modo que no juzguéis nada antes

su trabajo y distribuirles su alimento (Luc. 12:42); enteramente dependiente de su propietario, no tenía ni interés personal en sus negocios, ni ningún poder que no viniera de aquél; tal es la posición que toma el apóstol en la administración de los dones de Dios; aquellos a quienes los comunica tendrán que entenderse con su Señor y no con él, razón más para reconocerle en su cargo. — Los bienes administrados por los siervos de Cristo son los *misterios de Dios*, es decir sus consejos para la redención de su pueblo, resueltos y ocultos desde antes de la fundación del mundo, y revelados en Cristo. Esos siervos deben, según la sabiduría que Dios les da, administrarlos a cada uno según su alcance y sus necesidades.

3. Comp. Mat. 25:14 y sig:; Luc. 12:42. El *administrador* no puede dar nada que le sea propio; los dones, la esfera de actividad de un siervo de Cristo no son de él, sino del Maestro. La única cosa que se requiere de él es la *fidelidad*, y sólo el Señor es juez de esto. En la medida en que los hombres son llamados a juzgar, deben hacerlo conforme a esta regla, y no según ciertos dones brillantes del talento y de la ciencia. Ser *hallado* fiel, lleva el pensamiento al gran día del juicio, que sólo manifestará esta fidelidad donde existe verdaderamente. (Vers. 5).

4. Gr. "Por *día humano*". El *día* asignado para un juicio se toma, en las lenguas antiguas, por el juicio mismo; de ahí esta expresión tan frecuente en las escrituras: "el *día* del Señor". Ahora bien: aquí el apóstol opone a ese *día* del Señor, que será la revelación de toda su gloria, y la manifestación definitiva e inapelable de los secretos de los corazones, un *día humano*, que no es más que el juicio falible y a menudo muy falso de los hombres expuestos a error. Ora aprueben, ora censuren, no puede ser ése el importante asunto del servidor de Cristo; y, aunque debe buscar, como lo hacía el apóstol mismo (2 Cor. 4:2), la estima y la confianza de sus hermanos, su mirada llega más allá, al *día* de su Maestro y Señor.

5. Diciendo que *no se juzga a sí mismo*, el apóstol no se pone en contradicción con sus propias palabras (11:31), donde recomienda a todo cristiano juzgarse, sino que reserva, en última instancia, el juicio del Señor, único infalible. Así, en el caso actual de que habla, la fidelidad en su ministerio, bien que no *se sienta culpable* de ninguna falta especial (Gr. "no soy consciente de nada, *nada tengo sobre la conciencia*"), remite sin embargo a su Maestro la decisión suprema, acordándose de que la mirada del que escudriña los corazones penetra más adentro que la suya propia, y de que la ley santa, según la cual seremos juzgados, es mucho más espiritual, mucho más extensa que lo que piensa el hombre, cuya vista es a menudo obscurecida por el pecado. —Pablo, que enseña tan claramente en cada página de sus escritos que el hombre es salvado por *gracia*, no entiende de ningún modo aquí por estas palabras,

de tiempo, hasta que venga el Señor, que sacará a luz los secre-
tos de las tinieblas y manifestará los designios de los corazones;
y entonces la alabanza llegará a cada uno de parte de Dios[6].
6 Esto, hermanos, he aplicado a mí mismo y a Apolo por causa
de vosotros[7], para que en nosotros aprendáis a no ir más allá
de lo que está escrito, para que no os hinchéis uno en favor del
7 uno contra el otro[8]. ¿Quién, en efecto, te distingue? ¿y qué tie-
nes que no hayas recibido? mas si recibiste, ¿por qué te jactas
8 como si no hubieras recibido[9]? Ya estáis hartos, ya os habéis
enriquecido, sin nosotros habéis empezado a reinar; ¡y ojalá, sí,
reinarais, para que también nosotros reináramos con vosotros[10]!

ser justificado, una condición cualquiera de su salud, sino, como lo prueban los v. 6 y 7, la medida de alabanza y de censura que el Señor tendrá que dispensar a cada uno de sus siervos. La conclusión que saca (v. 5) es, pues, ésta: no alabéis ni censuréis ningún siervo *antes de tiempo*, pues, en el gran día, muchas cosas parecerán muy diferentes de lo que habremos esperado ¡Admirable sabiduría! ¡seria advertencia! ¡profundo motivo de reserva y de humildad!

6. Lo que el justo Juez *sacará a luz*, es todo lo que está aún *oculto* en las tinieblas del mundo moral, y especialmente los *designios de los corazones*, sus pensamientos, sus voluntades, los motivos secretos de las acciones, sobre los cuales tan a menudo se equivocan los hombres en sus juicios, trátese de sí mismos o de otros.—El apóstol, con grande delicadeza, propia para hacer reflexionar a sus lectores, no quiere prever más que uno de los resultados de ese juicio definitivo, la *alabanza*, en que los Corintios eran tan pródigos para ciertos jefes de partido: esperad que el *Señor* la dé a *cada uno*, y ¡no olvide ninguno la *censura* posible!

7. Gr. "He transformado estas cosas para conmigo mismo y Apolo", es decir he presentado estas instrucciones para aplicárnoslas, sin perder por eso de vista a todo hombre al que quisiereis elevar en medio de vosotros como jefe de partido. (3:4, y sig.).—*Por causa de vosotros*, para vuestro bien.

8. Ostervald traduce, o mejor dicho comenta así: "Más allá de lo que acabo de escribiros"! Se trata más bien de toda la escritura, en general, principalmente quizá de los pasajes citados más arriba (3:18-20), o de declaraciones tales como Jer. 9: 23 y sig. Por la palabra de Dios deben todos aprender la humillante lección que el apóstol da aquí. (Vers. 6, 7). ¿De dónde proceden, en efecto, los juicios humanos que el apóstol acaba de combatir? Del orgullo, ora en la grey, ora en los doctores: "Que no os hinchéis *el uno en favor del uno contra el otro*". (Trad. liter.): "Se trata de los miembros de la iglesia que se apasionaban por un doctor para denigrar a otro". *Godet.*

9. Estas tres preguntas deben tapar la boca a todo el que esté hinchado de orgullo: es posible que seas *distinguido* por diversos dones; pero los has *recibido* todos; si te *jactas* pues, ofendes a Dios, el soberano Donante.

10. ¿Hay ironía? Unos dicen que sí, otros que no. Si no la hay en las palabras, la hay ciertamente en las

9 Pienso, en efecto, que a nosotros los apóstoles nos ha mostrado
Dios por los últimos, como sentenciados a muerte[11], pues hemos
sido hechos espectáculo al mundo, y a ángeles, y a hombres[12].
10 Nosotros necios por causa de Cristo, mas vosotros sabios en Cris-
to; nosotros débiles, vosotros fuertes; vosotros ilustres, mas nos-

cosas. ((Vers. 9, 10). Pablo no quiere, en verdad, decir lo contrario de lo que parece decir, como se hace por ironía. Los cristianos de Corinto realmente habían sido *hartados, enriquecidos* de bienes espirituales, hechos bastante fuertes por el evangelio para *reinar* sobre el mundo y el pecado. (1:4-7). Hay que notar la progresión de estos tres términos: *hartos, enriquecidos, reinado.* Pero toda hartura, toda riqueza de la gracia que no despierta en el alma necesidades más profundas, que no mantiene en ella el hambre, la sed, el sentimiento de su debilidad, se agota, se seca y se torna en verdadera pobreza. Es lo que había sucedido a varios miembros de la iglesia de Corinto, por falsa confianza en los dones eminentes que habían recibido. De ahí las serias enseñanzas dispersas por toda la escritura: Mat. 9: 12; Luc. 6:24, 25; Juan 9:41; Apoc. 3:17.—De ahí también este voto que el apóstol expresa con corazón emocionado: Queréis *reinar sin nosotros*, gozar, mientras nosotros estamos en los renunciamientos y las pruebas (v. 9-13); ¡pluguiera a Dios que vuestra realeza fuera la verdadera, la prometida a todo hijo de Dios (Rom. 8:17; 2. Tim. 2:12; Apoc. 1:6), el triunfo final de la iglesia sobre todos sus enemigos! ¡Entonces nosotros también, libertados de nuestros combates y de nuestros padecimientos, *reinaríamos con vosotros!* En lugar de esto, el apóstol se siente a punto de sucumbir bajo la cruz; ¡qué humillación para aquellos a quienes se dirige!

11. La partícula *en efecto* motiva el voto que precede e introduce el contraste que sigue. En cuanto a la traducción de este versículo, había que rectificar la de Ostervald que dice: "nosotros, que somos los últimos de los apóstoles", pensando sin duda, como Calvino, en Pablo y Apolo y en su *tardía* vocación al apostolado. No; se trata aquí de todos los apóstoles y de sus padecimientos, por oposición a los Corintios que querían *reinar*. Todo el desprecio que el mundo tuvo siempre por el evangelio, todo el oprobio de la cruz cae en primer lugar sobre los apóstoles. ((v. 13). Pablo llega hasta comparar esa posición a la de criminales *sentenciados a muerte*, y que pueden encontrarla, en efecto, donde quiera que van, lo que era literalmente verdadero en medio de tantos peligros. ¡Qué contraste con la vida gloriosa y tranquila que se habían hecho los Corintios!

12. Es decir, a todo el universo; semejantes a esos condenados de que se hacía un *espectáculo* para el pueblo, ora por sus suplicios, ora entregándolos a las fieras en la arena, o fonzándolos a combatir en ella hasta la muerte. "Observemos aquí la admirable paciencia del apóstol, que no es ni conmovido, ni humillado, aunque así se ve tratado por Dios, pues no acusa de sus padecimientos a la maldad de los hombres, sino que ve en ellos solamente la voluntad de Dios, que le ha expuesto a ellos". *Calvino.*

13. Aquí también la ironía está en el contraste de las cosas, si no en las palabras. Los apóstoles habían acep-

11 otros sin honor[13]. Hasta la hora presente tenemos hombre y
12 sed, y estamos desnudos, somos heridos a puñadas, y andamos
errantes, y trabajamos, obrando con nuestras propias manos;
13 injuriados, bendecimos; perseguidos, soportamos; calumniados,
exhortamos[14]; hemos sido hechos como basuras del mundo, des-
echo de todos hasta ahora[15].

II. 14-21. ESTAS REPRENSIONES PROCEDEN DE UN AMOR ARDIENTE. — 1º Mi propósito no es avergonzaros, a vosotros que sois mis hijos amados, a quienes he engendrado a Cristo por el evangelio; imitadme en este amor. (14-16). — 2º Con este sentimiento os envié mi muy amado Timoteo, esperando ir yo mismo a vosotros y conocer la potencia de los que se hinchan de orgullo, y no solamente sus palabras, según el principio del reino de Dios, que es una fuerza divina. ¿Iré a vosotros con la severidad de mi apostolado, o con la mansedumbre del amor? (17-21).

14 No escribo esto avergonzándoos, sino amonestándoos como
15 a mis hijos amados[16], pues si tuviereis diez mil ayos en Cristo, no

tado franca y completamente delante de todos la *necedad* ((1:18 y sig.), la aparente *debilidad* y el *desprecio* de la cruz; los Corintios al contrario, exentos en su mayor parte de padecimientos, querían unir al evangelio la *gloria* de una *sabiduría* y de una posición brillante en el seno del reino de Dios. Ahora bien: Pablo quiere humillarlos por este contraste y hacerles sentir cuán inferiores moralmente debían ser a esos testigos que habían sido purificados en el fuego de tales pruebas, que tenían así una semejanza más con su Maestro, y que le seguían en la senda del dolor. (v. 11, 13). Un cobarde temor del padecimiento y del sacrificio, la busca del bienestar y de lo que es grande a los ojos de los hombres, serán siempre incompatibles con el espíritu del evangelio. ¡Cuán extendido está, hoy, aún este error de los cristianos de Corinto! Muchos, dejando los padecimientos y renunciamientos a los primeros tiempos de la iglesia, piensan elevarse por un cristianismo cómodo al nivel de un siglo culto, poseer la consideración de los hombres, "gozar del mundo y servirse de Dios".—*uti Deo et frui mundo. Agustín.*

14. O *exhortamos*, queriendo salvar a los mismos que nos calumnian y nos maltratan. Cumplimiento del precepto del Salvador imposible al hombre animal. Mat. 5:44. —Véase un cuadro aun más completo de los padecimientos del apóstol en 2 Cor. 11:23 y sig.; y sobre el *trabajo de sus manos*, 9:6 y sig.; 1 Tes. 2:9; Actos 20:33:35.

15. La primera de estas energéticas expresiones tiene realmente, en griego, el sentido que dejamos aquí en la versión; pero el uso le había dado un significado peor aun: "Se designaba así a un hombre tan malo, que se pensaba que Dios maldeciría por causa de él el país y sus habitantes. Se imaginaba pues que matándole se había quitado la maldición y puesto en paz la tierra. Tal era el profeta Jonás, cuando sus compañeros de

tenéis empero muchos padres, pues en Cristo Jesús yo os engen-
16 dré por el evangelio. Os ruego pues: haceos mis imitadores[17].
Por esto os he enviado Timoteo, que es mi hijo amado y fiel en
17 el Señor, que os recordará mis caminos en Cristo, conforme por
18 todas partes, en toda iglesia, enseño[18]. Como no habiendo yo
19 de ir a vosotros hanse hinchado algunos[19], mas pronto iré a vos-
otros, si el Señor quisiere, y conoceré no la palabra de los hin-
20 chados, sino la potencia, pues no consiste en palabra el reino de

viaje le arrojaron al mar. Así consideraba el mundo a los apóstoles, a los predicadores del evangelio, por los más odiosos de los hombres, y pensaban que deshaciéndose de ellos todo marcharía bien, que toda maldición y toda desgracia sería quitada de la tierra, y que se habría hecho servicio a Dios. Juan 16:2". *Lutero.* —Más tarde, cuando las grandes persecuciones, en cada calamidad que sobrevenía en el imperio romano, el pueblo, que atribuía la causa de ellas a los discípulos de Galileo, exclamaba inmediatamente: *¡A las fieras los cristianos!*

16. Si Pablo había creído deber humillar a los Corintios por el sorprendente contraste entre su vida y la de los apóstoles, esa *vergüenza* no era su último propósito; no quería humillarlos, abrumarlos con su superioridad moral, sino, como un padre tierno que se ocupa de la educación de sus *hijos*, quería llevarlos al arrepentimiento y hacerles sentir cuán falsa era la senda por donde los habían metido algunas máximas relajadas sobre la vida cristiana. Esta relación enteramente paternal es lo que explican las palabras siguientes.

17. Eran esos otros *ayos* (gr. "pedagogos", ¡voz significativa! Gál. 3: 24; 4:2) quienes habían inducido a los Corintios al error combatido aquí por el apóstol. Recordándoles que era él quien los había llevado, por el evangelio, a la regeneración y a la vida (1 Pedro 1:23; comp., sobre esta paternidad espiritual, Mat. 23: 9, nota); exhortándoles a *imitarle*, es decir a seguirle en las sendas del renunciamiento y de la cruz, no pretende elevarse por encima de lo que es un sencillo instrumento en la mano de Dios: no contradice sus humildes palabras (3:7, 22), sino que quiere, dirigiéndose a su corazón con ternura, volver a conducir a la verdad, a la humildad, a los que se habían apartado de ellas. Por la misma razón les envía su querido compañero de labor, Timoteo (v. 17).

18. Los términos tan tiernos en que Pablo habla de su amado discípulo debían recomendar a este último ante la iglesia. Y como era demasiado joven para enseñar o exhortar formalmente, el apóstol anuncia delicadamente que *hará recordar* cuáles han sido la *conducta* y las *enseñanzas* de Pablo en Corinto, como *en todas las iglesias.*

19. Los adversarios del apóstol, en Corinto los jefes de partido (1:12), esparcían el rumor de que temía aparecer en persona en el seno de esta iglesia: de lejos es fuerte, por sus cartas; pero presente, tiene conciencia de su debilidad. ((2 Cor. 10:10 y sig.).

20. El, apóstol *conocerá*, buscará, en su venida, si esa *potencia* se halla en la vida de los instigadores, o si no hay en ellos más que *palabras.* El *reino de Dios* mismo es esa *poten-*

21 Dios, sino en potencia [20]. ¿Qué queréis? ¿que vaya a vosotros con
vara, o con amor y espíritu de mansedumbre [21]?

cia o esa fuerza espiritual, obrando en un alma convertida del mundo a Dios, y entrada, por la regeneración, en la comunión de los hijos de Dios. La señal por la cual todo el que tiene el discernimiento de los espíritus reconoce si otro hombre está realmente en este estado, no es la facilidad que puede tener en pronunciar hermosos discursos, ni sus pretensiones a una sabiduría profunda, ni la consideración de que disfruta, sino la renovación del corazón, la santidad de la vida: "Por sus frutos los reconoceréis".

21. El Señor había conferido a sus apóstoles, fundadores de su iglesia, la autoridad de admitir o de excluir, según el discernimiento que les daba el Espíritu. *Ir con vara* a Corinto, era, de parte de Pablo, aparecer allí como juez severo, que podía excomulgar los miembros indignos del rebaño, aunque no deseara más que ir alla *con amor y en espíritu de mansedumbre.* Esto le lleva a hablar del asunto del incestuoso (cap. 5), en el cual, aunque ausente, ejerce realmente su autoridad por la excomunión.

CAPITULO V.

I. *Reproches de Pablo a la iglesia de Corinto a causa de un incesto, 1-8.* — II. *Da a los cristianos instrucciones sobre sus relaciones con los pecadores escandalosos, 9-13.*

I. 1-8. ¡PRACTICAD LA DISCIPLINA! — 1º Hay entre vosotros un ejemplo de inmoralidad que los paganos mismos no toleran, un incesto, y no habéis excluído de la iglesia al culpable, con humillación y tristeza. (1, 2). — 2º Cuanto a mí, mi juicio está determinado: en la autoridad del Señor, reunida la iglesia, presente yo en espíritu, tal hombre sea solemnemente cortado, y esto para su propia salvación. (3-5). — 3º Hay para ello un motivo de santidad: vosotros sabéis que un poco de levadura se comunica a toda la masa; quitad pues, a ejemplo de los israelitas que celebran la pascua, toda esa vieja levadura de en medio de vosotros, pues Cristo, el verdadero cordero pascual, ha sido inmolado; celebremos la memoria de su muerte por una vida renovada y santa. (6-8).

1 Por cierto se oye entre vosotros fornicación, y tal fornicación
cual ni aun entre los gentiles hay [1], al punto de que tiene alguien
2 la mujer de su padre [2]. Y vosotros estáis hinchados, y no habéis

1. El texto recibido tiene: 'tal como ni aun se nombra entre los gentiles", variante no autorizada por los manuscritos y que atribuye al apóstol una expresión exagerada.

2. Crimen severamente penado por

estado más bien de duelo para que fuera quitado de en medio de
3 vosotros el que esta obra hizo [3]. Yo en efecto, ausente cuanto al
cuerpo, mas presente cuanto al espíritu, ya he juzgado como es-
4 tando presente al que así cometió esto, en el nombre del Señor
nuestro Jesucristo, congregados vosotros y mi espíritu, con la
5 potencia del Señor nuestro Jesucristo, para entregar el tal a Sa-
tanás para destrucción de la carne, para que el espíritu sea sal-
vado en el día del Señor [4].

la ley de Moisés (Lev. 18:8; 20:11; Deut. 22:30), ¡y cuánto más reprobado por la conciencia cristiana! Quizá el culpable habíase casado con su madrasta después de la muerte de su padre, y pensaba así excusar el pecado a sus propios ojos. Esta suposición parece confirmada por estas palabras *tener la mujer*, que se entiende siempre del matrimonio. (Mat. 14:4; 22:28; 1 Cor. 7:2, 29, etc.) Hay que notar sin embargo que la ley romana no permitía una unión semejante, y que ésta sin duda no había sido sancionada legalmente.

3. Los Corintios se jactaban del estado floreciente de su iglesia (4:8), mientras que una verdadera caridad y una verdadera santidad habrían debido hacer del pecado de un miembro un motivo de aflicción y de humillación para todos. El resultado habría sido ciertamente la exclusión del culpable, como una seria advertencia para él mismo y para toda la grey. (v. 3-5).

4. *Entregar a Satanás* no significa otra cosa que la exclusión de la comunión de los cristianos, o de la iglesia. La iglesia es el cuerpo de Cristo (12:12, 13), el templo de Dios (3:16; 2 Cor. 6:16); él la ha arrancado del medio del mundo donde Satanás reina por el pecado (2 Cor. 4:4); si un hombre pues es excluído de la iglesia, es arrojado nuevamente al mundo, bajo el dominio de Satanás. Pero el apóstol se apresura a indicar el propósito final de un castigo semejante, que no era entregar el culpable a la condenación, sino al contrario, mortificar y *destruir* en él la *carne*, origen de su pecado, y de *salvar*, si era posible, su *espíritu*, por el arrepentimiento que podía excitar en él una humillación tan profunda. Y es probablemente lo que ocurrió: el culpable se arrepintió, y Pablo mismo pidió (2 Cor. 2:4-10), con grande compasión, la reintegración de ese excomulgado en la iglesia. Se trata pues aquí de una disciplina enteramente moral: ¡ojalá no se hubiera olvidado jamás! Solamente entendiendo por *entregar a Satanás* la condenación, y por la *carne* el cuerpo, ha creído la iglesia poder apoyarse en este pasaje para transformarse en tribunal de sangre y ejercer sus horribles persecuciones! Comp. 1 Tim. 1:20. El apóstol había ordenado este castigo *en el nombre de nuestro Señor Jesucristo*, por la autoridad apostólica que tenía en él; sin embargo, atribuye grande importancia a que la iglesia de Corinto concurra con él a la ejecución de este acto de disciplina. Ella debía pues, después de recibir su carta, *reunirse* representarse al apóstol como en medio de ella por *su espíritu* y por la orden que él le daba, colocarse solamente en presencia de Jesucristo, y, *con su potencia*, según su palabra y por la fuerza de su Espíritu, cumplir este doloroso deber. Comp. Mat. 18:

6 No es buena vuestra jactancia[5]. ¿No sabéis que un poco de
7 levadura leuda la masa entera[6]? Quitad la vieja levadura para
que seáis nueva masa, conforme sois ázimos, porque nuestra pas-
8 cua, Cristo, fué inmolado; de modo que hagamos fiesta, no con
vieja levadura, ni con levadura de malicia y de maldad, sino con
ázimos de sinceridad y de verdad[7].

15-20. Algunos padres de la iglesia, seguidos en nuestros días por varios intérpretes de Alemania, han explicado diferentemente este pasaje. Piensan que el apóstol ordena al rebaño la exclusión del incestuoso, y se reserva para sí solo, a su autoridad apostólica (v. 3), *entregarle a Satanás* (lo que es evidentemente contrario al v. 4), y creen que este castigo habría consistido en alguna pena corporal, alguna enfermedad infligida por Satanás *para la destrucción de la carne.* Esta idea supersticiosa, que rechazaba ya el buen sentido de Calvino, no tiene el menor fundamento en el texto. (Comp. v. 2 y 13, donde el apóstol explica todo su pensamiento por esta expresión tan clara: *Quitad de entre vosotros;* véase también 2 Cor. 2:6, 7).

5. Gr. "Vuestra jactancia no es hermosa", no es conveniente, decente. Ellos creían tener motivo de jactancia. (v. 2; 4:7, 8).

6. El apóstol aplica este proverbio, primeramente al culpable al que la iglesia habría debido excluir, luego, más generalmente, a todo mal que podía tornarse en una fuente de corrupción para el rebaño.

7. Pablo, hallando en la expresión proverbial que acaba de citar un símbolo bíblico de profundo significado para todo israelita, se detiene en él, a fin de desarrollar su pensamiento y apoyarlo con la autoridad de la escritura. La *levadura* había sido severamente prohibida en la celebración de la pascua (Ex. 12:15-20); cualquiera que usara debía ser cortado del pueblo, con lo cual la ley quería mostrar que todo israelita que no celebraba realmente la pascua libertándose de la esclavitud del pecado y de la idolatría, se excluía a sí mismo de la comunión del pueblo de Dios. Luego, pues, agrega Pablo, mostrando bajo esta figura la realidad, puesto que el verdadero cordero pascual, *Cristo, ha sido inmolado* (las palabras *para nosotros* que añade el texto recibido, no son auténticas), *vosotros sois sin levadura, ázimos;* unidos a él por la fe, habéis sido purificados de la levadura de la corrupción y del pecado. Pero esta purificación, que ha empezado con vuestra conversión, debe proseguirse hasta la perfección. De ahí la exhortación por la cual concluye: *celebremos fiesta* (Gr. "festejemos") por una vida santa, purificada de la *vieja levadura,* en la cual Pablo ve la figura de la corrupción natural del hombre, especialmente de la *malicia* y de la *maldad.* A esto opone los *ázimos, panes sin levadura,* figura de la *sinceridad* (comp. sobre este término 2 Cor. 1:12, nota) y de esta *verdad* que no es más que la armonía moral entre este grande y santo recuerdo de la muerte de Cristo y las disposiciones de nuestro corazón. Es posible que Pablo, escribiendo su carta en la época de la pascua (16:8), halle en esta circunstancia la ocasión de recomendar así una celebración *sincera* de esa fiesta.

II. 9-13. ¿PARA CON QUIÉN DEBE EJERCERSE LA DISCIPLINA? — 1º Cuando os escribí que no tengáis relación alguna con hombres viciosos, no había que entender de un modo absoluto, lo que es imposible en este mundo; —mas hé aquí lo que quise decir: que si un hombre pretende ser cristiano, miembro de la iglesia, y vive en pecados groseros, ceséis toda relación con él. (9-11). — 2º Y hé aquí la razón de esta distinción: nosotros no somos llamados a juzgar a los del mundo, que tienen a Dios por juez, sino únicamente a los que se han unido a la grey de los fieles; aquí no debéis soportar al malo. (12, 13).

9 Os he escrito en la carta[8] que no os mezcléis con fornicarios;
10 no absolutamente con los fornicarios de este mundo, o con los
avaros y ladrones o idólatras, pues de otro modo debierais salir
11 del mundo[9]. Mas ahora os he escrito[10] que no os mezcléis si alguien
llamándose hermano fuere fornicario, o avaro, o idólatra, o in-
12 juriador, o ebrio o ladrón; con el tal ni aun comáis[11]. ¿Qué me
importa, en efecto, juzgar a los que están afuera? ¿No juzgáis

8. Algunos creen que esta palabra designa esta carta misma, y aplican la prohibición de que habla aquí el apóstol, de no tener comunicación alguna con los impúdicos, a los versículos que preceden (v. 2-5). Otros, ora a causa del v. 11, donde Pablo parece establecer una distinción entre dos cartas diferentes, ora porque parece aquí mismo querer rectificar una mala interpretación de una primera carta, admiten que habla en efecto de una carta precedente que no nos habría llegado. Lo que confirma esta última opinión es la expresión idéntica con que Pablo designa nuestra carta en 2 Cor. 7:8. "No hay duda de que Pablo, Pedro y los demás apóstoles han escrito muchas cosas que hoy ya no existen. Comp. 16:3; 2 Cor. 10:10". *Bengel.* Este pensamiento debe aún aumentar nuestro reconocimiento y nuestra admiración para este Dios de misericordia que, en los caminos providenciales de su gracia, ha querido que tuviéramos abundantemente, en las escrituras, "todo lo relativo a la vida y a la piedad'.

9. Es imposible no tener ninguna comunicación externa con los hombres viciosos de este mundo; en toda vocación, los encontramos a cada paso; no es eso lo que el apóstol ha querido decir; sino que *en la iglesia,* "si alguno se llamare hermano..." el caso se vuelve completamente distinto (v. 11).

10. Mas ahora, he aquí el sentido de mis palabras: *os he escrito...*

11. *No comer con hombre semejante.* Estas palabras se aplican a la exclusión de la mesa privada del creyente y no a la exclusión de la santa cena. El apóstol quiere decir de un modo general: No tengáis con él ninguna comunicación de donde él pudiera inferir que le consideráis en efecto como *hermano,* aunque él usurpe el nombre de tal, pues, por ello, le confirmaríais en sus ilusiones, o en su hipocresía. ¡Cuánto más debe la iglesia entera, en sus relaciones con tal hombre, ejercer esta apostólica disciplina! La imposibilidad en que se hallan tantas iglesias de obedecer a esta orden del Espíritu Santo, prueba que han perdido el carácter de la verdadera iglesia cristiana.

13 vosotros a los que están dentro [12]? Mas a los que están fuera
juzga Dios [13]. Quitad el malo de entre vosotros mismos [14].

12. Esta distinción entre *los de fuera y los de dentro* (de la iglesia) bastaba para quitar la mala interpretación que combate el apóstol (v. 10 y 11). Y su pregunta a la iglesia: *¿No juzgáis vosotros?...* (cuyo sentido es mal vertido por Ostervald) prueba que, a pesar del relajamiento de la disciplina en la iglesia de Corinto, esa iglesia no había cesado absolutamente de ejercer todo juicio sobre sus miembros, pues el apóstol apela a esa disciplina como a cosa conocida, pero que no se ejercía más que sobre los miembros del rebaño y no sobre *los de fuera*. Si el cristiano debe abstenerse de todo juicio temerario en los casos dudosos, o cuando no juzgaría a los demás más que olvidando hipócritamente sus propias miserias (Mat. 7: 1 y sig.), no por eso deja de tener, para el bien de toda la iglesia, el deber de *juzgar* a los que forman un solo cuerpo con él; no para condenarlos, o para arrogarse para sí solo el derecho de excluirlos, sino para sanar, si es posible, las llagas de la grey. Sin este principio habría que renunciar absolutamente a discernir el bien del mal, el error de la verdad, lo que es contrario a los elementos mismos de la moral, a todo el espíritu del evangelio y a las prescripciones más claras de la escritura. (1 Juan 4:1). Si este principio parece contrario a la libertad de la conciencia individual, que no depende, después de todo, más que de Dios, es necesario recordar que el *que se llama hermano*, que entra voluntariamente en la compañía de una iglesia, sino que todos los miembros toman parte en sus sufrimientos, en sus goces, y también en su ruina, si llega a perderse.

13. *Juzgar*, de parte del hombre, no llega jamás hasta invadir el juicio único definitivo, único infalible de Dios. Es verdad, aun para los miembros de una iglesia, objetos de su disciplina; cuanto más para *los de fuera*, que no dependen más que del juicio de Dios, no teniendo la iglesia sobre ellos ninguna acción directa, si no es esforzándose en ganarlos para Cristo.

14. Aplicación enteramente espiritual y moral de una orden que, en el Ant. Test., se refería al ejercicio de la justicia. (Deut. 17:7, 12; 19: 19; 21:21 y sig.). El principio de la disciplina es el mismo; la diferencia total de las dos economías hace la diferencia no menor en la aplicación.

CAPITULO VI.

I. *El apóstol condena los procesos llevados ante jueces infieles, 1-8.* — II. *Declara excluídos del reino de Dios a todos los que se entregan a algún pecado grosero, 9-11.* — III. *Desarrolla diversos preceptos, particularmente contra la impureza, 12-20.*

I. 1-8. ¡Nada de procesos! — 1º ¡Cómo! ¡Tenéis pleitos, y esto ante los infieles! Los santos tomarán parte en el juicio del mundo, y aun de los ángeles caídos, ¡y no serían aptos para juzgar en los ínfimos asuntos de esta vida! (1-3). — 2º ¡Motivo de vergüenza! los menos estimados en la iglesia debieran bastar para ello, ¡y no hay sabio entre vosotros capaz de ese deber, que confiáis a los incrédulos! (4-6). — 3º No debiera haber procesos entre vosotros; más bien sufrir un agravio, una pérdida; ¡y sois vosotros quienes la causáis a hermanos! (7, 8).

1 ¿Osa alguno de vosotros, teniendo un asunto contra el otro,
2 ir a juicio ante los injustos y no ante los santos [1]? ¿O no sabéis
que los santos juzgarán al mundo? y si por vosotros es juzgado
3 el mundo, ¿indignos sois de los juicios muy pequeños [2]? ¿No sa-

1. El último pensamiento del capítulo precedente, relativo al deber de la iglesia de juzgar sus propios miembros y no a los de fuera, la distinción concreta que Pablo establece así entre unos y otros, distinción que hace aquí aun más profunda llamando a los unos *injustos* mientras que llama a los otros *santos* (1:2, nota), todo ello le conduce naturalmente a reprender, con grande energía de expresiones, la costumbre culpable en que estaban, a lo que parece los cristianos de Corinto de llevar sus contiendas ante jueces paganos. En lugar de ello, el apóstol ordena a los miembros de la iglesia que tuvieran entre sí alguna dificultad a allanar, que tomen de entre sus hermanos árbitros, y sufran una injusticia antes de entregarse a un proceso siempre escandaloso, para los creyentes y para los infieles (v. 7). Este reproche caía al mismo tiempo sobre toda la iglesia, cuya disciplina relajada toleraba tales desórdenes en sus miembros.

2. Gr. "¿Sois indignos de los menores juicios?" es decir, de pronunciarlos entre vuestros hermanos. En el juicio del último día, cuando Cristo haya libertado perfectamente a sus redimidos del pecado y de la muerte, les hará participar de su autoridad y de todos sus privilegios. Uno con él, participarán del *juicio* que él pronunciará sobre el error y el pecado, con tanto mayor conocimiento de causa cuanto que ellos mismos habrán experimentado toda su potencia, pero también la potencia de la gracia, que el mundo habrá rechazado. Véase sobre esta doctrina los pasajes siguientes: Mat. 19:28; Luc. 16:9; Dan. 7:18, 22, 27; 20:4. Ahora bien: como todos los caracteres esenciales del cristianismo en el estado futuro de perfección de-

béis que juzgaremos ángeles [3]? ¡cuánto más las cosas de esta vida!
4 Si tuviereis pues pleitos por las cosas de esta vida, a los despre-
preciados en la iglesia, a éstos poned por jueces [4]! Para vergüen-
5 za os lo digo. Así, ¡no hay entre vosotros ningún sabio que
pueda juzgar en medio de sus hermanos! sino que hermano
6 contra hermano va a juicio, —y esto ante los incrédulos [5]! Es
ya pues, por cierto, falta para vosotros que tengáis pleitos entre
7 vosotros mismos. ¿Por qué no sufrís más bien el agravio? ¿por
qué no sufriis más bien la defraudación? sino que vosotros mis-
8 mos agraviáis y defraudáis, ¡y esto a hermanos [6]!

ben tener su raíz en él desde esta vida, el apóstol que saca de ahí la conclusión de que son dignos de ejercer *juicios menores* la función de árbitros entre sus hermanos para cosas de tan poco valor.—Sin razón se ha querido entender por este juicio de los santos simplemente la humillación y la condenación que su *conducta*, por contraste, haría sentir al mundo (como en Mat. 12:41, 42; Hebr. 11:7), pues este pensamiento no tendría ya ninguna relación con el juicio que son llamados a ejercer entre sus hermanos cuando éstos tienen diferencias entre sí. —El principio aquí establecido por el apóstol es de aplicación universal: los cristianos no deberían recurrir, en los casos en que sus intereses se hallen en conflicto, más que a un arbitraje fraternal. Bien que, por la influencia general del cristianismo sobre la sociedad, el poder judicial se haya vuelto muy diferente de lo que era entre los paganos, pertenece sin embargo por completo al dominio de la ley, y no del evangelio. Los cristianos más humildes (v. 4), iluminados por el Espíritu de Dios, hallarán en sus conciencias las reglas de la equidad mejor que el juez que pronuncia según un código.

3. Los *ángeles* caídos. (2 Pedro 2:4). Véase la nota precedente. Es el mismo pensamiento, pero que suministra al apóstol un argumento más fuerte aun.

4. Gr. "los despreciados". Pablo lleva así su pensamiento hasta el extremo para hacerlo más penetrante: "Tomad por jueces a los que son despreciados en la iglesia" más bien que a paganos que les son aun muy inferiores. Otros proponen traducir esta frase por una pregunta, lo que el griego permite: "Cuando tenéis juicios por los asuntos de esta vida, ¿tomáis por jueces a los que son despreciados en la iglesia?"— ¡Cuánto menos debéis tomar infieles!

5. Estas palabras: *para vuestra vergüenza lo digo*, pueden referirse a lo que precede o a lo que sigue: ¡Cómo! ¡En una iglesia como la vuestra, que se jacta de sus dones y de sus miembros destinguidos, *ni uno* es bastante *sabio* para servir de árbitro! ¡y váis a juicio contra *hermanos*, y esto *ante los incrédulos!*

6. Todo proceso entre cristianos es en sí, y sin la circunstancia agravante de actuarlo ante los infieles, un *defecto*, gr. una *falta* de sabiduría, de caridad, de vida cristiana. El deber prescripto por Jesús (Mat. 5:39 y sig.) es sufrir más bien un *agravio*, una *pérdida*. Y en lugar

II. 9-11. Lo QUE EXCLUYE DEL REINO DE DIOS Y COMO ES UNO ADMITIDO EN ÉL. — 1º ¡NADA DE ILUSIÓN!, todos los vicios y los pecados reprobados por la ley de Dios excluyen infaliblemente del reino de Dios. (9, 10). — 2º Vosotros los cometíais en otro tiempo, pero habéis sido purificados de ellos por la obra de la gracia. (11).

9 ¿O no sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios?
10 No erréis [7]: ni fornicarios, ni idólatras, ni adúlteros, ni afemina-
dos, ni sodomitas [8], ni hurtadores, ni avaros, ni ebrios, ni inju-
11 riadores, ni ladrones heredarán el reino de Dios [9]. Y esto erais
algunos [10], pero habéis sido lavados; pero habéis sido santificados;
pero habéis sido justificados, en el nombre del Señor Jesús y en
el Espíritu de nuestro Dios [11].

de esto, *vosotros* sois quienes los causáis, que los causáis a *vuestros hermanos!* ¡Oh vergüenza! (v. 5) Mucho más, hay allí un peligro de perdición. (v. 9).

7. No estéis en *error, seducidos* por mentiras, tales como: Dios es demasiado bueno para castigar; la gracia cubrirá estos pecados, aunque perseveremos en ellos.

8. Los que cometen pecado contra naturaleza. Los *afeminados* son los que se prestaban a ese pecado.

9. El apóstol nombra especialmente los vicios más extendidos en las grandes ciudades, lo que no quiere decir que él supusiera la existencia de ellos en la iglesia de Corinto. Sea lo que fuere, el pensamiento bien claro del apóstol es que la persistencia en uno u otro de esos vicios excluye infaliblemente del *reino de Dios* o más bien es una prueba que no se tiene ya parte alguna en él.

10. *Vosotros erais eso*, dice el apóstol literalmente: luego, por consideración a sus lectores, y no queriendo suponer que todos hubieran vivido en esos vicios groseros, añade: *algunos*. Pero esta precaución de su caridad no dice menos claramente que ninguno estaba enteramente puro de ellos antes de su conversión.

11. La voz *lavados* expresa la purificación interna, de la que el agua del bautismo había sido la señal cuando su conversión y su admisión en la iglesia; *santificados* indica la continuidad de esa obra por el Espíritu de Dios, y la consagración del corazón y de la vida de Dios; *justificados* designa ese acto de la gracia divina que se realiza objetivamente por el sacrificio de Jesucristo, y subjetivamente en el pecador en el momento en que cree con fe viva en el Salvador. En estas palabras que recuerdan el estado natural del pecador y toda la obra de su salvación, se hallan los más poderosos motivos de humildad, por una parte, y por la otra, de perseverancia: *lavados*, ¿cómo volveríais a vuestras inmundicias? *santificados*, vais a perseguir, en todos los repliegues de vuestro corazón, hasta los últimos restos de vuestra corrupción natural; *justificados*, ¿no temblaríais al atraer sobre vuestras conciencias nuevas condenaciones? —Las palabras: *en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios*, se aplican igualmente a estas tres fases de la salvación

III. 12-20. LUEGO, NO ABUSÉIS DE LA LIBERTAD CRISTIANA. — 1º La máxima *Todas las cosas me son lícitas* es verdadera, pero dentro de los límites del amor; es aplicable al uso de los alimentos y de los órganos que los reciben, pues unos y otros serán destruídos. (12, 13). — 2º Muy distinto ocurre con la fornicación, pues *a)* el cuerpo pertenece al Señor, quien lo resucitará y lo pondrá en su santo destino (13-14); *b)* nuestros cuerpos son los miembros de Cristo: ¿quién osaría hacer de ellos los miembros de una persona impura haciéndose uno con ella, mientras que debe ser uno con el Señor? (15-17). — 3º Este pecado, más que ningún otro, contamina al cuerpo; ahora bien: vosotros sabéis que este cuerpo es el templo del Espíritu Santo. (18, 19). — 4º Rescatados a gran precio, no os pertenecéis ya, sino que todo en vosotros debe servir a la gloria de Dios. (20).

12 Todo me es lícito, pero no todo conviene; todo me es lícito,
13 pero yo no me someteré bajo la autoridad de nada [12]. Las comi-
das para el vientre y el vientre para las comidas; mas aquél y
éstas Dios deshará [13]; mas el cuerpo no es para la fornicación

en el hombre: Jesús (cuyo *nombre* indica todo su ser, toda su obra) es el único Mediador de las gracias de Dios, desde la primera hasta la última, y el Espíritu Santo sólo hace vivo y real en nosotros todo lo que Cristo ha hecho para salvarnos; él nos une a Jesús, y así nos reviste de una justicia y de su vida divina.

12. Estas mismas palabras reaparecen, con un ligero cambio, en 10:23. Este principio de libertad cristiana, verdadero en sí mismo: *todas las cosas me son lícitas*, parece haber sido la máxima favorita de algunos miembros de la Iglesia de Corinto, quizá principalmente de los que se declaraban por Pablo (1:12), y abusaban de él aplicándolo a prácticas que eran pecados. Pablo no niega la verdad de esa máxima, al contrario, la adopta; pero hace sentir a sus lectores que, como toda verdad exagerada o fuera de lugar se torna en error, esa máxima, así falseada, podía autorizar los abusos más culpables. Por esto el apóstol, sin negarla, la rectifica en la aplicación por otros dos principios que le sirven de contrapeso: ante todo, es necesario que el uso de la libertad sea siempre dirigido por el amor al prójimo, es decir, por lo que le es *conveniente*, que le *edifica* (esto se encuentra desarrollado en el cap. 8 y sig.); luego, si se entiende por *libertad* simplemente la autorización de escoger entre el bien y el mal, en lugar de ver en ella la liberación del pecado, no tarda ella en transformarse en una vergonzosa *esclavitud*. Pablo, por su parte, protesta contra esta deplorable consecuencia. Dice: "Tú eres dueño de comer y beber; muy bien, pero ten cuidado de que ese uso no se torne una voluptuosidad que haga de ti su esclavo. Si dices: Me es lícito llevar una vida dulce y cómoda en el seno de los placeres, el apóstol te responde: Ya no lo haces más como un hombre que tiene poder para ello, sino que eres el esclavo de tal vida". *Crisóstomo.*

13. Tomar alimentos es pues obedecer a una necesidad natural, una cosa indiferente en sí misma, y a la cual puede aplicarse la máxima de la libertad cristiana; tan poca relación tiene con la vida moral, que el apóstol dijo: *Dios destruirá uno y otros;* sin embargo, puesto que los alimentos y los órganos que los reciben son destinados a perecer, ¡qué sería si pusiera en ellos el gozo de tu alma! Cuídate pues del abuso. (7:31).

14 sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo [14], pues Dios al
Señor resucitó y a nosotros también resucitará por su potencia.
15 ¿No sabéis que vuestros cuerpos miembros de Cristo son? Qui-
tando pues de Cristo los miembros ¿harélos miembros de una
16 ramera? ¡Nunca tal acontezca [15]! ¿O no sabéis que el que se
junta con la ramera un solo cuerpo es [con ella]? pues "serán,
17 dice, los dos una sola carne [16]." Mas el que se junta con el Señor

14. Aquí Pablo, dando un paso más, y abordando un tema que tenía empeño en tratar con toda la seriedad que merece, muestra, por un ejemplo completamente diferente, cómo la máxima: "Todas las cosas me son lícitas", mal comprendida y mal aplicada, puede hacernos pasar de las cosas indiferentes a las que están en oposición directa con la voluntad de Dios. (1 Tes. 4:3-5). Este motivo: *El cuerpo es para el Señor y el Señor para el cuerpo* es explicado por los versículos siguientes. La idea maniquea de que los pecados de la carne son indiferentes, puesto que no alcanzan al espíritu, podía existir ya entonces, sobre todo en Corinto, ciudad famosa en la antigüedad por la corrupción de sus costumbres. El apóstol refuta este error desarrollando este profundo pensamiento cristiano, que todo el hombre, el espíritu, el alma *y el cuerpo* (1 Tes. 5:23), debe ser santificado, devuelto a su destino por la resurrección del cuerpo (v. 14) y vivir así entero en una eterna comunión con el Señor para quien ha sido creado. — "El pensamiento inverso: *El Señor es para el cuerpo*, presenta cierta dificultad. La explicación sacada de Efes. 5:29: "El Señor *tiene cuidado* del cuerpo". no es satisfactoria. La única interpretación completa de esta sentencia, la única también que hace comprender bien lo que sigue (a saber, que el cuerpo mismo es miembro de Cristo), estriba en admitir aquí una alusión a la encarnación, a la Palabra hecha carne (Juan 1:14), revestida de nuestro *cuerpo*. Por este grande hecho solamente, el cuerpo ha sido santificado, hase tornado en la morada de Dios, el templo del Espíritu Santo". (v. 19). *Olshausen.*

15. Dos argumentos profundos y decisivos para la pureza del cuerpo, como condición de la vida cristiana: 1º el cuerpo *resucitará*, a fin de que todo nuestro ser sea vuelto a su destino, que es la perfección. 2º Somos desde ahora los *miembros de Cristo*, por una comunión viva con él; pero el que comete el pecado aquí vedado rompe por ello esta relación íntima y santa, para entregarse a una unión que hace de él "una sola carne" (v. 16) con un ser cuya vida está completamente entregada a la corrupción.

16. Gén. 2:24. Parece extraño, a primera vista, que el apóstol aplique aquí palabras que sólo conciernen al matrimonio; pero es precisamente de este modo como da nue-

18 un solo espíritu es [con él] [17]. Evitad la fornicación. Cualquier
pecado que cometiere el hombre, fuera del cuerpo es; mas el que
19 fornica, contra su propio cuerpo peca [18]. ¿O no sabéis que vuestro
cuerpo santuario es del Espíritu Santo que está en vosotros, el
20 que tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Comprados fuisteis,
en efecto, por precio: glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo [19].

va fuerza a su argumento. Lo que, en el matrimonio, no es más que una consecuencia de la íntima unión de las almas, y se encuentra santificado por la institución divina que recuerdan estas palabras del Génesis, se hace, en el caso combatido por el apóstol, una relación enteramente carnal, que, en lugar de ser elevada por el alma, rebaja al alma por su comunión con un ser inmundo. Las palabras del Génesis permanecen entonces verdaderas, pero en un sentido inverso, que transforma en maldición la bendición puesta por Dios sobre el matrimonio.

17. Para completar el contraste (v. 16), se habría esperado: "una misma *carne* con él"; pero como el Señor es *Espíritu* (comp. Rom. 1:4, nota) todo el hombre se hace espiritual por una comunión viviente con él; el cuerpo debe llegar gradualmente hasta esta espiritualidad que será su perfección en otra economía. (15:44-46; Fil. 3:21).

18. La primera sentencia de este versículo, tomado en sentido absoluto, no sería exacta; hay otros *pecados* en que el *cuerpo* participa, la intemperancia en comer y beber, por ejemplo, y aun la ira; pero ninguno lo contamina tanto como la fornicación; y la segunda parte del versículo, explicada por lo que precede (v. 16, 17), da la medida de la primera. Luego, el v. 19 indica, en el extremo opuesto, el lazo vivo de la comunión del cristiano con Dios. Así el pensamiento del apóstol sube, crece, se generaliza hasta el v. 20, que toca al eterno destino del redimido de Cristo.

19. El cuerpo forma parte integrante del ser humano. Si el *Espíritu Santo* está en el hombre, su *cuerpo* le sirve de *santuario;* éste participa de esa gloria tanto como su alma; debe hacerse el instrumento santificado de la voluntad de Dios, y *glorificar a Dios*. Ya, por la creación, este destino estaba asignado al hombre; Dios era su legítimo poseedor; ¡cuánto más después que Dios le ha *rescatado* del dominio del pecado, y esto a gran *precio*, la sangre de Cristo! (1 Pedro 1:19; Mat. 20:28). ¡Qué motivos presenta así el apóstol contra el pecado! ¡Qué moral! De estas sublimes alturas, puede dirigir una mirada triunfal sobre las impurezas que ha combatido. "Es así como se manifiesta de un modo esplendente la preciosa influencia del realismo bíblico. Un falso espiritualismo enseña a menospreciar el cuerpo, a hacer poco caso de sus impurezas; el evangelio honra al cuerpo como el instrumento eterno del alma, destinado a ser glorificado con ella por el Espíritu Santo". *Olshausen.*— El texto recibido añade a las últimas palabras de este capítulo: "y en vuestro espíritu, que pertenecen a Dios". Estas palabras no son auténticas.

CAPITULO VII.

El apóstol responde a preguntas que se le han dirigido. I. *Sobre el celibato y el matrimonio, 1-9.* — II. *Sobre el divorcio entre cristianos, y particularmente en los matrimonios en que uno de los esposos es aún pagano, 10-24.* — III. *Sobre el matrimonio y el celibato, especialmente para las jóvenes cristianas, 25-40.*

I. 1-9. CONSEJOS SOBRE EL MATRIMONIO Y EL CELIBATO. — 1º El celibato tiene sus ventajas, pero para los que no son capaces de él, el matrimonio está en orden; entonces los esposos se deben el uno al otro, y no deben privarse uno del otro sino en tiempos solemnes de oración. (1-5). — 2º Todo esto no es más que un consejo de la experiencia del apóstol; él desearía que todos fueran a este respecto como él, pero reserva expresamente la libertad de cada uno. (6-9).

1 Mas, sobre lo que me escribisteis [1], bueno es al hombre no
2 tocar mujer [2]; empero por causa de las fornicaciones tenga cada

1. Los Corintios *habían escrito* al apóstol para pedirle su parecer, probablemente sobre todos los asuntos tratados en este capítulo, porque opiniones diversas y discusiones se habían levantado en el seno de la iglesia. Mientras que, por una parte, el ejemplo de una vida voluptuosa, más extendido en Corinto que en cualquier otra ciudad de la antigüedad, había conservado su perniciosa influencia aun sobre varios de los cristianos, y relajado los principios de la disciplina (cap. 6), parece que, por otra parte, una parte de los miembros de la iglesia buscaba un grado superior de santidad en la abstención de las relaciones conyugales. De ahí las preguntas sobre el matrimonio en general, sobre el divorcio, en particular sobre el celibato en relación a las viudas y a las vírgenes.

2. No hay que entender por esta expresión ni relaciones fuera del matrimonio, de que el apóstol no hablaría así, ni de la abstinencia en el matrimonio (véase v. 3 y 5); sino que lo que el apóstol declara *bueno*, desde el punto de vista especial en que se coloca, es no casarse. Si estableciera aquí un *principio* general, estaría en contradicción directa con una sentencia divina: *No es bueno que el hombre esté solo.* (Gén. 2:18). Pero no es tal el caso. Pablo, diciéndonos los *motivos* de su sentimiento (v. 26-35), ha explicado por ello la naturaleza de él, y ninguno tiene derecho de atribuirle otra cosa que lo que tan claramente ha expresado. Dios, dando al hombre una compañera, ha fundado el matrimonio y abierto así la fuente de mil bendiciones; pero hay tiempos y circunstancias en que tales siervos de Dios, tales cristianos pueden sentirse llamados a sacrificar libremente estas bendiciones para consagrarse enteramente a trabajos, a peligros en los cuales Dios mismo los ha conducido. Hay que meditar aquí las palabras de uno mayor que Pa-

3 uno su mujer, y tenga cada una su propio marido [3]. El marido
pague a la mujer la deuda [4], e igualmente también la mujer al
4 marido. La mujer no tiene autoridad sobre su propio cuerpo sino
el marido, e igualmente también el marido no tiene autoridad so-
5 bre su propio cuerpo sino la mujer [5]. No os defraudéis uno al
otro si acaso no fuere por mutuo consentimiento, por un tiempo,
para dedicaros a la oración y reuniros otra vez, para que no os
6 tiente Satanás por vuestra incontinencia [6]. Mas digo esto por con-
7 descendencia, no por mandamiento [7], pues deseo que todos los
hombres sean como yo mismo, pero cada uno tiene su propio
don de gracia de parte de Dios, el uno de este modo, el otro de
8 aquél [8]. Digo pues a los solteros y a las viudas que bueno les será

blo: Mat. 19:11; Luc. 14:26; y a la luz de estas profundas verdades, cada discípulo sincero de Jesucristo hallará en su conciencia el sentido de esta palabra del apóstol: es *bueno*.

3. Véase sobre el *motivo* del matrimonio aquí indicado por el apóstol, v. 9, nota.

4. El texto recibido tiene aquí: "la benevolencia debida"; otra lección más segura dice: *la deuda* y esta palabra es explicada por el v. 5.

5. Por la unidad de todo el ser, indicada desde el origen del matrimonio (Gén. 2:24). Se ha pretendido que el Nuevo Testamento no contenía ningún precepto contra la poligamía: ¿cómo podría ésta ser más claramente proscripta que por la reciprocidad exclusiva establecida aquí?

6. Por la *oración* (el texto recibido agrega "y el ayuno", contra las mejores autoridades), es necesario entender esos momentos solemnes que la primitiva iglesia ponía aparte para ejercicios religiosos, y durante los cuales los cristianos renunciaban a todo goce de los sentidos, aun al alimento, a fin de que el hombre entero pudiera entregarse sin distracción, a oraciones y a meditaciones prolongadas. Mas jamás las *tentaciones* del enemigo son más temibles que precisamente en esos momentos de oración (Mat. 4); de ahí la advertencia del apóstol.

7. Estas palabras: *Digo esto*, se refieren, no a todo lo que precede sobre el matrimonio, sino exclusivamente al v. 5. Lo dice por *condescendencia* por la debilidad humana (Ostervald traduce esta palabra por la de *consejo*, que es inexacto; Martín por la de *permiso*, que es literal), y no como un *mandamiento*. Se trata aquí, en efecto, de cosas que deben ser dejadas a la conciencia individual y a la libertad cristiana.

8. El apóstol no hace más que explicar aquí, como en los v. 1 y 8, el tema que desarrollará en los v. 25 y sig., 28 y sig. El sabe, por su experiencia y por la experiencia opuesta de sus hermanos casados, que, en las circunstancias en que se hallaba entonces la iglesia, el renunciamiento a las bendiciones de la familia era conveniente: lo considera como un *don (jarisma)* que desea a sus hermanos; pero este don de la naturaleza, tornado en *don de la gracia* en el cristiano que hace de él el uso que Pablo hacía,

9 si permanecieren como yo, mas si no son continentes cásense,
pues mejor es casarse que arder [9].

II. 10-24. CONSEJOS SOBRE EL DIVORCIO. — 1º Entre esposos cristianos nada de separación, o en caso de separación nada de nuevo casamiento. (10, 11). — 2º En los matrimonios mixtos, si aquel de los esposos que aún es pagano consiente en quedar unido, no se separe el cristiano, pues esa unión y los hijos que de ella procedan son *santificados* por la parte cristiana. (12-14). — 3º Pero si el infiel quiere separarse, el fiel no es esclavo de esa unión, pues es necesario poder vivir en paz, ¿y quién sabe si uno de los esposos ganaría al otro a Cristo? (15, 16). — 4º Luego, regla general: Quedar en el estado en que uno es llamado por el evangelio: casados o no, circuncisos o incircuncisos, esclavos o libres, nada haga esclavos de los redimidos de Cristo. (17-24).

10 Mas a los que están casados mando, no yo sino el Señor, que
11 la mujer no se aparte del marido (mas si se apartare, perma-
nezca sin casarse o reconcíliese con el marido), y que el marido
12 no despida a la mujer [10]. Mas a los demás [11] digo yo, no el Señor [12]:

debe existir realmente para que se pueda poner en práctica sin lo cual no se hallaría más que un lazo donde se buscaba un socorro, y aquí también la libertad cristiana conserva todos los derechos. Comp. Mat. 19:10-13.

9. Se podría hallar extraño ver al apóstol no considerar (aquí y en el v. 2) el matrimonio más que en su aspecto terrenal, y como un medio de evitar los pecados de los sentidos. Atribuirle exclusivamente esta concepción sería calumniarle, pues nadie ha expuesto de una manera tan elevada el aspecto espiritual y santo de la unión conyugal, que no ha temido compararla a la unión de Cristo y su iglesia. (Efes. 5: 22 y sig.) Pero hay que considerar aquí a quiénes se dirigía. A esos Corintios, muchos de los cuales estaban hinchados de los dones extraordinarios del Espíritu, pero eran pobres en humildad, en caridad, en renunciamiento; a esos cristianos que, ambiciosos de una santidad fantástica, habían llegado ya a considerar las relaciones del matrimonio como un estado de inferioridad, aun entre personas casadas (**v. 5, 10**), y que sin embargo abusaban de la libertad cristiana al punto de soportar en la iglesia la presencia de los más vergonzosos desórdenes (5: 1 y sig.); a esos hombres, a quienes había que hacer volver de las alturas de una falsa espiritualidad a lo natural y verdadero, no podía ni debía Pablo hablarles en otro lenguaje.

10. La cuestión del divorcio, aun entre esposos cristianos, había sido planteada al apóstol, y esto por las falsas concepciones mencionadas en la nota que precede. Pablo se limita a responder lo que hallamos en estos dos versículos (10, 11); luego pasa a la cuestión más difícil del divorcio en los matrimonios mixtos. Sobre el primer punto podía ser breve prohibiendo el divorcio entre cristianos, pues hay aquí un *manda-*

Si algún hermano tiene mujer incrédula y ella consiente en mo-
13 rar con él, no la despida; y la mujer que tiene marido incrédulo
14 y él consiente en morar con ella, no despida al marido, pues
santificado está el marido incrédulo en la mujer, y santificada
está la mujer incrédula en el marido, pues de otro modo vuestros
15 hijos serían impuros, mas ahora son santos[13]. Mas si el incré-

miento del Señor, al cual se contenta con apelar. (Mat. 5: 32; 19: 9; comp. v. 40, última nota). Y él sigue tan literalmente este mandamiento, que resultan de sus palabras los dos principios siguientes: 1º Ningún divorcio entre cristianos (el apóstol no tiene por qué ocuparse del caso excepcional determinado por el Salvador, el adulterio, lo que es ya, de por sí, la disolución del matrimonio); 2º si se ha realizado ya una separación, no queda a los esposos más que esta alternativa, o no volverse a casar, o reconciliarse cuando es posible. Es el Señor mismo quien prohibe un segundo casamiento a los que se han separado. (Mat. 5: 32).

11. Es decir a los que, casados antes de conocer el evangelio, se hallaban en la difícil posición de un matrimonio mixto de la peor especie, por la conversión de uno de los esposos, mientras que el otro era aún pagano.

12. Aquí el apóstol no tiene, como en el caso precedente, un mandamiento del Señor: habla, pues, según las luces del Espíritu de Dios, que en él está. (Véase v. 40, última nota; comp. v. 25).

13. Era imposible que una unión en la cual uno de los esposos quedaba pagano, mientras que el otro había sido convertido por el evangelio, no inspirase a este último dudas penosas sobre la conducta que debía observar. Escapado del reino de las tinieblas, recibido por el bautismo en el reino de Cristo, veía en aquél con quien estaba asociado un ser aún sumergido en las abominaciones del paganismo; una unión semejante, ¿era cristianamente legítima? ¿no era impura? ¿no participarían los niños mismos que nacerían de esa impureza? ¡Terribles preguntas para una conciencia delicada! preguntas que los cristianos de Corinto han hecho al apóstol y sobre las cuales les dará su consejo con tanta resolución porque está bien seguro de tener el Espíritu de Dios. (v. 40). Bien: este consejo es que la parte cristiana no debe, de sí misma, separarse, sino solamente no oponerse a esa separación si la parte pagana la quiere. El motivo que de ello da el apóstol parte de un principio profundo y muy verdadero a los ojos de una fe viva: es que de los dos elementos opuestos de la verdad y del error, de la luz y de las tinieblas, que están puestos en contacto en el mundo o especialmente en la unión de que se trata aquí, el bien debe finalmente quedar victorioso del mal, el reino de Dios triunfar sobre el reino de Satanás. Según esta concepción, la potencia de la vida cristina y del Espíritu de Dios en uno de los esposos, *santifica* al *otro*, es decir le hace experimentar esta influencia, primeramente lejana, que el evangelio ejerce aun sobre los mundanos incrédulos, le coloca bajo la acción de los medios de gracia, en una palabra *consagra* la unión, la *pone aparte*

16 dulo se aparta, apártese; no está sujeto el hermano o la hermana
en tal caso[14], sino que a la paz nos ha llamado Dios[15]. ¿Qué

para Dios (tal es aquí, y muy frecuentemente, el sentido de la voz *santificar*, 1 Tim. 4:5). Por la misma razón, los hijos nacidos de esa unión, puestos desde su cuna bajo la influencia cristiana de uno de los esposos, consagrados al Señor, educados en las bendiciones del pacto de gracia, son *santos* (tomando esta palabra en el sentido precedentemente indicado). Este pensamiento no está en contradicción con las enseñanzas de la escritura sobre lo que se ha llamado el pecado original, pues es bien evidente que los niños de que habla aquí el apóstol, nacidos en el pecado, tendrán, como todo hijo de Adán, necesidad de la regeneración y de la santificación que los medios de gracia puestos a su alcance son destinados a operar. "El privilegio especial que el apóstol atribuye aquí a los hijos de los fieles deriva del beneficio del pacto de gracia por el cual es quitada la maldición natural (Sal. 51:7; Efes. 2:3), de modo que los que eran *profanos* son consagrados por la gracia. Es así como argumenta el apóstol cuando dice (Rom. 11:16) que toda la posteridad de Abrahán es santa porque Dios ha concluído con él el pacto de vida. *Si la raíz es santa*, dice, *las ramas lo son también*. Y Dios llama *hijos suyos* a tódos los que han nacido de Israel. Bien: ahora que el muro de separación ha sido derribado, el mismo pacto de salud que Dios había tratado con Abrahán nos es comunicado". *Calvino*. De ahí el reformador saca, con razón, un potente argumento en favor del bautismo de los niños: "Que si los hijos de los fieles tienen, en el género humano, una posición excepcional, a fin de ser puestos aparte para el Señor, ¿por qué los excluiríamos del signo? Si el Señor los admite en su iglesia por su palabra, ¿por qué les rehusaríamos el signo?"

NOTA DEL TRADUCTOR. — Nos vamos a permitir algunas observaciones sobre las precedentes palabras del reformador.

Dice Calvino que, derribado el muro de separación, nos es comunicado el mismo pacto de salud que tenían los israelitas. Pero se formaba parte de ese pueblo por el *hecho* del nacimiento físico y la circuncisión, mientras que en el Nuevo Pacto se entra individualmente por la regeneración que el Espíritu de Dios obra en el sujeto, como el autor lo dice en esta misma nota. Para afirmar lo menos, diremos que ningún pasaje del Nuevo Testamento habla de la entrada de los hijos de los creyentes en la iglesia por el solo hecho de serlo.

Dice luego que, siendo admitidos en la iglesia por la palabra del Señor, ¿por qué excluirlos del signo? Nos permitimos negar, en primer lugar, la premisa, pues ya hemos hecho observar que nunca dice la palabra del Señor que un niño entre en la iglesia organizada por el mero hecho de ser hijo de un creyente. Creemos algo aventurada la afirmación del reformador en este punto. Además, y para dar una respuesta breve y clara a la pregunta, diremos que no les corresponde el signo por la sencilla razón de que no han sido regenerados aún. Véase lo que hemos establecido en la "Nota del Traductor", a Romanos 6:4. Consideramos evidente que toda argumentación en el sentido de las palabras del reformador carece de fundamento bíblico y sólo tiene por base el arenoso terreno de la tradición eclesiástica.

14. Gr. "En tales cosas". ¿Sujetos a qué? A considerar aún como existente y obligatoria una unión rota de hecho por la separación de uno de los esposos; o bien sujetos a reanudar los lazos rotos, a imponer la unión, contra su voluntad, al que se ha separado. Uno y otro sentido son admisibles; probablemente ambos están en el pensamiento del apóstol. Sobre estas palabras se ha apoyado

sabes en efecto, mujer, si salvarás a tu marido? ¿o qué sabes,
marido, si salvarás a tu mujer [16]?
17 Si no, cada uno como le ha asignado el Señor, cada uno como
18 le ha llamado Dios, así ande [17], y así ordeno en las iglesias todas [18].
¿Fué alguien llamado estando circuncidado? Permanezca circun-
ciso. ¿Ha sido alguien llamado en la incircuncisión? No se cir-

la iglesia evangélica y la legislación en los países protestantes para autorizar el divorcio en el caso llamado *malitiosa desertio*, es decir el abandono de uno de los esposos por el otro, bien que Jesucristo no lo hubiera admitido más que para el caso de adulterio. Uno de los casos ha sido asimilado al otro.

15. Gr. "en la paz". Por consiguiente (tal es el argumento del apóstol) debemos, en cuanto de nosotros depende, tener *paz* con todos los hombres (Rom. 12:18); luego, que la paz sea aquí vuestra regla: la paz no romperá la unión, pero tampoco la impondrá al que se ha separado, para reformar un matrimonio en el cual no habría ciertamente paz.

16. Refiriendo esta pregunta al v. 15 solamente, se torna en un argumento *negativo* para el esposo que ha sido abandonado, para no insistir en una reunión en la cual la conversión del otro es incierta. Pero la mayor parte de los comentadores y de los traductores, desde Crisóstomo y Calvino, queriendo aplicar este versículo como un argumento *positivo* al pensamiento general del apóstol *contra* la separación de la parte cristiana en el matrimonio mixto (v. 12), lo parafrasean más bien que lo traducen como sigue: "¿Qué sabes tú, mujer, si *no salvarás* a tu marido? ¿o qué sabes tú, marido, si *no salvarás a tu mujer?*" y lo tornan en un motivo, para el esposo cristiano, de permanecer unido al infiel, en la esperanza de convertirle a Cristo. Esto parece más conforme al conjunto, pero hace violencia al sentido gramatical. La verdad es que Pablo dice: "Tú no sabes ni *sí*, ni *no;* así pues si la parte pagana quiere permanecer en la unión, está bien (v. 12 y sig.), si no, la otra no está obligada". (v. 15). Sea lo que fuere, muy imprudente con los cristianos que, tan a menudo, han pretendido hallar en este versículo un argumento para autorizarse a contraer matrimonio fuera de la fe, en la esperanza de ganar a Cristo a aquel o aquella a quien quieren unirse; las palabras del apóstol no están en su favor sino en su contra.

17. Gr. "Si no (si tú no lo sabes), cada uno, según el Señor le repartió, cada uno como Dios le llamó así ande". En todas las cosas externas que no atañen ni a la fe ni a la vida del alma, sea el cristiano sin ansiedad, y no se imponga un deber arbitrario de introducir cambios en su posición. Quede, pues, *en el estado en que Dios le llamó* por el evangelio, fiándose en la potencia interna de la vida cristiana, y no imaginándose que las dificultades de su posición serán un impedimento para su salvación. Por estas palabras, el apóstol confirma el consejo que ha dado en los v. 12 y sig., sin retractar la libertad dada en el v. 15. Y, para completar y generalizar su pensamiento, Pablo, en los versículos que siguen, cita algunos ejemplos, y resume en el v. 24.

18. Prueba evidente de que escribiendo la observación que encabeza todo este artículo (v. 12), el apóstol no había renunciado ni a su autoridad apostólica de *ordenar*, ni a su inspiración. (Comp. v. 40, nota).

19 cuncide. La circuncisión nada es, y la incircuncisión nada es,
20 sino la observancia de los mandamientos de Dios [19]. Cada uno,
en la vocación en que fué llamado, en ésta permanezca. ¿Fuiste
21 llamado siendo siervo? No te cuides de ello (pero también si

19. Pablo no tiene la intención de tratar aquí de la circuncisión ni de la esclavitud (v. 12), sino que procura simplemente por estos ejemplos hace más claros y más completos los principios que ha enunciado en relación al matrimonio. Desde que el cumplimiento de la ley ha tenido lugar por Jesucristo (Mat. 5:17, nota), todas las figuras del antiguo pacto, que tenían por un tiempo, una grande importancia, se hacen inútiles: tal es la circuncisión. Este principio elevado y espiritual no ha penetrado sino con gran dificultad en la iglesia cristiana. (Actos 11:2 y sig.; 15:1 y sig.)

20. Gr. "Pero si aun puedes hacerte libre, usa más bien..." ¿de qué? ¿de tu servidumbre o de tu libertad? Ateniéndose rigurosamente a este giro, Crisóstomo y, después de él, varios padres de la iglesia y algunos intérpretes modernos han sostenido que el apóstol aconsejaba a los esclavos quedar en la esclavitud, aun cuando pudieran legítimamente hacerse libres. Apoyan su opinión: 1º, sobre la locución griega que traducen así: "mas *aun si* puedes hacerte libre"; 2º, sobre el *pues* del versículo siguiente, que parece motivar el consejo de quedar esclavos; 3º, sobre el conjunto del pensamiento apostólico, que es que cada uno debe permanecer en el estado en que fué llamado. A lo que se puede responder: 1º Que la gramática no prohibe traducir: *"pero también*, si puedes..." 2º Que el *pues* del versículo siguiente no debe motivar el consejo de *quedar esclavo*, sino el de no *preocuparse*, si uno es esclavo; 3º, Que el verbo final *usa* o *aprovecha* es más natural si se le da por complemento la *libertad, hacerse libre*, que si se lo aplica a la esclavitud; 4º Que el conjunto del pensamiento no excluye esta interpretación, no más que la orden dada a los esposos cristianos de no separarse de por sí mismos de un cónyuge pagano no excluye su libertad de dejar este último separarse si lo quiere. (v. 12, 13; comp. v. 15). ¿Es probable, por otra parte, y conforme al espíritu del evangelio, que el apóstol quisiera aconsejar a los esclavos quedar tales, *aun si* se les diera la libertad? Es bastante, parece, que les diga de no *preocuparse* por su estado de opresión. Pero, también, ¡cómo los levanta de esa abyección delante de los hombres mostrándoles su libertad en el Señor! (v. 22). Esta libertad espiritual debía necesariamente acarrear la libertad externa, y la acarreará ciertamente dondequiera, pero de dentro hacia afuera, por la potencia interna de la levadura que penetra en toda la masa. Hasta ahí, el gran asunto no era para ellos la esclavitud o la liberación, sino el *llamamiento* del Señor, la libertad de los hijos de Dios. Este pensamiento entra en el argumento general del apóstol, es conforme a todo el espíritu del evangelio, que no procede jamás por revoluciones, y

22 puedes hacerte libre aprovecha[20]), pues el siervo llamado en el
Señor, liberto es del Señor; igualmente también el llamado siendo
23 libre siervo es de Cristo[21]. Comprados fuisteis por precio; no
24 os hagáis siervos de los hombres[22]. Cada uno, en el estado en
que fué llamado, en éste permanezca ante Dios[23].

III. 25-40. CONSEJOS SOBRE EL MATRIMONIO Y EL CELIBATO. — 1º En cuanto a las personas no casadas, no teniendo mandamiento del Señor el apóstol les aconseja permanecer así, *a causa de los malos tiempos* que se acercaban; no hay pecado en casarse, pero el matrimonio procura aflicciones que querría evitar a sus hermano. (25128). — 2º En general, *el tiempo es corto;* importa al cristiano desprenderse de todo; ni una mujer, ni las lágrimas, ni el gozo ni las posesiones, ni los placeres del mundo, cuya figura pasa, le esclavicen. (29-31). — 3º "Querría que no tuvierais inquietud": ¿ocurrirá esto para los cristianos casados? Se preocupan de las cosas del mundo, y de agradar uno al otro, mientras que los no casados no se preocupan más que de agradar al Señor y llegar a la santidad. (33, 34). — 4º El apóstol no quiere tender un lazo a sus hermanos; reserva su libertad: si un padre, pues, halla conveniente casar su hija, bien hace; más

era para los esclavos la más preciosa consolación que pudiera serles ofrecida.

21. El *siervo* y el *libre* se encuentran en la libre y gloriosa *servidumbre de Cristo,* que establece entre ellos una igualdad infinitamente más profunda que la desigualdad externa de sus posiciones. Véase sobre la verdadera libertad Juan 8:36.

22. Esta fuente de la verdadera libertad *(rescatados a gran precio)* ha sido nombrada ya por el apóstol. (6:20). Estas últimas palabras: *No os hagáis siervos de los hombres,* no deben entenderse en el sentido propio sino espiritual. En efecto, en el sentido literal, para los libres, no había peligro que quisieran hacerse esclavos, y según el derecho romano, eso ni siquiera era posible; y para los esclavos, estas palabras serían un llamado a la rebelión, muy opuesto al pensamiento del apóstol (v. 21), y más aún a Efes. 6:5. Pero, en el sentido espiritual, dirigidas a unos y otros, estas hermosas palabras terminan admirablemente la exhortación de Pablo: Todo el que, esclavo o libre, se atormenta por las dificultades de su posición externa, como si su salvación dependiera de ella, se hace esclavo de los hombres, mientras que el Señor, rescatando las almas, ha transformado en libertad la servidumbre misma del esclavo. Por lo demás, va sin decir que una sentencia absoluta y profunda como ésta, tiene un alcance mucho más extenso aun, y es susceptible de las aplicaciones más diversas.

23. Tercera repetición de este sabio principio aplicado por el apóstol al matrimonio (v. 17), a la circuncisión (v. 20), a la esclavitud (v. 24), y pudiendo así ser apropiado a todas las situaciones. Estas palabras: *ante Dios,* o más bien al *lado de Dios,* quien ha *llamado* en esos estados diversos, apartan el pensamiento de toda opinión humana sobre el valor respectivo de estas posiciones

si, firme en la resolución contraria, no la casa, obra mejor. (35-38). — 5º La mujer cuyo marido ha muerto, libre es de casarse nuevamente, pero será más dichosa si permanece viuda. (39-40a). — 6º Pablo tiene conciencia de que da todos estos consejos a la luz del Espíritu de Dios de que está iluminado. (40b).

25 Mas sobre los vírgenes[24] mandato del Señor no tengo, mas
doy consejo, como habiendo alcanzado misericordia del Señor
26 para ser fiel[25]. Estimo pues ser esto bueno por causa de la pre-
27 sente necesidad: que bueno es al hombre estar así[26]. ¿Estás li-
gado a mujer? No busques soltura. ¿Estás suelto de mujer? No
28 busques mujer. Mas aun si te hubieres casado, no pecaste; y si
se hubiere casado la virgen, no pecó[27]; más tendrán los tales tri-
29 bulaciones en la carne, mas yo soy indulgente con vosotros. Mas

y lo elevan hasta Dios, que las ha hecho, el único que las santifica, y que tiene todos los medios de suavizar todas las amarguras de ellas, de apartar sus peligros, de hacerlas concurrir a la felicidad eterna de sus hijos. Lo que no quiere decir que el apóstol entienda fijar irrevocablemente cada cristiano en su posición externa; enseña solamente que esta posición importa poco a la vida cristiana, la cual no viene a trastornar las relaciones sociales, sino más bien a santificarlas procediendo del interior al exterior. Ella reserva siempre la libertad individual, pues es la libertad misma.

24. Es decir personas no casadas, de uno y otro sexo, como la continuación demuestra. El apóstol vuelve aquí al tema principal abordado en los v. 5-9.

25. Sobre este punto, es decir sobre la cuestión propiamente dicha del matrimonio y el celibato. Pablo declara que no ha recibido *mandamiento del Señor,* ni por la tradición evangélica, ni por las revelaciones con que él mismo fué favorecido. Lo que va a decir será pues de él, el apóstol de Jesucristo, que ha obtenido una *misericordia* a la que atribuye humildemente toda su *fidelidad,* y por la cual es iluminado y dirigido en todas estas espinosas cuestiones de la vida humana en tiempos malos. (Comp. v. 40, nota).

26. Gr. "Estimo pues que esto es bueno *por causa de la necesidad presente* (o inminente), que es bueno (digo) al hombre estar así"; o bien: *"porque* es bueno al hombre estar así". Hay duda sobre esta construcción. Unos no ven en el segundo miembro de la frase más que la reanudación del primero; otros ven en él la *razón* del juicio del apóstol: Estar así, es decir virgen (25), es bueno en la necesidad presente, *porque* eso es bueno en general. (v. 1). Sea lo que fuere se ve que Pablo basa aquí particularmente su opinión favorable al celibato en las grandes pruebas que iban a alcanzar a la iglesia: la guerra de los Romanos en Judá, la destrucción de Jerusalén, las persecuciones, todo lo predicho en Mat. 24.

27. El consejo del apóstol, en vista de las circunstancias, es contra el casamiento (v. 1, 37, 38), toda cuya

esto digo, hermano: el tiempo es corto [28]; en adelante, que aun
30 los que tienen mujeres sean como no teniendo; y los que lloran
como no llorando; y los que se gozan como no gozándose; y los
31 que compran como no poseyendo; y los que usan de este mundo
32 como no usando pues la figura de este mundo pasa [29]. Mas deseo
que estéis sin congoja. El soltero se preocupa de las cosas del Señor,
33 cómo agradará al Señor; mas el casado se preocupa de las cosas
34 del mundo, cómo agradará a su mujer. Hay también diferencia
entre la mujer y la virgen [30]: la soltera se preocupa de las cosas
del Señor, para ser santa tanto en cuerpo como en espíritu; mas
la casada se preocupa de las cosas del mundo, cómo agradará a
35 su marido [31]. Esto digo para vuestra propia conveniencia; no

legitimidad se empeña mucho sin embargo en garantir. (v. 36).

28. Etimológicamente la voz traducida aquí por *corto* tiene realmente este sentido, pero el uso clásico le había dado el significado de *ansioso*, lleno de angustia, en que el corazón se siente en estrecho, oprimido. (Comp. las advertencias de Jesucristo sobre ese mismo tiempo. Mat. 24:19, 20; Luc. 23:29).

29. No dice solamente que el *mundo* pasa, sino su *figura*, porque todo, en la economía presente, que va a terminar, no es más que figuras, formas, apariencias, disfraces (sobre todo en el *mundo*, en el sentido de la escritura). Y de ahí Pablo saca la consecuencia de que el cristiano debe vivir en un estado habitual de completo desprendimiento, tener en este mundo los menores lazos posibles, y no ser esclavo de ninguna cosa, dichosa o triste.

30. Hay aquí una grande variedad de lecciones y de construcciones en los diversos manuscritos. El verbo griego que traducimos por *hay diferencia*, significa propiamente: *ser dividido*. Ahora bien: conectando esa palabra con el versículo precedente, M. Rilliet traduce, según el *Vaticanus:* "el casado se inquieta por las cosas del mundo... *y está dividido*" (entre los cuidados terrestres y los de la vida cristiana). Si, al contrario, se refiere esa palabra a lo que sigue, se la puede traducir así: "la mujer (casada) y la virgen están divididas, separadas" por intereses, cuidados diferentes: la una por las cosas del Señor, la otra por las del mundo. De ahí nuestra traducción ordinaria: *hay esta diferencia*. Se puede mencionar por último la traducción propuesta por M. Godet: "*La mujer casada* también *está dividida*. La virgen no casada cuida de las cosas del Señor..."

31. El apóstol aplica aquí (v. 32-34) al matrimonio lo que acaba de decir de la dificultad y de la brevedad del tiempo, lo mismo que del desprendimiento que debe de ello resultar para el cristiano. Cuando se trata de confesar al Señor en tiempos de prueba y de persecución, cuando esta confesión es acompañada de sacrificios y de peligros, cuando el cristiano se siente llamado a consagrar todo su tiempo al servicio de Dios, a ofrecerle hasta su vida, es cierto que los lazos y cuidados de la familia pueden contribuir poderosamente a que el corazón sea dividido,

para echaros lazo [32], sino para la decencia y asiduidad al Señor,
36 sin distracción. Mas si alguien piensa obrar vergonzosamente para
con su virgen si pasare la flor de su edad, y así debe acon-
37 tecer, haga lo que quiere; no peca, cásense [33]. Mas el que está
firme en su corazón, no teniendo necesidad, sino que tiene autoridad
sobre su propia voluntad, y esto ha resuelto en su corazón,
38 guardar su [hija] virgen, bien hace. De modo que el que da
en matrimonio hace bien, y el que no da en matrimonio hace
mejor [34].
39 La mujer está ligada por tanto tiempo como vive su marido;
mas si muriere su marido, libre es de casarse con quien quiere, sólo

irresoluto; se entrega uno mucho más difícilmente *por entero* a la causa de Cristo. Es lo que el apóstol llama *preocuparse por las cosas de este mundo, agradar a su mujer, agradar a su marido*, es decir consagrarse el uno al otro, emplearse, gastarse el uno por el otro. En este sentido, estas palabras son dignas de seria consideración para todos los tiempos. Pero, por otro lado, puesto que en todas las circunstancias, aun las más enojosas, el cristiano queda libre a este respecto (v. 28, nota); puesto que Dios instituyó el matrimonio y lo santificó, puede servirse precisamente de estas aflicciones de la carne (v. 28), de esas inquietudes (v. 32-34) de que habla el apóstol, no menos que de las mil complicaciones de la vida doméstica, como de poderosos medios de educación y de santificación para sus hijos. La familia cristiana tiene un hermoso testimonio que dar en este mundo, su santa misión a cumplir, lo mismo que el discípulo de Cristo individualmente considerado. ¿Parecen contradecirse estas dos fases de la cuestión? Que cada uno busque la solución en su propio corazón y en las palabras de Pablo. (v. 7).

32. Privaros de vuestra libertad cristiana, o induciros en tentaciones que serían mucho peores que todas las pruebas del matrimonio.

33. El texto griego puede ser vertido de diversas maneras. M. Godet traduce: "Mas si alguno estima *injuriar el honor* de su hija (el verbo griego tiene más bien aquí el sentido activo que el pasivo), si pasa la edad de casarse, y *que deba ser así* (es decir que sea necesario hacer el matrimonio), haga lo que quiere; no peca; *cásense*". Una variante autorizada pone este último verbo en plural, refiriéndolo a la niña y al joven que la pide en matrimonio.

34. Tal es la conclusión, el resumen de todo lo que precede. (Comp. v. 28, nota).

35. La cuestión decidida en pocas palabras en este versículo es completamente distinta de las precedentes, y probablemente los Corintios habían pedido también de Pablo su consejo a este respecto. Se trata de un segundo matrimonio para las viudas, cuestión frecuentemente propuesta en la iglesia primitiva. El apóstol responde que la viuda tiene libertad de volver a casarse; pero, fiel al principio que para otros ha sacado de las circunstancias presentes agrega que *será más dichosa* no haciéndolo (v. 40). Si usa sin em-

40 [que sea] en el Señor[35]; pero más dichosa es si así permaneciere, según mi parecer. Y pienso yo también tener Espíritu de Dios[36].

bargo de su libertad a este respecto, deberá ser *en el Señor*, es decir en comunión con él, consultando su voluntad, y ante todo, casándose únicamente con uno de sus discípulos.

36. El apóstol añade estas últimas palabras contra falsos doctores de Corinto que, a fin de elevarse rebajando a Pablo, pretendían, por hablar así, el monopolio de las luces del Espíritu Santo. Hay que aplicar pues esta observación a todo lo que precede. Bastó, sin duda, para inspirar a los cristianos de Corinto la más entera confianza en todo lo que el apóstol acababa de escribirles. ¿Cómo es pues que se han hallado tantas dificultades en relación a ciertas observaciones y restricciones que Pablo hace, en este capítulo, sobre los consejos que tenía que dar? Estas observaciones y estas restricciones, que se ha cometido el error de aplicar a la inspiración del apóstol, son en número de cinco: v. 6, 10, 12, 25, 40. Y he aquí el sistema que sobre ello se ha edificado: Pablo, en estos pasajes, declara ora que no habla ya por inspiración, ora que tiene un mandamiento del Señor, ora que no lo tiene sino que se contenta con dar un simple consejo. Luego, se ha inferido de ello, él enseña, en este último caso, sin otra autoridad que un simple cristiano; luego, está sujeto a error; luego, se ha equivocado realmente; luego, él distingue lo que dice por inspiración de lo que enseña como simple cristiano; y de ahí todavía una multitud de teorías sobre la naturaleza y los modos de la inspiración, y consecuencias de todo género sacadas de ese pretendido hecho. Ahora bien: ese hecho, o, si se quiere, ese principio, no está en cuestión en las palabras del apóstol. Pablo, escribiendo a las iglesias, para la instrucción de todos los siglos en la santa verdad de Dios, está siempre inspirado, iluminado, animado del Espíritu de Dios. Mas la idea extraña de que hubiera depuesto por momentos esta inspiración, como un traje, para volver a tomarla luego; que hubiera así dejado en el santuario de la verdad divina una puerta entreabierta, por la cual nos apresuramos a introducir nuestros sistemas, esa idea es una pura invención de los hombres. ¿Qué ha querido pues enseñarnos el apóstol por las cinco observaciones arriba mencionadas? No hay más que leer sin idea preconcebida, y todo queda muy sencillo: 1º v. 6. Da sobre las relaciones del matrimonio un *consejo*, no un *mandamiento*, porque no hay en esto para nadie *deber* absoluto, sino simple conveniencia de edificación. 2º, v. 10. No es *él*, sino el Señor quien prohibe el divorcio: ¿por qué? Por la sencilla razón de que Jesucristo lo prohibió ya antes que él. (Mat. 5:32; 19:9. Véase una citación semejante de una orden del Señor, 9:14). 3º, v. 12. Es el apóstol, y no el Señor, quien ordena a los esposos cristianos casados con paganos que no se separen de ellos. Dios, en el Antiguo Testamento, había dado a los judíos, por un tiempo, una orden opuesta, y en el Nuevo Testamento no ha dejado mandamiento a este respecto; luego, el apóstol ordena según las luces del Espíritu Santo que le ilumina, y

esto "en todas las iglesias" (v. 17). 4º, v. 25. Declara que, sobre la cuestión del matrimonio o del celibato, no tiene mandamiento del Señor, ni por la tradición, evangélica, ni por las revelaciones directas que le habían comunicado tantas verdades importantes (11: 23; 2 Ver. 12: 1, 7), y aun todo el evangelio que que predicaba. (Gál. 1: 11-16). Entregado a sí mismo en este caso, o más bien al Espíritu de Dios que le dirige en toda la verdad, expresa, no una *orden*, pues había que respetar la libertad cristiana en materia semejante, sino un *consejo*, un *sentimiento*. Este consejo, sin embargo, para no ser una orden, para no tener nada de absolutamente obligatorio, puesto que el apóstol sabiamente ha dispuesto así, este consejo, ¿es acaso menos inspirado que lo sería una orden? De ningún modo, pues para dar a este consejo toda la importancia que él le atribuye, Pablo lo acompaña con estas solemnes palabras, en una intención de polémica contra la denigración de sus adversarios: "Doy este consejo como habiendo obtenido misericordia del Señor, para ser fiel", fiel en su apostolado ante las almas. 5º v. 40. Por último, el apóstol apela aún a su *consejo* para afirmar que, en vista de las circunstancias, la viuda sería más dichosa si no se volviera a casar. Y es entonces cuando, no contento con haber escrito todas estas cosas bajo la autoridad de su apostolado, agrega estas palabras, donde se descubre una fina y santa ironía dirigida a los falsos doctores: *ahora bien: estimo que yo también tengo el Espíritu de Dios*. Y el sello divino de este Espíritu reposa sobre todo lo que precede, como sobre todos los oráculos de Dios. Así pues, en resumen, el apóstol, siempre conducido por el Espíritu del Señor, hace dos distinciones muy importantes para sus lectores: 1º. El Señor dejó o no dejó prescripción sobre tal o cual punto de que os hablo como apóstol; 2º lo que yo os digo es una orden, un deber obsoluto para todo cristiano, o bien un simple consejo de mi experiencia, que os deja libres, porque su aplicación depende de las circunstancias. En estas dos distinciones, se ve, la inspiración del apóstol de Jesucristo no está en cuestión.

CAPITULO VIII.

Instrucciones sobre la libertad de comer alimentos sacrificados a los ídolos.

I. 1-6. Según el conocimiento cristiano, los ídolos nada son. — 1º Todos se jactan de tener este conocimiento, pero el conocimiento sin amor es vano e hincha de orgullo. (1-3). — 2º Los ídolos a quienes los paganos sacrifican no son nada a pesar de su gran número; no hay más que un solo Dios y un solo Señor. (4-6).

1 Mas sobre lo sacrificado a ídolos [1], sabemos que todos tenemos
2 conocimiento [2] (el conocimiento hincha mas el amor edifica [3], y si

1. El apóstol pasa bruscamente aquí de un tema a otro. Pero la conexión de sus pensamientos se hallaba en la carta que le habían escrito los fieles de Corinto (7:1), y a la cual responde en el orden de las preguntas que le habían dirigido. Esta, relativa a la libertad que algunos se atribuían de comer carnes que habían servido para los sacrificios de los ídolos, era entonces de grande importancia, a causa de la diversidad de opiniones que reinaban al respecto entre los cristianos. Una parte de la carne de las víctimas ofrecidas en sacrificio correspondía a los sacerdotes; otra parte era entregada a los que habían suministrado el sacrificio, y éstos la empleaban en banquetes sagrados, ora en los templos, ora en sus casas. Esos banquetes eran acompañados ordinariamente de las más abominables impurezas, que formaban parte del culto corrupto del paganismo. Los pobres, después de haber ofrecido una víctima, vendían la carne en los mercados. Se presentaba pues a los cristianos diversas ocasiones de comer de esas carnes. De ahí un tema de disputa en la iglesia de Corinto. Los judíos convertidos consideraban esta participación indirecta de los sacrificios idólatras como una gran impureza, mientras que otros discípulos, abusando de una libertad que el apóstol no les niega, pero que hería la conciencia de los débiles, no tenían en ello ningún escrúpulo. De ahí, para unos y otros, la importancia que habían puesto en conocer la opinión de Pablo; de ahí también las instrucciones que llenan aquí los caps. 8, 9 y 10. Este asunto tiene alguna semejanza con el que el apóstol trata en Rom. cap. 14 y 15; pero hay esta diferencia: que allí algunos cristianos, débiles en el conocimiento y en la fe, consideraban que estaban aún en vigor las leyes mosaicas abolidas por el evangelio, mientras que aquí quieren evitar una participación en actos del paganismo en los cuales podía realmente haber pecado. — No habría que creer que estos temas, por no presentarse ya a nosotros bajo la misma forma, sean sin aplicación en nuestros tiempos. Hay en el mundo muchas cosas que, indiferentes en sí mismas, se han tornado en pecado por el uso que de ellas hacen los hombres sin Dios; participar de ellas puede ser un escándalo para los débiles y una ocasión de impureza para los fuertes. Así, cambiando el nombre de las cosas, sus formas y sus relaciones, las instrucciones del apóstol conservan toda su oportunidad y su importancia.

2. ¿De quién habla el apóstol diciendo: *todos tenemos conocimiento?* ¿y cómo explicar la contradicción entre estas palabras y el v. 7? A esto se ha dado diversas respuestas: 1º. Los unos toman aquí la palabra *conocimiento* en un sentido general y teórico, mientras que en el v. 7 se trata del conocimiento especial y práctico del asunto tratado en este capítulo. Pero esto está en contradicción con el v. 1, que determina muy bien el objeto especial de este conocimiento: *las cosas sacrificadas a los ídolos.* — 2º. Otros entienden por *nosotros, todos,* los cristianos *iluminados,* Pablo y sus semejantes. ¿Pero cómo explicarse entonces la crítica severa que el apóstol hace de ese conocimiento, en el paréntesis que sigue? — 3º. Se ha visto por último en estas palabras una ironía por la cual Pablo quiere humillar las pretensiones de una parte de los Corintios a la ciencia. Y este sentido, que está en plena armonía con el v. 7 y con el paréntesis, es el que aceptamos. El v. 2, en particular, se halla así claramente explicado.

3 alguien piensa conocer algo, aún no ha conocido conforme es nece-
sario conocer, mas si alguien ama a Dios, éste ha sido conocido por
4 él [4]) ; sobre la comida, pues, de lo sacrificado a ídolos, sabemos que
nada es un ídolo en el mundo, y que ningún otro Dios ha ysino uno
5 solo; porque si en verdad hay los llamados dioses, ora en el cielo,
ora sobre la tierra, así como hay muchos dioses y muchos señores,
6 para nosotros empero hay un solo Dios, el Padre, del cual todo
emana y nosotros para él; y un solo Señor, Jesucristo, por medio
del cual todo existe, y nosotros por él [5].

3. Los Corintios, ricos en *conocimiento* (1:5) hacían de él pasto para el orgullo. Por la *ciencia* sin el *amor,* el hombre se agrada a sí mismo; por el amor agrada a sus hermanos. Por la una, dice: "Todas las cosas me son lícitas"; por el otro, agrega: "Pero no todas edifican". (10:23). En cuanto al objeto especial del *conocimiento* que el apóstol tiene en vista aquí, y del que dice: *sabemos,* véase v. 6, nota.

4. Según el contraste expresado (v. 1) entre el *conocimiento* y el *amor,* se esperaría aquí: "Si alguno ama a *su hermano, conoce* como debe conocer". En lugar de esto, el apóstol pone a *Dios* como objeto del amor y fuente del conocimiento. Por ello, la antítesis es más verdadera aun, y encierra un profundo pensamiento: la fuente de todo conocimiento de Dios en el hombre, está en que él ha sido primeramente *conocido de Dios;* pero, para Dios, *conocer* es *reconocer* como perteneciéndole (Juan 10:14, 15), es *amar* a los que son objeto de ese conocimiento, es crear en ellos todo lo que los hace agradables a los ojos de él. El no *conoce* a los malos, pues el mal en ellos consiste en apartarse de Dios para arrojarse en una negación, en el vacío. (Comp. 2 Tim. 2:19; Mat. 7:23; Sal. 1:6). A aquel que Dios conoce, le comunica, haciendo su morada en él, algo de su esencia divina; ahora bien: Dios es amor, calor y vida lo mismo que luz. El amor es pues la única señal infalible de que yo he sido conocido de Dios y de que yo conozca a Dios. Sin *amor,* mi *conocimiento* no es más que una ciencia estéril y fría, que luego se secará y entrará de nuevo en la nada. Por esto el apóstol, diciendo *amar a Dios,* cuando en su antítesis, se esperaba *amar a su hermano,* toma el amor en su fuente, y nos hace comprender así que el que no ama a Dios no ama a su hermano (1 Juan 4:20), y que todo pecado contra el amor debido a nuestros hermanos es un pecado contra Dios (v. 13, 12. Com. sobre el conjunto de este pensamiento, 13:12, nota; Gál. 4:9, nota).

5. Todo este pasaje (v. 4-6) se refiere al objeto especial del *conocimiento* que el apóstol tenía en

II. 7-13. PERO NO POR ESO HAY QUE DEJAR DE OBRAR CON AMOR PARA CON LOS DÉBILES. — 1º Si los débiles, que no tienen este conocimiento, comen cosas sacrificadas a los ídolos, contaminan su conciencia; induciéndolos a ello por vuestro ejemplo, aunque un alimento más o menos nada sea delante de Dios, abusáis de vuestra libertad, escandalizáis a los débiles. (7-9). — 2º Si se te ve pues en el templo de los ídolos, tal hermano, de conciencia débil, seguirá tu ejemplo y se expondrá a perecer por tu falta. Con ello tú pecas contra tu hermano y contra Cristo que murió por él. Más bien no comer jamás carne alguna, que escandalizar a un hermano. (10-13).

7 Pero no en todos hay el conocimiento; y algunos, con la con-
ciencia del ídolo hasta ahora comen como sacrificado al ídolo, y su

vista diciendo (v. 1 y 4) *sabemos*... ¿qué? que *un ídolo no es nada,* que *no hay más que un solo Dios.* Pero, ¿cómo viene esta idea bajo su pluma y entra en su plan? Hélo aquí: Los judíos convertidos (y también varios padres de la iglesia), creían, a pesar de las más claras enseñanzas del Ant. Test., que los falsos dioses del paganismo eran seres reales, espíritus malos, que llenaban con su presencia y con su mala influencia las cosas que les eran ofrecidas. Creían, pues, también que comiendo de esos sacrificios, entraban de espíritu y cuerpo en comunión con los *demonios,* y se colocaban bajo su dependencia; de allí su horror por las cosas sacrificadas. Y entre los paganos convertidos podía haber también quienes compartieran ese prejuicio, y le añadieran el triste recuerdo de su vida pasada en las inmundicias de la idolatría; doble razón para romper enteramente con todo lo que se lo recordaba. Pero la gran mayoría de los Corintios, los más iluminados, *sabían* que los ídolos no son *nada,* nada más que una invención de la imaginación del hombre. Estos, basándose con orgullo en ese conocimiento, sin prejuicio respecto a los sacrificios, pero también sin condescendencia y sin amor para con sus hermanos más débiles, cuya conciencia herían, o a quienes arrastraban por su ejemplo (v. 7, 9, 10), pecaban contra la caridad (v. 12) y se exponían ellos mismos temerariamente a las tentaciones inseparables de las costumbres paganas. Ahora bien: escribiendo al apóstol sobre este asunto, se habían justificado por el hecho de que el *ídolo no es nada,* lo que Pablo les concede pues evidentemente repite su argumento (v. 4-6); pero agrega en el acto: *Todos no tienen este conocimiento* (v. 7), y censura por eso su modo de obrar. (Comp. 10:19-21).—Aunque el apóstol concede a los Corintios que *un ídolo no es nada,* no puede olvidar que el paganismo, en sí mismo, con todas sus abominaciones, es una obra del demonio, ni que existen realmente espíritus malos (v. 5; Efes. 2:2; 6:12; Col. 2:15; 2 Cor. 4:4); pero lo que declara sobre todo es que no hay para el cristiano más que el *solo* y verdadero *Dios, de quien* y *para quien* somos (motivo de glorificarle); y no más que un *solo Señor, Jesucristo,* a quien atribuye la creación de todas las cosas

8 conciencia, siendo débil, es contaminada [6]. Mas una comida no nos
acerca a Dios; ni, si no comiéremos, somos menos, ni, si comiére-
9 mos, somos más [7]. Mas mirad que este vuestro derecho no sea en
10 algún modo tropezadero a los débiles. En efecto, si alguien te vie-
re a ti, que tienes conocmiento, recostado [a la mesa] en un tem-
plo de ídolos, ¿no será alentada la conciencia de él, que es débil, a
11 comer lo sacrificado a ídolos [8]? ¡Y perecerá el débil por tu cono-
12 cimiento, el hermano por el cual Cristo murió [9]! Y así, pecando
contra los hermanos e hiriendo su conciencia débil, contra Cristo
13 pecáis [10]. Por esta razón, si una comida hace tropezar a mi her-
mano, nunca jamás comeré carne para no hacer tropezar a mi her-
mano [11].

(Juan 1:3; Col. 1:16), y *por quien* tenemos la salvación y la vida (Efes. 2:10).

6. Gr. *"la conciencia del ídolo"*; es el sentimiento no razonado, la opinión instintiva, o, si se quiere, el prejuicio persistente de que el ídolo es un ser real, y el temor de ponerse en contacto con él. Para tales *conciencias débiles,* comer carnes sacrificadas a un ídolo era realmente una *impureza, contaminación,* a la cual se dejaban arrastrar por falsa vergüenza y por el ejemplo de los fuertes. Se ve por esto qué gran mal hacían estos últimos usando de su libertad sin consideración por sus hermanos (v. 9).

7. ¿Por qué, pues no renunciar a ella, puesto que esta acción, inútil en sí misma, puede estar acompañada de peligros reales para nuestros hermanos? (v. 9.—Se observará que las dos últimas frases de este versículo están invertidas en el texto recibido y la mayor parte de las versiones, que tienen primero la proposición positiva: si *comiéremos,* luego la negativa,—contrariamente a fuertes autoridades.

8. Gr. "Su conciencia, que es débil, no será *edificada* para comer...?" Tú debes *edificar* su conciencia por una vida santa; pero si lo edificas de modo a hacerle obrar contra su persuasión, derribas en vez de edificar.

9. ¡Terrible reproche! ¡Cristo dió su vida por ese *hermano,* y no puedes tú sacrificarle algo de tu libertad! ¡Tú le expones más bien a *perecer!* — Testimonio decisivo contra la opinión errónea de que Cristo sólo murió para los elegidos. Aun si ese hermano débil perece, no queda menos verdadero por la eternidad que *Cristo murió por él.* (Comp. Rom. 14:15; Hebr. 10:29; 2 Pedro 2:1; 1 Juan 2:2).—Este versículo es igualmente restablecido según los mejores manuscritos, y recibe de ello mayor fuerza. Qué contraste: el *débil* perecerá por tu *conocimiento,* ¡el *hermano,* por el cual Cristo murió!

10. Principalmente porque él murió por ellos (v. 11), porque se los ha adquirido, porque son su propiedad.

11. Comp. Rom. 14. ¡Más bien renunciar a toda carne, a todo lo que me es lícito, que pecar contra la caridad y herir una conciencia!

CAPITULO IX.

I. *Desarrollando el mismo asunto, el apóstol muestra, por su ejemplo, cómo debe el cristiano renunciar a su libertad y a sus derechos por consideración a los débiles, 1-14.* — II. *El no ha hecho uso de los derechos que enumera en los versículos precedentes, sino antes se ha hecho todo a todos, en atención a la remuneración celestial, 15-23.* — III. *Este renunciamiento, descrito por la figura de los combatientes en la arena, es necesario a todo cristiano, 24-27.*

I. 1-14 EL APÓSTOL DEMUESTRA SU DERECHO DE RECIBIR SU MANUTENCIÓN DE LAS IGLESIAS. — 1º Libre y apóstol: esta doble dignidad no podría ser negada a Pablo, pues ha visto al Señor y los cristianos de Corinto son su obra el sello de su apostolado. (1-3). — 2º De ahí su derecho a vivir a costa de la iglesia, a ser casado, como otros de sus colaboradores, a no trabajar con sus manos para vivir. (4-6). — 3º Prueba este derecho: *a)* por ejemplos tomados de la vida ordinaria (7); *b)* por la ley divina (8-10); *c)* por los bienes espirituales que esparce, y que le dan derecho a los bienes temporales, a los cuales sin embargo ha renunciado por amor del evangelio (11, 12); *d)* por las costumbres del servicio divino en el antiguo pacto (13); *e)* por la orden misma del Señor. (14).

1 ¿No soy libre? ¿No soy apóstol[1]? ¿No he visto a Jesucristo
2 Señor nuestro[2]? ¿No sois vosotros mi obra en el Señor[3]? Si para

1. El texto recibido pone estas dos preguntas en un orden inverso: "¿No soy apóstol? ¿no soy libre?" contrariamente a las mejores autoridades. — Pablo acaba de decir (8:13) que se privaría de todo alimento que pudiera escandalizar a su hermano. Y sin embargo sabe que es *libre*, tan libre como los que, en Corinto, abusan de su libertad cristiana. Más aun, es *apóstol*. Como apóstol de Jesucristo, Pablo tenía aun más libertad y autoridad que cualquier otro; si renuncia a ello por caridad, su ejemplo tendrá tanto más peso, y humillará a los que usan de sus derechos para herir las conciencias débiles. Ahora bien: precisamente quiere exponer este ejemplo de su vida personal, en presencia de las insinuaciones de ciertos adversarios (v. 3). Consagra a ello todo este capítulo, que no es una digresión.

2. Pablo probablemente había *visto al Señor* antes de que muriera sobre la cruz; mas no habla aquí de ese tiempo, puesto que habría tenido este triste privilegio en común con los enemigos del Salvador. (Comp. 2 Cor. 5:16, nota). El *vió al Señor* glorificado (Actos 9:3 y sig.) que le apareció en diversas ocasiones, y del cual recibió revelaciones. (Gál. 1:1; comp. Actos 18:9, 10; 1 Cor. 11:23; 2 Cor. 12:1 y sig.) Recuerda esos hechos para justificar su carácter *apostólico*, que negaban sus

otros no soy apóstol, para vosotros empero por lo menos lo soy,
3 pues el sello de mi apostolado sois vosotros en el Señor. Mi defen-
4 sa contra los que me examinan es ésta[4] ¿No tenemos acaso de-
5 recho de comer y beber[5]? ¿No tenemos acaso derecho de llevar
con nosotros una mujer hermana[6], como también los demás após-
6 toles, y los hermanos del Señor, y Cegas[7]? ¿O yo solo y Barna-
7 bas no tenemos derecho de no trabajar[8]? ¿Quién combate alguna
vez a su propia costa? ¿Quién planta una viña y no come de su
fruto? ¿O quién apacienta un rebaño y no come de la leche del re-
8 baño? ¿Digo acaso esto según el hombre? ¿O no dice esto tam-

adversarios diciendo que no había *visto al Señor* y que a causa de ello no podía ser testigo de su verdad como los demás apóstoles. (Vers. 3). Así hablaba sin duda el partido que tomaba el nombre de Cefas. (1:12).

3. Como iglesia que él había fundado, y cuyos miembros en gran parte habían sido llevados por él a la fe: *sello divino* puesto por Dios mismo sobre su apostolado (v. 2). — Estas palabras *en el Señor* (v. 1 y 2) agregan a la demostración del apóstol algo de íntimo y de sagrado. Toda su obra respecto de los Corintios tuvo lugar según el Señor; en su comunión, de modo que el Señor mismo es el testigo y el verdadero autor de ella.

4. Gr. "Esta es mi apología contra los que me acusan en juicio" o "que hacen averiguaciones sobre mí". Su apología irrefutable es que sus lectores son *su obra*, el *sello de su apostolado*. (v. 1 y 2).

5. Esta pregunta se refiere al mismo tiempo a las libertades que ha discutido en el capítulo precedente, y a los pensamientos que siguen, es decir al derecho que tendría el apóstol de vivir a costa de las iglesias a quienes había anunciado el evangelio (v. 7 y sig.).

6. Gr. "Una hermana mujer", es decir una esposa cristiana.

7. Así *los otros apóstoles*, y especialmente *los hermanos del Señor* (Jacobo el menor y Judas) y Pedro, los más renombrados de entre los apóstoles (Gál. 2:9; Mat. 16:18, 19), estaban todos casados, y sus mujeres los acompañaban en sus viajes misioneros. Si Pablo, por razones que ya ha expuesto (cap. 7), ha renunciado al estado de matrimonio, no deja por eso de reivindicar su *derecho*. ¡Y en presencia de estos hechos una iglesia establece el celibato obligatorio de los sacerdotes! Es porque antes de ello había renegado la autoridad de la palabra de Dios y traído al nuevo pacto el *sacerdote* del antiguo, en detrimento del sacerdocio único y perfecto de Jesucristo, y en menosprecio del sacerdocio universal de todos los cristianos. El celibato obligatorio hace la *casta*, puesta en lugar del *hombre* y del *ciudadano*.

8. De no *trabajar* con sus manos, al lado de su obra misionera, a fin de proveer a sus necesidades, sin cargar a las iglesias. (Actos 20:34; 18:3; 2 Tes. 3:8, 9). Resulta de esto que Barnabas seguía a este respecto la misma línea de conducta que Pablo; que estos dos siervos de Dios sabían estimarse y amarse, a pesar del hecho referido en Actos 15:39; por último, que Barnabas ejercía su ministerio en las iglesias de Occidente.

9 bién la ley[9]? En efecto, en la ley de Moisés escrito está: "No
embozarás al buey que trilla." ¿Cuídate acaso Dios de los bue-
10 yes[10]? ¿O lo dice completamente por nosotros? En efecto, por
nosotros fué escrito que con esperanza debe arar el que ara, y el
11 que trilla con esperanza de participar[11]. Si nosotros os sembra-
mos lo espiritual, ¿es gran cosa si nosotros segáremos lo carnal
12 vuestro? Si otros participan de este derecho, ¿no más bien nosotros?
Empero no hemos usado de este derecho, sino que sufrimos todo
13 para no poner obstáculo alguno al evangelio de Cristo[12]. ¿No
sabéis que los que hacen las cosas sagradas comen del templo; los
14 que al altar sirven con el altar comparten[13]? Así también ordenó
el Señor a los que anuncian el evangelio vivir del evangelio[14].

9. El ejemplo de las costumbres y hábitos de los *hombres* que el apóstol acaba de citar (v. 7) para hacer más legítimo su pensamiento, habría podido, a los ojos de muchos, carecer de autoridad; por esto recurre a una autoridad más elevada, la de la *ley*.

10. Sin ninguna duda Dios *tiene cuidado de los bueyes* y de toda criatura; esta ley (Deut. 25:4) lo prueba lo mismo que otras semejantes Deut. 22:6-10; Lev. 22:38); pero estas leyes de tierna providencia están escritas menos para los animales (que no saben leer, observa Lutero), que para el hombre que debe aprender por ellas a ser humano y agradecido, aun para con los seres destituídos de razón que le sirven con su trabajo; ¡cuánto más para con su semejante! ¡y cuánto más aún el cristiano para con el siervo de Dios, que le comunica *bienes espirituales!* (v. 10, 11).

11. Una variante, adoptada por M. Godet, tiene: "El que trilla *debe participar del objeto esperado*". Los actos *de arar* y de *trillar* no presentan dos ejemplos paralelos, yuxtapuestos. Arar es penoso, mas *trillar* no. Este último acto nos transporta al día de la siega en que el buey, libre de todo bozal, toma su parte de la recompensa esperada.

12. El apóstol se aplica el principio que ha establecido abundantemente, pero le vienen aún al espíritu dos argumentos que no quiere omitir v. 13, 14); luego reanuda (v. 15) su aplicación a él mismo.

13. Gr. "Los que se emplean en las cosas sagradas, comen del templo". Pablo quiere hablar de los levitas y de los sacerdotes del antiguo pacto, que no habían tenido parte con las otras tribus en la tierra de promisión, pues el Eterno era su parte y su heredad, y debían vivir de lo que era ofrecido en el templo. (Núm. 18:8 y sig., 21-24).

14. Esta orden se halla en Mat. 10:10; Luc. 10:7.

15. Gr. "Mi motivo de jactancia". Por lo que el apóstol no entiende *jactancia* delante de Dios, sino ante los hombres. (Rom. 4:2). Esa gloria, que reivindica en presencia de la iglesia, y que le distinguía de los otros apóstoles, verdaderos o falsos, es que anunciaba el evangelio *gratuitamente* (v. 18), y que se imponía para ellos todos los renunciamientos y todas las fatigas (v. 6-14). Mas, ¿buscaba para él esa gloria? De ningún modo; solamente quiere levantar con ello uno de los mayores obstáculos a los progresos del evangelio (v. 12), y prevenir las acusaciones que sus adversarios no habrían dejado de levantar contra él. (Actos 20:34; 2 Tes. 3:8, 9; 2 Cor. 11:7 y sig.). Toda esa gloria volvía pues al evangelio (v. 23), es decir a Dios, a quien toda gloria pertenece. Por el mismo motivo todo siervo de Dios debe velar muchísimo por el honor de su ministerio, y todo cristiano por el honor de su conducta delante de los hombres. — Por un motivo tan santo, el apóstol declara formalmente, al principio de este versículo, que no escribe estas cosas para que se atienda a su *derecho* al que renuncia. Gr. "para que así me ocurra", es decir, de vivir del evangelio, v. 14).

II. 15-23. HA RENUNCIADO VOLUNTARIAMENTE A ESTE DERECHO. — 1º Lo declara formalmente, y nada pide para él sino este motivo de jactancia: predicar gratuitamente el evangelio, cuya dispensación le ha sido impuesta, sin valerse de los derechos que él le da. (15-18). — 2º Libre respecto de todos, se ha sujetado a todos, habiéndose hecho judío a los judíos, sin ley a los sin ley, débil a los débiles, todo a todos, a fin de salvar las almas y tener parte en el evangelio. (19-23).

15 Mas yo no he usado de nada de esto, y no escribo esto para
que así se haga conmigo, pues mejor me sería morir que no que
16 hiciera alguien vano mi motivo de jactancia[15]. En efecto, si
anunciare el evangelio no tengo motivo de jactancia, pues necesi-
dad me es impuesta, pues ¡ay de mí si no anunciare el evangelio!
17 En efecto, si de grado lo hago, recompensa tengo; mas si por
18 fuerza, una dispensación me ha sido confiada. ¿Cuál es, pues,
mi recompensa? Que anunciando el evangelio, establezca de balde
19 el evangelio para no usar de mi derecho en el evangelio. En
efecto, siendo libre de todos, a todos me he hecho siervo, para
20 ganar a más[16], y heme hecho a los judíos como judío para ganar
judíos; a los que están bajo la ley como bajo la ley, no estando
yo mismo bajo la ley, para ganar a los que están bajo la ley,
21 para ganar a los que están bajo la ley[17]; a los que son sin ley

16. Estos v. 16-19 son destinados a motivar y justificar el pensamiento osado del v. 15: *Debo* predicar el evangelio; éste no es el *motivo* especial de *jactancia* de que he hablado, estoy obligado a hacerlo; si yo me negara a ello, sería culpable e ingrato para con la gracia de Dios (v. 16). Si lo hago *de grado*, libre, gratuitamente, tengo recompensa; si no, estoy obligado por el llamamiento de Dios, hago función de esclavo y, después de haber cumplido mi tarea, no tengo ninguna recompensa a esperar (v. 17). ¿Cuál es pues la preciosa recompensa a que aspiro? Que predicando *de balde* el evangelio, lo *establezca* tanto más seguramente cuanto renuncio a mi *derecho* (v. 18), y sacrificando una libertad legítima, gano tantas más almas al Salvador (v. 19; comp. v. 22, 23).

17. El texto recibido cercena a este versículo toda esta frase: *no estando yo mismo bajo la ley*, resta-

como sin ley (no siendo sin ley de Dios sino en la ley de Cristo)
22 para ganar a los que son sin ley[18]; heme hecho a los débiles débil
para ganar a los débiles[19]; heme hecho todo a todos, para de
23 todas maneras salvar a algunos[20]. Mas todo lo hago por causa
del evangelio, para ser hecho copartícipe de él[21].

blecida aquí según los mejores manuscritos.—Los judíos y *los que están bajo la ley* son los mismos hombres, pero la primera de estas expresiones los designa como nación, con sus costumbres, hábitos, etc.; la segunda los describe en su relación especial con Dios, por medio de la *ley*. Para comprender bien que el apóstol pudiera *hacerce como judío a los judíos*, es necesario acordarse de que, cuando para *ganarlos* a Cristo, tomaba parte en sus costumbres religiosas, no consideraba esas costumbres religiosas, como "tradiciones humanas", sino como instituciones santas, establecidas por Dios mismo para preparar su pueblo al evangelio. Con el significado enteramente espiritual que veía en ellas, podía asociarse a ellos en toda sinceridad, hallar en ellas edificación, tanto más cuanto que amaba tiernamente a su pueblo y apreciaba mucho sus prerrogativas. (Rom. 9:1-5). Pero por ello, libre por el evangelio, no se creía *atado* a la ley. Muy al contrario, el mismo hombre que practicaba costumbres religiosas con los judíos (Actos 16:3; 18:18; 21:20 y sig.) en el sentido que acabamos de indicar, se oponía a ellas con toda la energía de su convicción cuando veía a *cristianos* judaizantes *exigir* esos actos religiosos como meritorios y necesarios para la salvación, lo que destruía la doctrina de la salvación por gracia. (Actos 15:1 y sig.; Gál. 2:4, 5, 13-16).

18. Pablo designa a los paganos como *los que son sin ley*, sin la ley divina revelada; y no sujetaba ni a sí mismo ni a ellos a las costumbres religiosas de los judíos, que los habrían apartado. No evitaba entrar en relación con ellos, y en su predicación se ponía en el punto de vista de ellos. (Actos 17). Sin embargo, como esta expresión *sin ley (ánomos)*, aplicada al apóstol, podía ser mal comprendida, la explica en un paréntesis, cuya traducción literal es como sigue: "no siendo sin ley de Dios, sino en la ley de Cristo". Ser de Cristo es realmente estar en la ley de Moisés, pero la ley *cumplida*. (Mat. 5:17; Rom. 3:31; 8:4).

19. Los *débiles* eran todos los que, judíos o paganos, atribuían importancia a las cosas externas o temporarias, en materia de religión, en particular aquellos cuya causa ha defendido en el capítulo precedente (v. 7 y sig.). Pablo, a fin de salvarlos llevándolos a Jesucristo, no empezaba por atacar sus prejuicios, sino que los soportaba con la tolerancia de la caridad en todo lo que no era incompatible con la verdad. Este principio es admirable, pero es fácil abusar de él aplicándolo mal.

20. Gr. "Para, *de todas maneras, absolutamente*, salvar algunos". ¡Ardiente amor de las almas!

21. Estas últimas palabras son el mejor comentario de lo que precede (v. 15-22), y sirven de transición a los versículos siguientes. Someterse así a los renunciamientos de la caridad, o, al contrario, reivindicar rígidamente su derecho y sus libertados, no es una cosa indiferente

III. 24-27. Motivos de este renunciamiento para todos los cristianos. — 1º La vida cristiana es una carrera, una lid: se trata de obtener el premio, la corona. (24, 25). — 2º Pablo se entrega a esta carrera, a esta lid, con tal seriedad que para ello refrena su cuerpo, le sujeta, pues sabe que va en ello su salud eterna. (26, 27).

24 ¿No sabéis que los que corren en un estadio, todos, sí, corren,
mas uno solo recibe el premio? Corred de tal manera que lo ob-
25 tengáis. Todo el que lucha de todo se abstiene: aquéllos, sí, para
26 recibir una corona corruptible, mas nosotros incorruptible[22]. Yo,
pues, así corro, no como a la ventura; así peleo, no como hiriendo

que no dependa más que del arbitrio de cada uno, sino que es la condición indispensable para servir a la causa del evangelio y *participar* uno mismo de las gracias que éste contiene. (Comp. v. 24-27).

22. No solamente pues para otros, y por caridad para con los débiles, debe el cristianismo saber renunciar a sus más legítimos privilegios, a sus derechos, a su libertad, sino para su propia salvación. A fin de hacer más evidente este serio pensamiento, el apóstol lo expresa por dos figuras que eran tan familiares a sus lectores cuanto poco lo son para nuestras actuales costumbres. En todas las ciudades de Grecia, particularmente en Corinto, había una arena pública donde se realizaban *carreras* y diversas *luchas*, en las cuales Pablo ve una figura de la vida cristiana. Aquí, el *premio*, la *corona* que debe llevar el vencedor, es la vida eterna. (Comp. Fil. 3: 12-14; 2 Tim. 2:5; 4:8). Pablo hace notar que en la arena *uno sólo obtiene el premio*: es que hay "muchos llamados y pocos elegidos". (Mat. 7:13, 14; Luc. 13:24; Mat. 20:16; 22:14; 2 Tes. 3:2). De ahí la necesidad de imitar a esos combatientes que *se abstenían de todo* lo que podía hacer su cuerpo pesado o débil y retardar su carrera.

23. En la carrera, el atleta tiene una meta clara delante de sí, por la que sacrifica todo; en el combate, no pierde jamás de vista a su adversario sobre el cual caen sus golpes, sin lo cual heriría el *aire*, en el vacío. La aplicación de esas figuras se presenta de por sí a todos los espíritus.

24. La primera de estas voces significa (en el lenguaje de los atletas) *herir en el rostro;* la segunda, *llevar en esclavitud*, subyugar. Aplicándose la figura, el apóstol ve pues aquí su adversario en su propio cuerpo, en una libertad carnal que tiene sujeta. (Rom. 8:13; 1 Pedro 2:11). "No quiere defender la causa de un falso *ascetismo* que él mismo condena (Col. 2:23), sino domar una independencia silenciosa y exhortar a los Corintios a crucificar la carne y sus concupiscencias (Gál. 5:13-24) en un espíritu verdaderamente cristiano. Podemos pues admitir que Pablo juzgaba que no le había sido bueno abandonar su oficio manual para entregarse solamente a su vocación apostólica, sin querer hacer sin embargo de su conducta una ley para otros. Esta posición de su elección (bien que teniendo derecho de obrar de otro modo, v. 6), muestra una grande delicadeza de conciencia, mucha severidad para sí mismo, unida a mucha tolerancia para los demás" *Olshausen*.

27 el aire[23], sino que trato duramente mi cuerpo y lo tengo sujeto[24],
no sea que, habiendo predicado a otros, sea yo mismo reprobado[25].

25. Haber anunciado por mucho tiempo a otros la salvación, y verse finalmente uno mismo excluído de ella, sería ser víctima de la ilusión más funesta. He ahí por qué el apóstol renuncia más bien a los derechos y a las libertades que el evangelio le acuerda.

CAPITULO X.

(Continuación). I. *Exhortación contra la falsa libertad; serias advertencias sacadas de la historia de Israel, 1-14.* — II. *Especialmente contra la idolatría considerada como culto de los demonios, 15-22.* — III. *Los cristianos, a pesar de su libertad, debían abstenerse de las cosas sacrificadas a los ídolos, por consideración a las conciencias débiles, 23-33.*

I. 1-14. PELIGRO DE UNA FALSA LIBERTAD, PROBADO POR LA HISTORIA DE ISRAEL. — 1º Todos los israelitas fueron testigos de las manifestaciones divinas, de las liberaciones milagrosas, de los beneficios que Dios les acordaba; y sin embargo perecieron en el desierto. (1-5). — 2º Estos son ejemplos que deben servir de advertencia a los cristianos, a fin de que no se asemejen a los israelitas ni en sus *concupiscencias*, ni en la *idolatría*, ni *tentando a Cristo*, ni *murmurando* contra Dios. (6-10). — 3º Para nosotros han sido escritas estas cosas; tengamos pues cuidado de no caer así. (11, 12). — 4º Nuestras tentaciones son las que vienen a todos los hombres: Dios es fiel para libertarnos de ellas; huyamos pues de la idolatría. (13, 14).

1 En efecto[1] no quiero que ignoréis, hermanos, que nuestros
padres todos estuvieron bajo la nube y todos cruzaron por el mar,

1. Gr. (según el texto recibido): "*Mas* no quiero... (y según una variante más cierta): "*pues* no quiero..." Por esta partícula, el apóstol conecta este capítulo con el que precede, y principalmente con el ca. 8, cuyo desarrollo es. Allí ha tratado de las relaciones de los cristianos con los idólatras, en cuanto a los sacrificios y a las cosas ofrecidas sobre los altares del paganismo. En el cap. 9 ha mostrado, por diversos detalles de su propia conducta, la utilidad que hay en saber renunciar a sus derechos, a fin de evitar con tanta mayor seguridad una libertad carnal que conduce al pecado. Prosiguiendo aquí el curso de los mismos pensamientos, que eran tan importantes para la iglesia de Corinto, rodeada de los peligros en el seno de esa ciudad opulenta y voluptuosa, va a tomar de la historia de Israel espantosos ejemplos de los pecados a que ese pueblo fué arrastrado por esa falsa libertad de que alimentaba su

2 y todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar[2], y
3 todos comieron la misma comida espiritual[3], y todos bebieron la
4 misma bebida espiritual, pues bebían de una roca espiritual que
5 los seguía, y la roca era Cristo[4]; pero no en los más de ellos se

orgullo. Se entregó sucesivamente a la idolatría (v. 7), a la impureza (v. 8); tentó a Dios (v. 9); murmuró (v. 10), a pesar de las gracias y de las maravillas de que había sido objeto de parte de Dios, y que el apóstol recuerda ante todo. Después de ello aplica Pablo a sus lectores esos ejemplos a que llama tipo, porque ve en ellos un sentido espiritual y simbólico.

2. La *nube* (Ex. 13:21) era al mismo tiempo la señal y el medio de la protección y de la dirección de Dios de que el pueblo entero era objeto, prueba visible de la presencia del Eterno que habría debido retener a Israel en la obediencia.—Pablo ve luego en el *pasaje del mar Rojo*, como Pedro en el diluvio (1 Pedro 3:20, 21 nota), una especie de *bautismo* por el cual el pueblo fué consagrado a Dios para pertenecerle, después de haber experimentado su maravillosa liberación. (Comp. Ex. 20:2). Este bautismo tuvo lugar *en Moisés* (liter. "*hacia Moises, para Moisés*"), porque a él y a la ley divina, de que fué mediador (Gál. 3 19), el pueblo debía obedecer. (Comp. Ex. 14:31).

3. El maná. En ocasión de esta *comida*, y de las palabras que Moisés pronunció cuando fué dada (Ex. 16:15), Pablo, sabiendo que "el hombre no vive de pan solamente, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios", vé también en este alimento material el símbolo de un alimento y de una vida superiores. Tal era también la intención de Dios al alimentar su pueblo milagrosamente; por esto el apóstol habla de un *alimento espiritual.* Todos estos beneficios milagrosos de Dios para con su pueblo debían elevar las almas hasta él, que es la fuente de la vida. (Sal. 78:12 y sig.) Aunque el apóstol parece, en estas palabras, hacer alusión al bautismo y a la cena de los cristianos, hay que cuidarse de forzar estas alegorías, como lo han hecho algunos intérpretes, entre otros Calvino, de ordinario tan sobrio.

4. Ex. 17:1-6. El significado *espiritual* que el apóstol ve en el hecho histórico, es aquí el mismo que en las palabras que preceden; solamente, es más explícito aun, nombrando a *Cristo* como encerrado en el símbolo de que se trata. Este testimonio prueba, como tantos otros (1 Pedro 15:10-12; Juan 1:1, nota) que el autor de todas las revelaciones y de todas las obras divinas del antiguo pacto, lo mismo que del nuevo, es el Logos de Dios, la Palabra eterna, Jesucristo. El solo ha podido exclamar en medio de su pueblo, en el desierto como bajo los pórticos del templo: "¡Todo el que tenga sed, venga a mí y beba!" Las palabras: *que los seguía,* son evidentemente una metonimia, en la cual el símbolo es tomado por la cosa simbolizada, la *roca* por *Cristo.* Cristo *seguía* a su pueblo para abrevar sus cuerpos por la potencia milagrosa que ponía en Moisés, y las almas fieles por las aguas vivas que saltaban para vida eterna. La tradición rabínica pretendía que una roca material seguía al campamento de Israel a través del desierto. Algunos intérpretes (de Wette, Meyer en sus primeras edicio-

6 agradó Dios, pues fueron postrados en el desierto [5]. Y estas cosas
fueron hechas ejemplos para nosotros [6], para que no seamos co-
7 diciosos de lo malo, conforme aquellos codiciaron [7]; ni os hagáis
idólatras, conforme algunos de ellos, así como está escrito: "Sen-
8 tóse el pueblo a comer y a beber y se levantaron a jugar [8]"; ni
forniquemos, conforme algunos de ellos fornicaron y cayeron en
9 un solo día veintitrés mil [9]; ni tentemos a Cristo, conforme al-
10 gunos de ellos le tentaron, y perecieron por las serpientes [10]; ni
murmuréis, conforme algunos de ellos murmuraron, y perecieron

nes), han pensado que Pablo se apropiaba esta fábula y creía que Cristo se había encarnado en esa roca. M. Godet responde con razón: "¿Cómo figurarse un instante al más espiritualista de los apóstoles admitiendo y enseñando a las iglesias semejantes puerilidades? En todo caso, aun si ha querido hacer alusión a una fábula tan ridícula, de lo que dudamos, lo ha hecho de modo que hace sensible la distancia entre la opinión rabínica y la suya propia".

5. *Todos* los israelitas recibieron los mismos beneficios temporales y espirituales. Esta palabras *todos*, cinco veces repetida, a la cabeza de otras tantas frases (v. 14), forma un contraste trágico con éstas: pero *los más, la mayor parte*. Y este último término mismo implica una terrible advertencia cuando se piensa que *todos* cayeron en el desierto, con excepción de Caleb y de Josué Fueron llevados a su ruina por los mismos peligros que Pablo temía aquí para la iglesia de Corinto, y se mostraron tanto más culpables cuanto habían sido más privilegiados. (Núm. 14:23; comp. Hebr. 3:16 y sig.; 4:1 y sig.).

6. Gr. "estas cosas fueron hechas nuestros tipos". Las gracias temporales y espirituales de Dios, por una parte; por la otra, la ingratitud y el orgullo del pueblo; por último, la ruina de los culpables: es toda una revelación, una predicación, cuya verdad subsiste. He ahí la verdadera relación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

7. Gr. "A fin de que no seamos *codiciosos* de cosas malas, como ellos codiciaron". Por estas palabras, el apóstol no parece tener en vista algún hecho particular de la historia de Israel, sino que quiere más bien designar la inclinación general de los corazones en ese pueblo, la *concupiscencia*, los malos *deseos*.

8. Ex. 32:6, 17-19. Esta cita se aplica admirablemente a los peligros a que los Corintios se exponían tomando parte en las fiestas idólatras, por un orgulloso abuso de su libertad. Las comidas de los sacrificios paganos, como el que celebraron entonces los israelitas en honor del becerro de oro, eran siempre acompañadas de juegos y bailes, y era imposible que el alma cristiana saliera de allí sin contaminación, lo que el apóstol da claramente a entender en los versículos siguientes.

9. Núm. 25; Sal. 106: 28, 29.

10. Núm. 21:4 y sig. *Tentar* a Dios es abusar de sus beneficios, de su paciencia, de su potencia, por una incredulidad carnal que exige pruebas materiales de su presencia o de su fidelidad. ¡Cuántos ejemplos

11 por el destructor [11]. Y estas cosas les sucedían como ejemplos y
han sido escritas para admonición de nosotros, a quienes ha lle-
12 gado el fin de las edades [12]. De modo que el que piensa estar fir-
13 me, mire no caiga. No os ha tomado tentación si no humana,
mas fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados más allá de
vuestras fuerzas, sino que dará con la tentación también la salida,
14 para que podáis soportar [13]. Por esta razón, amados míos, huíd
de la idolatría [14].

de este pecado en la historia de Israel! Aquí el apóstol escribe: tentar a *Cristo*. (Las variantes que leen el *Señor* o *Dios* no son más que correcciones críticas). El Antiguo Testamento, no menos que el Nuevo, está completamente lleno de la presencia y del Espíritu de Cristo (comp. Juan 1:1, nota; 1 Pedro 1:10-12; aquí arriba, v. 4); es *Cristo*, el ángel del pacto, a quien los israelitas *tentaron* en el desierto; el Eterno había prohibido a su pueblo irritar a él. (Ex. 23:21). Y a él tentaban los Corintios por el abuso peligroso de su libertad.

11. Véase principalmente Núm. 14. La amenaza que allí se encuentra (v. 22-23) fué cumplida al pie de la letra, y permanece como un espantoso ejemplo de la justa severidad de Dios contra la ingratitud.

12. Gr. "Nosotros, a quienes ha llegado el fin de las edades". La escritura considera en todas partes la economía presente como la última, en la cual todo debe ser cumplido. Amenazas y promesas, todo es de una realidad tanto más imponente cuanto espiritual, eterno, definitivo es su cumplimiento, y no ya simbólico y temporario como en la economía antigua.

13. El v. 12 contiene la seria conclusión de todas las advertencias que preceden; el v. 13 agrega un estímulo sacado de la experiencia de los Corintios y de la fidelidad de Dios. Una *tentación* (o prueba) *humana*, es la que nos viene de los hombres o de nuestro propio corazón, y que el hombre puede vencer que no es *sobre sus fuerzas*. Algunos intérpretes entienden esa palabra en oposición a otras tentaciones que nos asaltan por la potencia de las tinieblas, y que atacan las raíces mismas de nuestra fe. Este contraste reaparece en Efes. 6:12. (Comp. el combate del apóstol, 2 Cor. 12:7.) Sin embargo esta distinción, aunque real, no podría ser absoluta, puesto que en toda tentación se halla al mismo tiempo la potencia de la carne y la acción del enemigo de las almas. Realzando ese carácter *humano* de las tentaciones, Pablo quiere indicar principalmente el *grado* de ellas, y enseñar a los Corintios que hasta entonces las de ellos no habían sido de las más peligrosas. Luego, a fin de alentarlos para el combate para los días más malos que iban a parecer, eleva los pensamientos de ellos hacia la fuente de la verdadera fuerza y del verdadero consuelo: "Dios *hará*, con la tentación, la *salida*", (Gr.) a fin de que permanezcáis "más que vencedores".

14. Todas las advertencias que preceden vienen a resumirse en ésta, que los Corintios estaban muy tentados a descuidar. Pablo insiste,

II. 15-22. LA IDOLATRÍA O LA PARTICIPACIÓN EN LOS SACRIFICIOS DE LOS ÍDOLOS ES INCOMPATIBLE CON LA COMUNIÓN DE CRISTO. — Juzgad vosotros mismos: 1º La copa y el pan de la cena son la comunión de la sangre y del cuerpo de Cristo, como los sacrificios judíos ponían a todos los israelitas en comunión con el altar (15-18). — 2º ¿Quiero yo decir que haya una realidad semejante en un ídolo? No, pero los sacrificios paganos son ofrecidos a los demonios, no a Dios; ahora bien: ¿quién puede, sin ofenderle, participar de la mesa del Señor y al mismo tiempo de la de los demonios? (19-22).

15 Como a sabios hablo; juzgad vosotros lo que digo[15]: La co-
16 pa de bendición que bendecimos[16], ¿no es participación de la san-
gre de Cristo? El pan que rompemos[17], ¿no es participación del
17 cuerpo de Cristo[18]? Porque hay un solo pan, un solo cuerpo

y para ello va a poner (v. 16) en oposición la comunión del cuerpo de Cristo y la comunión de los ídolos, que algunos consideraban como un culto tributado a los demonios, idea falsa si no se considera más que el ídolo, pero verdadera si se penetra hasta el espíritu mismo del paganismo.

15. El apóstol habla a sus lectores como a hombres que se jactaban de su *inteligencia* espiritual, que verdaderamente poseían una rica medida de ella (1:5), y que podían, por consiguiente, hallar en sus luces y en su experiencia cristiana la confirmación de lo que va a decirles; no teme pues apelar a ella.

16. La *copa de bendición*, o de acción de gracias, era, entre los judíos, la copa de la cena pascual sobre la cual el padre de familia pronunciaba la *bendición* agradeciendo a Dios, antes de darla a los que le rodeaban. (Véase Mat. 26:27, nota). Con ello, la comida era *bendecida*, consagrada a la gloria de ese Dios (v. 30, 31) que se ha manifestado en los dones de la creación, y sobre todo en la liberación de su pueblo, recordada a todo israelita por la pascua. Pero, cuando en su *copa*, el Salvador nos hace considerar su *sangre* derramada por la salvación del mundo, la *bendición* que coresponde toma un significado más profundo: es la acción de gracias por el don inefable de Dios. De ahí el nombre de eucaristía (acción de gracias) que los primeros cristianos daban a la cena, pero que sin embargo no indica el sentido completo.

17. La acción de *romper* el pan tiene también su significado. (11:24).

18. La idea sola de *sacrificio*, que se halla en todos los pueblos, que es una profunda necesidad de la conciencia culpable, que formaba el centro de todas las instituciones mosaicas, y que ha sido plenamente realizada sobre el Calvario, puede hacer comprender el sentido completo de estas palabras. Inmolada la víctima, se quemaba sobre el altar las partes más gordas, otras eran dadas a los sacerdotes, otras por último servían para la comida del sacrificio, de que participaba el que lo había ofrecido, con su familia y sus amigos, con "el extranjero, la viuda y el huérfano", y "se regocijaba ante el Eterno". (Deut. 12:5-12, 17-19; 14:22-29; 16:10, 11). Todos estos actos tenían su significado.

18 somos los muchos, pues todos participamos del único pan[19]. Mi-
rad al Israel según la carne: los que comen los sacrificios, ¿no
19 son partícipes del altar[20]? ¿Qué digo, pues? ¿que lo sacrificado
20 a ídolos es algo? ¿o que un ídolo es algo[21]?... sino que lo que
sacrifican, a demonios sacrifican, y no a Dios; mas no deseo que

No recordaremos aquí el del sacrificio mismo, pero por esa comida los que lo habían ofrecido se apropiaban personalmente la eficacia de él (v. 8), se ponían en comunión con Dios, a quien el sacrificio acababa de hacer propicio y reconciliar con el pecador. En este sentido Pablo considera aquí la cena como una comida de sacrificio: el sacrificio de Cristo, ofrecido una sola vez por el pecado; su *cuerpo* roto, su *sangre* derramada son presentados al cristiano, quien, recibiéndolos, entra con su Salvador crucificado y glorificado en una *comunión* verdadera, se apropia todos los frutos de la redención, mientras Cristo se hace en él la fuente de una vida nueva. (Comp. Mat. 26:26 y sig., notas; Juan 6:57, nota). De esta comunión con Cristo, el apóstol va a sacar un argumento poderoso contra toda participación en los sacrificios de los ídolos (v. 20, 21).

19. Toda la profunda verdad de la cena es representada visiblemente por el símbolo: todos participan de un *solo pan* que se rompe y distribuye, he ahí la unidad, la comunión de los *muchos* entre sí. Pero como no es el pan, ese signo material, lo que puede unir a los cristianos, no tienen comunión entre sí más que por su comunión real y viviente con Jesucristo. Por ello, la iglesia se hace su *cuerpo*, los cristianos se hacen sus miembros, viviendo todos de la misma vida, que reciben de Cristo en ellos. El apóstol no tenía que hablar aquí de esta unión de los cristianos, pero lo hace para mostrar tanto mejor la realidad de su comunión con el Salvador en la cena, y para hacer tanto más notable el contraste que va a establecer entre esta comunión y la de los ídolos.

20. El apóstol razona aquí *a fortiori*, de lo menor a la mayor: si ya en el pueblo de Dios la participación de la comida del sacrificio era tal que cada uno se apropiaba así su eficacia, y tenía *participación del altar*, ¡cuánto mayor es la virtud del sacrificio de Cristo en todos los que le reciben en la cena! El *altar* por lo que el apóstol entiende la institución del sacrificio judío es una idea infinitamente más vaga menos real que *Cristo* comunicándose a los suyos. Esta expresión: el *Israel según la carne* (Rom. 9:3) opone el antiguo pueblo de Dios al nuevo, a los cristianos.

21. ¿Me contradigo acaso retirando lo que os he concedido (8:4), "que un ídolo no es nada?" Podía parecer que el apóstol, comparando el sacrificio judío y aun el del Calvario a los de los ídolos, confería a estos últimos una realidad que ponían a los que los ofrecen en comunión con el ídolo, lo que supondría que ese ídolo es un ser real. Pablo rechaza esa idea; pero, penetrando en el fondo de las cosas, va a mostrar por qué los sacrificios paganos no son inocentes en sí mismos, ni, por consiguiente, indiferentes para los cristianos. Las dos preguntas de este versículo son invertidas por el texto recibido que dice: *¿que un ídolo es algo, o que lo*

21 os hagáis partícipes de los demonios[22]. No podéis beber la copa
del Señor y la copa de los demonios; no podéis participar de la
22 mesa del Señor y de la mesa de los demonios[23]. ¿O provocamos
a celos al Señor[24]? ¿Somos acaso más fuertes que él[25]?

sacrificado?... Este orden de las palabras está menos en armonía con el pensamiento del apóstol.

22. Los judíos, muchos de los primeros cristianos, y la mayor parte de los padres de la iglesia consideraban todas las falsas divinidades adoradas en el paganismo como otros tantos malos espíritus *(demonios)* con los cuales sus adoradores entraban necesariamente *en comunión;* de ahí, el horror que les inspiraba tal culto. Los Corintios, al contrario, demasiado iluminados para no saber que todos esos falsos dioses no eran más que el producto de la imaginación del hombre (lo que Pablo ya les ha concedido, 8:4 y sig.), habían llegado, por falsas consecuencias de ese principio, a no hacerse escrúpulo alguno en participar de las comidas de los sacrificios paganos. El apóstol debe combatir esa peligrosa aplicación de la libertad cristina, y para ello restablece la verdad sobre la naturaleza del paganismo, verdad que no está ni en uno ni en otro de los extremos que acabamos de indicar. No, dice, los ídolos en sí mismos no son nada; el que les rinde culto en su ignorancia, no hace más que buscar a Dios "palpando". Mas, como el hombre caído está bajo la potencia de las tinieblas, como, adorando la criatura en lugar del Creador, obedece a esa potencia y se aleja cada vez más de Dios, como las falsas divinidades no son más que las impuras pasiones del hombre divinizadas, como en fin los actos mismos de ese culto consistían con la mayor frecuencia en abominables impurezas (así el culto de Venus que florecía en Corinto),—es evidente que toda participación en una religión semejante es una comunión con la potencia diabólica del mal, aun cuando mezclándose en ella se llegara a abstenerse de todo acto positivo de pecado. ¿Y quién podía alabarse de esto? De hecho, era buscar la tentación; en principio, era desconocer el espíritu del paganismo. La admirable sabiduría de esta instrucción puede hallar hoy aún mil aplicaciones en las relaciones del cristiano con el mundo.

23. Este impresionante contraste hace más evidentes aun las verdades que preceden. Una comunión real y viviente con el Salvador excluirá siempre de nuestra vida todo lo que viene del spíritu de las tinieblas. La *copa* y la *mesa de los demonios,* que Pablo opone a la copa y a la mesa del Señor, recuerdan las libaciones que se hacían en las comidas de los sacrificios paganos.

24. Dios, por efecto de su santidad y de su amor, es *celoso* de poseer por completo el corazón de su hijo; y ¿cómo compartiría ese corazón con el demonio?

25. ¿Podríamos soportar el peso de su indignación?

26. Cap. 6:12; comp. 8:4, nota. El apóstol insiste sobre lo que ya ha dicho (cap. 6) en cuanto al empleo de la libertad cristiana; mas, mientras antes ha tratado este asunto en relación al mismo que aprovecha de esa libertad, aquí tiene especialmente en vista la edificación de los demás. Según la libertad cristiana, *to-*

III. 23-33. Hay que abstenerse aun de lo lícito, por consideración por los débiles. — 1º En principio, todo es lícito a la libertad cristiana, pero el amor debe tener en cuenta la ventaja y la edificación de los demás. (23, 24). — 2º De hecho, la conciencia no veda ningún alimento que Dios ha creado, ni aún aceptar la invitación de un incrédulo; pero si se os advierte que un alimento proviene de un sacrificio a los ídolos, no comáis, no a causa de *vuestra* conciencia, cuya libertad subsiste, sino por respeto a la conciencia ajena. (25-30). 3º En pocas palabras: cualquier cosa que hagáis, el deseo de obrar para la *gloria de Dios* debe ser vuestro motivo, lo mismo que el amor que no quiere dar escándalo a nadie; tal es la regla de conducta del apóstol mismo. (31-33).

23 Todo es lícito pero no todo conviene; todo es lícito, pero no
24 todo edifica[26]. Nadie busque lo suyo propio, sino lo del otro[27].
25 Todo lo que se vende en la carnicería comed, sin averiguar nada
26 por causa de la conciencia[28], pues "del Señor es la tierra y su
27 plenitud[29]". Si alguno de los incrédulos os invita y queréis ir[30],
todo lo que os fuere puesto delante comed, sin averiguar nada
28 por causa de la conciencia[31]. Mas si alguien os dijere: Esto

das las cosas en que no hay pecado *son lícitas* (el texto recibido lee dos veces *me* son lícitas); pero la caridad quiere que se consulte lo que es *conveniente* a los demás, lo que los *edifica.* Por esto Pablo vuelve a hablar del consumo de las carnes que han servido para los sacrificios (8:1 y sig.) pero de un consumo privado en una familia, y no en la comida religiosa del paganismo: "Si no se trata más que de vosotros, libres sois (v. 25-27); pero si hirierais una conciencia, absteneos, pues, por ello, no sacrificáis vuestra libertad (v. 28-30); haced pues todo para la gloria de Dios y por un principio de caridad". (v. 31; 11:1).

27. Por el uso absoluto de mi derecho y de mi libertad cristiana sin consideración a los demás, puedo obrar como perfecto egoísta. (Comp. Fil. 2:4; Rom. 15:1).

28. Sin informaros, *por motivo de conciencia,* si tal carne que *se vende en el mercado* ha formado parte de una víctima ofrecida en sacrificio. La gran razón de esta libertad se halla en el versículo siguiente.

29. El Señor ha creado todo para el uso del hombre. Sal. 24:1; Sal. 50:10.

30. Así, por una parte, el apóstol no prohibe al cristiano aceptar la invitación de un *incrédulo;* pero como, por otra parte, ocurrían a menudo en esas comidas, aun privadas, cosas propias para ofender una conciencia delicada, añade, para que cada uno reflexione en ello: *y quisiereis ir.* Admirable temperamento que la verdad suministra a la libertad, y que está en el espíritu del evangelio. Cuando una cuestión semejante se presenta para el cristiano en sus relaciones con el mundo, decídala a la luz del principio establecido en el v. 31, y no estará más tiempo en suspenso.

31. Como en el v. 25.

32. El texto recibido reproduce aquí la citación del Sal. 24:1 que se halla en el v. 26. Es evidentemente una inadvertencia de copista que

fué ofrecido en sacrificio, no comáis, por causa de aquel que os
29 informó y de la conciencia [32]; conciencia, digo, no la tuya sino
la del otro; ¿para qué, en efecto, es juzgada mi libertad por otra
30 conciencia? Si yo con gracias participo, ¿por qué soy blasfe-
31 mado por aquello de que yo doy gracias [33]? Otra pues comáis,
ora bebáis, ora hagáis algo, haced todo para gloria de Dios [34].
32 Haceos sin tropiezo tanto a judíos como a griegos, como a la
iglesia de Dios, conforme yo también a todos en todo agrado, no
33 buscando mi propia conveniencia sino la de los muchos, para que
1 sean salvados. Haceos imitadores míos, conforme yo también lo
soy de Cristo [1].

tiene en su contra todas las autoridades del mayor peso, y que forma aquí un verdadero contrasentido.

33. Pidiendo a los cristianos, como lo ha hecho ya (cap. 8; comp. Rom. 14:14, 15), que se abstengan de un alimento por consideración a un hermano débil y escrupuloso que lo *advirtió*, temiendo una contaminación (v. 28), el apóstol afirma claramente que esta abstención no es dictada por una *conciencia* iluminada, sino únicamente por la *conciencia del otro*, es decir por la caridad (v. 29); la *libertad* cristiana queda intacta; la *conciencia* de otro no constituye la regla; y, en particular en el caso presente, todo alimento, aun si hubiera servido para los sacrificios, sería santificada por la *acción de gracias*, por este reconocimiento que recibe todo de Dios y hace todo para su gloria (v. 30). En pocas palabras, el cristiano se abstiene por caridad para con su hermano débil (8:7-10), pero, en cuanto a él, su *libertad* subsiste. Algunos intérpretes, Calvino, M. Godet entre otros, ven en la segunda frase de los v. 29 y 30 no la intención de guardar la lbertad, sino un motivo de abstenerse: "¿Por qué daría yo a otro ocasión de condenar mi libertad? ¿por qué me expondría yo a ser censurado?..." Comp. Rom. 14:16.

34. En ocasión de un simple deber de caridad, el apóstol establece aquí el *principio* más profundo, el más universal de la vida del cristiano. Dios ha creado todo para *su gloria;* no podía proponerse propósito más elevado que sí mismo. Ahora bien: toda vida de hombre y, todo acto de su vida que tiende a ese fin, tiende por lo mismo a su verdadero destino. Toda obra, al contrario, que no es inspirada por ese principio, no lleva jamás en la escritura el título de *buena* obra, sea cual fuere por otra parte su excelencia relativa. Pero este principio es demasiado grande para no ser enteramente espiritual; no se deja reducir a reglas de casuística. En el caso actual, el mismo hombre puede abstenerse para la gloria de Dios (v. 28), o comer y beber para la gloria de Dios, y así ocurre con todos los actos de nuestra vida.

1. La exhortación del v. 32 es el resumen práctico de lo que precede. El apóstol no teme mostrar el cumplimiento de él en su propia vida (v. 33), ni aun invitar a sus hermanos a *imitarle* en esto, porque él mismo es imitador del Modelo supremo que ha dado constantemente el ejemplo del renunciamiento por la más tierna caridad.

CAPITULO XI.

Pablo dirige a los cristianos de Corinto reprensiones: I. *Sobre el modo como se ataviaban las mujeres para parecer en las asambleas, 2-16.* — II. *Sobre ciertos abusos relativos a la celebración de la cena, 17-34.*

I. 2-16. Sobre la decencia en las asambleas cristianas. — 1º Después de haber alabado a sus lectores por la manera como seguían sus instrucciones, el apóstol establece la relación que existe de Dios a Cristo, de Cristo al hombre, del hombre a la mujer. (2, 3). — 2º De aquí infiere que, por decoro, el hombre debe parecer en las asambleas con la cabeza descubierta y la mujer velada. (4-6). — 3º Razones de esta opinión: la dignidad del hombre, el orden de la creación, la presencia de los ángeles. (7-10). — 4º Sin embargo el hombre y la mujer son iguales en el Señor, pues ambos proceden de Dios. (11, 12). — 5º El apóstol concluye repitiendo su consejo, y pone a sus lectores en guardia contra las disputas. (13-16).

2 Os alabo porque en todo os acordáis de mí, y conforme os
3 trasmití mis instrucciones las retenéis [2]. Mas quiero que sepáis
que el jefe de todo varón es Cristo, mas el jefe de la mujer su

2. Gr. "Os alabo porque todas las cosas os acordáis de mi, y conforme os entregué las tradiciones, las retenéis". El apóstol entiende por *tradiciones* sus instrucciones, tanto orales como escritas, como él mismo lo dice claramente (2 Tes. 2:15), y se sirve de esa voz para mostrar que esas instrucciones no eran suyas sino que las había recibido del Señor, y no era él, por decirlo así, más que el depositario y mensajero de ellas. En el momento de reprender a los Corintios, los *alaba* de las cosas en que habían permanecido fieles, a fin de que la verdad sea siempre templada por la caridad. Las admoniciones del apóstol que abren este capítulo (v. 3-16), basadas todas en las costumbres de la época, no encuentran ya su *aplicación literal* en nuestros días, porque las ideas que se manifiestan por el atavío varían en su expresión de una época a la otra y de nación a nación. Pero el *espíritu* de estas enseñanzas subsiste y permanece tan invariable cuanto importante es. Además, es altamente instructivo ver de qué modo el apóstol conecta los menores preceptos de moral con las más profundas verdades, mostrando así que todo va a la par en la vida cristiana, y que es imposible descuidar ninguna parte de ello sin hollar el fundamento mismo sobre que reposa. (Véase sobre todo su punto de partida, v. 3). En todo el Oriente, y también en Grecia, las costumbres querían que las mujeres no aparecieran en público más que veladas y con los cabellos largos, mientras que los hombres los llevaban cortos. Se atribuía a los usos contrarios ideas de inconveniencia, si no de inmoralidad. Ahora bien: en Corinto se había em-

4 marido, y el jefe de Cristo, Dios[3]. Todo varón que ora o pro-
fetiza con la cabeza cubierta afrenta a su jefe; mas toda mujer

pezado a menospreciar en este punto la opinión pública. Las mujeres asistían sin velo a las asambleas de la iglesia, basándose sin duda en el principio de la libertad cristiana predicado por Pablo mismo, y en el de la igualdad del hombre y de la mujer delante de Dios. (Gál. 3:28.) Por verdaderos que sean esos principios en sí mismos, el apóstol censura su aplicación actual. Habría podido invocar el peligro moral de una innovación semejante, ora para los cristianos mismos, ora sobre todo para el mundo, al que se suministraba así una excelente ocasión de blasfemar contra el evangelio. Pero, aunque este pensamiento estaba sin duda en el espíritu del apóstol, prefiere sacar sus argumentos del dominio mismo de las revelaciones divinas.

3. El apóstol funda aquí las enseñanzas morales que quiere inculcar a sus lectores, sobre las verdades bíblicas relativas a la relación que Dios ha establecido entre el *varón* y la *mujer*. Pero, elevándose inmediatamente a un pensamiento infinitamente más elevado, ve en esa relación una figura de la que une nuestra humanidad con *Cristo*, y por él con *Dios* mismo. Dios, en su infinita condescendencia, quiso crear seres inteligentes capaces de conocerle y de amarle, que, a pesar de su absoluta dependencia de él, fueran sin embargo semejantes a él por el amor y hallasen en ese amor el verdadero motivo de la obediencia debida al soberano Señor, la verdadera relación entre la criatura y el Creador. Para ello, Cristo, que es al mismo tiempo el Dios revelado y el revelador de Dios, el Mediador y el vínculo de esa relación entre la criatura y el Creador, se ha tornado en el *Jefe* (Gr. "la Cabeza") del hombre, el Esposo de su iglesia que él rescató y que quiere presentar a Dios pura y sin mácula. (Efes. 5: 22 y sig.) Mas en cuanto Cristo mismo se hizo hombre semejante a nosotros, miembro real de esta humanidad, Dios es *su Jefe*. Cristo es, al mismo tiempo, Aquel "por quien y para quien todas las cosas fueron hechas", y "el primogénito entre muchos hermanos" como estos últimos, pone su conifanza en Dios, invoca a Dios, puede apropiarse las palabras del profeta: "Héme aquí, yo y los hijos que Dios me dió" (Hebr. 2: 13), se identifica con ellos en una misma relación de subordinación y de amor. Ahora, Pablo ve una figura de esa relación en la del *marido* y la *mujer*. Esta figura, que se encuentra ya en el Antiguo Testamento, ha sido desarrollada y realizada en el Nuevo. El hombre fué primero creado a la imagen de Dios, luego la mujer, para ser su ayuda (v. 8, 9); el hombre no es pues, dependiente más que de Dios en Cristo; la mujer está en la misma relación con Dios sin duda (pues el apóstol, diciendo que Cristo es el Jefe del hombre, no excluye a la mujer de esta relación), pero es al mismo tiempo dependiente de su marido, que es su guía, su apoyo, y el vínculo natural entre ella y Dios. (14:34, 35). Todo esto es tomado en un punto de vista ideal (como la biblia lo hace siempre), y supone las cosas tal cual deben ser o hacerse. Hay más; esta dependencia de la mujer no es más

5 que ora o profetiza con la cabeza descubierta, afrenta a su jefe[4],
6 pues una y la misma cosa es que la [mujer] rapada[5]. En efecto,
si una mujer no se cubre, trasquílese también; mas si es desho-
7 nesto para una mujer trasquilarse o raparse, cúbrase. Un varón,

que por el tiempo de prueba en este mundo (Mat. 22:30; Luc. 20:34-36); y aun en la medida en que la vida eterna aparece en el seno de esta vida terrestre, se manifiesta también en esta desigualdad la igualdad que un día será perfecta; "en Cristo, no hay ya varón ni mujer". (Gál. 3: 28). Así, el mismo apóstol que insiste tanto en la *diversidad* que existe en esta relación terrestre, figura de la unión del hombre con Dios, enseña con no menor claridad la *unidad* de las almas en Dios, sin distinción de sexo ni de rango. Este contraste, que no es una contradicción, reaparece en todas las relaciones de la vida humana: subordinación de unos respecto de los otros, y sin embargo igualdad delante de Dios, igualdad que alcanzará un día su perfección.

4. Aunque, en estos versículos 3-5, la voz griega *kefalé*, la *cabeza*, sea la única empleada, y excelentes traductores (versión de Lausana, Rilliet) la traduzcan únicamente por este último término, nosotros preferimos traducirla ora por *jefe*, ora por *cabeza*, según el apóstol la tome en sentido figurado o propio. Esto no sería necesario si la voz *jef* tuviera aún, como antes (en frances) su doble significado. Mas aquí (v. 4 y 5) el apóstol emplea la misma voz en estos sentidos: "el varón que ora con la *cabeza* cubierta deshonra a su *Jefe*, es decir a Cristo (v. 3); la mujer que ora con la *cabeza* descubierta deshonra a su *jefe*, es decir a su marido" (v. 3). Es verdad que algunos intérpretes, basándose en una variante poco autorizada, traducen: "deshonra *su propia cabeza*". ¿Mas qué querría decir eso? (Véase la nota siguiente).

5. Tener la cabeza *trasquilada*, o cortados los cabellos, era una pena infligida a las mujeres adúlteras. Los cabellos largos, ese velo natural de la mujer (v. 15), eran pues considerados como el honor del marido (v. 6); pero hay de este honor otro símbolo, es el *velo* propiamente dicho, que es la señal de la reserva, del pudor, de la sumisión en la mujer; apareciendo en público no velada, deshonraba a su marido porque violaba las reglas aceptadas de la decencia, exactamente como, según nuestras costumbres, una conducta inconveniente en una mujer recae en deshonor, no solamente sobre ella, sino sobre su marido. El *varón* al contrario (v. 4), representando el principio del dominio y de la libertad, debe aparecer en una manera conforme a ese principio; *honra a su Jefe* descubriéndose delante de él. (v. 7). Las palabras *orar*, *profetizar*, muestran que estos dones del Espíritu eran a veces dados a la mujer. En otra parte, el apóstol le prohibe el ejercicio *público* de ellos (14:34; comp. 1 Tim. 2:12); no haciéndolo aquí, ¿se pone en contradicción consigo mismo? Parece más bien que, enteramente ocupado con un pensamiento, lo prosigue sin detenerse en otro. "Desaprobando lo uno, no aprueba el otro". *Calvino*. El hecho es que *aquí* Pablo no dice nada de la prohibición que seguirá (14:34), y que nada se puede inferir de su silencio.

en efecto, no debe cubrirse la cabeza [6], siendo imagen y gloria
8 de Dios; mas la mujer es gloria del varón, pues no procede el
9 varón de la mujer sino la mujer del varón, porque no fué creado
el varón por causa de la mujer sino la mujer por causa del varón [7].
10 Por esto debe la mujer tener sobre la cabeza señal de autori-
11 dad [8], por causa de los ángeles [9]. Empero ni la mujer sin el varón
12 ni el varón sin la mujer, en el Señor. En efecto, así como la

6. Se sabe que hoy aún los judíos consideran como indecente para los hombres aparecer en sus sinagogas con la cabeza descubierta, mientras que los cristianos observan una costumbre directamente opuesta. Cuestión de país, de tiempo y de costumbres.

7. Los v. 8 y 9 explican el v. 7 por hechos relativos a la creación del hombre y de la mujer. El hombre es la *imagen de Dios* (Gén. 1:27), y por lo mismo su *gloria*, que esa imagen debe manifestar (v. 7). Lo mismo ocurre con la mujer, sin duda; pero el apóstol infiere la superioridad original del varón sobre ella, primeramente (v. 8) del hecho de que ella fué formada de una parte del cuerpo del hombre ya existente y cumpliendo el designio de Dios (Gén. 2:20-23); y luego (v. 9), Pablo saca de este hecho la consecuencia de que la mujer fué creada *para* el hombre, para serle una ayuda, mientras que el fin inmediato y único de la creación del hombre era de glorificar a Dios. Es así cómo Pablo explica a su modo *(pues)* este pensamiento del v. 7, de que la mujer es la *gloria del marido*, mientras que el hombre es la *gloria de Dios*. (Comp. v. 3). "En nuestros días tal argumentación tiene algo de extraño, pero es únicamente por causa de los principios vagos que los hombres se han hecho sobre la autoridad de la escritura y en particular del Antiguo Testamento. Pablo, al contrario, ha tomado por punto de partida la divinidad absoluta del Antiguo Testamento; y cuanto más reconocida sea esta divinidad nuevamente, tanto mejor se comprenderá la solidez de las demostraciones de esta naturaleza". *Olshausen.*

8. Gr. simplemente: "Debe tener sobre la cabeza una autoridad", lo que se explica por metonimia: una señal de la autoridad que la domina.

9. Como la voz *ángel* significa un enviado, un mensajero, se ha procurado a menudo aplicar aquí este sentido a causa de la dificultad que presenta la significación ordinaria de la voz. Así, se ha pensado que esos *ángeles* eran los ancianos que presidían el culto, basándose en que este nombre les es dado en Apoc. 2:1 y en las cartas a las siete iglesias; o también, se ha entendido por ello los *enviados* de las autoridades paganas, que tenían misión de ver lo que ocurría en las asambleas de los cristianos, etc. Hoy, se ha abandonado generalmente esas interpretaciones para volver al sentido ordinario de la voz. ¿Es con razón? La presencia invisible de los ángeles en las asambleas del culto ¿es un argumento necesario para la decencia recomendada aquí a las mujeres? Decirles que están en presencia de los *hombres* y en presencia de *Dios*, ¿no sería más concluyente? Y cuando Bengel y, siguiéndole, Gerlach, citan Isa. 6:2, donde se dice que los ángeles se velan el rostro delante de Dios, evidente eso es probar demasiado, pues los *hombres* deberían con mayor razón velarse tanto como las *mujeres*, lo que va contra el pensamiento del apóstol. No hay que temer confesar que para nosotros el sentido de esta palabra es incierto; nos falta, para explicarla, algún antecedente que la hacía clara a los primeros lectores de Pablo. (Véase sin embargo 4:9).

mujer procede del varón, así también el varón por medio de la
13 mujer, y todo viene de Dios [10]. ¡Juzgad en vosotros mismos!
14 ¿Es decente que una mujer ore a Dios descubierta? ¿No os en-
seña la naturaleza misma [11] que si un varón, sí, llevare cabello
15 largo, deshonra es para él, mas si una mujer llevare cabello largo,
gloria es para ella, porque el cabello en lugar de velo le ha dado?
16 Mas si alguien parece ser contencioso, nosotros no tenemos tal
costumbre, ni las iglesias de Dios [12].

II. 17-34. SOBRE CIERTOS ABUSOS RELATIVOS A LOS ÁGAPES Y A LA SANTA CENA. — 1º Lejos de poder alabar en esto a sus lectores, tiene que censurar en sus asambleas *divisiones* que sirven, es verdad, para manifestar los verdaderos creyentes. (17-19). — 2º No es comer la cena del Señor el comer separados, careciendo unos de todo y teniendo los otros superabundancia; esto más bien es menospreciar la iglesia, avergonzar a los pobres; ¿cómo alabar eso? (20-22). — 3º A esos abusos opone el apóstol la santa institución de la cena, tal cual él la recibió del Señor, tal cual la estableció en la terrible noche de su pasión. (23-25). — 4º Participar de la cena del Señor es, pues, anunciar su muerte; ¡cuán culpable es el que lo hace indignamente! ¡qué motivo de examen! ¡qué juicio espera a los indignos! (26-29). — 5º Este juicio es ejercicio ya entre vosotros; pero estos castigos tienen por objeto que no perezcáis con el mundo; por tanto, reformad los abusos. (30-34).

17 Mas mandando esto no os alabo [13], que no para lo mejor, sino

10. Estos dos versículos tienen por fin prevenir toda mala interpretación de lo que precede, y en particular destruir todo orgullo en el hombre respecto de la mujer. Ora según la gracia (v. 11), ora según la naturaleza (v. 12), cada uno de los dos llena su destino, tienen necesidad el uno del otro para vivir en una santa comunión que tiende a la igualdad completa v. 3, nota).

11. Es decir el sentimiento natural de las conveniencias, tal cual se expresa de por sí en las costumbres.

12. Este importante y hermoso principio, expresado así de un modo inesperado, parece probar que estos asuntos habían dado lugar a *contiendas* en la iglesia de Corinto.

13. Como lo ha hecho en otros respectos (v. 2) se puede referir la palabra *esto* a lo que precede, como lo hacen varios, o a lo que sigue, y esto parece más conforme al con-

18 para lo peor os reunís[14]. En primer lugar[15], reuniéndoos vos-
otros en asamblea, oigo que hay entre vosotros divisiones, y en
19 parte lo creo[16], pues es necesario que haya aun sectas entre
vosotros, para que los aprobados sean manifestados entre vos-
20 otros[17]. Reuniéndoos pues vosotros en un mismo lugar, eso no
21 es comer la cena del Señor[18], pues, comiendo, cada uno toma
primero su propia cena, y el uno tiene hambre y el otro está

junto del texto. En efecto, el apóstol va a censurar graves abusos, relativos a lo que hay de más sagrado: la cena del Señor. En la iglesia apostólica se celebraba la cena, según su institución, haciéndola preceder de una comida en común; es lo que se llamaba *ágape* (caridad, amor). En Corinto esa costumbre no había tardado en degenerar, bajo la influencia del espíritu de partido. Corrillos se habían formado, se reunían en particular para esas comidas, los ricos llevaban de su profusión, mientras que los pobres no tenían de qué nutrirse (v. 21). La cena, a renglón seguido, no podía menos de ser indignamente profanada de haber reprendido estos abusos, relata la institución de la comunión en su sencillez y su santidad, a fin de hacer sentir mejor a sus lectores, por este contraste, de qué se hacían culpables, y que castigos atraían sobre ellos mismos.

14. Gr. "No para lo mejor, sino para lo peor", lo que se refiere al propósito religioso y moral de las asambleas.

15. Este *en primer lugar* no es seguido de un *en segundo lugar*, mas según toda probabilidad el apóstol tiene en el pensamiento, después de los abusos relativos a la cena, de que va a hablar ante todo, otros abusos relativos a los dones espirituales, tema que trata en los caps. 12 y 14. O bien, habla *primeramente* de las divisiones (v. 18:19), *luego* de la cena misma (v. 20), asunto al que pasa por un *pues, ahora.*

16. Gr. "cismas" es decir *separaciones* en partidos, en corrillos. No se trata más que de las asambleas, pues en cuanto a los grandes partidos que dividían la iglesia de Corinto (1:12), el apóstol no lo creía solamente *en parte.* Aquí, distingue claramente la parte de las exageraciones.

17. "Vuestros cismas en las asambleas, vuestro espíritu de partido, hollando la caridad que es el vínculo de la perfección, os conducirán necesariamente a *sectas* permanentes. (Gr. herejías", palabra que, originariamente, significaba secta en materia de doctrina, mientras que el *cisma* no es más que una separación sin divergencias dogmáticas). *Es necesario*; vuestra corrupción a este respecto lo hace inevitable, pues que aun la celebración de la cena no ha podido uniros; es necesario, a fin de que los que son *aprobados* de Dios sean *manifestados* de en medio de los que buscan su interés". Existiendo el mal en la naturaleza humana, Dios permite a veces que aparezca en toda su potencia, para preservar los suyos y para ejercer un juicio sobre los culpables que no aprovechan la ocasión de arrepentirse y volver a él. Este serio pensamiento se encuentra frecuentemente en las escrituras. (Luc. 17:1, 2; Juan 9:39; Actos 2:23; Rom. 5:20).

18. "Cuando lo hacéis así, no po-

22 ebrio[19]. ¿No tenéis acaso casas para comer o beber? ¿O me-
nospreciáis la iglesia de Dios y avergonzáis a los que no tienen?
23 ¿Qué os diré? ¿Os alabaré? En esto no os alabo[20]. Yo, en
efecto recibí del Señor lo que también os he trasmitido[21]: que el

dríais, pues, dar a vuestra comida ese nombre sagrado; no es posible que celebréis la cena" — "La *cena*", del Señor (es el único pasaje en que se encuentra esta designación de la comunión), es así llamada porque es el *Señor* quien la fundó, quien invita a ella, que se da a sí mismo en alimento, y porque la cena fué instituída en la comida de la noche. — Para comprender lo que sigue, no hay que olvidar que la cena terminaba una verdadera cena en común *(ágape).*

19. Gr. "ebrio". "El apóstol emplea intencionalmente las más fuertes expresiones a fin de mostrar, por un contraste chillón con la santidad de la cosa, todo lo que había de odioso en tales abusos. En Corinto, como dondequiera y siempre, el gusto refinado de las bellas artes, de la sabiduría del siglo, de la elocuencia, había hecho pacto con la concupiscencia de la carne. Las gentes "de buen tono, de buena compañía", se mantenían aparte, aun en las asambleas de los cristianos, y encontraban muy natural el emplear para adular su sensualidad esos bienes que Dios les había confiado, ¡mientras los pobres debían contentarse de lo que les había tocado en suerte! La expresión: "toma *primero* o anticipadamente su propia comida", prueba que, aunque en el mismo local, la comida no era en común, como habría debido serlo, sino divididos en corrillos, ricos y pobres. De ahí, la exhortación que se halla en el v. 33, de *esperarse* unos a otros.

20. Tales reproches sobre semejantes abusos debieron acarrear prontamente en la iglesia la cesación de los ágapes antes de la cena. Fueron separados, en efecto, y subsistieron, como sencillas comidas fraternales, durante los cuatro primeros siglos.

21. El apóstol une, por la partícula *en efecto*, el relato de la institución de la cena, a este reproche: *No os alabo*, os censuro: esto nos indica claramente que su propósito es poner en impresionante contraste, por una parte, la cena del Señor considerada en toda su pureza primitiva, y por la otra, los abusos con que los Corintios la habían profanado. La impresión que hace este sencillo relato debió probarles, mejor que todos los razonamientos y todos los reproches, cómo desnaturalizaba su fin, su modo de celebrarla y le quitaba sus bendiciones. Por lo demás, las serias consecuencias que el apóstol deduce de su relato (v. 28-34), nos muestran más claramente aun cuál era su propósito. — Aunque el apóstol conocía la institución de la cena por la tradición apostólica, declara positivamente que, lo que él *trasmitió* sobre este punto a los Corintios, lo había *recibido del Señor*, es decir, como lo dice en otra parte de todo el evangelio que predicaba, lo había recibido "por revelación de Jesucristo". (Gál. 1:12; comp. 1 Cor. 7:40, nota) Si Pablo no hubiera tenido la historia de la institución de la cena más que por la tradición, no diría: *yo recibí*, sino *nosotros recibimos.* Así pues, no solamente por su autoridad apostólica, sino por la autoridad de Jesucristo, trasmitía a las iglesias este importante documento

24 Señor Jesús, en la noche en que era entregado [22], tomó pan, y
habiendo dado gracias lo rompió y dijo: Esto es mi cuerpo, roto
por vosotros [23]; haced esto en memoria de mí. De igual manera
25 también la copa después de cenar, diciendo: Esta copa es el
nuevo pacto en mi sangre; haced esto cuantas veces bebiereis, en
26 memoria de mí. En efecto, cuantas veces comiereis este pan y
bebiereis la copa, la muerte del Señor anunciáis, hasta que ven-
27 ga [24]. De modo que cualquiera que comiere el pan o bebiere la
copa del Señor indignamente, será culpable del cuerpo y de la

sobre el origen y el sentido de la santa cena. "Tenemos aquí una *exposición auténtica de Cristo mismo, después de su resurrección, sobre su sacramento*, y en todo tiempo la iglesia, comprendiendo así este pasaje, lo ha considerado como la explicación más importante de la santa cena que se encuentra en el Nuevo Testamento". *Olshausen.*

22. ¡Qué recuerdo, el de esa *noche* terrible de los padecimientos de Jesús, puesto en contraste con la manera ligera y profana en que esa misma cena era celebrada en Corinto! — En cuanto a la explicación de las palabras de la institución, no será reproducida aquí. Véase Mat. 26:26-28 y Luc. 22:19-21, notas. Es Lucas quien, en su relato, se acerca más a los términos mismos de Pablo.

23. Hay en estos versículos (24-29) un número considerable de variantes que hay que indicar. Vers. 24, las palabras del texto recibido: *tomad, comed,* faltan en las fuentes más decisivas; son suprimidas en nuestro texto. Lo mismo la palabra *roto* falta en los más antiguos manuscritos que dicen solamente: *esto es mi cuerpo por vosotros.* Así traduce M. Rillet según el manuscrito del Vaticano. Como el Señor, pronunciando estas palabras, *rompía* el pan, el sentido, tanto más impresionante, se hallaba en la *acción* simbólica, y no tenía necesidad de palabras. Mateo y Marcos tampoco las tienen; Lucas dice: que es *dado* para vosotros. Sin embargo, el testimonio opuesto de otras autoridades hace la supresión por lo menos dudosa. Vers. 26, no hay que leer: *de este pan, de esta copa,* sino: *este pan, la copa.* Vers. 29, las palabras *indignamente* y *del Señor* son omitidas por graves autoridades, de modo que el pensamiento del apóstol sería expresado así: "El que come y bebe, juicio come y bebe, no discerniendo el cuerpo". Así *comer y beber* solamente, y no discernir ese cuerpo dado por nosotros, sería la causa del juicio. Sin embargo las razones externas e internas de esta lección no son bastante decisivas para introducirla en el texto, como lo hacen Lachmann, Tischendorf, etc.

24. Como los israelitas, comiendo el cordero pascual, anunciaban, declaraban a sus hijos su liberación de la esclavitud por la sangre de ese cordero, así, comiendo en la cena el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, *anunciamos* y proclamamos su *muerte* como la salvación de de nuestra alma. Su sacrificio es así siempre nuevo, siempre plenamente eficaz, siempre presente, como si Cristo fuera crucificado en medio de nosotros. (Gál. 3:1). Tal es la idea

28 sangre del Señor [25]. Pruébese pues, el hombre a sí mismo, y
29 así coma del pan y beba de la copa [26], pues el que come y bebe
indignamente juicio come y bebe contra sí mismo, no distin-
30 guiendo el cuerpo del Señor [27]. Por esto hay entre vosotros mu-

profundamente verdadera que se encuentra materializada y falseada en el sacrificio de la misa.

25. Estas serias palabras resultan inmediatamente de las precedentes: Si la cena es la proclamación de la muerte de Jesucrito, el que participa de ella *indignamente* se hace *culpable del cuerpo y de la sangre del Señor,* es decir peca contra su sacrificio, contra esta emocionante manifestación de su amor, contra él mismo, que glorificado, se ofrece a nosotros en la cena para hacerse el alimento de la vida de nuestra alma. Cuanto más elevado y santo es el objeto de una ofensa, tanto mayor es el crimen; ¿cuál no es pues el que se comete contra el Hijo de Dios ofreciéndose por nosotros en sacrificio? — Pero, ¿qué es participar *indignamente* de la cena del Señor? Es hacerlo en un estado de alma que constituya con la cena misma una contradicción, una mentira. ¡Ahora bien: no hay más que una disposición que pueda poner a un alma absolutamente en este caso: es la *impenitencia.*

26. Que coma y beba *así,* es decir, después de haberse *probado.* Sobre el objeto especial y principal de este examen de sí mismo, véase 2 Cor. 13:5. "Esta prueba de sí mismo consiste en asegurarse de que se tiene un verdadero arrepentimiento y una verdadera fe; no un arrepentimiento y una fe perfectos, pues, en este caso, todos los hombres serían siempre retenidos lejos de la cena; pero sí, aspirando del fondo del corazón a la justicia que viene de Dios, humillado por el sentimiento de tu miseria, confías y te abandonas por completo a la gracia de Cristo, eres un convidado dignamente preparado para acercarte a esta mesa. En efecto, es digno aquel al que el Señor no excluye, aunque le quedara mucho que desear aún, pues la fe, aun en sus comienzos, hace dignos a los indignos". *Calvino.*

27. No *discerniendo* o no *distinguiendo* el *cuerpo del Señor* de un alimento ordinario; no viendo en la cena y no recibiendo con fe este cuerpo del Señor, ofrecido en sacrificio por el pecado, y ahora glorificado, no estuviera realmente presente en la cena, estas palabras no tendrían ningún sentido, como tampoco la del v. 27: *ser culpable del cuerpo y de la sangre del Señor.* Bajo el *signo* está la *cosa* significada. "Así el Señor dice: *esto es mi cuerpo,* porque atesto con certidumbre que ofreciéndonos ese símbolo visible nos da al mismo tiempo su cuerpo, pues Cristo no es un engañador que nos burla por vanas figuras. Esto está pues para mí fuera de toda controversia: la verdad está unida a lo que la representa. Es decir que, en toda la fuerza espiritual de la palabra, somos tan realmente partícipes del cuerpo de Cristo como realmente vivimos de pan... Así, el cuerpo de Cristo no nos es solamente dado, sino dado como alimento... Somos partícipes de Cristo, no solamente cuando creemos que es la víctima de expiación por nuestros pecados, sino en cuanto mora en nosotros, es *uno* con nosotros, somos sus miembros, carne de su carne, unidos con

31 chos enfermos y débiles, y muchos se duermen[28]. Si nos distin-
32 guiéramos nosotros mismos, no seríamos juzgados; mas siendo
juzgado, somos castigados por el Señor para que no seamos con-
33 denados con el mundo[29]. De modo que, hermanos míos, reunién-
34 doos para comer, aguardaos unos a otros[30]; si alguno tiene ham-

él, en fin, en una misma vida, en una misma substancia". *Calvino.* — En cuanto a la cuestión ociosa, y sobre la cual sin embargo tantas disputas han tenido lugar, de saber si los comulgantes indignos reciben también el cuerpo de Cristo (pero en condenación), en vano se ha querido afirmarlo por medio de estas palabras de Pablo, pues ellas conservan todo su serio significado en cuanto se admite que Cristo está realmente presente en la cena, sin que por eso sea necesario pensar que el infiel recibe su cuerpo tanto como el creyente. Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, ¿cómo recibiría su cuerpo? "¿Está dividido Cristo?"— El *juicio* aquí denunciado encierra todos los castigos de Dios que tal pecado acarrea consigo (v. 30), y que son los precursores del juicio eterno, si no llevan al comulgante indigno al arrepentimiento. — *Comer y beber un juicio contra sí mismo* es una enérgica expresión para decir que el castigo es unido a la acción misma, lo mismo que a la persona. Es transformar en maldición la bendición; y cuanto más preciosa debía ser ésta, tanto más terrible es aquélla.

28. Gr. "Duermen". Estas palabras dicen claramente que el juicio denunciado (v. 29) no se ha hecho esperar; Dios lo ejercía ya en Corinto cuando Pablo escribía. Pero, ¿en qué consiste? En otros términos, ¿hay que entender las palabras *débiles, enfermos, muertos,* al pie de la letra, refiriéndose al cuerpo, o espiritualmente, aplicándose al alma? La mayor parte de los intérpretes, entre otros Calvino, Gerlach, Godet, se deciden por el primer sentido, basándose sobre todo en el v. 32, en que la voz *castigados* no puede, según ellos entenderse más que de una prueba externa. Pero, sin excluir la posibilidad de tales castigos en la iglesia de Corinto, ¿no se está más segura y ampliamente en la verdad dando a todas esas palabras un sentido espiritual? Primeramente, la consecuencia natural de un culpable abuso de la cena es ciertamente la de hacer al alma *débil, enferma, y adormecerla,* más bien que al cuerpo. Un castigo semejante es infalible; mas, ¡cuántos comulgantes indignos no son castigados ni por la enfermedad ni por la muerte! Tal concepción sería propia para acreditar sobre la cena ideas espantosas y supersticiosas, que demasiado existen ya. Luego, ¿habría expresado Pablo la *muerte* del cuerpo bajo una condenación de Dios por esta dulce figura del sueño, que la escritura aplica a los que *se han dormido* (en Cristo)? Véase 15:16-18, 20, 51; Mat. 27:52; Juan 11:11; Actos 7:60; 13:36; 1 Tes. 4: 13-15. Hasta el tiempo del verbo empleado aquí parece contrario a esta idea.

29. Todo *juicio* de Dios, temporal o espiritual, mientras estamos en el tiempo de la prueba, tiene por objeto *castigarnos* (gr. "educar") a fin de que, volviendo al arrepentimiento, evitemos el *último* juicio, la condenación.

bre, coma en su casa, para que no os reunáis para juicio[31]. Lo
demás ordenaré cuando llegare[32].

30. Tomad esas comidas de caridad *juntos,* en una comunión fraternal, y no en pequeños corrillos, o cada uno por sí. (Comp. v. 21, nota).

31. Para ser juzgados. Vers. 29.

32. Había pues en Corinto *otros* abusos de menor importancia que el apóstol se reserva corregir por su presencia personal. (16:5-8).

CAPITULO XII.

I. *Todos los dones que Dios acuerda a su iglesia son producidos por el mismo Espíritu, 1-11.* — II. *Como los diversos miembros del cuerpo son uno, y tienen cada uno sus funciones y su utilidad, así cada uno, en la iglesia, debe emplear sus dones para la conveniencia común, sin elevarse por sobre los demás, y sin tenerlos envidia, 12-3*v.

I. 1-11. Los dones espirituales son diversos, pero todos producidos por el mismo Espíritu. — 1º ¿Por qué señal general se puede reconocer si un hombre habla por el Espíritu? Pablo no quiere que sus lectores lo ignoren como en los tiempos de su paganismo; esa señal es que, en lugar de maldecir a Jesús, se reconozca en él el Señor. (1-3). — 2º Por diversos que sean, los *dones* provienen del mismo Espíritu; los *ministerios,* del mismo Señor; las *operaciones,* del mismo Dios; todos para la utilidad de todos. (4-7). — 3º Pablo enumera los dones diversos que el Espíritu distribuye según quiere. (8-11).

1 Mas sobre los dones espirituales[1], hermanos, no quiero que
2 estéis en ignorancia. Sabéis que, cuando erais gentiles, os deja-

1. "Sobre los *espirituales*". Es evidente por lo que sigue que el substantivo sobrentendido es *dones* y no *hombres* (espirituales), como se ha pretendido. El apóstol consagra tres capítulos a este importante asunto. (Cap. 12-14). "Esta parte de la epístola es sin contradicción la más apropiada del Nuevo Testamento para hacer revivir ante nuestros ojos la época más notable de la historia, y para pintarnos esos primeros tiempos en que la joven iglesia empezaba a extender sus alas en la humanidad, y revelaba su existencia por los fenómenos más asombrosos. En el día de Pentecostés, la vida de lo alto se había derramado como un torrente sobre los discípulos del Señor. El fuego del Espíritu de Dios penetró luego en esas iglesias recién nacidas y produjo en los que

3 bais llevar a los ídolos, según se os llevaba. Por tanto os hago
saber que nadie, hablando por el Espíritu de Dios, dice: Jesús
es anatema; y nadie puede decir: Jesús es el Señor, sino por el
4 Espíritu Santo[2]. Mas hay diversidad de dones de gracia, mas
5 el mismo Espíritu; y hay diversidad de ministerios, y el mismo

se colocaron bajo su influencia una profundidad de conocimiento, una fuerza de voluntad, transportes de gozo celestial desconocidos a la tierra, y cuyo brillo fué tanto más vivo cuanto que esas iglesias apostólicas estaban rodeadas de las profundas tinieblas del paganismo. En su primera y superabundante efusión, en su primera lucha contra las potencias del mundo y del mal, los dones del Espíritu se manifestaron por hechos maravillosos que ninguno podía explicar según las leyes ordinarias de la naturaleza. ¡La potencia divina, por la cual Cristo había obrado sobre el mundo visible, parecía haberse extendido sobre su iglesia entera! Esos dones milagrosos de la joven iglesia continuaron produciéndose, aunque disminuyendo gradualmente, hasta fines del siglo III, es decir hasta el tiempo en que ella venció al mundo pagano. Entre los griegos, y especialmente en Corinto, los dones del Espíritu se manifestaron con la mayor potencia y variedad. Aparecieron bajo todas las formas (v. 8-10), en su ardiente actividad. Y como varios de los que estaban dotados de esas gracias tan santas en sí mismas estaban lejos aún de una entera santificación; como las inclinaciones del viejo hombre se mezclaban en ellos con los dones de Dios y turbaban la pureza de éstos, era difícil que el ejercicio de esos dones no fuera acompañado de diversos abusos. Es lo que tuvo particularmente respecto del don de lenguas, al cual los Corintios atribuían un valor proporcionado a la gloria que representaba para el que lo poseía. A fin de hacer comprender a los Corintios la verdadera relación del don de lenguas con los otros dones, el apóstol dirige primero una mirada sobre todas estas manifestaciones del Espíritu de Dios: luego muestra, por la analogía del organismo humano, que, en la iglesia de Dios, todos los dones, a pesar de su diversidad, tienen el mismo origen y el mismo objeto. (Cap. 12). Establece luego que lo que corona todos los dones, lo que constituye su verdadero valor, lo que debe sazonarlos con sabor divino, es el amor. (Cap. 13). Por último desarrolla, sobre el don de lenguas, los principios que deben dirigir su empleo. (Cap. 14)". *Olshausen.*

2. Remontando al origen de las cosas en la experiencia de los Corintios, el apóstol les recuerda primeramente que ellos no conocían en otro tiempo, en materia de religión, más que ídolos mudos (comp. Sal. 115) hacia los cuales se *dejaban llevar* como ciegos, de donde infiere que todos aquéllos de entre ellos que tienen una fe viva en Jesús, que han reconocido y confesado en él su SEÑOR, el Hijo del Dios viviente, su Salvador, no han podido hacerlo más que por una influencia del *Espíritu Santo* que los ha regenerado. (Véase el mismo pensamiento de otro modo expresado en 1 Juan 4: 2). Tal es la acción más general del Espíritu Santo, la fe, sin la cual no pueden existir los dones particulares que el apóstol va a enumerar.

6 Señor; y hay diversidad de operaciones, mas el mismo Dios que
7 opera todo en todos[3]. Mas a cada uno es dada la manifestación
8 del Espíritu para provecho. Al uno, en efecto, por el Espíritu, es
dada palabra de sabiduría; a otro, palabra de conocimiento, según
9 el mismo Espíritu; a otro fe, por el mismo Espíritu; a otro do-

Pero antes de dar esta señal clara y *positiva* de la presencia del Espíritu Santo en un alma, el apóstol indica una *negativa*, de la que se puede inferir, con mayor certidumbre aun, que un hombre es, no solamente extraño al Espíritu de Dios, sino que está bajo la influencia del espíritu de las tinieblas. Entonces maldice a *Jesús*, pronunciando sobre él *antema*, execración, lo que se hacía respecto de un ser consagrado al demonio, a los dioses infernales. (Comp. Rom. 9:3; 1 Cor. 16:22, nota). "La parte negativa de la regla apostólica nos sorprende por su demasiada evidencia. ¿Podía suceder que una voz, elevándose en una asamblea cristiana, dijera: "¡Anatema a Jesús!" y tenía necesidad la iglesia de ser advertida de que el autor de una blasfemia semejante no hablaba por el Espíritu Santo?... Quizá no nos hacemos más que una idea imperfecta de la extraña fermentación que se producía en un ambiente tal como la iglesia de Corinto, donde los elementos más impuros podían mezclarse con los más sublimes... Había pretendidos creyentes que negaban la resurrección y la vida venidera. Otros, o los mismos quizá, podían tener ideas análogas a lo que se ha llamado más tarde el gnosticismo. Ahora bien: para los gnósticos, Jesús de Nazaret no era más que un simple hombre al cual un espíritu superior, que ellos llamaban el Cristo, se había unido en el momento de su bautismo para abandonarle antes de su pasión. Bajo este punto de vista, el hombre Jesús no es ya el verdadero Señor, ni el verdadero Salvador, no es ya un objeto de fe, y en este orden de ideas se podía concebir que tal falso inspirado llegara en su delirio hasta exclamar: "¡No conozco a ese Jesús! ¡Le digo Anatema!" *Babut, Sermones*, I, p. 281. La confesión o el *rechazo* del nombre de Jesús, el Señor, tal es pues la señal distintiva del Espíritu que el apóstol indica, señal cuya verdad subsiste para todos los tiempos, pues la obra del Espíritu consiste en glorificar a Jesucristo en las almas (Juan 16:14). Esta obra no puede proceder ni de la potencia de las tinieblas, ni del hombre natural. Es verdad que entre los dos extremos establecidos por el apóstol, hay un medio que puede engañar también: es un conocimiento histórico y muerto de Jesús, que, también dice: "Señor, Señor", sin ser la fe que produce el Espíritu; mas Pablo no toca aquí esta funesta ilusión porque, queriendo tratar la gran cuestión de los dones espirituales, le importa solamente distinguirlos de lo que habría podido ser una falsa imitación.

3. Ante todo, a fin de destruir las divisiones, las preferencias provenientes de los dones mismos de Dios, y que el espíritu de partido podía explotar en su provecho, el apóstol declara que todos esos dones tiene un solo y mismo origen, la libre gracia de Dios (v. 11); que son acordados para un solo y mismo objeto, el bien de la iglesia, y no la satisfacción personal; que por últi-

10 nes de gracia de curaciones, por el único Espíritu; a otro, operaciones de milagros; a otro profecía; a otro distinción de espíritus; a otro géneros de lenguas; a otro interpretación de lenguas [4].

mo su *diversidad*, lejos de turbar la *unidad*, es al contrario la condición y la perfección de ella. Con este objeto, el apóstol resume primeramente las diversas manifestaciones del Espíritu, que va a enumerar (v. 8-10), en tres voces que las contienen todas: 1º Los *dones de gracia (jarismata)*, expresión general que se aplica a todas las partes de la obra de Dios en la iglesia, y que indica el verdadero carácter de ella, a fin de que el hombre jamás pueda atribuirse ni mérito ni gloria. Que estos dones de gracia sean exclusivamente la obra de la gracia en el hombre o que, dones naturales, el Espíritu de Dios los santifique, los eleve, los consagre a Jesucristo (así los dones de sabiduría, de ciencia, de enseñanza y de gobierno): siempre permanece verdadero que derivan de una misma fuente, a la cual humildemente debemos referirlos. 2º Los *ministerios* (Gr. "diaconías"), que designan toda especie de empleo en la iglesia, (v. 5). 3º Las *operaciones* (Gr. "las energías" o "fuerzas", v. 6), que designan las influencias poderosas, creadoras del Espíritu de Dios en los milagros, en particular en las curaciones. (versículos 9-10).

4. Los dones aquí designados por el apóstol son *nueve* en número: los dos primeros tienen principalmente su asiento en la *inteligencia* iluminada y santificada por el Espíritu (v. 8); los cinco siguientes están en la más directa relación con una *fe* fuerte, en la cual el corazón y la voluntad predomina (v. 9 y 10); los dos últimos conciernen las *lenguas* y su interpretación (v. 10). No sin razón los coloca Pablo después de todos los demás: los cristianos de Corinto les atribuían un valor exagerado, por motivos que no siempre eran puros (cap. 14); dos veces aun (v. 28, 30) asigna el apóstol a estos dones el último lugar. Por lo demás, esta triple división de los dones aquí nombrados no es arbitraria; no solamente es psicológicamente fundada, sino que está indicada, en griego, por una palabra especial que empieza cada una de las tres subdivisiones; significa *a otro*, pero es diferente de la palabra colocada delante de cada don particular. (Es decir que Pablo abre su primera división por esta voz: *al uno* y continúa por *a otro (állo)* la enumeración de los dones particulares; pero abre la segunda y tercera divisiones por *hétero, a otro*, en el sentido de otra categoría. (Vers. 9 y 10.) En la primera división, el apóstol pone la *palabra* (o discurso) de *sabiduría* y de ciencia (o *conocimiento)*, es decir el don de hablar con claridad y profundidad de los misterios de Dios. La *sabiduría* en este sentido significa principalmente la verdad divina aplicándose inmediatamente a la práctica de la vida cristiana (comp. 2: 6, 7, nota); el *conocimiento* es el don de penetrar muy adentro en la doctrina revelada, de comprenderla en su conjunto y en sus detalles, y de exponerla para la instrucción de los demás. Pablo une a menudo estos dos dones que hacen al *maestro*. (Vers. 28, 29; Efes. 4:11; comp. Efes. 1:17; Col. 1:9; 2:3, y en relación a Dios, fuente de estas gracias, Rom. 11:23). La *fe* (v. 9)

11 Mas todo esto opera el solo y el mismo Espíritu, distribuyendo separadamente a cada uno conforme quiere [5].

II. 12-31. DIVERSIDAD Y UNIDAD DE LOS DONES, REPRESENTADAS POR LA FIGURA DE UN MISMO CUERPO. — 1º El cuerpo es *uno*, aunque tenga muchos miembros; así es la iglesia, donde todos tienen el mismo Espíritu. (12-14). — 2º En el cuerpo, como en la iglesia, la diversidad es tan esencial romo la unidad. (15-20). — 3º Ningún miembro tiene derecho de decir a otro: Me eres inútil; al contrario, los miembros débiles son necesarios, los menos honorables son los más honrados, a fin de que no haya división en el cuerpo, para que los miembros tengan cuidado unos de otros y padezcan o se alegren juntos. (21-26). — 4º Aplicación de la figura: éste es el cuerpo de Cristo, en que Dios ha dispuesto los *cargos* y los *dones*, y en que nadie tiene derecho de pretender a lo que no ha recibido. (27-31).

12 En efecto, conforme el cuerpo uno es y tiene muchos miembros, mas todos los miembros del único cuerpo, siendo muchos,
13 son un solo cuerpo, así también Cristo [6], porque en un solo Espíritu todos nosotros para un solo cuerpo fuimos bautizados, ora

designada como un don del Espíritu, no es solamente esa confianza del corazón, común a todos los cristianos, y que nos hace partícipes de Cristo y de la salvación por él, sino esa fe heroica que, por momentos, se apodera de la omnipotencia de Dios y realiza milagros. (13:2.) Por esto a continuación de esa fe, como frutos suyos, pone el apóstol los dones milagrosos. (v. 9, 10.) Los *dones de curación* son distinguidos de las *operaciones de milagros* (gr. "operaciones de potencia"), como lo particular de lo general. Es notable que Pablo pone en el rango de los dones especiales el *discernimiento de los espíritus*, esta penetración que *distingue*, como por un instinto espiritual y seguro, lo verdadero y lo falso en los que se dicen apóstoles o profetas, o simplemente cristianos. (1 Juan 4:1; Actos 5:3; 1 Cor. 14: 29; Fil. 1:9, 10.) En cuanto a los dones de *profecía y de lenguas* (Gr. "géneros de lenguas"), véase cap. 14.

5. "Como *quiere*". Un ser dotado de *voluntad* es un ser personal. Por esto se ha encontrado en estas palabras una de las pruebas bíblicas de la personalidad del Espíritu Santo. Pero lo que sobre todo debe observarse en esta conclusión del apóstol, basada en los versículos 4, 5, 6, es que los cristianos, a pesar de la mayor *diversidad* de sus dones, deben hallar en ellos la *unidad*, puesto que todos esos dones emanan del *solo y mismo Espíritu*, que no podría estar dividido. Esta conclusión saca y desarrolla el apóstol en la hermosa figura que sigue.

6. Se esperaba aquí, como punto de comparación: lo mismo ocurre con la iglesia, que es el cuerpo de Cristo. En lugar de esto, el apóstol pone directamente a *Cristo*, sin duda a fin de mostrar que él es *uno* con su iglesia, la cabeza de todos los miembros de los que constituye así la indisoluble unidad.

judíos, ora griegos, ora siervos, ora libres; y a todos se nos dió de
14 beber un solo Espíritu [7]. En efecto, el cuerpo tampoco es un solo
15 miembro, sino muchos. Si dijere el pie: Porque no soy mano no
16 soy del cuerpo, ¿no es por esto del cuerpo? Y si dijere la oreja:
Porque no soy ojo no soy del cuerpo, ¿no es por esto del cuerpo [8]?
17 Si el cuerpo entero fuera ojo, ¿dónde estaría el oído? Si entero
18 fuera oído, ¿dónde estaría el olfato [9]? Mas ahora Dios puso los
miembros —cada uno de ellos—, en el cuerpo, conforme quiso.
19 Que si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo?
20 Mas ahora muchos miembros, sí, hay, mas un solo cuerpo. Y no
21 puede el ojo decir a la mano: No tengo necesidad de ti, ni por
22 otra parte la cabeza a los pies: No tengo necesidad de visitiros;
sino mucho más, los miembros del cuerpo que parecen más débiles

7. Antes de ir más lejos y desarrollar su comparación, el apóstol quiere mostrar *cómo* se hace el hombre miembro del cuerpo de Cristo y *uno* con todos sus hermanos: es por la regeneración del Espíritu Santo, cuyo signo es el bautismo. Este bautismo del Espíritu es considerado como una realidad actual y poderosa, expresada por estas palabras: *bautizados* (sumergidos) *en un solo Espíritu*, y *abrevados de un solo Espíritu.* (Verdadera variante y verdadera traducción.) Estos dos términos (bautizados y abrevados) deben entenderse de la misma acción del Espíritu, y no, según algunos intérpretes, el uno del bautismo y el otro de la cena. No es solamente la diversidad de los dones del Espíritu lo que viene a armonizarse en la unidad, sino también las diferencias de nacionalidad, de educación, de carácter, de rango: *judíos, griegos, siervos* o *libres,* se hacen *uno* en Cristo *por el mismo Espíritu.*

8. Aquí y en el v. 15 se puede traducir sin pregunta: no deja sin embargo de ser del cuerpo. Esta comparación, o más bien estas palabras que el apóstol hace pronunciar a miembros del cuerpo quejándose de no ser otros miembros, muestra vivamente la necedad que hay en hacer de tales dones especiales, de tal posición, de tal vocación, la señal infalible de que se pertenece a Cristo, o bien en inferir lo contrario con desaliento y quizá con una mirada de envidia a los demás. Una consecuencia no menos funesta de este error sería que cada uno en la iglesia se creyera autorizado a vivir para sí y a rehusar al conjunto del cuerpo los servicios y la abnegación que le debe, según la intención de Dios.

9. Así, no solamente la diversidad no destruye la unidad, sino que es la condición indispensable de ella. Sin esto el cuerpo, según la suposición del apóstol, lejos de ser un admirable organismo, sería una masa monstruosa (v. 19). Es necesario, pues, en lugar de exigir en todos los mismos dones, reconocer la adorable sabiduría que ha presidido su distribución (v. 18). Solamente, no hay que olvidar que hay cuerpo más que en Cristo, que es el Jefe (v. 20), ni unidad si no en el Espíritu (v. 13).

10. En las palabras que preceden Pablo reprende a los miembros del

23 son indispensables [10]; y los que pensamos son los más viles del
cuerpo, a éstos hacemos mayor honor, y los [miembros] inde-
24 centes nuestros mayor decoro tienen, mas los [miembros] decen-
tes nuestros no tienen necesidad. Mas Dios compuso el cuerpo,
dando mayor honor al que carecía, para que no haya división en
25 el cuerpo, sino que los miembros tengan el mismo cuidado unos
26 por otros [11]. Y ora padezca un miembro, padecen con él todos los
miembros; ora sea honrado un miembro, gozan con él todos los
27 miembros [12]. Y vosotros sois cuerpo de Cristo, y miembros indi-
vidualmente [13]. Y a unos puso Dios en la iglesia en primer lugar
28 por apóstoles, en segundo por profetas, en tercero por maestros,
luego milagros, luego dones de gracia de curaciones, socorros, go-

cuerpo de Cristo descontentos de la parte que Dios les ha dado y que hallan en ella motivos de desaliento, de desconfianza, o de infidelidad. Aquí, al contrario, censura a los que, más ricamente dotados, por lo menos a sus propios ojos, no estiman en su justo valor a otros de sus hermanos diferentemente dotados. Este pensamiento se torna más impresionante aun si se representa uno vivamente la figura por la cual Pablo lo expresa: el *ojo* es ciertamente uno de los más preciosos miembros del cuerpo, pero cuando tiende hacia un objeto, no puede llegar a él sin la *mano*, o bien cuando está herido o turbado por algún cuerpo extraño, no podría librarse de él sin la mano. La *cabeza* es infinitamente superior a los *pies*, y, sin embargo, no puede sin ellos ejecutar sus pensamientos. Es que ni el ojo, ni la mano, ni los pies, ni la cabeza son nada por sí mismos, sino únicamente por el espíritu que los anima y cuyos instrumentos son. Así debe ocurrir con el cuerpo de Cristo, animado de su Espíritu.

11. El apóstol presenta aquí (v. 22-25), la misma figura bajo otro aspecto; distingue en el cuerpo miembros *decentes*, y otros que lo son menos (los pies por ejemplo); ahora bien: como el hombre tiene un cuidado especial de estos últimos, mientras que los otros (por ejemplo, el rostro) no lo necesitan, así Dios, en su condescendiente bondad, *honra* a los miembros más obscuros del cuerpo de Cristo (v. 24), y nosotros debemos imitarle a fin de que en lugar de dividirnos respecto de sus dones, tengamos el mismo tierno *cuidado* de los que, en apariencia, son los menos honrados. Esto se aplicaba sobre todo de un modo notable a las disensiones orgullosas que reinaban en Corinto; pero, ¿dónde no encontrará la caridad en qué ejercer tal deber?

12. En el cuerpo humano, este *padecimiento de todo el cuerpo* cuando uno de los miembros padece (o la inversa) tiene siempre lugar, porque no hay allí más que una sola y misma vida. De esta necesidad absoluta y orgánica debemos aprender cuán verdadero es el hermoso pensamiento expresado por Pablo. (Comp. Rom. 12:15, nota.)

13. Gr. "miembros *en parte*, es decir, formando *parte* cada miembro del *cuerpo de Cristo*. Es como si dijera: "Por alto que seas en la iglesia, no eres más que una débil parte

29 biernos, géneros de lenguas. ¿Son acaso todos apóstoles? ¿Son
acaso todos profetas? ¿Son acaso todos maestros? ¿[Hacen]
acaso todos milagros? Tienen acaso todos dones de gracia de cu-
30 raciones? ¿Hablan acaso todos en lenguas? ¿Interpretan acaso
31 todo[14]? Mas desead con ardor los dones mejores; y aun os mues-
tro un camino por excelencia[15].

de ella, no eres el todo; mira, pues, si te sometes humildemente al conjunto, contribuyendo a su bien". Por estas palabras llega el apóstol a la aplicación de la figura que ha desarrollado hasta aquí.

14. Para llegar a estas preguntas impresionantes ha enumerado una vez más el apóstol los dones diversos conferidos por Dios a su iglesia, y es así como, para confundir todo orgullo, aplica a sus lectores la comparación del cuerpo humano. (v.15-26.) En su primera enumeración (v. 4-10), no ha mencionado los *cargos* o *ministerios* (servicios) más que someramente (v. 5); aquí los considera en detalle. (Vers. 28.) El orden en que los pone es intencional. (Comp. Efes. 4:11.) Los *apóstoles*, los testigos auténticos de Jesucristo, los fundadores de su iglesia, los que la han formado en la doctrina y en la vida, ocupan el primer rango, una posición única; los *profetas* (véase sobre la *profecía*, cap. 14) vienen luego, antes de los maestros, porque, aunque menos importantes a ciertos respectos, recibían de Dios para la iglesia revelaciones directas, saludables amonestaciones, expresión de la voluntad divina; los *maestros* son los que tenían el don de sabiduría y ciencia. (V. 10, nota.) Entre los dones, hay dos que el apóstol no había nombrado precedentemente: son los *socorros* y los *gobiernos*. (Vers. 28.) Los primeros tienen por objeto los cuidados a los pobres y a los enfermos; los segundos designan los dones de gobernar, de administrar los asuntos prácticos en la iglesia. Como estos dos géneros de actividad se refieren a las cosas externas, a pesar de su importancia, el apóstol los coloca en última línea con el don de las *lenguas* y de su *interpretación*, al cual volveremos con él (cap. 14). Esto establecido, procura humillar por sus apremiantes preguntas (v. 29, 30), a los cristianos que, en su orgullo, pretendían todos los cargos y todos los dones en lugar de someterse con deferencia a los que los habían recibido, y aprovechar para su edificación. Estas preguntas, en que se trasluce una santa ironía, no están fuera de lugar hoy en ciertas iglesias. (Véase v. 10, nota).

15. Cap. 13. No hay en el griego: "mejores dones" (Ostervald), o: "más excelentes" (Martin), sino *los dones los mejores*, es decir los que más directa y poderosamente tienden, no a glorificar al hombre, sino a edificar la iglesia de Dios. Ahora bien: estos dones, los mejores, serán designados en el cap. 14, por oposición a otros que los Corintios exaltaban de modo indebido. Pero antes de ello, quiere mostrarles en el amor (que jamás es nombrado como un *don*, un *jarisma)* lo que debe animar, dirigir, santificar todos los dones, y sin el cual no serían nada. Se diría que tiene apuro en interrumpir su disertación para hablar del amor; emplea el presente: *os muestro*, y llama la caridad un "camino por excelencia". (Griego).

CAPITULO XIII.

I. *Todos los dones nada son sin el amor, 1-3.* — II. *Preciosos caracteres del amor, 4-7.* — III. *Todos los dones deben cesar; el amor, jamás; está por encima de todos los dones, 8-13.*

I. 1-3. Los dones más brillantes no tienen valor alguno sin el amor. — Sin él: 1º El don más perfecto de las lenguas, la más alta elocuencia, no es más que un vano sonido. (1). — 2º La profecía, la ciencia, la fe misma no son nada. (2). — 3º Las buenas obras de mayor importancia, las más heroicas abnegaciones no sirven de nada. (3).

1 Si en las lenguas de los hombres hablare, y de los ángeles, mas
no tuviere amor, heme hecho metal que resuena o címbalo que re-
2 tiñe[1]. Y si tuviere profecía, y conociere los misterios todos y todo
el conocimiento; y si tuviere toda la fe, de modo que transportare

1. *Caridad* significa *amor*. Se podría pues, siguiendo el ejemplo dado por la más literal de las versiones modernas, emplear constantemente esta última palabra que presenta al espíritu una idea tan precisa y tan hermosa, mientras que la primera ha sido tan a menudo desfigurada por el uso que de ella se hace. Lutero y la versión inglesa apoyan con su venerable autoridad el empleo de ese término, sin temer el acercamiento que provoca entre el amor divino y el amor humano. Pese a ello, y aunque en muchos pasajes hemos seguido ese ejemplo para mayor claridad, un motivo muy grave nos parece militar en otras partes en favor de la voz *caridad*, que, en cierto sentido, responde sola completamente al término original *(agápe)*: este motivo es la autoridad del Nuevo Testamento entero. En efecto, las autores sagrados tenían a mano la palabra usual de *amor*. ¿Por qué no la han empleado *jamás*? ¿Por qué también los traductores latinos, tanto antiguos como del siglo de la reforma, han preferido constantemente la palabra caridad a la de amor? Es porque aquí el pensamiento religioso se mueve en un dominio completamente diferente. "El paganismo, jamás se elevó por encima del *amor* (éros); no conoció la *caridad* (agápe). Para él, el amor, aun bajo su más noble forma (y se sabe que un Platón lo elevaba hasta el amor divino) no es más que una aspiración hacia el amor, nacida del sentimiento de que no se posee lo que es soberanamente amable. La *caridad* cristiana, al contrario, es Dios mismo morando en el creyente, de modo que fuentes de agua viva brotan de él en vida eterna. (Juan 4: 14). Este cántico de triunfo, sobre el puro amor, es doblemente hermoso en la boca de Pablo. Juan, el evangelista, es el apóstol de la *caridad;* Pablo es el predicador de la *fe*. Este capítulo es el testimonio de su naturaleza nueva; su viejo hombre no conocía la efusión de un amor

3 los montes, mas no tuviere amor, nada soy[2]. Y si distribuyere
en alimentos todos mis bienes, y si entregare mi cuerpo para ser
quemado, mas no tuviere amor, nada aprovecho[3].

semejante. Por eso su estilo mismo se transforma aquí; pierde su forma dialéctica para revestir la sencillez, la límpida profundidad que distingue a Juan. La caridad, cuyo carácter describe aquí, no es un simple sentimiento del corazón sino la dirección más íntima del hombre completo hacia Dios y su voluntad. Las más hermosas manifestaciones del amor natural, el amor de la madre por su hijo, del hijo por su madre, no son más que débiles figuras de este amor celestial, engendrado en el cristiano por el sentimiento de su redención. La experiencia que de él ha hecho el apóstol ha encendido en él una llama que no se apaga jamás. Este amor hace cesar el aislamiento en que el hombre vive en su estado de pecado, y consuma su unidad con Dios, y de Dios con él. El amor de Dios se hace su amor, pues no es ya él quien vive, sino que es Cristo quien vive en él". (Gál. 2:20). *Olshausen.* Entre los dones que el apóstol opone a la caridad, empieza precisamente por aquél que los Corintios exaltaban por encima de todo, el don de *lenguas.* (Comp. 12:10, nota, y cap. 14). No hay que ver en las *lenguas de los ángeles* una sencilla hipérbole: hay una realidad en el lenguaje del cielo, sea el que fuere, puesto que Pablo había oído allí cosas inefables. (2 Cor. 12:4). El *metal que resuena* (instrumento de música), como el *címbalo que retiñe,* sin el *espíritu* que les da el sentido y la armonía, no son más que un vano ruido; tales son los dones más brillantes sin el amor.

NOTA DEL TRADUCTOR. — Como la presente versión del texto es independiente, nos consideramos con derecho de retener el vocablo *amor,* aun cuando estamos *de acuerdo* con todo lo que el autor dice y transcribe precedentemente. Lo hacemos así por las razones indicadas por el autor al principio de esta nota y para mayor uniformidad.

2. Los dones de *profecía,* de *ciencia* y de *fe* (12:8-10, nota), sin el *amor,* no encuentran, a los ojos del apóstol, más gracia que el don de lenguas. "Parece imposible poseer estos dones, y esto en el más alto grado (*todo* el conocimiento, *toda* la fe), sin el amor. ¿Diremos que el apóstol ha querido precisamente suponer lo imposible, a fin de realzar tanto más el valor del amor? Los términos del original son contrarios a esta interpretación. (Todos los verbos están en un tiempo positivo, con *cuando* o *si,* y no en condicional, como nuestras versiones traducen). Debemos antes confesar que, aunque contra la naturaleza, tal separación de lo que parece inseparable es demasiado posible. El pecado ha puesto en el hombre tal desacuerdo, que puede establecerse un completo divorcio entre la cabeza y el corazón, de modo que entonces la fuerza divina se mantega y se manifieste en la inteligencia y aun en la voluntad, mientras que la inclinación más íntima del corazón ya se ha apartado de él, y no toma ya el amor de su verdadera fuente. Esta triste experiencia describe el apóstol con vivos colores, a fin de sacar a la luz la naturaleza de la caridad, la única que da a todos los hechos religiosos la verdad, la vida, la armonía". *Olshausen.* Balaam es un ejemplo notable de la *profecía*

II. 4-7. LOS CARACTERES DEL AMOR. — El apóstol lo personifica y describe sus rasgos: 1º Por dos caracteres positivos. (4a). — 2º Por ocho características negativas, por medio de las cuales lo opone al egoísmo humano. (4b-6a). — 3º Por cinco cualidades que sólo a él pertenecen, y que terminan el retrato. (6b-7).

4 El amor es paciente, es benigno[4]; el amor no arde de envi-
5 dia[5]; el amor no se jacta[6], no se hincha, no obra vergonzosamen-
6 te[7], no busca lo suyo propio[8], no se irrita, no imputa el mal[9], no

sin la caridad. (Núm., cap. 22.) En cuanto al *conocimiento* sin la caridad, véase las notables palabras del apóstol, 8:1, 3. La *fe* aquí (como en 12:9) no es la imputada a justicia (Rom. 4:5 y sig.), que nos une al Salvador y nos hace participantes de Cristo entero, pues tal fe es inseparable del amor. Se trata aquí de un *don (járisma),* como el de las lenguas o de los milagros, y esta fe, aunque no sea *absolutamente* diferente de la otra, por lo menos en su *principio,* no abarca como su *objeto* más que la omnipotencia de Dios, de que se apodera, y, por ella, se hace posible lo imposible, *hasta transportar los montes.* (Comp. Mat. 17:20.) Esto principalmente hallaba aplicación en el estado de la iglesia de Corinto, en medio de la fermentación de los dones extraordinarios, donde lo humano se mezclaba de una manera extraña con lo divino. Pero en todo tiempo una fe muy fuerte puede existir sin el amor; testigo de ello el fanático que persigue con sinceridad, o que se hace él mismo mártir de su error.

3. Cualquiera sea el motivo de tales sacrificios de los *bienes* (Gr. "distribuídos en bocados") o aun de la *vida,* de nada sirven a los ojos de Dios si no emanan del amor a él y a los hombres. Lo que Dios quiere es el *corazón;* sin ello, rehusa todo lo demás. ¡Qué juicio absoluto sobre todas las obras de propia justicia, sobre todas aquellas en que el hombre busca su orgullo!

4. Como el apóstol personifica el amor, no emplea al trazar su hermosa y santa figura ni epítetos para definirlo, ni adjetivos para calificarlo, sino únicamente verbos, la palabra de la *acción;* dice lo que él *hace* o *no hace,* de conformidad a su naturaleza íntima. Nos muestra con esto que no es un sentimiento vago y contemplativo del corazón, sino un poder enérgico que obra en la vida y transforma todas sus relaciones. Así el amor *es paciente* (Gr. "de longanimidad", *"longanimiza"*) no dejándose provocar por el mal; mucho más, su inagotable *benignidad* derrama a su derredor el bien, las bendiciones que toma de la verdadera fuente.

5. No tiene *envidia* o *celos.*

6. No tiene jactancia, ni vanidad, fatuidad, ni en palabras ni en conducta.

7. Extraño al *orgullo,* siempre humilde, no se permite ninguno de esos procedimientos que no se confiesan, de que se tiene vergüenza, aun delante de los hombres. En general, estos caracteres del amor, dados así de una manera *negativa,* son otras tantas censuras de las miserias que Pablo veía en Corinto, y en el corazón del hombre.

7 se goza por la injusticia, sino que se goza con la verdad [10]; cubre
todo [11], cree todo, espera todo, soporta todo [12].

III. 8-13. EL AMOR ES ETERNO. — 1º No podría perecer, pues es Dios mismo en nosotros, mientras que los otros dones se harán inútiles en el estado de perfección. (8-10). — 2º Prueba y desarrollo de esta verdad por dos figuras: lo que el niñito es al hombre hecho, lo que la vista obscura de los objetos en un espejo es a la contemplación inmediata de la realidad, tal es nuestro estado presente en relación a la perfección. (11, 12). — 3º Conclusión: el amor es mayor que la fe, que será cambiada en vista, y que la esperanza, que cesará por la posesión. (13).

8 El amor nunca cae [13]. Ora profecías, serán abolidas; ora len-
9 guas, cesarán; ora conocimiento, será abolido, pues en parte co-
10 nocemos y en parte profetizamos, mas cuando viniere la perfec-
11 ción lo que es en parte será abolido [14]. Cuando era niño hablaba

8. Destruye al contrario el *egoísmo*, que es la raíz de todo pecado.

9. No imputa el mal para hacer venganza; lo olvida.

10. No tiene ningún *gozo* secreto y maligno cuando ve a un hermano caer en el pecado; se aflige de ello, y se *regocija* de la verdad (práctica), es decir de la santidad. Traducimos literalmente: "Se goza *con* la verdad". Como el apóstol en todos estos versículos personifica el *amor*, lo mismo hace en cuanto a la *verdad*, de modo que la una, encontrando a la otra, *se goza* con ella; y este gozo es experimentado por el corazón amante, por simpatía, y porque ama lo que glorifica a Dios, la *verdad!*

11. "*Cubre* todo", es decir excusa las faltas y los pecados de los demás dentro de lo lícito.

12. En los demás, respecto de sí mismo, sin llamar jamás por eso al mal bien, ni las tinieblas luz. *Creer* y *esperar* mucho de los hombres, es a menudo el medio más poderoso de llevarlos al bien, mientras que la desconfianza, el espíritu de juicio provocan el mal.

13. "Nunca *cae* o *cesa*", porque es la esencia misma de la vida del alma, de la vida del cielo, tomada de Dios, que es amor. El amor, en su perfección futura, no será diferente del amor que vive ahora en el corazón del hijo de Dios más que por esa perfección misma, y no por su naturaleza. No ocurre lo propio con los dones del Espíritu que solamente son por un tiempo, semejantes a la andamiada que *cae* cuando el edificio está concluído. (Vers. 8-12.)

14. Los v. 9, 10 dan la razón por la cual los dones designados en el v. 8 *cesarán*, como lo indica ya la conexión por medio del *pues*. (v. 9.) Luego el apóstol desarrolla aun esa razón por dos similitudes. (v. 11 y 12.) *Porque conocemos* y *profetizamos en parte*, por fragmentos, de una manera extremadamente imperfecta, la *ciencia* y la *profecía* serán abolidas, para ceder lugar a un medio enteramente distinto de conocer.

como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas al ha-
12 cerme hombre he abolido lo que era del niño. Ahora, en efecto,
vemos por espejo algo obscuro, mas entonces cara a cara [15]; ahora

(v. 12.) En relación a la *profecía*, esto es evidente, y esta declaración ha sido ya cumplida históricamente en este mundo. Pero en cuanto a la *ciencia* o *conocimiento*, ¿cómo puede ser, puesto que se dice que conocer a Dios es la vida eterna (Juan 17:3), y que el conocimiento es identificado con el amor mismo, que no perece jamás? (1 Juan 4:7, 8). A esta pregunta, que no carece de dificultad, se puede por lo menos responder: 1º Que el apóstol habla aquí del conocimiento como *don* extraordinario del Espíritu (12:8), y que, si esta ciencia no puede ser abolida en cuanto a su *objeto*, que es Dios, lo será, y ya lo ha sido, en cuanto al *modo* por el cual el hombre la adquiere. 2º Que, aun tomando esa palabra en su sentido ordinario y general, nuestro conocimiento actual no es nada en comparación de lo que será la contemplación inmediata de su objeto. En esta medida, la declaración del apóstol queda verdadera, sin ser absoluta, y se puede decir lo mismo de los otros dones que serán abolidos: así las *lenguas* cesarán (v. 8), ora como *don* del Espíritu, ora como facultad natural; y sin embargo habrá en la perfección algún lenguaje, un medio superior de comunicación. Así también la *profecía*, esta inspiración inmediata de Dios (cap. 14), será abolida, pero la comunión perfecta con Dios será la más elevada profecía. Del mismo modo el conocimiento: sus medios penosos y lentos cederán luego a la vista inmediata; sus resultados fragmentarios *(en parte)*, desaparecerán ante la plenitud de la verdad, en la pura luz. Lo que prueba que tal es el pensamiento del apóstol son las dos comparaciones por las que lo explica. (Vers. 11 y 12.) En un sentido, la ciencia del *niño* subsiste ciertamente aun en la del *hombre* hecho; pero, en otro, se puede decir que no hay una de esas nociones pueriles que no haya sido *abolida* por la ciencia de la edad madura. Nuestra vida en este mundo, en comparación de la vida del cielo, es infinitamente menos aun que la primera infancia respecto de la más madura experiencia, pues, entre la tierra y el cielo, no hay solamente la distancia de la *fe* a la *vista*, sino sobre todo la distancia del *pecado* a la *santidad*. Ahora bien: aun en el más elevado grado de desarrollo posible, el cristiano anda por la fe, una fe a menudo obscurecida, y no por la vista. (2 Cor. 5:7.)

15. Esta figura prueba también, como la del v. 11 (véase la nota que precede), que el apóstol no entiende la abolición del conocimiento actual de un modo absoluto, pues un *espejo* muy bien puede no mostrar los objetos más que de un modo muy imperfecto, desfigurado, presentar solamente formas indecisas y obscuras (esto ocurría sobre todo con los espejos metálicos de los antiguos), pero no obstante esos objetos así vistos son realmente los mismos que existen en la naturaleza y que el espejo refleja tan mal. El cristiano compara las verdades reveladas con su experiencia, con sus necesidades, con el mundo exterior, y he ahí para él el espejo en que se

conozco en parte, mas entonces conoceré conforme fuí conocido [16].
13 Ahora pues permanecen fe, esperanza, amor, estas tres; mas la
mayor de éstas es el amor [17].

refleja la imagen de las cosas divinas; pero como ni el mundo exterior, que está lleno de misterios, ni su propio corazón, que está obscurecido por el pecado, le presentan pura y claramente esa imagen, ve *obscuramente*, "en enigma" (Gr.), enigma cuya clave busca, la que le es dada ora de una manera, ora de otra; y así avanza, paso a paso, dejando tras sí mil preguntas sin respuesta, hasta el día en que *verá cara a cara*, inmediatamente sin usar el espejo.

16. *Como he sido conocido*: de Dios. (Comp. 8:3, nota.) Este *conocimiento* mutuo será una mutua penetración por el amor; en otras palabras, una comunión perfecta (véase 1 Juan 3:21: "Le veremos tal cual es" en sí mismo, mientras que en este mundo le vemos solamente tal cual es en nosotros. (Comp. Juan 17:21.)

17. *Ahora*, para todo el tiempo de la prueba, aunque los otros *dones* deban cesar, *permanecen* estos *tres* elementos de la vida cristiana: la *fe*, que en las cosas religiosas es la fuente de todo conocimiento verdadero, comprende como *presentes* los bienes que nos son revelados y ofrecidos en Jesucristo, y posee ya en este mundo, en la medida de su desarrollo aquello de que gozaremos completamente cuando esa fe haya sido cambiada en vista. La esperanza, que descansa sobre la fe, no difiere de ella más que en cuanto es dirigida enteramente hacia el porvenir, hacia la liberación, hacia la perfección. Ella es el vivo sentimiento de que "lo que seremos no ha sido aún manifestado", y que esta "manifestación de los hijos de Dios" es tan necesaria a nuestra perfección cuan cierta es según las promesas de Dios. La fe harta (Juan 6:35); la esperanza da el hambre (Rom. 8:19-25); una y otra son necesarias a nuestro progreso en la vida interna. Por la fe tenemos comunión con Cristo, paz con Dios, acceso a él; la esperanza mantiene en nosotros el sentimiento de que no tenemos aún más que las arras de lo que nos está reservado (2 Cor. 1:22, nota); ella es un perpetuo suspiro hacia lo infinito y la perfección. El *amor* está sobre ambas, no solamente porque subsistirá cuando la fe sea cambiada en vista y la esperanza esté cumplida (v. 8, nota), sino también porque el amor es el alma, la vida de la esperanza y de la fe. El amor es Dios en nosotros, y Dios será todo en todos. Por esta exposición, el propósito del apóstol es admirablemente cumplido: la *fe*, por la que no entiende ya aquí (como en 12:9 y 13:2) un *don* extraordinario y pasajero sino el medio permanente de la vida cristiana; la *esperanza*, que es como el goce anticipado del cielo, son ciertamente superiores a los dones milagrosos más distinguidos. ¡Y sin embargo el *amor* es mayor aun que la fe y la esperanza! ¡Qué lección para esos Corintios que se exaltaban a sus propios ojos por la excelencia de sus dones, olvidando unos para con otros las más simples obligaciones de la caridad! Esta lección, por otra parte, es indispensable para aprovecharla en todo tiempo. Algunos exégetas toman la palabra *ahora*, no como una designación del *tiempo* presente, sino como una conclusión lógica, y piensan que el verbo *permanecen* asigna una duración perpetua, eterna, a la fe y a la esperanza, tanto como el amor. Estos tres dones de la gracia serían, aun en el cielo, los elementos de un desarrollo indefinido del alma. Pero, ¿quién puede concebir la fe y la esperanza donde está la vista y la posesión? ¿No ha respondido Pablo mismo a esta pregunta? (Rom. 8:24.)

CAPITULO XIV.

I. *Del valor y del uso del don de lenguas, en sus relaciones con el don de profecía, 1-25.* — II. *Consecuencias que saca el apóstol en cuanto al buen orden en las asambleas, 26-40.*

I. 1-25. LA PROFECÍA ES PREFERIBLE AL DON DE LENGUAS. — 1º Razones: el que habla en lenguas, no siendo comprendido, no hablando sino a Dios, sólo a sí mismo se edifica, sólo para sí es útil; el que profetiza edifica a los hombres, es útil a la iglesia entera; el uno es pues preferible al otro. (1-6). — 2º Dos figuras van a probarlo: Si algunos instrumentos de música no dieren más que sonidos indistintos, ¿quién recibirá la impresión? sí, en las lenguas humanas, las palabras no tuvieren un signficado preciso, todas las comunicaciones serían imposibles entre los hombres; desead pues los dones que edifican. (7-12). — 3º Para ello hay que pedir a Dios que agregue al don de lenguas el don de interpretarlas; en efecto, orar, bendecir a Dios, cantar sus alabanzas *en espíritu*, puede dejar sin fruto el *entendimiento*, para sí mismo y para los demás. De donde infiere Pablo que, bien que él tenga más que nadie el don de lenguas, prefiere cinco palabras entendidas a millares que quedan ininteligibles. (13-19). — 4º El don de lenguas, que los Corintios ambicionaban como niños, no es una señal cierta de la gracia; Isaías hace de él una señal de juicio para los incrédulos; si todos ejercieren ese don, los ignorantes y los incrédulos estimarían que carecéis de sentido, mientras que la profecía puede convencer y convertir las almas. (20-25).

1 Perseguid el amor [1], mas desead con ardor los dones espiri-
2 tuales [2], mas sobre todo que profeticéis. En efecto, el que habla

1. Esta conclusión de todo el cap. 13 recibe la mayor fuerza de los v. 1-3, y del v. 13. La caridad no es solamente el alma de todos los demás dones de que el apóstol va a hablar, sino que dirige su apreciación y su uso, según pueden servir mejor a la edificación de los demás.

2. Pablo vuelve así a su exhortación (12:31), interrumpida por el capítulo 13; vuelve a ella, porque tiene graves instrucciones para dar so-

3 en lengua [3] no habla a los hombres, sino a Dios, pues nadie oye,
mas en espíritu habla misterios [4]. Mas el que profetiza, a los hom-

bre esos *dones espirituales*, y porque no querría que se pudiera inferir de lo que precede que no hace mucho caso de ellos. En lugar de la voz ordinaria de *járismata*, dones de la gracia, emplea aquí (v. 1) la de *pneumaticá*, dones *espirituales*, por lo que entiende los dones y las operaciones del Espíritu. Así también en 12:1.

3. La *profecía* y el don de *hablar en lenguas*, tales son los dos principales temas de que Pablo trata en este capítulo apreciando el uno en relación al otro. Antes de seguir el detalle de sus enseñanzas, es bueno procurar darse cuenta de la naturaleza de esos dones. Hay que convenir, desde luego, que no hay cuestión alguna de la antigüedad cristiana que presente más dificultades. Antecedentes históricos nos faltan para llegar a una plena certidumbre a este respecto. Las instrucciones del apóstol eran perfectamente claras para los que las recibían, pero nuestro conocimiento insuficiente de las circunstancias deja subsistir para nosotros una obscuridad bastante grande. Esta concierne sobre todo al *don de lenguas*. En los primeros pasajes en que es mencionado, es llamado el don de hablar *"nuevas* lenguas" (Mar. 16:17), *"otras* lenguas". Actos 2:4.) Se ve por Actos 2:8 que los oyentes de Pentecostés comprendían el lenguaje de los apóstoles de tal suerte que les parecía que éstos se expresaban en sus dialectos particulares. No se dice, en efecto, que esas *"otras* lenguas" fueran lenguas *extranjeras*. La analogía del fenómeno que se produjo más tarde en Corinto conduce más bien a la conclusión opuesta. En efecto, mientras que en el primer momento de la efusión del Espíritu, en Jerusalén, los que hablaban esas lenguas eran perfectamente entendidos de la multitud a que se dirigían (Actos 2:5-12), en Corinto, en el momento en que Pablo escribía nuestra epístola, diez y siete años más tarde, nadie en la asamblea los comprendía. (Vers. 2, 4, 9, 11, 14, 16, 23.) De ahí mismo había nacido por el Espíritu otro *don* subsidiario del primero, el de *interpretar las lenguas*. (12:10; 14:5.) Estos dos dones no estaban siempre reunidos en la misma persona. (Vers. 13, 27, 28.) De la comparación de estos hechos indubitables se puede inferir: 1º No, como lo han pretendido algunos exégetas modernos, que el don mencionado en esta epístola era completamente distinto del capítulo 2 de los Actos, eso es inadmisible, sino más bien que ese don había sufrido, en el lapso de los años, ciertas alteraciones, perdido su fuerza y su lucidez. (Véase la nota siguiente.) 2º Se puede inferir también que este don, en Corinto, se ejercía en un estado de alma elevado por el Espíritu hasta una especie de éxtasis, en que el que hablaba, no hallando en su lengua expresiones suficientes para expresar los sentimientos que experimentaba, daba salida a esos sentimientos ("según el Espíritu le daba que se expresaran", (Actos 2:4) por las voces de un lenguaje desconocido a él mismo y a los demás, y de que luego no conservaba recuerdo, sin lo cual siempre habría podido *interpretarlo*. Las vivas impresiones que experi-

4 bres habla para edificación y exhortación y consuelo [5]. El que ha-
bla en lengua, a sí mismo edifica [6]; mas el que profetiza edifica la

mentaba en ese estado, las oraciones o las acciones de gracias que pronunciaba, edificaban a él mismo (v. 2-4, 14-16); mas no teniendo conciencia clara de lo que pasaba en él, no podía, vuelto a su estado natural, comunicarlo a los demás para su edificación. Por esto Pablo quiere que, si no hay intérprete, el que habla en lenguas guarde silencio en la asamblea. (Vers. 28). Según estas observaciones, que resultan de nuestro capítulo, algunos intérpretes modernos, rechazando completamente la idea de idiomas o de dialectos, y tomando la palabra *lengua* (*glosa*) en su sentido corporal (el miembro, órgano de la palabra), no han querido ver en el don en cuestión más que una fuerza del Espíritu Santo que hacía mover la lengua para expresar acciones de gracias y oraciones, sin que el que era objeto tuviera conciencia clara de lo que hacía o decía. Mas, fuera de que esa acción mecánica, material del Espíritu no tiene analogía en la iglesia primitiva, basta, para hacer inadmisible esa idea, observar que Pablo emplea la palabra *lenguas* ora en plural, ora en singular; ahora bien: no teniendo ningún hombre varias lenguas, no puede ser ese su pensamiento. Por otra parte, como es cierto que en Corintio este fenómeno tenía lugar sin que ni el que hablaba, ni los que escuchaban *entendieran* (v. 2, 14, 15), no se trata ya aquí de lenguas o dialectos en el sentido ordinario de la palabra, sino más bien de sonidos o cánticos por los cuales los sentimientos del alma salían al exterior. Por esto, con M. Rilliet, traducimos, no: hablar una lengua, o lenguas, sino: hablar *en lenguas*. 3º Se puede inferir por último que este don no había sido conferido a la iglesia primitiva para procurarle el conocimiento de las *lenguas extranjeras*, sino que, destinado a reemplazar todos los otros símbolos que acompañaron la efusión del Espíritu Santo (Actos 2:1-4), este don, fuerza misteriosa, capaz de derribar las barreras que, de pueblo a pueblo, cautivan el pensamiento, era el símbolo precioso de la unión de todas las naciones en un mismo espíritu, bajo el evangelio de la gracia. Por eso Pablo dice positivamente que era una *señal* para los que no creían aún. (Vers. 22). Muy distinto era del *don de profecía*. El profeta del nuevo pacto, que no difería del antiguo sino según los caracteres diversos de las dos economías, recibía por el Espíritu de Dios revelaciones que, destinadas a toda la iglesia, podían ser expresadas por él de una manera clara, impresionante e inteligible para todos. (Vers. 3, 4). Sus discursos, de una potencia irresistible, eran sobre todo llamados y exhortaciones propias para despertar las almas o consolarlas. Algunas veces le era dado penetrar las necesidades y los secretos de los corazones, sacarlos a plena luz y llevar un pecador cautivo y postrado a los pies del Señor (Vers. 24-25). Este don de profecía era pues de la más alta importancia en la iglesia para la propagación rápida de la vida nueva. Por esto el apóstol coloca los profetas aun antes de los doctores (12:28, 29; Efes. 4: 11), porque aquellos recibían directamente la verdad y la vida divinas,

5 iglesia. Deseo que todos vosotros habléis en lenguas, mas sobre
todo que profeticéis, pues más es el que profetiza que el que habla

mientras que éstos las alcanzaban por una senda más lenta y susceptible de extraviarlos por sus propias concepciones. Con mayor razón pone Pablo la profecía muy por encima del don de lenguas, como aparece desde las primeras palabras y en todo el curso de este capítulo. — Toda esta porción de la escritura tiene grande importancia histórica, puesto que ella nos permite echar una mirada sobre la vida de la primera iglesia, cuando el Espíritu de Dios reinaba en ella con tanta eficacia. Pero se equivocaría uno pensando que estas enseñanzas no tienen ya para nosotros otro valor y caen por completo en el dominio muerto de la historia. En todas las épocas de la iglesia en que, bajo una efusión abundante del Espíritu Santo, se obran con potencia despertamientos religiosos, se reproducen también fenómenos, si no semejantes, por lo menos análogos. Ahora bien: si estas experiencias pueden, por una parte, arrojar cierta luz sobre los asuntos que nos ocupan aquí, estos asuntos, tratados por la pluma del apóstol, pueden a su vez servirnos de guías preciosos en la apreciación y discernimiento de los hechos de este género que se manifiestan en el reinado del Salvador.

4. *En espíritu* puede entenderse del espíritu del que habla (como en el v. 15), o del Espíritu de Dios que obra en él. Este último sentido es el más probable. El que *habla en lengua* (lengua ininteligible a los oyentes) *habla a Dios* que le inspira y le comprende, mientras que en la asamblea *ninguno le oye*, le *comprende*, lo que supone que en la iglesia de Corinto, donde no había casi más que griegos y judíos, la lengua hablada en el estado de éxtasis no era ni el griego ni el hebreo. ¿Qué era pues? Después de todas las hipótesis que se ha hecho (véase la nota precedente), hay que confesar que no se podría precisarlo con exactitud. Solamente se puede admitir que la imposibilidad en que estaban los oyentes de comprender se refería, no solamente a las *palabras* de que se servía el orador, sino a las *cosas* que decía, como el apóstol cuenta de sí mismo que oyó en un estado de arrebato "cosas (o *palabras*) inefables, que no es posible al hombre expresar". (2 Cor. 12: 4). Y esto explica por qué la *interpretación* era un *don* del Espíritu que elevaba al intérprete a la altura del que hablaba, y no una simple traducción de una lengua a otra. Esta opinión está fuertemente apoyada en nuestro versículo mismo, que atrae toda la atención hacia las *cosas* expresadas, puesto que el apóstol las llama *misterios*, palabra por la cual él designa siempre verdades o hechos que sobrepasan el conocimiento del hombre y que necesitan una revelación especial. (2:7, nota; comp. Efes. 3:3 y sig.).

5. Gr. "Mas el que profetiza habla a los hombres (para) edificación y exhortación y consuelo". La palabra luminosa y potente del profeta apropiaba a las necesidades de cada alma la verdad divina que le era dada de Dios. — La *edificación*, es decir el desarrollo de toda la vida cristiana, es aquí el término general; la *exhortación* y el *consuelo* son el medio y el fruto de aquella.

6. Expresando, aun para sí mismo,

en lenguas, a menos que interprete para que la iglesia reciba edi-
6 ficación [7]. Mas ahora, hermanos, si fuere yo a vosotros hablando
en lenguas, ¿qué os aprovecharía si no os hablare por revelación,
7 o por conocimiento, o por profecía o enseñanza [8]? Aunque las co-
sas inanimadas dan sonido, ora flauta, ora arpa, si no dieren dife-
rencia en los sonidos, ¿cómo se conocerá lo que se tañe con flauta
8 o con arpa? pues si también la trompeta diere sonido incierto,
9 ¿quién se preparará para la batalla? Así también vosotros, si no
diereis por la lengua palabra clara, ¿cómo se conocerá lo dicho?
10 pues estaréis hablando al aire. Tantos géneros de sonidos, quizá,
11 hay en el mundo, y ninguno sin significado [9]; si yo no conociere
pues el valor de la voz [10] seré bárbaro para el que habla, y el que

delante de Dios, aquello de que está lleno. Así sus pensamientos y sus sentimientos, indistintos aún, ganaban en claridad y firmeza. Se puede recoger de ello este pensamiento muy práctico: que el cristiano, aun en sus oraciones particulares y en sus conversaciones más íntimas con Dios, debe procurar hallar la *palabra* que expresa lo que siente o piensa. El Dios revelado se llama a sí mismo la Palabra". (Juan 1:1). Sin *palabra* el hombre no puede apropiarse ninguna de las cosas divinas; hasta "las *palabras* inefables" oídas por Pablo en un mundo superior son también *palabras*. Por ellas, las ideas y los sentimientos, hasta entonces vagos y estériles, toman cuerpo y realidad para nosotros mismos y para los demás. De ahí el don de interpretación en la primitiva iglesia; de ahí también la prohibición de hablar "en lenguas" cuando no hay intérprete. (Ver. 28).

7. Se ve por estas palabras que el apóstol no entendía despreciar o desaprobar el don de lenguas, sino solamente ponerlo en su verdadero lugar, porque los Corintios le atribuían un valor exagerado por motivos muy *humanos*. Para ello Pablo prueba en todo este capítulo la superioridad de la *profecía*, que, en efecto, era de importancia muy distinta para la iglesia. (Vers. 1-5, 24, 25).

8. Estas cuatro manifestaciones de la verdad divina son íntimamente unidas una a otra, pero diversas en su modo de comunicación al hombre. Forman dos líneas paralelas: una *revelación*, fuente de la *profecía;* un *conocimiento*, fuente de la *doctrina*. Llevar los hombres a Dios por todos estos dones del Espíritu, tal era el propósito del evangelio; tales también los medios de acción de los apóstoles: si hubieran querido convertir los pueblos y fundar iglesias *hablando lenguas*, ¿cuáles habrían sido los resultados? Esta es la pregunta concluyente que plantea el apóstol y que las dos comparaciones siguientes harán más notable aun. (Vers. 7-11).

9. Gr. "*mudo, sin voz*", ininteligible a los que lo oyen.

10. Gr. "Si no conociere yo pues la *fuerza de la voz*". Es así como, en las lenguas antiguas, se expresaba *significado*. Pero es evidente que *fuerza* dice más; este término indica la potencia del Espíritu que está en la *palabra*, que la palabra lleva consigo. (Comp. v. 4, nota). Si así ocurre en las lenguas humanas, ¡cuánto más en la lengua del Espíritu de Dios!

12 habla será bárbaro para mí[11]. Así también vosotros, puesto que
estáis ansiosos de dones espirituales[12], procurad abundar para la
13 edificación de la iglesia[13]. Por tanto, el que habla en lengua ore
14 para que interprete[14]. En efecto, si orare yo en lengua, mi es-
15 píritu ora, mas mi entendimiento es sin fruto[15]. ¿Qué hay pues?
oraré en el espíritu, mas oraré también con el entendimiento;
salmearé en el espíritu, mas salmearé también con el entendi-
16 miento[16]. De otro modo, si bendijeras en espíritu, el que ocupa el
lugar del simple particular, ¿cómo dirá el "amén" a tu acción de
17 gracias, puesto que no sabe lo que dices[17]? Tú, sí, das excelen-

Por esto nada hay menos filosófico, nada más falso que la distinción que se procura perpetuamente hacer entre la voz y la idea, entre la palabra y el pensamiento.

11. Los griegos llamaban *bárbaros* a todos los hombres extraños a su nación; entendían por ello gentes sin cultura, a quienes no se comprende.

12. Gr. "Puesto que estáis ansiosos de *espíritus*". El apóstol considera aquí los dones del Espíritu como siendo a su vez *espíritus*, fuerzas divinas obrando en el hombre. (Vers. 14, 32, nota).

13. Vers. 4, 5.

14. Gr. "ore para que interprete", lo que unos entienden: que interprete por su oración misma, expresando en ella también, para los oyentes, los pensamientos de que está lleno; otros comprenden como sigue: que el *objeto* de su oración sea obtener de Dios el *don* de interpretación. Si el orador no tenía este don, otro debía interpretar. (Vers. 27; comp. v. 2, nota).

15. *Sin fruto* para los otros. Por el *espíritu*, el apóstol entiende la más elevada intuición espiritual, única comprendida y activa en el estado de éxtasis, mientras que el *entendimiento*, esta facultad clara y nítida que se da cuenta y juzga, permanece pasiva y se hace inútil para la edificación de los demás. O bien, el entendimiento puede significar el *sentido* de las palabras pronunciadas, como si dijera: *mi pensamiento*. Uno y otro significado son igualmente admisibles en los v. 15 y 19. El primero es sin embargo el más probable.

16. La *oración* y el *salmo* (Gr. "salmodiar") parecen haber sido en Corinto las dos principales formas que revestía el don de las lenguas. (Vers. 15, 16 y 26, donde "un salmo" es indicado como uno de los objetos de la inspiración divina). — La conexión de los v. 14 y 15 no permite, en este último, entender las palabras *en espíritu*, o "por el espíritu", el Espíritu de Dios. Es evidente que el apóstol pone en oposición una con otra dos facultades del alma humana. Igualmente en el v. 16.

17. Parece pues que, desde los tiempos apostólicos, toda la asamblea se asociaba a la oración pública confirmándola por un *amén* (¡en verdad!) pronunciando en alta voz; mucho más, que todo miembro del rebaño podía tomar la palabra para la edificación de los demás, y que esto tenía lugar ordinariamente. (Vers. 26-31). Pero el apóstol prueba por esto mismo el inconveniente de "hablar en lenguas" sin interpretación, puesto que esta santa comunión de pensamientos y de oración estaba interrumpida y turbada por la falta de inteligencia. — *Bendecir* y *dar gracias* son aquí sinónimos. La oración, en los que estaban llenos del Espíritu, y por lo mismo de gozo, debía muy naturalmente revestir el carácter de la alabanza y de la *acción de gracias*. — *El que ocupa el lugar del simple particular*, es el hombre inculto, el hombre del pueblo, el ignorante (Actos 4:13, y aquí delante, v. 23, 24; 2 Cor. 11:6), que debía necesariamente formar la mayor parte de la asamblea, y que no entendía lo que se decía "en lenguas".

18 temente gracias, pero el otro no es edificado. Doy gracias a Dios,
19 hablo en lenguas más que todos vosotros[18], pero en la iglesia
quiero más bien hablar cinco palabras con mi entendimiento para
instruir a otros, que diez mil palabras en lengua[19].
20 Hermanos, no os hagáis niños cuanto a la razón, sino sed
niños cuanto a la malicia, mas cuanto a la razón haceos perfec-
21 tos[20]. Escrito está en la ley: "Por gentes de otra lengua y por

18. Pablo quiere prevenir el reproche que se le habría podido hacer de hablar contra un don que él mismo no hubiera poseído. Se trata realmente aquí de este don del Espíritu que él había recibido en el más alto grado, de que da gracias a Dios, y no de *lenguas*, en el sentido ordinario de la palabra. Pero Pablo da a entender que lo empleaba para su edificación particular y no en público, como lo prueba la oposición que sigue: *mas en la iglesia*. Se ve por 2 Cor. cap. 12 que había sido favorecido con comunicaciones divinas muy superiores al don de las lenguas, y para las cuales no había ninguna expresión. ¡Así, el mismo hombre que era distinguido entre todos por la profundidad y la lucidez de la inteligencia, del pensamiento, de la sabiduría práctica, que desplegó constantemente al exterior la más asombrosa actividad, tenía al mismo tiempo una vida interna, una comunión con Dios que alcanzaba el más alto grado posible sobre la tierra! Lo uno, pues no excluye lo otro: ahí está al contrario el secreto de tanta fuerza en este "instrumento escogido".

19. Vers. 14, nota — Sería inconcebible que en presencia de tales declaraciones una iglesia entera hubiera podido conservar hasta este día una lengua desconocida del pueblo para su culto, si desde mucho tiempo atrás esa iglesia no hubiera, sobre tantos otros puntos, y aun en principio, repudiado la autoridad de la palabra de Dios.

20. Refiriéndose al principio expresado en el v. 15 (aunque allí emplea otra palabra que aquí) el apóstol combate la tendencia que reinaba en la iglesia de Corinto, y que consistía en buscar principalmente aquellos dones espirituales que, como "las lenguas", ponían al hombre, por así decirlo, fuera de sí mismo y de sus facultades naturales, exaltando el sentimiento y la imaginación, en detrimento del juicio y de la razón. Creían que cuanto más se perdían ellos mismos, tanto más cerca estaban de Dios. Luego, semejantes a *niños*, tenían un placer muy particular en lo que había de maravilloso en el don de lenguas. Los profetas mismos (v. 29) no habían quedado extraños a esas aberraciones, tan vecinas del fanatismo pagano. El apóstol les advierte, pues, que la renovación del hombre por el Espíritu Santo debe comprender sus facultades intelectuales, no

otros labios hablaré a este pueblo, y ni aun así me oirán, dice el
22 Señor[21]" De modo que las lenguas por señal son, no para los
que creen sino para los incrédulos; mas la profecía, no para los

menos que todo el resto, y que renunciar a esas facultades para hacerse *niño en la razón*, es un grado inferior de la vida cristiana. Debemos crecer en conocimiento hasta la medida del *hombre hecho*, y hacernos *niños* respecto del mal. Este principio, tan verdadero como profundo, puede hallar donde quiera hoy su aplicación, tanto como en Corinto en los días de Pablo.

21. Citación libre, pero profundamente significativa, de Isa. 28:11, 12. La exhortación que acaba de pronunciar el apóstol, a no ser niños en la razón, le recuerda unas palabras del profeta Isaías, en las cuales Dios reprocha a los judíos no querer ser instruídos en la verdadera ciencia, sino tener necesidad, como niños apenas destetados, de ser enseñados "línea tras línea, mandamiento tras mandamiento, un poco aquí, un poco allá". (Isa. 28:9-10). Luego, inmediatamente, añade: "Por tanto hablará a este pueblo con labios que tartamudearán (como los sonidos de una lengua que no se comprende), y con lengua extranjera . . . , mas no quisieron oír". Esta lengua extranjera era la de las naciones enemigas que debían ejecutar sobre Israel los juicios de Dios, por no haber querido escuchar ese pueblo las palabras de gracia que le eran dirigidas en su propia lengua. Figura de las dispensaciones de Dios en todas las épocas de su reinado. La paz, el reposo del nuevo pacto fué ante todo anunciado a Israel en su propia lengua (Isa. 28: 12; comp. Mat. 11:29); pero no quiso escuchar. En el día de Pentecostés las maravillas de Dios fueron aún anunciadas a los judíos en las lenguas extranjeras de los pueblos entre los cuales moraban: señal de que en adelante el reino iba a serles quitado, y dado a las naciones paganas. (Mat. 21:43). Así, lo que, en sí, era un milagro de la gracia, fué, para Israel, un milagro de la justicia divina. Y la diversidad de las lenguas, esas barreras numerosas que separan los pueblos, permanecen, desde el origen (Gén. 11), una señal del juicio de Dios sobre el pecado, juicio que se renueva de diversas maneras en las iglesias y sobre los pueblos que no quisieron escuchar la palabra del evangelio en su propia lengua. Lo mismo, en una gran parte de la cristiandad (la iglesia romana, la iglesia griega, las iglesias de Oriente), el culto, en otro tiempo celebrado en espíritu y en verdad, tiene lugar en lenguas extrañas al pueblo y en verdad, tiene lugar en lenguas hoy muertas, triste símbolo de la muerte de esas iglesias. Y mientras que los clérigos guardan supersticiosamente una pretendida lengua sagrada, los pueblos a su vez que se les escapan, hablan "en lenguas" en relación a aquéllos. Por esto, el apóstol infiere (v. 22) que las lenguas son "una señal, no para los creyentes, sino para los incrédulos", para los que, obstinándose en la infidelidad como Israel, fuerzan al Señor a retirarse de ellos. Las *lenguas*, en efecto, no produciendo en muchos más que una estéril extrañeza, quizá aun un juicio falso (v. 23), no podrían por sí solas convertir al infiel, mientras que la *profecía* penetrando en las conciencias y los corazones con su luz y con su potencia, lleva a los

23 que creen[22]. Si se reuniere pues la iglesia entera en un mismo
lugar, y hablaren todos en lenguas y entraren simples particu-
24 lares o incrédulos, ¿no dirán que estáis locos[23]? Mas si todos
profetizaren, y entrare algún incrédulo o simple particular, por
25 todos es convencido, por todos es juzgado[24]; los secretos de su
corazón son manifestados, y así, cayendo sobre su rostro, ado-
rará a Dios, declarando que realmente Dios entre vosotros está[25].

II. 26-40. Consecuencias: Instrucciones sobre el uso de los dones en las asambleas. — 1º En cuanto a las lenguas: siendo el principio supremo la *edificación*, es necesario que pocos hablen, uno después de otro, y sólo si se puede interpretar. (26-28). — 2º En cuanto a los profetas, pocos igualmente deben hablar, por orden, luego ceder la palabra a otros, a fin de que todos profeticen y todos aprovechen. Esto es posible, pues, aun el profeta es dueño de sí, y Dios quiere el orden y la paz. (29-33). — 3º Las mujeres no deben hablar en las asambleas; la ley les impone la sumisión y la reserva; pueden, para instruirse, interrogar a sus maridos. (34-35). — 4º Conclusión: la autoridad de la palabra es la misma para todos; mientras que si todos profetizan . . . (Vers. 24).

más rebeldes a la obediencia de Cristo. ¡Qué argumento para los Corintios, tan ardientes en desear el don de lenguas, y que por él podían exponerse también a transformar esa señal de gracia en una señal de juicio!

22. El don de lenguas era una *señal* o un milagro del Espíritu, no para los *creyentes* que los escuchaban sin entender nada, sino para los *incrédulos*, en el sentido de las palabras de Isaías expuestas en la nota precedente, es decir, una señal de los juicios de Dios. La *profecía*, al contrario, es una señal poderosa para los *creyentes*, es decir para todos aquellos a quienes podía hacer tales. (Vers. 24).

23. Exactamente como en Actos 2:13. Así los que Pablo supone entrando en una asamblea en que *todos* (unos después de otros) *hablan en lengua*, ora sean gentes sin cultura (*Gr. "idiótai"*), ora infieles (judíos o paganos), recibirán de lo que oyeren esta impresión enojosa, mientras que si todos profetizan . . . (Vers. 24).

24. *Convencido* no significa solamente aquí una acción ejercida sobre la inteligencia, sino sobre la *conciencia*, convencido del pecado, como en Juan 16:8-11, nota. *Juzgado* debe ser traducido por *discernido*, es decir que la *profecía* ejerce al mismo tiempo sobre esa alma el "discernimiento de los espíritus" (12:10 y aquí, precedentemente, v. 2, nota), y le revelará las cosas ocultas dentro de ella (v. 25), de donde podrá resultar su humillación y su conversión. *Todos* quiere decir: todos los que tienen el don de profecía, y cuando el apóstol se expresa así: "Si *todos* profetizaren', es una simple suposición destinada a hacer más impresionante su razonamiento: "aun cuando todos profetizaran, no resultaría el inconveniente del don de lenguas (v. 23), sino al contrario" (Comp. también, para lo que habría que hacer, aun en este caso, v. 29, 30).

25. O *en vosotros*. Cuando la ver-

tras más pretensiones se tiene a los dones del Espíritu, tanto más se debe reconocer esta autoridad; en resumen, preferid la profecía, sin impedir el ejercicio del don de las lenguas, y hágase todo con orden y dignidad. (36-40).

26 ¿Qué hay pues, hermanos[26]? Cuando os reunís, ¿tiene cada
uno de vosotros salmo, tiene enseñanza, tiene revelación, tiene
27 lengua, tiene interpretación? hágase todo para edificación[27]. Y si
alguien habla en lengua, de a dos o cuando más tres, y por turno,

dad divina revela a un pecador los *secretos de su corazón*, le suministra la prueba más inmediata y más íntima de la presencia y de la acción de Dios, y, a menos que se refugie en la impenitencia y en la enemistad, es vencido y como forzado a rendirse al soberano Señor. (Apoc. 3:9).

26. ¿Qué hay que hacer, pues? Por esta pregunta pasa el apóstol a la aplicación práctica de los principios que acaba de establecer. Tal era en Corinto la superabundante riqueza de los dones del Espíritu, que eran necesarias instrucciones claras y positivas para que la iglesia supiera ejercerlos sin abusar de ellos; su plenitud misma hacía difícil su uso. Es todo lo contrario, ¡ay! de la pobreza y sequedad de la iglesia de nuestros días.

27. En tal estado de cosas, en que el Espíritu de Dios obraba en muchos con tanta potencia, la tentación estaba muy cerca, para la debilidad del hombre, de querer *exhibirse* y brillar en las asambleas buscando su propia gloria! Cada uno pues, se pregunte ante todo si tiene en vista la *edificación* de sus hermanos, y vea de qué manera contribuirá mejor a ello. Pablo cita aquí algunos de esos medios que debían ser empledos, según Dios los daba. Un *salmo* era un cántico, una salmodía (v. 15), forma poética y musical revestida fácilmente por el don de lenguas o la profecía bajo el impulso gozoso del Espíritu de Dios; es así como ya los escritos proféticos del Ant. Test. son, en el fondo y la forma, llenos de la más sublime poesía, y como el canto ha quedado en el culto cristiano como la más alta expresión del sentimiento religioso. Una *instrucción*, o más bien una *enseñanza*, era alguna verdad nueva, alguna aplicación especial del principio cristiano, que un miembro de la iglesia se sentía impulsado a comunicar a sus hermanos, y que era inspirada a él mismo por el "don de conocimiento". (12:8). Una *revelación* no es más que otro nombre para designar el don de profecía; ella la precedía y provocaba su ejercicio. (Vers. 2, nota). *Una lengua* es la expresión abreviada del don de "hablar en lenguas", don que se manifiesta súbitamente en alguien en el seno de la asamblea. Una *interpretación*, por último, tenía lugar cuando un miembro presente, elevado por el Espíritu a la altura del que acababa de "hablar en lenguas". había comprendido el sentido de sus palabras, y se sentía llamado a comunicarlo a la asamblea. — La expresión *cada uno de vosotros* no significa que *todos* tuviesen algún don del Espíritu, sino que, entre los que los habían recibido, estos dones tan diversos se manifiestan, en uno de un modo en otro de otro.

28 y uno interprete; mas si no hubiere intérprete, calle en la iglesia,
29 y hable a sí mismo y a Dios[28]. Cuanto a los profetas, hablen dos
30 o tres, y los otros juzguen[29]. Mas si a otro que estuviere sentado
31 fuere algo revelado, calle el primero[30]. Podéis, en efecto, uno por
32 uno profetizar todos, para que todos aprendan y todos sean ex-
33 hortados; y los espíritus de los profetas se sujeten a los profetas[31],
pues Dios no lo es de desorden sino de paz.
34 Como en todas las iglesias de los santos, vuestras mujeres ca-

28. Véase ver. 2, segunda nota, y vers. 4, nota.

29. Gr. "Los demás *disciernan*". El *discernimiento* como *don* era a la profecía lo que la interpretación a las lenguas (12:10); tenía por objeto, no solamente determinar si el que hablaba era un verdadero profeta, sino también retener cuidadosamente lo que había dicho de parte de Dios. El apóstol puede tener aquí en vista ese *don* especial de la "distinción de los espíritus", y entonces, por *los demás*, entiende los que estaban dotados de él (como en el v. 37); o bien quiere hablar de esta luz general que la escritura supone en todo cristiano, y en este caso *los demás*, son toda la asamblea. (Así 1 Juan 4:1; Fil. 1:10; 1 Tes. 5:19-21). Aquí, la piedra de toque del discernimiento es la palabra de Dios y la analogía de la fe. (Rom. 12:6 nota).

30. Después de haber dicho lo que tenía que decir. De este modo, observando el buen orden, todos los que se sentían impulsados podían tener la palabra a su turno, para la utilidad de todos. (Vers. 31).

31. Por los *espíritus de los profetas*, unos entienden los espíritus divinos o las fuerzas espirituales de que son inspirados, como en el v. 12, nota. Otros admiten que se trata aquí de sus propios espíritus, inspirados por el Espíritu de Dios, como si dijera *su espíritu*, en singular, término que se encuentra realmente en una variante bastante autorizada. Sea lo que fuere, el apóstol responde por estas palabras a los que hubieren objetado a las recomendaciones precedentes que no les era posible resistir a los movimientos del Espíritu. Establece con ello un principio profundo en sí mismo y de un inmenso alcance práctico, sobre el cual basa todas las instrucciones que da aquí, y sin el cual éstas no tendrían sentido posible, pues los cristianos de Corinto habrían podido objetar, como lo hacen todos los fanáticos, que el Espíritu les impulsaba así y que ellos no podían resistirle. Ahora bien: el apóstol enseña que jamás quiere Dios, por su Espíritu, destruir en el hombre ni la libertad, ni la esponsabilidad, ni, por consiguiente, la clara conciencia de su razón, para ponerle, en cierto modo, fuera de sí, pues entonces podría fácilmente ser el juguete de su imaginación, de sus pasiones, o aun de la potencia de las tinieblas, aunque diciéndose inspirado de Dios, y quizás creyéndolo de buena fe. Cuando, para no citar más que un ejemplo sobresaliente, los *profetas* de Cevennes cometían crímenes que pretendían serles ordenados por el Espíritu, desconocían este principio. Aplicada a la predicación del evangelio, esta verdad enseñará al predicador más abundante cuánto le

llen en las iglesias, pues no les está permitido hablar, sino que
35 estén sujetas, conforme también la ley dice[32]. Mas si quieren
aprender algo, pregunten en casa a sus propios maridos, pues des-
36 honesto es para una mujer hablar en la iglesia. ¿O ha salido de
37 vosotros la palabra de Dios, o a vosotros solos ha llegado[33]? Si
alguien piensa ser profeta o espiritual, reconozca lo que os escri-
38 bo, que es un mandamiento del Señor[34]; mas si alguien ignora,

importa el quedar siempre en plena posesión de sí mismo y de su palabra. El apóstol prueba su principio por una razón soberana, sacada de la naturaleza de Dios mismo: Dios no puede *jamás* contradecirse; ahora bien: *no es Dios de desorden sino de paz*, es decir, de orden y de armonía. (Vers. 33; comp. v. 40).

32. Gr. "no les está permitido hablar sino *estar* sujetas". Hay ironía en el giro de que se sirve el apóstol. — La *ley* que invoca aquí el apóstol no es otra cosa que la orden establecida por Dios después de la caída, y según la cual la mujer es colocada bajo el dominio de su marido. (Gén. 3:16; comp. 1 Tim. 2:12; Efes. 5:22). Ahora bien: hay, en la palabra en público, un dominio moral contrario a esa orden, tanto como a la naturaleza de la mujer. Tanto más cuanto que aquí el apóstol habla del ejercicio de los dones espirituales, que suponen este dominio en el grado más elevado, y que requieren facultades (v. 32, nota), de que las mujeres no están, en general, dotadas. Todo se une aquí para motivar esta prohibición absoluta (v. 35), aun la experiencia de algunas sectas que, como las de los *Amigos* (quakers), han creído poder no tomarlo para nada en cuenta bastándose en el silencio del apóstol en el cap. 11:5. Sin embargo, Pablo restringe positivamente su prohibición por estas palabras: *en las iglesias* (asambleas), pues la acción cristiana, misionera, de la mujer, en la vida privada, ante las personas de su sexo, no es solamente un derecho, sino un deber tan sagrado como el de los hombres. Pablo mismo lo consideraba así. (Rom. 16:1-6). Este campo es bastante amplio, aun para la aplicación de los dones extraordinarios del Espíritu, que, en la primitiva iglesia, eran a veces acordados a las mujeres (Actos 21:9); de modo que no hay contradicción entre este hecho y la prohibición del apóstol.

33. "¿Sois vosotros los autores y el último fin de la palabra evangélica? ¿No podéis vosotros también, como todos los demás que son partícipes de ella como vosotros, someteros a estas prescripciones?" El apóstol, sin apelar aquí a su autoridad apostólica, la deja sin embargo sentir y la asimila a los *mandamientos del Señor*. (Vers. 37.) La insistencia que pone en este punto haría pensar que no esperaba una sumisión inmediata de parte de las cristianas de Corinto, ni de parte de los cristianos que se enorgullecían de todos los dones de su iglesia.

34. Se ha visto en el cap. 7 que Pablo distingue cuidadosamente lo que él ordena o aconseja, de lo que ha recibido como un *mandamiento del Señor*, ora por la escritura, ora por revelación. Ahora bien: aquí se ha preguntado en qué sentido entendía estas palabras, y la dificultad de explicarlas ha dado origen en los diversos manuscritos a diversas variantes. Así, se lee en el texto recibido: *mandamientos del Señor;* en otra parte: *de Dios;* en otra: *un mandamiento del Señor;* en otra por último: las cosas que os digo *son del Señor*. En todo caso, apela a la autoridad divina, y la encuentra, ora en la *ley* que acaba de recordar relativa a la mujer (v. 34), ora en su propia inspiración, bien superior a la de los que pretendían ser *profetas* o *espirituales*.

35. Cuanto más *profeta* o *espiritual* era un hombre, tanto más claramente debía reconocer que los preceptos del apóstol eran conformes a la voluntad expresa del Señor (v. 37); mas *si alguien lo ignora*, si está o quiere estar en incertidumbre a este respecto, *¡ignórelo* a su riesgo y costa! O bien, si es de buena fe, que se contente con ignorar, y guarde por lo menos silencio.

36. Tal es el resumen de todo este asunto: es necesario *desear profetizar*, porque la profecía es por mucho superior al don de lenguas (v. 1-5); pero no por eso hay que suprimir este último, con tal que todo se haga de una manera digna de Dios. (V. 33).

39 ignore[35]. De modo que, hermanos, desead con ardor profetizar,
40 y no impidáis hablar en lenguas; mas hágase todo decentemente
y con orden[36].

CAPITULO XV.

De la resurrección del cuerpo. — I. *Pablo recuerda los testimonios ciertos de la resurrección de Jesucristo, como fundamento de la predicación y de la fe cristiana, 1-11.* — II. *Expone las consecuencias terribles de la negación de esta resurrección, y la afirma nuevamente, para mostrar sus gloriosos resultados, 12-34.* — III. *Responde, por figuras tomadas de la naturaleza, a la pregunta: ¿Cómo resucitarán los muertos, y cuál será la naturaleza de su cuerpo? 35-49.* — IV. *Anuncia el misterio de nuestro último fin, y celebra el triunfo de la redención por la resurrección del cuerpo, 50-58.*

I. 1-11. LOS TESTIGOS DE LA RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO. — El evangelio que yo he anunciado, que puede salvaros, si persistís en él y no habéis creído en vano, descansa por entero sobre el hecho de que Jesús murió por nuestros pecados y resucitó. (1-4). — 2º Este Jesús resucitado fué visto por Cefas, por los doce apóstoles, por más de quinientos hermanos al mismo tiempo, por Jacobo en particular, y por último, después de todos, por mí mismo. (5-8). — 3º Soy indigno del nombre de apóstol, porque perseguí la iglesia; pero la gracia ha reparado todo, y yo he trabajado más

que todos ellos. Ora ellos pues, o yo, predicamos el mismo evangelio. (9-11).

1 Mas os hago conocer, hermanos, el evangelio que os anuncié,
2 el que también recibisteis, en el cual también persistís, por el cual
también sois salvados si retenéis la palabra en que os lo anuncié,
3 a menos que hayáis creído en vano[1]. Os trasmití, en efecto, ante
todo, lo que también recibí[2]: Que Cristo murió por nuestros pe-
4 cados, según las escrituras, y que fué sepultado, y que ha resuci-
5 tado el tercer día, según las escrituras[3], y que apareció a Cefas,
6 luego a los doce[4]; luego apareció a más de quinientos hermanos
en una sola vez, de los cuales los más viven hasta ahora, mas al-
7 gunos duermen[5]; luego apareció a Jacobo[6]; luego a los apósto-

1. Pablo, embebido del gran tema que va a tratar, empieza por así decirlo de nuevo a *hacer conocer* a los Corintios el *evangelio* que les ha anunciado, y por sólo el cual pueden ser *salvados*. Les da testimonio de que ellos lo han *recibido*, que se han *mantenido* firmes en él hasta el momento, pero ya echa una mirada inquieta y triste hacia el error que va a atacar relativo a la resurrección. De ahí, esta restricción condicional: *si lo retenéis...* no solamente *tal*, sino (Gr.) "*según* la palabra por la cual os lo anuncié". Pablo opone la certidumbre y el contenido de esa palabra divina a las objeciones de los adversarios, que, aunque reteniendo el evangelio, lo falseaban. De ahí, para ellos, el peligro de haber *creído en vano*. (Comp. v. 14.)

2. Véase, sobre estas expresiones, 11:23, y principalmente 7:40.

3. Hé ahí, pues, el *evangelio* que Pablo había *transmitido* a los Corintios. No es un sistema religioso, es un *hecho*, el hecho de la redención del mundo por la *muerte* y la *resurrección* del Salvador. Si este hecho es negado, ¿qué queda? Nada es más sorprendente, en relación a la autoridad divina de las *escrituras*, que el cuidado con el cual Jesucristo y sus apóstoles apelan sin cesar a esa autoridad, aun cuando se trata de un *hecho* de que ellos mismos son testigos, como aquí la muerte y la resurrección del Salvador. (Véase sus citaciones de la escritura sobre este hecho, entre otras: Mat. 12:40; 26:31; Luc. 22:37; 24: 25, 27, 44-47; Juan 19:36, 37; Actos 2:25-28, 34-35; 3:22; 4:25 ysig.; 1 Pedro 1:10-11; comp. 2:24, 24.)

4. Esta aparición del Señor a Cefas, o Pedro, es mencionada en Luc. 24:34. En cuanto a los *doce* apóstoles, le vieron muy a menudo después de su resurrección. (Juan 20:19 y sig.; Luc. 24:36 y sig.; Actos 1:3.) No eran ya más que once, pero esta denominación *los doce* se había hecho tan habitual, que quedó aun después de la caída de Judas.

5. Esta aparición a *más de quinientos hermanos a la vez* no es referida por los evangelistas; tuvo lugar sin duda en Galilea (Mat. 28:10, 16, 17), donde el Salvador tenía más discípulos que en cualquier otra parte. Esos testigos *vivían aún* en tiempos de Pablo; apela a ellos, a pesar de la certidumbre divina de su propio testimonio. (Vers. 3.) No hay

8 les todos[7]. Y después de todos, como al aborto, apareció también
9 a mí, pues yo soy el menor de los apóstoles, que no soy digno
10 de ser llamado apóstol, porque perseguí la iglesia de Dios[8]. Mas
por gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no
fué vana, sino que he trabajado más que todos ellos; mas no yo,
11 sino la gracia de Dios que es conmigo[9]. Ora yo pues, ora aqué-
llos, así predicamos, y así creísteis[10].

ningún hecho de la historia más inconmoviblemente confirmado que el de la resurrección de Jesucristo.

6. Otro hecho de que Pablo solo ha conservado el recuerdo. (Vers. 3.)

7. Vers. 5; Luc. 24:36 y sig.; Juan 20:19 y sig.; v. 25. Pablo vuelve aquí a *todos los apóstoles* para recordar las numerosas comunicaciones que tuvieron con el Señor durante los cuarenta días de su residencia entre ellos.

8. He ahí el motivo de esta expresión enérgica de menosprecio contra sí mismo. (Vers. 8.) El terrible recuerdo de haber *perseguido* a Cristo en los suyos, acompañó a Pablo durante toda su vida como una causa de humillación y de tristeza (Efes. 3:8; 1 Tim. 1:13); pero también ese mismo recuerdo, unido al sentimiento de la misericordia inmensa de que había sido objeto, se tornó en él en un motivo omnipotente de consagrar sus fuerzas y su vida, hasta su último suspiro, al progreso de la santa causa que había tenido la desgracia de desconocer. Es así cómo la gracia de Dios transforma en bien aun el error y el pecado. (Vers. 10.)

9. Por estas palabras: *trabajando más que todos ellos*, ¿debe entenderse más que todos juntos, o más que cada uno de ellos? Las opiniones de los exégetas están divididas sobre esta cuestión. Sea lo que fuere, Pablo se apresura a explicar su pensamiento atribuyendo a la *gracia* sus trabajos y sus triunfos, pero a la gracia *que está con él*, lo que expresa la acción de Dios y del hombre en su plena armonía. Varios manuscritos leen en efecto: "la gracia de Dios *conmigo*". La humildad cristiana tiene un carácter absolutamente diferente de lo que lleva ese nombre, o el nombre de modestia, en la moral del mundo. El cristiano, profundamente convencido de que en sí mismo no es nada, nada más que un pecador digno de condenación, y que todo lo que posee lo debe únicamente a la misericordia divina, puede, no obstante, sin afectar de ningún modo esa humildad, sin que, por así decirlo, le toque a él, confesar altamente todo lo que Dios ha realizado en él y por él. Es lo que Pablo hace aquí y en otras partes (Rom. 15:18 y sig., por ejemplo), pero siempre atribuyendo todo el bien de su vida a la *gracia* de su Dios, para glorificarle, y acusándose de todo el mal que él había hecho antes de su conversión. El hombre del mundo, al contrario, reducido a su propio valor moral en el bien como en el mal, tiene interés en velar uno y otro; el mal, porque sería abrumado sin remedio delante de Dios y de los hombres; el bien, porque el buen tono le ordena no glorificarse a sí mismo y la modestia es una gloria de mejor ley.

10. Gr. "Así predicamos, y así creísteis", es decir, como lo ha ex-

II. 12-34. Si no hay resurrección de los muertos, ¿qué resulta? — 1º Que Cristo, a pesar de esos testimonios, tampoco ha resucitado; que entonces nuestra predicación es vana, vana también vuestra fe; que nosotros somos falsos testigos; que vosotros estáis aún en vuestros pecados; que vuestros muertos están perdidos; que, juguetes de una esperanza engañadora, somos más miserables que los demás hombres. (12-19). — 2º Mas todo esto es falso: Cristo ha resucitado; él es las primicias de la resurrección, el segundo Adán, en quien todos reviven, como todos mueren en el primero. (20-22). — 3º Pero cada uno en su propio orden: primero, las primicias, Cristo; luego los suyos; luego viene el fin. Cristo, vencedor de toda potencia enemiga, entrega el reino a Dios el Padre; la muerte es destruída; todas las cosas son sujetadas a Cristo, él mismo es sujeto a Dios, que es todo en todos. (23-28). — 4º Si los muertos no resucitan, ¿por qué bautismos por los muertos? ¡Disfrutemos más bien de la vida! Así pueden corromperse las costumbres; despertad más bien para vivir justamente. (29-34).

12 Y si Cristo es predicado que ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección
13 de muertos [11]? Mas si no hay resurrección de muertos tampoco

14 Cristo ha resucitado [12]; y si Cristo no ha resucitado, vana es pues
15 nuestra predicación, vana es también nuestra fe; y aun somos
hallados falsos testigos de Dios, pues hemos dado testimonio contra Dios que resucitó a Cristo, al que no resucitó si los muertos,
16 pues, no resucitan [13]. En efecto, si los muertos no resucitan, tam-
17 poco Cristo ha resucitado [14]; y si Cristo no ha resucitado, vana

puesto (v. 1-4), y como *predican* todos los testigos que ha enumerado hasta el v. .8

11. Hé ahí pues, expresado en términos muy claros, el grosero y funesto error contra el cual Pablo dirige todo este admirable capítulo. Había en Corinto, y esto en la iglesia *(entre vosotros)*, doctores de mentira que negaban la *resurrección le los muertos.* Observemos ante todo que este error no era universal: *algunos;* y luego, que esos doctores no negaban todos la resurrección de Jesucristo, puesto que el apóstol parte de este hecho para probar la resurrección en general. Dos cuestiones se presentan aquí, sobre las cuales se han hecho muchas hipótesis: 1º ¿quiénes eran esos *algunos?* Se ha supuesto en ellos antiguos saduceos, o epicúreos convertidos, o cristianos judaizantes, ideas muy improbables. Eran más bien paganos convertidos, imbuídos aún de ciertos principios filosóficos incompatibles con la idea de la resurrección, como se ve un ejemplo de ello en Actos 17:32. Se ha hecho igualmente diversas suposiciones para determinar a cual de los cuatro partidos que dividían la iglesia de Corinto (introducción y 1:11, 12), podían pertenecer los que negaban la resurrección. Pero no es posible llegar a un resultado cierto. 2º La segunda cuestión, más importante para la inteligencia de este capítulo, es ésta: ¿en qué sentido negaban esos falsos doctores la resurrección de los muertos? ¿Admitían, como otros herejes (2 Tim. 2:18), una resurrección puramente espiritual ya cumplida en este mundo, y que permitiera esperar una vida venidera, pero para el espíritu solamente sin el cuerpo? ¿O bien, importaba su negación el aniquilamiento del hombre en la muerte, un puro materialismo, de que, sin embargo, no se daban claramente cuenta? La refutación del apóstol parece admitir esta última opinión. (Véase sobre todo v. 18, 19, 32, y esta severa reprensión, v. 33, 34.) Sea lo que fuere, el error que combate importaba a sus ojos la aniquilación de la esperanza cristiana y de la vida eterna. (Vers. 14-18.)

12. De este principio general: la *resurrección de los muertos* es *imposible,* resulta necesariamente esta consecuencia de hecho que Jesús, hombre, no ha podido *resucitar.* Pero hay dos maneras de entender este razonamiento, que dividen los intérpretes: 1º Unos ven en él una simple conclusión *lógica:* si lo general es suprimido (la resurrección de los muertos), lo particular lo es también (la resurrección de Cristo). Porque en fin, el hombre Jesús, una vez muerto, estaba en la misma condición natural que todos los demás hombres. 2º A esto, otros comentadores responden: No, pues Jesús, como Hijo de Dios, tenía una potencia sobrenatural sobre la muerte, y podría suceder que hubiera resucitado sin que los demás muertos debieran necesariamente salir de la tumba en pos de él. Así la argumentación del apóstol sería defectuosa. Entonces, estos mismos intérpretes ven aquí un razonamiento fundado sobre el significado *dogmático* de la resurrección de Jesucristo. En el plan divino de la redención, Jesús ni murió ni resucitó para sí mismo, sino para nosotros, y en solidaridad absoluta con nuestra humanidad. Ahora bien: este propósito supremo habría fallado si los muertos no resucitaran, y, de hecho, Cristo no habría resucitado. Así Cristo, hombre, no ha resucitado porque, en cuanto era Dios, tenía una potencia sobrenatural sobre la muerte, sino porque Dios no podía permitir que "su Santo" sintiera la corrupción (Actos 2:24-27), y porque "el Espíritu de santidad" ha vencido en él el pecado y su consecuencia natural, la muerte. (Rom. 1:4.) Ninguno puede comprender la doctrina de la escritura tocante a la resurrección, si no tiene claramente presente en el espíritu la relación íntima e indisoluble que hay entre el pecado y la muerte, tanto como entre la justificación y la santificación, de un lado, la resurrección y la glorificación del cuerpo, del otro.

13. Los apóstoles han sido en el mundo los *testigos de Dios.* Siendo el objeto principal de su testimonio la resurrección de Jesucristo, fundamento de la resurrección de los suyos, no solamente serían *falsos testigos* si esa doctrina no es verdadera, sino que habrían testificado *contra Dios* y contra su verdad tomando su nombre en vano. Hay pues una triple gradación en estas consecuencias que saca el apóstol: la *predicación* es *vana;* luego, la *fe* que se apoya en ella es *vana* también; por último, los predicadores son impostores.

14. El apóstol establece por segunda vez el principio erróneo expresado ya en el v. 13, a fin de hacer sus consecuencias tanto más claras e impresionantes. Se ve por este capítulo, como por el evangelio entero, que

18 es vuestra fe; aún estáis en vuestros pecados [15]; luego también los
que duermen en Cristo perecieron [16].
19 Si sólo en esta vida hemos esperado en Cristo, los más mise-
20 rables somos de todos los hombres [17]. Mas ahora Cristo ha resu-
21 citado de entre los muertos, primicias es de los que duermen. En
efecto: puesto que la muerte vino por un hombre, también vino
22 por un hombre la resurrección de los muertos, pues así como en
Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivifica-
23 dos [18]. Mas cada uno en su propia clase: las primicias, Cristo;

Jesucristo, en su muerte y en su resurrección, es absolutamente identificado con los creyentes. (Vers. 17, nota.) Y es por haber ignorado esta profunda verdad que se ha podido acusar aquí al apóstol de haber hecho un falso razonamiento, y, lo que es mucho peor, que otros se han imaginado que podían negar la resurrección de Jesucristo o declararla indiferente, sin arruinar completamente el cristianismo mismo.

15. Hé ahí una cuarta consecuencia del error que combate; indica (v. 18) una quinta, no menos terrible; y por último (v. 19), una sexta que resume a todas. *Estar en sus pecados* (comp. Juan 8:21), es no solamente no tener el perdón de ellos, estar condenado por la justicia de Dios, sino estar entregado a todas las consecuencias del pecado no vencido, a la esclavitud de la corrupción, a la muerte temporal y eterna. Prueba de que, en el pensamiento del apóstol, solamente la resurrección de Jesucristo ha consumado toda su obra de redención; de ahí también la consecuencia del v. 18.

16. *Perdidos*, porque permanecen en sus pecados (v. 17) y en la muerte. Pablo no conoce o no admite la idea pagana de una inmortalidad sin redención y sin resurrección. Este falso espiritualismo es tan contrario a una verdadera filosofía como el evangelio. ¡Qué dolorosa emoción debía producir esta consecuencia en los que lloraban a sus muertos *dormidos en Cristo*, es decir, fundando sus esperanzas en su resurrección!

17. Ultima consecuencia que el apóstol saca de la triste suposición que combate, y que completa el pensamiento del v. 18. Se podría objetar que, aun para *esta vida*, el cristiano es más dichoso que el hombre del mundo. Sin duda alguna, una hora de la paz de Dios vale más que todos los goces que el mundo puede ofrecer. Pero no hay que olvidar que ninguna comunión verdadera con Dios existiría si el error que combate el apóstol fuera verdadero. Juguete de una vana ilusión, alimentándose de una mentira, el cristiano no tendría en suerte realmente en este mundo más que sus renunciamientos y sus combates, y, en el porvenir, una decepción por toda *esperanza*. O más bien no habría habido jamás cristianos sobre la tierra, y así la suposición del apóstol se torna en un argumento irrefutable para toda su demostración.

18. Con un sentimiento evidente de alivio y de triunfo, y por estas palabras: *mas ahora* (v. 20), el apóstol opone a la triste negación cuyas consecuencias ha deducido, la afirmación del gran hecho sobre el cual va a fundar la resurrección de los creyentes. (Vers. 20-28.) *Cristo* es las *primicias* de la resurrección y de la vida (Apoc. 1:5), como esos primeros frutos de la estación, consagrados a Dios en el templo, eran las arras ciertas de la recolección. La escritura enseña frecuentemente la verdad profunda de una humanidad *una* y solidaria, cada uno de cuyos miembros, a pesar de su individualidad, "no vive para sí mismo". Así, como del *pecado* de Adán vino la *muerte* para su raza (Rom. 5:12), igualmente el segundo Adán, el representante de la nueva humanidad, no murió y resucitó para sí solo, sino que de él emanan la *justicia* y la *vida*. (Véase el desarrollo de este contraste en Rom. 5:12-21.) Pablo considera aquí esta doctrina únicamente por su lado objetivo; por esto dice: "*todos* serán vivificados por Cristo", sin hacer distinción entre "una resurrección de vida" y una "resurrección de juicio". (Juan 5:29.) Es bien evidente, conforme a la naturaleza misma de las cosas, que Cristo no es la justicia y la vida más que para aquellos en quienes esta justicia y esta vida se realizan realmente por su unión con él. (Vers. 23.)

24 luego los de Cristo, en su venida [19]; luego el fin, cuando entregará
el reino al Dios y Padre, cuando hubiere destruído todo principa-
25 do, toda autoridad y potencia [20], pues es necesario que él reine
26 "hasta que haya puesto todos los enemigos bajo sus pies [21]". El

19. *Los que son de Cristo* serán vivificados *en su venida*. Aquí tampoco no habla el apóstol más que de ellos, porque para ellos solos la doctrina de la resurrección que él enseña será una liberación, la redención perfecta. El *orden* de estos solemnes acontecimientos, que se cumplirán en el regreso de Cristo, no es un orden cronológico, distinguido por intervalos en el tiempo, sino más bien un orden de dignidad, partiendo de Cristo, las primicias, el autor del reino y de la salud, y concluyendo en Dios el Padre, origen eterno a quien toda gloria debe ser dada. (Vers. 28.)

20. El *fin* será el del mundo actual, de la economía presente, por el juicio definitivo que seguirá a la resurrección y que separará del reino *toda potencia enemiga*. (Vers. 25; comp. Mat. 13:30, 41, 49; 25:32.) El *reino* que Cristo *entrega al Dios y Padre* es la iglesia de los redimidos, de que él ha sido el Mediador, el Fundador, por su encarnación, su sacrificio su resurrección, en pocas palabras, por toda su obra. Es el dominio divino confiado al Salvador para reconquistar el imperio sobre el pecado y la potencia de las tinieblas (Mat. 11:27; 28:18; Juan 13:3; 17:2), y que el Hijo entrega a Dios su Padre, como fruto de su victoria. En cuanto el pecado y la rebelión son destruídos, su obra como Mediador, está terminada, y Dios es todo en todos. Hay otro reinado universal de Dios, la creación, que Dios sacó de la nada y conservó por la palabra eterna (Juan 1: 3; Hebr. 1:2); no es este reino el que debe serle entregado, pues jamás se despojó de él.

21. Sal. 110:1. Tal es el término del *reinado* del Mediador. Todos los seres creados a la imagen de Dios debían formar sólo un reino bajo el dominio de su amor. El pecado y todos los males que de él derivan han hecho necesario el reinado de Cristo sobre la tierra, y este reinado dura hasta que el Hijo de Dios no tenga más adversarios a someter.

27 último enemigo es destruído, la muerte [22], pues "todo sujetó bajo
sus pies [23]". Mas cuando dice que todo ha sido sujetado, es evi-
28 dente que excepto el que sujetó a él todo. Y cuando todo hubiere
sido sujetado a él, entonces también el Hijo mismo será sujetado
al que sujetó a él todo, para que Dios sea todo en todos [24].

22. Traducción literal. La potencia del pecado y de Satanás ha sido vencida por la redención, y esta victoria se cumple incesantemente en cada fiel; pero la *muerte*, virtualmente destruída por la resurrección de Cristo, ejerce sin embargo aún sus estragos sin distinción del creyente y del infiel; por esto ella será el *último enemigo* a someter por la resurrección final, y por la manifestación completa de la vida de Cristo en los suyos. Los que negaban la resurrección de Jesucristo no podían, pues, admitir que todos los enemigos serían vencidos por él, ni que su obra de redención fuera perfecta, puesto que la muerte habría conservado su victoria y sus víctimas.

23. Sal. 8:7. Véase sobre esta citación Hebreos 1:2 y sig., notas. *El que le sujetó todas las cosas* no puede ser más que Dios. Esta observación sirve para preparar la idea de la subordinación del Cristo al Padre. (Vers. 28.)

24. Encontramos evidentemente aquí también el mismo pensamiento que en el v. 24. Cristo remite el reino a Dios su Padre, y en este sentido le es *sujetado*, es decir, en su dignidad de Mesías o de Mediador. Hasta entonces Dios reina por él, desde ese momento reina inmediatamente. Como Palabra eterna (Logos), Cristo permanece, después de su último triunfo sobre el mal, como antes de su encarnación, en una relación de inalterable unidad con Dios. El cambio de relación que es indicado aquí tendrá lugar cuando su obra de redención esté terminada. En tanto que el pecado o la muerte reinan aún sobre sus redimidos, su combate continúa bajo la dirección de Cristo, su Jefe, su Rey; pero cuando todo pecado haya sido destruído en ellos, cuando su cuerpo mismo haya sido hecho conforme a su cuerpo glorioso, entonces le serán semejantes (Juan 3:2), habiendo llegado el estado de *hombre perfecto*. (Efes. 4:13). Entonces no tendrán más necesidad de la mediación del Hombre-Dios, porque serán participantes de la naturaleza divina (2 Pedro 1:4), y Dios será *todo en todos*. "Lo que el apóstol ha querido expresar aquí es esta idea sublime: que el término de la historia y el objeto de la existencia de la humanidad es la formación de una sociedad de seres inteligentes y libres, llevados por Cristo a una perfecta comunión con Dios y hechos por ello capaces de ejercer, como Jesús mismo en este mundo, una actividad inalterablemente santa y bienhechora. Esta intuición aparta por un lado el panteísmo que niega toda existencia propia y toda actividad libre a la criatura,—el *"en todos* (en cada uno de ellos) se opone a ello,—y por el otro el deísmo, que atribuye al hombre una actividad en el bien aisladamente de Dios,—lo que es excluído por *"todo en"* de Pablo'. *Godet.*

Este pasaje (v. 24-28) ha sido invocado en los tiempos modernos, y no sin razón, para apoyar la doctrina de un restablecimiento universal, de la salvación final de todos los hombres, pues si el objeto de la humanidad es un estado de cosas en el cual Dios sea todo en todos, es difícil concebir que, una vez alcanzado ese objeto, subsista una clase de seres separados de Dios. Constituirían perpetuamente el imperio del Príncipe de las tinieblas, cuya destrucción anuncia Pablo, (v. 24-26.) Sin embargo, hay que reconocer que en este capítulo el apóstol no trata directamente este asunto del porvenir de los incrédulos. Habla solamente de los "que han dormido en Cristo" (v. 18), y establece, por la resurrección del Salvador, que no quedarán presa de la muerte, sino que serán libertados por completo, cuerpo y alma, por la plenitud de la vida. Esto le bastaba para responder victoriosamente a las negaciones que sabía extendidas en la iglesia de Corinto.

29 De otro modo, ¿qué harán los bautizados por los muertos, si
30 de ningún modo los muertos resucitan? ¿Por qué pues son bauti-
zados por ellos? [25] ¿Y por qué nosotros peligramos a toda hora?
31 Cada día muero, por la jactancia de vosotros, hermanos, que ten-

25. Después de la digresión de los v. 20-28 sobre el hecho de la resurrección de Jesucristo y sus consecuencias hasta el último triunfo, el apóstol vuelve a su argumentación interrumpida en el v. 19. Toma de nuevo la suposición de que *los muertos no resuciten*, para desarrollar sus consecuencias desastrosas y reducir al absurdo esta suposición, primero en los v. 14-19, luego aquí, v. 29-32.—Este v. 29, ciertamente muy claro para los primeros lectores de la epístola, porque supone un uso del *bautismo* que les era conocido, es para nosotros de interpretación completamente incierta, por no ser mencionada en otra parte la costumbre a que alude. Estamos pues reducidos a suposiciones. La una consiste en creer que los cristianos se hacían administrar el bautismo *por* muertos (parientes o amigos), que no habían podido recibirlo en su vida, o *en su lugar* pero, fuera de que esa costumbre, adoptada más tarde en ciertas sectas, probablemente siguiendo este mismo pasaje, no debía de existir casi en tiempo de los apóstoles, ¿pudése acaso admitir que hubiera aprobado Pablo tal superstición y argumentado con un error para establecer una verdad? Por lo demás, el empleo del artículo definido: *los* muertos, muestra que tenía en vista, no algunos casos accidentales, sino la generalidad de los muertos. Otros estiman que alude a la costumbre de administrar el bautismo *sobre* los muertos, es decir sobre las tumbas de los cristianos, especialmente de los mártires, lo que no es más admisible, aunque el sentido gramatical permita esta versión. Por último, M. Godet y algunos intérpretes piensan que no se trata aquí del bautismo de agua, sino de un bautismo de sangre, es decir de cristianos que sufrían el martirio, y que eran así introducidos en la iglesia glorificada. Pasando sobre las numerosas interpretaciones que aun han sido propuestas, nos detenemos en la que nos parece la más probable. El bautismo, además de su significado interno, era, exteriormente, el medio de la introducción en la iglesia. Se sabe que, desde los más antiguos tiempos, se lo pedía con frecuencia al aproximarse la muerte solamente, ora en una enfermedad peligrosa, ora en las persecuciones (v. 32), sobre todo con la idea de no pecar más después de haberlo recibido.

32 go en Cristo Jesús Señor nuestro [26]. Si como hombre luché contra
las fieras en Efeso, ¿qué provecho tengo? [27] Si los muertos no
33 resucitan, "comamos y bebamos, pues mañana morimos" [28]. No

El que recibía bautismo en tales circunstancias era bautizado, no por los vivos, sino *por los muertos*, es decir era introducido en la iglesia ya glorificada y no en la que combatía sobre la tierra. Mas si no hay resurrección de los muertos, esta necesidad del corazón, esta viva esperanza no era sino una decepción más; ¿para qué ese bautismo que engaña? *¿Qué harán?* ¿Qué tienen que esperar? Este razonamiento está completo ya en el v. 18 y se reproduce bajo otra forma en los v. 30-32. Se puede puntuar así: "¿Qué harán los bautizados por los muertos? Si absolutamente los muertos no resucitan, ¿por qué son bautizados por los muertos (variante preferida: *por ellos?").*

26. Estos ejemplos, sacados de la vida del apóstol, se unen íntimamente al v. 29, en el sentido que le hemos dado. El también recibe cada día un bautismo de sufrimientos, de peligros, de renunciamiento (Mat. 20:22; Luc. 12:50), que constituye para él una *muerte de cada día* (no solamente el peligro de muerte, sino una muerte interior, progresiva, la muerte en detalle); ¿para qué todo eso, sin la esperanza de una resurrección gloriosa? Tal vida sería el colmo de la locura. Pero ¿dónde está la conciencia cristiana a la que no rebela semejante pensamiento? Para el apóstol, es su *motivo de jactancia, de gloria,* y por consiguiente de esperanza. Por eso apela solemnemente a la conciencia de los Corintios, que podían todos comprender un motivo semejante de gloria y de gozo eterno.

27. Se exponía a los criminales (y más tarde a los mártires cristianos) a los combates del circo con *fieras,* hasta que fueran devorados por ellas para la diversión del pueblo. A esa costumbre bárbara compara Pablo los peligros y los malos tratamientos que había soportado en Efeso de parte de los malignos; se ignora en qué época y en qué circunstancias, pues el motín levantado contra él (Actos 19:23 y sig.) no había tenido lugar aún. Quizás se debe ver una mención de esos sufrimientos en Rom. 16:4. Sea lo que fuere, no es probable que Pablo entienda este *combate contra las fieras* en su sentido literal: su calidad de ciudadano romano le protegía contra esa ignominia, y hay mucha probabilidad de que los cristianos no fueron expuestos a aquélla antes de la persecución más general que tuvo lugar bajo el gobierno de Nerón. *Según el hombre,* significa con ideas humanas, sin esperanzas más elevadas que las de los hombres terrestres.

28. Estas palabras: *Si los muertos no resucitan,* pueden juntarse a la frase que precede o a la que sigue. El apóstol, expresando este principio carnal del materialismo en términos copiados de Isaías (22:13), no quería decir que hubiera en la iglesia de Corinto hombres que emplearan ese lenguaje, sino que la negación de la resurrección conducía a ello lógicamente. Todo el que abandona la esperanza de una entera liberación del pecado por la glorificación de todo el hombre, debe necesariamente buscar en este mundo la mayor medida posible de goces. ¿Para qué imponerse renunciamientos? Por esto, en los tiempos de incredulidad es cuando se

34 erréis: "malas compañías corrompen buenas costumbres" [29]. Vol-
ved a la sobriedad, como es justo [30], y no pequéis, pues algunos
tienen ignorancia de Dios; para vuestra vergüenza lo digo [31].

III. 35-49. ¿CÓMO RESUCITARÁN LOS MUERTOS? — 1º Las analogías de la naturaleza pueden responder: ora el grano de semilla, al cual Dios da un cuerpo como quiso; ora la diversidad de los cuerpos en el hombre, en las bestias; ora la diversidad de los cuerpos celestes (los astros). (35-41). — 2º Aplicación de estas analogías a la resurrección: el cuerpo, sembrado en su miserable estado actual, resucita transformado, glorificado, espiritual. (42-44). — 3º La realidad de estos dos estados opuestos se encuentra, por una parte, en el primer Adán; por la otra en el segundo, Jesucristo, espíritu vivificante; el uno, cuerpo animal, terrestre; el otro espiritual, celeste; como nos asemejamos al uno, seremos transformados a la imagen del otro. (45-49).

35 Pero alguien dirá: ¿Cómo resucitan los muertos? ¿y con qué
36 cuerpo vienen? [32]. ¡Insensato! lo que tú siembras no es vivificado
37 si no muriere. Y lo que siembras, no siembras el cuerpo que ha
de nacer, sino un grano desnudo, por ejemplo de trigo, o de alguno
38 de los demás [33]. Mas Dios le da un cuerpo conforme quiso, y a

ve renacer bajo todas sus formas la doctrina de la "rehabilitación de la carne".

29. Esta última sentencia es, según Jerónimo, un verso copiado del poeta griego Menandro, y que se había tornado en un proverbio popular. Parece que la negación de la resurrección era propagada por falsos doctores, extraños a la iglesia de Corinto, cuya sociedad quería Pablo que ésta evitara.

30. Gr. "Haceos sobrios justamente", como lo debéis; exhortación que supone ya cierto grado de ebriedad por las seducciones del error y de una falsa libertad.

31. A fin de humillar a los hombres inflados de su propia sabiduría, el apóstol pronuncia esta enérgica acusación *de ignorancia de Dios* (Gr.), que nada tiene de exagerado, pues en los que poseen el evangelio todo error voluntario de doctrina o de moral obscurece la verdad divina entera y turba su comunión con Dios.

32. El apóstol, después de haber probado que *hay* una resurrección de los muertos, llega al *cómo* de esta doctrina y descubre por su pregunta una objeción que se hacía sin duda en Corinto contra la doctrina de la resurrección. Los falsos doctores negaban su posibilidad, porque se representaban al cuerpo resucitado como siendo de igual naturaleza material que el cuerpo terrenal; y ésa es, hoy aún, respecto de esta doctrina, la causa de ignorancia más frecuente, o el pretexto de incredulidad más extendido. Por esto Pablo, trayendo en su auxilio diversas analogías de la naturaleza enseña que la resurrección es una completa glorificación del cuerpo. (Vers. 36-44.)

33. ¿Cómo resucitaría un cuerpo

39 cada simiente cuerpo propio [34]. No toda carne es la misma carne,
sino que una es la carne de los hombres, otra la carne de las bes-
40 tias, otra la de las aves, otra la de los peces. Y hay cuerpos ce-
lestiales y cuerpos terrestres; pero una es la gloria de los celes-
41 tiales y otra la de los terrestres. Una es la gloria del sol, y otra
la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas, pues una estre-
42 lla difiere de otra estrella en gloria [35]. Así también es la resurrec-
ción de los muertos: [el cuerpo] es sembrado en corrupción, resu-
43 cita en incorrupción; es sembrado en deshonra, resucita en glo-
44 ria; es sembrado en debilidad, resucita en potencia; es sembrado

enteramente disuelto por la corrupción? Hé ahí la objeción. (Vers. 35.) El apóstol responde por el ejemplo análogo de la *semilla*, que Jesucristo había empleado antes que él. (Juan 12:24, nota.) Hé aquí cuál es aquí el punto principal de la comparación: el grano echado en tierra y la planta que sale son, sí, idénticos, y son sin embargo tan completamente diversos, que todo lo que hay de visible en el grano sembrado perece. Así, aun en la naturaleza, la muerte conduce a la vida, y la destrucción de todo lo que hay de visible en un ser no es razón de dudar de que un cuerpo nuevo pueda emanar del antiguo. La aplicación de la figura al cuerpo humano se hace de por sí. Un germen de naturaleza psíquica (v. 46, nota) se revestirá del cuerpo glorificado. Sin embargo, no se trata únicamente de un procedimiento natural: la resurrección es un acto directo de la omnipotencia divina, un fruto de la gracia en Cristo Jesús.

34. El labrador no ha sembrado el *cuerpo* que nacerá del grano (v. 37); es *Dios* quien lo *da*, es decir, quien lo crea, como lo *quiso*, determinó anticipadamente en el día de la creación, y es siempre un cuerpo de la misma naturaleza que la simiente. ¿Por qué no recibiríamos nosotros igualmente un cuerpo apropiado a nuestro estado futuro? ¿por qué nos dejaríamos detener por la idea del cuerpo material que se disuelve? ¿por qué dudaríamos de la potencia de Dios, visible en la creación?

35. Esta segunda figura eleva el pensamiento por encima de nuestro limitado horizonte. Estamos muy tentados a considerar con una especie de menosprecio lo que en nosotros hay de corpóreo, porque no vemos en ello más que una masa grosera de carne y de sangre. Pero no será siempre así. La diversidad infinita de los cuerpos en la naturaleza debería bastar para advertirnos. Eso es lo que quiere decir el apóstol: "¡Ved cuánto más noble ya es el cuerpo del hombre, cuánto más admirablemente organizado que el de las *bestias* y qué diversidad hay entre estas últimas! Elevaos más alto aun: no son ésos más que *cuerpos terrestres;* mas ¡contemplad esos *cuerpos celestes*, tan etéreos, tan luminosos! Allí también aparece la diversidad; podéis concebir cuerpos más inmateriales aun: ¿de dónde viene pues esa ceguedad que os hace juzgar del cuerpo glorificado por este cuerpo de barro?" Los *cuerpos terrestres* (v. 40) son los de los hombres y de los animales; pero ¿qué son los *cuerpos celestes?* Varios intérpretes entienden por ello los cuerpos de los ángeles. Sin duda, es-

cuerpo animal, resucita cuerpo espiritual [36]. Si hay cuerpo animal,
45 lo hay también espiritual; así también está escrito: "Fué hecho
el primer hombre, Adán, alma viviente"; el último Adán espíritu
46 vivificante [37]. Pero no es primero el espiritual sino el animal;

ta idea convendría muy bien, como ejemplo, a la argumentación de Pablo. Pero como él mismo habla inmediatamente después del *sol*, de la *luna*, de las *estrellas*, ¿no es más probable que eso es lo que entiende por *cuerpos celestes?*

36. En estos vers. 42-44 el apóstol aplica a la vez las dos comparaciones que preceden; la del grano reaparece en los términos: *es sembrado*, y la de la diversidad de los cuerpos en todos estos gloriosos contrastes entre nuestro cuerpo actual y aquel de que seremos revestidos después del triunfo final de Cristo. A fin de pintar con mayor vida a nuestras miradas las escenas de esta última victoria sobre la muerte, el apóstol habla en presente: "El cuerpo *es sembrado; resucita;* así, por cinco veces sucesivas. Sobre estas palabras: *cuerpo animal* (que sería necesario poder traducir por *cuerpo psíquico)* y *cuerpo espiritual*, véase la nota siguiente, y la oposición de estos dos mismos epítetos, 2:14, 15, nota.

37. Para comprender bien estas palabras, que nos abren una visión profunda sobre la naturaleza del hombre y sobre las relaciones de la creación y de la redención, hay que recordar que, según la escritura, el hombre es compuesto del espíritu, del alma y del cuerpo en una indivisible unidad. (1 Tes. 5:23.) El espíritu es la facultad más elevada, la que pone al hombre en relación con Dios; el alma (Gr. *psyjé)* es el elemento de la *vida*, que tenemos en común con todos los animales (de ahí, la traducción cuerpo *animal*, dotado de *alma*, en latín anima, véase 2:14, nota), con la inmensa diferencia sin embargo de que en el hombre esa alma está unida a un espíritu inmortal que la hace inteligente y hace de ella el asiento, no solamente de *sensaciones* y de instintos, sino de *sentimientos* de que tenemos conciencia y responsabilidad. El cuerpo por último es el órgano material del espíritu y del alma. Dios, creando al hombre *alma viviente* (v. 45, Gr. *para* un alma viviente, es decir para crecer cada vez más en la vida verdadera cuya fuente le estaba abierta, Gén. 2:7-9), quería que el desarrollo gradual de su criatura se hiciera por un progreso ascendente hacia la espiritualidad. El espíritu del hombre, en comunión viviente con el Espíritu de Dios, habría penetrado al alma y por ella al cuerpo, al ser entero. Así, el espíritu habría dominado sobre todas las facultades del hombre, como el hombre debía dominar sobre la naturaleza entera, y habría llegado a su glorioso destino sin pasar por la muerte y la resurrección. Pero, por la caída, toda esa armonía fué rota: la comunión con Dios, fuente de la vida, fué interrumpida; el espíritu, en lugar de reinar, cayó bajo el dominio del alma y del cuerpo, es decir de las pasiones y de los sentidos; el orden del progreso fué invertido; el hombre, destinado a ser espiritual, se hizo carnal y terrestre, y el rey de la creación fué el esclavo del pecado y de la muerte. Tal es el *primer hombre Adán*, al cual el apóstol opone, en un potente contraste, el *último Adán* (v. 45), Jesucristo. Nacido en

47 luego el espiritual [38]. El primer hombre, de la tierra, es terreno;
48 el segundo hombre es del cielo [39]. Cual el terreno, tales también
49 los terrenos; y cual el celestial, tales también los celestiales. Y
conforme hemos llevado la imagen del terreno, llevaremos también la imagen del celestial [40].

IV. 59-58. CONCLUSIÓN: LO QUE ACONTECERÁ A LOS VIVIENTES. CÁNTICO DE VICTORIA. — 1º Luego no es el cuerpo actual, corruptible, compuesto de carne y sangre, el que heredará el reino celestial. (50). — 2º Aun los que vivan en el último día serán transformados, pues es menester que todos sean revestidos de incorrupción y de inmortalidad; entonces será destruída la muerte. (51-54). — 3º ¿Dónde está pues, la muerte, y el pecado, y la ley? ¡Gracias a Dios, que nos ha dado la victoria sobre todos estos enemigos! (55-57). — 4º Permaneced, pues, firmes, pues vuestra obra será coronada de pleno éxito en el Señor. (58).

nuestra naturaleza, Cristo era sin duda susceptible de padecer y de morir; pero habiendo, por este padecimiento mismo, por su obediencia y por su muerte, "cumplido toda justicia", restableció en su persona y en su vida la armonía destruída; el espíritu que, en él, era el templo del Espíritu de Dios, penetró con su vida al alma y al cuerpo; por eso "las ligaduras de la muerte no pudieron retenerle"; fué "vivificado en espíritu" (1 Pedro 3: 18), resucitó "por el Espíritu de santidad" (Rom. 1:4) con un cuerpo glorificado. El fué pues *hecho*, para sí mismo y para los suyos, *espíritu vivificante* (v. 45), lo que Pablo opone al *alma viviente* del primer Adán. Cristo, morando en sus redimidos, los hace semejantes a él en todo. (Vers. 48, 49; Rom. 8:11; comp. 6:5.) Su cuerpo nuevo, "conforme al cuerpo glorioso del Cristo" (Fil. 3:21), es llamado aquí *cuerpo espiritual*, por oposición al *cuerpo animal* (o *psíquico*) de Adán (v. 44), porque será enteramente penetrado, glorificado por el Espíritu, manifestando por fuera lo que este espíritu es en sí mismo, y reflejando la eterna sabiduría, la santidad, la hermosura moral, el amor.

38. Debía *venir después* en Adán mismo, y *viene después* en el hijo de Dios regenerado y resucitado; de donde se puede inferir que la glorificación futura será infinitamente superior a lo que era la inocencia primitiva de Adán (Vers. 45-47).

39. El *primer hombre*, por el origen terestre de su cuerpo, es *polvo*, (Gr.) y condenado a volverse en polvo. El *segundo hombre* (aquí el texto recibido agrega erróneamente *el Señor*), es *del cielo*, y comunica a los suyos su naturaleza celeste. (48, 49).

40. Estos v. 47-49 son la aplicación a los cristianos del gran principio establecido en el v. 45. Pablo vuelve a menudo a este pensamiento muy profundo de una solidaridad estrecha entre el primer hombre y su posteridad, por una parte, y entre Cristo y sus redimidos, por la otra. (Véase sobre todo Rom. 5:12-21.) Adán y Jesucristo son, en un sentido directamente opuesto, el tronco de dos humanidades diferentes. La única cuestión para nosotros es el saber a cuál pertenecemos. En cuanto a la resu-

50 Mas esto digo, hermanos: Que carne y sangre no pueden
heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción [41].
51 He aquí, os digo un misterio: Todos no dormiremos, mas todos
52 seremos cambiados, en un momento, en un pestañeo de ojo, a la
última trompeta, pues la trompeta sonará y los muertos resucita-
53 rán incorruptibles, y nosotros seremos cambiados [42]. Es necesa-
rio, en efecto, que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto

rrección y a la glorificación del cuerpo, nada es más propio para darnos la idea de ellas que el mostrarnos el tipo cumplido en Jesucristo. Es lo que Pablo hace, aquí y en todas sus epístolas. (Véase, por ejemplo, Fil. 3:21.)

41. *Lo que digo*, o lo que quiero decir, lo que infiero de toda esta instrucción destinada a refutar la objeción (v. 35) que se saca de la idea de que resucitaremos y entraremos en el *reino de Dios* con este cuerpo grosero. *La carne y la sangre* es el hombre natural, caído, pecador, sujeto a la *corrupción*. (Rom. 1:3, nota.) La entrada en el *reino de Dios* no puede, pues, sernos abierta sino en cuanto Cristo nos ha renovado a su imagen, desde aquí por su Espíritu, y, en el último día, por la resurrección; de ahí la *incorrupción* en armonía con la vida del cielo.

42. Pablo llama *misterio* a una doctrina o un hecho oculto en el consejo de Dios, cuya revelación ha recibido él directamente (1 Cor. 2:7, nota; comp. Rom. 11: 25; Efes. 3:3 y sig.) El *misterio* de que se trata aquí concierne a los que vivirán aún en el regreso de Cristo. ¿Qué será de ellos, mientras los muertos *resucitarán incorruptibles?* El apóstol enseña, aquí y en otras partes (1 Tes. 4:15-17; 2 Cor. 5:2-4), que serán *cambiados*, transformados, revestidos de *incorrupción*, la única que puede heredar el reino de Dios. (Vers. 50.) Esto tendrá lugar, no por un lento procedimiento de glorificación, sino *en un momento*, por un milagro de la potencia divina completamente semejante al de la resurrección, y simultáneamente con esta última. (1 Tes. 4:15.) La señal de estos grandes acontecimientos será dada por la *última trompeta*, es decir la del *último día*. En el lenguaje simbólico de la escritura, el sonido de la trompeta es la señal del combate (14:8; Zac. 9:14); ésta anunciará la victoria final sobre el *último* enemigo. (Vers. 26.) La voz de ese instrumento era también la señal de las grandes asambleas del pueblo de Dios; aquí será el *último* cumplimiento de la profecía de Isaías (27:13), la asamblea eterna de todos los redimidos. Cuando el apóstol dice *nosotros* y parece comprenderse entre los que vivirán en el día de Cristo (comp. 1 Tes. 4: 15), no hay que olvidar que "el día y la hora" habían sido positivamente ocultados a la iglesia (Mat. 24:36), a fin de que ella se mantuviera constantemente en un estado vigilante de espera, y que, por consiguiente, todos los primeros cristianos que esperaban el regreso de Cristo en su vida, tenían razón para hacerlo. Vemos también, por este hecho, que los apóstoles mismos no conocían de los designios de Dios sobre nuestro porvenir más que lo que les había sido positivamente revelado, y esto debe

54 mortal se vista de inmortalidad[43]. Y cuando esto corruptible se
hubiere vestido de incorrupción y esto mortal se hubiere vestido
de inmortalidad, entonces será cumplida la palabra escrita: "Ab-
55 sorbida fué la fuerte en la victoria[44]". "¿Dónde está, ¡oh muerte!
56 tu aguijón? ¿Dónde está, ¡oh muerte! tu victoria?[45]?" El agui-
57 jón de la muerte es el pecado, y la potencia del pecado la ley; mas
gracias a Dios, que nos da la victoria por medio del Señor nuestro
58 Jesucristo[46]. De modo que, hermanos míos amados, haceos fir-

hacer tanto mayor nuestra confianza en su testimonio.

43. *Es necesario*, tanto para los vivos como para los muertos del último día, según el principio absoluto expresado en el v. 50. La *incorrupción* es la condición absoluta de la inmortalidad. La escritura no conoce la noción estéril de una inmortalidad del alma independiente de la resurrección y sobre todo de la renovación de todo nuestro ser. La palabra misma de inmortalidad aplicada al hombre no se halla más que aquí en todo el Nuevo Testamento (v. 53, 54); y en el único pasaje en que otra vez aparece (1 Tim. 6:16), se dice que "Dios *solo* posee la inmortalidad".

44. O "por la victoria". M. Godet parafrasea: "La muerte es absorbida en la vida inalterable". Es una citación libre de Isaías 25:8, donde se lee: "Engulle la muerte para siempre", lo que supone, en efecto, la *victoria* proclamada aquí por el apóstol.

45. Citación aun más libre de Oseas 13:14. Sobrecogido de la grandeza del asunto y de la gloria de sus esperanzas, el apóstol entona un cántico de triunfo (comp. Rom. 8:31-39) sobre la derrota de los más terribles enemigos de Cristo y del cristiano. Toma para ello de Oseas este apóstrofo atrevido: "¿Dónde está tu azote, oh muerte? ¿Dónde tu peste, oh infierno?" Pero el apóstol modifica el vuelo poético del profeta a un doble respecto. Primero, al término de sus instrucciones profundas sobre la resurrección, dirige dos veces su desafío a la *muerte*. La variante del texto recibido, que le hace decir: ¡oh infierno!" *(hádes*, el lugar invisible, equivocadamente traducido en nuestras versiones por *sepulcro)* no es más que una corrección según el pasaje de Oseas. Luego, a estas palabras del profeta: ¿dónde está tu azote, tu peste?—sustituye éstas: tu *aguijón*, tu *victoria*. El aguijón es el arma de un animal venenoso, de un escorpión, que pica y mata. (Comp. el versículo siguiente, nota.)

46. El *aguijón* de la muerte, su arma, lo que la hace tan horrible, lo que le imprime en la frente el carácter de una maldición, es el *pecado*. Sin el pecado no hay muerte. El pecado, a su vez, tiene en la *ley* toda su *potencia*, pues es la ley la que condena al pecador y le entrega a la muerte. (Rom. 5:20, 21; 7:7-14.) El apóstol inserta aquí estas palabras para realzar aun la grandeza de la *victoria* de Cristo y del cristiano por una revista rápida de nuestros terribles enemigos, y así prepara la ardiente acción de gracias de su corazón penetrado de reconocimiento: "*¡Mas gracias a Dios!!...*

mes, inconmovibles, abundando en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo no es vano en el Señor[47].

47. La encarecida exhortación por la cual Pablo termina este rico capítulo, prueba poderosamente la relación íntima que hay entre la doctrina de la resurrección y la vida cristiana entera. La *obra del Señor* es la propagación y acrecentamiento de su reinado por fuera y por dentro: sin la viva esperanza de la resurrección esta obra no tendría ni término ni triunfo a esperar; jamás la potencia del pecado, de la carne, de la muerte, sería enteramente vencida y destruída. ¿Dónde, pues, estaría nuestro coraje? ¡Por la resurrección triunfamos aun sucumbiendo así como nuestro Maestro que, muriendo, venció la muerte!

CAPITULO XVI.

I. *Instrucciones sobre la colecta para los cristianos de Jerusalén, 1-9.* — II. *Pablo anuncia la visita de Timoteo y Apolo a Corinto; exhortaciones, saludos, 10-24.*

I. 1-9. Colecta. Visita de Pablo a Corinto. — 1º Como lo ha hecho en las iglesias de Galacia, Pablo aconseja a los cristianos de Corinto que pongan aparte cada domingo lo que puedan consagrar a sus hermanos pobres; a su llegada, la colecta se hallará hecha; enviarán el producto a Jerusalén. (1-4). — 2º Pablo anuncia su visita a Corinto y su deseo de residir allí algún tiempo, pero es retenido aún en Efeso. (5-9).

1 Mas sobre la colecta para los santos, así como he ordenado a
2 las iglesias de Galacia, haced así vosotros también[1]: Cada primer

1. Se trata de la misma colecta de que se habla en Rom. 15:25 y sig. Los cristianos de Palestina estaban en necesidad, porque tenían, mucho más que otros, que sufrir persecución. Los judíos fueron, en efecto, en los primeros tiempos, los más violentos adversarios del evangelio, que no había llamado aún la atención de los paganos. Pablo atribuía una grande importancia a esa colecta, y por diversas razones: además del socorro eficaz que sería para hermanos que padecían, debía ser un vínculo de caridad entre las iglesias fundadas en regiones paganas y la de Jerusalén que conservaba aún, contra las primeras, muchos prejuicios; era dar el bien por el mal. Al mismo tiempo Pablo mismo, personalmente portador de ese beneficio (v. 4), tendría una excelente ocasión de mostrar a los cristianos judaizantes cuán poco merecía su desconfian-

día de la semana, cada uno de vosotros ponga aparte en su casa,
atesorando lo que hubiere ganado, para que cuando yo llegue no
3 se hagan entonces colectas [2]. Y cuando llegare, a los que apro-
4 bareis enviaré con cartas para llevar vuestra gracia a Jerusalén [3].
5 Y si fuere digno de que yo también vaya, conmigo irán [4]. E iré a
vosotros cuando atravesare Macedonia, pues Macedonia atrave-
6 saré. Y quizá me quedaré con vosotros, o aun invernaré, para que
7 vosotros me acompañéis adonde quiera que fuere. No quiero, en
efecto, veros ahora de paso, pues espero quedar algún tiempo con
8 vosotros, si el Señor lo permitiere [5], mas quedaré en Efeso hasta
9 Pentecostés, pues puerta me ha sido abierta, grande y de activi-
dad, y hay muchos adversarios [6].

za y su mal querer para con él. En general un interés semejante por hermanos desconocidos elevaba las almas por encima de los prejuicios nacionales, y unía a los cristianos como una sola familia. Ni el paganismo ni el judaísmo jamás habían producido nada semejante.

2. Esta mención del *primer día de la semana*, es decir del domingo (Mat. 28:1; Mar. 16:2; Actos 20:7), como de un día propio para ocuparse especialmente de una buena obra, prueba la importancia que le atribuían los cristianos desde los tiempos de los apóstoles, aun si no lo celebraban todavía regularmente como el día del reposo, prefiriendo algunos conservar el sábado. (Comp. Actos 20:7; Apoc. 1:10). Se ha perdido demasiado de vista el excelente consejo que da aquí el apóstol, de determinar sus donativos anticipadamente, de *ponerlos* aparte en una época fija, y así *reunir* (Gr. "atesorar") para el Señor. Es el medio de dar mucho y de no ser tomado desapercibido en la hora de la necesidad.

3. Se puede traducir: "a los que vosotros hubiereis aprobado por cartas", o bien: "Enviaré por cartas (con cartas) a *los que vosotros hubiereis aprobado*". El contexto exige este último sentido. Dejando a los Corintios la elección de los que debían recoger sus donativos y llevarlas a Jerusalén, así como ordenando que la colecta se hiciera en su ausencia, el apóstol respetaba, con mucha delicadeza, la libertad de sus hermanos.

4. Es lo que ocurrió; su esperanza no fué frustrada. (Rom. 15:25; Actos 19:21.)

5. Pablo ha hablado varias veces ya de esta visita a Corinto que anhelaba por varias razones. (Vers. 2; 4:19; 11:34; 14:.) Cuando dice: "no quiero ahora veros *de paso*", parece aludir a una visita precedente, de corta duración, de que los Actos no hablan. Esta expresión no puede aplicarse a su primera residencia que fué de diez y ocho meses. (Actos 18:11.)

6. Dos motivos de prolongar su residencia en Efeso: el bien que puede hacer allí, y el mal que harían los *adversarios*. Una *grande puerta abierta* es una ocasión evidente que Dios ofrece al apóstol de anunciar el evangelio. Pablo da también a esta puerta el epíteto inusitado de *eficaz*, o *enérgica* es decir que la ocasión era hecha tal por el espíritu de Dios. Es la idea vertida por estas palabras: *con esperanza de éxito,—de actividad.*

II. 10-24. Recomendaciones. Exhortaciones. Saludos. — 1º Pablo recomienda afectuosamente a los cristianos de Corinto su discípulo Timoteo, y les anuncia la visita diferida de Apolo. (10-12). — 2º ¡Velad, estad firmes, en todo amor! (13). — 3º Elogio de Estéfanas y de sus compañeros de viaje; consideraciones que se deben a tales hombres. (14-18). — 4º Saludos de las iglesias de Asia, de Aquila y de Priscila, de todos los hermanos, de Pablo a sus lectores. (19-24).

10 Si llegare Timoteo, cuidad de que esté con vosotros sin temor,
11 pues la obra del Señor hace como también yo. Nadie pues le des-
precie [7], y acompañadle en paz, para que venga a mí, pues le
12 aguardo con los hermanos [8]. Mas sobre el hermano Apolo, mucho
le rogué que fuera a vosotros con los hermanos, mas de ningún
modo hubo voluntad de que ahora fuera [9], mas irá cuando tuviere
oportunidad.
13 ¡Velad, perseverad en la fe, portaos como hombres, fortale-
14 ceos! Todas vuestras cosas sean hechas en amor [10]. Mas os rue-
15 go, hermanos —sabéis que la familia de Estéfanas [11] es primicias
16 de Acaya, y que se han dedicado al ministerio de los santos—, que
vosotros también os sujetéis a los tales, y a todo el que colabora
17 y trabaja [12]. Mas me gozo por la presencia de Estéfanas, de For-

7. ¿A causa de su juventud? 1 Tim. 4:12. En general, que sea protegido contra los adversarios del apóstol, que harían caer sobre él su mala voluntad.

8. Comp. 4:17. Timoteo había ido a Macedonia con Erasto (Actos 19:22) y no podía llegar a Corinto antes de esta carta. *Le espero con los hermanos* puede entenderse de los que acompañaban a Timoteo, o de los que estaban al lado de Pablo y especialmente de los tres delegados de Corinto. (Vers. 17; comp. v. 12.) Esta última opinión nos parece la más verosímil; resultaría de ella que no fueron los delegados de Corinto quienes llevaron nuestra epístola.

9. Traducción literal. Esta *voluntad* puede ser la de Dios, que Pablo y Apolo habían reconocido en obstáculos exteriores. Las últimas palabras del versículo son favorables a este sentido. Si se trata de la voluntad de Apolo, esto muestra la perfecta libertad que los compañeros de obra de Pablo conservaban respecto de él.

10. La *perseverancia, la virilidad* (gr.), la *fuerza*, pueden y deben aliarse en el carácter cristiano con el *amor.* — Esta exhortación, sin conexión aparente con las recomendaciones que preceden y que siguen, debía quizá cerrar la epístola, cuando el apóstol juzgó necesario agregar los pensamientos siguientes.

11. Cap. 1:16.

12. "Todos los días experimentamos cuán importante es que aquellos a quienes Dios ha enriquecido

18 tunato y de Achaico, porque han suplido a vuestra ausencia[13], pues
han recreado mi espíritu y el vuestro[14]. Reconoced, pues, los ta-
19 les. Las iglesias de Asia os saludan. Os saludan mucho en el Se-
20 ñor Aquila y Priscila, con la iglesia que está en su casa[15]. To-
dos los hermanos os saludan. Saludaos unos a otros con un santo
21 beso[16]. La salutación con mi mano, de Pablo[17]. Si alguien no
22 ama al Señor, sea anatema! ¡Marán athá![18] ¡La gracia del Se-
23 ñor Jesucristo sea con vosotros! Mi amor es con todos vosotros
24 en Cristo Jesús. ¡Amén![19]

más con sus dones sean rodeados de respeto, y que, por el bien de la iglesia, los demás debieran a sus consejos y a su sabiduría. Pues Dios se revela a nosotros en donde dispensa dones de su Espíritu; si queremos pues no menospreciar a Dios, debemos someternos a aquellos a quienes ha dotado así". *Calvino* (Comp. v. 18).

13. Gr. "a vuestra *falta*", al vacío que vuestra ausencia hace en mí. Eran de Corinto, habían sido probablemente delegados ante el apóstol y le habían dado noticias de la iglesia. Se ve por estas expresiones (comp. v. 18, nota) cuál era la ternura de Pablo por sus hermanos ausentes.

14. Poniéndonos mutuamente en relación, vosotros conmigo, yo con vosotros. Conmovedora y santa comunión de las almas que no impide al apóstol escribir severas verdades, aun en esta carta (Comp. 2 Cor. 1:6, 7; 7:3, 13).

15. Aquila y Priscila habían estado con Pablo en Corinto, luego le habían seguido a Efeso (Actos 18:2, 18). Más tarde los hallamos en Roma, y allí también teniendo, como aquí, *una iglesia en su casa.* (Rom. 16:3-5, nota).

16. Véase Rom. 16:16, nota.

17. Gr. "La salutación de mí, Pablo, con mi mano" (Véase Rom. 16:22, nota). Las palabras que siguen son pues escritas por él mismo, y no bajo su dictado.

18. *Anatema* significa execración, y se había tornado en una fórmula de excomunión (Rom. 9:3; 1 Cor. 12: 3). Todo no pertenece a su iglesia, no debe ser tolerado en ella, puesto que él mismo se excluye de su comunión, aquí y en el cielo. Temible palabra que Pablo añade de su propia mano, y que hace más solemne aun por esta declaración: *Marán athá...* "El Señor viene", viene a ejercer el juicio sobre todos los que no hubieren querido amarle, a él, el amor soberano! Pablo cita estas palabras en lengua siriaca, de lo que se puede inferir que eran una especie de santo y seña por la cual los cristianos de esa lengua se excitaban a la vigilancia.

19. Pablo agrega a su preciosa salutación apostólica, que es una oración (v. 23), una última protesta de su *amor* para *todos* sus hermanos de Corinto, precisamente porque esta carta contiene severas verdades. Por ello mismo les había testificado su amor. Mas ¡ay! los hombres, y aun la mayor parte de los cristianos, no lo juzgan así.

SEGUNDA

EPISTOLA DE PABLO A LOS CORINTIOS

INTRODUCCION

1. Pablo había escrito de Efeso su primera carta a los Corintios. (Véase la introducción). Impaciente por saber qué impresión habría producido, envió a Corinto su discípulo Tito (2 Cor. 12: 18), que debía examinar de cerca el estado de la iglesia y al mismo tiempo recoger allí los donativos de la caridad destinados a los hermanos pobres de Judea (8:6, 18-24) (1). Luego después de la partida de Tito, Pablo debió abandonar Efeso, quizá a consecuencia del alboroto de Demetrio (Actos 19); fué a Troas, luego a Macedonia para esperar allí el regreso de Tito, "no teniendo tregua en su espíritu". (2 Cor. 2:12, 13). Por último, encontró a Tito en Macedonia y fué poderosamente confortado y consolado por las noticias que le llevó este último (7:5-7). Su carta había hecho una profunda impresión de tristeza y de arrepentimiento, de que Tito mismo, muy bien recibido por la iglesia, se había regocijado (7:8-16); el pecador escandaloso había sido excluído y reconducido al arrepentimiento (2:5-11), al extremo de que Pablo mismo pedirá su reintegración en la comunión de la grey. Sin embargo, si una gran parte de la iglesia había sido humillada, los adversarios de Pablo no lo estaban, sino que continuaban oponiéndose a su influencia, rebajando su ministerio. Le acusaban de

(1) Se ha hallado extraño este envío de Tito a Corinto, porque, según la primera epístola, cap. 4:17 y 16:10, por Timoteo debía Poblo recibir noticias relativas al efecto producido sobre la iglesia por esa carta. Timoteo estaba al lado del apóstol cuando éste escribía su segunda carta (1:1), y sin embargo no se habla de una visita suya a Corinto. ¿Habría sido impedido de ir? ¿o bien habría ido demasiado pronto para poder conocer los resultados de la primera carta? Todas las conjeturas que se han hecho sobre este punto no lo aclaran.

versatilidad en sus resoluciones y de contradicción consigo mismo (1:17-19). Le representaban como muy atrevido en sus cartas y débil cuando estaba presente (10:10); hasta predicación carecía de rectitud, de verdad y de claridad (4:2, 3), y usaba de astucia en su desinterés afectado (12:16, 17). Así hablaban los *espirituales* y los doctores judaizantes, que no podían tolerar la pureza de la doctrina anunciada por el apóstol. Deseoso de dirigirse otra vez a sus amigos y a sus adversarios antes de trasladarse personalmente a Corinto, Pablo, siempre en Macedonia donde afirmaba las jóvenes iglesias, escribió nuestra *segunda epístola a los Corintios,* y la envió por Tito y otros dos hermanos que menciona sin nombrarlos (8:16-24). Esta carta fué escrita menos de un año después de la primera, en el 57. Luego después volvió él realmente a Corinto, donde permaneció tres meses (1). (Actos 20: 2, 3).

2. El apóstol empieza por saludar a sus hermanos y dar gracias a Dios de las consolaciones y liberaciones que le había acordado después de tantos pesares y peligros (2 Cor. 1:1-11); luego explica por qué no ha ido aún a Corinto a pesar de la intención que había manifestado (1:12 a 2:4). Aconseja luego a la iglesia que perdone al pecador escandaloso y le admite de nuevo en la comunión de sus hermanos (2:5-11). Abordando entonces las acusaciones de sus adversarios, demuestra la pureza del evangelio que ha predicado, prueba cuán glorioso es el ministerio del nuevo pacto, por oposición al del antiguo, y qué fidelidad ha puesto él, en medio de los más rudos sufrimientos, en el ejercicio de este ministerio de la reconciliación (2:12 hasta 6:13). Después de esa efusión de corazón, llena de abandono y que encierra

---

(1) Nuestro modo de encarar el curso de los acontecimientos es compartido por B. Weiss *(Einleitung in das N. T.* 1886), quien lo define con energía. Su ventaja es no hacer entrar en cuenta más que hechos conocidos y no recurrir a ninguna hipótesis. La objeción que se le hace es el no poder justificar expresiones como 2 Cor. 2:3-4; 7:12; 3:1; 5:12, que no podrían dícese, aplicarse a nuestra primera carta. Basándose en esas expresiones, Bleek y un gran número de sabios después de él han supuesto la existencia de una carta hoy perdida que el apóstol habría escrito al saber por Timoteo los debates que provocaba su precedente epístola y el espíritu de rebelión que se manifestaba en Corinto. Esta carta, muy viva, habría sido llevada por Tito, y Pablo esperaba con febril impaciencia el regreso de su mensajero (2 Cor. 2:12, 13; 7:5 y sig.). Nosotros no pensamos que los pasajes alegados basten para establecer la existencia de una carta intermediaria, pues si hay en la segunda epístola alusiones que no parecen poder aplicarse a la primera, hay también entre ambas cartas estrechas relaciones. (Comp. sobre todo 1 Cor. 5:1 y sig. con 2 Cor. 2:5 y sig.; 1 Cor. 16:5 con 2 Cor. 1:15). M. Godet ha recogido una idea de Ewald, según la cual habría que intercalar entre nuestras dos epístolas, no solamente una carta perdida, sino lo segunda visita de Pablo a Corinto. Piensa "que el intervalo entre la primera y la segunda a los Corintios debe haber sido mucho más considerable y lleno que lo que se admite generalmente..." Es decir, que fué un año y medio en lugar de ser de seis meses. Esta suposición tropieza con el pasaje 2 Cor. 1:15 y sig. en que Pablo se justifica del cambio de su itinerario, que le hace ir a Corinto por Macedonia y no ya directamente como lo había pensado primero. Ahora bien, había anunciado este camino en 1 Cor. 16:5. ¿Puédese suponer un intervalo de más de un año entre la enunciación del proyecto y su justificación?

profundas enseñanzas, Pablo dirige a sus hermanos una seria exhoración a vivir de una manera digna de este glorioso evangelio que él les ha predicado; se conmueve por la tristeza que les ha ocasionado por su primera carta, pero se regocija de los frutos de arrepentimiento y de salud de que esa tristeza ha sido seguida. (6:14 hasta 7:16). Recuerda luego por extenso el deber de contribuir al alivio de los cristianos pobres de Judea, en favor de los cuales Tito debía recoger en Corinto los donativos del amor. (Cap. 8 y 9). Por último, tomando por última vez aparte a los falsos doctores que corrompían la obra de Dios en Corinto, el apóstol, en un lenguaje más severo, rechaza sus falsas acusaciones (10:1-18); expone, en una conmovedora apología, su desinterés, los largos sufrimientos, las terribles tentaciones que soportó en su vida externa y en su alma, semejante en esto a un viejo soldado que mostrara sus heridas por toda respuesta a los que le acusaran de cobardía; sin embargo, añade, no quiere jactarse más que en sus debilidades; está listo a gastarse por sus hermanos. (Cap. 11 y 12). Pablo termina su carta dejando entrever el empleo de una severidad enteramente apostólica, pero desea ir a Corinto con mansedumbre y afecto; por esto exhorta a sus hermanos a un serio examen de sí mismas, a la paz, al amor, y el voto de su corazón por ellos es que la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo, sean con todos ellos. (Cap. 13). Así esta epístola se divide naturalmente en tres partes:

I. Después de una introducción, el apóstol expone con efusión de corazón, volviendo varias veces a su primera carta, su carácter y su conducta apostólicos: cap. 1-7.

II. Trata el asunto de la colecta ya recomendada: cap. 8 y 9.

III. Volviendo a su apostolado, hace de él una enérgica apología, no sin dejar percibir a veces su indignación contra los adversarios en términos severos o irónicos, pero siempre marcados de una santa verdad: cap. 10-13.

3. Nada es más instructivo ni más importante para la vida cristiana, para la dirección de las almas y para el gobierno de las iglesias, que estas relaciones del apóstol con un rebaño numeroso, trabajado por el error y por el espíritu de partido, en circunstancias tan difíciles. Pablo desarrolla aquí dones más variados, más prudencia, sabiduría, renunciamiento, amor, que en la simple ex-

posición del evangelio. En ninguno de sus escritos pone tan completamente en descubierto su corazón apasionado por la verdad y por la salvación de las almas. Por esto su palabra siempre ardiente, corre (ya Erasmo lo observó) ora como un límpido arroyuelo, ora como un torrente turbado por las ruinas que arrastra, ora por fin como un río que se ensancha en profundos lagos. Estos caracteres no dejan de hacer a veces muy difícil la interpretación de esta ardiente efusión, escrita en condiciones sumamente especiales.

Es superfluo hablar de la autenticidad de nuestra epístola; lleva en sí misma pruebas tan evidentes, que jamás la crítica más negativa la ha atacado, si se exceptúan ciertas hipótesis que de por sí mismas se juzgan.

Algunos intérpretes, sorprendidos de la diferencia de tono entre la última parte (Cap. 10-13) y la primera (Cap. 1-7), han supuesto que teníamos dos epístolas escritas en circunstancias diferentes y reunidas más tarde en una sola. Pero los manuscritos son unánimes en presentarnos la epístola en su unidad y las razones invocadas en favor de esa hipótesis no son suficientes.

SEGUNDA
EPISTOLA DE PABLO A LOS CORINTIOS

CAPITULO I.

I. *Después del saludo apostólico, Pablo da gracias a Dios por los consuelos que ha recibido de él en sus padecimientos, y por su liberación de los mayores peligros, 1-11.* — II. *Se justifica del reproche de versatilidad en sus designios, 12-24.*

I. 1-11. INTRODUCCIÓN. ACCIÓN DE GRACIAS. — 1º Firma y dirección de la epístola; voto apostólico. (1, 2). — 2º Efusión de gratitud por tantos consuelos recibidos en la prueba; estos consuelos abundan con las aflicciones, y Dios hace tornar unas y otras para el bien espiritual de los Corintios. (3-7). — 3º Pablo participa a sus lectores los grandes peligros a que ha sido expuesto, las grandes liberaciones de que ha sido objeto, su confianza para el porvenir, mediante el auxilio de las oraciones de ellos. (8-11).

1 Pablo, apóstol de Jesucristo por volutad de Dios [1], y el hermano Timoteo [2], a la iglesia de Dios que está en Corinto, con to-

1. Ora a causa de sus adversarios, ora para imprimir en las almas la autoridad divina de su apostolado, Pablo, en el principio de la mayor parte de sus cartas, declara así solemnemente que la santa *voluntad de Dios* le llamó a ese cargo en su iglesia (Rom. 1: 1; 1 Cor. 1:1; Gál. 1:1; Efes. 1:1, etc.).

2. Aunque Pablo solo es el autor de esta carta, se asocia a *Timoteo* por un humilde sentimiento de amor fraternal y de deferencia por este último, al que probablemente la dictó (Comp. 1 Cor. 1:1; Fil. 1:1; Col. 1:1; 1 Tes. 1:1). Tenía además la intención de acreditar a Timoteo ante los Corintios que quizá no lo habían acogido como debieran cuando había ido a ellos en cargado de una misión por Pablo (1 Cor. 4:17; 16:10, 11. Comp. la introducción).

3. *Acaya* comprendía todo el Peloponeso, vasta península ligada al continente por el istmo sobre el cual estaba situada Corinto. En toda esa provincia de Grecia había cris-

2 dos los santos que están en Acaya entera[3]: ¡Gracia a vosotros y
paz de parte de Dios Padre nuestro y del Señor Jesucristo![4]
3 Bendito sea el Dios y Padre del Señor nuestro Jesucristo, el
4 Padre de las compasiones y Dios de toda consolación[5], que nos
consuela en toda nuestra tribulación, para que podamos nosotros
consolar a los que están en cualquier tribulación, por la consola-
5 ción con que nosotros mismos somos consolados por Dios[6], pues
conforme abundan los padecimientos de Cristo en nosotros, así
6 abunda también por Cristo nuestra consolación[7]. Ora seamos,

tianos diseminados en conexión con la *iglesia* de la capital, y Pablo no los olvida (1 Cor. 1:2).

4. Véase Rom. 1:7, nota.

5. Comp. sobre la relación de estos términos: *Dios de las compasiones, de consolación*, de paciencia, de paz, Rom. 15:5, nota. *Padre de las compasiones*, no significa solamente Padre misericordioso, sino que el apóstol designa así a Aquel que, hecho para sus hijos un tierno *Padre* reconciliado, es para ellos la fuente inagotable de todas las misericordias de que ellos son y serán objeto. Lo mismo ocurre con estas palabras: *Dios de toda consolación.*

6. El apóstol dice *nosotros*, y no solamente comprende a Timoteo (v. 1) en este plural significativo, sino también a sus hermanos a quienes escribe. Tal es la realidad y la intimidad de la comunión en la cual Pablo se siente con las iglesias, que considera todas sus experiencias, *tribulaciones* o *consolaciones*, como siendo al mismo tiempo su lote y el de las almas que le son confiadas (Vers. 6, 7, 11). — Esta grande y santa ventaja de las *tribulaciones*, para los siervos de Dios y para los cristianos en *general*, consiste en que, después de haber sido así *atribulados* y *consolados* por Dios mismo, son también hechos capaces de *consolar* a sus hermanos en sus dolores. Todo el que no ha padecido y experimentado la potencia de la gracia para infundir ánimo, no podría ofrecer a las almas afligidas los verdaderos consuelos.

7. Los *padecimientos de Cristo* sufre el apóstol; ellos se renuevan en él (Gál. 6:17; Fil. 3:10; Rom. 8:17; 9:3, nota; Col. 1:24, nota); es decir que el Jefe de nuestra salud ha inaugurado la carrera de la lucha y de la victoria, y que los suyos, en una comunión viva con él, le siguen en ese camino. Las causas de los dolores que el mundo acumuló sobre el Salvador, subsisten para los suyos; solamente, él sólo ha padecido como Mediador, llevando la pena de nuestros pecados, y haciéndonos posible su imitación por su perfecta obediencia, mientras que todo pecador padece al mismo tiempo como tal y por el nombre de Cristo. Sin embargo, en tanto que sufre la prueba por el nombre de Cristo, por su verdad, por sus hermanos, cuyo combate y victoria facilita, sus padecimientos son realmente los de Cristo. En este sentido se llama Pablo prisionero de Jesucristo (Efes. 3:1). De ahí que *su consolación abunde también por Cristo.* Su comunión con Cristo es la fuente de su consuelo, como de sus padecimientos (Hebr.

pues, atribulados, es por vuestra consolación y salvación; ora sea-
mos consolados, es por vuestra consolación y salvación, que obra
en el sufrimiento paciente de los mismos padecimientos que nos-
7 otros también padecemos; y nuestra esperanza de vosotros es
firme, sabiendo que, como sois partícipes en los padecimientos, así
8 también en la consolación[8]. No queremos, en efecto, que igno-
réis, hermanos, sobre nuestra tribulación acontecida en Asia, que
hemos sido excesivamente cargados más allá de nuestras fuerzas,
9 al punto de que desesperamos aun de vivir[9], mas hemos tenido en
nosotros mismos la respuesta de la muerte, para que no confiemos
10 en nosotros mismos sino en Dios que resucita los muertos[10], que

2:17, 18), porque esa comunión tiene por término la victoria y la gloria donde Cristo ha entrado por sí mismo y por los suyos. Por la naturaleza de las cosas y por una dispensación de la bondad de Dios, estas dos cosas, *padecimiento* y *consolación*, son siempre proporcionadas una a la otra: cuando la primera *abunda*, la segunda *abunda* también: ¡dulce y preciosa certidumbre!

8. Ora el *padecimiento*, ora la *consolación* de un siervo de Jesucristo, contribuyen igualmente a la *consolación* y a la *salvación* de la iglesia: su padecimiento porque por él un testigo del Salvador vence al pecado y al mundo, fortalece la fe de sus hermanos, y aumenta la *paciencia* de ellos para soportar las mismas pruebas (v. 6); su consolación porque en el seno de sus renunciamientos y de sus dolores hace una experiencia más profunda y más rica de la gracia que él anuncia a las almas, y las hace partícipes de ella (v. 7). En pocas palabras: como hay entre ellos una íntima comunión en la misma *salvación*, hay también una santa comunión de padecimiento y de consuelo. — La construcción de estos dos versículos (6 y 7) varía en los manuscritos y en las ediciones críticas del Nuevo Testamento. Nosotros hemos adoptado el orden de los manuscritos más antiguos. El texto recibido pone la proposición: *ora seamos consolados es para vuestra consolación y salvación* al fin del v. 6, después de la frase: *que obra...* Mas todas las autoridades ponen estas palabras del v. 7: *y la esperanza que de vosotros tenemos es firme*, inmediatamente después de éstas del v. 6: *los mismos padecimientos que nosotros padecemos.* Y estas últimas deben terminar entonces el v. 6. Por lo demás, el pensamiento del apóstol queda poco más o menos igual.

9. Ora en Efeso (1 Cor. 15:32, y más tarde, Actos, cap. 19), ora en otras ciudades del Asia Menor, el apóstol había estado expuesto a grandes pruebas, a terribles peligros, que los Corintios no podían ignorar completamente, cuyos detalles debían serles dados por los portadores de esta carta, y que Pablo describe aquí por algunas palabras enérgicas. Mas comp. 11:22 y sig. Otros piensan que Pablo alude a alguna grave enfermedad, lo que es menos probable según los términos que emplea.

10. Gr. "Mas nosotros mismos hemos tenido en nosotros mismos la

de tan grande muerte nos ha libertado y nos liberta, en quien he-
11 mos puesto la esperanza de que aún nos libertará; coadyuvando
también vosotros por nosotros en la súplica, para que el don de gracia obtenido por muchas personas para nosotros sea de muchos agradecido por nosotros [11].

II. 12-24. El apóstol se justifica respecto de su viaje diferido a Corinto. — 1º Protesta de la sinceridad de su conducta y de su palabra, apelando a lo que muy bien saben los lectores mismos. (12-14). — 2º En este sentimiento había proyectado su viaje a Macedonia y a Corinto. (15, 16). — 3º Si este plan no se ha realizado, ¿constituye ello una prueba de versatilidad? Rechaza esta acusación atestando la fidelidad de Dios, la verdad de Jesucristo que él ha predicado, la certeza de las promesas divinas, la unción y el sello del Espíritu de Dios. (17-22). — 4º La verdadera razón de su demora es que quería evitar a la iglesia de Corinto medidas severas; no quiere dominar sobre la fe de los fieles, sino contribuir a su gozo. (23, 24).

12 En efecto, nuestro motivo de jactancia éste es: el testimonio
de nuestra conciencia de que en sencillez y sinceridad de Dios, no
con sabiduría carnal sino con la gracia de Dios nos hemos condu-
13 cido en el mundo, y mayormente con vosotros [12]. No os escri-

respuesta de la muerte"; todo parecía anunciarla; *teníamos en nosotros*, según la voluntad de Dios, este presentimiento, a fin de que nuestra liberación inesperada nos apareciera con tanta mayor evidencia como una obra del *Dios que resucita los muertos*. Donde no hay más esperanza humana, queda siempre al cristiano la omnipotencia de Dios. Por tanto no teme los peligros, pues, venga lo que viniere, el resultado es para él una victoria, ora sobre la tierra, ora en el cielo.

11. Traducción literal. Nuevamente aquí (comp. v. 4, nota) el apóstol asocia sus hermanos, sus *súplicas*, sus *acciones de gracias*, a su *liberación* y a todo lo que le acontecerá en lo sucesivo. ¡Qué fe en la oración! ¡qué poderosa realidad es la comunión de las almas en Jesucristo!

12. Por estas palabras empieza Pablo esta apología de su ministerio, que ocupa tan grande parte de la epístola, y que las falsas acusaciones de sus adversarios hacían indispensable. La conecta *(en efecto)* a esa comunión de oraciones que llena su corazón (Vers. 11). Había prometido a los Corintios visitarlos, a fin de combatir, por su presencia los numerosos abusos que se habían introducido en su iglesia. Hasta entonces no había cumplido esa promesa, porque, en medio de sus combates y de sus sufrimientos, temía aparecer en una iglesia que le era tan querida con toda la severidad de su autoridad apostólica (Vers. 23; 1 Cor. 4:21; 2 Cor. 13:10). Sus adversarios, lejos de ser humillados por su primera carta, se habían aprovechado de esa circunstancia para acusarle de versatilidad (v. 17) y de temor de los hombres (10:1-10).

bimos, en efecto, otra cosa que lo que leéis, y que reconocéis,
y espero que hasta el fin reconoceréis [13], conforme habéis también
14 reconocido en parte que nosotros somos vuestro motivo de jac-
tancia, conforme también vosotros el nuestro, en el día del Señor
Jesús [14].
15 Y en esta confianza me había propuesto primero ir a vos-
16 otros para que tuvierais una segunda gracia [15], y cruzar por vos-

Esos reproches debe él rechazar por el honor y la eficacia de su ministerio. — Protesta pues invocando el *testimonio de su conciencia* que es su *motivo de jactancia*, de que se ha conducido *en el mundo*, es decir a los ojos de todos, *en sencillez* (otros leen *en santidad*) y *en sinceridad de Dios*, es decir en sinceridad que viene de Dios y que le es agradable. Para comprender toda la fuerza del término que traducimos por *sinceridad*, hay que remontar a su etimología: se compone de las dos voces *sol* y *juicio*, y significa: la cualidad de un objeto transparente que se juzga a los rayos del sol; así, la pureza sin mácula de un cristal, y, moralmente, la nitidez de un alma que la luz del Espíritu de Dios penetra por completo, y que se juzga así. Ese substantivo compuesto reaparece en 2:17; 1 Cor. 5:8; el adjetivo formado de las mismas raíces se lee en Fil. 1:10; 2 Pedro 3:1. — Hay que observar también aquí el profundo contraste que el apóstol establece entre la *sabiduría carnal*, es decir la habilidad de la razón humana entregada a sí misma, a sus medios equívocos, y la *gracia de Dios*, que esclarece la inteligencia, purifica el corazón y santifica todos los motivos.

13. La versión de Ostervald, traduciendo estos verbos en pretérito: "lo que leísteis y reconocisteis", puede hacer pensar en la primera carta del apóstol, cuyo perfecto acuerdo con lo que acaba de decir afirmaría. Tal no es el sentido. El apóstol, para testificar aun su sinceridad en otros términos, después de haberlo hecho en el v. 12, declara que no hay en lo que escribe *aquí*, y que sus lectores *leen*, ninguna segunda intención, ningún rodeo, y que pueden ellos mismos *reconocerlo*. Hay en el griego un gracioso juego de palabras por el hecho de que, en esa lengua, los verbos *leer* y *reconocer* tienen la misma etimología y se escriben del mismo modo difiriendo sólo en una partícula.

14. Para persuadir completamente a sus lectores, el apóstol apela a sus relaciones precedentes, a su confianza mutua: "Vosotros habéis *reconocido* en mí (por lo menos *en parte*, no todos ni enteramente) un fiel siervo de Dios y os *jactáis* de mí; de mi parte, yo he reconocido en vosotros sinceros discípulos, que serán mi *gloria*, mi *jactancia*, no delante de los hombres, sino en el tribunal de Jesucristo, cuando ponga en plena luz los secretos de los corazones. ¿Por qué pues estas desconfianzas?" ¡He ahí la santa elocuencia del corazón y de la verdad!

15. Gr. "Una segunda gracia", por su presencia por segunda vez en medio de ellos después de su regreso de Macedonia (Vers. 16). Para procurarles esta *segunda* gracia el apóstol había resuelto ir *primeramente* a ellos. — Pablo, teniendo conciencia de los dones que le han sido confiados para las almas, no procura velarlos por una falsa humildad (Rom. 1:11).

otros a Cacedonia, y otra vez de Macedonia ir a vosotros, y ser
17 acompañado de vosotros a Judea[16]. Habiéndome propuesto, pues,
esto, ¿usé acaso de ligereza ?[17] o lo que me propongo, ¿según
la carne me propongo, para que haya en mí el sí, sí, y el no,
18 no?[18] Mas fiel es Dios que nuestra palabra a vosotros no es sí y
19 no, pues el Hijo de Dios, Jesucristo, que fué predicado entre vos-
otros por nosotros, por mí y Silvano y Timoteo, no fué hecho sí
20 y no, sino que ha sido hecho sí en él, pues cuantas promesas hay
de Dios en él son sí; por tanto también por él son amén para glo-
21 ria de Dios por medio de nosotros. Y el que nos confirma con vos-
22 otros en Cristo, y nos ungió, es Dios, el que también nos selló y
23 dió las arras del Espíritu en nuestros corazones[19]. Mas yo in-

16. Comp. v. 12, nota, y 1 Cor. 16: 5, 6. Se puede preguntar en qué momento había formado el apóstol este proyecto no ejecutado y lo había comunicado a los Corintios. ¿Es en nuestra primera epístola? No, pues en esa epístola expone un plan de viaje por Macedonia (1 Cor. 16:5, 6) que está a punto de ejecutar en el momento en que escribe nuestra epístola. La suposición más probable es que comunicó a los Corintios su intención de ir a verlos directamente antes de trasladarse a Macedonia en una primera carta que les escribió y que hoy está perdida (1 Cor. 5:9). En la primera actual a los Corintios descubría ya un cambio de proyecto (1 Cor. 16:5, 6) y se atraía así los reproches de que trata de justificarse.

17. Como mis adversarios me acusan (1 Cor. 4:18).

18. ¿El *si* y el *no* al mismo tiempo, contradicciones entre mis palabras y mi conducta, o afirmaciones lanzadas con ligereza y que no significan nada? Eso sería obrar *según la carne*, es decir según los impulsos de la naturaleza, no según los principios morales que produce la verdad cristiana, el Espíritu de Dios.

19. Estos versículos (18-22) forman un todo inseparable, presentan una admirable refutación de la acusación levantada contra el apóstol (v. 17), y muestran cómo el menor acontecimiento de su vida, todo pensamiento de su corazón y toda palabra de su boca, se relacionan con las profundidades de la palabra de Dios y de la experiencia del critiano. En efecto, empieza por invocar la *fidelidad de Dios* (v. 18), como el garante y la fuente de su propia fidelidad en sus palabras y en su conducta. Luego, lo que él afirma de sus palabras en las relaciones de la vida, lo extiende a toda su *predicación* de Jesucristo, y a la de sus compañeros de tarea (v. 19). Y con razón; pues si la acusación era fundada en un punto, ¿por qué no lo sería en todos? La eficacia de la predicación sería destruída, la confianza de los oyentes anulada. Pero, mucho más, a *Jesucristo* mismo apela, a la perfecta verdad con que apareció en el mundo, sin ninguna sombra de contradicción; y así él se torna en el garante de sus apóstoles que son sus imitadores y a los que él conduce por su Espíritu. Mucho más aún: todo este evangelio de Jesucristo descansa en las *promesas de Dios* (v. 20), ni una sola de las cuales ha sido hallada desmentida por el acontecimiento, sino que todas han sido confirmadas en Cristo. *(Sí en él,* tres veces repetido). El texto recibido tiene: "el Sí en él y el Amén en él" (en Cristo que ha cumplido todas las promesas de Dios hechas en el Ant. Test.); y ordinariamente se toman las palabras *Sí* y *Amén* como sinónimos, expresando la certidumbre del cumplimiento. Otros entienden por el *sí* la certidumbre objetiva (en Cristo), y por el *amén* la seguridad subjetiva, la fe en los fieles que, en el culto, repiten juntos *amén* después de cada oración. Este sentido es confirmado por una variante muy autorizada que hemos admitido en la traducción: "el *sí* en él, y por tanto también el *amén por él*"; es decir el amén que nosotros pronunciamos por nuestra fe en él, y esto *a la gloria de Dios*, que así glorificamos *(por nosotros)*. Por último, si Dios en Cristo es el garante infalible de su verdad, lo es una segunda vez por su obra en *vosotros*, en *nosotros*, en todo verdadero creyente, pues es él quien *nos confirma* en Cristo, uniéndonos a él como los miembros con la cabeza, haciéndonos partícipes de su naturaleza; ¿por qué medio? Por la misma *unción* del Espíritu que Cristo recibió. *(Cristo* significa *Ungido*, y las palabras del original hacen este acercamiento que parece tan atrevido, v. 21). Por este Espíritu de verdad, nos *selló*, como se confirma y autentifica un documento por medio de un sello oficial (Efes. 1:13). Derramándolo en nuestros corazones, lo ha dado como las *arras* de todo lo que ha prometido (Efes. 1:14), como esa parte del precio convenido que se paga anticipadamente y que ratifica un contrato (Vers. 22). Por esto el cristiano tiene, ya en este mundo, la vida eterna (Juan 3:16; 5:24). ¡Qué apología en estos importantes y profundos pensamientos! Por esto el apóstol no se detiene más en aplicárselas para el caso presente; se contenta con decir a los Corintios la verdadera razón por la cual no ha ido a ellos, y esta razón es apropiada para humillarlos (v. 23), no menos que la defensa del apóstol.

voco a Dios por testigo sobre mi alma[20] que siendo indulgente
24 con vosotros no he ido aún a Corinto[21]; no que nos enseñoreemos
de vuestra fe, sino que colaboramos a vuestro gozo, pues por la fe
estáis firmes[22].

20. Con relación a este solemne juramento del apóstol, véase Mat. 5: 37, nota.

21. Es decir, a fin de no ejercer allí él mismo una severa disciplina, usando de su autoridad apostólica (Comp. 1 Cor. 4:21).

22. Por estas últimas palabras, Pablo suaviza lo que había de severo en el versículo precedente. Quiere tanto menos *enseñorearse* despóticamente sobre la *fe* de sus hermanos, cuanto que *por* esa misma *fe* ellos *permanecen firmes*. Si fuera de otro modo, toda disciplina de nada serviría. Ejerciéndola, está muy convencido de que no hace, en definitiva, más que *contribuir al gozo* de la iglesia, gozo que sería pronto turbado por los desórdenes que tenía que reprender, si los miembros no fueran fortalecidos por la fe.

CAPITULO II.

(Continuación). I. *El verdadero motivo por que Pablo había cambiado su plan de viaje era que no quería nuevamente entristecer a sus hermanos de Corinto, 1-11.* — II. *Gozo y reconocimiento del apóstol para con Dios que le ha libertado de sus inquietudes y que manifiesta la potencia del evangelio, 12-17.*

I. 1-11. Por qué retardó Pablo su viaje a Corinto. — 1º No quería ir allá *con tristeza* para ellos y para él, pues si él los entristece, ¿de quién recibiría gozo? Ha escrito, pues, persuadido de que tristeza y gozo son comunes a ellos y a él, pero ha escrito con grande aflicción, con lágrimas, no para entristecer, sino por amor. (1-4). — 2º En cuanto al culpable, no es a mí, ante todo, a quien ha entristecido; a vosotros, sólo en parte; la pena que le ha sido infligida es suficiente: perdonadle, haced respecto de él un acto de amor. (5-8). — 3º Os escribí para probar vuestra obediencia; si vosotros perdonáis, yo lo he hecho ya por amor de vosotros, a fin de que Satanás no tenga ninguna ventaja sobre vosotros. (9-11).

1 Mas esto resolví para mí mismo: no ir a vosotros otra vez
2 con tristeza[1]. Si yo, en efecto, os entristezco, ¿quién me da gozo,
3 sino el entristecido por mí?[2] Y esto mismo os escribí[3] para
que, llegando, no reciba tristeza de los que me fuera necesario go-
4 zar, confiando en todos vosotros de que mi gozo es de todos vos-
otros[4]. En efecto, con grande tribulación y angustia de corazón os
escribí, con muchas dlágrima; no para que fuerais entristecidos,
sino para que conocierais el amor que tengo mayormente para
vosotros[5].

1. Es decir teniendo yo mismo tristeza y dando a otros. Véase 1: 23. El texto recibido tiene: "volver a vosotros con tristeza" pero una variante mucho más apoyada cambia el orden de las palabras y hace referir el adverbio "otra vez" a "con tristeza", lo que supone que el apóstol, "en la tristeza", había hecho un precedente viaje a Corinto, de que los Actos no han conservado el recuerdo. — El apóstol sigue así la explicación de la demora de su viaje, y alude al deplorarle asunto que había tratado en la primera epístola, cap. 5, y que había debido afligir profundamente la iglesia. En lugar de volver a Corinto mientras existía esta causa de dolor, había preferido escribirles (Vers. 3, 4).

2. "De vosotros espero consuelos y *gozo* en mis penas; ¿mas cómo podréis dármelos, si yo mismo os *entristezco*?" (Vers. 3).

3. Primera carta, cap. 5.

4. Tanto más cuanto que el motivo de este gozo, la purificación de la iglesia, concernía a los Corintios más directamente aun que al apóstol.

5. Sin duda, era realmente necesario que los entristeciera diciéndoles la verdad (comp. 7:8, 9), pero el amor predominaba en su corazón. De ahí su *grande tribulación. Con muchas lágrimas*, agrega el apóstol, lo que, en un hombre fuerte y resuelto, es la señal de un inmenso dolor. Vemos por ello qué disposiciones de corazón deben inspirar las reprensiones cristianas. "Es propio de un verdadero pastor llorar él mismo antes de provocar las lágrimas de los demás, sufrir en silencio en sus reflexiones antes de manifestar su indignación, retener para sí mismo más dolor que el que hace sentir a otros". *Calvino.*

5 Que si alguien ha causado tristeza, no me ha entristecido a
6 mí, sino en parte, para no sobrecargar, a todos vosotros[6]. Bas-
7 tante es al tal este castigo infligido por los más, de modo que, al
contrario, más bien perdonadle y consoladle, no sea que por la de-
8 masiada tristeza sea consumido el tal[7]. Por tanto os ruego que

6. La construcción de este versículo es difícil; he aquí su traducción literal: "Que si alguno entristeció, no a mí entristeció, sino, en parte, para que no sobrecargue, a todos vosotros". Primero, Pablo, bien que fué *entristecido* más que todos (v. 4), pone aparte su persona, a fin de que ninguno vea en él motivos egoístas tales como su autoridad desconocida, etc. En cuanto al resto del versículo, presenta tres sentidos posibles: 1º Mas a todos vosotros entristeció, *en parte*, lo digo a fin de no *sobrecargaros*, es decir acusaros de haber sido por vuestra indiferencia cómplices de su falta. 2º A vosotros entristeció, mas digo *en parte*, a fin de no sobrecargarle aun más del pesar que os causó. 3º Todos vosotros, *en parte, para no exagerar nada* (este verbo tiene también este sentido), y esto significaría que los miembros de la iglesia no habían sido todos afligidos del desorden. La *segunda* interpretación parece la más en armonía con el versículo siguiente, que muestra evidentemente que el apóstol quiere ahora aliviar la posición del culpable.

7. Gr. "no sea engullido". El apóstol encuentra suficiente la humillación pública ordenada por él (1 Cor. 5:3 y sig.). Otros entienden por ese castigo algún acto de disciplina diferente del recomendado por el apóstol, y que habría sido ejercido por la *mayoría* de los miembros de la iglesia, sin que hubieran recurrido al medio severo indicado por Pablo. Sea lo que fuere, ese hombre se había arrepentido; corría aun el riesgo de caer en la desesperación. De modo que el fin que se había propuesto el apóstol (1 Cor. 5:5) estaba plenamente obtenido, y ahora él pide para el penitente el *perdón* y hasta el *consuelo* de sus hermanos! "Ilustre ejemplo, por el cual podían ver los Corintios cuánto horror tenía de una excesiva severidad. Y no solamente para ellos habla así, sino porque él mismo estaba enteramente calmado, en lo cual ellos podían conocer su inmenso dolor... Si tú continúas siendo duro para tal alma, será un cruel insulto, y no ya disciplina. Nada es más peligroso que dar presa a *Satanás* (v. 11) sobre un pecador por la desesperación. Armamos a Satanás todas las veces que rehusamos el consuelo a los que están llenos de contrición por su pecado". *Calvino.*

9 confirméis vuestro amor para con él[8], pues para esto también
os escribí, para conocer vuestra experiencia, si sois obedientes en
10 todo[9]. Y al que vosotros algo perdonáis, yo también; porque
yo, lo que he perdonado, si algo he perdonado, es por causa de
11 vosotros, en presencia de Cristo, para que no seamos aventajados
por Satanás, pues no ignoramos sus designios[10].

II. 12-17. INQUIETUDES DEL APÓSTOL Y ACCIÓN DE GRACIAS POR LOS TRIUNFOS DEL EVANGELIO. — 1º Llegando a Troas, no habiendo hallado allí a Tito por quien esperaba noticias vuestras, partí a Macedonia, donde le encontré; ahora, gracias a Dios que nos ha hecho triunfar extendiendo el conocimiento de Cristo. (12-14). — 2º Somos así el buen olor de Cristo, ora para los salvados, ora para los que perecen, — para la vida o para la muerte; ¿pero quién es aquí suficiente? Cuanto a nosotros, no falsificamos la palabra, sino que la predicamos con toda sinceridad. (15-17).

12 Mas llegando a Troas para el evangelio de Cristo y siéndome
13 abierta una puerta en el Señor[11], no tuve reposo en mi espíritu
por no hallar a Tito mi hermano, sino que despidiéndome de ellos
salí para Macedonia[12].

8. Dadle prueba de vuestro amor.

9. Según muchos intérpretes, Pablo hablaría aquí de *esta* misma carta, de lo que *escribe* en este momento, por lo cual prueba la *obediencia* de los Corintios pidiéndoles que reintegren ese pecador, como la probó antes ordenándoles excluirle. Según otros, el apóstol habla aún, como en los v. 3 y 4, de su primera epístola, lo que es más probable.

10. El v. 10, cuyo verdadero texto es restablecido aquí, expresa la íntima confianza del apóstol en sus hermanos, y su entera comunión con ellos en todo este asunto tan grave y tan delicado. Si ellos *perdonan* al pecador arrepentido, *él también lo ha hecho* ya, y lo ha hecho por un doble motivo: primero, *por amor de ellos*, a quienes quería dar este ejemplo, y cuyo bien espiritual ha buscado en todo esto; luego, por obrar *en la presencia de Cristo*, bajo su mirada, según su caridad, en su comunión. Se podría traducir también con Lutero: "en lugar de Cristo", es decir pronunciando en su nombre el perdón del culpable, según la regla que él estableció (Juan 20:23). A estos motivos, el apóstol añade un tercero (v. 11) que supone obrando igualmente en él y en los Corintios, a saber: que si ellos no seguían esta línea de conducta, darían a *Satanás* una *ventaja* sobre ellos y sobre el pecador penitente, que recaería quizá, por desaliento, en el paganismo y la inmundicia (Véase v. 7, nota).

11. "Siéndome abierta una puerta en el Señor", comp. 1 Cor. 16:9, nota.

12. La conexión más natural de este versículo es con los v. 1-4, y no con lo que precede inmediatamente. — Después de haber escrito su primera carta, el apóstol fué *a Troas*, donde tuvo ocasión de anunciar el evangelio; pero no habiendo *hallado a Tito* allí, al que esperaba de Corinto con noticias de la iglesia y del efecto producido por su epístola (7: 5-7), no pudo disfrutar de *ningún reposo*, y pasó a Macedonia, a fin de acercarse a Corinto y sin duda recibir noticias. ¡Qué ardiente amor de las almas y de sus intereses eternos! El que lo sentía tenía derecho de escribir las instrucciones que siguen sobre el ministerio de la palabra.

13. Por la fuerza y en la comunión de Cristo. La ocasión actual de esta ardiente acción de gracias es el resultado de sus esfuerzos por la iglesia de Corinto, resultado que había sabido por Tito en ocasión de ese viaje a Macedonia realizado en la angustia de su corazón. (Vers. 12, 13.) En su apresuramiento por bendecir a Dios, no menciona aquí ese feliz encuentro con Tito; no vuelve a ello hasta el cap. 7:6 y sig. Ante este nuevo testimonio de la fidelidad del Señor, Pablo es impresionado de la grandeza y de la gloria de su ministerio; da salida a este pensamiento, que expone extensamente bajo diversas fases.

14. Esta figura es tomada de los sacrificios, cuya *fragancia*, figura a su vez de un corazón sincero y piadoso, subía hacia Dios y le era agradable. (Gén. 8:21; Lev. 1:9, 17; Núm. 15:7.) Es así como el apóstol nombra el sacrificio de Cristo (Efes. 5:2, y los dones de la caridad. (Fil. 4:18.) Aquí aplica esta figura a los fieles siervos de Cristo, ofreciéndose enteramente en sacrificio a Dios; el buen *olor* que ellos derraman es el *conocimiento de Dios* en el seno de nuestra humanidad corrompida y rodeada de tinieblas.

15. Gr. "a Dios". Somos a Dios o para Dios la *fragancia de Cristo*, es decir que Cristo, que vive en nosotros y al que llevamos por todas partes, nos hace agradables a Dios; Dios ve en nosotros su Hijo amado. (Efes. 1:6.) El apóstol aplica aquí a los servidores mismos de Dios la figura por la que ha caracterizado su acción. (Vers. 14.)

16. Gr. "*En los que...*" o "entre los que..."

17. El texto recibido tiene: "olor de muerte, a muerte; olor de vida, a vida" (véase la versión de Lausana); una lección preferida añade una preposición que significa: "*procedente de muerte*, para (o *hacia)* muerte; *procedente de* vida", etc. El conocimiento de Dios por el evangelio (v. 14), e igualmente los que lo extienden (v. 15), son llamados *la fragancia de Cristo*, sea cual fuere el efecto de ese conocimiento. En la naturaleza, como en el mundo moral, la misma influencia (la del sol, por ejemplo) puede vivificar, desarrollar ciertos seres, mientras que para otros es nociva y apresura su disolución. Tal es también la doble acción del evangelio; produce la *vida* o la *muerte*. La *vida* de Dios, manifestada y comunicada en Cristo, penetra al pecador que la recibe y le resucita de entre los muertos; pero

14 Mas gracias a Dios que siempre nos hace triunfar en Cristo[13],
y que manifiesta por nosotros el olor de su conocimiento en todo
15 ugar[14], porque fragancia de Cristo somos para Dios[15] entre[16]
16 los que son salvados y entre los que perecen: a éstos olor de muerte para muerte; a aquéllos olor de vida para vida[17]. Y para

17 esto, ¿quién es apto?[18] pues no estamos, como los muchos, adulterando la palabra de Dios, sino como con sinceridad, sino como de parte de Dios, delante de Dios, en Cristo hablamos[19].

esa potencia divina (Rom. 1:16) mata al que, resistiendo a Dios, se rehusa a ser humillado. Es la misma verdad, despojado de su vida propia. Es la misma verdad que el Señor anuncia en otros términos. (Mat. 16:25.) Así, aun donde el evangelio provoca la contradicción, la irritación, el odio, no es menos el *buen olor de Cristo.* Este resultado es inevitable para muchos; mas no es el que deben buscar los siervos de Dios.

18. Ningún hombre, por sus propias fuerzas o su propia sabiduría (3:5), sino solamente el que comprende y practica el v. 17, según el contraste absoluto que expresa. Tales son los elementos según los cuales todos los que quieren entrar en esta vocación santa deben examinarse a sí mismos. Un diploma académico no es una respuesta a la temible pregunta hecha por el apóstol.

19. La conexión de este versículo con el precedente por la partícula *pues* puede ser considerada como indicando la razón de una respuesta tácita a la seria pregunta del v. 16: "Ninguno es *idóneo* más que los que predican la palabra como nosotros, *pues...*" Así es como se entiende de ordinario. ¿Mas no sería más bien una reflexión inspirada por la vista de esos *muchos que adulteran la palabra* para agradar a los hombres, y piensan *así* hacerse idóneos? "Se imaginan serlo; no nosotros, *pues...*" *Adulterar* es expresado en el original por una palabra tomada de la mezcla fraudulenta de los licores; así se dice: "adulterar vino". Por oposición a ese crimen de los falsos apóstoles, y para que la *palabra de Dios* quede pura aunque pase por el hombre, Pablo expone el modo como deben anunciarla. (Véase, sobre el sentido de la palabra que traducimos por *sinceridad,* 1:12, nota.) Las tres expresiones que siguen no son una repetición inútil; Pablo habla *de parte de Dios,* fuente de toda verdad, de toda vida, como si Dios hablara por él; *delante de Dios,* bajo su mirada, teniéndole por testigo, debiendo darle cuenta; *en Cristo,* único en quien Dios es el verdadero Dios, fuera del cual nosotros no podemos producir nada, que es el centro, el objeto de toda predicación evangélica.

CAPITULO III.

(Continuación). *Del ministerio evangélico.* I. *La verdadera recomendación de este ministerio está en el corazón de los creyentes, 1-3.* — II. *Es más glorioso que el del antiguo pacto, 4-11.* — III. *De ahí la libertad del apostolado, 12-18.*

I. 1-3- La carta de recomendación del apóstol. — 1º ¿Tendría él necesidad de ser aún recomendado por sí mismo o por otros? No, pues sus lectores mismos son una carta viva, conocida de todos, la carta de Cristo, escrita por el Espíritu de Dios. (1-3).

1 ¿Empezamos otra vez a recomendarnos a nosotros mismos?[1]
¿o necesitamos acaso, como algunos, de cartas de recomendación
2 para vosotros, o de vosotros?[2] Nuestra carta sois vosotros, inscripta en nuestros corazones, conocida y leída por todos los hom-
3 bres, siendo manifiestos que carta de Cristo sois, inscrita por nuestro medio, no con tinta sino con el Espíritu del Dios viviente; no en tablas de piedras sino en tablas de carne, del corazón[3].

1. La comparación que el apóstol acaba de hacer entre él y los falsos doctores (2:17) podía tener las apariencias de una *recomendación* o de una alabanza de su ministerio ante los hombres. Y principalmente, como lo indican las palabras *otra vez,* sus adversarios habían podido interpretar diversos pasajes de su primera carta como jactancias de su ministerio. Rechaza ese pensamiento, declarando que si otros tienen necesidad de tales *recomendaciones,* él busca en otra parte sus cartas de crédito: primero, en la influencia del evangelio en los corazones (v. 2, 3), y luego en la misión y en la fuerza que recibió directamente de Dios. (Vers. 4-6.)

2. Se puede inferir de estas palabras que los falsos doctores iban a Corinto munidos de tales *cartas de recomendación* de parte de las iglesias, y que se hacían dar igualmente por los Corintios para otras ciudades.

3. Pablo no tiene necesidad de *cartas* semejantes, él tiene otras: la iglesia de Corinto misma, pasada por su ministerio de la muerte a la vida, monumento de la potencia de Dios, que todos los hombres pueden contemplar: ¡he ahí su recomendación! Y he aquí los diversos caracteres que en ella descubre el apóstol, como otros tantos sellos auténticos: esa *carta* no ha sido *escrita* por hombres sujetos al error, como un documento perecedero de papel y de *tinta; Cristo* es su autor; y la ha trazado *por el ministerio* ("servicio") de Pablo, *con el Espíritu del Dios viviente.* Es muy superior aun a las *tablas* de la ley grabadas con el dedo de Dios, pues esta carta es la vida divina e inmortal derramada en los *corazones;* es el cumplimiento de las

II. 4-11. GLORIA DE ESTE MINISTERIO. — 1º El apóstol tiene confianza, pues su capacidad le viene, no de sí mismo, sino de Dios, que le ha hecho apto para ser servidor del nuevo pacto. (4-6). — 2º Si el ministerio de muerte fué glorioso en Moisés, ¡cuánto más el ministerio del Espíritu de vida! Si el ministerio de condenación fué glorioso, ¡cuánto más el de la justicia que salva al pecador! (7-9). — 3º Si lo que debía tener fin fué glorioso, ¡cuánto más lo permanente! (10, 11).

4 Mas tal confianza tenemos por Cristo para con Dios; no que
5 de nosotros mismos seamos aptos para pensar algo como de nos-
6 otros mismos, sino que nuestra aptitud viene de Dios [4], el que nos
hizo también aptos para ser ministros de un nuevo pacto, no de
letra sino del Espíritu [5], pues la letra mata, mas el Espíritu
vivifica [6].

grandes promesas. (Ezeq. 11:19; 36:26; Jer. 31:31 y sig.) Se ha hallado una dificultad en cuanto el apóstol dice (v. 2): esta carta está escrita en *nuestros* corazones, mientras que se debiera esperar (como en el v. 3): en *vuestros* corazones. Mas ¿por qué? Ante todo hay que notar este plural comunicativo *nuestros corazones*, en el cual Pablo abarca amorosamente a sus lectores y a sí mismo. Aun la creación de una iglesia no sería para el apóstol un testimonio divino, si, ante todo, no llevara él ese testimonio vivo en su *propio corazón;* su ministerio no ha derramado la vida sino porque él mismo era participante de ella; el que da y los que reciben beben de la misma fuente; todo les es común. Es la verdad expresada así por el Señor: "El que cree en mí, ríos de agua viva manarán de su seno". (Juan 7:38.)

4. Apenas ha expresado el apóstol un pensamiento tan lleno de santa osadía sobre su ministerio, se apresura ya a hacer remontar toda gloria a su origen, declarando (v. 4) que *tal confianza* viene de *Dios* solo, por la intercesión de *Cristo;* que, en cuanto a él, ni siquiera le pertenece un solo buen *pensamiento*, sino que toda capacidad le viene de Dios. Luego extiende esta declaración a su ministerio mismo, cuya excelencia expone comparando al del Ant. Test.

5. Estos términos: *letra, espíritu*, no dependen de *nuevo pacto*, como si debieran caracterizarlo, sino de la palabra *ministros* (servidores). Así: "Dios nos hizo aptos para ser servidores, *no de letra, sino de espíritu*". (Traducción literal; véase a la nota siguiente.)

6. Pocos pasajes hay de que tan a menudo se haya abusado como de éste, apartándolo de su verdadero sentido. ¿De qué se trata, en efecto? ¿Acaso entiende el apóstol aquí por la *letra* lo que está *escrito*, en oposición al *espíritu?* Ni remotamente; para convencerse de ello, no hay más que leer los versículos siguientes. El apóstol, a fin de realzar la excelencia del *ministerio* del *nuevo pacto*, lo pone en paralelo con *el ministerio* del antiguo pacto. Ve en el uno la *letra*, la forma, la ley; en el otro sobre todo el Espíritu que domina, el Espíritu de Pentecostés, derramado sobre la iglesia en la fiesta misma de la legislación del Sinaí.

7 Y si el ministerio de la muerte, en letras, grabado sobre pie-
dras, fué con gloria, de modo que no podían los hijos de Israel mi-
rar el rostro de Moisés, por causa de la gloria de su rostro, que
8 era abolida, ¿cuánto más no será con gloria el ministerio del Es-
9 píritu? [7] En efecto, si el ministerio de la condenación fué gloria,

Ni siquiera, con Calvino y otros, hay que entender por la *letra* el antiguo pacto como tal, y por el *espíritu* el evangelio, sino el carácter dominante de uno y otro, su *ministerio* respectivo. Nada podía expresar mejor este carácter que esta sentencia enérgica: *la letra mata, el espíritu vivifica.* Las dos últimas palabras no tienen necesidad de explicación; todo el Nuevo Testamento atribuye al *Espíritu* de Dios *la creación* de la *vida* en las almas y en la iglesia. En cuanto a las primeras, no significan solamente que el carácter de servilismo es inherente al antiguo pacto, o que la ley misma deja las almas sin vida, puesto que no hace más que ordenar y acusar; no, hay que conservar al verbo su sentido activo y completo: la ley *mata;* pero sabemos que es para *vivificar* a todos los que se arrepienten. De ahí estas expresiones que siguen: *ministerio de la muerte* (v. 7), *ministerio de la condenación* (v. 9). Pablo mismo nos dió el verdadero comentario de estas palabras en Rom. 7:9 y sig., que hay que consultar aquí. Tal es en efecto, según el contexto, el primer sentido de esta notable sentencia. Pero es cierto que todo retorno a la servidumbre de la ley, toda esclavitud de las tradiciones humanas y de ciertas fórmulas, puede de nuevo, aun bajo el evangelio, traer el imperio de la *letra* que *mata.* No es pues lo *escrito* lo que constituye la *letra*, sino todo lo que apaga el Espíritu. "Cuando Pablo *escribía* estas palabras, desempeñaba, no el ministerio de la *letra*, sino el del *Espíritu.* Y Moisés, en el oficio que le era propio, aun en el caso de que nada hubiera *escrito*, no se habría elevado sin embargo por encima de la *letra*". *Bengel.* Comp. también Juan 6:63, nota.

7. Hubo en la vida de Moisés un momento solemne y misterioso, que, como símbolo, suministra al apóstol las ideas que desarrolla en todo el resto de este capítulo. Habiendo pasado el mediador del antiguo pacto cuarenta días y cuarenta noches en el santo monte, en la comunión íntima del Dios que es luz, su *rostro*, cuando descendió de nuevo hacia su pueblo, resplandecía con *gloria* celestial, débil reflejo de la gloria que sus ojos habían contemplado. (Ex. 34:29-35.) Sin embargo esa claridad *era pasajera*, porque las comunicaciones que Moisés había tenido con Dios no podían mantenerle en este mundo en un estado permanente de glorificación, así como los discípulos no podían permanecer sobre el monte donde contemplaban los esplendores de la Transfiguración. (Mat. 17:1 y sig.) Pablo ve en esa gloria celestial y pasajera, de que resplandecía Moisés, un símbolo sorprendente y justo del ministerio mismo de ese siervo de Dios en el Sinaí. Ese ministerio (servicio) era (Gr.) *en letras, grabado en piedras*, alusión a las tablas de la ley. Por ello, era un ministerio de la *muerte*, porque la ley hace morir, mata. (Vers. 6, nota.) Y no obstante, Pablo confiesa que era ya *glorioso.* (Gr. "en gloria"), de tal mo-

10 mucho más abunda en gloria el ministerio de la justicia [8]; porque
lo glorificado no ha sido glorificado en este particular, por causa
11 de la supereminente gloria, pues si lo que era abolido fué con glo-
ria, mucho más lo que permanece es en gloria [9].

III. 12-18. De la santa libertad de este ministerio. — 1º Con esta confianza, usamos de plena libertad, no como Moisés, que debía cubrir su rostro ante su pueblo (12, 13). — 2º Por causa de su endurecimiento, este velo queda, aún para ellos sobre los escritos de Moisés, pues sólo es quitado por Cristo; queda aun sobre su corazón; mas cuando fueren convertidos, será quitado. (14-16). — 3º El Señor es al mismo tiempo el Espíritu y la libertad; por esto nosotros contemplamos sin velo la gloria del Señor, y somos transformados a su imagen, de gloria en gloria. (17, 18).

12 Teniendo pues tal esperanza, hablamos con libértad [10], y no
13 como Moisés que ponía un velo sobre su rostro para que no mi-

do que los israelitas no podían contemplar esa *gloria* que resplandecía en el *rostro de Moisés.* (Alusión a Ex. 34:30.) ¡Cuánto más *glorioso es el ministerio del Espíritu,* de este Espíritu de Dios que crea la *vida* en las almas! Tal es aquí el primer punto de comparación.

8. Segundo punto de comparación: por una parte el ministerio de la *condenación,* idéntico al de la muerte, porque la ley no mata sino condenando al transgresor; por la otra, el *ministerio de justicia,* por lo que hay que entender, como siempre en los escritos de Pablo, la justificación del pecador por la fe en Cristo, que le liberta de la condenación y de la muerte eterna. ¡Qué mayor *gloria* (Gr. "más *abundante*") en este segundo ministerio que en el primero!

9. En estos dos últimos versículos, el apóstol establece un tercero y un cuarto punto de comparación: 1º (v. 10) lo que había de *glorioso* en el ministerio de la ley *no ha sido glorificado,* esa gloria desapareció *en este particular* (Gr. "en esta parte"), en lo que le era propio. ¿Por qué? *Por causa de la gloria que le sobrepasa* (trad. lit.), es decir la del ministerio de la justicia. Así se diría: el brillo de la luna desaparece ante el del sol. 2º Por fin, el último punto de comparación es relativo al tiempo, a la duración: por una parte, la gloria de lo que *pasa* y *perece;* por la otra, la gloria de lo que es *permanente,* por todas las edades y por la eternidad. Pablo, glorificando así el ministerio del evangelio, reduciendo a su justo valor el de Moisés, tenía sin duda alguna una intención polémica contra los doctores judaizantes que se le oponían en Corinto y otras partes. Pero este pasaje contiene para todos los tiempos una concepción justa y profunda sobre el verdadero carácter respectivo de ambos pactos. Y este asunto sigue siendo para nosotros de la más alta importancia.

10. Esta *esperanza,* esta confianza que llena el corazón del apóstol, la saca de los pensamientos expresados en los v. 6-8, e infiere la perfecta *libertad* del ministerio evangélico. La voz griega significa al mismo tiem-

14 raran los hijos de Israel el fin de lo que era abolido [11]. Pero fue-
ron endurecidas sus mentes, pues hasta el día de hoy mismo
velo permanece en la lectura del viejo pacto, no descorrido porque
15 en Cristo es abolido, pero hasta hoy, cuando Moisés es leído, un
16 velo está puesto sobre el corazón de ellos; mas cuando se convir-
17 tiere al Señor ese velo será quitado [12]. Mas el Señor es el Espíritu,

po la *libertad de hablar* y una santa *osadía.* (Actos 4:29.) Para indicar mejor aun la fuente de esa libertad, Pablo toma de nuevo, bajo otra fase, el símbolo que ya ha desarrollado (v. 7-11), y lo opone a la plena manifestación de la gloria de Dios en el evangelio. (Vers. 13-18.)

11. El fin de lo que desaparecía; palabras vagas escogidas a propósito a fin de que pudieran aplicarse conjuntamente a la figura y a la cosa representada, es decir a la claridad del rostro de Moisés y a la economía que ella representaba. (Comp. v. 11.) Aquí, pues, Pablo se apodera de otro detalle de la historia de Moisés que ya ha citado, a fin de sacar nuevas verdades sobre la diferencia de las dos economías y sobre la superioridad del ministerio del evangelio. Moisés, se nos dice (Ex 34:33), en el momento solemne al que Pablo alude, puso un velo sobre su rostro. ¿Con qué objeto? Leemos precedentemente (v. 7) que los hijos de Israel no podían fijar sus miradas sobre el rostro de Moisés (a causa de su debilidad, de su sentido carnal); aquí, Pablo declara que Moisés se vela *para* que los hijos de Israel *no fijen sus miradas* sobre el *fin* de ese fenómeno pasajero, en el cual el apóstol ve una figura de toda la economía antigua destinada a ser transformada. Israel no estaba preparado entonces ni para contemplar el brillo de esa manifestación ni para ver su *fin* que le habría llenado de desconfianza hacia Moisés: tal era también la disposición de ese pueblo respecto de toda la economía antigua; no comprendía ni su gloria, ni su desaparición futura; era necesario velarle ambas. Todos los que, bajo los símbolos y los tipos, no sabían ver las cosas significadas, confundían las formas pasajeras con las realidades eternas, no comprendían que las flores y los frutos contenidos en el brote debían un día abrirse, todos esos débiles en la fe (y eran entonces la mayoría) tenían que hacer aún su educación religiosa; la revelación estaba velada para ellos; ignoraban que un día toda esa economía antigua vendría a absorberse y cumplirse en una nueva. Nada semejante, concluye el apóstol, en el ministerio del Nuevo Testamento. Aquí la gloria del Señor ha aparecido en toda su plenitud, resplandece en el corazón de los creyentes y los transforma a su imagen. (Vers. 17, 18.)

12. Gr. "Cuando él (su corazón, v. 15) se convirtiere..." El *velo* no debía subsistir más que por un tiempo. Si Israel hubiera sido preparado, por el ministerio de la ley, para recibir a Jesucristo, el velo hubiera sido quitado, porque *por Cristo desaparece,* v. 14); el evangelio solo descubre el ministerio de la ley. el Nuevo Testamento ilumina el Antiguo. Mas por efecto del *endurecimiento del corazón* ese velo *no quitado* subsiste para ese pueblo, *en la lectura del Ant. Testa.;* subsiste *cuando Moisés es leído* por ellos, ora en sus sinagogas, ora en particular. Mu-

18 y donde está el Espíritu del Señor allí hay libertad [13]. Nosotros
todos, pues, con rostro descubierto, mirando como en un espejo la

cho más: por una nueva aplicación de su alegoría, Pablo nos muestra (v. 15) ese velo permaneciendo (Gr. "extendido") sobre *su corazón;* porque, en efecto, es en ese corazón donde reside la ceguera, por efecto del endurecimiento. (Vers. 14.) Hay una esperanza, sin embargo: su *conversión;* por ella, el velo *es completamente quitado* (el verbo, en griego, en presente, porque esa conversión había empezado ya en Israel), y las figuras ceden lugar a la realidad. (Vers. 16.) Estas enseñanzas del apóstol encuentran aún una aplicación seria y actual en la iglesia de Dios. Todo ministerio que tiende a colocar nuevamente al pueblo evangélico bajo las sombras y la esclavitud de la ley, toda enseñanza que vela por la sabiduría humana la claridad de la verdad divina, peca contra las intenciones de Dios y contra el ejemplo del apóstol. (Vers. 12, 13.) De mil maneras el velo de Moisés puede ser restablecido. Por otra parte, hay que retener bien que una sola cosa da al hombre la inteligencia de la verdad y le pone en contacto con la gloria divina del nuevo pacto: es la conversión del corazón (v. 16); hasta entonces, hágase lo que quiera, el velo subsiste.

13. Pablo ha establecido (v. 6) un contraste entre la letra y el espíritu; los versículos que siguen (7-16) no son, en el fondo, más que el desarrollo del mismo pensamiento. Pero si la letra es la economía antigua en lo que tenía de pasajero, ¿qué es el Espíritu? Es el *Señor*, el Señor Jesucristo mismo; "él es el Espíritu, pues es la Revelación perfecta y esencial de Dios que por su naturaleza, es Espíritu. Es en su calidad de Hijo de Dios la revelación personal del amor divino que quiere que todos los hombres sean hijos de Dios. Es "espíritu" en oposición a todas las exigencias de la ley que se impone al hombre como letra muerta; lo es igualmente en oposición a toda limitación natural e histórica que, haciéndole nacer según la carne en Israel, le hacía, por el tiempo de su vida terrestre, dependiente de la ley y siervo de la circuncisión. (Gál. 4:4; Rom. 15:8.) Sobre su cruz, en efecto, se despojó de esa limitación carnal y se hizo perfectamente lo que es, *el Espíritu*". *Grau.* Comp. 5:16; Juan 7:39.) Llevando en su persona el principio *espiritual* de luz y de vida, lo comunica a todos los que le son unidos. (Comp. 1 Cor. 15:45; Rom. 1:4; 1 Juan 5:6-8.) Convirtiéndose a él (v. 16), poseyéndole entero, el hombre es, al mismo tiempo, libertado de la esclavitud de la letra, de la esclavitud de la ley, de la esclavitud del pecado; el *velo es quitado* para él, pues *donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad.* El hombre regenerado mismo se hace poco a poco *espíritu*, vida, por consiguiente *libertad.* (Rom. 8:2,15; Juan 8:36; comp. Juan 4:24, nota.)

14. El apóstol vuelve a tomar la figura de Moisés, que eleva a la más sublime altura de espiritualidad. Moisés quitaba su velo cuando aparecía delante de Dios y Dios le hablaba como un hombre habla a su íntimo amigo. (Ex. 34:6 33:11.) Bajo el pacto de gracia, todos son Moisés, teniendo acceso, ante el Padre en un mismo Espíritu; *contemplan a rostro descubierto*, sin velo (v. 13), la gloria del Señor, de Jesucristo glorificado. Ahora bien: lo que aconteció a Moisés acontece a todos los que contemplan también a Jesús en una viva comunión: ellos reciben y reflejan, como un *espejo*, la luz divina, la *gloria del Señor.* "Lo mismo que la planta pura, expuesta a los rayos del sol, refleja esos rayos, no por su naturaleza, sino por el brillo del sol, así el alma purificada por el Espíritu de Dios recibe un rayo de la gloria del Señor y lo refleja a lo lejos". *Crisóstomo.* Estas dos ideas, *contemplar* y *reflejar* la gloria del Señor, se encuentran ciertamente en el ejemplo de Moisés (v. 7) que el apóstol aplica aquí a *todos* los cristianos pero la primera sola es expresada en los términos de nuestro versículo. No hay que traducir pues con la versión de Lausana: "Nosotros todos que *reflejamos* como un espejo la gloria del Señor". El verbo original no tiene ese sentido, y nosotros no *reflejamos* la gloria del Señor sino porque la *contemplamos.* Sin embargo, el efecto de esa contemplación de la gloria es realmente el de penetrarnos de ella, de modo que por eso mismo *somos transformados a la misma imagen* de Cristo que se reproduce en nosotros. (Comp. Sal. 34:6 y sobre todo 1 Juan 3:2: "¡Le seremos semejantes, porque le veremos tal cual es!") Hay progreso, en efecto, en esta transformación; tiene lugar *de gloria en gloria* o de claridad en claridad, hasta la perfección, hasta la glorificación del cuerpo mismo, para que todo el ser regenerado llegue a su eterno destino. Esta obra divina es aquí atribuída al *Espíritu del Señor;* ninguna ley puede cumplirla; el Espíritu solo, poniéndonos en comunión con el Señor, penetrando, renovando gradualmente todo nuestro ser, es idóneo para estas cosas. No hay nada de fantástico ni de imposible en esta elevación suprema de la vida del alma. ¡Cuántos siervos de Dios, a quienes el Señor hizo la gracia de buscar, de hallar su presencia, de contemplarle largamente, de conversar con él en vivas oraciones, han salido de ese santuario completamente llenos de Aquel que se había manifestado a ellos, y derramando en su derredor la divina influencia de su luz, de su amor¡ En este mundo, sin embargo, otra frase de Pablo (1 Cor. 13:12) permanece verdadera, y la plena posesión de la gloria no tendrá lugar más que cuando veamos a Dios tal cual es.

gloria del Señor, somos transformados a la misma imagen, de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor [14].

CAPITULO IV.

(Continuación). I. *El ministerio del nuevo pacto es luminoso; luego, si permanece velado, es sólo para los que perecen, 1-6.* — II. *El siervo de Cristo llega, por los padecimientos y por la muerte, a la victoria, 7-18.*

I. 1-6. CARACTERES DEL MINISTERIO DE PABLO. — 1º Descansa en la misericordia que le ha sido hecha y que le llena de coraje; es limpio de todos los medios equívocos y no consiste sino en la manifestación de la verdad. (1, 2). — 2º Si su evangelio parece obscuro, es solamente para aquellos cuyo entendimiento está cegado por la incredulidad. (3, 4). — 3º El objeto de esta predicación es únicamente Jesús, el Señor, y aun los apóstoles no son más que los siervos de la iglesia; son iluminados por la luz divina para extender el conocimiento de Dios. (5, 6).

1 Por esto, teniendo este ministerio conforme hemos alcanza-
2 do misericordia, no desmayamos [1], sino que hemos renunciado las
cosas ocultas de la vergüenza, no andando con astucia ni corrom-
piendo la palabra de Dios, sino recomendándonos, por la manifes-
tación de la verdad, a toda conciencia de hombres en presencia de
3 Dios [2]. Que si aun nuestro evangelio está encubierto, en los que
4 perecen está encubierto, en los cuales el dios de esta edad cegó
las mentes de los incrédulos, para que no les resplandezca la bri-
llante luz del glorioso evangelio de Cristo, que es imagen de Dios [3].

1. Comp. 3:4, 12, 18, donde el apóstol nos dice cuál es el fundamento de ese *coraje*, confianza; a ello refiere su pensamiento, por estas palabras: *por esto.* (Comp. también 2:14.)

2. El apóstol, oponiendo su ministerio al de los falsos doctores, indica en algunos rasgos enérgicos los caracteres de uno y otro: a las *cosas ocultas de la vergüenza* (Gr.), es decir a las reticencias calculadas de los que tienen *vergüenza* de la verdad, (Rom. 1:16), que no osan proclamar francamente sus opiniones o sus motivos secretos, o que quieren insinuarlos por medios equívocos y *ocultos*, Pablo opone la libre *manifestación de la verdad*, en la cual tiene fe, y que se basta a sí misma para triunfar por su propia fuerza; a la *astucia* (1 Cor. 3:19) con la cual muchos *corrompen la palabra de Dios* (2:17), opone el testimonio de *toda conciencia de hombre* (5:11), conciencia delante de la cual él no tiene necesidad de otra *recomendación* que su ministerio mismo 3:1-3). Y todo esto en *presencia de Dios*, que se hace garante de la sinceridad de su siervo. ¡Qué potencia en un testimonio semejante! ¡Qué fuerza y coraje debía de hallar Pablo en un ministerio así ejercido!

3. Un ministerio del evangelio, tal como lo describe Pablo, quita a los oyentes que no creen toda especie de pretexto: el apóstol ha declarado que en lugar de velar la manifestación de la verdad divina como Moisés debía hacerlo por un tiempo (3:12, 13), y como los falsos doctores lo hacían por malos motivos (4:2), él la proclama franca y plenamente, (Vers. 2). Pudiendo probar así cada uno, por su propia experiencia, si la *luz del evangelio* que resplandece a sus ojos viene de Dios (3:18), ¿de quién es la culpa si para muchos el *evangelio* queda *velado?* Pablo indica dos causas, causas enteramente *morales*, que se encuentran en todo tiempo, en todo lugar: tales hombres no ven la luz del sol en pleno mediodía, porque, en virtud de una *incredulidad* que no es más que un secreto odio de la verdad de Dios, Satanás ha *cegado sus mentes.* Así, el efecto parece *intelectual*, lo es en realidad; pero, una vez más, la causa es moral. La ausencia de la fe puede no ser más que ignorancia; pero donde ha resplandecido la luz del evangelio, si ha sido rechazada, es porque "los hombres amaron más las tinieblas que la luz". Esto es tanto más evidente cuanto que, a la acción tenebrosa de Satanás (llamado el *dios de esta edad*, de este mundo, porque tiene en él su reinado y es adorado en él bajo mil formas, Juan 12:21; Efes. 2:2; 6:13); Pablo puede oponer la *luz* (gr. "la iluminación") *del evangelio de la gloria de Cristo*, resplandeciendo ante los ojos de todos, dándose a sí mismo testimonio así como la luz del sol, y manifestando a Cristo como la *imagen de Dios.* (Hebr. 1:3.) Su persona, su vida, más aún que sus enseñanzas, son la revelación completa de Dios: "El que me ha visto, ha visto a mi Padre". (Juan 14:7-9, notas.)

5 No nos predicamos, en efecto, a nosotros mismos, sino a Cristo
Jesús por Señor, mas nosotros por siervos nuestros por causa
6 de Jesús [4]. Porque el Dios que dijo que de las tinieblas brillara
la luz..., el cual brilló en nuestros corazones para iluminación
del conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Cristo [5].

4. Gr. "Pues no predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús (como) EL SEÑOR, y nosotros (como) vuestros siervos". Esta observación importante debe confirmar y probar los v. 3 y 4. Que este Jesucristo, que es la imagen de Dios, sea más y más conocido, y esto como el *Señor* absoluto de todos, llamando a todos los hombres a la salvación por su glorioso evangelio, tal es el objeto de la predicación. Todos los que no le predican pura y exclusivamente; que mezclan con esa predicación su sabiduría, sus doctrinas, sus opiniones; que buscan su propia gloria, sus ventajas terrestres, o anuncian la salvación por las obras humanas, todos esos se *predican ellos mismos*, y no son los *siervos* de las iglesias; son sus amos, sus tiranos. Mientras más exaltado es Jesucristo, más desaparece el hombre y la inversa. "Es necesario que él crezca y que yo disminuya" (Juan 3:30).

5. Gr. "Para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios, en el rostro de Cristo". (Comp. 3:18.) "Pablo recuerda aquí el principio de la creación, las *tinieblas* y la *luz*, y muestra que esta nueva obra de Dios es mayor que la primera. *Entonces dijo*: "Sea la luz y la luz fué"; *ahora*, no ha *dicho* solamente, él mismo

II. 7-18. Debilidad y fuerza de los siervos de Dios. — 1º Llevan este tesoro del evangelio en vasos de barro, mas su fuerza es aun más evidente; están expuestos a todos los padecimientos, pero son siempre sostenidos; están expuestos a la muerte, pero poseen la vida. (7-12). — 2º Hablan, porque han creído; su suprema esperanza es la resurrección; todos sus padecimientos hacen abundar la gracia en la iglesia, que bendice a Dios por ellos. (13-15). — 3º No se desalientan pues, porque si el hombre exterior se destruye, el hombre interior se renueva, y las aflicciones del tiempo presente producen una eterna gloria. (16-18).

7 Mas tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la exce-
8 lencia de la potencia sea de Dios, y no nuestra[6]; en todo atribula-
9 dos, pero no angustiados; perplejos, pero no desesperados; perse-
10 guidos, pero no abandonados; postrados, pero no perdidos; lle-
vando siempre por todas partes en el cuerpo la muerte de Jesús,
11 para que también la vida de Jesús sea manifestada en nuestro
cuerpo[7]. En efecto, nosotros que vivimos, sin cesar somos entre-
gados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de

se ha tornado en la luz. Por esto, no solamente vemos las cosas externas por esta luz, sino que vemos a Dios mismo en Cristo Jesús". *Crisóstomo.* La creación visible es aquí, como siempre, una figura de la creación moral. (5:17; Rom. 4:17; Efes. 2:10.) Siempre también esta *iluminación* interna de los que reciben la luz tiene por fin que ellos a su vez la derramen en el seno de las tinieblas de este mundo. (Fil. 2:15.) No pueden hacerlo más que llevando los hombres a Jesucristo, *en cuyo rostro* resplandece esta gloria de modo muy distinto que sobre el rostro de Moisés (3:7 y sig.).

6. Gr. "Para que la excelencia de la potencia sea de Dios, y no de nosotros". Hasta aquí el apóstol ha expuesto las gloriosas prerrogativas del ministerio del nuevo pacto; ahora va a mostrar otra fase: que en la debilidad y flaqueza de sus siervos, en sus padecimientos y su muerte gradual, prepara y realiza este evangelio sus victorias. (Vers. 8-12.) Por ello, el hombre queda humillado y toda gloria se atribuye a Dios. Ese *tesoro* inmenso de un ministerio de gràcia y de luz lo llevamos *en vasos de barro*, justa figura de esta debilidad, de esta abyección natural, de esos peligros del cuerpo y del alma a los cuales los más fieles siervos de Dios están siempre expuestos por la tentaciones, los combates externo e internos. Por ello mismo resulta tanto más evidente que esa *gran potencia* que ejerce el evangelio, *es de Dios*, no del hombre.

7. En estos contrastes, el último de los cuales (v. 19) resume todos los demás, el apóstol, lejos de negar estoicamente los sufrimientos de los siervos de Dios o de disfrazarlos al modo del mundo, los reconoce y los proclama claramente; pero a cada dolor opone el remedio que viene de Dios, a cada peligro la liberación; y es así como reservando al hombre toda la humillación, hace remontar a Dios toda la gloria. La *muerte* (Gr. "mortificación") de Jesucristo (v. 10), lo mismo que su *vida* nueva después de su resurrección, con-

12 Jesús sea manifestada en nuestra carne mortal; de modo que la
13 muerte en nosotros obra, mas la vida en vosotros[8]. Mas teniendo
el mismo espíritu de fe, según lo escrito: "Creí, por tanto hablé",
14 nosotros también creemos, por tanto también hablamos; sabien-
15 do que el que resucitó al Señor Jesús también a nosotros con
Jesús resucitará y acercará [a sí] con vosotros[9], pues todo es por
causa de vosotros, para que la gracia, siendo multiplicada, haga

tinúan y se cumplen siempre de nuevo en sus miembros, principalmente en sus más fieles siervos. Por su comunión íntima y viva con él, ellos pasan por todo lo que él pasó; humillaciones, dolores, muerte del viejo hombre, vida nueva. (Vers. 11.) Como él y por él, ellos combaten y vencen sucumbiendo; él mismo padece y triunfa en ellos. (Actos 9:16, nota). Solamente así su *vida se manifiesta en el cuerpo de ellos.* ¿Cómo? ¿Por la liberación de los peligros (v. 8-10), por la resurrección (v. 14)? Sin duda; pero el *cuerpo* es el órgano de esta vida terrestre que se trata de perder para recoger la verdadera, que se manifiesta en nosotros a proporción que la otra decrece. (Vers. 11, 16; comj. Mat. 10:39).

8. El apóstol hace aquí una aplicación nueva del pensamiento del v. 10. Mientras vive sobre esta tierra, a él *la muerte, cada día,* por la causa de Jesús; a sus hermanos la *vida.* Es decir que imitando el renunciamiento completo de su Salvador, su abnegación por los suyos hasta la muerte (Mat. 20:28), lleno del más íntimo amor por las iglesias, Pablo consiente en sufrir todo, todo, hasta esa *muerte* gradual o violenta a la que se había consagrado, con tal de que sus hermanos recogieran los frutos de regeneración y de *vida* que el evangelio les llevaba por él. Hay que cuidarse mucho de ver en estas palabras, con Crisóstomo y Calvino, una ironía, por la cual el apóstol quería avergonzar a los Corintios por sus comodidades, mientras que él sufría. Es algo serio, de lo más trágico. Morir a sí mismo con Jesús, en su comunión y por la eficacia de su cruz, tal es el destino de todo verdadero discípulo del Maestro. Pablo da en estos versículos 10 y 11 la definición más profunda del ministerio evangélico. El fin de este ministerio es el de producir la vida. Ahora bien: la vida no es producida más que al precio de la muerte. El Salvador se comparaba al grano de trigo que no puede llevar fruto si no muere (Juan 12:24); esta figura se aplica igualmente al discípulo. Por la muerte a la vida: esta gran ley, que se manifiesta ya en el seno de la naturaleza, es la ley del desarrollo del reino de Dios y debe ser la norma de toda actividad que tienda a contribuir a ese desarrollo.

9. En esta existencia pasajera y mortal, el apóstol renuncia a toda compensación, a toda recompensa. Lleno de *este mismo Espíritu de fe* que estaba en David (Sal. 116:10), *habla porque ha creído,* y espera solamente la *resurrección* futura; seguro de esta plena liberación de la muerte, esto le basta para soportar todo y padecer todo en este mundo, y lo que hace tanto más dulce y gloriosa su inmortal esperanza es la certidumbre de que verá a su lado, en la presencia de Dios, aquellos a quienes ha sacrificado su vida. (Vers.

abundar por los más la acción de gracias para gloria de Dios [10].
16 Por tanto no desmayamos, sino que aunque nuestro hombre exte-
17 rior se destruye, nuestro hombre interior, empero, se renueva de
día en día [11], pues la ligera tribulación de este momento produce
18 para nosotros un eterno peso de gloria infinitamente excelente,
no mirando nosotros lo que se ve sino lo que no se ve, pues lo que
se ve es temporal, mas lo que no se ve es eterno [12].

14, fin). ¡Potencia milagrosa de la gracia, produciendo en un pecador este grado sublime de la abnegación y del amor! Aquí, como donde quiera, la resurrección del cristiano es identificada con la de Jesús, que es su origen. Pablo ni siquiera dice: resucitaremos *por* Jesús, según el texto recibido, sino *con Jesús*, porque es el mismo acto de la potencia divina.

10. Estas palabras: *Pues todo es por causa de vosotros*, generalizan aun más el gran pensamiento de abnegación expresado por el apóstol (Vers. 12-14). Las últimas palabras de este versículo significan que la *gracia* divina, ya tan *multiplicada* para con los Corintios, *abunda* aun más, aumenta *por las acciones de gracias* de muchos, y sirve luego a la *gloria de Dios*: doble pensamiento muy apropiado para hacernos sentir la importancia de un verdadero reconocimiento en la vida cristiana! Otros traducen: "A fin de que la gracia, siendo multiplicada *por medio de muchos* (que la reciben y participan de ella), *haga abundar la acción de gracias* a la gloria de Dios".

11. Este *coraje* del apóstol resulta de todo lo que precede (v. 1: *por tanto*) y también de lo que va a decir. El *hombre interior* es el espíritu del hombre, penetrado y santificado por el Espíritu de Dios (Rom. 7:22); el *hombre exterior* es el cuerpo mortal, la carne (v. 10, 11), y todas las necesidades, todas las flaquezas que lo acompañan. Esta parte de nuestro ser es destinada a la muerte, a la *destrucción*, para reaparecer un día en la gloria. Ahora bien: como hallamos en él frecuentemente un obstáculo al progreso de la santificación, un pesado fardo que retarda nuestra carrera, el apóstol declara que la destrucción gradual de este cuerpo de muerte, lejos de producir un debilitamiento semejante en el hombre interior, sirve al desarrollo, a la *renovación* diaria de este último. (Comp. 1 Pedro 4:1.) Es el mismo pensamiento ya expresado en otros términos en los v. 10 y 11. ¡Qué motivo para el cristiano de no *desmayar!* En las privaciones exteriores, en los padecimientos, en la enfermedad, al acercarse la muerte, esta experiencia fué siempre para los hijos de Dios una omnipotente consolación.

12. Estos grandes y santos pensamientos (v. 17, 18) no pueden ser comprendidos más que por el que ha admitido el principio fundamental de la vida cristiana: "Por el sufrimiento a la gloria; por la cruz a la corona". La *tribulación* no es solamente la piedra de toque en que reconocemos la realidad de nuestra fe y de nuestra esperanza; ella *produce* (Gr. "opera") para nosotros la *gloria eterna*, y sobre todo ella da un goce anticipado de ésta que nos sería desconocido sin esta destrucción gradual del hombre exterior. (Vers. 16.) Estos pensamientos, enteramente absurdos para el hombre natural, no son aceptables aun para el cristiano si no intervienen los sorprendentes contrastes de que Pablo los acompaña: ¿aflicción *ligera? ¿pasajera?* sí, pero solamente en comparación y en vista de ese *peso eterno de gloria*, de una gloria (Gr.) *"por excelencia y en excelencia"*; sí, pero solamente para los que *miran, no las cosas visibles, sino las invisibles*, y que están penetrados del pensamiento de que las cosas visibles, sean cuales fueren, *no son más que temporales* por un tiempo muy corto, y que las invisibles sola *son eternas*. En toda otra condición, estas palabras, tomadas en su sentido absoluto, parecerán increíbles. Así estamos nosotros, a cada hora, en todas nuestras acciones y nuestros pensamientos, en presencia de esta alternativa: escoger entre lo que es temporal y lo eterno; entre un goce de algunos días seguido de una miseria infinita, y una aflicción que pasa, pero que produce una gloria eterna, soberanamente excelente.

CAPITULO V.

(Continuación). I. *Lo que constituye la fuerza de los siervos de Dios en sus combates y padecimientos, 1-10.* — II. *Los sentimientos que los animan en su ministerio, 11-21.*

I. 1-10. POR QUÉ TENEMOS SIEMPRE CONFIANZA. — 1º Sabemos que si este cuerpo, esta tienda de un día, se destruyere, tenemos una morada celestial; suspiramos por el momento de ser revestidos de ésta (si no somos hallados, sin embargo, desnudos), a fin de que lo mortal nuestro sea absorbido por la vida. (1-4). — 2º Todo esto es la obra de Dios en nosotros; su Espíritu que él nos ha dado es el garante; estamos, pues, siempre llenos de confianza, aun mientras estamos ausentes del Señor y andamos por la fe sola; pero preferimos dejar este cuerpo para estar con el Señor. (5-8). — 3º En la vida o en la muerte, nos esforzamos en serle agradables, pues es necesario que todos comparezcamos a juicio. (9, 10).

1 En efecto [1], sabemos que si nuestra casa terrestre, la tienda,
fuere destruída, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de

1. Por esta partícula, el apóstol conecta íntimamente los pensamientos que siguen con los que preceden. Ha hablado (4:17, 18) de la gloria **eterna hacia la cual el creyente avanza a través de sus combates y de sus dolores, "mirando no las cosas visibles, que sólo son temporales, sino las invisibles, que son eternas". Ahora, para hacer resaltar mejor aun la inmensa consolación de una esperanza semejante, Pablo proclama la certidumbre de la resurrección y de la vida eterna; mucho más,**

2 mano, eterna, en los cielos [2]. Pues también por esto [3] gemimos,
3 ansiando sobrevestirnos de nuestra morada celestial [4] (si, en ver-
4 dad, fuéremos hallados vestidos, no desnudos [5]), porque los que

recuerda que a menudo el cristiano suspira por esa plena liberación (v. 1-4).

2. He aquí la traducción literal de este versículo: "Pues sabemos que si nuestra casa terrestre de la tienda fuere desligada (o se disolviere), tenemos de parte de Dios un edificio, una casa no hecha por mano (de hombres), eterna, en los cielos". Este cuerpo mortal (v. 6, 8) es pues comparado a la *tienda* del viajero en el desierto; la tienda es desligada, desatada, a la señal de la partida. (Comp. 2 Pedro 1:13, 14). ¿Que opone el apóstol a esa frágil morada? El *cuerpo glorificado*, pero también bajo una figura: la tienda del desierto, que albergó a los israelitas en su viaje, recuerda a Pablo otra tienda, el tabernáculo, *morada* de Dios, donde manifestaba su presencia y su gloria; ahora bien: el antitipo de ese santuario, la *morada* real de Dios, *casa* que la *mano* humana no ha construído (Hebr. 9:2b), *eterna, en los cielos,* esta morada permanente, gloriosa, la opone el apóstol a nuestra tienda actual, sin determinar más su naturaleza. Los versículos siguientes, en los cuales mantiene constantemente las mismas figuras, hacen su pensamiento cada vez más claro. Lo que constituye la inefable consolación del cristiano, en sus pruebas y en la hora de la muerte, no es solamente el contraste de estas dos moradas, la una terrestre y miserable, la otra celeste y gloriosa, sino también la *certidumbre* de ser pronto revestido de esta última. *Sabemos,* dice el apóstol, y también: *tenemos,* desde ahora, por nuestra fe. Esta ciencia no emana del espíritu humano, sino de la revelación del Espíritu Santo; es pues, la parte de los fieles solos. Los paganos también tuvieron la idea de una inmortalidad del alma; pero ninguno de ellos tuvo la certidumbre de ella, ninguno pudo hablar de ella como de una cosa conocida. Los creyentes solos pueden usar este lenguaje, porque tienen para sí el testimonio de la palabra y del Espíritu de Dios.

3. Es decir a *causa* de esta certidumbre misma y del gran contraste entre ambas moradas. Esta traducción es gramaticalmente posible; pero un gran número de buenos intérpretes traducen como sigue el pensamiento del apóstol: "Pues también en ésta (esta tienda, este cuerpo) gemimos, ansiando..." Este sentido está completamente en armonía con el v. 4.

4. Gr. "*Sobrevestirnos* de nuestra morada *del cielo*", del cuerpo espiritual. El mismo pensamiento reaparece, en otros términos, en 1 Cor. 15: 53. Por una parte, este santo deseo, por la otra, las miserias de nuestra habitación actual, son la causa de estos *gemidos* (o suspiros), de esta aspiración a la glorificación de todo nuestro ser.

5. Para que ninguno se entregue a la seguridad a causa del simple hecho de la resurrección, agrega: *si, en verdad, estamos vestidos,* es decir vestidos de inmortalidad, del cuerpo incorruptible, y no despojados de la gloria y de la felicidad. "Porque la resurrección es común a todos, pero no la gloria, puesto que

estamos en la tienda gemimos cargados, por cuanto no queremos
desnudarnos, sino sobrevestirnos, para que lo mortal sea absorbido
5 por la vida [6]. Y el que nos formó para esto mismo es Dios, que

unos resucitarán en gloria, los otros en deshonra, unos para reinar, otros para sufrir el castigo" (Juan 5:29; Dan. 12:2). *Crisóstomo.* Pero, a fin de que los cristianos puedan aprovechar de esta seria advertencia, es necesario que conozcan lo que les asegura ese vestido glorioso, o más bien sepan en qué consiste, pues nuestro estado moral sobre la tierra es lo que determina nuestro estado en el día del juicio; digamos mejor, no son dos estados, sino una sola y misma cosa prolongándose de la vida presente a la futura. Ahora bien: qué es el *ser vestidos* y de qué debemos serlo, nos lo dicen claramente una multitud de declaraciones de la escritura es el manto de la justicia del Salvador (Isa. 61:10); el vestido de bodas, la santidad (Mat. 22: 11); Cristo mismo (Gál. 3:27); el nuevo hombre, "Cristo en nosotros, la esperanza de la gloria". (Efes. 4: 24; Col. 1:27; comp. también Apoc. 3:18; 16:15). Sin este vestido de justicia, de santidad, que es la vida y la gloria misma, ¿qué tendríamos que esperar de la resurrección y de la inmortalidad? El sentido que nosotros damos a estas palabras es el que adoptan varios padres de la iglesia, Calvino y diversos intérpretes modernos. Otros, forzando excesivamente el contexto, las explican así: Si, en la venida de Cristo, *somos hallados vestidos* de cuerpo, *no desnudos,* sin cuerpo; y entienden por ello, unos el cuerpo actual, porque, según ellos, Pablo esperaba ser transformado (1 Cor. 15:51); los otros, el cuerpo resucitado; otros, por último, el cuerpo glorificado. Es verdad que esos mismos comentadores entienden la partícula *si por lo menos,* no como una restricción dubitativa, sino como una afirmación: *puesto que* (una variante tiene esta palabra) *seremos* hallados vestidos, no desnudos sin cuerpo, como espíritus puros. ¿Y a eso se reduciría el pensamiento del apóstol? Parece que la gramática y el buen sentido habrían debido prevenir esos sabios ensueños y otros aun, a los cuales este pasaje ha dado lugar.

6. Este es el *gemido* de la creación entera oprimida por el *peso* del pecado y de las miserias que éste produjo (Rom. 8:18-22); el cristiano mismo participa de él porque sólo en esperanza es salvado, y porque hay para él en este mundo pruebas especiales a las cuales el hombre del mundo es extraño. — Así, agrega Pablo, *deseamos* (Gr. "queremos"), *no ser despojados* de este cuerpo, pues la muerte en sí misma es horrible, el salario del pecado, sino que deseamos ser *sobrevestidos* de nuestra morada espiritual, del cuerpo glorificado (v. 2), pues, por ello, la "muerte es ganancia" (Fil. 1:21), puesto que *lo mortal es absorbido por la vida.* — El sentido tan natural y tan sencillo de estas palabras, expresión de lo que sienten los cristianos de todos los tiempos, es restringido y falseado por una interpretación según la cual Pablo habría expresado, para sí mismo y para sus lectores, el deseo, la esperanza de no pasar por la muerte, sino ser hallado vivo en el próximo regreso de Cristo. Así, sería transformado y *revestido* del cuerpo celeste sin ser *despojado* de ningún

6 también nos dió las arras del Espíritu [7]. Teniendo, pues, siempre
7 confianza, y sabiendo que, presentes en el cuerpo, estamos ausen-
8 tes del Señor —pues por fe andamos, no por vista—, tenemos,
digo, confianza, y preferimos más bien ausentarnos del cuerpo y
9 estar presentes con el Señor. Por tanto también nos esforzamos,
10 ora presente, ora ausentes, en serle agradables [8]. Es necesario, en
efecto, que todos nosotros parezcamos ante el tribunal de Cristo,
para que cada uno reciba lo hecho por medio del cuerpo, según lo
que hubiere hecho, ora bueno, ora malo [9].

modo. Es, se ha visto, la misma explicación dada al v. 3.

7. No es pues por el curso natural de las cosas como el hombre llega a esta viva esperanza de la gloria; debe ser *formado para eso* por la santificación del *Espíritu*, que es para él las *arras*, el garante de su esperanza (1:22, nota).

8. Aunque el cristiano en este mundo gima y esté cargado, aunque suspire por la liberación (v. 2-4), no por eso vive en un estado de desaliento. Su seguridad de la vida eterna (v. 1), mantenida en él por el Espíritu de Dios que le forma en la tierra para el cielo (v. 5) sostiene y reanima su coraje. De ahí, la conclusión del apóstol, dos veces repetida en estos versículos (6-8): *Tenemos, pues, confianza.* Esta *confianza* subsiste, aunque sepamos que *mientras moramos en este cuerpo, estamos ausentes* (Gr. "en el extranjero") *del Señor* (v. 6); subsiste, aunque *andemos por la fe, y no aún por la vista* (v. 7); subsiste, a pesar de nuestro deseo o más bien a causa del deseo de *emigrar* de este cuerpo para estar (Gr. "en la casa, en la patria") *presentes con el Señor.* (Vers. 8). Y, sometidos a la voluntad de Dios cuanto el tiempo que debemos permanecer aquí, o cuanto el momento en que podremos *emigrar*, la única cosa necesaria, el objeto de nuestros esfuerzos, es que *le seamos agradables* (Vers. 9). — Tal es el orden de estos grandes y santos pensamientos. Los dos términos del contraste que los llena, son la *ausencia* o la *presencia* del Señor, la *fe* o la *vista.* No solamente, mientras el primer estado dura, el cristiano está en guerra con el sufrimiento y el pecado, sino que su conocimiento queda imperfecto (1 Cor. 13:12). Este velo de la carne obscurece la visión que tiene de Dios, turba su comunión con el cielo y no queda al creyente más que su fe para ver lo invisible y triunfar en la lucha (Comp. Rom. 8:24, nota; 4: 18, nota). Mas esto le basta: "Estamos llenos de confianza", aun andando por la fe sola. La fe es una luz que penetra más allá de los límites estrechos del mundo y del tiempo. Por esto mismo tiende con ardiente deseo hacia el momento en que será transformada en vista, y en que la comunión del redimido de Cristo con su Dios y su Salvador será perfecta. Nada más santificador que esta disposición: ¿cómo desear ver al Señor tal cual es para serle semejante (1 Juan 3:2), sin esforzarse desde aquí en *serle agradable*?

9. Gr. "Por medio del cuerpo", que es el instrumento de nuestros actos. — Este juicio a sufrir, que parece estar en contradicción con Juan 3:18; 5:24, no menos que con la gloriosa

II. 11-21. Sinceridad y grandeza del ministerio de la reconciliación. — 1º Compenetrados del temor del Señor, persuadimos a los hombres, teniendo a Dios y a vuestras propias conciencias por garantes de nuestra sinceridad; no nos recomendamos nosotros mismos, dándoos más bien motivo de jactaros de nosotros ante los que se jactan en las apariencias, pues cualquier cosa que hagamos, no tenemos en vista más que Dios y vuestro bien. (11-13). — 2º El móvil de nuestra conducta es el amor de Cristo, que murió por todos, para que todos, muertos a sí mismos, no vivan sino para él. Así, no conocemos ya a nadie según la carne, ni a los hombres ni a Cristo mismo. (14-16). — 3º Si un hombre, pues, está en Cristo, nueva criatura es; todo en él es renovado; y todo esto viene de Dios, que estaba en Cristo y que nos ha reconciliado consigo y confiado el ministerio de la reconciliación, por el cual rogamos a los hombres que se reconcilien con Dios. (17-20). — 4º La causa eficiente de esta reconciliación es el sacrificio ofrecido por nuestros pecados y que nos pone en posesión de la justicia. (21).

11 Conociendo pues el temor del Señor persuadimos a los hom-
bres, mas a Dios somos manifiestos, y espero que también en vues-
12 tras conciencias somos manifiestos [10]. No nos recomendamos otra
vez a vosotros, sino que os damos ocasión de jactancia sobre nos-
otros, para que tengáis algo contra los que se jactan en la aparien-
13 cia y no en el corazón [11]. Ora, en efecto, hayamos estado fuera

certidumbre expresada en los primeros versículos de este capítulo, no deja de ser universal, aun para los creyentes. Para ellos, a la verdad, la certidumbre de la vida eterna subsiste, puesto que la poseen en sí desde este mundo, y que el que actuará como Juez es su Salvador; pero, por una parte, el juicio de ellos será el reconocimiento, la proclamación gloriosa de su salvación, y, por la otra, este acto solemne queda como una temible advertencia contra toda falsa seguridad y toda esperanza falsa fundada. La más completa certidumbre no es incompatible con el temor y el temblor (Fil. 2:12) que impelen al cristiano a afirmar su vocación y su elección (2 Pedro 1: 10). Por esto este v. 10 da la razón *(en efecto)* por la cual "nos esforzamos en serle agradables" (Vers. 9).

10. Gr. "Somos manifiestos a Dios (que conoce nuestros corazones); espero que somos también manifiestos en vuestras conciencias". — El *temor del Señor*, que el pensamiento del juicio (v. 10) es tan apropiado para despertar en las almas, inspira al apóstol los serios pensamientos que siguen sobre el modo como desempeña su ministerio: siempre bajo la mirada de Dios que sonda los corazones, se esfuerza en *ganar* los hombres por la *persuasión*, en convencerlos por la mansedumbre. Y da como doble garante de su sinceridad el testimonio de Dios, a quien todo es *conocido*, y el testimonio de las *conciencias*, que, él *espera*, no podría serle rehusado.

11. Gr. "En el rostro y no en el corazón". — Hablando de sí mismo, Pablo no entiende *recomendarse* a sus hermanos (3:1 y sig.), no lo

de nosotros, fué para Dios; ora estemos en sano juicio, es para
14 vosotros[12], pues el amor de Cristo nos constriñe, juzgando esto:
15 que si uno murió por todos, luego todos murieron[13]; y por to-

cree necesario (v. 11), sino que es a fin de *darles ocasión* de presentar a otros su persona y su ministerio bajo su verdadero aspecto, y de *jactarse* de su apostolado ante los que lo desconocen. ¿Qué tiene en vista? Los falsos doctores que llevan su gloria "sobre su rostro", en las *apariencias* engañadoras, en lo que los hombres ven, y no en ese *corazón* cuyos secretos sólo Dios sonda.

12. Pablo, en la efusión de su corazón, a la que da salida en toda la segunda parte de este capítulo, pone en descubierto ante sus hermanos todo su ser y todo su ministerio, con los motivos que le inspiran. ¿Cuál es el sentido de este v. 13? Como el apóstol habla aquí de sus adversarios (v. 12), la mayor parte de los intérpretes (Calvino, Olshausen, Gerlach) piensan que se pone en el punto de vista de ellos, a fin de explicar los diversos juicios que emiten de él, de su ministerio, y de la manera como hablaba, alabándose a sí mismo, etc. "Unos dicen que he estado *fuera de mí*, extravagante en los arranques de mi celo, en la opinión que de mí tengo; ¡bien pues! era *para Dios*, no para mi propia gloria, o por malos motivos. Otros dicen que he estado moderado, *en sano juicio*; *¡bien pues!* era por condescendencia, por amor *por vosotros*". Esta interpretación nos parece rebuscada y poco fundada. Es más sencillo y más natural admitir qué Pablo habla desde su propio punto de vista. Ha dicho a los Corintios (v. 11) que está manifiesto en sus conciencias, que todo su ministerio descubierto está delante de ellos, que él no dice esto para recomendarse a ellos, sino a fin de que ellos tengan ocasión de hacerlo considerar así a sus adversarios, a los falsos doctores (v. 12); luego, para exponer más completamente aun los motivos de su acción en estos diferentes momentos, agrega: "Si os he parecido pasar todos los límites cuanto a celo, a severidad, era por Dios, para cuya gloria jamás puede uno abnegarse bastante; si he sido manso, moderado, haciéndome todo a todos, era por condescendencia y por amor por vosotros". Todo se explica por el amor de Cristo que nos fuerza (Vers. 14). Lutero, que entiende así este pasaje, traduce: "¿Hacemos demasiado? lo hacemos para Dios; ¿somos moderados? lo somos por vosotros"; y comenta: "¿Somos severos (cortantes) con las gentes? servimos sin embargo a Dios en ello; si nos portamos mansa y moderadamente con ellas, es para servirles, a fin de que, dondequiera, todo sea justo y bien hecho". Por lo demás, en ambas interpretaciones, el sentido práctico permanece el mismo: "Estoy listo a hablar y listo a callar, según lo requiera la gloria de Dios y el bien de su iglesia. Soportaré de buena gana el ser juzgado, insensato por el mundo, con tal que sea insensato por Dios y no por mí". *Calvino.* "Este pasaje, añade el reformador, no es solamente digno de atención, sino de asidua meditación, a menos que estemos animados del mismo espíritu, los menores tropiezos no tardarán a apartarnos del deber".

13. La *caridad*, el *amor* de Cristo, es, no nuestro amor a él, sino su amor a nosotros (así Rom. 5:5; 8:

dos murió para que los que viven no vivan ya para sí mismos
16 sino para el que por ellos murió y resucitó[14]. De modo que
nosotros desde ahora a nadie conocemos según la carne; aun si
a Cristo hemos conocido según la carne, ahora empero no
17 le conocemos[15]. De modo que si alguien está en Cristo, nueva
criatura es: lo antiguo pasó; he aquí, todo ha sido hecho nue-

39); este amor con que él el primero nos amó, que él derrama en nuestros corazones por su Espíritu Santo, y que nos une estrechamente a nuestros hermanos, dándonos la fuerza de realizar todos los sacrificios por ellos. Esta es la verdadera explicación y la prueba *(pues)* del versículo precedente. Este amor *nos constriñe* (Gr. "nos tiene ligados, nos domina") dice el apóstol, sobre todo por la más emocionante manifestación que Cristo nos dió de él: *él murió por todos*; luego *todos murieron.* En un sentido, se podría encontrar esta conclusión en contradicción con la doctrina bíblica de que, puesto que Cristo sufrió la muerte por nosotros, nosotros no debemos estar ya sujetos a ella. La respuesta a esta objeción se encuentra completa en Rom. 6:1-11; 7:1-16, notas. Precisamente por su muerte por nosotros, Cristo hizo posible que *nosotros* no muramos en una condenación eterna, pero que el viejo hombre muera *en nosotros*, o que nosotros muramos a nosotros mismos para que Cristo viva en nosotros. En Cristo, la muerte fué al mismo tiempo la crucifixión de toda voluntad propia; él se entregó por entero a la obediencia que había consagrado a Dios su Padre (Mat. 26:36 y sig.); por esto su sacrificio fué aceptado y su santa vida triunfó de la muerte. Ahora, unidos a él por una fe viva, los miembros de Cristo ven cumplirse en ellos las mismas experiencias que su Jefe hizo, y así su muerte se hace, por su potencia, la muerte de todos.

14. Este versículo explica y completa el precedente. Los que están muertos (v. 14), los que están libres del imperio del egoísmo y del pecado, son los únicos que *viven* verdaderamente. Ahora bien: ¿qué más natural para ellos que consagrar esta vida nueva a Aquel de quien la recibieron, y que les dió la suya? Pablo añade un nuevo beneficio de su Salvador: su *resurrección por ellos*, porque por la potencia de su resurrección es la fuente de la vida de ellos. (Rom. 14:7, 8; Gál. 2:20).

15. A fin de expresar de un modo más sorprendente la renovación completa de aquellos que, muertos a sí mismos, no viven más que para Cristo que los salvó, el apóstol expone ese hecho bajo dos formas que tienen algo de absoluto: no los *conoce ya según la carne*, y son *nuevas criaturas.* (Ver. 17). Conocer a alguno según la carne es conocerle en su vida natural, según su posición externa, rico o pobre, sabio o ignorante, judío o griego (véase sobre el sentido de la voz *carne* Rom. 1:3, nota); todo eso ha desaparecido a los ojos del cristiano; no conoce, no busca, no ama en sus hermanos más que la vida nueva y los frutos que ella produce. — A fin de dar más energía aun a este pensamiento, el apóstol lo aplica *a Cristo* mismo. Se podría inferir de estas palabras que Pablo había conocido a Jesús duran-

18 vo[16]. Mas todo esto viene de Dios[17], que nos reconcilió consigo
19 por Cristo y nos dió el ministerio de la reconciliación: Que Dios
estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, no imputándoles
sus faltas, y puso en nosotros la palabra de la reconciliación[18].

te su vida terrestre, pero de una manera enteramente externa: *no le conoce más así.* ¿Qué provecho tendría de ello? Millares de hombres, aun los enemigos y los jueces de Jesucristo, le conocieron de ése modo, sin sacar ninguna bendición. Sin duda, "confesar a Jesucristo venido en carne" (1 Juan 4:2, 3) es realmente un conocimiento saludable del Salvador, pero es porque el "Dios manifestado en carne" ha sido también "glorificado en Espíritu" (1 Tim. 3: 16), y porque Aquel que es "hijo de David según la carne", ha sido "declarado Hijo de Dios con potencia, por su resurrección de entre los muertos". (Rom. 1:4). Así, el que conoce a Jesucristo "muerto por nuestras ofensas" no le conoce *según la carne*, porque le adora "resucitado para nuestra justificación". Estas dos fases de la vida de Cristo son inseparables, y las palabras del apóstol se hallan en perfecto acuerdo con 1 Cor. 1:2.— Quizás hay también, en las palabras del apóstol, una intención de polémica contra sus adversarios judaizantes de Corinto que se jactaban de sus relaciones personales con Cristo o que elevaban a los otros apóstoles por encima de Pablo porque había conocido a Cristo y había vivido en su intimidad.

16. Se puede traducir por: nueva *creación*, lo mismo que por: *nueva criatura*, teniendo ambos sentidos la voz griega. Quizá tiene el apóstol presente en el pensamiento la promesa de Dios (Isa. 43:18, 19; 65: 17; com. para la completa realización de esta promesa, Apoc. 21:1-5), y ve desde ahora esta creación nueva interiormente realizada en cada creyente. Hay, efectivamente, en cada cristiano, una segunda creación, él es una nueva criatura. Su vida natural, sobre la cual reinaba el pecado, ha perecido (v. 14); Dios ha creado en él, por su Espíritu, una vida *nueva*, todas cuyas manifestaciones son opuestas a las del viejo hombre: pensamientos, afectos, deseos, necesidades, gozos y penas, temores y esperanzas. Virtualmente, el apóstol puede pues decir que *todo* ha sido *hecho nuevo*, pues la obra de Dios, una vez empezada, no tiene otro término que la perfección. (Fil. 1:6; Efes. 2:1; Gál.. 6:15). — Pero para todo eso es necesario *estar en Cristo*, es decir en una comunión viva, íntima con él.

17. Esta vida nueva, sus frutos, todo lo que tenemos, todo lo que somos, es un don gratuito de Dios. Y el medio por el cual nos abrió esta inagotable fuente de gracias, es la *reconciliación* que él mismo ha realizado en Cristo. (Vers. 18-21).

18. El v. 19 explica y prueba el v. 18. "Todo esto viene de Dios que nos reconcilió, *pues Dios* ha cumplido en Cristo la obra de la *reconciliación*". (Véase sobre el sentido de esta voz, Rom. 5:1, nota). — *Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo*, expresa al mismo tiempo la plenitud de la divinidad en el Mediador y la acción soberana de Dios en la obra de la reconciliación. Es así como se encuentran dos interpretaciones opuestas: la que hace de estas palabras: *Dios estaba en*

20 Empajadores, pues, somos por Cristo[19], como exhortando Dios
por medio nuestro[20]: Suplicamos por Cristo, reconciliaos con
21 Dios[21], pues al que no conoció pecado hizo pecado por nosotros,
para que nosotros fuéramos hechos justicia de Dios en él[22].

Cristo un primer pensamiento, y de éstas: *reconciliando el mundo* un segundo; la otra que une las dos frases en una sola idea: *Dios estaba reconciliando en Cristo*, o como traduce M. Rilliet: "Dios reconciliaba en Cristo". Por ello, el primer pensamiento del apóstol desaparece completamente. Ahora bien: es necesario conservarlos ambos uniéndolos. — ¿De qué manera se encuentra realizada la acción divina de la reconciliación en Cristo? Ordinariamente se responde: en su muerte; y esta respuesta es plenamente justificada por el v. 21, donde el apóstol se explica claramnte, lo mismo que por todo el Nuevo Testamento, que atribuye el perdón de los pecados y la reconciliación al sacrificio de la cruz. (Véase Rom. 3:23-25, notas). Pero para que esta idea sea verdadera y completa, hay que ver más aun en las palabras del apóstol: la reconciliación del hombre con Dios, de Dios con el hombre, ha tenido lugar ante todo en la persona misma de Cristo, hombre y Dios: *Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo.* Y solamente así la muerte de Jesús, jefe y representante de nuestra humanidad, ha tenido toda su eficacia de reconciliación ante Dios y ante el hombre. — Ahora, los dos actos divinos que siguen son, no coordinados, sino subordinados a este primero: 1º. *No imputándoles sus faltas (sus caídas)*, es decir perdonándoselas, acto divino por el cual la reconciliación se realiza, de parte de Dios que da todo su amor a "hijos de ira" (Efes. 2: 3), y de parte del hombre, ganado, atraído por el perdón y el amor. — 2º. *Y habiendo puesto en nosotros* (apóstoles) *la palabra de la reconciliación* (v. 18, el *ministerio*, o "servicio" *de la reconciliación*), es decir que Dios mismo ha provisto, por la institución del apostolado, para que esta reconciliación fuera anunciada al mundo. De ahí las palabras del v. 2. — Es necesario observar también que lo que Dios ha reconciliado en Cristo es el *mundo*, nuestra humanidad entera. (1 Juan 2:2). Tal es el designio de la misericordia divina. Pablo no dice aquí cómo se realiza para con unos, mientras que otros lo hacen inútil respecto de sí mismos.

19. Gr. "Por Cristo pues (en su lugar, en su nombre) hacemos la función de embajadores" ante los hombres pecadores.

20. Porque él es quien puso en nosotros la palabra de la reconciliación. (Ver. 19).

21. De parte de Dios, la reconciliación es virtualmente hecha; os la ofrece, no la hagáis vana, imposible, por vuestro endurecimiento, y vuestra enemistad. (Rom. 5:10).

22. Este último versículo designa el acto divino que es la causa eficiente *(pues)* de la *reconciliación* de que habla el apóstol. (Vers. 18-21). A Aquél que jamás tuvo nada de común con el *pecado*, cuya vida permaneció siempre pura y santa, "Dios le *hizo pecado* por nosotros", es decir, vió y castigó en él el pecado. (Rom. 8:3; Gál. 3:13; comp. sobre la expiación, Rom. 3:23-25, notas).

Dios no le "trató como *un pecador*", como un miembro de la raza caída de Adán, como lo dice la paráfrasis de Ostervald, sino que hizo que *el pecado*, el pecado de todos *(por nosotros)*, fuera sobre él, en presencia del juicio divino. "Hizo venir sobre él la iniquidad de todos nosotros". (Isa. 53:6; comp. Rom. 8:3). Todo el que ahora está unido a él, *uno* con él por una fe viva, en dos palabras, todo el que está *en él*, es hecho *justicia de Dios* (Rom. 1:17, nota), es revestido, penetrado de ella, de modo que esta justicia, primero imputa como una justificación (Rom. 4), se torna en nuestra naturaleza moral, la esencia misma de nuestro más íntimo ser. En otros términos, Cristo es delante de Dios lo que nosotros somos, identificado con el pecado; y nosotros nos tornamos en lo que él es, identificados con la justicia perfecta de Dios.— Por esta enseñanza del apóstol se encuentra suficientemente refutada la opinión que se ha querido basar en estos versículos, de que la *reconciliación* es un hecho que sólo tendría lugar de parte del hombre para con Dios, puesto que Dios, todo amor y misericordia para el pecador, no tiene necesidad de ser reconciliado con el pecador. Es eso una pura negación de la justicia de Dios; es atribuirle indiferencia respecto del pecado. Sin duda Dios *nos* ha reconciliado con él (v. 18), pero es por la obra de Cristo, en quien Dios mismo estaba; es no imputando el pecado (v. 19), porque ese pecado estaba expiado a sus ojos. (Vers. 21). "Solamente en este sentido se puede concebir la reconciliación como un acto para cuya promulgación un ministerio es establecido en la economía nueva. (Vers. 19, 20). Si la reconciliación no tuviera lugar más que del lado del hombre, no se podría predicar otra cosa que ésta: que Dios ha revelado su amor, en cuya virtud la reconciliación es *posible*. Mas la iglesia, desde el origen, ha predicado que la reconciliación ha sido *realizada* sobre el Gólgota y sólo en virtud de este hecho la predicación tiene la fuerza de consolar y regenerar". — *Olshausen.*

CAPITULO VI.

I. *Con qué abnegación y fidelidad desempeña el apóstol su ministerio, 1-13.* — II. *Recomienda a los cristianos no tener comunicación con los incrédulos, 14-18.*

I. 1-13. ESPÍRITU, ABNEGACIÓN, FIDELIDAD DEL MINISTERIO APOSTÓLICO. — 1º Haced que no en vano hayáis recibido la gracia, pues ahora es el tiempo favorable, el día de la salvación. (1, 2). — 2º No damos ningún motivo de escándalo, sino que hacemos recomendable nuestro ministerio por toda especie de padecimientos y privaciones. (3-5). — 3º Lo hacemos recomendable por las virtudes de la vida cristiana y por los medios potentes de la palabra y del Espíritu de Dios, en honor y en ignominia. (6-8). — 4º

El mundo nos mira como engañadores, desconocidos, abrumados, moribundos, pobres, destituídos de todo, y Dios confunde todas esas acusaciones manifestando en nosotros lo contrario (9, 10). — 5º ¡Oh Corintios! Os hablamos con corazón abierto, os amamos; y vosotros, ¡dadnos amor por amor! (11-13).

1 Colaborando, pues, exhortamos también que no recibáis en
2 vano la gracia de Dios [1], —pues dice: "En tiempo aceptable te oí,
y en el día de la salvación te socorrí [2]". He aquí ahora un tiempo
3 aceptable; he aquí ahora el día de la salvación [3]—, no dando en nada ninguna ocasión de tropiezo para que el ministerio no sea cen-
4 surado [4], sino en todo mostrándonos como ministros de Dios, en
mucha perseverancia, en tribulaciones, en necesidades, en angus
5 tias, en azotes, en cárceles, en desósdenes, en trabajos, en velas, en

1. Gr. 'Colaborando, pues, exhortamos también". El apóstol nos dice de quién es el *colaborador*. Unos suplen *de Dios* (5:21); otros, *de Cristo* (5:20); otros aun, *de los Corintios;* otros por último *de sus compañeros de tarea* en el apostolado. La conexión más natural es que Pablo es colaborador de Cristo, por que es su embajador. — Enteramente lleno aún del gran pensamiento del ministerio evangélico que ha expuesto largamente (2:14 a 5:21), el apóstol aplica este pensamiento inmediatamente a sus relaciones pastorales con los Corintios. Y en virtud de su mensaje ante ellos (5:20), les *exhorta*, les ruega, no solamente ser reconciliados con Dios, sino no abusar, por ligereza o por una seguridad carnal, de la *gracia* de esta reconciliación que se puede haber recibido en vano. Siempre la responsabilidad del hombre, el temor y el temblor del pecador salvado, unidos a la más consoladora certidumbre de la salvación y a la paz del cristiano. (5:3, nota).

2. Isa. 49:8, citado según los Setenta y conforme al hebreo que dice: "en el tiempo agradable".

3. No tenemos más que este *tiempo*, este *día, hoy;* ¡mañana puede ser demasiado tarde! (Hebr. 4:7).

4. Gr. "No dando ninguna ocasión de tropiezo *en nada*, o a *nadie*", lo que puede entenderse, no solamente del apóstol y de sus compañeros de tarea, sino aplicarse también a sus lectores. El objeto de esta santa vigilancia es que ninguna mácula resulte para el *ministerio* (servicio) de que Pablo está investido.

5. Todos estos versículos (4-10) no forman más que una sola frase, dependiente por completo de esta palabra: *mostrándonos;* y los medios por los cuales el apóstol lo hace son indicados por estas partículas sucesivas: *en, por, como.* En esta enumeración de sus títulos de gloria, el apóstol empieza por las penas y los sufrimientos exteriores, en los cuales se ejercita la *perseverancia* del cristiano. — Las *velas* y los *ayunos* (v. 5) sirven de transición a la indicación de las virtudes que adornan el ministerio de Pablo. Estas velas le eran impuestas por sus trabajos, ora espirituales, ora manuales, pues él proveía por estos últimos a su subsistencia. (Actos 18:3; 20:34).

6 ayunos, en pureza, en conocimiento, en longaminidad, en benig-
7 nidad, en Espíritu Santo, en amor sin hipocresía, en palabra de
verdad, en potencia de Dios; por las armas de la justicia, de la
8 diestra y la siniestra, por honra y deshonra, por difamación y bue-
9 na fama; como engañadores, y veraces; como ignorados, y bien
conocidos; como muriendo, y he aquí, vivimos; como castigados,
10 y no muertos; como entristecidos, mas sin cesar gozándonos; co-
mo no teniendo nada, y poseyendo todo [5].

Por los ayunos se puede entender los que él voluntariamente se imponía, o mejor aún las privaciones que a veces tenían que sufrir. (Fil. 4:12). — Entre las virtudes internas que siguen, (v. 6), el *conocimiento* significa aquí esa visión clara y práctica de los hombres y las cosas, que él aplicaba a su vida moral y a toda su obra. Si el apóstol coloca el *Espíritu Santo* en este orden, es para mostrar que todos los otros dones emanan de él como de su fuente, y que el conjunto de estas gracias forma una *vida*, una *vida espiritual*, cuya alma es un *amor sin hipocresía.* (Vers. 6). La *palabra de verdad* (v. 7) designa la predicación de Pablo y lo que la caracteriza, toda su acción por la palabra. La *potencia de Dios*, es esa fuerza divina que se manifestaba, ora por la palabra misma, ora por milagros. Por las *armas de la justicia, de la diestra y de la siniestra*, el apóstol entiende las armas ofensivas y defensivas (espada y escudo; comp. Efes. 6:11 y sig.) por medio de las cuales el cristiano combate por la santa causa de la *justicia*. El *honor* y la *deshonra*, *la buena* y la *mala fama* (v.8), pueden ser igualmente útiles o nocivas para el cristiano, según sus disposiciones. Si, honrado, emplea esta influencia para preparar los corazones a recibir el evangelio; si, cargado del menosprecio de los incrédulos, toma ocasión de humillarse él mismo y se consuela por el pensamiento de que eso es un rasgo de semejanza con su Salvador, todas esas cosas pararán en su bien. Así los hijos de Dios son en medio del mundo un enigma, una perpetua contradicción para los que no los comprenden y son extraños a su experiencia (v. 9, 10); *engañadores* que, a los ojos de la sabiduría y de la política de los hombres, propagan principios falsos y peligrosos, y sin embargo los únicos penetrados de la santa *verdad* de Dios; *desconocidos*, porque el hombre natural no comprende nada de las cosas que son del Espíritu de Dios, y sin embargo *conocidos* de Dios, delante de quien su corazón y su vida están descubiertos; conocidos de sus hermanos con los cuales viven en íntima comunión de espíritu. Sus peligros los exponen sin cesar a la *muerte*, sus padecimientos y sus renunciamientos son una muerte gradual, y sin embargo una potencia de *vida* siempre nueva se manifiesta en ellos y por ellos. (1:9, 10; 4:10, 11). En todo ello reconocen que son *castigados* por el Señor para su santificación, pero siempre su amor los levanta y les da la vida. En medio de todas esas *tristezas* internas y externas, una fuente inagotable de *gozo* les queda siempre abierta en su comunión con su Dios-Salvador.

11 Nuestra boca se ha abierto para vosotros, Corintios, nuestro
12 corazón se ha ensanchado; no estáis estrechos en nosotros, mas en
13 vuestras entrañas estáis estrechos. Mas para nuestra recompensa
(como a hijos hablo): ¡ensanchaos también vosotros! [6]

II. 14-18. NO OS UNÁIS CON LOS INCRÉDULOS. — 1º No llevéis un yugo extraño con ellos, pues no hay ni participación, ni acuerdo posible entre la vida cristiana y los pecados del paganismo. (14, 15). — 2º No hay ninguna relación entre el templo de Dios y los ídolos, y vosotros sois el templo donde Dios promete habitar; apartaos, pues, de todo lo impuro, y seréis los hijos de Dios. (16-18).

14 No llevéis un yugo extraño con incrédulos [7], pues, ¿qué parti-
cipación tienen la justicia y la iniquidad? ¿o qué comunión la luz

Cuanto más *pobres* en sí mismos se sienten y privados de los bienes que el mundo ambiciona, tanto más capaces son de derramar a su derredor las *riquezas* espirituales de Cristo. No *tienen nada* que les sea propio, y saben que *todas las cosas son suyas*, porque son los herederos de Aquel a quien todo pertenece.. (Vers. 10; comp. 1 Cor. 3:1-23). La vida cristiana es por completo, como la cruz de Jesucristo, una locura llena de la sabiduría de Dios, un oprobio que oculta la gloria eterna!

6. Después de la efusión de corazón que precede, Pablo está emocionado; sus ojos, se siente, se inundan de lágrimas (comp. 2:4), y un grito de tristeza y al mismo tiempo de ardiente amor escapa de su alma: "¡Oh, vosotros a quienes amo con la ternura de un padre (v. 13)! ¡vosotros lo véis, os he abierto mi corazón (v. 11); no estáis *en estrecho* en este corazón, ocupáis en él mucho lugar! ¡mas vosotros!..., porque os he parecido severo, porque se os ha inspirado prejuicios, *estáis estrechados en vuestras entrañas* (trad. lit.), ¡vuestro corazón se cierra y no tiene ya ni confianza ni amor! (Vers. 12). Os conjuro como a *mis hijos* amados, ¡pagadme por amor, *ensanchad* vuestro corazón para conmigo y para con la verdad, y para con el Salvador que os he anunciado!" De todas maneras, es el Espíritu de Dios quien pone el corazón en anchura.

7. Gr. "No os hagáis conjuntos bajo un yugo extraño (u *otro yugo*) con infieles" o "incrédulos". La figura es tomada de la costumbre de uncir bajo el mismo yugo bestias de carga de diferentes especies (lo que la ley prohibía. Lev. 19:9; Deut. 22:10). Hay al mismo tiempo en esta figura la idea de una infidelidad y de una sujeción. Es lo que acontece espiritualmente cuando fieles se asocian con *incrédulos* para una obra de Dios que exige un mismo espíritu, la misma fe, el mismo amor. En general, las comunicaciones de los cristianos con el mundo, llenas de benevolencia y de caridad, sin duda, deben limitarse a lo necesario, y tener siempre por objeto extender el conocimiento de la verdad, el buen olor del evangelio en Cristo. Fuera de ello, la sal pierde su sabor,

15 con las tinieblas? ¿y qué concordia Cristo con Belial?[8] ¿o qué
16 parte el creyente con el incrédulo?[9] ¿y qué concierto el santua-
rio de Dios con los ídolos? pues vosotros sois el santuario del
Dios viviente[10], conforme dijo Dios: 'Moraré y andaré en me-
17 dio de ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo[11]". Por
tanto "salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no
18 toquéis lo impuro, y yo os recibiré[12], y os seré por padres y vos-

el espíritu del mundo triunfa del espíritu de la vida cristiana. — El apóstol pasa a este asunto. (v. 14-18) sin transición, sorprendido sin duda del contraste chillón que existe entre la vida cristiana que acaba de describir y el carácter mundano, tal cual reina en todo tiempo, en todo lugar, fuera de la comunión con Dios. Por otra parte, se ve por 1 Cor. 10, que los cristianos de Corinto estaban expuestos a peligros de este género por el abuso que hacían de la libertad cristiana.

8. *Belial* significa en hebreo: lo que no vale nada, lo malo; los hijos de Belial son los hombres malignos, malvados. (Deut. 13:13; 1 Sam. 25: 25, *hebr.*). De ahí, esta palabra era empleada entre los judíos para designar el diablo: era un nombre propio de Satanás.

9. Así el apóstol pone de un lado la *justicia*, la *luz*, *Cristo*, el *creyente*, es decir todo lo que constituye la vida cristiana; del otro, la *iniquidad*, las *tinieblas*, *Belial*, el *incrédulo;* son ésos todos los elementos de un paganismo sumergido en el mal. ¿Qué *participación*, qué *comunión*, qué *concordia* habría entre esas oposiciones absolutas? Así se encuentra ampliamente motivada la exhortación del v. 14. ¿Quiere esto decir que todo el cristiano sea digno de tal apreciación, y que todo sea absolutamente del demonio en el hombre inconverso? No. Sin duda, hay entre el hombre regenerado y el que no lo es la misma diferencia que entre la luz y las tinieblas, la justicia y la iniquidad, pues el uno está iluminado por una luz divina, el otro aun en su ignorancia; el uno posee la justicia de su Salvador, que produce poco a poco en él la santidad, el otro está aún en su pecado. Pero, en su sentimiento íntimo, el cristiano no puede olvidar, por una parte, que en otro tiempo él era tinieblas y que ha sido hecho luz para el Señor por pura gracia (Efes. 5:8; comp. 2:8); ni, por la otra, que el hombre más apartado de Dios puede, por medio de esta misma gracia, ser "acercado por la sangre de la cruz". De ahí viene que, aun evitando con cuidado toda participación en las obras infructuosas de las tinieblas, el cristiano sincero es retenido, respecto de los inconversos, en la humildad y en la caridad "que todo espera".

10. Introducir un *ídolo* en el *santuario de Dios* era mirado como una abominación. Ahora bien: el cristiano es ese santuario: ¡oh! ¡si tuviera el mismo horror de los *ídolos*! — Una variante muy autorizada tiene: *nosotros somos* el templo, en lugar de *vosotros sois*.

11. Lev. 26:12; comp. 1 Cor. 3: 17. La iglesia es el templo espiritual en el cual se realiza la promesa de la presencia de Dios.

12. Isa. 52:11 libremente citado según los Setenta, siempre en apoyo de la exhortación del v. 14. Las últimas palabras: *y yo os recibiré*, no se encuentran en el texto hebreo de Isaías, pero es así como el apóstol traslada esta idea de los Setenta (Isa. 52:12): "El Dios de Israel os reune".

otros me seréis por hijos e hijas, dice el Señor todopoderoso[13]"—
1 (Cap. VII, 1). Teniendo, pues, estas promesas, amados, purifiqué-
monos de toda contaminación de carne y de espíritu, cumpliendo
la santidad en temor de Dios[1].

13. Estas últimas palabras, que, en el pensamiento del apóstol, deben ser continuación de éstas: *yo os recibiré* (v. 17), no se encuentran bajo esta forma en el Ant. Test. No son probablemente más que reminiscencias de declaraciones tales como 2 Sam. 7:14; Jer. 31:9; Isa. 43: 6. No por eso dejan de contener una preciosa promesa de Dios, según "el espíritu de adopción". (Rom. 8:15).

1. Estas *promesas* de que habla el apóstol son las que ha citado (6: 16-18). A esos mismos cristianos a quienes ha llamado "luz, justicia, templo de Dios" (6:14-16), los exhorta a *purificarse* de sus *impurezas!* Con ello nos muestra, por una parte, que el combate dura tanto como esta vida de prueba; y, por la otra, que la certidumbre de la salvación, basada en la justificación por la fe, es inseparable de una santificación siempre progresiva. — Las *contaminaciones de carne y de espíritu* son en general las externas y las internas.. Estas palabras condenan igualmente un orgulloso espiritualismo, que menosprecia las precauciones en las cosas externas, y el fariseísmo, que, enteramente ocupado de lo que impresiona las miradas, se preocupa poco de los pecados del corazón.

CAPITULO VII.

I. *Pablo expresa su amor por los Corintios, los temores que ha tenido respecto de ellos, y su gozo al conocer su arrepentimiento y su celo por él, 2-7.* — II. *Explicaciones relativas a su carta precedente y a la misión de Tito, 8-16.*

I. 2-7. AMOR Y CONFIANZA DEL APÓSTOL. — 1º Comprendednos: a ninguno de vosotros hemos perjudicado; no acuso; demasiado os amo para ello; estoy aun lleno de confianza y de gozo a vuestro respecto. (2-4). — 2º Este amor nos ha inspirado la más viva inquietud respecto de vosotros, combates, temores; mas Dios nos ha consolado por la llegada de Tito; y cuanto éste nos contó vuestro ardiente deseo, vuestras lágrimas, vuestro celo, nuestra tristeza se cambió en gozo. (5-7).

2 Acogednos[2]; a nadie hemos agraviado; a nadie hemos co-
3 rrompido; de nadie nos hemos aprovechado[3]. No lo digo para
vuestra condenación[4], pues antes he dicho que estáis en nuestros
4 corazones para juntos morir y vivir[5]. Tengo mucha confianza
en vosotros[6]; tengo mucha jactancia en vosotros; estoy lleno de
consolación; sobreabundo de gozo en toda nuestra tribulación[7].
5 Porque llegando nosotros a Macedonia, ningún reposo ha tenido
nuestra carne[8], sino que en todo hemos sido atribulados: por fuera
6 luchas, por dentro temores[9]. Mas el que consuela los humildes,
7 Dios, nos ha consolado por la venida de Tito[10]; y no sólo por su
venida, sino también por la consolación con que había sido conso-
lado sobre vosotros, haciéndonos conocer vuestra ansia, vuestro
lamento, vuestro celo por mí, de modo que más me goce[11].

2. El verbo griego significa comprender, contener, hacer lugar, *acoger*: así en Mat. 19:11. "Acogednos en vuestras almas, a nosotros y a la verdad; ensanchad vuestros corazones para que nosotros tengamos lugar en él" (6:11-13). Esta súplica del apóstol se refiere sobre todo a lo que sigue.

3. Son éstas, sin duda, respuestas a las acusaciones de los adversarios que decían de Pablo: "Es injusto para con muchos, los perjudica, los ofende; conduce a otros a su ruina por demasiada severidad (por ejemplo 1 Cor. 5); por último, busca para con todos ventajas terrestres". ¡Con qué mansedumbre rechaza esos indignos reproches, siempre animado del espíritu de su Maestro, "por difamación y buena fama"! (6:8).

4. Gr. "Para vuestra condenación". No me justifico para acusaros, o bien: No quiero decir que hayáis creído estas calumnias (v. 2), o que las hayáis propagado, *pues*...

5. "Ya os lo he dicho, nuestro afecto es para vida y para muerte". ¿En qué sentido? (Véase 6:12; comp. 5:14, 15; 4:12.)

6. Gr. "Mucha franqueza, osadía", por la *confianza* del corazón.

7. La causa especial de esta *consolación* y de este gozo que desborda, es indicada en los v. 7 y 9.

8. Véase, sobre este viaje a Macedonia 2:12, 13, nota.

9. *Luchas* contra los adversarios del evangelio, *temores* sobre los resultados de su primera epístola a los Corintios.

10. Que traía buenas noticias de Corinto (2:13). Los *humildes* significan aquí, según un hebraísmo, los humillados, entristecidos, miserables. ¡A éstos consuela Dios!

11. O: "De modo que más bien me goce"; mi tristeza y mis inquietudes fueron cambiadas en gozo. Este versículo describe la impresión hecha en la iglesia por la carta de Pablo. (Comp. v. 11.) Esa *ansia* tenía por objeto volver a ver al apóstol, calmar su dolor. Las *lágrimas* (o mejor Gr. "*lamentos*") eran causadas por el pesar ocasionado a Pablo. El celo expresa una especie de entusiasmo que se había despertado en los corazones por el gran siervo de Dios, o el ardor que ponían en justi-

II. 8-16. EXPLICACIONES RELATIVAS A SU CARTA PRECEDENTE Y A LA MISIÓN DE TITO. — 1º No me arrepiento de haberos entristecido por un tiempo; al contrario, me alegro de ello, pues era una tristeza según Dios, un verdadero arrepentimiento, que produce la salvación, mientras que la tristeza según el mundo produce la muerte; y esta tristeza según Dios, ¡qué impresiones produjo en vosotros, vivas, profundas, benditas! (8-11) — 2º Si os escribí como lo hice, no era tanto por las personas en cuestión como por dar lugar a vuestro celo; y por esto también he sido consolado, regocijado por Tito. (12, 13). — 3º Todo lo bueno que yo le había dicho de vosotros, y de él, ha sido hallado verdadero; por esto, cuando él se acuerda del modo como le recibisteis, su afecto por vosotros aumenta, y yo me lleno de confianza en vosotros. (14-16).

8 Porque, aunque os entristecí por mi carta, no me arrepiento;
aun si me arrepentía[12] (pues veo que aquella carta, aunque por
9 poco tiempo, os entristeció), ahora me gozo, no de que fuisteis en-
tristecidos, sino de que fuisteis entristecidos para arrepentimiento,
pues fuisteis entristecidos según Dios, para que en nada sufrierais
10 pérdida de nuestra parte[13]. En efecto, la tristeza según Dios obra
arrepentimiento para salvación, del que nadie se arrepiente, mas

ficarle de las falsas acusaciones. (Vers. 2.)

12. Si el apóstol se había *arrepentido* de haber escrito su carta y de haberse mostrado en ella tan severo, lo que no niega absolutamente sino que al contrario lo afirma, eso no quiere decir que hubiera dudado de estar en la verdad. Pero, incierto del resultado, lleno de simpatía por la tristeza de sus hermanos, podía preguntarse: ¿"He hecho bien..."? Y sin embargo su obra era de Dios. Es así como más de un siervo de Cristo, después de algún acto de severidad realizado en la fe, viendo el dolor que ha causado, puede, en su corto conocimiento y por amor por sus hermanos afligidos, temer haber ido demasiado lejos. El ejemplo del apóstol nos muestra que, en esos casos, no es una estoica insensibilidad la verdadera disposición de un ministro fiel, aun cuando tenga la convicción de haber obrado bien. Calvino, tomando la voz *arrepentirse* en el sentido de *sentir dolor*, aparta la idea del arrepentimiento propiamente dicho o del pesar, y parafrasea como sigue este pasaje: "Aunque os ofendí contra mi voluntad, y me ha dolido haber sido por fuerza duro para con vosotros, no me aflijo ya, pues veo que os he sido útil". (Vers. 9.) ¿Pero para qué forzar los términos en lugar de dejarles su sentido natural? ¿Para salvar cierta teoría de la inspiración? ¿No vale más reformarla de acuerdo a la escritura misma? El Espíritu de Dios no suprime ninguno de los afectos o aún de las fluctuaciones de aquéllos a quienes ilumina y anima; hasta se sirve de ellas muy ventajosamente para revelar completamente esta verdad que, para sernos accesible, debe ser al mismo tiempo *divina* y *humana*.

13. La construcción o puntuación de estos v. 8 y 9 difiere en las diversas ediciones griegas así como en nuestras versiones. La que hemos adoptado vierte así el giro tan vivo

11 la tristeza del mundo produce la muerte[14]. He aquí, en efecto,
esto mismo, el ser entristecidos según Dios, ¡cuánta diligencia os
produjo! ¡mas también defensa! ¡mas también indignación! ¡mas
también temor! ¡mas también ansia! ¡mas también celo! ¡mas
también castigo![15] En todo habéis mostrado que erais puros en
12 el asunto[16]. Luego, aunque os escribí, no fué por causa del que
hizo agravio, ni por causa del agraviado[17], sino para que fuera
manifestada entre vosotros vuestra diligencia por nosotros en pre-

del pensamiento del apóstol: *No me arrepiento* (de haberos entristecido); *si de ello me arrepentí* (aquí dice en un paréntesis que interrumpe la frase la *razón* de ese arrepentimiento, luego se apresura a agregar): *ahora me gozo*, y explica la causa de ese gozo (Vers. 9). — Esa palabra del paréntesis: *veo*, se refiere a las noticias que acaba de recibir por Tito.

14. La *tristeza según Dios* es una tristeza que se refiere a Dios, a su voluntad violada, al pecado que le ofende; es producida en el corazón por su Espíritu. Por eso ella produce a su vez (Gr. "opera") un *arrepentimiento* (Gr. "conversión, cambio de espíritu, de disposición"), *del que no hay que arrepentirse*, porque esta conversión es *para salvación*, o más bien es la salvación misma, liberta el alma del pecado y le da la certidumbre de la vida eterna. Decir que uno no se *arrepiente* es decir que se recoge de aquel arrepentimiento el gozo más puro. Tal ha sido la tristeza de los Corintios (Vers. 9). — La *tristeza según el mundo*, al contrario, se refiere por completo a esta tierra, a sus ventajas perdidas, a sus esperanzas defraudadas, a nuestro orgullo ofendido, a nuestros males sin remedio; y como no deja de quedar el corazón encadenado a este mundo que pasa con su concupiscencia, el alma, que es su esclava, perece con él. Esta tristeza *produce la muerte*. ¡Algunas veces aun produce literal y bruscamente la muerte: el suicidio! — Algunos intérpretes refieren las palabras: *de qué nadie se arrepiente*, no a *arrepentimiento*, sino a *salvación*. Es más gramatical quizá, pero es hacer insípido el pensamiento. ¿Quién tiene la idea de arrepentirse de la salvación? El pensamiento tan aplicable a los Corintios, y expresado por una picante antítesis, es borrado por esta construcción.

15. Todos estos sentimientos y estos actos, resultados de la primera carta del apóstol, tenían por objeto el pecador escandaloso hasta entonces tolerado en la iglesia. (1 Cor. 5). Para su *defensa* (Gr. "apología") los Corintios habían puesto *diligencia* en excluirle: mostraron con ello su *indignación* por su crimen, su *temor* de los juicios de Dios, su *ansia* de su gracia, su *celo* por su gloria y por la pureza de la profesión de la fe; de ahí, el ejemplar *castigo* de que fué objeto el pecador. Es así como las iglesias se despiertan y prueban que la vida de Dios está en ellas.

16. No todos, sin duda, ni desde luego, puesto que había sido necesaria la primera carta para despertarlos; pero se habían *purificado* tan bien, que el apóstol se lo pone ampliamente en cuenta.

17. Es decir el incestuoso, y su

13 sencia de Dios[18]. Por esto hemos sido consolados. Mas sobre
nuestra consolación, mucho más nos gozamos por el gozo de Tito,
14 porque ha sido recreado su espíritu por todos vosotros[19]; porque
si en algo me he jactado ante él de vosotros no he sido avergon-
zado sino que como os hemos hablado todo según verdad, así tam-
15 bién nuestra jactancia de vosotros ante Tito fué hallada verdad, y
su afecto por vosotros se hace más abundante recordando la obe-
diencia de todos vosotros, cómo le recibisteis con temor y tem-
16 blor[20]. Gózome de que en todo tengo confianza de vosotros[21].

padre al que había ultrajado. (1 Cor. 5:1). Otros han pensado que el apóstol se designaba a sí mismo por estas palabras: *el agraviado*, pero no nos parece probable.

18. "No se trataba solamente, dice el apóstol, de este caso especial, ni del castigo del culpable, sino que estaba en juego la pureza y la vida de la iglesia entera, y la fidelidad de mi apostolado ante Dios". Por estas palabras conciliadoras Pablo se esfuerza en apartar todas las personalidades y sus agravios, para concentrar la atención de todos sobre la gravedad de la *cosa*.—El texto recibido, tiene: "fuera manifestada *nuestra* diligencia por *vosotros*", en lugar de "*vuestra* diligencia por *nosotros*". Las autoridades y el contexto están por la lección aquí restablecida. Precisamente de este celo de los Corintios habla el apóstol. (Vers. 11, 13).

19. La *consolación* que ha experimentado el apóstol viene de lo que precede (sobre todo v. 9-11); pero esa consolación fué elevada hasta el *gozo*, por el gozo que Tito testificaba de su residencia en Corinto; su espíritu había sido *aliviado*, *recreado*. ¡Qué ardiente amor de las almas en esos hombres de Dios!—El texto recibido tiene: "Hemos sido consolados por vuestra consolación", lo que, en el conjunto, presenta apenas un sentido admisible.

20. "Temor y temblor" indican la profunda veneración con que los Corintios habían recibido a Tito como un enviado del apóstol y enviado de Dios. (Comp. Fil. 2:12; Efes. 6:5; Sal. 2:11, etc.). Este santo respeto es uno de los más preciosos caracteres de la piedad y de la caridad. ¡Es raro en nuestros días entre los cristianos!

21. O: "estoy lleno de ánimo respecto de vosotros".

CAPITULO VIII.

I. *El apóstol exhorta a los Corintios a tomar parte en la colecta hecha en favor de los cristianos pobres de Palestina, 1-5.* — II. *Recomienda las personas que deben recoger los donativos. (16-24).*

I. 1-15. Motivos en favor de la colecta para los pobres de Judea. — 1º El eemplo de las iglesias de Macedonia: aunque afligidas y pobres, han dado con gozo abundantemente, aun por sobre su poder, pidiendo tener parte en esta buena obra. Es que antes se habían dado ellas al Señor. luego a nosotros. He ahí por qué hemos enviado a Tito. (1-6). — 2º Como abundáis en otros dones, abundaréis en esta gracia, sin que sea necesario mandároslo; basta para vosotros conocer la gracia del Señor Jesús que os enriqueció por su pobreza. (7-9). — 3º Este simple consejo os bastará, puesto que desde el año último habéis empezado esta obra; terminadla ahora según vuestros medios. (10, 11). — 4º Porque con buena voluntad se agrada a Dios según lo que se tiene; no es necesario que unos se molesten para que los demás estén en la abundancia, sino que haya igualdad, como para los israelitas que recogían todos la misma cantidad de maná en el desierto. (12-15).

1 Os hacemos conocer, hermanos, la gracia de Dios puesta en
2 las iglesia de Macedonia [1], que en mucha prueba de tribulación, la
abundancia de su gozo y su profunda pobreza han abundado en
3 as riquezas de su sencillez [2], pues según su fuerza, doy testimonio,

1. Pablo ha restablecido entre él y sus hermanos de Corinto una plena confianza; les ha abierto todo su corazón, les ha testificado efusivamente su amor. Ahora, apela a la caridad de ellos, no para él, sino para los hermanos pobres de Palestina, a los cuales otras iglesias, principalmente las de Macedonia, enviaban socorros. Llama esta obra de la caridad una *gracia*, una gracia que Dios ha hecho a las iglesias que se ocupan en ella. (Gr. la *gracia* de Dios, *dada* (manifestada) en las iglesias"). "En efecto, como dice Bengel, era una gracia para los que daban y para los que recibían". Los bienes de este mundo son una gracia de Dios, la caridad que da es una gracia mayor aun, toda obra por la cual el Señor se digna acordarnos una parte en su reino es una gracia de su parte. En este capítulo hemos, pues, reemplazado por esta hermosa palabra *gracia* las pálidas circunlocuciones por medio de las cuales Ostervald hace desaparecer el pensamiento del apóstol, que evidentemente ha *querido* nombrar así la obra de que aquí se trata. (Vers. 4, 6, 7, 19; comp. v. 9 y 9:8, 14). La versión de Lausana ha traducido del mismo modo.

2. Es difícil traducir literalmente esta frase en que tantos pensamientos se agrupan con mucha concisión: "Porque, en mucha prueba de tribulación, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza han abundado en las riquezas de su sencillez". Bien que esas iglesias estuviesen en una *gran prueba de aflicción*, quizá por la persecución que las empobrecía, el *gozo*, el gran gozo que les hizo experimentar el evangelio de la salud supo transformar en *riqueza* su *profunda pobreza;* y el apóstol llama eso la *riqueza de su sencillez*, porque dieron con esa sencillez de corazón que no calcula, que no mira al porvenir, sino únicamente al Señor y a las necesidades de hermanos desdichados y que sufren. (Vers. 3-5.) Mucho más, es la *pobreza* lo que *abundó en riqueza*, con lo que el apóstol muestra que el pobre, que es rico en Dios e interiormente libre respecto de los bienes del mundo, da más que el rico, cuyo amor al dinero hace a menudo frío y estéril su corazón. (Comp. 9:11.) ¡En cuántas iglesias de nuestros días se podría observar los mismos hechos!

4 y más allá de su fuerza, de su propia voluntad, suplicándonos con
mucho ruego la gracia y la participación en el socorro para los
5 santos y no conforme habíamos esperado, sino que a sí mismos
se dieron primero al Señor, y a nosotros, por voluntad de Dios [3];
6 de modo que rogamos a Tito que, conforme había empezado,
así también terminara para con vosotros también esta gracia [4].
7 Mas así como abundáis en todo, en fe y en palabra y en conoci-
miento [5], y en toda diligencia y en vuestro amor por nosotros [6], que
8 abundéis también en esta gracia [7]. No lo digo como mandato.
sino probando por la diligencia de los otros también la sinceridad
9 de vuestro amor [8]. Conocéis, en efecto, la gracia del Señor nues-
tro Jesucristo, que por causa vuestra se hizo pobre, siendo rico,
10 para que vosotros, por su pobreza, fuerais enriquecidos [9]. Y un

3. Estas últimas palabras revelan el secreto de todo lo que precede. El que realmente se ha *dado a sí mismo al Señor* con todo lo que tiene y todo lo que es, no tiene ya nada que rehusarle, y se ingenia para cumplir su santa voluntad cuando le es manifestada, como en el caso de que aquí se trata.

4. Traducción literal. Se ve que Tito había recogido donativos en Corinto durante su residencia allí (2:13; 7:6), y debía ahora, a pedido del apóstol, *terminar* esa obra.

5. Comp. 1 Cor. 1:5, 6.

6. Gr. "en el amor (que sale) de vosotros (y que permanece) en nosotros". Comp. 7:3, 7.

7. Comp. v. 1, nota. Todos esos otros dones que *abundaban* en los cristianos de Corinto habrían sido de poco valor, sin la abnegación de la caridad que les pedía el apóstol.

8. La *diligencia de los demás* es la de las iglesias de Macedonia. (Vers. 1 y sig.)

9. Esta palabra *gracia*, que designaba hasta aquí la obra del amor (v. 1, nota), es aplicada esta vez a *nuestro Señor Jesucristo*: el apóstol nos dice cómo abrió la fuente inagotable de toda otra *gracia* en sus redimidos. En ellos, todo amor no es más que un reflejo de su amor. El era *rico*, puesto que poseía todas las glorias del cielo y el universo le pertenece; él se *hizo pobre* y *vivió* pobre

consejo doy en esto [10], pues esto os conviene, pues no sólo la eje-
cución sino también la voluntad habiais empezado antes, desde el
11 año pasado [11]. Ahora pues, terminad también la ejecución, para
que, conforme hubo el pronto ánimo de la voluntad, así también
12 haya la ejecución, de vuestro haber, pues si hay el pronto ánimo,
13 es aceptable según lo que tuviere, no según lo que tiene [12]. En
efecto, no es para que para otros haya alivio y para vosotros apre-
tura, sino por igualdad, vuestra abundancia en el tiempo presente
14 [sirva] a la necesidad de aquéllos, para que también la abundancia
15 de aquéllos sirva a vuestra necesidad, para que haya igualdad, con-
forme está escrito: "El que tenía mucho no tuvo demasiado, y el
que poco no tuvo menos" [13].

(sentido de la voz griega) desde el pesebre hasta la cruz, puesto que recibió auxilios de sus amigos. (Luc. 8:3). Por esta pobreza, esta humillación, nosotros fuimos *enriquecidos*: espiritualmente, hechos partícipes "de las riquezas incomprensibles de Cristo"; y temporalmente, puesto que, por la fe, todas las cosas son nuestras. (1 Cor. 3:22; comp. Mat. 5:3, nota.) Y cuando el velo que separa las cosas visibles de las invisibles haya sido desgarrado, entraremos en posesión de todos los bienes de Dios como sus hijos y sus herederos. (Rom. 8:17.) Si la pobreza, pues, de Cristo Jesús nos enriqueció, debemos tener los mismos sentimientos que hubo en él, es decir hacernos pobres por él, a fin de que por nuestra pobreza otros sean enriquecidos. Esto es posible temporal y espiritualmente.

10. No un mandamiento. (Vers. 8; comp. 1 Cor. 7:25.)

11. Gr. "Que empezasteis no solamente *el hacer*, sino también *el querer* desde el año pasado". Es decir que habían ya puesto manos a la obra, y que tenían la intención, la *voluntad* de hacer más aun. Es la ejecución de esa pronta voluntad lo que el apóstol recomienda en el versículo siguiente. El *consejo* que Pablo les da *conviene* pues, es útil, necesario a cristianos que estaban en tan buen camino de hacer el bien, pero que no deben quedarse ni con el *querer* ni con el *comienzo* de la obra.

12. Este v. 12 explica de una manera muy alentadora las últimas palabras del v. 11: *según vuestro haber*. Con tal que haya *pronto ánimo*, rico o pobre, es agradable a Dios. Pablo personifica así graciosamente la buena voluntad, idea que se pierde por la falsa variante del texto recibido.

13. Aplicación muy espiritual de las palabras con que el historiador sagrado (Ex. 16: 18) recuerda que los israelitas, recogiendo el maná, quedaban por fuerza en igualdad en relación a este don de Dios, puesto que los que tomaban de él más de lo necesario no podían conservarlo. De ahí, el apóstol saca (v. 13 y 14) esta importante enseñanza: que no debe haber entre los cristianos *apretura* de una parte y *sobreabundancia* de la otra, sino igualdad. Si los Corintios dan ahora (v. 13), los hermanos de Palestina pueden hacerles otro tanto en otro tiempo (v. 14), ora en bienes espirituales, ora en donativos temporales. Así el amor, la ardiente

II. 16-24. Pablo recomienda los hermanos que debían recoger los donativos. — 1º Gracias a Dios, Tito se traslada hacia vosotros con la mayor solicitud; os enviamos con él un hermano ventajosamente conocido y elegido por las iglesias para esta administración. (16-19). — 2º Lo hemos hecho para que ninguno pueda ya censurarnos en esta administración, y todo pase honradamente ante Dios y ante los hombres; enviamos también, con este fin, otro hermano probado y lleno de confianza en vosotros; testificad pues, a esos hermanos, enviados de las iglesias y que sólo buscan la gloria de Cristo, todo vuestro amor. (20-24).

16 Mas gracias a Dios que puso la misma diligencia por vosotros
17 en el corazón de Tito; pues recibió, sí, mi exhortación, mas siendo
más diligente, de su propia voluntad ha partido hacia vosotros [14].
18 Mas hemos enviado junto con él al hermano cuya alabanza en el
19 evangelio es por todas las iglesias [15]; y no sólo esto, sino que tam-
bién ha sido elegido por voto de las iglesias por compañero de
viaje en esta gracia atendida por nosotros para la gloria del Señor
20 mismo y [para mostrar] nuestro pronto ánimo [16]; cuidando esto:
que nadie nos censure en esta abundancia atendida por nosotros,
21 procurando lo bueno no sólo en presencia del Señor sino también
22 en presencia de los hombres [17]. Y hemos enviado con ellos a

caridad que había producido, en los primeros días de la iglesia, esta preciosa igualdad, podía y debía producirla aún. Dondequiera que no produce los mismos frutos, se ha enfriado. (Actos 2:44, 45; 4:34-37; 11: 28-30.) Nadie entienda mal, sin embargo, y no se pida a instituciones humanas y en el nombre de la ley, es decir de la imposición, lo que Pablo pide en el nombre de un sentimiento que el Espíritu solo de Dios puede inspirar, y que sería desnaturalizado en cuanto se le quitara su libertad, su perfecta espontaneidad. El apóstol ni siquiera emplea su autoridad apostólica para prescribir un deber; no ordena, lo declara positivamente (v. 8); apela a la caridad de Cristo (v. 9, y en cuanto a él, no hace más que dar "un consejo" (v. 10), agregando (v. 13) una reserva más delicada aun. Es que la igualdad del amor cristiano viene de Dios, mientras que la igualdad imposible que sueñan los hombres no es más que concupiscencia e injusticia. Pero, repeliendo las exigencias de los hombres, ¡pregúntense los cristianos si obedecen a las *inspiraciones* del evangelio de Dios!

14. La exhortación (v. 6) no le era necesaria; él fué a vosotros *de su propia voluntad*, espontáneamente.

15. El *hermano* de que se trata aquí nos es completamente desconocido. *Por el evangelio* significa por su predicación del evangelio.

16. *Esta gracia* es la buena obra de que aquí se trata. (Vers. 1, nota.) En lugar de "*nuestro* pronto ánimo", el texto recibido dice *vuestro*, refiriendo a los cristianos de Corinto la manifestación de ese sentimiento por la colecta a hacer.

17. A fin de que ni él ni Tito pudieran ser objeto de ninguna inculpación de parte de los adversarios en

nuestro hermano, al que hemos probado en muchas cosas muchas
veces ser diligente, mas ahora mucho más diligente por la mucha
23 confianza que tiene en vosotros [18]. Ora sobre Tito, mi compa-
ñero es y colaborador para vosotros; ora nuestros hermanos,
24 enviados son de las iglesias, gloria de Cristo [19]. Mostradles, pues,
la prueba de vuestro amor y de nuestra jactancia sobre vosotros,
en presencia de las iglesias [20].

la *administración* de estos ricos dones, quiso un tercer hermano bien conocido (v. 18) y aun un cuarto (v. 22). ¡"Sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas"!

18. No se sabe quién era este hermano; quizás uno de los que se nombran en Actos 20:4.

19. Es decir que ellos *glorifican* a Cristo por su vida. Así, quiere decir el apóstol, todos estos enviados son muy dignos de vuestra confianza.

20. Por el modo de recibir esos enviados, y por la liberalidad de sus donativos, podían los Corintios probar al mismo tiempo su *amor* y la buena reputación que Pablo les había hecho. *En presencia de las iglesias*, significa en presencia de esos hermanos que las representan.

CAPITULO IX

La colecta para los cristianos de Jerusalén. (Continuación).

NUEVOS MOTIVOS EN FAVOR DE UNA ABUNDANTE COLECTA. — 1º Me sería inútil insistir vista vuestra buena voluntad ya manifestada; sin embargo, he enviado a nuestros hermanos con anticipación para que estéis listos y nuestra espera no se torne en vergüenza en presencia de los macedonios. (1-5). — 2º Cada uno dé con abundancia, según su corazón, pues Dios es poderoso para colmaros de bienes, como lo prueba por su palabra y por sus dones materiales. (6-11). — 3º Los que recibirán vuestros donativos darán gracias a Dios y le glorificarán por vuestro amor, por sus oraciones en favor vuestro. (12-15).

1 En efecto, sobre el socorro para los santos, superfluo me es,
2 sí. el escribiros [1], pues conozco vuestro pronto ánimo, del que so-

1. ¡Y sin embargo escribe al respecto por estos dos capítulos! Para explicar esta aparente contradicción no es necesario suplir: escribir *más en extenso*, como lo hace Ostervald, ni suponer, con Gerlach, Reuss, etc., que el apóstol fué interrumpido al final del capítulo 8, y que aquí reanuda su tema. No es probable que Pablo haya querido decir: "Relativamente a la colecta (Gr. "al servicio") misma, al modo de hacerla, a lo que

bre vosotros me jacto ante los macedonios de que Acaya [2] está pre-
parada desde el año pasado [3], y vuestro celo ha estimulado a los
3 más [4]. Mas he enviado los hermanos [5] para que nuestra jactancia
sobre vosotros no sea hecha vana en este particular para que, con-
4 forme decía, estéis preparados: no sea que, en algún modo, si fue-
ren conmigo macedonios y os hallaren desapercibidos seamos nos-
otros avergonzados, por no decir vosotros, en esta firme confianza [6].
5 Consideré pues, necesario exhortar a los hermanos a ir antes a vos-
otros y preparar con anticipación vuestra liberalidad antes anuncia-
da, para que ésta esté así preparada como liberalidad y no como
6 avaricia [7] Mas esto [digo]: el que siembra mezquinamente, mez-
quinamente también segará, y el que siembra con liberalidad con
7 liberalidad también segará [8]. Cada uno conforme ha propuesto
en su corazón, no con tristeza o por necesidad, pues Dios ama un
8 dador alegre [9]. Y poderoso es Dios para hacer que toda gracia

ella debe producir, etc., inútil es escribiros, pues..." (Vers. 2.) Es más natural admitir que usa un giro lleno de delicadeza para volver al asunto de la colecta ya tratado precedentemente. No parece referirse al principio más que a la embajada de que acaba de hablar al final del cap. 8. El *en efecto* con que empieza nuestro capítulo lo conecta con el capítulo precedente. "Pues *a decir verdad* superfluo me es escribiros respecto de la colecta... *Mas* (v. 5) *juzgué* sin embargo *conveniente enviaros* los hermanos"...

2. Esa parte de Grecia donde estaba Corinto.

3. Comp. 8:10. Lista con su colecta.

4. Poderoso motivo para ellos de no frustrar esa esperanza y dejar enfriar ese *celo*. (Comp. v. 4.)

5. Cap. 8:18, 22, 23.

6. O bien: "*avergonzados* sobre este *fundamento* que habíamos puesto en vosotros". Otros traducen: "avergonzados en este negocio". El texto recibido añade erróneamente: confianza "del motivo de jactancia". Sin duda la vergüenza sería para los Corintios; pero el apóstol se siente tan íntimamente unido a ellos, que esa vergüenza recaería sobre él.

7. Llama esta buena obra una *liberalidad*, voz que significa también *acción de gracias* (?) para mostrar la fuente de que mana tal fruto de la caridad, es decir un corazón lleno de reconocimiento para con Dios. Un rico don es una bendición para los que lo hacen, y para los que lo reciben. Un don mezquino, al contrario, cuando se *puede* dar ricamente, es una *avaricia;* no tiene eso necesidad de explicación, ni de prueba.

8. Gr. "El que siembra con bendiciones, segará con bendiciones" (es decir abundante, ricamente) y el que siembra *mezquinamente* segará también mezquinamente. (Sal. 41:1-4; Prov. 11: 24, 25; 22:9; Gál. 6:7-9).

9. Este v. 7 modifica el precedente en este sentido: que el apóstol respeta la libertad de *cada uno* de dar *según resolvió en su corazón.* Mas Dios mira ese *corazón*: si ve en él *tristeza*, pesar al dar, el don no tiene ya ningún valor moral. Las últimas pala-

os abunde, para que teniendo en todo siempre todo lo suficiente,
9 abundéis para toda buena obra[10], conforme está escrito: "Espar-
10 ció, dió a los pobres; su justicia permanece por la eternidad[11]". Y
"el que provee simiente al que siembra y pan para comida", pro-
veerá y multiplicará vuestra semilla y hará crecer los productos
11 de vuestra justicia[12], en todo enriquecidos en toda sencillez, la
12 cual produce por nosotros acción de gracias a Dios[13]. Porque el
socorro de este servicio no sólo está supliendo las necesidades de
los santos, sino también abundando por muchas acciones de gra-
13 cias a Dios, glorificando a Dios por la experiencia de este so-
corro por causa de la obediencia de vuestra profesión cuanto al
evangelio de Cristo y de la sencillez de vuestra contribución para
14 ellos y para todos; y ellos, con súplica por vosotros, tienen ansia

bras del versículo son una reminiscencia de Prov. 22:9, donde se lee en la versión de los Setenta: "Al hombre que es un dador alegre, Dios le bendecirá". Y el apóstol dice: (Gr.) "Dios ama un dador alegre".

10. *Poderoso* para *colmaros* de tal manera que tengáis siempre bastante para vosotros mismos, y con qué dar. La promesa de este v. 8, y la consecuencia completamente práctica que de ella saca el apóstol, dieron a Augusto Hermann Franke la santa osadía de edificar el Hospicio de Huérfanos de Halle. No fué avergonzado en su fe; su vida es el comentario viviente de nuestro pasaje.

11. Sal. 112:9. (Comp. Luc. 12:33; 16:.) Se trata del justo, no de Dios. La cita es según los Setenta, conforme al hebreo.

12. Basándose en un pasaje de Isaías (55:10), el apóstol declara que el mismo Dios que, después de haber dado *al sembrador la simiente*, la hace germinar y fructificar *para su alimento* y para sembrar nuevamente, multiplicará del mismo modo la simiente de la caridad cristiana en el reino del Salvador, para producir en él nuevos *frutos de justicia.*

Cada buena obra prepara otras, pues "Dios corona sus propios dones". *Agustín.* El texto recibido expresa esta promesa como un voto: "Que el que provee... provea, multiplique, haga crecer". Variante equivocada.

13. *Sencillez* significa aquí, como en el v. 13 y 8:2. esa beneficencia del corazón, esa caridad que no calcula ni vacila. Se traduce ordinariamente por *liberalidad,* lo que es admisible, a falta de otra palabra mejor, pero no da el pensamiento del apóstol. Comp. Jac. 1:5, donde se dice de Dios que da (Gr.) "sencillamente". Véase también Rom. 12:8. Sobre estas *acciones de gracias* véase v. 5, nota. *Por nosotros,* dice el apóstol, porque él administrará esos dones por los cuales muchos darán gracias a Dios. (Vers. 12).

14. Así, además del socorro temporal ofrecido a hermanos en la necesidad, hé ahí las bendiciones espirituales que serán su fruto. (Vers. 13, 14.) Por ello, los cristianos de Palestina, muchos de los cuales podían aún tener prejuicios contra sus hermanos convertidos del paganismo, aprenderían a conocerlos, a *glorificar a Dios* por ellos, a admirar su *obediencia,* su generosidad, a *amarlos,* a *orar* por ellos; una íntima comunión se establecerá así entre estas dos fracciones de la iglesia de Jesucristo. Hay, en las obras de la verdadera caridad, una imperecedera bendición.

de vosotros por causa de la supereminente gracia de Dios sobre
15 vosotros[14]. ¡Gracias a Dios por su don inefable![15]

15. El *don de Dios,* es decir su *gracia supereminente* (vers. 14), que ningún término puede expresar, que es la fuente de todos nuestros dones, ¡debería ser también la fuente permanente de un vivo reconocimiento!

CAPITULO X.

I. *Pablo pide a sus adversarios que no le obliguen a usar contra ellos su autoridad apostólica; él no tiene más que armas espirituales, 1-6.* — II. *Se justifica de haberse atribuido una gloria que no le pertenecería, 7-18.*

I. 1-6. AMENAZAS Y JUSTIFICACIÓN. — 1º Yo, a quien se acusa de osadía estando ausente, os ruego no obligarme en efecto a usar de esa osadía para con los acusadores. (1, 2). — 2º Se nos acusa de andar según la carne; mas nuestras armas, lejos de ser carnales, son la palabra y el Espíritu de Dios, y por tanto poderosas para destruir todas las oposiciones y llevar las almas a la obediencia de Cristo; las usaré, si es necesario, para castigar la desobediencia. (3-6)

1 Mas yo mismo, Pablo, os exhorto por la mansedumbre y mo-
deración de Cristo[1], que de presencia, sí, soy humilde entre vos-

1. Desde el principio de este capítulo hasta el cap. 13:10, el apóstol se dirige exclusivamente a los adversarios de su ministerio, ora fuesen falsos doctores que procuraban debilitar su influencia para establecer la de ellos, ora fuesen miembros de la iglesia, que, menos convencidos que otros por la primera carta, continuaban oponiéndose a él. Nada más instructivo que esta especie de polémica, no solamente porque nos descubre el estado de las iglesias primitvas, sino principalmente porque nos ofrece un verdadero modelo del modo como el siervo de Dios debe comportarse cuando se trata de combatir por la verdad de Dios y por la justificación de un ministerio no reconocido y acusado. El apóstol introduce este tema por estas palabras solemnes y humildes al mismo tiempo: "*Yo mismo, Pablo,* el mismo Pablo al que acusáis de *osadía, yo os exhorto,* os suplico". Podría apelar a su apostolado, a su autoridad,—él conjura *por la mansedumbre y por la moderación de Cristo;* al que se esfuerza en imitar en

2 otros, mas ausente soy osado para con vosotros [2]... ; mas suplico
que, presente, no tenga que ser osado con la confianza con que
pienso ser osado contra algunos que nos consideran como andando
3 según la carne [3]. En efecto, aunque andando en la carne, no com-
4 batimos según la carne [4], pues las armas de nuestra milicia no son
5 carnales, sino poderosas en Dios para demolición de fortalezas [5],
demoliendo razonamientos y toda altura que se levanta contra el
conocimiento de Dios y cautivando todo designio para la obedien-

todas sus relaciones con los hombres. Así, en otro lugar, exhorta "por las compasiones de Dios". (Rom. 12:1.) ¿Qué motivo más poderoso podría invocar?

2. Estas palabras son una de las acusaciones de los adversarios (v. 10), que el apóstol realza aquí, no sin cierto dejo de ironía. *Humilde* significa también en griego *deprimido*, miserable, y aun más que eso. Quizá se basaba ese reproche en que el apóstol, durante su primera residencia en Corinto, se hallaba realmente en un estado de debilidad, de temor, de prueba interna. (1 Cor. 2:3, 2 Cor. 12:7 y sig.) Tal desconocimiento era tanto más culpable en esos hombres prevenidos, y tanto más doloroso para el apóstol de Jesucristo.

3. Gr. "Que, presente, no sea osado con la persuasión (seguridad) con que pienso ser osado contra algunos"... Otros traducen: "esta *osadía* que se me atribuye", de que se acusa mis cartas. (Vers. 1 y 10.) *Andar según la carne* significa aquí obrar con pasión, o por motivos terrestres, no según el Espíritu de Dios.

4. *En la carne* no es *según la carne*, sino en la debilidad, en esta vida de hombre mortal, rodeado de tentaciones y de miserias, en el seno de las luchas. Aunque tal sea aún la posición del apóstol, él *no combate* según la carne (v. 2), ni aun en esta última parte de su epístola donde se muestra tan severo, no contra la iglesia entera, sino contra *algunos*. (Vers. 2.)

5. Gr. "Ellas (las armas) son poderosas a Dios", o para Dios, por Dios, según Dios, divinamente poderosas (comp. 2:14; Actos 7:20, en griego); de todas maneras vienen de Dios, de su Espíritu, y no del hombre. Se esperaba, por antítesis con *armas carnales*, armas *espirituales;* el sentido es el mismo pero la expresión de que se sirve el apóstol hace su pensamiento más completo aun. Lo que entiende por estas *fortalezas* se encuentra explicado en el vers. siguiente.

6. Los *razonamientos* son las conclusiones de la lógica, de la razón humana. Pablo los compara a una *altura*, una torre, una fortaleza (v. 4), donde, en su orgullosa rebelión, el hombre pretende atrincherarse contra *el conocimiento de Dios*, es decir contra la verdadera ciencia de Dios, su verdad, su voluntad. La otra expresión, que traducimos por *designio* significa algo que se ha pensado, determinado en su espíritu, un consejo, una opinión, un sistema. Ahora bien: Pablo declara que el evangelio destruye esas alturas y lleva los consejos de la sabiduría *cautivos bajo la obediencia de Cristo.* Por esta obediencia a Cristo la razón escapa de la esclavitud del error y del pecado, y vuelve a hallar su verdadera libertad para la cual fué creada. "La verdad os hará libres". Es necesario en verdad que el hombre consienta en que el evangelio le quite su independencia respecto de Dios, llámese ésta justicia propia o sabiduría propia; recibe en cambio la verdadera independencia y la fuerza divina que le permite someter los demás a Cristo.

6 cia de Cristo [6], y estando preparados para vengar toda desobedien-
cia cuando vuestra obediencia sea cumplida [7].

II. 7-18. Pablo no se ha atribuído la gloria que no le pertenece. — 1º ¿Juzgáis según la apariencia? Si otros se jactan de ser de Cristo nosotros también lo somos; aun si yo me jactara de mi autoridad apostólica no sería avergonzado, pero no quiero intimidar por estas cartas que ellos dicen ser fuertes mientras que mi palabra es débil; sepan que cuales somos por cartas, tales también por nuestra presencia. (7-11). — 2º No imitaremos a los que no tienen otra medida de sus méritos que a sí mismos; nuestra medida nos ha sido asignada por Dios, quien nos ha hêcho llegar hasta vosotros con el evangelio; sin jactarnos de los trabajos de los demás, esperamos, siguiendo esta medida, ir más lejos aun, más allá de vosotros. (12-16). — 3º El único verdadero medio de jactarse y ser aprobado es el ser recomendado por el Señor. (17, 18).

7 ¿Miráis lo que está ante vuestro rostro [8]? Si alguien confía
en sí mismo ser de Cristo, piense esto por otra parte en sí mismo.
8 que conforme él es de Cristo, así también nosotros. En efecto,
aun si me jactare algo más sobre nuestra autoridad, que el Señor
nos dió para edificación y no para vuestra demolición, no sería
9 avergonzado [9], para no parecer como si os espantara por mis car-
10 tas [10]; porque sus cartas, sí, se dice, son graves y fuertes, más la

7. El apóstol deja presentir que podría *castigar* (Gr. "vengar") la *desobediencia* de los rebeldes (con sus armas espirituales, bien entendido), pero que no quiere hacerlo sino en último extremo y cuando todos los que pueden aún ser reconducidos a la *obediencia* por la mansedumbre y la persuasión lo hayan sido en efecto.

8. Gr. "Según el rostro", la misma palabra que en el v. 1. Cuanto al sentido, comp. 5:12. Otros traducen estas palabras sin interrogación: *miráis*, viendo igualmente en ellas un reproche. Otros traducen el verbo por el imperativo: *Mirad*, y dan al resto de la frase este sentido: Mirad las cosas que están ante el rostro, ante los ojos, evidentes. Esta interpretación no es probable.

9. Ni delante de Dios ni delante de los hombres. Como *es de Cristo* (v. 7), obra según su Espíritu, puede hablar de la autoridad que le ha sido confiada, y usar de ella para una disciplina severa. (1 Cor. 4:21; 5:4, 5; 2 Cor. 13:10.) Esta severidad misma responde al propósito para el cual la autoridad le ha sido confiada, la *edificación* de la iglesia, y no su *demolición*, lo que habría tenido lugar si esa autoridad fuera usurpada o empleada con fines carnales.

10. Algunos intérpretes intercalan aquí estas palabras: *digo esto*, para...

11 presencia de su cuerpo débil y su palabra despreciada. Esto piense
el tal, que cuales somos en la palabra por cartas estando ausentes,
12 tales también presentes en la obra [11]. No osamos, en efecto, con-
tarnos entre o compararnos con algunos de los que a sí mismos
se recomiendan; pero ellos, midiéndose ellos mismos por sí mis-
mos, y comparándose ellos mismos consigo mismos, carecen de
13 entendimiento. Mas nosotros no nos jactaremos desmesurada-
mente, sino según la medida de la esfera de acción que Dios nos
14 asignó por medida, para alcanzar aun hasta vosotros [12]. En
efecto, no nos extendemos demasiado como no alcanzando hasta

a fin de completar el sentido. Si se las suprime, se puede conectar el v. 9 con el v. 8, como motivándolo, o con el v. 11, haciendo del v. 10 un paréntesis. Según una u otra de estas tres construcciones, el pensamiento queda más o menos igual. Mas nosotros preferimos dar el pensamiento del apóstol tal cual él lo escribió: él tiene derecho de hablar de su autoridad; no será confundido, a fin de que nadie pueda ver en ello un medio de intimidación.

11. Lo que ha dicho (v. 8; comp. v. 6) refutaba esta inculpación, de que no era *fuerte* y severo más que en sus *cartas*, mas personalmente débil, de mezquina apariencia. Una antigua tradición, que quizá se fundaba sólo en este pasaje, dice en efecto que Pablo tenía un exterior mezquino, y que su *palabra* obraba más por su potencia íntima que por los dones de lo que se llama elocuencia. Sea lo que fuere, Pablo se empeña en declarar enérgicamente que es siempre el mismo, *presente* o *ausente*, a fin de que nadie atribuya esta pretendida diferencia a causas indignas de él. (Vers. 9.)

12. El sentido más probable de estos dos versículos (12, 13), que han sido diversamente traducidos y explicados, es éste, que ante todo exponemos por una versión literal: "Pues no osamos contarnos entre o compararnos con algunos de los que se recomiendan a sí mismos". Este lenguaje no carece de cierta ironía, sabiendo bien el apóstol que, sean cuales fueren las ventajas externas de esos *algunos*, la potencia divina de sus cartas o de su presencia es una verdadera superioridad, tanto más cuanto que esos hombres obraban sin vocación y sin mandato de Dios, *recomendándose ellos mismos*, imponiéndose a las iglesias. "Mas midiéndose ellos mismos por sí mismos, y comparándose ellos mismos consigo mismos, no entienden" (palabra que Ostervald traduce por "no consideran"). No tienen otra *medida*, como otra autoridad más que ellos mismos, sus propias ideas, su propia voluntad; no podrían pues *entender* a un apóstol de Jesucristo, ni la verdad que él anuncia. Tal es el retrato fiel de todos los falsos profetas. "Mas nosotros no nos jactaremos sin medida" (como aquéllos, sin otra regla que sí mismos); "sino según la medida de la regla que Dios nos asignó por medida, para alcanzar aun hasta vosotros". Es Dios quien nos ha dado, en su verdad y por su Espíritu, la *medida*, la *regla* según la cual juzgamos nuestra vocación, nuestro ministerio, nuestra obra. Y esta medida nos ha permitido *llegar hasta vosotros*, y anunciar entre vosotros el evangelio, según la vocación de Dios. (Comp. v. 14-16.)

vosotros pues aun hasta vosotros hemos llegado en el evangelio
15 de Cristo [13]. No nos jactamos desmesuradamente en trabajos
ajenos, mas tenemos esperanza, creciendo vuestra fe, de ser en-
grandecidos entre vosotros, según nuestra esfera de acción, en
16 abundancia [14], para anunciar el evangelio en las regiones más allá
de vosotros, no para jactarnos de las cosas preparadas en ajena
17 esfera de acción [15]. Mas "el que se jacta, jáctese en el Señor".
18 En efecto, no es aprobado aquel que a sí mismo se recomienda,
sino aquel al que el Señor recomienda [16].

13. Nosotros no nos jactamos de lo que no hemos hecho. Estas palabras, que motivan el v. 13, son explicadas en el v. 15.

14. Nos extenderemos entre vosotros, o por vosotros, abundantemente, según nuestra regla (v. 13, nota). Sería jactarse *desmesuradamente* el hacerlo *en el trabajo de los demás;* Pablo no lo quiere; mas espera que por la influencia que le dará la *fe creciente* de la iglesia de Corinto, *crecerá* él en actividad, en trabajo (v. 15), ateniéndose empero siempre a la *regla* o a la medida que el Señor le asigna, sin invadir jamás el trabajo de los demás (vers. 16), en su *esfera de acción.*

15. Gr. "No para jactarnos en regla ajena respecto de lo que está preparado". No queremos apropiarnos el trabajo, la parte de los demás, como muchos lo han hecho yendo a Corinto, y a otras partes, a meterse en nuestro trabajo. ¡Cuán rara es hoy esta santa delicadeza! ¡Cuántos hay que, diciéndose apóstoles por excelencia, imitan respecto de los trabajos de sus hermanos precisamente la conducta que Pablo reprocha aquí a sus adversarios! Y sin embargo estas palabras prueban que Pablo considera el campo de trabajo de cada siervo de Dios como siéndole asignado, medido por el Maestro.

16. Estos dos versículos (17, 18) generalizan, erigen en principio lo que se ha dicho. Para *jactarse en el Señor* (comp. 1 Cor. 1:31), es necesario haber obrado según su vocación y su voluntad; para ser *aprobado* de él y de los hombres de su reino, es necesario haber recibido su mandato y el buen testimonio de su Espíritu, por dentro y por fuera. ¡Es ésta la única *recomendación* de algún valor!

CAPITULO XI.

(Continuación). I. *Pablo prueba que no es inferior, ni en conocimiento ni en desinterés, a los que se dicen apóstoles por excelencia, 1-15.* — II. *Muestra que les es superior en trabajos, en padecimiento por el nombre de Cristo, 18-33.*

I. 1-15. CELO Y DESINTERÉS DE PABLO, COMPARADO CON SUS ADVERSARIOS. — 1º Pablo se excusa de su imprudencia; toleradme pues tengo santos celos por el Esposo al cual os desposé, y temo que seáis seducidos como lo fué Eva; ¡no veo ya que cuando otros os anuncian otro Jesús, otro evangelio, los soportáis! (1-4). — 2º ¡Os engañáis, pues yo no soy inferior a ellos! Si lo soy por la elocuencia, de cierto no por el conocimiento; yo me he manifestado a vosotros. (5, 6). — 3º ¿Sería yo culpable a vuestros ojos porque os anuncie gratuitamente el evangelio? Es verdad: para serviros he recibido de las otras iglesias manutención, a fin de no seros carga; este desinterés es un motivo de jactancia que no me será quitado. (7-10). — 4º ¿Por qué obré así? ¿por qué no os amo? ¡Oh! no, sino para quitar a mis adversarios todo pretexto contra mi ministerio. (11, 12). — 5º Hay que decirlo: ésos son falsos apóstoles, que, como Satanás se disfraza de ángel de luz, se disfrazan de siervos de la justicia; según sus obras recibirán. (13-15).

1 ¡Ojalá me toleraseis un poco de insensatez! mas aun me to-
2 leráis[1]. En efecto, estoy celoso de vosotros con celo de Dios,

pues os desposé a un solo marido para presentaros a Cristo como
3 una virgen pura[2]; mas temo, no sea que, en algún modo, como la
serpiente engañó a Eva en su astucia, se corrompan vuestras
4 mentes [apartándose] de la sencillez cuanto a Cristo[3]. En efecto:
si el que viene predica otro Jesús, que no predicamos; o recibís
otro espíritu, que no recibisteis; u otro evangelio, que no recibis-

1. Otros, con Calvino, traducen esta última frase por el imperativo: "más también *toleradme*", de modo que el apóstol habría añadido a su voto una súplica. Es más natural admitir que quiere suavizar, por una concesión de amor, la censura contenida en su voto. Lo que el apóstol llama su *insensatez* (esta voz, o el adjetivo de igual raíz, reaparece en los v. 16, 17, 19, 21; 12:6, 11), es la enumeración de todos los motivos que tenía de jactarse, mientras tiene en el pensamiento el verdadero principio establecido en el cap. 10:17 y 18. Se ve constreñido a hacerlo fuerte y elevadamente, porque los falsos apóstoles hallaban aún adherantes en Corinto, y porque uno de sus medios era el calumniar a Pablo y su apostolado. *Era necesario* que éste último mostrara a la iglesia lo que era una vida apostólica. En todos los tiempos, la mayor parte de los hombres, incapaces de comprender y retener la verdad como *principio*, juzgan de ella sólo según las *personas;* ¿por qué pues habría dejado Pablo a los seductores, que sabían hacerse valer, las apariencias de la verdad, mientrar que en realidad extraviaban las almas? Pero le cuesta mucho hablar de sí y de sus trabajos, jactarse en una palabra. A sus ojos esto es una *insensatez* (v. 17), porque él bien sabe que jamás tiene el hombre gloria alguna, mérito alguno delante de Dios; y, por esta palabra misma, condenaba las alabanzas que sus adversarios se daban a sí mismos. No obstante, en estas circunstancias excepcionales, dejar rebajar su apostolado, callar lo que Dios le había confiado, habría sido renegar la verdad! Poniendo su vida en plena luz, al contrario, él glorificaba a Dios, y su *insensatez* se tornaba en una sabiduría completamente cristiana. Mas también, mancillando con el nombre de locura lo que hacía, hacía recaer la vergüenza sobre los discípulos de Corinto, que le obligaban a salvar de ese modo los intereses de la verdad y de la gloria de Dios. (12:11.) Si hubieran ellos reconocido el sello de Cristo en el ministerio de su siervo, si hubieran tapado la boca a los falsos doctores, cuando se elogiaban a sí mismos y denigraban a Pablo, éste habría guardado un silencio absoluto sobre sí mismo. (11:12.) Mas, puesto que hay que hablar, pide a lo menos a sus hermanos que le soporten en esta *insensatez.* Algunos intérpretes (Olshausen, entre otros) piensan que Pablo se pone aquí en el punto de vista de sus adversarios, que le acusaban de ser *insensato* en su celo, y que entonces habla en un sentido irónico. Esta concepción es completamente fundada (comp. v. 16 y 21), pero no excluye la seriedad con que Pablo juzga la necesidad en que se le ha puesto de elogiar su apostolado para justificarlo.

2. Por *celos* santos, pues, Pablo hace lo que, en otras circunstancias, habría sido una locura. Jehová es a menudo representado en el Ant. Test. como el Esposo de su pueblo, y *celoso* de él, queriendo que le permanezca fiel como una esposa. (Isa. 54:5; 62:5; Jer. 3:1 y sig.; Ezeq. 16:8 y sig.; Ose 2:19-20.) El apóstol comparte estos *celos de Dios* por la iglesia de Corinto, que él *desposó* a Cristo, el Esposo de la iglesia, por la predicación del evangelio. Querría poder presentársela, en el gran día de su venida, *pura*, fiel. Pero, a este respecto, tiene temores fundados (v. 3); de ahí sus *celos*, de ahí también la imprudencia que pone en realzar su ministerio, por oposición al de los falsos doctores que ponían la iglesia en peligro. Desde el punto de vista de este motivo elevado y santo es necesario apreciar este capítulo y el siguiente, donde Pablo no teme mostrarse tan vehemente y tan personal.

3. Si aun nuestros primeros padres, que estaban, ellos también, respecto de Dios, en esa relación inocente y fiel de la esposa para con su esposo, pudieron ser *engañados* y arrastrados a la ruina, ¡cuánto más los cristianos, la iglesia en la cual, a pesar de la renovación del Espíritu Santo, el pecado habita aún! La *sencillez respecto de Cristo*, es decir esa fe sencilla, esa confianza en él como el único Maestro, el único Salvador, ese corazón no dividido, he ahí el salvaguardia del cristiano. El amor de las novedades, de lo extraordinario, de lo que lisonjea una sa-

5 teis, bien lo toleraríais [4]. Pienso, en efecto, que en nada he sido
6 inferior a los supereminentes apóstoles [5]. Aunque torpe en la
palabra, no empero en el conocimiento [6], sino que en todo respecto
hemos sido manifestados en todo [7] a vosotros.
7 ¿O cometí pecado [8] humillándome a mí mismo para que vos-

biduría carnal es siempre el precursor de la ruina. — Se ve por estas palabras que Pablo admite con toda su realidad histórica el hecho de la tentación y de la caída (Gén. 3), en la cual la *serpiente* fué el instrumento del demonio. (Vers. 14; comp. Apoc. 12:9; 20:2).

4. Nuestras versiones ordinarias, siguiendo a Calvino, han traducido muy imperfectamente este versículo. Decir: "otro Jesús que el que nosotros hemos predicado; otro espíritu que el que habéis recibido; otro evangelio que el que habéis abrazado", no era aun bastante para el apóstol; se empeña en declarar, y declara, en efecto, que ese otro Jesús, sea cual fuere, él *no lo ha predicado;* que ese otro espíritu, venga de donde viniere, los Corintios *no lo han recibido* en tanto que han permanecido fieles, y lo mismo respecto del *evangelio* en general. Además, por estos verbos en presente: os *predica, recibís,* deja entrever que eso es real y actualmente lo que hacen los falsos doctores y algunos de los Corintios; mientras que, por la forma condicional del último verbo: le *toleraríais,* indica que en el fondo eso es algo imposible, porque no hay otro Jesús, ni otro Espíritu, ni otro evangelio. (Gál. 1:6 y sig.). — En estas palabras: "lo soportaríais *bien*" (Gr. "hermosamente", como en Mar. 7:9), el apóstol dirige a sus lectores un amargo reproche sobre la ligereza y el orgullo que les hacían desear algo *nuevo,* un cristianismo extraordinario, más *profundo,* más *espiritual* que el que habían recibido de él y en el cual habían encontrado la paz y la vida!

5. Por esta vuelta a sí mismo, a su ministerio, el apóstol motiva la censura que acaba de pronunciar. "¿No sois insensatos al despreciar así el evangelio que yo os anuncié, este evangelio que no es inferior a ningún otro *pues* yo mismo no he sido inferior a los otros apóstoles?" Aquí el nombre y el atributo de *apóstoles supereminentes* (12:11) son empleados por Pablo en un sentido irónico. No entiende con ello designar los verdaderos apóstoles, Pedro, Juan, Jacobo, sino los que se atribuían falsamente ese título y que algunos Corintios consideraban como apóstoles por excelencia. (Gr. "Los *más que muchos* apóstoles").

6. Gr. "Aun si del vulgo *(idiota)* en la palabra (comp. sobre esta voz Actos 4:13; 1 Cor. 14:16), pero no en el conocimiento". (Comp. 1 Cor. 2:1 y sig.). Parece que los falsos doctores, probablemente educados en Alejandría, eran superiores a Pablo por el arte de la *palabra.* — Por el *conocimiento* que Pablo opone a la *palabra,* entiende la doctrina cristiana, que profundiza los misterios de la revelación.

7. O "a todos los hombres". La potencia de nuestras palabras ha manifestado por todas partes lo que somos, y ha llegado hasta vosotros que la habéis experimentado. Era ésa una *manifestación* más potente que toda elocuencia.

8. Contra vosotros. Comp. v. 11.

otros fuérais exaltados, porque gratuitamente os anuncié el evan-
8 gelio de Dios [9]? He despojado otras iglesias tomando paga para
serviros, y estando presente con vosotros y sufriendo necesidad a
9 nadie fuí carga, pues a mi necesidad suplieron los hermanos que
vinieron de Macedonia, y en todo me guardé de seros carga, y me
10 guardaré. Verdad es de Cristo en mí que esta jactancia no me será
11 vedada en la regiones de Acaya [10]. ¿Por qué? [11] ¿por qué no
12 os amo? ¡Dios lo sabe! [12]! Mas lo que hago lo haré aún, para
cortar la ocasión a los que quieren ocasión, para que en lo que se
13 jactan sean hallados conforme también nosotros [13]. En efecto,

9. Es éste un ejemplo de la manera cómo el apóstol ha sido manifestado entre los Corintios. Sus adversarios le reprochaban sin duda de *humillarse, rebajarse* al nivel de un artesano, y le acusaban del *pecado* de orgullo; pero él obraba así para que otros fueran *exaltados* por todas las bendiciones del evangelio. ¡Y qué contraste entre estos términos: *gratuitamente,* y el precioso *evangelio de Dios*!

10. Grecia, cuya principal ciudad era Corinto. Este *motivo de jactancia* es el de haber predicado el evangelio gratuitamente. (Vers. 7.) Hay algo de muy solemne en esta atestación: (Gr.) "la verdad de Cristo está en mí, que..." Como Pablo sabe que Cristo vive en él (Gál. 2:20), que él ama en las entrañas de Jesucristo (Fil. 1:8), que él tiene el pensamiento de Cristo (1 Cor. 2:16), igualmente sabe que la *verdad de Cristo,* está en él, habla por su boca, destierra de ella toda falsedad, toda mentira .Comp. Rom. 9:1.)

11. ¿Por qué obré así para con vosotros?

12. Pablo quiere, en estos versículos, establecer claramente el desinterés completo que ha mostrado para con la iglesia de Corinto, pero prevenir también el pensamiento de que haya obrado de tal modo por una falta de *amor* o de confianza para con los miembros de ese rebaño (v. 7); por esto agrega (v. 12) el motivo que le impulsó a conducirse de tal suerte. Cuando dice (v. 8) que ha *despojado iglesias,* emplea un término destinado a avergonzar a los ricos Corintios que no habían tenido cuidado de sus *necesidades* (v. 9), pues, por lo demás, su verdadero pensamiento es explicado en el v. 9, donde nos hace saber que los cristianos de Macedonia, tan generosos en todas las cosas (8:1 y sig.), habían tenido cuidado de él.

13. Gr. "A fin de que en aquello de que se jactan, sean hallados también como nosotros". El *pretexto* (Gr. "ocasión") que buscaban los adversarios, y que Pablo les quita por su desinterés, era el de acusarle, de calumniarle, atribuyéndole motivos terrestres. La segunda parte del versículo ha sido diversamente interpretada, según el modo de construirla. Unos conectan este segundo *para que* con las palabras del apóstol *hago esto* y *lo haré,* a fin de que, puesto que se *jactan* de desinterés, sean forzados a ser desinteresados, en efecto, para *ser hallados tales como nosotros.* Eso no eran. (Comp. v. 13 y 203. Otros conectan este *para que* con estas palabras: *quieren ocasión;* la buscan, *a fin de ser hallados tales*

los tales son falsos apóstoles, obreros engañadores, transformán-
14 dose en apóstoles de Cristo; y no es maravilla, pues Satanás mis-
15 mo se transforma en ángel de luz[14]. No es gran cosa, pues, si
también se transforman en ministros de justicia[15], cuyo fin será
según sus obras.

II. 16-33. TRABAJOS Y SUFRIMIENTOS DE PABLO, COMPARADO A SUS ADVERSARIOS. — 1º Introducción: Si yo me jacto, no tenéis derecho de considerarme necio, o debéis soportarme como a tal; pues, primeramente, reconozco que eso no es hablar *según el Señor* sino *según la carne*; luego, si lo hago como otros, es porque vosotros me obligáis a ello tolerándolos muy bien cuando os engañan, os dominan, os injurian. Dígolo con vergüenza: hemos sido débiles para con vosotros; mas puesto que ellos osan todo, yo también osaré. (16-21). — 2º ¿Cuáles son las prerrogativas de que se jactan? ¿de ser judíos? yo también lo soy. ¿Siervos de Cristo? yo más que ellos, y mi vida lo prueba (¡insensato como ellos!) por los trabajos, las heridas, las persecuciones de que está llena; por los naufragios, por los peligros corridos dondequiera y de parte de todos; por las penas, las vigilias, las privaciones de todo género. (22-27). — 3º Mas estos padecimientos externos son aun poca cosa; lo más difícil de soportar son las inquietudes morales respecto de las iglesias, de las debilidades, de los escándalos que en ellas se encuentran y que asaltan mi alma; me jactaré pues más bien en mis flaquezas, y Dios me es testigo de que en todo esto no os digo más que la verdad. (28-33).

16 Otra vez digo: nadie piense que yo soy insensato; de otro
modo, aun como insensato recibidme, para que yo también me
17 jacte un poco[16]. Lo que hablo no lo hablo según el Señor, sino

como nosotros, y aun por sobre nosotros, de lo que se jactan. En uno y otro sentido, Pablo tenía un poderoso motivo de persistir en su línea de conducta.

14. Quizá hay que ver en estas últimas palabras una alusión a ciertos hechos particulares, como la seducción del primer hombre (Gén. 3: 1-5), o la tentación de Jesucristo (Mat. 4:1 y sig.), en los cuales Satanás se *transformó en ángel de luz*, es decir en enviado del Dios que es luz. Tales aparecen los verdaderos ángeles, resplandecientes de la gloria de lo alto. aM(t. 28:3; Actos 12:7, etc.) Es lo que tiene lugar en cada tentación: Satanás presenta siempre el pecado bajo falsos coloridos, bajo las apariencias del bien. "Los diablos blancos son más peligrosos que los negros". *Lutero.* Esta comparación con Satanás aumenta aun la severidad del juicio que Pablo pronuncia contra esos *falsos apóstoles.*

15. De la *justicia* que es en Cristo, lo que es posible aun a los falsos apóstoles. No vacila sin embargo en designarlos como *servidores de Satanás* y en anunciarles el severo juicio que les espera.

16. Por estas palabras: *lo digo nuevamente,* lo repito, el apóstol vuelve a su pensamiento expresado en el v. 1, después de la digresión que precede sobre su desinterés. "No

18 como en insensatez esta firme confianza de mi jactancia. Puesto
19 que muchos se jactan según la carne, yo también me jactaré[17]. De
buena gana, en efecto, toleráis los insensatos, siendo sabios, pues
toleráis si alguien os esclaviza, si alguien os devora, si alguien
20 os coge, si alguien se ensalza, si alguien os hiere en el rostro[18].
21 Para mi deshonra lo digo, como si nosotros hubiéramos flaquea-
do; mas en cualquier cosa en que alguien fuere osado (en insen-
22 satez digo), también yo soy osado[19]. ¿Son hebreos? yo tam-

se me mire como un *insensato* si continúo jactándome de mis prerrogativas y de mis sufrimientos (v. 22-33); si no, soportadme en esta *locura* que vuestra ceguera me impone, *a fin de que yo también me jacte un poco,* como los que os engañan, y a los que vosotros soportáis tan bien". (Vers. 4, 19, 20.) Así Pablo no reconoce a los Corintios, en presencia de los falos doctores, el derecho de tenerle por insensato, aun cuando se jacta. Entonces emplea esa palabra con ironía (v. 1, 12, 21); pero cuando se coloca delante de Dios, su juicio es completamente diferente. (Vers. 17.)

17. En estos dos versículos (17 y 18) Pablo expresa positivamente el pensamiento que le dirige y que es expuesto en el v. 1, nota. *Jactarse,* aun quedando en los términos de la más estricta verdad en cuanto a los hechos, no es *según el Señor,* conforme a su Espíritu, a sus relaciones con nosotros, en quienes él no puede ver más que pobres pecadores privados de toda gloria; esto no puede tener lugar más que *según la carne* (v. 18), según las insinuaciones del corazón orgulloso del hombre, con mira, no de gracias espirituales, sino de ventajas completamente externas. Por estas palabras, Pablo condena una vez más a los que se jactan así según la carne, y declara francamente que él mismo no lo hace si no como *insensato* (v. 17, 21) y con el fin indicado en el v. 1, nota.

18. Por una ironía penetrante y llena de tristeza, el apóstol reprocha a esos Corintios que se creían tan *sabios,* tan ricos en dones espirituales, no solamente el dejarse seducir por los *insensatos* que se jactaban *según la carne,* sino también el sufrir su tiranía, su orgullo, su avaricia, sus insultos, mientras que él, en una vida tal cual va a describirla, era desconocido por ellos y obligado a justificarse!!!

19. La primera parte de este versículo es susceptible de dos interpretaciones que dividen los exégetas. 1º Unos refieren estas palabras a lo que sigue, sobre todo, a los versículos 22 y sig., donde Pablo glorifica su ministerio, y entonces la *vergüenza, la deshonra* de que habla es la suya misma (a mi vergüenza) motivada por esta glorificación misma, que hace contraste con la *debilidad* en que había aparecido en Corinto. (1 Cor. 2:3.) 2º Los otros conectan estas palabras con lo que precede, sobre todo con el v. 20. En este caso, habla para vergüenza de sus lectores, que así se han dejado seducir, dominar, insultar por otros, mientras que él, porque ha obrado con mansedumbre, es acusado de debilidad. (10:10.) Mas ahora (segunda parte del versículo), puesto que otros *osan,* se muestran tan atrevidos, él osará tam-

bién. ¿Son israelitas? yo también. ¿Descendencia de Abrahán
23 son? yo también[20]. ¿Ministros de Cristo son? (fuera de mí ha-
blo): [21] mucho más yo: [22] en trabajos, mucho más; en azotes,
excesivamente; en cárceles, mucho más[23]; en peligros morta-
24 les, [24] muchas veces —de judíos cinco veces he recibido cuarenta
25 [azotes] menos uno; [25] tres veces he sido apaleado; una vez fuí
apedreado; tres veces he naufragado; [26] un día y una noche he
26 pasado en el profundo; [27] —en viajes, muchas veces; en peligros de
ríos, en peligros de ladrones, en peligros de mi raza, en peligros
de gentiles, en peligros en las ciudades, en peligros en los desier-
27 tos, en peligros en el mar, en peligros entre falsos hermanos; [28] en

bién. Es así como justifica el cuadro que va a seguir; pero una vez más, declara es *insensato*. (Vers. 1, 16, 17, nota.)

20. Se ve por estas palabras que los falsos doctores que, en Corinto, se establecían como los adversarios de Pablo eran judíos convertidos al cristianismo, pero que habían conservado los errores y los prejuicios contra los cuales el apóstol tuvo siempre que combatir. (Véase sobre todo la ep. a los Gál.) Esos hombres, según parece, se jactaban de su descendencia de Abrahán, y también de sus relaciones con los apóstoles de Jerusalén. Parece a primera vista que no haya ninguna diferencia entre estos tres sinónimos; sin embargo, hay progresión de uno a otro: *hebreo* indica simplemente la nacionalidad; *israelita*, la teocracia; *descendencia de Abrahán*, el reinado del Mesías. (Comp. Rom. 9:4, 7; 11: 1; Fil. 3:5.)

21. Véase sobre este término v. 1, nota; v. 16, nota; comp. v. 17, 19, 21. Cuanto más avanza el apóstol en esta senda en que ha sido forzado a entrar, tanto más siente la *insensatez* delante de Dios, y por esto siente cada vez más la necesidad de repetir y expresar con fuerza el juicio que le merece.

22. No rehusa precisamente a sus adversarios el título de *ministros de* Cristo, pero si ellos lo son, ¡cuánto más él!

23. Más que todos ellos.

24. Gr. "En muertes", por lo que hay que entender en *peligros de muerte*, y sobre todo esa *muerte* lenta y continua a que estaba expuesto. (1 Cor. 15:31; 2 Cor. 4:11; Rom. 8:36).

25. Este suplicio de la flagelación, que ponía al desdichado en peligro de muerte (véase la nota precedente), era ordenado por la ley de Moisés; mas esa ley fijaba como máximum de la pena *cuarenta azotes;* los jueces, para estar seguros de que ese número no sería pasado, lo limitaban a treinta y nueve. ¡Y Pablo soportó ese suplicio cinco veces!

26. *Apaleado;* una vez nos es conocida (Actos 16:22); apedreado igualmente (Actos 14:19); un *naufragio* es admirablemente relatado en Actos 27, pero fué posterior a esta epístola, luego el cuarto.

27. Estas palabras significan probablemente que, en uno de sus naufragios, había luchado un día y una noche contra las olas sobre algún resto de navío. Otros piensan que se trata del fondo de un calabozo o de una fosa donde había sido echado. (Gr. "En la profundidad").

pena y en labor, en velas muchas veces, en hambre y sed, en ayu-
28 nos muchas veces, en frío y desnudez; [29] además de estas cosas
excepcionales, el asalto diario a mí, la congoja por todas las igle-
29 sias[30]. ¿Quién flaquea y yo no flaqueo? ¿quién tropieza y yo no
30 ardo? [31] Si es necesario jactarse, de lo relativo a mis debilida-

28. Se puede considerar los v. 25 y 26 como un paréntesis, después del cual la construcción del v. 24 es reanudada siempre con el pensamiento del apóstol de comparar sus trabajos y sus sufrimientos con los de sus adversarios: "mucho más". (Vers. 23).

29. Nos enteramos, por este emocionante cuadro, de cuántos sufrimientos fueron acumulados en la vida de Pablo, de que el libro de los Actos no hace mención alguna. Los primeros años de su apostolado son en él pasados casi enteramente en silencio.

30. Algunos traducen: "sin hablar de las otras cosas"; otros: "Fuera de las cosas exteriores". La palabra que traducimos aquí por *asalto* es un substantivo que significa propiamente un concurso de pueblo, una reunión sediciosa; tales son para el apóstol las *congojas* que asaltan *cada día* su alma respecto de *todas las iglesias*, y de lo que sufre más aun que de todas sus tribulaciones exteriores. "Todo el que tiene una seria solicitud por la iglesia debe esperar sostener un pesado fardo sobre sus espaldas. Tal es la figura del verdadero ministro de Cristo. El apóstol no dice que rodea con sus cuidados una sola iglesia, ni diez, ni treinta, sino todas a la vez; es necesario que instruya unas, que confirme otras, que dé a unas sus consejos, sus exhortaciones, que lleve a otras el remedio para sus enfermedades. De lo que aprendemos que todo el que se aplica de todo su corazón al cuidado de las iglesias se sentirá oprimido por muchas dificultades. El gobierno de la iglesia no es una ocupación agradable, en la que podamos ejercer con mansedumbre las gracias de nuestro espíritu; es un tren de guerra duro y áspero, en el cual Satanás hace todo lo que puede para hacernos difícil la tarea, y remueve todo para turbarnos". *Calvino.*

31. Viva y patética explicación del versículo precedente. "No dice solamente: participo de sus dolores, sino que soy agitado y conmovido por sus males como si yo mismo estuviera expuesto a ellos. Mira otra vez la grandeza de su sufrimiento por esta palabra *arder.* Me quemo interiormente, dice. Todas las penas de afuera, por abrasadoras que sean, pasan luego y producen un gozo imperecedero; pero lo que le llena de angustia, lo que hiere su alma, es el pensamiento de cada uno de esos *débiles*, sea cual fuere. Pues no se ocupa solamente de los más considerables menospreciando los pequeños, sino que precisamente los que los otros desechan son los que él lleva sobre su alma. Por eso dice: "*¿Quién* es débil?" para mostrar que su solicitud se extiende a todos." *Crisóstomo.* Sin embargo, se puede entender también estas palabras de otra manera. Pablo, diciendo que es débil (o Gr. "enfermo") en presencia de los débiles, que él arde donde otros

31 des me jactaré [32]. El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo,
32 que es bendito por las edades, sabe que no miento [33]. En Da-
masco el gobernador del rey Aretas guardaba la ciudad de los da-
33 mascenos para prenderme, y yo por una ventana fuí bajado en una
espuerta a través del muro, y escapé de sus manos [34].

encuentran ocasiones de caída, puede querer hablar de sus propios sufrimientos espirituales, independientemente de su simpatía por las miserias de los demás. Si el primer sentido concuerda mejor con las palabras que preceden (v. 28), el último parece más conforme con las que siguen (v. 30), donde la palabra traducida por *debilidades* es la misma que tenemos aquí.

32. *Debilidades* espirituales, o sufrimientos en general. (Comp. 12: 5, 9, 12). Si *es necesario jactarse.* El apóstol dice así expresamente que ha sido constreñido a ello por sus adversarios. Y aun haciéndolo, ¡qué diferencia pone entre él y ellos, que se jactaban de su fuerza, acusando a Pablo de *debilidad!* El acepta el término, se *jacta* de él. Tal es el resumen del conmovedor cuadro que precede: ¿quién podría ver en él una efusión del orgullo?

33. Esta solemne protesta, necesaria a causa de las desconfianzas que se procuraba inspirar a los Corintios contra el apóstol, se ofrece a lo que precede. Varios intérpretes, entre otros Calvino, la conectan con el relato del v. 32. ¡Qué probabilidad de que el apóstol hiciera esa especie de juramento solemne respecto de esa fuga de Damasco, tan de poca importancia después de todos los peligros que acaba de enumerar! La interpretación de Meyer nos parece preferible: el v. 30 no solamente concluye el trozo precedente, sino que introduce el siguiente, al cual se refiere el solemne juramento. Vers. 31). Pablo iba a empezar el relato circunstanciado de las debilidades de que se jacta. Mas después de haber relatado la primera persecución que tuvo que soportar poco después de su conversión, se detiene en el sentimiento muy justo de que la continuación de este relato no era lo que convenía en la situación dada; pasa bruscamente a la mención de algo más elevado y más característico, las revelaciones que ha tenido.

34. Pablo agrega aquí el recuerdo de la primera persecución que había sufrido por el nombre de Jesús. (Actos 9:24, nota). Lógicamente, este hecho habría tenido su lugar a continuación de los v. 25 y 26. Pablo fué bajado *del muro por una ventana* porque se hallaba en una casa edificada directamente sobre el muro de la ciudad. Otros traducen *puertecita,* abertura del muro.

CAPITULO XII.

(Continuación). I. *Pablo recuerda las revelaciones que ha recibido y se jacta en sus flaquezas, 1-10.* — II. *Otras prerrogativas, 11-21.*

I. 1.10. GLORIA DEL CIELO Y ESPINA EN LA CARNE. — 1º Si es necesario jactarse vendré a las visiones y revelaciones: Conozco un hombre que, en estado de éxtasis, inconsciente de sí mismo, fué arrebatado hasta el cielo y allí oyó cosas inefables que no le es lícito decir. (1-4). — 2º Podría yo jactarme de ese hombre, y eso sin imprudencia, pues dice la verdad; mas me abstengo, a fin de que se le juzgue sólo tal cual es. (5, 6). — 3º Mucho más: para preservarme de orgullo me ha sido dada una espina en la carne, causa de padecimiento y de tentación. A mis súplicas reiteradas me fué respondido con estas solas palabras: Bástate mi gracia; me jactaré, pues, tan sólo de mis flaquezas y padecimientos. (7-10).

1 Es necesario jactarse, aunque no es conveniente [1]; vendré, en
2 efecto, a visiones y revelaciones del Señor [2]. Conozco un hombre
en Cristo [3] que, hace catorce años,—si en cuerpo, no sé, si fuera
del cuerpo no sé, Dios sabe,—fué arrebatado el tal hasta el tercer

1. "Jactarme es necesario (a causa de vosotros)... aunque eso no me convenga; vendré en efecto..." Una confirmación más de lo que se ha dicho al respecto (11:1, nota; 11:16, nota). Por esto el apóstol no quiere jactarse más que en sus flaquezas (Vers. 5). Sin embargo, si hombres tan poco espirituales como los falsos apóstoles y las almas que podían haber seducido, no han sabido reconocer en lo que precede la vida de un verdadero siervo de Jesucrito, si exigen otras pruebas, revelaciones extraordinarias, señales, milagros, todo eso abunda en la vida de Pablo (v. 2-4 y 12), y él lo muestra. — La lección del texto recibido: "*ciertamente* no *me* conviene jactarme" tiene en su contra las mejores autoridades.

2. *Visiones* y *revelaciones* se distinguen quizá unas de otras en que las primeras tienen lugar en el espíritu del hombre por figuras (como en Actos 10:9 y sig.), mientras que las últimas son comunicaciones más explícitas por la palabra. (Así Actos 9:1 y sig.; 27:23 y sig.). Las dos especies de manifestaciones se encuentran reunidas en Actos 18:9, 10.

3. El apóstol se nombra así para indicar que la visión a que alude pertenece exclusivamente a su vida interior, "oculta con Cristo en Dios". Porque ese hombre estaba enteramente *en Cristo* hacía tales experiencias (Com. Gál. 2:20). Si habla de él como de otro, en tercera persona, en el momento de referir gracias tan señaladas del Señor, es por humildad y porque el hecho que va a recordar está por completo por encima de su actividad personal.

4. Tal fué la grandeza, la poten-

3 cielo; y conozco al tal hombre,— si en cuerpo o fuera del cuerpo
4 no sé, Dios sabe [4],—que fué arrebatado al paraíso [5] y oyó palabras
5 inefables que no es lícito a un hombre expresar [6]. Del tal me

cia de esta revelación sobre todo su ser, que perdió él la conciencia de su existencia terrestre, y que sería imposible decir si las relaciones del alma y del cuerpo quedaron iguales, ni si los sentidos tuvieron parte alguna en lo que vió y oyó.—Históricamente, es imposible determinar la época precisa de su vida a que alude aquí el apóstol. Estas palabras: *hace catorce años* (v. 2), no indican ninguno de los acontecimientos de su historia referidos en el libro de los Actos, a menos que se trate de la visión referida en el cap. 22: 17 y sig., lo que sería posible, pero poco probable, porque allí las palabras de la visión son simplemente contadas, mientras que aquí no pueden serlo (Vers. 4). En todo caso, no hay que mirar esto como la primera aparición del Señor a Saulo en el camino a Damasco (Actos 9); todo es diferente, el tiempo, las circunstancias, el objeto de la visión.

5. Nueva designación de lo que el apóstol (v. 2) ha llamado el *tercer cielo*. La Biblia habla a menudo de varios cielos, y aun nombra "los cielos de los cielos" como los lugares más elevados del mundo invisible, aquéllos donde Dios (que, sin duda, está presente dondequiera) se revela más inmediatamente, lo que la escritura llama también: *ver*, *contemplar* a Dios. Tal es el pensamiento que Pablo quiere expresar aquí, pensamiento que luego expresa por la palabra *paraíso*. Estos dos términos se explican mutuamente, pues es aquí de toda evidencia que son sinónimos. Sin el menor fundamento hacen pues algunos intérpretes una distinción entre estas dos expresiones y atribuyen aquí al apóstol una parte de los ensueños rabínicos según los cuales habría hasta *siete* cielos diversos. ¿Por qué entonces se detendrá él en el *tercero*, puesto que se trata, en su caso, de una visión divina? La escritura, es verdad, no habla en ninguna parte de *tres cielos* distintos, pero quizás Pablo tiene en el pensamiento: 1º el cielo etéreo (Luc. 9:58); 2º el cielo sideral (Mar. 13:25); y 3º el cielo espiritual, mansión de los bienaventurados (Mar. 12:25). Sea lo que fuere, este último es realmente lo que él entiende por el término de "paraíso" (Comp. sobre esta voz Luc. 23:43, nota). Erróneamente, pues varios exégetas ven en nuestro pasaje dos lugares diferentes, el uno designado como tercer cielo, el otro como paraíso. Se basan en la repetición de lo que cuenta el apóstol (Vers. 2 y 3). Pero esa razón no es decisiva. Por esa repetición, Pablo quería dar una impresión fuerte y solemne de lo que había de grande y de misterioso en el hecho que relata. La acción no es doble, sino única, expresada, en los v. 2 y 4, por el mismo verbo *fué arrebatado*.

6. Gr. "Palabras (y *cosas*, la voz griega tiene ambos sentidos) que no pueden decirse", o "no han sido dichas", inefables, inexpresables, y *que no es lícito a un hombre expresar*, ora porque esas cosas son demasiado misteriosas, demasiado santas, ora porque las lenguas humanas no lo permiten. Si así es, ¿qué provecho el apóstol mismo sacó de la visión? Conservó la impresión, el recuerdo;

jactaré, mas de mí mismo no me jactaré si no en mis debilidades [7].
6 En efecto, si quisiere yo jactarme, no seré insensato, pues verdad
diré; mas me abstengo [8], no sea que alguien piense de mí más allá
7 de lo que ve en mí o de lo que oye de mí [9]. Y por la excelencia
de las revelaciones, para que no me exalte me ha sido dada una
espina en la carne, un ángel de Satanás, para que me abofetee, pa-
8 ra que no me exalte [10]. Sobre esto he rogado al Señor tres veces

le reveló, de una manera inmediata, las realidades y las glorias del mundo invisible; su fe pudo así recibir una fuerza infinita. Toda comunicación directa con el cielo, como la glorificación momentánea del Salvador mismo (Mat. 17), es una profecía, una prenda, un gusto anticipado del estado que será un día el lote permanente de los hijos de Dios. Si el apóstol no encuentra pues ahora ni pensamientos, ni palabras que puedan contener, y menos aun expresar aquello cuya impresión recibió, tendrá para ello pensamiento y palabras cuando, purificado de todo pecado, libertado de toda esclavitud, sea glorificado en cuerpo y alma; cuando, en pocas palabras, su ser entero sea apropiado a la vida del cielo. Hasta entonces, el recuerdo que trae aquí a la memoria le eleva sin cesar hacia esas regiones de la gloria eterna, combatir todo lo que se la obscurece, todo lo que de ella le aparta, y sus efuerzos no son vanos. Podía ser muy importante y saludable para un hombre llamado a una actividad exterior tan extraordinaria, el haber hecho experiencias que le conducían poderosamente a su interior y le elevaban, por encima de las cosas visible. Corría menor peligro de perderse afuera, en sus trabajos y en sus penas, cuando el recuerdo de los momentos más solemnes de su vida le llamaba de nuevo a la comunión más íntima con su Dios.

7. Pablo distingue aquí claramente esta gracia maravillosa del Señor, de todo lo que le es propio. Si él se *jacta* de la visión, no es evidentemente porque pueda atribuirse el menor mérito por ella, y en cuanto a él, no quiere ver más que sus *flaquezas*. (11:30; 12:9, 10.) Esta distinción sirve para explicar el versículo siguiente.

8. No habría *insensatez* (11:1, nota; v. 16-18, notas), en *jactarse* de una dispensación de la que evidentemente nada vendría para el hombre y toda cuya gloria remonta a Dios; Pablo, en ello, no *diría* más que la *verdad*, mientras que, en toda jactancia de la criatura, como lo era la de los adversarios del apóstol, hay mentira. Sin embargo, él *se abstiene*, añade, e indica inmediatamente la razón de ello. (Nota siguiente.)

9. Lo que se *veía* en él y se *oía* de él, toda su personalidad, toda su acción, tenía las apariencias de la debilidad, de la flaqueza externa. (10: 19; 11:6, 29; 1 Cor. 2:1 y sig.; Gál. 4:13.) Ahora bien: según esa medida quiere el apóstol ser estimado y juzgado por los hombres, a fin de que todas las gracias excepcionales que había recibido, toda la fuerza real de su acción, todos los triunfos de su ministerio, sea atribuídos al Señor. ¡Profunda humildad! Las palabras siguientes nos hacen saber cómo Dios había producido y mantenido esta humildad en su siervo.

10. Estas últimas palabras, dos veces repetidas, indican claramente y

9 para que se aparte de mí[11], y me ha dicho: Bástate mi gracia,
pues mi potencia en debilidad es hecha perfecta[12]. De muy buena
gana, pues, me jactaré más bien en mis debilidades para que la po-

de una manera solemne el objeto de esa prueba, que duraba aún cuando el apóstol escribía, como lo prueban los verbos en presente: *a fin de que me abofetee, a fin de que yo no me exalte.* ¿En qué consistía esta terrible aflicción? Se escribiría un libro sobre todas las suposiciones imaginarias, a menudo extravagantes que se han hecho para responder a esta pregunta. Se las puede reducir a tres especies: 1º Tentaciones puramente espirituales y morales; 2º los padecimientos que ocasionaban a Pablo la enemistad de sus adversarios, o, en general, las pruebas de su apostolado; 3º enfermedades corporales. Esto último es lo más probable. Los términos de que se sirve el apóstol expresan el indecible dolor de su prueba, pero no indican claramente su naturaleza. La palabra que traducimos por *espina* designa todo cuerpo munido de una punta apropiada para perforar, desgarrar, como una estaca, una lanza, los clavos de una cruz, la cruz misma. Este sufrimiento estaba *en la carne,* de modo que probablemente era alguna enfermedad corporal muy dolorosa, muy humillante. (Comp. Gál. 4:14.) Por último, esta prueba era para el apóstol una fuente de tentación espiritual (como lo son todas las pruebas), puesto que la designa también por estas palabras: un *ángel de Satanás* (comp. Mat. 25:41), un enviado, un servidor del dominio, por lo que se debe entender la prueba misma, haciéndose, en la mano del enemigo, un instrumento de tentación. *Abofetear* es tomado figuradamente por maltratar, humillar, insultar. ¡Cuán maravillosos y llenos de contradicción son los caminos de Dios a los ojos de la sabiduría humana! ¡Por una parte, eleva a su fiel siervo hasta el tercer cielo, y por la otra, le humilla hasta un oprobio sin nombre, a fin de preservarle de un mal mayor aun, el orgullo! Si Pablo tenía necesidad de tal remedio para ser preservado de ese peligro, ¿quién se creerá seguro?

11. ¿Quién? ¿el Señor, o el ángel de Satanás o la prueba? El sentido es el mismo; si Pablo pide que *el Señor se aparte,* quiere decir que cese de afligirle. (Sal. 39:11-14.) Sea lo que fuere, el objeto de su oración es su liberación. Comp. la triple oración de Jesús en Getsemaní. (Mat. 26:36 y sig.)

12. El Señor no le liberta, mas escucha su oración. Le responde: "¡Bástate mi gracia!" "¡Cuán consoladoras son estas palabras de Jesucristo resucitado y glorioso...! Nos hace saber que no podemos confiar demasiado en Dios, cuando sabemos desconfiar de nosotros mismos... Dios quiere curarnos, pero a su modo. Para acomodarse a él, hay que orar mucho"... *Quesnel.* Para que la *gracia* del Señor se despliegue en su plenitud, es necesario que la fuerza natural del hombre sea quebrantada, que su *yo* sea crucificado, y que, en esa *flaqueza,* consienta en no subsistir sino por gracia, en no vivir más que de esta gracia. Pero ella basta, pues la *potencia* divina entonces se *perfecciona* en la *debilidad* misma de su hijo. Pablo mismo juzga así por su experiencia. (Vers. 9 y 10.)

13. El apóstol acepta esta dispensación de Dios, con la promesa que

10 tencia de Cristo haga su morada en mí[13]. Por tanto me agrado en
debilidades, en injurias, en necesidades, en persecuciones, en an-
gustias por Cristo, pues cuando flaqueo entonces soy fuerte[14].

II. 11-21. Pablo justifica su apostolado y expresa sus temores. — 1º Si he sido imprudente, vosotros me habéis obligado, vosotros que debíais justificarme, pues en nada soy inferior a los que tienen vuestra confianza. (11). — 2º Pruebas: las señales que atestan qu soy apóstol han sido producidas entre vosotros por diversas operaciones milagrosas del Espíritu de Dios; y vosotros mismos, ¿en qué sois inferiores a las demás iglesias? (12, 13). — 3º Es verdad, nada acepté de vosotros; si es una injusticia, la perdonaréis; pero voy a volver a vosotros, y la cometeré de nuevo, pues yo busco, no vuestros bienes, sino a vosotros mismos; mucho más: me gastaré por vosotros, como un padre por sus hijos, aun a riesgo de ser amado menos amando más. (14-16). — 4º Sea, dicen; todo ese desinterés no es sino astucia. — ¡Cómo! Cuando os envié Tito o tal otro hermano, ¿aproveché acaso de vosotros? ¿No han obrado ellos en el mismo espíritu que yo? (17-19). — 5º ¡Vosotros os imagináis hace tiempo que en todo esto quiero justificarme ante vosotros! ¡No! Delante de Dios habla, y para vuestra edificación, pues mucho temo que volviendo a veros no os halle tales cuales deseo; temo volver a hallar entre vosotros los antiguos pecados de que muchos no se han arrepentido, y que deba yo ser humillado y afligido por ello. (20, 21).

11 Héme hecho insensato; vosotros me habéis obligado. Yo, en

el Señor añadió a ella; y no solamente la acepta, sino que, puesto que tal es la voluntad de Dios para su bien, se *jacta de* ella. La *potencia de Cristo,* dice; luego, el Señor al que Pablo invocó por tres veces y que le prometió su gracia y su potencia es *Cristo.* La divinidad de Jesucristo llena la vida entera de sus discípulos, lo mismo que todas las páginas de las santas escrituras. (Comp. Actos 7:59, 60; 9:14; 1 Cor. 1:2.)

14. Comp. v. 9, nota. Pablo generaliza en este versículo la idea de las pruebas, a fin de que no se piense que sea la aflicción especial de que habla en el v. 7 la única que pueda producir el efecto deseable que Dios tiene en vista: desprender al hombre de toda fuerza propia, para que la gracia y la fuerza de Cristo se cumplan en su flaqueza. "Si alguno objeta que aquí Pablo habla, no de su falta de fuerza, sino de sus diversas aflicciones, yo respondo que todos esos padecimientos son ejercicios por por los cuales Dios nos manifiesta nuestra debilidad. Pues si el Señor no hubiera probado a su siervo por tantas pruebas, jamás este último habría tenido un sentimiento tan vivo de su flaqueza. Así, no solamente tiene en consideración sus padecimientos, sino también lo efectos que ellos producen: el conocimiento de nuestra debilidad, la desconfianza de nosotros mismos, la humildad". *Calvino.* La última proposición de este versículo, esta admirable paradoja, no es más que la palabra del Señor (v. 9), con-

efecto, debía ser recomendado por vosotros[15], pues en nada he
sido inferior a los supereminentes apóstoles, aunque nada soy[16].
12 Sí, las señales del apóstol han sido producidas entre vosotros en
13 toda perseverancia, por señales y prodigios y milagros[17]. ¿En qué,
en efecto, habéis sido inferiores a las demás iglesias[18], si no en
que yo mismo no os he sido carga? Perdonadme esta injusticia[19].

firmada por la experiencia misma de su siervo.

15. Comp. 11: 1, nota; 11:16-18, notas; 12:1. El apóstol se detiene, y, después de lo que ha dicho en estos dos capítulos para justificar su ministerio, vuelve al sentimiento de la *imprudencia* o de la *insensatez* que ya varias veces ha expresado; aquí, lo hace, como antes, con la seriedad de la conciencia y la ironía llena de tristeza que le inspira la conducta de sus lectores. Ellos mismos le han *obligado* a jactarse mientras que hubieran debido *recomendarle* ante los adversarios que le acusaban.

16. Aquí, como en el cap. 11:5, estos *supereminentes apóstoles* no son los apóstoles de Jesucristo, Pedro, Jacobo, Juan, sino los que, en Corinto, se daban por tales. Diciendo Pablo, no sin ironía, que *no* les *ha sido inferior* por su ministerio, da a entender mucho más. Y sin embargo, en su verdadera y profunda humildad, humildad personal, ¡confiesa que él *no es nada!* (Comp. 1 Cor. 15:8-10.)

17. Gr. "Por señales y prodigios y potencias", diversas especies de milagros, de manifestaciones del Espíritu Santo, por los cuales Pablo prueba que en nada ha sido inferior a los apóstoles por excelencia. (Vers. 11; comp. v. 13.) Es lo que él llama *las señales del apóstol*, del verdadero apóstol de Jesucristo. Nuestras versiones vierten erróneamente esa palabra por la de *apostolado*. Así, habríais debido reconocer este *apóstol* sin forzarle a jactarse. (Vers. 11.) Los apóstoles, lo mismo que los profetas, consideran el don de los *milagros* como una confirmación necesaria de su misión divina. (Comp. Mat. 10:1; Mar. 16: 17.) Pero es notable que Pablo mezcla a sus milagros también otra señal no menos auténtica de su apostolado: la *perseverancia* que Dios le ha dado en el seno de sus pruebas y en medio de las contradicciones de sus adversarios. Con ello recuerda una vez más la fuerza que le hace vencedor en su flaqueza. (Vers. 9-10.)

18. El estado floreciente de la iglesia de Corinto (1 Cor. 1:4-7) era también una señal manifiesta del apostolado de Pablo.

19. La mayor parte de los intérpretes ven en estas palabras una ironía apropiada para humillar el orgullo de los miembros de la iglesia que habían sabido muy bien hacer sacrificios para los falsos apótoles (11: 20). En efecto, Pablo no podía ver ni una *injusticia*, ni un pecado (11:7) en el hecho de que no había aceptado nada de la iglesia de Corinto, puesto que explica tan bien los motivos de ello, y declara querer obrar aún del mismo modo. (11:7-12; 12: 14-17.) Es pues poner a Pablo en contradicción consigo mismo el ver en estas palabras, como otros exégetas lo hacen, la confesión seria de un error que habría cometido careciendo de confianza para con ellos. El mismo ha refutado de antemano esa interpretación. (11:11.)

14 He aquí, esta tercera vez estoy preparado para ir a vosotros[20], y
no os seré carga, pues no busco lo vuestro sino a vosotros, pues
no deben atesorar los hijos para los padres sino los padres para
15 los hijos[21]. Yo, pues, de muy buena gana gastaré y seré com-
pletamente gastado por vuestras almas aunque amándoos más sea
16 amado menos[22]. ¡Mas sea! yo no os he cargado, pero siendo as-
17 tuto os he cogido con engaño[23]. ¿Acaso alguno de los que he
enviado a vosotros..., por medio de él me aproveché de vosotros?
18 Rogué a Tito y envié con él al hermano[24]; ¿se aprovechó acaso
de vosotros Tito? ¿no hemos andado en el mismo espíritu? ¿no
en las mismas huellas[25]?
19 Mucho ha que pensáis que ante vosotros nos justificamos. De-
lante de Dios en Cristo hablamos; mas todo, amados, por vuestra

20. Comp. 1 Cor. 16:7, nota; 2 Cor. 13:1.

21. Amables palabras, por las cuales el apóstol quiere suavizar la impresión de las que preceden. ¿Qué importa que él haya aceptado o no lo que tenía derecho de esperar de ellos y que aún ahora esté resuelto a no *serles carga?* Lo que *él busca* no son *sus bienes*, sino a *ellos mismos*, la salvación de su alma. Por la graciosa comparación que emplea, Pablo se representa como el *padre* espiritual de sus discípulos de Corinto (1 Cor. 4: 15); ellos son sus *hijos;* ahora bien: ¿por qué se ofenderían de que él no quiere serles carga? (Vers. 13.) El sigue en esto la costumbre natural, son los *padres quienes atesoran para sus hijos*, no la inversa. ¡Conmovedora apología de su conducta! Por lo demás, se entiende de por sí que el apóstol no quiere con esto ni libertar a los hijos del deber de ayudar a sus padres si éstos tienen necesidad (1 Tim. 5:8), ni contradecir las palabras del Salvador sobre la codicia, cuyo primer cuidado es de atesorar (Mat. 6:19-21), ni negar el deber de las iglesias de suvenir a las necesidad de sus pastores, (1 Cor. 9:4-12.)

22. Pablo, en lugar de ser carga (v. 14), está listo a todos los sacrificios *por las almas*, a *gastar* sus fuerzas, sus afectos, su vida, sin ninguna recompensa terrestre. ¿Tendrá por lo menos por recompensa el *amor* de aquéllos a quienes así *amó?* No está seguro de ello; se ve que teme lo contrario. Como los padres de quienes acaba de hablar, que son a menudo *menos amados* de los hijos para quienes han tenido la mayor ternura, el apóstol está listo también para este doloroso renunciamiento; mas aun entonces, no está menos decidido a *gastarse* hasta el fin. Admirable pensamiento de un corazón constreñido por la caridad de Cristo!

23. Lenguaje de los adversarios: "¡Bien! él mismo no ha recibido nada, a fin de guardar las apariencias del desinterés; mas, por otros, ha sacado provecho de vosotros". Sigue la respuesta. (Vers. 17-18.)

24. Cap. 2:13; 8:6, 18.

25. Con el mismo desinterés de que

20 edificación [26]. Temo, en efecto, que, en algún modo, llegando, no
cuales deseo os encuentre, y yo sea encontrado por vosotros cual
no deseáis [27]; que haya contiendas, celos, furor, espíritu de par-
21 tido, difamaciones, detracciones, orgullos, desórdenes [28]; que yen-
do otra vez yo, me humille mi Dios entre vosotros y esté de duelo
por muchos de los que antes han pecado y no se han arrepentido
de la impureza y fornicación y disolución que han cometido [29].

acaba de hablar, sin aceptar nada, siguiendo la misma conducta.

26. La justificación del apóstol está ahora terminada. Ahora bien: a fin de que sus lectores, en particular aquellos de entre ellos que no se habían arrepentido (v. 21), no tomen esta mansedumbre y este renunciamiento en sus flaquezas por debilidad, sobre todo para que no se imaginen, como muchos lo hacen desde *hace tiempo* (comp. 1 Cor. 4:3), que condescendiendo a *justificarse* los establece jueces por encima de él, o que tiene su interés propio en vista, declara con la dignidad de un apóstol y con amor *(amados)*, que a Dios solo apela, y que en todo lo que acaba de decir ha hablado *delante de Dios, en Cristo*, en su Espíritu, no en atención a sí mismo sino para la *edificación* de ellos. Es constreñido a hablar así por una seria aprensión (v. 20), que muestra cuán necesaria era aún esa edificación.

27. El *temor* del apóstol de no hallar la iglesia tal como la *querría*, es demasiado bien explicado aquí (v. 20 y 21); el temor de que la iglesia le halle tal como *no quisiera* es motivado luego 13: 1, 2).

28. Tal es la primera categoría de pecados que Pablo teme hallar en Corinto. Son, en el fondo, los que había tenido que reprochar a esa iglesia en su primera epístola (111; 3: 3), aumentados por algunos otros que las divisiones y los partidos engendran siempre.

29. Es esta una segunda categoría de pecados que ya habían causado al apóstol verdaderos tormentos de espíritu (1 Cor. 5) y que habían valido a la ciudad de Corinto una triste celebridad. Pablo se cuida mucho de acusar a todos los miembros de la iglesia; habla de *muchos* que, habiendo *pecado antes*, ora antes, ora después de su conversión, o bien antes de la primera carta, no se habían *arrepentido*, ni seriamente convertido. El apóstol lo *teme*, por lo menos, y este temor basta para que presienta una profunda *humillación* que *su Dios* le infligirá. (Según la verdadera lección, el verbo está en futuro, no en subjuntivo, prueba de que tiene la cosa por probable.) Y en este caso, estará *de duelo*, tendrá que *llorar* por esos pecadores que se pierden. ¡Qué elocuencia en este santo amor de las almas; ¡y a qué altura se eleva el gran apóstol por encima de los pensamientos de los que se imaginaban que sólo debía justificarse delante de ellos! (Vers. 19.)

CAPITULO XIII.

I. *Amenazas de severidad apostólica contra la iglesia de Corinto, 1-10.* — II. *Ultimas exhortaciones y saludos, 11-13.*

I. 1-10. ¿USARÁ PABLO DE SEVERA AUTORIDAD APOSTÓLICA?. — 1º Volviendo a vosotros por tercera vez, será para restablecer pronto el orden y la justicia; ausente aún os lo anuncio, no seré indulgente con los que pecaron; y puesto que queréis una prueba de que obro por la autoridad de Cristo, la hallaréis en mí. Lo mismo que Cristo, crucificado en la debilidad, vive por la potencia de Dios, igualmente nosotros, bien que débiles, viviremos por la misma potencia en medio de vosotros. (1-4). — 2º Debéis examinaros a vosotros mismos para saber si estáis en la fe, si Cristo está en vosotros; en cuanto a nosotros, espero que tenéis la prueba, y pido a Dios que hagáis el bien, no para nuestra aprobación, sino para la vuestra, pues sólo obramos según la verdad y nos regocijaremos si reaparecemos en medio de vosotros, sin autoridad y sin fuerza con tal que vosotros estéis fuertes y perfeccionados. Por esto mismo os escribo estas amonestaciones, dichoso si hacéis inútil toda severidad. (5-10).

1 Esta tercera vez voy a vosotros [1]. "Por boca de dos testigos
2 y tres será establecido todo asunto [2]". He dicho antes y digo aho-
ra, como cuando estaba presente por segunda vez, y ausente ahora,
a los que antes han pecado y a todos los demás, que si fuere otra
3 vez no seré indulgente, puesto que prueba buscáis de que Cristo
habla en mí, el que cuanto a vosotros no es débil sino que es po-
4 deroso entre vosotros, porque fué crucificado por debilidad, pero
vive por la potencia de Dios, pues también nosotros somos débiles
en él, pero viviremos con él por la potencia de Dios cuanto a vos-

1. Gr. "Esta tercera vez". Véase 1 Cor. 16:7, nota; 2 Cor. 12:14.

2. Deut. 17:6; 19:15. Por esta cita, tomada del procedimiento de la disciplina mosaica, el apóstol no tiene otra intención que la de declarar de un modo solemne que, en cuanto haya llegado, examinará el estado moral de la iglesia y hará uso de su autoridad para con los impenitentes, para ejecutar sus amenazas. No son las dos o tres residencias de Pablo en Corinto lo que constituye los *dos o tres testigos*, puesto que sería siempre el mismo testimonio. Quiere decir, por esta cita, que pondrá *pronto* en limpio los asuntos ejerciendo la disciplina, y esto, sin ninguna duda, añadiendo otros testigos. Mucho más: según él, el ejercicio de la disciplina es asunto de toda la iglesia. (1 Cor. 5:4, 12, 13; 2 Cor. 2:6, 7; comp. Mat. 18:16, 17.) Es así como Pablo precisa el temor ya expresado de que sus lectores le hallen "tal cual no lo quisieran'. (12:20.)

5 otros[3]. Examinaos vosotros mismos [para ver] si estáis en la
fe, probaos vosotros mismos; ¿o no os reconocéis que Jesucristo
6 está en vosotros? si acaso no sois reprobados[4]. Mas espero que
7 conoceréis que nosotros no somos reprobados. Mas rogamos a
Dios que no hagais ningún mal, no para que nosotros aparezca-
mos aprobados, sino para que vosotros hagáis el bien, mas nosotros

3. El v. 3 da la razón de la severidad anunciada en el v. 2; luego, en el v. 4, Pablo busca en el Salvador mismo, en quien él vive, la prueba de que la *debilidad* según la carne no excluye la *potencia* según el Espíritu. "Se me acusa de debilidad, parece decir Pablo; yo mismo os he confesado que me jacto en mis flaquezas; que, cuando soy débil, entonces soy fuerte (12:5, 9, 10); si ahora os hace falta una *prueba de que Cristo habla en mí* (v. 3), os la suministraré: Cristo no ha sido *débil* en medio de vosotros, puesto que ha producido tantas manifestaciones de Espíritu y de *potencia* (v. 3), y pude hacerlo aún para confundir el error y castigar la impenitencia, pues aunque ha sido crucificado por un efecto de la *debilidad* a la cual voluntariamente se había sometido, vive por un efecto de la *potencia de Dios;* y nosotros que somos *débiles*, por nuestra comunión con sus humillaciones y con su muerte *(en él)*, *viviremos también por la misma potencia de Dios* en medio de vosotros, para dar eficacia y fuerza a la verdad". (Vers. 4.) Otros conectan el v. 3, no con lo que precede, sino con lo que sigue; hacen de los versículos 3 y 4 un primer miembro de frase, un principio expuesto, de donde el apóstol saca la conclusión: ¡Examinaos pues!... (Vers. 5.) Es necesario observar también en el v. 2, que la palabra del texto recibido: *escribo*, ha sido cercenada como no auténtica; luego, que estos términos: *como cuando* estaba presente, son traducidos por algunos intérpretes: *como si* estuviera presente por segunda vez; por último, que estas palabras: *los que antes pecaron*, reanudan el pensamiento del apóstol expresado en 12:21. (Véase la nota.)

4. "Buscáis una prueba de que Cristo habla en mí; buscad más bien *si está en vosotros, si vosotros estáis en la fe*, si, en lugar de sentiros *aprobados* por su fuerza en vosotros, no seríais *reprobados* sin ningún testimonio del Espíritu en vosotros. Pues en lo que nos atañe, yo espero que sabéis lo contrario". (Vers. 6) ¡Palabras dignas de seria meditación! primero, porque reprenden severamente la inclinación de nuestro corazón a juzgar antes a los demás que a nosotros mismos; y luego, porque encierran a la vez, por una parte, esta verdad consoladora que nosotros podemos reconocer *si Cristo está en nosotros*, estar seguros de su aprobación y de su salud, y, por la otra, una seria admonición contra toda falsa seguridad y toda certidumbre mal fundada. El mismo apóstol que dondequiera muestra al cristiano el gozo y la gloria de saber con certidumbre en quién ha creído, le recuerda sin cesar también su responsabilidad moral, "el temor y el temblor", que constituye su seguridad. ¡Que los que verían en esto una contradicción dogmática aprendan antes a conocerse a sí mismos y las contradicciones

8 seamos como reprobados[5]. En efecto, no podemos nada contra la
verdad, sino por la verdad, pues nos gozamos cuando nosotros fla-
9 queamos mas vosotros sois fuertes; y esto también pedimos, vues-
10 tro perfeccionamiento[6]. Por esto escribo estas cosas estando au-
sente, para no usar de severidad, estando presente, según la auto-
ridad que el Señor me dió para edificación y no para demolición[7].

II. 11-13. ULTIMAS EXHORTACIONES Y ÚLTIMOS VOTOS. — 1º Tomad de su fuente el gozo, el perfeccionamiento, el consuelo, la unión, la paz, y Dios, que es amor, estará con vosotros. (11). — 2º Saludos mutuos. (12). — 3º Voto apostólico. (13).

11 Por lo demás, hermanos, gozaos, perfeccionaos, consolaos, te-

de su propio corazón, luego discernirán la divina armonía de estas verdades!

5. El apóstol *ruega a Dios* que sus hermanos, juzgándose a sí mismos eviten todo *mal;* no para que él tenga gloria por ello y *aparezca él aprobado*, sino por el *bien* en sí, por la salvación de las almas, aunque él mismo debiera aparecer en Corinto sin el ejercicio de su autoridad apostólica, en la debilidad y flaqueza que se le reprochaba, y aun ser *como reprobado.* (Vers. 8, 9.) Conmovedora expresión de renunciamiento y de humildad, que recuerda otra más asombrosa aun, la que se lee en Rom. 9:3. El sabe sin embargo que los Corintios mismos no tomarán esta suposición al pie de la letra. (Vers. 6.)

6. Pablo, juzgando su ministerio y sus hermanos según la *verdad*, no buscando en sus actos más que lo que es verdadero según Dios, sintiéndose *impotente* fuera de esos límites, no pensando en sí mismo, se *regocija* de parecer *débil*, con tal que vea a sus hermanos *fuertes* y *perfeccionados* en la vida cristiana. Este pensamiento explica y generaliza el que acaba de expresar en el v. 7. Sin duda también quiere, ya aquí, indicar el pensamiento expresado en el v. 10, que se regocija si, hallando a sus hermanos en Corinto fuertes y perfeccionados, puede aparecer en medio de ellos en su antigua debilidad, y sin hacer uso de *severidad* para la represión. Se ha tomado a veces el v. 8 en un sentido absoluto que, entonces, es muy falso. El apóstol no ha querido decir que el hombre *no puede nada contra la verdad* en general: desgraciadamente puede mucho contra la verdad, extendiendo el error, como todos los días lo prueba la experiencia. Mas Pablo, hablando de sus relaciones con las iglesias, de su conducta como siervo de Jesucristo, como conductor de las almas, declara que *no le es lícito*, que le es moralmente imposible hacer nada contra los intereses de la verdad y de la vida cristiana en sus hermanos, dejándose guiar por otros motivos, tales como la busca de su interés y de la aprobación de los hombres. Lo que también lo prueba, es el motivo que agrega inmediatamente (v. 10) y sobre todo el *objeto* para el cual su autoridad apostólica le ha sido confiada: *para la edificación y no para la demolición.* (Comp. 10:8.)

7. Desea ardientemente, ha pedido

ned el mismo pensamiento, estad en paz, y el Dios del amor y paz
12 será con vosotros [8]. Saludaos unos a otros con santo beso [9]. Los
13 santos todos os saludan. La gracia del Señor Jesucristo, y el
amor de Dios, y la participación del Espíritu Santo sea con todos
vosotros [10].

a Dios (v. 9) el perfeccionamiento de sus hermanos, y les *escribe* todas estas serias advertencias, a fin de que, si es posible, no tenga que emplear ni *severidad*, ni esa *potencia* de que está revestido. Siempre la caridad, unida a la austeridad de un apóstol.

8. El apóstol, volviéndose a la parte sana del rebaño, quiere suavizar con palabras llenas de afecto lo que podría quedar de amargura o de tristeza en las almas después de la severidad de sus últimas palabras o aun de su precedente carta. A su exhortación el apóstol une una promesa. Todo el evangelio recuerda la oración de Agustín: "¡Da lo que tú ordenas, Señor, y ordena lo que tú quieres!"

9. Rom. 16:16, nota; 1 Cor. 16:20.

10. Hé ahí la plenitud de las bendiciones del Dios tres veces santo, tres veces misericordioso, el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo. Todo para el hombre pecador empieza por la *gracia* del Señor Jesucristo, que es el perdón de sus pecados, su reintegración en el favor de Dios y en el pacto eterno de su gracia; por esto Pablo, contrariamente a la costumbre constante de la escritura, coloca aquí en primer lugar a Jesucristo y su gracia. La fuente primera de esta gracia es el *amor de Dios* el Padre, que nos dió un Salvador, que nos reveló con ello este amor infinito, y que nos hace experimentar personalmente la realidad y la potencia de él, cuando somos partícipes de la gracia. Todo esto en fin se consuma en los fieles por la *participación* viva del *Espíritu Santo*, quien, habitando en ellos, los une con un Padre celestial en Cristo, y los unos con los otros. "¡Que la gracia os justifique, os reconcilie con Dios! ¡que el amor os abarque a todos, como amados de Dios! ¡que el Espíritu os santifique y os consagre como los templos del Dios vivo y verdadero!" Así la Trinidad divina, insondable misterio para la razón humana en cuanto quiere hacer de ella objeto de vana especulación, responde, en la vida práctica, a las necesidades más profundas de nuestro ser, y es siempre así como la escritura nos la presenta. (Mat. 28:19; Juan 14:16, 17; 1 Pedro 1:2.) "Te celebro, ¡oh Padre! Señor del cielo y de la tierra,, porque habiendo ocultado estas cosas de los sabios y de los inteligentes, las has revelado a los niños!" El texto recibido termina este voto apostólico por la palabra *amén*, que falta en la mayor parte de los manuscritos.

EPISTOLA DE PABLO A LOS GALATAS

INTRODUCCION

1. Galacia era una provincia del Asia Menor, limitada al Norte por Bitinia y Paflagonia, al Este por el Ponto y Capadocia, al Sud por Capadocia, Liaonia y Frigia, al Oeste por Frigia y Bitinia. Sus ciudades principales eran Ancyra, Tavium, Pessinus. Esta provincia tomaba su nombre de tribus galas que se habían establecido allí doscientos cincuenta años antes de Jesucristo. Se la llamaba Galo-Grecia o Galacia. La población mixta de esas regiones hablaba griego como todo el Oriente; pero, según el testimonio de Jerónimo, que había residido allí, las tribus galas habían conservado la lengua usada en los alrededores de Tréveris. La Galacia fué sujeta a los romanos desde el año 189 antes de Jesucristo, y reducida a provincia romana el año 25 antes de nuestra era, teniendo, desde la primera época, Ancyra por metrópolis.

2. Pablo anunció allí el evangelio en su segundo viaje misionero (Actos 16:6) [1] y fundó iglesias. (Gál. 1: 6-11; 4: 13 y sig.) Volvió allí durante su tercer viaje (Actos 18: 23), y afirmó en la fe los nuevos convertidos. Luego después de esta segunda visita del apóstol, fueron a esas iglesias doctores judaizantes (comp. Actos 15:1-5; Gál. 2:12), que, contrariamente a la doctrina de la salvación por la gracia y de la justificación por la fe sola que había anunciado el apóstol, enseñaban la necesidad de la circuncisión y

(1) Lucas, es verdad, parece decir en este relato que el apóstol, no había hecho más que atravesar Galacia, luego agrega que "fué impedido por el Espíritu de anunciar la palabra en Asia". Pero estas palabras no podrían aplicarse a la Galacia misma, pues resulta claramente de Gál. 4:13, 14, no solamente que Pablo residió allí, sino también que fué retenido por enfermedades corporales.

de las observancias de la ley, aun para los paganos convertidos. (Gál. 5: 2, 11, 12; 6: 12 y sig.) A fin de llegar más fácilmente a su objeto, esos falsos doctores se aplicaban a rebajar la autoridad de Pablo, rehusándole la dignidad apostólica, porque, decían, no había recibido su doctrina directamente del Señor, como los otros apóstoles a quienes se declaraban adictos. (Gál. 1: 1-11 y sig.) Los Gálatas fueron realmente conmovidos en su fe. (Gál. 1:6; 3: 1; 4: 9 y sig., 21; 5: 3 y sig.)

3. Pablo supo estas tristes noticias muy probablemente durante su permanencia en Efeso (Actos 19), poco tiempo después de su segunda visita a Galacia. (Gál. 1: 6 *¡tan pronto!*) Y para reparar el mal causado por el error escribió el apóstol esta carta, por el año 56. El bien que ella ha hecho a la iglesia, por la afirmación de la sana doctrina, sobrepuja en mucho al mal que hicieron en Galacia los falsos doctores. Muy semejante, por el fondo, a la epístola a los Romanos, donde Pablo expone pacífica y extensamente las profundas verdades del evangelio de Jesucristo, la carta a los Gálatas alcanza el mismo fin con esta diferencia, que ésta es y debía ser polémica en la forma. ¡Y qué modelo de polémica! ¡qué enérgica decisión en la refutación del error y en la exposición de la verdad! Y al mismo tiempo, ¡qué ardiente amor de las almas!

4. Esta epístola, cuya autenticidad, jamás ha sido puesta en duda ni podía serlo, tan evidentes son las pruebas externas e internas sobre que se funda, se divide naturalmente en tres partes:

I. El apóstol justifica primero su apostolado declarando que no lo ha recibido de ningún hombre, sino directamente de Jesucristo mismo; que su conversión y su llamamiento al ministerio evangélico han sido completamente independientes de los hombres (cap. I); que más tarde, sin embargo, los apóstoles de Jerusalén, reconociendo su misión entre los paganos, le dieron la mano de asociación; que él tuvo aun ocasión de reprender de frente al apóstol Pedro, que cedía por temor de los hombres a los cristianos judaizantes (cap. 2).

II. Abordando la gran cuestión de doctrina que tenía que tratar, a saber LA JUSTIFICACIÓN DEL PECADOR POR LA FE SOLA, el apóstol muestra: que los Gálatas no habían recibido el Espíritu de Dios *por la ley,* sino *por la fe,* lo mismo que Abrahán había sido justificado, no por una ley que aún no existía, sino por su fe en la promesa de gracia (3: 1-9); que la ley sólo puede condenar y maldecir a los que la violan, y que Cristo solo nos libertó de esa maldición por su muerte sobre la cruz (v. 10-14); que esta alianza de gracia (o testamento), ya tratada con Abrahán, no ha podido ser invalidada por la ley venida más tarde (v. 15-18); que la ley no ha sido añadida sino a causa de las transgresiones, para servirnos de guardián y de pedagogo hasta el cumplimiento de la promesa, la cual proclama a todos la libertad (v. 19-29). Sois, pues, libres hijos de Dios; ¿por qué volveis bajo la esclavitud de esos miserables rudimentos? (4: 1-13). Acordaos de los dichosos tiempos de vuestra conversión y de vuestro primer amor; ¿qué ha cambiado? Han venido hombres celosos de vosotros; mas yo siento nuevamente respecto de vosotros los dolores del parto (v. 13-20). Os apoyáis sobre la ley; mirad lo que la ley nos enseña por hechos: nos relata que al nacimiento de Isaac, hijo de la promesa, Abrahán recibió la orden de expulsar la esclava Agar y su hijo nacido según la carne. Este relato se aplica alegóricamente a nosotros, pues nosotros somos los hijos de la mujer libre, los hijos de la promesa (v. 21-31). Manteneos pues firmes en esta libertad, pues si queréis ser salvados por la ley aceptando la circuncisión, Cristo no os sirve ya de nada y habéis caído de la gracia; mas os dejáis turbar por hombres que llevarán la condenación (5: 1-12).

III. El apóstol, dirigiéndose a los miembros de las iglesias que habían conservado la sana doctrina, los exhorta a no abusar de la libertad cristiana para vivir según la carne; les enumera las obras de la carne y los frutos del Espíritu (v. 13-26); los induce a soportar los débiles velando sobre sí mismos, puesto que cada uno es responsable delante de Dios de su vida entera, y segará lo que hubiere sembrado (6: 1-10). Por último, después de haber echado una última mirada hacia los malos doctores y sus designios egoístas, se despide de sus hermanos suplicándoles que no aumenten sus padecimientos, y deseándoles la gracia del Señor Jesucristo. (v. 11-18).

Este análisis puede también resumirse así:

1º Apología personal del apóstol. Cap. 1 y 2.

2º Parte dogmática de su carta. Cap. 3: 1 a 5: 12.

3º Exhortaciones prácticas, resumen y saludo. Cap. 5: 13 a 6: 18.

EPISTOLA DE PABLO A LOS GALATAS

CAPITULO I.

I. *Salutación apostólica, 1-5.* — II. *Pablo indica de entrada el objeto de su epístola y denuncia la reprobación de los falsos doctores que turban las iglesias de Galacia, 6-10.* — III. *Establece su autoridad apostólica refiriendo su vocación al opostolado, 11-24.*

I. 1-5. INTRODUCIÓN. — 1º Firma; títulos de un apóstol llamado directamente por vocación divina; dirección de la epístola. (, 21). — 2º Voto apostólico: Gracia y paz de parte de Dios y de Jesucristo, quien nos salvó. Gloria a Dios. (3-5).

1 Pablo, apóstol, no de parte de hombres ni por medio de hom-
bre, sino por Jesucristo y Dios Padre que le resucitó de entre los
2 muertos [1], y los hermanos todos que están conmigo [2], a las igle-

1. Este saludo contiene ya abreviadamente el doble pensamiento de toda la epístola, que es de establecer la autoridad apostólica del autor contra los que la negaban o la rebajaban, y sobre todo volver a poner en su plena luz la doctrina de la redención del pecador perfectamente realizada por Jesucristo y recibida por la fe sola. Con relación al primero de estos pensamientos, importaba infinitamente a Pablo, no en el interés de su persona o de su gloria, sino en el de la verdad, que había predicado a los Gálatas, declarar desde luego que su apostolado no provenía de los hombres, ni inmediata ni mediatamente. (Ni *de parte,* ni *por medio de;* comp. v. 11, 12.) Los dos términos de que para ello se sirve, significan, el uno, que ese apostolado, en sí, no es de origen o de institución *humana;* el otro, que él no lo recibió de manos de *ningún hombre.* Por el primero de estos términos, opone su autoridad a la de los falsos doctores que se atribuían a sí mismos una misión completamente humana; por el segundo, la opone a la de evangelistas fieles, instruídos y enviados por otros apóstoles, tales como Timoteo, Tito, Lucas, etc., cuya autoridad en la iglesia era inferior a la de los doce apóstoles de Jesucristo. Tales son, aún hoy, todos los pastores, cuyo cargo en la iglesia es, sí,

3 sias de Galacia: Gracia a vosotros y paz de parte de Dios Padre
4 y de nuestro Señor Jesucristo[3], que se dió a sí mismo por nues-
tros pecados para librarnos de la presente edad mala[4] según la

de institución divina, pero cuya instrucción y vocación tienen lugar *por medio de los hombres.* Después de haber negado, Pablo afirma; a esa autorización humana, que recusa, opone la autorización divina, a la que apela exclusivamente. El es *apóstol,* enviado *por Jesucristo* que le confirió directamente su misión, y *por Dios el Padre,* origen eterno de todas las cosas. El apóstol agrega aún: *que le resucitó de entre los muertos,* a fin de establecer bien que su vocación al apostolado por Cristo estaba investida de la autoridad de Dios mismo. Resucitando a Jesucristo de entre los muertos, Dios le declaró su Hijo con potencia (Rom. 1:4) y le delegó sus poderes, de modo que un llamamiento hecho por Jesucristo es un llamamiento de Dios. Y, de hecho, por Cristo *resucitado* fué llamado Pablo. Calvino piensa que el apóstol opone esta idea de la resurrección de Cristo (ya glorificado cuando le llamó) a los que le reprochaban no haber sido testigo de su vida terrestre. Olshausen la aplica a la potencia de resurrección y de vida por la cual Pablo fué renovado para su apostolado. Lutero la refiere al objeto general de la epístola, que combate la justicia propia. "El que cree en Cristo, dice, muerto por nosotros, muere también al pecado; el que cree en Cristo resucitado, se levanta de la muerte por la potencia de la misma fe, vive en Cristo y Cristo en él'. Es dudoso que el apóstol se anticipe ya aquí sobre esos pensamientos.

2. Sus compañeros de tarea y *todos los hermanos* que le rodeaban y que, en plena comunión de espíritu con él, apoyaban su testimonio contra los falsos doctores.

3. Véase Rom. 1:7, nota.

4. Recordar, desde luego, el gran hecho de la redención, ese medio único de la salud, era ya refutar los errores que el apóstol iba a combatir. El objeto final que tenía el Salvador al *darse por nuestros pecados,* es decir, en sacrificio expiatorio (1 Tim. 2:6; Tito 2:14), era el de *librarnos* (Gr. "arrancarnos") *de esta presente edad mala;* el primero de estos actos designa la redención cumplida sobre el Calvario, el segundo la redención o liberación que se opera cada día en los creyentes por la regeneración. Estos dos actos de la gracia, aunque distintos, son siempre inseparablemente unidos en la escritura; y, en efecto, el uno produce el otro en todos los que se allegan al Salvador por una fe viva. La *presente edad mala* es la economía actual, el estado presente de la humanidad caída de Dios y donde reina el pecado, en oposición a la "edad venidera" donde ese dominio del pecado habrá sido anulado. Por el doble acto de redención de que habla aquí el apóstol, los redimidos de Cristo son, ya en este mundo, arrancados a una de esas "edades", y puestos en comunión viva con la otra, que poseen en esperanza.

5. Estas palabras no significan que Jesucristo haya sido obligado *por la voluntad de Dios a darse por nosotros;* él ofreció su gran sacrificio por amor, como Dios entregó su Hijo único por amor. Mas, Pablo quiere recordar que toda la obra del Salvador ha sido cumplida en con-

5 voluntad del Dios y Padre nuestro[5], al cual sea la gloria por las
edades de las edades. ¡Amén[6]!

II. 6-10. OCASIÓN DE LA EPÍSTOLA. — 1º ¡Cómo! ¡Tan pronto habéis podido dejaros apartar del Dios que os llamó por su gracia, admitir otro evangelio que no es tal, dejaros turbar por personas que quieren destruir el evangelio de Cristo! (6, 7). — 2º Empero, ¡anatema sobre cualquiera que os anunciare un evangelio contrario al que habéis recibido! Hablando así, ¿busco aún, como se me acusa, agradar a los hombres? (8-10).

6 Me admiro de que tan pronto os paséis del que os llamó en
7 la gracia de Cristo a otro evangelio[7]; que no es otro, sino que

formidad con la *voluntad de Dios,* y da así una sanción soberana a la doctrina que va a exponer, la de la salvación del hombre únicamente por la fe en ese sacrificio expiatorio, con exclusión de toda justicia por las obras de la ley.

6. Tales palabras de profunda adoración están siempre bien colocadas en la boca del cristiano que pronuncia el nombre tres veces santo de Dios su Padre: ¡cuánto más, cuando recuerda que este Dios de misericordia le ha salvado de la ruina eterna por su Hijo amado!

7. El apóstol, como un hombre completamente lleno de un grande y serio pensamiento, entra bruscamente en materia, y expresa un doloroso *asombro* de la caída de los Gálatas. (Comp. 5:7.) En efecto, a los ojos de Pablo y de toda la escritura, el evangelio no es una simple doctrina, una opinión; es un hecho divino, una obra de Dios, por la cual Dios reconcilia al hombre consigo. Todo el que se *aparta* de este evangelio, o lo desnaturaliza por sus propias ideas, abandona a *Dios,* que le había *llamado* y ha atraído a sí por la potencia de su palabra. Este *llamamiento* eficaz hace al pecador partícipe de la *gracia de Cristo;* los Gálatas, engañados por falsos doctores y buscando su justicia en las obras de la ley, recaían de esa gracia a la "maldición'. (3:10.) El apóstol habla aquí en presente: *Os pasáis,* o más bien: "sois transportados" a otro evangelio, por lo que quiere designar ese acto de seducción como estando aún en vías de cumplimiento, y así suaviza su reproche y expresa amablemente la esperanza de que los Gálatas pueden ser reconducidos a la verdad.

8. Según la versión que conservamos aquí, el apóstol, después de haber nombrado *otro evangelio,* agrega inmediatamente: *que no es otro,* que no es un evangelio, puesto que no hay más que uno solo. Mas, se puede también traducir toda la frase como sigue: "Me asombro de que tan pronto seáis transferidos del que os llamó por la gracia de Cristo, a otro evangelio; lo que no es *otra cosa, sino que hay algunos que os turban,* etc." Así el apóstol, casi no ha expresado aún su asombro, cuando se apresura ya a designar los falsos doctores como la causa de la caída de los Gálatas. Con esto templa los reproches que a estos últimos dirige, y prepara al lector para las severas palabras que va a

hay algunos que os turban y quieren pervertir el evangelio de
8 Cristo[8]. Pero aun si nosotros o un ángel venido del cielo os
anunciare un evangelio contrario al que os hemos anunciado, ¡sea
9 anatema![9] Como hemos dicho antes, también ahora otra vez lo
digo: Si alguien os anuncia un evangelio contrario al que reci-
10 bisteis, ¡sea anatema[10]! En efecto: ¿persuado yo ahora a hom-
bres o a Dios?[11] ¿o procuro agradar a hombres? Si agradara yo
aún a hombres no sería siervo de Cristo[12].

pronunciar contra los primeros. Tal es la interpretación de Calvino, de Olsahusen y de otros. *Pervertir el evangelio* quizá no era la intención de todos los falsos doctores, pero, que lo quisieran o no, tal era el resultado de sus errores. (2:21.) El evangelio *de Cristo* no significa que Cristo es su *autor*, sino su *objeto*, su contenido.

9. Es decir excluído de la iglesia de Dios, maldito, en execración (Rom. 9:3, nota; 1 Cor. 16:22.) Como en Rom. 9:3, Pablo, admitiendo que *él mismo* o *un ángel de Dios* pudiera anunciar otro evangelio, supone una cosa imposible, a fin de hacer su pensamiento más absoluto. (Comp. 1 Cor. 13:1.) Su indignación parece tanto más espantosa cuanto que le hace recaer la imprecación contra sí mismo.

10. "Lo hemos dicho antes"; ¿dónde? Algunos responden: aquí mismo. (Vers. 8.) Otros piensan que fué *antes*, en ocasión de su segunda permanencia en Galacia, en que ciertos síntomas podían hacerle prever lo que ocurriría. *Ahora* repite ese juicio en presencia del hecho realizado. La repetición tiene aún más fuerza. Es imposible, en efecto, expresar de una manera más enérgica y más penetrante la absoluta certidumbre y la absoluta autoridad del evangelio anunciado por el apóstol. Para hablar como Pablo lo hace aquí, es necesario tener, no solamente una convicción profunda de la divinidad del cristianismo, sino la certidumbre de haberlo recibido por una revelación personal y de haber sido elevado por encima de todo error en la exposición que de él se ha hecho. Sólo un doctor infalible puede emplear este lenguaje; cualquier otro, aun instruído y establecido por Pablo, no tendrá más que una inteligencia incompleta del evangelio y deberá admitir que tal de sus hermanos puede haberlo comprendido y predicarlo mejor que él. Por esto el apóstol siente muy bien que acaba de tomar en la iglesia de Dios una posición tal que es necesario justificarla; y es lo que hace en los versículos que siguen.

11. Gr. "¿Persuado yo a hombres, o a Dios?" *Persuadir* tiene aquí el sentido de *conciliarse, ganar para su causa*, y esta pregunta: *¿persuado yo?* significa poco más o menos lo mismo que la siguiente: *¿procuro agradar?* Este *ahora* corresponde al del v. 9; allí se encuentra la respuesta perentoria a la pregunta que Pablo establece aquí. En efecto, las terribles palabras que preceden, tan apropiadas para provocar la animadversión de todo hombre no sujeto al evangelio, prueban abundantemente que todo, en su ministerio y en su predicación, es de Dios, y que está muy lejos de querer *agradar a los*

III. 11-24. El apostolado de Pablo independiente de los hombres. — 1º Pablo declara no haber recibido el evangelio por ningún hombre, sino directamente de Jesucristo. (11, 12). — 2º *Primera prueba:* su conversión y su vocación: Vosotros sabéis cuál era mi conducta; yo era perseguidor de la iglesia, avanzado en el judaísmo, celador de sus tradiciones; pero cuando llegó el momento en que Aquel que para ello me había destinado de antemano se dignó llamarme y revelar su Hijo en mí, inmediatamente, sin consultar a nadide, sin ir a Jerusalén, me retiré a Arabia. (13-17). — 3º *Segunda prueba:* sus primeras relaciones con Pedro y sus trabajos en Siria y en Cilicia: Tres años más tarde solamente, hice a Jerusalén una corta visita, en la cual vi tan sólo a Cefas y a Jacobo; ocupado en otros países, quedé desconocido de las iglesias de Judea que sin embargo glorificaban a Dios al saber que el antiguo perseguidor anunciaba la fe. (18-24).

11 Mas os hago conocer, hermanos, el evangelio anunciado por
12 mí, que no es según el hombre, pues tampoco yo lo recibí de

hombres, de buscar su favor, como se le reprochaba. Es probable, en efecto, que sus adversarios le acusaban de buscar el favor de los hombres descargándoles del yugo de la ley.

12. "Si yo agradara *aún*..."; había habido un tiempo en que Pablo agradaba a los hombres: era cuando vivía como fariseo. Comp. sobre el pensamiento del mismo, Rom. 15:1-3, donde es presentado más completo y bajo sus dos fases opuestas en apariencia.

13. La declaración solemne del v. 11 no tiene por objeto establecer que el *evangelio*, en sí, no es de origen humano; ninguno en las iglesias de Galacia negaba su divinidad; mas Pablo, a fin de justificar la autoridad absoluta que acaba de asumir (v. 8, 9), se empeña en protestar que el evangelio *anunciado por él* no le venía de ningún hombre. Explica claramente su pensamiento a este respecto (v. 12), como lo había hecho ya en las primeras palabras de su carta. (Vers. 1.) No ha *recibido* el apostolado del evangelio por la autoridad de *un hombre;* ni siquiera *fué enseñado* (así dice el griego) por los hombres, sino directamente por *revelación de Jesucristo*. Esta expresión designa en primer lugar la aparición del Salvador a Saulo de Tarso sobre el camino de Damasco (Actos 9:3 y sig.; 22:6 y sig.; Gal. 1: 15 y sig.), pues a esa aparición remontan no solamente la conversión de Pablo y su misión apostólica, sino el contenido entero de su enseñanza, de su predicación. Mostrándose en su gloria celeste al que le perseguía como a un impostor, Jesús le había convencido del error en que estaba y de la falsedad de ese sistema judío y farisaico cuyo ardiente defensor se había hecho. Su aparición arrojó a Saulo de Tarso en una crisis moral en la cual su viejo hombre recibió la herida de muerte para ceder el lugar a un hombre nuevo. Esta transformación moral tuvo por consecuencia una transformación completa en sus ideas; ella produjo ese *evangelio* que Pablo debía predicar y que en sus grandes rasgos y en sus caracteres distintivos lleva la marca de la repentina y radical conversión del apóstol. "Impotencia del régimen legal para salvar al hombre, salvación gratuita, fin de la economía mosaica por

hombre ni me fué enseñado, sino por revelación de Jesucristo [13].
13 Habéis oído en efecto mi conducta en otro tiempo en el judaísmo,
14 que excesivamente perseguía la iglesia de Dios y la asolaba, y
progresaba en el judaísmo más que muchos de mi edad en mi
raza, siendo mucho más celoso de las tradiciones de mis padres [14].
15 Mas cuando pareció bien al que me apartó desde el vientre de mi

el advenimiento de la salvación mesiánica, divinidad del Mesías, destino universal de su obra, todos estos elementos de la nueva concepción religiosa de Pablo, de *su evangelio* (Rom. 2:16; 16:25), estaban implícitamente contenidos en el hecho que operó su conversión y se desprendieron de él gradualmente para su conciencia, en la evolución que se operó en él bajo el rayo del Espíritu durante los tres días que siguieron a ese hecho decisivo". *Godet*, comp. s. la ep. a los Rom. I, p. 25. Comp. también nuestra introd. gener. a las ep. de Pablo, pág. 17 y sig. Después de esta gran revelación inicial el Señor acordó a Pablo, en el curso de su ministerio, otras revelaciones directas (Gál. 2:2; Efes. 3:3; 2 Cor. 12: 1-7; 1 Cor. 9:1; 15:8; Actos 18:9), visiones proféticas (Actos 16:9; 18: 9; 23:1), direcciones sobrenaturales del Espíritu Santo (Actos 16:7; 18: 5; 20:22, 23; 21:4). En estas comunicaciones excepcionales, el apóstol encontraba una abundante compensación de lo que había sido privado al no ser, como los otros apóstoles, testigo de la vida terrestre de su Maestro. Resulta de ahí que ninguno, entre los doctores o pastores de la iglesia, tiene derecho de emplear el lenguaje de Pablo, puesto que ninguno ha recibido personalmente ni su misión ni su doctrina por revelaciones directas de Jesucristo. Resulta de ello también el deber de llevar incesantemente toda enseñanza humana, y aun la doctrina de la iglesia entera, a la piedra de toque, sola infalible, de los escritos apostólicos. Querer rebajar este testimonio apostólico al nivel de una simple enseñanza religiosa, tal cual todo cristiano iluminado puede darla, es negar o ignorar los hechos más patentes del Nuevo Testamento. Estos dos versículos (11 y 12) contienen el tema entero de la demostración histórica que va a seguir y por la cual Pablo establece que su evangelio es independiente de los hombres. (Cap. 1 y 2.) Por esto comienza con una declaración solemn: *Os hago conocr, hermanos* (comp. 1 Cor. 15:1, nota), como si sus lectores no tuvieran ningún conocimiento de ello, lo que para muchos era posible.

14. Recordando estas circunstancias notorias de su vida, el apóstol quiere probar aun *(pues)* que había recibido su evangelio directamente de Jesucristo, puesto que había sido bruscamente convertido y llamado al apostolado, sin ninguna intervención de los hombres. Al mismo tiempo, muestra que demasiado bien ha conocido, por su propia experiencia, esas *tradiciones de los padres* que los falsos doctores querían imponer de nuevo a los discípulos del Salvador. Esas tradiciones no eran solamente la ley, sino todo el conjunto de los preceptos farisaicos, todo lo que él llama el *judaísmo*. El era celador al punto de *perseguir* y *asolar* la Iglesia (Actos 9:1, 21). Su conversión era pues inexplicable sin una intervención divina.

16 madre [15] y me llamó por medio de su gracia, revelar su Hijo en
mí [16], para que yo le anunciara entre los gentiles, luego no con-
17 sulté a carne y sangre [17], ni subí a Jerusalén a los que eran após-
toles antes que yo, sino que me fuí a Arabia [18] y otra vez volví
18 a Damasco. Después, pasados tres años [19], subía a Jerusalén para
19 conocer a Cefas, y quedé con él quince días [20]. Mas a otros de
20 los apóstoles no ví, sino a Jacobo el hermano del Señor [21]. Y en
lo que os escribo, he aquí en presencia de Dios, no miento [22].

15. *Desde el vientre de mi madre*, es decir sin ningún mérito de mi parte, sin consideración posible a mis obras. (Rom. 9:11; Isa. 44:2; 49: 1; Jer. 1:5; Sal. 139:15, 16.) El texto recibido tiene: "Cuando plugo a *Dios* que..."; esa palabra no es auténtica. Nuestra versión restablece la verdadera lección.

16. "Así como todo el conjunto del reino de Dios tiene su tiempo señalado para el cumplimiento de las promesas (4:4), del mismo modo también la salvación de cada redimido. Cuando ese momento decisivo llegó para Pablo en su viaje a Damasco, Dios cumplió en él el consejo eterno de su *elección* por la *vocación*, a fin de hacer de él un instrumento bendecido para la propagación del evangelio. La elección se presenta pues aquí como enteramente independiente de las obras. Es la *gracia* (a la que el apóstol atribuye aquí todo) lo que, al mismo tiempo, le *apartó, le llamó*, y *reveló el Hijo de Dios en él*. Estos últimos términos no deben pues entenderse solamente de la aparición externa de Jesucristo al apóstol, sino de todo el conjunto de la operación de la gracia, por la cual Cristo fué revelado interiormente, en su corazón, como el Hijo eterno de Dios". *Olshausen*. Y revelando así al Salvador en él, Dios hizo comprender a Pablo que era a fin de que le *anunciara a los gentiles* (a las "naciones"). Conversión y apostolado fueron una misma obra divina en él. (Comp. Actos 22:21.)

17. Es decir ni las inclinaciones de su propio corazón, ni los consejos o las instrucciones de ningún hombre, de ninguno de los apóstoles. (Vers. 17). Ni siquiera menciona aquí sus relaciones con Ananías, que no tenía por misión instruirse. (Actos 9:15). La palabra *luego* se refiere a todo el conjunto de las tres frases hasta *me fuí*. (Vers. 17.)

18. Según el relato de los Actos, habría empezado inmediatamente a predicar el evangelio en las sinagogas de Damasco. (Comp. Actos 9:20, nota.)

19. *Tres años*, a partir de su conversión; Pablo predicó el evangelio todo ese tiempo sin haber visto a los apóstoles.

20. Comp. Actos 9:26-30, notas. Lucas menciona otras circunstancias de esta residencia en Jerusalén, pero es la misma. El texto recibido dice aquí *Pedro* en lugar de *Cefas*. (Comp. 2:9, 11, 14.) Pablo insiste en la corta duración de quince días para apartar la idea de que hubiera recibido entonces instrucciones de Cefas o de otros. El versículo siguiente tiene el mismo fin.

21. Véase la introducción a la epístola de Jacobo.

22. Gr. "Y lo que os escribo, hé aquí, en presencia de Dios, que no miento". (Comp. Rom. 9:1; 2 Cor. 11:31.) Esta atestación, en un re-

21 Después fuí a las regiones de Siria y de Cilicia. Y era descono-
22 cido de rostro a las iglesias de Judea que son en Cristo; mas sólo
23 oían: "El que nos perseguía en otro tiempo, ahora anuncia la
24 fe que en otro tiempo asolaba". Y glorificaban a Dios por causa
de mí [23].

lato aún no concluído, parece referirse sobre todo al v. 19. Y ése era en efecto el punto importante.

23. En su relato de todas estas circunstancias, Pablo no tiene otro fin que el demostrar cuán independientes quedaron de toda influencia humana, aun respecto de los apóstoles, su vocación al apostolado y los primeros años del ejercicio de su ministerio. El Señor solo había operado todo en él y por él. De ahí la autoridad de su misión, que opone a las pretensiones de los falsos doctores. La misma intención se manifiesta en el relato de los hechos que van a seguir. (Cap. 2.)

CAPITULO II.

I. *Pablo, continuando la demostración de la completa independencia de su apostolado, cuenta cómo fué reconocido su ministerio por los otros apóstoles de Jerusalén, cuando ya había desempeñado las funciones durante catorce años, 1-10.* — II. *Recuerda que resistió a Pedro, cuya conducta estaba en contradicción con el principio evangélico, 11-21.*

I. 1-10. Continuación. — *Tercera prueba:* CÓMO LLEGÓ PABLO A HACER RECONOCER SU MINISTERIO POR LOS APÓSTOLES DE JERUSALÉN. — 1º Muchos años más tarde, habiendo subido a Jerusalén con Barnabas y Tito, expuse a los demás apóstoles el modo como predico el evangelio; nadie obligó a Tito a hacerse circuncidar; y en cuanto a los falsos hermanos que se insinuaban entre nosotros para espiar nuestra libertad cristiana y trabarla, les resistimos, a fin de guardar la verdad. (1-5). — 2º Esos apóstoles más considerados, de los cuales me siento completamente independiente, nada de nuevo nos impusiron; al contrario, cuando vieron la acción de la gracia de Dios en mi apostolado entre los paganos, nos dieron fraternalmente la mano de asociación. (6-10).

1 Después, pasados catorce años otra vez subí a Jerusalén con
2 Barnabas, tomando conmigo también Tito [1]; mas subí según re-

1. Este *después* corresponde al del cap. 1:18, como éste continuaba el relato de los v. 15 y sig. Uno y otro pueden tener por punto de partida la época de la conversión de Pablo. Si, al contrario, son sucesivos, según la opinión de algunos intérpretes, estos *catorce años* nos llevarían al décimo

velación [2], y les expuse el evangelio que predico entre los gen-
tiles, mas en privado a los reputados [3], no fuera que, en algún mo-
3 do, corriera o hubiera corrido en vano [4]. Pero ni aun Tito que

séptimo año después de su conversión. Es pues muy difícil determinar cuál de sus viajes a *Jerusalén* tiene en vista aquí el apóstol. La opinión de los intérpretes varía entre los tres referidos por Lucas en los Actos (11:29, 30; cap. 15; cap. 18), y las circunstancias históricas en cuanto nos son conocidas, no se adaptan perfectamente a ninguno de los tres. Gerlach admite el viaje del cap. 18; hay mucha más probabilidad en favor del del cap. 15, es decir que esa conferencia de Pablo con los apóstoles de Jerusalén sería lo que se ha llamado el concilio apostólico. Colocando, como se hace ordinariamente, la conversión de Pablo en el año 36 de nuestra era, y contando los *catorce años* desde su conversión, se llega al año 50, generalmente admitido como la época del concilio apostólico. Si así es, no habría pues que entender las primeras palabras de nuestro capítulo como si Pablo quisiera decir que no hizo viaje a Jerusalén antes de esa época, puesto que él mismo acaba de recordar uno (1:18), y que Lucas refiere dos anteriores. (Actos cap. 9 y 11. Comp. 11:30, nota.) Lo que importa aquí a nuestro apóstol, es sentar bien estos dos hechos: 1º que fué elevado al apostolado y lo ha ejercido durante largos años de una manera completamente independiente de los hombres, por la autoridad de Jesucristo solo; 2º que después de eso su ministerio ha sido solemnemente reconocido por los otros apóstoles del Señor (v. 2, nota; v. 7-10, nota), de modo que está en perfecta armonía con esos apóstoles cuya autoridad invocaban contra él los falsos doctores judaizantes. Por esto también recuerda que estaba acompañado por dos de sus compañeros de tarea, Barnabas y Tito, uno de los cuales era de origen israelita, el otro pagano de nacimiento. Tomando a este último consigo, quería tentar una prueba decisiva: si Tito era tratado como un hermano por los cristianos de Jerusalén, recibido en sus asambleas, en sus ágapes, la causa de los paganos estaba ganada, y Pablo llevaba consigo a Antioquía la prueba viviente de su victoria. (Comp. v. 3, nota.)

2. Esta circunstancia no es referida en el libro de los Actos, pero Pablo recibió una *revelación* de lo alto que le confirmó la resolución de toda la iglesia de Antioquía (Actos 15:1, 2, nota), o bien esa resolución misma fué tomada por una dirección especial de Dios.

3. Esta designación de los apóstoles, repetida aquí varias veces (v. 6 y 9), era sin duda empleada con afectación marcada por los que oponían la autoridad de esos apóstoles a la de Pablo. Debía pues tanto más tratar de exponerles *en privado*, aparte de todos los demás, la manera como predicaba él el evangelio.

4. Pablo, llegado a Jerusalén, *expuso* a sus compañeros de tarea en el apostolado *el evangelio que predicaba* y el modo como lo predicaba, no para pedir su aprobación o su autorización, lo que estaría en contradicción con la independencia de su ministerio, que precisamente quiere demostrar aquí, sino que procuró, por humilde amor de la paz y en interés del evangelio, establecer su perfecto acuerdo con ellos, a fin de que, por una parte, los

4 estaba conmigo, siendo griego, fué obligado a circuncidarse[5] por
causa de los falsos hermanos que se habían entrado secreta-
mente, los cuales habían entrado secretamente para espiar nues-
5 tra libertad que tenemos en Cristo Jesús, para esclavizarnos, a
los cuales ni aun por un momento cedimos en sujeción, para que
6 la verdad del evangelio permaneciera con vosotros[6]. Mas de los

falsos doctores no pudieran apoyarse más en su autoridad ni aun pretender haber ido enviados por ellos, para restablecer el reinado de la ley; y para que, por la otra, no surgieran diferencias reales entre él y los otros apóstoles. En ambos casos la acción de Pablo hubiera sido trabada; podía temer *haber corrido en vano.* ¡Sería enseñanza sobre la importancia de mantener la unidad y la armonía entre los siervos de Dios que trabajan en las diversas partes de su reino!

5. Si se tiene en cuenta los prejuicios judaicos que reinaban aún entre los cristianos de Jerusalén (por ejemplo Actos 11:1 y sig.), se convendrá que debía parecerles muy extraño ver a un incircunciso como colaborador de nuestro apóstol. Y sin embargo todos reconocieron su libertad de acción, al punto de no exigir la circuncisión de Tito, que Pablo no habría acordado seguramente en esas circunstancias, bien que él mismo poco después haya hecho circuncidar a Timoteo. (Actos 16:3, nota.) No atribuía importancia alguna a esas ceremonias de la ley, con tal que no se las invocara para debilitar o arruinar la doctrina de la salvación por gracia; mas en este caso, se oponía con la mayor energía. (Comp. 5:3-6, nota.)

6. Estos dos versículos (4 y 5) dan la razón por la cual Tito no fué circuncidado: *a causa de los falsos hermanos,* que, imbuidos de prejuicios farisaicos, se habían *deslizado* en la asamblea y buscaban, precisamente en la santa *libertad* cristiana dada por la justificación por la fe sola, un pretexto para atacar el evangelio de Pablo. "En toda otra circunstancia, parece decir el apóstol, no habríamos puesto dificultad alguna respecto de Tito; mas entonces ni los apóstoles de Jerusalén, ni nosotros *les cedimos, ni por un instante*". Cederles no habría sido soportar los hermanos débiles, ni renunciar voluntariamente y por caridad a una libertad legítima, como nuestro apóstol mismo lo ha recomendado con instancia (Rom. cap. 14; 15:1-3; 1 Cor. cap. 8; cap. 9), sino que habría sido renegar la *verdad,* una doctrina fundamental del evangelio, y volver a poner a los cristianos, principalmente a los paganos convertidos, bajo el yugo de la ley. Esta admirable distinción que Pablo hacía así, es de la mayor importancia y de aplicación diaria en nuestro tiempo todavía. Cuando se trataba de cristianos débiles, poco entendidos, timoratos en su observancia de la ley (de la que no hacían una condición de la salvación, sino por la cual procuraban obedecer a Dios según sus luces), el apóstol ordenaba soportar, y él mismo declaraba que se hacía judío con los judíos, todo a todos (1 Cor. 9:20-22), porque esperaba con ello llevarles a una libertad mayor, mientras que habría temido apartarlos ofendiéndoles o imponiéndoles más independencia que la que su conocimiento o su fe comportaba. Mas

que eran reputados ser algo,—cuales hayan sido alguna vez nada
me importa, Dios no considera la apariencia del hombre. . .,—a mí,
7 en efecto, los reputados nada me añadieron[7], sino al contrario,
viendo que me había sido confiado el evangelio de la circunci-
8 sión conforme a Pedro de la circuncisión,—pues el que obró por
Pedro para el apostolado de la circuncisión obró también por mí
9 para los gentiles[8].—y conociendo la gracia que me había sido

cuando algunos hombres se erigían orgullosamente en doctores, enseñaban la necesidad de observar la ley para ser salvado, y trastornaban así la gran doctrina de la justificación por la fe, entonces Pablo, y con él los otros apóstoles, *no les cedían, ni siquiera por una hora, para someterse a ellos.* (Actos 16:3, nota; Rom. 14: 1-4, nota.) Sin lo cual la *verdad del evangelio,* lejos de ser *mantenida,* habría perecido ciertamente.

7. Pablo acaba de decir de qué manera mantiene él la verdad frente a los falsos hermanos. En cuanto a los apóstoles mismos *más considerados* (Gr. "reputados ser algo" de grande), por estimados que sean o que merezcan ser, *poco importa,* yo conservo toda mi independencia respecto de ellos, por la sencilla razón de que *Dios no considera la apariencia* (Gr. "el rostro") *del hombre*". "Nadie, ni siquiera Pedro, Juan, ni Jacobo, goza de un favor especial de Dio, de tal modo que Dios sea dependiente de él y que se pueda decir: lo que no viene de él es sin valor. Pedro no es mayor que otro delante de Dios y, en la balanza divina, no pesa más que Pablo. Pedro siguió a Jesús desde el Jordán hasta el Gólgota; no resulta de ello que Dios deba realizar todo por él y no pueda escoger a Pablo por instrumento. . . .El apóstol se expresa en este tono incisivo porque combate a personas que, por su adhesión al hombre, le atribuyen como propio el honor que solamente le es prestado por Dios. Pide que no se haga de un apóstol, aun fuese de Pedro, más que un hombre. Lutero decía: Mi persona importa poco; Dios sabrá crear diez doctores Martín. Pablo dice igualmente de Pedro, Jacobo y Juan: "Cuales hayan sido, no importa". *Schlatter.* Y ellos con toda humildad compartían su sentimiento, puesto que él puede añadir: *nada me impusieron* o (Gr.) "comunicaron demás, *añadieron*" en cuanto a la doctrina o al ejercicio del apostolado. Hay que observar por lo demás que estas palabras un poco rudas no se dirigían a los apóstoles, sino a los falsos doctores que usaban y abusaban del nombre de ellos para oponerse a Pablo.

8. Y en esto mismo, en esta "demostración de espíritu y de potencia" los apóstoles de Jerusalén debieron necesariamente reconocer el sello de Dios sobre el ministerio de Pablo. Por lo demás, estos dos campos de trabajo asignados aquí a Pedro y a Pablo no estaban delimitados de una manera absoluta; los primeros paganos fueron llevados al evangelio por Pedro (Actos 10), y Pablo, en todos sus viajes misioneros, predicaba primero en las sinagogas. Pero es exacto que desde su conversión (Actos 9: 15), y más tarde aun (Actos 22: 17-21), Pablo había recibido por misión especial la evangelización de los paganos, lo que fué en efecto la obra de su vida. Esta misión, que venía

dada, Jacobo y Cefas[9] y Juan, que eran reputados ser columnas
dieron a mí y a Barnabas las diestras de comunión[10] para que
10 fuéramos nosotros a los gentiles y ellos a la circuncisión [reco-
mendándonos] sólo que nos acordáramos de los pobres, lo mismo
que también fuí diligente en hacer[11].

II. 11-21. Continuación. — *Cuarto prueba:* PABLO RESISTE A CEFAS. — 1º — Habiendo llegado Pedro a Antioquía le resistí, porque bajo la influencia de emisarios llegados de Judea, se apartaba de los hermanos convertidos del paganismo, no queriendo comer ya con ellos, y porque el ejemplo de esta disimulación era seguido por otros. (11-14). — 2º Nosotros mismos, judíos, renunciando a ser justificados por las obras de la ley, hemos creído en Jesucristo para serlo por la fe en él; si buscando, pues, esta justificación, mostramos por nuestra conducta que no la hemos obtenido, ¿es falta de Cristo? ¡No! pues si yo reconstruyo el falso sistema de la justicia propia, me constituye transgresor. (15-18). — 3º Mas no es así, pues por la ley estoy muerto a la ley; crucificado con Cristo, él es quien vive en mí después de haberse dado por mí; desechar esta gracia, volver a la ley, sería decir que Cisto murió en vano. (19-21).

11 Mas cuando fué Pedro a Antioquía[12] me opuse a él en su

directamente del Señor, no podía ser desconocida de sus hermanos en el apostolado.

9. Pedro. (Comp. Juan 1:43; Mat. 16:18).

10. Gr. "Las diestras de *comunión*". Todos, dándoles la *mano de asociación*, los reconocieron solemnemente como siendo sus compañeros de tarea y trabajando en la misma *comunión* fraternal, que procede de la unión de cada miembro con el Salvador. (Comp. Octos cap. 15). El relato de Lucas se encuentra así completado por estas palabras de Pablo. Si los apóstoles mismos ponían tanta importancia en ser *reconocidos* por sus condiscípulos en la comunión de la iglesia, ¡cuánto más deben hacerlo los otros siervos de Dios, en interés de la unidad y de la caridad! Aislarse, fraccionarse al infinito, no querer más que *iglesias* y olvidar *la Iglesia*, no es un fruto del Espíritu de Dios.

11. Muchos pasajes de sus cartas muestran, en efecto, con qué cuidado cumplía Pablo esta *recomendación* de la iglesia. Este deber le era dictado por lo demás por su caridad. (Véase Actos 11:30; Rom. 15:25; 1 Cor. 16:1-4; 2 Cor. 8 y 9.) El cuidado de los pobres, de los enfermos, de todos los seres que sufren, fué, desde el origen, no solamente un fruto del amor cristiano, sino un vínculo poderoso entre las iglesias judeo-cristianas y las que salían del paganismo. Este medio, constantemente unido a la predicación del evangelio, será, aún en nuestros días, el más potente para llevar a Jesucristo una generación que se aleja de él.

12. Antioquía de Siria, asiento de una iglesia numerosa, compuesta en gran parte de paganos convertidos. (Comp. Acto 13: 1 y sig.) Pablo había vuelto a Antioquía después del concilio de Jerusalén (Actos 15: 33-35). La época en que Pedro fué allí no es indicada, pero es probable

12 rostro, porque era censurado[13]. En efecto, antes de llegar algu-
nos de parte de Jacobo comía con los gentiles[14], mas cuando lle-
garon se retraía y apartaba, temiendo a los de la circuncisión[15].
13 Y disimularon con él también los demás judíos, de modo que tam-
14 bién Barnabas fué llevado por la hipocresía de ellos[16]. Pero

que fuera más tarde, durante una permanencia de Pablo en Antioquía entre su segundo y su tercer viaje misionero. (Actos 18:22, 23, notas.)

13. "Porque era censurado, acusado", o aun "condenado", sin duda por cristianos de Antioquía a quienes su conducta escandalizaba. Los versículos siguientes muestran por qué. Pablo cuenta este acontecimiento para convencer tanto mejor a los Gálatas de la independencia de su apostolado, y de la importancia que debían atribuir a la doctrina fundamental de la justificación por la fe sola. Este relato completa el que precede y forma la introducción más natural a la parte de la epístola que va a exponer de nuevo la gran doctrina en cuestión.

14. *Comía* con los cristianos convertidos del paganismo, es decir vivía en comunión con ellos. (Luc. 15:2.) Esta libertad chocaba a los cristianos judaizantes (Actos 11:3), y esto principalmente porque, en sus comidas y su alimentación, los paganos no observaban las disposiciones de la ley mosaica y de la tradición judía. (Comp. Lev. 11; Actos 15:20, 28, 29; Mar. 7:1 y sig.)

15. No se dice con qué objeto esos *algunos iban* (de Jerusalén a Antioquía) *de parte de Jacobo;* es dudoso de que fueran encargados por este apóstol de obrar en un espíritu judaizante, pues, aunque él mismo observaba la ley, había reconocido positivamente el ministerio de Pablo entre los paganos. (Vers. 9; comp. Actos 15:13 y sig.) Sea lo que fuere, bajo la influencia de esas personas venidas de Judea, Pedro *se retraía y apartaba* momentáneamente y afectaba un judaísmo que, bajo la autoridad y el ejemplo de un apóstol tan grande, podía ejercer en la iglesia una influencia perniciosa sobre la doctrina misma. El v. 13 suministra la prueba de ello. El motivo de tal conducta, indicado en el v. 12, estaba completamente en armonía con el carácter de ese discípulo: Pedro fué arrastrado por ese temor de los hombres que tiempo antes había causado su negación.

16. Traducción literal. No hay que sacar nada de la fuerza de estas expresiones, pues, al agravar la falta de Pedro, refutan anticipadamente las consecuencias erróneas que se podrían sacar, y que a menudo en efecto se ha procurado deducir de esta falta. "¿Dónde está, hase dicho, la unidad de doctrina en los apóstoles? ¿Dónde su autoridad absoluta en las verdades de la salvación? Hé aquí dos de los mayores apóstoles en evidente contradicción sobre el punto más importante de la doctrina". No hay nada en este relato que dé lugar a esas conclusiones, ni que haga necesarias las hipótesis a que se ha recurrido para explicarlo, ni que justifique una teoría de la inspiración según la cual los escritos solos de los autores sagrados habrían sido inspirados y no su persona y su enseñanza oral. En efecto, a Pedro mismo fué revelada primero la gran verdad de la salvación de los paganos por la fe sin las obras de la ley. (Actos 10.)

cuando vi que no andaban en línea recta según la verdad del
evangelio, dije a Cefas delante de todos: Si tú, siendo judío, vi-
ves como gentil y no como judío, ¿cómo obligas a los gentiles a
15 judaizar? [17] Nosotros somos judíos por naturaleza y no pecado-

Convertido en el primer heraldo de esta verdad, y, a causa de ello, acusado por los cristianos judaizantes de Jerusalén, se justifica delante de todos, apoyándose en la revelación expresa de Dios y del don del Espíritu Santo acordado a los paganos convertidos. (Actos cap. 11.) Por último la cuestión es solemnemente llevada por Pablo y Barnabas ante los apóstoles y la iglesia de Jerusalén (Actos cap. 15), y es Pedro quien, el primero, toma la palabra y defiende con energía la libertad cristiana de aquellos a quienes Dios ha llamado a la fe del seno del paganismo. "Ahora pues, concluye, ¿por qué tentáis a Dios queriendo imponer a los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Mas creemos que seremos salvados por la gracia del Señor Jesucristo, lo mismo que ellos". (Actos 15:10, 11.) Luego después, Pedro va a Antioquía... ¿Ha cambiado de convicción? No, puesto que su conducta judaizante es declarada una *hipocresía*. ¿Enseña él una doctrina contraria a la de Pablo sobre la ley y sobre la gracia? De ningún modo, así como. al negar a su Maestro en el atrio de Caifás, no profesaba una teoría de la traición. Aquí, como entonces, comete una falta, un pecado, y por la misma debilidad de su corazón el *temor* de los hombres, como Pablo lo declara positivamente. (Vers. 12.) En principio, ambos apóstoles están perfectamente de acuerdo, profesan la misma verdad; pero en la conducta, Pedro es un momento inconsecuente a esa doctrina. Sucumbe a una tentación hacia la cual se inclinaba su carácter natural, y Pablo le reprende: hé ahí todo el sentido de este suceso. Ahora bien: ninguno en la iglesia, aun admitiendo completamente la autoridad apostólica, ha soñado jamás en reivindicar para los apóstoles la impecabilidad. (Comp. Actos 15:39; 23:3 y sig.) UNO SOLO ha tenido el derecho de decir: "¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?" Por lo demás, Pedro podía tanto más fácilmente hacerse ilusiones sobre el alcance y las consecuencias de su debilidad en esta ocasión, cuanto que las observancias de la ley eran aún religiosamente guardadas por todos los cristianos de Palestina, y Pablo mismo no tenía el menor escrúpulo en someterse a ellas cuando las circunstancias le garantían que la doctrina de la salvación por gracia no recibiría ningún daño. (Comp. 2:3-5, nota, y principalmente Actos 21:20 y sig., nota). Por último, todo induce a creer que Pedro reconoció su error, y así no fué menos admirable en su humildad, que Pablo en su celo enérgico por la verdad: sufrir la reprensión es más difícil aun que darla. ¡Y hé ahí el hombre de quien se ha querido hacer el príncipe de los apóstoles y el primero de los papas! Ese papa habría sido pues menos infalible que sus sucesores. ¡Es verdad que para estar cómodo se ha empezado por acreditar la invención de que no se trata, en este capítulo, del apóstol Pedro, sino de algún discípulo que llevaba ese nombre!

17. Antes de la llegada de los judaizantes, Pedro bien que judío de

16 res de entre los gentiles [18], mas sabiendo que no es justificado el
hombre por las obras de la ley si no lo fuere por medio de la fe
en Cristo Jesús, nosotros también hemos creído en Cristo, para
ser justificados por fe en Cristo y no por las obras de la ley, por-
17 que por las obras de la ley ninguna carne será justificada [19]. Mas
si, procurando ser justificados en Cristo, fuéremos hallados nos-
otros también pecadores, ¿es pues Cristo ministro de pecado?
18 ¡Nunca tal acontezca! En efecto, si aquello que destruí otra vez
19 edifico, yo mismo me muestro transgresor [20]. Yo, en efecto, por

nacimiento, *vivía al modo de los gentiles* convertidos, es decir que comía con ellos (v. 12) y no se sometía ya a las prescripciones de la ley. Dios mismo le había conducido por ese camino (Actos cap. 10), y tal había sido desde entonces, se puede suponer, su práctica habitual. Mas, desde que los enviados de Jacobo están en Antioquía, empieza a observar rigurosamente la ley: era proclamar que esa observación era necesaria para la salud, y obligar, moralmente, por la autoridad de su ejemplo, a los cristianos de Antioquía, salidos del paganismo, a *judaizar*. Tal es el reproche de Pablo. Después de haber expresado, lo motiva, en los versículos siguientes, por la exposición de la doctrina que se trataba de preservar intacta.

18. Después de haber leído Rom. 3:9, ninguno podría ser tentado a interpretar aquí las palabras del apóstol como si quisiera decir que los judíos no son *pecadores*. Sería aun directamente lo opuesto de su pensamiento, puesto que declara precisamente que ellos, *Judíos por naturaleza*, no pueden ser justificados por las obras de la ley, sino únicamente por la fe en Cristo Jesús. (Vers. 16) Y si para ellos, judíos de nacimiento, no había otro medio de salvación, ¡cuánto menos para los *pecadores de entre los paganos*, que los falsos doctores, y Pedro mismo al judaizar, querían reconducir al yugo de la ley!

19. Rom. 3:20. La doctrina fundamental de la *justificación* del pecador *por la fe* sola, sin las *obras de la ley*, ha sido expuesta por el apóstol en Rom. 1:17; cap. 3-5. (Véase las notas, y comp. aquí los cap. 3 y 3.) Estas palabras (v. 15 y 16) prueban que Pablo está convencido de hallar en Pedro la *doctrina* que él mismo profesaba, pues, estas palabras: *nosotros, judíos de nacimiento, sabiendo*, etc., abarcan a ambos. (Comp. v. 13, nota.) Ahora bien: la vista de judíos repudiando toda confianza para la salvación en las *obras de la ley*, y apoyándose únicamente en la *fe en Jesucristo*, debía hacer una profunda impresión en los paganos convertidos a quienes algunos falsos doctores, en parte, habían llevado nuevamente bajo la ley. Importaba, pues, tanto más que el ejemplo de Pedro en Antioquía no fuera a debilitar esa impresión y turbar la fe que Pablo había predicado.

20. Pablo continúa su demostración sin indicar si estas palabras forman aun parte del discurso dirigido a Pedro (v. 14); o si se vuelve ahora a los Gálatas. Algunos exégetas limitan (sin razón) ese discurso al v. 14; otros lo extienden hasta el v. 16; otros, hasta el fin del capítulo. Poco importa en cuanto al sen-

20 medio de la ley he muerto a la ley, para vivir a Dios[21]. Con Cris-
to estoy crucificado, y vivo no ya yo, sino que vive Cristo en mí,

tido. Pero, es este sentido mismo el que, aquí (v. 17 y 18), ha dado lugar a interpretaciones muy diversas. A primera vista, sería uno tentado a aplicar estas palabras a la *santificación,* más bien que a la *justificación,* y entenderlas como sigue: "Si nosotros, que admitimos la salvación del hombre por la fe en Cristo, quedamos, sin embargo, en el pecado (pecado actual y corrupción), ¿no hacemos de Cristo el *ministro del pecado?* ¿No es decir que él lo autoriza? ¡Lejos de nosotros tal blasfemia! pues, si yo reedifico precisamente lo que he querido destruir, una libertad carnal; si digo: pequemos, a fin de que la gracia abunde, yo, ¡yo mismo soy un transgresor!" Mas esta interpretación no entra en el conjunto del razonamiento de Pablo, que, evidentemente, discute dos medios opuestos de *justificación:* la fe en Cristo y las obras de la ley. He aquí pues más bien lo que quiere decir: Si nosotros, judíos, que hemos reconocido que no podemos ser justificados por las obras de la ley (v. y 15 y 16) y que *procuramos* serlo *en Cristo,* por la fe en su nombre, *fuéramos* aún, nosotros también, *hallados pecadores* (como esos pecadores de entre los paganos, v. 15), es decir no justificados, sin justicia, y así nuestra fe en Cristo se hubiera mostrado insuficiente y vana, —entonces, *¿sería pues Cristo ministro del pecado* (y no de la justicia)? ¿sería causa de que, por él, renunciáramos a la justicia de la ley, y nos dejaría en el pecado y la condenación? ¡Lejos de nosotros tal pensamiento, tal blasfemia! *Pues, si* (como Pedro querría hacerlo judaizando) *reedifico lo que destruí,* es decir la ley, la justicia por las obras, muy lejos de ser Cristo ministro del pecado, *yo mismo* me *constituyo* (o Gr. "me recomiendo", con ironía) *transgresor.* ¿Cómo? Porque recurro nuevamente a esa ley que he violado, que me condena, y porque yo mismo he *transgredido* aun más no observándola ya, rechazándola. Esto dicho, el apóstol prosigue su argumentación y prueba (v. 19) que no hay nada de fundado en la suposición que acaba de hacer, sino que la ley ha cumplido su obra en él de una manera mucho más profunda, hasta hallar él en otra parte una verdadera justicia, una vida nueva. Los que engañaban a los Gálatas no pretendían, sin duda, que debieran absolutamente negar a Cristo y renunciar a la fe en él como medio de salud; mas semejantes a millares de cristianos de nuestros días, especialmente en el seno del catolicismo, buscaban la salud al mismo tiempo en las obras del hombre y en la obra de Cristo. Ahora bien: el apóstol declara siempre, y con la mayor energía, que esos dos medios se excluyen y que es necesario elegir entre la ley y la gracia. (Comp. cap. 3 y cap. 5:2-4.)

21. ¿Qué quieren decir estas palabras: *Por la ley, yo he muerto a la ley,* por medio de las cuales el apóstol motiva la declaración que precede? Agustín responde: "Es que, como judío, considera la ley como un pedagogo que le ha llevado a Cristo (3:24); ahora bien: la tarea de un educador es la de hacerse inútil con el tiempo. Es así como el niño es alimentado en los pe-

y lo que ahora vivo en carne lo vivo en la fe en el Hijo de Dios
21 que me amó y se entregó a sí mismo por mí[22]. No desecho la

chos de su madre, a fin de que luego no tenga más necesidad de ello, lo mismo que se abandona el navío que os ha traído a la ribera de vuestra patria. O bien, aun, el apóstol quiere que el sentido simbólico, ceremonial, carnal de la ley, nos descubra el sentido espiritual de ella, y que abandonemos el primero para vivir bajo el segundo". Hay verdad en esta doble interpretación, pero no va al fondo de las palabras del apóstol. Hay que buscar el comentario de éstas en Rom. 7:7-12. Allí nos hace saber cómo la ley, reconocida y sentida en toda su espiritualidad y su inviolable santidad, acusa, condena y mata al pecador haciendo "al pecado excesivamente pecaminoso". Por la ley muere a la ley que desespera de cumplir jamás; muere al mismo tiempo a sí mismo y a toda justicia propia, y se siente forzado a buscar *en otra parte* su vida. Esta experiencia dolorosa la hizo Pablo en particular en el momento de su conversión, cuando vió derrumbarse todo el edificio de su justicia legal. Si hubo alguna vez un hombre *muerto,* fué Saulo de Tarso después de la aparición de Jesús. En esta situación sin salida y desesperada, a la cual le redujo la ley y el celo mismo que mostró para obedecerla, en este estado de muerte se presenta a él la fe en Cristo, que le justifica y le vivifica, a fin de que en lo sucesivo *viva a Dios,* es decir en Dios y para Dios. *Desde entonces* él cumple la ley en una vida nueva, porque conoce la obediencia del amor: la ley está "escrita en su corazón". Las palabras que siguen y que no hacen más que desarrollar éstas, no dejan duda alguna sobre su verdadero sentido. (Vers. 20.)

22. Comp. sobre esta profunda unión del cristiano con su Salvador. Rom. 6:3 y sig., notas, y 2 Cor. 5:14, 15, notas. La fe nos transplanta tan bien en Cristo, que su *muerte* y su *vida* se hacen nuestra muerte y nuestra vida. La *crucifixión* del Salvador se reproduce en su redimido por los renunciamientos dolorosos y la muerte gradual del viejo hombre, de ese *yo* que Pablo nombra aquí como *no viviendo más.* Pero por la unión del redimido con su Salvador, Cristo resucita en él, creando en él el nuevo hombre; el creyente se apropia por la fe el Salvador resucitado y vivo, y se identifica con él. *Cristo vive en mí,* puede decir. El *vive,* sí, aun *ahora* con vida terrestre *(en la carne);* mas si es obligado a continuar viviendo esta vida, no *vive* sino en *la fe en el Hijo de Dios,* esta fe que es como el elemento en que respira, la fuente y la condición de su existencia nueva. ¡Y cómo nombrar este Hijo de Dios sin recordar el inmenso amor por el cual *se dió a sí mismo* para comunicarnos su vida! Para Pablo, este amor se ha hecho completamente personal: *me amó, se dió por mí".* Estas palabras están llenas de gran consuelo y son poderosas para despertar la fe en nosotros. El que puede repetir esta única y pequeña palabra *me, mi,* con la fe de Pablo, ése, sin duda alguna, combatirá con energía, como Pablo, la justificación por las obras de la ley... Hay que enseñar bien tocante a la fe, que por ella puedes ser

gracia de Dios, pues si por la ley es la justicia Cristo pues murió sin causa [23].

de tal modo unido a Cristo, que te hagas inseparablemente *uno* con él, de modo que puedas decir: Yo soy Cristo, es decir que su justicia, su victoria, su vida, todo lo que él tiene es también mío. Y Cristo a su vez puede decir: Yo soy ese pobre pecador, todo sus pecados y su muerte se han hecho mis pecados y mi muerte, en cuanto se unió a mí por la fe y yo vivo en él". *Lutero.*

23. Nada más concluyente que este dilema: Ser salvado por gracia o *desechar la gracia;* y entonces *Cristo* habría *muerto sin causa.* Razonamiento *ab impossibili,* observa Erasmo. "Todo el que estima que puede ser justificado delante de Dios por la ley, desecha la gracia de Dios, rechaza de sí el sacrificio de Cristo y renuncia a ser rescatado por este precioso tesoro. ¡Qué crimen el de despreciar la gracia de Dios! ¿Es verdad, sí o no, que Cristo ha muerto? ¿Sería verdad que hubiera muerto en vano y sin razón? Nos será necesario responder: ¡Sí, ha muerto! ¡no, no murió en vano! Es pues cierto que no podemos ser salvados por la ley". *Lutero.*

CAPITULO III.

I. *El apóstol prueba a los Gálatas que el don del Espíritu y la bendición prometida a Abrahán nos son comunicados por la fe, y no por la ley, que, al contrario, maldice a los transgresores, 1-14.* — II. *Que el pacto de gracia tratado con Abrahán no ha sido anulado por al promulgación de la ley, que no tenía, al contrario, otro objeto que el de conducir al pueblo de Dios a ese pacto, en el cual judíos y paganos encuentran la salvación, por la fe, 15-29.*

I. 1-14. LA JUSTIFICACIÓN POR LA FE PROBADA POR LA EXPERIENCIA Y POR LA ESCRITURA. — 1º *La experiencia:* ¡Oh Gálatas necios! conocíais tan bien a Jesucristo crucificado; ¿quién os ha apartado de él? Habéis recibido su Espíritu; ¿lo recibisteis por la ley, o por la predicación de la fe? ¿Volveríais pues a las instituciones carnales? ¿Habríais sufrido en vano? El que hizo en medio de vosotros tantos milagros del Espíritu, los obró, no por la ley, sino por la predicación de la fe. (1-5). — 2º *La escritura:* Abrahán fué justificado por la fe; la escritura extiende la misma bendición a todos los que creen, en todas las naciones. (6-9). — 3º Es imposible ser justificado por la ley: porque ella pronuncia una maldición sobre el pecador; porque la escritura atribuye la salvación a la fe; porque, por último, la ley nada tiene de común con la fe, sino que sería necesario haberla cumplido para vivir por ella. (10-12). — 4º Cristo nos redimió de esa maldición tomándola sobre sí, a fin de que la bendición de Abrahán se extendiera a todos por la fe en Cristo. (13, 14).

2 ¡Oh Gálatas necios! ¿Quién os fascinó [1], a vosotros, ante cuyos ojos Jesucristo fué descripto crucificado entre vosotros? [2] Esto solo quiero saber de vosotros: ¿por las obras de la ley reci-

1. *O hechizó.* Con este doloroso y severo apóstrofe empieza el apóstol a atacar el error al cual sus lectores se habían dejado arrastrar. Querría hacerles sentir lo absurdo lo *irrazonable* de él. *¿Quién os fascinó?* Por esta pregunta Pablo designa y estigmatiza a los seductores. — El texto recibido añade: "para que no obedecierais a la verdad". No son auténticas aquí esas palabras. Reaparecen en 5:7.

2. Pablo, por su predicación potente y viva de Jesucristo, de sus padecimientos, de su sacrificio expiatorio, de su muerte, de tal modo le *había descripto a los ojos* de los Gálatas, que puede decir en verdad que es como si esas escenas de Gólgota hubieran tenido lugar en medio de ellos. Tanto más incomprensible era que se hubieran dejado apartar de Cristo: el apóstol se asombra de ello (1:6), y no puede explicárselo más que por una especie de fascinación ejercida sobre ellos. (Vers. 1). Las palabras *entre vosotros* faltan en varios manuscritos, sin que su falta de autenticidad sea demostrada. Se las puede también traducir por: *en vosotros:* "Cristo es descripto ante vuestros ojos, crucificado en vosotros", es decir, habéis sentido en vuestros corazones toda la potencia divina de su cruz. Lutero traduce: "y *ahora* crucificado entre vosotros", por vosotros que le rechazáis. (Hebr. 6:6). El sentido expuesto en primer lugar es el más natural y el más probable. M. Rilliet que, según el manuscrito del Vaticano, suprime *entre vosotros o en vosotros,* traduce así: "Vosotros, ante cuyos ojos fué claramente pintado Jesucristo crucificado". La misma lección se lee en el *Sinaiticus* y otros dos manuscritos del grupo alejandrino.

3. Gr. "por el *oído* de la fe"; mas esa palabra tiene, en griego como en hebreo, el sentido de *predicación,* el medio por el cual se *hace oír.* (Rom. 10:17), nota). — Esta apelación a la experiencia era de las más concluyentes, de las más persuasivas. He aquí cristianos a quienes se ha predicado la salvación por la fe en Cristo crucificado: el *Espíritu* de Dios, con sus manifestaciones poderosas, ha acompañado esa predicación, la ha sellado con un testimonio vivo en el corazón mismo de los oyentes. ¿Es por la *ley,* o por la *fe* que se les ha anunciado, como han sido hechos partícipes de todos esos dones? La respuesta no es dudosa. Por esto el apóstol insiste en su pregunta. (Vers. 5). — En los primeros tiempos de la iglesia, la certeza de haber recibido el Espíritu Santo y experimentado sus divinas influencias, por la renovación del corazón y de la vida, era más absoluta y más viva en la mayor parte de los fieles que lo que es en general hoy, a causa del contraste sorprendente que había para ellos entre las profundas tinieblas del paganismo, de que habían salido, y la luz resplandeciente del evangelio. Además, los dones milagrosos, que acompañaban la efusión del Espíritu Santo, eran un testimonio visible y

3 bisteis el Espíritu, o por la predicación de la fe? [3] ¿Tan necios
sois? ¿habiendo empezado por el Espíritu, llegáis ahora al tér-
4 mino por la carne? [4] ¿Tanto habéis padecido en vano? si en ver-
5 dad es en vano [5]. El que os provee pues el Espíritu y opera mi-
lagros entre vosotros, ¿[hácelo] por las obras de la ley o por la
6 predicación de la fe? [6] Conforme Abrahán "creyó a Dios y le

conmovedor de la presencia y de la acción de este Espíritu en la iglesia y en las almas. A pesar de ello, el razonamiento del apóstol conserva hoy toda su fuerza y se aplica a todos los que, después de haber sentido en sí mismos la potencia del evangelio, caen en algún error. ¿Por qué medio han sentido la diferencia total que hay entre la naturaleza y la gracia, entre el viejo hombre y el nuevo? ¿Cómo han recibido el espíritu de adopción, la paz con Dios? La predicación que les hizo saborear esas gracias no podría ser el error; ¡ay de ellos si renuncian a ellas! Mas el que no hallara en la historia íntima de su alma ningún recuerdo de esta naturaleza, ninguna experiencia de la acción del Espíritu, jamás ha estado en la gracia, no está convertido; no se podría razonar con él como el apóstol lo hace aquí.

4. Véase sobre estas dos nociones opuestas, *carne* y *Espíritu*, Rom. 1:3, nota; comp. Rom. 4:1. Por las obras de la ley y todo lo que favorece su justicia propia, el hombre queda en la carne, en su naturaleza corrupta. Esta palabra designa también las tradiciones humanas, externas, en las cuales se busca inútilmente el Espíritu y la vida. (Hebr. 7:16; 9:19). *Llegar al término, a la perfección, por la carne* es la expresión de una fina ironía.

5. Sería *en vano* si permanecen en sus errores. El giro dubitativo de que se sirve el apóstol deja entrever la esperanza de una vuelta a la verdad. Otros vierten así esta restricción: *"si solamente es en vano*, ¡si vuestro estado moral no se torna peor! El recuerdo de sus *padecimientos* por la cruz de Cristo es un nuevo argumento de la misma naturaleza que el precedente. Los Gálatas podían ver en esas pruebas un testimonio de la realidad de su fe; ahora bien: los falsos doctores iban a privarles de las bendiciones que Dios une a esas pruebas. Ellos pretendían aun libertarlos del oprobio de la cruz (6:12). Por esos *padecimientos* de los Gálatas, otros entienden, las perplejidades, las luchas experimentadas por ellos viéndose reconducidos al yugo de la ley. Otros aun, las experiencias que habían hecho del arrepentimiento y de la potencia de la gracia. Preferimos el sentido más ordinario de la palabra. El hecho de que no conocemos ninguna persecución dirigida contra los cristianos de Galacia no debilita esta interpretación. Las iglesias de ese tiempo pasaron por muchas pruebas cuyo recuerdo no ha sido conservado por la historia. (Fil. 1:28-30). Pablo mismo había prevenido a los Gálatas sobre las tribulaciones que les esperaban. (Actos 14:22).

6. Vers. 2, nota. Esta pregunta no hace sino precisar aun más las precedentes, nombrando los *dones milagrosos* del Espíritu. El apóstol no responde directamente, porque la respuesta es demasiado evidente, mas

7 fué reputado como justicia", sabed pues que los de la fe, éstos
8 son hijos de Abrahán [7]. Y previendo la escritura que por fe jus-
tificaría a Dios a los gentiles, anunció antes una buena nueva a
9 Abrahán: "En ti serán bendecidos todos los gentiles [8]", de modo
10 que los de la fe son bendecidos con el creyente Abrahán [9]. En
efecto, cuántos de las obras de la ley son, bajo maldición están,
pues escrito está: "¡Maldito todo el que no persevera en todo lo
11 escrito en el libro de la ley para hacerlo!" Y que por la ley nadie
es justificado ante Dios es evidente, porque "el justo por fe vi-
12 virá". Mas la ley no es por la fe, sino "el que las hiciere vivirá
13 por ellas [10]." Cristo nos redimió de la maldición de la ley [11] he-

recurre ahora al testimonio de la escritura. (Vers. 6:14).

7. Citando Gén. 15:6. Pablo saca las conclusiones que reproduce en Rom. 4:11, 12, 16, donde desarrolla más completamente el ejemplo de Abrahán y las relaciones de los verdaderos creyentes con él, como prueba bíblica de la justificación *por la fe*. Los judíos veían la calidad de *hijos de Abrahán* en relaciones completamente externas con él, en la circunstancia según la carne. Pablo muestra que, para ser hijo de Abrahán, hay que asemejársele espiritualmente. Los verdaderos hijos de Abrahán son *los que son de la fe*, aquellos cuya vida, nacida de la fe, es constantemente inspirada y dirigida por ella.

8. Gr. "evangelizó anticipadamente". Gén. 12:3; 18:18. En este último pasaje se encuentran literalmente las palabras citadas aquí.—La *escritura* es aquí personificada; ella *preveía* por el Espíritu que llenaba sus autores.

9. Gr. "Los que son de la fe (v. 7) son bendecidos con el *fiel* Abrahán". Puesto que *todas* las naciones debían ser *bendecidas en él*, es bien evidente que esto no podía ser más que en virtud de la relación enteramente espiritual creada por la identidad de su fe; sin esto los cristianos convertidos del paganismo no serían en ningún sentido hijos de Abrahán, no descendiendo de él. Por esto es nombrado "el padre de los creyentes" (Rom. 4:11, 12), como habiendo dejado la herencia de la promesa y de la bendición a todos *los que creen*. Por la *bendición* prometida a Abrahán y heredada por los creyentes el apóstol entiende todas las gracias del evangelio, pues esa bendición consiste en ser *justificado por la fe*.

10. En estos versículos (10-12) el apóstol pasa a una nueva demostración *(en efecto)* de su tesis. El ejemplo de Abrahán le ha permitido establecer que la justificación viene por la fe. Agrega a esta prueba positiva una prueba negativa: la justificación no viene por las obras de la ley. Lo que infería de la *bendición* de Abrahán, lo infiere igualmente de la *maldición de la ley*. La bendición prometida de Abrahán no se obtiene sino por la fe (v. 9), pues todo el que "es de las obras de la ley", es decir, busca en esas *obras* un medio de justificación y de salud, se encuentra, no bajo la bendición sino bajo la *maldición*. (Según Deut. 27:26, libremente citado). El apóstol no dice, mas supone como eviden-

cho por nosotros maldición, —porque escrito está: "¡Maldito todo
14 el colgado de madero [12]!"— para que a los gentiles llegara la ben-
dición de Abrahán en Cristo Jesús, para que recibiéramos la fe
el Espíritu prometido [13].

te que ningún hombre ha observado y cumplido *todas las cosas escritas en el libro de la ley;* sería necesario, para negarlo, un grado de ceguedad y de orgullo que no podría él prever. Mientras más se ha esforzado un hombre en guardar la ley, tanto más se despierta dolorosamente en él esta convicción del pecado, de reprobación, de maldición sancionada por la ley. Por esto todos los hombres de Dios, desde el antiguo pacto, han recurrido al medio de justificación que había salvado a Abrahán y han proclamado, con el profeta citado aquí por Pablo (v. 11) que *el justo vivirá por la fe.* (Hab. 2:4; comp. Rom. 1:17, nota). Entre estos dos medios de salvación, la *ley* y la *fe*, el contraste es absoluto, es necesario elegir: la ley nada tiene de común con la fe, no es de igual naturaleza (tal es el sentido de estas palabras del v. 12: *la ley no es de la fe* o *por la fe);* la ley ordena, pide la perfección; el que la alcanzare *vivirá por ella.* (Vers. 12, citado de Lev. 18:5; comp. Luc. 10:28, nota; Rom. 10:5, 6, nota).

11. Con gozosa solicitud, el apóstol pasa bruscamente, sin partícula, a la parte positiva de su demostración: *¡Cristo nos redimió!* Sobre este verbo *redimir, rescatar,* que significa rescatar *de*, libertar por un precio, véase 4:5; 1 Cor. 6:20; 7:23; comp. Mat. 20:28.

12. Deut. 21:23, citado según los Setenta, que traducen: "maldito es por Dios todo el colgado de madero". El hebreo tiene: "Un colgado es una maldición de Dios". Estas palabras motivan la orden dada a los israelitas de enterrar un ajusticiado en el mismo día, "a fin de no contaminar la tierra por la vista de esa maldición". El apóstol, a causa de la aplicación que hace aquí de estas palabras, suprime la expresión *por Dios* o *de Dios.*—"Como cuando un hombre es condenado a muerte, y otro, un inocente se ofrece a morir en su lugar, y así le arranca a su castigo; he ahí lo que Cristo hizo por nosotros. Pues él no estaba bajo maldición de la ley pero la tomó sobre sí (4:4), a fin de libertar a los que bajo ella se encontraban". *Crisóstomo.* La precisión de los términos, el conjunto de este pasaje, todas las enseñanzas del apóstol sobre este asunto (véase entre otras Rom. 3: 22-25; 8:3; 2 Cor. 5:21) no podrían dejar la menor duda sobre el carácter expiatorio de la muerte del Salvador. Esta muerte fué el castigo, la *maldición de la ley*, voluntariamente sufrida por el más insondable amor. Sin ello, ¿cómo habría *redimido* a los pecadores de esa maldición? ¿Cómo habría transformado esa maldición en una bendición? (v. 14). Mas, ¿qué es esta maldición? ¿la de Dios? ¿Habría maldecido Dios a su Amado, al santo y al Justo, personalmente? El apóstol no dice nada semejante y era eso una imposibilidad moral. Pablo habla de la maldición *de la ley* de que Cristo nos rescató, es decir de la pena o del castigo establecido por la ley (v. 10); y esta pena, este castigo, lo tomó Jesucristo sobre sí en su muerte (1 Pedro 2:24; comp. 2 Cor. 5:

II. 15-29. Continuación: LA LEY NO HA PODIDO ANULAR LA PROMESA. LA VERDADERA RELACIÓN DE AMBAS. — 1º Nadie entre los hombres anula un contrato debidamente ratificado; ahora bien: Dios hizo las promesas a Abrahán y a su descendencia que es en Cristo; este testamento no podría ser anulado por la ley venida cuatrocientos treinta años más tarde; en efecto, si la herencia tuviera lugar por la ley, la promesa sería nula; ahora bien: Dios la dió por la promesa. (15-18). — 2º ¿Para qué pues la ley? Fué añadida a la promesa para hacer resaltar las transgresiones, hasta la venida del Salvador, y ha sido dada por intermedio de un mediador, mientras que Dios sólo hizo la promesa. (19, 20). — 3º La ley no está, pues en contradicción con la promesa, pues su naturaleza ella no puede ni vivificar ni justificar; ella coloca, al contrario, a todos los hombres bajo el pecado, a fin

21), como miembro y representante de nuestra humanidad. Los términos: *ser hecho pecado, hacerse maldición* (lo abstracto por lo concreto), y esto *por nosotros*, en nuestro lugar significan pues, como dice Pedro, *llevar* (y *quitar*) *el pecado, la maldición* que merecía. El ejemplo que cita el apóstol (Deut 21:23) conduce al mismo resultado. El ajusticiado era "una maldición de Dios"; el hebreo dice que Dios había ordenado esa pena por su ley, sin que se siguiera necesariamente que el condenado, en cuanto a su alma, fuera maldito de Dios; podía ser objeto de la gracia divina aunque sufriendo la pena de su crimen. Y sin embargo, a fin de evitar toda mala interpretación, el apóstol al aplicar ese ejemplo a Jesús, suprime, como ya lo hemos dicho, del texto que cita, las palabras *de Dios.* Esto es significativo. La misma verdad resulta del hecho incontestable de que jamás cesó Jesús de ser objeto del *amor* de Dios. Aun sufriendo por nuestros pecados en Getsemaní y sobre la cruz, le llama su *Padre* (Mat. 26:39; Luc. 23:46); mucho más, declara él mismo que el Padre le ama *porque* pone su vida por sus ovejas. (Juan 10:17). El misterio de la redención, lo que Pablo llama la necedad de la cruz, es la conciliación de este doble hecho de los padecimientos del Salvador y del amor con que Dios no ha cesado de amarle. Esto equivale en el fondo a conciliar la justicia y el amor de Dios.

13. Gr. "Llegara para los gentiles en Cristo Jesús, a fin de que recibiésemos *la promesa del Espíritu*". Por la muerte expiatoria de Cristo, la bendición prometida a Abrahán pudo extenderse a los *paganos*, a todos los pueblos. Luego, en el segundo miembro de la frase el apóstol habla en primera persona, *nosotros*, y dice así que los judíos también tienen parte en esa *bendición* que es el fruto del sacrificio del Gólgota. El muro de separación que por la ley, se levantaba infranqueable entre judíos y paganos cayó: "Cristo es nuestra paz". (Efes. 2:14-18).—El apóstol insiste en esa *bendición de Abrahán* de la que participamos por el sacrificio de Cristo y por la fe; la designa como la *promesa del Espíritu. Recibir la promesa*, es obtener su realización. (Hebr. 10:36; Luc. 24:48; Actos 1:4). El bien inmenso que estaba prometido era la efusión del *Espíritu* de Dios, después que la obra de la redención fuera cumplida. (Isa. 44:3; Jer. 31:33; Ezeq. 36:27; Joel 2:28-32). Y como este Espíritu es *recibido por la*

de que se refugien en la promesa por la fe; ella los encierra bajo su custodia hasta la revelación de la fe; ella ha sido pues un pedagogo para llevarnos a Cristo que nos emancipó de ella por la fe. (21-25). — 4º En efecto vosotros habéis sido hechos hijos de Dios por la fe, revestidos de Cristo por el bautismo, y no hay ya distinción de nacionalidad, o de religión, o de sangre, o de sexo, sino que todos los que son de Cristo son los verdaderos hijos de Abrahán y herederos de la promesa. (26-29).

15 Hermanos, como hombre hablo[14]: aunque de hombre, un tes-
16 tamento[15] confirmado nadie lo anula o le añade. Bien: a Abra-
hán fueron hechas las promesas y a su descendencia[16]. No dice:
17 "y a tu descendencia", que es Cristo[17]. Y esto digo: que un tes-

fe, y no por la ley, el apóstol entra así de nuevo a su primer argumento (v. 2), y prepara el que va a seguir, igualmente tomado del pacto de Dios con Abrahán.

14. Es decir al modo de los hombres. "Voy a razonar conforme a los principios recibidos por todos los hombres en las relaciones mutuas de la sociedad".—El apóstol se dirige a sus *hermanos,* con afecto. Sus impresiones dolorosas, indignadas (v. 1), se han suavizado, y en esta disposición va a exponer el plan de Dios, según la alianza de su gracia.

15. O "pacto"; un contrato, en general. Aquí, sin embargo, la idea de un *testamento* parece predominar (v. 18; comp. Hebr. 9:16, 17), porque Dios, en su alianza con Abrahán dió por un acto de su voluntad sola, una promesa de gracia sin condición recíproca a llenar.

16. Después de haber establecido un *principio* reconocido (v. 15), luego aquí un *hecho,* el apóstol saca su conclusión positiva en el v. 17. Las últimas palabras del v. 16 no son más que una observación incidental. — Entre las *promesas* generales dirigidas a Abrahán. (Gén. 12:3; 18:18; 22:18), Pablo hace especialmente alusión a la que se lee en Gén. 13:15. Allí, Dios promete a Abrahán y *a su descendencia* la posesión de la tierra de Canaán; es lo que Pablo llama la herencia (18), es decir, en primer lugar, el país de Canaán, luego, espiritualmente, "el mundo" (Rom. 4:13), la tiera entera, renovada por la redención, el reino de Dios, lo que equivale a la idea expresada en el v. 14, en estas palalabras: "la promesa del Espíritu'. El país de Canaán no era el último propósito de la promesa, no era más que el símbolo; por esto, mucho tiempo después de que Israel hubo tomado posesión de aquél, David profetizó el verdadero reposo. (Hebr. 4:8 y sig.). Igualmente, la *descendencia* a la que se dirigía la promesa de poseer Canaán, no era exclusivamente ese pueblo de Israel que fué introducido a ella por Josué, sino el verdadero pueblo de Dios, los redimidos de Cristo, puestos por él en posesión del reposo eterno que para ellos adquirió. (Vers. 29). Esta última observación es esencial para la inteligencia de las palabras que siguen en nuestro versículo.

17. He aquí uno de los pasajes de la escritura que han dado a los exégetas más trabajo, y a la crítica abundante pasto, "¡Ved, ha dicho ésta, a qué interpretación arbitraria y

tamento antes confirmado[18] por Dios, la ley, que vino cuatrocientos treinta años después[19] no lo anula para invalidar la pro-

rabínica recurre el apóstol! Razona sobre el singular y el plural de una voz que jamás tiene plural, aplica a *una sola* persona *(Cristo),* una expresión *(descendencia, simiente)* que no puede tener más que un sentido colectivo, y todo esto, a fin de inclinar por fuerza unas palabras de la escritura a sus propias ideas. ¿Qué puede probar con ello?" A estas objeciones que, filológicamente, son completamente fundadas, he aquí lo que responde la exégesis de la escuela opuesta: Todo lo que quiere decir el apóstol es que, en las palabras que él cita, no podría tratarse de *muchas descendencias,* lo que verdaderamente sería el caso si hubiera una que obtuviera la herencia según la promesa y otra que pudiera pretenderla por las obras de la ley. (Vers. 17, 18). Es exactamente lo que el apóstol desarrolla más en extenso hablando de Abrahán en Rom. 4:16, donde menciona también *varias* descendencias: "Es, pues, por fe, dice, después de haber mostrado que judíos y paganos son herederos de la promesa, "para que sea por gracia, para que la promesa sea firme para toda la descendencia, no sólo para *la* de la ley, sino también para la de la fe de Abrahán, que es padre de *todos nosotros*". (Rom. 4:16). Hay aun otro sentido en el cual la escritura podría muy bien hablar *de las descendencias de Abrahán* y descendencias muy distintas en todo sentido: aquella por Agar y Cetura, y más tarde por Esaú, no tiene nada de común en la historia del reino de Dios, con su descendencia por Isaac y por Jacob. Y aun en su descendencia por Jacob, "no todos los que son de la simiente de Abrahán son hijos' (Rom. 9:6 y sig.) sino que la única verdadera descendencia es *Cristo* y sus redimidos, su *iglesia* que es su cuerpo, según la interpretación de Calvino. Esto en cuanto al empleo de la voz *descendencia,* o simiente, en plural. En lo relativo a la aplicación de esa voz, siempre colectiva (véase sin embargo Gén. 4:25 en hebreo), a una sola persona, *Cristo,* esta objeción está ya refutada por lo que precede; si se entiende por *Cristo,* no solamente el Cristo histórico, personal, sino el Cristo ideal, es decir Cristo y su iglesia entonces la idea es realmente, colectiva como la voz, y tal es a menudo el pensamiento del apóstol. (Vers. 29; 1 Cor. 13; 12:12; Efes. 1:22, 23). Todas las promesas hechas al pueblo de Dios abarcan a Cristo, el sólo en quien se cumplen, y todas las profecías relativas al Salvador abarcan también su iglesia, recogida por la misma fe de todo pueblo, de toda lengua, de toda nación. — De estas objeciones y de esta defensa se puede inferir que el pensamiento de Pablo es verdadero, luminoso desde el punto de vista de las escrituras, aunque la argumentación sobre la cual la funda sea gramaticalmente defectuosa.

18. *Confirmado* por Dios a Abrahán. (Véase v. 15). El texto recibido añade aquí: "confirmado *respecto de Cristo*". Estas palabras, no auténticas, debían, en el pensamiento del corrector, reproducir la idea del v. 16.

19. Pablo aplica aquí su comparación del v. 15 y argumenta del hecho ya indicado al principio del v. 16. Así: 1.º *No se anula* un *testamento* auténtico (v. 15); 2.º fué dado a Abrahán la *promesa;* 3.º esta promesa no puede ser anu-

18 mesa. En efecto, si por ley es la herencia no lo es ya por prome-
sa; bien: a Abrahán por medio de promesa la ha donado Dios [20].
19 ¿Por qué, pues, la ley? Fué añadida por causa de las transgresio-
nes [21], hasta que viniera la descendencia a la que había sido hecha
la promesa [22], ordenada por medio de los ángeles por mano de un
20 mediador [23]. Y el mediador no es de uno solo, mas Dios uno solo

lada por la *ley*, venida tan largo tiempo después.—Recordando los 430 años durante los cuales los israelitas estuvieron en Egipto (Ex. 12: 40) desde las últimas promesas reiteradas a Jacob hasta la ley, el apóstol no entiende observar una cronología rigurosa, sino expresar solamente por esa cifra conocida el largo intervalo transcurrido entre la *promesa* y la *ley:* ésta no podía, en ninguna manera, anular aquélla.

20. Gr. "Dios la ha gratificado (dado por gracia) a Abrahán por la promesa", sin ninguna condición. siendo este don irrevocable (v. 15), permanece para todos el único medio de obtener la herencia con exclusión de la ley. (Comp. Rom. 4: 4, 5, 14).

21. Los judíos debían necesariamente oponer al apóstol la objeción que él previene aquí: Puesto que la salvación es por gracia, fundada únicamente en la promesa de Dios, y recibida por la fe sin las obras de la ley, *¿por qué* esa ley santa dada con tanto esplendor, que llena un lugar tan inmenso en la vida del pueblo de Israel? (Véase la misma pregunta en Rom. 3: 31). La respuesta del apóstol está conforme con todas las enseñanzas de la ley: *Fué añadida por causa de las transgresiones*, es decir, por una parte, para dar al transgresor la conciencia humillante de su pecado, hacer abundar en él el pecado, llevarle así a suspirar por la redención, y así reconducirle a la "promesa" (Rom. 3: 20, 5: 20; 7: 13); por la otra, para impedir, aunque sólo fuera por el temor del castigo, las más groseras manifestaciones de la corrupción. (v. 23, 24).

22. Es decir Cristo, la verdadera descendencia. (Comp. v. 16, nota).

23. El Antiguo Testamento no menciona la presencia o el ministerio de los *ángeles* en la promulgación de la ley sobre el Sinaí, a menos que se trate de "el ángel del pacto" o de"el ángel del rostro de Jehová". Dios mismo hablaba a Moisés. Mas esa idea, introducida en la teología por la traducción griega del pasaje Deut. 33: 2 (que traduce *santos* por ángeles), fué desde entonces generalmente recibida.— Pablo y el Nuevo Testamento la adoptan (Actos 7: 53; Hebr. 2: 2) de conformidad a esa noción bíblica de que el Dios soberano no se comunica directamente a los hombres. Ex. 33: 20-23; Juan 1: 18).—En cuanto al *mediador* de la ley, no puede ser más que Moisés, y de ningún modo, como quieren Calvino y otros, el Hijo de Dios, lo que estaría en contradicción con el razonamiento del apóstol en el v. siguiente.—Mas, ¿cuál es la *intención* del apóstol al recordar esas circunstancias de la ley? Unos piensan que quiere realzar su dignidad; otros, que quiere hacer sentir su inferioridad en relación al nuevo pacto. Fué el pueblo mismo quien entonces pidió con instancia la mediación de Moisés, no pudiendo soportar la presencia ni la palabra directa del Eterno (Ex. 20: 18, 19; Deut. 5: 5), prueba nueva de que no es la ley la que reconcilia al pecador con el Dios santo. (Vers 21). "El pueblo no podía ni siquiera *oír* la ley; ¿cómo hubiera podido ésta hacerlo justo?" *Lutero.*

21 es [24]. ¿Es pues la ley contra las promesas de Dios? ¡Nunca tal
acontezca! En efecto, si se hubiera dado una ley que pudiera

24. A las palabras que preceden (v. 19) y que forman con las que siguen (v. 21) el conjunto más claro, Pablo agrega aquí una observación incidental, muy obscura por su brevedad misma. Pocos versículos de la escritura han ocupado tanto a los comentadores. Sería inútil citar interpretaciones, infinitamente diversas. Esta es la traducción literal, según la cual cada lector podrá esforzarse en hallar a esas palabras el sentido que mejor entre en el conjunto del pensamiento del apóstol. A propósito del mediador que acaba de nombrar, el apóstol establece este principio bien conocido, que un mediador no lo es jamás de *un solo* hombre, de una sola parte, sino de dos, que están divididos, y que se trata de acercar, de reconciliar. Tal era Moisés, entre Dios y el pueblo, mas solamente por un tiempo, pues la economía de la ley es transitoria, puesto que supone dos voluntades unidas por un mediador y que recibe de una de las partes contratantes, el pueblo de Israel, su carácter temporal y limitado, mientras que *Dios*, que *es un solo Dios*, absoluto, independiente, dió la promesa de gracia a Abrahán (v. 15-18) libremente, sin mediador, sin condiciones, sin ningún contrato, y la promesa recibe de este hecho un carácter permanente y universal; es inmutable y única como su autor. Dios quiso luego, sí, admitir la mediación de Moisés; mas cuando esté cumplida la promesa (v. 19), la mediación de Moisés podrá cesar, habiendo alcanzado su meta su ministerio por la ley. Así pues la ley no es contraria a las promesas de Dios. (Vers. 21). El mismo Dios que dió las promesas dió también la ley que debía preparar su pueblo para ellas, y él permanece siempre *uno*, siempre el mismo en sus designios. — Tal es poco más o menos el sentido en el cual concuerdan los mejores exégetas. Puede completarse por esta observación de J. F. von Meyer: "*Dios es uno*, es decir que no tolera oposición; por tanto nosotros debemos, como hijos de Dios, llegar a la unidad divina por un Mediador mayor que Moisés (Hebr. 8:6; 1 Tim. 2:5; Rom. 9:5), y entonces nuestra separación de con Dios (que dió la promesa sin mediador) desaparecerá. (Comp. v. 26-28)". Hay que mencionar también la opinión de los que, como Calvino, entienden aquí por el mediador no Moisés, sino Jesucristo, e interpretan nuestro pasaje así: "Este mediador no lo es de un solo pueblo (los judíos), lo es también de los paganos; mas Dios es un solo Dios que reconcilia a unos y a otros consigo, que dió tanto la promesa de gracia como la ley". Este sentido no está en armonía con el conjunto del razonamiento de Pablo en estos versículos.

22 vivificar, realmente por ley sería la justicia [25]; pero encerró la es-
critura todo bajo pecado, para que lo prometido fuera dado por fe
23 en Jesucristo a los que creen [26]. Y antes de llegar la fe éramos
guardados bajo la ley, encerrados, para la fe que debía ser revela-
24 da [27]. De modo que la ley fué hecha nuestro ayo hasta Cristo,
25 para que seamos justificados por fe, mas llegada la fe no estamos
26 más bajo ayo [28]. Todos, en efecto, sois hijos de Dios por medio

25. Y entonces la promesa sería anulada (Rom. 4:14), Dios se contradiría, no sería ya *uno* (v. 20), habría dos sendas opuestas de salvación y dos descendencias de Abrahán, una por la promesa, otra por la ley (v. 15, nota), y los falsos doctores tendrían razón en oponerse a la doctrina de Pablo. Mas... (Vers. 22).

26. Gr. "Para que la promesa por la fe de Jesucristo, fuera dada a los creyentes". Así la ley, muy lejos de poder *vivificar* (v. 21), no ha hecho más que *encerrar a todos* los hombres *bajo pecado* (comp. Rom. 11: 32), les ha hecho sentir sus cadenas y esclavitud, sin dejarles la más ligera esperanza de libertarse por sí mismos (v. 12, nota), a fin de que se sintieran forzados a recurrir, *por la fe*, a la *promesa* y al que la cumplió, Jesucristo. (Rom. 1:17; 3:22). —El apóstod no dice aquí: la *ley*, sino la *escritura*, porque todo el Antiguo Testamento concurriría al mismo fin, manifestar el pecado, con excepción de la promesa hecha a Abrahán, luego reiterada y confirmada por la palabra de los profetas. Mas la promesa abría a las miradas del hombre una senda de salud completamente distinta. (Vers. 8, nota).

27. Gr. "Eramos guardados, encerrados, bajo la ley (v. 22), para la fe que debía ser revelada". Por la *fe*, el apóstol entiende aquí el *objeto* de la fe, todo el evangelio. En efecto, no hay que olvidar que antes de la venida de esta fe, bajo el antiguo pacto, la fe considerada en sí misma, la fe subjetiva y personal, existía ya. El apóstol mismo nos lo dice de Abrahán (v. 6; Rom. 4:1 y sig.), de David (Rom. 4:6 y sig.) La epístola a los Hebreos dice de una multitud de creyentes: "Todos éstos murieron en la fe" a las promesas, y fueron justificados por esa fe. (Hebr. 11). Mas todo el pueblo, y aun esos creyentes, en gran parte, no dejaban de estar guardados bajo la ley, por la cual Dios los educaba para un mejor porvenir. (Vers. 24). Mucho más, esta relación de la ley y de la gracia dura aún, y durará siempre, según el grado de desarrollo en que se encuentren los hombres. "Pablo entiende, por la venida de la fe, el tiempo en que Cristo debía venir; mas tú debes aplicarla también a la obra que la ley y la gracia operan en cada creyente. Pues lo que aconteció en la historia cuando Cristo vino, acontece aún diariamente en cada cristiano que se convierte: la ley cae con sus terrores; la libertad, la vida eterna son sacadas a luz". *Lutero.*

28 La palabra traducida por *ayo* (Gr. "pedagogo"), designaba, entre los antiguos, a esclavos encargados de vigilar los niños, de conducirlos a casa de los amos, etc. Figura muy justa de la *ley*, según el propósito que le asigna el apóstol. (Vers. 23-25). Este ministerio de la *ley*, para *llevar* los hombres *a Cristo*, jamás ha cesado, pues si Pablo agrega: *no estamos ya bajo ese pedagogo*, es hablando de aquellos para quienes verdaderamente *ha venido la fe*. Hay siempre, aun bajo el evangelio, multitudes que aún no están allí, para quienes la fe no ha venido, que, al contrario, se encuentran, como los israelitas del antiguo pacto, en el estado de niños (4:1, 2), en quienes debe cumplirse aún el ministerio de la ley para llevarles a Cristo. Todas las fases sucesivas de la historia del reino de Dios se reproducen simultáneamente, en cada época, en los diversos estados de alma. "Bajo esta figura de un pedagogo, dice Lutero, el apóstol nos muestra claramente cómo debemos emplear la ley, pues del mismo modo como el pedagogo conduce los niños, los castiga, los entristece, no con la intención de que esa disciplina dure siempre, sino a fin de que más tarde disfruten de los bienes de su padre con tanta mayor libertad y gozo, así debemos saber que si la ley espanta y contrista las almas, es a fin de prepararlas para Cristo y para la libertad espiritual que debe seguir".

27 de la fe en Cristo Jesús [29], pues cuantos habéis sido bautizados
28 en Cristo de Cristo os habéis vestido [30]. No hay judío ni griego,
no hay siervo ni libre, no hay varón y mujer, pues todos vosotros

29. *Todos*, tanto judíos como paganos, de modo que ni los unos ni los otros están ya bajo el pedagogo: ¿por qué pues vosotros, judíos, queríais reconducir a ella a vuestros hermanos convertidos del paganismo? Dirigiéndose de nuevo directamente a sus lectores, mientras que hasta aquí no había hablado más que de los judíos, les aplica todo lo que acaba de decir y saca las conclusiones. (Vers. 26-29). Si el apóstol llama aún *hijos de Dios* a cristianos a quienes acaba de hacer tales reproches (v. 1 y sig.), es en la suposición expresada en el versículo siguiente, y en cuanto no han caído de la fe en Jesucristo, a pesar de sus errores.

30. Pablo ama esta figura tan justa y tan impresionante: *vestir*. (Véase 1 Cor. 15:53; 54; Efes. 4:24; Col. 3: 10; comp. 2 Cor. 5; 2-4). Vestirse de Cristo es hacerse de tal modo *uno* con él, que su justicia nos cubra por completo, y que su vida sea nuestra vida: de modo que Dios no nos vea más, a nosotros, pecadores, sino a su Hijo en nosotros y nosotros en él. Esto solo da al alma la seguridad y la paz para aparecer un día ante el Santo y el Justo.—"Mas ¿cómo puede decir que *todos* los que *han sido bautizados* hanse vestido de Cristo, puesto que tanto falta para que el bautismo sea eficaz en todos? ¿No parece absurdo el unir así la gracia del Espíritu Santo a un signo externo? Respondo: Pablo habla de los sacramentos de dos maneras diferentes: si se trata de hipócritas que se jactan de vanas ceremonias, predica el vacío y la nada de esas cosas externas, y ataca vigorosamente esa falsa confianza. ¿Por qué? Porque entonces mira, no la institución divina, sino el abuso de los impíos que la corrompen. Mientras que cuando se dirige a creyentes que usan de los símbolos como deben, une a los signos la verdad que representan. ¿Por qué? Porque Dios no nos muestra en los sacramentos una pompa engañadora, sino que nos comunica al mismo

29 sois uno en Cristo Jesús[31]. Y si vosotros sois de Cristo, sois pues
descendencia de Abrahán, herederos según la promesa[32].

tiempo la cosa misma que el símbolo representa. Entonces, según la institución de Dios, la realidad es unida a los signos. Si alguno objeta que, por el pecado de los hombres, el sacramento puede no ser ya en realidad lo que representa, la respuesta es fácil: los impíos no podrían quitar a los sacramentos su naturaleza, ni su eficacia, aunque ellos mismos no retiren fruto alguno. Los sacramentos ofrecen a los buenos como a los malos la gracia de Dios, y no para engañar prometen la gracia del Espíritu Santo; los fieles reciben lo que es ofrecido; los impíos, rechazándolo, lo hacen inútil para sí, pero ni pueden impedir a Dios de ser fiel, ni al significado de los sacramentos ser verdadero y real. Así el apóstol no transporta al signo lo que sólo es propio de Dios, y sin embargo establece la fuerza de los sacramentos, a fin de que ninguno los tome por vanos y fríos espectáculos". *Calvino.* (Com. sobre la doctrina del bautismo, Rom. 6:3-11). Al insistir sobre la realidad y la eficacia de esta institución del bautismo (y de la cena), para no hacer de ella "un vano y frío espectáculo", es necesario recordar que Pablo no le atribuye ese profundo significado sino para hombres que, antes de recibir el bautismo, habían sido llevados, por la predicación del evangelio, al conocimiento del Salvador, a la fe en él; sin esto se cae en el error opuesto, se hace del bautismo y de la potencia de regeneración que se le atribuye una obra mágica, un *opus operatum, transfiriendo* al *acto* en sí mismo lo que no puede ser más que una obra de la potencia y de la gracia de Dios, y que la fe sola puede apropiarse.

31. Todas estas diferencias de *nacionalidad* (judía o pagana), *de rango* social, de *sexo*, son borradas para los que, por la fe y la regeneración, se han hecho *uno* con Jesucristo, y son transformados por él a su semejanza. (Vrs. 27).

32. Esta es la conclusión de todo lo que el apóstol ha probado (v. 15-28); es una mirada que echa hacia atrás, a su demostración: los falsos doctores pretendían que solamente eran la *descendencia de Abrahán* los que, entrando por la circuncisión en el antiguo pacto, observaban todas las prescripcionees temporales de la ley. Pablo ha mostrado que, en este caso, habría más de una descendencia de Abrahán, puesto que la promesa, que ciertamente creó una, fué dada mucho tiempo antes de la ley. (Vers. 15-18). Ha probado luego, por el *objeto* de la ley, que ésta no cambiaba nada a las disposiciones que Dios había tomado por la promesa, puesto que la ley no era más que un medio preparatorio, educador, para llevar a Cristo, en quien no existen ya diferencias. (Vers. 19-28). No hay pues más que una sola descendencia de Abrahán, la de la *promesa*, completamente cumplida en Jesucristo. (Vrs. 29).

CAPITULO IV.

(Continuación). I. *El heredero de Dios es libertado, por la gracia, de la esclavitud de la ley a que estaba sujeto mientras era niño, 1-11.* — II. *Con algunas palabras llenas de vivo afecto para los Gálatas, Pablo les suplica que no cedan a los requerimientos de sus adversarios, 12-20.* — III. *Por tipos del Antiguo Testamento termina la demostración de que el cristiano es libre de la servidumbre de la ley, 21-31.*

I. 1-11. Continuación. COMO, DE ESCLAVO, EL HEREDERO ES HECHO HIJO DE DIOS, Y NO PODRÍA VOLVER AL YUGO. — 1º Un hijo, mientras es niño, poco difiere del esclavo, y, aunque heredero del Señor, está bajo tutela hasta su mayor edad; así estábamos nosotros esclavizados bajo la economía de la ley. (1-3). — 2º Mas, cumplidos los tiempos, Dios envió su Hijo, nos dió el Espíritu de adopción, por el cual le invocamos como Padre, e hizo de nosotros sus hijos y sus herederos. (4-7). — 3º ¿Cómo, pues, vosotros, después de haber servido falsos dioses, mas conociendo ahora al Dios del evangelio, volveríais nuevamente a la servidumbre de las observancias legales? ¿Habría trabajado yo en vano entre vosotros? (8-11).

1 Mas digo[1]: por tanto tiempo como el heredero es niño, nada
2 difiere de un siervo, aunque es señor de todo, sino que bajo
tutores y administradores hasta el tiempo predeterminado por el
3 padre[2]. Así también nosotros, cuando éramos niños, estábamos
4 esclavizados bajo los elementos del mundo[3], mas cuando llegó la

1. Este *digo* se refiere a la vez a lo que precede (3:23-25) y a los desarrollos que van a seguir. Es, en efecto, el pensamiento del final del cap. 3 lo que el apóstol vuelve a tomar aquí, y lo desarrolla por una nueva figura (v. 1-3), a fin de oponer al estado del hombre bajo la ley la plenitud de las gracias de Dios, que son nuestra parte desde la venida del Salvador. (Vrs. 4 y sig.).

2. Este segundo versículo explica cómo *el heredero*, mientras es menor, *en nada difiere del siervo:* no tiene su libertad, ni el goce y administración de los bienes de que sin embargo es *señor* por su nacimiento. El momento de su mayor edad es representado aquí como dependiendo únicamente de la voluntad del *padre*, lo que era entonces y es aun hoy el caso en diversos países. Este detalle anticipa sobre el pensamiento expresado en el v. 4: "el cumplimiento de los tiempos" estaba marcado y fijado por la soberana voluntad de Dios.

3. Aplicación de la figura empleada en los v. 1 y 2. Pablo considera todo lo que ha precedido al evangelio y la vida cristiana como un estado de *infancia*. Se esperaba que indicaría la ley y sus prescripciones innumerables como habiendo tenido, bajo el antiguo pacto, el lu-

plenitud del tiempo [4] envió Dios a su Hijo, hecho de mujer, hecho
5 bajo la ley, para que redimiera a los que estaban bajo la ley para

gar de los "tutores y administradores (v. 2), lo que precedente hizo (3:23-25). En lugar de eso, nombra los rudimentos o más bien los *elementos del mundo.* Esta voz, que solamente reaparece en Col. 2:8, 20, y aquí abajo, v. 9 (con epítetos diferentes), ha sido explicada de distintas maneras. El término de *elementos,* en griego como en nuestra lengua, tiene un doble significado: aplicado a los objetos de la naturaleza, designa las partes primeras y constitutivas de una cosa; en un orden más elevado, el arte, la ciencia, la religión, indica sus primeros principios. Si se toma aquí esa voz en su primer sentido, se trataría de los primeros principios del conocimiento religioso, de la ley con todas las minuciosas prescripciones de que estaba rodeada. No se vacilaría en comprender así esas palabras, si el apóstol no designara esos elementos como los elementos *del mundo,* término que no parece casi poderse aplicar a las prescripciones de la ley mosaica, ni al pueblo judío solo, ni a toda nuestra humanidad, como se ha pretendido. Por otra parte, si Pablo tuviera en vista solamente los paganos, toda cuya religión no era más que un naturalismo divinizado o la adoración de la naturaleza bajo mil formas diversas, podría uno detenerse en el primer sentido que hemos dado a la palabra *mundo;* pero evidentemente habla aquí sobre todo de los judíos y de su estado de servidumbre bajo la ley; ¿cuál puede pues ser su pensamiento? Hélo aquí, y reune ambos significados del término: *todos los hombres* están esclavizados a las fuerzas brutas de la naturaleza tanto tiempo como no conocen al Dios que es espíritu, y que quiere ser adorado en espíritu y en verdad. El hombre, originariamente destinado a dominar la naturaleza, se ha tornado en su esclavo por el pecado, y todo culto que tributa a Dios está afectado de esa esclavitud. Dios, dando a los judíos prescripciones legales simbólicas, que eran relativas a la vida natural (leyes sobre la comida, la bebida, los tiempos, las estaciones, los días (v. 10), las purificaciones, etc.), les había suministrado al mismo tiempo bastantes luces para que comprendieran el sentido espiritual de esas ordenanzas, interpretándolas como símbolos, elevándose de lo visible a lo invisible, del cuerpo al alma. Tal era en particular el objeto constante de la predicación de los profetas. Pero, con excepción de un corto número de hombres verdaderamente piadosos e iluminados, ese pueblo, por un efecto de su ceguera carnal, permaneció constantemente apegado al sentido material de las prescripciones; tomó el medio por el fin; su culto desde entonces recayó en un naturalismo casi pagano; y así, en lugar de elevarse gradualmente, según la intención de Dios, hacia la libertad y la adoración espiritual, permaneció en la servidumbre de los *elementos del mundo.* He ahí por qué el apóstol llama esos elementos débiles y pobres (v. 9); ellos mismos no podrían comunicar al alma ni fuerza, ni vida, ni paz. (Comp. Col. 2:20). A esos rudimentos querían los falsos doctores llevar de nuevo a los cristianos de Galacia, ya en

6 que recibiéramos la adopción [5]. Y porque sois hijos, envió Dios
el Espíritu de su Hijo a vuestros corazones, clamando: Abba, Pa-
7 dre [6]. De modo que no eres más siervo sino hijo; y si hijo, here-
8 dero también por Dios [7]. Pero entonces, no conociendo a Dios,

posesión de ese evangelio espiritual, eterno, que tiene todos los caracteres de una obra del Dios viviente. (Vers. 4 5).

4. Gr. "Mas cuando vino la *plenitud* o el *cumplimiento* del tiempo". Término muy importante para observar, por el cual el apóstol señala la época precisa escogida por la sabiduría de Dios para enviar su Hijo. No podía hacerlo más que después de una larga preparación del pueblo judío y de las naciones paganas. Esta preparación tuvo lugar para el primero por las revelaciones divinas, por las promesas, por la ley, por todas las instituciones mosaicas; tuvo lugar para los segundos por el desarrollo de la civilización, por los esfuerzos impotentes de la filosofía, por las dispensaciones de Dios y las experiencias de los pueblos, convencidos por fin de que no podían llegar de por sí mismos ni a conocer a Dios ni a libertarse de la esclavitud del pecado. En todos sentidos los tiempos estaban *cumplidos* cuando Cristo apareció.

5. El *Hijo* de Dios, *nacido de mujer,* término que indica su perfecta humanidad (Job. 14:1), ha debido ser en todas las cosas semejante a sus hermanos. Hasta debió *nacer* y vivir *bajo la ley,* llevar su yugo, cumplirla perfectamente, por una obediencia cuyo último acto fué su muerte sobre el Calvario. Y todo esto a fin de *redimir* a los que habían violado esa ley (3:13), y elevarlos a la condición gloriosa de hijos de Dios, caracterizada aquí por el término de *adopción.* (Rom. 8: 15, nota). Desde este momento, judíos y paganos gozan, por la fe, de una doble libertad: como mayores de edad, no están ya bajo la tutela de los "elementos del mundo", y adoran a Dios su Padre en espíritu y en verdad; la ley no se levanta ya delante de ellos con sus amenazas y sus condenaciones, sino que revestidos de la justicia de Cristo, hechos agradables a Dios en su Hijo amado, reciben la fuerza de cumplir la ley con filial obediencia, en la cual encuentran la felicidad en lugar de la esclavitud.

6. Véase Rom. 8:15, nota. Estos *hijos de Dios,* están investidos de todos los privilegios y del *Espíritu* mismo del *Hijo de Dios,* por el cual ellos invocan a Dios como su Padre!

7. Véase Rom. 8:17, nota. Aquí diversas variantes. El texto recibido: heredero, *de Dios por Cristo;* otros: heredero *por Cristo* o *por Jesucristo;* algunos: *heredero de Dios, coheredero de Cristo* (copiado de Rom. 8:17); uno solo: *heredero* simplemente. La lección de nuestro texto es la más autorizada. Corresponde evidentemente a las últimas palabras del v. 2, que atribuyen al *padre* la determinación del momento en que pone a su hijo en posesión de sus bienes. Estas palabras se dirigen a los Gálatas, nacidos en su mayor parte en el paganismo como lo prueba el v. 8. Hay tanta más fuerza en el reproche que les hace el apóstol (v. 9-11), de querer volver al yugo de las servidumbre. Para dar aún más precisión a sus pa-

9 servisteis a los que por naturaleza no son dioses [8]; mas ahora, co-
nociendo a Dios, más bien siendo conocidos por Dios [9], ¿cómo
volvéis otra vez a los débiles y pobres elementos, a los que aun
10 otra vez queréis servir? Observáis días, y meses, y tiempos, y
11 años [10]: Temo por vosotros no sea que, de algún modo, haya tra-
bajado en vano cuanto a vosotros.

II. 12-20. Viva y dolorosa efusión de corazón. — 1º Permanezcamos unidos, os lo suplico; no me habéis agraviado a mí; al contrario, me habéis recibido, a pesar de mi enfermedad, como un ángel de Dios. ¡Erais entonces tan dichosos! y me amabais al punto que habríais testificado ese amor por los más dolorosos sacrificios; ¿me habría hecho yo, pues, vuestro enemigo? (12-16). — 2º Otros también tienen celo por vosotros, pero

labras, las dirige a sus lectores individualmente empleando de improviso este pronombre en singular: *tú no eres ya esclavo...*

8. No son verdaderos dioses: "Cuando los servíais *no conociendo a Dios*, erais en cierto grado excusables, ¡mas ahora!..." (v. 9).

9. Aquí el apóstol se corrige, en cierto modo, para dar a su pensamiento más fuerza. Nosotros no *conocemos a Dios* realmente sino cuando *hemos sido conocidos de él*, lo que implica de su parte el amor, la adopción. (Comp. 1 Cor. 8:1-3, nota; Juan 10:14, 15). Pablo añade mucho con esto a su argumento: no es el hombre quien previene a Dios y quien le escoge, sino la inversa. (Rom. 8:28, 29; Isa. 65:1; Juan 15:16). Ahora bien: el pensamiento de esta libre gracia de Dios, sólo por la cual el hombre ha *conocido a Dios*, debía humillar más aun a los Gálatas por haber podido dejarse arrastrar de nuevo hacia el yugo de los débiles y pobres elementos del mundo.

10. Véase, sobre estos *elementos* o *rudimentos*, v. 3, nota. Aquí el apóstol los rebaja aún más por estos epítetos: *débiles* y *pobres*, que opone a la fuerza y a la riqueza del Espíritu. Luego cita la observación de las diversas fiestas israelitas como ejemplo del yugo legal que los falsos doctores habían impuesto a los Gálatas. *Observáis con ansiedad* (gr.) con espíritu servil contrario a la libertad del cristiano: tal es el sentido del verbo original. Esos *días* son los sábados y otras fiestas fijadas por la ley; los *meses* son las nuevas lunas que señalaban ciertas solemnidades; los *tiempos* indican en general las épocas consagradas a grandes fiestas, como la pascua (Lev. 23:4); los *años* designan la vuelta de otras solemnidades, como el gran jubileo, el año sabático. Imponer esas observancias como una obligación servil, buscar en ellas en todo o en parte su justificación delante de Dios, eso era renunciar a la libre gracia de Dios, lo que el apóstol censura con tanta fuerza. Era, literalmente, recaer bajo los elementos del mundo, puesto que con ello se hacía depender su obediencia y su piedad del curso de los astros y de las estaciones, objetos del culto de los paganos mismos. (Vers. 3, nota). Por esto expresa Pablo (v. 11) todo el *temor* que le

es a fin de atraeros a sí apartándonos de mí. (17, 18). — 3º De ahí, ¡oh hijos míos amados! los dolores que siento respecto de vosotros; ¡qué no pueda yo estar a vuestro lado y haceros oír mi voz! (19, 20).

12 Haceos como yo, porque yo también me he hecho como vos-
otros [11], ¡os suplico, hermanos [12]! en nada me habéis agraviado [13];
13 mas sabéis que por causa de enfermedad de la carne os anuncié
14 el evangelio por primera vez, y no despreciasteis ni desechasteis
con disgusto mi tentación que era en mi carne, sino que como a
15 un ángel de Dios me recibisteis, como a Cristo Jesús [14]. ¿Cuál era,

inspiraban esas aberraciones en cuanto al resultado de sus trabajos entre los Gálatas.

11. Algunos entienden estas palabras como en 1 Cor. 11:1. "¡Imitadme en la libertad cristiana en que estoy, donde he hallado la seguridad y la paz!" Mas ¿qué significa entonces el segundo miembro de la frase: *pues yo también soy como vosotros?* Pablo quiere decir, se ha respondido, que, aunque nacido judío, se despojó de todo prejuicio para recibir la salvación tal como la anunciaba él a los paganos. Este sentido es muy admisible, tanto más cuanto que se puede traducir así: *Haceos* como yo, pues yo también *me he hecho* como vosotros, como si fuera sin ley. (1 Cor. 9:21). Pero se puede ver también en estas palabras simplemente la expresión de la afectuosa comunión de espíritu en la cual el apóstol desea quedar con los Gálatas, a pesar de los reproches que les dirige: "Poneos en mi lugar y comprendedme, pues yo también me pongo en el vuestro, vuestros intereses espirituales son los míos". Tal sería el principio del llamado patético, efusión de su profunda ternura, por el cual Pablo va a intentar hacer volver los Gálatas. (Vers. 12-20). Si las razones bíblicas que ha desarrollado hasta aquí no hubieran convencido el espíritu de sus lectores, su amor por lo menos tocará sus corazones por el recuerdo de las relaciones íntimas que Dios había formado entre ellos y él cuando les predicó el evangelio, y en las cuales se habían sentido tan dichosos. Después de haber dado así salida a los sentimientos de que está lleno su corazón, reanuda la continuación de su exposición y corona su demostración por una alegoría tomada de la historia de los patriarcas. (Vers. 21 y sig.) "Así enseña a los pastores que deben tener un corazón de padre y de madre, no para los lobos rapaces, sino para las pobres ovejas engañadas y extraviadas, soportando su debilidad y tratándolas con la mayor dulzura". *Lutero.*

12. Esta palabra tan humilde, tan afectuosa, no debe unirse ni a la frase que precede, ni a la que sigue, sino formar un pensamiento independiente: "No quiero solamente reprender, enseñar; no ordeno; *¡os suplico!*"

13. "No creáis pues que por ningún sentimiento personal os hablo de una manera tan severa. Me acuerdo más bien con emoción de los testimonios de vuestro cariño". Vers. 14).

14. Por *causa de* una enfermedad de la carne os anuncié el evangelio. El apóstol había sido retenido por una enfermedad entre los Gálatas e

pues, la declaración de vuestra dicha?[15] pues os doy testimonio
que, si hubiera sido posible, arrancando vuestros ojos me los ha-
16 bríais dado[16]. ¿De modo que me he hecho enemigo vuestro di-
17 ciéndoos la verdad?[17] No están celosos de vosotros honestamen-
te, sino que quieren excluiros para que estéis celosos de ellos[18].
18 Bueno es estar celoso del bien siempre, y no sólo estando yo pre-

inducido así a anunciarles el evangelio. Una variante autorizada hace decir a Pablo (v. 14): "la prueba que *vosotros* tuvisteis que sufrir en mi carne, no la menospreciasteis ni la desechasteis con disgusto!" Se ve por estas palabras, y por otras semejantes (1 Cor. 2:3; 2 Cor. 12:7), que Pablo sufría de alguna enfermedad corporal que hacía su aspecto menospreciable a los ojos del mundo. Mas tal había sido entre los Gálatas la potencia de su palabra, acompañada del Espíritu de Dios, que no habían tardado en reconocer en este hombre enfermo *el enviado de Dios* (tal es el sentido de la voz *ángel)*, el representante de *Jesucristo* mismo.

15 Traducción literal. Esa *dicha* que vosotros mismos expresabais, ¿de dónde venía? ¿de la servidumbre de la ley, o de la certidumbre de vuestra salvación por pura gracia?— Según una variante, habría que traducir: ¿"*Dónde* está ahora vuestra felicidad"? (La habéis perdido desde que os pusieron nuevamente bajo el yugo de la servidumbre). Aunque esta variante no esté suficientemente autorizada, este sentido estaría en armonía con las palabras que siguen y que motivan *(pues)* la idea de la felicidad de los Gálatas, pero como una cosa que ya no es. (Vers. 16). Lutero traduce: "¡Qué felices erais entonces!"

16. Me habríais testificado vuestro amor por los más dolorosos sacrificios.

17. Gr. "siendo verdadero para con vosotros", como en Efes. 4:15. La caridad en Dios mismo es inseparable de la *verdad* (Juan 1:14, nota); todo el que aborrece a los que le dicen la verdad, debe pensar que ese odio remonta hasta Dios. ¡Qué contraste con el versículo que precede! y este contraste resalta más aun de la taducción literal: Pablo dice: Me amabais así (v. 15), y agrega (gr.): *de modo que* me he hecho vuestro enemigo; me aborrecéis, y esto ¡porque os he dicho la verdad! Doble contraste expresado por una ironía llena de tristeza.

18. Al decir Pablo "¿Héme hecho vuestro enemigo?" dirige naturalmente su pensamiento a los falsos doctores que son la causa, y de quienes habla sin nombrarlos. La expresión griega: *celar a alguien*, significa perseguirle para ganarle, *estar celoso de él*. Eso eran los falsos doctores para los Gálatas; pero ese *celo* no era puro, tenía un motivo oculto que el apóstol descubre; mientras que él estaba celoso de las almas para presentarlas a Cristo (2 Cor. 11: 2), ésos lo estaban para atraerlas a sí, a su partido, y ésa es la verdadera señal del espíritu de error y de secta, para eso era necesario *apartar* a los Gálatas del apóstol. Gr. "Quieren *excluiros*", o, según una variante, excluirnos; en todo caso, separaros de mí, y por ello mismo de la comunión de la iglesia, "a fin de que vosotros estéis celosos *por ellos*".

19 sente con vosotros[19]. ¡Hijitos míos, por quienes otra vez sufro
dolores de parto hasta que sea formado el Cristo en vosotros[20]!..
20 Mas desearía estar ahora presente con vosotros y cambiar mi voz,
porque estoy perplejo cuanto a vosotros[21].

III. 21-31. Continuación: ALEGORÍA DE LOS DOS PACTOS. — 1º ¿Volvéis a la ley, y no comprendéis la historia del Antiguo Testamento? He aquí lo que está escrito: Abrahán tuvo dos hijos de dos mujeres diferentes: la una, Agar, era la esclava; la otra, la mujer libre. La una, semejante a ese Sinaí de la ley y a esa Jerusalén caída, sólo pare esclavos; la otra, figura de la Jerusalén de arriba, de la iglesia de Dios que es libre, para hijos libres, y ésta es nuestra madre. (21-26). — 2º De ahí el santo gozo de la que era estéril y abandonada, y que tiene numerosos hijos. Como Isaac, nosotros descendemos de ella; en vano los hijos de la esclava nos aborrecen; ella es expulsada, y nosotros somos los hijos de la libre. (27-31).

21 Decidme, los que queréis estar bajo la ley: ¿no oís la ley?[22]
22 pues escrito está que Abrahán tuvo dos hijos, uno de la sierva y

19. El apóstol echa una mirada llena de tristeza a los tiempos de su amor por él, y hace resaltar el contraste entre ese falso celo de que acaba de hablar y el verdadero celo al cual exhorta sus lectores. Otros traducen: "Es bueno ser *objeto del celo* (ajeno) en lo bueno..." pero esto no concuerda tan bien con las palabras siguientes.

20. Estas palabras son un verdadero grito de ternura y de profundo dolor. Nuestras versiones las debilitan uniéndolas al versículo siguiente a pesar del texto original. Una primera vez Pablo había *parido* esas almas a Cristo por la potencia del evangelio, y ahora su trabajo debía recomenzar con *dolor*, y no tendría reposo hasta que el nuevo hombre, *Cristo en ellos*, fuera *formado* de nuevo. Con tal amor de las almas, se comprende todos los prodigios del evangelio en el mundo en los tiempos apostólicos. Se pregunta a menudo por qué la predicación no produce ya los mismos efectos; a esto no hay más que una respuesta: ¡carecemos de ese amor! Hoy, como entonces, triunfaría del mundo entero.

21. Otro voto de su corazón, tiernamente expresado, y que manifiesta su vivo amor de las almas. Querría estar presente en medio de ellos, y esto a fin de *cambiar de lenguaje*, emplear la mansedumbre en lugar de la severidad, según las disposiciones que observara en ellos. Otros, basándose en el término original que dice "cambiar *mi voz*", piensan que el pesar del apóstol es principalmente de no poder hablar de viva voz, lo que le permitiría poner en su tono todos los sentimientos que inundan su alma, y esto a fin de ser mejor comprendido o de apropiar su palabra más eficazmente a las necesidades de cada uno. ¿Quién no conoce la inmensa diferencia que hay entre una palabra *dicha* y una palabra *escrita?* La razón de este ardiente deseo del apóstol es que, gracias a ese profundo amor de que da tantas pruebas, está *perplejo*, lleno de inquietud por ellos.

22. El apóstol reanuda aquí su argumentación interrumpida en el v.

23 uno de la libre[23]. Pero el de la sierva ha sido engendrado según
24 la carne, mas el de la libre por la promesa[24], lo cual es dicho ale-
góricamente[25], pues ésas son dos pactos, el uno del monte Sina,
25 que engendra para servidumbre, el cual es Agar (pues el monte
Sina está en Arabia) y corresponde a la Jerusalén presente, pues
26 sirve con sus hijos; mas la Jerusalén de arriba libre es, la cual es

12. Emplea la palabra *ley* en su sentido más general, aplicado a todo el A. T. Es verdad que el hecho de la historia sagrada que va a citar debe servirle a caracterizar la *ley* propiamente dicha.

23. Gén. 16:15, 21:2.

24. *Por la promesa* (Comp. Rom. 9:8), es decir por un acto de la potencia de Dios quien cumple su *promesa* cuando, según el curso de la naturaleza, Abrahán y Sara no podían tener ya ninguna esperanza de ver realizarse esa promesa.

25. Gr. "Esto es alegorizado", tiene un sentido profundo encerrado bajo los hechos históricos. En efecto, si se ha podido decir de la historia profana, con entera verdad, que cada suceso lleva en sí la enseñanza que resulta de todo el conjunto de la historia, con mayor razón es así en la historia del reino de Dios. Este reinado se desarrolla gradualmente, de una manera orgánica, bajo la dirección de Dios, de modo que los hechos menos importantes en apariencia reflejan los mayores acontecimientos o más bien los contienen en germen, como la encina majestuosa estuvo por un tiempo oculta en la bellota que le dió nacimiento. (Comp. Mat. 13:31, 32). En dos palabras todos los hechos del reino de Dios son al mismo tiempo historia y profecía. Es pues legítimo buscar en las escrituras del A. T. esos granos de semilla que contienen la rica siega del N. T.; pero hay que tener mucho cuidado en la posición que ocupa en el conjunto de la historia cada acontecimiento particular y no desprenderlo jamás de ese vínculo natural y orgánico que solo indica el sentido. El error de tantas interpretaciones alegóricas viene de que, perdiendo de vista el curso general de la historia, abandonando el firme terreno de los hechos, se ha querido relacionar esas interpretaciones a semejanzas fortuitas, a analogías arbitrarias; de modo que en lugar de explicar la historia verdadera, se crea al lado de ésta una historia fantástica, y entonces no hay ya límites a las aberraciones de la imaginación. Tales eran las interpretaciones alegóricas muy en uso en la literatura judía en tiempos de Pablo. Recurriendo a la alegoría, el apóstol estaba seguro de ser bien comprendido de sus primeros lectores. Mas, ¿puédese decir que haya evitado todos los escollos del género y que no haya en lo arbitrario aplicado a las dos alianzas el ejemplo de Agar y de Sara? Este acercamiento forzado no añade nada a su demostración. Lutero decía ya, con mucho sentido común: "Por medio de las alegorías nada se puede fundar ni probar de un modo cierto; pero sirven para adornar, para ilustrar, para hacer más inteligible una tesis bien demostrada por otra parte. Si Pablo no hubiera comenzado por establecer a fuerza de argumentos sólidos que no somos justificados delante de Dios por las obras de la ley, sino por la fe sola, nada habría probado por esta alegoría. Pero después

27 nuestra madre[26]. Escrito está, en efecto: "Regocíjate, estéril,
que parías; prorrumpe y grita, la que no sufrías dolores de
parto, porque muchos son los hijos de la abandonada, más que

de haber fundado esta verdad en la experiencia de los creyentes, en el ejemplo de Abrahán, en los testimonios y las declaraciones de la santa escritura, agrega finalmente esta alegoría para sazonar su demostración. Como un cuadro adorna una casa que antes ha sido edificada sobre firmes cimientos y le da buena apariencia, así la alegoría embellece una sólida argumentación".

26. Pablo ve en Agar y Sara una figura de los *dos pactos*, o de los dos testamentos, de los que han salido dos pueblos diferentes. Por una parte, *Agar*, esclava, que pare, no según la promesa, mas según la carne (v. 22, 23), representa el testamento de *Sinai* que no produce en realidad más que la *esclavitud*. (Vers. 24). Es así semejante (Gr. "del mismo orden", *corresponde*, a la *Jerusalén de ahora* (v. 25), el centro teocrático de ese pueblo judío que se obstina en quedar en la *servidumbre* de Sinaí, rechazando la libertad de la gracia; en querer obtener por la carne lo que sólo se obtiene por la promesa. (Estos pensamientos, presentados bajo otra forma, equivalen a lo que establece el apóstol precedentemente, 3: 15 y sig.; 4:1 y sig.) Por otro lado, *Sara*, la mujer libre, de quien descienden los hijos de la promesa, representa el Testamento de la gracia, la verdadera iglesia de Dios, la *Jerusalén de arriba*, que es la *madre* de los creyentes, puesto que han nacido de nuevo en su seno, y por los medios de gracia de que ella es depositaria. (Comp. Hebr. 8:5, nota, y principalmente 12:24). Esta es *libre* (v. 26), puesto que encierra todos los que el Hijo ha libertado y hecho hijos de Dios, sus verdaderos herederos. (3:23 y sig.; 4:5). Así el apóstol, queriendo caracterizar las diferencias de los dos Testamentos por tipos históricos, pone en contraste: Agar y Sara, la carne y la promesa, la esclavitud y la libertad; y, en el desarrollo de esta comparación, otra figura se ofrece a él para exponer el mismo pensamiento, y él opone: Sinaí y la Jerusalén terrestre, a la Jerusalén de arriba, o a la verdadera iglesia de Dios. Hay que observar aún, solamente, que la *construcción* en estos versículos no ha quedado concluída, como acontece a menudo al apóstol por el hecho de la vivacidad de su estilo. Dice, v. 24: "el *uno*, del monte Sina"; lo que hacía esperar, en el v. 26: "el *otro*, la libre, representa la Jerusalén de arriba..."; en lugar de eso pasa directamente al segundo punto de comparación: "Mas la Jerusalén de arriba es libre".— Hasta aquí, este pasaje no representa dificultad más que a los que quieren disputar sobre la exactitud de esta doble alegoría, lo que siempre es posible. Mas, mientras que esas figuras son claras, tales como se encuentran en los v. 24 y 26, he aquí en el v. 25 una observación incidental que, según la lección del texto recibido, parece establecer una relación típica bastante obscura entre el *nombre* de Agar y el *nombre* de Sinaí; en efecto, se lee en el texto recibido literalmente traducido: "*el* Agar es el monte Sina en Arabia"; hay en griego, antes de la voz de Agar, un artículo neutro *to* que parece no poder indicar más que *ónoma* (nombre), y entonces habría que traducir: "La voz Agar significa, en Arabia, Sinaí". De ahí una seria

28 los de la que tiene su marido[27]". Mas vosotros, hermanos, como
29 Isaac, sois hijos de promesa[28]. Pero así como entonces el engendrado según la carne perseguía al al según Espíritu, así también
30 ahora[29]. Pero ¿qué dice la escritura? "Expulsa la sierva y su

dificultad, pues el nombre Agar, *en hebreo*, no significa Sina. Se ha encontrado, sí, que *en árabe* Agar significa roca; y como se trata aquí de Arabia, se ha creído hallar el pensamiento del apóstol. Pero, ¿qué probaría esta fortuita coincidencia del significado de los nombres? Ora en hebreo, ora en árabe, insistir sobre este insignificante encuentro sería un pobre juego de palabras. Otros, y entre ellos Calvino, traducen: *"este tipo* Agar, representa Sina", pero eso es gramaticalmente inadmisible. Otros también vierten como sigue el paréntesis: *"lo* que se ha dicho de Agar *(to legómenon,* en lugar de *to ónoma)* significa..." — Pero todo esto se torna inútil por el simple hecho que la voz *Agar,* en este versículo, es muy probablemente una inadvertencia o una torpe corrección de copista. Muchos manuscritos antiguos no la tienen; Bengel, Lachmann y otros críticos modernos la rechazan del texto. Hé aquí entonces el texto auténtico que hemos restablecido en nuestra traducción: "Pues el monte Sina está en Arabia". Si se pregunta cuál puede ser el objeto de esta observación geográfica sobre el Sinaí, la respuesta bastante verosímil es que Pablo quería recordar con ello la patria de los descendientes de Ismael, varias de cuyas tribus habitaban la Arabia, y que eran frecuentemente nombrados "los hijos de Agar". El apóstol procura completar así y hacer más notable el paralelo establecido en todo este pasaje entre Agar y Sinaí.

27. Isa. 54:1, citado según los Setenta y casi en todo conforme al hebreo. — El apóstol aplica aquí a Agar y a Sara, así como a su posteridad respectiva, la una según la carne, la otra según la promesa, las palabras del profeta, que son el comienzo de una magnífica descripción del estado próspero del pueblo de Dios bajo el nuevo pacto. "En el pasaje profético, no se trata directamente de Sara (si no como un tipo histórico); Isaías se dirige más bien a la comunidad de los creyentes, al verdadero Israel, al que promete un glorioso porvenir. Mas Sara podía, con justo derecho, ser considerada como la madre de ese pueblo de Dios. Su larga esterilidad, seguida del nacimiento de Isaac, era una justa figura de la esterilidad espiritual del pueblo de Israel, seguida de la plenitud de bendiciones que debía recibir en Cristo Jesús". *Olshausen.*

28. Aplicación de lo que precede (Comp. 3:16, nota, y Rom. 9:7, 8).

29. El apóstol atribuye esos dos *nacimientos*, el uno a la *carne* (v. 24), el otro al *Espíritu* (en lugar de la *promesa)* es decir a la potencia divina por la cual Sara recibió la facultad de ser madre. — En cuanto a la *persecución* de que aquí se trata, el término parece demasiado fuerte para los hechos referidos en el Génesis. (16:4 12:21:9). Es probable que escribiéndolo el apóstol estaba bajo la viva impresión de este acercamiento: *así es también ahora*, él, que tanto tenía que sufrir de los israelitas *según la carne!* Quizás también pensaba en las relaciones hostiles de Esaú con Jacob.

hijo, pues de cierto no heredará el hijo de la sierva con el hijo de
31 la libre[30]". Por tanto, hermanos, no somos hijos de una sierva,
sino de la libre[31].

30. Gén. 21:9, 10. Probablemente Abrahán, por efecto natural hacia su hijo Ismael, no se atenía ya entonces con fe bastante viva a la promesa de otro heredero. (Gén. 17:17-21). Sara expresaba pues realmente, por las palabras aquí citadas, la voluntad de Dios, quien las ratifica inmediatamente. (Gén. 21:12). Citando el apóstol este hecho lo mismo que el del v. 29, se propone por objeto no solamente completar el gran contraste que acaba de establecer (v. 22-26), sino también provocar en el espíritu de los Gálatas un acercamiento muy natural entre estos acontecimientos históricos y su propia situación frente a los falsos doctores judaizantes que se oponían a él apoyándose en los privilegios carnales del pueblo judío.

31. Se puede considerar estas palabras como una gozosa conclusión de todo lo que precede desde el v. 21, o como el enunciado del gran hecho de la gracia de Dios, sobre la cual el apóstol funda la exhortación que va a seguir (5:1): "Libres sois, ¡permaneced libres!" Nada impide admitir ambas relaciones.

CAPITULO V.

(Continuación). I. *Conclusión de la parte dogmática de la carta. Una última advertencia dirigida a los que emplean la circuncisión como medio de justificación delante de Dios, 1-12.* — II. *Exhortaciones prácticas: no abusar de la libertad cristiana para vivir según la carne; las obras de la carne y los frutos del Espíritu, 13-26.*

I. 1-12. Continuación: ESTAD FIRMES EN LA LIBERTAD DE CRISTO Y GUARDAOS DE LOS ENGAÑADORES. — 1º Si os ponéis nuevamente bajo el yugo de la ley y aceptáis la circuncisión, Cristo se os hace inútil, debéis observar toda la ley, y habéis caído de la gracia. (1-4). — 2º He ahí por qué nosotros, apóstoles y cristianos, no esperamos otra justicia que la que viene de la fe, pues en Cristo nada tiene poder ni valor sino la fe que produce la caridad. (5, 6). — 3º Corríais bien; ¿quién os apartó de la verdad? No aquél que os llamó; mas basta un error para destruir toda la verdad y turbar la vida; espero que seréis convencidos de esto. (7-10). — 4º ¿Se

pretende que yo predico aún la circuncisión? ¿por qué entonces sería yo perseguido por los adversarios de la cruz? ¡Ojalá fueran cortados! (11, 12).

1 Para la libertad nos libertó Cristo; estad, pues, firmes y no
2 seáis otra vez retenidos en yugo de servidumbre [1]. He aquí yo
Pablo os digo que si os circundareis Cristo nada os aprovechará.
3 Y otra vez protesto a todo hombre circuncidado que debe observar
4 la ley entera. Desligados habéis sido de Cristo los que por la ley
5 os justificáis; de la gracia habéis caído [2]. Nosotros, en efecto,
en el Espíritu, por fe, aguardamos pacientemente la esperanza de
6 la justicia [3], pues en Cristo Jesús ni la circuncisión puede algo ni

1. La *libertad* por Cristo y en Cristo (Juan 8:36), la *servidumbre* bajo la ley y en toda justicia propia del hombre, hé ahí el contraste que hace comprender mejor el evangelio de la gracia de Dios. Estas palabras son al mismo tiempo la conclusión de todo lo que precede (4:21-31), y una transición muy natural a la exhortación siguiente. (Vers. 2-6.) Hay para este versículo diversas variantes en los manuscritos. El texto recibido, con varios antiguos manuscritos, lee: "En la libertad, *en* (*o por*) *la cual* Cristo nos libertó, permaneced firmes". El sentido en el fondo es el mismo.

2. Estos tres versículos (2-4) se completan y se explican mutuamente. Para comprender como Cristo *se hacía inútil* (Gr. "habéis sido *envanecidos lejos de* Cristo") a los que *se hacían circuncidar*, hay que observar bien con qué propósito obraban así; era a fin de ser *justificados por la ley* (v. 4), es decir para buscar un medio de salud en la circuncisión y las obligaciones legales que ella imponía. Fuera de esa funesta aberración, Pablo no habría atribuído ninguna importancia a la circuncisión. (Comp. 2:3, nota; Actos 16:3, nota.) Mas ese error hace a Cristo inútil, hace *caer* al hombre de *la gracia* (v. 4), porque abandona a Cristo y a su gracia para buscar en otra parte su salud. Y entonces, una vez metido por la circuncisión en la vía legal, no tiene *más que escoger, la ley no hace* ninguna concesión, debe *cumplirla toda* (v. 3), en su sentido moral y en todas las observaciones que ella prescribe. (3:12, nota.)

3. Hé aquí lo directamente opuesto al sistema legal combatido en los versículos precedentes, y estas palabras indican la razón: *pues nosotros* tenemos otra *esperanza* completamente distinta; esta razón supone en el apóstol y los que comparten su fe la certidumbre de poseer la verdad. No solamente *esperamos de la fe*, y de la fe sola, sin las obras de la ley, *la esperanza de la justicia*, sino que ésta misma es una obra del *Espíritu* de Dios en el fiel. El apóstol dice aquí: "*esperemos la esperanza* de la justicia", es decir el pleno cumplimiento de esa esperanza. Ordinariamente representa esa justicia como una posesión *actual* del creyente. Son las dos fases de una misma verdad: por una parte, el creyente posee en este mundo el don de la justicia, con la paz y todos los bienes que de ella emanan (Rom. 5:1 y sig.); y por la otra, la plenitud de esta justicia y de sus frutos es aún objeto de su esperanza

7 la incircuncisión, sino la fe obrando por el amor [4]. Corríais bien:
8 ¿quién os impidió para que no obedecierais a la verdad? Esta per-
9 suasión no es del que os llama. Un poco de levadura leuda toda la
10 masa [5]. Yo confío cuanto a vosotros en el Señor que ninguna

y anhelo. (Comp. Rom. 8:23-25, nota.) Se han propuesto traducciones diferentes de este versículo. Así: "En espíritu (espíritu del hombre, opuesto a la carne), por la fe, esperamos la esperanza de la justicia". Así también: "Por el Espíritu (de Dios), esperamos por la fe..." O bien: "Esperamos por el Espíritu la esperanza de la justicia que viene de la fe". La primera de estas versiones no es buena. Las otras dos mantienen igualmente estas dos verdades evangélicas: 1º la esperanza de la justicia ante el tribunal de Dios, se obtiene *por la fe* (2:16: Rom. 1:17; 3:22; 9:30; 10: 6, etc.); 2º esta fe que justifica y que es la raíz de la esperanza es en nosotros la obra del *Espíritu* de Dios. (3:2, 5; 4:6).

4. Gr. "Pues en Cristo Jesús ni la circuncisión puede algo, ni el prepucio, sino la fe operante (o eficaz) por el amor". Nada externo asegura la salvación, ni los privilegios de los judíos, ni la moralidad de algunos paganos, sino únicamente la *fe*, cuya energía y vida se muestran por la *caridad*, que es, a su vez, el alma de la vida cristiana. Aquí la fe es la raíz, el *amor* es el fruto, y no la inversa, como lo pretende la iglesia romana traduciendo: "La fe que *es obrada* por la caridad". La palabra empleada por el apóstol tiene siempre un sentido activo y no pasivo. (Comp. Rom. 7:5; 2 Cor. 1:6; 4: 12; Efes. 3:20; 1 Tes. 2:13; 2 Tes. 2:7.) ¿Y de dónde vendría la caridad si debiera existir *antes* de la fe que sola puede producirla? ¿No es claro por otra parte que el apóstol motiva (*pues*) por este versículo la verdad del precedente, la justicia por la fe? Este pasaje, bien comprendido, indica claramente cuál es la verdadera relación de la fe y del amor. La fe es el germen de la vida divina en el hombre; ella se apropia a Cristo y su obra de redención, y abre a los creyentes el acceso al amor de Dios. (Rom. 5:1 y sig.) Pudiéndose entonces derramarse este amor en el corazón del fiel, se torna en él en la fuente de su amor a Dios y a sus hermanos; ahora bien: este amor es el cumplimiento de la ley, es la obediencia, es la santificación, es, en otros términos, las buenas obras. Así, todo lo que el pecador ha recibido por la fe se manifiesta obrado eficazmente por el amor; la fe obra por el amor, el amor está basado en la fe. Es verdad que hay una fe muerta que no produce nada parecido (Jac. 2:14-17); es verdad también que el amor es mayor que la fe, porque ésta debe ser cambiada en vista cuando el cristiano haya llegado a la perfección, mientras que el amor es la vida misma del cielo. (1 Cor. 13:13.) Hallamos pues en estos dos versículos las tres grandes virtudes cristianas: "En el v. 5, une a la *fe* la *esperanza*, y ahora el *amor*. Hé ahí todo el cristianismo". *Bengel.*

5. El apóstol dirige de nuevo directamente la palabra a sus lectores para aplicarles las doctrinas que acaba de exponer, y llevar una vez más su atención al origen de sus errores. Estaban en el buen camino; ¿quién los apartó de él? No es *Aquel* que *los*

otra cosa pensaréis, mas el que os turba llevará el juicio, cualquie-
11 ra que fuere [6]. Mas yo, hermanos, si aún predico la circuncisión,
¿por qué soy aún perseguido? abolido es, pues, el tropezadero de
12 la cruz [7] ¡Ojalá aun se mutilen los que os inquietan [8]!

llama, Dios, puesto que su llamamiento se basa únicamente en el evangelio de su gracia. No proviene de El esta influencia que se ejerce sobre ellos, esta *persuasión* de que son objeto. Por más que esté aún en sus comienzos y alcance a puntos secundarios, amenaza su fe cristiana entera, como lo prueba el proverbio citado por Pablo. (Vers. 9. Comp. 1 Cor. 5:6; Mat. 16:11, 12.) La palabra traducida (v. 8) por *persuasión* ha sido vertida y explicada de diversas maneras. (Solamente aquí se halla en el Nuevo Testamento). Su sentido está indicado por este término del v. precedente: "obedecer a la verdad". En griego *obedecer* y *ser persuadido* se expresan por la misma palabra. Ahora bien: vosotros no *obedecéis* más a la verdad, no estáis ya *persuadidos;* y *esta* obediencia, *esta* persuasión nueva que se os ha impuesto, no viene de Dios. De ahí la versión de M. Rilliet: esta *influencia*.

6. Cuanto más adelanta el apóstol en su carta, tanto más se entrega a la esperanza de que esas iglesias de Galacia, que le eran tan queridas, serían vueltas de sus errores (y esto mismo era un poderoso medio de persuasión); pero también expresa cada vez más fuertemente su indignación contra los que habían ido a *turbar* esos rebaños. (Vers. 12.) Se ha preguntado si, por estas palabras en singular: *el que os turba, sea quien fuere*, tenía el apóstol en vista especialmente *uno* de los falsos doctores, y cuál. Es probable que estas expresiones tengan más bien, en su pensamiento, un sentido general. Dice *el* para designar a todos. Por el *juicio* que les alcanzará y que el apóstol les denuncia, no hay que entender, como se ha hecho, alguna pena pronunciada por la iglesia, tal como la excomunión, sino el juicio de Dios.

7. Era precisamente ese *escándalo de la cruz* lo que excitaba a los falsos doctores contra Pablo, y le atraía la *persecución* de parte de los judíos. En esa época, en efecto, los cristianos no eran aún perseguidos más que de parte de los judíos, que los denunciaban a las autoridades paganas. Lo que ellos no podían sufrir en el evangelio, lo que *escandalizaba* su orgullo era que Pablo predicaba la salvación de todos, judíos o paganos, por la fe sola en un *Crucificado*, cuyo sacrificio de expiación sobre la *cruz* había obtenido para los pecadores la única justicia por la cual pudieran subsistir delante de Dios. Si por lo menos el apóstol hubiera predicado al mismo tiempo la necesidad de la circuncisión y de la observancia de la ley para ser salvado, entonces el escándalo de la cruz habría cesado, y los judíos, en lugar de perseguirla, le hubieran aprobado como un propagador de su religión. ¿De dónde viene aquí a Pablo este pensamiento? No lo dice, mas estas palabras han hecho suponer con razón que sus adversarios le acusaban de *predicar aún* en otras iglesias la *circuncisión*. Con ello, minaban su influencia poniéndole en contradicción consigo mismo. Su respuesta, tomada de las tristes experiencias de su vida, es irreplicable. En nuestros días aún, ninguna doctrina del evangelio choca tanto la justicia propia y la sabiduría humana como este misterio de reconciliación y de justificación delante de Dios por el sacrificio de la cruz. Debilitar, borrar esta doctrina, es el más seguro medio de acercar el cristianismo a la filosofía y al espíritu del mundo. Por ello, el mundo empieza de nuevo a "amar lo suyo".

II. Exhortación a no abusar de la libertad cristiana. Esta libertad consiste en vivir, no según la carne, sino según el Elpíritu, en el amor. — 1º La libertad exige que os sometáis unos a otros por caridad, pues toda la ley que se os quiere imponer es cumplida por el amor, mas si os aborrecéis unos a otros destruiréis mutuamente vuestra vida espiritual. (13-15). — 2º Vivid, pues, según el Espíritu, y seréis libres respecto de la carne; estas dos vidas son absolutamente opuestas una a otra; la vida del Espíritu liberta al mismo tiempo de la carne y de la ley. (16-18). — 3º Ninguno puede equivocarse; las obras de la carne son manifiestas: son todos esos pecados y esos vicios que reinan en el mundo; y los frutos del Espíritu no son menos evidentes: son las virtudes de la vida cristiana, las únicas que realmente cumplen la ley. (19-23). — 4º Luego, ¡nada de ilusiones! en el cristiano la carne está crucificada; vive y anda según el Espíritu y, por tanto, en humildad y caridad. (24-26).

13 Vosotros, en efecto, a la libertad habéis sido llamados, her-
manos; sólo, no [uséis] la libertad como ocasión para la carne, sino
14 por medio del amor servid unos a otros [9]. La ley toda, en efecto, en

8. Gr. "Ser cortados", alejados del cuerpo de la iglesia por una operación violenta. (Hay quizás en estas palabras una alusión a la operación de la circuncisión que ellos querían imponer a los creyentes). El apóstol habla también en otros lugares de esta exclusión severa que aquí desea. (1 Cor. 5:5, nota; 1 Tim. 1:20.) Otros piensan que deben ser *cercenados* por Dios. Otros por último, insistiendo en que el verbo no está en voz pasiva, sino en voz media, que tiene un sentido reflexivo, traducen: ¡"Mutílense..."!

Nota del Traductor. — Convencidos de que la última traducción del verbo *apokópsontai* mencionada por el autor es la única que presenta el verdadero pensamiento del apóstol, la hemos puesto en el texto. Es la explosión de la indignación de un hombre. Los doctores judaizantes querían ante todo la circuncisión. Bien. "si quieren, no sólo circuncídense, sino también mutílense." — *Crisóstomo.*

9. Hasta aquí, el apóstol ha combatido la ley como medio de salud, y predicado la *libertad* por la gracia; ahora (hasta 6:10) predica la ley y combate la falsa *libertad*. Mas se trata de la ley cumplida por amor (v. 14), libremente, y sobre todo como un fruto vivo del Espíritu de Dios en el creyente. (Vers. 22 y sig.) Tal conclusión: *Libres sois, someteos unos a otros* (y ante todo a Dios), tal conclusión pertenece exclusivamente al espíritu del evangelio; el mundo no la sospecha ni la comprende. Una sola palabra la explica: el *amor*. El cristiano es *libre*, pues sabe que su Salvador le ha libertado de la esclavitud del pecado, de la ley, de la muerte, y le ha dado todos sus privilegios de hijo de Dios; mas el cristiano es *esclavo*, porque reconoce que no hay para el hombre destino más glorioso que el de servir por amor a su Dios

un solo precepto está cumplida; en éste: "Amarás a tu prójimo co-
15 mo a ti mismo[10]". Mas si os mordéis y os devoráis unos a otros, mi-
16 rad que no seáis consumidos unos poro otros[11]. Mas digo: andad
en el Espíritu y de cierto no cumpliréis la concupiscencia de la
17 carne, pues la carne codicia contra el Espíritu, y el Espíritu con-
tra la carne, pues estas cosas se oponen una a otra para que no
18 hagáis aquello que quisiereis. Mas si sois guiados por el Espíritu
19 no estáis bajo la ley[12]. Y manifiestas son las obras de la car-

y a sus hermanos. (Comp. Rom. 6: 16-23, notas.) La libertad cristiana no consiste pues en *hacer* su propia *voluntad* lo que sería, en diversos grados, *vivir según la carne*), sino en poder renunciar a ello por amor a Dios y a sus hijos. (Comp. 1 Cor. 8.) El apóstol, insistiendo con tanta seriedad sobre estos principios, en la parte de su carta que sigue, sabía bien que eran conocidos de sus lectores, en particular de aquellos que no habían caído en el error hasta aquí combatido. Mas sabía también que, mientras el viejo hombre existe en el cristiano, éste corre el peligro de relajarse en la fe, y, en consecuencia, en su vida. Esa fe, primero viva en el seno de una iglesia, se torna con el tiempo en una fría ortodoxia, demasiado débil para oponer un dique a la potencia de la *carne*, y entonces la libertad espiritual se transforma gradualmente en una libertad carnal y mundana. Por esto estas partes enteramente prácticas y tan serias de las epístolas y del evangelio entero no son menos indispensables a la iglesia de Dios en todos los tiempos que las partes que nos revelan la doctrina. La *verdad* es la *vida*, hé ahí lo que la predicación jamás debe separar.

10. Y tal es la única verdadera observancia de la ley. (Véase el mismo pensamiento más desarrollado en Rom. 13:8-10.) Por esta citación de la *ley* en lo que constituye su alma y su vida, *amar*, el apóstol alcanzaba al mismo tiempo a los que estaban en la libertad por el evangelio, y a los que se aplicaban a las observancias de la ley. A los unos decía: esta ley espiritual, expresión de la santa voluntad de Dios, no está abolida, subsiste eternamente; a los otros recordaba que no la cumplirían jamás por nada externo, sino por el *corazón*, al cual Dios mira. El pensamiento del apóstol es el del Señor mismo (Mat. 22:39), mas no recuerda aquí sino un aspecto del gran mandamiento del amor, el que concierne al prójimo, porque tal era el tema de su exhortación.

11. El apóstol, tomando estas comparaciones de las costumbres de las bestias feroces, quiere expresar con la última energía, lo odioso de las malas pasiones y el peligro de ver la fe y la vida perecer, cuando no hay amor.

12. Véase sobre esta oposición absoluta, este combate a muerte entre la carne y el espíritu, Rom. 7:14 y sig., nota; Rom. 8:1 y sig., nota, y sobre la noción de la *carne* y del *espíritu*, en particular, Rom. 1:4, nota. Esos pasajes y las notas que los acompañan decidirán la cuestión que a menudo se ha propuesto, a saber, si el apóstol entiende por *espíritu*, opuesto a la carne, el Espíritu de Dios, o el espíritu del hombre, o ambos en una viva comunión. Este último sentido

20 ne[13], que son: fornicación, impureza, disolución, idolatría, hechi-
cería, enemistades, contiendas, celos, furos, espíritu de partido, di-
21 sensiones, sectas, envidias, homocodios, borracheras, glotonerías y
las cosas semejantes a éstas, de las que antes os digo, conforme
antes dije, que los que tales cosas hacen no heredarán el reino de
22 Dios[14]. Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, longanimi-

nos parece el verdadero. Están *bajo la ley* aquellos en quienes la carne *codicia* contra el espíritu y el espíritu contra la carne (así hay que traducir este v. 17), *de manera que no hacen lo que quieren.* Pues, *sentir* esa resistencia de la carne no es aun condenable, sino el ser esclavo de la carne. Por esto el apóstol no ha dicho antes (v. 16): "Andad según el espíritu y *no sentiréis ningún deseo de la carne*", sino: *"no los cumpliréis"*. "No sentirlos no es ya el combate, es la recompensa del combate; y llegaremos a ello cuando hayamos alcanzado la victoria perseverando en la gracia hasta el fin". *Agustín.* Entre la concupiscencia y el pecado actual hay grados señalados por Jac. 1:14, 15: primero, la concupiscencia misma, luego el acto de la voluntad que cede a ella, luego el acto externo del pecado, y por último su salario, la muerte.

13. *Manifiestas,* evidentes para el cristiano, de modo que no puede equivocarse. El apóstol designa sin embargo aquí un gran número de esas *obras,* a fin de señalarlas a la vigilancia de sus lectores y condenarlas. (Vers. 21 fin.) Se encuentran frecuentemente en las escrituras semejantes catálogos de las deplorables miserias de nuestra humanidad caída. (Mat. 15:19; Rom. 1:19 y sig.; 2 Cor. 12:20 y sig.; Efes. 5: 3 y sig.; 2 Tim. 3:1 y sig.; Tito 3:3.)

14. Después de los primeros de estos vicios que son actos groseros de la *carne,* el apóstol nombra muchos otros que, a primera vista, no parecen emanar de la misma fuente, porque provienen más bien de las pasiones del alma. Hay que inferir de ahí que la palabra *carne* no indica solamente las inclinaciones y los actos de la sensualidad, sino también los pecados que tienen su asiento en las facultades del espíritu. En efecto, los vicios más espirituales son también *obras de la carne,* porque el hombre, en su estado de caída, separado de Dios, es el esclavo de los sentidos, del mundo, de la naturaleza que no puede dominar sino por el Espíritu de Dios. El movimiento más oculto de egoísmo o de orgullo busca fuera su objeto y nos fuerza a reconocer que el espíritu está esclavizado a la carne. Se puede, si se quiere, resumir todos esos pecados en cuatro clases: 1º sensualidad (aquí la palabra *adulterio* del texto recibido no es auténtica); 2º superstición; 3º pecados inspirados por el odio; 4º excesos en el comer y beber. Todos esos pecados, no perdonados por la gracia, todos esos vicios, no destruídos por la regeneración del corazón, excluyen absolutamente del *reino de Dios,* que es la comunión con el Santo y el Justo. El apóstol expresa esta verdad de una manera solemne, a fin de quitar todo pretexto, por una parte, a los que profesan una falsa libertad, y por la otra, a los que acusan a la verdadera libertad cristiana de conducir al relajamiento moral.

23 dad, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza[15]:
24 contra tales cosas no hay ley[16]; mas los de Cristo Jesús han crucifi-
25 cado la carne con sus pasiones y sus concupiscencias. Si vivimos por
26 el Espíritu, por el Espíritu también andemos[17]. No nos hagamos
ansiosos de vana gloria provocándonos unos a otros, envidiándonos
unos a otros[18].

15. Por oposición a las *"obras* de la carne" (v. 19) se esperaba aquí: *"obras* del Espíritu"; mas el apóstol dice: el *fruto* del Espíritu, para mostrar lo que hay de interno y de orgánico en el desarrollo de la vida nueva, cuya fuente, cuya raíz es el Espíritu de Dios en el hombre, de la cual estas virtudes cristianas son los *frutos.* Esta palabra, en su sentido figurado es del Señor mismo. (Mat. 7:17; comp. Mat. 3:8; Rom. 6:22; Efes. 5:9; Fil. 1:11.) Estos frutos del Espíritu son en todo lo inverso de las obras de la carne, sin que sin embargo los oponga el apóstol a estas últimas en orden paralelo. La raíz de este árbol magnífico, cargado con tan ricos frutos, es la *caridad,* el *amor,* con lo que el apóstol reanuda el pensamiento del v. 14. La caridad produce todo lo demás.

16. Estas son, al contrario, respecto del prójimo (v. 14), el cumplimiento de la *ley,* de esa ley que jamás será cumplida por las fuerzas naturales del hombre, puesto que no hace más que ordenar y condenar, sin producir jamás esos hermosos frutos. Otros traducen: "la ley no es contra estas cosas", lo que es más o menos lo mismo. (Comp. 1 Tim. 1: 9.) Con esta observación, el apóstol indica la verdadera conciliación de la controversia que le ocupa. A los partidarios de la ley, muestra que ella no es violada por el evangelio; a los hombres de la libertad por la gracia, recuerda con viveza lo que deben ser para encontrarse en armonía con la voluntad de Dios. (Comp. Rom. 3:30.)

17. Estos dos versículos son la conclusión de lo que precede. (Vers. 10 y sig.) El viejo hombre, que producía las obras de la carne (v. 19-21), ha sido *crucifijado* en los *que son de Cristo.* Aunque esa crucifixión dure durante toda nuestra vida terrestre, el apóstol la considera como un hecho cumplido, porque, en el cristiano, esa potencia de la corrupción no *reina* más (Rom. 6:11-14), y está destinada a perecer enteramente. "Si es así, agrega Pablo, si *vivimos* por el Espíritu, *andemos* también por el Espíritu". ¿Cuál es la diferencia de esos dos términos? El uno indica la fuente, el otro las aguas que de ella manan: si en realidad el Espíritu ha creado en nosotros una *vida* nueva, no es para encerrarla en nosotros mismos por un goce egoísta o por un quietismo beato, sino a fin de que toda nuestra *conducta* manifieste y produzca los frutos de ese Espíritu (v. 22); para que, en pocas palabras, sigamos sus direcciones en nuestros pensamientos, nuestras palabras, nuestras obras. Es así como siempre la escritura nos representa la gracia como viniendo de Dios solo, y el ejercicio de esta gracia como manteniendo despierta la responsabilidad del hombre.

18. Esta exhortación particular se refiere a las que abren el cap. 6; no carece sin embargo de conexión con lo que precede: el apóstol proscribe la *vana gloria* (Fil. 2:3), *vana* (sin fundamento y sin valor) por el único hecho de que el hombre quiere glorificarse a sí mismo, en lugar de glorificar a Dios. (1 Cor. 1:31; 2 Cor. 10:17). La busca de esa vana gloria ha tenido siempre por resultado que los fuertes *provoquen* a los débiles al combate, a las malas controversias (v. 20), y que los débiles *envidien* a los fuertes, a los que les parecen dotados de mayores dones. El apóstol dice: (Gr.) "No *nos hagamos* amantes de vana gloria", lo que supone que el mal no existe aún en todos.

CAPITULO VI.

I. *El apóstol recomienda a sus hermanos no elevarse por orgullo unos sobre otros, sino más bien ayudarse mutuamente, 1-6.* — II. *Los exhorta a la fidelidad en su vocación cristiana, y a la beneficencia, 7-10.* — III. *Ultima mirada sobre el tema tratado en la epístola, y saludo apostólico, 11-18.*

I. 1-6. Reprensión fraternal, humildad, ayuda mutua. — 1º Reprended con amor a los que hayan caído, y vele cada uno sobre sí mismo. (1). — 2º Ayudaos mutuamente. (2). — 3º Porque todos vosotros sois iguales; creer lo contrario sería engañaros; cada uno, en lugar de compararse a otros, examínese ante Dios. (3-5). — 4º Mostraos generosos para con los que os instruyen en el evangelio. (6).

1 Hermanos, aun si fuere un hombre sorprendido en alguna falta, vosotros los espirituales restaurad al tal en espíritu de mansedumbre, cuidándote a tí mismo no seas tú también tentado[1].

1. Para tener aquí todo el pensamiento del apóstol, hay que unir íntimamente estas palabras al último versículo del capítulo precedente. Parece que en las iglesias de Galacia, como en la de Corinto, la principal causa de disensión era "la vana gloria", por la cual ciertos partidos procuraban elevarse unos sobre otros, lo que no podía menos que provocarlos mutuamente a la envidia. Ahora bien: queriendo reprimir el apóstol aquí esa funesta tendencia, se dirige sobre todo a los que habían permanecido fieles a sus enseñanzas, que no habían caído de nuevo bajo el yugo del legalismo, y que a causa de ello él llama los *espirituales.* Profesaban haber recibido el Espíritu, no por la ley, sino por la predicación de la fe (3:2), y vivir según el Espíritu. (5:25). Ahora bien: este Espíritu es un Espíritu de caridad: manifiesta sus frutos para con los más débiles, *aun* para con los que hayan sido *sorprendidos en alguna caída,* sorprendidos bruscamente por falta de vigilancia. Los

2 Llevad unos las cargas de otros y cumplid así la ley de Cristo [2].
3 En efecto, si alguien piensa ser algo no siendo nada, a sí mismo
4 se engaña; mas que cada uno pruebe su propia obra, y entonces
sólo cuanto a sí mismo tendrá su motivo de jactancia y no cuanto
5 al otro [3], pues cada uno llevará su propia carga [4]. El que se ins-
6 truído en la palabra haga participar al que instruye en todos los
bienes [5].

espirituales deben pues *restaurar* un hombre así caído; pero solamente lo harán bien mediante una doble condición: poniendo la *mansedumbre* de la caridad, luego quedando humildes, *teniendo cuidado* de su propia debilidad. Pablo dirige ésta exhortación a *cada uno* al hablar aquí en singular. Jamás estamos en mayor peligro de ser *tentados* que cuando reprendemos a los demás, sin velar sobre nosotros mismos. (Vers. 3).

2. La *ley de Cristo* es amarnos unos a otros como él nos amó. (Juan 13:34). Bien: él *llevó* todas nuestras *cargas;* nosotros debemos pues llevar las de nuestros hermanos participando en todas sus pruebas espirituales o temporales. Es éste el pensamiento del v. 1 generalizado.

3. No se lleva realmente las cargas de los demás (v. 2), no se puede tener simpatía por ellos en sus pruebas y sus debilidades sino cuando uno mismo es retenido en la humildad por el sentimiento de sus propias miserias. Para no *engañarse a sí mismo* estimándose *ser algo* (v. 3), es necesario que cada uno examine *su obra,* su estado religioso, no comparándose con otros, sino bajo la mirada de Dios: hasta será curado de la orgullosa tentación de *jactarse en relación a otro.* O, si aún tiene de qué jactarse (ironía), guardará esa jactancia para sí solo. — Otras explicaciones dadas de estas palabras están menos de acuerdo con el contexto.

4. En el día de juicio, en que ninguno podrá llevar las cargas de los otros. Es éste también un serio motivo para no compararse a otros agradándose a sí mismo. (Rom. 14:12).

5. La mayor parte de los intérpretes piensan que, en este versículo, el apóstol exhorta a los rebaños a *hacer parte de sus bienes* temporales a los que los instruyen, a proveer a la manutención de sus pastores. En este caso, habría que suponer que alguna circunstancia particular a las iglesias de Galacia inducía a Pablo a insertar aquí esta exhortación, que se encuentra sin relación aparente con el conjunto. Otros entienden esta exhortación de un modo muy diferente. Primero, traducen así las palabras del apóstol: "Que el que es enseñado en la palabra comunique (esté en comunión, unido) con el que le instruye, en todos los bienes" (espirituales), en todas las cosas buenas. Luego comentan como sigue: que los doctores o pastores no hagan una casta aparte, teniendo privilegios en la iglesia, o aun doctrinas particulares, secretas, sino que todos los bienes del evangelio sean comunes a todos, que haya entre todos una verdadera comunión. Esta interpretación, no sospechada siquiera por los reformadores, tiene adherentes entre los

II. 7-10. Fidelidad y beneficencia. — 1º Nada de ilusiones: nadie se burla de Dios; tal siembra, tal siega; la carne no puede producir más que la corrupción; el Espíritu nada más que la vida imperecedera. (7, 8). — 2º Aprovechemos, pues, el tiempo y la ocasión de hacer el bien a todos, principalmente a los cristianos. (9, 10).

7 No os engañéis, Dios no tolera burla [6], pues lo que un hombre
8 sembrare, eso también segará, porque el que siembra para su car-
ne, de la carne segará corrupción, mas el que siembra para el Espí-
9 ritu, del Espíritu segará vida eterna [7]. Y de hacer el bien no nos

exégetas modernos. ¿Es fundada? Ni la gramática ni el contexto cortan el asunto de un modo decisivo. La antigua explicación nos parece la más probable.

6. El verbo griego traducido por *burlarse* tiene una fuerza particular; significa injuriar a alguno en su rostro por un movimiento desdeñoso de los narices. Las serias advertencias que el apóstol introduce por estas palabras se dirigen igualmente a los dos partidos de las iglesias de Galacia: el del legalismo y el de los "espirituales". (Vers. 1). Uno y otro, después de haber empezado por el Espíritu, estaban en peligro de concluír por la carne (3:3): el primero, abandonando la gracia y la justificación por la fe, para buscar su salvación en obras siempre carnales; el último, abusando de la libertad cristiana, rehusando obedecer en la caridad, y así recayendo por orgullo en la esclavitud de la carne. (5:13). — Aquí nuevamente, es difícil ver una relación entre estos v. 7-10 y lo que precede. (Vers. 6). ¿No vale más considerar estos últimos pensamientos de la epístola como exhortaciones sueltas, que buscar a toda costa relaciones forzadas que nada añaden a la inteligencia de los detalles?

7. En el capítulo precedente, el apóstol ha expuesto extensamente este profundo contraste de la *carne* y el *espíritu.* (Véase v. 16-18, nota, y v. 22, nota). El término de ambas vidas, entre las cuales el hombre debe escoger, es claramente determinado aquí: de una parte, la *corrupción,* de la otra la *vida eterna.* Y la figura de una *siembra* y de una *siega* de que se sirve el apóstol, muestra todo lo que hay de natural, de orgánico, de inevitable en estos dos resultados que se ofrecen al hombre como única alternativa. En efecto, la vida de Espíritu, bien que imperfecta en el cristiano, es ya aquí la vida eterna; y la vida de la carne es desde aquí ya la corrupción: el juicio del último día no hará más que manifestar, completar y fijar irrevocablemente esos dos estados. (Comp. Rom. 6:23). Es mostrando así que el hombre *siega* necesariamente lo que ha *sembrado,* como el apóstol justifica su seria advertencia: *Nadie se burla de Dios.* (Vers. 7). — Pasajes como éste prueban cuán poco fundada es la objeción que tan a menudo se ha hecho a la doctrina de la justificación por la fe sola, de disminuír la responsabilidad del hombre; son muy propias también para destruír las ilusiones que se podría hacer sobre la naturaleza y los frutos de la fe. Si es verdad que el apóstol enseña claramente, en esta epístola misma y en todas partes, que las obras del hombre no tienen ningún mérito de-

cansemos, pues en el tiempo propio segaremos si no desmaya-
10 mos[8]. Luego pues, como tenemos oportunidad, hagamos el bien
a todos, mas sobre todo a los domésticos de la fe[9].

III. 11-18. POST SCRIPTUM Y ÚLTIMO ADIÓS. — 1º Al final de esta larga carta os digo una vez más: Todos los que, bajo hermosas apariencias, quieren imponeros la circuncisión, aunque ellos mismos no observan la ley, tienen por fin oculto huir de la persecución y jactarse de vosotros. (11-13). — 2º Cuanto a mí, jamás me jactaré sino en la cruz de Cristo, por la cual estoy crucificado respecto del mundo, pues la circuncisión nada es; ser una nueva criatura es todo. (14, 15). — 3º Dios conceda su gracia y su paz a todos los que viven según este principio. Por lo demás, en adelante nadie aumente mis padecimientos, pues son los de Jesucristo mismo. Hermanos, ¡la gracia sea con vosotros! (15-18).

11 Veis en cuán grandes letras os he escrito con mi mano[10].

lante de Dios, no le procuran ninguna justicia, no le dan derecho a ninguna recompensa, puesto que la salud es un don de la pura gracia de Dios, adquirido por el sacrificio de Cristo y recibido por la fe sola, es verdad también que nos muestra la vida entera del cristiano, sus obras, como una simiente cuyos frutos segará en la eternidad, y esto en una proporción rigurosamente exacta. (2 Cor. 9:6). Esta contradicción aparente, o más bien estas dos fases de la misma verdad, están en armonía como la causa y el efecto, como el árbol y su fruto.

8. *En su tiempo* (Gr. "en *tiempo propio*") significa en el tiempo de la siega, que vendrá acompañada de gozo y seguida de reposo; por el momento, se trata de labrar y sembrar, sin temer las fatigas, y sin querer segar y disfrutar antes de tiempo. Toda esta exhortación se funda en el gran principio establecido en los dos versículos precedentes.

9. La voz *domésticos* está empleada aquí en su antiguo significado, y designa todos los que pertenecen a una casa *(domus)*, todos los miembros de una familia. La *familia de la fe*, es la familia de Dios, compuesta de todos los que están unidos por una misma fe. El apóstol no excluye a los demás hombres de nuestra beneficencia, puesto que recomienda, al contrario, positivamente, hacer bien *a todos*. Pero, como cada hombre debe tener primeramente cuidado de los suyos (1 Tim. 5:8), es natural que el cristiano lleve *principalmente* su atención hacia sus hermanos pacientes, tanto más cuanto que éstos no pueden esperar mucho de la benevolencia del mundo, que ama lo que es suyo. (Juan 15:18, 19). — *Mientras tenemos tiempo*, pues el tiempo es corto. O bien, se puede traducir también "según tenemos *oportunidad*", no dejando escapar ninguna de esas ocasiones de hacer el bien que Dios nos presenta.

10. Pablo dictaba ordinariamente sus cartas. Hace observar a los Gálatas que les ha escrito en extenso, *con su propia mano*, mostrándoles en ese hecho una prueba de su afecto. El griego permite la traducción: "Ved en qué *grandes letras* (caracteres) os he escrito" (la versión de Lausanna tiene: "en qué *grande escritura*"). El apóstol habría agrega-

12 Cuantos quieren agradar en la carne[11], éstos se obligan a circun-
cidaros, sólo para no ser perseguidos por causa de la cruz de
13 Cristo[12]. En efecto, ni aun los circuncidados mismos guardan la
ley, sino que quieren que os circuncidéis para jactarse en vuestra
14 carne[13]. Mas a mí, nunca me acontezca jactarme, si no en la cruz
del Señor nuestro Jesucristo, por la cual el mundo está crucifi-
15 cado para mí, y yo para el mundo[14]. En efecto, ni la circunci-

do esta observación para decir que había escrito con su propia mano, aunque lo hiciera con dificultad. Varios exégetas adoptan esta interpretación, pero estimando que solamente esta conclusión de la epístola era escrita de propia mano del apóstol. Habría tenido la intención, ora de imprimir a su escrito un sello de su autenticidad, ora de dar a sus lectores un último testimonio de afecto. Como el original permite la versión ordinaria, es más natural retenerla.

Nota del Traductor. — **La versión conservada por el autor dice: "Veis cuán grande carta os he escrito...". Como la otra es la empleada en la traducción de Valera y nos parece más natural, la preferimos y ponemos en el texto.**

11. Gr. "Tener hermosa apariencia (liter. hermoso rostro) en la carne", es decir ganar, por medios carnales, la aprobación de los hombres. — Se vé claramente por estos versículos (12-16) cuán a pechos tomaba el apóstol el gran tema de su epístola, puesto que siente la necesidad de volver a él una última vez al terminar. Lo hace primero por una reflexión severa sobre los falsos doctores, a los cuales opone la verdadera doctrina evangélica.

12. La cruz de Cristo, que fué siempre locura para los griegos y escándalo para los judíos, fué también siempre la causa principal de las *persecuciones* de parte de unos y otros. (5:11). Hoy todavía, el más seguro medio de hacerse agradable al mundo es el velar o debilitar la doctrina de la cruz.

13. *Aquellos mismos* que imponen a los creyentes la observancia de la ley como medio de salvación, saben muy bien que son incapaces de *cumplir la ley* en lo más santo y espiritual que ella ordena; se contentan con observar las prescripciones más externas, como la circuncisión, y otras ceremonias semejantes; pero eso les basta para *jactarse en la carne* de los que los oyen, es decir, para sacar una vanagloria de haberlos ganado a su partido por una ceremonia que se cumple real y únicamente *en la carne* (la circuncisión). Y como la carne comporta siempre la idea de debilidad, de flaqueza, de pecado, se jactan de lo que debiera ser una vergüenza. Así se conducen todos los que no tienen otro propósito que el de ganar amigos a un partido, en lugar de poner su gloria en llevarles a Cristo, y por él a una vida verdaderamente espiritual.

14. Estas palabras forman el más vivo contraste con las de los v. 12 y 13. Es necesario tomar estas palabras: *la cruz del Señor nuestro Jesucristo*, en su plena y profunda significación: "No me jacto más que en la libre gracia de Dios, que nos fué adquirida por la muerte expiatoria de Jesucristo sobre la cruz, por la cual él venció al mundo, por la cual solamente nosotros lo venceremos también, si nos hacemos semejantes a él en el renunciamiento y la crucifixión

16 sión, es algo, ni la incircucisión, sino una nueva criatura[15]. Y
cuantos anden según esta regla[16], paz sobre ellos y misericordia,
17 y sobre el Israel de Dios. En adelante nadie me cause penas, pues
18 pues yo llevo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús[17]. La gra-

del hombre viejo". El apóstol expresa en estas palabras, al mismo tiempo, su reprobación de todo medio de salud que se quisiera buscar en la naturaleza caída del hombre (en la carne), y el gozo que halla en el oprobio de la cruz que sus adversarios temían sobre todo. Ahora bien: la cruz es al mismo tiempo el medio de nuestra reconciliación con Dios y un instrumento de humillación, de padecimiento y de muerte para nuestro viejo hombre. Por ella somos nosotros *crucificados al mundo* y *el mundo lo es para nosotros*. El *mundo*, es todo lo opuesto a la "nueva criatura" (v. 15), al reinado espiritual de Jesucristo en nosotros y a nuestro derredor; es el objeto único de los pensamientos, de los deseos, de los afectos, de las esperanzas, de los esfuerzos del hombre irregenerado. El apóstol declara que ese mundo, en el cual sin embargo disfrutaba en otro tiempo de una consideración tan grande (1:14; Fil. 3:4-6), ha muerto para él, muerto con muerte vergonzosa, *crucificado*, es decir, objeto de su menosprecio (Fil. 3:7, 8). Pero, el mundo se lo retribuye bien; mira al apóstol, y a todos los que se le asemejan, con el desprecio que se tiene á *crucificados*. Y lejos de afligirse de ello o de avergonzarse, Pablo *se jacta* de ello, y halla en ello su gozo.

15. Gr. "Pues ni circuncisión es algo ni incircuncisión, sino una nueva criatura". Aquí, dos variantes. El texto recibido tiene: Pues *en Cristo Jesús* (no auténticas) la circuncisión *no puede nada* (en lugar de *no es nada*). Este pensamiento, por el cual el apóstol refuta el error del v. 13 y motiva el v. 14 *(en efecto)*, se encuentra ya en el cap. 5:6 (de donde la variante *en Cristo Jesús)*, con esta diferencia, que aquí el apóstol dice: *la nueva creación*, en lugar de "la fe obrante por la caridad". Estas dos expresiones se explican mutuamente. La nueva *criatura* o *creación* (que tiene lugar en el hombre por el Espíritu de Dios), es opuesta al *mundo* (v. 14), a ese mundo no renovado, en el cual reina el pecado. (Comp. 2 Cor. 5:17). La primera creación nos sacó de la nada; la creación nueva nos saca del pecado y de la muerte eterna. Ahora bien, dice el apóstol, eso *sólo* es algo; todo lo demás *no es nada*. Dios no podría amar en nosotros más que esa nueva criatura, que existe en Cristo y por Cristo.

16. *Esta regla*, es la gran verdad establecida por el apóstol en el versículo precedente. Los que andan en esta vida nueva son el verdadero *Israel de Dios*, los verdaderos hijos de Abrahán por la fe. (Rom. 4:12.) Sobre ese camino solamente se encuentran *la misericordia y la paz*.

17. Semejante a un soldado cuyos servicios se menospreciaran, y que, por toda respuesta, mostrara sus nobles heridas, Pablo apela a sus dolores de toda especie como a un título al respeto, a la confianza y al amor de sus lectores. (Comp. 2 Cor. 11:23-27). La voz *stigmata*, estigmas, designaba las marcas que se imprimían por fuego a los esclavos fugitivos, a los prisioneros, a los malhechores, a

cia del Señor nuestro Jesucristo sea con vuestro espíritu, herma-
nos. ¡Amén![18]

fin de que fueran reconocidos. "Las heridas que Pablo llevaba en su cuerpo eran pues vergonzosas a los ojos del mundo, pero en presencia de Dios y de sus ángeles, eran más excelentes que todos los honores de la tierra". *Calvino*. Los estigmas de que Pablo habla son las huellas morales tanto como físicas de sus diversas pruebas, y nada tienen de común con las marcas de las cinco llagas de Jesús que Francisco de Assis y otros extáticos son reputados haber llevado sobre sí. El nombra sus llagas los estigmas *del Señor Jesús* (según muchos manuscritos, habría que leer simplemente *de Jesús)*, porque los había recibido en su servicio por amor de él. Quizá haya que reconocer en esta expresión el pensamiento profundo de Col. 1:24. (Comp. 2 Cor. 4:10.)

18. "Pide a Dios, no solamente que derrame sobre ellos *su gracia* con abundancia, sino que también ellos, de su parte, la reciban de una manera viva en *su espíritu*. Pues no disfrutamos realmente de esta gracia más que cuando penetra en nuestro corazón. Por esto debemos, ante todo, pedir a Dios que prepare para su gracia un lugar en nosotros". *Calvino*.

EPISTOLA DE PABLO A LOS EFESIOS

INTRODUCCION

1. Éfeso ocupa un lugar importante en la historia apostólica y en los escritos del Nuevo Testamento. Antigua capital de la Jonia y, bajo los Romanos, cabeza del Asia preconsular, situada cerca del mar Egeo, aproximadamente a igual distancia de Esmirna y de Mileto, formando el punto principal de pasaje entre Asia y Europa, era célebre por su comercio, y más aún por su templo de Diana (Actos 19: 27), que era el centro del culto de esas comarcas. Las artes ocultas del paganismo florecían en ella. (Actos 19: 13, 19, 24).

El fundamento de la iglesia de Éfeso fué puesto por el apóstol Pablo durante una primera residencia referida en el libro de los Actos (18: 19 y sig.); Aquila y Priscila contribuyeron también a extender allí la verdad evangélica. (Actos 18: 26). Pero fué sobre todo durante una segunda residencia de más de dos años en esa ciudad, de 55 a 57, cuando Pablo extendió y afirmó esa iglesia, enseñando primero en la sinagoga de los judíos, luego en la escuela de Tiranno, y "de casa en casa". (Actos 19: 1-40; 20: 16-38). Plugo a Dios sellar la palabra de su siervo por diversos milagros de su omnipotencia; la confianza que los paganos habían tenido hasta entonces en una falsa magia se desvaneció en presencia de la verdad divina; y como Éfeso estaba en relación continua con la mayor parte del Asia Menor, "todos los que moraban en Asia, tanto judíos como griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús". (Actos 19: 10). Éfeso se tornó así en la metrópolis del cristianismo en esa parte del mundo pagano, donde fueron conmovidos los fundamentos de un sistema de error que había

reinado allí con tanta potencia. Estas circunstancias generales concuerdan perfectamente con el destino de nuestra epístola.

2. No parece, en efecto, que haya sido destinada por el apóstol exclusivamente a los cristianos de Éfeso. Sin poder, en una obra de la naturaleza de ésta, detenernos mucho en discusiones de pura crítica, indicaremos por lo menos los principales datos de la cuestión relativa a los *lectores* de nuestra epístola, cuestión que importa a la inteligencia de este escrito. Por una parte, testimonios considerables designan los *Efesios* como aquellos a quienes esta carta fué dirigida: es, primero, la casi unanimidad de los manuscritos actualmente existentes, que dicen: *en Éfeso.* (1: 1). Tres solamente difieren: el del Vaticano, que tiene esa dirección en el margen en lugar de tenerla en el texto; el del Sinaí y otro de menor importancia, donde está borrada. Pero hay que notar que aun ese corto número de manuscritos en que faltan, en el texto, las palabras *en Éfeso,* tienen, como todos los demás, por subscripción de la epístola: *A los Efesios.* Es, luego, el hecho de que todas las versiones antiguas del Nuevo Testamento tienen en el texto la dirección ordinaria: *en Éfeso.* Y esta dirección es tan necesaria, que, sin ella, se leerían desde el primer versículo estas palabras vacías de sentido: *a los santos que están — y fieles en Cristo Jesús.* Es por último el testimonio universal de la iglesia en los primeros siglos, testimonio que no podría explicarse, como tampoco el de los manuscritos y versiones, si la carta no hubiera sido enviada primitivamente a la iglesia de Éfeso. — Mas, por otra parte, existen datos contradictorios de la mayor fuerza. 1º Basilio de Capadocia refiere el testimonio "de los antiguos", según el cual la dirección *en Éfeso* faltaba en algunos manuscritos; él mismo ha podido comprobar esa falta; sin embargo dice, según la costumbre universal: "Pablo, escribiendo una epístola a los Efesios". (Contra Eunomio, 1. 2.) 2º Jerónimo establece el mismo hecho, aunque él también admite con toda la iglesia que la epístola había sido destinada a los Efesios. 3º Según Tertuliano, los Marcionitas poseían manuscritos de nuestra epístola dirigida a *los Laodicenses,* pero ese Padre los acusa de haber interpolado ese título y apela contra ellos al testimonio de la iglesia. (Comp. Col. 4:16). Mas principalmente 4º el contenido de la epístola no permite admitir que haya sido escrita exclusivamente para los Efesios. El apóstol, tan íntimamente unido a esa iglesia, no podía hablarle como apenas conociéndola (1: 15; 4: 21) y siendo apenas

conocido él mismo. (3: 2). Sorprende también la generalidad de los pensamientos, abarcando siempre el conjunto de los paganos convertidos (2:11 y sig.; 3: 6, 7 y sig.) y la iglesia cristiana entera (3:21; 4: 4-6, no menos que la ausencia de toda alusión personal y de todo saludo. — La crítica, no pudiendo ni conciliar esos dos órdenes de hechos contradictorios, ni sacrificar el uno al otro, procuró, como era natural, reunirlos en una suposición que tuviera en cuenta todo, allanando las dificultades. Es lo que ha hecho admitiendo que nuestra epístola es una carta encíclica; que Tiquico (6: 21) debía llevarla primero *a los Efesios,* pero tenía orden de comunicarla luego, por copias, a las demás iglesias de Asia. No es esto, a la verdad, más que una simple hipótesis; pero cuando una hipótesis muy probable explica hechos contradictorios sin ella, vale la pena detenerse en ella. (1).

3. ¿De dónde escribió el apóstol Pablo esta carta? Está preso cuando la escribe. (4: 1; 6: 20). Se admite general y naturalmente que se trata aquí de la cautividad de Pablo en Roma. Tenía a su lado a varios hermanos del Asia Menor (Col. 4: 7, 9, 10, 12), por los cuales había sido informado del estado religioso de las iglesias de esa región; uno de ellos, Tiquico, volviendo a Asia, fué encargado por Pablo de llevar una carta para los cristianos de Colosas (Col. 4: 7, 8), y al mismo tiempo nuestra epístola. (Efes. 6: 21, 22). Algunos críticos hábiles se han esforzado en establecer que estas dos cartas y la a Filemón habían sido escritas de Cesarea, durante los dos años que Pablo fué retenido allí en prisión antes de su viaje a Roma. Sus razones, suficientes para hacer admisible su opinión, son quizá menos convincentes que las que militan en favor de Roma. Esta última opinión, además, tiene en su favor el testimonio de la antigüedad (2).

(1) Esta hipótesis explica, en efecto: 1) el testimonio de los manuscritos actuales; 2) el de la iglesia; 3) el hecho de que algunas copias antiguas de nuestra carta, destinadas a otras iglesias, han omitido las palabras *en Efeso*; 4) hasta la dirección de la epístola *a los Laodicenses,* comp. 4:16, nota) puesto que esta iglesia podía haber recibido una copia; 5) el carácter universal de la carta que trata de los designios de Dios para el mundo entero. Se atribuye generalmente la hipótesis que nos ocupa al célebre arzobispo anglicano Usher (1581-1656); es un error, pues ya Teodoro de Beza la expresó en estos términos apropiados en su última nota sobre nuestra epístola: "Sospecho que fué escrita menos *a los Efesios* propiamente que *a Efeso,* a fin de que de allí fuera trasmitida a las otras iglesias de Asia, lo que, quizá, indujo a algunos a omitir estas palabras: *en Efeso,* al principio de la epístola." Mucho más, ¿no se podría ver esta hipótesis ya en las palabras de Tertuliano, quien, después de haber acusado a Marción en una interpolación, agrega: "Poco nos importan los títulos, puesto que el apóstol escribiendo a algunos escribe a todos?" Varios teólogos modernos, Meyer entre otros, en una sabia introducción a nuestra epístola, ha combatido la hipótesis que nos ocupa, pero sin poner nada en su lugar que sea más aceptable. Después de una discusión profunda, Oltramare la adopto en su reciente Comentario sobre *las epístolas de Pablo a los Colosenses, a los Efesios y a Filemón.* (1891-1892), II, pág. 34 y sig.

(2) Véase sobre esta cuestión A. Rilliet, *Coment. de la epístola o los Filipenses;* Reuss, *Ep. paulinas,* p. 138; Oltramare, *Comentario,* I, pág. 7 y sig. Los teólogos se dividen en sus trabajos recientes: Reuss, Meyer, Thiersch, B. Weiss se deciden en favor

4. En cuanto al *propósito* de Pablo al escribir al mismo tiempo estas dos cartas, no es el mismo en la epístola a los Colosenses que en la a los Efesios; en la primera, designa y combate perniciosos errores que tenía empeño en refutar (véase a este respecto la introd. a la ep. a los Col.); en la segunda, apenas los menciona. Y esto es doblemente sorprendente en presencia de los numerosos puntos de semejanza que existen entre estos dos escritos. Pensamientos análogos se encuentran, se acercan hasta revestir idénticas expresiones; pero siempre en una aplicación a un orden de ideas enteramente diferente, porque el propósito del escritor no era el mismo. (Comp. Efes. 1:4 y Col. 1: 22;—Efes. 2: 1 y sig. y Col 2: 13;—Efes 2:12 y Col. 1: 21;—Efes. 2: 15 y Col. 2: 14;—Efes. 3: 1-3, 7-9 y Col. 1: 23-28;—Efes. 4: 2-4 y Col. 3: 12-15;—Efes. 4: 22-24 y Col. 3: 9, 10;—y las exhortaciones prácticas que terminan ambas epístolas). — Si, en la epístola a los Efesios, el apóstol tiene presentes en el pensamiento los errores que combate en la a los Coolsenses, no los refuta por la polémica, sino únicamente presentando en su plenitud las verdades divinas. Doctrina cristiana (cap. 1-3) y vida cristiana (cap. 4-6), he ahí nuestra epístola. Ahora bien: exponer así la verdad positiva; mostrar al hombre su salvación en el derecho eterno de la misericordia divina, en el hecho de la redención en Cristo Jesús, en su vocación y su renovación moral por el evangelio; desarrollar ese plan inmenso del pensamiento divino en una realización actual, no solamente en favor del pueblo judío, sino para todas las naciones; contar el nacimiento de un pueblo nuevo, arraigado y fundado en el amor, lleno de la plenitud de Dios, poseyendo la unidad del

de Cesarea; Neander, Lange, Guerike, Ewald, Bleek-Mangold, Godet (en el *Calwer Bibellexicon)*, Oltramare, sostienen lo opinión tradicional. En favor de la composición en Cesarea, se invoca: 1) El hecho de que la epístola a los Filipenses revela una situación más avanzada, que se explica mejor si un intervalo prolongado la separa de las demás. 2) Filemón 22, Pablo anuncia su regreso a Colosas y pide que se le prepare un alojamiento. Si en Cesarea espera ser soltado es natural que piense trasladarse a Colosas que estaba para él en el camino de Roma y del Occidente. Si es de Roma de donde escribe, en los primeros tiempos de su residencia en esa ciudad, no se comprende que anuncie como tan cercana su llegada a Colosas, cuando su designio era predicar el evangelio en Roma y en todo Occidente. (Rom. 1:11, 12; 15:24, 28; Actos 19:21; comp. también Actos 20:25). 3) Onésimo debía detenerse en Colosas antes de alcanzar Efeso; por esto es mencionado al lado de Tíquico en los Colonenses (4:7-9) y no lo es en los Efesios (6:21). En favor de la composición en Roma, se observa que era más indicado para Onésimo, el esclavo fugitivo, trasladarse a Roma, que, como nuestras capitales modernas, servía de asilo a todos los que tenían alguna cuenta que arreglar con la justicia. Y se insiste sobre todo en la situación del apóstol, tal cual resulta de nuestras epístolas, y que parece corresponder más bien a lo que sabemos de la cautividad romana que a la cautividad de Cesarea. Vemos, según Col. 4:3, 4, 11, Efes. 6:19, 20, que Pablo, aunque prisionero, puede predicar libremente el evangelio. Esto le era acordado en Roma, según Actos 28:16 y sig., 30, 31, donde vivía en su casa particular con un soldado para guardarle y ese soldado estaba atado a él por una cadena. Este último detalle explica las frecuentes alusiones que el apóstol hace a sus prisiones: Efes. 6:20; Col. 4:3, 18; Filem. 1, 9,10. En Cesarea, al contrario, el apóstol parece haber sido detenido en la prisión pública. (Actos 24:23, 27). Pero erróneamente se ha pretendido que no llevaba allí su cadena. (Actos 26:29).

espíritu por el vínculo de la paz, formando un solo cuerpo, porque no hay para él más que una sola fe, un solo Señor, un solo Dios, Padre de todos, tal debía ser el plan luminoso de un escrito apostólico dirigido, no a una iglesia, sino a la Iglesia. "Este pensamiento vivo, fundamental, concebido para todos los tiempos y todos los lugares, emanado de las profundidades del Espíritu, domina y ordena todo en este escrito, del principio al fin, en el conjunto y en los detalles" (1). Y es muy notable que se puede ver asomar "ese pensamiento fundamental" en el más emocionante discurso de Pablo, precisamente el que dirigía a los ancianos de las iglesias de Asia. (Actos 20-28). — Todo así, en nuestra carta, responde a este fin: el apóstol habla constantemente a paganos convertidos; se preocupa de la gracia inmensa que Dios les hizo por su vocación a la salud, de sus peligros, de sus gozos, pero sin jamás perder de vista sus relaciones con el antiguo pueblo de Dios (1: 11, 13; 2: 1-3, 11 y sig., 17 y sig.; 3: 1), porque esas relaciones les hacían sentir tanto mejor la condición gratuita de su participación en el pacto de gracia, y porque también había en todas esas iglesias judíos convertidos que debían comprender mejor ese plan de Dios. Mas no hay aquí una exposición de la verdad evangélica en un encadenamiento lógico, tal cual se encuentra en las epístolas a los Romanos o a los Gálatas; el propósito del apóstol no le inducía a ello. El espíritu, el estilo de nuestra epístola tienen un carácter particular: se ha podido nombrar este escrito un salmo evangélico; todo es en él adoración, cántico de alabanza, oración. Los pensamientos se aprietan como un torrente y permiten apenas a la frase hallar un punto de detención y de reposo, hasta el momento en que el apóstol pone término a esa efusión de su alma, para insistir sobre algunos temas completamente prácticos de la vida cristiana. Esta vida misma sale así de los misterios profundos de la redención y de la fe, como de su fuente natural. El apóstol hace más que convencer, más que persuadir, arrastra hacia el fin que quiere alcanzar.

5. Todo en este escrito mismo, todo en el testimonio unánime de la antigüedad, establece su *autenticidad*. Se puede seguir esa cadena de testimonios desde Policarpo, Ignacio, el canon de Muratori, Ireneo, Clemente de Alejandría, Tertuliano, el hereje Marción, hasta el canon de Eusebio, donde nuestra epístola figura en

(1) Así habla R. Stier, el más profundo intérprete de nuestra epístola: *Auslegung des Briefes an die Epheser*, introducción, p. 17.

el número de los *homologoúmena* (escritos reconocidos de todos). Correspondía a algunos raros críticos de nuestros tiempos el levantar dudas y hasta emitir negaciones formales a este respecto. Para eso se cuida muy bien de informarse del testimonio de los antiguos. Toman uno de los pensamientos de la epístola a los Efesios, el que primero les viene quizá; prueban, con gran esfuerzo de acercamiento de textos y de desarrollos especulativos, que es una idea tomada de los sistemas religiosos del segundo siglo, e infieren que esta epístola es posterior en un siglo por lo menos al apóstol Pablo. Así procede la escuela de Tubinga, cuyo método y resultados casi no encuentran ya adherentes en el país que les dió nacimiento. — Otros tienen una fuente diferente de argumentos negativos. La epístola a los Efesios tiene sorprendentes puntos de semejanza, ora en el pensamiento, ora en los términos mismos, con la epístola a los Colosenses. ¡Repetirse! ¿es eso digno de un apóstol? Admitiendo la prioridad de la carta a los Colosenses, se puede hacer observar que tal objeción no prueba absolutamente nada; que era natural, casi inevitable, que dos cartas escritas al mismo tiempo, por el mismo hombre, a las mismas iglesias, en vista de las mismas necesidades religiosas, presentaran esos puntos de semejanza. Por lo demás, se ha visto ya que cada uno de estos escritos, teniendo un propósito diferente, conserva su individualidad muy pronunciada, su profunda originalidad. — La crítica ha hecho valer también contra nuestra epístola cierto número de términos que no reaparecen en las otras cartas de Pablo. ¡Como si un hombre de su temple y de su genio, escribiendo en la lengua más rica del mundo, no pudiera variar su vocabulario y ensanchar sus límites! Se ha recalcado expresiones como "el fundamentos de los apóstoles y profetas" (2: 20), los "santos apóstoles" (3: 5), que parecen indicar una época posterior. Estas expresiones pueden, sin embargo, explicarse aun en la pluma de Pablo. (Véase las notas). En cuanto a la falta de alusiones personales y de saludos finales, proviene de que la carta era una encíclica [1]. (Introd. 2). — Lo que hay de cierto es que no es posible releer esta epístola, empaparse de la potencia de verdad y de vida que la anima, sin quedar convencido que es ése realmente el pensa-

---

(1) Estas últimas objeciones han sido formuladas principalmente por de Wette, en su Introd. al N. T. y en su *Comentario*. Han sido frecuentemente refutadas en detalle, entre otros por Reuss: *Geschichte der heiligen Schriften* N. T. 3ª edic., párr. 120. Comp. Oltramare, *Comentario*, II, p. 74 y sig.

miento y el estilo del gran apóstol. Por esto esta convicción es compartida hoy por la gran mayoría de los teólogos.

6. Esta carta se divide naturalmente en dos partes principales, la primera de las cuales (cap. 1-3) pone en evidencia todo el consejo de Dios para la salvación del mundo, y la segunda (cap. 4-6) contiene serias exhortaciones a una vida santa, exhortaciones fundadas sobre las verdades más profundas de la fe.

PRIMERA PARTE

1. El apóstol, después de haber deseado a sus hermanos la gracia y la paz, da ante todo salida a un verdadero cántico de alabanza sobre las inmensas bendiciones espirituales que contenía el consejo eterno de Dios en favor de todos los que había destinado a ser "reunidos en Cristo". (1: 1-14.)

2. Da gracias a Dios de que sus lectores han participado de esas bendiciones, y le pide que les haga ver y sentir cada vez más sus insondables riquezas. Vers. 15-23).

3. Para penetrarlos de la grandeza de la gracia gratuita de Dios, el apóstol, por dos veces, hace la comparación de su miserable estado en el paganismo con lo que han sido hechos por el evangelio. (2: 1-10 y 11-22).

4. Pablo ha recibido su apostolado para llevar a esa salvación en Cristo a los paganos, cuya participación en los beneficios del evangelio, por tanto tiempo "un misterio", le ha sido revelada (3: 1-13); y en el deseo de alcanzar plenamente ese fin el apóstol dirige a Dios una ferviente oración, pidiéndole que sus hermanos crezcan en fuerza, en conocimiento, en caridad, hasta que Cristo habite en sus corazones y estén ellos llenos de toda la plenitud de Dios (14-21).

SEGUNDA PARTE

1. Pablo exhorta ante todo a sus hermano a la humildad, a la caridad, sobre todo a la *unidad*, cuyo fundamento muestra en los grandes objetos de la fe, y que, un día, será consumada en aquel que es el jefe, Jesucristo. (4: 1-16).

2. Constriñe a sus lectores a abandonar todo lo que atañe a su primera conducta en el paganismo, a hacer progresar la obra de su regeneración, y a producir sus frutos en una vida santa. (4: 17 a 5: 21). Luego, penetrando hasta el círculo íntimo de la vida de familia, describe a los esposos, a los padres, a los hijos, a los siervos y a los amos, lo que deben ser sus relaciones en el espíritu del evangelio. (5: 22 a 6: 9).

3. Por último, Pablo llama la más seria atención de sus herlas armas únicas que serán victoriosas en combate que les exhorta a librar con energía. (6: 10-20). Menciona el envío de Tiquico a las iglesias, y concluye con una salutación apostólica. (21-24).

EPISTOLA DE PABLO A LOS EFESIOS

CAPITULO I.

I. *Salutación del apóstol. Acción de gracias por la redención, decidida antes de los tiempos en el consejo de Dios, cumplida por la muerte de Cristo, manifestada por el evangelio, realizada en el corazón de los creyentes, 1-14.* — II. *El apóstol pide a Dios que revele cada vez más completamente a los cristianos toda la grandeza de esa vocación, que eleva sus pensamientos hasta la gloriosa exaltación de Jesucristo, su Jefe, cuyo cuerpo ellos son, 15-23.*

I. 1-14. CÁNTICO DE TRIUNFO SOBRE LA REDENCIÓN. EL PROPÓSITO SALVADOR DE DIOS REALIZADO EN CRISTO. — 1º Firma, dirección y saludo apostólico. (1, 2). — 2º Acción de gracias a Dios: a) por sus bendiciones espirituales, por la elección de su pueblo que él adoptó e hizo agradable en su Hijo (3-6); b) por la redención y por la manifestación de ese misterio de misericordia (7-9); c) por la realización de ese misterio que consiste en reunir, todas las cosas en Cristo, y por la participación que en él nos acordó, a fin de que podamos glorificarle. (10-12). — 3º Vosotros también, llamados por la palabra del evangelio, habéis recibido el sello del Espíritu, garante de la herencia, hasta la plena liberación del pueblo de Dios. (13, 14).

1 Pablo, apóstol de Jesucristo por voluntad de Dios [1], a los san-
2 tos que están en Éfeso y creyentes en Cristo Jesús [2]: Gracia a
vosotros y paz de parte de Dios Padre nuestro y del Señor Jesucristo [3].
3 Bendito el Dios y Padre del Señor nuestro Jesucristo [4], que

1. Comp. Rom. 1:1 y 1 Cor. 1:1, nota.

2. Véase la introducción a esta epístola, Nº 2. *Santos* es la designación del carácter de los cristianos como miembros del pueblo de Dios (1 Pedro 2:9) y de su destino final. (Rom. 1:7; Fil. 1:1.) Mas, no son santos más que porque son *fieles* o *creyentes*, y porque, por su fe, están *en Jesucristo*, es decir, en una comunión viva y santificadora con él. (Col. 1:2.)

3. Comp. Rom. 1:7; 1 Cor. 1:3; 2 Cor. 1:2, nota.

4. *Bendecir* a Dios es alabarle,

nos ha bendecido en toda bendición espiritual en los lugares celes-
4 tiales en Cristo [5], conforme nos eligió en él antes de la fundación
del mundo, para que fuéramos santos e irreprensibles en presen-
5 cia de él [6], habiéndonos predeterminado en amor para la adopción

glorificarle en un sentimiento de adoración, de reconocimiento, de amor. (2 Cor. 1: 3; 1 Pedro 1: 3; comp. Rom. 9:5). — El *Dios y Padre* de nuestro Señor Jesucristo designa a Dios a la vez como el Dios y el Padre de Jesucristo. Como la expresión *Dios de Jesucristo* no es casi usada en el lenguaje bíblico, sería conforme al espíritu de los autores sagrados traducir: "Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor". Nuestra versión, sin embargo, es literal, y esta designación reaparece bajo la pluma de Pablo. (Vers. 17 y 2 Cor. 11:31; comp. 1 Cor. 15: 24).

5. Gr. "En los celestiales". lo que permite suplir, como lo hacen algunos traductores, entre ellos Lutero, "*bienes* celestiales", en vez de "*lugares* celestiales". Este último término es preferible, porque tiene a su favor el testimonio de otros pasajes de nuestra epístola donde se encuentra la misma expresión. (Vers. 20; 2:6; 3:10; 6:12). El apóstol indica con ello el origen de todas esas *bendiciones* por las cuales da gracias a Dios; vienen del *cielo*, todos cuyos tesoros nos están abiertos; ellas nos ponen en comunión con el *cielo* y con todos los espíritus celestiales que contemplan el rostro de Dios (comp. 2: 6); en fin, nos son conservadas en el *cielo*, donde las poseeremos un día en su plenitud. (Mat. 6:20; Col. 1:5; 2 Tim. 1:12; 1 Pedro 1:4). — De ahí este grito de reconocimiento y de adoración con que abre Pablo su epístola: *¡Bendito sea Dios!* — Nótese este contraste en la misma palabra: *Bendito sea Dios (pasivo)*, en palabras, es todo lo que puede el hombre. Que *nos ha bendecido (activo)* por hechos, por bendiciones que son gracias inmensas, que son *espirituales*, porque emanan de su Espíritu. — En las palabras que siguen (v. 4-14), el apóstol enumera esas bendiciones eternas en un verdadero cántico de alabanza, en que los pensamientos que inundan su corazón se escapan con tal impetuosidad que estos diez versículos forman una sola frase no interrumpida por ningún reposo. (Observación que se aplica igualmente a los v. 15-23). El motivo de esta adoración, el gran pensamiento de toda esta epístola, es que Dios, según el consejo eterno de su misericordia, ha llamado a los pobres paganos de sus profundas tinieblas a su maravillosa luz, a su comunión, al pacto de gracia, en otro tiempo tratado con su pueblo. Ordinariamente Pablo empieza sus cartas por acciones de gracias con motivo de las bendiciones acordadas a las iglesias particulares a quienes escribe; pero aquí, en esta carta encíclica y pastoral que dirige a diversas iglesias de esas vastas regiones paganas del Asia, su horizonte se extiende, y el pensamiento de la salud eterna de Dios en Cristo Jesús se apodera tanto más vivamente de su alma. De ahí estas alturas *celestiales* a que se eleva de entrada; de ahí, este estilo que, solícito por decir las inmensas misericordias de Dios, sobreabunda y se precipita como un torrente.

6. A la base de todas las bendiciones espirituales que va a enumerar, el apóstol ve la *elección* procedente de Dios, *desde antes de la fundación del mundo.* (Mat. 25:34). Desde el principio (2 Tes. 2:13), mucho antes de la caída, Dios había formado en su gracia el designio de esa elección, mas *en El* (en Cristo, v. 3), pues Dios no pudo "amar al mundo" sino en Aquel que, en todo tiempo, ha conciliado en su persona y en su obra el contraste de la justicia y de la gracia. (Comp. Rom. 3:24-26, notas). *En él, Dios eligió* sus hijos del seno de un mundo caído, pues el principio, el medio y el fin de la salvación son la obra de Cristo, y por esto mismo la verdad de esta elección eterna es el más firme fundamento de la esperanza y del consuelo de los creyentes. Los que no quieren admitir esta doctrina tan claramente revelada en las escrituras (Rom. 8:28-30; 1 Pedro 1:12), identifican la *elección* con la acción de la voluntad de Dios de salvar la humanidad, y hacen este término sinónimo de redención o de gracia en general. ¡Mas qué violencia se hace al lenguaje! "No se podría negar que *elegir* (lit. *escoger de en medio de)* supone hombres que no son elegidos, y que no se trate así aquí de una predestinación de los santos, pero sin que se enseñe una reprobación de los impíos o la doctrina de una gracia irresistible". *Olshausen.* Otros admiten la idea de una elección, pero a fin de buscar su fundamento en el hombre y no en Dios, pretenden que Dios eligió aquéllos en quienes previó la fe, la santidad. ¿Mas qué dice aquí el apóstol? no que Dios nos eligió *porque* éramos *santos*, sino *a fin de que* lo fuéramos. Hacerse *santos e irreprensibles delante de él (en su presencia*, a sus ojos, a su juicio), tal es el propósito de la elección (comp. 1 Pedro 1:1, 2); y por eso mismo Dios, bien que asegurando la persistencia y la perfección de su obra en nosotros, nos hace responsables y pone en plena armonía la perfecta libertad de su gracia y la indispensable obediencia de su criatura moral. — Las últimas palabras de este versículo, *en amor*, pueden conectarse con lo que precede o con lo que sigue: en el primer caso, indican *nuestro* amor como el elemento en que se realiza la santificación; en el segundo caso, revelan el amor de *Dios* como la causa de su elección (v. 5); *en su amor* habiéndonos predestinado... Las mayores razones militan en favor de esta última construcción.

7. Gr. "Habiéndonos predertemi- nado para la adopción para sí por Jesucristo, según el beneplácito (o la benevolencia) de su voluntad". (Véase sobre la *adopción* Rom. 8:15; Gál. 4:5, y sobre las palabras *predestinar* o *determinar anticipadamente*, Rom. 8:29). No contento con haber buscado en Dios sólo la causa única de nuestra salvación, el apóstol añade: *por medio de Jesucristo*, el único en quien somos hechos hijos de Dios; y además: *según el beneplácito de su voluntad.* Estas últimas palabras no expresan solamente el *amor* de Dios en este acto, pues el apóstol ya ha indicado esa fuente primera de la salvación, sino la soberanía de su *voluntad* (Mat. 11:26; Luc. 10:21), con exclusión de todo motivo que hubiera hallado en el hombre pecador.

por medio de Jesucristo para sí, según el beneplácito de su vo-
6 luntad [7], para alabanza de la gloria de su gracia, por la cual nos

7 agració en el Amado [8], en el que tenemos la redención por medio
de su sangre [9], el perdón de las faltas, según las riquezas de su
8 gracia [10], que hizo abundar para nosotros en toda sabiduría y pru-
9 dencia [11], habiéndonos hecho conocer el misterio de su voluntad,

8. "Nos ha hecho agradables (o *agraciados*) en el Amado" es una expresión que indica admirablemente la relación en la cual Cristo nos pone con Dios; él sólo es *el Amado* del Padre; en él Dios nos da su *gracia*, de modo que nos ve en Cristo con el mismo amor que tiene para Cristo mismo. Y puesto que todo esto viene de Dios, manifiesta así *la alabanza de la gloria de su gracia*. Tal es el propósito que tiene en nosotros, y al cual debemos concurrir por toda nuestra existencia en el tiempo y en la eternidad. (Comp. 1 Pedro 2:9). — Según una variante habría que traducir simplemente: "Su gracia, que nos acordó en su Amado".

9. Comp. Col. 1:14. Después de haber buscado en el consejo eterno de la misericordia de Dios la *causa* de la gracia (v. 4, 5) e indicado su efecto y su propósito (v.6), el apóstol nos hace saber aquí, en palabras muy claras, cuál ha sido su *medio* eficaz: la *sangre de Cristo*, es decir, su muerte expiatoria, su sacrificio. Por ese sacrificio tenemos la *redención*, el rescate; él fué el rescate de nuestras almas. (Mat. 20:28; Rom. 3:24; 1 Cor. 6:20; Gál. 3:13; 1 Tim. 2:6; Hebr. 9:12; 1 Pedro 2:24). El cumplió y realizó lo que todos los sacrificios del antiguo pacto no hacían más que representar. (Comp. Rom. 3:24, nota).

10. El *perdón de los pecados* (Gr. "*faltas*, caídas"), es el primer fruto de la redención por la sangre de Cristo, apropiada personalmente al pecador. Ella le procura la reconciliación con Dios, la paz; le da acceso a todas las *riquezas de la gracia* divina. Esta remisión de los pecados, acordada al que se arrepiente y cree en Cristo Jesús, debe renovarse incesantemente en el curso de la vida cristiana, para que las ofensas involuntarias del hijo de Dios no turben su comunión y su paz con su Padre celestial. Es necesario así que la redención por la sangre de Cristo nos sea constantemente aplicada, que ninguno olvide la purificación de sus antiguos pecados, sin lo cual recaería en la insensibilidad moral, el endurecimiento o la justicia propia. (2 Pedro 1:9).

11. Dios, dice el apóstol, *hizo abundar para nosotros las riquezas de su gracia* (cuyo centro es el perdón de los pecados), *en toda sabiduría y prudencia*. Por la primera de estas palabras se debe entender el pleno conocimiento que él nos ha dado de sí mismo, de su salvación, de nuestro estado moral, de nuestras relaciones nuevas con él (v. 9, 10); es toda una sabiduría divina, reemplazando la sabiduría humana. Por la segunda, Pablo designa más bien una concepción clara y segura de la vida, del mundo, de la línea de conducta que debemos seguir en él, en dos palabras, la sabiduría práctica. (Comp. Col. 1:9). Pero el conocimiento designado por uno y otro término no es puramente intelectual, puesto que nos es comunicado por la palabra de Dios y por su Espíritu, y que los objetos de ese conocimiento son de naturaleza tal que interesa sobre todo a nuestras facultades morales, que deben ser penetradas y renovadas por él. (Comp. v. 17, 18).

10 según su beneplácito, que se había propuesto en sí mismo [12] para
la dispensación de la plenitud de los tiempos, de reunir todas las
cosas en Cristo, las que están en los cielos y las que están sobre
11 la tierra [13]; en él, en el cual también fuimos hechos herederos,

12. El *misterio de su voluntad* (es decir el misterio querido por él), la salvación enterna en Cristo Jesús, que debía empezar por "el gran misterio de piedad, Dios manifestado en carne", es desarrollado en el v. 10. *Hacernos conocer* ese misterio, lo que supone siempre los medios externos del conocimiento y la iluminación interna por el Espíritu Santo, es un efecto del *beneplácito* de Dios tanto como el cumplimiento mismo de esa salvación en Cristo Jesús. (Rom. 16: 25, sig.; Efes. 3:4 sig.; 6:19; Col. 1:26). Y ese acto de la benevolencia divina estaba, como todo lo demás, *propuesto en sí mismo*, sin ninguna consideración a méritos del hombre pecador. (2 Tim. 1:9).—"Si es necesaria tanta luz y tanta sabiduría para conocer bien a Jesucristo, el gran misterio de la voluntad de Dios, ¿débese uno asombrar de que él sea tan poco conocido, puesto que tan poco se aplican las gentes a esas verdades, y que tan poco cuidado se tiene de pedir su inteligencia"? *Quesnel*.

13. Gr. "Según su beneplácito, que se había propuesto en sí mismo (v. 9), para la administración *(economía)* de la plenitud de los tiempos, de reunir (recapitular, resumir) todas las cosas en Cristo, las que están en los cielos, y las que están sobre la tierra, en él mismo". Es éste uno de esos pasajes de Pablo difíciles de entender porque la inmensidad del pensamiento hace los términos un poco vagos, a fuerza de generalizarlos. Es necesario darse cuenta ante todo de las palabras mismas, a fin de comprender mejor la idea. "*Para* la administración"... señala el término, el tiempo en que Dios debía ejecutar el *misterio de su voluntad*, su *beneplácito, que había resuelto en sí mismo*. (v. 9). Ese término, ese fin, es lo que el apóstol llama la *dispensación de la plenitud de los tiempos*, es decir la administración que Dios mismo tomaría en manos *cuando los tiempos fueran cumplidos*. (Gál. 4: 4). Ahora, ¿qué hay que entender por esa *administración?* Originariamente, este término *(economía)* significa, el gobierno, el manejo de una casa y de los bienes que le pertenecen. (Lucas 16:2). Pablo emplea algunas veces esa palabra hablando de su propio ministerio, de la administración espiritual que le ha sido confiada. (3:2; 1 Cor. 9:17; Col. 1:25). El es *ecónomo*, el *administrador* de los misterios de Dios. (1 Cor. 4:1; comp. Tito 1:7; 1 Pedro 4:10). Aquí, a Dios mismo es atribuida la administración, porque se trata de los siglos. Por esta razón, los padres de la iglesia griega entienden por ese término la encarnación, el gran "misterio de piedad", evidentemente designado arriba (v. 9); es necesario completar esa interpretación añadiendo toda la obra de Cristo. Por esta obra entera, en efecto, debía Dios *reunir todas las cosas en Cristo*. El verbo empleado aquí significa *recapitular*, o resumir bajo un solo *capítulo*. Un pasaje totalmente paralelo de la epístola a los Colosenses (1:20), arroja mucha luz sobre el pensamiento del apóstol: "Y reconciliar todas las co-

predeterminados según el propósito del que obra todo según el
12 consejo de su voluntad [14], para que seamos para alabanza de su

sas con él, habiendo hecho la paz por la sangre de la cruz". Tales son el fin y los medios. Mas queda la cuestión más controvertida a que hayan dado lugar estas palabras: ¿Qué son *todas* esas *cosas, tanto las que están en el cielo como las que sobre la tierra,* y que deben ser reunidas *en Cristo?* Estos términos son tan universales, que hacen pensar primero en la creación entera (el neutro plural, *ta pánta,* no puede siquiera restringirse a las criaturas inteligentes). Esta idea no es extraña a las enseñanzas de la escritura. (Rom. 8:19, sig.; Apoc. 21:1). *Todo* debe ser renovado y restaurado en Cristo, y este sentido se encuentra aun en el verbo compuesto que traducimos aquí por *reunir* o recapitular. Luego, como es evidente que *lo que está sobre la tierra* comprende ante todo los hombres pecadores, lo mismo *lo que está en los cielos* debe comprender también en primer lugar ora "los espíritus de los justos llegados a la perfección", ora las inteligencias celestes, los ángeles de Dios. Mas ¿qué parte tienen los ángeles en Cristo? Primero, él es su Jefe, lo mismo que el de los redimidos (v. 20, 21); luego; aunque no tuvieran necesidad de la redención realizada por él, participan de ella en el sentido de que, formando toda la familia de Dios en el cielo y sobre la tierra (3:15) un conjunto lleno de armonía y de amor, todos los miembros del cuerpo sufren cuando algunos sufren, y todos toman parte en la curación de los que estaban enfermos, en el recobro de los que estaban perdidos. (3:10; Luc. 15:7, 10; 1 Pedro 1:12; Hebr. 2:14; 12:22-24; Apoc. 19:10). Por eso los cánticos del ejército celestial fueron los primeros en celebrar el nacimiento del Salvador. (Luc. 2:13, 14). La redención en Cristo abarca pues el cielo y la tierra, acercados, reconciliados por el restablecimiento de una vida nueva, de un reino espiritual y eterno. Es así como, en un reino turbado por la rebelión de una provincia, todo el país participa en la reconciliación de los rebeldes, puesto que de ella recoge el reposo, la prosperidad, y que todos se unen entonces por el vínculo de una misma fidelidad y de un mismo amor por su príncipe. ¿Nos conduce el pensamiento de Pablo más lejos aún? ¿Será necesario seguir a los que ven en estas palabras el restablecimiento universal, la salvación final, no solamente de todos los hombres, sino de los ángeles caídos y de Satanás mismo, que estarían comprendidos en las *cosas que están en los cielos?* (Comp. 6: 12). En rigor, hay que reconocerlo, los términos de que Pablo se sirve aquí pueden extenderse hasta allí; pero el pasaje paralelo ya citado (Col. 1:20) nos conduce al gran medio de la obra de Cristo, a la sangre de la cruz, y, ¿nos autoriza la escritura a extender su eficacia hasta los ángeles caídos, y a afirmar que *todos* los hombres querrán o podrán arrepentirse un día para ir a buscar la reconciliación? Ciertas declaraciones de la palabra de Dios parecen testificar, ¡ay! lo contrario. No olvidemos sin embargo que todo dominio debe por fin pertenecer al Rey de gloria, y que el día debe venir cuando Dios será todo en todos". (1 Cor. 15:28).

14. *En él* completa el gran pensa-

13 gloria los que antes hemos esperado en Cristo [15], en el cual tam-
bién vosotros, oyendo la palabra de la verdad, el evangelio de
vuestra salvación [16]..., en el cual también creyendo fuisteis sella-

miento del v. precedente: *en Cristo* tendrá lugar la *recapitulación* de todas las cosas. Luego Pablo agrega un pensamiento nuevo que explica la *participación* de los creyentes en esta gran obra de Dios. Los términos de ese pensamiento pueden entenderse de dos maneras: *"En quien* fuimos hechos su herencia", o bien: "En quien obtuvimos la herencia". En el último caso, estas palabras aluden a la porción que recibieron los israelitas, por la suerte, en el reparto del país de Canaán, figura de la *herencia* celeste del redimido de Cristo; en el primer sentido, al contrario, el pueblo mismo de Dios es considerado como la herencia, la propiedad del vers. 14 y 18 que siguen, y sobre todo Col. 1:12, donde se encuentra el mismo pensamiento, deben hacer preferir el segundo sentido, es decir la idea de la *parte* que toca al creyente. (Una variante, apoyada por muy fuertes autoridades, pero no preferible sin embargo al texto recibido, dice: "En quien hemos *sido llamados").* — En el resto del versículo, el apóstol insiste aún en el pensamiento de que el cristiano no tiene parte en la herencia más que por efecto de la libre gracia de Dios. Y esta participación es explicada por una doble acción divina y soberana: la una que se cumple en Dios mismo, y por la cual somos *predeterminados según el propósito* de Dios; la otra que se cumple en los creyentes, en los cuales es Dios también quien *obra con eficacia* (Gr.) la fe, la conversión, *todas las cosas* que conciernen a la salvación y la vida cristiana, *según el consejo de su voluntad.* (Vers. 4, 5, 7, 8).

15. El apóstol vuelve por segunda vez (comp. v. 6) al importante pensamiento de que el objeto de la elección de los creyentes es de que sirvan a manifestar la *gloria* de Dios, sus perfecciones, su misericordia, su santidad, su amor. No se podría poner demasiado a menudo esta santa obligación en la conciencia de los cristianos. — En las últimas palabras del versículo, Pablo designa los judíos *(nosotros)* que ya han *esperado antes en Cristo,* según las promesas de Dios; luego, en el v. 13, se dirige a los paganos convertidos *(vosotros)* que han recibido también en su tiempo "el Espíritu de la promesa'; unos y otros tienen parte en la herencia (v. 11) a fin de que glorifiquen a Dios. Vuelve a menudo en esta epístola a este paralelo entre esas dos categorías de creyentes. (2:1-3 11; y sig., 17 y sig.). Otros intérpretes rehusan ver en esas palabras *(nosotros, vosotros)* un contraste establecido entre los judíos y los paganos, y traducen: "Nosotros que hemos esperado anticipadamente en Cristo", es decir para el día de su venida, en que le glorificaremos. Esta opinión puede sostenerse, pero es menos conforme al conjunto del texto.

16. Tal es la parte de los paganos convertidos *(vosotros también).* Han sido conducidos allí por la *palabra de la verdad.* Palabra divina, verdad divina, medio todopoderoso de la acción de Dios en las almas. Y el apóstol identifica esa palabra con el *evangelio de la salvación,* esa buena nue-

14 dos con el Espíritu Santo de la promesa[17], que es arras de nues-
tra herencia para redención de la posesión adquirida, para ala-
banza de su gloria[18].

II. 15-23. Oración por la iglesia. — 1º Habiéndome enterado de vuestra fe y vuestro amor, bendigo a Dios constantemente por ello y oro por vosotros con amor (15, 16). — 2º Objeto de esas oraciones: Que nuestro Padre en Cristo Jesús os dé un conocimiento cada vez más completo de la verdad; que para ello ilumine los ojos de vuestro corazón, a fin de que conozcáis cada vez mejor, por una parte, la esperanza de la gloriosa herencia a que os llama; por la otra, la potencia infinita por la cual obra en vosotros. (17-19). — 3º Esa misma potencia desplegó en Cristo, en su resurrección y su exaltación por encima de las más excelentes criaturas, de modo que, dominador de todas las cosas, es también el Jefe de la iglesia, que es su cuerpo, su plenitud. (20-23).

15 Por esto yo también, habiendo oído de la fe que entre vos-
otros hay en el Señor Jesús y del amor para con todos los santos,
16 no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo mención de vos-

va que encierra todas las bendiciones espirituales, todos los dones de la gracia gratuita de Dios, de que el apóstol ha hablado hasta aquí.

17. Gr. "En el cual habiendo también creído"; unos refieren este pronombre relativo a Cristo, los otros al evangelio. Por la fe el cristiano recibe el *Espíritu* (el Espíritu *de la promesa,* es decir que había sido *prometido*), que regenera y es el *sello* de Dios puesto sobre esa alma tornada en su propiedad. (2 Cor. 1:22). — Se puede ver en este versículo cuáles son, para el creyente, los dos fundamentos divinos e inconmovibles de su seguridad de la salvación, las señales de su elección. Por una parte, LA PALABRA DE LA VERDAD, el evangelio de la salvación, el testimonio de Dios; por otra, EL SELLO INTERNO DEL ESPÍRITU DE DIOS, "dando testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios", (Rom. 8:16). Toda seguridad que no reposa sobre estos dos testimonios divinos inseparables, no es más que una engañosa ilusión. — Se puede observar igualmente cuál es la obra entera de la salvación de un alma: la elección eterna de Dios el Padre (v. 4, 11); el rescate por la sangre de Cristo (v. 7); el sello y la santificación del Espíritu, (Vers. 13). Toda la escritura está llena de esta profunda revelación del Dios tres veces santo; mas solamente la reciben los que hacen de esa salvación una experiencia viva, pues ese misterio es inaccesible a la especulación.

18. Gr. "La redención (o liberación de la propiedad adquirida", es decir el pueblo de Dios que le pertenece como propio, porque Cristo lo rescató (Isa. 43:21; Tito 2:14; 1 Pedro 2:9). Hasta la *completa liberación* de ese pueblo *adquirido*, hasta que éste llegue a la perfección, tiene por arras, por prenda segura, el Espíritu Santo. (Comp. 2 Cor. 1:22, nota). "Es este Espíritu Santo el que

17 otros en mis oraciones[19], para que el Dios del Señor nuestro
Jesucristo, el Padre de la gloria[20], os dé espíritu de sabiduría y
18 de revelación en su conocimiento[21], iluminados los ojos de vues-

pone a Dios en posesión del hombre en esta vida, y que debe poner al hombre en posesión de Dios en la vida futura; el que bosqueja ya aquí los rasgos por los cuales los hijos son hechos semejantes a su Padre celestial, y que acabará ese retrato en su gloria; el que empieza aquí su liberación del amor servil de las criaturas, y que la acabará consumándolas en el amor y en la unidad del Creador. — No sin razón nos anuncia Pablo por tercera vez (v. 6, 12, 14), que Dios es celoso de su gloria. Cuidémonos bien de disputársela, o de no dársela entera". *Quesnel.*.

19. Como en la mayor parte de sus cartas, el apóstol empieza por asegurar a sus lectores que ellos son objeto de sus *acciones de gracias* y de sus *oraciones:* el tema de su vivo reconocimiento por ellos es, por una parte *(por esto),* los inmensos beneficios de la gracia de Dios que acaba de enumerar con efusión de corazón (v. 3-12), y de que sus lectores también han sido enriquecidos (v. 13, 14); por otra, lo que ha *oído* especialmente de la *fe* y la *caridad* de ellos (v. 15), los dos elementos constitutivos de la vida cristiana. (Gál. 5:6). El objeto de su oración es que sean ellos cada vez más iluminados para ver la grandeza de su vocación (v. 17-19) en la grandeza de la gloria de Jesucristo. (20-23). — Esta expresión vaga del v. 15: *habiendo oído* (comp. Col. 1:4), muestra que esta epístola no podría ser dirigida a los Efesios solos, a quienes el apóstol conocía tan íntimamente por su residencia de varios años en medio de ellos. (Véase la introducción).

20. El *Dios de nuestro Señor Jesucristo,* el Dios que le envió, resucitó glorificó, y que permanece eternamente su Dios (1 Cor. 3:23; 15:28; comp. precedent. v. 3), es el único verdadero Dios, el único que pueda ser *nuestro* Dios (Juan 20:17, nota); él es al mismo tiempo el *Padre de la gloria,* Aquel que posee la plenitud de todas las perfecciones infinitas (Actos 7:2) y que sin embargo está unido a nosotros por el vínculo más íntimo; nosotros, sus hijos, podemos pedirle todo en nuestras oraciones, como lo hace aquí el apóstol.

21. El apóstol sabe que aquéllos a quienes habla son ya "sellados del Espíritu Santo" (v. 13), y pide que Dios les dé también un espíritu que podía faltar aún a varios de ellos, y en el cual todo cristiano debe dacer continuos progresos: *espíritu de sabiduría y revelación.* Varios intérpretes piensan que el apóstol designa por estas palabras el Espíritu Santo mismo nombrándolo según la naturaleza de sus operaciones y de sus dones. (Juan 14:16, 17; 15:26; 16:13; Rom. 8:2, 15; 1 Pedro 4:14). Aquí sería llamado el *Espíritu de sabiduría* (expresión casi sinónima de "Espíritu de verdad"), porque él es la plenitud de la luz divina. Y, en cuanto manifiesta en el corazón de los fieles esos tesoros de verdad, el apóstol le nombraría el *Espíritu de revelación* produciendo el *conocimiento* de Dios, de sus perfecciones, de sus obras. (Col. 1:9). Se puede objetar a esta explicación: 1º que en el original la voz *espíritu* no está precedida del artículo; 2º que el apóstol ora por sus lectores porque sabe que están sellados del Espíritu Santo; no tiene pues que pedirlo para ellos; 3º que las pri-

tro corazón [22] para que sepáis cuál es la esperanza de su voca-
ción, cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos,
19 y cuál la supereminente grandeza de su potencia para con nos-
otros los que creemos según la operación del poder de su fuerza,
20 que ha operado en Cristo resucitándole de entre los muertos [23] y

meras palabras del v. 18 donde Pablo pide que sus lectores tengan "los ojos de su corazón iluminados" muestran que por este *espíritu de sabiduría y de revelación*, él entiende las disposiciones producidas en ellos por el Espíritu Santo.

22. Estas primeras palabras deben ser íntimamente ligadas a lo que precede, pues son aún objeto del verbo "os de" (v. 17), de modo que la construcción y el sentido literal pueden verterse así: "Os dé un espíritu de sabiduría y de revelación, iluminados los ojos de vuestro corazón para que sepáis"... Es necesario, en efecto, que Dios nos dé ojos "iluminados" para ver su sabiduría y para conocer "la esperanza de nuestra vocación", pues nuestros ojos están por naturaleza "obscurecidos de tinieblas" (4:18). —En lugar de la palabra *espíritu* (o, *entendimiento* o *pensamiento)* del texto recibido, hay que restablecer aquí la variante que tiene: *vuestro corazón:* "que los ojos de *vuestro corazón* sean iluminados". El *corazón*, según las escrituras, es el asiento de los afectos morales: de él "proceden las fuentes de la vida" en todos los sentidos de la palabra (Prov. 4:23); por eso se le encuentra a menudo colocado en relaciones donde, según nuestras ideas recibidas, se habría esperado más bien una expresión que designara nuestras facultades intelectuales. Así Mat. 13:15; Rom. 1:21; 2 Cor. 4:6, y frecuentemente en otras partes.

23. Dos cosas igualmente maravillosas se ofrecen a la vista de los que tienen los ojos de su corazón iluminados por el Espíritu Santo: 1º la *esperanza* de las *gloriosas riquezas* de la *herencia* que Dios reserva a los *santos* (v. 18); esta esperanza es designada aquí, primeramente por su *causa* eficiente, la *vocación*, que tiene lugar por la predicación del evangelio; luego, por su objeto que es la *herencia* de que Pablo no podría dar la idea completa, a pesar de la magnificencia de los términos que emplea; 2º la experiencia de la *potencia* infinita que Dios ha desplegado para llevarlos a la *fe*, y para renovarlos por esta fe. (Vers. 19). Esa potencia es tal, que el apóstol la compara a la que ha sido necesaria para *reconducir al Salvador de entre los muertos* y *hacerle sentar a la diestra* de la majestad divina. (Vers. 20). O más bien, no es eso una comparación, sino una profunda realidad: la potencia divina de resurrección y de vida por la cual Jesucristo salió de la tumba, es la misma que saca a un pecador de la muerte espiritual haciéndole morar en una comunión viva con Jesús, y que, en el último día, le asegurará la vida y la perfección eternas. En todos estos sentidos, Cristo es para nosotros la resurrección y la vida. (Comp. Rom. 8:11, nota). Esta profunda verdad es para el apóstol de tal modo evidente, que hablando en términos acumulados de esa potencia infinita de Dios *para con nosotros*, de que *nosotros* somos objeto, para llevarnos a la fe (v. 19), pasa sin transición al despliegue de esa potencia en la *resurrección de Cristo*.

21 haciéndole sentar a su diestra en los lugares celestiales [24] por en-
cima de todo principado y autoridad y potencia y señorío y todo
nombre que se nombra no sólo en esta edad sino también en la
22 venidera; y todo sujetó bajo sus pies [25] y lo dió por cabeza sobre
23 todas las cosas a la iglesia [26], la cual es su cuerpo, la plenitud
del que llena todo en todos [27].

Estos dos actos de la potencia divina, esas dos grandes manifestaciones de la vida divina son idénticas en la experiencia del cristiano. (Comp. 2:6). Los que no ven pues en la resurrección de Jesucristo más que el garante externo de la nuestra, quedan en la superficie del asunto; y los que no ven en ella más que un hecho histórico sin importancia, no han comprendido absolutamente nada del cristianismo.

24. *Hacer sentar a su diestra*, expresión figurada, tomada de las costumbres de los reyes de la tierra, y que indica la omnipotencia divina dada al Hijo de Dios después de su triunfo. (Mat. 28:18; comp. Sal. 110:1; Mat. 20:21).

25. Que todos estos títulos de dignidad tomados de los poderes terrestres designen órdenes diversos entre las inteligencias celestiales; que debamos entender por ello solamente los ángeles que han permanecido puros, o los ángeles caídos, igualmente sujetos a la potencia de Cristo; que esos nombres puedan aplicarse a potencias de la tierra o únicamente a seres celestes (véase Fil. 2:9-11 y sobre todo Col. 1:16-20, notas), sea cualquiera la idea que uno se haga de esas cuestiones, el gran pensamiento del apóstol debe aquí ocupar toda la atención, y este pensamiento es que Cristo es elevado por encima de todo lo creado, con *cualquier nombre que se nombre* (Fil. 2:9), ora en el tiempo, ora en la eternidad; *¡Dios puso todas las cosas bajo sus pies!* (Sal. 8:7; 1 Cor. 15.27). Tal es el objeto de la contemplación del cristiano, el fundamento de su esperanza, la fuente de su fuerza, pues ese vencedor omnipotente es su Salvador.

26. Gr. "Y le dió por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia". *Dado* significa, por hebraísmo, *establecido*. instituido (4:11; comp. con 1 Cor. 12:28); pero esa palabra puede también muy bien retener su sentido ordinario. (Juan 3:16). — Dominador sobre todo el universo (v. 21, 22), Cristo es, en un sentido especial, *dado por Jefe* supremo *a la iglesia*. (Véase la nota siguiente).

27. Este mismo Jesucristo. así elevado por sobre la creación entera, siendo omnipotente en el cielo y sobre la tierra, es especialmente el *Jefe de la iglesia* (Col. 1:16-18): es su *cabeza* (Gr.), "ella es *su cuerpo*" Esta figura, tan admirable por su exactitud y profundidad, al mismo tiempo tan fácil de entender y tan misteriosa, reaparece a menudo bajo la pluma de Pablo. (Rom. 12:5; 1 Cor. 6:15; 10:16, 17; 12:12, 13, 27; Col. 1:18, 22, 24). Nos hace penetrar en la relación íntima, viva, real, que existe entre Cristo y su iglesia. La voluntad, el pensamiento, la vida, todo depende de la cabeza, el resto del cuerpo, nada sin ella, no subsiste más que por ella. Tal es Cristo respecto de la iglesia.—Esta iglesia, cuerpo de Cristo, es también llamada aquí la *plenitud de Aquel que cumple* (o *llena*) *todo en todos*, es decir la plenitud de Cristo mismo. ¿Cómo exponer

el pensamiento profundo del apóstol, hecho más difícil aun por los términos mismos del original, y que han sido todos explicados de tantas maneras diferentes? La iglesia es la plenitud de Cristo, en un sentido pasivo, es decir que no es ella lo que llena o completa a Cristo, como siendo su cuerpo (idea de Calvino y otros), sino, al contrario, es Cristo quien la llena de su presencia, de su gloria, de todas sus gracias, de su vida, en una palabra, de sí mismo. En ella manifiesta él su gloria sus perfecciones, a los ojos del universo entero, y así él *llena* y cumple *todo en todos*. No solamente él realiza toda la obra divina en cada uno de los miembros de su cuerpo, hasta que lleguen "a la estatura de su plenitud" (4: 13), sino que él llena la creación entera (1: 10) y la conduce a los fines queridos por el consejo y la sabiduría de Dios. (Vers. 21, 22; Col. 1: 16-18). Otros entienden por "Aquel que llena todo en todos" Dios el Padre, cuya plenitud de divinidad habita en Cristo y en su iglesia. (Col. 2: 9; Efes. 3: 19). Este pensamiento es verdadero en el fondo y en los resultados definitivos de la redención; pero el conjunto de nuestro pasaje, su sentido inmediato conduce más bien a la interpretación indicada primero, pues evidentemente el apóstol describe en él las relaciones profundas, la unidad viva de Cristo y de la iglesia, que es su cuerpo y su plenitud. "Jesucristo reproduce su vida y cumple de nuevo sus misterios en su cuerpo místico; es él quien sufre en los mártires, los enfermos, los pobres, etc., quien ora y gime, quien es humilde, manso, obediente y caritativo en sus miembros, y quien se cumple en ellos según lo es en su cuerpo natural. ¡O cumplimiento perfecto del Cristo entero! ¿cuándo te veremos?" *Quesnel.*

CAPITULO II.

I. *La potencia de la gracia se ha manifestado en la liberación espiritual de todos los creyentes, 1-10.* — II. *Se ha manifestado también por la admisión de los paganos en el pacto de gracia, y por la reunión de paganos y judíos en una sola iglesia, 11-22.*

I. 1-10. DE LA MUERTE A LA VIDA POR LA GRACIA DE DIOS. — 1º Vosotros estabais en un estado de muerte espiritual causada por la influencia del mundo, teniendo por carácter el dominio del príncipe de las tinieblas la esclavitud a las pasiones carnales y por consecuencia la ira de Dios. (1-3). — 2º Mas habéis pasado de la muerte a la vida. Dios lo ha hecho: por su rica misericordia y su inmenso amor, nos ha dado la vida con Cristo, resucitando con él, y puesto ya en posesión del cielo para manifestar para siempre las infinitas riquezas de su gracia. (4-7). — 3º En efecto, únicamente por esa gracia sois salvados, por la fe, no por las obras, pues nosotros somos su obra, su creación en Cristo Jesús, para que podamos hacer obras verdaderamente buenas. (8-10).

1 Y a vosotros[1] que estabais muertos por vuestras faltas y por
2 vuestros pecados[2], en los cuales en otro tiempo anduvisteis según la edad de este mundo[3], según el príncipe de la potestad del

1. *Vosotros,* cristianos convertidos del paganismo. Esto se liga íntimamente a todo lo que precede. El apóstol quiere mostrar toda la obra de la redención y de la gracia realizada en la vocación y la conversión de sus lectores, a quienes Dios llamó de las profundas tinieblas del paganismo a la luz y a la vida del evangelio. La exaltación gloriosa del Jefe de la iglesia (1: 20-23) tiene por consecuencia necesaria una elevación semejante de sus miembros, sea cual fuere el estado deplorable de pecado y de muerte en que estaban sumidos. Vers. 1-7). Y todo esto es un acto de la gracia libre y gratuita de Dios; pues, *antes* de poder hacer ninguna obra que le sea agradable, es necesario que nosotros mismos seamos su obra, creados de nuevo en Cristo Jesús para las buenas obras. (Vers. 8-10).—Tal es el resumen de esta parte de nuestra epístola. Mas, en estos primeros versículos, la construcción es enteramente irregular. La frase que empieza en el v. 1 es interrumpida, sintiendo el apóstol la necesidad de describir mejor ese estado de pecado y de muerte (v. 2 y 3) y de exaltar la misericordia divina que le halló un remedio (v. 4); luego el pensamiento y la frase se reanudan en el v. 5. Así este *a vosotros* del v. 1 es el régimen directo de los verbos *vivificó, resucitó.* (Vers. 5, 6).

2. Las *faltas* (Gr. "caídas, transgresiones") designan las acciones culpables; los *pecados,* todo lo que, en el hombre, es opuesto a la voluntad de Dios, ora en hechos, ora en pensamientos, ora en sentimientos de corazón.—La palabra *muertos* (moralmente, espiritualmente) tiene aquí, como dondequiera bajo la pluma de Pablo, su significado más profundo y más extenso. (Rom. 1º 32, nota). En todos los sentidos, el salario del pecado es la muerte. El alma, separada de su Creador, de la fuente única de toda vida verdadera, cae cada vez más profundamente en una miseria moral que se torna en la muerte eterna; y la muerte física misma no ha tenido otra causa. (Rom. 5: 12, nota).—El texto recibido no dice *vuestras* faltas, *vuestros* pecados, sino *las* faltas, *los* pecados. Sin embargo, una variante muy autorizada dice: *vuestros;* es más conforme al sentido.—Es inexacto traducir: "muertos *en* vuestras faltas, *en* vuestros pecados". El griego exige *por,* y, en efecto, esas ofensas y esos pecados son la *causa* de la muerte.

3. Gr. "Según la edad de este *mundo*". Se encuentra en la escritura por separado cada una de esas palabras (1 Cor. 3: 18, 19), casi sinónimas, para expresar ese conjunto de principios, de máximas, de conducta, de pecado, que caracteriza la vida de los hombres inconversos; mas, es éste el único pasaje en que estén reunidos. Lo están sin duda para dar más energía y extensión al pensamiento. La *edad* expresa quizá principalmente el conjunto de las ideas, de las tendencias que tienen curso en cada época; el *mundo* es su manifestación práctica, exterior. Las palabras que siguen (v. 2 y 3) desarrollan, en rasgos impresiones, lo que el apóstol entiende por la edad de este mundo, expresión algo vagamente vertida,

aire, del espíritu que ahora obra en los hijos de la desobediencia [4],
3 entre los cuales nosotros todos nos condujimos en otro tiempo en
las concupiscencias de nuestra carne, haciendo las voluntades de
la carne y de los pensamientos [5], y éramos por naturaleza hijos

en nuestras versiones, por "la carrera de este mundo". Lutero y la biblia inglesa traducen: "el curso de este mundo".

4. Por estas palabras designa el apóstol a Satanás, el que reina sobre "la edad de este mundo". Satanás ejerce dominio sobre el reino de las tinieblas; es su *príncipe*. (Mat. 12: 24; Juan 12: 31; 2 Cor. 4: 4; Col. 1: 13). La *potencia del aire* es una designación del imperio del demonio que sólo se encuentra aquí y que ha ocupado mucho a los intérpretes. Lo más probable es que el apóstol quiere indicar con ella que siendo Satanás y los ángeles caídos, por naturaleza, espirituales, no están, como los hombres, ligados a esta tierra, sino que ejercen su dominio en regiones superiores, que el apóstol llama en otra parte "los lugares celestiales". (6: 12). Pero, el lado más claramente práctico de las enseñanzas del apóstol sobre este punto difícil es que el demonio que rige la potencia del aire ordena también al *espíritu que ahora obra* (obraba también en vosotros *en otro tiempo) con eficacia en los hijos de la revuelta*, de la *desobediencia a Dios*. (Col. 3: 6). El versículo siguiente bien dice cuáles son los medios de que se sirve. Pasajes como éste (y abundan en la escritura) nos muestran la importancia de la doctrina misteriosa del demonio. No se conoce el mal, en su naturaleza profunda y en todas sus consecuencias, más que cuando se le considera no como aislado en el mundo moral, como un vacío, una falta en relación al bien, ni siquiera únicamente como el efecto de la corrupción de la naturaleza humana, sino en su inevitable conexión con esta potencia de las tinieblas, de que la revelación nos habla sin cesar, desde el principio del Génesis hasta el fin del Apocalipsis. Cada pecado, cada pasión mala de su corazón pone al pecador en comunión con ese reinado tenebroso de seres que aborrecen a Dios y que trabajan en la ruina de su imperio en las almas y en el mundo; como también cada acto de obediencia, cada movimiento de verdadero amor pone al hombre en comunión con el reino de Dios, con todo lo que le ama y le glorifica, ora en la tierra, ora en el cielo. (Comp. Actos 26: 18). Ese vínculo fatal que hace al que obra el mal esclavo del príncipe de las tinieblas puede tornarse para él en la causa de una inevitable ruina, como se ve claramente, por ejemplo, en la historia moral de un Judas. (Véase Juan 1': 2, 27). Es lo que Pablo expresa aquí por esa "acción eficaz" del príncipe de este mundo en los rebeldes. Pero, el mismo apóstol muestra a los cristianos su plena liberación de esa potencia en la obra de la redención, cuya influencia victoriosa se extiende hasta las sombrías profundidades del imperio del mal. (Col. 1: 13).

5. *Entre los cuales* se refiere a los hijos de la rebelión (v. 2), y no a las ofensas y pecados. (Vers. 1).— *Nosotros todos* hemos *vivido* entre ellos *en otro tiempo*, dice el apóstol, no queriendo exceptuar a los judíos

4 de ira como también los demás [6]... Mas Dios, siendo rico en mi-
5 sericordia, por causa de su mucho amor con que nos amó, y estan-

más que a los paganos de ese juicio que se extiende a todo hijo de Adán en su estado natural. Luego indica en el hombre la fuente del pecado, o la causa por la cual vive entre los rebeldes, y el medio por el cual el tentador obra en él: su corrupción natural. La fuente del mal está en las *concupiscencias*, es decir, los malos deseos del corazón carnal. (Jac. 1: 14). Esos deseos, alimentados en el corazón, se tornan en *voluntades*, al mismo tiempo voluntades *de la carne y de los pensamientos;* las primeras tienen su origen en los sentidos; las segundas son independientes de ellos; todo el ser está entonces corrompido y dominado por la carne. (Comp. Mat. 15: 19; 1 Pedro 4: 3).

6. Esta expresión *hijos de ira* se explica por una multitud de pasajes en que se encuentra el mismo modo de hablar. Así, los "hijos de desobediencia" (v. 2); "hijos de la muerte", que nuestras versiones traducen por "consagrados a la muerte" (Sal. 79: 11; Sal. 102; 21; 2 Sam. 12: 5); "hijo de perdición" (Juan 17: 12; 2 Tes. 2: 3); "hijo de la gehena" (Mat. 23: 15); y en un sentido opuesto, "hijo de paz". (Luc. 10: 6). Hay siempre en esa expresión una profunda realidad: ella indica el origen, la fuente (la *paternidad*) de donde derivan las disposiciones o el estado moral de que se trata. Por esto encontramos aquí la expresión *hijos de ira* en una relación íntima con esta: *por naturaleza*, al cual volveremos. Un hijo de ira es un hombre que no solamente es digno de la ira de Dios, sino que de hecho es objeto de esa ira, es decir, de la santa indignación que Dios siente por el mal, y que está por eso mismo bajo el peso de su justicia y de sus castigos. (Véase a este respecto Juan 3: 36, nota, y comp. Mat. 3: 7; Rom. 1: 18; 2: 5; Efes. 5: 6; Col. 3: 6). El apóstol va más lejos, y dirige una mirada más profunda al origen del mal; agrega: *por naturaleza*. Todos los esfuerzos hechos por ciertos intérpretes para desembarazarse de la doctrina del pecado original caen impotentes ante la inexorable significación de esa palabra. Reléase la descripción del estado moral del hombre natural que hace aquí el apóstol (v. 1-5), y pregúntese: ¿de dónde puede provenir ese estado? A esa pregunta no hay otra respuesta que el hecho de la caída, de la enfermedad inveterada del pecado, heredada de generación en generación *por naturaleza*, es decir, por nacimiento. Somos pecadores en virtud de una disposición innata que lleva sus frutos de muerte aun antes de que tengamos nosotros conciencia de nuestros actos. "Estas palabras *por naturaleza*, que son siempre empleadas para señalar los caracteres esenciales y el desarrollo propio de una cosa, por oposición a las cualidades accesorias y a la influencia externa (Gál. 2: 15; 4: 8), nos advierten que lo que provoca la ira de Dios no está solamente en el individuo, sino en la raza y en la naturaleza humana, bien entendido en la naturaleza caída, y no en la naturaleza primitiva y normal". *A. Monod.* En efecto, las otras explicaciones que se ha querido dar del hecho patente de la corrupción humana se reducen a las dos siguientes: "Los hombres, nacidos buenos, se corrompen unos a

do nosotros muertos por las faltas, nos vivificó con Cristo —por
6 gracia estáis salvados—, y con él nos resucitó y con él nos hizo
7 sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús, para demostrar
en las edades venideras las supereminentes riquezas de su gracia
8 en bondad para con nosotros en Cristo Jesús [7]. Por la gracia, en

otros", lo que es un círculo vicioso, absurdo; o bien: "Dios ha creado al hombre tal cual es", lo que constituye una blasfemia, haciendo a Dios autor del mal. Las enseñanzas de la escritura sobre la caída y sus consecuencias están todas fundadas en la idea profundamente verdadera de que la humanidad forma delante de Dios un todo viviente y que obra según la ley universal de la solidaridad. (Comp. Rom. 5: 12 y sig.). Esta ley, conocida e invocada hoy por la filosofía misma, no destruye la libertad ni la responsabilidad individual, pues si nuestra naturaleza ha sido corrompida por el pecado, lleva aún las huellas de su primer origen, que es de Dios; el hombre puede reconocer y deplorar esa corrupción; y, en presencia de la gracia que le es ofrecida, si permanece en la ruina, esa ruina no puede ser atribuída más que a él mismo. Por eso la escritura no separa jamás estas dos verdades: si por un solo hombre el pecado entró en el mundo, la muerte reina sobre todos, *porque todos pecaron* (Rom. 5: 12); y si nosotros somos declarados hijos de ira por naturaleza, no deja de ser verdad que "el alma que hubiere pecado, morirá". (Ezeq. 18: 4). Es, pues, sobrepasar el pensamiento del apóstol admitir con la doctrina agustiniana de la imputación del pecado de Adán, que cada uno de nosotros es responsable de la falta del padre de nuestra raza. Pero, por otra parte, la verdad profunda y de gran alcance práctico enseñada por estas palabras de Pablo, es que somos objeto de la ira divina, no solamente en razón de tal o cual falta que hemos cometido, sino en virtud de todo nuestro estado de corrupción. ¡Cuánto mayor nos aparece nuestra culpabilidad, cuando consideramos que no resulta ella solamente de nuestras transgresiones positivas, sino de todo ese fondo de malas disposiciones que los mejores sienten en sí! Este pensamiento ha inspirado nuestra vieja confesión de los pecados: "Reconocemos y confesamos que *somos* pobres pecadores, nacidos en la corrupción, inclinados al mal..."

7. Estos versículos (4-7), puestos en contraste con los versículos 1-3, pintan en rasgos vivos, profundos, magníficos, toda la obra de la restauración del hombre caído. El apóstol busca su causa primera únicamente en la *misericordia* eterna de *Dios*, en su *amor* infinito (v. 4), y muestra su potente realización para nuestra salud en la vida entera de Cristo Jesús. (Vers. 5, 6). Identifica los destinos gloriosos de los redimidos de Cristo con los de su Jefe mismo, de modo que todo lo que tiene lugar en él se cumple también en ellos. (Comp. Rom. 6: 3-11, notas; Col. 3:4). "Lo que *le* acontece *nos* acontece, y la historia entera del Hijo del hombre se reproduce en el hombre que cree en él, no por una simple analogía moral, sino por una comunicación espiritual, que es el verdadero secreto de nuestra justificación como de nuestra santificación y de nuestra salvación entera". *A.*

efecto, estáis salvados por medio de la fe, y esto no viene de vos-
9 otros, es el don de Dios; no por obras, para que nadie se jacte [8].
10 De él, en efecto, somos obra, creados en Cristo Jesús para buenas
obras ,a las cuales Dios antes preparó para que andemos en ellas [9].

Monod. Por esto Pablo expresa cada uno de los grandes hechos de nuestra salvación por un verbo compuesto que abarca al mismo tiempo a Cristo y al redimido de Cristo: *vivificados con Cristo, resucitados con él, hechos sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús.* Los dos primeros de estos verbos expresan la regeneración, la creación de la vida nueva, identificada con la resurrección de Jesucristo, que es su origen para los que están en comunión con él (véase 1: 20, nota; Col. 2: 12, 13); el tercero es una magnífica anticipación, una toma de posesión de la gloria del cielo, aun por los redimidos de Cristo que viven y luchan todavía sobre la tierra. El Jefe *sentado* en la gloria (hay que comprender la relación profunda con 1: 20) es el garante de que sus miembros estarán también sentados allí con él, y lo están ya en esperanza. Por esto Pablo agrega sin temer el pleonasmo: *en Cristo Jesús.*—Emocionado de las *inmensas riquezas* de una *gracia* semejante, la magnifica otra vez aquí (v. 7; comp. 1: 6, 12, 143, y la ve anticipadamente *conocida* y adorada *en las edades venideras,* no solamente sobre la tierra, sino en la eternidad.

8. El apóstol, constreñido por la verdad y por la necesidad de su corazón a atribuir toda esa obra divina exclusivamente a la *gracia* de Dios, ha arrojado ya este pensamiento en un paréntesis (v. 5), y ha glorificado las inmensas riquezas de esta gracia en el v. 7; pero vuelve, insiste. Nuestra redención ha sido realizada en Cristo Jesús; nos es, pues, adquirida por pura gracia. Nos apropiamos esa salvación *por la fe;* ¿cesa por esto de ser una gracia? Al contarrio, puesto que es necesaria también una acción de esa misma gracia para hacer nacer en nosotros una fe viva. "La gracia es la causa primera de la salvación; la fe es el medio por el cual ella nos es apropiada; o, si se quiere, la primera es el principio objetivo de la salvación, la segunda es su principio subjetivo... Esta puede ser llamada la mano del hombre, aquélla la mano de Dios". *A. Monod.* La salvación *no viene,* pues, *de nosotros,* declaración que el apóstol explica todavía añadiendo: *no por obras,* de modo que la salvación permanece en todo sentido un *don de Dios,* y que nuestras obras, ora antes, ora después de haber participado nosotros de la gracia, jamás podrían entrar para nada en la *causa* de esa salvación. Ellas son, no su causa, sino su efecto (v. 10): *¡a fin de que nadie se jacte!* (Véase sobre estas grandes verdades de la *gracia,* la *fe,* las *obras, Rom.* 3: 21 y sig.; y cap. 4).

9. He ahí, expuesta con admirable claridad, la relación de las *obras* y de la *fe* en el cristiano. Tan poco podemos ser salvados por nuestras obras, que antes de hacer obras que sean verdaderamente *buenas* (jamás Pablo designa así las obras de la ley, hechas por el hombre irregenerado), es necesario que *nosotros* mismos seamos la *obra* de Dios, *creados* de nuevo en *Cristo Jesús* (2 Cor. 5: 17; Gál. 6: 15), es decir, por una comunión viva con él, por medio de la fe.

II. 11-22. Lo QUE ERAIS Y LO QUE SOIS. — 1º No lo olvidéis, erais paganos, objeto de desdén para los circuncisos; sin Cristo1, sin ninguno de los privilegios del pueblo de Dios, sin esperanza, sin Dios. (11, 12). — 2º Ahora estáis cerca en Cristo, que es nuestra paz y por su sacrificio ha abolido las ordenanzas de la ley; él hizo de ambos pueblos un solo hombre nuevo, un solo cuerpo; —os ha reconciliado con Israel y unos y otros con Dios. (13-16). — 3º Así, desde que él anunció la paz a todos, todos nosotros tenemos acceso al mismo Padre, en un mismo Espíritu; no sois, pues, ya extraños, sino de la casa, formando parte de esa iglesia fundada sobre Cristo y donde Dios mora. 17-22).

11 Por tanto[10] acordaos que vosotros, en otro tiempo los gentiles en la carne, los llamados incircuncisión por la llamada circun-

Pero el objeto final, indispensable, de esta creación nueva y espiritual, son las *buenas obras*. Todo el que no *anda* en ellas, prueba por ello mismo que no ha tenido parte en esa nueva creación. Los términos de que se sirve el apóstol (liter. "buenas obras *a las cuales Dios* preparó antes para que andemos en ellas") pueden dejar en duda si el pensamiento es que Dios *nos* preparó para las buenas obras, o *las buenas obras* para nosotros; por esto las versiones y los intérpretes varían en este punto. Quizás ha dejado el apóstol este verbo sin complemento bien definido, para que el pensamiento caiga por entero en los designios de Dios que indica aquí: Dios ha preparado todo anticipadamente, ha hecho todo posible en nosotros por su obra de gracia, y a nuestro derredor en el mundo, en su reino donde hay tanto bien que hacer, *a fin de que* nosotros andemos en una vida santa, consagrada, única cosa que se pueda llamar con el nombre de buenas obras. "El verbo empleado en un sentido indeterminado tiene aquí una gran fuerza", observa *Bengel*.

10. Esta partícula indica una conclusión sacada por el apóstol, no solamente del v. 10, sino de todo lo que precede. (Vers. 1-8). La obra de redención y de regeneración, realizada por la gracia de Dios para todos los creyentes, judíos o paganos, ha traído, sobre todo en el estado de estos últimos, un cambio que, si reflexionan en él, los llenará de reconocimiento y de admiración. A fin de despertar en ellos esos sentimientos, el apóstol les recuerda su estado precedente, y lo describe en algunos rasgos enérgicos, apropiados para hacerles sentir nuevamente toda su profunda miseria. (Vers. 11, 12). Luego se apresura a realzarlos por el pensamiento de que Dios los ha igualado y reunido a su pueblo, con el cual en adelante forman un solo pueblo, una sola familia de Dios, una sola iglesia. (Vers. 13-22). Por segunda vez, pues, en este capítulo (Comp. v. 1-8), el apóstol traza un paralelo conmovedor entre el estado de tinieblas y de muerte en que vive el hombre natural, y los gloriosos privilegios de que la gracia de Dios es origen. Nada es más apropiado a aumentar, en el corazón del cristiano, el reconocimiento y el amor por su Dios, que la meditación de lo que era y lo que sería sin las inmensas bendiciones del evangelio. "Respecto de los pecados pasados,

12 cisión hecha de mano en la carne[11], erais en aquel tiempo sin
Cristo, excluídos de la república de Israel y extraños a los pac-
tos de la promesa, no teniendo esperanza y sin Dios en el mun-
13 do[12]. Mas ahora, en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo

hay un recuerdo de placer y de infidelidad, que destruye la gracia; un recuerdo de desconfianza y de inquietud, que detiene los progresos de la gracia; pero hay uno de dolor y de reconocimiento, que hace nacer la gracia". *Quesnel.*

11. Gr. "Llamados prepucio por la (los judíos) llamada circuncisión en la carne hecha con mano" (humana). El apóstol, queriendo recordar a sus lectores su estado precedente en el paganismo, lo hace sirviéndose de los términos despreciativos usados entre los judíos, pero de modo que muestra clara y delicadamente que los desaprueba, y que lo que él halla de lamentable en ese estado, es, no la ausencia de la circuncisión, institución vana a sus ojos cuando lo es sólo *en la carne* y *hecha por mano* de los hombres (comp. Rom. 2: 8, 29), sino la ausencia de las gracias preciosas de que los paganos estaban entonces privados, y que son descriptas en el versículo siguiente.

12. He aquí los grandes privilegios espirituales a los cuales los paganos eran *extraños*, y sobre los cuales se fundaba la salvación de todo israelita iluminado y creyente: *Cristo*, el Mesías y Salvador que anunciaban todos los *pactos de la promesa*, designados así en plural porque fueron a menudo reiterados (comp. Rom. 9: 4), pero teniendo siempre por objeto la misma promesa del Salvador que debía venir. La *república* o el estado *de Israel*, era la institución externa que contenía todos esos privilegios y todos los verdaderos creyentes. Extraños a esa comunión, los paganos *no* tenían *esperanza*, precisamente porque no tenían la promesa. ¡Y por todas esas causas, eran *sin Dios* (Gr. "*ateos*") *en el mundo*, mundo de tinieblas y de miserias!—"Se podría pensar que el apóstol, por esta última declaración, se pone en contradicción con Rom. 1: 19, donde atribuye a los gentiles cierto conocimiento de Dios, y con el hecho histórico de que algunos de entre ellos se elevaron por encima de las supersticiones del pueblo y hasta un conocimiento de Dios más puro. No hay que procurar resolver esta contradicción aparente diciendo que Pablo no habla más que de los paganos que vivían realmente en la ceguera espiritual, y que consideraba a un Sócrates, un Platón, como no siendo ya paganos. Habla de la totalidad de las naciones extrañas a los privilegios del pueblo de Israel. Mas lo que hay que decir es que el conocimiento natural de Dios, tal como lo hallamos en algunos pensadores y algunos sabios, no podría ser comparado con el que reinaba entre los judíos, porque no era el resultado de una enseñanza divina y de una comunicación de Dios al hombre, sino solamente la conclusión de un razonamiento sobre un Dios desconocido, alejado, conclusión sacada de la consideración de la naturaleza y de la conciencia. Ahora bien: Dios, según la confesión de los antiguos mismos, no puede ser conocido si él no se revela. (Comp. 1 Cor. 8: 3). El conocimiento que los paganos tenían de Dios, por lo menos en cuanto merece ese nombre, es, pues, más bien nega-

14 estabais lejos fuisteis acercados por la sangre de Cristo[13]. El,
en efecto, es nuestra paz, que de ambos hizo uno solo y destruyó
15 el muro medianero de la separación, la enemistad, aboliendo en
su carne la ley de los mandamientos [consistente] en ordenanzas,
para que creara los dos en sí mismo en un solo nuevo hombre,
16 haciendo la paz, y reconciliara a ambos en un solo cuerpo con
17 Dios por medio de la cruz, matando en ella la enemistad[14]. Y

tivo que positivo, y la confesión de Sócrates: *Todo lo que sé, es que no sé nada*, es su expresión exacta". *Olshausen.* La expresión absoluta del apóstol es aplicable también a todos los que, aun en el seno de la cristiandad, no son iluminados en su vida interna por la revelación de la gracia de Dios en Cristo. No amar a Dios, no vivir para él, es no tener Dios.

13. Con este versículo empieza el otro término del gran paralelo que el apóstol traza aquí entre el estado precedente de sus lectores (v. 11, 12) y lo que han llegado a ser por la obra de la redención. (Vers. 13-22). Desde el principio hace resaltar los contrastes: *en Cristo*, opuesto a *sin Cristo* (v. 12); *habéis sido acercados*, opuesto a *alejados* y a *excluídos, extraños.* (Vers. 12). Mas, a fin de señalar también desde luego el gran medio de esa liberación, al cual volverá a cada paso en este admirable desarrollo, el apóstol lo atribuye aquí ya a la *sangre de Cristo*, es decir, a la muerte del Mediador, al sacrificio de la reconciliación, cumplido en "sù carne" (v. 15), por "su cruz". (Vers. 16). Este pensamiento fundamental, que inspira todo este trozo, puede servir para decidir la cuestión sobre la cual se dividen los intérpretes, sosteniendo unos que el apóstol no habla más que del acercamiento y de la reconciliación de judíos y paganos llegados a la misma fe, viendo los otros en él toda la reconciliación con Dios y como consecuencia solamente la de judíos y paganos. Un estudio atento de estos versículos prueba hasta la evidencia que este último sentido es en realidad el pensamiento del apóstol. (Véase la nota sig.) Este pensamiento es doble, y es necesario, por la naturaleza misma de las cosas, que lo sea, puesto que solamente acercándose a Dios los hombres divididos se acercan unos a otros; su reconciliación con Dios es lo que los reconcilia entre ellos, es la paz de Dios lo que se torna en su paz mutua, es el amor de Dios lo que mata en ellos la *enemistad.* (Vers. 14-16; comp. v. 17, 18).

14. Conviene abarcar estos tres importantes versículos (14-16) en una sola nota, a fin de comprender el conjunto y los detalles. El (Cristo) *es nuestra paz*, declara ante todo el apóstol; no solamente Cristo *hizo la paz* (v. 15), la ha restablecido entre nosotros y Dios *por su sangre* (v. 13), *por su carne* (v. 15), *por su cruz* (v. 16), y por tanto la ha restablecido entre todos sus redimidos, a cualquier nación que pertenezcan, sino que *él es*, él mismo, *nuestra paz*, es decir que él es su vínculo viviente en este doble sentido de que por él estamos nosotros en comunión con Dios y en comunión los unos con los otros. (Comp. Isa. 9: 5, 6; Miqueas 5: 4; Actos 10: 36, y aquí mismo,

viniendo anunció paz a vosotros que estabais lejos y paz a los
18 que estaban cerca, porque por medio de él tenemos ambos el ac-

v. 17). ¿Qué ha hecho para establecer esta paz? Ha hecho *de ambos* (pueblos) *uno solo, derribando el muro de separación* (Gr. "el *muro medianero del cerco*", o "de cierre") que se elevaba entre los judíos y los paganos, y por el cual los primeros estaban como encerrados en su particularismo, con exclusión de los últimos. Ahora, el apóstol caracteriza ese muro de separación (v. 15); va a decir en qué consiste: se manifestaba como una *enemistad*, despreciando los judíos a los paganos con orgullo, y burlándose los paganos de los judíos a causa de su fe, de su circuncisión, de sus ceremonias. En general, no hay entre los hombres más que la enemistad del egoísmo en tanto que ignoran el amor de Dios. (Comp. esta palabra *enemistad* en el v. 16). Pero ese muro de separación, esa enemistad era mantenida por la *ley de los preceptos, que consistía en ordenanzas.* Por estas palabras, Pablo designa la legislación mosaica entera y no solamente la ley ceremonial, pues Cristo por su sacrificio ha abolido toda la economía legal (Rom. 7: 1-6), cuyas ordenanzas eran no solamente una servidumbre para los judíos, sino que les prohibían toda comunicación con los paganos, los constituían en un pueblo separado de los otros. Ahora bien: Cristo destruyó *en su carne* (es decir en su persona, por su encarnación, por su muerte) toda condenación de la ley, todo lo que había de servir y de exclusivo en los preceptos y en las ordenanzas, substituyéndolo por la libertad del evangelio, accesible a todos, que une a todos los que la abarcan en la misma fe y el mismo amor. Por ello, *ha creado en sí mismo un solo hombre nuevo*, el hombre regenerado, formando con Cristo *un solo cuerpo* (Vers. 16). "Pablo caracteriza a Cristo mismo como el hombre por excelencia, el representante de la raza en quien los dos pueblos separados son llevados a la unidad perfecta. Como Adán es el viejo hombre por excelencia en quien y por quien el viejo hombre se transmite a todos los individuos de la raza humana, así Cristo es el hombre nuevo por excelencia en quien y por quien todos reciben el hombre nuevo, creado según Dios en justicia y santidad". *Olshausen.* Y recibiendo de él el hombre nuevo, permanecen unidos a él y unidos entre sí, de modo que forman un solo cuerpo. Así es realizada *la paz;* así *ambos*, esas dos partes enemigas nombradas por tercera vez, son reconciliadas *con Dios*, y toda *enemistad*, ora del hombre para con Dios ora del hombre contra el hombre, es *matada.* (Vers. 16).—Se ve que es imposible hacer justicia a todas las expresiones que emplea el apóstol, si no se admite que tiene en vista esta doble idea: reconciliación y paz del *hombre con Dios* y por ello, como fruto de esa gracia, reconciliación y paz del *judío* y del *gentil*, hechos un hombre nuevo, un solo cuerpo en Dios. (Comp. también v. 18).—La palabra traducida por *ordenanzas* (v. 15) es propiamente nuestra voz *dogmas*, tomada del griego; de ahí Bengel y otros intérpretes han querido inferir que se trata de dogmas evangélicos, y traducir así este pasaje: "Habiendo destruído en su carne la ley de los preceptos por los dogmas del evan-

19 ceso en un solo Espíritu al Padre[15]. Luego pues no sois ya
extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y domés-
20 ticos de Dios[16], edificados sobre el fundamento de los apóstoles

gelio". Pero ese término no tiene jamás, en el Nuevo Testamento, el sentido de *verdades* o *principios* cristianos, que no recibió sino mucho más tarde en el lenguaje de la iglesia, con gran detrimento de la verdad misma. (Comp. el pasaje paralelo, Col. : 14). En todas partes esta voz *dogma* significa ordenanza, decreto. (Luc. 2: 1; Actos 16: 4; 17: 7; Hebr. 11: 23).

15. Cristo, el jefe de la iglesia, después de haber realizado esta gran obra (v. 14-16), *vino*, por sus apóstoles y por su Espíritu (Juan 14: 18; Actos 26: 23), a *anunciar* (Gr. "evangelizar") esa *paz a los que estaban cerca* (los judíos) y a *los que estaban lejos* (los paganos), no haciendo diferencia alguna entre ellos. Esta venida debe entenderse aquí de la prdicación de su evangelio desde Pentecostés, puesto que, personalmente, el Salvador no anunció este evangelio a los paganos. Otros ven sin embargo aquí su venida a la tierra, la acción que él directamente ejerció y toda la obra de la salvación que ha realizado desde su encarnación. Toman la voz *venir* en el sentido que tiene en Juan (1:9, 11; 6: 14; 9:39; 11:27; 16:28). Los paganos formaban parte de este mundo al cual Jesús vino, y estaba en la intención de Dios y del Salvador mismo que el evangelio les fuera anunciado. Se puede vacilar entre ambas interpretaciones; la primera es más sencilla, más conforme a la marcha del pensamiento en este trozo, puesto que ya ha mencionado Pablo la obra realizada por Cristo. (Vers. 13).—La *paz* es aun aquí, como en los versículos que preceden, la paz con Dios, y por tanto la paz entre todos los hombres así reconciliados. El versículo 18, que completa el pensamiento del apóstol, abarca, en efecto, esos dos sentidos de la palabra. *Por él,* como mediador, y en el *mismo Espíritu* de Dios, que los santifica, *los unos y los otros tienen acceso* ante su *Padre* celestial, y por esto mismo están unidos entre sí en la viva comunión de sus hijos. — Se observará cuán expresiva es, en el v. 17, esta repetición: *paz,* a vosotros que estabais lejos, y *paz* a los que estaban cerca. El texto recibido tiene esa palabra sólo una vez.

16. Dos términos que forman aquí un hermoso contraste con dos expresiones del v. 12: esos "extraños" se han hecho *conciudadanos de los santos* en el reino de Dios; y los que estaban "sin Dios" forman ahora parte de su *casa* o de su familia. Tal es el antiguo sentido de la voz *domésticos.* (Comp. Gál. 6:10; 1 Tim. 5:8).

17. La idea de una "casa de Dios" lleva al apóstol a decir cómo los creyentes forman parte de ella y cuál es su fundamento y su naturaleza. (Vers. 20-22). Esta figura, tan frecuente en las santas escrituras, es tomada del templo de Jerusalén, que era un tipo de lo que la iglesia del Dios viviente debía ser en realidad. Los creyente son en ella *edificados* como otras tantas piedras vivas. (1 Pedro 2:4, 5). Reposan sobre el inconmovible *fundamento de los apóstoles y profetas,* es decir, no sobre su persona, sino sobre el *fundamento* que ellos han puesto, la palabra y el

21 y profetas, siendo la piedra angular Jesucristo mismo[17], en el cual
todo el edificio, bien ajustado, crece para ser un santuario santo

testimonio de Dios (comp. Mat. 16: 18, nota; 1 Cor. 3:10; Rom. 15:20), cuya *piedra angular,* aquella sobre la cual se apoya todo el edificio, es *Jesucristo mismo.* (1 Cor. 3:10, 11; Isa. 28:16; Sal. 118:22; Mat. 21:42; 1 Pedro 2:4). Tal es el único fundamento de la iglesia, Jesucristo, Jesucristo muerto por nuestras ofensas, resucitado por nuestra justificación, viviente para acabar su obra hasta la perfección; en una palabra, Jesucristo tal como le han anunciado los apóstoles y profetas. El era el objeto de toda su predicación, y su Espíritu es la verdad y la vida de la palabra de ellos. Mas ¿quiénes son los *profetas* de que Pablo habla aquí? A esta pregunta han dado los intérpretes tres respuestas diversas: los antiguos, y Calvino entre ellos, entienden por ellos los profetas del Ant. Test.; la mayor parte de los modernos admiten que se trata de los profetas del Nuevo Test., de aquellos cristianos que tenían el don de profecía; por último, varios intérpretes refieren esos nombres de *apóstoles y profetas* a los apóstoles solos, que reunían ambos caracteres. Esta opinión se basa ante todo en que el artículo falta delante la palabra *profetas,* y que así hay que traducir: *los apóstoles y profetas.* Aunque esta observación gramatical no sea una prueba decisiva, es uno casi irresistiblemente conducido a adoptar la última interpretación a causa de las graves objeciones que se levantan contra las otras dos. En cuanto a la primera, la que ve aquí los profetas del Ant. Test., sería muy plausible, se haya dicho lo que se quiera, si el apóstol, reanudando su pensamiento (3:5), no lo expresara de tal modo que es imposible creer que hable de los profetas del Ant. Test. Allí, en efecto, no solamente omite nuevamente el artículo delante de la palabra profetas, no solamente coloca *por segunda vez* los profetas *después* de los apóstoles, lo que ya trastornaría el orden de los tiempos si tuviera en vista los antiguos profetas, sino que sobre todo declara positivamente que "el misterio ha sido *ahora* revelado por el Espíritu a sus santos apóstoles y profetas", lo que excluye la idea de un tiempo anterior. ¿Se trata, pues, entonces, de los profetas de la primitiva iglesia? Mucho menos aún, pues ¿con qué título serían declarados el fundamento de la iglesia? El don pasajero, variable, de la profecía, no es jamás igualado al apostolado como autoridad; nuestro apóstol mismo quiere que ese don esté subordinado a sus enseñanzas (1 Cor. 14: 29); Jesucristo no instituyó desde el origen más que los apóstoles por sus testigos auténticos; los profetas mismos del Nuevo Testamento habían sido instruídos y llevados a Cristo por los apóstoles, y así ellos reposaban sobre el fundamento de estos últimos; por último, ¿dónde está ahora para la iglesia ese fundamento de los profetas del Nuevo Test.? ¿Habría desaparecido? No pudiendo admitir ni la primera ni la segunda de esas opiniones, no queda más que la tercera. Mas, sea lo que fuere, el punto esencial al cual el apóstol quiere llevar todo, sobre el cual quiere fundar todo, es la PIEDRA ANGULAR, Jesucristo.

22 en el Señor[18], en el cual también vosotros sois edificados juntos
para ser morada de Dios en Espíritu[19].

18. El *orden*, el *crecimiento*, la *santidad* de la iglesia está en proporción a su apoyo exclusivo en Jesucristo. (1 Pedro 2:4, 5).

19. Prosiguiendo y desarrollando su figura, el apóstol se complace en repetir a sus lectores que ellos también forman parte de ese santo templo, siendo *edificados sobre el Señor* (v. 20, 21), y que allí *Dios* se digna hacer su *morada*. Si cada alma cristiana es su templo (1 Cor. 3:16; 6: 19), cuánto más todo el conjunto de la iglesia que él llena de su presencia. Mas todo ello *en Espíritu*, por oposición al templo material, tan querido a los recuerdos del pueblo judío.

CAPITULO III.

I. *El santo y glorioso ministerio confiado a Pablo ante los gentiles, 1-13.* — II. *Su oración por ellos, 14-21.*

I. 1-13. UN MINISTERIO CUYA ADMINISTRACIÓN HA SIDO CONFIADA AL APÓSTOL. — 1º Yo soy prisionero de Jesucristo por vosotros; conocéis sin duda la administración que me ha sido confiada de un misterio que Dios mismo me ha revelado; de lo que ya os he escrito podéis inferir el conocimiento que tengo de ese misterio. Hasta ahora ha sido dsconocido de los hombres, mas Dios lo ha manifestado ahora por su Espíritu; este misterio es que los gentiles, todas las naciones, tienen parte en todos los tesoros de gracia que encierra el evangelio. (1-6). — 2º Dios me ha hecho la gracia de ser el servidor de este evangelio, a mí, el menor de todos los santos, para proclamar entre los paganos las riquezas de Cristo e iluminar a todos los hombres sobre este misterio de la gracia, hasta aquí oculto en Dios. (7-9). — 3º El propósito de este mensaje es revelar aun a los ángeles del cielo la sabiduría infinita de Dios, según su designio realizado en Cristo, por el cual tenemos la libertad y el acceso ante el Padre, en toda confianza. ¡Animo pues en medio de nuestros padecimientos! (10-13).

1 Por causa de esto yo, Pablo, el prisionero de Cristo Jesús por
2 vosotros los gentiles[1]... si por lo menos habéis oído la dispensa-

1. Bajo la impresión de la descripción que acaba de hacer de la gloriosa vocación de los paganos en la iglesia, el apóstol se vuelve hacia ellos y quiere derramar todo su corazón en oraciones por ellos. Mas desde el primer versículo interrumpe su frase, se detiene en el gran pensamiento de su apostolado ante ellos, apostolado del misterio de misericordia que

ción de la gracia de Dios que me ha sido dada cuanto a vosotros[2],
3 que por revelación me fué hecho conocer el misterio, conforme he
4 escrito antes en pocas palabras[3], según lo cual podéis, leyéndolo,
5 entender mi inteligencia en el misterio de Cristo, que en otras
generaciones no fué hecho conocer a los hijos de los hombres como
ha sido ahora revelado a sus santos apóstoles y profetas por el
6 Espíritu: que los gentiles son coherederos y de un mismo cuerpo
y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por el evangelio[4],

le ha sido revelado (v. 2, 3); luego, en el v. 14, vuelve por las mismas palabras *(por causa de esto)* a su voto lleno de amor, a su oración. (Vers. 14-21). Con un sentimiento solemne, pronunciando su propio nombre, *Pablo* se prepara a orar por sus hermanos y se denomina *prisionero de Jesucristo*. Así, en otro lugar, llama sus cadenas "sus prisiones en Cristo" (Fil. 1:13), o también "las prisiones del evangelio" (Filemón 13), porque por Cristo y por su evangelio sufría esa dura cautividad. No es eso solamente su consolación, sino su gloria. (Gál. 6:14; comp. Rom. 5:3). La cruz de Cristo crucifica el pecado y vivifica al pecador en lugar de matarle, como lo hace el aguijón de la ley.—"Todo eso sufro *por vosotros*", dice a sus hermanos convertidos del paganismo, a fin de mostrar a qué precio compraba la introducción de ellos en la iglesia de Dios. ¡Qué potencia de caridad da este pensamiento a su apostolado (v. 2 y sig.) y a su oración! (Vers. 14 y sig.)

2. La *dispensación* (comp. 1:10) confiada a Pablo era, al mismo tiempo, el consejo de la gracia de Dios para la salvación de los pecadores de todas las naciones, y la vocación especial de este apóstol a ser su ministro entre los gentiles *(para vosotros)*. Este pensamiento es desarrollado en los v. 3-10.—Estas palabras: *si por lo menos habéis oído*, etc., prueban con evidencia que nuestra epístola no ha podido ser dirigida a los Efesios solos, que conocían tan bien al apóstol y la naturaleza de su ministerio. (Véase la introd.)

3. El *misterio* es lo que Pablo acaba de llamar "la dispensación" (v. 2) y lo que él explica claramente. (Vers. 6). Pablo ha conocido ese misterio *por revelación* directa del Señor, no por la instrucción de los hombres. (Gál. 1:12). *Como antes he escrito* (en esta carta) no significa que el apóstol haya expresado ya este pensamiento de una revelación directa, sino que entiende ese misterio *tal cual* (o *del modo como*) ha desarrollado sus riquezas en los dos primeros capítulos. (Véase en particular 1:9, 10; 2:11 y sig.; comp. más abajo, v. 6).

4. Tal es el *misterio*. (Vers. 3, nota). Pablo llama así toda verdad o todo hecho divino que el hombre no puede conocer más que por revelación. Aquí se trata del hecho de la participación de todos los pueblos en la gracia de Dios en Cristo Jesús. Se sabe cuánta dificultad tuvieron los discípulos de Jesús en comprender y creer esta misericordia de Dios; fué necesario que fuera directamente revelada a Pedro (Actos 10), como más tarde a Pablo (v. 3), y por largo tiempo encontró una porfiada resistencia de parte de los cristianos ju-

7 del que he sido hecho ministro según el don de la gracia de Dios
8 que me ha sido dada según la operación de su potencia. A mí,
el menor que el menor de todos los santos, ha sido dada esta gra-
cia, anunciar a los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo [5],
9 y sacar a la luz ante todos cuál es la dispensación del misterio
10 oculto desde las edades en Dios que creó todas las cosas [6], para
que ahora sea hecha conocer a los principados y a los potestades
en los lugares celestiales por medio de la iglesia la multiforme
11 sabiduría de Dios [7], según el propósito de las edades que cumplió

daizantes, gran tema de lucha para el apóstol de los gentiles.—Cuando dice que ese misterio no ha sido revelado a las *generaciones* precedentes, quiere decir que no lo fué con la claridad con la cual fué manifestado luego *por el Espíritu* a los *apóstoles y profetas* (véase sobre estas palabras 2:20, nota), pues las profecías del Ant. Test. están ya llenas de la gran *promesa* de la salud para todas las naciones de la tierra. (Isa. 55:5; 5; 2:3; 19:19, 22-25). Mas *por el evangelio* solamente apareció en plena luz ese gran hechò que Pablo describe (v. 6) por tres expresiones de un significado profundo. (Comp. 1:23; 2:15, 16; comp. 2:20, nota).—El epíteto de *santos* aplicado a los apóstoles y profetas (v. 5) puede extrañar bajo la pluma de Pablo. Esta expresión es insólita y parece inspirada por la veneración con que una edad posterior rodeaba a los fundadores de la iglesia. De Wette y otros han hecho de esta expresión (como de la de 2:20 *el fundamento* de los apóstoles y profetas) un argumento contra la autenticidad de la epístola. Pero hay que observar que *santo* quiere, decir, en el lenguaje de la escritura, puesto aparte, consagrado, y no perfecto, cabal. En este sentido, este calificativo es atribuído a los profetas del Ant. Test. (Luc. 1:70); y, por Pablo mismo, a todos los miembros de la iglesia (Efes. 1:1; Fil. 1:1; Col. 1:2, 26). ¿Qué extraño entonces que el apóstol lo emplee para designar a los que están constituídos en dignidad en el seno de la iglesia y son los órganos particulares del Espíritu de Dios? (Comp. v. 8).

5. *¡El menor de todos los santos anunciando las riquezas inescrutables de Cristo!* hé ahí el contraste que humilla al apóstol, la *gracia* que le llena de admiración. (Comp. 1 Cor. 15:9; 1 Tim. 1:12-15). Cuanto más eleva Dios a un hombre, tanto más debe éste humillarse. El mal que halla en sí mismo es siempre mayor que el que ve en los demás; por esto puede con verdad colocarse debajo de ellos. (Fil. 2:3).

6. A fin de mostrar mejor aun la grandeza de su vocación, el apóstol dice que ella tenía por objeto ese misterio *oculto desde las edades en Dios* (comp. v. 5) y añade: *que creó todas las cosas, para recordar* que la redención es, tanto como la creación, un acto de la omnipotencia del *Creador;* es una creación nueva que ha costado más que la primera.—A estas palabras: *que creó todas las cosas,* el texto recibido añade: "por Jesucristo", palabras no auténticas.

7. Los *principados* y las *potestades* son diversos órdenes de ángeles. (Comp. 1:21). Ahora bien, aunque los ángeles de Dios contemplan sus

12 en Cristo Jesús nuestro Señor, en el que tenemos la osadía y el
13 acceso en confianza por la fe en él [8]. Por tanto pido no desma-
yar en mis tribulaciones por vosotros, que es vuestra gloria [9].

II. 14-21. Oración del apóstol por sus hermanos. — 1º Penetrado de la grandeza de la vocación de los gentiles, Pablo dobla las rodillas ante Dios; intercede por sus hermanos, lleno de confianza en ese Padre misericordioso que él invoca con toda la familia que toma su nombre. (14, 15). — 2º Pide: que sus hermanos sean fuertes con la fuerza del Espíritu en el hombre interior; que Cristo more en sus corazones; que sean completamente penetrados del amor divino, a fin de comprender su inmensidad y conocer el amor con que Jesús los amó, aunque ese amor sobrepuja la inteligencia humana; en pocas palabras, que sean llenados de toda la plenitud de Dios. (16-19). — 3º Considerándose como ya escuchado, porque se dirige

perfecciones, aprenden a conocerlas mejor aun *por la iglesia,* es decir por la redención de una raza caída, que manifiesta más ampliamente que ninguna de sus otras obras la *sabiduría,* la potencia y el amor de Dios. (Comp. Luc. 15:10; 1 Pedro 1:12).

8. Estas palabras del v. 11: *según el propósito* (Gr. "propósito de las edades") reanudan el pensamiento del v. 9, al cual el v. 10 da un desarrollo nuevo, y el objeto del apóstol es siempre el de hacer resaltar la grandeza divina de ese misterio *cumplido en Cristo* y cuya administración le ha sido confiada. (Vers. 4-8). Otros traducen: "...el propósito *que formó* en Cristo", mas ese sentido poco concuerda con la continuación.—Entonces, tenemos (v. 12, griego) *la libertad* (de palabra, de acción) *y el acceso* (ante Dios) *en confianza* o *persuasión.* (Comp. 2:18; Hebr. 4:16; 10:19-22).

9. Tal es la traducción literal de este versículo. El sentido de nuestras versiones ordinarias: *Os* pido no desalentaros, *es posible.* (Lutero, Calvino, la biblia inglesa y la mayor parte de los comentadores traducen así). Nos parece más probable, sin embargo, que el pensamiento del apóstol es éste: "Pido (a Dios) que no permita que yo *me* desaliente, etc." Lo mismo que en el v. 8, el apóstol es impresionado por la grandeza de su vocación, de los *padecimientos* que la acompañan, del sentimiento de su debilidad, y termina por una humilde súplica a Dios para pedirle su fuerza. El último pensamiento del versículo: *lo que es vuestra gloria,* concuerda muy bien con este sentido: el apóstol considera sus padecimientos como contribuyendo a la gloria de las iglesias (comp. 1 Cor. 4:9 y sig.; 2 Cor. 1:6), y es necesario entender esa palabra en su sentido más elevado, es decir como significando la consumación final de toda la vida cristiana, la glorificación. El siervo de Dios no tiene otro objeto al someterse con gozo y constancia a todas las tribulaciones que soporta por amor de las almas. "La gloria y la salud de la iglesia es el tener un pastor que ponga su honor y su confianza, no en el crédito de los hombres, sino en la cruz de Jesucristo". *Quesnel.* Algunos intérpretes piensan que la *gloria* de los Efesios no consiste en los padecimientos del apóstol, sino en el

a Aquel que siempre puede y quiere hacer mucho más de lo que nosotros pedimos o pensamos, da gloria a este Dios, cuya gloria es eterna. (20, 21).

14 Por causa de esto[10] doblo mis rodillas ante el Padre, del cual
15 toda familia en los cielos y sobre la tierra toma nombre[11], para
16 que os dé, según las riquezas de su gloria, que seais fortalecidos

hecho de no desmayar. Según el texto, se puede referirla a una y otra causa.

10. El *por tanto* del v. 13 indicaba una conclusión sacada de lo que inmediatamente precede, es decir del apostolado de Pablo. (Vers. 8-12). El *por causa de esto* del v. 14 reanuda el del v. 1; habiendo concluido lo que quería decir sobre su ministerio, el apóstol vuelve, por la misma locución conjuntiva, al gran pensamiento que, antes ya, llenaba su corazón: dirige a Dios ardientes oraciones para la afirmación y el progreso de sus hermanos en la vida interna. Los v. 16-19 expresan lo que pide en favor de ellos. Estos versículos se refieren pues directamente a lo que Pablo ha dicho de las gracias inmensas acordadas a los cristianos convertidos del paganismo. (2:11-22). Ya han recibido ellos mucho; esto le da coraje y fe para pedir más hasta "toda la plenitud de Dios". (Vers. 19). "Esta segunda oración de Pablo por los Efesios tiene así el mismo motivo que la primera (1:15-20), de la cual sólo es la reanudación y el desarrollo. Tal es la condición gratuita de los dones de Dios y nuestra pobreza propia, que no tenemos otros títulos a gracias nuevas que las gracias ya recibidas; mas este título basta". *A. Monod.*

11. Estas palabras se refieren al nombre de *Padre*, que termina el v. 14. (El texto recibido agrega: "de nuestro Señor Jesucristo", contra las autoridades más decisivas). El apóstol hace un acercamiento de palabras entre este nombre de Padre *(patér)*, y la palabra *familia (patriá)*, empleada en otras partes en el sentido de *tribu* o de *descendencia* de un padre. (Luc. 2:4; Actos 3:25). Del Padre celestial toda familia *sobre la tierra* y *en el cielo toma su nombre* (Gr. "*es nombrada* según él"). lo mismo que las familias de los hombres llevan el nombre de su padre. El apóstol designa por ese término familias espirituales, la de los ángeles, la de los israelitas fieles, la de los gentiles llamados a la fe. Dios se atribuye este hermoso título de Padre, no solamente como Creador, sino principalmente porque sus verdaderos hijos son "nacidos de él" (Juan 1:12, 13) por un nacimiento nuevo, y porque él tiene por ellos el amor del más tierno padre. En el pensamiento del apóstol, este título se aplica principalmente a sus lectores convertidos del paganismo, y debe inspirarles el sentimiento de que Dios no hace acepción de personas en detrimento de ellos; es el pensamiento que tan a menudo reaparece en toda nuestra epístola. (Véase sobre todo 2:18, 19). —Delante de este Padre *dobla* el apóstol *las rodillas*, es decir ora por sus hermanos (16-19), con tanta humildad como amor, demostrando el verdadero espíritu de oración.

con potencia por medio de su Espíritu cuanto al hombre interior[12],
17 que more Cristo por la fe en vuestros corazones[13], arraigados y
18 fundados en amor, para que seáis capaces de comprender con to-
dos los santos cuál es la anchura y longitud y profundidad y al-
19 tura[14] y conocer el amor de Cristo, que sobrepuja el conoci-

12. Las *riquezas de la gloria* de Dios son sus perfecciones, aquí especialmente su potencia, y su misericordia que Pablo implora. La primera gracia que pide es que el *hombre interior*, débil aún, sea *fortalecido* por la *potencia* divina que le es comunicada. (Véase, sobre esta noción del hombre interior, Rom. 7:22, nota). Esto no puede tener lugar más que por el *Espíritu* de Dios, que vivifica en nosotros todas sus gracias. ¿En qué consiste esta fuerza? Pablo lo dice ampliamente en lo que sigue.— "¡Cuán admirable es, y por encima del hombre, este hombre interior, cuya razón y luz es la fe; cuyo corazón y cuya vida es la caridad; cuya alma y fuerza es el Espíritu Santo; cuya persona y substancia es Cristo Jesús; cuyo Padre, cuya herencia, cuya gloria, cuyas riquezas y cuya morada eterna es Dios; y el cual Dios forma en el tiempo, por una operación cuya potencia responde a las riquezas y a la grandeza de su gloria"! *Quesnel.*

13. El Espíritu Santo fortalece *la fe* (v. 16), y esta fe nos une a Cristo al punto de que él *more en nosotros* y nosotros en él. No hay que ver en estos términos figuras, sino dejarles toda su viva realidad. (Comp. Juan 14:23; Gál. 2:20). Un cristianismo que se contenta del Cristo *por nosotros*, negando o descuidando el Cristo *en nosotros* (Col. 1:27), es una deplorable ilusión.

14. Otros traducen: "A fin de que, estando arraigados y fundados en amor, podáis comprender... — Es lo mismo en cuanto al sentido. Cristo, habitando en nosotros, hace reinar en nosotros el amor. Pablo habla en estos versículos, del amor de Dios o de Cristo por nosotros, no de nuestro amor a él; mas el apóstol pide que sus hermanos sean penetrados de él, que hundan en ese amor sus raíces, como un árbol potente hunde las suyas en el suelo, y que, *fundados* en él, sean semejantes a un edificio inconmovible. Por este amor, más que por ninguna de nuestras facultades intelectuales, seremos hechos capaces de *comprender* (v. 18) y de *conocer* (v. 19), según estas palabras de Agustín: ¡"Si alguno quiere conocer a Dios, ámele"! Comprender *con todos los santos*, los únicos que tienen la inteligencia espiritual, y con quienes todo cristiano se siente en una comunión viva que le eleva y le fortalece. ¿Comprender qué? Pablo no lo dice; su pensamiento se agranda y abarca el infinito, que él designa en estos sublimes términos: *la anchura y la longitud y la profundidad y la altura.* Mas sin duda quiere hablar de ese misterio de misericordia y de amor de que ha hablado a sus lectores en la primer parte de este capítulo (v. 3, 4, 9) y que contempla muy especialmente aquí. Pide a Dios que eleve hacia ese misterio todas las aspiracioes de sus hermanos. Proclama la *anchura* de esa misericordia divina, que se extiende a todo país, a todo pueblo, a

miento[15], para que seáis llenados hasta toda la plenitud de
20 Dios[16]. Y al que puede hacer infinitamente más que todo lo que

todo pecador; la *longitud*, que dura de eternidad a eternidad en este Salvador que jamás cesa de amar; la *altura*, por lo cual una criatura caída es elevada del seno del polvo y de su corrupción hasta el trono de Dios; la *profundidad*, abismo insondable de esta misericordia que puede alcanzar hasta el último de los pecadores en su degradación. (Comp. Job 11:7-9). "Si no comprendemos aún este misterio, contentémonos, entretanto, con imitar la caridad de Dios; su *profundidad*, socorriendo a los que están en la más profunda miseria; *su longitud*, abrazando en el amor de Dios indistintamente a todos los hombres, hasta los que menos lo merecen; su *longitud*, no limitándonos a nada y no cansándonos jamás; su *altura*, no obrando más que por él como nuestro principio, no mirando más que a él como nuestro modelo, refiriendo todo a él como nuestro fin". *Quesnel.* —O si se prefiere no dar un significado particular a cada una de esas cuatro dimensiones del amor del Señor, se puede ver en ellas simplemente la expresión de la inmensidad de este amor "que rodea por todas partes al creyente, que se extiende en todo sentido a su derredor hasta perderse de vista". *A. Monod.*

15. Estas palabras dependen también inmediatamente de lo que precede: es necesario estar arraigado y fundado en el amor para *conocer el amor* con que *Cristo* nos amó. Mas, como si el apóstol temiera haber dicho demasiado, haber disminuido el amor de su Salvador suponiendo que podemos *conocerlo*, se apresura a añadir que este amor *sobrepuja* y desborda por todas partes nuestro *conocimiento*. ¡Qué le importa si hiere en los términos la lógica de los hombres! ¡No está aquí por completo en una lógica y una psicología que el mundo ignora: comprender por el corazón, conocer amando! ¿Y quién, pues, conocerá el amor, si no el que ama? "Por lo demás, éste es el verdadero conocimiento de las cosas divinas, y en particular del amor de Cristo: consiste en reconocer que se encuentra en presencia del infinito, y que, cuanto más se desarrolla, tantas más nuevas perspectivas se descubren a él que ni siquiera había sospechado". *Olshausen.* El apóstol había expresado el mismo pensamiento escribiendo a los Corintios: "ahora conocemos en parte", por fragmentos. Cuando el amor de Cristo se ha apoderado de nuestro corazón con una potencia divina, empezamos a conocerlo; y, mientras que el conocimiento intelectual palpa en las tinieblas, el amor le gana con su mirada más penetrante y anda de progreso en progreso, hasta que, escapando del estado de infancia, lleguemos, en la eternidad, al estado del hombre hecho. (1 Cor. 13:8-12, nota; 8:2, nota). — El apóstol, es verdad, habla del amor de Cristo por nosotros, y no de nuestro amor por él. Mas amar a Cristo es el único medio de "conocer su amor que sobrepuja todo conocimiento". Es lo que indujo a Lutero a traducir estas palabras de un modo inexacto, mas admirable en su osadía: "Amar a Cristo vale más que todo saber".

16. Griego: "A fin de que seáis llenados *hacia* o *hasta* toda la plenitud de Dios". Aquí la oración del apóstol se levanta tan alto, siente tan bien la imposibilidad de su realización *actual*, que emplea esta preposición *hasta* que muestra esa redización progresiva y completándose sólo en el porvenir. (Comp. 4:13). El amor de Cristo por nosotros y en nosotros, es también el medio de llegar a este último término. Y este término es la *plenitud de Dios*, es decir todo su ser, todas sus perfecciones *cumplidas* en su iglesia y en cada miembro del cuerpo de Cristo. (1:23, nota). Más allá de esta plenitud del amor de Dios, de la santidad de Dios, de la luz de Dios, de la felicidad de Dios, de Dios mismo, no hay nada más que desear ni pedir: es Dios todo en todos. Este voto equivale a la esperanza expresada en otra parte por el apóstol: "Somos transformados en la misma imagen de gloria en gloria, por el Espíritu del Señor". (2 Cor. 3:18).

pedimos o entendemos según la potencia que obra en nosotros,
21 a él la gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las gene-
raciones de la edad de las edades. ¡Amén[17]!

17. Penetrado de este sentimiento de que el amor de Cristo sobrepuja todos nuestros pensamientos, todos nuestros votos, todas nuestras oraciones; recordando que "nosotros mismos no sabemos como debemos orar" (Rom. 8:26), el apóstol se remite con confianza, para todos sus votos y todas las necesidades de las iglesias, a ese Dios que se complace en derramar sobre sus hijos todas las riquezas de su gracia. Sea lo que fuere lo que *pidamos* o aun que *pensemos*, Dios *puede* y quiere *hacer infinitamente más* aun. Pablo basa esta confianza en la *potencia* divina *que obra en nosotros con eficacia* (Gr. "energía"), y que nos sacó de la muerte para hacernos partícipes de la vida de Cristo. (2:1-16). — Con un sentimiento profundo de adoración y de amor da el apóstol toda *gloria* a su Dios. Su voto ardiente es que la *iglesia* entera contribuya a esta gloria de Dios. Es lo que tendrá lugar, pues se trata de la *iglesia en Cristo Jesús*, que está en él, cuya vida él es y a la que asegura el triunfo final. Según otros, hay que traducir: "en la iglesia, *por* Cristo Jesús". — Es también por Cristo como se da gloria a Dios en la iglesia.—Esta gloria será eterna, sobre la tierra mientras haya hombres, y en el cielo. Trad. liter.: *En todas las generaciones de la edad de las edades*, es decir de la edad más remota, en otros términos: eternamente.—*Amén*, verdad, realidad inmutable.

CAPITULO IV.

I. *Pablo exhorta a sus lectores a conservar cuidadosamente la unidad del Espíritu y expone el fundamento y los caracteres de esa unidad, 1-16.* — II. *Recordando, como motivo de una vida santa, el hecho de su regeneración, los induce a no conducirse más como lo hacían en el paganismo, 17-32.*

I. 1-16. LA UNIDAD DEL ESPÍRITU EN LA VARIEDAD DE LOS DONES. — 1º Exhortación a conducirse de una manera digna de la vocación cristiana y a conservar la unidad del Espíritu. (1-3). — 2º El fundamento de esta unidad, representada por la idea del cuerpo, es la identidad de la fe que es para todos la misma en sus objetos y su naturaleza. (4-6). — 3º Esta unidad se manifiesta: *a)* en la diversidad del don de la gracia que el Señor distribuye a cada uno según su medida, después de haber ascendido a la gloria donde abrió la fuente de aquélla. (7-10). — *b)* en la diversidad de los cargos que Cristo da a ciertos hombres, a fin de que por su acción todos lleguen a la unidad de la fe y del conocimiento, a la perfecta estatura de Cristo, y de que la iglesia no esté ya flotando a todo viento de doctrina, sino que, por la verdad y el amor, crezca, como un cuerpo bien organizado, hasta su perfección. (11-16).

1 Os exhorto pues[1], yo, el prisionero en el Señor[2], a andar
2 como es digno de la vocación a que habéis sido llamados[3], con

1. Con estas palabras pasa el apóstol a la parte moral de su epístola. Este *pues* indica aquí, como en Rom. 12::1, una conclusión de inmensa importancia y de indispensable necesidad: que la doctrina cristiana, aceptada por el corazón, debe producir todos sus frutos en la práctica de la vida. Esta consecuencia es natural, emana de su principio así como el fruto proviene del árbol que lo produce; sin embargo, como la verdad no desarrolla la santidad más que a través de continuos combates, de incesantes tentaciones, como el hombre es fácilmente inconsecuente cuando se trata de renunciar a sí mismo y a sus inclinaciones, el apóstol no desdeña precisar, hasta en los menores detalles, los resultados morales de la doctrina que él anuncia. Lo hace en los tres últimos capítulos de nuestra epístola.

2. *Prisionero en el Señor,* es decir por consagración a él y a su causa en una comunión de amor y de padecimientos con él. Aquí, como en 3:1, el apóstol emplea esa palabra con el artículo: *el* prisionero, a fin de dar a entender que tiene derecho a ese título doloroso en un sentido especial, que él es por excelencia "el prisionero en el Señor". Recordando así por segunda vez su cautividad, quiere

toda humildad y mansedumbre, con longanimidad, soportándoos
3 unos a otros en amor[4], siendo diligentes en guardar la unidad
del Espíritu en el vínculo de la paz[5]: un solo cuerpo y un solo
4 Espíritu, conforme también habéis sido llamados en una sola es-
5 peranza de vuestra vocación; un solo Señor, una sola fe, un solo

sin duda inspirar a sus lectores, por el pensamiento de sus duros sacrificios, el ánimo de soportar, también ellos, los renunciamientos de la vida cristiana. Mas principalmente sufrir para su Señor dará siempre a un siervo de Jesucristo un nuevo grado de autoridad cuando exhorte a sus hermanos. (3:1, nota).

3. La *vocación* o el llamamiento de Dios por el evangelio, no tiene otro objeto que llevar al hombre a la santidad. *Andar* o conducirse de un modo digno de esa vocación, es, para el cristiano, realizar en su vida esa intención de Dios. (1 Tes. 2:12; 2 Tes. 1:11; comp. Fil. 1:27; Col. 1: 10; 2 Tim. 1:9).

4. El *amor,* un amor íntimo y verdadero al Señor y a sus redimidos, es lo único que puede producir, en nuestras relaciones con estos últimos, la *humildad,* la *mansedumbre,* la *paciencia,* la *tolerancia.* (Comp. Col. 3: 12-14). "Soportar los defectos del prójimo por insensibilidad, por mansedumbre de temperamento, por complacencia humana, por honestidad del mundo, por hipocresía de fariseo, nada tan común; hacerlo por una caridad verdadera y bien cristiana, nada más raro". *Quesnel.*

5. La *unidad del Espíritu* no es la del espíritu humano, como lo entienden Calvino y otros, sino la creada por el Espíritu de Dios (v. 4), obrando en los cristianos por una misma fe, una misma esperanza, un mismo amor. (Rom. 5:5). Tal es el *vínculo de la paz;* es ese amor que es llamado en otra parte "el vínculo de la perfección". (Col. 3:14, 15). La paz establece un vínculo entre los que la poseen, y constituyen la unidad. Mas, aunque esa unidad sea así una obra de Dios, todo fiel puede contribuír a aumentarla o a destruírla, según obre por amor o se entregue a su sentido carnal, al egoísmo, al orgullo. De ahí la exhortación. Esta unidad es espiritual; obra del Espíritu, reposa sobre los grandes bienes celestiales que todos los creyentes tienen en común, y que el apóstol va a exponer en los versículos siguientes. No es pues una uniformidad externa y material, que a menudo oculta en su seno, con la esclavitud de las conciencias, las más profundas divisiones; ella puede, al contrario, existir, y existe en efecto entre cristianos que, exteriormente, están ligados a instituciones diversas; ella no excluye, pues, ni la diversidad, ni la libertad. Sin embargo, donde ella reina verdaderamente por dentro, deberá, por su naturaleza misma, tender siempre a manifestarse por fuera. Es necesario que la iglesia de Jesucristo, una en su naturaleza espiritual, se esfuerce en hacerse una en todas las cosas; el Espíritu debe crear su cuerpo (v. 4): es el objeto que la exhortación del apóstol pone ante nuestros ojos. No podríamos atribuír demasiado valor a esta unidad en el amor fraternal. Como observa Ad. Monod, "el lugar solo que le da aquí el apóstol basta para mostrarnos su importancia. ¿Quién de

6 bautismo; un solo Dios y Padre de todos, que es sobre todos y
entre todos y en todos [6].

nosotros, queriendo exponer las obligaciones morales del creyente, habría soñado en empezar por la unidad del Espíritu?... Por ella también empieza Pablo sus exhortaciones a los Filipenses (2:1 y sig.) y a los Corintios (1 Cor. 1:10 y sig.). Por esto, lo que es aun más decisivo, por este mismo lugar empezó el Espíritu Santo, cuando quiso dar al mundo el espectáculo de una iglesia cristiana". (Actos 2:42-47; 4:32-35).

6. ¡Hé ahí lo que constituye la eterna unidad de los redimidos del Salvador! El apóstol no hace más que nombrar estos grandes objetos de la fe, cada uno de los cuales es *uno*, indivisible, fundando la unidad de todos los que de él participan, y no juzga necesario añadir ninguna explicación, ni ninguna reflexión. *Un solo cuerpo* recuerda lo que ha enseñado ya (2:15, 16); esta hermosa figura le sirve frecuentemente para describir la iglesia en sus relaciones con Cristo. (Rom. 12:5; 1 Cor. 10:17, 12:12-30). *Un solo Espíritu* (no el espíritu del hombre, o el espíritu cristiano, como lo quiere otra vez Calvino, sino el Espíritu de Dios), vínculo omnipotente, vivo e íntimo, que une necesariamente a todos los que él penetra, conduce y santifica. Una sola *esperanza* de la misma *vocación* para el reino de Dios: ¿cómo estarían divididos los que deben pasar la eternidad en el mismo elemento de vida y de amor? *Un solo Señor*, el mismo Amo al cual todos obedecen: "¿Está dividido Cristo?" (1 Co.. 1:13). Una sola *fe* considerada, no en su objeto, puesto que todo lo que nosotros creemos ya está enunciado aquí, sino en su naturaleza íntima, produciendo en todos los mismos sentimientos, la misma vida cristiana. *Un solo bautismo*, nombrado aquí sin duda porque es el símbolo común de la introducción de todos en la iglesia, el signo exterior de la regeneración por el Espíritu Santo, la cual nos hace *uno* con Cristo y con sus miembros. Por último, y sobre todo, *un solo Dios y Padre* cuyo amor eterno, derramado en el corazón de sus hijos, hace de todos ellos hermanos, en el sentido más real y más íntimo de la palabra: ¡qué unidad! Y este Dios tres veces santo, cuya acción para la renovación del hombre pecador recueda incesantemente esta epístola, se revela así a nosotros como Aquel *que está sobre todos* por su potencia y su gracia infinita; *entre todos*, en su Hijo amado, que le ha puesto nuevamente en comunión con nosotros; *en todos nosotros*, por su Espíritu que habita dentro de nosotros. (Comp. Rom. 11:36; 1 Cor. 8:6; 12:4-6; 2 Cor. 13:13). —Excelentes intérpretes rehusan ver en estas últimas palabras la expresión de una relación trinitaria de Dios con el hombre, y las aplican únicamente a la presencia y a la acción de Dios el Padre. "Dios por el Espíritu de santificación se extiende hacia todos los miembros de la iglesia y comprende a todos bajo su dominio, y habita en todos". *Calvino* En favor de esta explicación se puede observar que la preposición que traducimos por *entre*, no tiene el sentido local de *en medio de*, sino que expresa más bien la penetración de todos por el Espíritu de Dios, la acción divina atravesando todos los corazones, mientras que el tercer término

7 Mas a cada uno de nosotros ha sido dada la gracia según la
8 medida del don de Cristo [7]. Por tanto dice [8]: "Subiendo a lo alto
9 cautivó la cautividad y dió dones a los hombres [9]". Y el "subió"

expresa la habitación de Dios en todos. No hay pues repetición ociosa en el empleo de estas preposiciones diversas.

7. Según él encuentra bueno *medirla* a cada uno (1 Cor. 12:11). "La *diversidad* de las gracias y de los dones en las iglesias contribuye a su *unidad*. Lo que regula la distribución no es el mérito, sino la voluntad de Dios y el designio que tiene Jesucristo sobre cada miembro de su cuerpo, para emplearle en lo que le agradare. El deber y el bien de cada uno es estar contento con su *medida*, no elevarse, dejarse aplicar, recibir sin vanidad y comunicar sin envidia lo que es dado por el Jefe". *Quesnel.* —El *don de Cristo*, es lo que él da de esa *gracia* cuyo dispensador es él.

8. Gr. "Dice"; se puede sobrentender ora la escritura, ora David, o Dios por boca de David, (Sal. 68:19; comp. 2 Cor. 6:16).

9. El apóstol, después de haber indicado el fundamento de la unidad de la verdadera iglesia de Dios (4-6), quiere mostrar que esta unidad no es la uniformidad; que ella se manifiesta en la variedad de los *dones* acordados a cada uno y que esos dones de la gracia, distribuídos "según la medida del don de Cristo" (v. 7), lejos de destruír la unidad por su diversidad, no hacen sino hacerla más cierta y más completa. (Vers. 11-16). Mas antes de llegar a esta demostración, va a decir de paso cuál es la fuente de esos dones, y cómo Cristo nos los adquirió por su obra entera, ora por su humillación, ora por su vuelta a la gloria. "Antes de llamar nuestra atención sobre la *distribución* de las gracias, la fija primero un momento sobre el *distribuyente*". *A. Monod.* (Vers. 8-10). Todo esto es muy claro y completamente conforme con las enseñanzas de la escritura. Los dones del Espíritu Santo no podían ser dispensados a la iglesia más que *después* de la realización de la redención y de la glorificación de Jesucristo. (Véase entre otros pasajes, Juan 7:39, nota; 14:12; 14:7, nota; Actos 2:33). Mas el apóstol expresa ese pensamiento en las palabras de un salmo, y no cita esas palabras literalmente; parece desviarlas de su sentido original a fin de adaptarlas a su objeto. De ahí, gran apuro de los intérpretes, viendo unos en ellas una citación falsa de la escritura, los otros haciendo esfuerzos para poner de acuerdo el texto y la citación. Se ha reprochado a Pablo el pensamiento y los términos, el fondo y la forma. El pensamiento, porque, se dice, en el Salmo 68, no se trata de Cristo, ni de su obra, ni de sus dones. El salmista canta los triunfos de Dios que obra las liberaciones de su pueblo desde la salida de Egipto hasta el establecimiento de su reino visible en Sión, luego añade (v. 19) literalmente: "Subiste a lo alto, llevaste cautiva la cautividad (los cautivos), recibiste dones en los hombres (o para los hombres y aun los rebeldes), a fin de que allí habite Dios, el Eterno". El Dios revelado personalmente a su pueblo en el antiguo pacto, el Dios que andaba con ese pueblo, que triunfaba por él de todos sus adversarios, que reducía éstos bajo su dominio, que recibía los despojos y los tributos, ese Dios es, según todas las

¿qué es si no que también bajó a las partes inferiores de la tie-
10 rra[10]? El que bajó, él mismo es también el que subió por encima

enseñanzas de la escritura, la Palabra eterna, el Angel del pacto, el Hijo de Dios. (Comp. Juan 1:1, nota). Además, todos los hechos de la historia del reino de Dios en el A. T. son, a los ojos de los escritores del N. T., otros tantos símbolos proféticos de ese mismo reino de Dios realizado por el Redentor. Aplicar a Jesucristo, a su triunfo sobre los enemigos espirituales de su pueblo, el pensamiento del salmista, era, de parte del apóstol, quedar perfectamente en el sentido de la palabra bíblica y mostrar su completa realización. ¿Mas la diferencia en los términos? ¿mas el *recibir* del profeta, transformado en *dar* por el apóstol? Para no hacer violencia a ninguno de los dos textos, hay que dejarlos decir lo que dicen. Es de toda evidencia que el apóstol no ha entendido citar aquí literalmente, como lo prueba ya la tercera persona: *él* subió, puesta en lugar de la segunda: *tú* subiste. Pablo expresa su pensamiento en los términos de la escritura, porque ese acercamiento le importaba, pero lo expresa con esa entera libertad de que da en otras partes tantos ejemplos. Lo que importa es su pensamiento, que es perfectamente verdadero, y no la forma que le ha dado por una alusión libre a las palabras del salmo. Nada menos verdadero, al contrario, que los esfuerzos exegéticos por los cuales se quiere establecer una armonía literal entre el texto y la citación.— La palabra *cautividad* es un hebraísmo que significa *los cautivos*. ¿Quiénes son esos cautivos? En el salmo, se trata de enemigos del pueblo de Dios reducidos a servidumbre; en la aplicación que hace el apóstol, se trata de los enemigos de Cristo y de su reino, vencidos por su resurrección y su vuelta a la gloria. (Comp. Col. 2:15). Otros entienden por esos cautivos hombres vencidos por la potencia de Cristo y voluntariamente sometidos a su reino. Es posible, pero este sentido no está en el texto.

10. El texto recibido tiene aquí, contra las mejores autoridades: "si no que *antes* había descendido a las partes más bajas de la tierra".— Puesto que *subió*, quiere decir Pablo, eso significa que primero *había bajado* hasta esta tierra perdida en las tinieblas, a fin de realizar en ella su obra de liberación. Nosotros pensamos que se trata simplemente de la venida del Hijo de Dios a la tierra. Muchos exégetas antiguos y modernos ven aquí una mención de un descenso de Cristo a la mansión de los muertos. Se basan sobre todo en el hecho de que el apóstol emplea el comparativo: "las partes *más bajas de* (o *que*) la tierra" y en la conclusión: *a fin de llenar todas las cosas*. La escala de los seres cuenta tres gradas: el cielo, la tierra, la mansión de los muertos. Cristo debe reinar en los tres dominios, para llenar todas las cosas, "a fin de que en el nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, sobre la tierra y bajo la tierra". (Fil. 2:10). Según la concepción del Ant. Test. que Pablo adopta, la mansión de los muertos está situada "en las profundidades de la tierra". (Sal. 63:10; Ezeq.31:16; 32:18, 24; Isa. 14:15). Aunque reconociendo la fuerza de esos argumentos, nos atenemos a la primera

11 de todos los cielos para llenar todo[11]. Y él mismo dió a unos
por apóstoles, a otros por profetas, a otros por evangelistas, a
12 otros por pastores y maestros[12], para el perfeccionamiento de los

interpretación, que nos parece cuadrar mejor con el razonamiento del apóstol. Puede en efecto inferir de la ascensión de Cristo su venida precedente a la tierra, pero no su descenso a la mansión de los muertos. Esta última idea no es claramente expresada en nuestro pasaje.

11. Por estas últimas palabras, el apóstol insiste aún en el pensamiento de que el regreso de Cristo a la gloria eterna era la condición y el medio de *llenar todas las cosas* (cap. 1:20-23) por su omnipotencia, por su omnipresencia, por su dominio soberano y por la riqueza de los dones cuyo derecho de distribución a su iglesia se había adquirido. (Vers. 11). Al mismo tiempo, hay en estas palabras, lo mismo que en el versículo precedente, el pensamiento de la preexistencia de Cristo, de su gloria eterna, que había dejado para *bajar*, humillarse, y a la cual ha *vuelto*. Desde allí tiene la potencia de distribuír a los hombres todos los dones del Espíritu. (Vers. 11).—Esta expresión: "por sobre *todos los cielos*", designa la elevación suprema del Hijo de Dios, como 1:20-23. (Comp. Hebr. 7:26, y sobre la idea de una pluralidad de cielos, 2 Cor. 12:2-4, notas).

12. Estas palabras: *y él mismo dió*, remiten el pensamiento a los v. 7 y 8 y se ligan inmediatamente al v. 10. Mas, según estos versículos, se esperaba ver al apóstol enumerar dones diversos *(jarísmata)*, y en lugar de eso, designa aquí hombres y cargos en la iglesia. Es que, en efecto, *él mismo* (Cristo) *da* al mismo tiempo los cargos que él instituye, los hombres capaces de desempeñarlos, y los dones de su Espíritu, sin los cuales todo el resto no es nada. Los *apóstoles*, los enviados inmediatos de Jesucristo, sus testigos auténticos, están antes de todos los demás; reunen en sí al mismo tiempo todos estos cargos, y la enseñanza de todos los otros debe ser juzgada según el testimonio apostólico, aun la de los profetas. (1 Cor. 14:37). Los *profetas*, más bien que investidos de un cargo permanente, eran depositarios de un don, que consistía en hablar de las cosas de Dios por revelación o por lo menos bajo una influencia potente del Espíritu de Dios, que ponía momentáneamente al profeta muy por encima de su estado espiritual ordinario. (Véase 1 Cor. 12:10 y cap. 14). Los *evangelistas*, como este nombre lo indica, estaban encargados de anunciar de lugar en lugar la buena nueva; eran a menudo colaboradores de los apóstoles, como Timoteo y Tito. Los *maestros* tenían el don especial y el cargo de la enseñanza. Los *pastores*, por último, llamados por otro nombre *ancianos*, o *inspectores* (obispos), debían *apacentar*, nutrir, dirigir los rebaños. Es necesario observar sin embargo que Pablo reune los dos últimos títulos *pastores y maestros* (sin artículo), porque, en su pensamiento y en los hechos, todo pastor debía ser al mismo tiempo capaz de enseñar. (1 Tim. 3:2; Tito 1:9).—Estos cargos y estos dones no eran de tal modo distintos que el Señor, perfectamente libre de dispensarlos como quiere, no haya encontrado bueno reunir a menudo varios en el mismo hombre, ni de tal modo permanentes que se pue-

santos para la obra del ministerio, para edificación del cuerpo de
13 Cristo [13], hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del
conocimiento del Hijo de Dios, a un hombre hecho, a la medida
14 de la estatura de la plenitud de Cristo [14], para que no seamos ya

da, sin invadir los derechos de Dios, pretender estereotiparlos en la iglesia. Por otra parte, es seguramente una institución muy defectuosa la que ha terminado por absorber todos esos empleos en uno solo, ¡el pastorado moderno!

13. Tal es el objeto por el cual Cristo dió los apóstoles, los profetas, etc. Este versículo, muy sencillo en sí mismo, es imposible traducirlo literalmente, a causa de la diferencia de preposiciones de que se sirve el apóstol, y que, a falta de otra mejor, traducimos cada vez por *para*, lo que da la idea de tres frases coordinadas, de tres propósitos paralelos asignados a los dones que el apóstol enumera en el v. 11; así esos dones tendrían por fines: 1º el *perfeccionamiento* (o restablecimiento) *de los santos;* 2º la *obra del servicio;* 3º la *edificación del cuerpo de Cristo*, el todo obrado únicamente por los hombres enumerados en el v. 11. Tal es, en efecto, según la mayor parte de los intérpretes, el sentido de este versículo. Considerando más de cerca, se convencerá uno fácilmente de que es eso un error. Sólo el primer *para* se refiere directamente a los cargos indicados en el v. 11; el gran propósito de éstos es el de restablecer, perfeccionar los santos por todos esos dones del Espíritu de Dios. Son los santos mismos, es decir todos los cristianos, los que son así restablecidos *para* (preposición griega diferente) *la obra del ministerio* (Gr. *diaconía)*, es decir para la acción de caridad, de abnegación impuesta a todo discípulo de Cristo, según el gran principio del sacerdocio universal. Entonces, y por ello solamente, puede ser alcanzado el tercer propósito: la *edificación del cuerpo de Cristo*, entero, desarrollándose, creciendo, haciéndose *uno* por esta santa comunión de acción y de amor. Este sentido es el único que responde a otras enseñanzas tales como 1 Cor. 12:4-7. Por otra parte, se encuentra desarrollado aquí mismo. (Vers. 16). De ahí, para todo cristiano, lo mismo que para todo ministro de la palabra de Dios, la obligación sagrada de concurrir según su medida a este gran designio de Dios, pues todo discípulo de Jesucristo es un misionero. Mas eso no debe hacerle descuidar en nada los deberes más ordinarios de su vocación terrestre.—Apenas es necesario observar que esta enseñanza del apóstol no excluye los cargos especiales confiados por la iglesia a tales o cuales de sus miembros para la obra del servicio o del ministerio.

14. La palabra traducida por *estatura* significa también *edad*, mas aquí el sentido es el mismo.—La *unidad de la fe* en la cual todos deben al fin *encontrarse*, esta unidad creada por el Espíritu de Dios, y de la que el apóstol ha hablado en el versículo 3, tal es el objeto de los dones, de los cargos y de la acción cristiana que acaba de recordar. (Vers. 11 y 12). Allí (v. 3), declara que ella existe; aquí, la pone como una meta a alcanzar; ¿hay contradicción? La experiencia responde: no. Todos los verdaderos creyentes tienen la unidad de la fe en las grandes verdades de la salvación, y todos sin embargo marchan hacia una unidad más perfecta en las cosas en que difieren aún. ¿Cómo la alcanzarán? Por un *conocimiento* (más perfecto) *del Hijo de Dios*, que es el grande, el único objeto de la fe. En efecto, lo que constituye nuestras diferencias en la fe no es la *naturaleza* de esta última, sino su *objeto*, conocido en grados muy diversos. Los progresos en este conocimiento y en la influencia santificadora que ejerce sobre los verdaderos cristianos, los unen cada vez más íntimamente a Cristo, cuyos miembros son, y por ello adelantan hacia la *medida de la estatura de Cristo*, siendo de más en más transformados a su semejanza, Cristo mismo creciendo en ellos. (Vers. 15). El último objeto en fin será su *plenitud* en todos. Esta palabra se encuentra ya en cap. 1:23, y en el mismo sentido. (Comp. también 3:19). La iglesia en su comunión, será la plena manifestación de la gloria de Cristo, de su vida, de sus perfecciones. Hé ahí el término al que debe tender, y serán la perfección de la unidad.—La cuestión de saber si este objeto es asignado a la iglesia sobre la tierra o solamente en el cielo, debe ser resuelta, sin duda alguna, en el primer sentido. La palabra *fe* que caracteriza esta unidad no podría aplicarse a la economía futura; y por otra parte la escritura se guarda muy bien de aplazar nuestros progresos indefinidamente; a todos respectos, se contenta con decirnos: *¡Tended* a la perfección! y aun agrega "Vuestro trabajo no será vano ante el Señor . (1 Cor. 15:58). Por esto el apóstol, en las palabras que siguen, hace su exhortación completamente *actual*, mostrando su aplicación y los medios de ponerla en práctica.

niños [15], agitados y llevados por todas partes por todo viento de
enseñanza en el engaño de los hombres, en su astucia cuanto al
15 artificio del error [16], mas, siendo verdaderos en amor ,crezcamos
16 en todo hasta él, que es la cabeza, Cristo [17], del cual todo el cuer-

15. Por oposición a hombres hechos. (Vers. 13; comp. 1 Cor. 3:1; 14:20).

16. La conjunción *porque* se refiere al pensamiento de los v. 11 y 12. Pablo expone primero lo que *impide* los progresos hacia la unidad perfecta (v. 14); luego, en los dos versículos que siguen, indica los medios positivos de realizar esos progresos. Permanecer *niños* en la fe y el conocimiento, y entonces *fluctuar a todo viento de doctrina*, como una nave sin gobernalle, hé ahí el principal impedimento a la unidad, y la experiencia confirma abundantemente el juicio del apóstol. (Comp. Hebr. 13:9; Jac. 1:6). Mas esas falsas doctrinas no son jamás errores puramente intelectuales y, por consiguiente, inocentes. La escritura nos muestra siempre en ellas una tendencia moral, un fruto de la corrupción del corazón. (Comp. 2 Cor. 4:3, 4). Así el apóstol las atribuye aquí al *engaño de los hombres* (la voz griega expresa el engaño de un hombre que juega con dados falsificados, que hace trampa en el juego), y a su *estucia* que es conforme a los *artificios*, a las sendas desviadas *del error*.

17. Doble contraste con el versículo precedente: *seguir la verdad* (o *ser verdadero)* es opuesto al engaño de los hombes, a su astucia, y *crecer de todas maneras*, o *en todo*, es opuesto a ser y permanecer niños.—La *verdad* y el *amor* son los dos elementos cons-

po, bien ajustado y unido por toda juntura de la provisión según la operación de cada parte en su medida, produce el crecimiento del cuerpo para su edificación en amor[18].

II. 17-32. LOS CRISTIANOS NO DEBEN CONDUCIRSE YA COMO LOS PAGANOS; DEBEN VIVIR UNA VIDA NUEVA Y SANTA. — 1º El apóstol vuelve a su exhortación y atesta en el Señor que sus lectores no pueden vivir más como los paganos que están en las tinieblas, extraños a la vida de Dios, dados a los vicios más groseros. (17-19). — 2º Por qué no lo pueden ya: conocen a Cristo, y han aprendido de él a despojarse del viejo hombre, a ser renovados en todo su ser moral para ser revestidos del hombre nuevo, creado a la imagen de Dios. (20-24). — 3º Frutos de esta renovación: no más mentira, sino la verdad siempre; no más pecado por la ira; no más hurto, sino el trabajo que permite acudir en socorro de los necesitados; no más torpes palabras, sino discursos que edifican, en lugar de entristecer al Espíritu de Dios; no más amargura ni odio, sino la compasión, la tolerancia, el perdón. (25-32).

17 Esto pues digo y conjuro en el Señor[19]: que no andéis más
conforme también los gentiles andan en la vanidad de su enten-

titutivos de la vida cristiana; el uno sin el otro es necesariamente falso; reunidos, desarrollan el crecimiento HACIA *él, que es el Jefe, Jesucristo.* Tales son las expresiones del original, que recuerdan el objeto propuesto en el v. 13. (Véase la nota).— Otros traducen: "a fin de que, diciendo o profesando *la verdad,* crezcamos *en el amor,* de todas maneras, hacia él... La versión ordinaria nos parece preferible. El verbo griego, compuesto de la voz misma *verdad,* no la supone solamente en *palabras,* sino en *acciones.*

18. Comp. Col. 2:19. Traducción literal. Es éste el desarrollo completo y práctico de la figura que a Pablo agrada (2: 15, 16), que tenía ya en el pensamiento al escribir los dos versículos precedentes (13, 14), y según la cual la iglesia es considerada como un *cuerpo organizado,* el cuerpo de Cristo. Lo que deduce aquí de esta hermosa figura puede resumirse en los pensamientos siguientes: 1º Todo, en ese *cuerpo,* es dirigido por el *Jefe* (v. 15), Cristo, como en el cuerpo humano por la *cabeza.* (No hay que olvidar que, en el francés antiguo, la voz *jefe* significa *cabeza).* 2º Ese cuerpo es tan artísticamente coordinado y orgánicamente unido como el cuerpo humano. 3º Lo que constituye el *vínculo* de los diversos *miembros,* es su cooperación o *provisión* mutua, proveyendo cada uno su parte a la vida del conjunto, y esto según su fuerza, su eficacia, y en la medida que le es propia, de modo que la armonía de todo el cuerpo sea conservada. Según otros, la palabra que traducimos por "provisión", que significa también "largueza", designaría la largueza de Cristo, sus dones a la iglesia (v. 11) que son la *conexión,* las *junturas* del cuerpo. 4º De este modo el cuerpo *crece* (Gr. "opera el crecimiento del cuerpo") *para su propia edificación.* 5º Lo que constituye su alma y su vida, es el *amor,* proviniendo de Cristo como todo lo demás, y aumentándose por la ayuda misma que mutuamente se prestan todos los miembros.

18 dimiento, entenebrecidos en su mente, extraños a la vida de Dios
por causa de la ignorancia que en ellos hay, por causa del endu-
19 recimiento de su corazón[20], los cuales, siendo insensibles, se en-
tregaron a la disolución para cometer toda impureza con avi-
20 dez[21]. Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo, si por lo
21 menos le habéis oído y en él habéis sido enseñados conforme hay
22 verdad en Jesús: que depongáis, cuanto a la anterior conducta, el
viejo hombre que se corrompe según las concupiscencias del en-
23 gaño, y que seáis renovados en el espíritu de vuestro entendi-
miento, y que os vistáis del nuevo hombre, creado según Dios, en
24 justicia y santidad de la verdad[22].

19. Este *pues* reanuda evidentemente el pensamiento del v. 1 y la exhortación a una conducta cristiana, interrumpida por la digresión de los v. 4-16.—Pablo no *dice* solamente lo que va a seguir por su propia autoridad, sino que los *conjura* (véase 1 Tim. 5:21) *en el Señor,* en su nombre y en una comunión de verdad con él.

20. Exhortando ahora a sus hermanos a *no conducirse más como los paganos,* el apóstol describe el estado moral de estos últimos. Este pasaje es clásico como descripción del hombre absolutamente privado de la revelación de Dios. Lo que hay de más elevado en él, sus facultades intelectuales (el *entendimiento,* v. 17, la *mente,* v. 18), han caído en la *vanidad,* es decir el vacío, la nada, y en las *tinieblas.* (Comp. Rom. 1:21; 8:20). Esto proviene de que los paganos se han hecho *extraños a la vida de Dios,* a esa vida verdadera cuya única fuente es Dios, y sin la cual el hombre queda en la muerte. Es éste el ateísmo práctico de que el apóstol ha hablado más arriba (2: 12) y que es el efecto del pecado. Por último, Pablo indica dos causas de este estado: la *ignorancia,* pero una ignorancia que tiene a su vez una causa moral: el *endurecimiento del corazón.* El corazón es el asiento de los afectos y del sentido moral, de modo que estas facultades morales participan del mismo decaimiento que las facultades intelectuales. De ahí las palabras que siguen (v. 19): *siendo insensibles, habiendo perdido todo sentimiento* de remordimiento o de vergüenza, y de ahí también las consecuencias necesarias en la vida práctica.

21. Gr. "con avidez". Es la misma palabra que expresa en otras partes la *avaricia* y que, aquí, describe quizás la insaciabilidad de los deseos sensuales. (Comp. Rom. 1:24, nota). —Pero excelentes intérpretes quieren que se deje aquí a esa palabra su sentido de *avaricia,* en vista de que jamás tiene otro en el Nuevo Testamento, y observan que la impureza y la avaricia son los dos vicios principales del paganismo, de que Pablo recomienda a los cristianos guardarse. (Comp. 5:3).

22. Estos versículos 20-24 forman una sola frase inseparable en su con-

25 Por tanto, deponiendo la mentira, hablad verdad cada uno
26 con su prójimo, pues somos miembros unos de otros[23]. "Airaos

junto. El apóstol opone aquí a la vida sin Dios del paganismo la vida renovada por la regeneración en Cristo. Cristo mismo es el modelo, el ideal, tanto como la fuente de esta vida nueva. *A él* hay que *aprender*. "*Aprender a Cristo* es una locución notable... No se debe decir, con la mayor parte de los comentadores antiguos y modernos, que Cristo es puesto aquí por la doctrina de Cristo, sino que hay que aprender de este lenguaje que la verdadera fe nos hace entrar en comunión real y personal con el Señor. Es lo que hace la diferencia entre la ortodoxia y la vida. El predicador ortodoxo predica la doctrina de Cristo y el oyente ortodoxo aprende y recibe la doctrina de Cristo; el predicador que tiene la vida predica a Cristo (2 Cor. 4:5) y el oyente que tiene la vida aprende a Cristo y recibe a Cristo". *A. Monod.* Haber así *aprendido a Cristo*, haberle *escuchado*, haber sido *instruído en él*, haberse penetrado de la perfecta *verdad* moral *que es en él*, todo ello es considerado por el apóstol como algo tan íntimo, tan real, tan vivo, que el resultado es *despojarse del viejo hombre* y *vestirse del hombre nuevo.* De estos dos hombres, el primero pertenece a la *conducta anterior* en el paganismo; es el que Pablo declara nuevamente (v. 22) que *se corrompe* cada vez más *según las concupiscencias del engaño o del error.* Esas concupiscencias son nombradas así, no solamente porque seducen, sino porque *engañan* en todas sus promesas; prometen la dicha y producen la miseria; ponen al hombre en desacuerdo con Dios, con su destino, consigo mismo, y hacen así de él, de su naturaleza entera, una viva mentira. El *nuevo hombre* se vuelve tal por su unión con Cristo ante todo (v. 20, 21), luego por la *renovación* que resulta *en el espíritu de vuestro entendimiento* (v. 23), en todo lo que hay de más espiritual y de más íntimo en vuestro sér moral. (Véase, sobre la relación de estas dos facultades, el espíritu y el entendimiento, 1 Cor. 14:14, nota). Y en esta obra, Pablo ve nada menos que una *creación* (2 Cor. 5:17) *segun Dios*, o a la imagen de Dios (v. 24; comp. Col. 3:10), es decir una restauración de aquella imagen divína (Gén. 1:26, 27) que había sido borrada y manchada por el pecado. Sus caracteres principales son la *justicia* y la *santidad*.—Se traduce ordinariamente: *justicia y santidad verdaderas* (admitiendo un hebraísmo), mas el griego dice: *justicia y santidad de la verdad.* Pablo quiere decir que son restablecidas en el hombre por la verdad divina, que son un producto de esta verdad que es en Jesús (v. 21), como las concupiscencias son un producto del error. (Vers. 22).

23. El precepto: "Habla verdad cada uno con su prójimo", es tomado de Zac. 8:16.—Esta exhortación a la práctica de la *verdad* en la conversación se funda en lo que el apóstol acaba de enseñar (v. 20-24) relativamente a la regeneración "por la verdad que es en Jesús" (comp. Col. 3: 10), lo mismo que en la santa unión que existe entre los fieles, *miembros los unos de los otros.* (Comp. v. 16). Es así como cada punto especial de la moral cristiana, cada deber, tiene sus motivos y sus raíces en las profundidades de la doctrina de que es inseparable.

24. En lugar del giro dubitativo de esta citación (Sal. 4, 5), permitido por el griego y el hebreo: *si os airáis*, algunos intérpretes admiten literalmente el doble imperativo del original: "Airaos y no pequéis". Hay, dicen, una *ira* justa y santa, que es lícita, con tal que, al experimentarla, se cuide uno de *pecar*. Mas, puesto que aun esa ira es tan vecina del pecado, ¿cómo podría el apóstol *ordenarla?* Si es laudable, ¿por qué debe ella pasar antes de la *puesta del sol*, es decir calmarse pronto? ¿Por qué emplea el apóstol, al final del versículo, otra palabra *(exasperación)* que evidentemente supone pasión en ese movimiento del alma? ¿Por qué prohibe, luego después, *toda ira?* (Vers. 31; comp. Col. 3:8). ¿Por qué, en fin, nos muestra en la ira una tentación diabólica que está a la puerta? (Vers. 27). Hay que dejar pues a este imperativo, como lo han hecho la mayor parte de los comentarios griegos, el sentido que se presenta frecuentemente cuando dos imperativos se siguen en la misma frase.—El apóstol ha citado exactamente la versión griega de los Setenta. El hebreo tiene: *"temblad* y no pequéis". Mas esa palabra significa también la emoción de la ira. Es la exégesis quien debe fijar su sentido en el salmo.

y no pequéis"; no se ponga el sol sobre vuestra exasperación[24],
27 ni deis lugar al diablo[25]. El que hurtaba no hurte más, sino
28 más bien trabaje obrando el bien con sus propias manos, para que
29 tenga de qué comunicar al que tiene necesidad[26]. Ninguna pala-
bra corrupta salga de vuestra boca, sino la buena para edificación
30 según la necesidad, para que dé gracia a los que oyen[27]. Y no
entristezcáis al Espíritu Santo de Dios por el que fuisteis sellados

25. Por la ira (v. 26): "No le *déis lugar* (Gr.) de tentaros, de arrastraos al pecado por la pasión". (2 Cor. 2:11).

26. Excelente manera de observar el octavo mandamiento comprendido en su sentido positivo: *dar*, en lugar de *hurtar*.

27. El epíteto aquí traducido por "palabra *corrupta*" significa propiamente lo podrido. Se trata así de todo discurso que lleva en sí la corrupción del pecado, sea cual fuere el tema. A eso el apóstol opone, como deber del cristiano, palabras, que puedan servir a la *edificación* (comp. sobre el sentido de esta palabra, Rom. 15:2, nota) y *comunique* alguna *gracia* nueva a los que las escuchan. Según otros exégetas, esas palabras deben tener por objeto ser agradables a los que las escuchan o *acordarles un beneficio.* Este sentido es gramaticalmente posible; mas, puesto que, en el pensamiento del apóstol, esas palabras dében servir a la *edificación*, eso no puede ser sino entendiendo esa palabra *gracia* en su sentido religioso habitual. "Uno de los principales puntos de la piedad, y de los más necesarios, es el velar sobre su lengua; de hacer cristianas las conversaciones; de llenarlas de discursos útiles, proporcionados al alcance y a las necesidades del prójimo; de mantener en ellas el partido de la piedad con prudencia y sin desagradar". *Quesnel.*

31 para el día de la redención[28]. Toda amargura, y furor, e ira, y
clamor, y calumnia sean quitados de vosotros, con toda malicia,
32 y haceos unos para con otros benignos, tiernos, perdonándoos
entre vosotros conforme también Dios en Cristo os perdonó[29].

28. La conexión entre los versículos 29 y 30 se encuentra en esas "palabras corruptas" por las cuales se puede *entristecer el Santo Espíritu de Dios.*—Los que retroceden siempre en presencia del profundo y vivo realismo de la escritura y no tienen por verdaderos los pensamientos divinos sino después de haberlos hecho superficiales, siguen aquí el mismo principio y reducen la idea de *entristecer el Santo Espíritu de Dios* (comp. Isa. 63:10) a una simple figura, por la cual un sentimiento humano es atribuído a un ser divino, incapaz de sentirlo. Hay otro principio que es seguramente más sabio y más seguro: es el de dejar la palabra de Dios decir lo que dice. Pablo nos hace saber en otros lugares que el Espíritu Santo participa en nuestras debilidades, ora y suspira en nosotros. (Rom. 8:25, 26). Aquí nos dice que este Espíritu, hecho *uno* con los hijos de Dios en una comunión real y viviente, puede ser *entristecido* en ellos por el pecado. Lo mismo que el Hijo de Dios era entristecido por los pecados y los padecimientos de los suyos en medio de los cuales vivía, igualmente el Espíritu de Dios puede serlo en aquellos que él anima y santifica. El Dios de la biblia, que se atribuye a sí mismo el amor de un padre (Sal. 103:13), la ternura de una madre (Isa. 49:15), que declara que está angustiado en las angustias de su pueblo (Isa. 63:9), el Dios de la biblia no es ese Ser fríamente impasible en su inmensidad, que nos describe la filosofía de este mundo. Ya al crear al hombre a su imagen, encontró en esa criatura un objeto de amor y de gozo. Por eso mismo la ingratitud y el pecado de aquellos a quienes él ama excitan en él el desagrado y la ira, como el arrepentimiento mueve su misericordia y sus compasiones. Para prevenirlos eficazmente contra ese pecado de entristecer el Santo Espíritu de Dios *(de Dios,* ¡expresión solemne!), el apóstol recuerda a sus hermanos que ellos han sido *sellados con este Espíritu para el día de la redención.* (Véase 1:13). Es decir que Dios empieza en ellos en este mundo por ese Espíritu una obra de restauración, de vida nueva, que no cesará más de avanzar hacia la perfección, hasta el día en que podrán participar de toda la gloria celestial. (Fil. 1:6). Este Espíritu mora en ellos, se identifica con ellos, con sus afectos, con su vida; no es ya en ellos un huésped extraño, sino, como "Espíritu de Cristo" (Rom. 8:9) se ha tornado *humano* en el alma de ellos; sus gozos son los suyos, sus infidelidades le *entristecen.* ¡No se tema aquí el panteísmo! Esta concepción profunda de la unión del hombre con Dios no se haría falsa e indigna de Dios más que si Dios o el hombre perdiera en esta comunión algo de su personalidad. Mas esta personalidad es consagrada de la manera más brillante por este magnífico pensamiento de que un ser finito es individualmente *sellado* con el sello del Espíritu de Dios para la vida eterna!

29. Por estas últimas palabras, el apóstol se remonta hasta la fuente de ese espíritu de tolerancia y de paz de que ha hablado en el versículo 26. *Perdonar* a los demás como *Dios los perdonó,* tales son al mismo tiempo la regla y el omnipotente motivo de la conducta del cristiano para con aquellos de quienes tiene que quejarse. (Comp. 5:1, y sobre todo Col. 3:12 y sig.)

CAPITULO V.

Continuación de las exhortaciones prácticas: I. *Los cristianos deben andar en el amor, en la pureza, no en las obras de tinieblas, sino a la luz del Espíritu de Dios, 1-20.* — II. *Su deber es someterse unos a otros; obligaciones de los esposos cristianos, que deben ver en su unión una figura de la de Cristo y su iglesia, 21-33.*

I. 1-20. EXORTACIONES A UNA VIDA SANTA. — 1º Sed imitadores de Dios y andad en el amor, conforme al ejemplo de Cristo que se entregó por nosotros. (1, 2). — 2º Los vicios del paganismo ni aun se nombren entre vosotros; evitad las palabras deshonestas; óiganse más bien acciones de gracias, pues los que se entregan al mal son excluídos del reino de Dios, y por esas cosas su ira viene sobre los rebeldes. (3-7). — 3º No tengáis, pues, ninguna participación con ellos, pues habiendo pasado de las tinieblas a la luz debéis andar en esa luz y, lejos de participar en las obras de las tinieblas, reprenderlas, para que vuestra luz manifieste públicamente lo que se hace en las tinieblas; por esto un grito de despertar resuena entre vosotros. (8-15). — 4º Preceptos destinados a aplicar la regla precedente: conducirse con prudencia y sabiduría; redimir el tiempo; no emborracharse de vino, sino ser llenado del Espíritu, cuyo santo gozo se expresa por cánticos religiosos y acciones de gracias. (16-20).

1 Haceos pues imitadores de Dios como hijos amados, y andad
2 en amor, conforme también Cristo os amó y se entregó por nos-
3 otros como ofrenda y sacrificio a Dios en fragante olor[1]. Mas

1. Estos dos primeros versículos no habrían debido ser separados del capítulo pecedente al que pertenecen. (Véase 4:32, nota). Después de haber dicho allí que el perdón de Dios es para nosotros la regla y la fuente del perdón que acordamos nosotros a nuestros hermanos, el apóstol insiste aquí en este pensamiento, exhortándonos a *imitar a Dios* en su misericordia; *hijos amados* deben asemejarse a su Padre. Luego recuerda a nuestro corazón un motivo omnipotente de *andar* así *en amor:* es el inmenso amor con que *Cristo nos amó,* y que él manifestó

fornicación, y toda impureza o avaricia ni aun se nombren entre
4 vosotros, conforme conviene a santos[2], ni desvergüenzas, ni ne-
cedades o truhanerías, que no son decentes, sino más bien acción
5 de gracias[3]. Esto, en efecto, sabéis: que ningún fornicario, o im-
puro, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo
6 y de Dios[4]. Nadie os engañe por vanas palabras, pues por causa

dando su vida por nosotros. (Comp. Juan 15:13; Rom. 5:8 y sig.; Gál. 2:20). Pablo considera ese gran sacrificio bajo un doble aspecto, designándolo como una *oblación* y como un *sacrificio sangriento*. Cristo ofreció ambos: la primera, ofreciendo a Dios el sacrificio de su voluntad, de su obediencia hasta la muerte, lo que era el deber de todos los hombres; el segundo, llevando sobre la cruz la pena de los pecados de ellos. Por el primero de estos sacrificios, nos trazó la senda por donde debemos seguirle, y nos hizo capaces de hacerlo; por el segundo, nos libertó de la condenación que nosotros habíamos merecido. (Comp. Rom. 12:1, nota; 2 Cor. 5:15, nota). Si ese doble sacrificio del amor del Salvador ha sido agradable a Dios (Gr. "en olor de fragancia" comp. Gén. 8:21; Lev. 1:9; 2:12-16, etc.), Dios tendrá también por agradables los sacrificios que nosotros le ofrezcamos perdonando a nuestros hermanos en ese mismo espíritu de caridad que estaba en Cristo. (Mat. 18:33; 1 Juan 4:11; Mat. 5:23 y sig.).

2. Este título de *santos* (Rom. 1: 7, nota), que recuerda sin cesar a los cristianos lo que deben ser, es muy apropiado para hacerles sentir también que aun el nombre de esos vicios, o la menor sospecha de que puedan tener parte en ellos, forma una chillona contradicción con el destino de ellos.

3. Si es necesario que toda la vida del cristiano sea una oblación de reconocimiento a Dios (v. 2, nota), sus *palabras* también deben expresar el mismo sentimiento de su corazón y ser consagradas a Dios por *acciones de gracias*, (Col. 3:17). La palabra que traducimos aquí por *desvergüenzas*, puede entenderse ora de *palabras*, ora de *cosas* o actos deshonestos.—Las *necedades* son (liter.) *palabras necias*. En esta asociación de ideas, la *chanza* (gr.) no es condenada más que cuando se hace inconveniente y mala.

4. El apóstol, pronunciando esta exclusión absoluta (comp. Gál 5: 21), apela a la conciencia de sus lectores: *vosotros sabéis*.—Sobre la asociación de esos dos términos: *impuro* y *avaro*, aquí y en el v. 3, véase 4:19, nota. El apóstol realza con ello el carácter carnal de la avaricia; este término designa, como dondequiera en la escritura, el amor al dinero. El *avaro* es un *idólatra*, porque hace de su dinero su dios. Algunos intérpretes piensan que este epíteto se aplica a los tres vicios mencionados en este versículo. No es necesario; el pasaje paralelo de los Colosenses (Col. 3:5) lo indica claramente. — Los comentadores se dividen, sin distinción de escuelas y de partidos, sobre la cuestión de saber si se debe traducir: "el reino de Cristo y de Dios", o "el reino del Cristo y Dios". En el primer caso, Pablo designaría aquí dos personas, Jesucristo y Dios el Padre; en el segundo, una sola persona, el Cristo, al cual atribuiría el epíteto de Dios. Esta última interpretación se basa en el hecho que en el texto griego, el artículo que se encuentra delante de *Cristo* no es repetido delante de *Dios* y estos dos términos parecen así estrechamente unidos. Sería la misma construcción que en estas palabras: "nuestro Dios y Padre". (Vers. 20, 1 Cor. 15:24). Comp. Tito 2:13, nota. Mas ni la gramática ni la analogía de esos pasajes podrían cortar el asunto de un modo cierto. Se observa, en efecto, que la repetición del artículo no es indispensable cuando dos términos consecutivos deben designar personas diferentes (Mar. 15:1, en griego); que Cristo y Dios han llegado a ser nombres propios y que en una enumeración de nombres propios se pone el artículo solamente delante del primero. (Actos 1:13). Sea lo que fuere, la unidad inefable del Padre y del Hijo es expresada en estas palabras y la intención del apóstol es evidente: al pronunciar con tanta seriedad contra todos los hombres viciosos que acaba de nombrar una exclusión absoluta del reino de Cristo, se siente impulsado a añadir que este reino no es el de un hombre, de una criatura, sino que de la comunión con Dios se priva el pecador impenitente. (1 Cor. 6:10).

5. Véase sobre esta última palabra 2:2, nota. Las *vanas palabras*, palabras *vacías*, contra las cuales el apóstol pone a sus lectores en guardia, no son solamente los discursos malos que acaba de prohibir (4:29 y sig.; 5:3 y sig.), sino también y sobre todo los vanos sofismas por los cuales querría uno persuadirse a sí mismo y a los demás de que Dios no castiga, que su *ira* no viene sobre los pecados de que aquí se trata. (Vers. 6).

6. Esta exhortación, tan importante para la vida cristiana, es desarrollada y motivada en los versículis que siguen; en algunos rasgos profundos el apóstol realza el contraste absoluto que hay entre el estado precedente de los Efesios en el paganismo, y su posición actual en el evangelio, es los que indica el el evangelio; es lo que indica el *pues*. (Vers. 8).

7. No solamente por su pureza y su elevación la moral del evangelio se distingue de cualquiera otra, sino sobre todo por sus motivos. Así, mientras que los Efesios eran *tinieblas* (4:18 y aquí, v. 11), podían hallar en ese estado una excusa por una vida de pecado; estaban entonces en la más profunda ignorancia, en comunión con el príncipe de las tinieblas, perteciendo a su reino; pero ahora, estando en comunión con Aquel que es la luz (Juan 1:4), se han tornado en *luz*, es decir que no solamente el Espíritu de Dios los ha iluminado, sino que pueden y deben reflejar para otros esa luz. (Mat. 5: 14; Fil. 2:15). De ahí la obligación absoluta de *andar como hijos de luz* (v. 8), y de *examinar lo que es agradable al Señor*, a fin de no

7 de esas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de la desobe-
8 diencia[5]. No os hagáis pues copartícipes de ellos[6], pues en otro
9 tiempo erais tinieblas, mas ahora luz en el Señor: andad como
10 hijos de luz —pues el fruto de la luz [consiste] en toda bondad
11 y justicia y verdad—, probando qué es agradable al Señor[7]; y
12 no tengáis comunión con las obras infructuosas de las tinieblas,

sino más bien también reprendedlas[8], pues lo hecho por ellos en
13 secreto vergonzoso es aun decirlo[9]. Mas todo, siendo reprendido,
14 por la luz es manifestado, pues todo lo manifestado luz es[10]. Por

equivocarse más en ello. (Vers. 10). Pablo establece en otra parte el mismo contraste para exhortar a una vida santa. (1 Tes. 5:4 y sig.; 2 Cor. 6:14 y sig.)—En el v. 9, el apóstol indica entre paréntesis algunos *frutos* de esta *luz* (y no *frutos del espíritu* como dice el texto recibido). La luz produce en los caracteres que ella penetra todo lo que es moralmente *bueno, justo* y *verdadero*, por oposición al mal, a la injusticia, a la mentira, que son el fondo del paganismo.

8. Las *obras de las tinieblas* son todas las que el hombre hace antes de haber sido hecho "luz en el Señor" (v. 8); ellas son *infructuosas*, porque no producen ninguno de los *frutos* de la luz indicados en el v. 9. Sin embargo, el apóstol tiene en vista aquí pecados positivos (v. 12), respecto de los cuales el cristiano no ha puesto aún toda su responsabilidad a cubierto por el hecho solo de que no toma *parte alguna* en ellos; es necesario que los *reprenda*. ¿Con qué objeto? El apóstol responde en el v. 13.

9. *Las cosas que ellos hacen en secreto* son "las obras de las tinieblas" (v. 11), que merecen así este nombre en todos los sentidos, en lo físico como en lo moral. (1 Tes. 5: 7). Diciendo que es *vergonzoso* hasta hablar de ellas, el apóstol quiere hacer resaltar la enormidad y odiosidad de esos pecados, y por ello mismo la necesidad de reprenderlos. Cómo puede ser esto, y qué se debe esperar, es lo que expone en el versículo siguiente.

10. Por secretas que sean esas obras, por difícil que sea hablar de ellas (v. 12), en cuanto son *reprendidas* con la firmeza y el coraje de la caridad, son *manifestadas por la luz* en la cual son colocadas (v. 13), confundidas por ella, pues ellas no podrían subsistir más que al amparo de las tinieblas. (Juan 3:20). Se puede traducir también: "Todas esas cosas, siendo reprendidas por la luz, son manifestadas. El sentido es el mismo. Pero quedan por explicar las últimas palabras del versículo. Calvino, y conforme a él nuestras antiguas versiones, han traducido esas palabras por el activo: "pues la luz manifiesta todo". Pero la frase del original ni puede verterse de otro modo que como lo hemos hecho en el texto. ¿Qué quiere decir pues el apóstol? Tomando las cosas en su profunda realidad, ve en esa manifestación de las obras de las tinieblas, de que acaba de hablar, una acción del Espíritu de Dios que lleva al pecador a conocerse a sí mismo tal cual es: le ve arrepentido, cambiado, ganado a la comunión de la luz, haciéndose, en una palabra, *luz*, en el mismo sentido que en el v. 8. Todo lo que es así *reprendido, convencido de pecado* (Juan 16:8, donde se encuentra la misma palabra) *manifestado* a la claridad de la verdad, se torna en luz. "Tal es la naturaleza de la luz que no podría encontrarse al lado de las tinieblas sin penetrarlas y absorberlas, y tranformarlas en su propia substancia". *A. Monod.* ¡Qué motivo para los hijos de luz de entregarse a esta obra de fidelidad y de caridad! — El sentido que acabamos de indicar es confir-

tanto dice[11]: "Despierta, tú que duermes, y levántate de entre
15 los muertos, y Cristo brillará sobre ti". Mirad pues con cuidado
16 cómo andáis, no como necios sino como sabios, aprovechando la
17 oportunidad, pues los días son malos[12]. Por esto no os hagáis
18 insensatos, sino entended cuál es la voluntad del Señor[13]. Y no
os embriaguéis con vino, en lo que hay disolución, sino sed lle-
19 nados por el Espíritu[14], hablando entre vosotros con salmos y

mado por el versículo siguiente, que insiste en el deber de la reprensión *(por tanto)* y que encierra un llamado al pecador y la promesa de la luz.

11. Gr. "Dice" ¿Quién? Es ésta en efecto una fórmula por la cual Pablo cita a menudo la escritura, mas estas palabras, por lo menos tales como las cita, no se encuentran en ella. Por esta razón, algunos han pensado que el apóstol las ha sacado de un cántico cristiano cantado en las iglesias, lo que muy bien podría ser. Otros hacen emanar la citación de algún libro apócrifo desconocido, lo que sería contrario a todas las costumbres del apóstol. Si se considera, sin embargo, que con frecuencia reune palabras esparcidas en las escrituras, forma un pensamiento que da el espíritu de esos pasajes, y lo apropia a las necesidades de sus lectores (comp. Rom. 10:6-8; 14:11; 1 Cor. 1:19; Efes. 4:8-10), es posible reconocer aquí el mismo procedimiento. "¡Despierta, despierta, Sión, levántate, sé alumbrada, pues tu luz ha venido y la gloria del Eterno se ha levantado sobre tí!" (Isa. 52:1; 60:1; comp. 26:19). He ahí el pensamieto del apóstol, y si en esa *luz* él ve a *Cristo*, está en plena armonía con el profeta que designaba ciertamente por este término la venida del Mesías. Sin embargo hay que considerar tales pasajes más bien como imitaciones que como citas textuales de la escritura, que no estaban en la intención del apóstol.

12. Este precepto es una aplicación especial de la *sabiduría* recomendada en el v. 15. Se trata menos aquí del *tiempo* en general y del buen empleo que de él hay que hacer, que de la *ocasión oportuna* a *aprovechar* con sabiduría para obrar y para practicar el bien. El fiel encuentra siempre un poderoso motivo de cumplir este deber en el pensamiento de que vive en *días malos*, es decir en un tiempo en que el pecado reina con potencia, en que la piedad se debilita, en que la oposición del mundo se refuerza, lo que hace más raras las ocasiones y la posibilidad de hacer el bien. (2 Tim. 3:1; Col. 4:5; 1 Cor. 7:29-31). "Un cristiano encuentra sobre su camino tantos obstáculos y tantas cosas que pueden hacerle descuidar una buena obra, que debe, como un prisionero, librarse de sus cadenas, robar el tiempo o *comprarlo* muy caro, por ejemplo, al precio del favor de los hombres, cuando tiene en cuenta este proverbio: Los amigos son ladrones de tiempo". *Lutero.*

13 *Entender*, en cada momento dado, *cuál es la voluntad del Señor*, es la verdadera sabiduría (v. 15), y el único medio de "redimir la ocasión". (1 Cor. 14:20; Col. 4:5).

14. Sin otra conexión que esta *y*, el apóstol cita aquí un impresionante ejemplo de esta falta de inteligen-

con himnos y con cánticos espirituales, cantando y salmeando en
20 vuestro corazón al Señor[15], dando siempre gracias por todo en

cia de la voluntad del Señor (v. 17), ¡el abuso del *vino!* — Contraste notable: a la *disolución* que resulta de la *embriaguez* (comp. Luc. 21: 34), al vacío horrible que ella deja tras de sí, aunque a menudo el necio busca en ella una fuerza ficticia, un falso gozo y el olvido de sus penas, el apóstol opone la *plenitud*, la fuerza, el gozo del *Espíritu* Santo. "Serán hartos (Hebr. "ebrios") de los bienes de su casa, y tú les darás de beber en el río de tus delicias". (Sal. 36:9; comp. Isa. 65:13). De ahí la confusión de estas dos embriagueces hecha por la ignorancia y la incredulidad de los escarnecedores. (Actos 2:13, 15, 16). "Dos embriagueces muy diferentes, la del cuerpo por el exceso del vino, y la del alma por la plenitud del Espíritu Santo: la una que da al cuerpo fuerzas perniciosas, un ardor criminal, un gozo carnal, una osadía presuntuosa, produce el olvido de Dios y hace perder la razón; la otra que da al alma un santo gozo, un coraje humilde, fuerzas salutíferas, hace olvidar el mundo y sus delicias, quita el uso de la razón corrompida, para hacer seguir por la fe la razón soberana y soberanamente santa, que es Dios". *Quesnel.*

15. Todo gozo del Espíritu divino (v. 18), llegado a cierto grado, se expresa por el canto. Este gozo no puede ni debe encerrarse dentro. (Jac. 5:13). Tomando expresión en cánticos religiosos llenos de sentimiento, de espiritualidad, de intimidad, se comunica a otros, se torna en un poderoso medio de edificación y contribuye a la gloria de Dios. Se ve por esta exhortación que el cántico estuvo en uso entre los fieles desde los primeros días de la iglesia. Plinio escribía al emperador Trajano, dándole cuenta de las costumbres de los cristianos: "Cantan entre ellos cánticos a Cristo como a su Dios". Se servían sin duda para ello de los *salmos* de la biblia, a los cuales el Espíritu daba una vida nueva; pero el apóstol menciona también otros cánticos religiosos bajo el nombre de *himnos y de cánticos espirituales (odas)*, que desgraciadamente no han llegado hasta nosotros. Es sobre todo en los tiempos de despertamiento y de plenitud del Espíritu cuando la iglesia canta; se puede juzgar bastante bien de su estado espiritual por los cánticos que ella produce. (Comp. Col. 3:16; 1 Cor. 14:15, 26).

16. Si el gozo no está siempre en el corazón, otro sentimiento que se expresa también por el canto, no debe faltar jamás. es el reconocimiento, que impulsa a la *acción de gracias.* Esta debe producirse *siempre.* por *todas las cosas.* aun por aquellas que. a primera vista. son motivos de tristeza, porque el hijo de Dios sabe que todas las dispensaciones de su Padre celestial para con él son pensamientos de paz y de amor.—*Dar gracias a Dios nuestro Padre* (Gr. *al Dios y Padre) en el nombre del Señor nuestro Jesucristo,* es consagrarse a Dios, como él. en sacrificio vivo y santo, en todo lo que se dice o hace (Col. 3:17); es ofrecer a Dios por Cristo todo lo que se ha recibido de él en Cristo, como si Cristo mismo bendijera a Dios en nosotros. por la potencia de su redención y de su Espíritu. Según la escritura el cristiano es delante de

21 el nombre del Señor nuestro Jesucristo al Dios y Padre[16], suje-
tándoos unos a otros en el temor de Cristo[17].

II. 21-33. LA FAMILIA. LA UNIÓN DE CRISTO Y DE LA IGLESIA, MODELO DE LA UNIÓN DE LOS ESPOSOS CRISTIANOS. — 1º Según el principio de sujeción mutua, las mujeres deben estar sujetas a sus maridos, como la iglesia lo está a Cristo, su Jefe y su Salvador. (21-24). — 2º Los maridos deben amar a sus mujeres, como Cristo amó la iglesia y se entregó a la muerte por ella a fin de purificarla y hacer de ella una iglesia gloriosa, santa, irreprensible. (25-27). — 3º Amando así a su mujer como a sí mismo, teniendo tierno cuidado de ella, el marido imita al Señor, que está tan íntimamente unido a la iglesia que ésta es carne de su carne; tal debe ser la unión de los esposos, a la cual ceden todos los otros vínculos, aun los que unen a padre y madre. (28-31). — 4º El misterio de la unión de Cristo y de su iglesia debe, pues, realizarse en el amor del marido y en el respeto de la mujer. (32, 33).

22 Mujeres, sujetaos a vuestros propios maridos[18] como al Se-
23 ñor, porque el marido es jefe de la mujer como también Cristo es

Dios idéntico con su Salvador, de modo que todas sus relaciones con Dios, el perdón, la reconciliación, la oración, la acción de gracias. la confianza, el amor, tienen a Cristo por Mediador.

17. Según una variante que presentan los manuscritos, hay que leer aquí: *en el temor de Cristo*, en lugar de la lección del texto recibido: en el temor de *Dios.* La dependencia en que todos los cristianos están de Cristo. su Rey soberano, en cuyo nombre ellos dan gracias a Dios (v. 20), los obliga a *sujetarse unos a otros* en todas las relaciones de la vida de familia o de sociedad; no solamente han sido instituídas éstas por él, sino que deben ser penetradas de su espíritu; debemos portarnos en ellas mirando incesantemente a él. El apóstol va a enumerar esas relaciones hasta el cap. 6:9. — El texto griego dice: *"Sujetándoos* unos a otros"; este participio cierra la serie de participios que preceden (desde el v. 16) y muestra al mismo tiempo que este principio así enunciado sirve de motivo a las exhortaciones que siguen. Este versículo 21 se liga pues íntimamente a lo que sigue, como una transición llena de sentido: a lo que precede, porque el reconocimiento para con Dios, en el nombre de Jesucristo (v. 20), inspira hacia este buen Amo un temor lleno de confianza y de amor; a lo que sigue, porque ese temor se torna en la fuente del respeto, de la deferencia, de la sumisión que debe reinar en todas las relaciones de la vida que Cristo preside. De ahí, todas las exhortaciones siguientes sobre estas relaciones mutuas, relaciones tanto más importantes cuanto que llenan toda la vida y forman el material diario de ella; tanto más dignos de la atención del apóstol, cuanto que los deberes recíprocos de los inferiores y de los superiores están en el número de los más difíciles de cumplir. Si, por una parte, el que manda está sin cesar tentado a abusar de su autoridad, por la otra,

24 cabeza de la iglesia[19], él mismo, Salvador del cuerpo[20]. Mas co-
mo la iglesia se sujeta a Cristo, así también las mujeres a sus ma-

someterse y obedecer es completamente contrario a las inclinaciones orgullosas del corazón del hombre. Lleno de este último pensamiento, y por una consideración delicada hacia los inferiores, Pablo recuerda a ellos primero el deber de la sumisión: a la mujer (v. 22, a los hijos (6:1), a los siervos (6:5). Es así como él individualiza su precepto general: "Sujetáos los unos a los otros". Pero, si ellos deben someterse y obedecer por causa de Cristo, y como a Cristo al que los superiores representan, éstos, a su vez deben ejercer su autoridad según el mismo sublime principio, y así unos y otros deben encontrarse en una sumisión común al Señor. De ahí, en los unos, una manera de mandar caracterizada por la caridad y la mansedumbre, y en los otros mayor facilidad en obedecer.

18. Según una variante: "Sujétense las mujeres..." Otra omite aquí todo verbo, siendo así la frase ligada a la que precede. (Vers. 21). "Sujetándoos unos a otros: las mujeres a sus propios maridos". — "A vuestros *propios* maridos", es decir a los que os pertenecen en particular, exclusivamente. (Véase la nota precedente).

19. Ya en el Ant. Test. la relación del Señor y de su pueblo era representada bajo la fijura de la unión conyugal. (Isa. 54:5; Jer. 31:32), y hay en esta figura una profunda verdad. ¡Cuánto más, desde que esa relación se ha hecho la de *Cristo* y de su *iglesia!* (Mat. 9:15; 25:6; 2 Cor. 11:2). Nada podía, pues, dar del matrimonio una idea más elevada, más espiritual, más santa, que el ponerlo en paralelo con la unión de Cristo y de su iglesia, como nuestro apóstol lo hace aquí. Y no tiene en vista una simple comparación por analogía, sino una profunda realidad. Así, mientras que en otra parte (1 Cor. 7) Pablo habla del matrimonio encarándolo por su lado puramente humano y terrestre, porque tal era la cuestión del momento y sus lectores tenían necesidad de esas instrucciones prácticas, aquí lo toma en su punto de vista ideal, en lo que tiene de más espiritual, tal cual *debe ser* entre cristianos. En este sentido, el deber de la *sumisión* que impone a la *mujer* no puede restringirse y significar: Estad sumisas a vuestros maridos, porque tal es la orden del Señor; o: obedecedles como al Señor, en el sentido en que eso es ordenado a los hijos (6:1), a los siervos (6:5-7), sino literalmente: *Estad sujetas a vuestros maridos como* lo estáis *al Señor*. Tal es indubitablemente el sentido del v. 22, lo que prueba el v. 24 y lo que implica la razón dada en el v. 23. Si se objeta que eso es sobrepujar todos los límites de los deberes que se puede tener hacia una criatura, es necesario recordar que el apóstol considera aquí al marido como el representante del Señor para su mujer. (Comp. 1 Cor. 11:3; 1 Tim. 2:11). Si se objeta también que a menudo en el matrimonio, esa relación no es ni real ni posible, cuando, por ejemplo, el marido no es cristiano, no hay a eso más que una respuesta, y es que Pablo supone que ambos esposos pertenecen al Señor. Otro apóstol, Pedro, ha previsto el caso en que el marido "no obedeciera la palabra" y ve en ello igualmente un serio motivo de sumisión

25 ridos en todo[21]. Maridos, amad a vuestras mujeres, conforme
26 también Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella, para san-
27 tificarla purificándola con el lavado del agua por la palabra, para
presentarse él a sí mismo la iglesia gloriosa, no teniendo mancha
o arruga o cosa alguna de las tales, sino para que sea santa e
28 irreprensible. Así deben también los maridos amar a sus mu-
29 jeres como a sus propios cuerpos[22]. El que ama a su mujer a

para la mujer, aunque de un punto de vista diferente. (1 Pedro 3:1 y sig.). Pablo mismo se contenta con recomendar en otro lugar la sumisión "según el Señor" (Col. 3:18), y de ahí que varios intérpretes se han esforzado en reducir nuestro pasaje a ese sentido mitigado, mas eso es contra los términos expresos del texto.

20. Se puede considerar estas palabras como aposición de lo que precede: Cristo es el Jefe, porque es el Salvador. Se puede también hacer de ellos un pensamiento independiente: "El mismo (él solo, es verdad) es el Salvador del cuerpo, *mas* como la iglesia está sujeta a Cristo..." (Vers. 24). El pensamiento del apóstol es que, como *Salvador*, Cristo es único, el marido no puede serle comparado, pero que, a pesar de esta inferioridad, la mujer le debe obediencia. Entonces se comprende esta partícula adversaria *pero*, que nuestras versiones ordinarias transforman en un *pues* contrario al sentido gramatical.

21. En estas palabras: *en todo*, se teme nuevamente la exageración, y se apresuran a traer diversas restricciones. Del punto de vista del apóstol (v. 23, nota). no hay nada que cercenar de su pensamiento; del punto de vista de las tristes realidades del mundo, o aun de la mayor parte de las uniones llamadas cristianas, sin duda, la mujer puede encontrarse a menudo en el caso "de obedecer a Dios antes que a los hombres". Ella no debe pecar por su obediencia, si se exige de ella cosas contrarias a la palabra de Dios.

22. A la *sujeción* de la mujer, el apóstol opone el *amor* del marido, y esto basta para que esa sujeción no sea una esclavitud, sino una santa comunión en Aquel a quien la mujer *obedece*, y en quien el marido *ama*. Mas también aquí, es la relación de Cristo con su iglesia lo que sirve de modelo, el ideal hacia el cual hay que tener. Cristo *amó la iglesia* (25), y ¡con qué amor! *Se entregó por ella* al padecimiento y a la muerte. Su *objeto* era el de *santificarla*, y, para cumplir en ella toda su obra de redención, la *purificó por el lavado de agua por la palabra*, es decir acordándole en el bautismo el signo exterior de la regeneración obrada por la palabra. (Vers. 26; comp. Tito 3:5). Por esta palabra, los unos entienden la palabra de Dios en general, el evangelio; otros, la promesa de Dios; otros, las palabras del bautismo (Mat. 28:19), que confieren a este acto su autoridad divina y su eficacia. Sea lo que fuere, el objeto del Salvador para con su iglesia será alcanzado: *la hará aparecer delante de sí iglesia gloriosa* por su *santidad*, así como una esposa pura, *irreprensible*, resplandeciente de su belleza moral. (Vers. 27. Comp. Apoc. 21:2). *Así*, añade ahora el apóstol

sí mismo se ama, pues nadie aborreció alguna vez su propia car-
ne, sino que la alimenta y regala, conforme también Cristo a la
30 iglesia[23], porque miembros somos de su cuerpo —de su carne
31 y de sus huesos[24]. "Por esto dejará un hombre a su padre y a
su madre y se juntará con su mujer, y serán los dos una sola
32 carne[25]". Este misterio grande es, mas yo hablo respecto de
33 Cristo y de la iglesia[26]. Empero vosotros también, individual-
mente, cada uno ame a su mujer como a sí mismo, y que la mujer
respete a su marido[27].

volviendo a su comparación y aplicando todo esto a la relación ideal del matrimonio (v. 28) *así deben amar los maridos a sus mujeres*, con un amor lleno de abnegación que vea en Cristo su modelo, con un amor que se proponga por primer objeto la purificación y la santificación de la mujer, ¡con un amor que sólo será satisfecho cuando ésta se asemeje al retrato que el apóstol traza de la Esposa del Señor!

23. Pablo desarrolla su paralelo hasta en los detalles. La iglesia es el cuerpo de Cristo, es *uno* con él; igualmente los esposos entre sí (v. 28); forman un solo ser; al amar a su mujer, el marido ama a su otro yo (v. 28, 29, 33); tiene para con ella los cuidados que tiene para *su propia carne* (v. 29); *la alimenta y regala, la cuida con ternura* (liter. "la recalienta"). como una madre da calor a su niñito en su seno. (Comp. 1 Tes. 2:7, donde se encuentra la misma palabra).

24. Alusión a Gén. 2:23. Estas palabras de Adán responden en todo sentido al pensamiento del apóstol, puesto que expresan, ante todo, la unión perfecta en el matrimonio; luego, en la aplicación que hace Pablo, la unión viviente de Cristo con la iglesia "que es su cuerpo".

25. Gén. 2:24. Otra palabra de la escritura muy apropiada para confirmar y completar el pensamiento del apóstol; tal es la intimidad del vínculo del matrimonio, que está por sobre las más íntimas y más tiernas.

26. Estas palabras no se refieren a la citación que el apóstol acaba de hacer, sino al gran pensamiento que ha desarrollado, la unión de *Cristo y de su iglesia*: a esa unión la llama un *gran misterio*, y no al matrimonio. ¿Quién lo creería? Porque la Vulgata latina traduce siempre la voz griega misterio por *sacramento*, y porque ha agradado a algunos intérpretes antiguos referir al matrimonio lo que Pablo dice aquí de la unión de Cristo y de su iglesia, este pasaje se ha tornado, a los ojos de la iglesia romana, en una prueba irreplicable de que el matrimonio es un sacramento, un gran sacramento (!).

27. Gr. "*Tema* a su marido". Mas esta palabra significa también *respetar*. Con estas palabras el apóstol resume y concluye su exhortación a los esposos cristianos, de la que se había apartado por el desarrollo de un pensamiento más grande y más profundo. Ahora, pasa a otras relaciones de la vida doméstica. (6:1 y sig.).

CAPITULO VI.

I. Continuaci4n. *Exhortaciones a los hijos y a los padres a los siervos y a los amos, 1-9.* — II. *La lucha del cristiano, sus enemigos, sus armas, 10-20.* — III. *Envío de la epístola por Tiquico y salutación apostólica, 21-24.*

I. 1-9. DEBERES QUE INCUMBEN A LOS HIJOS Y A LOS PADRES, A LOS SIERVOS Y A LOS AMOS. — 1º A los hijos: obediencia, según el mandamiento y la promesa de Dios (1-3). — 2º A los padres: nada de severidad irritante, sino disciplina e instrucción cristianas. (4). — 3º A los siervos: obediencia sincera, de buen corazón, sirviendo, no a los hombres, sino al Señor, que reserva a todos igualmente castigo o recompensa. (5-8). — 4º A los amos: obrar por los mismos principios, sin dureza, pues hay un mismo Señor en el cielo, ante el cual todos son iguales. (9).

1 Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor[1], pues esto
2 es justo[2]. "Honra a tu padre y a tu madre" —el cual es el pri-
3 mer mandamiento con promesa[3]— "para que te vaya bien, y se-
4 rás de larga vida sobre la tierra[4]". Y vosotros, padres, no pro-
voquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y admo-
nición del Señor[5].

1. *En el Señor* Jesucristo, en el mismo sentido y por los mismos motivos que en 5:21, 24, notas. (Comp. Col. 3:20).

2. *Justo*, según la naturaleza, según la ley divina y según el evangelio *en el Señor*.

3. El *primer mandamiento* de la segunda tabla de la ley, relativo a los deberes hacia los hombres, pues el apóstol no ignoraba que el segundo mandamiento de la primera tabla tiene también una *promesa;* a menos que no la considerase como una promesa hecha especialmente a la observancia del segundo mandamiento, sino más bien como una declaración general de la misericordia de Dios, aplicándose a toda obediencia. (Ex. 20:6).

4. Deut. 5:16. La *tierra* es aquella "que el Eterno, tu Dios, te da", Canaán. (Ex. 20:12). En este sentido, que es evidentemente el de la citación, el apóstol no podía restringir la promesa a su significado literal, sino que la entiende de un modo espiritual, siendo Canaán para todo israelita iluminado la figura de una patria mejor. (Hebr. 11:14-16; 8, 9; Mat. 5:5).

5. Comp. Col. 3:21, donde el apóstol agrega, como motivo de no *irritar a los hijos* (Gr. "provocar a ira"): "a fin de que no se desanimen". En nuestro pasaje se encuentra el lado positivo tanto como el negativo de la exhortación: *No irritarlos, sino criarlos en la disciplina*, etc. "Los padres cristianos deben, en la

5 Siervos, obedeced a vuestros amos según la carne con temor
6 y temblor[6], en sencillez de vuestro corazón, como a Cristo, no
sirviendo sólo cuando os miran, como agradando a los hombres,
sino como siervos de Cristo, haciendo la voluntad de Dios de co-
7 razón, sirviendo con benevolencia, como al Señor y no a hombres,
8 sabiendo que lo que cada uno hiciere de bueno, esto recibirá del
9 Señor, ora sea esclavo, ora libre[7]. Y vosotros, amos, haced lo
mismo para con ellos, dejando la amenaza, sabiendo que también
el Amo de vosotros mismos está en los cielos, y no hay ante él
acepción de personas[8].

educación de sus hijos, unir sabiamente la severidad y la mansedumbre; la primera se encontrará en la *disciplina*, la segunda en la *enseñanza* (o más bien *advertencia, admonición)*. Pero se trata de la disciplina y de la enseñanza *del Señor*, porque ambas deben ser penetradas de su Espíritu". *Olshausen.*

6. Véase, sobre esta expresión de profunlo respeto, 2 Cor. 7:15, nota. Se trata aquí de *esclavos* en presencia de sus *dueños;* mas esta obediencia no debe ser menos respetuosa cuando los siervos ven en sus amos a *hermanos.* Tim. 6:1, 2). Este último pasaje indica también el motivo por el cual el apóstol vuelve tan frecuentemente a esa obediencia de los esclavos (Col. 3:22; Tito 2:9; comp. 1 Pedro 2:18): es "a fin de que no se blasfeme el nombre de Dios y su doctrina", lo que habría tenido lugar si los esclavos convertidos al evangelio hubieran mostrado un espíritu de rebelión. Sin duda el cristianismo debía necesariamente acarrear la abolición de la esclavitud, pero por su influencia espiritual, de dentro hacia afuera, y no por la violencia. (Véase la epístola a Filemón y comp. 1 Cor. 7:21, nota).

7. El cristiano, aun en la más humilde posición tiene siempre este sublime motivo de obediencia, que puede olvidar los *hombres* y recordar que sirve al *Señor*, que ha hecho su posición y cuya voluntad él ve en la tarea que se le da para cumplir. El apóstol, hablando aquí a la más desdichada clase de los hombres, vuelve cuatro veces a este pensamiento: Obedeced como *a Cristo* (v. 5); haciendo la *voluntad de Dios* (v. 6); como *siervos de Cristo* (v. 6); *sirviendo al Señor* con buena voluntad. (v. 7). Por último, aunque tuviesen amos que no reconocieran su buena conducta, lo que demasiado a menudo acontece, ellos nada perderían delante del Señor al que miran. (Vers. 8).

8. El apóstol no *ordena* tampoco a los amos manumitir sus esclavos; mas, si se empapan de sus mandamientos según el espíritu del evangelio, esta consecuencia será inevitable. ¡Qué amo *cristiano* podrá *poseer* o *vender* a su *hermano*, rescatado como él a precio de la sangre de Jesús, heredero con él de la vida eterna! El cristiano supone la igualdad delante de Dios de todos los que creen; debía temprano o tarde hacer reinar la libertad y la igualdad en la sociedad; mas estos frutos, que en el origen no estaban casi previstos, han madurado más tarde, como tantos otros. Ya estaban encerrados en principio en estas dos razones dadas aquí

II. 10-20. LOS ENEMIGOS Y LAS ARMAS DEL CRISTIANO. — 1º Sed fortalecidos, tomad la armadura de Dios, pues, además de la carne y la sangre, los enemigos espirituales son numerosos y fuertes, y se trata, en el día malo, de vencer y permanecer en pie. (10-13). — 2º Las armas de Dios son: la verdad, la justicia, la paz, la fe, la certidumbre de la salvación, el Espíritu y la palabra de Dios. (14-17). — 3º Por encima de todo, la oración por todos los santos y por mí, para que me sea dado anunciar con osadía el misterio del evangelio. (18-20).

10 Por lo demás[9], hermanos míos, fortaleceos en el Señor y en
11 el poder de su fuerza. Vestíos de la completa armadura de Dios
para que podáis estar firmes contra los artificios del diablo[10];
12 porque nuestra lucha no es contra sangre y carne, sino contra los

a los amos para tratar bien a sus esclavos: *ellos mismos tienen su Amo* (Gr. "Señor") *en el cielo*, y delante de él amos y esclavos son iguales. Una variante tiene: *"su Amo y el vuestro..."*—Estas exhortaciones, por lo demás, a pesar de las diferencias de posición, son perfectamente aplicables a las relaciones actuales de los *amos* y los *servidores.*

9. Por esta partícula conclusiva, que hace esperar una última palabra, una última exhortación, el apóstol pasa en efecto a un pensamiento final que debía estar arraigado en él. Al final de una carta en la que ha expuesto para el mundo pagano toda la grandeza de la dispensación evangélica divina para con aquellos que no eran el pueblo de Dios, después de haber trazado igualmente los principales rasgos de la vida cristiana, era necesario que ninguno se persuadiera de haber ya "alcanzado la meta". No se llega a ella sino a través de rudos combates; importa que todos sean prevenidos de ello y sepan donde está la fuente de la fuerza. Por esto el apóstol dirige ante todo los pensamientos de ellos hacia el *enemigo*, cuya naturaleza y poder describe; luego muestra dónde está el auxilio, y cuáles son las armas defensivas del cristiano, por medio de las cuales puede vencer todo y quedar firme. (Vers. 10-20).

10. Por una parte, las *armas de Dios* (Gr. *panoplia*, armadura entera), por la otra, los *artificios del diablo*, es decir, sus tentaciones llenas de astucia (comp. 4:14, donde se encuentra la misma palabra), he ahí el contraste que el apóstol va a desarrollar: el enemigo (v. 12); la defensa (v. 13-17). La simple indicación de esta lucha explica por qué Pablo, desde el principio (v. 10), induce a sus hermanos a buscar sus fuerzas, no en sí mismos, sino únicamente *en el Señor y en el poder de su fuerza.* Estas últimas palabras forman un enérgico pleonasmo que da más relieve al pensamiento.

11. Sería difícil decir en términos más positivos que los que usa aquí el apóstol, que hay, fuera de la corrupción natural del hombre, una potencia del mal mucho mayor, un reino de las tinieblas, del cual los malos son esclavos, y que está en lucha continua contra el reino de Dios y los que le pertenecen. *La carne y la sangre* (aquí *la sangre y la carne*, único pasaje en que esas dos palabras se encuentren en este orden) significan, como siempre en la

principados, contra las potestades, contra los dominadores mun-
diales de estas tinieblas, contra los [seres] espirituales de la mal-
13 dad en los lugares celestiales [11]. Por esto, tomad la armadura
completa de Dios, para que podáis resistir en el día malo [12], y

escritura (Mat. 16:17, nota; 1 Cor. 15:50, nota; Gál. 1:16), la naturaleza caída del hombre en la cual reina el pecado. La carne y la sangre, ora en nosotros mismos, ora en los otros hombres, nos presentan sin cesar tentaciones. ¿Cómo pues puede decir el apóstol que no es ése el adversario con el cual tenemos que combatir (Gr., "la lucha")? Es porque no considera la carne y la sangre más que como los instrumentos ciegos de una potencia muy superior, que se sirve de la corrupción del hombre para llegar a sus fines. Esta potencia es la del demonio y de los habitantes de su tenebroso reino, que el apóstol describe aquí como ángeles caídos, y a los cuales, a causa de ello, da los mismos nombres que a los ángeles del cielo. (Comp. 1:21; Col. 1:16). *Principados y potestades* designan órdenes de inteligencias caídas que es imposible precisar. Las palabras traducidas generalmente por *gobernadores de estas tinieblas* se vertirían más literalmente así: "dominadores *mundiales* o universales de estas tinieblas, es decir que dominan sobre el *mundo* y que su reino es uno de tinieblas. Las palabras "de esta edad", que tiene el texto recibido, son una variante, copiada del cap. 2:2, poco apoyada y que debe cercenarse aquí. Por último el apóstol los designa como *espíritus malos* (Gr. "las cosas espirituales de la maldad") *que están en los lugares celestiales*, lo que no quiere decir el cielo mismo, sino las regiones superiores a la tierra, y equivale a esta otra expresión ya empleada: "el príncipe de la potestad del aire". (2:2, nota). Por esta designación, Pablo quiere dar una idea mayor de la potencia del reino del demonio, cuya acción no está limitada a ningún lugar especial de nuestra tierra. Tales son, según el apóstol, los verdaderos enemigos del cristianismo: tal es el poder con el cual cada pecado nos pone en contacto, y al cual están sujetos todos los malos. "Estas palabras deben venir a nuestro pensamiento todas las veces que, provocados por las ofensas de los hombres, somos tentados a vengarnos. Pues, mientras que la pasión natural nos levanta contra los hombres, seremos retenidos de ese loco ardor por el pensamiento de que no son ellos mismos más que dardos que nos son lanzados por la mano de Satanás; mientras nos ocupamos en rechazarlos, nos exponemos a todos sus golpes. Entonces luchamos "contra la carne y la sangre", y sin éxito; mucho más, la lucha se nos hace nociva. Hay que atacar pues directamente a ese enemigo que, desde su retiro, nos invade y nos hiere, que, aun antes de que sospechemos su presencia, puede matarnos". *Calvino.*

12. Toda nuestra vida terrestre es ese *día malo* (5:16); pero hay tiempos de tentación y de prueba espiritual que merecen muy particularmente ese título, y en que se debe redoblar la vigilancia para el combate.— Las *armas de Dios*, las que él mismo nos provee, son descriptas más lejos. (Vers. 14-17; comp. Isa. 59:17; 2 Cor. 10:4; 1 Tes. 5:8). La figura es tomada de la armadura completa del

14 habiendo acabado todo estar firmes [13]. Estad, pues, firmes, ceñi-
dos vuestros lomos con la verdad [14], y vestidos de la coraza de la
15 justicia [15], y calzados los pies en la preparación del evangelio de
16 la paz [16]; sobre todo tomando el escudo de la fe, con el cual po-
17 dréis apagar todos los dardos inflamados del maligno [17]; y tomad

soldado romano que el apóstol tenía entonces cada día ante sus ojos, puesto que era vigilado por los soldados de la guardia pretoriana, a los cuales anunciaba también el evangelio (Fil. 4:22), quizás enseñándoles un significado completamente nuevo y espiritual de esas armas que llevaban. Hay tanta verdad en esta figura, que los primeros fieles se consideraban todos como una "milicia cristiana". Sus enemigos eran los que el apóstol describe aquí; su santo y seña, la oración (v. 18); lo que tenían que conquistar, la corona de gloria.

13. *Acabado todo*, concluida toda vuestra tarea. Otros traducen esa palabras por: "habiendo vencido todo, derribado"; y *estar firmes* por *permanecer en pie*. Es la figura del soldado que, concluida la batalla, no ha caído, sino que se encuentra en pie y victorioso.

14. Ante todo, las armas defensivas y protectoras. Y en primer lugar el *cinto*, que retenía y apretaba alrededor de los *lomos*, los grandes vestidos flotantes de los antiguos, a fin de que la marcha no fuera molesta; servía, además a consolidar los lomos y a afirmar el soldado. "El apóstol empieza por ceñir a ese combatiente, que por naturaleza, deja arrastrar sobre la tierra y flotar a todo viento sus deseos y sus pensamientos; el cinto pone todo en orden, a fin de que pueda correr libremente". *Crisóstomo.* Este cinto es la *verdad*. Verdad divina claramente reconocida y tornada en verdad práctica por dentro, es decir sinceridad, rectitud de carácter, que aborrece toda comunión con el reino de la mentira y de las tinieblas (4:21): hé ahí la fuerza que recoge los pensamientos errantes, la luz que hace reconocer al enemigo bajo todos sus disfraces, y hace al alma capaz de luchar victoriosamente. El arma ofensiva misma, la espada (v. 17), estaba suspendida de ese cinto.

15. La *coraza*, que pone el cuerpo al abrigo de las heridas morales, es esta *justicia* perfecta de Cristo, imputada al pecador por la fe, y que, dándole una gozosa certidumbre de su salvación, le hace fuerte con la paz de su Dios (Rom. 5:1), y con la certidumbre de su victoria. (Rom. 8:30 y sig.)—Otros prefieren la idea de la justicia práctica, el sentimiento de una buena conciencia. En este sentido también, la justicia es indispensable, mas: ¿bastaría para amortiguar las más fuertes estocadas? Luego ¿no sería casi sinónima de *verdad?*

16. Gr. "La *preparación* (o la *prontitud*) del evangelio de la paz". Un buen calzado (las sandalias) era necesario al soldado para la seguridad y la prontitud de la marcha. Comp. Isa. 5:27). Esta *prontitud* da el *evangelio* al cristiano para el combate; le hace alerta, ágil, listo a obrar, porque sabe dónde pone el pie, adónde va, lo que tiene que hacer; y sobre todo disfruta de la *paz* que toma del evangelio. De ahí esta designación: el *evangelio de la paz.*

17. Para mostrar cuán peligrosos

el yelmo de la salvación [18], y la espada del Espíritu, que es la
18 palabra de Dios [19], con toda oración y súplica orando en todo
tiempo en el Espíritu [20], y velando en ello con toda constancia y
19 súplica sobre todos los santos, y por mí, para que me sea dada
palabra al abrir mi boca para hacer conocer con osadía el mis-

y a menudo terribles son los asaltos del enemigo, el apóstol los compara a *dardos inflamados*, proyectiles provistos de estopa y de pez encendidas, de que se hacía uso para incendiar las ciudades sitiadas, las máquinas de guerra, y que se lanzaban aun contra los hombres. Esta figura recuerda los malos pensamientos, las ardientes pasiones que Satanás inspira, y de que hábilmente se aprovecha a fin de hacer de ellas instrumentos de sus designios criminales. Esos dardos no son solamente amortiguados, sino *apagados* por el *escudo de la fe*. La fe, que mira las cosas invisibles, la santa voluntad de Dios; que inspira el disgusto de las "delicias del pecado", y pone al cristiano en posesión de los bienes eternos del alma; la fe, en todas sus aplicaciones y en su invencible potencia, tal es el único medio de vencer el mundo. (1 Juan 5:4; 1 Pedro 5:9).

18. La *salvación* es, desde aquí, la segura y gozosa esperanza de la perfecta liberación de la última victoria, después de la cual no hay ya combate. (1 Tes. 5:8; comp. Isa. 59:17). El *yelmo* preserva la cabeza del combatiente; el soldado de Cristo puede, en el ardor de la lucha, levantar la cabeza para ver acercarse su liberación. (Luc. 21:28).

19. *La espada del Espíritu*, es el Espíritu, como la "coraza de la justicia" es la justicia, o el "escudo de la fe" es la fe misma. Pero, ¿cómo podemos tomar el Espíritu para luchar por su potencia? Lo podemos, porque el Espíritu está como encarnado en la *palabra de Dios* puesta en nuestras manos. Nadie se asombre de ver al Espíritu de Dios así identificado con la palabra de Dios; esta palabra es "Espíritu y vida" (Juan 6:63); ella es "viva y eficaz, más penetrante que toda espada de dos filos" (Hebr. 4:12); el evangelio entero es también "la potencia de Dios", porque es Espíritu. (Rom. 1:16). Hé ahí el arma ofensiva del combatiente cristiano, la única que el apóstol indica aquí, pero que es plenamente suficiente. Es aquella que el Salvador mismo usó victoriosamente en su tentación. Mat. 4:4, 7, 10).—Varios intérpretes, encontrando difícil de admitir esta identificación de la palabra de Dios y del Espíritu Santo piensan que la *espada del Espíritu* significa "la espada que provee el Santo Espíritu y que es la palabra de Dios". El griego no se opone a esta traducción.

20. Todas las armas más poderosas serían inútiles al cristiano sin la *oración*. Por eso el texto griego une esta recomendación del modo más íntimo con lo que precede, haciendo una sola y misma frase. La *oración*, y si ésta no basta, la *súplica* más instante (Fil. 4:6), hecha *en toda ocasión*, y esto *en el Espíritu* de Dios, que la inspira, y que ora él mismo en nosotros (Rom. 8:25, 26), hé ahí el gran medio que dará a todas las armas buen éxito, y hará al hijo de Dios salir victorioso de toda lucha.

20 terio del evangelio [21], por el que soy embajador en cadenas, para
que en él tenga osadía como es necesario que yo hable [22].

III. 21-24. Conclusión. — 1º Tiquico es enviado a los Efesios para que ellos, conociendo el estado del apóstol sean consolados. (21, 22). — 2º Votos y oración de Pablo por sus hermanos. (23, 24).

21 Mas para que sepáis vosotros también mis asuntos, cómo me
va, todo os hará conocer Tiquico, el amado hermano y fiel mi-
22 nistro en el Señor [23], que he enviado a vosotros para esto mismo,
para que conozcáis nuestro estado y consuele vuestros corazones [24].
23 ¡Paz a los hermanos y amor con fe, de parte de Dios Padre y del

21. Pablo no pide solamente las oraciones de sus hermanos por *todos los santos*, sino también *por sí mismo*, y muy especialmente por el éxito de su ministerio, de su predicación, que era el grande, el único asunto de su vida. Muy seguro de que Dios oye sus propias oraciones, siente no obstante la necesidad de las de sus hermanos, porque sabe que Dios, en su tierna misericordia, ha abierto a sus hijos una nueva fuente de consuelo y de fuerza en la *comunión* de sus oraciones, a la cual son hechas promesas especiales de bendición, (Mat. 18:19, 20; Fil. 1:19). ¡Qué potencia hallarían los ministros de la palabra de Dios en las oraciones de sus oyentes, si éstos fueran más fieles en ofrecerlas a Dios por aquellos! Pablo exhorta a sus hermanos a orar *a fin de que*, dice, *me sea dado el hablar libremente;* es así como nosotros interpretamos el texto, que dice liter.: "a fin de que palabra me sea dada en la apertura de mi boca". Algunos explican esas palabras: "Que Dios me dé el discurso que debo decir, cuando abro la boca". Otros: "Que la capacidad de hablar me sea dada (de Dios) en que abra mi boca".

22. *Embajador en cadenas:* ¡qué contraste! Es así como el enviado se asemeja al que le envió; Jesucristo no había sido tratado mejor por los hombres. Se comprende que, en este estado, el apóstol habla en dos ocasiones de esa santa *osadía* de que tiene necesidad y que espera de las oraciones de sus hermanos. *En él*, es decir en el evangelio, ora designe el apóstol el fundamento en que se apoya, ora entienda la predicación de la buena nueva que le incumbe.

23. *Vosotros también*, es decir tanto como los Colosenses, a los cuales escribía al mismo tiempo. (Véase la introd.).—Sobre Tiquico, que se encontraba con el apóstol, véase Actos 20:4; Col. 4:7, 8; 2 Tim. 4:12; Tito 3:12.

24. Llevándoos noticias mías, y en general, que os consuele por su presencia, por los dones de su fe.

25. La *paz*, que no subsiste sino en una comunión habitual con Dios; aumenta el *amor* a él en el corazón del fiel. Ambos son producidos por la *fe*, don de Dios, que se puede y debe siempre desear, aun a los que ya creen, pues es necesario que todos los elementos de la vida interna estén constantemente en progreso. La fuente

24 Señor Jesucristo[25]! La gracia sea con todos los que aman al
Señor nuestro Jesucristo en incorrupción[26]. ¡Amén!

inagotable de todas estas gracias es *Dios el Padre* y *Jesucristo el Señor.* La oración se dirige a Cristo tanto como a Dios, prueba de su eterna divinidad. (Comp. 2 Cor. 13:13, nota).

26. *En incorrupción,* en esta potencia de vida divina e imperecedera que Cristo ha sacado a luz por su evangelio. (2 Tim. 1:10). El *amor* del verdadero cristiano a su Salvador participa plenamente de esta virtud, fruto del Espíritu de Dios, y que no podría cesar jamás. A los que así aman a Jesús, Pablo desea la *gracia*: "la gracia que es el efecto del amor de Jesucristo a nosotros, y que es también la recompensa de nuestro amor a él. Se debe esperar todo de él cuando se le ama, temer todo cuando no se le ama. (1 Cor. 16:22)". *Quesnel.*

EPISTOLA DE PABLO A LOS FILIPENSES

INTRODUCCION

1. La buena nueva del evangelio no había llegado aun a nuestra Europa. Dios, que tenía tan grandes designios para el porvenir de esta parte del mundo, llamó aquí al apóstol de las naciones por una visión. La voz del Macedonio que Pablo oyó durante la noche: "Pasa a Macedonia y socórrenos" (Actos 16: 9), fué como el grito de angustia del presente y una profecía del porvenir. — Pablo, ocupado en su segundo viaje de misión en Asia, no vaciló; atravesó el mar, y se detuvo primero en Filipos, colonia romana considerable de Macedonia; llevaba ese nombre en honor de Filipo, hijo de Amintas y rey de Macedonia, que la había reedificado y fortificado. Esta ciudad era célebre por la batalla de Antonio y de Octavio contra Bruto y Casio. En su lugar no queda hoy más que una aldea llamada Filiba. Aunque Filipos fuera llamada "primera ciudad de Macedonia" (16: 12), los judíos, a quienes Pablo se dirigía siempre en primer lugar, no eran en ella bastante numerosos para tener una sinagoga; se reunían para su culto fuera de la ciudad, a las márgenes de un río, y allí fué donde el apóstol de Jesucristo hizo oír el avangelio de la paz, en los lugares donde, menos de un siglo antes, se había decidido la suerte de la república romana por una horrible carnicería. Su predicación no careció de efecto: fué primero Lidia, la vendedora de púrpura, a quien "el Señor abrió el corazón para hacerla atenta a las cosas que Pablo decía" (16: 14); luego fué el carcelero del apóstol quien, habiendo creído en el Señor, recibió a su prisionero en su casa y le testificó la caridad de un hermano. (Vers. 28-34). Cuando Pablo y Silas, su compañero de tareas dejaron la ciudad, se despidieron, en casa de Lidia, de un pequeño rebaño de "hermanos" a quienes "consolaron" antes de partir. (Vers. 40). — Más tarde el apóstol visitó por segunda vez esa iglesia. (20: 6).

2. Tal fué el origen de la iglesia de Filipos, que, según parece, creció rápidamente. Las relaciones formadas entre el apóstol y esos nuevos creyentes en los días del "primer amor" y en el seno de aflicciones que unían los corazones, quedaron siempre particularmente íntimas y tiernas. Los cristianos de Filipos acompañaron por todas partes al mensajero del evangelio con su vivo interés y con señales liberales de su afecto. Pablo apenas los ha dejado, cuando ya sus hermanos de Filipos le envían por dos veces a Tesalónica con qué proveer a sus necesidades (Fil. 4: 16); en Corinto, repiten sus donativos (2 Cor. 11: 9); sabiendo más tarde que está preso en Roma, le envían uno de ellos, Epafrodito, con nuevos auxilios. (Fil. 2: 25; 4: 10). Y Pablo, por su parte, que con frecuencia rehusaba toda subvención de parte de las iglesias, al punto de afligirlas por esta delicada reserva (1 Cor. 9: 15, 18; 2 Cor. 11: 7-12; Fil. 4: 15), Pablo acepta las ofrendas de los Filipenses, los alaba por ellas y les testifica su reconocimiento y su gozo. (4: 10, 14). Tales eran sus relaciones de mutuo afecto. Por esto la carta que va a ocuparnos es una conmovedora efusión de corazón; el apóstol le ha dado una forma más epistolar, más personal, más íntima, que a cualquier otra de sus epístolas.

3. La ocasión de dirigirla a sus amados Filipenses se presentó naturalmente a él. Había recibido por Epafrodito todos los detalles deseables sobre el estado espiritual de ellos; sabe que son fieles en su adhesión al evangelio como en el primer día (1:5), tiene la más alegre seguridad por su porvenir. (Ver. 6). Y sin embargo entre ellos también se han deslizado esos "malos obreros" (3: 2) que iban por todas partes siguiendo las huellas del apóstol para sembrar sus doctrinas de error. Según los términos en que Pablo habla de ellos (3: 2, 3), se trataba todavía de esos judíos que desnaturalizaban el cristianismo que habían abrazado, mezclando con él la justicia propia de un judaísmo legal al cual no podían renunciar. (Comp. también 1: 27, 28; 3: 18). De esas enseñanzas perniciosas, y quizá de otras causas aun (3: 18, 19), resultaba el peligro de algunas divisiones entre los Filipenses: Pablo siente la necesidad de llevarles a una plena unión. (2: 1 y sig.; 3: 15, 16; 4: 2). — Epafrodito cayó gravemente enfermo durante su residencia en Roma; deseó volver al lado de los suyos que se afligían respecto de él (2: 26-30). Pablo se lo envía con los testimonios del más vivo afecto, y le entrega nuestra epístola, escrita, según toda apariencia, hacia el fin de su primera cautividad, en el año 63 ó 64, y bastante tiempo después de las dos cartas a los Efesios y a los Colosenses. (2: 17). Era necesario, en efecto, que hubiera residido largo tiempo en Roma, para haber obtenido allí los triunfos que menciona esta misma carta. (1: 12-18; 4: 22).

4. En cuanto a la *autenticidad* de la epístola, de Wette decía que estaba "por sobre toda duda". Tiene en su favor las pruebas más convincentes suministradas por la crítica interna como por la crítica externa. Cada línea de este escrito lleva el sello del apóstol de los gentiles. Las numerosas relaciones personales indicadas entre el autor y los lectores no pueden ser más que las de Pablo y la iglesia de Filipos. En vano la escuela de Tubinga había disputado la autenticidad de nuestra epístola; un discípulo de Baur, Hilgenfeld, ha reconocido el poco fundamento de las objeciones de su maestro. Mas no hay cuestión tan bien resuelta sobre la cual la crítica no considere bueno volver de cuando en cuando. Basándose en los caracteres particulares de la doctrina y del estilo de la epístola, en la ausencia del título de apóstol en la subscripción, en la constitución de los obispos y los diáconos, Holsten ha creído poder inferir que la epístola no era de Pablo, sino de uno de sus discípulos que la habría compuesto por los años 70 u 80. Esta opinión inverosímil ha sido refutada por teólogos del mismo cuerpo que Holsten. La única cosa a conceder es que se puede observar una ligera diferencia entre el estilo de esta epístola y el de las epístolas más antiguas. Mas esta diferencia proviene de que el apóstol había tenido relaciones íntimas y multiplicadas con sus lectores y podía escribirles más familiarmente, y también de que estaba más adelantado en la carrera. Nuestra epístola forma transición entre las epístolas anteriores y las pastorales, en las cuales esas diferencias de estilo y de pensamiento son mucho más marcadas.

5. Aunque el orden de esta carta sea menos riguroso que el de los otros escritos del mismo apóstol, lo que es muy natural puesto que se trata, no de una instrucción en forma, sino de una simple efusión de corazón y de relaciones personales de Pablo con una iglesia, se puede resumirla en los pensamientos siguientes:

I. Después de la subscripción de su carta y de una salutación apostólica, Pablo expresa vivamente a sus lectores s ugozo, su reconocimiento a Dios por el estado religioso de ellos, su esperanza para el porvenir, su profundo afecto, sus votos. (1: 1-11).

II. Los consuela respecto de su cautividad anunciándoles que contribuye al triunfo del evangelio, a su propia salud y en la glorificación de Jesucristo; sus prisiones incitan a otros hermanos a anunciar a Jesucristo, y aun si todos no son sinceros, en nada será él confundido, sino que glorificará a su Maestro, ora por su vida, ora por su muerte; expresa sin embargo la esperanza de ser puesto en libertad y de volver a ver a los Filipenses; aprovechen éstos la ocasión de conducirse de una manera cada vez más digna del evangelio. (Vers. 12-30).

III. Pablo exhorta a sus hermanos a ser caritativos, unidos, humildes, a ejemplo de Cristo Jesús que siendo en forma de Dios se despojó a sí mismo, tomando una forma de siervo y haciéndose obediente hasta morir sobre la cruz. En consecuencia los Filipenses deben obedecer también, como si Pablo estuviera presente, y brillar como luminares en el mundo, de modo que el apóstol no haya corido en vano, sino que pueda regocijarse, y ellos con él, aun cuando debiera pronto hacer el sacrificio de su vida. (2: 1-18).

IV. Habla a los Filipenses del envío de Timoteo y de Epafrodito, de la enfermedad de este último, que recomienda con vivo afecto. (Vers. 19-30).

V. Se creería que iba a terminar aquí su carta por estas palabras: Por lo demás, hermanos, regocijaos (3: 1), que tienen en griego el sentido de un saludo; mas quiere aun poner a los Filipenses en guardia contra la influencia de los falsos doctores, a los cuales opone el ejemplo de su renunciamiento, que le ha inducido a sacrificar a Jesucristo todas sus ventajas terrestres, solamente con tal de llegar a la meta; esa meta es la perfección, y no se jacta de haberla alcanzado. Exhorta a sus hermanos a andar de acuerdo, a seguir su ejemplo, a no conducirse como enemigos de la cruz de Cristo, como muchos lo hacen por apego a las cosas terrenales, pues la ciudadanía del cristiano está en los cielos, de donde espera al Señor que le vestirá de gloria. (Cap. 3).

VI. Después de algunas recomendaciones a miembros individuales de la iglesia y a toda la grey (4: 1-9), Pablo expresa a esta última su reconocimiento y su gozo por las pruebas de cariño que le ha enviado por Epafrodito y ya antes a Tesalónica; en cuanto a él, sabe pasar sin nada, estar en la pobreza o la abundancia, mas se alegra de esas pruebas de afecto que son un sacrificio agradable a Dios. (Vers. 10-19). Termina por salutaciones y votos. (Vers. 20-23).

EPISTOLA DE PABLO A LOS FILIPENSES

CAPITULO I

I. Salutaciones; acciones de gracias y oración del apóstol por los Filipenses, 1-11. — II. *Les cuenta cómo ha contribuido su cautividad al bien del evangelio; Cristo es anunciado, y aunque algunos le anuncian con malos designios se goza de ello; está persuadido de que glorificará a su Maestro, ora por su muerte, ora por su vida; cree que continuará viviendo y volverá a ver a los Filipenses, 12-26.* — III. *Los exhorta a permanecer firmes en el mismo combate, 27-30.*

I. 1-11. Introducción: RELACIONES PERSONALES, ACCIONES DE GRACIAS Y DEMANDAS. — 1º Firma, dirección, voto apostólico. (1, 2). — 2º Acciones de gracias del apóstol por el estado espiritual de los Filipenses, su confianza de que Dios concluirá la obra empezada en ellos. (3-6). — 3º Esta confianza se basa en su comunión en el evangelio y en su tierno afecto por ellos. (7, 8). — 4º Pide a Dios que abunden en amor, en conocimiento, en pureza, en frutos de justicia para glorificar a Dios. (9-11).

1 Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo[1], a todos los santos
en Cristo Jesús[2] que están en Filipos, con obispos y diáconos[3]:

1. Aunque Pablo solo es el autor de esta carta, nombra consigo a su amado Timoteo por un sentimiento de delicado afecto para este último, quizá también a fin de prepararle una recepción tanto más cordial en Filipos, adonde esperaba enviarle pronto. (2:19-23). Deseando colocarse en un terreno de fraternal igualdad con el que había sido su colaborador en la fundación de la iglesia de Filipos (Actos 16), Pablo no se da, como de ordinario, el título de apóstol, sino que comparte con él el hermoso nombre de *siervo de Jesucristo.* (Comp. 1 Tes. 1:1; 2 Tes. 1:1; Col. 1:1).

2. *Santos en Cristo Jesús,* es decir santos por su comunión con el Salvador. (Comp. 1 Cor. 1:2, nota).— La carta es dirigida a todos los miembros de la iglesia, que son nombrados aun antes de los obispos y los diáconos.

3. Es ésta la única de sus cartas en que el apóstol designa una igle-

2 ¡Gracia a vosotros y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Se-
ñor Jesucristo [4]!
3 Doy gracias a mi Dios por todo mi recuerdo de vosotros,
4 siempre en toda súplica mía por todos vosotros haciendo la súplica
5 con gozo, por vuestra comunión cuanto al evangelio desde el pri-
mer día hasta ahora [5], confiado de esto mismo, que el que empezó
6 en vosotros una buena obra la terminará hasta el día de Jesu-
7 cristo [6], conforme es justo que yo piense esto de todos vosotros, por

sia enumerando todos los elementos que la componen: los *santos* (cristianos), los *obispos* (Gr. "sobreveedores, inspectores", los mismos que los ancianos o pastores. Actos 20:17, 28; 1 Pedro 5:1), y los *diáconos* (Gr. "servidores"), cuyo origen y y funciones remontan a Actos 6:1 y sig. Sería difícil decir por qué Pablo designa así, contra su costumbre, la iglesia de Filipos; pero lo que es mucho más importante es que este pasaje, mostrándonos cuál era, en los tiempos apostólicos, la composición de una iglesia fundada por el apóstol mismo, nos suministra una preciosa conformación de lo que se ha llamado más tarde la constitución presbiteriana de la iglesia. (Comp. Actos 11:30; 14:23; Tito, 1:5). Y sin embargo, aunque Pablo nombra aquí a los que ejercen funciones muy honorables a sus ojos, se dirige ante todo al pueblo de la iglesia. "Los escritos apostólicos son enviados más directamente *a la iglesia* que a los que la presiden". *Bengel.*

4. Véase Rom. 1:7, nota.

5. Este versículo 5 indica el motivo de las *acciones de gracias* del apóstol, de sus *oraciones*, de su *gozo* (v. 3, 4); es la *comunión* de los Filipenses *en* o *para el evangelio*, es decir primero su *participación* en sus inmensos beneficios, luego la parte que han tomado en los padecimientos y combates por los cuales el evangelio se ha afirmado y extendido en medio de ellos, y esto *desde el primer* día en que este evangelio les fué anunciando, *hasta ahora.* (Vers. 7, 27-30). Es esto para el apóstol el doble motivo de un reconocimiento que él expresa muy a menudo en sus cartas. (Rom. 1:8; Efes. 1:15, 16; Col. 1:4; 2 Cor. 1:7).

6. Gr. "la perfeccionará", la hará perfecta. De esta *buena obra* por excelencia, la obra de la fe, de la conversión, de la salvación, que Pablo acaba de indicar como una comunión en el evangelio, atribuye aquí el principio, la continuación y el fin a Dios, lo que está conforme con todas las enseñanzas del evangelio sobre este gran asunto. Porque esa obra es la obra de Dios habla el apóstol con tanta seguridad de su terminación *hasta el día de Jesucristo.* (Vers. 10, nota). "Resulta claramente también de estas palabras que hay para la vida del cristiano un desarrollo y un crecimiento, de tal modo que la potencia de vida que está allí desde el origen se despliega cada vez más completamente y en sentidos más diversos". *Kubel.*—Algunos intérpretes entienden por la "comunión o participación en el evangelio" (v. 5) únicamente la parte activa que han tomado los Filipenses en propagarlo, y por la *buena obra,* esta cooperación misma. En uno y otro caso, es ésta una explicación muy incompleta y

teneros yo en mi corazón, siendo todos vosotros, tanto en mis pri-
siones como en la defensa y confirmación del evangelio, copartíci-
8 pes míos de la gracia [7] Testigo mío, en efecto, es Dios, de cómo
9 tengo ansia de todos vosotros en la ternura de Cristo Jesús [8]. Y
esto pido: que vuestro amor abunde aun más y más en conoci-
10 miento y todo discernimiento [9], para que probéis lo excelente [10],

superficial de las palabras del apóstol.

7. Pablo muestra cuán justificada es, y legítima de su parte, esta certidumbre que tiene de la salvación final de sus hermanos de Filipos. Las palabras: *tanto en mis prisiones como en la defensa y confirmación del evangelio* pueden conectarse con las que preceden: *os tengo en mi corazón.* El apóstol justificaría su seguridad de la salvación de ellos fundándola en su afecto por ellos que, lejos de debilitarse, es fortalecido por la cautividad que él sufre. Pero esas palabras pueden conectarse también con las que siguen: "vosotros todos siendo copartícipes míos de la gracia", (gr.), y el apóstol querría decir: "Os tengo en mi corazón, a vosotros que, en mis prisiones, en mis padecimientos y mis trabajos, sois todos partícipes de la gracia, de esta gracia de sufrir por el nombre de Cristo"; invocaría como motivo de su seguridad, no tanto el hecho de que los lleva en su corazón, como el hecho de que ellos también tienen parte en los padecimientos por la causa del Salvador. (Comp. v. 29). Este pensamiento da cuenta mejor de la seguridad del apóstol. Cuando se ve a cristianos sufrir por el Maestro, es *justo* creer que están en la gracia.

8. Gr. "cómo os ansío a todos en las *entrañas* de Jesucristo"; el corazón aspira hacia los que ama (2:26; 2 Cor. 9:14; Rom. 1:11; expresión no solamente de profunda ternura por sus hermanos, sino de la más íntima comunión con Cristo Jesús. "En Pablo no es Pablo quien vive, sino Jesucristo; por esto en Pablo se conmueven no las entrañas de Pablo, sino *las entrañas de Jesucristo*". *Bengel.* Pablo es de tal modo *uno* con su Salvador que sufre los sufrimientos de Cristo, y que Cristo sufre y combate en él. (2 Cor. 1:5; Col. 1:24).

9. Pablo acaba de decir a sus hermanos que ora sin cesar por ellos (v. 4); les indica ahora cuáles son las gracias que principalmente reclama de Dios. Después de haberles *expresado* vivamente su amor, ¿cómo podría *testificárselo* mejor que dirigiendo tales súplicas a Dios en favor de ellos?—*Lo que él pide* ante todo, es que ese *amor* de que están animados ya, *abunde aun más y más.* Sabe, en efecto, que el amor es el alma de la vida cristiana, el alma de todos los demás dones de Dios. Sin embargo, el evangelio debe producir el desarrollo simultáneo de todas nuestras facultades; el amor, fuerza, calor y vida del corazón, tiene necesidad y vida del corazón, tiene necesidad de ser iluminado con la luz de arriba para no extraviarse en las sendas engañadoras de sus propias impresiones. Pablo pide pues que abunde *en todo conocimiento y discernimiento.* Estas dos palabras no son sinónimas: la primera expresa principalmente la percepción clara y neta de la verdad; la segunda, ese sentido delicado, ese tacto moral que

11 para que seáis sinceros y sin tropiezo para el día de Cristo[11],
estando llenos del fruto de la justicia que es por Jesucristo, para
gloria y alabanza de Dios[12].

II. 12-26. PROGRESO DEL EVANGELIO. SITUACIÓN PRESENTE DEL APÓSTOL. PERSPECTIVAS DE PORVENIR. — 1º Sus prisiones han animado a muchos a anunciar osadamente el evangelio; algunos, es verdad, lo hacen por malos motivos: se alegra de ello sin embargo, puesto que Cristo es anunciado. (12-18). — 2º Todo esto se le tornará a salud, pues tiene la firme seguridad de que Cristo, que es su vida, será glorificado, ora por su vida, ora por su muerte. (19-21). — 3º No sabe qué debe escoger, partir o quedar; preferiría estar con Cristo, pero puesto que su presencia es más útil para ellos, está persuadido de que quedará para gozo de ellos en Cristo Jesús. (22-26).

12 Mas quiero que sepáis, hermanos, que mis asuntos han resul-
13 tado más bien para progreso del evangelio, de modo que mis pri-

sirve de guía en la vida práctica. El resultado que el apóstol espera de esos dones es indicado en los v. 10 y 11.

10. O bien: "Las cosas contrarias, que difieren". (Rom. 2:18). La palabra griega tiene los dos sentidos, que, en la práctica, se reducen a uno solo, pues tener el discernimiento de lo bueno, conforme a la verdad y a la voluntad de Dios (Rom. 12:2), es también *discernir* lo que es opuesto, ora en la doctrina, ora en la vida.— ¡Nada más raro entre los cristianos que este discernimiento! Por esto deberían sentir la necesidad de dirigir sin cesar a Dios, cada uno por sí mismo y unos por otros, la oración del apóstol.

11. Tal será el fruto del discernimiento. *Puros* no significa solamente, en este versículo, exentos de contaminación, sino *sinceros, sin* mezcla. (Este abjetivo no se lee más que aquí y en 2 Pedro 3:1, pero el sustantivo de la misma raíz se encuentra, entre otros, en 2 Cor. 1:12; véase en ese pasaje la nota que indica su sentido etimológico). —La palabra traducida aquí por: *sin tropiezo*, paso en falso, caída, puede tener un sentido *pasivo*, refiriéndose a nosotros mismos: sin tropezar ni caer; o un sentido *activo*: sin causar escándalo y ser para otros una ocasión de caída.— Siempre el apóstol dirige su pensamiento hacia este último término, el *día de Cristo* (v. 6), es decir, el gran día de su aparición. (Comp. 1:6; 2:16; Rom. 2:5, 16; 1 Cor. 1: 8; 5:5; 2 Cor. 1:14; Efes. 4:30; 2 Tes. 1:10; 2 Tim. 1:12, etc.).

12. Hé ahí el lado positivo de la vida cristiana tendiendo a la perfección, mientras que el versículo precedente no indicaba aun más que el lado negativo, la preservación del mal. Una vida *llena de fruto de justicia* (tal es el verdadero texto, y no *de los frutos* según el texto recibido) recuerda la figura de un árbol cargado de frutos. La palabra *justicia* es tomada aquí en el sentido de justicia práctica, interna, y no en el de *justificación*. Un poderoso motivo para el cristiano de abundar en el fruto de justicia, es que ese fruto es *por Jesucristo*, que lo hace aceptable, *a gloria y alabanza de Dios*.

siones se han hecho manifiestas en Cristo en el pretorio entero y
14 a todos los demás[13], y los más de los hermanos en el Señor, con-
fiados en mis prisiones, osan más abundantemente hablar sin
15 temor la palabra de Dios[14]. Algunos, sí, también por envidia y
16 contienda[15], mas algunos también por buena voluntad, predican

13. Era para el apóstol un dulce consuelo en su cautividad y debía ser para los Filipenses un precioso estímulo el saber que un acontecimiento que deploraban, lejos de perjudicar al evangelio, había apresurado sus progresos bajo la mano potente de este Dios cuya sabiduría sabe sacar el bien del mal. Por esto empieza Pablo por el relato de este hecho sus comunicaciones personales, sus efusiones llenas de confianza que ocupan tan amplio lugar en nuestra epístola. (Vers. 12-26). Por esta expresión: *Mis prisiones se han hecho monifiestas en Cristo*, el apóstol quiere decir que ha sido evidente a los ojos de todos que no llevaba las cadenas de un criminal, sino las de un testigo de Jesucristo, y que *en Cristo*, en una comunión viva con él, soportaba las humillaciones y padecimientos de su cautividad. Este hecho había *contribuído al progreso del evangelio* más de lo que hubieran podido hacerlo muchas palabras.—El *pretorio* era el cuartel de la cohorte pretoriana. No servía de cárcel al apóstol, pero soldados de ese cuerpo le guardaban (Actos 28:16), y como se relevaban sin cesar a su lado, tuvieron en gran número ocasión de oir el evangelio, que el fiel apóstol no dejaba de anunciarles. Ellos de su parte extendían *por todos los demás lugares*, en toda la ciudad, y hasta el palacio del emperador, lo que les había sido enseñado. (4:22). "Por los padecimientos de los obreros se establecen y afirman las obras de Dios. Los obstáculos de los hombres son los medios de Dios: lo que desconsuela a la gente carnal, es lo que consuela a los hijos de la fe. Pablo no se jacta de que su elocuencia y sus talentos sean célebres en la corte, sino de que sus humillaciones son conocidas allí. Cuando Dios quiere hacer conocer los que son suyos, hace servir para ello sus mayores enemigos. Dejemos obrar a Dios y sigamos su conducta". *Quesnel.*

14. Gr. "*persuadidos por mis prisiones*", lo que significa que han recibido, por la vista de esas mismas prisiones, más fe y más coraje. Esta experiencia de Pablo se ha renovado en todas las épocas. ¡Cuán a menudo el testimonio de un mártir ganó a Cristo adversarios o indiferentes, o dió coraje a cristianos tímidos que empezaron a seguirle en esa senda de dolor!

15. Los que *predican a Cristo* con esos malos sentimientos no son los mismos que el apóstol menciona con elogio en el versículo precedente; es una nueva categoría *(algunos también)* que viene a añadirse a la otra. Su *envidia* y su *espíritu de contienda* provenía ciertamente de una diferencia en la doctrina, y sin duda también de sus deseos carnales de atraer discípulos hacia sí debilitando la influencia del apóstol. (Vers. 17, nota).

a Cristo[16]; los unos por amor, sabiendo que para defensa del
evangelio estoy puesto[17], mas los otros por espíritu de partido
17 anuncian a Cristo, no con sinceridad, pensando suscitar tribula-
18 ción a mis prisiones. ¿Qué pues? Que de todas maneras, empero,
ora por pretexto, ora por verdad, Cristo es anunciado, y en esto
19 me gozo, mas también me gozaré[18], pues sé que esto se me tornará
20 a salvación por vuestra súplica y provisión del Espíritu de Jesu-

16. Gr. "Por benevolencia", de buen corazón, ora para con el evangelio mismo, ora para con el apóstol. (Vers. 17).

17. Estos dos versículos (16 y 17), que son la explicación del v. 15, han sido invertidos por copistas para tomar el mismo orden que en el v. 15. Hemos restablecido, según los mejores manuscritos, el orden en que Pablo los escribió. Habla primero de los que anuncian a Cristo *por amor*. *Estos* en comunión de corazón con él, ven en él el enviado de Jesucristo, y en sus prisiones mismas un sello de su ministerio. Mas los otros *(aquéllos)* predican a Cristo por falsos motivos y no *con pureza*, porque piensan *suscitar tribulación a mis prisiones*. (Vers. 17). Se pregunta: ¿cómo podía su predicación *suscitar* aflicción al apóstol en la situación en que se encontraba? Se ha dado a esta pregunta muchas respuestas; habría sido necesario ante todo decir con Calvino: "Las razones nos son desconocidas, porque las circunstancias de ese tiempo no han llegado hasta nosotros". ¿Era provocando por su falso celo medidas más severas contra Pablo de parte de la autoridad? ¿Era excitando contra él el odio de los judíos, que podían perjudicarle también agravando su acusación? ¿Era por último haciéndole perder la confianza y el afecto de los cristianos de Roma y disminuyendo así su influencia? Todas estas opiniones han sido sostenidas y otras más. Mas esta cuestión depende en gran parte de otra que tiene mayor importancia: ¿Quiénes eran esos hombres que *predicaban a Cristo*, pero por motivos tan censurables? Se está de acuerdo generalmente en ver en ellos cristianos judaizantes, los adversarios constantes del apóstol. Habían recibido el evangelio, pero sin renunciar completamente al judaísmo para admitir la gran doctrina de la justificación por la fe que Pablo anunciaba. Entraban por todas partes en el campo de su trabajo, aprovechaban en Roma de su cautividad para perjudicar su influencia, y se ponían ellos mismos al abrigo de la persecución, aceptando ser confundidos con los judíos. La ley romana se mostraba tolerante respecto de estos últimos, como representantes de una antigua religión nacional, mientras que condenaba toda religión nueva. (Actos 16:21; 17:6, 7; Gál. 6:12;comp. Fil. 3:2, nota).

18. ¡Qué olvido de sí mismo! ¡qué amor exclusivo a su Maestro! ¡qué paciencia llena de caridad por sus adversarios! Parece sin embargo que éstos no mezclaban errores demasiado peligrosos a la predicación de Cristo, pues en este caso Pablo no habría podido *regocijarse* de su obra. Se sabe cómo combate los falsos doctores, en la epístola a los Gálatas, por ejemplo. (Comp. más adelante, 3:2).

cristo[19], según mi expectación y esperanza de que en nada seré
avergonzado, sino que en toda osadía, como siempre también aho-
ra, será engrandecido Cristo en mi cuerpo, ora por vida, ora por
21 muerte[20]. Para mí, en efecto, el vivir es Cristo, y el morir, ga-
22 nancia[21]. Mas si vivir en la carne es esto para mí fruto de la

19. Aun el pesar que Pablo personalmente sentía por las intenciones malévolas de sus adversarios debía contribuír a su bien espiritual, a su *salud*, en virtud de este principio que él mismo estableció: "Todo colabora para bien de los que a Dios aman". (Rom. 8:28). Sin embargo siente la necesidad de asegurarse dos socorros preciosos: las *oraciones* de sus hermanos, que le sostenían en sus más rudos combates, y la potencia del *Espíritu de Jesucristo*, por cuyo testimonio él tenía siempre la certidumbre de su adopción y de su triunfo final sobre todo lo que habría podido perjudicarle.

20. *En mi cuerpo* significa por toda mi vida sobre la tierra, ora que esta *vida* se prolongue y sirva yo aún a mi Maestro, ora deba pronto terminar en la *muerte*. En uno u otro caso, *Cristo* será *magnificado, engrandecido*. En efecto, glorificar a su Salvador, hé ahí el único pensamiento del apóstol, lo que opone a *ser confundido, avergonzado*. De cualquier modo que tenga lugar esta glorificación de Cristo por él, ¡cuéstele lo que le cueste, poco importa! (Vers. 22). El que, como Pablo, se ha ofrecido a Dios en sacrificio vivo y santo (Rom. 12:1), no tiene que elegir ya de qué manera glorificará a Dios; no es asunto suyo.—Si el apóstol no tiene más que un pensamiento, un deseo, una meta, por lo menos tiene una muy firme certidumbre de alcanzarla; acumula no menos de tres términos, los más fuertes, los más enérgicos, para expresar esa certidumbre que le consuela de todo: *expectación, esperanza, toda osadía* El versículo siguiente dice claramente la razón profunda e inconmovible de esa certidumbre.

21. La seguridad de Pablo de glorificar su Salvador, venga lo que venga *por su vida* o *por su muerte*, descansa en el hecho de que él no vive ya para sí mismo, sino para Cristo; su vida terrestre le es consagrada al punto de que *vivir* aquí no tiene ya valor, utilidad, objeto sino *para Cristo:* "Si vivo aún, viviré a Cristo, y *morir me es ganancia*", porque es *estar con Cristo*. (Vers. 23). Esta muerte de mártir glorificará a Cristo, y arrojará a Pablo a los brazos de su Salvador. Comp. Rom. 14:9. —Tal es el sentido de este versículo más conforme, por un lado, a la gramática, y por el otro, al contexto, puesto que debe probar o explicar *(en efecto)* cómo glorificará Pablo en todo caso a su Maestro. Sin embargo se ha dejado subsistir (en el original francés; N. del T.) en el texto precedente la versión de Ostervald (tomada de Lutero): *Cristo es mi vida*, primero porque en rigor este hermoso pensamiento no es contrario a los términos del original, y porque luego puede, en el fondo, dar cuenta también de la razón por la cual Pablo glorificará a su Maestro: "Cristo es mi vida, mi vida real, espiritual, imperecedera; si él pues prolonga mi existencia, sólo será para su gloria; si no, la muerte, que no tiene imperio alguno sobre aquella vida, que me pondrá en posesión

23 obra, y qué escogeré no sabría decir [22], mas soy constreñido de
24 ambos lados, teniendo el deseo de partir y estar con Cristo, pues
25 es muchísimo mejor, mas el quedar en la carne es más necesario
por causa de vosotros [23]. Y confiado en esto sé que quedaré y que

de la plenitud de esa vida, me es ganancia". Se tiene así el pensamiento profundo que Pablo expresa a menudo en otras partes. (Rom. 6:8-10; Gál. 2:20; Col. 3:3, 4). Gerlach reune las dos interpretaciones que preceden como formando el sentido completo del versículo, lo que no es imposible. Por último hay un tercer significado propuesto por Calvino, que consiste en hacer del nombre de Cristo el sujeto de ambas frases, y traducir: "Para mí, viviendo o muriendo, Cristo me es ganancia". De ahí la versión de Martín: "Cristo me es ganancia, que viva yo o que muera". Esta traducción no puede sostenerse.—Mas *realizar* estas palabras es aun más importante y más difícil que *comprenderlas*. *Cristo es mi vida*: "¡Oh palabras que no podían encontrarse más que en la palabra de mi Dios y en la comunión de Cristo! ¡Dichoso hombre de Dios! ¡Que no pueda yo repetir contigo estas palabras: ¡Oh Jesús, mi Salvador y mi Dios! ¡si tú solo fueras mi vida, tú, don de Dios, única luz de las almas, su paz, su vida! ¡si tus pensamientos fueran mis pensamientos, tus caminos los míos! ¡¡si mi espíritu estuviera penetrado de tu Espíritu, y tu amor fuera el ardor de mi alma!—Sí, tu lo serás; tu Espíritu me da testimonio de ello, y ya es tu omor solo y tu fidelidad lo que sostiene mi pobre vida". *Th. Passavant.*

22. Gr. "Mas, si vivir en la carne es para mí fruto de la obra, y lo que debo escoger, no lo hago conocer (no puedo decirlo)". Hay que entender literalmente ese *fruto de la obra* de los resultados posibles de su actividad apostólicas en el caso en que su *vida en la carne* fuera prolongada, y ésta es realmente la idea del v. 24. En la vacilación de sus pensamientos y de sus deseos, piensa más en los demás que en sí. "Pablo no usa una vana figura de retórica cuando habla como si la elección le fuera dejada entre vivir o morir. En cierta medida, el siervo de Cristo puede escoger; tiene el derecho de expresar lo que prefiere, sometiéndose, bien entendido, a la voluntad del Señor, y el Señor tiene en consideración esos deseos expresados por su siervo; ningún creyente podría dudar de ello". *Kübel.*

23. Hé ahí los dos sentimientos por los cuales él es *constreñido* (literalmente: *retenido)* y que ya había expresado en los v. 21 y 22. Para él, lo que encontraría *mejor* sería *partir, irse* (Gr. "deslizar, desatar", es decir "levantar anclas", o desatar las cuerdas de la tienda que la sujetaban a estacas), *para estar con Cristo*, prueba evidente de que Pablo esperaba esta felicidad inmediatamente después de su muerte. (Comp. 2 Cor. 5:1, 8; Hebr. 12:23, y sobre todo Luc. 23:43). Mas, por otra parte, un lazo muy fuerte le *retiene*, el deseo de ser aún útil a la iglesia. Sabe que su presencia es *necesaria* a ésta. "Desear abandonar la tierra para ir a Dios, es la perfección cristiana: consentir en permanecer en ella para la salvación de las almas, es el colmo de la santidad apostólica". *Quesnel.* Es muy legítimo suspirar por la plena li-

26 me quedaré con todos vosotros para vuestro progreso y gozo de
la fe [24], para que vuestro motivo de jactancia en mí abunde en
Cristo Jesús por mi presencia otra vez con vosotros [25].

III. 27-30. Conclusión. — 1º Que la contemplación de estos caminos de Dios, que saca el bien del mal, y la perspectiva de mi próximo regreso a vuestro lado, os inspire una conducta digna del evangelio, la firmeza y la unión para la lucha. (27). — 2º No tengáis temor alguno de los adversarios, que tienen en vosotros una prueba de su perdición, porque Cristo os concede la gracia de creer, de padecer, de combatir, como yo también lo hago. (28-30).

27 Sólo, conducíos como es digno del evangelio de Cristo, para
que, ora vaya y os vea, ora esté ausente, oiga de vuestro estado
que estáis firmes en un solo espíritu, en una sola alma luchando
28 juntos por la fe del evangelio [26], y no espantados en nada por los

beración; pero ¡que los que sienten esta intensa necesidad se pregunten si es verdaderamente para "estar con Cristo"!

24. Gr. "Estando persuadido de esto (de esta necesidad), sé que quedaré y quedaré con todos vosotros para vuestro progreso y para el gozo de vuestra fe". Podría hallarse extraño oir al apóstol hablar con tanta seguridad de un acontecimiento futuro sobre el cual no parece haber tenido revelación, puesto que luego después habla de él con una especie de incertidumbre. (2:17). "Mas, responde Calvino, los santos hombres de Dios regulan siempre sus esperanzas según su palabra, de modo que jamás presumen más en su espíritu que lo que les ha prometido. Donde tienen un testimonio cierto de la voluntad divina, allí se apoyan en una certidumbre que excluye toda vacilación. Así, cuando se trata del perdón de los pecados, del don del Espíritu Santo por la perseverancia, de la resurrección del cuerpo. Tal fué también la certidumbre de los profetas en cuanto a los oráculos de Dios. En todas las otras cosas no esperan nada sino condicionalmente, de modo que someten todos los acontecimientos a la providencia de Dios, a quien acuerdan ver más claro que ellos mismos". No hay que forzar pues los términos por los cuales Pablo expresa aquí su *persuasión*. (Comp. v. 25). Y por lo demás, para los que admiten una liberación y una segunda cautividad del apóstol. su esperanza fué justificada por el acontecimiento. Se puede hasta decir que la comparación de nuestro pasaje con otros (2 Tim. 4:6), donde Pablo habla positivamente de su próxima partida, es una prueba en favor de su doble cautividad.

25. *Jactarse, gloriarse en Cristo* significa: alabar a Cristo con gozo. Era natural que los Filipenses viesen en la liberación de su apóstol amado y en su presencia en medio de ellos tal motivo de loor y de gozo.

26. El apóstol ha expresado (v. 25 y 26) su certidumbre de permanecer en esta vida y de volver a ver los Filipenses; indica ahora, como conclusión, la condición con la cual *(so-*

adversarios, lo que es para ellos una señal de perdición, mas de
29 vuestra salvación, y esto de parte de Dios [27], porque a vosotros ha
sido donado, en favor de Cristo, no sólo el creer en él, sino también
el padecer en su favor [28], teniendo la misma lucha que visteis en
mí y ahora oís en mí [29].

lamente) esa visita podrá ser un manantial de gozo y la prolongación de su vida en este mundo podrá contribuir al progreso del reino de Dios: una *conducta digna del evangelio*, la *firmeza* en la unidad. Por *un mismo espíritu*, unos entienden el Espíritu de Dios, fuente de fuerza y de unión; otros, el espíritu de los cristianos, una misma tendencia, los mismos principios. Este último sentido parece más probable a causa de su conexión con esta otra expresión: *luchando en una misma alma;* así todo el hombre, con todas sus facultades, es lo que Pablo desea ver empeñado enérgicamente en esa lucha. Y anhela verlo unido con sus hermanos no solamente en sus principios y sus tendencias *(el espíritu)*, sino en sus sentimientos naturales y en las manifestaciones de su carácter individual *(el alma)*.—*Por la fe;* se puede entender: *por medio de la fe* del evangelio es entonces el *medio*, o: *en favor de la fe* (el *fin*).

27. ¿A qué se refieren estas palabras: lo *que es una señal*, etc.? A todo lo que precede. (Vers. 27). La firmeza, la unidad de los cristianos en el combate, el hecho de que no son *espantados* en presencia de los peligros, constituyen para los *adversarios* una *prueba* de su *perdición*, pues ellos pueden ver, en esos pobres y débiles pecadores, una marca de la potencia de Dios a la cual ellos resisten; es para ellos la piedra de tropiezo. (Mat. 21: 44). Mas es eso también para los cristianos, ypor la misma razón, una señal de *salvación*. El hijo de Dios encuentra en cada combate de donde sale victorioso un nuevo motivo de fuerza para su fe y de certidumbre en cuanto a la plena liberación. (Rom. 8: 17; 2 Tim. 2:12; 2 Tes. 1:5). Esta *señal*, para unos y otros, es bien cierta, pues es *de parte de Dios*, que lo ha ordenado así de acuerdo a su verdad y a su justicia, por una parte, y por la otra, a su fidelidad y a su amor.

28. Estas hermosas palabras, incomprensible paradoja para el mundo, son la explicación y la razón *(porque)* de las que preceden. (Véase la última nota). "*Creer y padecer* es toda la vida cristiana. Uno y otro es la obra de la gracia en nosotros. La gracia del padecimiento es más excelente que la de la fe; la una conduce a la otra y es su principio. La fe en Cristo Jesús hace un cristiano; el padecimiento por Jesucristo hace un mártir, es decir un cristiano de primer orden". *Quesnel.*

29. Lo han *visto* en Filipos (Actos 16), y lo han *oído* de Roma. Gran aliento para ellos de asociarse al apóstol en la *lucha*.

CAPITULO II.

Continuación. I. *Pablo exhorta a sus hermanos a ser unidos y humildes a ejemplo de Cristo Jesús que se humilló, a consecuencia de lo cual Dios le ha elevado sobremanera, 1-11.* — II. *Los exhorta a la perseverancia en la obra de su salvación, a la pureza de la vida, 12-18.* — III. *Les promete enviarles pronto a Timoteo, cuyo celo y fidelidad alaba; les envía ahora y les recomienda a Epafrodito, 19-30.*

I. 1-11. UNIÓN, HUMANIDAD, DESINTERÉS A EJEMPLO DEL DESPOJO VOLUNTARIO DE JESUCRISTO. — 1º Puesto que la comunión con Cristo es una fuente de consuelo y de amor, sed un corazón y un alma, no haciendo nada por orgullo, todo por humildad, estimando a los demás, tomando a pecho sus intereses. (1-4). — 2º Tenéis el modelo perfecto de estos sentimientos en Cristo Jesús quien, en posesión de la gloria divina, despojóse de ella para hacer en el seno de nuestra humanidad y se humilló e hizo obediente hasta la muerte de la cruz. (5-8). — 3º Por esto Dios le ha elevado por encima de todo, de modo que todos le adoren y confiesen que él es el Señor. (9-11).

1 Si hay pues alguna consolación en Cristo, si algún refrigerio
de amor, si alguna participación del Espíritu, si alguna ternura y
2 compasiones, cumplid mi gozo: que tengáis el mismo pensamien-
3 to, el mismo amor, una misma alma, un solo pensamiento [1], nada

1. La firmeza y la unión para el combate, tal era el deber que el apóstol recordaba a los cristianos de Filipos en los últimos versículos del capítulo precedente. (1:26, sig.) No puede dejar aún ese asunto importante: sabiendo que la lucha en el seno de la iglesia, suscitada por los falsos doctores que procuraban atraerse discípulos, no será menos viva que con los adversarios exteriores; sabiendo también que, sin la unión de los cristianos, sin una sincera humildad, sin un completo renunciamiento, no podrían quedar vencedores, insiste en este punto; mas antes de reanudar su exhortación (v. 2-4), enumera los *motivos* más fuertes que puedan conmover un alma cristiana. (v. 1). Luego apela al irresistible ejemplo de renunciamiento, de abnegación y de amor que nos ha dado el Hijo de Dios. (Vers. 5 y sig.) "Si en verdad habéis hallado en Cristo el Salvador, y en su comunión íntima alguna *consolación* para vuestras almas (o *exhortación*, llamamiento a una vida santa; la voz griega tiene ambos sentidos, entre los cuales se dividen los intérpretes); si habéis experimentado el poderoso *estímulo* que hay en la caridad, en el amor a Dios y a vuestros hermanos; si realmente el Espíritu de Dios os ha unido en una viva y santa *comunión;* si todo eso ha creado en vosotros una *ternura* profunda (Gr. "entrañas"; comp. 1:8) y verdaderas *compasiones* por los pa-

[haciendo] por espíritu de partido ni por vanagloria, sino por la
humildad considerándoos unos a otros superiores a vosotros mis-
4 mos[2], no mirando cada uno lo suyo propio sino también cada uno
5 lo de los otros[3]. Tened este pensamiento en vosotros, que estuvo

decimientos y las debilidades de vuestros hermanos,—entonces, es imposible que todas estas fuerzas divinas no produzcan primeramente en vosotros los dulces frutos de la más íntima *unión*". (Vers. 2). Y Pablo acumula los términos que designan esta unión en todos los respectos: 1º en cuanto al *pensamiento*, caracteriza la unión por el primero y el último de los cuatro términos que emplea: pensar *la misma cosa*, y pensar *una sola cosa* (Gr.), por lo cual no entiende una uniformidad de doctrina y de opinión, que no sería ni posible ni deseable, sino una unidad de tendencia y de fin; 2º en cuanto a los *afectos*, describe esa unión por dos palabras igualmente íntimas: *teniendo el mismo amor* los unos para con los otros, y siendo *unidos de alma (sympsyjoi)*, expresión que sólo se encuentra aquí, pero que se refiere a la del cap. 1:27; combatiendo *en una sola alma*.—Y el apóstol no teme invocar como motivo para realizar esta unión perfecta el *gozo cumplido* que él sentirá por ella. Hasta se puede admitir, con la mayor parte de los intérpretes, que por todas las expresiones que preceden (v. 1) el apóstol quiere conmover *hacia él* los sentimientos de sus hermanos, apelando a su amor, a su compasión, tan desdichado sería él si ellos no siguieran esta senda, tan grande será su gozo si andan en ella.

2. La *humildad*, que proviene de un verdadero conocimiento de Dios y de nosotros mismos, tal es un segundo fruto que el apóstol espera hallar en los Filipenses en virtud de los motivos expuestos en el v. 1. El *espíritu de disputa* y de *vanagloria* no es corregido sino por una sincera humildad, pues viene del hecho de que nos estimamos demasiado a nosotros mismos y no bastante a los demás. Mas ¿cómo puede cada uno *considerar los demás como superiores a sí mismo?* Si alguno ha recibido de Dios dones evidentemente superiores a los de su hermano, ¿debe desconocerlo y engañarse a sí mismo para ser humilde? A fin de evitar esta dificultad, se ha reducido estas palabras a significar: que cada uno se ponga de buena gana en el último rango, se complazca en servir más que en ordenar, etc. Es debilitar el pensamiento del apóstol que puede y debe ser tomado al pie de la letra. En efecto, se trata menos de medir los dones de Dios en nosotros y en los demás, que de sentir profundamente cuán indignos somos de ellos, por todas las miserias que nos quedan y que nosotros solos podemos conocer. Si tratáramos entonces de compararnos a un criminal, podemos preguntarnos: ¿en qué soy yo, por naturaleza, mejor que él? si él hubiera estado en mi lugar, poseyendo todos los medios de educación moral y de gracia divina de que yo he disfrutado, ¿no sería él más excelente que yo? y si yo hubiera estado en su lugar, ¿no sería yo peor que él? Esta medida es la de Dios (1 Cor. 4:7), y si la adoptamos no tendremos dificultad en sentir respecto de *todo* hombre el sentimiento que indica el apóstol, y que él mismo sentía el primero. (1 Tim. 1:15).

3. La caridad sola pone en práctica este precepto. (1 Cor. 13:5). Pablo recomienda en otro lugar una aplicación particular de él. (1 Cor. 10:24).

6 también en Cristo Jesús, el que, existiendo en forma de Dios, no
7 consideró (una presa) el ser igual a Dios, sino que se vació a sí mis-
mo, tomando forma de siervo, hecho en semejanza de los hombres,
8 y hallado en figura como hombre, se humilló a sí mismo, hecho
9 obediente hasta la muerte; muerte, digo, de cruz[4]. Por tanto tam-

4. Toda verdad moral se encuentra viva en Jesucristo, no menos que toda verdad divina. Por esto el apóstol, exhortando a los cristianos al desinterés, a la abnegación, a la humildad (v. 3 y 4), no tiene que hacer para poner ante sus ojos el ideal de la perfección a este respecto, más que mostrarles el Hijo de Dios tornado en Hijo del hombre. Y al hacerlo, al proponerlo como modelo, resulta haber escrito uno de los testimonios apostólicos considerados en todo tiempo como clásicos sobre la divinidad y la humanidad de Cristo Jesús. Mas ¿cuál es, en esta contemplación de la *persona* y de la *humillación* del Salvador, su punto de partida? ¿Habla Pablo únicamente del Cristo histórico, de su aparición sobre la tierra? ¿o bien, elevándose hasta su preexistencia eterna, quiere mostrarnos en primer lugar lo que él era *antes* de esta aparición, para descender luego a las profundidades de humillación que han empezado con la encarnación? Esta última concepción es evidentemente el pensamiento del apóstol, a pesar de la opinión opuesta de numerosos intérpretes. En efecto, los términos que emplea Pablo son tales, que hay una distancia inconmensurable entre su punto de partida y el estado de humillación adonde sigue al Salvador. Cristo *existía* (es así como con M. Rilliet hay que traducir este verbo) *en forma de Dios*. Esta voz que, en nuestra lengua, despierta ideas demasiado materiales y poco adecuadas al asunto, expresa sin embargo todo lo que nos hace conocer a Dios como Dios, todas las perfecciones divinas. (Comp. Juan 17:5). Es lo que prueba evidentemente el empleo de la misma voz, por antítesis, en el v. 7: *forma de siervo*. Este término equivale al de "imagen de Dios" (Col 1:15; Hebr. 1:3), que implica la realidad de la esencia divina. (Juan 1:1, 2). "Cuando Dios se manifiesta por sus gracias tiene realmente la *forma* y la *esencia;* no puede manifestarse como Dios y no serlo". *Lutero*. "La forma de Dios significa aquí la majestad; del mismo modo que nosotros reconocemos un hombre por la forma de su aspecto, o, para emplear otra figura, del mismo modo que la *forma de rey* sería el aparato y el esplendor que le rodea, el cetro, la diadema, el manto real, del mismo modo la gloria con que Dios resplandece es su figura, su *forma*". *Calvino*. En posesión de las perfecciones divinas, el Hijo de Dios era *igual a Dios* (comp. Juan 5:18); si hubiera aparecido así sobre la tierra, no habría sido eso una *presa* que habría cogido, sino que habría sido su estado eterno. En otros términos, Cristo habría podido, al manifestarse a este mundo culpable, aparecer en toda la majestad de su gloria divina; no lo ha hecho, no ha considerado su igualdad con Dios como una *presa* a coger, como un *despojo* o un *botín* a llevar en triunfo y que sería su trofeo (tal es el sentido de la voz original); antes al contra-

bién Dios le exaltó a lo sumo, y le donó el nombre que es sobre
10 todo nombre, para que en el nombre de Jesús toda rodilla se do-
11 ble de los [seres] celestiales y terrestres y subterráneos, y toda

rio se *despojó a sí mismo* de ella. El término griego significa propiamente *vaciarse.* (Comp. 1 Cor. 15:10, 14, nota). Este despojamiento, este primer acto de humillación por el cual el Hijo de Dios descendió de lo infinito a lo finito, de la divinidad a la humanidad, es su encarnación, su nacimiento en la categoría de los hombres. Se despoja de la gloria divina; la *forma de Dios* se torna en la *forma de siervo,* siervo en toda la realidad de la palabra, siervo de Dios (Isa. 42:1; 52:13 y sig.), siervo de los hombres (Mat. 20:28; Juan 13:1 y sig.), él, que era el Señor de todos. (Vers. 11). Su *humanidad* no es menos real que su divinidad: *hecho a semejanza de los hombres* (Comp. Rom. 8:3; Juan 1:14), toda su vida en este mundo, todo lo que apareció de él (Gr. "hallado en figura como un hombre", v. 8) no le distinguió en nada de sus hermanos, si no es su incorruptible santidad. Era eso ya haber recorrido una inmensa carrera de humillación; mas no es eso todo: debía aun más *humillarse a sí mismo.* (Vers. 8). ¿Cómo? *haciéndose obediente.* "Aunque Hijo", debía "aprender la obediencia por las cosas que padeció" (Hebr. 5:8), llevar esta obediencia hasta el sacrificio entero de su voluntad (Mat. 26: 39), *hasta la muerte,* que no tenía ningún derecho sobre él, hasta *la muerte de la cruz,* la más ignominiosa de todas las muertes... ¡Hé ahí el Salvador en su naturaleza, en su abnegación, en su obra!—Hay que observar aún sobre este pasaje verdaderamente clásico de nuestros santos libros: 1º Que los dos términos *forma de Dios* e *igual a Dios* no expresan dos atributos diferentes, sino que se completan y se explican mutuamente.—2º Aunque el apóstol enseña aquí en términos claros y enérgicos la perfecta *humanidad* del Salvador, lo hace con palabras que reservan su naturaleza divina: *semejanza de los hombres* (Rom. 8:3), *en figura* (1 Cor. 7:31); no hay en estas expresiones ninguna sombra de docetismo, mas distinguen al hombre Jesús del resto de los hombres.—Que haya en este hecho del "Dios manifestado en carne", en la unión de su naturaleza divina y de su naturaleza humana, en toda su aparición sobre la tierra, desde su concepción y su nacimiento hasta la cruz en la indefinible mezcla de flaquezas enteramente humanas y de perfecciones completamente divinas, que haya en todo eso un profundo misterio (1 Tim. 3:16) ninguno soñó jamás en negarlo, y el apóstol no se ocupa de ello aquí. Ni aun se detiene en el *fin* primordial de esta obra, ni en las grandes doctrinas que de ella resultan. Lo que quiere exponer, lo que es accesible a la conciencia y al corazón de todo hombre, es el *ejemplo* conmovedor de un amor semejante, de tal humildad, de tal abnegación. Y este ejemplo, para el creyente, no es un hecho externo a contemplar, y cuya imitación entonces sería puramente imposible, sino que, por su comunión íntima y viviente con el Salvador, el cristiano, transformado gradualmente a su imagen, *puede* llegar a realizar en su vida *el mismo pensamiento que hubo en Cristo Jesús.* (Vrs. 5). Lo puede, porque este mismo Jesucristo vivien-

lengua confiese que Jesucristo es SEÑOR para gloria de Dios Padre [5].

do en él lo hace capaz. Despojarse uno mismo es, en el fondo, poca cosa en comparación de este ideal de amor y de humildad que Jesucristo le presenta. ¿Qué somos nosotros, en efecto? ¿qué tenemos? ¿de qué podría alimentarse nuestro orgullo? ¿de qué bien podríamos hacer trofeo? Todo el que no se siente despojado en presencia del Hijo de Dios que se despojó nada tiene de común con él. El pensamiento del apóstol solamente es realizado en aquel que consiente en perder todo lo que creía tener, todo, hasta su propia vida, para hallarla en Jesucristo. (Mat. 10:39; 20:20-28; Luc. 14:26).

5. La *elevación suprema de* Jesucristo ha sido, en un sentido especial, la consecuencia, la recompensa de su abnegación; es lo que el apóstol indica claramente por esta partícula: *por tanto.* (Vers. 9). Esta elevación no es la restitución de la naturaleza divina,—jamás había renunciado Cristo a ella,—sino la restitución de la gloria eterna de que voluntariamente se había despojado. (Comp. Luc. 24: 26; Juan 17:5; Efes. 1:20-22; Hebr. 2:9). "No recibe como hombre lo que tenía como Dios". *Teodoreto.* Por eso mismo se encuentra realizada en Jesús esta ley universal del mundo moral: "El que se humilla será exaltado" (Mat. 23:12; Luc. 14:11; 1 Pedro 5:6), pensamiento que corresponde perfectamente al motivo de la exhortación del apóstol. (Vers. 5). Vuelto al seno de su gloria elevando allá nuestra humanidad en su persona, Jesús recibe *el nombre que está por sobre todo nombre.* (El texto recibido dice erróneamente *un* nombre). ¿Cuál? Unos responden: el nombre de SEÑOR (v. 11), de soberano Dominador de ese reino que acaba de fundar por su abnegación, dignidad que *toda lengua debe confesar* con adoración. Otros dicen: el nombre de JESÚS (v. 10), que significa Salvador, y que todos sus redimidos pronunciarán eternamente con reconocimiento y amor Sea lo que fuere, es necesario observar que el apóstol emplea intencionalmente, primero el nombre humano de JESUS, delante de quien *toda rodilla* debe *doblarse,* a fin de decir claramente que con su humanidad ha sido glorificado; luego, atribuye el título soberano de SEÑOR a JESUCRISTO, designado bajo su doble nombre. Es lo que debe desligar toda lengua para confesarle, y hacer *doblar toda rodilla* a fin de que el sea adorado, *en el cielo, sobre la tierra y bajo la tierra,* en el universo entero y por todas las criaturas que lo llenan. Y esto tendrá lugar, ora voluntariamente y por amor, ora un día, por el temor de su omnipotencia y por la proclamación de su justicia. Este último pensamiento domina aun en el pasaje de Isaías (cap. 45:23, 24) que cita el apóstol. En el profeta, es Jehová quien habla, y Pablo, en la convicción de que Cristo es "igual a Dios", no vacila en atribuirle la soberana potencia y la adoración que Jehová reclamaba para sí mismo. Mas la confesión de que Jesucristo es el Señor es *a la gloria de Dios el Padre,* porque Dios, sus perfecciones, todo su Ser, ha sido manifestado en Cristo y por su obra. (Juan 17:1-4).—Llegar adonde está Jesús, tal es la esperanza del cristiano (Juan 14:3; 17:24); pero para llegar allá, no hay más que un camino, el del re-

II. 12-18. EL APÓSTOL EXHORTA A LOS FILIPENSES A TRABAJAR EN SU SALVACIÓN, A BRILLAR COMO LUMINARIA, A SER ASÍ SU RECOMPENSA Y SU GOZO. — 1º Hasta aquí habéis obedecido al evangelio; hacedlo más aun ahora que no estoy a vuestro lado, trabajando en la obra de vuestra salvación, pues es Dios mismo quien la realiza en vosotros. (12-13). — 2º Haced todo con la mansedumbre de la caridad, como hijos de Dios sin reproche y cuya vida se torna en una luz para el mundo. (14, 15). — 3º Así no habré trabajado en vano entre vosotros, y aun si debo sellar con mi sangre mi ministerio, me alegraré de ello, y vosotros os alegraréis conmigo. (16-18).

12 De modo que, amados míos, conforme siempre habéis obede-
cido, no como en mi presencia sólo sino ahora mucho más en mi
ausencia, con temor y temblor producid vuestra propia salvación,
13 pues Dios es el que opera en vosotros tanto el querer como el
14 obrar, por su beneplácito [6]. Haced todo sin murmuración y va-

nunciamiento y de las humillaciones que Jesucristo siguió; hé ahí todo el pensamiento de Pablo y el gran motivo que invoca en apoyo de su exhortación.

6. Estas notables palabras, que expresan la *consecuencia* moral del ejemplo de Jesucristo citado por el apóstol (*de modo que*), contienen dos pensamientos que, a primera vista parecen estar en contradicción el uno con el otro: de un lado, la libertad del hombre, su responsabilidad, su acción para la salvación; del otro, su absoluta dependencia de Dios y de la obra de la gracia. ¿Por qué debemos *producir nuestra salvación con temor y temblor?* porque (*pues*) *Dios obra con eficacia*, él mismo, en nosotros, para producir el *querer* y la *acción eficaz* (tal es el sentido del griego). ¿Cómo concuerdan estos dos principios? Hay que observar ante todo que para que nosotros podamos *obrar* nuestra salvación, es necesario que toda la obra de Cristo *por nosotros* haya precedido, y que solamente tenemos que trabajar en apropiarnos la salvación realizada por Cristo. Hay que observar también que el *temor* y el *temblor* no son ya un terror servil del juicio, sino el temor filial de ofender a un Padre reconciliado, o de recaer en el pecado por la negligencia de los medios de gracia. (Véase estos mismos términos, en aplicaciones diferentes, 1 Cor. 2:3; 2 Cor. 7:15; Efes. 6:5). Ahora bien: es completamente verdadero, por contradictorio que parezca, y conforme a la experiencia cristiana que, para toda conciencia seria, el más poderoso motivo de vigilancia y de acción es el pensamiento de que la gracia obra todo en ella, Los primeros principios de la conversión, como la perseverancia final; el primer pensamiento de un retorno a Dios, el primer movimiento de arrepentimiento, de fe, de amor, como los mayores progresos en la santificación, todo es la obra de la gracia en nosotros. Mas esta gracia obra en el corazón, despierta, dirige, fortalece y santifica la voluntad; produce no solamente el *querer* y la *acción*, sino que nos da el vivo sentimiento de que la inacción sería una culpable resistencia, un criminal menosprecio de tanto amor. Ella suscita, en un alma así puesta de nuevo en contacto con Dios, el temor y el temblor de que Pablo habla. Ella excita

15 cilación [7], para haceros irreprochables y sencillos, hijos de Dios
irreprensibles en medio de una generación depravada y perversa,
16 entre los que brilláis como luminares en el mundo, presentando
la palabra de la vida [8], para jactancia mía para el día de Cristo de
17 que no he corrido en vano ni trabajado en vano [9], empero, aun si
soy derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra
18 fe, me gozo y congratulo a todos vosotros [10]; y lo mismo también
vosotros, gozaos y congratuladme.

ese sentimiento de nuestra responsabilidad, que nos impulsa a trabajar en nuestra salvación con energía. Así la doctrina evangélica, bien comprendida, atribuye a Dios y a su gracia la gloria de la salvación del hombre, y produce en este último, al mismo tiempo, la más profunda humildad y el celo más ardiente para llegar al fin que Dios ha colocado delante de él.

7. La voz traducida por *vacilación* significa propiamente *duda* o *razonamiento*, que traban la actividad y, lo mismo que la *murmuración*, proceden de una falta de confianza en esta gracia de que el apóstol acaba de recordar los efectos ciertos y alentadores.

8. Cristianos que fueran tales cuales el apóstol los describe aquí: *sin reproche, sencillos*, sin mezcla alguna, para quienes el hermoso título de *hijos de Dios* fuera una verdad (Mat. 5:45), hijos *sin defectos* (Col. 1:22; 1 Tes. 3:13), tales cristianos serían otros tantos *luminares* para alumbrar a todos los que yerran en las tinieblas de *este mundo*. (Comp. Dan. 12: 3; Mat. 5:14). Ellos son luz (Efes. 5:8), porque *llevan* delante de sí o *retienen firme la palabra de vida*, que es su antorcha. "Si un cristiano que no alumbra al mundo por la santidad de su vida es un astro sin luz, ¡cuántos astros apagados en el cielo de la iglesia!" *Quesnel*.—Estas palabras: *la generación depravada y perversa* son una alusión a Deut. 32: 5. Pablo aplica al estado moral del mundo ese juicio de Moisés sobre su pueblo, siempre inclinado a la desobediencia.

9. Después de todos los motivos alegados por el apóstol para invitar a los Filipenses a la perseverancia y a la santificación, no teme apelar al amor de ellos por él, y mostrarles cuán dulce consuelo en sus padecimientos actuales, y cuán gloriosa esperanza para el porvenir sacará del pensamiento de la fidelidad de ellos a su vocación cristiana. — Las palabras *corrido en vano* recuerdan una figura a menudo empleada por el apóstol, la de las carreras en el estadio. (3:14; 1 Cor. 9: 24, etc.) *Trabajado en vano* se refiere más bien a la labor en un campo cuya cosecha se espera. "Se puede y se debe desear en este mundo que la palabra de Dios lleve su fruto; mas sólo muy moderadamente se debe desear gustar su dulzura, si no es como Pablo, *en el día* del juicio y en la presencia *del Señor*". *Quesnel.*

10. Aquí se presenta al apóstol la idea de que su carrera y su trabajo (v. 16) podrían muy bien terminar por una muerte sangrienta. Y entra heroicamente en este pensamiento. ¡Sublime abnegación! En la incertidumbre en que estaba en cuanto al fin de su cautividad, el apóstol expresa ora la posibilidad de su muerte, ora la esperanza de que quedará para su obra (1:20-26), pero siempre

III. 19-30. ENVÍO DE TIMOTEO Y DE EPAFRODITO A FILIPOS. — 1º Pablo desea enviar a Timoteo a los Filipenses, para tener noticias suyas, y escoge ese discípulo que ha dado pruebas de su afecto por él y por ellos, mientras que los otros no piensan sino en sus propios intereses; le enviará, pues, cuando haya visto el resultado de su proceso, y él mismo espera ir a ellos. (19-24). — 2º Mas ha querido enviarles primero a Epafrodito, que le había visitado de parte de ellos y había provisto a sus necesidades; Epafrodito mismo lo deseaba; había estado enfermo, y su regreso será un gozo para sus amigos inquietos por él. (25-28). — 3º Pablo le recomienda con grande afecto, como un hermano que ha expuesto su vida por él. (20, 30).

19 Mas espero en el Señor Jesús enviaros pronto a Timoteo, para
20 que yo también cobre ánimo conociendo vuestro estado [11]. Ningu-
no, en efecto, tengo de igual ánimo, que sinceramente se preocupe
21 de vuestro estado, pues todos buscan lo suyo propio, no lo de
22 Cristo Jesús [12]. Mas conocéis su prueba, porque como hijo a pa-
23 dre ha servido conmigo en el evangelio. A éste pues, sí, espero
24 enviar al instante, en cuanto vea mis asuntos [13]. Y confío en el

aceptando *con gozo* la voluntad de Dios, porque ha renunciado completamente a todo lo que le es propio. Los términos de que se sirve son tomados todos del culto del Antiguo Testamento, y en particular de las costumbres de los sacrificios. Después del sacrificio sangriento, se derramaba una *libación* de vino en derredor del altar. El apóstol se representa primero su propia sangre como derramada y sirviendo de libación (2 Tim. 4:6): luego cambiando de figura, se describe como sacerdote, ofreciendo a Dios ese pueblo de creyentes, convertidos del paganismo (Rom. 15:16); eso es lo que él llama *el sacrificio de vuestra fe*, en el cual él hace el *servicio* sacerdotal. El *se regocija* en este pensamiento de la muerte e invita a sus hermanos a *alegrarse con él* (v. 18),lo que sería de ambas partes imposible si la voluntad de Dios no fuera para todos más querida que la vida misma, y si todos no tuvieran la seguridad de que esa muerte glorificaría a Jesucristo y al evangelio de su gracia.

11. La muerte de que acaba de hablar no le parece ni cierta ni inminente. Quizás sirva de aspersión, *mas espera* enviar a Timoteo para informarse del estado de la iglesia, y para ser así *animado*, consolado. Timoteo informará a los Filipenses de la suerte de Pablo. (Vers. 23). El mismo tiene la seguridad de ir también pronto (Vers. 24). Comp. sobre la solicitud del apóstol por la salvación de las almas, 1 Tes. 3:2; 2 Cor. 11:28, 29.

12. Diciendo *todos*, Pablo entiende los que le rodeaban entonces en Roma, y que, en parte influídos por los falsos doctores (1:15 y sig.), no se portaban ya como siervos abnegados de Jesucristo. (2 Tim. 4:10). Tanto más hermoso es el testimonio dado al fiel Timoteo. (Vers. 22).

13. Cuando sepa a qué atenerse sobre el fin de su cautividad. (Comp. v. 17, nota).

25 Señor que también yo mismo iré pronto. Mas consideré necesa-
rio enviaros a Epafrodito, mi hermano y colaborador y compañe-
ro de milicia, mas vuestro enviado y servidor de mi necesidad [14],
26 por cuanto tenía ansia de todos vosotros, y se angustiaba, porque
27 habíais oído que estuvo enfermo. Porque estuvo enfermo, muy
cerca de la muerte, pero Dios tuvo misericordia de él, y no sólo
de él sino también de mí, para que no tuviera tristeza sobre tris-
28 teza [15]. Tanto más diligentemente, pues, le he enviado, para que
29 viéndole otra vez os gocéis y yo tenga menos tristeza [16]. Recibid-
30 le, pues, en el Señor con todo gozo y apreciad a los tales, porque
por causa de la obra de Cristo se acercó hasta la muerte, poniendo
en peligro su vida para suplir vuestra ausencia en vuestro servi-
cio hacia mí [17].

14. Gr. "Vuestro apóstol (enviado), y ministro de mi necesidad". (Comp. 4:18).

15. ¡Qué tierna delicadeza del amor cristiano se muestra en todas estas relaciones personales! Epafrodito sufre porque sus amigos de Filipos han *oído* de su grave *enfermedad* y se habrán afligido; Pablo se apresura a enviárselo para su consuelo mutuo (v. 25), y considera la curación de su hermano como una misericordiosa dispensación de Dios para con él mismo, a fin de que él no tuviera *tristeza sobre tristeza*. Se ve cuán lejos está la heroica abnegación hasta la muerte, de que el apóstol acaba de dar la prueba (v. 17), de apagar en su corazón los sentimientos *humanos*.

16. Sabiendo que vosotros tenéis ese *gozo*, ese consuelo, yo tendré *menos tristeza*. Siempre esa tierna simpatía que sufre y goza con los demás.

17. Parece que Epafrodito se había atraído su enfermedad *sirviendo* al apóstol, ora por su viaje de Filipos a Roma, ora por otros actos de abnegación en esta última ciudad. En todo caso, era para la *obra de Cristo*. Y Pablo expresa el vivo reconocimiento que siente a la iglesia que considera lo que Epafrodito ha hecho por él como *supliendo* lo que todos habrían hecho si hubieran estado presentes.

CAPITULO III.

I. *Pablo pone sus lectores en guardia contra los falsos doctores, y muestra por su propio ejemplo cómo hay que renunciar a las mayores ventajas carnales para obtener la justificación y realizar la santificación, 1-14.*— II. *Exhorta a sus hermanos a andar bien unidos en este camino; describe la vida y por último fin de los falsos cristianos y de los verdaderos discípulos de Jesús, 15-21.*

I. 1-14. GUARDARSE DE LOS FALSOS DOCTORES. PABLO HA RENUNCIADO A TODO PARA GANAR A CRISTO Y ALCANZAR LA META. — 1º El deber del gozo cristiano; desconfiar de los malos obreros y de la circuncisión que preconizan; los verdaderos circuncisos son los que ponen toda su confianza en Jesucristo y no en la carne. 1-3). — 2º Pablo tendría motivo para jactarse en la carne más que cualquier otro: por su circuncisión por su descendencia del pueblo de Dios, por sus tendencias farisaicas, por su celo, por su justicia según la ley. (4-6). — 3º Pero sufre con gozo la pérdida de todos esos privilegios; los menosprecia para conocer y ganar a Cristo, ser hallado en él, poseer su justicia, experimentar la potencia de su resurrección, tener parte en sus padecimientos y en su muerte, y llegar a la resurrección gloriosa. (7-1). — 4º Sin embargo, Pablo no ha cogido aún el premio, que es la perfección, sino que ha sido cogido por Cristo y hace una sola cosa: olvidando todo lo que está detrás de él, corre hacia la meta a que Dios le ha llamado en Cristo Jesús. (12-14).

1 Por lo demás, hermanos míos, gozaos en el Señor[1]. Escribiros
lo mismo a mí no me es gravoso y para vosotros es seguridad[2].
2 Guardaos de los perros; guardaos de los malos obreros; guar-
3 daos de la mutilación[3]. Nosotros, en efecto, somos la circunci-

1. Las primeras palabras de este capítulo, que no se ligan lógicamente ni a lo que precede ni a lo que sigue y que son un saludo al modo de los antiguos, parecen indicar que el apóstol quería terminar primeramente aquí su carta, o por lo menos pasar a las relaciones personales que se encuentran en cap. 4. Sin embargo, una exhortación muy importante está aún en su corazón (v. 2) y él le da curso.—Sobre ese santo *gozo* del redimido de Cristo, que es una fuerza en los combates y en las pruebas, y al cual Pablo exhorta frecuentemente a sus hermanos al final de sus cartas, comp. 4:4; 2 Cor. 13:11; 1 Tes. 5:16. Es el gozo del Espíritu Santo en ellos. (Rom. 14:17; 1 Tes. 1:6).

2. Estas palabras pueden referirse a la exhortación al gozo que precede; pero es más probable que deban unirse a las advertencias que siguen, y que Pablo ya había hecho oir a sus lectores, ora de viva voz, ora de otro modo. El *no se cansa* de volver a ellas para la *seguridad* de ellos en presencia del peligro.

3. Son los mismos hombres los que el apóstol designa por estos tres nombres. El primero los señala como impuros en su carácter y sus motivos (en Oriente, el *perro* es siempre el símbolo de la impureza: Mat. 7: 6; Apoc. 22:15); el segundo muestra en ellos a hombres que se atribuían a sí mismos la misión de trabajar en la iglesia (comp. 2 Cor. 11:13; y precedentemente cap. 1:14, 15); el tercero los designa como pertenecientes al partido de los judaizantes, que hacían de la *circuncisión* una condición indispensable para la salvación. El apóstol, por un juego de palabras que encierra una viva ironía, transforma esa *circuncisión* en una simple *incisión* o *mutilación*, y hace sentir así que a eso, en efecto, se reduce esa ceremonia religiosa, desde el momento que se atribuye tanta importancia al acto externo, material, olvidando que la circuncisión no tiene valor más que como signo de la purificación del corazón y de la vida. (Comp. v. 3; Rom. 2:28, 29). ¡Cuán aplicable es aún tal advertencia a todos los géneros de formalismo!.

sión, los que rendimos culto por el Espíritu de Dios y nos jacta-
4 mos en Cristo Jesús y no confiamos en la carne[4], aunque yo tenga
confianza aun en la carne[5]: si alguien piensa confiar en la carne,
5 yo más: circuncidado el octavo día, de la raza de Israel, de la tribu
6 de Benjamín, hebreo de hebreos; cuanto a la ley fariseo; cuanto al
celo, persiguiendo la iglesia; cuanto a la justicia que es en la ley,
7 llegado a ser irreprochable[6]. Pero aquello que era para mí ga-

4. Los cristianos son los verdaderos *circuncisos*, porque lo son espiritualmente, en el corazón. (Rom. 2: 28, 29; Col. 2:11). Entonces su *culto* es vivificado por el *Espíritu de Dios* (verdadero texto; comp. Juan 4:23, 24); y se *jactan en Cristo Jesús* solo, porque tienen en él la redención y la justificación (1 Cor. 1: 31; 2 Cor. 10:17), y no *en la carne*, como los judíos que ponían su *confianza* en la circuncisión y en otros privilegios externos. (Gál. 3:3; 6: 13).

5. Véase sobre esta noción de la *carne*, por oposición al *espíritu*, Rom. 1:3, nota; comp. 4:1, nota, y principalmente 8:1-13.

6. He ahí tantos privilegios de que Pablo habría podido jactarse si hubiera querido apoyarse en la *carne*, es decir en esas cosas externas, sin mirar a las disposiciones del corazón, las únicas que les darían valor: él también fué *circuncidado* según la ley al entrar en la vida, siendo *israelita* de nacimiento, y no solamente prosélito como muchos de los adversarios. Pertenecía a la *tribu* de ese *Benjamín*, el favorito de su padre, que recibió de él una bendición particular (Gén. 49:27; Deut. 33:12); a esa tribu que siempre quedó fiel y en la cual estaba Jerusalén con su templo. *Hebreo, hijo de Hebreos*, Pablo descendía de Abrahán; en cuanto a la doctrina y a la estricta observancia de la *ley*, era de la secta austera y respetada de los fariseos. (Actos 22:3; 26:5). Ninguno le había sobrepujado en *celo*, puesto que había *perseguido la iglesia* cristiana, y en cuanto a la *justicia de la ley*, a esa justicia que le oponían sus adversarios, y que consiste en seguir al pie de la letra cada precepto, mientras que el corazón queda inconverso, Pablo era *sin reproche* de parte de los hombres.

8 nancia lo he considerado pérdida por causa de Cristo[7]; mas cier-
tamente aun considero ser todo pérdida por causa de la excelen-
cia del conocimiento de Cristo Jesús mi Señor, por causa del cual
he sufrido la pérdida de todo y lo considero basura para ganar a
9 Cristo[8] y ser hallado en él, no teniendo mi justicia que es por
la ley, sino la que es por medio de la fe en Cristo, la justicia que
10 viene de Dios por la fe[9], para conocer a él, y la potencia de su
resurrección[10], y la participación de sus padecimientos, hecho

7. Esos privilegios, en la intención de Dios, eran ciertamente de un gran valor *(ganancia)*; mas como Pablo había abusado de ellos por orgullo, los considera ahora como una verdadera *pérdida*: lo que no quiere decir solamente que los ha perdido, que ha renunciado a ellos, sino que verdaderamente se le habían hecho nocivos. (Comp. Juan 9:41, nota). En este sentido un padre de la iglesia pudo omitir la idea paradójica de que "las buenas obras son perjudiciales a la salvación", lo que es verdad si esas obras impiden al hombre buscar su salvación únicamente en Cristo Jesús.

8. El versículo 8 no es una simple repetición del v. 7. Pablo quiere decir: "No solamente *entonces*, en el primer ardor de la conversión, consideré *esas cosas como una pérdida;* sino mucho más *ahora*, después de una larga experiencia de la vida cristiana, miro *todas las cosas*, todo lo que este mundo podría ofrecerme, como pérdida. En comparación de lo que he encontrado en la *excelencia del conocimiento de Cristo*, desprecio todo lo demás como *basuras*". Esta preciosa experiencia de Pablo es el principio universal de la vida cristiana. Para *ganar a Cristo*, apropiárselo por completo, *ser hallado en él* (v. 9) en su comunión, en el último día, es necesario sufrir la pérdida de todo aquello en que el hombre natural pone su confianza, estar listo a abandonar todo. (Mat. 10:38, 39; 16:24, 25).

9. Habiendo empleado el apóstol este término: *mi justicia*, lo explica por este: *la que me viene de la ley*, la que se esforzaba en adquirir por la observancia de la *ley*. Esa justicia no podría ser el fundamento de su esperanza para el porvenir. Conoce otra justicia de la que ha sido puesto en posesión *por la fe en Cristo, la justicia que viene de Dios a base de la fe*. Tal es la traducción literal de estas palabras cuyo sentido es suficientemente explicado por las otras epístolas de nuestro apóstol. (Véase en particular Rom. 3:21-28, notas; 10:3). Mas para apropiarse esta justicia, es necesario *ser hallado en Cristo*, en una comunión viviente con él por el vínculo íntimo de la fe, comunión descripta en rasgos profundos en las palabras que siguen.

10. Estas palabras, tanto como las del v. 9, se conectan estrechamente con el v. 8. El apóstol expone (v. 9-11) lo que es "ganar a Cristo". Es ante todo poseer su *justicia* (v. 9); *conocerle*, a él; conocer la potencia de su resurrección, la comunión de sus padecimientos y de su muerte (v. 10); es por último llegar por él a la resurrección de los muertos: verdades profundas que se deben sondar por la meditación, y de las que hay que hacer la experiencia para

11 conforme a su muerte[11], si de algún modo llego a la resurrección
12 de entre los muertos[12]. No que ya haya cogido o ya haya sido
hecho perfecto, mas prosigo por si alcanzo a coger [aquello] para
13 lo cual fuí cogido por Cristo. Hermanos, yo mismo no pienso
14 aún haber cogido, mas una sola cosa [hago]: olvidando lo que

comprenderlas.—*Conocer a él* no es poseer una simple noción histórica e intelectual de Cristo, sino haberle abrazado por una fe viva, haber entrado en una comunión íntima con él. (Comp. Juan 10:14; 17:3).—La *potencia de su resurrección* no es solamente esa fuerza divina que recondujo al Salvador de entre los muertos, le elevó a la diestra de la majestad de Dios, y que él despliega para aplicar a todos sus redimidos los frutos de su redención (Calvino y otros); ni solamente la seguridad de nuestra propia resurrección basada en la suya, la victoria sobre le ha enviado ese hermano en su cautividad y sus necesidades. En efecto, la muerte; sino también esta eficacia de vida divina por la cual el Señor resucitado, uniéndose a sus miembros que están sobre la tierra, hace morir en ellos el viejo hombre, resucita él mismo en ellos, reproduce en ellos su imagen, su vida, hasta el momento en que serán consumados en él y elevados a su gloria. (Comp. Rom. 6:4-11, notas; véase también Rom. 8:10, 11, 17; 1 Cor. 15:21, 22; 2 Cor. 1:9, 10; Gál. 2:20; Efes. 1:18-20; Col. 3:1, 4, notas).

11. Las últimas palabras de esta frase explican las primeras. La *participación de los padecimientos* de Cristo no es solamente una apropiación personal de sus padecimientos por la fe en él; es una experiencia real de sus padecimientos, por la cual cada uno de sus miembros en este mundo *es hecho conforme a su muerte*, es decir muere con él, condición indispensable para tener parte en la "potencia de su resurrección"; o más bien es eso una sola y misma obra de la gracia en nosotros, encarada por su lado negativo, la muerte, y por su lado positivo, la vida. El estado del cristiano sobre la tierra es un estado de sufrimiento, por dentro y por fuera. Lleva en todo lugar el dolor del pecado; sufre de sus propias miserias y de las de los demás; para él también la cruz es el único medio de la victoria. Estos padecimientos son los de Cristo mismo; él los soporta con sus miembros; es el mismo combate, la misma causa, la misma fuerza, el mismo fin, la misma corona adquirida por Cristo y reservada a los suyos. (Rom. 8:17, 26, 27; 2 Cor. 1:5; Col. 1:24; 1 Pedro 4:1, notas).

12. Gr. "Si cómo (de algún modo), llegaré a la resurrección de los muertos". En un sentido la *resurrección de los muertos* es universal, todos *llegarán* a ella (Juan 5:29); mas Pablo, en los principales pasajes que tratan de este asunto, sólo considera la resurrección de los justos, la consumación del cristiano entero, cuerpo y alma, glorificado por la potencia de resurrección y de vida que es Cristo en él. Esta esperanza del apóstol no es pues más que el último rasgo, el coronamiento de todo lo que ya ha expresado en el v. 10. Pero, ¿por qué este giro dubitativo? Ciertamente, habría que ser muy extraño a las epístolas de Pablo para pensar que duda de su salvación final. (Comp. entre otros Rom. 5:1 y siguientes;

está detrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo hacia la meta, hacia el premio de la celeste vocación de Dios en Cristo Jesús [13].

II. 15-21. Tender a la unidad. Los hombres de la tierra y los del cielo. — 1º Los cristianos llegados a la madurez deben ser unidos en el pensamiento, y si en algo difieren, esperar de Dios la luz; en ello imitarán al apóstol y a todos los que como él andan. (15-17). — 2º Esto es necesario, pues muchos andan de un modo tal, Pablo lo dice derramando lágrimas, que se muestran enemigos de la cruz de Cristo; andan hacia la perdición, pues todos sus afectos tienen por objeto la carne y las cosas terrenales. (18, 19). — 3º Los cristianos, al contrario, tienen su patria en los cielos, de donde esperan su Salvador, que coronará su obra en ellos haciéndolos semejantes a él en su gloria. (20, 21).

15 Cuantos somos, pues, perfectos, pensemos esto [14], y si algo
16 pensáis de otro modo también esto os revelará Dios. Empero, en

8:16, 28-39; 1 Cor. 3:21-23; Fil. 1: 5, 6; 2 Tim. 4:7, 8, 18). Mas la seguridad del hijo de Dios es una seguridad moral, que depende de los medios de gracia, y no una seguridad matemática. Anda por la *fe* y no por la *vista*. Su vida es un combate perpetuo, y quien dice *combate*, dice *peligro*. (2 Tim. 2:5). Debe dar pruebas de activa vigilancia, de concienzuda fidelidad, de humilde dependencia de la gracia de Dios, la única que le guardará y le asegurará la victoria. (Comp. 1 Cor. 10:12; 9:27 y las hermosas palabras que siguen, v. 12-14).

13. He aquí ante todo la versión literal de estas palabras (v. 12-14): *No que haya ya cogido,*—¿qué? estando sin objeto este verbo, unos suplen *todo lo que precede* (v. 10 y 11); otros, *el objeto, la meta* (v. 14); otros, *el premio* (v. 14);—*o que sea ya perfeccionado; mas prosigo, esforzándome por coger, por lo cual también fuí cogido por Cristo.* (Vers. 12). *Hermanos, no pienso yo mismo haber cogido;* (v. 13) *mas una sola cosa: olvidando las cosas, etc.* Estas palabras enérgicas, absolutas: *una sola cosa* (compárese Luc. 10:42), son ordinariamente completadas por un verbo: *hago;* otros las conectan con el v. 13: *estimo* una cosa; otros las dejan aisladas, en un sentido absoluto.—En estos versículos el apóstol representa el combate de la fe bajo la figura de la *carrera* tal cual tenía lugar entre los antiguos. (1 Cor. 9: 24-27, notas; y precedentemente aquí, 2:16). Por oposición a toda *perfección* imaginaria, ora legal, ora espiritual, Pablo confiesa humildemente que para él la vida cristiana es aún un combate, y lo será hasta el término. Este término es indicado al final del v. 14. Pablo lo llama la *meta* y el *premio*, por lo que entiende la *perfección.* (Vers. 12). El punto de partida de la carrera consiste en ser *cogido por Cristo* (v. 12); entonces solamente el creyente mismo puede pensar en *coger el premio.* (Es bueno observar este empleo de la misma palabra en dos sentidos diferentes). Es necesario, en efecto, que el que ordena la carrera llame al que debe tomar parte en ella, le abra la carre-

17 aquello a que hemos llegado, en lo mismo andemos [15]. Haceos
juntos imitadores de mí, hermanos, y observad a los que así an-

ra, le asigne su lugar, de donde se lanzará hacia la meta. Es lo que Cristo hace para todos los cristianos; mas esta experiencia inicial, *ser cogido por Cristo,* había sido más sorprendente en el apóstol Pablo, a causa de su conversión extraordinaria, a la cual hace alusión. "Yo era del número de los que corrían hacia la perdición; ya la tocaba yo, iba a perecer... entonces fuí *cogido* por Cristo que me perseguía, mientras yo huía de él con todas mis fuerzas". *Crisóstomo.*—Esta figura llena de verdad explica todo el resto en las palabras del apóstol: "El que corre no se detiene para mirar *hacia atrás* para ver qué espacio ha recorrido ya, sino que dirige sus ojos *hacia adelante,* al espacio que le separa de la meta. (Vers. 14). ¿Para qué contemplar lo que ha hecho, si olvida lo que le queda por hacer? *Tiende* pues *hacia la meta,* ardiendo de deseo de *alcanzarla.* Por mucha velocidad que ponga en sus pies, se adelanta aun a ellos con el resto de su cuerpo; *inclinando hacia adelante* (sentido de la voz griega), tiende las manos hacia la meta: es así como debemos nosotros correr". *Crisóstomo.*—Según esta figura, lo que está *detrás* y que el cristiano debe *olvidar,* no es solamente el mundo y el pecado, sino sus propias virtudes, sus progresos reales, que podría estar tentado a contemplar con complacencia en sí mismo, mientras que olvidaría sus faltas y sus miserias. Dios tiene delante de él, en el término de la carrera, el *premio* glorioso de su *vocación en Cristo Jesús.* Llegar a él, tomarle, debe ser su único pensamiento, su único asunto.

14. Ser *perfecto* no puede, según lo que precede, entenderse de una perfección moral absoluta. El apóstol emplea a menudo esa palabra en el sentido de *maduro,* de *hombre hecho* por oposición al estado de *niño.* (1 Cor. 2:6; 14:20; comp. Hebr. 5:14). Pablo exhorta a los que han alcanzado ese grado de perfección a tener *este mismo pensamiento* o este mismo sentimiento. ¿Cuál? Unos responden refiriendo estas palabras a los grandes pensamientos expresados en los v. 9-11; otros, a los de los v. 12-14, es decir que, aunque retenido firme su elección y su vocación en Cristo Jesús, nadie se persuada ligeramente de haber alcanzado el premio, sino que piense, al contrario, con humildad y tristeza, en la distancia que nos separa aún de la entera santificación del corazón y de la vida, a la cual debemos tender sin cesar. Ambas interpretaciones tienen algo de verdad. El pensamiento de que debe estar lleno el cristiano, es el que resulta de la experiencia hecha por Pablo: estar entero en Cristo, pero reconocer y sentir todo lo que le falta aún.

15. "El mismo pensamiento" (v. 15) de que todos los cristianos deben estar animados, es el centro mismo, el alma de la vida nueva en Cristo. Si un cristiano *anda* según esta línea de conducta, en este espíritu, se encuentra bajo la dirección cierta de Dios, bajo la disciplina de su Espíritu Santo. Mas sobre diversos puntos secundarios de doctrina o de conducta, puede haber, entre los que siguen esta senda, diferencias en más de un respecto, pueden *pensar de otro modo,* bien que estando sobre el mismo fundamento; esto está en la naturaleza de las cosas y es insepara-

18 dan conforme tenéis ejemplo en nosotros[16]. Muchos, en efecto,
andan, los que, muchas veces os he dicho, y ahora aun llorando
19 lo digo, son los enemigos de la cruz de Cristo[17], cuyo fin es per-

ble de la libertad evangélica; el apóstol lo admite sin vacilar. Mas está también convencido de que, si cristianos están realmente sobre "el único fundamento que se puede poner", conducidos por el mismo Espíritu de Dios, lo que falta a su conocimiento o a sus convicciones les será *revelado* por este Espíritu, que los acercará cada vez más a la unidad en todas las cosas. (Vers. 15). Entretanto, deben usar de tolerancia, de caridad, respetar unos la libertad de los otros, y sobre todo conservar la unidad en todo "aquello a que han llegado". (Trad. liter.). Pablo mismo da aquí un memorable ejemplo de ello. Cuanto absoluto se muestra cuando se trata de la verdad que constituye la esencia misma del evangelio, tanto es tolerante y lejos está de querer ahogar las convicciones individuales bajo el peso de su autoridad apostólica, cuando se trata de opiniones secundarias y sinceras, que con la mayor frecuencia solo difieren a consecuencia de un conocimiento imperfecto. (Comp. Rom. 14:1; Efes. 1:17; 1 Juan 2:20, 27).—El texto recibido da como sigue este versículo: "sin embargo, aquello a que hemos llegado, andar *segun la misma regla, pensar la misma cosa*". Las palabras en bastardilla no son auténticas; han sido añadidas con la intención de hacer más claro el pensamiento del apóstol.

16. Nosotros todos no tenemos más que un solo Maestro, un solo modelo, Cristo. (Mat. 23:8; 1 Pedro 2:21). Por esto, cuando el apóstol apela al ejemplo de su propia vida para que sus hermanos se ajusten a el, no lo hace jamás de una manera general y absoluta, sino, como aquí, en relación a alguna instrucción especial y práctica que acaba de dar a sus lectores. (1 Tes. 1:6; 1 Cor. 11:1). Era indispensable que los miembros menos iluminados y los más débiles de esas nuevas iglesias, que salían de las tinieblas del paganismo, tuvieran en los apóstoles de Jesucristo, así como en los cristianos más adelantados, un ejemplo vivo de la doctrina y de la vida nueva que ellos predicaban. Por esto los apóstoles no vacilan en recordar a los ministros de la palabra que deben mostrarse modelos de los rebaños (1 Tim. 4:12; Tito 2:7; 1 Pedro 5:3), lo que implica, para los fieles, el deber, no de imitar ciegamente a hombres, sino de considerar con respeto esos siervos de Dios cuyas luces, experiencia, sabiduría, santa vida son evidentemente frutos del Espíritu de Dios en ellos. Después del único Modelo perfecto, es útil recibir el testimonio viviente de aquellos más enriquecidos de sus dones. Las palabras que siguen, muestran claramente cuánta razón tenía el apóstol al hacer tal acercamiento.

17. Ora dirija el apóstol su pensamiento a los falsos doctores que antes ha designado (3:2), ora tenga en vista otros miembros indignos de la iglesia, que a menudo había tenido ocasión de reprender, de viva voz o por sus cartas, vuelve a ellos ahora con profundo dolor, a fin de poner en guardia a los fieles contra un ejemplo tan pernicioso. Esos hombres hacían profesión del cristianismo, y sin embargo eran *enemigos de la cruz de Cristo*. Nada hay en esto de contradictorio, nada que no se vea aún

dición, cuyo dios es el vientre y cuya gloria está en su vergüenza,
20 que se preocupan de lo terrenal[18]. En efecto, nuestra república
está en los cielos, de donde también pacientemente aguardamos
21 por salvador al Señor Jesucristo[19], que transformará el cuerpo

cada día. Mientras se trata de abrazar la doctrina de Jesucristo como un sistema, o de profesar el evangelio como una religión de puras formas, los hombres de que habla el apóstol son *amigos*. Mas en cuanto hay que admitir LA CRUZ en todo su significado y toda su potencia; en cuanto hay que consentir a no ser salvado más que por el misterioso sacrificio del Calvario, que hiere y quebranta el orgullo de la sabiduría humana y de toda justicia propia; en cuanto hay que tomar esa cruz humillante, llevarla en pos de Jesús, aceptar ser crucificado en ella con él, morir en ella a sí mismo, al mundo, al pecado, entonces esos falsos amigos se vuelven inmediatamente *enemigos*. Ahora bien: es eso en verdad lo que el apóstol entiende por esta sola palabra: la *cruz*. (Comp. 1 Cor. 1:17, 18; Gál. 2:20; 5:11, 24; 6:12-14). La enemistad de esos hombres, cuya vida va a caracterizar, le arranca *lágrimas* de dolor. "Y qué argumento debemos ver en esas lágrimas, no de celos o de odio por tales hombres, no del deseo de maldecirlos, no de un espíritu impulsado por la pasión, sino de un celo lleno de piedad. Pablo llora, porque ve a la iglesia en peligro de perderse bajo tales influencias". *Calvino*.

18. Todo el que no ha sido libertado del mundo y del pecado por la cruz de Jesucristo, todo el que es *enemigo* de esta cruz, tiene aún sus *pensamientos* y sus *afectos* en la *tierra* y en la esclavitud de sus intereses perecederos. Que las concupiscencias sean entonces elevadas, espirituales, y sirvan de alimento al orgullo, o que se arrastren sobre los objetos groseros de las pasiones carnales (*tener su vientre por Dios* designa de una manera enérgica los placeres de la mesa), el resultado es el mismo, la *perdición*. (Cop. Gál. 5:21; 6:8, notas).

19. El apóstol conecta la descripción de la vida cristiana con lo que precede, por esta partícula *en efecto*, como motivando el profundo dolor que le inspira la conducta de los que sólo tienen afecto por las cosas de la tierra.—La palabra traducida literalmente por *república* significaba también entre los griegos, en un sentido derivado, el género de vida, la conducta, principalmente en los negocios públicos; de ahí, en nuestras viejas versiones, la palabra de *conversación* (conducta). El sentido literal es el que conviene mejor al pensamiento del apóstol: mientras que los hombres de que acaba de hablar sólo piensan en las "cosas de la tierra", el cristiano tiene sus pensamientos y sus afectos *en los cielos*, que son su *patria*, su república. Extranjero y peregrino en este mundo, desprendido del mundo y de sus ventajas, todos sus deseos y todas sus esperanzas tienden hacia la posesión plena y entera de esos bienes eternos de que goza ya en parte por su comunión con su Salvador y su Dios. Todo lo que, sobre la tierra, es incompatible con esta vida celeste hacia la cual aspira, se le torna cada vez más extraño. Por esto su posición actual es la de un estado de *espera*, en vista del momento que realizará todos sus

de nuestra humillación conforme al cuerpo de su gloria, según la operación de su poder aun de sujetar todo a sí [20].

votos. (Comp. 1 Cor. 1:7; Tito 2:13). *Espera al Señor Jesucristo,* en su segunda venida, y le espera *como Salvador* (o libertador) de todo mal. (Vers. 21). Nuestras antiguas versiones borran este matiz del pensamiento. (Rom. 8:19).

20. Tal es la redención completa del redimido le Cristo. Ningún cristiano puede disfrutar de una paz perfecta mientras la última huella del pecado no haya sido aniquilada en él, y mientras todo su ser, espíritu, alma y cuerpo, no haya llegado a su destino eterno, la perfección. De ahí, su estado de *espera;* espera al *Señor,* que concluirá su obra en él. Pablo sólo nombra aquí la *transformación del cuerpo,* porque éste será, por la resurrección y la glorificación, el último acto de la obra de Cristo. Mas deja entrever un contraste inmenso entre el cuerpo actual y el de la gloria. Nombra al uno el *cuerpo de nuestra humillación,* lo que nuestras versiones traducen por "este cuerpo vil"; cuerpo *humillado* en efecto, puesto que sirve de instrumento al pecado, es esclavo de mil necesidades materiales, de las enfermedades, de la muerte, y debe en fin volverse polvo y servir de alimento a los gusanos. Pablo designa el otro por esta única expresión que dice más que todas las descripciones: ser *hecho conforme al cuerpo de la gloria de* Cristo, o a su cuerpo glorificado. (Comp. sobre este contraste del cuerpo humillado y del cuerpo glorificado, 1 Cor. 15:42-44). Así, "le seremos semejantes" en todas las cosas (1 Juan 3:2), con tal que le seamos hechos semejantes espiritualmente por nuestra comunión con él. ¡Qué destino!—Aquí, como en todas partes, la escritura nos hace ver en la resurrección un acto de la *potencia divina* de Cristo mismo. (Gr. "según la energía de poder aun sujetarse todas las cosas", comprendiendo en ellas la muerte). Hemos aplicado este pasaje a la *resurrección* propiamente dicha, porque tal es evidentemente el pensamiento general. Otros, tomando esta palabra *transformación* en un sentido limitado, piensan que Pablo quiere hablar, aquí como en otras partes (1 Cor. 15:52-53; 1 Tes. 4:15-17), de los que vivirán cuando la venida del Señor, y que, en lugar de *resucitar, serán cambiados.* Si esta interpretación no debe ser excluída, está lejos de expresar todo el pensamiento del apóstol.

CAPITULO IV.

I. *Ultimas exhortaciones, primero a algunos miembros de la iglesia individualmente, luego a todos, 1-9.* — II. *Reconocimiento del apóstol por el socorro que ha recibido de los Filipenses, 10-19.* — III. *Salutaciones y votos apostólicos, 20-23.*

I. 1-9. Unidos y gozosos, en la paz de Dios, busquen todas las virtudes cristianas. — 1º Invitación llena de afecto a permanecer en Cristo. Exhortaciones individuales a la unión. (1-3). — 2º El deber del gozo, de la mansedumbre; combatir las inquietudes por la oración y conservar la paz de Dios. (4-)). — 3º Cuadro de la vida moral: los Filipenses deben buscar todas las cosas buenas y dignas de la atención del cristiano, obrar según el ejemplo del apóstol, y el Dios de la paz será con ellos. (8, 9).

1 De modo que, hermanos míos amados y ansiados, gozo y
2 corona mía, estad así firmes en el Señor, amados [1]. A Evodía
exhorto, y Sintique exhorto, que tengan el mismo pensamiento
3 en el Señor [2]. Sí, ruego a ti también, genuino compañero de yugo [3] ayúdalas, pues en el evangelio lucharon conmigo con Cle-

1. Esta tierna exhortación del apóstol a los que son en este mundo ya su *gozo,* y que serán en el día de Cristo su *corona,* es decir, la gloriosa recompensa de sus trabajos (2 Cor. 1:14; 1 Tes. 2:19 y sig.), esta exhortación *a permanecer firmes en el Señor* (1 Tes. 3:8), se funda, como lo muestra la transición por *de modo que,* en la grande e imperecedera esperanza expresada en los últimos versículos del capítulo precedente. Mientras más clara vista y más segura esperanza tiene el cristiano de la meta gloriosa hacia la cual tiende tanto mayor fuerza y constancia saca de ello para "perseverar hasta el fin".

2. ¿Habían acaso, estas dos mujeres cristianas, quizá diaconisas de la iglesia, a las cuales da el apóstol un testimonio tan hermoso (v. 3), dejado crecer entre ellas alguna disidencia que él quiere allanar? Es posible, mas no resulta necesariamente de las palabras que Pablo les dirige.

3. ¿Quién era este compañero de tarea del apóstol? No se puede responder a esta pregunta más que por conjeturas. El apóstol, recomendando Evodía y Sintique a este discípulo *(sí, a ti también* es la verdadera lección aquí restablecida), piensa que podrá contribuir a establecer entre ellas la unión a la que exhorta.

Nota del traductor. — Al traducir el vocablo griego por "compañero de yugo", "colega", no resulta designada por nombre la persona a quien el apóstol se dirige. Hallando extraño esto, ya que ese vocablo aparece rodeado de nombres (Evodía, Sitique, Clemente), algunos comentadores lo toman por nombre propio. Así Pablo se dirigía a *Sízigo,* y le aplicaría el adjetivo "genuino" por alusión al significado de su nombre. Compárese Filemón 10, 11, donde Pablo hace otro tanto, pues Onésimo significa "útil".

mente[4] también y los demás colaboradores míos, cuyo nombre
está en el libro de la vida[5].
4 Gozaos en el Señor siempre; otra vez diré: gozaos[6]. Vues-
5 tra moderación sea conocida de todos los hombres. El Señor está
6 cerca[7]. De nada os preocupéis, sino en todo, por la oración y
por la súplica con acción de gracias, vuestros pedidos sean hechos
7 conocer a Dios[8]; y la paz de Dios, que sobrepuja todo entendi-
miento, guardará vuestros corazones y vuestras mentes en Cristo

4. ¿Trátase de *Clemente*, más tarde obispo de Roma, de quien se tiene una carta a los Corintios? Los padres de la iglesia lo han admitido; la cosa es incierta.

5. Figura tomada de la costumbre de inscribir en un libro todos los ciudadanos de una ciudad (Sal. 69:29; Luc. 2:1-3; y, en este sentido espiritual, Luc. 10:20); expresión notable de la seguridad del apóstol en cuanto a la salvación eterna de aquellos de quienes habla.

6. *¡Gozáos!* tal era la fórmula de saludo entre los griegos. Mas el apóstol, exhortando los cristianos al gozo, e indicándoles por estas palabras: *en el Señor*, la fuente inagotable de ese gozo, da a la salutación un sentido completamente nuevo. Si se pregunta: ¿Cómo puede estar el fiel *siempre* gozoso en un mundo donde está rodeado de tantos motivos de tristeza; siempre gozoso en sus rudos combates contra el pecado, la más pequeña de cuyas heridas es tan apropiada para llenarle de amargo dolor? No hay a estas preguntas más que una respuesta, mas es suficiente: Regocijáos *¡en el Señor!*

7. El pensamiento de que *el Señor está cerca*, que luego aparecerá (Apoc. 1:3; 22:10) es infinitamente apropiado para inspirar al cristiano esta *moderación* que el apóstol recomienda para con *todos los hombres*, aun para con los que le aborrecen y le persiguen.—Algunos intérpretes, Calvino entre otros, pero sin razón, entienden estas palabras: *el Señor está cerca*, de la omnipotencia de *Dios*, que sonda los corazones. Otros, aunque aplicándolas a la venida de Cristo, las conectan con el versículo siguiente y hacen de ellas un argumento contra las inquietudes. La primera interpretación nos parece la más conforme al pensamiento del apóstol.

8. Sería tan imposible *no preocuparse de nada*, como regocijarse siempre, si el evangelio no ofreciera constantemente los medios y los remedios. (Mat. 6:25 y sig.). A las inquietudes, Pablo pone la *oración*, la *súplica* (oración mas instante), por la cual el hijo de Dios deposita en el seno de su Padre celestial cada motivo de inquietud o de pena, y le pide la fuerza de soportarlo todo.—¿Mas por qué la *acción de gracias* cuando se está en aflicción y en temor? Porque, aun en sus malos días, el cristiano tiene más motivos de reconocimiento y de gozo por las gracias que ha recibido, que de queja o de tristeza por las pruebas a que es expuesto. Y aun si le sucede no poder orar con confianza, la acción de gracias, subiendo a Dios del fondo de un corazón verdaderamente reconocido, le abrirá las fuentes de la oración.

8 Jesús[9]. Por lo demás, hermanos, cuanto es verdadero, cuanto ho-
norable, cuanto justo, cuanto puro, cuanto amable, cuanto de bue-
na fama, si hay alguna virtud y si alguna alabanza, en eso pen-
9 sad[10]. Y lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en
mí, eso haced[11], y el Dios de la paz será con vosotros[12].

II. 10-19. Reconocimiento de Pablo a los Filipenses. — 1º Su gozo por los auxilios que ellos le han enviado; no le eran indispensables, pues sabe estar contento en la pobreza y en la abundancia; todo lo puede en el que le hace fuerte; mas es dichoso de que ellos hayan patricipado en sus tribulaciones. (10-14). — 2º Ellos solos, ya en Macedonia, le habían provisto con qué subvenir a sus necesidades; no es eso lo que él busca, sino más bien los frutos que ellos recogerán de su caridad. (15-17). — 3º Está, pues, colmado de bienes, y considera sus donativos como un sacrificio agradable a Dios, quien colmará todas las necesidades de ellos. (18,19).

10 Mas me gocé grandemente de que ahora por fin habéis he-

9. Otro beneficio inmenso que será el fruto de la oración y de la acción de gracias, opuestas a las inquietudes. Esta *paz de Dios*, el mayor de todos los bienes, *sobrepuja todo entendimiento*, porque la razón humana no comprende que exista allí donde es todo propio para producir la inquietud y la turbación. El cristiano mismo, en la aflicción, no viendo medio alguno de liberación, experimenta que la paz de Dios sobrepuja todos los esfuerzos inquietos de su espíritu para hallar la paz. "El apóstol no habla aquí de la paz que se siente cuando el mal cesa, sino de una paz que, en el seno mismo de la prueba, llena el alma de consuelos y no deja penetrar en ella la turbación. Ahora bien, que un hombre quede en paz, bajo la cruz, tranquilo en la tempestad, y se alegre en las tribulaciones, he ahí lo que la razón humana no puede comprender. Esta paz de Dios *guarda el corazón y los pensamientos en Jesús*, en su comunión, de modo que el hombre persevera hasta el fin para ser salvado". *Lutero.*

10. Por estas palabras: *por lo demás* (comp. 3:1), el apóstol resume todo lo que podría tener aún que decir a sus hermanos para llevarlos a una vida verdaderamente cristiana en todo sentido; querría agotar los rasgos que constituyen su carácter completo, como lo prueba la palabra *cuanto*, seis veces repetida. Todo lo que es, moralmente y según el espíritu del evangelio, *verdadero* o digno; *justo*, en sí o respecto de los hombres; *puro*, en las costumbres y en las intenciones; *amable*, como lo es siempre para los demás la caridad unida a la humildad; *de buena reputación* (Gr. "lo que agrada oir"); he ahí en algunos rasgos el retrato de un carácter hermoso y bueno. Aquí el apóstol rompe su construcción y, como para no olvidar nada, agrega: *si hay* (aun) *alguna virtud* (es éste, con 2 Pedro 1:5, el único pasaje en que este término sea aplicado a la moral) y *si alguna alabanza* verdaderamente merecida y exenta de adulación, *en eso pensad*. Pablo va a decir que se debe *hacerlas* (v. 9), mas

cho revivir vuestro pensamiento por mí, en lo cual también pen-
11 sabais, mas os faltaba oportunidad[13]. No que lo diga por indigen-
12 cia, pues yo he aprendido a estar contento en las circunstancias
13 en que esté. Sé estar humillado, sé también abundar; en todo
y en todas las circunstancias estoy enseñado a estar harto y a
tener hambre, a abundar y a carecer: todo puedo en el que me
14 fortalece[14]. Empero bien hicisteis participando juntos en mi tri-
15 bulación. Y sabéis también vosotros, Filipenses, que en el prin-
cipio del evangelio, cuando partí de Macedonia, ninguna iglesia
comunicó conmigo en cuenta de dar y recibir si no vosotros so-

para ello es necesario previamente que estén en nuestros *pensamientos*, cuyo solo curso habitual nos revela lo que somos verdaderamente.

11. Comp. 3:17, nota. El apóstol prosigue su exhortación del v. 8. Esas cosas, o esas virtudes cristianas, los Filipenses las habían *aprendido, recibido, oído*, por su enseñanza, y las habían *visto* en su conducta; luego, ellos mismos podían y debían *hacerlas*.

12. El *Dios de la paz*: ¡hermoso y precioso nombre del Dios del evangelio que da la paz! Si él es *con nosotros*, la promesa expresada en el v. 7, será plenamente cumplida.

13. A causa de su alejamiento del apóstol, hasta el momento en que pudieron enviarle a Epafrodito. (Vers. 18). Hay en estos agradecimientos de Pablo, por socorros temporales que había recibido de sus hermanos (v. 10-19), una sencillez cristiana que es el fruto de la verdadera humildad. A menudo la delicadeza que nada quiere recibir encierra por lo menos tanto orgullo como desinterés. Mas también, ¡cuán elevado por sobre toda busca de ventajas terrestres se muestra el apóstol! (Vers. 11 y 17). Mucho más: si ha aceptado los dones de los Filipenses, si *se regocijó* por ello, si se agradece con tanta sencillez de corazón, es porque tenía la seguridad de que ese sacrificio era agradable a Dios (v. 18) y que no perjudicaría de ningún modo la causa del evangelio en el espíritu de los miembros de la iglesia. Cuando el apóstol no tenía esta convicción, rehusaba absolutamente todo socorro, aun a riesgo de herir los sentimientos de sus hermanos. (Ver. 15; 2 Cor. 11:7-12; Actos 20:33-34).

14. Por estas últimas palabras, que indican tan bien la plenitud de la gracia de que Dios puede colmar a un pobre pecador, Pablo se apresura a dar a *Aquel que le fortalece* (el texto recibido dice: "el que me fortalece, *Cristo*", mas esta palabra no es auténtica, aunque estaba ciertamente en el pensamiento del apóstol) toda la gloria de esta difícil ciencia del contentamiento del espíritu aun en el seno de las privaciones. (Vers. 11, 12). "Quien no se asegura más que sobre sus propias fuerzas, conocerá luego, por una triste experiencia, que nada puede sin Jesucristo; quien no se apoya más que en su gracia, experimentará por su fidelidad, que ella es omnipotente. ¡Qué consuelo en el extremo de nuestros males y de nuestra debilidad! No nos lo arrebatemos a nosotros mismos, o por desconfianza o por presunción". *Quesnel.*

16 los[15], porque aun a Tesalónica una y dos veces enviasteis para
17 mi necesidad[16]. No que busque el don, sino que busco el fruto
18 que abunda para nuestra cuenta[17]. Y he recibido todo y abun-
do; estoy lleno habiendo recibido de Epafrodito lo [enviado] de
vuestra parte, olor fragante, sacrificio aceptable, agradable a
19 Dios[18]. Y mi Dios llenará toda necesidad[19] vuestra según sus
riquezas en gloria[20] en Cristo Jesús.

III. 20-23. SALUTACIÓN Y VOTO APOSTÓLICO. — 1º ¡Gloria a Dios! 20. — 2º Saludos mutuos. (21, 22). — 3º Voto apostólico. (23).

20 Y al Dios y Padre nuestro sea la gloria por las edades de las
21 edades. ¡Amén! Saludad a todo santo en Cristo Jesús[21]; os sa-
22 ludan los hermanos que están conmigo. Os saludan todos los

15. Gr. "comunicó conmigo para cuenta de don y de recibo". Los Filipenses han llevado una cuenta de lo que daban al apóstol y de lo que recibían de él, y el apóstol hacía otro tanto con ellos. Bajo esta figura tomada de las relaciones comerciales, Pablo describe este cargo de servicios que no había practicado más que con la iglesia de los Filipos.

16. Así inmediatamente después de su conversión al evangelio y de la fundación de su iglesia (Actos 16) los Filipenses enviaron al apóstol frutos de su caridad. (Actos 17:1).

17. Pablo quiere hablar del fruto espiritual que los Filipenses debían recoger ejerciendo su amor para con él.

18. Esta *abundancia* de que habla el apóstol no es probablemente más que un socorro muy módico; mas su moderación en las cosas de esta tierra hace que se considere como *colmado de bienes*. Y en cuanto a los Filipenses, a qué altura religiosa eleva él su donación, que considera como un *sacrificio* ofrecido a *Dios*, un sacrificio que él *acepta*, que le es *agradable*, como la *fragancia del perfume*. (Comp. Efes. 5:2. Pablo no teme designar por los mismos términos el gran sacrificio de Jesús y los pequeños sacrificios de los discípulos). Jesucristo también considera los donativos de la verdadera caridad, como siendo hechos a él mismo. (Mat. 25: 47). ¡Qué motivo de acción para los que pueden dar, y de religioso reconocimiento para los que reciben!

19. Temporales y espirituales.

20. "En gloria", en su gloria eterna, donde sus hijos segarán tan abundantemente lo que hubieren sembrado en este mundo.

21. "Todo santo", cada uno de ellos, nombre por nombre, de modo que cada uno reciba personalmente estas salutaciones y estos votos apostólicos, y que ninguno sea olvidado o dejado de lado.

22. "*Saluda* primero de parte de sus compañeros de obra (v. 21), luego de *todos los santos*, es decir de toda la iglesia de Roma, mas espe-

23 santos, y sobre todo los de la casa de César[22]. La gracia del Señor, Jesucristo sea con vuestro espíritu. ¡Amén[23]!

cialmente de los de la casa *de César*. Esto es muy digno de observación y una señal poco ordinaria de la misericordia divina, que el evangelio (en tiempos de Nerón) hubiera penetrado en ese abismo de todos los crímenes y de todos los vicios; tanto más admirable cuanto más raramente se hallan los santos en las cortes". *Calvino.*

23. Comp. Rom. 16:24; 1 Cor. 16:23; 2 Cor. 13:13; Gál. 6:18; 2 Tes. 3:18. —El texto recibido y algunos manuscritos leen: *sea con todos vosotros.* Varios también omiten aquí *amén,* que se encuentra ya en el v. 20.

EPISTOLA DE PABLO A LOS COLOSENSES

INTRODUCCION

1. *Colosas* era una ciudad de Frigia, en Asia Menor, situada sobre el Licus, afluente del Meandro, no lejos de Laodicea y de Hierápolis, donde el evangelio había penetrado también. (Col. 2: 1; 4: 13, 15). Se encuentran las ruinas de la antigua Colosas cerca de una aldea llamada Choné. — Aunque el apóstol Pablo había estado dos veces en Frigia (Actos 16: 6; 18: 23), no parece que se haya detenido en Colosas, o por lo menos que haya sido el fundador de la iglesia a la que dirige esta carta. (Col. 2: 1). Es más probable que este título pertenezca a Epafras que había hecho allí la obra de un fiel evangelista. (1: 7). Por él también Pablo, prisionero, recibió, sobre las iglesias de Asia, sobre la de Colosas en particular, noticias que hicieron necesarias las serias advertencias contenidas en esta carta. (2: 8-11). Ese discípulo estaba aún al lado del apóstol (4: 12 y sig.) cuando éste escribió nuestra epístola, al mismo tiempo que aquéllas a los Efesios y a Filemón. Esas tres epístolas fueron llevadas a Asia por Tiquico y por Onésimo, al que Pablo enviaba a su amo. (4: 7-9; Filem. 10-12). Esas cartas fueron escritas, ora durante la cautividad de Pablo en Cesarea, ora durante su primera cautividad en Roma. (Véase la introducción a la epístola a los Efesios, párrafo 3).

La *autenticidad* de la epístola a los Colosenses no podría ser disputada. Tiene en su favor todos los testimonios de la antigüedad. Sólo la escuela de Tubinga la colocaba en el segundo siglo, como la epístola a los Efesios. Los críticos que no pueden admitir que Pablo haya escrito dos epístolas tan semejantes que las a los Colosenses y a los Efesios, piensan en general que la a los Colosenses es el original auténtico. Uno solo ha sostenido que la epítola a los Colosenses era un extracto de la epístola a los Efesios. En fin, se ha pretendido que nuestra epístola era una amplificación de una epístola primitiva de Pablo a los Colosenses. Hasta se ha encontrado un sabio para reconstituir esa epístola primitiva. Esas hipó-

tesis no reposan sobre fundamento alguno y, a pesar de toda la habilidad de sus autores, no tienen el menor carácter he verosimilitud.

2. Una cuestión que importaría mucha a la inteligencia completa de esta epístola, mas sobre la cual no poseemos otros antecedentes ciertos que los que se puede inferir de la epístola misma, sería ésta: ¿Cuáles eran los *errores* que combate el apóstol, y contra los cuales pone en guardia a los cristianos que han quedado fieles al puro evangelio? — Dejando de lado todas las hipótesis que se ha aventurado sobre esta cuestión, nos atendremos a las indicaciones siguientes, que resultan con bastante naturalidad de las palabras mismas del apóstol. La iglesia de Colosas, compuesta en gran parte de paganos convertidos (1: 25-27; 2: 11), estaba en un estado espiritual de que el apóstol podía regocijarse. (1: 3-8; 2: 5). Mas se encontraba amenazada, como las demás iglesias de Asia, por la intrusión de falsas doctrinas. (2: 5, 8-18). Los que propagaban esos errores no eran filósofos judíos que hubieran quedado extraños al cristianismo, como muchos lo han admitido, pues en este caso, habrían sido poco peligrosos para las iglesias, y el apóstol apenas se habría ocupado de ellos. Eran más bien cristianos judaizantes, aun apegados a sus "tradiciones" y a los "rudimentos del mundo" (2:8), a la observancia de los preceptos relativos a los alimentos, los sábados, las fiestas (2: 16), la circuncisión (2: 11); el apóstol les opone la liberación de esos preceptos por la muerte de Cristo. (2: 14). Mas no habría que confundir esos falsos doctores con aquellos cuyas tendencias farisaicas y legales combate el apóstol en la epístola a los Gálatas. Tiene en vista hombres que, hallando el evangelio demasiado sencillo y humillante para sus orgullosas especulaciones, edificaban sobre sus tradiciones un sistema de teosofía mística y ascética que decoraban con el nombre de filosofía. (2: 8). Llevaban sus especulaciones al mundo de los espíritus, así como todas las sectas posteriores que formaron el "gnosticismo". Concebían a Dios como absolutamente separado del mundo, no pudiendo entrar en relación con él más que por seres intermediarios, y habían deducido de ello, como consecuencia práctica, una especie de culto tributado a los ángeles (2: 18), a los cuales atribuían un gran poder, quizá aun la creación del mundo (1: 16, nota), mientras que Cristo no era a sus ojos más que la primera de esas criaturas. De ahí el cuidado que toma el apóstol en establecer la verdadera doctrina relativa a Cristo, el Hijo de Dios, por quien han sido creadas todas las cosas, en el cual mora toda la plenitud de la divinidad, y en quien todo ha sido reconciliado con Dios. (1: 15-20; 2: 9). Por último, viendo en la materia, en el cuerpo, la fuente del pecado, procuraban, por privaciones y maceraciones, alcanzar una falsa espiritualidad, que, a sus ojos, era la santificación. (2: 21-23). Pablo opone a todo ello la obra perfecta de Cristo, su muerte (1: 13, 14, 20-22), su resurrección (1: 18; 2: 12), por las cuales ha asegurado a todo nuestro ser una completa victoria sobre el pecado y la muerte. El apóstol estimaba que esos errores exponían a los fieles al peligro de ser conmovidos en su fe (1: 23), de no andar simplemente en Cristo, tal cual lo habían aprendido (2: 6), de ser engañados en fin por los que, aunque haciendo profesión de cristianismo, "no retenían al Jefe". (2: 19). — "Por esto la epístola a los Colosenses es principalmente dirigida contra esos errores, que han desaparecido desde hace mucho tiempo, mientras que la palabra de verdad que los disipó nos ha quedado intacta. Esta palabra ejerce aún su potencia para demoler y para reedificar. Porque si las formas del error cambian, su esencia queda la misma en todas las edades de la iglesia, porque renace sin cesar del corazón donde reina el pecado. Tiene pues siempre necesidad de la refutación por la palabra de Dios. El punto central del error que amenazaba engañar a los Colosenses consistía en buscar la sabiduría y la santidad fuera de Cristo, en las especulaciones e imaginaciones de su propio espíritu, en obras legales, mortificaciones. Con estas tendencias, de cualquier forma que se revistan, crece siempre la planta venenosa de la presunción en corazones hinchados de orgullo. Estas palabras del apóstol servirán, pues, para todos los tiempos, y particularmente para el nuestro, en que abunda la sabiduría propia: *En Cristo están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia.* (2: 3). Todo el que se empapa de esta profunda verdad ganará al mismo tiempo el más precioso tesoro, la *humildad*, que no se encuentra jamás con la pretendida sabiduría de los hombres". *Olshausen.* (1).

3. El *propósito* que tenía el apóstol al escribir esta carta se encuentra naturalmente indicado por los antecedentes que preceden. Según su costumbre, procede exponiendo ante todo la doctrina que, aquí, debía servir a destruir el error; luego dirige a sus lectores exhortaciones relativas a la vida cristiana. Hay pues en

---

(1) Consúltese, sobre los errores que Pablo tiene en vista en la epístola a los Colosenses: Neander, *Siglo apostólico*, trad. de M. Fontanés; Sabatier, *el Apóstol Pablo*, segunda edición, p. 193; y las introducciones a los comentarios.

este escrito dos partes bien distintas: la una dogmática, la otra moral.

I. PRIMERA PARTE. Cap. 1 y 2.

1. Salutación apostólica (1: 1, 2); acción de gracias a Dios por la fe y la caridad de los cristianos de Colosas (3-8); oración por su adelanto espiritual (9-12).

2. A fin de preparar sus lectores para las advertencias que van a seguir, Pablo recuerda la redención cumplida en Cristo, la divinidad soberana del Salvador, en quien ellos han encontrado la reconciliación con Dios, con tal que permanezcan firmes en su fe. (13-23). — El apóstol se alegra de padecer por el evangelio, habiendo sido establecido por Dios como dispensador del misterio de la reconciliación, único capaz de hacer todo hombre cabal en Jesucristo. (24-29). — Su ardiente deseo, el motivo de sus luchas, aun por aquellos a quienes no conoce personalmente, es que crezcan en el pleno conocimiento de ese consolador misterio, que encierra todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. (2: 1-3).

3. El apóstol aborda directamente los errores que tiene en vista: Ninguna os engañe por vanos razonamientos o por falsa filosofía, puesto que toda verdad ha sido plenamente revelada, y toda redención plenamente cumplida en Cristo. (4-15). Nadie os esclavice predicándoos una legalidad contraria a la libertad cristiana, una falsa espiritualidad, que sería una negación del Jefe, y una santidad imaginaria, que consistiría en mortificar el cuerpo dejando subsistir el orgullo. (16-23).

II. SEGUNDA PARTE. Cap. 3 y 4.

1. Suponiendo que sus lectores han resucitado con Cristo, Pablo los exhorta a andar con él en una vida nueva, espiritual; a avanzar en la obra de la regeneración; a practicar la caridad y la tolerancia mutuas; a emplear los medios de gracia para la edificación común; en fin, a hacer todas las cosas en el nombre del Señor y con reconocimiento para con Dios. (3: 1-17).

2. Entrando luego en el círculo más íntimo de la vida de familia, el apóstol describe a los esposos cristianos, a los hijos y a los padres, a los siervos y a los amos, sus obligacione recíprocas. (3: 18 a 4: 1).

3. Después de haber pedido a sus hermanos el socorro de sus oraciones por el éxito de su ministerio, y de haberles recomendado prudencia para con "los de afuera" (2-6), Pablo termina su carta por algunas comunicaciones personales y por salutaciones escritas con su propia mano. (7-18).

EPISTOLA DE PABLO A LOS COLOSENSES

CAPITULO I.

I. *Después de saludar la iglesia por un voto apostólico, Pablo da gracias a Dios por la fe y el amor que en ella reinan, y le pide que multiplique en ella aun más todos los dones de su Espíritu, 1-2.* — II *Proclama la obra perfecta de redención realizada por el Hijo de Dios, a quien atribuye la creación de todas las cosas y la plenitud de la divinidad, 12-23.* — III. *A fin de confirmar a sus hermanos en esta fe, les recuerda que él ha sido establecido por Dios para anunciarla al mundo, y esto es lo que le llena de gozo en sus padecimientos. 24-29.*

I. 1-11. VOTO DEL APÓSTOL, SUS ACCIONES DE GRACIAS, SUS ORACIONES.— 1º Firma y dirección voto apostólico. (1-2). — 2º Pablo da gracias a Dios por la fe y el amor de que los Colosenses están animados por causa de la esperanza que les ha dado el evangelio. (3-5). — 3º Este evaangelio, destinado al mundo entero, ha llegado hasta ellos, produce fruto en ellos, desde el día en que fueron instruídos por Epafras, quien ha dado al apóstol conocimiento de su amor. (6-8). — 4º Por tanto no cesa de orar por ellos, pidiendo a Dios que sean llenados de sabiduría y de inteligencia, que se conduzcan de un modo digno del Señor, que abunden en buenos frutos en progreso, en fuerza. (9-11).

1 Pablo, apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios[1], y Ti-
2 moteo el hermano[2], a los santos y fieles hermanos en Cristo que
están en Colosas: Gracia a vosotros y paz de parte de Dios nues-
tro Padre[3].
3 Damos gracias al Dios y Padre del Señor nuestro Jesucristo,

1. Compárese, entre otros pasajes, Gál. 1:1, nota.

2. Comp. 1 Cor. 1:1, notà. Quizá Timoteo fué quien escribió esta carta bajo el dictado del apóstol. (4:18).

3. Comp. Rom. 1:7, nota. —En lugar de *Colosas,* varios manuscritos leen Colasas, y por título de nuestra epístola: *a los Colasenses.* Se encuentra algunas veces este nombre así escrito en los autores profanos.—El texto recibido añade, al final del versículo, con algunos antiguos manuscritos: "y del Señor Jesucristo".

4 siempre orando por vosotros [4], oyendo de vuestra fe en Cristo
5 Jesús y del amor que tenéis para con todos los santos, por causa
de la esperanza que os está reservada en los cielos, de que antes
6 oísteis por la palabra de la verdad del evangelio [5], que ha llegado
a vosotros conforme también en todo el mundo [6] está fructifican-

4. Por esta expresión *Dios y Padre de nuestro Señor,* véase Efes. 1:3 nota. —Estas palabras *siempre por vosotros,* se refieren al mismo tiempo a las acciones de *gracias* y a las *oraciones* de Pablo. Sobre este vivo reconocimiento por sus hermanos, véase Rom. 1:8; 1 Cor. 1:4; Fil. 1:3; 1 Tes. 1:2; 2 Tes. 1:3; y sobre sus constantes oraciones: v. 3; Rom. 1:10; Efes. 1:16; Fil. 1:4-9; 1 Tes. 1:2.

5. Gr. "por la palabra de la verdad del evangelio", es decir, verdad que es el evangelio. El motivo de las *acciones de gracias* de Pablo son las virtudes fundamentales de toda vida cristiana: la *fe* y el *amor*, sintiéndose dichoso de encontrarlas en los miembros de la iglesia de Colosas. *Jesucristo,* el Salvador, es el objeto de la fe; lo es sin duda también del amor; mas aquí, como en Efes. 1:15, el apóstol designa a los *santos* (comp. 1 Cor. 1:2), como el objeto de ese amor, porque el afecto completamente nuevo que la fe inspira a los creyentes para con sus hermanos es el testimonio más seguro, la señal distintiva de una verdadera conversión. (Juan 13:35). Agrega (v. 5): *por causa de la esperanza que os es reservada en los cielos; la esperanza* está puesta aquí por el objeto esperado, la salvación, la vida eterna (Rom. 8:24), cuya plena posesión no nos será acordada más que *en los cielos.* Gozar de la presencia inmediata de Dios y del Salvador, verle tal cual es, ser semejante a él, tal es la espera del hijo de Dios (1 Juan 3:1-4); él vive sobre la tierra en la fe, en la caridad, *por causa de* esta esperanza que es su fin supremo. —El hombre no tiene conocimiento de esta esperanza más que *por la palabra de la verdad,* y especialmente, no tiene la certidumbre de ella más que por el *evangelio,* por la buena nueva del perdón, de la salvación. (Ver. 5).

6. Si se toma esta expresión al pie de la letra, hay que ver en ella una hipérbole. "Mas el apóstol quiere principalmente aquí designar el evangelio como un tesoro que pertenece a la humanidad entera, y que por consiguiente, debía *llegar* también a los Colosenses. Ha *llegado hasta vosotros* tanto como al *mundo* entero, según su destino. La razón por que Pablo hace resaltar aquí la universalidad de la salvación y vuelve aún a ella al final de este capítulo (v. 23-27), declarando que amonesta a todo hombre y enseña a todo hombre, está en que quiere desde el principio hacer oposición al particularismo de los falsos doctores judaizantes, que pretendían limitar al pueblo judío los beneficios del evangelio. No hay que ver pues en estas palabras una hipérbole, pues el apóstol , al escribirlas, sabía muy bien que el evangelio no estaba aún, de hecho, universalmente extendido; mas sabía también que este evangelio, desde sus comienzos, tenía el destino y la potencia de llenar y dominar el mundo (com. Mat. 24:14); y en esta seguridad Pablo expresa proféticamente ese destino como ya realizado". *Olshausen.*

do y creciendo conforme también entre vosotros, desde el día en
7 que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en verdad [7], conforme
habéis aprendido de Epafras nuestro amado consiervo, que es por
8 vosotros fiel ministro de Cristo, el que también nos ha manifes-
9 tado vuestro amor en el Espíritu [8]. Por esto [9] también nosotros,
desde el día en que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros y de
pedir que seáis llenados del conocimiento de su voluntad [10] en toda
10 sabiduría y entendimiento espiritual [11], para andar como es digno
del Señor para agradarle en todo, fructificando en toda buena obra

7. Los *frutos* que produce el evangelio, son los caracteres de la vida cristiana, la caridad (v. 4), las buenas obras. (Vers, 10). Además el evangelio *crece, aumenta* (el texto recibido omite sin razón esta palabra) ora exteriormente por su propagación en el mundo, ora en las almas que él santifica. Pablo tiene la dicha de hallar este progreso, señal de toda vida, en los Colosenses, desde el día en que *conocieron la gracia de Dios en verdad.* (Vers. 5, nota). El apóstol emplea un verbo que designa un conocimiento exacto y dá mayor énfasis agregando *en verdad*: "vosotros la habéis conocido tal cual es realmente". Otros traducen: "la habéis conocido verdaderamente, sinceramente". El primer sentido concuerda mejor con la preocupación del apóstol de combatir los falsos doctores. (Vers. 16 y sig.; 2:8 y sig.).

8. "Vuestro amor en el Espíritu" El amor (v. 4) es aquí atribuído al *Espíritu* (Rom. 5:5; Gál. 5:22), porque, muy diferente de los efectos naturales, es un fruto de la vida nueva que el Espíritu de Dios produce en los que él ha regenerado.—*Epafras* es designado por el apóstol como el fundador, o por lo menos como el principal evangelista de la Iglesia de Colosas. Era de esta ciudad. (4:12). Por él había sido Pablo instruído del estado actual de las iglesias de Asia. (Véase la introd.). Estaba aún al lado de Pablo cuando éste escribía nuestra carta. El hermoso testimonio que el apóstol le da aquí y en 4:12-13. debía hacerle más querido aun para los cristianos de Colosas.

9. Es decir, porque ha sabido cosas tan alentadoras sobre su estado espiritual (v. 4, 8,9); se siente tanto más aun, hasta su entera perfección. Va a expresar el objeto preciso de sus oraciones.

10. *Ser llenado,* en la lengua original significa también estar cumplido, perfecto, y se puede traducir también: "que seáis hechos perfectos en cuanto al conocimiento". El apóstol pide a Dios todo lo que pudiera faltar a sus lectores para el pleno *conocimiento de la voluntad de Dios* y es necesario entender por esta última expresión, ora el consejo de Dios para su redención por Cristo Jesús (Efes. 1:8-10), ora en general, sus designios respecto de ellos, a los cuales debían ellos conformarse por una obediencia filial diaria. Por lo demás, estas palabras *ser llenado* muestran bien que se trata menos de un conocimiento puramente intelectual que de un sentimiento vivo de la vountad de Dios, producido en el cristiano por el Espíritu Santo. (Véase la nota sig. y comp. 4:12; Rom. 12:2; Efes. 5:17; 1 Tes. 4:3).

11. Tales son las dos gracias nece-

11 y creciendo en el conocimiento de Dios [12], en toda potencia forta-
lecidos según el poder de su gloria para toda perseverancia y lon-
gaminidad, con gozo [13];

II. 12-23. La redención; divinidad del redentor; la reconciliación en él. — 1º ¡Qué motivo de acción de gracias: poseer la herencia de los santos en la luz, después de haber sido libertado de la potestad de las tinieblas; pertenecer al reino del Hijo amado de Dios, por la redención y el perdón que hay en él! (12-14). — 2º El Redentor es, en cuanto a *Dios*, su imagen, el primogénito; en cuanto al *universo*, todo ha sido creado *en* él, *por* él y *para* él; él ha existido antes que todas las cosas, y éstas subsisten en él; en cuanto a la *iglesia*, él es su Jefe, habiéndola fundado por su resurrección; él es, pues, el primero en todo, toda plenitud mora en él. (15-19). — 3º Por él, Dios ha reconciliado consigo mismo todo estando sellada la paz por la sangre de la cruz; y a vosotros, que erais extraños, enemigos, os ha reconciliado también por su muerte, para haceros santos delante de él, si por lo menos perseveráis en la fe y en la esperanza del evangelio, (20-23).

12 dando gracias al Padre [14] que nos hizo aptos para nuestra parte
13 de la herencia de los santos en la luz [15], que nos libertó de la po-

sarias que Pablo pide para sus lectores, a fin de que conozcan plenamente la voluntad de Dios. Calificándolas de *espirituales*, muestra que las considera como un fruto del Espíritu de Dios en las almas. La *sabiduría*, en el sentido de la voz original, es sobre todo el discernimiento de la verdad considerada en sí misma: el *entendimiento* es más especialmente, en la vida práctica, el discernimiento de lo que es moralmente bueno o malo. Vers. 10: comp. Efes. 1:8, nota; Fil. 1:9, 10, nota).

12. Otros traducen: "creciendo *por* el conocimiento de Dios", siendo éste el medio de los progresos espirituales. Esta traducción está conforme con una variante muy apoyada y evita una repetición del pensamiento del v. 9. Todo lo que el apóstol pide a Dios: conocimiento, sabiduría, inteligencia, se resume en esta vida cristiana, práctica, santa, agradable a Dios, progresiva, llena de buenos frutos. En ningún sentido es el evangelio un *sistema;* "las palabras que yo os digo son espíritu y vida".

13. Gr. "Fortalecidos en toda potencia según el poder de su gloria, para toda perseverancia y toda longanimidad, con gozo". El sentimiento siempre presente en el corazón del fiel, de que puede esperar todo de Dios, y que la *potencia gloriosa* de Dios cumplirá finalmente todo en él, le da un coraje invencible, una larga *paciencia* en la prueba, y le llena de *gozo*, aun en medio de los dolores.

14. Las gracias preciosas que el apóstol acaba de pedir a Dios para sus hermanos, como los inmensos beneficios que va a recordar (v. 12-14), deben abrasar el corazón con vivo reconocimiento hacia ese *Padre* cuyo solo nombre recuerda al cristiano todo lo que halla en él.

15. Hacer a pobres pecadores *aptos para participar de la herencia de los santos en la luz*, es la obra del Dios

testad de las tinieblas [16] y nos transportó al reino del Hijo de su
14 amor [17], en el que tenemos la redención, el perdón de los peca-
15 dos [18], el que es imagen del Dios invisible, primogénito de toda

omnipotente. Los términos de este versículo son evidentemente tomados del A. T., que nos representa a Canaán como la *herencia* del pueblo de Dios. (Núm. 26:53-56; Jos. 14:2; Sal. 105:11; Hebr. 4:6-11; 1 Pedro 1:4). Es una herencia en la cual cada uno de los *santos* tiene su *parte*. Mas esta herencia está *en la luz*, es decir en Dios, que es él mismo llamado luz, porque la luz es la figura de la perfecta pureza y santidad (Juan 1:5-7), con exclusión de toda tiniebla, de toda contaminación. (Como Actos 20:32; 26:18; Efes. 5:5).

16. Véase sobre esta *potestad de las tinieblas*, y sobre su jefe en quien se personifica, Efes. 2:2, nota. Contraste absoluto con la "herencia de los santos *en la luz*".

17. Este *reino*, que es la luz, está en oposición directa con la "potestad de las tinieblas'. Los cristianos verdaderamente regenerados son *transportados* a ese reino del Hijo de Dios por su regeneración misma; este reino está, ya en este mundo, dentro de ellos (Luc. 17:21), y lo poseerán entero en la gloria. Hasta entonces, tienen siempre que combatir contra la potentad de las tinieblas, durante todo el tiempo que habiten este mundo que es el teatro de ella. El *Hijo de su amor* es una expresión que se encuentra sólo aquí en los escritos del Nuevo Testamento. Este término equivale al de "Hijo único" en Juan. (Juan 1:18). Cristo es Hijo del amor del Padre, en cuanto es engendrado de su esencia misma y es el objeto de su amor eterno e inefable. El fué también, como tal, la manifestación del amor de Dios en este mundo, de un amor que le impulsó a entregarse a sí mismo para la redención de los pecadores. Pablo indica evidentemente esta conexión de ideas en el versículo siguiente. Tal es la interpretación de Agustín tomada por Olshausen. La mayor parte de los comentadores antiguos y modernos, basándose en el pasaje paralelo. Efes. 1:6, donde Pablo escribe simplemente "su amado", consideran esta expresión *Hijo de su amor* como sinónima de "Hijo amado", el que es por excelencia del objeto del amor divino. Sea lo que fuere, esta expresión profunda significa también que los que tienen parte en el reino del Hijo son con él objeto del amor del Padre.

18. Comp. Efes. 1:7 donde se encuentran las mismas palabras, y de donde han sido transferidas aquí las palabras *por su sangre*, que las mejores autoridades cercenan. "*Tener la redención en él* no significa solamente que fué realizada *por él;* la tenemos permanente *en él* hasta el fin de los siglos; como Mediador, él es la fuente siempre fluyente de la libertad y de la vida, y solamente aquel que está *en él* participa de ella verdaderamente". *Olshausen*. La voz *redención* significa rescate por un precio pagado (Mat. 20:28) y su aplicación personal a un alma es ante todo el *perdón* o la *remisión de los pecados*. Es así como Pablo explica los v. 12 y 13.

19. En los versículos que preceden, el apóstol había empezado a desarrollar los temas que trata también en la epístola a los Efesios, a saber la obra de la redención y su aplicación a los paganos. Vuelve a ella lue-

16 creación[19], porque en él[20] fué creado todo lo que está en los cielos
y lo que sobre la tierra, lo visible y lo invisible, ora tronos, ora

go después. (Vers. 20 y sig.) Mas aquí inserta algunas palabras de la más alta importancia sobre la divinidad del Salvador, sin duda para refutar las ideas erróneas que los falsos doctores se esforzaban en esparcir entre los cristianos de Colosas y que tendían a substituir al único Mediador una serie de seres intermediarios a los cuales Cristo estaba subordinado. (Véase la introducción). La posición única de Jesucristo, su unidad de esencia con Dios su Padre, fué en todo tiempo y será siempre la piedra de tropiezo de la sabiduría de este mundo. Por esto nuestro pasaje mismo (v. 15-17) ha sufrido las más diversas interpretaciones, según que los exégetas admitían o no el conjunto de las enseñanzas de la revelación.—Es necesario observar ante todo que el apóstol considera aquí a Jesucristo en sus relaciones: 1º con *Dios* (v. 15); 2º con el *mundo* (v. 16, 17); 3º con la *iglesia* (v. 18 y sig.). Luego, que es ocioso discutir, con los exégetas, la cuestión de saber si Pablo habla del Cristo *histórico*, tomado en su aparición sobre la tierra, o del Cristo *glorificado*, o del Cristo Palabra eterna, encarado en su preexistencia. Una simple mirada sobre los v. 14, 17, 18, prueba que todos estos aspectos se unen en el pensamiento del apóstol que dice y repite: *él es*, es siempre, en todas partes, lo que él es en sí mismo. Así, él es la *imagen del Dios invisible*, porque él es la manifestación real, accesible del Dios que, fuera de él, no podría ser ni *conocido ni contemplado*, pues es evidente que no se debe tomar en un sentido físico estos términos *visible* ó *invisible*, refiriéndose a Dios. El pensamiento del apóstol halla su único comentario verdadero en las palabras del Salvador mismo: Mat. 11: 27; Juan 8: 19; sobre todo 14: 9; comp. Juan 1: 18; 1 Juan 4: 12 y Hebr. 1: 3. Toda la escritura proclama esta verdad: Dios es invisible, inaccesible al hombre (1 Tim. 1: 17; 6: 16), y se ha manifestado en su Hijo amado. —En cuando a este atributo: *primogénito de toda criatura* o de toda *creación* (la voz griega tiene ambos sentidos), es comprendido por unos en el sentido de la *dignidad* suprema de Cristo por sobre todo lo *creado*, y este sentido respondería perfectamente a las últimas palabras del v. 18 (comp. también este mismo término aplicado a Cristo en su relación con sus redimidos, Rom. 8: 29); por otros en el sentido de su *preexistencia antes* de toda *creación*. Así lo han explicado los padres de la iglesia, y esta interpretación halla también una garantía en nuestro pasaje (v. 17): "El es antes que todas las cosas". El conjunto de nuestro pasaje debe hacer preferir esta interpretación. La expresión *primogénito* designa en todo caso a Jesucristo como el *Hijo* engendrado de Dios, y le distingue claramente de la *creación* misma. Se comprende, sin embargo, que los arrianos, los socinianos, y todos los adversarios de la divinidad de Cristo, hayan creído poder apoyarse en este pasaje. "Pues hay que confesar, dice Olshausen con el candor que le distingue, que estas palabras, en el sentido puramente gramatical, *pueden* significar que Cristo mismo es puesto en el rango de la creación.

señoríos, ora principados, ora potestades[21]: todo fué creado por
17 medio de él y para él[22]; y él es antes que todo, y todo en él subsis-

La posibilidad de entender así este término resulta del v. 18, donde "primogénito de entre los muertos" significa evidentemente que Cristo mismo ha estado entre los muertos. Mas el conjunto de nuestro pasaje habla de una manera tan decisiva contra esta interpretación, que es uno necesariamente conducido a adoptar una directamente opuesta". En efecto, en los v. 16 y 17, el apóstol nos muestra en Cristo Aquel por quien y para quien las cosas han sido creadas, Aquel por quien ellas subsisten (v. 1-17), Aquel que *es* cuando nada aún existía; ¿cómo, pues, sería él mismo simplemente un eslabón de la cadena de los seres creados que le deben la existencia? "La razón de estos términos: *primogénito de la creación* sigue inmediatamente después: es que en él han sido creadas todas las cosas; y del mismo modo es llamado el *primogénito de entre los muertos*, porque en él todos nosotros resucitaremos". *Calvino*. En efecto, es necesario observar que la primera partícula del versículo siguiente *(porque)* indica la *razón* de los términos que el apóstol acaba de emplear.

20. *En él* no debe ser confundido con *por él*, como lo hacen nuestras versiones ordinarias, basándose en un hebraísmo. El apóstol distingue claramente estos dos términos. (Véase la última nota sobre este versículo). *Por él* podía designar simplemente la causa instrumental de la creación; *en él* indica que la potencia creatriz está en el Hijo de Dios. Dios la ha depositado en él, Dios que es el Autor primero de la creación, pero que no obra más que por el Hijo, su órgano viviente y personal. Por esto el apóstol no dice que el Hijo ha creado todas las cosas, sino que todas las cosas *han sido creadas* en él; y por esto, por otra parte, dice que todas las cosas han sido creadas no solamente *por él*, instrumento pasivo, sino *en él*, que concurría libremente a esta obra creadora. Comp. estas palabras de Juan: "*En él* estaba la vida" (Juan 1: 4), y estas de Jesús: Como el Padre tiene la vida en sí mismo, así dió al Hijo el tener la vida en sí mismo". (Juan 5: 6). *Ser creado en él* expresa la misma realidad íntima y viviente que se encuentra en la persona de Cristo en otros respectos: ser elegido *en él* (Efes. 1: 4), justificado *en él* (Gál. 2: 16), vivificado *en él* (1 Cor. 15: 22), reconciliado *en él*. (2 Cor. 5: 19). Ese término designa en todas partes, al mismo tiempo, la mediación y el agente, la obra y la persona que la realiza, porque estas dos cosas, en Cristo, son inseparables.

21. El *cielo* y la *tierra*, las *cosas visibles* y las *invisibles*, encierran todo el universo, todo lo *creado*. El apóstol insiste en el mundo invisible de las inteligencias (como en Efes. 1: 21; comp. Col. 2: 10, 15), no solamente porque tiene mucha importancia a sus ojos, sino probablemente por un motivo que convenía a su objeto actual. El pensamiento de que Dios hubiera elegido un ángel para crear el mundo y al hombre en particular, era admitido por más de un teólogo judío de la época, tanto como por los doctores judaizantes cuyos errores Pablo está empeñado en refutar. De ahí una veneración por los ángeles que podía fácilmente condu-

18 te [23]; y él es la cabeza del cuerpo, de la iglesia, el que es principio,
19 primogénito de entre los muertos, para que en todo él tenga el pri-

cir a una especie de culto idólatra. (2: 18). Mas que el Hijo de Dios sea declarado el agente omnipotente de la creación, Aquel *en* quien, *por* quien, *para* quien han sido creadas todas las cosas, las más sublimes inteligencias mismas, inmediatamente su divinidad es establecida, esas inteligencias descienden al rango que les corresponde, una distinción absoluta es trazada entre la criatura y el Creador, que el paganismo natural al corazón del hombre tiende sin cesar a confundir. Al mismo tiempo, esta doctrina da al hombre, creado a la imagen de Dios y redimido por el que le creó, una dignidad infinitamente más elevada. Vuelto a la comunión de su Salvador, está, por ello, en comunión con el Dios soberano, Creador del cielo y de la tierra.—"A pesar de la diferencia de expresiones, existe así, en cuanto a la cosa misma, la más perfecta armonía entre la cristología de Juan y la de Pablo. Los términos de *imagen del Dios invisible*, de *primogénito de la creación*, no se encuentran en Juan, mas es él quien declara que se puede contemplar en el Hijo toda la gloria del Dios al que ninguno vió; que el Hijo es "el unigénito del Padre". E igualmente estas palabras de nuestro versículo 16 corresponden perfectamente a las de Juan: "Todas las cosas fueron hechas por ella (la Palabra, el Lógos) y nada de lo que fué hecho fué hecho sin ella". *Olshausen.*

22. Después de haber dicho que *todo fué creado en él*, Pablo añade *por él*. El primero de estos términos indica la fuente siempre existente de la *potencia* creadora en Cristo; el segundo expresa su *acción* creadora por fuera, y en relación a las criaturas llamadas a la existencia. Pero hay más: todas las cosas han sido creadas *para él*, es decir que Cristo es, en su unidad con Dios su Padre, el fin supremo de la creación, que es toda entera para su gloria. (Comp. Rom. 11: 36, nota). Ningún término podría dar de un modo más absoluto el pensamiento de que Cristo es Dios, existente desde la eternidad, uno con el Padre.

23. El apóstol reitera aquí su afirmación de la preexistencia de Cristo *antes que todas las cosas*. Habría podido decir con Juan 1: 1: El *era* antes de todas las cosas; mas como, en lugar de escribir, con este evangelista, la historia de la Palabra eterna, abarca con la mirada la permanencia del ser en Jesucristo, dice: *es.*—Mas agrega aquí un atributo divino de la más alta importancia: "No solamente todas las cosas..." han sido creadas por él y para él, sino que *subsisten en él*. La potencia y la acción creadoras de que él se la fuente son esenciales a la conservación del universo, que, abandonado a sí mismo, volvería a la nada. "Sostiene todas las cosas por su palabra potente". (Hebr. 1: 3.).

24. Después de haber expuesto la naturaleza divina de Cristo, su relación con Dios el Padre, luego con la creación y la conservación del universo, el apóstol pasa a otro dominio donde el Hijo de Dios ocupa igualmente el *primado*, la *iglesia*. Pasa a ello sin transición, aunque su pensamiento supone los grandes hechos de la encarnación y de la muerte del Salvador. Le proclama primero *Jefe (cabeza)* de la iglesia, probable-

20 mado [24]; porque en él pareció bien morar toda la plenitud [25], y por
medio de él reconciliar todo consigo, haciendo la paz por la san-

mente con intención de polémica contra los que no "retenían el Jefe". (2: 19). La iglesia es designada, según una figura favorita del apóstol, como el *cuerpo* de Cristo, del cual él es la cabeza o el jefe. (1 Cor. 10: 17; 12: 12 y 27; Efes. 1: 22, 23; 4: 15, 16; 5: 23; comp. aquí, v. 24). En la iglesia, que es una creación nueva, como en la otra creación, Cristo es el *principio;* por él y en él ha empezado una humanidad nueva, una vida nueva de la cual él es la fuente, el tipo primero de donde todo deriva. Este gran pensamiento, expresado por una palabra vaga, es precisado por otro término que nos coloca en el centro mismo de la obra de Cristo: por su resurrección, como *primogénito de entre los muertos*, como "las primicias" (1 Cor. 15: 20), Cristo ha sido el principio. Su resurrección, victoria sobre el pecado y la muerte, se torna en la resurrección y la vida de todos sus hermanos, a los cuales abrió así el camino de la muerte a la vida. La voz *primogénito* no es empleada pues aquí en un sentido absolutamente diferente del v. 15; solamente allí Cristo es representado como el origen de la creación material, aquí como el origen de la creación nueva (comp. Rom. 8: 28; Hebr. 1: 6), de modo que *en todas las cosas* él es el *primero* (el primero y el último); en él debemos buscar todas las cosas, la vida, la salvación, y a él debe ser sujeto todo.

25. Estas palabras dan la razón *(porque)* de lo que precede y preparan lo que luego se dice de la reconciliación del mundo, que supone la divinidad del Salvador.—El pensamiento del apóstol, expresado en este versículo, reaparece más explícito en 2: 9 (véase la nota): la *plenitud* que *mora* en Cristo es "la plenitud de la divinidad",—y por ello la plenitud de todos los dones divinos necesarios para la reconciliación del mundo. (Comp. sobre esta palabra de profundo significado Efes. 1: 23; 3: 19; Juan 1: 16). ¿Será necesario ver aquí ya, como en el capítulo siguiente, una intención de polémica contra las falsas doctrinas de un gnosticismo naciente? En esos sistemas, se entendía por la voz *plenitud* el reino de la luz divina, abismo de donde emanaban fuerzas que se personificaban durante un tiempo en ciertos seres, para volver luego a ese abismo de la divinidad. A los ojos de los falsos doctores de aquel tiempo, una de esas fuerzas divinas habría morado en Cristo, error al cual el apóstol opondría esta declaración, formulada mas completamente aun en 2: 9. Los intérpretes difieren de opinión sobre esta intención polémica del apóstol. Afírmese o niéguese, poco importa en cuanto a nuestro versículo. La profesión de la divinidad de Cristo que Pablo hace aquí es el fundamento del cristianismo, y puede siempre ser opuesta a los errores que se renuevan bajo formas diversas.—Al añadir que *plugo* (a Dios, término no expresado en el texto original, mas claramente sobreentendido como sujeto de la frase) que la plenitud de su esencia habitara en Cristo, el apóstol hace remontar hasta el consejo eterno de la sabiduría y del amor de Dios la aparición de su Hi-

gre de su cruz, por medio de él, ora lo que está sobre la tierra,
21 ora lo que en los cielos [26]. Y a vosotros que erais en otro tiem-
po extraños y enemigos por vuestra mente en vuestras malas
22 obras [27], ahora empero os ha reconciliado en el cuerpo de su carne
por medio de la muerte [28], para presentaros santos e irreprochables
23 e irreprensibles en su presencia [29], si por lo menos permanecéis en

jo en nuestra humanidad para crear una vida nueva por la reconciliación del mundo con Dios. (Vers. 20).

26. Véase sobre este grande hecho de la *reconciliación* el pasaje correspondiente de la epístola a los Efesios 2: 13-18, notas, donde el apóstol desarrolla más en extenso su pensamiento; y sobre estas palabras, *todas las cosas, las que están en el cielo y las que sobre la tierra,* Efes. 1: 10, nota. Allí, en lugar del verbo *reconciliar,* se encuentra el de *reunir* o resumir todas las cosas en Cristo, mas la idea es la misma en el fondo. Solamente, aquí toda esa obra de reconciliación, de restauración, es atribuída al gran sacrificio del Salvador que es su causa eficiente: *Habiendo hecho la paz por la sangre de su cruz.* Estas últimas palabras explican las primeras del versículo: *por él.* Los intérpretes no concuerdan sobre la persona designada por con él, *consigo;* unos lo refieren a Cristo, otros a Dios; esta última opinión es la más probable y la más conforme a la analogía de otros pasajes. (Rom. 5: 10; 2 Cor. 18-20.—Las palabras *por él,* después de éstas: *habiendo hecho la paz,* son omitidas en algunos manuscritos, habiendo parecido ociosa su repetición. Pablo insiste en Aquel que es el autor y el medio de la reconciliación.

27. Comp. Efes. 2; 1, 11, 12, notas.

28. El *cuerpo de su carne* es el cuerpo humano, débil, mortal, de Jesús, que él entregó por nosotros. *Por su muerte,* completa el pensamiento del apóstol, y equivale a esta otra expresión que acaba de emplear (v. 29): "por la sangre de su cruz", o simplemente "por su cruz". (Efes. 2:16). El acercamiento de estos términos tan frecuentes, tan multiplicados bajo la pluma de los apóstoles, y a los cuales vuelven todas las veces que quieren exponer la causa eficaz del perdón de los pecados o de la reconciliación del hombre con Dios prueba con la última evidencia que veían esta causa en el acto supremo de la vida del Salvador, su muerte sangrienta sobre la cruz. —Desde el v, 21 *(y a vosotros)* el apóstol hace a sus lectores la aplicación personal de esta gran obra de redención, a fin de llevarles a la firmeza (v. 23) por la consideración de esta inmensa gracia.

29. Comp. Efes. 5:27; 1:4. El primer fruto de la muerte de Jesucristo para el creyente es su reconciliación con Dios, el perdón de los pecados, en otros términos, la justificación. Mas estos actos de la gracia divina, al introducir al hombre en una vida nueva que resulta de su comunión con Dios, producen infaliblemente en él, gradualmente, otro fruto de la obra del Salvador, la *santificación* del corazón y de la vida entera. Estos dos aspectos de la acción de la gracia son inseparables, y donde el último no se realiza, el primero no puede ser más que una ilusión. Sin razón pues, algunos exégetas han creído hallar en estas palabras simplemente el pensamiento de una justicia imputada al pecador, que Pablo expresa con frecuencia en otras partes, y no la justicia y la santidad inherentes al alma del creyente. Aunque el conjunto del texto pudiera conducir a esa interpretación, los términos importan evidentemente toda la obra de la salvación y describen sus dos fases correlativas. —Las palabras: *presentaros en su presencia* muestran que el apóstol tiene en vista el día del juicio, en que serán manifestados los secretos de los corazones. Por consiguiente *ante él* debe entenderse de Cristo, que será entonces el Juez, y que por otra parte es aquí el sujeto de toda la frase.

30. Hay, entre la certidumbre de la salvación que profesa el apóstol y este modo condicional de hablar, una contradicción que la lógica ordinaria no puede conciliar, mas que encuentra su plena justificación en el corazón del hombre y en la vida práctica (Comp. Fil. 2: 12 y 13, nota). Sea cual fuere la obra de la gracia la responsabilidad del hombre no puede jamás cesar ni disminuir. Al contrario, cuanto más de Dios es la salvación, tanto más santa y temible se torna esa responsabilidad. Hay a menudo en el hombre, aun en el regenerado, un residuo de indolencia y de cobardía, y en muchos una falsa seguridad, a los cuales es necesario que la palabra haga sentir el aguijón de la verdad, repitiendo frecuentemente: "El que perseverare *hasta el fin* será salvado", o, como lo hace aquí el apóstol: *si por lo menos*... —Las palabras: *no removidos* muestran los efectos que el apóstol esperaba de la acción de los falsos doctores.—. La *esperanza del evangelio* es la que este evangelio solo da al hombre pecador. (Vers. 5:27; Rom. 5:2; Efes. 1:18; Tito 3:7).

31. Comp. v. 6. Nota.

32. El apóstol añade estas palabras sobre su ministerio, ora porque le gusta recordarlo como el mayor honor que pueda tener un pecador (Efes. 3:7, 8), ora para hacer sentir a los Colosenses, por oposición a los falsos doctores, que él es realmente un enviado de Dios. En el mismo sentido habla de sus padecimientos e insiste en la santidad y la grandeza de su vocación apostólica (Vers. 24 y sig.) — Es necesario observar estos tres motivos de permanecer firmes en la fe al evangelio: *lo habéis oído* (sois responsables); *es universal; Pablo,* el gran apóstol de los gentiles, *es su servidor.*

la fe, fundados y firmes y no removidos de la esperanza del evan-
gelio que habéis oído [30], que ha sido predicado en toda la creación
que está bajo el cielo [31], del que yo, Pablo, he sido hecho minis-
tro [32].

III. 24-29. Pablo ministro del evangelio ante los Gentiles. — 1º Siervo del evangelio (23), el apóstol se goza de sus padecimientos por los cuales cumple los de Jesucristo por la iglesia; Dios le ha confiado esta administración del gran misterio de misericordia, oculto largo tiempo, ahora manifestado, y cuya gloria resplandece aun entre los paganos: Cristo en nosotros, nuestra esperanza. (24-27). — 2º A él solo anuncia Pablo a to-

dos los hombres, para presentarlos perfectos en el último día; y a eso consagra sus trabajos y sus luchas, según la fuerza que Cristo le da. (28, 29).

24 Ahora me gozo en mis padecimientos por vosotros [33], y su-
plo por mi parte las faltas de las tribulaciones de Cristo en mi
25 carne por su cuerpo, que es la iglesia [34], de la que he sido hecho

33. "Ahora..." el apóstol es impresionado por el contraste entre su posición actual de prisionero y su función de servidor del evangelio; mas esta posición misma no le impedía desempeñar su apostolado ante sus lectores. *Esos padecimientos* que él soportaba *por ellos* les ofrecían un potente motivo de permanecer firmes en la fe! (Vers. 23). Comp. Efes, 3:1. 13.

34. Traducción literal. M. Rilliet traduce: "Yo suplo, en mi carne, lo que falta a los padecimientos de Cristo". Este pasaje es uno de los más profundos que se encuentran en las epístolas de Pablo. Es necesario ante todo apartar con cuidado todas las interpretaciones superficiales o falsas, que estuvieran en contradicción con las enseñanzas más claras de la escritura. En el número de las interpretaciones superficiales vienen a colocarse las que consisten en verter las *aflicciones de Cristo* por estas palabras: "aflicciones soportadas *por amor* de Cristo, por su causa"; o también: "aflicciones *semejantes* a las de Cristo, provenientes de las mismas causas, y de las que quedaría para Pablo cierta medida a *llenar*, lo que *falta* aún para concluir su tarea"; o por último: "ciertas pruebas especiales que han *faltado* a las aflicciones de Cristo", como la prisión, etc. Entre las interpretaciones falsas, es necesario señalar: 1º la que tendería de cualquier modo, a inferir de estas palabras del apóstol, que ha *faltado* algo a los padecimientos personales de Cristo para nuestra salvación, y que el hombre puede agregarles un *complemento* cualquiera; 2º la que atribuiría a los padecimientos del cristiano un carácter expiatorio, ora para sí mismo, ora para los demás. (Se sabe, en efecto, el uso que el catolicismo ha creído poder hacer de este versículo aislado del conjunto del Nuevo Testamento y mal interpretado). ¿Cuál es, pues, su sentido? Y ante todo: 1º ¿qué significan aquí *las tribulaciones de Cristo?* Por sus padecimientos Cristo venció el pecado, el mundo, la muerte; por sus padecimientos "fué consumado" (gr.) alcanzó la perfección (Hebr. 2:10; 5:9) para sí mismo, como hombre, y para todos sus redimidos, a los cuales abrió el camino de la gloria. Ahora éstos le siguen en el camino por donde él anduvo (Rom. 8:17; 2 Cor. 1:5); mas esta "comunión de sus padecimientos" (Fil. 3: 10) no es ya una imitación externa; él mora y vive en ellos; ellos son *su cuerpo,* cuya cabeza es él; y como su Espíritu lucha, ora, suspira, se entristece en ellos (Rom. 8:25, 26; Efes. 4:30), él mismo padece en su cuerpo que está sobre la tierra, él es perseguido en sus miembros (Actos 9:4 ,5); éstos llevan su oprobio (Hebr. 11:26); ellos son "partícipes de la aflicción y de la paciencia del Cristo" (Apoc. 1:9); mucho más, "ellos son hechos una misma planta con él en su muerte, mueren con él" (Rom. 6:5-8; 2 Cor. 5:14-15); ellos "siempre llevan, por todas partes, en su cuerpo, la muerte del Señor Jesús". (2 Cor. 4:10). Así los padecimiento de los fieles son realmente las aflicciones de Cristo, mas sus aflicciones *en su cuerpo, que es la iglesia.* "Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo; no hay que dormir durante ese tiempo". *Pascal* En este sentido, mas en este sólo sentido, *queda, falta* a las aflicciones de Cristo algo que puede ser cumplido, acabado; es todo lo que la iglesia debe padecer hasta que ella sea *consumada* con su Jefe: y he ahí los padecimientos en los que Pablo tuvo, durante todo su ministerio, tan gran parte. (1 Cor. 4:9 y sig). Mas, 2º, ¿cómo puede un cristiano sufrir *por la iglesia* o por el cuerpo de Cristo? Esto no significa que padezca en su lugar, en un sentido de expiación, pues Cristo, y Cristo solo ha *cumplido todo,* lo ha *consumado;* ninguno puede rescatar a su hermano de la muerte. Mas no deja de ser verdad que los padecimientos, los renunciamientos, las victorias de cada miembro de la iglesia contribuyen poderosamente al bien de todo el cuerpo, por la comunión que existe entre los miembros. ¡Qué firmeza para la fe de todos en la constancia de un solo mártir! Los triunfos que esos generosos confesores han obtenido defendiendo la verdad aprovechan aún a la iglesia después de siglos. Lo mismo ocurre con la influencia bendita del miembro más obscuro de la iglesia, sufriendo como verdadero cristiano. ¡Cuánto más con la obra de un Pablo! (Comp. 2 Cor. 1:6. nota). Comprendemos pues que se *goce de sus padecimientos* por sus hermanos, en primer lugar porque amaba a esos hermanos, y luego porque tenía el sentimiento de que sufría con su Salvador, llevando "las aflicciones de Cristo". siéndole semejante. (Véase sobre este pasaje un discurso de VINNET, en los *Estudios evangélicos).*

yo ministro según la administración de Dios que me ha sido dada
26 cuanto a vosotros para cumplir la palabra de Dios [35] el misterio
oculto desde las edades y desde las generaciones, —mas ahora ha
27 sido manifestado a sus santos [36], a los que quiso Dios hacer cono-
cer cuáles son las riquezas de la gloria de este misterio entre los
gentiles [37], que es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria [38],

35. Es decir para anunciar esta *palabra* en toda su *plenitud,* hasta que haya alcanzado el fin para el cual Cristo la confió a su apóstol. —Esta es la *administración* (Gr. "economía") que Dios *dió* a Pablo para los Gentiles. No hay que entender, con Calvino y otros, esa voz en el sentido mucho más vasto en que es tomada en Efes. 1:10, sino en el sentido ordinario de una administración confiada a un *ecónomo;* Pablo designa con este término su apostolado. (Comp. 1 Cor. 4:1; 9:17; Tito 1:7).

36. Véase sobre este *misterio oculto a las generaciones* precedentes y ahora *manifestado,* Efes. 1: y sobre todo Efes. 3: 4-9, notas. Los *santos* no son solamente "los apóstoles y profetas", como en Efes. 3: 5, sino los *cristianos* en general.

37. Véase Efes. 3: 16-19, notas.

38. Estas palabras: *que es Cristo en vosotros,* deben referirse a toda la frase que precede: *las riquezas de la gloria de este misterio,* es *Cristo en vosotros;* Cristo, su persona, su obra, eso es todo el evangelio. Las palabras traducidas por *en vosotros,* pueden significar también *entre vos-*

28 al que nosotros anunciamos, amonestando a todo hombre y ense-
ñando a todo hombre en toda sabiduría, para presentar todo hom-
29 bre perfecto en Cristo [39], para lo que también trabajo, luchando
según su operación que obra en mí con potencia [40].

otros, es decir, como el apóstol acaba de expresarlo, *entre los paganos*. Mas el pensamiento es más completo, más profundo, y evita una repetición traduciendo *en vosotros*. (Comp. Efes. 3: 17, Gál. 2: 20). Por lo demás realmente sólo cuando Cristo vive *en vosotros* es para nosotros la *esperanza de la gloria*. (Comp. 3: 3, 4). —La condición gloriosa descripta por estas palabras, hace con el estado precedente de los paganos un contraste que impresiona al apóstol: estaban "sin Cristo, no teniendo esperanza" (Efes. 2: 12); ahora, Cristo en ellos es para ellos la *esperanza de la gloria!* (Comp. 1 Tim. 1: 1; Rom. 5: 2).

39. No solamente para combatir el particularismo judío insiste tanto el apóstol en estas palabras *todo hombre*, sino porque no creía haber cumplido su tarea mientras no hubiera instruído y advertido a *cada uno* de aquellos en quienes podía ejercer su ministerio. (Comp. Actos 20: 31). —Por lo demás, el fin de la predicación es el de conducir a todo hombre a la *perfección*. Mas esta perfección está completamente *en Cristo*, y todo el que está *en Él* será conducido a ese glorioso fin por el solo desarrollo de la vida de Cristo dentro de él. Esa es la *sabiduría* suprema de la cual Pablo toma toda luz; él no conoce otra.—Hay que observar aún sobre este versículo: 1º. que hay una intención polémica contra los falsos doctores en estas primeras palabras: *el* (y el solo) que *nosotros* anunciamos; 2.º que estos términos: *"presentar* todo hombre" (sobrentendido: a Dios) llevan el pensamiento al día del juicio, lo mismo que estas palabras: "la esperanza de la gloria". (Vers. 27). Pablo presentando a Dios, en aquel día solemne, un alma inmortal *amonestada, instruída* por él, es un gran pensamiento, borrado por nuestras versiones ordinarias que traducen: *"hacer* a todo hombre perfecto".

40. Solamente a fuerza de *trabajos* y de *luchas* podía Pablo alcanzar el fin indicado. (Vers. 28). ¡Qué argumento para excitar la confianza y el celo de sus lectores! Véase también 2: 1. Mas todas las veces que el apóstol habla de sí mismo y de su obra, se muestra santamente celoso de atribuir toda su *potencia* a Cristo a quien él da su gloria. (Vers. 28). Además la iglesia de Colosas, en peligro de ser engañada por falsos doctores, debía comprender que esa potencia divina que *obraba* en Pablo era un sello de Dios puesto a su apostolado. (Comp. Efes. 3: 20).

CAPITULO II

Continuación del mismo asunto: *En su carácter de apóstol-prisionero y de administrador del misterio de Cristo, Pablo establece, por oposición a las perniciosas doctrinas que se habían deslizado en la iglesia de Colosas:* I. *Que este misterio de nuestra redención en Cristo Jesús contiene todo lo que puede conducir a la perfección, y que toda otra sabiduría es engañadora, 1-15.* — II. *Que los preceptos ascéticos de una falsa santificación no atañen más al cristiano muerto a los rudimentos del mundo y resucitado a una vida nueva, 16-23.*

I. 1-15. NO OS DEJÉIS ENGAÑAR POR EL ERROR, PUES TODO SE ENCUENTRA EN CRISTO. — 1º Las iglesias deben conocer el gran propósito que Pablo tiene en vista en sus trabajos y en sus luchas: que sean confirmadas en la fe, bien unidas en el amor, conociendo cada vez mejor el misterio del evangelio, que encierra toda verdad. (1-3). — 2º Habla así para que sus lectores no se dejen engañar, pues, presente o ausente, se regocija de sus progresos. ¿Qué deben hacer? Cómo han recibido y aprendido a Cristo, permanezcan arraigados y fundados en él, y den gracias a Dios. (4-7). — 3º No sean engañados por falsos sistemas, pues en Cristo está la plenitud de la divinidad, y ellos mismos participan de esta plenitud. (8-11). — 4º En Cristo tienen ellos parte en toda la obra de salvación que Dios realiza en ellos y por ellos; *en ellos* por la verdadera circuncisión, por la renovación moral habiéndolos resucitado, vivificado en Cristo, habiéndoles concedido el perdón de sus pecados; *por ellos* ha destruído la obligación de la ley que los condenaba, la ha clavado en la cruz y ha triunfado de todos sus enemigos. (12-15).

1 Quiero, en efecto, que sepáis cuán grande lucha tengo por
vosotros y los que están en Laodicea y cuantos no han visto mi
2 rostro en la carne [1], para que sean consolados sus corazones [2],

1. Pablo acababa de hablar, de un modo general, del trabajo y de los combates del apostolado (1:29). Desea especialmente que las iglesias de Colosas, de Laodicea, que él mismo no había fundado, y *todos los que*, en esas iglesias y en otras partes, *no han visto su rostro en la carne*, no le conocen personalmente, sepan también que él sostiene por ellos una *grande lucha* y los circunda con su viva solicitud y con sus oraciones. (Comp. 4: 12; Rom. 15: 30). Esas iglesias, no habiendo sido fundadas ni afirmadas por el apóstol, eran tanto más accesibles a las seducciones del error. La tierna solicitud que Pablo les expresa aquí era muy apropiada para abrir los corazones a las exhortaciones que van a seguir. Nombra especialmente la iglesia de *Laodicea*, donde esta carta debía ser leída (4: 16), quizá porque la creía expuesta a los mayores peligros. Sea lo que fuere, una madre de familia reserva su más tiernos

bien unidos en amor y para toda riqueza de la plena certidumbre
3 del entendimiento[3] para conocimiento del misterio de Dios[4], en
el que están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y del
4 conocimiento[5]. Esto digo para que nadie os engañe por falsos

cuidados a los niños más débiles; así debe ocurrir con los pastores respecto de los miembros enfermos de sus rebaños.

2. O "exhortados", afirmados. La voz griega significa igualmente: *consolar y exhortar*. (1 Tes. 3: 2; 2 Tes. 2: 17).

3. El objeto de las luchas internas (v. 1) y de las oraciones del apóstol era pues que los cristianos fueran *afirmados* en la fe, estrechamente unidos *en el amor*, y cada vez más *enriquecidos de plena certidumbre*. Estas tres gracias de Dios, que abarcan todas las facultades del hombre para santificarlas, se desarrollan paralelamente en la comunión con el Salvador; mas también el error tiene siempre el efecto directamente opuesto: conmueve la fe, desune los cristianos y empobrece la inteligencia. De ahí los temores y las ardientes oraciones de Pablo.—Estas palabras de superabundante energía: *toda la riqueza de una plena certidumbre de entendimiento*, expresan admirablemente la plenitud de la verdad divina, recibida, comprendida, por la inteligencia y por la experiencia viva del corazón al mismo tiempo. (Vers. 3, nota).

4. El gran objeto del conocimiento o de la inteligencia cristiana, es el *misterio* de la redención que Pablo anunciaba. (1: 26; 27; 4: 3; comp. Efes. 1: 9; 3: 4, 9; 6: 19, nota; 1 Tim. 3: 16, nota). Según el texto recibido, ese misterio sería designado como *misterio del Dios y Padre y de Cristo*, señalando la relación mutua y la participación simultánea del Padre y del Hijo en la obra de la redención. Mas se encuentra aun en los diversos manuscritos más importantes, las variantes que siguen: *de Dios y de Cristo; de Dios Padre de Cristo; de Dios que es Cristo; de Dios Cristo*, y en fin simplemente *de Dios*. Los críticos se han decidido sucesivamente por una u otra de esas lecciones, mas sin que las razones de ninguno de ellos sean completamente concluyentes, lo que, por lo demás, importa muy poco para el pensamiento del apóstol. (Véase la nota siguiente).

5. O "de la ciencia".—*En el cual* se refiere al *misterio* del versículo precedente; otros intérpretes que leen *Cristo* al final de ese versículo proponen referir a él *en el cual;* eso equivale en absoluto a la misma cosa, puesto que la substancia del misterio es "Dios manifestado en carne", en otros términos, la persona de Cristo y su obra. En este misterio *están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento* (véanse sobre estas dos palabras que el apóstol reúne muy a menudo 1:9; 1 Cor. 12:8, nota; Efes. 1:17, nota), lo que no quiere decir que esos tesoros sean inaccesibles al hombre, puesto que el evangelio no tiene otro objeto que ponerle en posesión de ellos. Mas esta palabra *ocultos* significa ciertamente que esa sabiduría y esa ciencia escapan al que no quiere renunciar a su propia sabiduría o pretende tomar de otras fuentes la ciencia de la salvación. El sol, aun en todo su esplendor, no alumbra al ciego. (Comp 1 Cor. 2:7, nota). "Estas cosas quedan ocultas a los sabios y a los entendidos, y Dios las revela a los niñitos". (Mat. 11:25). El alma que sabe leer en este libro profundo, Dios en Cristo, descubre luego en él la verdadera ciencia, y se encuentra colocada en el verdadero punto de vista para percibir y comprender desde allí toda verdad, ora divina, ora humana, lo mismo que todos los desarrollos que pueden resultar. Ese libro se abre a la humildad, la fe lo lee, el amor lo comprende. Este pasaje refuta, por lo demás, abundantemente todos los géneros de fanatismo que se imaginan poder esperar una revelación de Dios más alta, más vasta que la que ha tenido lugar en Cristo, es decir en el siglo del Espíritu Santo. Todo lo que el Espíritu Santo revela, lo toma de lo que pertenece a Cristo (Juan 16:15), pues en él están ocultos *todos* los tesoros de la sabiduría y de la ciencia". *Olshausen*.

5 razonamientos[6]. En efecto, aunque en la carne estoy ausente,
en el espíritu empero estoy con vosotros, gozando y mirando
6 vuestro orden y la firmeza de vuestra fe en Cristo[7]. Como reci-
7 bisteis pues al Cristo Jesús, al Señor, en él andad, arraigados y
edificados en él y confirmados por la fe conforme fuisteis ense-
8 ñados, abundando en él, con acción de gracias[8]. Mirad no sea

6. Gr. "Que nadie os *paralogice*, os engañe por *paralogismos*, por falsos razonamientos, fundados en apariencia sobre la verdad cristiana; y por *discursos persuasivos*, que sin embargo, no son tomados de "la sabiduría y la ciencia". (Vers. 3. Comp. 1 Cor. 2:4). Por estas palabras: *esto digo*, el apóstol entiende lo que acaba de expresar (v. 1-3), y es así como pasa a la mención de los errores que tiene en vista.

7. La partícula *pues* que liga este versículo a lo que precede, indica que el motivo de toda esta seria exhortación está en la viva solicitud que Pablo siente por aquellos de quienes está apartado, estando *ausente de cuerpo* (v. 1); no por eso toma menos parte en todo lo que atañe a su estado espiritual como si estuviera en medio de ellos. Está allí en efecto por la comunión de su *espíritu con ellos*, y en esta comunión él se *regocija* por todos los que han quedado *firmes* en la fe. *Vuestro orden* es una expresión tomada del servicio militar ,es el orden de batalla que consiste en las estrechas filas de los combatientes. La palabra que traducimos por *firmeza* significa propiamente fortificación, fortaleza.

8. A menudo el apóstol apela a la experiencia personal que los cristianos han hecho de la verdad evangélica para fortalecerlos aun más en ella. (Gál. 3:1 y sig.; Efes. 1:13; 2:11 y sig.; 4:20 y sig.; 1 Tes. 2:13). Lo que han *recibido*, lo que les ha *sido enseñado*, no es un sistema religioso sobre Cristo, o la doctrina de Cristo sino *Cristo* mismo (v. 6; comp. Efes. 4:20-24), Cristo entero, lo que es aquí expresado por todos sus nombres, en su pleno significado: *el Cristo, Jesús, el Señor*. (Vers. 6). Mas esto no basta al apóstol; en su ardiente deseo de ver a sus hermanos preservados del error, acumula aquí todos los términos que pueden expresar su firmeza y su progreso en Cristo. *Andar en él*, por la comunión con él y por la conducta diaria; *estar arraigados y edificados en él* (véase sobre esta doble figura

que haya alguien que os lleve como presa por la filosofía y vano
engaño, según la tradición de los hombres, según los elementos
9 del mundo, y no según Cristo [9], porque en él mora toda la pleni-
10 tud de la divinidad corporalmente [10], y estáis llenos en él [11] que

Efes. 3:18), y así *confirmados por la fe*, que es el vínculo de nuestra unión con él (el texto recibido dice: afirmados *en* la fe; esta lección tiene en su favor importantes manuscritos y es adoptada por muchos exégetas); en fin, *abundar en él*, hacer continuos progresos en su comunión (otros, según la variante del texto recibido, traducen: en *ella*, la fe; otros en fin leen: "abundando en acciones de gracias"); todo esto inspira al alma una gozosa gratitud, que se expresa por *acciones de gracias.*

9. Gr. "Mirad no sea que haya alguno que os lleve como una presa por la filosofía y un vano engaño". Este *vano engaño* mismo tiene el apóstol en vista al hablar de las falsas especulaciones decoradas por sus autores con el pomposo nombre de *filosofía.* Estos dos términos, que se explican uno al otro, no expresan más que una sola y misma idea. Pablo, en efecto, no quiere condenar, bajo el nombre de filosofía, toda busca especulativa de la verdad, todo esfuerzo de la inteligencia humana para llegar a una solución más completa de las grandes cuestiones que por fuerza se imponen a ella. Seguramente tampoco quiere reprobar el deseo y la necesidad que tiene el pensamiento cristiano de darse cuenta de las verdades y de los hechos de la revelación, a fin de apropiárselos cada vez más completamente. Pero que hombres que profesan admitir esa revelación desechen por incredulidad o por orgullo lo que constituye su esencia, el misterio de la encarnación y de la redención (v. 2), y quieran substituir en las iglesias su sabiduría y su ciencia a aquélla todos cuyos tesoros están contenidos en ese misterio (v. 3), he ahí el vano engaño contra el cual Pablo pone en guardia a los creyentes. Se opone enérgicamente a esos cristianos judaizantes (véase la introducción a esta epístola) que, amalgamando las *tradiciones* de su cábala con las ideas de la especulación pagana y con ciertas verdades del cristianismo, construían con todo ello un sistema teosófico que ellos estimaban más elevado y más profundo que el simple evangelio. Ese sistema entero reposaba sobre los *elementos del mundo* (véase sobre el sentido de este término. Gál. 4:3, nota) y *no sobre Cristo.* Permanece verdadero aún, hoy como entonces, que toda sabiduría y toda filosofía que, para acomodar el cristianismo a sus concepciones, cercena de él el misterio del pesebre de Belén y de la cruz del Calvario, y no hace así más que obscurecerlo y desnaturalizarlo, merece el epíteto severo de vano engaño, sobre todo si tal filosofía pretende substituirse al evangelio en la iglesia. (Comp. sobre el desarrollo del mismo pensamiento del apóstol, 1 Cor. 1:22-28, notas).

10. Este versículo y los que siguen motivan la exhortación del v. 8 (*porque*), y por esto el apóstol no teme volver a un pensamiento ya expresado respecto de la persona de Cristo. (1:18, 19). "Tened cuidado de no dejaros seducir por falsas especulaciones, *puesto que* tenéis todo en Cristo". (Vers. 10). La *plenitud de la divinidad* (comp. 1:19) no puede expresar más que todo el conjunto

11 es la cabeza de todo principado y potestad [12], en quien también
fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha de mano, en el
despojo del cuerpo de la carne, en la circuncisión de Cristo [13],
12 sepultados con él en el bautismo, en el que también resucitasteis
con él por la fe de la operación de Dios que le resucitó de entre los
13 muertos [14]; y a vosotros, estando muertos por vuestras faltas y

de los atributos y de las perfecciones de Dios, lo que Juan llama "su gloria". Esta plenitud divina *mora* (no: *ha morado*) *corporalmente* en Cristo, es decir esencialmente, substancialmente; más aún, ha tomado un *cuerpo* en Cristo Jesús. En otros términos y para hablar con Juan, "la palabra fué hecha carne, y vimos su gloria, la gloria del Unigénito del Padre". (Juan 1:14). En Cristo, la divinidad, unida a un hombre dotado de un cuerpo y un alma, ha formado con él un solo ser, en quien ella *habita* aún *corporalmente*, ahora que este Ser está glorificado. (Fil. 3:21). Ha aparecido en él, no de una manera simbólica, como en otro tiempo en el templo o sobre el arca del pacto, sino en realidad; no por sus influencias sobre él, sino por una unión personal con él; no por un tiempo solamente, sino permanentemente. Esta verdad, o más bien este hecho, forma el contraste más absoluto con los errores gnósticos, docéticos, arrianos, socinianos, que. sucesivamente, se han producido en la manera de concebir la persona de Jesucristo, y está igualmente opuesto al naturalismo y al panteísmo paganos.

11. La versión corriente presenta bien el pensamiento del apóstol y motiva la advertencia del v. 8. Mas el original es más expresivo aún; dice: "Estáis *llenos* en él", voz formada de la misma raíz que la de *plenitud.* (Vers. 9). Por su unión viviente con Cristo, el creyente se torna, moral y espiritualmente, en partícipe de la divinidad que habita en Cristo. (Juan 1:16; Efes. 3:19. Por esto, solamente esta unión con el Salvador por la fe puede *llenar* todas las necesidades de nuestra alma. (Juan 4:13, 14; 6:35).

12. Comp. 1:16, nota; Efes. 1:21, 22, nota.

13. La *circuncisión*, a la cual los doctores judaizantes de Colosas atribuían sin duda alta importancia, pero sin reconocer su significado espiritual, era el símbolo de la purificación de la carne, de la renovación del hombre pecador. Todo eso se realiza en el creyente por su unión viva con Cristo, sin que la señal obrada por *la mano* de los hombres sea necesaria. Esta regeneración de nuestro ser entero por el *despojo* del viejo hombre, que el apóstol llama aquí el *cuerpo de la carne*, y por el nacimiento del hombre nuevo, es desarrollada más completamente en 3:9, 10, y en su causalidad íntima, aquí mismo, v. 12. El texto recibido tiene: "el cuerpo *de los pecados* de la carne"; las palabras en bastardilla, no auténticas aquí, han sido tomadas de Rom. 6:6, donde la idea es aproximadamente la misma. (Véase la nota). A esta renovación moral, cuya figura era la circuncisión, llama Pablo *circuncisión de Cristo*, porque él es quien la opera.

14. Todo este profundo pensamiento: el cristiano *sepultado con cristo por el bautismo* y *resucitado con él,* por la misma *potencia* de resurrección y de vida que *sacó a Cristo de entre los muertos*, se encuentra desarrollado en Rom. 6:1-11. (Véase las

en la incircuncisión de vuestra carne[15], os vivificó con él, perdo-
14 nándonos todas nuestras faltas[16], borrando la obligación contra
nosotros por sus ordenanzas, que nos era contraria, y la quitó de
15 en medio clavándola en la cruz[17], despojando los principados y

notas y comp. Efes. 2:6). Solamente, el apóstol indica aquí el medio que nos une personalmente a Cristo, de modo que esta transformación de nuestro ser en él no sea solamente una figura, una idea, sino una viva realidad; ese medio es la *fe*; esta fe, a su vez, no es una noción de la inteligencia, sino una operación de Dios en nosotros. Es así como deben entenderse estas palabras: *la fe de la operación de Dios*, palabras que Lutero traduce: "la fe que Dios opera". Bengel, Olshausen, de Wette, adoptan este sentido. (Comp. 1:29; Efes. 1:19; 3:7; Fil. 3:21). Otros intérpretes, Crisóstomo, Meyer, Oltramare, prefieren el sentido expresado en la versión de Ostervald: "la fe que tenéis *en* la potencia de Dios". Hay que notar aún que Pablo, substituyendo aquí el *bautismo* cristiano a la *circuncisión* judía (v. 11 y 12), mostrándonos en el primero la realización espiritual de la segunda, autoriza seguramente la relación a menudo establecida entre estos dos signos de admisión a la alianza de gracia, bien que esa relación haya sido negada en nuestros días, y negada más bien en un interés dogmático relativo al bautismo que por un conocimiento profundo del asunto.

15. Gr. "En el prepucio de vuestra carne", no habiendo siquiera recibido, como paganos, el signo externo de la circuncisión, siendo extraños al pueblo de Dios (Efes. 2:12), lo que hace tanto mayor la gracia que os ha sido hecha.

16. Véase sobre el pensamiento de este versículo Efes. 2:1, 5, 6, notas. "Os vivificó con él", *él* designa a Jesucristo; el sujeto de esta proposición, como también de las siguientes hasta el vers. 15, es Dios. El *perdón de las faltas*, de todos los pecados, es notado aquí, y en todas partes en la escritura, lo mismo que en la experiencia de todos los cristianos, como el punto de partida, la fuente de la vida nueva. Y esto está en la naturaleza de las cosas. Pablo escribe: "habiéndo*nos* perdonado" (y no: *os*, como dice el texto recibido), considerándose él mismo y todos los cristianos como objetos de ese perdón. "Este modo hace sentir mejor la extensión y la grandeza del perdón de Dios". *Oltramare.*

17. Gr. "La quitó de en medio, habiéndola clavado en la cruz". Esta *obligación contra nosotros* y que *nos era contraria*, es la ley; Pablo lo indica claramente recordando esas *ordenanzas* (Gr. "*dogmas*, decretos, v. 20, nota), esos mandamientos que nos condenaban, porque los hemos violado todos. Dios *borró* esa obligación; cómo lo hizo, por qué acto principalmente, es lo que Pablo indica bien por esta enérgica figura: *la clavó en la cruz.* (Comp. sobre el pensamiento general, Efes. 2:15, nota).

18. Él venció todas las potencias de las tinieblas que se oponen a su reino. Es así como deben entenderse estos *principados y potestades.* (1 Juan 3:8. Comp. Efes. 6:12). Las *despojó* de su potencia, y las *expuso*, no solamente *en espectáculo*, sino a la *vergüenza*, a la *ignominia.* (Comp. Mat. 1:19; Hebr. 6:6, donde se encuentra el mismo verbo griego). Y obtuvo ese *triunfo* sobre ellas *en* y *por la cruz* de su Hijo. Entendemos:

las potestades los expuso a la vergüenza en público, triunfando de
ellos en ella[18].

II. 16-23. Conclusión de la enseñanza que precede: la verdadera libertad y la falsa santidad. — 1º Ninguno, pues, tiene el derecho de juzgaros por la ley ceremonial; eso es sólo la sombra; la realidad está en Cristo. (16, 17). — 2º No os dejéis arrebatar el premio por una falsa humildad, por un falso culto, según las visiones de los que están hinchados de orgullo, que no retienen el Jefe, la Cabeza, en quien todo el cuerpo, bien unido, crece por la potencia de Dios. (18, 19). — 3º Vosotros, que habéis muerto con Cristo a los elementos del mundo, ¿pr qué esclavizaros a preceptos, prohibiciones, ordenanzas humanas, que no tienen más que la apariencia de la sabiduría, de la humildad, de la devoción, por la mortificación del cuerpo? (20-23).

16 Nadie pues os juzgue[19] en comida o en bebida[20] o respecto
17 de fiestas o de nueva luna o de sábados[21], lo que es sombra de lo

en la cruz, aunque no hay aquí más que un pronombre (*en ella*, la *cruz* del v. 14); otros traducen: *en él* (Cristo), con menos razón.

19. Por estas palabras, el apóstol, después de haber expuesto su doctrina de la persona de Cristo y de su obra (v. 9-15), vuelve a la exhortación directa, empezada en el v. 8, contra los errores que amenazaban invadir la iglesia de Colosas. Infiere *(pues)* del hecho de que la ley ha sido abolida por la cruz de Cristo (v. 14) y que tenemos todo plenamente en él (v. 10), que nadie debe ver en la observancia de preceptos y de reglas ascéticas la señal de la piedad y de la vida cristiana. (16-21). En cuanto a la naturaleza de los errores que Pablo combate, los versículos siguientes no la determinan claramente, porque no era necesario para lectores que los conocían muy bien. Es evidente, sin embargo, que Pablo tiene en vista doctores judaizantes, que unían un falso espiritualismo a una legalidad servil igualmente contrarios a la verdad y a la libertad cristianas. (Véase las notas que siguen, y comp. v. 8, nota, así como la introducción a esta epístola).

20. Que se trata aquí de las prescripciones mosaicas lo muestra evidentemente el v. 17. Mas el propósito de los falsos doctores no era, como precedentemente entre los Gálatas y en otras partes, el imponer la ley de Moisés a los cristianos de origen pagano, como una condición de su salvación; ellos pretendían enseñar una santidad superior que consistía en la observancia de ciertos preceptos, y parece que ni aún se atenían a las disposiciones legales del Antiguo Testamento, pues mientras la ley contenía instrucciones sobre los alimentos (Lev. 7;10 y sig.; 11:1 y sig.), no se encuentran en ellas reglas relativas a las bebidas, salvo en el voto de los nazarenos. (Núm. 6:3). De algún sistema judío pues o pagano, de tendencia ascética y dualista, tomaban los falsos doctores sus ideas a este respecto. Algunos intérpretes piensan en la secta de los Esenios, que vivían retirados del mundo en conventos en las márgenes del mar Muerto. Mas no se ha probado de

18 venidero, mas el cuerpo es de Cristo [22]. Nadie os prive de vuestro premio complaciéndose en humildad y culto de los ángeles [23],

ningún modo que su influencia se haya extendido hasta Asia Menor. Sea lo que fuere, el apóstol rechaza, como contrarias a la libertad evangélica, esas reglas humanas que debían necesariamente reconducir las almas al yugo de la legalidad o mantenerlas en una espiritualidad engañosa. (Comp. 1 Tim. 4:3; Hebr. 13:9). Pablo trata en otra parte (Rom. cap. 14) la misma cuestión desde un punto de vista muy diferente.

21. El apóstol designa tres especies de *fiestas* judías: primero, las grandes solemnidades de pascuas, de pentecostés y de los tabernáculos; luego las fiestas *mensuales (nueva luna,* Núm. 28:11-15), y por último los *sábados* ordinarios. (Comp. Rom. 14:5, 6; Gál. 4:10). Si se tratara aquí de la simple observancia de los sábados ordinarios, el apóstol la colocaba en el número de esas instituciones judaicas respecto de las cuales el cristiano es enteramente libre. Tal es la opinión más generalmente admitida por los intérpretes modernos, aun por hombres llenos de fe, Gerlach, Olshausen, Neander. Calvino mismo escribe en su comentario sobre este pasaje: "Mas dirá alguno, nosotros retenemos aún cierta observancia de días. Respondo, que nosotros no guardamos los días, como si hubiera alguna religión o santidad en los días de fiesta, como si no fuera conveniente trabajar en ellos: sino que se tiene consideración a la policía y al orden, y no a los días". Es cierto que el sábado judío no puede subsistir con el evangelio y la libertad cristiana. Como todos los medios de gracia, la institución divina y permanente de un día de reposo es para el cristiano un privilegio, y no una obligación *legal.*

22. El *cuerpo* es de Cristo, es decir la *realidad* (por oposición a la *sombra)* viene de Cristo, le pertenece, se encuentra completa en su persona y en su obra. La *sombra,* la imagen, era verdadera, exacta, mas en sí misma de ningún valor sin el *cuerpo* que ella debía revelar, al cual ella debía conducir. Tales son todas las instituciones del antiguo pacto en su relación con el nuevo. (Comp. Juan 1: 17, n.; Hebr. 8:5; 8, 9; 10:1).

23. El verbo empleado por el apóstol está compuesto de un substantivo que designa el árbitro de las luchas, el juez de los juegos, y ese verbo significa decidir contra alguno, rehusarle el premio, condenarle. Tal es el papel que Pablo atribuye a los falsos doctores; obran así "queriendo" (hacerlo), o bien (uniendo la palabra a lo que sigue) *"complaciéndose* en la humildad y en un culto de los ángeles". Otros traducen: "Nadie se establezca de su propia voluntad juez del premio", (v. 16), y esto "por espíritu de (falsa) humildad y por un culto tributado a los ángeles". El sentido de ambas versiones es casi el mismo. El error puede *arrebatar* al cristiano el *premio* de la carrera (1 Cor. 9:24; Fil. 3:14), y el peligro en Colosas, era tanto mayor cuanto que ese error se presentaba bajo las apariencias de una falsa humildad, que consistía en no querer dirigirse a Dios directamente, sino por intermedio de los *ángeles,* siendo inducidos así a tributarles un *culto* idólatra. Ese culto de los ángeles tenía por base especulaciones filosóficas, como lo prueban las palabras que siguen.

escrutando lo que ha visto [24], en vano hinchado por el entendi-
19 miento de su carne [25], y no reteniendo la cabeza, de la que todo
el cuerpo, por las junturas y ligamentos provisto y bien unido
20 crece el crecimiento de Dios [26]. Si habéis muerto con Cristo a
los elementos del mundo [27], ¿por qué como viviendo en el mundo

(Véase la introducción). Lo que muestra cuán fundada y necesaria era la advertencia del apóstol, es el hecho de que ese culto de los ángeles se perpetuó en Asia Menor, sobre todo en Prigia y en Pisidia, al punto de que el concilio de Laodicea, en 364, debió prohibir a las iglesias la costumbre de dirigir oraciones a los ángeles.

24. En los misterios del mundo de los espíritus, de que Dios no nos ha revelado más que lo que puede servirnos de advertencia, o inspirarnos ánimo para tender hacia la perfección. Muchos manuscritos de la mayor autoridad omiten en esta frase la partícula negativa, de modo que hay que traducir: "Penetrando, escrutando cosas que ha visto", pero que ha *visto* en sus *visiones* fantásticas. Esa palabra así empleada encierra una ironía, mientras que en otras partes tiene un sentido serio. (Apoc. 1:2; 9:17). Esta variante es mejor autorizada que la del texto recibido.

25. Hinchado por el entendimiento de su carne, es decir por su razón influída por la *carne* y no iluminada por el Espírtu de Dios. Y entonces *vanamente hinchado,* o sin razón. No hay peor *orgullo* que el que se vela bajo una falsa *humildad,* o se alimenta de una espiritualidad fantástica.

26. Los falsos doctores de Colosas no profesaban haber rechazado a Jesucristo; de otro modo, no habrían ejercido ninguna influencia y Pablo no se habría molestado en combatirlos; mas, como todo error esencial nos aparte de Cristo, nos le vela, el que ellos predicaban los había separado ya del Jefe, de la Cabeza, en cuya única comunión el *cuerpo* y los miembros pueden poseer la vida y desarrollarse. (Véase sobre el conjunto de este pasaje Efes. 4:15, 16, nota). Se puede traducir, también: "bien unido por medio de las junturas y ligamentos, *de que está provisto".* Un *crecimiento de Dios,* es, según unos el desarrollo de la vida interna que Dios mismo opera, cuyo autor y origen él es. Según otros, sería el crecimiento "agradable a Dios" (Calvino), "que Dios pide" (Oltramare), como las *obras de Dios* (Juan 6:28), lo que concordaría mejor con el principio del versículo, donde Pablo ha indicado ya la fuente de la cual el cuerpo saca su crecimiento, a saber, Jesucristo, el Jefe.

27. Comp. sobre esta *muerte* del cristiano con su Salvador. v. 12; Rom. 6:1-11; Gál. 6:14. Y sobre este término los *elementos del mundo,* v. 8 y Gál. 4:3, nota. Esos elementos del mundo, de que Dios se había servido en su ley, durante la infancia de su pueblo, debían conducir a este último a más elevadas verdades; volver a ellos después que el evangelio ha dado la realidad, la vida que aquellos prefiguraban, es recaer en la servidumbre. Esta recaída se ha visto y se ve aún dondequiera que Cristo es velado por otros medios de salvación, dondequiera que otros mediadores vienen a colocarse entre Dios y nosotros.

21 os sometéis a ordenanzas [28]: "No manejes, ni gustes, ni toques [29]"?
22 que son todas para corrupción por el abuso según los mandamien-
23 tos y enseñanzas de los hombres [30], las cuales, sí, tienen aparien-

28. Gr. "Por qué sois *dogmatizados*, como si..." El apóstol emplea este término para recordar las *ordenanzas* que ha presentado en el v. 14 como abolidas por la muerte de Cristo; esas ordenanzas se nombran en griego *dogmas*. Esta última voz no tiene jamás, en la escritura, el sentido que ha recibido más tarde en el lenguaje eclesiástico: valdría la pena recordarlo. (Comp. Efes. 2:15, nota). En el versículo siguiente, Pablo expresa de manera notable el *legalismo* de esas ordenanzas o de esas prohibiciones minuciosas que recuerdan tan bien aquéllas con que los fariseos cargaban las conciencias.

29. Nótese la progresión: No *comer*, no *gustar*, no *tocar!* (Comp. v. 16). Se trata en efecto, aquí de minuciosas prohibiciones relativas a la comida y a la bebida. ¡Y hé ahí lo que constituiría la santidad! "No hay fin en cuanto los hombres se ponen a inventar tiranías para las conciencias; cada día nuevas leyes se añaden a las antiguas, cada día salen nuevos decretos. ¡Qué perfecto espejo de esto nos ofrece el papado! Y con qué elegancia de lenguaje Pablo nos muestra en esas tradiciones humanas un laberinto donde las conciencias se extravían; mucho más, son redes que primero estrechan por todos lados, y que, con el tiempo, acaban por estrangular'". *Calvino.*

30. Este versículo ha dado lugar a diversas interpretaciones; he aquí primeramente su traducción literal: "Las cuales son todas para la corrupción por el uso (o por el abuso) según los mandamientos y enseñanzas de los hombres". Se puede entender por *las cuales*, las cosas que sería prohibido comer, gustar, tocar (en una palabra los alimentos) y Pablo declararía que esas cosas, *destinadas a ser destruídas por el uso* diario que de ellas se hace, no merecen que se les atribuya una importancia religiosa. (Comp. 1 Cor. 6:13; Mat. 15: 11). En esta interpretación, hay que conectar el último miembro de la frase *(según los mandamientos y doctrinas de los hombres)*, no con lo que precede inmediatamente, no a esas *cosas* que perecen, sino con el v. 20. Así, en esta interpretación de nuestro versículo, que es la de Calvino, el apóstol combatiría esas prohibiciones legales por estos dos argumentos: son cosas materiales destinadas a perecer y no son vedadas más que por preceptos humanos. Otra interpretación consiste en ver en esas *cosas* las *prohibiciones* mismas que Pablo cita. Y en este caso, él declararía que esas cosas conducen *a la corrupción moral, por el abuso* que de ellas se hace, *según los mandamientos y las enseñanzas de los hombres*. (Comp. Gál. 6:8). Si la primera de estas interpretaciones parece desde luego la más natural, la otra está más conforme a la construcción del texto original y sobre todo a la reflexión que sigue. (Vers. 23). Sea cual fuere, por lo demás, la significación que se prefiera, se encontrará siempre en ella una poderosa refutación del pernicioso error que el apóstol combate.

31. Este último versículo termina el desarrollo del juicio de Pablo sobre esos mandamientos y doctrinas de los hombres. Tienen sí, alguna *apa-*

cia de sabiduría en culto voluntario y humildad y mal tratamiento
del cuerpo, no en valor alguno contra la hartura de la carne [31].

riencia (o algún *renombre*) de *sabiduría;* hasta se quiere ver en ellos una sabiduría más profunda que en el sencillo evangelio de Cristo; ¿en qué consiste? En un *culto voluntario, arbitrario* (comp. v. 18, donde se encuentran los mismos términos, y donde es mencionada una forma de este culto), que aun va más allá de lo que Dios ordena (así, los "consejos de la iglesia", al lado de los mandamientos de Dios); en una *humildad* que afecta ver orgullo en la libertad del cristiano salvado por gracia (comp. v. 18); en un *mal tratamiento del cuerpo,* puesto que se le impone duras privaciones, aun en la comida y en la bebida (v. 21), y que no se tiene *ninguna consideración a lo que puede satisfacer la carne.* Esta última frase, literalmente traducida, tiene: "No en honor alguno cuanto a la hartura de la carne". Según varios comentadores, Pablo enunciaría aquí la proposición que debe responder a la introducida por *sí.* Traducen: "mas estas ordenanzas son *sin valor ninguno,* tienden *a la hartura de la carne*". — Este lenguaje del apóstol encierra una penetrante ironía, y se diría que todas estas palabras son dirigidas contra las doctrinas que tienen curso hoy en una inmensa fracción de la cristiandad. Ciertamente, a pesar de estos principios tan amplios, Pablo no podría ser acusado de indulgencia para con la carne, pues predica en toda ocasión, y aquí mismo (v. 20, nota), la muerte, la crucifixión del viejo hombre. (Comp. 1 Cor. 9:27). Mas lo que él combate con tanta energía es una falsa espiritualidad que consiste en despreciar el cuerpo y buscar la santidad en fáciles maceraciones, que, lejos de crucificar el orgullo, le sirven más bien de alimento. Solamente por una comunión íntima con Cristo puede producirse en nosotros toda la potencia de su muerte y de su resurrección.

NOTA DEL TRADUCTOR. — Hay una tercera interpretaión, que nos hemos permitido introducir en el texto, ya que la presente versión es independiente y directa. Consiste en tener en cuenta el *contraste* que Pablo hace entre la *apariencia* y la eficacia, el *valor* real del sistema religioso que critica. "Tienen, sí, *apariencia...;* no *valor contra* la hartura de la carne". La preposición griega admite este sentido *(contra)* en que se usa con frecuencia; por ejemplo Col. 3:13. Creemos que esta versión del vers. 28 es más clara y exacta.

CAPITULO III.

I. *Exhortaciones a una vida nueva en Cristo, 1-17.* — II. *Preceptos dirigidos especialmente a los esposos cristianos, a los hijos y a los padres, a los siervos y a los amos, 18-25.*

I. 1-17. LA VIDA NUEVA. — 1º Resucitados con Cristo, tended hacia donde él está, hacia el cielo, no hacia la tierra; vuestra vida está oculta con él en Dios; será manifestada con él en gloria. (1-4). — 2º Desechad, pues, todas vuestras concupiscencias antiguas: las pasiones impuras, la avaricia, la ira, las malas palabrs, la mentira, — pues estáis en posesión de la vida nueva, y aquí ya no hay diferencia de nacionalidades, ni de religiones, ni de posiciones sociales, sino Cristo es todo en todos. (5-11). — 3º Revestíos, pues, de todos los caracteres de una vida nueva: compasión, bondad, humildad, tolerancia, y perdón mutuos a ejemplo de Cristo; sobre todo del amor, que los reúne todos; y la paz de Cristo reinará en vuestros corazones con gratitud. (12-15). — 4º Edificaos mutuamente por medio de la palabra de Cristo y por cánticos religiosos que se eleven de vuestros corazones por la gracia; y en vuestra vida hágase todo en el nombre de Jesucristo, con acciones de gracia. 16, 17).

1 Si habéis, pues, resucitado con Cristo, buscad las cosas de
2 arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios[1]. Preocu-
paos de las cosas de arriba, no de las que están sobre la tierra[2],

1. Esta primera exhortación resulta inmediatamente de lo que precede, como lo indica la transición por esta partícula conclusiva *pues*. En efecto, el apóstol ha supuesto (2:12, 20; comp. más abajo v. 3) que los cristianos a quienes se dirige han muerto con Cristo, muerto al mundo, al pecado, a sí mismos; desde entonces, puede suponer también que han *resucitado con Cristo*, pues estas dos cosas no son más que los dos lados de la misma obra de Dios, la regeneración. (Rom. 6:4). La potencia de resurrección y de vida, por la cual Cristo se levantó de entre los muertos, pasa de él a sus miembros; es para ellos la vida eterna. Bajo este punto de vista también, es natural que *busquen las cosas que están arriba*, la comunión viva, habitual con su Jefe, que *está sentado a la diestra de Dios*, pensamiento que debe estimular esa busca con el más potente estímulo. (Rom. 8:34). Las cosas de arriba son pues todos los bienes celestiales de que Cristo es para nosotros la fuente, lo que la escritura llama en otras partes: "el premio de la vocación celestial" (Fil. 3:14), "los tesoros en el cielo" (Mat. 6:20), "el reino de Dios" (Mat. 6:33), "nuestra república en los cielos". (Fil. 3:20).

2. El apóstol insiste en este punto: él sabe, ¡ay! cuán necesario es; hace consistir esta busca en las cosas de arriba, no en actos externos,

3 pues muerto habéis y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios.
4 Cuando Cristo sea manifestado, vuestra vida, entonces también
5 vosotros con él seréis manifestados en gloria[3]. Haced, pues, mo-
rir vuestros miembros que están sobre la tierra: fornicación, im-
pureza, pasión, mala concupiscencia, y la avaricia que es idola-
6 tría[4], por las que viene la ira de Dios sobre los hijos de la deso-

sino en el *afecto* o el *pensamiento* (Rom. 8:5 y sig.), es decir en lo que de más íntimo hay en nosotros. Por último, a esas cosas que están arriba, opone *las que están sobre la tierra.* Muchos intérpretes, Calvino, entre otros, quieren ver en estas palabras una última alusión a esos "elementos del mundo" (2:20), a esas doctrinas que Pablo acababa de señalar y combatir, y que ponen la religión en cosas de esta tierra. Mas esta explicación no es admisible; es evidente que aquí el horizonte del apóstol se agranda, que su exhortación se hace más general y concierne a todos los cristianos. Esto es, en efecto, lo que parece preocuparle exclusivamente. No piensa más en los falsos doctores; pero pide a los creyentes, muertos y resucitados con Cristo, que los bienes, los goces de esta tierra, y todas las insaciables concupiscencias consiguientes, no sean más el objeto de sus afectos. El nuevo hombre debe vivir, no ya para el mundo, cuya figura pasa, sino para el mundo celestial, eterno, en la comunión del Jefe que ha entrado en él como las primicias de nuestra humanidad regenerada. (Comp. Fil. 3:20).

3. Estos dos versículos *motivan* la exhortación que precede. Si el cristiano ha *muerto* (v. 1, nota), tiene otra *vida*, verdadera, espiritual imperecedera, que es la vida de *Cristo* en él. (Vers. 4). Esta vida está *escondida, oculta con Cristo en Dios;* el mundo no la ve. (Comp. 1 Pedro 3:4, "el hombre oculto del corazón"). Así como Cristo, después de haber terminado su obra en este mundo, se sustrajo a los ojos de la carne, y vive con vida celeste y divina en el seno de Dios, del mismo modo el cristiano, cuya vida es Cristo, tiene parte, desde ahora, por una comunión viva con él, en esa existencia celestial, aunque cumpla aún su tarea en medio de los combates y de las miserias de este mundo. Mas su estado de prueba no durará siempre. Cristo debe *ser manifestado en gloria* y recibir en esa gloria a todos sus redimidos que, entonces, "serán semejantes a él, porque le verán tal cual es" (1 Juan 3:2; comp. Juan 17:22-24). — "Esperemos que Jesucristo aparezca para aparecer sólo con él, y no escuchemos la voz de la vanidad que nos grita: Apareced en el mundo". *Quesnel.*

4. El apóstol caracteriza el viejo hombre (v. 9) en el cristiano como un cuerpo (Rom. 6:6; 7:5, 23, 24; 8:10) que ha recibido la herida mortal (v. 3 y 4), pero cuyos *miembros* tienen aún alguna vida y deben acabar de *morir* (Gál. 5:24; Rom. 8: 13). Esos miembros son las diversas concupiscencias de las que Pablo enumera las principales. Las designa como estando *sobre la tierra*, porque todos sus objetos son *terrestres* por su naturaleza. (Vers. 2). De esos pecados que enumera, se admite generalmente que los cuatro primeros

7 bediencia[5], en las que también vosotros anduvisteis en otro tiem-
8 po, cuando vivíais en ellas[6]. Mas ahora deponed también vos-
otros todo: ira, furor, malicia, calumnia[7], lenguaje obsceno de
9 vuestra boca[8]; no mintáis unos a otros, habiéndonos despo-
10 jado del viejo hombre con sus actos[9] y vestídoos del nuevo que
es renovado para el conocimiento según la imagen del que lo creó[10],

designan los actos de la sensualidad. La *fornicación* y la *impureza*, sin duda; mas la *pasión, la mala concupiscencia* (o mal deseo) pueden tener un sentido más general. Habría podido dar a todos esos vicios el epíteto por el cual caracteriza el último; son otras tantas *idolatrías;* mas es cierto que de todas las pasiones, aquella de la que el hombre es más absoluta y constantemente esclavo es la *avaricia;* hace por el dinero todo lo que debería hacer por Dios. (Comp. Mat. 6:24).

5. *Hijos de la rebelión* o de la *desobediencia, por rebeldes o desobedientes.* (Véase sobre este frecuente hebraísmo, Efes. 2:3, nota). — La *ira de Dios* (véase sobre estas palabras Rom. 1:18) no *vendrá* solamente sobre estos vicios (v. 5) en el día del juicio; ella *viene* ya aquí por sus consecuencias funestas. — Estas palabras: *sobre los hijos de la desobediencia* son omitidas por importantes manuscritos.

6. *En las cuales*... cosas. (Ver. 6). Otros traducen: "*entre los cuales*... hijos de la rebelión..., cuando vivíais *en esas cosas*". — *Andabais* y *vivíais* no es una simple repetición: la primera de estas palabras designa los actos de la conducta; la última, la *vida* misma, en su sentido absoluto, en toda su potencia. (Rom. 6: 2). Los Colosenses tienen, sí, aún, esos miembros para hacer morir (v. 5), los restos de esas concupiscencias a crucificar, mas no *viven* ya en ellas. (Vers. 3). ¡Magnífico testimonio de la eficacia del evangelio en ellos y potente estímulo a terminar la santificación que el apóstol predica en estos versículos!

7. Gr. "la blasfemia", palabra ordinariamente aplicada a las palabras ofensivas contra Dios, mas que designa aquí las expresiones malévolas sobre el prójimo. (Rom. 3:8; 1 Cor. 4:13).

8. Todo "discurso vergonzoso", de cualquiera naturaleza que sea.

9. Es digno de observar que aquí, lo mismo que en el pasaje correspondiente (Efes. 4: 25), la *mentira* es considerada como la señal distintiva del *viejo hombre* particularmente incompatible con la nueva criatura. Es que la situación misma del hombre inconverso es, en relación a Dios, una mentira que falsea todas sus demás relaciones. No entra en lo verdadero, en todos sentidos, más que por la regeneración.

10. "Que se renueva" o "que es renovado *para* el conocimiento", es decir que el hombre que, por naturaleza, vive en la ignorancia de las cosas de Dios, no obtiene el pleno *conocimiento*, de ellas más que por la regeneración. No es ya entonces un conocimiento teórico o intelectual solamente sino un conocimiento práctico, moral, basado en la experiencia. La escritura no teme esta afirmación, círculo vicioso según la lógica humana mas basada en la verdadera naturaleza de las cosas: por

11 donde no hay griego y judío, circuncisión e incircuncisión, bár-
12 baro, escita, siervo, libre, sino Cristo todo y en todos[11]. Vestíos,
pues[12], como elegidos de Dios santos y amados[13], de entrañas de
compasión, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de lon-
13 ganimidad; soportándoos unos a otros y perdonándoos entre vos-
otros si alguien tuviere queja contra alguno: conforme también el
14 Señor os perdonó, así también vosotros[14]; mas sobre todo esto[15],

una parte, es necesario que cierto conocimiento de la verdad preceda la fe y la conversión; mas por la otra, sólo ésta nos hace capaces de penetrar en las cosas espirituales, y el conocimiento se desarrolla indefinidamente a proporción de los progresos que hacemos en la vida interna. (Comp. 1: 9; 2: 2; Efes. 1: 17, y sobre todo Efes. 3: 18, 19).—Hay, en las últimas palabras de este versículo 10, una alusión evidente al estado primitivo del hombre *creado a la imagen* de Dios. Esta imagen ha sido desfigurada por el pecado, y debe ser restaurada por la renovación completa de que habla aquí el apóstol. (Véase, por lo demás, sobre todo el conjunto de este pasaje. Efes. 4: 20-24).

11. Comp. Gál. 3: 28, nota. En cuanto la imagen de Dios es restablecida en el alma humana por la regeneración, los hombres son perfectamente iguales delante de Dios, las barreras levantadas entre las razas por el prejuicio caen, y su vínculo común, vínculo íntimo y vivo, es Cristo, que es *todo en todos*.—Entre los *bárbaros* Pablo nombra especialmente los *escitas*, los más bárbaros de todos. Hoy podría citar más de un pueblo salvaje, como prueba de que el evangelio tiene la potencia de llevar los hombres más degradados a su sublime destino.

12. Consecuencia de lo que precede, fruto de la regeneración, como los versículos 5-9 describen los frutos del pecado en el hombre no convertido. "Cristo todo en todos", suprimiendo las barreras que se levantan entre los hombres, lleva sus discípulos a revestirse de todos los sentimientos que aseguran la paz y la unión.

13. "¡Ved a qué altura se coloca y con qué tierno afecto nos exhorta! En lugar de constreñirnos e impelernos por mandamientos y leyes, nos atrae por el recuerdo de la gracia de Dios, a fin de obtener frutos de nuestra fe, y de que demos esos frutos libremente, con alegría, con placer. Pues el que cree y siente en el fondo de su corazón que es *elegido de Dios santo y amado*, no solamente pensará sin cesar cómo puede responder a tal honor y a tan hermosos títulos, sino que se sentirá abrasado de tal amor hacia Dios, que estará presto a hacer todo, a abandonar todo a sufrir todo por él, y jamás creerá haber hecho bastante". *Lutero.*

14. La expresión *vestirse* (v. 12) es tomada de nuevo del v. 10; el apóstol describe los principales caracteres del "nuevo hombre", especialmente en su conducta para con sus hermanos.— Las *entrañas de compasión* es una compasión profunda, íntima del *corazón* (2 Cor. 7: 15) hacia los desdichados, los débiles, los

15 del amor, que es el vínculo de la perfección[16]. Y la paz de
Cristo[17] gobierne en vuestros corazones a la que también fuisteis
16 llamados en un solo cuerpo[18] y haceos agradecidos[19]. La pala-
bra de Cristo more entre vosotros abundantemente, en toda sabi-
duría[20] enseñándoos y amonestándoos entre vosotros por salmos,

culpables. Este sentimiento es creado en el cristiano por la *compasión* de Dios de que tanto necesita. (Vers. 13). De ahí también la *benignidad* para con todos; la *humildad* para con los hombres, porque existe para con Dios (Efes. 4: 2); la *mansedumbre*, la *longanimidad* en presencia de contradicciones o de injurias. De ahí también la *tolerancia* y el *perdón* a ejemplo del *Señor*. (Vers. 13).—El texto recibido dice aquí *Cristo;* esta lección, que se encuentra en varios antiguos manuscritos, es conservada por Tischendorf y numerosos comentadores; pero es más fácil comprender que se haya cambiado *Señor* en *Cristo* que la inversa. El sentido es el mismo.—Véase Efes. 4: 20-24, nota; comp. 5: 2.

15. *Sobre todas estas cosas* anuncia la cosa principal, que debe agregarse a las virtudes precedentes sin la cual éstas no pueden nada: el amor. (1 Cor. 13: 1-3).

16. *La caridad*, o el *amor*, merece ampliamente este hermoso título, *el vínculo de la perfección*, porque retiene en viva unidad todos los otros elementos de la perfección, en particular todos los caracteres de la vida cristiana que preceden y que, sin ella, quedarían esparcidos e ineficaces. Las otras virtudes cristianas son como los miembros de un cuerpo sin vida mientras no son animadas por el amor. La caridad, no solamente las contiene todas (Mat. 22: 40; Rom. 13:10), sino que las conecta con Dios, que es amor.

17. Los manuscritos de la mayor autoridad tienen: *la paz de Cristo*, mientras el texto recibido dice: la paz *de Dios*. La paz de Cristo es la que Cristo da, por su gracia, al creyente. El mismo es "nuestra paz" (Efes. 2: 14; comp. sobre todo Juan 14: 27: *"Mi paz os doy"*). Por esto el pensamiento del apóstol toma la forma de un *voto* que interrumpe la *exhortación*.

18. Los cristianos son *llamados* a la paz de Cristo; mas son todos llamados a ella como *un solo cuerpo* (1 Cor. 12: 12 y sig.); de modo que su comunión mutua es un motivo y un medio de buscar esa paz, de hacerla *gobernar* en su corazón y en sus relaciones recíprocas.—La voz que traducimos por *gobernar* designa la función del que tenía que decidir de los premios de la carrera y adjudicarlos, como 2: 18. La paz debe dominar en el seno de todas las luchas internas, así como de las competencias diversas que pueden elevarse entre hermanos, miembros del mismo cuerpo. (1 Cor. 7: 15).

19. Esta exhortación a la *gratitud*, es, al mismo tiempo, un medio poderoso de conservar y de aumentar en nosotros la paz de Cristo y una transición a los v. 16 y 17, donde el apóstol insiste en este deber, e indica cómo debe expresarse la gratitud.

20. *Entre vosotros*. Gr. "en vosotros", podría significar en vuestros corazones; mas la segunda parte del versículo prueba evidentemente que Pablo quiere decir: "en medio de vosotros, cristianos". Que la *palabra de Cristo*, el evangelio de su gracia sea *abundantemente*, "ricamente" (Gr.), el objeto de vuestras conversaciones en vuestras asambleas, en vuestras casas; que esta palabra penetre y regule vuestra vida entera. "Que *more* en vosotros, no como un huésped que pasa un día o dos allí, sino como un habitante de la casa que jamás sale de ella". *Lutero*. — Las palabras *en toda sabiduría* deben juntarse a lo que sigue: "En toda sabiduría enseñándoos", etc. (Comp. 1: 28). Otros sin embargo prefieren referirlos a la *palabra de Cristo* que desarrolla esa sabiduría. (1:5 y 9).

himnos, cánticos espirituales[21], cantando por la gracia en vues-
17 tros corazones a Dios[22]. Y todo lo que hiciereis, en palabra o
en obra [hacedlo] todo en el nombre del Señor Jesús, dando gra-
cias a Dios Padre por medio de él[23].

21. Véase, sobre estos cánticos religiosos de diversa naturaleza en uso en la primitiva iglesia, Efes. 5:19, nota.

22. "En la gracia, cantando en vuestros corazones a Dios". Tal es el verdadero texto y la verdadera traducción. El texto recibido tiene aquí dos faltas: *al Señor*, en lugar de *a Dios;* luego la palabra *gracia* sin artículo, lo que ha dado lugar a diversas versiones igualmente inexactas: "con gracia", o "con gratitud", o "con acciones de gracias". Esta última versión debe apartarse tanto más cuanto que el pensamiento de esas acciones de gracias viene inmediatamente después. (Vers. 17). Así como los cristianos debían "enseñarse y amonestarse *en toda sabiduría*", deben "cantar *en la gracia*", (dos formas adverbiales que se corresponden) o *por la gracia*, que es para ellos la única fuente de ese santo gozo de que los cánticos religiosos son una efusión. Entonces también cantan *en sus corazones* (otra falta del texto recibido que tiene esta palabra en singular), es decir que no cantan solamente con la voz y la boca, sino del corazón. Según otros intérpretes, ellos tienen estos cánticos en sus corazones llenos de santo gozo, de santa gratitud, y no los expresan con su voz. Estos dos significados de la palabra pueden perfectamente reunirse.

23. "Las obras del cristiano no tienen ningún nombre, ningún tiempo, ningún lugar. Por esto Pablo no designa aquí ninguna *obra* particular, sino que las abarca todas juntas y muestra cómo pueden todas ser buenas: comer y beber, dormir y velar, andar y detenerse, hablar y callar, trabajar y descansar, todo es excelente, con tal que todo sea hecho *en el nombre de Jesús*. Y nuestras obras son hechas en el nombre de Jesús cuando tenemos la certidumbre de que Cristo está en nosotros y nosotros en él, cuando no obramos *nosotros*, sino *él* que vive y obra en nosotros. Entonces podemos *dar gracias a Dios el Padre*, a quien pertenece la gloria de todo bien. La acción de gracias es el verdadero sacrificio, la única obra que podemos nosotros hacer para Dios; y aun esto, no de nosotros mismos, sino *por* nuestro Mediador, *Jesús*, sin el cual ninguno va al Padre, ni es aceptado de él". *Lutero*.

II. 18-25. Los deberes de la familia cristiana. — El apóstol recomienda: 1º a las mujeres, la sujeción; a los maridos, el amor y la mansedumbre; a los hijos, la obediencia; a los padres, no demasiada severidad (18-21). — 2º a los siervos, la obediencia a sus amos en sinceridad y sencillez de corazón, como sirviendo a Dios mismo, pues hay para todos igualmente recompensa o castigo; a los amos justicia y equidad, pues hay igualdad delante del Amo supremo. (22-IV-1).

18 Mujeres[24], sujetaos a vuestros maridos, como conviene en el
19 Señor[25]. Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis agrios
20 contra ellas[26]. Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, pues
21 esto es agradable en el Señor[27]. Padres, no provoquéis a vues-
22 tros hijos, para que no se desalienten[28]. Siervos, obedeced en to-
do a vuestros amos según la carne, no sirviendo sólo cuando os
miran, como agradando a los hombres, sino en sencillez de cora-
23 zón, temiendo al Señor. Cualquiera cosa que hiciereis, hacedla
24 de corazón, como para el Señor y no para los hombres, sabiendo
que del Señor recibiréis la retribución de la herencia; al Señor
25 Cristo servid, pues el que hace agravio recibirá el agravio que
IV, 1 hizo, y no hay acepción de personas[29]. Amos, conceded a vues-

24. El apóstol reproduce aquí (v. 18 hasta el cap. 4:1) los deberes de los diversos miembros de la familia, que ha descripto en Efes. 5:22 hasta 6:9. (Véase las notas y comp. 1 Pedro 2:18; 3:1 y sig. y v. 7).

25. El texto recibido dice: "a vuestros *propios* maridos". Esta palabra en bastardilla, tomada de Efes. 5:22, no es auténtica aquí. — Esta *sujeción* de la mujer, por cuanto es *conveniente en el Señor*, es decir en su comunión, en armonía con su Espíritu, no comporta nada de servil, nada de la esclavitud oriental de la mujer. Su igualdad espiritual con su marido es, por lo demás, garantida por el v. 19. Mas el deber de la *sujeción* subsiste; donde ésta falta, no puede ser más que en detrimento de la unión conyugal. (Comp. Efes. 5:22-24, donde este deber es ampliamente motivado).

26. Comp. Efes. 5:25 y sig. — Al marido la autoridad, mas una autoridad templada por el *amor*, por la ausencia de todo proceder propio para *agriar*, herir; esto hace fácil la sumisión y la compensa.

27. *En el Señor*, como en el v. 18. Esta es la verdadera lección, en lugar de *al Señor* que tiene el texto recibido. Pablo motiva este deber de los hijos en Efes. 6:1-3.

28. La voz traducida por *provocar* significa propiamente *excitar;* en el Nuevo Testamento sólo reaparece en 2 Cor. 9:2, empleado en buen sentido. El pensamiento del apóstol es hecho claro por el pasaje paralelo (Efes. 6:4) donde dice: "No provoquéis a la *ira*". Varios manuscritos tienen esta palabra en nuestro pasaje, mas es una simple corrección.

29. Los deberes de los *siervos* o *esclavos* se encuentran descriptos y motivados casi del mismo modo en Efes. 6:5-8. (Véase las notas). En una y otra epístola, el apóstol eleva el pensamiento de esos hombres, tan

tros siervos lo justo y lo equitativo, sabiendo que también vosotros tenéis un Amo en el cielo[1].

desdichados por su posición, de sus *amos según la carne*, a su *Señor* según el espíritu. Desde entonces todas sus responsabilidades, todos sus motivos de acción son transformados, espiritualizados. Allí se encuentran también todos sus consuelos, todos sus estímulos. El apóstol Pedro les presenta consideraciones no menos elevadas y más íntimas aún. (1 Pedro 2::18 y sig.).

1. Pablo ha dicho a los esclavos: "No hay acepción de personas" (v. 25); dice a los amos (Gr. "señores"): *tenéis un Señor en el cielo;* allí se encuentra la igualdad, el motivo supremo de todos los deberes, fundado en Dios mismo. Se podría preguntar a la "moral independiente" cómo reemplaza este motivo, sobre todo para pobres esclavos, en presencia del egoísmo humano.

CAPITULO IV.

I. *Ultimas exhortaciones, 2-6.* — II. *Comunicaciones personales del apóstol, salutaciones, conclusión, 7-18.*

I. 2-6. La oración y la conducta. — 1º Perseverad en la oración, la vigilancia, la gratitud, y pedid a Dios, por mí también, el pleno éxito de la predicación del evangelio. (2-4). — 2º Sed sabios para con el mundo, aprovechad la oportunidad de hacer el bien, en particular por todas vuestras conversaciones. (5, 6).

2 Sed constantes en la oración, velando en ella con acción de
3 gracias, orando al mismo tiempo también por nosotros, para que
Dios nos abra una puerta para la palabra, para hablar el misterio
4 de Cristo por el que también estoy preso, para que lo manifieste
5 como es necesario que yo hable[2]. Andad en sabiduría[3] para con

2. Véase Efes. 6:18-20, nota. Allí se encuentra el mismo pensamiento más desarrollado. Véase también sobre este *misterio de Cristo* 1:26; 2:2; Efes. 3:3 y sig. — Gr. "abrir una puerta para la palabra"; unos entienden por ello (según Efes. 6:19) abrir la *boca* del apóstol para hablar osadamente; otros abrir los *corazones* a esta palabra; otros aún, dar las *ocasiones* externas de anunciarla. Todo eso es necesario y debe obtenerse de Dios por la *oración.* — "Perseveremos, porque Dios quiere

6 los de afuera [4], aprovechando la oportunidad [5]. Vuestra palabra
sea siempre en gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo es
necesario que respondáis a cada uno [6].

II. 7-18. COMUNICACIONES PERSONALES. — 1º Pablo envía a Colosas Tiquico y Onésimo, quienes harán conocer a los fieles de esa ciudad su estado actual. (7-9). — 2º El apóstol envía a los Colosenses el saludo de Aristarco, de Marcos, de Justo, sus colaboradores; especialmente de Epafras, que no cesa de orar y de trabajar para el perfeccionamiento de ellos; por último de Lucas y de Demas. (10-14). — 3º Pablo mismo hace saludar a los hermanos de Laodicea, y pide que su carta sea leída también por los fieles de esta ciudad; trasmite una exhortación a Arquipo, saluda la iglesia con su propia mano, le pide que se acuerde de él en sus prisiones, y le desea la gracia. (15-18).

7 Todos mis asuntos os hará conocer Tiquico, el amado her-
8 mano y fiel ministro y consiervo en el Señor, al que he enviado a
vosotros para esto mismo, para que conozcáis nuestro estado y

ser importunado. *Velemos*, porque Dios tiene sus momentos de luces, de gracias, de misericordia y de visitas liberales y salutíferas. Seamos llenos de *gratitud*, porque ella *abre* la mano de misericordia para derramar, y el corazón del pobre para recibir. — ¿Qué es lo que *abre la puerta de la palabra*, sino una lengua regada de las oraciones de la iglesia y de la unción del Espíritu Santo, y corazones *abiertos* y preparados por el Señor? De él depende todo, a él hay que ofrecer las almas antes de *hablarles*. — Pablo, *preso*, no pide una puerta para salir de la cárcel, sino una entrada para introducir a Jesucristo en los corazones". *Quesnel*.

3. Véase Efes. 5:15, nota.

4. Los que están *fuera* de Cristo y de su iglesia. (1 Cor. 5:12, 13, notas; 1 Tes. 4:12). Respecto de éstos importa mucho *andar con sabiduría*.

5. Véase Efes. 5:16, nota. Allí, el apóstol añade: "pues los días son malos", difíciles para hacer el bien, lo que prueba que quiere decir por este precepto: aprovechad la ocasión, el momento.

6. Gr. "Vuestra palabra sea siempre graciosa *(en gracia)*, sazonada con sal para saber cómo os es necesario responder a cada uno". La gracia de Dios en el corazón da a la palabra esta *gracia* que Pablo recomienda, y la comunica a los demás. (Efes. 4:29, nota). Mas la dulzura de la gracia no debe hacer empalagosos los discursos; la verdad el temor de Dios, lo serio de la vida cristiana le darán siempre esa *sal* cuya acción hace los alimentos sabrosos, digeribles, y aleja su corrupción. (Marcos 9:49-51, notas). Todo el que no posee esta sal permanecerá mudo cuando sea necesario *responder* o repetirá a cada uno las mismas palabras, tornadas insípidas por su banalidad. La gracia y la sal de la palabra la apropian a cada uno.

9 consuele vuestros corazones [7], con Onésimo, el fiel y amado her-
mano, que es de vosotros [8]; os harán conocer todo lo que aquí
10 pasa. Os saluda Aristarco [9], mi compañero de cautiverio, y Mar-
cos, el primo de Barnabas [10] (sobre el que habéis recibido manda-
11 mientos [11]; si fuere a vosotros recibidle), y Jesús, el llamado
Justo [12], que son de la circuncisión: éstos son mis solos colabora-
dores para el reino de Dios los cuales me han sido consuelo [13].
12 Os saluda Epafras, que es de vosotros, siervo de Cristo Jesús,
siempre luchando por vosotros en sus oraciones, para que estéis
firmes, perfectos y plenamente persuadidos en toda voluntad de
13 Dios [14]. Le doy testimonio, en efecto, que tiene gran trabajo por

7. Comp. Efes. 6:21, 22, nota, y la introducción a la epístola a los Efesios. Tiquico estaba pues al lado del apóstol. Dándole un hermoso testimonio, a fin de que sea recibido en Colosas con tanto mayor respeto y amor, Pablo le envía a los cristianos de esa ciudad con el designio expreso *(para esto mismo)* de que *conozcan su estado*, y que así *el corazón de ellos sea consolado*. ¡Siempre las atenciones de la caridad! — El texto recibido, diciendo: "A fin de que *él* conozca *vuestro* estado", desnaturaliza el pensamiento del apóstol.

8. El esclavo convertido de Filemón. (Filemón 10, 11).

9. Actos 19:29; 20:4; Filemón 24.

10. Probablemente el evangelista. (Comp. Actos 12:12-25; 13:13; 15:37-39; 2 Tim. 4:11; Filemón 24). Vemos aquí que Marcos era *primo de Barnabas*, lo que explica muchas cosas en la disputa que se elevó un día entre este último y Pablo respecto de este mismo Marcos. (Actos 15:37-39). Mas vemos aquí, por las palabras afectuosas del apóstol, que tenía a Marcos a su lado en su cautividad, que desde hacía mucho tiempo ese recuerdo se había borrado de su corazón.

11. No se sabe cuáles eran esos *mandamientos*. Algunos han pensado que se trataba de lo que inmediatamente sigue, es decir, de recibirle si iba a Colosas, lo que es poco probable.

12. Este nombre no es conocido por otra parte.

13. Es decir los únicos judíos, o *de la circuncisión*. Pues ya en Roma los cristianos judaizantes se alejaban del apóstol. (Fil. 1:15-16). Otros entienden por estas palabras que eran ellos *los únicos que hubieran dado consuelo* al apóstol, por el hecho mismo de ser *sus colaboradores para el Reino de Dios*, es decir que anunciaban con él el evangelio.

14. *Epafras* era el evangelista de Colosas, el fundador de esa iglesia (1:7), quizás también de las iglesias vecinas (4:13); además, él mismo era de Colosas *(de vosotros)*: otras tantas razones que explican la *lucha de sus oraciones* para que sus compatriotas y sus hermanos, convertidos por su medio a Jesucristo, no fueran engañados por los falsos doctores, sino que quedaran *firmes* en medio de las seducciones y peligros, *perfectos* por el desarrollo de la vida cristiana (1:28; Jacobo 1:4), *y plenamente persuadidos* (verdadero texto, en lugar de "cumplidos"). Las últimas palabras: *en toda voluntad de Dios* pueden referirse a los tres

14 vosotros y los que están en Laodicea y los en Hierápolis. Os sa-
15 luda Lucas, el médico amado[15], y Demas[16]. Saludad a los her-
manos que están en Laodicea, y a Nimfas y a la iglesia que está
16 en su casa[17]. Y cuando haya sido leída entre vosotros esta carta,
haced que también sea leída en la iglesia de los Laodicenses, y
17 que vosotros leáis la de Laodicea[18]. Y decid a Arquipo: Mira
el ministerio que has recibido en el Señor, para que lo cumplas[19].
18 La salutación con mi mano, de Pablo[20]. Acordaos de mis pri-
siones[21]. ¡La gracia sea con vosotros!

términos que preceden. De ahí el testimonio que el apóstol da a Epafras. (v. 13).

15. "Lucas, el médico, el amado", es el autor del precioso evangelio que lleva su nombre, y del libro de los Actos. Se encontraba entonces al lado del apóstol. (Filemón 24; 2 Tim. 4:11).

16. La misma pluma que saluda aquí una iglesia en nombre de *Demas*, y que le daba en otra parte el título de "colaborador" (Filemón 24), debió escribir más tarde: "Demas me ha abandonado, habiendo amado el presente siglo". (2 Tim. 4:10). "¡El que está en pie tenga cuidado de no caer!'

17. Que se reune allí. (Rom. 16:5). Este Nimfas no es conocido más que por haber hecho de su morada una casa de Dios. Es una parte muy hermosa en la historia evangélica.

18. ¿Es acaso la carta encíclica dirigida primero a los Efesios, y que los Colosenses debían recibir después de la iglesia de Laodicea? ¿Se trata de una carta de Pablo a los Laodicenses? En este caso no ha llegado a nosotros. De estas hipótesis, y de muchas otras imaginadas para explicar este versículo, la más verosímil es que Pablo habla de una carta que escribía a los Laodicenses al mismo tiempo que ésta, y que fué enviada también por Tiquico. (Vers. 7). Las dos iglesias, donde se hacían sentir entonces las mismas necesidades y que ocupaban igualmente el pensamiento del apóstol (2:1), deben hacer trueque de estas cartas.

19. Arquipo (comp. Filemón 2), tenía un *ministerio*, un *servicio* cualquiera en la iglesia; quizá la manera como lo desempeñaba hacía necesaria esta advertencia trasmitida a él por la iglesia entera; quizá también, recientemente instalado en sus funciones, debía recibir este estímulo a la fidelidad, sin que hubiera censura en la intención del apóstol. Sea lo que fuere, estas palabras prueban que Pablo sabía poner en sus relaciones personales con sus hermanos *esa sal* que él recomienda (Vers. 6).

20. Comp. 1 Cor. 16:21, nota.

21. En vuestros corazones, para tener en consideración mis palabras, y en vuestras oraciones, para llevar conmigo mi carga. Os doy el ejemplo de lo que os pido: *¡La gracia sea con vosotros!*

PRIMERA EPISTOLA DE PABLO A LOS TESALONICENSES

INTRODUCCION

1. La primera ciudad de Europa que, después de Filipos (Actos 16: 12 y sig.), oyó de la boca de Pablo la predicación del evangelio, fué Tesalónica. Era la metrópoli de un segundo distrito de Macedonia, teniendo un pretor romano, una población muy numerosa, un comercio floreciente, favorecido por la situación de esta ciudad cerca del mar y por sus relaciones fáciles con el Asia Menor. Lleva hoy el nombre de Salónica y es aún considerable por su comercio. Cuenta aproximadamente ochenta mil almas. Su población está mezclada de turcos, de judíos y de cristianos. Estos últimos tienen un arzobispo griego.

2. Pablo y Silas se trasladaron a Tesalónica después de la persecución que acababan de soportar en Filipos. Se hallaba allí, como en la mayor parte de las grandes ciudades ,una sinagoga judía; el apóstol se traslada a ella inmediatamente, y durnte tres sábados consecutivos discute, por las escrituras, el gran tema de su apostolado, los padecimientos, la muerte, la resurrección de Jesús, al que anuncia a los judíos como Aquel en quien deben reconocer su Mesías. (Actos 17: 1-3). Su predicación tuvo rápidos resultados: muchos judíos creyeron, y, con ellos, una multitud de griegos prosélitos. Gran número de mujeres pertenecientes a las primeras clases de la sociedad, así como muchos paganos, fueron convertidos al evangelio. (Actos 17: 4; comp. 1 Tes. 1: 5-9; 2: 1 y sig.). La palabra de Pablo fué acompañada de "potencia del Espíritu San-

to", de pruebas "convincentes", de modo que tres semanas le bastaron para fundar en Tesalónica una iglesia pronto floreciente. Aquí, como en otras partes, el apóstol, a fin de quitar todo pretexto a lo sadversarios, trabajó con sus propias manos para su subsistencia, entregando sus noches a esta labor, mientras que los días eran ocupados en los trabajos de su ministerio. (2 Tes. 3: 7-9). — Sus hermanos de Filipos, aunque recientemente convertidos a Jesucristo, habiéndose enterado de las privaciones que se imponía el siervo de Dios, le enviaron, ya entonces por dos veces, como más tarde a Roma, socorros en testimonio de su vivo afecto. (Fil. 4: 16).

3. Tal éxito del evangelio no podía dejar inactivo el odio de los adversarios. Los judíos incrédulos suscitaron contra los siervos de Dios y contra los que habían recibido el evangelio un motín popular, bajo un pretexto político. Los cristianos, a fin de poner en seguridad a Pablo y a Silas, los condujeron de noche fuera de la ciudad. Estos, prosiguiendo su viaje hacia el mediodía, llegaron a Berea, predicaron allí el evangelio, y Pablo, atacado nuevamente por la persecución, se trasladó a Atenas, adonde le alcanzaron Silas y Timoteo. (Actos 17: 5-15; comp. 1 Tes. 3: 1). — Mientras anunciaba la palabra de Dios en esta metrópoli de la sabiduría pagana, no podía olvidar estos nuevos cristianos de Tesalónica, tan poco afirmados aún, y expuestos a todo el furor de la persecución. Lleno de inquietud por ellos, Pablo hizo dos veces la tentativa de regresar a ellos, mas los adversarios supieron impedírselo. (1 Tes. 2: 18). Entonces, "no pudiendo aguantar más", les envió a Timoteo para alentarlos y tener por él noticias suyas. (1 Tts. 3: 1 y sig.) Este, a su regreso, alcanzó al apóstol en Corinto (Actos 18: 5), y le llevó sobre el estado de la iglesia de Tesalónica noticias que le lenaron de consuelo y de gozo. (1 Tes. 3: 6-10). Sin embargo, su deseo de volver junto a esa iglesia no ha disminuído (3: 19), y, mientras puede hacerlo, quiere por lo menos suplir su presencia por una carta, la primera escrita por él que conozcamos.

4. Se encuentran en esta carta misma diversas indicaciones que nos hacen comprender que Pablo sintió la necesidad de escribirla. Por una parte, en verdad, la iglesia había quedado firme en la fe, en el amor (3: 6-9; 4: 9); hasta podía servir de modelo a las otras iglesias de esas regiones (1: 7); se había constituído regularmente y algunos de sus miembros trabajaban en medio de ella (5: 12); en pocas palabras, era para Pablo motivo de acción de

gracias. (3: 9). Mas los relatos de Timoteo habían dejado algunas sombras en el cuadro (3: 10; 4: 1 y sig.); parecería que, ora la espera del regreso próximo de Cristo (5: 1), ora la primera efervescencia de la vida cristiana, habían inducido a algunos a abandonar los trabajos de su vocación y a vivir en la ociosidad (4: 11; comp. 2 Tes. 3: 11, 12); que otros no habían aplicado aún el evangelio a la santificación de su vida (4: 3-7; 5: 14); sobre todo, que algunos se dejaban turbar por la ignorancia en que estaban aún sobre el estado de las almas después de la muerte, sobre la resurrección, sobre la época del regreso de Cristo. (4: 13-18; 5: 1). Para responder a estas diversas necesidades el apóstol les escribió de Corinto, por el año 52 ó 53, esta epístola, cuya autenticidad es universalmente reconocida, pues reposa sobre los más seguros testimonios históricos y sobre las mejores pruebas intrínsecas. Puesta en duda por la escuela de Tubinga, por medio de los procedimientos críticos conocidos, esta autenticidad ha sido puesta de nuevo en su plena luz por Lünemann, en el *Comentario* de Meyer *sobre el Nuevo Testamento*, por M. Reuss *(la Biblia, Epístolas paulinas* I, p. 30 y sig. Véase también *Geschichte der heiligen Schriften N. T.)*, y por todos los críticos recientes, con excepción de Holsten.

5. Se puede dividir este escrito en dos partes, la primera de las cuales trata de las relaciones personales del apóstol con la iglesia de Tesalónica (cap. 1-3, y la segunda encierra exhortaciones y enseñanzas sobre algunos puntos especiales de la doctrina y de la vida cristianas. (Cap. 4 y 5).

PRIMERA PARTE, Cap. 1-3.

1. Después de saludar la iglesia por su voto apostólico (v. 1 y 2), Pablo expresa su gozo del éxito del evangelio en Tesalónica. (Cap. 1).

2. Relata los recuerdos de su ministerio entre los Tesalonicenses (2: 1-16) y expresa su deseo de volver a verlos. (Vers. 17-20).

3. Habla del envío de Timoteo a Tesalónica y de la consolación que sintió él a su regreso. (Cap. 3).

SEGUNDA PARTE, Cap. 4-5.

4. Pablo exhorta a los Tesalonicenses a la santificación de la vida. (4: 1-12).

5. Da instrucciones relativas a la resurrección de los muertos y el regreso de Cristo. (4: 13-18). Recuerda que la época de la venida del Señor es incierta, y saca de ello serias exhortaciones a la vigilancia y a la santidad. (5: 1-11).

6. Da a sus lectores diversos preceptos relativos a la vida cristiana (5: 12-22), y termina por salutaciones y votos. (Vers. 23-28).

PRIMERA EPISTOLA DE PABLO A LOS TESALONICENSES

CAPITULO I.

El apóstol da gracias a Dios por el éxito del evangelio en Tesalónica, y por el estado espiritual de esta iglesia, 1-10.

ACCIONES DE GRACIAS Y GOZO DEL APÓSTOL, POR CAUSA DEL ESTADO FLORECIENTE DE LA IGLESIA. — 1º Firma y dirección de la epístola; voto apostólico. (1, 2). — 2º Objeto de las acciones de gracias y de las oraciones del apóstol: la fe, el amor, la esperanza de sus hermanos, cuya elección reconoce en cuanto el evangelio ha desplegado en medio de ellos toda su potencia divina y en cuanto lo han recibido con el gozo que el Espíritu Santo da. (3-6). — 3º Así la iglesia de Tesalónica ha sido ejemplo a las de Macedonia y Grecia, donde se ha extendido el renombre de su fe; aun se cuenta, en esas regiones cómo se convirtieron los miembros de esta iglesia de los ídolos a Dios para esperar su hijo, que volverá de los cielos. (7-10).

1 Pablo y Silvano [1] y Timoteo, a la iglesia de los Tesalonicenses
en Dios Padre y en el Señor Jesucristo [2]: ¡Gracia a vosotros y
2 paz [3]! Damos siempre gracias a Dios sobre todos vosotros, ha-

1. *Silvano* es el colaborador de Pablo, más conocido bajo el nombre de Silas. (Actos 15:22, 32, 34, 40; 16:19, 25; 18:5; comp. 2 Cor. 1:19; 1 Pedro 5:12). Había tomado parte en la fundación de la iglesia de Tesalónica, y se hallaba con el apóstol cuando este último escribía nuestra epístola. (Actos 17:4, 14, 15; 18:5). Pablo le nombra con él, así como a *Timoteo* (v. la introd.), en el encabezamiento de su carta, por deferencia y afecto fraternal. (Comp. Fil. 1:1; Col. 1:1).

2. Es decir: *iglesia* fundada sobre la fe *en Dios el Padre y en Jesucristo el Señor*, y que subsiste en su comunión, que vive de su vida. (Comp. 2:14; Fil. 1:1; Col. 1:2).

3. Véase sobre este voto apostólico, Rom. 1:7, nota. — El texto recibido agrega: *de parte de Dios nues-*

3 ciendo mención de vosotros en nuestras oraciones[4], incesantemen-
te acordándonos de la obra de vuestra fe y del trabajo de vuestro
amor y de la perseverancia de vuestra esperanza en el Señor nues-
4 tro Jesucristo[5], delante del Dios y Padre nuestro, sabiendo, her-
5 manos amados por Dios, vuestra elección[6], porque nuestro evan-
gelio no fué para con vosotros en palabra sólo, sino también en

tro Padre y del Señor Jesucristo. Estas palabras probablemente no son auténticas.

4. Comp. 1 Cor. 1:4; Fil. 1:3-5; Col. 1:3.

5. Pablo tiene en el pensamiento esta trinidad de gracias evangélicas, la *fe*, el *amor*, la *esperanza*, que él considera siempre como los elementos esenciales de la vida cristiana. (1 Cor. 13:13; Col. 1:4-5; 1 Tes, 5:8; comp. Hebr. 6:10-12). Mas, en lugar de nombrar simplemente estas gracias, acompaña cada una de ellas con un epiteto que expresa su realidad práctica. *La obra de vuestra fe* es una fe que no consiste solamente en opinión y en palabra, sino que es operante y activa. (La interpretación de Calvino que ve en estas palabras la *obra* del Espíritu Santo operando la *fe* en los corazones, destruye la armonía del contexto). *El trabajo de vuestro amor* indica un amor que no es todo sentimiento, emoción, contemplación, sino que es abnegado y se da a los demás por la acción, el sacrificio, la pena. *La perseverancia de vuestra esperanza en Jesucristo*, es una esperanza que persiste en medio de todos los combates, de todas las pruebas, que permanece inconmovible en su espera del regreso de Jesucristo para el triunfo y la perfección de su reino. Así Pablo, en estos términos: *obra, trabajo, perserverancia,* colocados antes del nombre de cada una de las gracias que enumera, ha querido indicar con precisión y energía cómo la fe, la caridad, la esperanza deben probarse a nosotros mismos y a los demás. —Eso es lo que el apóstol *recuerda sin cesar delante de Dios*, es decir en sus acciones de gracias y sus oraciones. (Vers. 2).

6. Este *sabiendo* podría, gramaticalmente, tener por sujeto, ora los lectores, ora el apóstol. Este último sentido es el único verdadero, pues Pablo continúa aquí exponiendo las razones de *sus* acciones de gracias por los que con amor nombra: *hermanos, amados de Dios* Mas ¿a qué se refiere este grande y consolador pensamiento de la *elección* en el conjunto de nuestro pasaje? Los unos lo conectan con lo que precede, y hacen de él, así como en el 1. 3, el objeto de las acciones de gracias expresadas en el versículo 2, o el fundamento de la firme esperanza de los cristianos (v. 3); los otros lo refieren a lo que sigue, y piensan que el apóstol ve en los triunfos del evangelio entre sus lectores (v. 5) las señales de su elección. Estas dos construcciones son igualmente verdaderas. Por una parte, en efecto, el sentimiento de amor de Dios y de su elección de gracia es muy propio para sostener la "paciencia de la esperanza" en medio de todas las luchas y de todos los peligros; por la otra, el cristiano no tiene señal cierta de su elección más que por la transformación obrada en su corazón por el evangelio; ahora bien; el

potencia y en Espíritu Santo y en mucha y plena certidumbre[7],
conforme sabéis cuáles fuimos entre vosotros por causa de vos-
6 otros[8]; y vosotros os habéis hecho imitadores nuestros y del Se-
ñor recibiendo la palabra en mucha tribulación con gozo del Espí-
7 ritu Santo[9], de modo que os habéis hecho un ejemplo a todos los
8 que creen en Mocedonia y en Acaya. Desde vosotros, en efecto,
ha resonado la palabra del Señor, no sólo por Macedonia y Acaya,
sino por todo lugar vuestra fe para con Dios se ha extendido, de
9 modo que no tenemos necesidad de hablar cosa alguna[10], pues
ellos mismos cuentan sobre nosotros cuál entrada tuvimos a vos-

apóstol describe esa señal (v. 5) de un modo que no puede dejar duda alguna en el espíritu de sus lectores. Aun hay que traducir el principio del v. 5 en su relación con el v. 4: "Sabiendo, hermanos amados de Dios, vuestra elección *porque* nuestro evangelio no fué para con vosotros en palabra solamente, sino"...

7. La *potencia* es la del *Espíritu Santo* mismo (como en 1 Cor. 2:4, 5). Esta potencia divina ha operado, al mismo tiempo, en la predicación del apóstol y en el corazón de sus oyentes, de modo que produjo en éstos la *plena certidumbre de persuasión:* tal es el sentido de la voz griega que traducimos por *plena certidumbre*, mas cuya fuerza toda ninguna expresión de nuestra lengua puede dar. Este término se encuentra como epiteto del *entendimiento* (Col. 2:2), de la *esperanza* (Hebr. 6: 11), de la *fe* (Hebre 10: 22). No se debe entenderlo, en nuestro pasaje, de pruebas milagrosas a que el apóstol aludiría.

8. Pablo apela al testimonio de sus oyentes mismos, para afirmarlos por el recuerdo de lo que fué su ministerio en medio de ellos. Esos dones que Dios le había acordado no estaban destinados a glorificar al apóstol, como tampoco para sacar de ello vanidad los recuerda. Los he recibido, dice, *por causa de vosotros*, para la salvación de vuestras almas. (Comp. 2 Cor. 4:15; 8:9).

9. Estas palabras pertenecen aun a las señales de la elección de los cristianos de Tesalónica (v. 3), y el apóstol aun desarrolla con amor los testimonios de ello hasta el fin de este capítulo. Ellos han sido sus *imitadores*, y no teme recomendar esa imitación de aquellos llevados por él a la fe (1 Cor. 4: 16; 11: 1; Fil. 3:17); más para que no se equivoquen sobre el alcance de su exhortación y no pierdan de vista el único modelo perfecto, agrega: *y del Señor*. Y además, ¿en qué han sido ellos los imitadores del Señor y de sus apóstoles? No en que han recibido el evangelio, sino en que lo recibieron *en medio de muchas tribulaciones*, y esto *con el gozo del Espíritu Santo*, es decir un gozo que sólo el Espíritu Santo puede inspirar y mantener. (Rom. 14:17; Col. 1:11; comp. Actos 5:41).

10. El apóstol no quiere decir que la iglesia de Tesalónica hubiera llevado el evangelio *a todos* esos *lugares*, sino que la fama de los triunfos que él había obtenido en medio de ella se había extendido por todas partes (v. 9), lo que sin ninguna duda contribuía también al adelanto del reino del Salvador. *Macedonia y*

otros [11], y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir
10 al Dios viviente y verdadero y aguardar a su Hijo de los cielos,
al que resucitó de entre los muertos, Jesús, que nos liberta de la
ira que viene [12].

Acaya eran entonces dos provincias romanas, la primera de las cuales comprendía, además de Macedonia propiamente dicha, Tesalia, Epiro, Iliria, y la segunda de las cuales se extendía por todo el Peloponeso. Las palabras *por todo lugar* deben entenderse de los países en que se encontraban iglesias cristianas, especialmente de Asia Menor, quizá aún de Siria y Palestina. Si se recuerda el poco tiempo que había transcurrido desde la fundación de la iglesia de Tesalónica, estos términos suponen una acción muy poderosa del Espíritu de Dios en ella. Al mismo tiempo muestran cuán frecuentes y extendidas eran las relaciones mutuas de los fieles desde la edad apostólica, y qué viva parte tomaban en los triunfos del evangelio por todo el mundo. (Rom. 1: 8; 2 Cor. 9: 2). "El olor del buen ejemplo se extiende muy lejos en poco tiempo. La fe de muchos pueblos enteros puede ser el fruto de la piedad de una sola iglesia, y algunas veces de una sola familia, de una sola alma". *Quesnel.*

11. *Ellos mismos* son las gentes de Macedonia, de Acaya y de otras partes, testigos de ese *acceso* del apóstol a los Tesalonicenses. El acceso (Gr. *entrada*) puede haber sido *en medio* de ellos, *o en ellos*, por la potencia del evangelio. (Comp. 2: 1).

12. El apóstol opone el *Dios viviente y verdadero* a los *ídolos* muertos y falsos (Actos 14: 15), e indica el objeto de la *conversión a Dios* por este doble carácter: *servir a Dios* y *esperar a Cristo de los cielos.* Hé ahí toda la vida cristiana. (Comp. Fil. 3: 20). Mas a fin de que esta espera de Cristo sea para el fiel un objeto de consuelo y de gozo, y no de espanto, Pablo recuerda que Dios le *resucitó de entre los muertos*, lo que es el triunfo de su obra de su redención, y que, por ello, nos *liberta de la ira venidera*, es decir de los castigos reservados al pecador impetinente. (Comp. sobre estas palabras Juan 3: 36, nota). Pablo sabía que esta espera era muy viva en los cristianos de Tesalónica, y él mismo la alienta (4: 13-18); mas al mismo tiempo los previene contra los extravíos a que habría podido dar lugar el ardiente deseo de esta liberación final, o más bien las falsas ideas que de ella se hacían algunos miembros de la iglesia. (5: 1; 2 Tes. 2: 1).

CAPITULO II

Continuación: I. *El apóstol recuerda cuál fué su llegada a Tesalónica: la pureza de sus motivos, su desinterés, el amor con que anunció allí el evangelio, 1-12.* — II. *Da gracias a Dios porque los Tesalonicenses recibieron su predicación como la palabra de Dios mismo, a pesar de la persecución, 13-16.* — III. *Expresa la intención que más de una vez ha tenido de volver a ellos, 17-20.*

I. 1-20. CÓMO EJERCIÓ PABLO SU APOSTOLADO EN TESALÓNICA. — 1º Su llegada no fué sin frutos, sino que tuvo el coraje de anunciar el evangelio en grandes luchas, aunque poco antes había sufrido persecución en Filipos. (1. 2.). — 2º No tenía en ello ninguna mala intención, sino que, como es Dios quien le había confiado su evangelio, no buscó al anunciarlo, ni la aprobación de los hombres, ni una ventaja terrestre, ni ninguna gloria humana; aunque habría podido usar de su autoridad apostólica, ha sido manso como una madre que cuida tiernamente sus hijos; más aun, tal era su amor de las almas que habría querido darles, con el evangelio, su propia vida. (3.8). — 3º Sus lectores han sido testigos de sus trabajos, pues trabajaba noche y día para no serles carga; ellos saben también cuán irreprochable fué su vida personal, y que, como un padre, los exhortaba, los consolaba, los conjuraba a corresponder dignamente a su vocación celestial. (9-12).

1 Vosotros mismos conocéis, hermanos, nuestra entrada a vos-
2 otros, que no ha sido hecha vana [1], sino que habiendo antes pade-
cido y sido injuriados conforme sabéis en Filipos, tuvimos osadía
en nuestro Dios de hablaros el evangelio de Dios en grande lucha [2].

1. Véase 1: 9, nota. Su *entrada* hubiera sido *vana* (Gr. "vacía"), si hubiera sido sin frutos, sin resultados (comp. v: 5; Gál. 2: 2; 1 Cor. 15: 10); o si su predicación hubiera sido en sí misma sin fuerza, en palabras solamente. (Cap. 1: 5; comp. 1 Cor. 15: 14; Efes. 5: 6).

2. Pablo menciona hechos de su ministerio bien conocidos por el libro de los Actos (16: 22 y sig.; 17: 1 y sig.). Perseguido, maltratado en una ciudad, no se trasladaba a otra sino para *anunciar* allí también este evangelio que le suscitaba nuevos adversarios. Por esto el coraje de tal abnegación es expresado aquí muy débilmente por estos términos: *Tuvimos osadía en nuestro Dios.* La voz griega, que la traducción sólo imperfectamente puede verter, significa más bien: "Usamos atrevidamente de libertad en nuestro Dios", lenguaje que muestra, al mismo tiempo, la energía del sentimiento que le hacía obrar y la fuente de donde él sacaba tanta fuerza. Esta voz reaparece a menudo en el Nuevo Testamento, así Actos 9: 27; Efes. 6: 20.—Sobre este término, el *evangelio de Dios*, véase Rom. 1: 1, nota.

3 Nuestra exhortacón, en efecto, no fué de error ni de impureza ni
4 en engaño[3], sino que, conforme hemos sido juzgados dignos por
Dios de que nos fuera confiado el evangelio, así hablamos, no como
agradando a los hombres sino a Dios que prueba nuestros cora-
5 zones[4], pues ni fuimos hallados vez alguna en palabra de adula-
ción[5], conforme sabéis, ni en pretexto de avaricia[6], Dios es tes-
6 tigo[7], ni buscando gloria que viene de hombres, ni de vosotros ni
de otros, aunque podíamos tener autoridad como apóstoles de Cris-
7 to[8], sino que nos hicimos mansos en medio de vosotros; como

3. O *fraude.* Todo en los motivos (v. 5, 6), en las doctrinas predicadas y en la manera de anunciarlas, ha sido conforme a la pureza, a la sincerirad, a la rectitud del carácter cristiano. Mantener esta convicción, esta confianza en el corazón de sus lectores era, de parte del apóstol, un medio de afirmarlos en la fe, y ante todo de dar cuenta (*en efecto*) de la santa osadía de que acaba de hablar. (v. 2).

4. Sobre este contraste *agradar a los hombres, agradar a Dios,* véase Gál. 1: 10; nota.—Agradar a Dios solo es la consecuencia necesaria de este doble hecho: *haber sido aprobado de Dios,* y sentir constantemente *su corazón probado* por este mismo Dios que conoce todos los rincones de él. Solamente a hombres que llenan esta doble condición *confía* Dios *el evangelio.* (Comp. Gál 2: 7). Nuestras versiones ordinarias: "aprobados de Dios", o "juzgados aptos", son gramaticalmente inexactas, mas no se apartan mucho del pensamiento del apóstol, pues lo que ha sido *probado* por Dios y hallado puro, es también *aprobado* de él.

5. *Jamás* hemos anunciado doctrinas que *adulan* las inclinaciones corruptas del corazón del hombre, sino al contrario verdades que le humillan y crucifican sus concupiscencias. Es la señal por la que se reconoce sobre todo una verdadera predicación de la palabra de Dios.

6. Motivos interesados que se disimulan bajo apariencias de consagración a la verdad. (Comp. 1 Pedro 5: 2).

7. Pablo apela, sobre las palabras y la conducta, al testimonio de los hombres, (*como vosotros sabéis*); sobre las intenciones del corazón, al *testimonio de Dios.* (Vers. 10).

8. Gr. "Teniendo el poder de ser *en peso*", *como apóstol de Cristo.* Esas palabras pueden significar *ser carga* a la iglesia, que tiene el deber de proveer a la subsistencia de los siervos de Dios. (Luc. 10: 7; 1 Cor. 9: 3-14; 1 Tim. 5: 17, 18). Algunos intérpretes adoptan este sentido a causa del v. 9, donde se encuentra el verbo *ser carga,* derivado de la misma palabra. Mas esta expresión significa también (como nuestro giro francés *tener peso*) estar en *autoridad.* Este último sentido es preferible a causa del contexto inmediato: Pablo *no ha buscado la gloria que viene de los hombres,* y, aunque habría tenido el derecho de usar de autoridad, porque era *apóstol de Cristo,* ha preferido "ser manso como una nodriza que regala a sus hijos". (Vers. 7). Así, la idea de autoridad concuerda muy bien con las palabras que preceden y la figura que sigue, mientras que el derecho de recibir su mantenimiento es un pensamiento extraño al conjunto. Pablo no lo presenta hasta el v. 9.

8 cuando una nodriza regala a sus propios hijos[9], así, teniendo tier-
no afecto por vosotros, estábamos listos a comunicaros, no sólo el
evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas, porque ha-
9 bías llegado a sernos muy amados[10]. Os acordáis en efecto, her-
manos, de nuestra pena y de nuestra labor; de noche y de día tra-
bajando para no ser carga a ninguno de vosotros os predicamos el
10 evangelio de Dios[11]. Vosotros sois testigos, y Dios, de cuán santa
y justa e irreprochablemente para con vosotros los que creéis nos
11 condujimos[12], conforme sabéis cómo [exhortamos] a cada uno
de vosotros, como un padre a sus hijos, exhortándoos y consolán-
12 doos y conjurándoos a que andéis como es digno de Dios, que os
llama a su reino y gloria[13].

9. Lutero traduce: "Hemos sido *maternales*", lo que está muy en armonía con esta hermosa y conmovedora figura, todo cuyo alcance nuestra versión tampoco da. La palabra que traducimos por *regalar,* significa propiamente "una nodriza que *da calor* (en su seno) a sus propios hijos". Esta ternura parecerá más sorprendente aun si se recuerda que el hombre que la siente ocupa el primer lugar entre los caracteres fuertes y enérgicos. (Comp. v. 8).

10. Patético desarrollo y aplicación de la figura del v. 7. "La madre que amamanta sus hijos muestra un raro y maravilloso amor, pues no se perdona trabajos ni penas; no se rehusa a ninguna solicitud; ninguna asiduidad la fatiga; entrega con gozo su propia sangre a su pequeñuelo. De tales afectos el apóstol fué lleno para con sus hermanos de Tesalónica, y declara que habría estado listo a *dar su propia vida* para el bien de ellos, porque *habían llegado a ser sus amados* (así dice el griego). Hay que recordarlo sin cesar: todo el que quiere ser puesto en el número de los verdaderos pastores debe amar las almas como Pablo las amaba, de modo que la salvación de la iglesia le sea más preciosa que su propia vida". *Calvino.*

11. Así obraba el apóstol para con los cristianos de Corinto. (Comp. 1 Cor. 4:12; 9:6-12; 2 Cor. 11:9; 12: 14). Otras veces, sin embargo, aceptaba de las iglesias lo que necesitaba para su subsistencia. 2 Cor. 11:8; Fil. 4:1 y sig.). En una y otra manera de obrar, era movido por motivos de prudencia cristiana y por amor de las almas.

12. *Santamente* para con Dios, *justamente* para con los hombres, *irreprochablemente* de todas maneras. Se tiene el derecho de hablar así cuando se puede *tomar por testigo a Dios y a los hombres,* y es éste un potente testimonio en favor de la verdad que se ha predicado. Y esto tanto más cuanto que se trata de *creyentes* con los cuales Pablo había estado en relación personal, y que tenían bastante discernimiento para juzgar su vida.

13. Comp. Actos 20:31. Haber *exhortado, consolado* (o alentado), *conjurado* (Gr. "dar testimonio, protestar", Efes. 4:17) *a cada uno* (v. 11)

II. 13-16. CÓMO RECIBIERON LOS TESALONICENSES EL EVANGELIO. — 1º Pablo da gracias a Dios de que ellos recibieron su mensaje como la palabra de Dios mismo, lo que es en efecto, y de que supieron sufrir por su fe a ejemplo de las iglesias de Judea, perseguidas por los judíos. (13, 14). — 2º Este odio de los judíos es el mismo que causó la muerte del Señor y de los profetas, que persigue a los discípulos que colma los pecados de los judíos, que provoca sobre ellos la ira de Dios. (15, 16).

13 Y por esto [14] nosotros también damos gracias a Dios incesan-
temente de que, recibiendo de nosotros la palabra de la predica-
ción, de Dios [15], recibisteis, no palabra de hombres, sino conforme
verdaderamente es palabra de Dios, que también obra en vosotros
14 que creéis [16]. Vosotros, en efecto, imitadores os habéis hecho,

con la ternura *de un padre*, es el único medio de poder decir a los que perecen: "Limpio soy de la sangre de todos vosotros". (Actos 20:26). Y esto no obstante el apóstol invoca ante sus lectores un motivo más poderoso aun, el deber de conducirse *de un modo digno* del *Dios* santo, y de la *gloria* a la que los *llama* por el evangelio.

14. *Por esto*, ¿por qué? A causa de la manera seria, santa, llena de amor y de abnegación con que había anunciado el evangelio (v. 1-12), por esto viene a dar gracias de que, de su parte, los Tesalonicenses habían recibido esta palabra como la de Dios mismo. Otros refieren *por esto* a las últimas palabras del v. 12: "quien os llama a su reino y gloria". Pablo querría decir: "En consideración a este fin glorioso de vuestra vocación, damos gracias a Dios de que habéis recibido al llamamiento que se os dirigía".

15. Gr. "De que, recibiendo de nosotros la palabra del oído de Dios..." La *palabra del oído*, o palabra oída, es la *predicación* del apóstol (Rom. 10:16 y sig.; Hebr. 4:2); mas esta predicación no es de él, es *de Dios, en* cuya autoridad y por cuyo Espíritu Pablo la predicó. Y es así como los Tesalonicenses *la recibieron*. (Véase las palabras que siguen).

16. Pablo declara que su palabra es *verdaderamente la palabra de Dios;* por esto puede agregar que el que la desecha desecha a Dios y no a un hombre. (4:8). Mas, ¿cómo han reconocido los cristianos de Tesalónica en esa palabra *la palabra de Dios*, y por qué la han *recibido* como tal? Porque ella ha *obrado con eficacia en ellos que creyeron.* Así la palabra lleva consigo su propio testimonio, como la luz, como el calor, como la vida, como toda otra fuerza. (Comp. Actos 14:3). Bien: una fuerza que ha alcanzado el corazón, que ha convertido Dios, que ha despertado y purificado la conciencia, en pocas palabras, que ha transformado todo el ser en una nueva criatura, esta fuerza no puede ser atribuída al *hombre;* viene de *Dios*. Por esto el apóstol da una vez más *gracias a Dios* (comp. 1:2) de este efecto de su palabra en los Tesalonicenses, y muestra así que no considera la conversión de ellos como obra propia de ellos, sino como obra de Dios. Pablo apela a menudo a la experiencia de los cristianos para afirmarlos en la

hermanos, de las iglesias de Dios que están en Judea en Cristo
Jesús [17], porque las mismas cosas habéis padecido también vos-
otros de vuestros propios compatriotas conforme también ellos de
15 los judíos, que al Señor mataron, a Jesús, y a los profetas, y que
16 nos han perseguido, y que no agradan a Dios, y son contrarios de
todos los hombres, que nos impiden hablar a los gentiles para que
sean salvados, para colmar sus pecados siempre. Mas ha llegado
a ellos la ira hasta el fin [18].

III. 17-20. DESEO DEL APÓSTOL DE VER NUEVAMENTE A LOS TESALONICENSES. — 1º Pablo ha querido por dos veces volver al lado de los Tesalonicenses. (17, 18). — 2º Ellos son, en efecto, su gozo y su corona de gloria para la venida del Señor. (19, 20).

17 Mas nosotros, hermanos, privados de vosotros por poco tiem-
po [19] de rostro, no de corazón, tanto más diligentes procuramos

fe o para reconducirlos a ellas cuando el error los ha apartado, mostrándoles que llevan en sí mismo el testimonio de Dios. (4:9; 1 Cor. 2:4, 5; 9:1-3; Gál. 3:1-5; 2 Cor. 1:21, 22; Rom. 8:16).

17. Véase 1:1, segunda nota.

18. "Hasta el *fin*", hasta *el extremo*. Pablo ve aun un sello de la obra de Dios en el hecho de que los Tesalonicenses han *padecido* por Cristo Jesús, y por esto mismo han llegado a ser semejantes *a las iglesias de Judea*. En efecto, en medio de persecuciones ejecutadas por las autoridades paganas, por sus *propios compatriotas*, obrando a instigación de los judíos, han recibido el evangelio (Actos 17:5 y sig.), y se puede creer que esas persecuciones no cesaron con la partida del apóstol. (3:3). Este, conmovido por este doloroso recuerdo, condena severamente el endurecimiento de esos judíos incrédulos, para que los Tesalonicenses no se asombren de ser objeto de su odio. Quiere quizá también prevenirles contra las tentativas futuras de los cristianos judaizantes que querían incorporar los paganos convertidos al pueblo judío y turbaban las iglesias con doctrinas contrarias al puro evangelio de la gracia de Dios. Por tanto recuerda que, siempre opuestos a la verdad, los judíos han *matado al Señor*, lo mismo que a los *profetas* (Mat. 23:30-34), y que, en todas partes adversarios de Dios (Gr. "no agradando a Dios") y *enemigos de los hombres*, querrían *impedir* a los mensajeros de la salvación *hablar a los paganos* de quienes están celosos, porque su conversión trastorna las barreras del nacionalismo egoísta y orgulloso al cual no quieren renunciar. Por esto el apóstol puede decir que ese endurecimiento obstinado *colma la medida de sus pecados* y, en el presentimiento doloroso de la ruina que va a caer sobre esa nación, declara que *la ira* (de Dios) *ha alcanzado su último extremo* para con ellos. (Comp. una expresión semejante en Marc. 3:26). Cuando se recuerda la profunda simpatía del apóstol para con su pueblo (Rom. 9:1 y

18 ver vuestro rostro con mucho deseo. Por tanto quisimos ir a vos-
otros, por lo menos, Pablo [20] una y los veces, y Satanás nos im-
19 pidió [21]. ¿Cuál será, en efecto, nuestra esperanza o gozo o corona
de jactancia? ¿o no lo sois también vosotros delante del Señor
20 nuestro Jesús en su venida? Vosotros, en efecto, sois la gloria y
el gozo nuestro [22].

sig.; 10:1 y sig.), se concibe lo que estas declaraciones debían costarle; mas es necesario que la verdad de Dios triunfe sobre todos los sentimientos humanos.

19. Hay en el griego un término más fuerte y más tierno que muestra cuán dolorosa le era esta separación: "hecho huérfano de vosotros". Por esto agrega que esta separación es sólo externa, y que, por el *corazón*, él está con ellos. Con este versículo habría debido empezar el tercer capítulo, lleno por completo de esas relaciones personales de que Timoteo fué intermediario, y que aborda ahora.

20. Pablo restringe su primera afirmación: él solo hizo esta doble tentativa de volver a Tesalónica.

21. Pablo quiso probablemente volver a Tesalónica ya durante su permanencia en Berea, y sabemos que entonces debió proseguir su viaje a Atenas, a causa de la persecución que se encarnizaba sobre sus pasos. (Actos 17:13). La misma causa de impedimento pudo renovarse más tarde. Ahora bien: a *Satanás* atribuye **Pablo** este impedimento, y con derecho. ¿No venía del príncipe de las tinieblas ese odio que por todas partes perseguía al enviado de Dios, esforzándose en aniquilar su obra? Pablo podía, en último análisis, ver en estos acontecimientos de su vida la voluntad de Dios que domina sobre todo, aun sobre el infierno; mas la causa próxima no era menos real a sus ojos, y lo que dice en esta ocasión contiene una seria enseñanza para todos los siervos de Dios que son trabados en su obra. No hay, por lo demás, ningún acercamiento a hacer entre estas palabras del apóstol y pasajes tales como Actos 16:7.

22. Esta efusión de afecto y de gozosa esperanza debía hacer sentir a los discípulos de Tesalónica cuán ardiente era el deseo del apóstol de verlos de nuevo (v. 18) y de confirmarlos en la fe. Sin duda el cristiano no debe buscar su *esperanza*, su felicidad, su *corona de jactancia* más que en su Señor y su Dios, y Pablo bien lo sabía (1 Cor. 1:31; 3:21); mas cuanto más posee así el fiel todo en su Salvador, tanto mejor puede disfrutar abundante y puramente de las gracias que Dios le acuerda. Bien, ¡qué gozo más puro, qué *gloria* mayor para un pobre mortal, que la de hallar en el último día almas llevadas por su medio a la dicha de los cielos! Según la versión de Ostervald, a la que tan poco cuesta omitir una partícula a menudo importante, Pablo diría a los Tesalonicenses *solos* que serán su gozo y su corona, y esto habría podido afligir a otras iglesias. Mas no; dice: vosotros *también*, indicando por esto que espera la misma recompensa de otros de sus hijos en la fe. (2 Cor. 1:14; Fil. 4:1).

CAPITULO III

Continuación. I. *Envío de Timoteo a Tesalónica, 1-5.* — II. *Regreso de Timoteo al lado de Pablo; gozo de este último al recibir buenas noticias, 6-13.*

I. 1-5. CONTINUACIÓN. PABLO ENVÍA A TIOMTEO A TESALÓNICA. — 1º Dos razones de este envío: primero, el apóstol no puede soportar más la falta de noticias de la joven iglesia; luego, espera que Timoteo la afirmará en su fe, en peligro en el seno de padecimientos. (1-3). — 2º El había predicho esos padecimientos a sus hermanos, para que no fueran conmovidos por ellos, y para que su trabajo no fuera vano. (4, 5).

1 Por tanto, no pudiendo sufrir más, nos pareció bien ser deja-
2 dos en Atenas solos [1], y enviamos a Timoteo, nuestro hermano y
colaborador de Dios en el evangelio de Cristo [2], para afirmaros so-
3 bre vuestra fe, para que nadie fuera conmovido en estas tribula-
4 ciones, pues vosotros mismos sabéis que para esto estamos, pues
también cuando estábamos con vosotros os predecíamos que de-
5 bíamos ser atribulados, conforme aconteció y sabéis [3]. Por esto
también yo, no sufriendo más, envié para conocer vuestra fe, no

1. Actos 17:15. Tan grande y viva era su solicitud por esas almas que él había parido a Cristo, que se priva de su querido compañero de tarea en medio de sus penas, y queda *solo en Atenas.*

2. El texto recibido dice: "y siervo de Dios, y nuestro colaborador". Además de esta variante, se encuentra un gran número de otras en los diversos manuscritos que sólo son correcciones provenientes de la repugnancia que inspiraba este hermoso título de *colaborador de Dios*, obrero con Dios, término que sin embargo no es extraño al apóstol. (1 Cor. 3:9). Es Dios quien trabaja *en el evangelio*, en la predicación de esta buena nueva, y los que la anuncian fielmente son obreros con él, o sus cooperadores. Pablo acumula respecto de Timoteo los epítetos más afectuosos y honorables, a fin de dar tanto mayor peso a las palabras de aliento que los Tesalonicenses habían oído de este fiel evangelista.

3. Tal era pues (v. 24) el *objeto* del envío de Timoteo. Pablo debía temer que en una joven iglesia apenas fundada muchos *fueran conmovidos* por la persecución.. (Vers. 5). Ya les había prevenido que *tendrían que padecer*, y ahora aún hace de ese padecimiento, por así decirlo, una ley del reino de Dios: *Para eso estamos.* Es que el evangelio, en este mundo, pone dondequiera en presencia la luz y las tinieblas, el Espíritu y la carne, la fe y la incredulidad, el amor y el odio. (Comp. 2 Tim. 3:12; Actos 14:22).

fuera que, de algún modo, os hubiera tentado el tentador y nuestro trabajo hubiérase hecho vano[4].

II. 6-13. REGRESO DE TIMOTEO; CONSUELO, GOZO Y VOTOS DEL APÓSTOL. — 1º Las buenas nuevas traídas por Timoteo han confortado plenamente al apóstol; ¡ahora vive! (6-8). — 2º Da a Dios por ello ardientes acciones de gracias, y ora a Dios que le abra el camino para volver a Tesalónica, pidiéndole también que sus hermanos abunden en amor y sean conservados irreprensibles para la venida del Señor Jesús. (9-13).

6 Mas ahora, llegado Timoteo a nosotros de vosotros, y traído-
nos buenas noticias de vuestra fe y de vuestro amor, y que tenéis
siempre, buena memoria de nosotros, ansiando vernos conforme
7 también nosotros a vosotros, por esto fuimos consolados, herma-
nos, sobre vosotros en toda nuestra necesidad y tribulación por
8 vuestra fe, pues ahora vivimos, si vosotros estáis firmes en el Se-
9 ñor[5]. En efecto, ¡qué acción de gracias podemos retribuir a Dios
sobre vosotros, por todo el gozo con que nos gozamos por causa
10 de vosotros delante de nuestro Dios, noche y día superabundante-
mente suplicando para ver vuestro rostro y completar las faltas
11 de vuestra fe[6]! ¡Mas el mismo Dios y Padre nuestro y el Señor
12 nuestro Jesús enderece nuestro camino hacia vostros! ¡Y a vos-
otros, el Señor os haga crecer y abundar en el amor unos para
con otros y para con todos, conforme también nosotros para con
13 vosotros, para afirmar vuestros corazones irreprochables en san-
tidad delante del Dios y Padre nuestro en la venida del Señor
nuestro Jesús con todos sus santos[7]!

4. Aquí también, Pablo atribuye con razón al *tentador* las malas acciones de los malos (comp. 2:18, nota), lo que no le impide considerar la persecución como siendo según la voluntad y bajo el control soberano de este Dios que, cambiando el mal en bien, hace hallar a sus hijos en la prueba misma un medio de avanzar su santificación.

5. ¡Con qué emoción describe Pablo en estos versículos el consuelo y el gozo que le causaron las *buenas noticias* traídas por Timoteo! La salvación de las almas era su *consuelo, su vida*. Tal es el secreto de las inmensas bendiciones de que su ministerio fué acompañado.

6. Todo su *gozo*, todas sus ardientes *acciones de gracias* no hacen más que aumentar su vivo deseo de *ver nuevamente* sus hermanos de Tesalónica (2:17), porque las excelentes noticias que ha recibido de su fe (v. 6, 7) no le impiden sentir lo que puede *faltar* aún a esta *fe*, sobre todo en cuanto al conocimiento.

7. Esta oración del apóstol es notable, entre otras, porque la dirige primero a *nuestro Dios y Padre*, luego al *Señor Jesús* (texto recibido: Jesucristo). (Vers. 11). Es que su Salvador es también para él su Señor y su Dios. (Juan 20:28; comp. Actos :59, 60; 9:14; 1 Cor. 1:2).

El primer objeto de esta oración de Pablo es que pueda por fin ir a Tesalónica, lo que nos muestra que considera todos los acontecimientos de su vida, todos los hechos de su ministerio, como estando en la mano de Dios; luego pide para sus lectores que Dios *les haga abundar en el amor*, que es el alma de la vida cristiana y que produce la entera santificación del corazón. Por último el gran pensamiento del regreso de Cristo está siempre presente en el espíritu del apóstol, y ve en él para todos los fieles un motivo de pedir a Dios que *afirme sus corazones* y los conserve *irreprochables en la santidad*.

CAPITULO IV

I. *Exhortaciones relativas a la vida cristiana. 1-12.* — II. *Instrucción y consuelo respecto a la resurrección de los muertos y del regreso de Cristo, 13-18.*

I. 1-12-. VIDA SANTA; AMOR FRATERNAL; ORDEN Y TRABAJO. — 1º Pablo ruega a sus hermanos, según los mandamientos que les ha dado y según la voluntad de Dios, que se dediquen a la santidad de la vida, y para ello que eviten ante todo las pasiones impuras a que se entregan los paganos. (1-5). — Ninguno perjudique a su hermano, pues Dios castiga la injusticia y llama a sus hijos a la santidad; obrar de otro modo es rechazar, no a un hombre, sino a Dios mismo.(6-8). — 3º En cuanto al amor fraternal, vosotros sois enseñados de Dios mismo, lo practicáis; se trata sólo de progresar en él. (9-10). — 4º Hay que dedicarse también a una vida pacífica laboriosa, honesta para con el mundo, a fin de bastarse a sí mismo. (11, 12).

1 Por lo demás pues, hermanos, os rogamos y exhortamos en
el Señor Jesús[1] que, conforme recibisteis de nosotros el cómo es
necesario que andéis y agradar a Dios, —conforme también
2 andáis,— que abundéis más[2]. Sabéis, en efecto, qué mandamien-

1. En su nombre, en su comunión y por su Espíritu (Vers. 2; 2 Cor. 5:20). El apóstol pone gran solemnidad en su lenguaje, a fin de hacer tanto más impresionantes las exhortaciones siguientes sobre la santificación. Conoce el peligro que hay en conocer sin practicar, y la experiencia le ha enseñado que los recién convertidos no sacan, desde el principio,

3 tos os dimos por el Señor Jesús [3]. Esto es, en efecto, voluntad de
4 Dios: vuestra santificación; que os abstengáis de la fornicación;
que sepa cada uno de vosotros adquirirse su propio vaso [4] en san-
5 tificación y honor, no en pasión de concupiscencia conforme tam-
6 bién los gentiles que no conocen a Dios [5]; que no defraude y se
aproveche de su hermano en el negocio [6], porque vengador es el
Señor de todas esas cosas, conforme antes os dijimos y os protes-
7 tamos [7], pues no nos ha llamado Dios a impureza sino en santifi-

todas las consecuencias santificadoras de la verdad evangélica.

2. Estas palabras: *como también andáis* han sido omitidas erróneamente en el texto recibido. Es, de parte del apóstol, un modo delicado de alentar a sus hermanos a practicar sus enseñanzas, y a perseverar o a *abundar* en una conducta que es ya la de ellos.

3. Se ve por estas palabra que, desde su primera residencia en Tesalónica, el apóstol había añadido *preceptos* morales a la exposición de la doctrina. Todo predicador debe al mismo tiempo *explicar* y *aplicar* la verdad. Mas siempre *por el Señor Jesús*, en su autoridad, según su palabra y su Espíritu. Fuera de él, ni aun un apóstol tendría derecho de dar preceptos, y esos preceptos serían letra muerta.

4. Gr. "Su propio vaso", que contiene el alma, que es el órgano del alma, razón de conservarlo puro. (Comp. 2 Cor. 4:7). Otros intérpretes quieren ver en este *vaso* la mujer casada (1 Pedro 3:7) con la cual cada marido debe vivir *en santidad y honor*, no cediendo a la "fornicación" (v. 3), y a la "pasión de concupiscencia" (Vers. 5). Este sentido no es imposible; el primero es más probable. La mayor parte de los comentadores lo adoptan. El verbo empleado por el apóstol significa propiamente no "poseer", sino "ganar, adquirir" (Luc. 21:19, nota).

5. Comp. sobre este último punto de las recomendaciones del apóstol 1 Cor. 6:19-2, notas. Las palabras *pasión de concupiscencia* persiguen la impureza hasta su raíz, y la hacen considerar como una fuerza que obra en el hombre natural, y que debe ser combatida para que la concupiscencia no se torne en pasión. Otros traducen: 'enfermedad de concupiscencia", expresión figurada y de gran verdad, que indica todo lo que hay de moralmente corrompido, de insaciable, de caprichoso en los pecados de la carne.

6. Gr. "en el negocio". Muchos intérpretes han creído ver en el v. 6 un desarrollo del v. 5, y entienden estas palabras del *agravio* que se puede hacer a un *hermano* por el pecado de adulterio. Esta explicación no es fundada; los términos encierran evidentemente la idea de una injusticia hecha en las relaciones ordinarias de la vida, y en particular en los *negocios* del comercio. Tesalónica, con su tráfico tan múltiple y extenso, podía ofrecer muchas tentaciones de esta naturaleza. Los cristianos debían dar el ejemplo de la más escrupulosa honestidad.

7. Comp. v. 2, nota.

8 cación [8]. Por tanto pues el que desecha no desecha a hombre, sino
a Dios que también os da su Espíritu Santo [9].
9 Mas sobre el amor fraternal no tenemos necesidad de escri-
biros, pues vosotros mismos sois enseñados de Dios a amaros
10 unos a otros, pues también lo hacéis para con todos los hermanos
en Macedonia entera; mas os exhortamos, hermanos, a abundar
11 más [10], y a tener a honor vivir tranquilamente y hacer vuestros
12 propios asuntos y trabajar con vuestras manos conforme os man-
damos, para que andéis decentemente para con los de afuera y
de nadie tengáis necesidad [11].

8. Pablo vuelve al principio que ha establecido (v. 3), al gran motivo que, para el cristiano, encierra y sanciona todos los preceptos de la moral, la voluntad de Dios manifestada en la vocación celestial dirigida a sus hijos. Aquí la palabra *impureza* es tomada en un sentido general y significa las injusticias (v. 6) tanto como los pecados de la carne.

9. Gr. "El que desecha", sin complemento de verbo. Se suple ordinariamente: *esto*, estos preceptos; *nos* es preferible, puesto que el apóstol dice luego: no desecha *a un hombre*. No se puede expresar en términos más claros la autoridad de la palabra apostólica. Pablo estaba autorizado por el Señor mismo a emplear este lenguaje. (Luc. 10:16). El texto recibido dice: "que *nos* dió el Espíritu Santo". Según las autoridades decisivas, hay que leer *os*, y así el apóstol no invoca solamente el testimonio del Espíritu Santo en él y por él, sino también este mismo testimonio en el corazón de sus lectores, lo que está conforme con lo que ya les ha dicho (2:13), que, para ellos la palabra de Pablo era la palabra de Dios atestada como tal en sus conciencias. (Comp. también el vers. sig.). Así, de todas partes, se concentran los rayos de la verdad y de la autoridad divinas para llevar las almas a la obediencia. Por lo demás, esta declaración solemne se aplica en primer lugar a los preceptos morales que el apóstol acaba de recordar, y muestra por ello su importancia para la vida cristiana.

10. La palabra del Evangelio, viva y eficaz en ellos, de tal modo los ha unido unos a otros por el *amor*, que exhortaciones a este respecto les son inútiles. (Comp. 1 Juan 2:20, 27). ¡Magnífico testimonio! Sin embargo, como es necesario que haya progreso en todas las cosas, Pablo exhorta sus hermanos a *abundar más y más* en este amor que es el alma de la vida cristiana. El texto recibido tiene (v. 9): "No *tenéis necesidad que se* os escriba". Esta lección, que es apoyada por un gran número de manuscristos y admitida por Tischendorf, nos parece encerrar una contradicción en los términos y ser una falsa imitación de 5:1.

11. Comp. sobre este punto importante de la vida cristiana, donde parece que los discípulos de Tesalónica estaban en falta 2 Tes. 3:6-12, nota. En lugar de estas últimas palabras: *necesidad de nadie*, Calvino seguido por nuestras versiones ordinarias traduce: *necesidad de nada;* el griego permite ambas traducciones. La primera concuerda mejor con el contexto.

II. 13-18. LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS; LA VENIDA DEL SEÑOR. — 1o. Pablo no quiere dejar a sus hermanos en la ignorancia sobre este asunto importante, a fin de que no se entristezcan sobre sus muertos; el fundamento cierto de su esperanza es la resurrcción de Jesucristo; garante de la de ellos. (13, 14). — 2º En la venida del Señor los que vivieren aún no tendrán ninguna ventaja sobre los muertos, sino que, a la señal divina, éstos resucitarán primero; luego los vivos serán reunidos al Señor, y todos estarán con él siempre: tal es el gran consuelo de los cristianos. (15-18).

13 Mas no queremos que ignoréis, hermanos [12], sobre los que
duermen[13], para que no os entristezcáis conforme también los de-
14 más que no tienen esperanza[14]. En efecto, si creemos que Jesús
murió y resucitó, así también a los que durmieron traerá Dios
15 por medio de Jesús con él [15]. Esto, en efecto, os decimos por pala-

12. Se trata, no de una negación de la resurrección de los muertos, como Pablo la hallaba en Corinto, y que le obligaba a *probar esta doctrina* (1 Cor. 15), sino simplemente de una carencia de luces, muy natural en cristianos que no habían disfrutado más que por algunas semanas de las instrucciones apostólicas. (Introducción). Sus concepciones sobre la resurrección eran obscuras; su fe, sobre este punto, vacilante; referían todas sus esperanzas del porvenir al regreso de Cristo, al restablecimiento de su reino; mas no sabían bien cómo participarían de él los que ellos veían morir antes de esta grande consumación de todas las cosas. De ahí, para ellos, una tristeza muy natural (v. 13), y el objeto del apóstol en la instrucción que sigue, es ofrecerles una verdadera consolación (Vers. 18).

13. Es decir los muertos. Erróneamente la versión de Ostervald y otros no conservan esta dulce figura. Para el cristiano, la muerte es un *sueño* que será seguido del despertar, y será como un reposo después del trabajo y la fatiga del día (Vers. 15; Mat. 9:24; Juan 11:11; Actos 7:60; 1 Cor. 15:20).

14. *No tienen esperanza* de la vida eterna. Esos *otros* son los paganos y todos los que están en ignorancia o duda sobre la resurrección. (Vers. 18, nota).

15. ¿Cuál es el fundamento de nuestra fe en la resurrección? He ahí lo que los Tesalonicenses, lo que todos los creyentes deben conocer claramente. Este fundamento es la muerte y la *resurrección de Jesús*, por las cuales venció el pecado y la muerte. (1 Cor. 15:3 y sig.). Para ser consolados y para poder esperar respecto de sus muertos, los Tesalonicenses debían solamente estar bien fundados en la fe (*si creemos*) en Cristo, como su Salvador, y con la certidumbre de que, viniera lo que viniere, él era *su vida*. A los que, por esta fe, se han hecho *uno* con Cristo, Dios los *traerá* también *por Jesús con él* (Rom. 8:11), palabras que encierran no solamente la certidumbre de la *resurrección*, sino también de la *reunión* eterna *con él* y con todos sus redimidos. Algunos intérpretes han pretendido que había que traducir: "Los que durmieron en Jesús", o por Jesús, para él, como los mártires, en lugar de referir "por Jesús" al verbo "traerá". La frase griega no se presta a esa construcción. Sin duda el apóstol no supone una resurrección dichosa más que para los que han muerto en la fe en Jesús (v. 16); pero aquí no se ocupa más que del acto omnipotente de la resurrección, que él atribuye, como lo hace toda la escritura, al Hijo de Dios (Juan 5:21, 28; 6:39, 54; 2 Cor. 4:14; Fil. 3:21).

bra del Señor [16]: que nosotros, los que vivimos, los que quedamos
para la venida del Señor, de cierto no precederemos a los que dur-
16 mieron [17], porque el Señor mismo, con grito de mando [18], con voz

16. ¿Cuál es esta *palabra del Señor*, sobre la cual Pablo basa la instrucción que sigue? ¿Es Mat. 24:31? ¿U otras palabras de Jesús, que le habían llegado por tradición, como lo piensa Calvino (comp. por ejemplo, Actos 20:35)? ¿O una de las revelaciones que Pablo había recibido directamente del Señor (comp. 1 Cor. 7:10-12, 25; 1 Cor. 11:23; Gál. 1:12)? ¿O por último simplemente la palabra del Señor que Pablo anunciaba en esto, como en toda su enseñanza? Las opiniones pueden variar sobre estas suposiciones; mas, en el fondo, la declaración del apóstol queda la misma: lo que va a hacernos saber sobre las escenas futuras del día de Cristo es la palabra del Señor.

17. *Nosotros los vivientes, que somos dejados para la venida del Señor*..., al tomar estas palabras en su sentido más simple, significan que Pablo esperaba la venida del Señor como inminente y suponía que ella le encontraría aún en el número de los vivientes. El acontecimiento no ha confirmado esta previsión. Algunos exégetas modernos hacen grandes aspavientos del error que el apóstol habría cometido en esto. Para eludir la dificultad y guardar la autoridad de la palabra apostólica, ¿será necesario admitir, con varios comentadores que, cuando el apóstol dice *nosotros*, habla en un sentido *comunicativo*, como si dijera: los hombres, los que vivieren? No, esto es forzado, y la exégesis jamás debe recurrir a expedientes. Aun menos se debe suponer, con Calvino, que Pablo, bien que sabiendo por alguna revelación especial que Cristo no vendría tan pronto, enseñaba sin embargo su regreso próximo para que los fieles estuvieran prestos en toda hora. No, es necesario simplemente tener en cuenta el estado de espíritu de los primeros discípulos y de las condiciones en las cuales se planteaba a ellos la cuestión del regreso de Cristo. Su Maestro había rehusado positivamente responder a sus preguntas sobre la época de su venida, y había querido dejarles en una completa incertidumbre. (Mar. 13:32; Actos 1:7). Solamente con esta condición el espíritu de espera, de vigilancia, de oración, tan necesario a la vida de los fieles en este mundo, podía ejercer sobre ellos, desde el origen, su potente y salutífera influencia moral (Luc. 12:35-40; Mat. 24:42-51; 25:13). Después de esa negativa de toda revelación, por una parte, y de esas solemnes advertencias, por la otra, los discípulos, para obedecer a Jesús, debían esperarle cada día, y nosotros lo debemos como ellos, en lugar de imitar a tantos cristianos ligeros que dicen con el mal siervo: "Mi amo tarda en venir" (Mat. 24:48), y toman ocasión de olvidar la vigilancia y descuidar su deber. Por esto, en esta disposición de espíritu hallamos a todos los servidores de Cristo. (1 Cor. 15:51,

de arcángel[19] y con trompeta de Dios[20] bajará del cielo, y los
17 muertos en Cristo resucitarán primero[21]; luego nosotros, los que

nota; 1 Pedro 4:7; 1 Juan 2:18; Jac. 5:8). Hasta hay que reconocer francamente que toda la iglesia primitiva esperaba el regreso inminente del Señor, según sus enseñanzas: "Velad, pues no sabéis ni el día ni la hora". El lenguaje de Pablo en nuestro pasaje no dice otra cosa. El no *enseña* que él y sus lectores vivirán cuando el regreso de Cristo; supone la posibilidad, y debía hacerlo. Lo que acaba de ser indicado era su pensamiento de tal modo, que toma el mayor cuidado, aquí mismo (5:1 y sig.), de proclamar, en los términos expresos de que se había servido Jesucristo, la completa incertidumbre, lo inesperado y temible de la aparición del Soberano Juez. (Comp. 2 Tes. 2:1 y sig.). Por lo demás, el objeto del apóstol es el de confortar a sus lectores sobre *los que duermen,* declarándoles que ellos no tendrán ninguna desventaja en relación *a los vivientes,* puesto que, por una gloriosa resurrección, el Señor los traerá consigo y con todos los redimidos (v. 16, 17), sin que los unos "precedan, adelanten" a los otros.

18. *Grito de orden, de mandamiento,* figura tomada del comando de un ejército, o de la *señal* dada a marineros de levar anclas para la maniobra. Como a la señal y a la orden de un general todo su ejército se conmueve y obedece, así el innumerable ejército de los redimidos se levantará a la voz omnipotente de su Jefe (comp. Mat. 24:30, 31).

19. La voz de un *arcángel,* la *trompeta de Dios,* designan lo que el apóstol ha llamado la *señal de mando.* El arcángel supone la presencia y la acción del ejército celestial, de esos "espíritus administradores" (Hebr. 1:14) que toman parte en el cumplimiento glorioso del reino del Salvador, como han tomado parte en todos los acontecimientos importantes de su vida sobre la tierra. (Luc. 1:11; 2:9-15; 22:43; 24:4; Actos 1:10). Jesús mismo hace intervenir constantemente los ángeles en las grandes escenas de su venida. (Mat. 13:39-41, 49; 16:27; 25:31; comp. 2 Tes. 1:7). Por sobre este mundo visible y nuestra humanidad caída, el pensamiento se detiene con felicidad en este reino de la luz habitado por espíritus puros y felices, que no son indiferentes a nuestros intereses eternos, sino que toman al contrario viva parte en la salvación de un mundo pecador. (Luc. 15:10). El restablecimiento de la armonía y de la santidad en nuestra humanidad salvada es para toda la creación inteligente, y dotada de amor, como una fiesta por la cual Dios es glorificado a sus ojos. (Efes. 3:10), nota). Por esto, aunque estas descripciones de las escenas del día de Cristo no pueden darnos de ellas más que una idea muy débil e incompleta, hay que cuidarse mucho de ver en ellas sólo figuras sin realidad.

20. Véase 1 Cor. 15:51-53, nota.

21. No se trata aquí de una *primera* resurrección que sería seguida de una *segunda;* el contraste establecido por el apóstol no es entre los que han *muerto en Cristo* y los infieles, sino entre esos muertos en Cristo y *los que vivieren* a su venida. (Vers. 17). Pablo quiere decir, para el consuelo de sus lectores: "nosotros no precederemos a los que duermen" (v. 15) sino que *antes* de

vivimos, los que quedamos, a una con ellos seremos arrebatados en las nubes al encuentro del Señor en el aire, y así con el Señor siempre estaremos[22]. De modo que consolaos unos a otros por estas palabras[23].

la reunión de todos para ir al encuentro del Señor, Cristo habrá roto las ligaduras de la muerte para sus redimidos que estaban retenidos por ella.

22. Esta ascensión de los redimidos que vivan aún sobre la tierra al regreso del Señor, supone la trasmutación de sus cuerpos, ya glorificados (1 Cor. 15:51, 52), y libertados por lo mismo de las leyes físicas de la gravedad, tal cual era el cuerpo de Cristo cuando su ascensión. (Comp. Fil. 3:21). Esta transformación, por la cual el cuerpo mortal y corruptible será revestido de inmortalidad y de incorruptibilidad ser, para los vivientes, de la misma naturaleza que la resurrección gloriosa para los muertos en Cristo. (Comp. 2 Cor. 5:4). Cuando el apóstol dice: *"al encuentro del Señor ,en el aire"*, no quiere decir que ese será el lugar donde quedarán *con el Señor,* sino solamente que se elevarán al encuentro de él, se unirán a él, de una manera visible, para trasladarse con él a la mansión de su gloria. (Vers. 18, nota).

23. *Estas palabras* son toda la instrucción que precede sobre nuestro último fin, pero particularmente éstas: *así estaremos siempre con el Señor.* Es ésta, para todo el que ama al Señor Jesús, la soberana consolación, la esperanza imborrable por la cual el Salvador alentaba ya a sus discípulos que dejaba entristecidos de su partida. (Juan 14:3; 17:24; comp. 1 Juan 3:2). Sean cuales fueren las obscuridades que subsistan aún para nosotros sobre el mundo invisible y sobre el restablecimiento final del reinado del Salvador, este solo hecho, estar con el Señor, basta perfectamente a la fe, a la esperanza, al consuelo, ora para nosotros mismos, ora respecto de los que nos han precedido, arrebatados por la muerte. (Vers. 13). En efecto, donde está el Señor, no hay más ni pecado, ni muerte, ni padecimiento, sino plenitud de la vida, de la paz, de la gloria; la presencia del Salvador, la comunión perfecta con Dios, es el cielo. Tal esperanza desprende el corazón de la tierra y de las cosas visibles, para elevarlo, con toda la potencia de sus afectos, hacia Aquel que esperamos de los cielos. (Fil. 3:20, 21).

CAPITULO V

Continuación. I. *Incertidumbre de la época en que el Señor aparecerá; vigilancia en la espera, 1-11.* — II. *Diversas exhortaciones y saludos, 12-28.*

I. 1-11. El día del Señor vendrá inesperadamente; vigilancia. — 1º Inútil escribir sobre tal época del regreso de Cristo; sus discípulos saben que vendrá en la hora en que menos se le espera, como un ladrón en la noche, y que en medio de la mayor seguridad será el mundo sorprendido por repentina ruina. (1-3). — 2º Mas los cristianos no podrían ser sorprendidos; hijos de la luz y del día, velan, huyen de las obras de la noche, esperan revestidos de fe, de amor, de esperanza. (4-8). — 3º La razón por la cual están revestidos de estas armas espirituales es que Dios los ha destinado, no a la ira, sino a la salvación por Jesús que murió por ellos, a fin de que, muertos o vivos a su venida estén siempre con él; pueden, pues, exhortarse y edificarse unos a otros. (9-11).

1 Mas sobre los tiempos y las épocas, hermanos, no tenéis nece-
2 sidad de que se os escriba [1], pues vosotros mismos muy bien sabéis
3 que el día del Señor así viene como ladrón en la noche [2]. Cuando
digan: Paz y seguridad, entonces les sobreviene repentina des-
trucción, así como los dolores de parto a la mujer en cinta, y de

1. Ora hubiera sabido el apóstol que los cristianos de Tesalónica se entregaban a investigaciones curiosas, a estériles cálculos sobre la época de la venida de Cristo, ora quisiera simplemente prevenir las falsas consecuencias que habrían podido sacar de la instrucción que precede (4:13-18), él se empeña aquí, y sobre todo en 2 Tes. 2:1-3, en dar a ésta espera del regreso de Jesús su verdadero carácter religioso, moral, práctico, y para esto no hace casi más que recordar las palabras del Señor mismo, y sacar de ellas serias advertencias. (Comp. 4:15, nota). Los *tiempos* indican el intervalo que puede separarnos aún de la venida del Salvador; las *épocas* significan los momentos precisos, las circunstancias de esta venida. (Comp. Actos 1:7). Los Tesalonicenses *no tenían necesidad* de instrucciones sobre este punto; no podían serles dadas, ni aún por el apóstol, y la razón de ello es el v. 2.

2. El *día del Señor*, el día de su regreso para el juicio del mundo (1 Cor. 1:8; 5:5; 2 Cor. 1:14; Fil. 1:6-10; 2 Tes. 2:2); las escrituras insisten siempre sobre la incertidumbre absoluta de ese día. (4:15, nota). La figura que emplea aquí el apóstol es tomada de los discursos del Señor (Mat. 24:43, 44; Luc. 12:39, 40; comp. Apoc. 3:3; 16:15), y se ve por estas palabras de Pablo: *vosotros mismos sabéis*, que esas enseñanzas habían sido trasmitidas a los cristianos de Tesalónica.

4 cierto no escaparán [3]. Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinie-
5 bla, para que ese lía como un ladrón os sorprenda [4], pues todos
vosotros hijos de la luz sois hijos del día; no somos de la noche
6 ni de las tinieblas [5]. Luego pues no durmamos como los demás,
7 sino velemos y seamos sobrios, pues los que duermen de noche
8 duermen, y los que se embriagan de noche están ebrios [6]. Mas
nosotros, siendo del día, seamos sobrios, vistiéndonos de la coraza
de la fe y del amor, y por yelmo la esperanza de la salvación [7];
9 porque no nos ha puesto Dios para ira sino para obtención de
10 salvación por medio del Señor nuestro Jesucristo, que murió por
nosotros [8] para que, ora velemos, ora durmamos, a una con él vi-

3. El Señor describe también, por otras figuras, la seguridad fatal en que vive el mundo respecto de su venida. (Mat. 24:37139; Luc. 17:26-30). Una *mujer en cinta* ignorando el momento preciso de los dolores, mas de dolores inevitables, que pueden *sorprenderla* en medio del gozo o durante el sueño; esta figura es de una impresionante verdad. "Un Dios que tan a menudo nos advierte, y de tantas maneras, que seremos sorprendidos, está muy lejos de querernos sorprender. Es el olvido de Dios, y nuestra propia incredulidad, lo que causan una sorpresa tan deplorable y que es sin recurso". *Quesnel.*

4. Las *tinieblas* indican aquí, según el sentido profundo de las escrituras, todo el estado intelectual y moral del hombre extraño a Dios irregenerado, su vida carnal (Rom. 13:12, 13), sus yerros, su ceguedad espiritual. Al contrario, como Dios es la luz, el que anda en Dios sabe dónde está y adónde va; no tropieza, no es sorprendido (Juan 3:19; 8:12; 1 Juan 1:6, 7).

5. Sobre esta expresión: *hijos de la luz, del día,* véase Juan 12:36; Efes. 5:8. El *día* que ha disipado las *tinieblas* (Rom. 13:12) es ya la aurora del día de Cristo en el corazón de los fieles; la *luz* no hace más que crecer hasta su perfección, que será alcanzada cuando Cristo aparezca. Ellos no pueden, pues, ser ya sorprendidos, ni entregarse aún a las obras de las tinieblas (Vers. 6 y sig.).

6. Todas las obras de las tinieblas merecen este nombre, en sentido propio como figurado, porque, de todas maneras, huyen del día y de la luz. Nada de todo esto conviene a los "hijos de la luz", que oponen la *vigilancia* al *sueño*, y la *sobriedad* a la *embriaguez* (Vers. 6).

7. No basta, para evitar las obras de las tinieblas velar y *ser sobrios*: es necesario combatir rechazar todos los asaltos del tentador. Y, a este efecto, el cristiano posee armas que le son propias. El apóstol en otro lugar hace una enumeración más completa de ellas. (Efes. 6:11-18, nota). Estas armas, para hablar sin figura, son la *fe*, el *amor*, la *esperanza*, que el apóstol hallaba felizmente en sus hermanos de Tesalónica, (véase 1:3, nota), y que recuerda nuevamente aquí.

8. La esperanza firme de la salvación (v. 8) se funda en el decreto de la gracia de Dios, que *nos ha destinado*, no *a la ira*, sino *a la adquisición de la salvación*, y en la *muerte de*

11 vamos [9]. Por tanto exhortaos unos a otros y edificaos uno al otro,
conforme también lo hacéis [10].

II. 12-28. EXHORTACIONES DIVERSAS Y ÚLTIMOS VOTOS. — 1º — El deber de estimar y amar a los que presiden, y de conservar la paz. (12-13). — 2º Tener amor para con los desordenados, para con los débiles, para con todos; no devolver mal por mal. (14, 15)). — 3º El gozo, la oración y la acción de gracias; no apagar el Espíritu ni menospreciar las profecías, sino examinar todas las cosas y evitar toda especie de mal. (16-22). — 4º Votos: una santificación completa; oración por el apóstol; lectura de la epístola; la gracia. (23-28).

12 Mas os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que traba-
13 jan entre vosotros y os presiden en el Señor y os amonestan, y
que los estiméis superabundantemente con amor por causa de su
14 obra [11]. Estad en paz entre vosotros [12]. Mas os exhortamos, her-

Cristo por nosotros; mas esta esperanza, a su vez, debe, al mismo tiempo, santificar la vida y apartar toda aprensión y todo temor al pensamiento del regreso de Cristo.

9. El apóstol emplea aquí estas palabras en un sentido muy diferente del v. 6. Vuelve a la idea que ha expresado en los mismos términos en el cap. 6:13-15. *Dormir*, es la imagen de la muerte; *velar*, la de la vida. Su pensamiento es pues: seamos hallados aún vivos a la venida del Señor, o que estemos entre "los que duermen" y que él resucitará, todos nosotros viviremos *a una con él.* Preciosa certidumbre. (4:17, nota).

10. Estas palabras: *exhortaos unos a otros* son las mismas que traducimos (4:18) por "*consolaos* unos a otros", teniendo el término original ambos sentidos. Y no es seguro de que aquí el apóstol no piense igualmente en la consolación potente que los cristianos deben comunicarse mutuamente por la seguridad que tienen de vivir todos juntos con el Señor. Sea lo que fuere, son ciertamente llamados a *exhortarse*, a *consolarse* mutuamente, y así a *edificarse el uno al otro. Edificar*, es hacer cada vez más firme el edificio de la fe, de la esperanza, de la caridad. (Véase sobre el sentido de esa palabra, Rom. 14:19, nota; comp. 1 Cor. 3:9; 10:23; 14:4, 17).

11. Comp. 1 Cor. 16:16, nota. Se concibe fácilmente cuán indispensable es que los ministros de la palabra de Dios sean *estimados* y *amados, por causa de su obra,* obra excelente y santa, que no puede tener éxito más que con esa condición. Mas, por otra parte, Pablo defiende su causa recordando los deberes y renunciamientos que les incumben más bien que reivindicando para ellos honores. En general, la experiencia prueba que los que *trabajan*, que *presiden en el Señor*, que *amonestan*, son considerados y amados de sus rebaños. Los rebaños sin embargo pueden fallar en sus obligaciones y, en este caso, la exhortación del apóstol, o más bien su humilde *ruego* (v. 12) les recuerda su deber.

12. Una variante dice: "entre ellos", o "con ellos", es decir, con *los que presiden.* No es fundada, mas esta exhortación general a conservar la *paz* puede conectarse con lo que precede, pues a menudo la desunión, la turbación en los rebaños, viene de una falta de consideración hacia los pastores y sus amonestaciones.

manos, amonestad a los desordenados, consolar a los desanimados,
15 sostened a los débiles, sed pacientes para con todos [13]. Mirad que
16 nadie retribuya a otro mal por mal, sino siempre perseguid el bien
17 unos para con otros y para con todos [14]. Gozaos siempre [15]. Orad
18 incesantemente [16]. Dad gracias en todo, pues ésta es voluntad de
19 Dios en Cristo Jesús para con vosotros [17]. No apaguéis el Es-
20 píritu [18]. No despreciéis las profecías [19], mas probad todo, retened

13. Se ve que el apóstol recomienda a todos los miembros de la iglesia, y no solamente a sus conductores, el practicar este amor fraternal, lleno al mismo tiempo de fidelidad y de tierna tolerancia. "Es necesaria severidad para detener los desórdenes que vienen de los espíritus agitados e inquietos; mansedumbre para alentar a los que se dejan abatir por sus faltas o por sus escrúpulos; aplicación y caridad para soportar e instruir a los que pecan por defecto de luz y de instrucción". *Quesnel.*

14. Véase sobre este ejercicio de la caridad, que es el deber más importante de la vida cristiana, pero que es difícil para los creyentes mismos, Rom. 12:20, 21, nota.

15. ¿Cómo se puede estar *siempre gozoso?* El apóstol nos lo hace saber en otro lugar (Rom. 12:12; Fil: 2:17, 18; 4:4). "Siempre bajo la cruz, y siempre en el gozo: es una paradoja que el evangelio nos enseña, y que sólo la gracia de Jesucristo puede hacernos comprender y practicar". *Quesnel.*

16. Tal es también el medio de estar siempre gozoso. Por la *oración* el alma se eleva por encima de las cosas visibles que la turban y la entristecen, se refugia en el seno de Dios, y goza de los bienes eternos, fuente de todo gozo (Rom. 12:12; Efes. 6:18; Col. 4:2). *Orar sin cesar* no significa solamente entregarse fielmente a la oración en ciertos momentos que es necesario saber apartar para ello, sino estar *siempre* en comunión con Dios, tener el corazón dirigido hacia él, implorarle en secreto, lo que es posible en medio de la vida más atareada. (Comp. Efes. 6:18; Col. 4:2).

17. Jamás debe el cristiano orar sin *dar gracias* por los beneficios que ha recibido. Nada dispone mejor a la oración que este reconocimiento del corazón. Esta *es la voluntad de Dios en cuanto a nosotros*, y el medio de serle agradable. (Efes. 5:20).

18. La expresión figurada de que se sirve el apóstol viene de que considera el *Espíritu* de Dios como una llama o un fuego susceptible de *apagarse.* Se puede entender de los movimientos del Espíritu Santo en el corazón que son ahogados por la influencia de la carne o del mundo. (Comp. Efes. 4:30). Mas como lo prueba el versículo siguiente, el apóstol piensa más bien en las manifestaciones del Espíritu de Dios en la iglesia, en los dones, que Dios distribuye como quiere. (1 Cor. 14). Se podía apagar los dones del Espíritu no permitiendo su expresión y su apli-

21 lo bueno[20]. Absteneos de toda forma de mal[21]. Y el Dios mismo
22 de la paz os santifique perfectamente, e íntegros vuestro espíritu
23 y vuestra alma y vuestro cuerpo sean guardados irreprochables a
24 la venida del Señor nuestro Jesucristo[22]. Fiel es el que os llama, el

cación en provecho de todos. Se apaga el Espíritu hoy por instituciones de iglesia y de culto que no ofrecen a los miembros vivientes del rebaño ningún medio de hacer valer lo que reciben para la edificación común; se le apaga por formas invariables que no dejan ningún lugar a las manifestaciones infinitamente variadas del soplo divino; se le apaga sobre todo cuando se le traza por medio de ciertas ceremonias reservadas a una sola clase de hombres, un canal por el cual sólo debe venir a animar la iglesia. (Sucesión apostólica, mediación obligada del sacerdote o del pastor). "Es una de las principales causas de la decadencia de nuestra iglesia, observa Gerlach, que la acción de los laicos, la expresión de los dones que han recibido de Dios para la utilidad de todos, no tiene ninguna esfera de actividad que le sea asignada en el rebaño".

19. El apóstol menciona, como ejemplo, uno de los dones del Espíritu que se podía apagar, el don de *profecía* (Rom. 12:6; 1 Cor. 12:10), uno de los más excelentes (1 Cor. 14:5), por el cual Dios comunicaba a la iglesia nuevas luces, revelaciones. (No se trata de las profecías *escritas* de la escritura, que ninguno sería tentado a *despreciar*). Podía acontecer que se tratara ese don con muy poca estima, ora por falta de inteligencia, ora porque el que presidía las asambleas tuviera un cuidado exagerado del *orden*, ora porque se hubieran levantado falsos profetas que desacreditaban ese don en otros. (2 Tes. 2:2; 1 Juan 4:1).

20. Esta exhortación completa y modifica la precedente; los cristianos no debían menospreciar el don de profecía, mas tampoco recibir sin examen todo hombre que pretendía ese don, y toda doctrina que traía. De ahí esta partícula adversativa (*mas*) omitida erróneamente por el texto recibido. De ahí también resulta según el contexto, que estas palabras: *sino probad todo, no deben* tomarse en el sentido universal que se les da ordinariamente; se aplican inmediatamente al *discernimiento de los espíritus*. (1 Cor. 12:10; 1 Juan 4:1). Pablo no establece la razón como juez de la revelación; mas, según la orden de Dios, las operaciones y los dones de su espíritu son diversos, de modo que si los unos tienen misión de hablar en la iglesia, los otros deben "probar los espíritus, para saber si vienen de Dios". Y para esto mismo es necesaria a éstos últimos una medida, una regla, que no es otra que la verdad de Dios, su palabra, la enseñanza apostólica, hecha viva en la experiencia apostólica, hecha viva en la experiencia por el Espíritu Santo. Este doble testimonio es necesario para retener solamente *lo bueno* y rechazar todo el resto.

21. Este precepto completa también el precedente bajo esta forma negativa. "Retener lo bueno", es abstenerse de toda *especie* de mal bajo cualquier *forma* que se presente. Nuestras antiguas versiones traducen: "de toda *apariencia* de mal", mas la voz empleada por el apóstol no tiene ese sentido.

22. A continuación de todas esas exhortaciones que suponen la obra

25 que también lo hará[23]. Hermanos, orad por nosotros[24]. Saludad
26 a los hermanos todos con un santo beso[25]. Os conjuro por el Se-

del hombre trabajando en su propia santificación, Pablo vuelve su pensamiento hacia la obra de Dios; eleva su corazón hacia el *Dios de la paz*, fuente de toda paz. Aquel que la da a sus hijos le pide que cumpla *él mismo* todos esos preceptos, que realice todos esos rasgos de la vida cristiana en las almas de sus lectores. Mucho más, promete, en el nombre del *Dios fiel*, que así será. (Vers. 24). Todos los mandamientos de Dios en efecto, todas las expresiones de su santa voluntad son al mismo tiempo promesas de su parte; pues "él da lo que ordena". (Comp. Filipenses 2: 12, 13).-La santificación que el apóstol desea a sus lectores abarca la tres partes que componen el hombre *entero*: el *espíritu*, el *alma* y el *cuerpo*. (Véase sobre estos términos 1 Cor. 2: 14, nota, y 15: 45, nota). El *espíritu* es *santificado, guardado irreprochable*, cuando es penetrado y conducido por el Espíritu de Dios, que hace reinar en él la luz y la vida divinas; el *alma* es santificada cuando todas las impresiones, los afectos, los deseos de que ella es asiento están bajo el dominio del espíritu, santificado él mismo, y no bajo el imperio de la carne y del mundo. El *cuerpo* es santificado cuando sus apetitos y sus necesidades son elevados y purificados por la influencia respectiva del alma y del espíritu, y cuando sus miembros y todas sus fuerzas sirven de instrumentos al cumplimiento de la voluntad de Dios. En esta jerarquía, el espíritu debe reinar sobre el alma, y el alma sobre el cuerpo. Podría parecer inútil el insistir así sobre la santificación de cada parte del ser humano, puesto que, si el espíritu es santificado, el alma y el cuerpo lo serán también. En efecto, ¿no consiste el pecado en que el espíritu separado de la comunión con Dios para quien era creado, ha caído bajo el dominio de la carne, de donde resultó todo el desorden moral que observamos en la naturaleza humana? Es verdad, y sin embargo la escritura insiste en la santificación del alma y del cuerpo. (Rom. 6: 12-19; 12: 1; 2 Cor. 7: 1), a fin de prevenir el error funesto que ha llevado a tantos hombres a creer que podían servir a Dios con su espíritu, mientras que no atribuían ninguna importancia a que los afectos del alma fueran bien regulados, ni, sobre todo, a que los actos del cuerpo estuvieran bajo la disciplina del espíritu. El hombre es *uno* en sus facultades y sus fuerzas diversas; no puede ser verdaderamente regenerado, y en comunión real con Dios, más que cuando *su ser entero* ha llegado a ser un templo del Espíritu Santo.—En este pasaje también, el apóstol dirige el pensamiento del fiel hacia la *venida de Jesucristo*, a fin de que encuentre en ella un poderoso motivo de avanzar en la santificación. Ser hallado *irreprochable*, no solamente a los ojos de los hombres (1 Cor. 4: 3-5), sino delante de Aquel que sondea los corazones (Rom. 9: 1, nota), tal es el objeto constante de todos los esfuerzos del cristiano.

23. *El que os llama* no significa solamente el que os invita, o que os hace conocer, por el evangelio, el camino de la salud, pues esta voz *llamamiento* designa siempre una acción interna de la gracia que hace eficaz esa vocación. (Véase Rom. 1:

27 ñor que sea leída esta carta a todos los hermanos [26]. La gracia del
28 Señor nuestro Jesucristo sea con vosotros [27].

6, nota). Bien: esta acción divina, cuya realidad ya ha experimentado el creyente en su propia experiencia, es para él el más potente testimonio que Dios continuará hasta el fin su obra en él. El apóstol halla principalmente la garantía de ello en una de las perfecciones de Dios mismo: *es fiel.* inmutable en los designios de su gracia, en su amor eterno: *él lo hará.* (Vers. 24; com. 1 Cor. 1: 7-9; Fil. 1: 6).

24. Comp. Efes. 6: 18, 19.

25. Véase Rom. 16: 16, nota; 1 Cor. 16: 20; 2 Cor. 13: 12. Era costumbre en Oriente que los amigos se saludasen con un beso; de ahí el beso fraternal de los cristianos, un *santo beso,* o "beso de amor". (1 Pedro 5: 14).

26. Se podría ver en estas palabras una sencilla recomendación del apóstol de que su carta sea leída a *todos* los miembros de la iglesia, que ninguno falte cuando se la lea, o que sea comunicada a los que estuvieren ausentes. Tal es la opinión de muchos intérpretes. Mas entonces, ¿por qué este solemne *conjuro por el Señor?* Es necesario, con Calvino, buscar otro motivo de estas palabras. "Temía, o que hombres mal intencionados y envidiosos suprimieran su carta, o que otros, por una falsa sabiduría y una prudencia carnal, no la comunicasen más que a un corto número. Pues hay siempre de esas gentes que niegan que las cosas que ellos mismos reconocen como excelentes sean útiles al vulgo. Así el Espíritu de Dios quiere que lo que él ha producido en esta carta, por el ministerio de Pablo, sea publicado en el seno de toda la iglesia. De donde aparece que son más endurecidos que los demonios los que, en el día de hoy, prohiben al pueblo la lecutra de las epístolas de Pablo, puesto que no son conmovidos por un conjuro tan severo".

27. Comp. 1 Cor. 16: 23; Fil. 4; 23. "¿A qué deben llegar las instrucciones, sino a hacernos desear la gracia para practicarlas?" *Quesnel.*

SEGUNDA EPISTOLA DE PABLO A LOS TESALONICENSES

INTRODUCCION

1. Todo lo que hay que decir como introducción a esta corta epístola, se reduce a las pocas informaciones suministradas por la epístola misma. Así, es evidente que fué escrita poco tiempo después de la primera, a la misma iglesia, durante la residencia de un año y medio que Pablo hizo en Corinto. (Véase la introducción a la primera epístola). En efecto, encontramos al lado del apóstol a sus mismos colaboradores, Silas y Timoteo (1:1; comp. 1 Tes. 1: 1; y Actos 18:5), que, luego después de su partida de Corinto, no aparecen más en su sociedad. (Actos 18:18). Hay también en su epístola (3:2) una alusión probable a las persecuciones de que Pablo fué objeto de parte de los judíos al fin de su residencia en Corinto. (Actos 18:6, 12). El estado espiritual y moral de la iglesia de Tesalónica es tan semejante en las dos cartas, las cuestiones agitadas son a tal punto las mismas, que no puede haber transcurrido largo tiempo de una a otra. Como la situación había quedado idéntica, como las mismas necesidades persistían, y como respecto de ellas, el apóstol había recibido sin duda informaciones nuevas, juzgó necesario escribir por segunda vez a ese rebaño. Resulta de ahí qué objeto tenía al hacerlo. La iglesia, sin duda, había hecho progresos en la fe (1:3), pero a persecución continuaba poniendo esa fe a prueba y podía conmoverla (1:4-7); las instrucciones y consuelos dados por el apóstol, en la primer carta, respecto de los muertos y del próximo regreso de Cristo (1 Tes. 4:13 y sig.; 5:1 ysig.), no habían apaciguado los espíritus a este respecto; algunos hombres inconsiderados continuaban agitándolos anunciando ese regreso como inminente; aun abusaban con este fin del nombre y de la autoridad de Pablo, basándose en una carta

supuesta de su parte (2:1-3); a pesar de las advertencias de la primera epístola (1 Tes. 4:11; 5:14), algunos abandonaban los trabajos de su vocación para vivir en la ociosidad y ocuparse de cosas vanas. (3:6-15). Otros tantos motivos para el apóstol de reiterar con energía sus exhortaciones, desde el momento en que fué informado, probablemente por algún hermano de Tesalónica, del estado de esa iglesia.

2. La autenticidad de esta carta está por encima de toda duda seria. Históricamente reposa sobre los testimonios de la más alta antigüedad. Policarpo, Justino Mártir, Ireneo, Clemente de Alejandría, Tertuliano, Marción la conocían y la citan; se encuentra en las más antiguas versiones y en el canon de Muratori. — En cuanto a la crítica interna, algunos teólogos alemanes de nuestra época, Baur en particular, han creído poder sacar de ella razones de duda, refutadas con frecuencia y a fondo por los comentadores de las escuelas más diversas. Algunos autores recientes, es verdad, acogen con menor unanimidad la segunda epístola que la primera. Mas sus objeciones son insuficientes para conmover la autenticidad de nuestra carta.

3. Se puede resumir como sigue el contenido de este escrito apostólico:

I. El apóstol expresa su gozo y su gratitud a Dios de que los Tesalonicenses han quedado firmes en la fe y han hecho progresos en la caridad, a pesar de las persecuciones (1:1-4); los consuela por el pensamiento del justo juicio de Dios que les acordará el reposo en la venida del Señor y herirá con ruina eterna a los que los oprimen (v. 5-10); pide a Dios que los haga cada vez más dignos de su vocación. (Vers. 11, 12).

II. Para calmar los espíritus, da una instrucción sobre el regreso del Señor, y sobre la revelación del "misterio de iniquidad" y de "el hombre de pecado", que debe preceder ese regreso (2: 1-12); luego, recuerda a sus lectores, con acciones de gracias a Dios, su elección, su vocación, por las cuales los exhorta y consuela. (Vers. 13-17).

III. Pablo pide a sus hermanos el auxilio de sus oraciones y expresa su confianza en ellas (3:1-5); les dirige una seria exhortación a apartarse de los que viven en la ociosidad, y a trabajar, siguiendo el ejemplo que él les dió (v. 6-15); termina por salutaciones y votos. (Vers. 16-18).

SEGUNDA EPISTOLA DE PABLO A LOS TESALONICENSES

CAPITULO I

I. *Después del saludo apostólico, Pablo da gracias a Dios por el estado espiritual de la iglesia, a pesar de la persecución, 1-5.* — II. *Denuncia luego el justo juicio de Dios sobre los adversarios, por el regreso de Cristo en la consumación de su reino. 6-10.* — III. *Ruega a Dios que haga a sus lectores dignos de su elevada vocación, 11-12.*

I. 1-5. ACCIONES DE GRACIAS POR EL ESTADO ESPIRITUAL DE LA IGLESIA.— 1º Firma, dirección voto apostólico. 1, 2). — 2º El apóstol se siente impelido a bendecir a Dios continuamente por causa de los grandes progresos de sus hermanos en la fe y en el amor; puede jactarse de la perseverancia de ellos en el seno de las persecuciones. (3-5).

1 Pablo y Silvano y Timoteo [1], a la iglesia de los Tesalonicenses
2 en Dios Padre nuestro y en el Señor Jesucristo [2]: ¡Gracia a vosotros y paz de parte de Dios Padre y del Señor Jesucristo [3]!
3 Debemos dar gracias a Dios siempre por vosotros, hermanos, como es justo [4], porque crece excesivamente vuestra fe y abunda
4 el amor de cada uno de todos vosotros unos para con otros [5], de modo que nosotros mismos nos jactamos de vosotros en las iglesias de Dios por vuestra perseverancia y vuestra fe en todas vues-
5 tras persecuciones y en las tribulaciones que soportáis [6], prueba

1. Comp. 1 Tes. 1: 1, nota 1.
2. Comp. 1 Tes. 1: 1, nota 2.
3. Comp. Rom. 1: 7 nota.
4. Gr. "Digno". El precio infinito de las gracias de Dios es tan *digno* de nuestro reconocimiento, que *debemos* expresárselo sin cesar. Por esto el apóstol lo hace *siempre*, como lo atestan todas sus epistolas (1 Cor. 1: 4; Fil. 1: 3; Col. 1: 3).
5. Comp. 1 Tes. 1: 3, 4; 4:9, 10.
6. En su primera epístola (1: 8), el apóstol había dicho que esta *fe* de los Tesalonicenses era conocida en todo lugar, mas, por modestia, no había hecho ningún rodeo hacia sí

del justo juicio de Dios[7] para que seáis juzgados dignos del reino de Dios, por el que también padecéis[8],

---

II. 6-10. El justo juicio de Dios al regreso de Cristo. — 1º Este juicio es justo, ora respecto de los perseguidores, ora para dar reposo a los perseguidos; tendrá lugar cuando el Señor venga en su gloria, terrible para los rebeldes. (6-8). — 2º Su castigo será una ruina eterna, mientras que él será glorificado, admirado en los que creyeron. (9, 10).

6 si en verdad es justo ante Dios retribuir a los que atribulan tri-
7 bulación, y a vosotros los atribulados reposo con nosotros[9], en la
revelación del Señor Jesús del cielo con los ángeles de su poten-
8 cia[10] en llama de fuego[11], dando venganza contra los que no co-

mismo. Aquí, dice: *nosotros mismos* podemos *jactarnos en las iglesias de Dios* a causa de la *perseverancia* de esa *fe*. ¡Poderoso estímulo para sus lectores!

7. El apóstol ve en la *persecución* de los hijos de Dios una *prueba* cierta (una *demostración*, un *presagio*) del *justo juicio de Dios*, a causa del endurecimiento que eso supone en los adversarios (comp. Luc. 23: 31, nota), y porque es imposible que no haga Dios cesar tal desorden moral. (Vers. 6). "Los padecimiento que los hombres piadosos soportan de parte de los malos nos muestran claramente que Dios será el juez del mundo. Es esta precisamente la inversa de la opinión profana que concebimos cuando vemos los justos desdichados y los malos dichosos. Deducimos de ello que el mundo gira a la fortuna, y no vemos ya el gobierno de Dios. Así oímos a un poeta pagano exclamar: Tentado estoy a creer que no hay Dios. Y el salmista mismo nos dice que casi han deslizado sus pies cuando consideró ese desorden del mundo visible. (Sal. 73: 2). Mas Pablo saca una consecuencia enteramente opuesta; viendo que Dios es indulgente con los impíos por un tiempo, más seguro aun está del justo juicio que les espera". *Calvino.* Otros ven en la *perseverancia* y en la *fe* con que los Tesalonicenses soportan la persecución la *prueba del justo juicio de Dios*. Esta perseverancia y esta fe no podrían ser defraudadas; demuestran y presagian a los perseguidores, garantizan a los perseguidos mismos, que el juicio de Dios vendrá a establecer el orden y asegurar el triunfo del bien.

8. Estas últimas palabras completan el pensamiento del v. 4: Serán *juzgados dignos del reino de Dios* a causa de la perseverancia de su fe en medio de sus *padecimientos* por Cristo. "El que perseverare hasta el fin será salvado". Otros refieren estas palabras a las que inmediatamente preceden: *justo juicio* que tendrá lugar *para que seáis juzgados dignos*...

9. Véase 5, nota. Véase también la declaración del Señor. Luc. 18: 7.—El apóstol suspira por sí mismo (*con nosotros*) por este *reposo*, o *alivio* (2 Cor. 7: 5; comp. Actos 3: 20), que recuerda a sus hermanos para sostener su ánimo.

10. Comp. 1 Tes. 4: 16, nota y Mat. 25: 31.

11. El texto recibido dice: "En

nocen a Dios y contra los que no obedecen al evangelio del Señor
9 nuestro Jesús[12]; los cuales sufrirán castigo, destrucción eterna[13]
10 lejos del rostro del Señor y de la gloria de su fuerza[14] cuando
venga para ser glorificado en sus santos y admirado en todos los
que creyeron, — porque fué creído nuestro testimonio a vosotros, — en aquel día[15].

fuego de llama". Esta expresión debe unirse a lo que precede: "El Señor vendrá con los ángeles de su potencia" *en llama de fuego*. El fuego es la señal de la presencia de Dios (Ex. 3: 2); es también la *figura de un terrible castigo de Dios* (Luc. 16: 26; Hebr. 10: 27), el elemento por el cual el mundo actual debe perecer. (2 Pedro 3: 7-10).

12. Cuando el hombre *no conoce a Dios* es siempre una señal de su impiedad (Rom. 1: 18-20); mas aquí se trata de seres que han tenido toda ocasión de conocerle, puesto que *no obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo* que les ha sido anunciado y que han desechado.

13. La palabra que traducimos aquí por *perdición* o *destrucción* solamente reaparece en los pasajes siguientes: 1 Cor. 5: 5; 1 Tes. 5: 3; 1 Tim. 6: 9, siempre en asociaciones de ideas que indican, no solamente una ruina *eterna* (Como aquí), irrevocable, sino quizás la cesación de la existencia. La etimología pues de esa palabra es un verbo que significaba *hacer perecer!*

14. La preposición griega que traducimos por *lejos de* tiene también el sentido de *por;* en este último caso el apóstol querría decir que los reprobados sufrirán su pena *por* la presencia del Señor, *por la gloria de su fuerza*, en cuanto esta temible presencia bastará para hundirlos en la ruina y hará su desesperación. Si se adopta el primer sentido, su pensamiento sería que sufrirán esa pena, esa ruina *lejos de* la faz del Señor, que serán para siempre privados de su presencia, y que en eso mismo consistirá su castigo. *La gloria de su fuerza* es esa potencia vivificante agente de nuestra transformación (Fil. 3: 21), de la que no podemos ser separados sin morir.

15. El discurso del apóstol se eleva hasta el tono solemne de la profecía y reviste la forma poética del paralelismo: *ser glorificado, ser admirado*, expresa la misma idea, como *sus santos* y los *creyentes* designan las mismas personas. Y, de esas alturas, el pensamiento del apóstol vuelve a sus hermanos de Tesalónica: les asegura, en un paréntesis, que estas perspectivas de gloria y de dicha son también para ellos, puesto que *han creido* a su *testimonio*. *En aquel día* la gloria de Cristo será manifestada al mundo, que la reconocerá en los santos, a los cuales el Salvador la habrá comunicado. Hasta entonces "su vida está escondida con Cristo en Dios" (Col. 3: 3); entonces Cristo será glorificado en ellos. "Cuando lo que falta a los padecimientos de Cristo fuere cumplido en sus elegidos, él cumplirá también en ellos lo que falta a su propia gloria. En aquel día la obscuridad de la fe se cambiará en evidencia; hatsa entonces hay que servir a Dios por su palabra". *Quesnel.*

III. 11-12. ORACIÓN DEL APÓSTOL. — 1º En presencia de estas grandes perspectivas del día de Cristo, el apóstol pide constantemente a Dios que sus hermanos sean juzgados dignos de su vocación, por el perfeccionamiento de su fe y de su vida. (11). — 2º ¡Qué el nombre del Señor sea glorificado en ellos y ellos en él, por la gracia de Dios! (12).

11 Para lo cual también [16] oramos siempre por vosotros, para
que nuestro Dios os juzgue dignos de la vocación [17] y cumpla toda
12 benevolencia de bondad y obra de fe con potencia [18], para que sea
glorificado el nombre del Señor nuestro Jesús en vosotros, y vosotros en él, según la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo [19].

16. *Para lo cual también*, a fin de que por vuestra fe, tengáis parte en esa gloria futura (v. 10), *oro yo continuamente por vosotros.*

17. ¿Cómo puede el apóstol orar "a fin de que Dios los *juzgue* dignos de la vocación", cuando esta vocación es un hecho consumado? (1 Tes. 5: 24; comp. 2 Tes. 1: 10). Para escapar a esta dificultad algunos han traducido: "os *haga* dignos"; mas el verbo griego no tiene jamás ese sentido. Es necesario admitir que "vocación" significa: "el *fin* de la vocación", la gloria celestial, como en Col. 1: 5 "la esperanza" designa "el objeto esperado", la vida eterna.

18. Gr. "y que cumpla toda benevolencia de bondad, y la obra de fe, con potencia". Esta última palabra invoca la *potencia de* Dios para cumplir lo que Pablo pide. En cuanto a estos términos: *toda benevolencia de bondad*, pueden indicar la benevolencia y la bondad *de Dios*, o una virtud cristiana de que desea el apóstol sean llenados sus lectores. En este caso hay que entender una benevolencia, un amor por todo lo que es bueno. Este último sentido parece más en armonía con el segundo objeto de la oración de Pablo: la *obra de la fe.* (Véase sobre esta expresión, 1 Tes. 1: 3, nota).

19. El *nombre* (es decir, toda la persona y todas las perfecciones) *de nuestros señor Jesús* es *glorificado en nosotros* cuando reflejamos en todo nuestro ser la imagen de este Salvador que nos ha libertado por su muerte, santificado por su Espíritu, penetrado con su amor; y *nosotros* seremos *glorificados en él* cuando él nos hubiere dado parte en todas las prerrogativas que él posee como Hijo único de Dios. (Vers. 10, nota; Juan 17: 22-24).—Todo esto sólo puede tener lugar *según la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo.*

CAPITULO II

I. *Antes del regreso de Cristo debe tener lugar la grande apostasía por la revelación del hombre de pecado y del misterio de iniquidad, 1-12.* — II. *Acciones de gracias, exhortación y voto del apóstol por la iglesia, 13-17.*

I. 1-12. EL REGRESO DE CRISTO NO ES INMINENTE; EL HOMBRE DE PECADO DEBE APARECER ANTES. — 1º Pablo ruega a sus lectores no dejarse turbar, como si el día del Señor estuviera a punto de aparecer, pues es necesario que antes tenga lugar la apostasía y que el hombre de pecado, el adversario sentado en el templo de Dios, sea revelado. (1-4). — 2º Pablo ya los advirtió de ello, y ellos saben lo que hace demorar ese momento; el misterio de iniquidad está ya en acción, y cuando el que lo retiene sea quitado, entonces será manifestado el inicuo, al cual el Señor destruirá por el soplo de su boca. (5-8). — 3º Los caracteres por los cuales se reconocerá ese inicuo son: una potencia satánica, falsos milagros, el engaño; pero no arrastrará sino a los que perecen, porque no tienen el amor de la verdad. (9, 10). — 4º Dios mismo les envía, a causa de esto, un espíritu de error, para que los que prefieren la mentira a la verdad sean juzgados. (11,12).

1 Mas os rogamos, hermanos, sobre la venida del Señor nues-
2 tro Jesucristo y nuestra reunión con él [1], para que no seáis pronto
conmovidos de vuestro entendimiento [2] ni turbados, ni por espíritu [3] ni por palabra ni por carta como de nosotros [4], como que

1. Esta *reunión* eterna de todos los redimidos en Cristo *con él* (1: 10; 1 Tes. 4: 17; comp. Mat. 24: 31) ha sido ya objeto de una instrucción del apóstol en la primera epístola. (4: 13 y sig.; 5: 1 y sig.) Pablo vuelve a este tema y se esfuerza en completar su enseñanza por declaraciones proféticas sobre el porvenir de la iglesia de Cristo. Parece que esto se había hecho necesario por obra de algunos hombres mal iluminados o temerarios que sobre este punto turbaban las almas. (2: 3).

2. Unos comprenden por *entendimiento* el sentimiento, el pensamiento de los Tesalonicenses, su manera de encarar la cuestión a consecuencia de las instrucciones del apóstol antes que se les hubiera *conmovido.* Otros, con más razón, toman esta palabra en su sentido natural, como facultad de alma: "No os dejéis llevar lejos de vuestra razón, de vuestro buen sentido". (Comp. v. 3).

3. Gr. "espíritu", es decir por algún miembro de la iglesia hablando o pretendiendo hablar bajo la inspiración del Espíritu Santo; tener el don de profecía, por ejemplo. Todas esas manifestaciones particulares, Pablo lo repite a menudo, no debían ser recibidas con una confianza ciega, sino ser cuidadosamente probadas según la enseñanza apostólica y por el Espíritu de Dios

3 está presente el día del Señor [5]. Nadie os engañe en ninguna
manera, porque si no viniere la apostasía [6] primero y fuere reve-
4 lado el hombre del pecado, el hijo de la perdición, el que se opone

mismo que obra en el seno de la iglesia entera. (1 Cor. 14: 32, 37; 1 Tes. 5: 20, 21, nota; comp. 1 Juan 4: 1).

4. Pablo sabía, parece, que se había hecho circular en la iglesia alguna *carta* que se le atribuía; sin esto, no se comprendería que hubiera tenido el pensamiento de dar esta advertencia. Esa carta era probablemente anónima; si su autor la hubiera firmado falsamente con el nombre del apóstol, éste protestaría con mayor energía. En nuestra epístola, Pablo toma sus precauciones para que semejante error no pueda reproducirse (3:17). Esta palabra *de nuestra parte* (Gr. "como de nosotros") puede referirse tanto a la *palabra* como a la *carta*, una y otra falsamente atribuídas a Pablo. Mas *una palabra* puede designar también algún discurso falaz de algún miembro de la iglesia.

5. No se debe traducir: "estuviera cerca", pues todas las enseñanzas del Nuevo Testamento, tanto de Jesucristo como de sus apóstoles, anuncian como cercano el *día del Señor*, es decir su segunda venida para el juicio del mundo y el establecimiento final de su reino (1 Tes. 5:2, nota; 4:15, nota). De ese *día* habla Pablo aquí; pero se *turbaba* a los espíritus en Tesalónica queriendo levantar temerariamente el velo que el Salvador, *intencionalmente*, había dejado sobre la época de su regreso, se fijaba esa época por vanos cálculos, se decía: "el día de Cristo *ahí está*", y se abandonaba los deberes diarios de su vocación, para vivir de modo contrario a todo buen orden (3:6 y sig.). Este es el tema de las instrucciones que siguen.

6. Aunque esta palabra significa, en la lengua original, toda defección de un partido político, y su sentido religioso sea secundario, es evidente, según el conjunto de esta profecía (v. 3:12), que indica aquí una infidelidad o una rebelión moral contra Dios y la verdad de Dios.

7. Gr. "que es dios". El texto recibido dice: "sentarse, *como Dios*, en el templo de Dios". Las dos palabras en bastardilla no son auténticas. Con toda la escritura (comp. sobre todo Mat. 24; 1 Tim. 4:1 y sig.; 1 Juan 4:1 y sig.; Apoc. 13 y 17), Pablo anuncia que el reino de Dios sobre la tierra, la iglesia de Jesucristo en particular, no alcanzarán la perfección que les es prometida por un pacífico desarrollo en el seno de nuestra humanidad caída, sino que el regreso de Cristo (v. 2) será precedido de un tiempo temible de oposición y de apostasía. Por esta apostasía, no se puede entender alguna defección o revuelta universal en el mundo y fuera de la iglesia (Vers. 3, nota). Por lo menos estamos forzados a admitir que el que será su jefe tendrá la pretensión de substituirse a toda otra autoridad, a la de *Dios mismo* (Vers. 4). Ese *santuario de Dios* al cual irá a *sentarse* para establecer su dominio, no puede ser el tempo de Jerusalén, que existía, sí, aún cuando Pablo escribía, pero que estaba lejos de tener para él la importancia que atribuye a esta sede de la defección, y mucho menos aun para los paga-

y se exalta contra todo lo que es llamado "dios" u objeto de ado-
ración, al punto de sentarse él en el santuario de Dios declarán-
5 dose dios [7]... ¿No os acordáis que estando aún con vosotros os

nos convertidos a los cuales dirige esta instrucción. Tiene en vista el templo espiritual, la casa de Dios en espíritu, la iglesia (Comp. 1 Cor. 3: 16; 2 Cor. 5:16; Efes. 2:21; 1 Pedro 2:5). Esta apostasía será pues en la iglesia, y tendrá un jefe, que Pablo nombra el *hombre del pecado, el hijo de la perdición*. No se puede generalizar estos términos para ver en ellos sólo la apostasía misma, por decirlo así, personificada. Los nombres dados al *hombre* de pecado, la acción que se le atribuye, muestran que Pablo entiende designar una persona, un individuo en el cual vendrá a encarnarse la malignidad, la rebelión contra Dios, "el misterio de la iniquidad" (Vers. 7). Y esto está completamente conforme con la experiencia, constantemente renovada en la historia, las tendencias de un siglo alcanzan siempre su punto culminante en un hombre que ellas han producido, que es su *hijo;* mas él, a su vez, las expresa, las representa, las domina, para hacer de ellas el pasto de su egoísmo, el pedestal de su orgullo. Hasta aquí, todo es simple y fácil en la interpretación de esta profecía. Mas, *¿quién* es el personaje histórico en el cual será cumplida? Sobre esta cuestión difícil las ideas se dividen al infinito. Es necesario observar, **ante todo**, que toda interpretación que coloque el cumplimiento único y absoluto *en el pasado* no puede ser verdadera, puesto que el jefe de la apostasía, el "inicuo", subsistirá aún a la venida del Señor, quien le "destruirá por el soplo de su boca". (Vers. 8). Así son apartadas **las aplicaciones** a la rebelión de los judíos contra los romanos, al imperio romano mismo o a tal de sus emperadores, como también a Mahoma, etc. Se ha buscado en otra parte y en la iglesia el cumplimiento de esta profecía. Desde la edad media, los hombres serios que hacían oposición a la supremacía de la iglesia de Roma y vieron en el papa mismo el Anticristo aquí predicho, y esta opinión se extendió en el siglo XVI en las iglesias de la Reforma. La apostasía de la verdadera fe, entonces tan general en la iglesia romana; el abandono completo de las santas escrituras, obstinadamente substraídas al conocimiento del pueblo; el arbitrio imperioso con el cual el papa substituía su autoridad a la de la palabra de Dios, sus decretos a las voluntades de Dios reveladas en esa palabra; su pretensión de dominar como 'representante de Dios" y como "Dios sobre la tierra", no solamente sobre la cristiandad entera, sino sobre todos los reinos del mundo, cuyos príncipes debían recibir de él sólo su poder; la costumbre establecida de que el papa se sienta sobre el altar, cuando es entronizado, y que sus cardenales que le rodean se prosternan delante de él; los "milagros de mentira" (v. 9), a los cuales ha recurrido la iglesia romana para afirmar su autoridad; todo esto, y tantos otros rasgos aun, podía ciertamente dar a los reformadores el pensamiento de que el misterio de iniquidad estaba cumplido, y se comprende que no buscaran ya a nuestra profecía otra interpretación. Hoy sin embargo, muchos exce-

6 decía esto[8]. Y ahora conocéis lo que retiene[9], para que sea re-
7 velado en su propio tiempo. En efecto, el misterio de la iniqui-

lentes exégetas, sin declarar falsa esa aplicación, la encuentran demasiado absoluta y demasiado exclusiva. Objetan que el misterio de iniquidad "obraba ya" (v. 7) cuando el apóstol escribía, lo que no puede entenderse de la iglesia de Roma que estaba apenas fundada, si lo estaba siquiera; que la señal principal del Anticristo es la de negar el Padre y el Hijo (1 Juan 2:22), mientras que la iglesia de Roma los confiesa; que "el hombre del pecado" no puede ser un cargo, como la dignidad papal, ni una sucesión de hombres sino un hombre, etc. Por estas razones, los mismos intérpretes, sin negar que el papismo haya sido "la más espantosa manifestación de la potencia del Anticristo en la iglesia cristiana", dirigen más lejos sus miradas para descubrir la realización final, según ellos, de la profecía de Pablo. "En los tiempos mismos de su más profundo decaimiento, dice Gerlach, el papado llenaba la cristiandad de una falsa adoración de Dios, no se elevaba por sobre toda adoración, mientras que en nuestros días verdaderamente se ha empezado a celebrar un culto cuyo único dios y único objeto de adoración es la humanidad. Un gran número esperan que la iglesia cristiana, absorbida por el estado, se resolverá completamente en los reinos de la tierra. Todas estas tendencias preparan los caminos a la plena revelación del hombre del pecado". "Los ataques contra los fundamentos de la fe cristiana, que tienen un alcance más extenso y más profundo que jamás antes, y son acogidos por los aplausos de una multitud cuyo entendimiento cegó el dios de este siglo, son también señales de la manifestación del Anticristo tales como el papismo, en su mayor potencia, jamás los ha presentado. Ahora, no falta más que una cosa; que esas potencias de iniquidad se unan; que un hombre bastante bien dotado y bastante hábil para apoderarse de ellas, aparezca, que la multitud ciega le proclame el representante del espíritu del siglo, y el acontecimiento predicho será cumplido". ¿Qué hay que inferir de esas concepciones diversas? Que todas tienen su parte de verdad; que la profecía del apóstol tiene, como toda profecía, su cumplimiento gradual; que hay muchos anticristos (1 Juan 2: 18) y fuerzas infinitamente diversas que les pertenecen; que el último, el más poderoso de todos, reunirá todas esas fuerzas bajo su dominio antes de ser "destruído por el Señor y por su advenimiento". Lo que será, bajo qué formas y por qué medios realizará su potencia, son cuestiones a las que hay que saber responder: *Yo no sé.* Mas lo que importa es recoger la advertencia sin cesar repetida por el Salvador cuando echaba una mirada profética sobre el porvenir: *¡Velad!*

8. Así, ya al predicar el evangelio en Tesalónica, el apóstol había dado instrucciones relativas al porvenir. ¿Lo había hecho basándose en profecías del Antiguo Testamento, y en particular en Dan. 11: 36 y sig. donde había podido hallar, en una predicción relativa a Antíoco el ilustre, el profanador del templo de Jerusalén, un prototipo de Anticristo? Hemos hecho notar en la nota precedente, que no se podrá identificar el *templo de Dios* con el templo de Jerusalén. Sin embargo muchos intérpretes de nuestro pasaje creen ver

dad obra ya[10]; sólo el que retiene ahora [lo hará] hasta que sea
8 quitado de en medio[11]. Y entonces será revelado el inicuo[12], al
que el Señor consumirá con el soplo de su boca y aniquilará con
9 la aparición de su venida[13]; [el inicuo] cuya venida es según la

en él una alusión a esa profecía, cuyo último y completo cumplimiento sería aún reservado al porvenir.

9. Gr. "Lo que retiene" o "lo que hace obstáculo al advenimiento del Anticristo". Los Tesalonicenses lo *sabían*, porque el apóstol se lo había dicho; nosotros no lo sabemos. La exégesis no tiene absolutamente más que conjeturas sobre este punto de nuestra profecía. Los padres de la iglesia pensaban que el apóstol tenía en vista el imperio romano o el jefe de ese estado, y se explicaban así por qué Pablo emplea primero un nombre neutro (LO *que retiene*), luego un masculino (EL que retiene, v. 7). En la edad media, la lucha de los emperadores contra el papado confirmaba esa opinión, y hoy aún muchos intérpretes la adoptan; estiman que *el que retiene*, es el poder del estado, ora continúen viendo el Anticristo en el papismo, ora lo busquen en alguna manifestación futura de la potencia de las tinieblas. "Cuando este último apoyo del orden y de la moral pública hubiere desaparecido, dicen, cuando algún dominador del espíritu del siglo, habiendo llegado al poder, se sirva de las armas de la autoridad para alcanzar su propósito, entonces todo lo que retiene aún al hombre de pecado será quitado, y la profecía del apóstol será cumplida". Calvino entiende por *lo que retiene* el consejo de Dios, que quiere que antes del triunfo momentáneo del Anticristo el evangelio sea anunciado a todas las naciones. Esta interpretación sería admisible y aun muy hermosa, si no se tratara más que de *lo* que retiene; mas *el* que retiene (v. 7) sería Dios mismo; no se puede admitirlo, puesto que ese obstáculo debe ser "quitado del medio". (Vers. 7).

10. Pablo, como Juan (1 Juan 2: 18, 19), ve en los errores e impurezas que se deslizaban entonces ya en el seno de las iglesias el comienzo de la acción del Anticristo. (Comp. v. 2, última nota; 1 Tes. 4: 15, nota). Nombra ese mal un *misterio*, porque está *oculto* en las profundidades del mundo moral. como el bien que está oculto en Dios y en el corazón de los fieles se llama el "misterio de piedad". Por esto la manifestación de ese misterio de iniquidad será una *revelación*. (Vers. 3-6). Entonces aparecerá en su repugnante potencia la *iniquidad* o la *ilegalidad*, que comprende todo lo que es opuesto a la *ley* de Dios.

11. Sacado, que cese de obstaculizar. Esta última palabra se opone sobre todo a la opinión de Calvino antes citada. Pues aun si se pretendiera que significa solamente que Dios cesará de retener la manifestación del mal, él mismo no puede ser *quitado*, *sacado*, desaparecer, cesar de reinar.

12. Es decir "el que es sin ley", porque se levanta por encima de todas las leyes divinas y humanas (v. 4), pretendiendo ser él mismo la ley soberana de la humanidad.

13. Estas palabras el *soplo de su boca* (tomadas de Isaías 11:4) significan su palabra hecha omnipotente por su Espíritu. *(Soplo y espíritu* se expresan por la misma palabra

10 operación de Satanás, con toda potencia y señales y prodigios de
mentira [14], y con todo engaño de injusticia para los que perecen,
11 por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salva-
12 dos [15]. Y por esto les envía Dios operación de error para que
crean la mentira, para que sean juzgados todos los que no creye-
ron la verdad sino que se agradaron en la injusticia [16].

II. 13-17. Acciones de gracias y oración del apóstol. — 1º Considerando este porvenir temible, el apóstol da gracias a Dios por sus hermanos, de que Dios los ha elegido para la salvación y llamado a la posesión de su gloria. 13, 14). — 2º Resulta de ello para ellos la obligación de permanecer firmes y retener las enseñanzas del apóstol. Que su Salvador y su Dios, que los ha amado y les ha dado una esperanza eterna, consuele y confirme el corazón y la vida de ellos. (15-17).

13 Mas nosotros debemos dar gracias a Dios siempre por vos-
otros, hermanos amados por el Señor, de que os escogió Dios

en hebreo y en griego). Mas la acción de esta palabra que destruirá el inicuo, coincide con el glorioso regreso de Cristo para el juicio del mundo; y bastará *su advenimiento* (Gr. "la aparición de su presencia") para *aniquilar* toda la potencia del adversario. ¡Este es el consuelo de la Iglesia!

14. No se trata solamente de *falsos* milagros, de relatos legendarios y apócrifos arrojados a la superstición de la muchedumbre ignorante, sino también de actos reales de *potencia,* de *señales,* de *prodigios* realizados por la *eficacia de Satanás.* (Comp. Mat. 24: 24). La *mentira* consiste precisamente en que, mientras esas señales dan al malo la autoridad de un enviado de Dios, proceden del príncipe de las tinieblas, y contribuyen a sumergir aun más profundamente a los que ellas engañan en el abismo de error donde ya estaban. (Vers. 10, 11).

15. El *engaño de la injusticia* toma presa en *los que perecen* en su endurecimiento, en ellos solos, y la razón de ello es *que no recibieron* (aceptaron) *el amor de la verdad para ser salvados.* La *verdad* divina *salva* a los que la *aman,* como la mentira pierde a los que a ella se entregan, porque ambas inclinaciones constituyen todo un estado de alma. (Vers. 12). El amor de la verdad, ese estado de alma que nos dispone a acogerla, no es natural; debemos *recibirlo* de Dios que crea en nosotros un corazón nuevo. (2 Cor. 3: 14, 15; Efes. 3:16-19).

16. Estos tres versículos (10-12) encierran todos los misterios de la perdición. Esos hombres, de que habla el apóstol, habiendo preferido la *mentira* a la *verdad,* habiendo *tomado placer en la injusticia,* caen bajo un *juicio* de Dios que consiste no solamente en *permitir* que crean en la mentira, sino en *enviarles una eficacia de error,* un espíritu de ceguedad, para que crean en ella cada vez más. (Comp. Rom. 1:24, nota, 26-28). ¡Juicio tanto más terrible cuanto que no se lo siente, cuanto que hasta de él se jactan!

desde el principio para salvación en la santificación del Espíritu
14 y la fe de la verdad, a lo que también os llamó por nuestro evan-
gelio, para obtención de la gloria del Señor nuestro Jesucristo [17].
15 Luego pues, hermanos, estad firmes, y retened las instrucciones [18]
16 que aprendisteis, ora por palabra, ora por carta nuestra [19]. Y el
Señor nuestro Jesucristo mismo, y Dios nuestro Padre, que nos
amó y nos dió consolación eterna y buena esperanza por gracia,
17 consuele vuestros corazones y los afirme en toda obra y palabra
buena [20].

17. Esta mirada profética que el apóstol acaba de dirigir al porvenir, y en particular al temible juicio de Dios (v. 10-12), le hace sentir la necesidad de confortar a los fieles, dándoles el hermoso y dulce título de *amados del Señor,* recordándoles sobre qué fundamento descansa su salvación, exhortándolos a permanecer firmes en ella, y por último, haciendo votos ardientes para que Dios mismo los consuele y los fortalezca (Vers. 13-17). Es así como, a la vista de los estragos hechos por la potencia de las tinieblas, el hijo de Dios, conociendo su debilidad, se siente impelido a refugiarse en los brazos de su Dios Salvador. En presencia del peligro el apóstol *da gracias a Dios* de que ha preservado de él a los cristianos de Tesalónica: 1º por su *elección para la salvación desde el principio* (Comp. Efes. 1:4; 3:9-11); 2º por la obra del *Espíritu Santo* en ellos; 3º por la *fe* que les ha dado *en la verdad,* mientras que tantos otros creen la mentira (v. 9-11); 4º por la *vocación* eficaz que les ha dirigido *en el evangelio* (1: 11; 1 Tes. 5:24, nota), y cuyo último fin será la *obtención de la gloria de Jesucristo,* que él compartirá con todos sus redimidos, como su Hermano mayor. (Juan 17:22).

18. Gr. "Las tradiciones". (Véase sobre esta palabra 1 Cor. 11:2, nota). Ora por esta palabra, ora por el verbo de ella derivado (1 Cor. 11: 23), el apóstol entiende las enseñanzas o las verdades que ha *trasmitido* a las iglesias por la predicación del evangelio. (Véase la nota siguiente).

19. *Por nuestra palabra,* cuando estaba en Tesalónica; *por nuestra carta* es decir por la primera epístola. Esta sencilla observación del apóstol puede servir a refutar dos errores opuestos: el uno que consiste en no atribuir la misma autoridad a la *palabra* de los apóstoles que a sus *escritos;* el otro que pretende, hoy aún, deber completar los *escritos* apostólicos por *tradiciones* orales que en ninguna parte existen ya. El primero de esos errores viene de una idea falsa de la inspiración; el segundo es un medio hábil de substituir la autoridad de una iglesia a la de la palabra de Dios.

20. Estas dulces palabras de *consuelo* y de *esperanza,* este voto por la *confirmación* de los cristianos de Tesalónica, debían penetrar en sus corazones como un rocío refrescante, después de las impresiones de temor y de tristeza que sin duda habían recibido de la profecía que acababan de leer. (Vers. 3-12; comp. v.

14, nota). Hay un magnífico testimonio de la divinidad de *Jesucristo* en esta invocación que se dirige a él, como a *Dios el Padre,* y que le atribuye, como a Dios, el poder divino de obrar en el corazón de los fieles y de operar allí todas las gracias que Pablo pide aquí. (Comp. 1 Tes. 3, 13, nota). El *amor* eterno de Dios en Cristo, su *gracia* que nos reveló en él, tal es el único fundamento de una verdadera y permanente *consolación,* no menos que de una *buena esperanza.* Y cada experiencia nueva que el cristiano hace de esta gracia, es al mismo tiempo para él un medio de *confirmación,* y una prenda de que la obra de Dios en él será consumada hasta la perfección. En efecto, *toda buena obra y toda buena palabra* constituyen la vida cristiana entera. Erróneamente Calvino y otros restringen esta voz *palabra* a la doctrina; erróneamente también el texto recibido invierte el orden de estos dos términos.

CAPITULO III

I. *Pablo pide a sus hermanos que oren por él y obedezcan sus consejos, 1-5.* II. *Les recomienda una vida de trabajo y buen orden, 6-15.* — III. *Termina por salutaciones y votos, 16-18.*

I. 1-5. Orad por nosotros. El Señor os afirmará. — 1º Pablo pide a sus hermanos que oren por el éxito de su ministerio y para que sea libertado de los adversarios. (1, 2). — 2º El mismo espera de la fidelidad del Señor la confirmación de ellos, su liberación del mal, su obediencia a sus órdenes; el Señor les dará amor y paciencia. (3-5).

1 Por lo demás orad, hermanos, por nosotros, para que la pa-
labra del Señor corra y sea glorificada [1] conforme lo es también
2 entre vosotros, y para que seamos libertados de los hombres im-
3 portunos y malos [2], pues no es de todos la fe [3], mas fiel es el Se-

1. A fin de que la Palabra del Señor *corra* y sea glorificada, es decir que esa palabra se extienda por la predicación del evangelio y se manifieste con la *gloriosa* potencia que le es propia. Pablo espera este efecto de las *oraciones* de sus *hermanos*: he ahí lo que los cristianos olvidan demasiado (1 Tes. 5:25).

2. Perseguidores, que querían impedir esta acción potente de la palabra divina que anunciaba el apóstol (véase la introd. y 1:6 y sig.); quizá también hombres que turbaban la iglesia de Tesalónica respecto del próximo regreso de Cristo. (2:2, 3).

3. La fe no es de todos, no es un don que todos hayan recibido, una disposición del corazón que se encuentre en todos. El evangelio es siempre esa red que recoge toda especie de cosas, buenas y malas. (Mat.

4 ñor, que os afirmará y os guardará del mal [4]. Y confiamos en el
5 Señor sobre vosotros que lo que mandamos hacéis y haréis. ¡Mas
el Señor dirija vuestros corazones al amor de Dios y a la pacien-
cia de Cristo [5]!

II. 6-15. Exhortaciones al buen orden, al trabajo. — 1º Los cristianos deben evitar toda relación con aquellos cuya vida no es ordenada; el apóstol ha dado ejemplo de una vida de trabajo y de pena, aunque habría tenido derecho de ser sostenido por la iglesia. (6-10). — 2º Ha sabido que algunos son haraganes; los exhorta a trabajar para comer su propio pan. (11, 12). — 3º Sabe que a pesar de esto sus hermanos no se dejan desanimar, y les recomienda que ejerzan una disciplina llena de amor para con los que no obedecieron a sus instrucciones. (13-15).

6 Mas os mandamos, hermanos, en el nombre de nuestro Señor
Jesucristo, que os apartéis de todo hermano que anda desordena-
damente [6] y no según la instrucción que han recibido de nosotros [7].
7 Vosotros mismos sabéis, en efecto, cómo es necesario imitarnos,
8 porque no vivimos en desorden entre vosotros, ni gratuitamente
comimos de nadie pan, sino en pena y labor noche y día trabajando

13:47). Bien: todo, en la vida cristiana, depende de la *fe;* sin ella, aun en el seno de las iglesias, pueden encontrarse hombres *importunos y malos.* En griego, la voz *fe* significa también *fidelidad,* y, en este sentido, el apóstol establece este contraste apropiado para consolar a sus lectores: "todos no tienen la *fidelidad,* mas el Sebor es *fiel,* que..." (Vers. 3).

4. O "del malo", del demonio y de sus maquinaciones por mano "de los malos" que le sirven. (Vers. 2). Es sin embargo más probable que Pablo entienda la liberación *del mal,* de todo el mal que pudieran hacer los hombres, de todo otro mal. La confianza del apóstol está en armonía con la oración que acaba de dirigir a Dios (2: 16, 17).

5. Que Dios os dé en vuestras pruebas esa *paciencia* con que Cristo soportó todos sus padecimientos. Para ello, sólo hay un medio: el *amor de Dios,* en *vuestros corazones.* Otros traducen: 'la espera paciente de Cristo", y entienden por ello la espera de su regreso. Este pensamiento no está en el texto.

6. "Que anda desordenadamente", como lo prueba la exhortación que sigue, no supone una vida *desordenada* en el sentido inmoral que atribuimos a esta palabra (comp. v. 7, 11 y 1 Tes. 5:14), sino una conducta contraria al buen orden, que se complace en la ociosidad. (Vers. 11).

7. Gr. "no según la *tradición* que han recibido de nosotros". (Véase 2:15, nota). Aquí, diversas variantes sin importancia: "que ha recibido", "que habéis recibido", 'que han recibido". Esta última es la más autorizada.

9 para no ser carga a ninguno de vosotros [8]; no porque no tenemos
derecho, sino para darnos nosotros mismos por ejemplo a vosotros
10 para que nos imitéis, pues también cuando estábamos con vos-
11 otros esto os mandábamos: que si alguien no quiere trabajar,
tampoco coma [9]. Oímos, en efecto, que algunos andan entre vos-
otros desordenadamente, no haciendo nada sino ocupándose de
12 vanidades [10]. Mas a los tales mandamos y exhortamos en el Señor
Jesucristo que trabajando con tranquilidad coman su propio pan [11].
13 Mas vosotros, hermanos, no desmayéis haciendo el bien [12]. Mas
si alguien no obedece a nuestra palabra por esta carta, a éste se-
14 ñalad, y no os mezcléis con él, para que se avergüence. Mas no le
15 consideréis como enemigo, sino amonestadle como a hermano [13].

8. Comp. 1 Tes. 2:9; Actos 20:34; 1 Cor. 4:12.

9. Proverbio corriente entre los judíos, expresión de la ley universal del trabajo; y por consiguiente también, censura de los que, en Tesalónica, *comían,* sin *trabajar,* el pan ajeno.

10. Hay, en griego, un juego de palabras por el cual, por medio de una partícula añadida, el verbo *trabajar* resulta significar *ocúpase de vanidades, de buscas curiosas, inútiles.* Pablo tiene sin duda en vista vanas cuestiones religiosas, en particular las concernientes al regreso próximo del Señor. (2:1, 2).

11. Se ve por estas últimas palabras que había miembros de la iglesia que no comían *su propio pan,* sino el ajeno, bajo pretexto de ocuparse de los asuntos del reino de Dios. (Comp. 1 Tes. 4:11, 12). El *ejemplo* del apóstol, que él opone a una vida semejante (v. 7-9), debía cubrirlos de vergüenza, puesto que él, que entregaba sus *días* a la obra de su Maestro, empleaba una parte de sus *noches* en trabajar con sus manos *a fin de no ser carga a ninguno.* La ley del trabajo es universal para el hombre; nadie, y el cristiano menos que cualquiera, puede comer su pan con buena conciencia si no se somete a esa ley. (Vers. 10). Este desorden provenía sin duda, en parte, de la sobreexcitación causada por el primer celo de la conversión, y sobre todo por la espera del regreso inmediato de Cristo. (2.2; véase la introd.) Mas tal estado de cosas, independientemente de sus peligros para la vida cristiana, era propio para deshonrar el evangelio a los ojos de los que no lo habían recibido aún. De ahí la importancia que el apóstol atribuye a volver todo a una vida bien ordenada.

12. El apóstol, en la admirable sabiduría que le es dada, teme todos los extremos: si hay quienes abusan de la caridad de sus hermanos para vivir en la ociosidad, no es para éstos una razón de *desmayar* en sus beneficencias. Habrá siempre cristianos pobres que serán dignos.

13. Gr. "Si alguno no obedece a nuestra palabra por la carta, señaladle". Lo que algunos (Lutero, Calvino, M. Rilliet entre otros) han traducido: "Señaladle por la carta" (que nos escribiréis), y piensan que Pablo se reservaba así el ejercer él mismo ese acto de disciplina. Gerlach también admite este sentido, que sin embargo no es probable. Otros también traducen: "Señaladle por esta carta", es decir por la autoridad que os dará ella sobre él; no tengáis más relaciones con él, excluidle. Esta interpretación es también forzada. En el pensamiento de Pablo, su *palabra* y su *carta* son una misma cosa. Lo que había dicho respecto del *hermano que vive de una manera desordenada* (v. 6) se refería sobre todo a las comunicaciones personales con él; ahora, *si no obedece* a la exhortación del apóstol, debe ser públicamente *señalado* como rebelde y excluído de toda comunión con la iglesia, *a fin de que se avergüence* y, por ello, vuelva en sí. Sin embargo, para que no sea completamente desalentado, el apóstol quiere que se una la caridad a este acto de severidad. (Vers. 15). Es éste el primer ejemplo de disciplina eclesiástica en al iglesia primitiva.

III. 16-18. Votos y saludos.

16 ¡Y el Señor mismo de la paz os dé la paz siempre de toda
17 manera! ¡El Señor sea con todos vosotros [14]! La salutación con mi
18 mano, de Pablo, que es una señal en toda carta: así escrito [15]. ¡La
gracia del Señor nuestro Jesucristo sea con todos vosotros [16]!

14. La santa guerra que toda la iglesia está llamada a hacer al *mal* no es opuesta a la *paz;* es al contrario el medio de obtenerla. Mas el apóstol no espera la verdadera paz más que de Aquel que es su fuente, y al que le gusta, a causa de eso, nombrar el *Señor de la paz,* o en otro lugar "el Dios de la paz". (1 Tes. 5:23; Hebr. 13:20).

15. El apóstol quiere que sus lectores reconozcan por su escritura la autenticidad de su carta. (1 Cor. 16:21; Col. 4:18). Insiste en esta observación a causa de la carta que falsamente se le había atribuído (2:2). Otros ven la *señal* dada por Pablo, no solamente en su escritura, sino también en el voto apostólico (v. 18) que termina todas sus cartas. Uno y otro pensamiento son verdaderos.

16. "Todas las cortesías del gran doctor de la *gracia* se limitan a desearla para sus amigos. Es su carácter y su firma, porque es la efusión continua de su corazón. Amemos con él esa gracia sin la cual nada podemos amar sino para nuestra condenación". *Quesnel.*

EPISTOLAS PASTORALES A TIMOTEO Y A TITO

INTRODUCCION GENERAL

1. Las dos cartas a Timoteo y la a Tito han sido nombradas *epístolas pastorales,* porque contienen sobre todo instrucciones y direcciones sobre el gobierno de las iglesias (1 Tim. 3:15), y sobre "la obra de un evangelista" (2 Tim. 4:5). Debemos examinar ante todo, en una *introducción general,* las cuestiones críticas que conciernen a las tres en conjunto.

Las dos primeras de estas cartas pastorales son dirigidas a Timoteo, uno de los discípulos de Pablo, que fué durante largos años su colaborador, y para el cual el apóstol tenía toda la ternura de un padre. (1 Tim. 1:2, 2 Tim. 1:2). Timoteo había nacido probablemente en Licaonia, en Asia Menor, de padre griego, mas de madre israelita. (Actos 16:1). Esta, Eunice, mujer piadosa, como lo había sido su propia madre (2 Tim. 1:5), había educado a su hijo en sentimientos religiosos, nutriéndole, desde sus más tiernos años, de la verdad que ella halaba en las santas letras. (2 Tim. 3:15). Preparado así para recibir el evangelio, probablemente de la boca misma de Pablo lo oyó predicar por primera vez y en su propio país. (Actos 14:6, 7; comp. 2 Tim. 3:10-14). Por esto el apóstol le llama frecuentemente su "hijo amado" (1 Cor. 4:17; 2 Tim. 1:2), su "genuino hijo en la fe". (1 Tim. 1:2, 18). Pablo le halló en su segundo viaje misionero por las mismas regiones, convertido al cristianismo y "teniendo buen testimonio de los hermanos que estaban en Listra y en Iconio". (Acots 16:1, 2). Quiso allegárselo como colaborador, y le tomó en efecto consigo después de haberle hecho circuncidar, a fin de no tener en su contra las prevenciones de los judíos. (Actos 16:3, nota). Fué sin

duda entonces también cuando Timoteo, habiendo hecho profesión de su fe (1 Tim. 6:12), recibió la imposición de las manos por los ancianos de la iglesia (1 Tim. 4:14; 2 Tim. 1:6), aunque era aún muy joven (1 Tim. 4:12). — Desde ese momento, le encontramos casi constantemente al lado del apóstol o haciendo bajo su dirección viajes para el bien de las iglesias. Le acompaña en su primera misión en Europa, evangeliza con él las ciudades de Filipos, de Tesalónica, de Berea (Actos 16:4-7; 17:14); queda algún tiempo en esta última ciudad con Silas, mas luego alcanza a Pablo en Atenas, desde donde éste le vuelve a enviar a Tesalónica para afirmar la iglesia y traerle noticias de ella. (Actos 17: 14, 15; comp. 1 Tes. 3:1-5). Vuelve, en efecto, al lado del apóstol a Corinto, adonde este último se había trasladado (Actos 18: 1-5) y donde ambos estaban aún cuando Pablo escribió, con poco intervalo, las dos epístolas a los Tesalonicenses (1 Tes. 1:1; 2 Tes. 1:1; comp. 2 Cor. 1:19). Más tarde, durante la larga residencia de Pablo en Efeso, Timoteo está a su lado y él le envía de allí a Macedonia (Actos 9:22), donde los dos siervos de Dios se encuentran reunidos cuando Pablo dirige a los Corintios su segunda epístola (2 Cor. 1:1), lo mismo que cuando escribe de Corinto a los Romanos (Rom. 16:21). Pablo partió poco después para su quinto y último viaje a Jerusalén. Timoteo es mencionado entre los que le acompañaron hasta Asia. (Actos 20:4). No es seguro de que le haya seguido hasta Jerusalén, mas le hallamos en Roma, compartiendo el cautiverio del gran apóstol, como se ve por las cartas escritas en esa época (Fil. 1:1; Col. 1: 1 Filemón 1). Hacia fines de ese cautiverio, Pablo expresa a los Filipenses la intención de enviarles pronto a Timoteo (Fil. 2:19 y sig.). — Desde entonces el Nuevo Testamento guarda silencio sobre este discípulo, y no queda respecto de él más que los antecedentes contenidos en nuestras dos pístolas y la mención que se encuentra en Hebreos 13:23. Según la tradición eclesiástica, fué el primer obispo de Efeso (Eusebio, *Hist. ecles.* III, 4), donde sufrió el martirio. — En cuanto a Tito, al cual se dirige una de las tres pastorales, véase la introducción especial a dicha epístola.

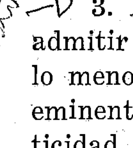
2. Desde el momento en que Pablo escribe a los Filipenses y les hace esperar el envío de Timoteo, por falta de datos históricos positivos todo es incierto en cuanto a la vida de estos dos siervos de Cristo, en cuanto a sus relaciones y, por consiguiente, en cuanto a las *circunstancias de tiempo y lugares* en que fueron escritas

las dos cartas a Timoteo y la epístola a Tito. Los teólogos que admiten la autenticidad de estas cartas se dividen en dos clases, según rechacen o admitan la tradición eclesiástica de dos cautiverios de Pablo en Roma. No podemos más que indicar los resultados actuales de la crítica en una y otra suposición.

1º Una lectura atenta de estos tres escritos nos revela desde luego ciertos caracteres que tienen en común, que nos hacen reconocer un solo y mismo autor, lo mismo que una sola y misma época para su composición. Por lo que atañe al autor, es una semejanza sorprendente de pensamiento, de estilo y aun de expresiones, que les son exclusivamente propias y que no se encuentran en las epístolas de Pablo, al punto de que se saca de este hecho un argumento contra su autenticidad. Por lo que atañe al tiempo en que estos escritos fueron compuestos, igual semejanza: es el mismo estado de las iglesias, tanto respecto de su desarrollo interno, como en cuanto a las herejías que el autor señala y combate. Bien: este estado de cosas revela con evidencia una época mucho más avanzada que aquella en que Pablo escribía sus primeras cartas. Las iglesias se han constituído; tienen sus conductores espirituales, ancianos y diáconos; y las tres epístolas contienen las mismas instrucciones relativas al gobierno de la iglesia. Las herejías que Pablo, al final de su ministerio activo, anunciaba como una desgracia futura (Actos 20:29, 30), están ahora en pleno desarrollo en los rebaños. (Véase más lejos, Nº 4). — Sin embargo la crítica que no admite más que un solo cautiverio de Pablo en Roma, busca, con gran refuerzo de combinaciones y de hipótesis, en la vida anterior del apóstol, un lugar donde poder intercalar la primera epístola a Timoteo y la epístola a Tito. Así, para dar cuenta del momento en que Pablo, dejando a Efeso, deja allí su discípulo (1 Tim. 1:3), admite que se trata de su partida de Efeso hacia Corinto (Actos 20:1), y por ese tiempo coloca la primera epístola a Timoteo, es decir en la época de la segunda a los Corintios. Así también cuando a la epístola a Tito, escrita después de una permanencia del apóstol en la isla de Creta, de que el libro de los Actos nada dice (Tito 1:5), esa misma crítica es reducida a inventar un viaje misionero de Pablo a esa isla durante su prolongada residencia en Efeso. Mas esas combinaciones están en tal contradicción con los hechos y los textos, que no consiguen crear la convicción. Y además, todas

vienen a tropezar con una grave dificultad: no pueden explicar la diferencia entre el estado de las iglesias en la época más antigua de los escritos reconocidos de Pablo, y el que revelan nuestras epístolas. — En cuanto a la segunda epístola a Timoteo, que los mismos críticos colocan al final del cautiverio único del apóstol, las contradicciones abundan mucho más aún entre esta epístola y las que escribía en la misma época. Así, en la época de las primeras epístolas, Timoteo estaba a su lado (Fil. 1:1; 2:19; Col. 1:1; Filemón 1): cuando el apóstol escribe 2 Tim., Timoteo está ausente y Pablo le invita a ir a él presto (2 Tim. 4:9); entonces el apóstol estaba rodeado de varios discípulos (Co. 4:10, 14; Filemón 23, 24); ahora, todos le han abandonado (2 Tim. 1:15; 4:16); entonces Demas estaba junto a Pablo, quien saluda a los hermanos de su parte (Col. 4:16; Filemón 24): ahora, "Demás le ha abandonado, habiendo amado el presente siglo" (2 Tim. 4:10); entonces, Pablo, aunque preparado a toda la voluntad de Dios, expresaba la persuasión de que sería vuelto a la libertad (Fil. 1:25); aun pedía a Filemón que le preparara un alojamiento (22): ahora habla como teniendo delante la corona del martirio. (2 Tim. 4:6-8). — Es verdad que para los que hacen datar las cartas a los Efesios, a los Colosenses y a Filemón de la época de la cautividad de Pablo en Cesarea, estas contradicciones desaparecen en parte. Mas su tesis, en la cuestión que nos ocupa, no es mejor. Basta, para probarlo, citar una sola de las imposibilidades históricas con que vienen a tropezar. Pablo hace saber a su discípulo que, durante su viaje a Roma, Erasto ha quedado en Corinto, y que ha dejado a Trófimo enfermo en Mileto (2 Tim. 4:20); ahora bien: en la navegación contada por Lucas (Actos 27 y 8), el apóstol no tocó ni Mileto ni Corinto; se trata, pues, de otro viaje. Las hipótesis por las cuales los partidarios de una única cautividad procuran resolver esta sola dificultad son verdaderas derrotas. — Por último, las combinaciones que nos ocupan tienen siempre el defecto de poner un intervalo de cinco o seis años por lo menos entre 1 Timoteo y Tito por una parte, y 2 Timoteo por la otra; ahora bien, todo en estos escritos indica que pertenecen a la misma época.

2º Admitiendo que Pablo fué libertado de su primer cautiverio y sufrió una segunda prisión, es sin duda por hipótesis como se procura dar cuenta del origen de nuestros tres escritos; mas estas hipótesis, lejos de estar en contradicción con el contenido de estas tres epístolas y con los otros antecedentes del Nuevo Testamento, dan cuenta de ellos de un modo satisfactorio. — En esta suposición, la combinación más probable de los hechos sería ésta: Pablo, conducido prisionero a Roma el año 61, permaneció allí dos años. (Actos 28:30). Según su esperanza (Fil. 1:25; Filemón 22), fué puesto en libertad hacia fines del 63 ó principios del 64, antes de la gran persecución que siguió al incendio de Roma en tiempo de Nerón. Ejecutó entonces su designio de volver al oriente; predicó el evangelio en la isla de Creta, donde dejó a Tito para continuar su obra. (Tito 1:5). De ahí se trasladó a Efeso, donde dejó a Timoteo partiendo él mismo para Macedonia. (1 Tim. 1:3). Durante este viaje escribió la *primera epístola a Timoteo*, luego la *epístola a Tito*, al cual anuncia su designo de pasar el invierno en Nicópolis en Epiro. (Tito 3:12). El año siguiente volvió a Efeso pasando por Troas (2 Tim. 4:13), luego se trasladó por Mileto, donde dejó a Trófimo enfermo (2 Tim. 4:20), a Corinto, donde quedó Erasto que le acompañaba. De ahí habría partido para un último viaje al occidente. ¿Pudo entonces ejecutar su antiguo proyecto de llevar el evangelio hasta España (Rom. 15:24)? ¿o bien, fué, durante ese viaje mismo, detenido y reconducido a Roma? esto es incierto. Sufrió en Roma una segunda cautividad, cuya duración no se puede determinar y, a punto de sufrir el martirio, escribió su *segunda epístola a Timoteo* (2 Tim. 2:9; 4:7), en la cual llama a su lado, como último consuelo, ese discípulo amado. (2 Tim. 4:9). Este hecho, por lo demás, está en armonía con la tradición eclesiástica, que nos hace saber que Pablo fué matado, en Roma, hacia fines del reinado de Nerón.



3. Mas esta segunda cautividad de Pablo, que acabamos de admitir por hipótesis, ¿tiene algún fundamento histórico, o por lo menos alguna verosimilitud? Es puesta en duda por críticos eminentes, muchos de los cuales admiten, a pesar de ello, la autenticidad de nuestras tres epístolas. Y sin embargo no existe ninguna prueba, ni histórica ni exegética, que se oponga de un modo perentorio a la suposición de una segunda cautividad. Al contrario, la autenticidad de las pastorales, admitida, es uno muy naturalmente conducido a ese pensamiento, porque todos los antecedentes históricos y todo el contenido de las cartas pastorales nos colocan en presencia de una época posterior a la que debe asignárseles en la hipótesis opuesta. Y por otra parte, ¿se concibe

al autor del libro de los actos conduciendo al gran apóstol hasta el término de sus dos años de cautividad en Roma, es decir hasta el momento de su muerte, sin decir una palabra de esa muerte? ¿Quién no inferiría de ello que tuvo lugar sólo más tarde?

Ahora bien: la segunda cautividad que el Nuevo Testamento hace conjeturar como probable, es positivamente afirmada por la tradición eclesiástica de los primeros siglos. El viaje de Pablo al occidente ("a los límites del occidente"), que no puede haber tenido lugar sino después de su primera cautividad, es afirmado por Clemente de Roma (quizá un discípulo de Pablo, Fil. 4:3), desde fines del primer siglo o principios del segundo, en su *Epístola a los Corintios* 5. El mismo hecho se halla en un fragmento del canon de Muratori (mediados del segundo siglo) [1]. La tradición de una liberación y de una segunda cautividad se hace general desde el cuarto siglo: Eusebio, Jerónimo, Crisóstomo, Teodoro de Mopsuestia la refieren como un hecho admitido en su tiempo. "Se refiere, dice Eusebio, que habiéndose justificado entonces, el apóstol partió de Roma para predicar el evangelio en otras partes, que volvió allá por segunda vez y sufrió el martirio. Fué entonces cuando estando en cadenas escribió su segunda epístola a Timoteo". Luego, después de haber citado un pasaje de esta epístola, el historiador agrega esta reflexión que no deja ninguna duda sobre su convicción personal: "He dicho esto para mostrar que Pablo no sufrió el martirio la primera vez que fué a Roma, según el relato de Lucas. Pues parece que Nerón, que era entonces de un carácter menos cruel, se contentó de las razones que Pablo le propuso en defensa de nuestra religión, pero que, habiéndose abandonado después a toda especie de violencias, hizo sentir sus efectos a los apóstoles tanto como a los demás". (Eusebio, *Hist. ecles.* II, 22) — Es necesario agregar que sólo esta tradición está en armonía con el hecho no menos universalmente admitido en los primeros siglos, de la muerte de Pablo y de Pedro hacia fines del reinado de Nerón. Por esto la crítica tiende hoy a volver a la opinión que acabamos de exponer sobre

(1) Observemos sin embargo, para ser completamente imparciales, que los testimonios de Clemente de Roma y del canon de Muratori son disputados por algunos. Los términos de Clemente, marcados de cierto énfasis no implican necesariamente el viaje de Pablo a España; podrían designar simplemente la llegada de Pablo a Roma, que Clemente llamaría "los límites del occidente". En cuanto al canon de Muratori, no podría ser invocado tampoco como una prueba cierta, pues hay un claro en el texto, y, según la palabra que se supla, el significado del pasaje cambia por completo.

las epístolas pastorales, opinión defendida de un modo tan convincente por Neander en su *Historia del siglo apostólico* [2].

4. Por lo demás, el estado espiritual de las iglesias de Asia, tal cual resulta de las epístolas pastorales, está en perfecta armonía con lo que de ellas conocemos por otras cartas del apóstol Pablo, salvo que supone una época mucho más avanzada. Leyendo sin prevención las recomendaciones que Pablo dirige a sus discípulos, queda uno convencido de que conviene enteramente a esa faz posterior del desarrollo de las iglesias. "No hay, dice Neander, hablando de la primera epístola a Timoteo, no hay, en la historia de Pablo, una época anterior en que hubiera podido escribir lo que le dice sobre la congregación de Efeso a cuya cabeza le había dejado. Esta carta supone una iglesia establecida desde largo tiempo, donde trastornos sobrevenidos necesitaban nueva organización, y en la que había que deponer algunos jefes para nombrar otros. Los nuevos doctores, que se habían extendido por Asia Menor durante la cautividad de Pablo, habían adquirido una grande influencia en la iglesia de Efeso. Como Pablo lo había temido anticipadamente, muchos jefes de los rebaños se habían dejado arrastrar por el espíritu de la falsa doctrina. Los doctores de que aquí se trata tienen los mismos rasgos característicos que los que se introdujeron en Colosas, durante la detención de Pablo: eran judaizantes [1]. Sostenían, como los otros judaizantes, la necesidad de observar la ley mosaica, pero se distinguían por una tendencia teosófica y ascética. Enseñaban la abstención de ciertos alimentos, prescribían el celibato como una parte esencial de la profesión cristiana (1 Tim. 4:3-5): preceptos que se ligaban a sus teorías. Pretendían tener una ciencia superior (*gnosis*, la *filosofía* de la epístola a los Colosenses 3:8), y ella les había hecho desviar de la sencillez de la fe. (1 Tim. 6:20, 21; 2 Tim. 2:14, 16, 18, 23; comp. Tito 1:10; 3:9). Como los falsos doctores de Colosas, enseñaban fábulas sobre el origen y

(2) Tom. I, pág. 389 y sig. de la 1ª adic. alemana; traducción de Fontanés, tom. I, pág. 242 y sig. Estas cuestiones difíciles han sido tratadas a fondo y resueltas en el mismo sentido por Huther: *Epístola a Timoteo y a Tito* (introd.), formando parte del *Comentario crítico y exegético* de Meyer. Véase también el art. *Paulus*, de J. P. Lange, en la *Enciclopedia* de Herzog, el *Siglo Apostólico*, del mismo autor, un trabajo de M. L. Ruffet: *San Pablo, su doble cautividad en Roma* (París, Meyrueis, 1860), y un estudio reciente de M. Bertrand: *Ensayo crítico sobre la autenticidad de las epístolas pastorales.* (1887). Para la opinión opuesta, véase entre otros: Reuss, *Geschichte der heil. Schriften N. T.* En las primeras ediciones de esta obra, Reuss admitía la autenticidad de las tres pastorales. Se muestra vacilante en la 5ª edic. (1874), y por último en su *Bible, Ep. paulin.*, II, pág. 245 y sig., no admite más que 2 Tim., que coloca antes de los Filipenses. Véase también M. Sabatier, artículos *Pastorales* y *Pablo* en la *Encicl. de las ciencias religiosas.*

(1) Véase la introd. a la epístola a los Col. y 1 Tim. 1:7 y sig.; comp. Tito 1:10-14.

la propagación de los espíritus. (1 Tim. 1:4; 2 Tim. 4:4; comp. Tito 3:9). La lucha contra esa falsa gnosis debió ocupar mucho las iglesias de esas regiones..." En cuanto al estado moral de los falsos doctores y de los engañados por ellos, Pablo expresa sobre ellos juicios muy severos, qué muestran que el error había tenido el tiempo de producir todos sus malos frutos. Habiendo abandonado la fe y la buena conciencia (1 Tim. 1:5, 6; 2 Tim. 2:18), eran extraños a la verdad, mostrándose los adversarios de ella (1 Tim. 6:5; 2 Tim. 2:18; 3:8; Tito 1:14); corrompidos en su conciencia y en su vida (1 Tim. 4:2; 6:5; Tito 1:16; 3:11; 2 Tim. 3:13), ejercían sobre otros una perniciosa influencia (Tito 1:10, 11) y esto con propósitos interesados (1 Tim. 6:5; Tito 1:11) o porque estaban hinchados de orgullo. (1 Tim. 6:4).— Sin duda las enseñanbas que Pablo expone en estas cartas no eran nuevas para sus colaboradores; pero adquirían un valor especial por el hecho de que el apóstol las había fijado por escrito para ellos. Al mismo tiempo estas cartas les servían, ante las iglesias, como cartas de crédito y aumentaban su autoridad moral. Así han nacido, bajo la dirección del Espíritu de Dios, estas epístolas pastorales que nos abren perspectivas tan variadas sobre la vida y el gobierno de las iglesias en el siglo apostólico, que encierran para todas las edades tan importantes verdades, que sobre todo suministran al ministerio evangélico direcciones y luces cuya ausencia dejaría un vacío sensible en los escritos del Nuevo Testamento.

5. Hasta aquí hemos hablado de estos tres escritos en la suposición de que tienen al apóstol Pablo por autor. ¿Hay razones suficientes para justificar esta suposición. Hay que consultar sobre esta cuestión, que tampoco carece de dificultades, los testimonios *externos*, relativos a estas epístolas, y sus caracteres *internos*.

1º Los testimonios históricos son tan concluyentes en favor de la autenticidad de las pastorales como para cualquier otro libro del Nuevo Testamento. Eusebio registra estas epístolas en el número de los *homologoúmena* (libros reconocidos), no habiendo encontrado en la iglesia la menor duda sobre la autenticidad de ellos. Aparecen como epístolas de Pablo en el canon de Muratori y en las versiones más antiguas, en particular en la Peshito (versión siriaca). Ireneo, Tertuliano, Clemente de Alejandría, Jerónimo, Orígenes, las citan frecuentemente como escritos del apóstol. Remontando hasta los padres apostólicos, Clemente de Roma, Ignacio, Policarpo, Justino, se encuentran nuestras epístolas, de las que citan pasajes enteros, o expresiones que les son exclusivamente propias. Lo mismo ocurre con Teófilo de Antioquía y con otros diversos documentos de la antigüedad. (Véase esas citas en Huther, introd., pág. 44 y sig., y en Kirchhofer, pág. 220). Algunas sectas herejes (Marción) no las recibían; mas es claro que ese testimonio negativo no tiene importancia alguna en presencia de la uninimidad de la iglesia. Por esto las epístolas pastorales han sido universalmente recibidas hasta nuestro siglo. Schleiermacher empezó a levantar dudas sobre la primera a Timoteo; fué seguido por otros críticos que, por los mismos procedimientos, dirigieron sus ataques contra las otras dos epístolas. En efecto, la semejanza y las relaciones esenciales de nuestras tres epístolas no permiten casi, rechazando la una, conservar las otras.

2º Entre las razones de *crítica interna*, que llegan a una conclusión negativa, hay que notar en *primera* línea la dificultad de encontrar en la vida de Pablo una época en que se pueda colocar cada una de estas tres cartas. Bien: esta objeción no tiene valor más que para los que niegan un segundo cautiverio. Y aun hay que agregar (ya lo hemos hecho observar) que muchos teólogos, aunque rechazando la segunda prisión admiten la autenticidad de nuestras epístolas a pesar de esa dificultad. Mas se ha visto cuán peligrosa es esa tesis.

Un *segundo* orden de consideraciones, invocado contra estos escritos, es tomado de ciertas ideas y varias expresiones de nuestras epístolas que difieren esencialmente de la manera habitual del apóstol. Así: gracia, misericordia y paz (1 Tim. 1:2; 2 Tim. 1:2; Tito: 1:4); *sana* doctrina (1 Tim. 1:10; 2 Tim. 4:3; Tito 1:9; 2:1); *sanas* palabras (1 Tim. 6:3; 2 Tim. 1:13; Tito 2:8); ser *sano* en la fe (Tito 1:13; 2:2); la vida cristiana designada por la palabra *piedad* (1 im. 2:2; 3:16; 4:7, 8; 6:3, 6, 11; 2 Tim. 3:5; Tito 1:1); vivir *piadosamente* (2 Tim. 3:12; Tito 2:12); *fábulas* (1 Tim. 1:4; 4:7; 2 Tim. 4:4; Tito 1:14); *disputas* (1 Tim. 1:4; 6:4; 2 Tim. 2:23; Tito 3:9); *genealogías* (1 Tim. 1:4; Tito; 3:9); *vanos* discursos (1 Tim. 1:6; Tito 1:10); *disputas de palabras* (logomajías, 1 Tim. 6:4; 2 im. 2:14); *Salvador* aplicado a Dios (1 Tim. 1:1; 2:3; 4:10; Tito 1:3; 2:14); *depósito* (1 Tim. 6:20; 2 Tim. 1.12, 14), etc. — Hay que reconocer estas

diferencias de pensamiento y de estilo. Mas si se considera que son comunes a nuestras tres epístolas y prueban que éstas han sido escritas en la misma época; que esta época es posterior de varios años a las otras cartas de Pueblo; que se dirige aquí, no a iglesias, sino a sus colaboradores; que los temas de que trata son de naturaleza especial y resultan de circunstancias muy diferentes y de necesidades nuevas, se comprenderá que sería por lo menos muy aventurado inferir nada contra la autenticidad de estos escritos. No hay ningún autor, escribiendo con años de intervalo, en el cual no se pueda señalar diferencias de estilo mucho más marcadas.

La crítica ha puesto a la autenticidad de las epístolas pastorales un *tercer* orden de objeciones sacadas del desarrollo avanzado que suponen, ora en la constitución de las iglesias, ora en las herejías señaladas y combatidas por el autor. — La constitución de las iglesias, se ha dicho, es de tal modo reglamentada, los cargos de *obispos,* de *ancianos,* de *diáconos* de tal modo ordenados que forman una jerarquía como no se desarrolló sino después del siglo apostólico. Mucho más, se encuentra una institución que sólo más tarde apareció, la de las *viudas,* registradas como tales en la iglesia. (1 Tim. 5:9). Sobre este último punto, podemos remitir a la explicación del pasaje. En cuanto a los empleos en la iglesia, es difícil ver en la objeción que de ellos se saca otra cosa que una mala interpretación. Los diáconos, se sabe, fueron establecidos desde los primeros tiempos de la iglesia de Jerusalén, y la misma necesidad debió provocar en todas partes su institución. En cuanto a los ancianos, existían desde los primeros tiempos en las iglesias de Judea. (Actos 11:30). Pablo los establecía en las iglesias que fundaba. (Actos 14:23). Juzgaban con los apóstoles y los hermanos las cuestiones de doctrina. (Actos 15). Y en cuanto a su identidad con los obispos o inspectores, es evidente antes de la primera cautividad del apóstol (Actos 20:17; com. v. 28); se encuentra no menos evidente en nuestras epístolas. (Tito 1:5; comp. v. 7). ¿Dónde está la jerarquía? En cuanto a las herejías, tales como aparecen en las pastorales, hay que tener un alto grado de buena voluntad para reconocer en ellas los sistemas gnósticos que aparecieron más tarde. Si se recuerda que Pablo había descubierto los primeros gérmenes de esos errores en las iglesias de Asia antes de su último viaje a Jerusalén (Actos 20:29-30); si se considera la manera como, cuatro años más tarde, combatía su desarrollo en su epístola a los Colosenses, ¿no es muy natural que, algunos años después, esos errores hubieran llegado al punto donde los encontramos aquí?

Por último, se ha objetado contra las epístolas a Timoteo la juventud que atribuye a este discípulo (1 Tim. 4:12; 2 Tim. 2:22) y ciertas exhortaciones que supondrían que era aún poco firme. Ahora bien, se dice: desde largos años, Timoteo acompañaba al apóstol en sus viajes, había desempeñado importantes misiones en las iglesias, había hecho sus pruebas, no estaba ya en la primera juventud. — Estas observaciones tienen ciertamente su importancia, y los pasajes señalados no dejan de sorprender a primera vista. Para comprenderlos, hay que representarse bien la situación de estos dos hombres y la naturaleza de sus relaciones. Según la cronología más probable, hacía alrededor de doce años que el apóstol por primera vez había encontrado a Timoteo. (Actos 16:1). Todo induce a creer que este último era aún muy joven entonces. Supongámosle diez y ocho o veinte años; habría tenido en la época de nuestras cartas treinta o treinta y dos años. Si ahora se considera la edad de Pablo, su grande autoridad, su paternal afecto, la responsabilidad que imponía a su discípulo confiándole, en su lugar, la dirección de iglesias turbadas por los partidos y las herejías, se confesará que no hay nada en el lenguaje del apóstol que esté fuera de la situación. Pablo podía hablar así a aquel al que llamaba su hijo. (1 Tim. 1:1; 2 Tim. 1:1). ¿Comprenderáse mejor que un falsario del segundo siglo hubiera atribuído a esos dos hombres tales relaciones? Con la alta estima de que disfrutaba Timoteo, no habría dejado de hacer de él un santo.

Se ve, esas objeciones contra la autenticidad de las epístolas pastorales no podrían contrabalancear la unanimidad de los testimonios históricos en su favor, ni sobre todo el sello apostólico y *paulino* que estos escritos presentan en cada página. La firma del apóstol de los gentiles que lleva cada una de estas epístolas es bien auténtica. Tal es por lo demás la convicción científica de la mayor parte de los teólogos eminentes de nuestra época. He aquí en qué término B. Weiss concluye su erutido estudio del problema de las pastorales (*Einleitung in das Neues Testament,* 1886, p. 283-322). "Como la liberación de Pablo de su cautividad en Roma no es probada por ningún otro testimonio histórico

más que por estas cartas, si son auténticas, y como su autenticidad no puede ser probada más que si se admite esta liberación, hay que confesar que la demostración gira en un círculo y no podría llegar a un juicio científico absolutamente concluyente. Hay que conceder, además, que la existencia de los errores combatidos en nuestros epístolas no puede ser históricamente establecida, que no se podría fijar el momento en que fué precisada la organización de la iglesia y en que el cargo de la enseñanza fué unido al del gobierno, y que no se puede probar, por consiguiente, que las pastorales, que suponen tal estado de cosas, hayan sido escritas en los años 65 y siguientes. Hay que conceder por último que no se podría cortar de un modo perentorio la cuestión de saber si las diferencias de pensamiento y de estilo pueden ser explicadas por la diferencia de los tiempos y la transformación que se ha operado en el espíritu mismo del apóstol. — Mas hay que reconocer igualmente que, en las circunstancias que ellas presuponen, nuestras cartas se explican perfectamente, y que las dificultades que presentan son levantadas por una exégesis imparcial. Los que niegan su autenticidad no han podido aclarar aún el problema de su origen y se embarazan en dificultades mucho más inextricables. Nuestras espístolas son pues lo que pretenden ser, cartas de Pablo datadas del último período de su vida, período que no nos es conocido de otro modo".

PRIMERA EPISTOLA DE PABLO A TIMOTEO

INTRODUCCION

Hemos expuesto, en la introducción general a las pastorales, todo lo que concierne a las circunstancias en las cuales fué compuesta esta epístola. (Véase en particular párrafo 2). Nos queda solamente por dar un análisis sumario de ella. La marcha del pensamiento en estas cartas familiares del apóstol, dirigidas a sus amigos, no es tan regular como en sus otras epístolas destinadas a exponer la doctrina cristiana para iglesias. El orden de asuntos que trata en su *primera a Timoteo* puede ser indicado como sigue:

I. Después de saludar a su discípulo, Pablo le recuerda que le dejó en Efeso para combatir la influencia de los falsos doctores, cuyas vanas especulaciones sobre los espíritus y la ley no presentan nada más elevado que el sencillo evangelio, puesto que la ley misma, dada para los transgresores, no tiene otro objeto que el de convencerlos de pecado. El evangelio de la gracia salva al pecador; Pablo lo muestra por su propio ejemplo y constriñe a Timoteo a permanecer fiel en él, mencionando, como una advertencia severa, la caída de algunos hermanos engañados por el error. (1:1-20).

II. El apóstol viene luego a recomendaciones particulares, según las necesidades que reconoce en las iglesias. El pensamiento de la gracia de Dios que es ofrecida a todos, impone a los cristianos el deber de orar por todos los hombres y especialmente por los que los gobiernan, a fin de que acepten esa gracia. Esto es agradable a Dios quien quiere que todos sean salvados y que ha establecido para ello el ministerio del evangelio, de que Pablo mismo está investido. (2:1-7). Los hombres deben cumplir por

todas partes este deber de la oración, en espíritu de paz; las mujeres portarse modestamente, aprender en silencio, recordando la seducción de Eva y la caída. (2:8-15).

III. Preceptos relativos a los cargos de ancianos y de diáconos en la iglesia. (3:1-13).

IV. Pablo expone a Timoteo cómo debe conducirse en la casa de Dios, la iglesia del Dios viviente, que reposa sobre el gran misterio de piedad, Dios manifestado en carne. En cuanto a las falsas doctrinas opuestas a esta santa verdad, las caracteriza y las juzga. (3:14-16 a 4:1-5).

V. Volviendo a su discípulo, le da direcciones respecto de esos errores y del ejercicio de su ministerio: le recomienda velar en su propio desarrollo espiritual (5:6-16); indica cómo debe conducirse respecto de las personas de edad, de las viudas, de los ancianos, de los esclavos cristianos. (5:1-25 a 6:1-2).

VI. Ultimas instrucciones relativas a los falsos doctores, su avidez, los peligros del amor del dinero (6:3-10); exhortaciones dirigidas a Timoteo mismo sobre la fidelidad en su propia vida espiritual, en su ministerio; sobre los consejos a dar a los ricos, sobre el depósito que le es confiado, y que debe oponer a una ciencia falsamente así llamada. (6:11-21).

PRIMERA EPISTOLA DE PABLO A TIMOTEO

CAPITULO I.

I. *Pablo, después de saludar a su discípulo, le recuerda que lo dejó en Éfeso para oponerse a las falsas doctrinas que en pocas palabras caracteriza, 1-11.* — II. *Pone en contraste con esas falsas doctrinas el evangelio que él predica, y por el cual él ha alcanzado misericordia, 12-17.* — III. *Exhorta a Timoteo a combatir con buena conciencia, y le señala, como advertencia, la caída de Himeneo y de Alejandro, 18-20.*

I. 1-11. SALUDOS. POR QUÉ DEJÓ PABLO A TIMOTEO EN EFESO. EL VERDADERO OBJETO DE LA LEY. — 1º Firma y dirección de la carta, voto apostólico. (1, 2). — 2º Pablo dejó a Timoteo en Efeso para que se opusiera a ciertos falsos doctores que, ateniéndose a fábulas, provocan en la iglesia vanas disputas, y para que confirmara las almas en la dispensación divina. (3 4). — 3º El objeto del evangelio es producir la caridad y una buena conciencia; los que se apartan se pierden en vanos razonamientos, no entendiendo siquiera lo que afirman con tanta fuerza. (5-7). — 4º La ley que ellos pretenden sostener tiene un objeto completamente distinto: es destinada, no a los justificados por la gracia, sino a los transgresores que ella debe convencer de pecado; esto es conforme al evangelio de la gloria de Dios. (8-11).

1 Pablo, apóstol de Cristo Jesús según mandato de Dios nuestro
2 Salvador y de Cristo Jesús nuestra esperanza[1], a Timoteo, ge-

1. *Pablo* recuerda el origen y la autoridad de su *apostolado* aun cuando se dirige a un hermano que no será tentado a poner en duda esa misión divina. (Actos 9:15; comp. Gál. 1.1, nota). — En las epístolas pastorales da a menudo a Dios el hermoso y dulce nombre de *Salvador* (2:3; 4:10; Tito 1:3; 3:4), porque ve en él la causa primera de la salvación. (Comp. Juan 3:16). En cuanto al que la realiza, *Jesucristo,* Pablo le llama *nuestra esperanza,* porque él solo es su fundamento, o más bien su objeto. Debía hallar en todas estas expresiones un consuelo de que su corazón tenía necesidad cuando, llegado a los últimos tiem-

nuino hijo en la fe[2]: ¡Gracia, misericordia, paz de parte de Dios
3 Padre y de Cristo Jesús nuestro Señor[3]! Conforme te rogué que
te quedaras en Efeso cuando partí a Macedonia, para que man-
4 daras a algunos no enseñar diferente doctrina ni aplicarse a
fábulas y a genealogías interminables, pues causan disputas más
5 bien que una dispensación de Dios que es en la fe[4]... Mas el fin

pos de su vida, fatigado de su carrera, de sus trabajos, de sus padecimientos, no podía más que suspirar por la liberación final. Es así también como emplea en el voto que dirige a Dios por su discípulo (v. 2) ese término de *misericordia,* que no aparece habitualmente en sus salutaciones apostólicas, pero que manifiesta un sentimiento cada vez más profundo de las miserias humanas de que tanto había padecido, y que sus últimos combates le hacían más dolorosas aun. (Comp. v. 3-16).

2. Este título tan lleno de paternal afecto confirma la idea de que en efecto era el apóstol quien había llevado a Timoteo a la *fe.* (Véase la introd. 1; comp. 1 Cor. 4:17). Hay en esta paternidad espiritual una profunda realidad.

3. Véase Rom. 1:7, nota.

4. El apóstol no ha terminado esta larga frase (v. 3, 4) que nosotros traducimos tal cual él la dejó. Se trata de comprender bien los pensamientos que se aprietan bajo su pluma y que a menudo la apartan de una construcción rigurosamente gramatical. — Recuerda primero (v. 3) a su discípulo que le *exhortó a quedar en Efeso* para un fin importante que va a indicar (v. 3 y 4). Esto tuvo lugar *cuando partió de Efeso para Macedonia.* Ahora bien: se busca en vano en la vida de Pablo, según el relato de los Actos, el viaje aquí mencionado. Se cita Actos 20:1-4, mas varias circunstancias no coinciden. Otros han imaginado un viaje, que no sería referido por Lucas, mas sin allanar las dificultades. Es pues muy probable que se trata de una época posterior que debe colocarse después de la primera cautividad del apóstol. (Véase la introd. 2). — El objeto del apóstol, al dejar a Timoteo en Efeso, era que *recomendase a algunos* (bien conocidos de él) *no enseñar otra doctrina* (Gr. "enseñar de otro modo") que la de Pablo. Es lo que llama en otra parte "predicar otro evangelio". (Gál. 1:6; comp. 2 Cor. 11:4). Estas falsas doctrinas son designadas como *fábulas y genealogías interminables.* Timoteo sabía ciertamente lo que debía entender por ello. Hoy, los exégetas proponen las explicaciones más diversas de estos términos. Unos piensan que se trata de las tradiciones fabulosas por las cuales los judíos pretendían explicar al Antiguo Testamento y que formaron poco a poco la ciencia talmúdica, así como buscas genealógicas sobre los antepasados del Mesías. Los otros aplican esas palabras a las vanas especulaciones sobre los diversos órdenes de ángeles, de que se encuentran ya huellas en precedentes epístolas. (Efes. 1:21; Col. 1:16; 2:10-15). Otros aun quieren hallar aquí los primeros gérmenes de las nociones gnósticas sobre emanaciones sucesivas de seres espirituales, engendrándose todas las perfecciones de Dios unas a otras, en una sucesión infinita, *interminable.* — Sea cual fuere el sentido

del mandamiento[5] es amor procedente de un corazón puro y de
6 una buena conciencia y de una fe sin hipocresía[6], de la que
7 desviándose algunos se han apartado a vanas pláticas[7], deseando
ser maestros de la ley, no entendiendo ni lo que dicen ni aquello
8 sobre lo que enfáticamente afirman[8]. Mas sabemos que buena

preciso de esos errores, es cierto que la imaginación de los fieles, no teniendo por guía ni la razón ni la revelación, no podía producir más que *disputas,* y no la *dispensación de Dios, que es en la fe.* El texto recibido lee aquí la *edificación* de Dios. En este sentido, el apóstol querría hablar de una edificación según Dios, obrada por él, cuyo verdadero elemento es la *fe,* y que él opondría a las vanas especulaciones. Mas en lugar de esa palabra *edificación,* la mayor parte de los manuscritos tienen la expresión que traducimos por la *dispensación,* o la *economía* o la *administración* y que designa todo lo que Dios ha hecho para la salvación de los hombres. (Comp. Efes. 1:10; 3:2-9; o también 1 Cor. 9:17). El apóstol quiere decir que esta dispensación de Dios en el evangelio de *su* gracia debe ser recibida por la fe y no es favorecida, *adelantada* en medio de los hombres por los falsos sistemas que él combate, sino al contrario. O bien, si toma esa palabra en el sentido de 1 Cor. 9:17 (Comp. 4:1), es decir como significando la *administración* del ministerio evangélico, entiende que los que son revestidos por Dios de ese cargo deben desempeñarlo *en la fe* y no en el espíritu de esos sistemas humanos.

5. O de la *amonestación,* de la *exhortación* de la *predicación.* (Comp. v. 18; 4:11; 5:7; 6:13). El apóstol reanuda el pensamiento del v. 3, donde se encuentra la misma palabra, para indicar lo que Timoteo debía hacer en Efeso.

6. El *amor,* que es el cumplimiento de la ley (Rom. 13:10), es el *fin* supremo de la redención, por consiguiente también de toda proclamación de la verdad. Este amor de Dios y de los hombres no es compatible más que con un *corazón puro* de todo mal motivo, de todo *egoísmo,* y con una *conciencia* que tiene la paz de Dios. El hombre no puede amar sino a un Dios reconciliado, que ha perdonado; y todo pecado nuevo, del que no se hubiera obtenido perdón, turba la *buena conciencia.* Mas la principal fuente de ese amor es la *fe,* una *fe sincera* (Gr. "sin hipocresía") que no se contenta con las apariencias sin la realidad. Esta fe produce también la buena conciencia. (Véase 1:19; 3:9; 2 Tim. 1:3).

7. O "vanos discursos", por lo que se puede entender las vanas cuestiones de que ha hablado el apóstol en el v. 4. — Se *han apartado,* no solamente de la "fe sincera" (v. 5) sino de todo lo que constituye un verdadero carácter cristiano, tal cual Pablo acaba de describirlo.

8. Este título pomposo de *doctor de la ley* era sin duda el que se atribuían los falsos doctores, lo que muestra que eran cristianos judaizantes. Varios otros pasajes de nuestras epístolas confirman esta opinión. Y sin embargo no entendían ni la ley, ni las cuestiones (v. 4 y 6) sobre las cuales hablaban con tanta fuerza, y cuya solución pretendían hallar en el Antiguo Testamento. Si hubieran comprendido bien la ley,

9 es la ley si alguien usare de ella legítimamente [9]; sabiendo esto,
que para el justo no está puesta la ley, sino para inicuos y rebeldes,
para impíos y pecadores, para impuros y profanos, para parricidas
10 y matricidas, para homicidas, fornicarios, sodomitas, ladrones de
hombres, mentirosos, perjuros [10] y si alguna otra cosa se opone

de observar que, en este triste catá-habrían comprendido también mejor el evangelio. (Vers. 8).

9. Por esta antítesis en las palabras: "la *ley* es buena si alguno usare de ella *legítimamente*", el apóstol quiere decir que la ley alcanza su objeto cuando el hombre penetra hasta su esencia misma, y la entiende en su profunda espiritualidad, cuando siente su santa influencia, cuando es llevado por ella al conocimiento de su pecado y de su corrupción. (Rom. 7:7, 10, 14, notas). El Salvador apelaba también a este uso de la ley cuando remitía sus oyentes a ella y les decía que tendrían la vida si *pudieran* cumplirla. (Luc. 10:28; 18:20 y sig.; comp. Rom. 10:5, nota). Mas la ley cesaba de ser *buena* cuando debía servir a vanas especulaciones, y sobre todo cuando, interpretada en un sentido externo y material, al estilo de los fariseos, no servía más que para alimentar la ilusión de una orgullosa justicia propia. (Véase Mat.19 :20).

10. Para comprender este pasaje sobre el destino de la *ley*, es necesario recordar la enseñanza apostólica relativa a la justificación. El que el apóstol llama el *justo* (v. 9), no es jamás el hombre que ha llegado a cierto grado de justicia propia por la observancia de la ley (Rom. 3:20, nota), sino el creyente que es *justificado* delante de Dios por la fe. (Rom. 1:17, nota; 3:24, nota). Esta justificación, fruto de su reconciliación con Dios, hace al cristiano capaz de *amar* la ley de Dios, porque ama a Dios; ahora bien: "El amor es el cumplimiento de la ley". (Rom. 13:10). El Espíritu de Dios, derramado en ese corazón regenerado, se hace en él una ley viviente; la ley escrita, con sus prescripciones y sus condenaciones, no le rige ya, si no es para ejercer cada vez más completamente en él su ministerio de muerte (Rom. 7:10, nota), y para arrojarle más enteramente a la fe. El fin de la ley es alcanzado cuando se ha hecho superflua por su acción misma. (Rom. 6:14, nota; Gál. 5: 18). Mas no es así para el inconverso a quien la ley no ha hecho *sentir* aún su pecado; la ley es especialmente *para él*. Y el apóstol escoge intencionalmente los términos más fuertes, cita las transgresiones más groseras, a fin de hacer sentir tanto más vivamente el error de los falsos doctores que se jactaban de la ley, aunque desconociendo su espiritualidad, y que la consideraban como superior al evangelio de la gracia, por el cual sólo, sin embargo, llega el hombre a cumplir realmente la voluntad de Dios. Al mismo tiempo, Pablo deja entrever (como en Rom. 2:17, sig.) que los que, en su ceguedad y su orgullo, se jactan de la ley, son los primeros violadores de la ley. — Se puelogo de los transgresores de la ley, el apóstol nombra primero (en seis términos diversos) los que pecan contra Dios y las cosas santas, luego los que violan sus obligaciones respecto del prójimo. En esta última enumeración, sigue aproximadamente el orden de la segunda tabla del decá-

11 a la sana doctrina [11], según el evangelio de la gloria del Dios
dichoso que a mí me ha sido confiado [12].

II. 12-17. La eficacia de la gracia probada por la experiencia de Pablo. — 1º La grandeza de la misericordia divina aparece en el hecho de que Pablo ha sido llamado al servicio de Aquel al que había blasfemado, perseguido; puesto que tal misericordia le ha sido hecha y que esa gracia ha sobreabundado, produciendo en él la fe y el amor, es bien evidente que Jesucristo ha venido para salvar a los pecadores. (12-15). — 2º El objeto de esa misericordia era el de manifestar, en el ejemplo de Pablo, toda la longanimidad de Dios para con los que creyeren; a este respecto entona Pablo un cántico de alabanza. (16, 17).

12 Mas doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro
Señor, de que me consideró fiel poniéndome para el ministerio [13],

logo. — Sobre estas palabras *ladrones de hombres*, comp. Ex. 21:16, donde se trata de hombres que se robaban para venderlos como esclavos. Este crimen aún no ha desaparecido de la tierra.

11. No se esperaba aquí esta palabra de *sana doctrina*, sino más bien alguna expresión relativa a la moral y a la práctica del bien. Mas, para los escritores sagrados, la doctrina, o la verdad, es inseparable de la santidad, y el error íntimamente unido al pecado. Así el término mismo de sana doctrina, que aparece a menudo en las epístolas pastorales (6:3; 2 Tim. 1:13; 4:3; Tito 1:9-13; 2:1, 2), supone que puede haber una doctrina moralmente *malsana*, nociva a la salud del alma. (6:4 2 Tim. 2: 16, 17). Por esto también se encuentra tan a menudo en estas cartas la idea de que la *fe* no podría existir sin la *buena conciencia*. Vers. 5, nota).

12. Estas palabras: *según el evangelio*, no se refieren solamente a lo que inmediatamente precede, como si debieran caracterizar la "sana doctrina", sino a todo el pensamiento expresado en los vers. 8-11 sobre el verdadero destino de la ley. El evangelio confirma ese destino poniendo la ley en su verdadero lugar, mostrando que el hombre, humillado, condenado por esa ley, no puede luego ser salvado sino por la gracia. — Por esto mismo este evangelio es tan *glorioso* a los ojos del apóstol: el *evangelio de la gloria del Dios dichoso*. Proclama la *gloria*, la misericordia, el amor de este *Dios* soberanamente *dichoso*, que quiere, por el evangelio, comunicar esa *dicha* suprema a pobres y miserables criaturas.

13. Gr. 'para el servicio". — La mención del evangelio que le ha sido confiado (v. 11) conduce a Pablo a proclamar la perfecta gracia de ese don, que él opone a los méritos adquiridos por medio de la ley. (Vers. 8 y sig.) Ahora bien: la manera más impresionante de expresar esta verdad, es seguramente mostrarla realizada en un *hecho*, en su propia historia que recuerda aquí (v. 12-17), para inferir la gran afirmación del v. 15. Así se explica y se justifica esta aparente digresión que entra perfec-

13 al que era antes blasfemo y perseguidor e injuriador [14] pero al-
14 cancé misericordia porque ignorando lo hice en incredulidad [15],
mas sobreabundó la gracia de nuestro Señor con la fe y el amor
15 que es en Cristo Jesús [16]. Fiel es la palabra y digna de toda
aceptación [17]: que Cristo Jesús vino al mundo a salvar pecadores,
16 de los que yo soy el primero [18]; pero por esto alcancé misericordia,
para que en mí el primero demostrara Jesucristo su longanimidad
17 toda para ejemplo de los que habían de creer en él para vida

tamente en el conjunto del pensamiento del apóstol. — Por esta *acción de gracias*, Pablo atribuye a *Jesucristo su Señor* toda la *fuerza* que ha puesto luego al servicio de su Maestro. Si menciona su propia *fidelidad*, es seguramente para hacerla remontar a la misma fuente, como lo prueba ampliamente la profunda humildad, el doloroso arrepentimiento con que va a hablar de sí mismo.

14. *Blasfemo* para con Dios y el evangelio de su gracia; *perseguidor* respecto de los hijos de Dios, *injuriador* en su carácter carnal y orgulloso. Pablo nombra sus pecados por el nombre que les coresponde, sin consideración alguna. Cuanto más se humilla, tanto más exalta la gracia gratuita que le salvó. (Vers. 14).

15. Gr. "Porque, ignorante, lo hice por incredulidad". Si la *ignorancia* atenúa su pecado; la *incredulidad* lo agrava. Pablo no quiere pues excusarse por estas palabras, sino al contrario, quiere describir más vivamente aun su profunda miseria. (Vers. 15). La ignorancia comporta la posibilidad de la salvación. (Luc. 23:34, nota). La salvación sólo se hace imposible cuando el hombre, reconociendo la palabra y la obra de Dios como siendo de Dios, las blasfema y las huella. Ese es el pecado contra el Espíritu Santo. (Mat. 12:31, 32).

16. Cuanto mayor era su culpabilidad, tanto más necesario fué que la *gracia sobreabundara* en él para producir la *fe* en lugar de la incredulidad (v. 13), y el *amor* en lugar del odio y la violencia del perseguidor. Todo esto, no se cansa de repetirlo, lo ha encontrado *en Cristo Jesús*.

17. *Fiel* es esta palabra: hermosa expresión propia de nuestras epístolas pastorales. (3:1; 4:9; 2 Tim. 2:11; Tito 3:8). Y porque esa palabra es fiel, es *digna de ser aceptada*, recibida por todos de todo corazón, con la más viva gratitud.

18. Ignoran absolutamente la naturaleza del arrepentimiento los que encuentran exagerada esta expresión de la humildad del apóstol. Si cada cristiano tiene más o menos el sentimiento de que, en último caso, él es el más miserable de todos los pecadores, y debe "estimar los demás más excelentes que sí mismo", ¡cuánto más Pablo, con el terrible recuerdo que acaba de expresar, de haber aborrecido, perseguido, a su Salvador, y blasfemado contra Dios! (Comp. Efes. 3:8 nota). — En cuanto a la grande y magnífica verdad expresada en este versículo, no hace más que repetir, en un estilo que recuerda el de Juan, las palabras del Salvador mismo. (Mat. 18:11; Luc. 19:10).

19. La *misericordia* de que ha sido objeto el apóstol, tenía por objeto establecerle como un *ejemplo* que pudiera servir eternamente para consuelo y aliento de los pecadores más dispuestos a desesperarse. Expresándose así, el apóstol muestra aún una profunda humildad, puesto que da a entender que el objeto de esa divina misericordia no era la salvación *de él*, sino la de los demás. Y al mismo tiempo, ¿qué habría podido decir de más persuasivo, de más conmovedor para probar las riquezas en el evangelio? "Un ejemplo nos hará sentir mejor lo que ha querido expresar. Imaginaos una ciudad populosa todos cuyos habitantes se han tornado en criminales para con su príncipe, los unos más, los otros menos. Entre ellos, hay uno que es, más que todos culpable y digno de condenación. Se anuncia a todos que el rey hace gracia; ninguno lo cree enteramente hasta que ven que ha obtenido también su perdón aquel que es el más criminal de todos; mas después de ese hecho, no hay más duda. Así, dice Pablo, Dios, queriendo probar a todos los hombres que él hace gracia, escoge el más culpable de todos, ejerce para con él su plena misericordia: ¿quién podrá dudar ya?" *Crisóstomo.*

eterna [19]. Y al Rey de las edades, incorruptible, invisible, sólo
Dios, honor y gloria por las edades de las edades. ¡Amén [20]!

III. 18-20. Exhortación al buen combate. — 1º Para alentar a su discípulo en la lucha contra el error, Pablo le recuerda las profecías hechas sobre él. (18). — 2º Su fuerza para el combate estará en la unión de la fe y de una buena conciencia que no se puede abandonar sin naufragar; cita dos ejemplos espantosos de ello. Himeneo y Alejandro. (19, 20).

18 Este mandamiento te encargo, hijo Timoteo, según las pro-
fecías precedentes sobre ti [21]: que combatas por ellas el buen com-

20. Este cántico de alabanza, al cual da salida el apóstol al terminar, tiene el mismo sentido que el de Rom. 11:32 y sig. Una mirada sobre el maravilloso decreto de Dios de salvar el pecador por su pura y libre gracia, arranca al alma de Pablo esos himnos de adoración. Aquí, da a Dios atributos que tienen todos una relación profunda con esta obra de su gracia: le llama *Rey de las edades*, porque antes de todas las edades preparó todo en el consejo de su misericordia para glorificarse, por la salvación de los pecadores, hasta la eternidad; *incorruptible* (no *inmortal*, según nuestras versiones), porque los designios de su amor son invariables, y que promesas no engañan jamás; *invisible*, porque "habitando una luz inaccesible de gloria" (6:16), sus sendas son insondables (Rom. 11:33); *único Dios* (el texto recibido lee *solo sabio*, contra las mejores autoridades), porque ninguno puede oponerse a su voluntad, y porque será siempre el sumo bien de sus hijos, todo en todos. El apóstol se muestra celoso de dar a Dios solo toda la *gloria*, y temería atribuirse la más mínima parte. — Después de haber expuesto así los tesoros del evangelio, incita a su discípulo a combatir por esta verdad divina, poniéndole ante los ojos el ejemplo de los que se pierden falsificándola.

21. Parece que, en las iglesias de Asia, había habido cristianos dotados del don de profecía, que habían anunciado por el Espíritu Santo que Ti-

19 bate[22], reteniendo la fe y una buena conciencia, habiendo desecha-
20 do la cual algunos han naufragado cuanto a la fe[23]; de los que
son Himeneo y Alejandro, los que entregué a Satanás para que
aprendan a no blasfemar[24].

moteo se tornaría en un distinguido siervo de Dios. Es lo que recuerda el apóstol, aquí y en otras partes. (4: 14; 6:12).

22. Gr. *En* (o: *por*) *ellas*, en esas profecías; lo que puede significar: que combatas de modo que cumplas lo que ellas anunciaban; o bien: que combatas con el coraje que ellas te inspirarán. —Por esta *recomendación* vuelve el apóstol a su pensamiento del v. 3. (Comp. v. 5, nota).

23. *La fe y la buena conciencia* son unidas como la causa y el efecti; mas hay siempre acción y reacción de la una sobre la otra. La fe es el gobernalle de la nave, la buena conciencia es su ancla; faltando una u otra en el día de la tempestad, hay terrible peligro de *naufragar*. Es de la más alta importancia, para los cristianos de todos los tiempos, no considerar jamás una doctrina independientemente de la disposición moral que la ha producido, o que ella puede engendrar. (Comp. v. 5, nota).

24. Gr. "A fin de que sean castigados para no blasfemar". (Véase sobre Aljandro 2 Tim. 4: 14; y sobre Himeneo 2 Tim. 2:17). *Entregar a Satanás* es una expresión ya empleada por el apóstol Pablo (1 Cor. 5:5, nota) y que significa excomulgar, separar del cuerpo de la iglesia. Aplica esta medida de rigor, ora a fin de que esos falsos doctores no derramen su veneno entre los fieles, ora en la esperanza de traerlos de nuevo, despertando en ellos el sentimiento de su caída. En uno y otro caso, era poner término a su acción nociva sobre la iglesia. Esta acción es designada por el apóstol como *blasfema*, ora hablasen esos hombres mal de la sana doctrina, ora sus principios constituyeran verdaderamente blasfemias contra Dios.

CAPITULO II

I. *Recomendaciones relativas a las oraciones a hacer por todos los hombres, 1-8.* — II. *Preceptos relativos a la conducta de las mujeres, 9-13.*

I. 1-8. LA INTERCESIÓN POR TODOS LOS HOMBRES. — 1º El deber de las iglesias es, ante todo, dirigir a Dios oraciones por todos los hombres, especialmente por los que los gbiernan, a fin de que aseguren el buen orden social. (1, 2). — 2º Motivos de este deber: Dios lo quiere, porque quiere la salvación de todos, porque él es el único Dios de todos y Jesucristo el único mediador de todos, que se entregó en rescate por todos. 3-6a). — 3º Este testimonio de que Jesús es el Salvador ha sido dado en su tiempo; Pablo ha sido establecido para darlo entre los gentiles: de ahí la autoridad de su exhortación a la oración por todos. (6b-8).

1 Exhorto pues, ante todo, a hacer súplicas, oraciones, interce-
2 siones, acciones de gracias, por todos los hombres[1] por los reyes
y por todos los que están en eminencia, para que llevemos una

1. Pablo no quería solamente dar consejos a Timoteo sobre su actitud respecto de las falsas doctrinas; tenía que hacerle diversas recomendaciones relativas a la vida interna de la iglesia misma. Pasa a este asunto por un *pues* que no introduce precisamente una conclusión lógica de lo que precede, sino que conecta el nuevo asunto que aborda con lo que ha dicho (1:3 y sig.) de la razón por la cual dejó a su discípulo en Efeso. Empieza por instrucciones relativas a las asambleas. Las *oraciones* deben ocupar allí el principal lugar. — Designa esas oraciones a hacerse por diversos nombres que responden a todas las necesidades, según las circunstancias. (Comp. Fil. 4:6). A las *oraciones* ordinarias, a las *súplicas* que son pedidos positivos y más instantes ante Dios en los tiempos malos, el apóstol quiere que se agreguen *intercesiones*, no solamente por hermanos en la fe, sino por *todos los hombres*. Los cristianos deben ser animados de esa caridad que no conoce límites, de esa simpatía por todos los malos, a la que nada de humano queda extraño. Y si una iglesia aboga así delante de Dios la causa de todos, pidiéndole la salvación de todos (v. 4), debe también, sensible a las bendiciones que de otros recibe, dirigir a Dios en el nombre de todos *acciones de gracias*. "Quiere unir todos los hombres, no solamente por la oración, sino por acciones de gracias. En efecto, el que puede bendecir a Dios de todo el bien que acontece al prójimo, debe amarle y considerarle como un amigo". *Crisóstomo*. Se comprenderá mejor la importancia de estos preceptos, si se piensa en el estado del mundo de entonces. El conocimiento de un solo Dios, que ama a todos los hombres, que llama a todos a la salvación (v. 3 y 5); el sentimiento de una miseria común que no podía hallar remedio sino en la gracia de un Salvador muerto por los pecados del mundo entero (1 Juan 2:2): eran éstas verdades enteramente ignoradas fuera del cristianismo. Aun los judíos, en su estrecho particularismo, no habían sabido hallarlas en las escrituras del Antiguo Testamento, donde están sin embargo claramente enunciadas; y los falsos doctores judaizantes, que, procuraban propagar sus errores en las iglesias de Asia, no podían sino obscurecer más aun esas grandes y preciosas verdades. La iglesia debía ponerlas en evidencia, y esto por actos solemnes de su culto, por sus oraciones, más impresionantes que todas las enseñanzas. Mas, ¿quién no ve cuán necesarias son todas estas recomendaciones para todos los tiempos, en presencia del egoísmo del corazón humano, tan inclinado a olvidarlas? Ellas son inspiradas por un espíritu misionero que se manifestará con potencia en todas las iglesias donde fueren puestas fielmente en práctica.

3 vida quieta y tranquila, en toda piedad y honestidad [2], pues esto
4 es bueno y agradable en presencia de Dios nuestro Salvador, que
quiere que todos los hombres sean salvados y lleguen al conoci-
5 miento de la verdad [3]. Hay, en efecto, un solo Dios [4]; un solo me-

2. No se podría orar "por todos los hombres" sin hacerlo especialmente por los que los gobiernan, y de los cuales depende en tan gran parte la dicha o la desdicha de todos. El orden externo, mantenido por las autoridades, es un beneficio de Dios; es el único medio de *llevar una vida quieta y tranquila,* y el cristiano debe apreciar altamente este bien. Debe orar por los que lo dispensan, aun cuando le parecieran muy poco dignos de su interés, lo que era el caso, realmente, de las autoridades paganas del tiempo del apóstol. Por lo demás, es evidente que el primer objeto de esas oraciones por los reyes y los que están en dignidad, debe ser su conversión a Dios. (Vers. 4).

3. Estas oraciones por todos son una cosa *buena y agradable a Dios.* Este pensamiento es para el cristiano el motivo supremo de todos sus actos. Mas el apóstol agrega a esa consideración la razón por la cual es eso agradable a Dios: es porque, en su misericordia infinita, quiere la *salvación de todos los hombres,* y así se digna asociar a su amor los que ya ha salvado. (*Dios nuestro Salvador,* 1:1, nota). — Esta enseñanza tan clara y tan hermosa de que Dios quiere la salvación de todos los hombres hay que cuidarse de violentarla para acomodarla al espíritu de ningún sistema. (Comp. Tito 2:11). Decir con nuestros reformadores que Pablo tiene aquí en vista todos los *pueblos,* todas las *clases* (porque acaba de hablar de los reyes), y no los individuos, es ponerse en oposición con la recomendación contenida en el v. 1 y quebrar la unidad del pensamiento apostólico. Distinguir un consejo *universal* de Dios, que se manifiesta por el llamamiento dirigido a todos por medio del evangelio, y un consejo *particular,* que nos queda oculto, es una pura contradicción, que quita a esas palabras toda su verdad y su sinceridad. Mas puesto que, por otra parte, es bien evidente que los hombres no *llegan todos al conocimiento de la verdad,* estas palabras nos obligan a reconocer que la condenación de los impíos, como toda oposición a la voluntad de Dios, como la primera caída del hombre, encierra para nosotros un misterio impenetrable. Mas por sobre ese misterio se cierne una doble verdad, que resulta claramente del pensamiento de nuestro pasaje; que, por una parte, los que se pierden no podrán atribuir su ruina sino a sí mismos, y no a Dios; y que, por la otra, la salvación de los elegidos de Dios será reconocida como la obra de su libre gracia. De todas maneras, a Dios será la gloria, y al pecador la confusión.

4. Dios único, Dios de todos igualmente. (Rom. 3:29, 30). Este pensamiento debe motivar el precedente, como lo indica el "en efecto".

5. *Mediador* para todos. Cómo lo ha sido, el apóstol lo enseña aquí mismo. (Vers. 6; comp. Hebr. 9:14, 15). Establecer entre Dios y los hombres otros mediadores, ora sobre la tierra, ora en el cielo, es dar un desmentido a estas palabras, y negar en parte a Jesucristo y su obra. Esta

diador también entre Dios y los hombres [5]: Cristo Jesús, hombre [6],
6 que se dió a sí mismo como rescate por todos [7], el testimonio para
7 sus propios tiempos [8], para el que yo he sido puesto predicador y
apóstol —verdad digo, no miento [9]—, maestro de los gentiles en
8 la fe y en la verdad [10]. Quiero pues que oren los varones [11] en
todo lugar [12], levantando manos puras sin ira y sin vacilación [13].

palabra "mediador" sólo se encuentra, bajo la pluma de Pablo, aquí y en Gál. 3:19, 20. Mas la epístola a los Hebreos la emplea varias veces. (8:6; 9:15; 12:24).

6. El apóstol acentúa particularmente la *humanidad* de Jesucristo, porque no podía ser mediador más que siendo *hombre.* Era necesario que perteneciera al mismo tiempo a las dos partes que debía reconciliar en su persona. (Hebr. 2:14; 4:15). Por su humanidad, es el segundo Adán, el tronco de una humanidad nueva, "el Hijo del hombre". (Mat. 8:20, nota). Así también confirma el apóstol la idea de una salvación para todos, realizada en Cristo Jesús.

7. Mat. 20:28. El *rescate,* o *precio de rescate,* era la suma que se pagaba para redimir los esclavos o los prisioneros de guerra. El que Cristo pagó, en su propia vida. (Tito 2:14; 1:18, 19, etc.). Aquí nuevamente repite el apóstol que el rescate pagado por Cristo, según la intención de Dios (v. 4) es suficiente *para todos.*

8. Gr. "Testimonio (reservado) a sus propios tiempos". La redención de la humanidad por rescate de Jesucristo, no podía ser *testificado,* predicado, sino *en su tiempo,* es decir después que hubiera sido cumplido según el plan de Dios. (6:15; Tito 1:3; Gál. 6:9; Actos 17:26; Efes. 3:5).

9. El texto recibido añade a estas palabras: *digo la verdad,* éstas: *en Cristo,* tomadas de Rom. 9:1. — Esta afirmación solemne de su apostolado no era necesaria para Timoteo, sino para los adversarios.

10. Para instruirlos en la *fe* y en la *verdad.* Otros piensan que estas palabras caracterizan la *fidelidad* y la *veracidad* con que Pablo desempeña su apostolado. Esta interpretación no es admisible. Se trata de la fe como elemento subjetivo de la vida cristiana y de la *verdad* revelada, que es su elemento objetivo. Pablo apela a su vocación como *predicador, apóstol y doctor* (términos intencionalmente acumulados) *de los paganos,* para probar la universalidad de la salvación ofrecida por el evangelio (v. 3), así como antes apelaba (1:12-16) a su conversión para establecer la condición gratuita de la misericordia de Dios para con los mayores pecadores. Este género de argumentación tiene mucha fuerza, pues en toda la historia de su reino Dios manifiesta por hechos sus designios y su voluntad.

11. Los *varones* solos, por oposición a las *mujeres* (v. 9), conforme al significado de la voz griega. Se trata aquí de las asambleas públicas. (Vers. 12). — Por estas palabras el apóstol vuelve a su recomendación del v. 1.

12. En todas las asambleas, y dondequiera que se encuentren, puesto que Dios está presente en todas partes para oírlos. — Estas palabras prueban también que en la iglesia apostólica todos los *hombres,* todos los que tenían el don de la oración, tenían derecho de ofrecer a Dios las

II. 9-15. ACTITUD DE LAS MUJERES EN LA IGLESIA. — 1º Deben ser modestas y sin lujo en su atavío, adornadas de buenas obras, silenciosas en las asambleas, sujetas a sus maridos. (9-12). — 2º Pablo motiva esta actitud de la mujer por el hecho de que ella fué creada para el hombre y no el hombre para la mujer, y también por el hecho de que la mujer ha sido causa de la caída; sin embargo se rehabilita cumpliendo las funciones de la maternidad y llenando los deberes de la vida ordinaria. (13-15).

9 De igual manera las mujeres se atavíen en hábito decente,
con pudor y modestia, no con trenzas y con oro o con perlas o
10 atavío de mucho precio, sino —lo que conviene a mujeres que
11 profesan piedad—, de buenas obras [14]. Una mujer aprenda en
12 silencio, en toda sujeción; mas no permito a una mujer enseñar
13 ni dominar sobre un varón sino estar en silencio [15]. Adán, en
14 efecto, fué formado el primero, luego Eva [16]. Y Adán no fué en-
15 gañado, mas la mujer, engañada, cayó en transgresión [17]; mas será
salvada teniendo hijos, si ellas permanecieren en la fe y en el
amor y en la santificación con modestia [18].

demandas de la asamblea. No se conocía aún el oficio exclusivo del sacerdote o del pastor.

13. *Elevar las manos* orando, como para recibir de Dios lo que se le pide, era una costumbre israelita. (Sal. 28:2; 44:21; Sal. 141:2). Estas palabras parecen indicar que los primeros cristianos tenían la misma costumbre. Mas, lo que importa más, esas manos debían ser *puras*. (Gr. "santas") y el corazón libre de pasiones. La oración es enteramente incompatible con los malos sentimientos del corazón, y con las divisiones en el seno de un rebaño. "Es la caridad la que escucha la oración, es ella que debe formarla". *Quesnel.*

14. Según las costumbres orientales, era ya una grande libertad para las mujeres el parecer en asambleas públicas. Los apóstoles tenían pues razón al desear que evitasen en su atavío todo lo que se hubiera podido prestar a la calumnia de parte de los adversarios de la fe (1 Pedro 3:3-5), y que en general su vida fuera adornada, no de objetos de lujo, alicientes de la vanidad, sino de *buenas obras*, que sirvieran a la edificación. Sería poco conforme al evangelio, que es la ley de la libertad, querer constreñir a las mujeres cristianas a observar al pie de la letra estos preceptos que pueden variar según los tiempos, las costumbres y las posiciones; mas ciertamente el espíritu de estas recomendaciones es universalmente violado en nuestros tiempos. Es sencillamente escandaloso ver a una mujer que hace profesión de piedad, que procura atraer hacia sí las miradas por su lujo y que se muestra esclava de la moda.

15. Véase Cor. 14:34, 35, nota.

16. El apóstol muestra el destino de la mujer en lo que el Génesis (cap. 2) nos cuenta de su creación. Como ayuda y compañera del hombre, debía, desde el origen y según la intención del Creador, estar en dependencia de su marido. El mismo argumento se encuentra en otro lugar bajo la pluma de Pablo. (1 Cor. 11:8).

17. En la historia de la caída (Gén. 3), más aun que en la de la creación, aparece esta naturaleza de la mujer, más débil, más movible, más fácilmente conmovida, que justifica su dependencia. (Comp. 2, Cor. 11:3).

18. El apóstol no permite a la mujer enseñar en la iglesia, ni desplegar en ella ninguna actividad pública. (Vers. 11, 12). En cambio, le asigna su verdadero lugar, ora en el círculo de la familia, ora en la vida cristiana. Ser madre, educar sus hijos para el cielo, darles el ejemplo de la *fe*, de la *caridad*, de la *santidad*, de la *modestia*, he ahí su destino. Por ello, queda libre de la maldición pronunciada sobre ella después de la caída (Gén. 3); sus dolores, sus humillaciones, sus renunciamientos se tornan para ella en bendiciones, y *será salvada* aunque sea el primer autor del pecado. (Vers. 14). Tal es la explicación más habitual de estas palabras obscuras: "La mujer será salvada por el parto". Otros comentadores piensan que se trata aquí especialmente de Eva (v. 13 y 14) cuya posteridad quebrantará la cabeza de la serpiente. (Gén. 3:15). "La mujer producirá la salvación para el hombre, recogiéndola para sí misma, *por el parto* de la simiente que le fué prometida". *A. Monod.* Lo que dice de Eva, tipo de la mujer, el apóstol lo extiende a todo su sexo. Esta transición es marcada en el original por el paso repentino del singular al plural. "Ella (la mujer) será salvada por el parto, con tal que perseveren (las mujeres) en la fe". — Sea lo que fuere, es evidente que el apóstol no ve la causa de la salvación de la mujer en su vocación de madre, puesto que le muestra, como a todo pecador, el camino de la salvación en la *fe*, el *amor*, la *santidad* y que le pide que *persevere* en esas virtudes añadiendo la *modestia*. Ha recomendado ésta a propósito del vestido (v. 9); la menciona nuevamente, porque debe imprimir su carácter a todo el ser moral de la mujer, a su piedad, a su actividad cristiana.

CAPITULO III.

I. *Cualidades requeridas para el cargo de anciano, 1-7.* — II. *Para el de diácono, 8-13.* — III. *El objeto de estos preceptos es que Timoteo sepa cómo debe obrar en la iglesia, 14-16.*

I. 1-7. LO QUE DEBEN SER LOS ANCIANOS U OBISPOS. — 1º Excelencia de este cargo. (1). — 2º Calificación del anciano en su carácter y en su conducta moral. (2, 3). — 3º Debe gobernar bien su casa para poder gobernar

la iglesia de Dios. (4, 5). — 4º No debe ser un recién convertido, y debe tener buen testimonio de parte del mundo. (6, 7).

1 Fiel es la palabra [1]: si alguien aspira a un obispado [2] buena
2 obra desea [3]. Es necesario, pues, que el obispo sea irreprochable,
marido de una sola mujer [4], sobrio [5], templado [6], decente [7], hospi-
3 talario [8], apto para enseñar [9]; no dado al vino, no peleador [10], sino

1. Gr. *"Fiel"*. (Véase 1:15, nota).

2. "Si alguno aspira a un episcopado", es decir, literalmente, a una *inspección* en la iglesia. La palabra obispo (v. 2) significa *sobreveedor, inspector*. Según Actos 20:17 y 28; Tito 1:5 y 7, es de toda evidencia que los títulos de *obispo* y de *anciano* designaban las mismas personas y el mismo cargo (véase Actos 20:17, nota); y, según Fil. 1:1; 1 Tim. 4:14, no es menos evidente que había en cada iglesia varios de esos obispos o ancianos formando el cuerpo de ancianos o presbiterio (de *presbyteros*, anciano). Solamente después del siglo apostólico se ve aparecer una diferencia entre estos dos cargos y una superioridad del obispo sobre los ancianos. Las instrucciones que el apóstol consigna aquí para el *obispo* se dirigían pues a todo miembro del cuerpo de ancianos.

3. Cuanto más *excelente* (Gr. *"hermoso* o *bueno"*) elevado y santo era el cargo, tanto más necesario era apartar de él todos los que lo hubieran pretendido por malos móviles, e insistir sobre las cualidades requeridas de los verdaderos siervos de la iglesia.

4. Esta prescripción parece dirigida contra la poligamia, admitida entre los paganos, y de que había aún entonces ejemplos entre los judíos. Condena igualmente el divorcio, seguido de su segundo matrimonio viviendo aún la primera mujer, y en general todas las relaciones ilegítimas con personas de otro sexo. (1 Cor. 9:5, nota). — Varios comentadores modernos se niegan a ver en estas palabras la prohibición de la poligamia o de las relaciones ilícitas, porque tal prohibición sería demasiado evidente para no ser superflua. Piensan que Pablo exige del obispo que no haya contraído segundo matrimonio después de la muerte de su primera mujer. Mas en nuestra epístola misma (5:14), el apóstol exhorta a las viudas jóvenes a casarse de nuevo. No ve pues nada de censurable en una segunda unión. La recomendación que hace respecto del obispo (aquí y en Tito 1:6), de los diáconos (v. 12) y de las viudas (5:9) parecerá menos superflua si se considera la extrema licencia de las costumbres de aquel tiempo y la frecuencia de los divorcios. (Comp. v. 3, nota). — Sea cual fuere por otra parte el sentido que se dé a estas palabras, se oponen al celibato de los sacerdotes, tal como lo ha instituído la iglesia católica. Por esto algunos comentadores católicos han pretendido que *marido de una sola mujer* significaba "pastor de una sola iglesia". — La iglesia griega ve en este pasaje la prohibición de un segundo matrimonio para el obispo; pero ve también para él la orden positiva de ser casado.

5. Esta palabra significa también *vigilante*. (1 Tes. 5:6; 1 Pedro

4 moderado, no contencioso, no amante del dinero [11]; que gobierne
bien su propia casa, teniendo hijos en sujeción con toda hones-
5 tidad; —mas si alguien no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo
6 cuidará de la iglesia de Dios [12]?— no un recién convertido [13], no

5:8). Mas aquí, en su relación con la palabra siguiente (templado), indica la *sobriedad* del cuerpo y del espíritu. (Vers. 11: Tito 2:2).

6. Moderado, sabio, exento de esas pasiones que turban la justicia del juicio.

7. Ordenado, de conducta decente. "Esta cualidad es, por fuera, lo que la *templanza* es por dentro". *Bengel.*

8. Ejercer la *hospitalidad* era mirado por los antiguos como un deber sagrado; para los primeros cristianos, a menudo expulsados por la persecución, a menudo en viaje para extender el evangelio, era precioso hallar en todo lugar hermanos para acogerlos. Los miembros de las iglesias tenían así frecuentemente la ocasión de ejercer la hospitalidad; los apóstoles les recuerdan a menudo este deber. (Rom. 12:13; 1 Pedro 4:9; Hebr. 13:2; comp. Mat. 25:35). Hoy, la facilidad de los viajes ha hecho olvidar demasiado esta obligación, que puede ser acompañada de bendiciones muy superiores al beneficio material de la hospitalidad misma.

9. Comp. 5:17, nota; Tito 1:9, nota, y sobre todo 2 Tim. 2:24, donde aparece el mismo término. Aunque la palabra era permitida en las asambleas a todos los que tenían un *don* a ejercer para la edificación común, Pablo exige aquí del obispo otra cosa, a saber, la instrucción y el talento de comunicarla, cualidades sin las cuales ninguno es *apto para enseñar*.

10. Para comprender cómo el apóstol no desdeña mencionar vicios groseros, como la *ebriedad*, la *violencia* (Gr. "pronto a herir"), hay que recordar que los cristianos de entonces estaban rodeados de todas las inmoralidades del paganismo, y que ellos mismos habían vivido en ellas hasta su conversión, de modo que las costumbres entre ellos no podían elevarse de golpe a una altura que hubiera hecho superfluas tales recomendaciones. — El texto recibido agrega estas palabras: "no ávido de ganancia deshonesta" (comp. v. 8 y Tito 1:7) que no son auténticas. Mas la idea se encuentra en nuestro versículo mismo.

11. Estas últimas cualidades indican precisamente lo contrario de los vicios condenados en las palabras que preceden, y se encuentran recomendadas a todos los cristianos en Tito 3:2. (Comp. 2 Tim. 2:24).

12. A menudo es mucho más fácil a un pastor *gobernar una iglesia* que *su propia casa*, donde la vista diaria de sus propios defectos sorprende a todos los que le rodean, los escandaliza y arruina su influencia. Mas el que no es fiel en las cosas pequeñas no podría serlo en las grandes. (Luc. 16:10). En este caso, la fidelidad aparente en los deberes de la iglesia viene más de un celo carnal y del deseo de agradar a los hombres, que del amor de Dios y de nuestros hermanos. A menudo también, a fuerza de dar todos sus cuidados, su tiempo, sus fuerzas a las cosas de afuera, se descuida las de adentro, y se

7 sea que, inflado de orgullo, caiga en el juicio del diablo[14]. Es
necesario también que tenga buen testimonio de los de afuera,
para que no caiga en el vituperio y en la trampa del diablo[15].

II. 8-13. LO QUE DEBEN SER LOS DIÁCONOS. — 1º En su carácter moral y su vida religiosa. (8-10). — 2º Preceptos relativos a las mujeres que sirven en la iglesia. (11). — 3º Volviendo a los diáconos, el apóstol prescribe lo que deben ser en sus propias familias y en su servicio, a fin de obtener un grado honorable en la iglesia y gran libertad en su fe en Cristo. (12, 13).

8 Los diáconos, de igual manera, honorables[16], no dobles en

destruye con una mano el bien que se querría hacer con la otra. Este precepto apostólico es, pues, de la más alta importancia.

13. Gr. "neófito"; literalmente: "recién plantado". (Comp. 1 Cor. 3:6-9). En el momento de la fundación de las iglesias, hubiera sido difícil excluir de todo empleo a los *recién convertidos*. Mas los rebaños que Pablo tiene aquí en vista subsistían desde largos años. Después de la muerte de los primeros ancianos, que los apóstoles mismos habían instituído, Pablo quería que fueran reemplazados por hombres probados, y que los rebaños que se formaban aún recibieran también conductores semejantes. ¡Qué sabiduría en este consejo! Aun para la vida interna de todos los cristianos, es necesario que la tribulación produzca la paciencia, y la paciencia, la experiencia o el estado de un alma *probada* (Rom. 5:4); ¡cuánto más necesario es esó al hombre que debe ser el conductor de sus hermanos! Estas prescripciones apostólicas son muy particularmente indispensables en los tiempos de despertamiento en el seno de la iglesia. "Lo que Pablo dice aquí escribía Calvino, lo experimentamos nosotros hoy. No solamente los recién convertidos tienen un ardor temerario, sino hinchados de una loca confianza en sí mismos, como si pudieran volar sobre las nubes. No sin razón pues deben ser alejados del episcopado, hasta que hayan descendido de la altura de su espíritu".

14. No le acontezca, a causa de su *orgullo*, como a Satanás que fué precipitado de su altura al abismo, para el *juicio* de Dios. O bien: que no caiga bajo el *juicio*, es decir bajo las calumnias que el diablo (el *calumniador*) ejerce por los enemigos del evangelio. (Comp. v. 7). Como los dos hechos son posibles, ambas interpretaciones son admisibles.

15. Aun *los de afuera* (1 Cor. 5: 12, 13; nota; Col. 4:5) deben ser forzados, al ver la vida de un obispo, a darle un *buen testimonio*. Sin esto, el *oprobio* de su conducta recaería sobre su ministerio y sobre el evangelio, y sería para él mismo, en más de un respecto, un *lázo del demonio* que podría acarrear su ruina. Los recién convertidos (v. 6) cuya vida precedente ha dado escándalo, deben encontrar en esta consideración un motivo de no apresurarse a ocupar en la iglesia un lugar que los ponga en evidencia, sino buscar más bien el silencio y el retiro en una humilde comunión con Dios, único que conoce los corazones.

palabra[17], no dados a mucho vino, no ávidos de vergonzosa ga-
9 nancia[18]; reteniendo el misterio de la fe en una conciencia pu-
10 ra[19]. Y éstos también sean primero probados, luego sirvan si
11 fueren irreprensibles[20]. Las mujeres, de igual manera[21], hono-
12 rables, no caluminadoras, sobrias, fieles en todo[22]. Los diáconos
sean maridos de una sola mujer[23], gobernando bien sus hijos y
13 sus propias casas[24]. En efecto, los que han servido bien adquie-
ren para sí un buen grado y mucha osadía en la fe que es en
Cristo Jesús[25].

16. Se ve en Actos 6 cuál fué la institución y el oficio de los *diáconos*. Aunque especialmente encargados del cuidado de los pobres y de la distribución de las limosnas, estaba en la naturaleza de las cosas que su fe, su piedad, su caridad hicieran de ellos los colaboradores de los obispos o ancianos en la dirección de las almas y, en general, en todo lo que atañía a la edificación de la iglesia. En sus relaciones con sus hermanos, no debían limitarse a una obra completamente externa, a socorros en dinero, que no son sino los medios de la verdadera caridad. De ahí la importancia que el apóstol atribuye a las cualidades requeridas para ese cargo.

17. Conduciéndoles su cargo sin cesar al interior de las familias, los diáconos debían inspirar a todos entera confianza por la rectitud y el candor de sus *palabras*. Ser *doble de palabra* es decir ora una cosa, ora lo contrario.

18. Véase v. 3.

19. La *fe*, ora en su naturaleza, ora en su objeto, es un *misterio* para la razón humana y para el mundo (Comp. v. 16 y 1 Cor. 2:7, nota). Cuanto más escapa este precioso tesoro a las miradas, tanto más necesario es el *conservarlo en una conciencia pura*, como en un vaso digno de lo que contiene. (Comp. sobre esta relación de la fe y una buena conciencia 1:5 y 19, notas).

20. Véase v. 6, nota.

21. Nuestras versiones ordinarias (Calvino, Lutero) traducen: "*sus* mujeres" y entienden así las mujeres de los diáconos, a los cuales el apóstol vuelve luego. (Vers. 12). Este sentido es tanto más admisible cuanto que, muy probablemente, las mujeres de los diáconos asistían a sus maridos en el cuidado de los pobres, sobre todo de las personas de su sexo. Los padres de la iglesia, y algunos exégetas modernos, piensan que el apóstol habla aquí de las *diaconisas* propiamente dichas (Rom. 16:1) y dan por razón: 1º que Pablo no dice *sus mujeres*; 2º que estas exhortaciones sólo conciernen a personas que ejercen cargos en la iglesia; 3º esta recomendación de ser *fieles en todo*, es decir, en sus deberes especiales.

22. *Sobrias* podría traducirse por vigilantes (Vers. 2, nota).

23. Véase v. 2, nota.

24. Véase v. 5, nota.

25. Un *buen grado* puede designar la consideración y la confianza de que disfrutaban ante la iglesia los que habían *servido bien*, o un empleo más elevado. Era natural que se eligieran los obispos o ancianos entre los diáconos que habían probado su fidelidad y adquirido una pre-

III. 14-16. LA IGLESIA DE DIOS. EL GRAN MISTERIO DE PIEDAD. — 1º El propósito del apóstol, al escribir, es que su discípulo sepa cómo conducirse en la iglesia de Dios, columna y apoyo de la verdad. (14, 15). — 2º Esto es tanto más importante cuanto que se trata del gran misterio de piedad, Cristo manifestado en carne y glorificado en toda su obra. (16).

14 Esto te escribo esperando ir a ti más pronto; mas si demo-
15 rare, para que sepas cómo es necesario conducirse en la casa de
Dios [26], la cual es la iglesia del Dios viviente, columna y apoyo de
16 la verdad [27]. Y, sin controversia, grande es el misterio de la pie-

ciosa experiencia en su cargo. Una *grande osadía* o *libertad en la fe* es esta firme certidumbre de la salvación ante Dios, que aumenta con las experiencias y la fidelidad en la vida cristiana (Comp. 1 Juan 3:21). — Tal es, creemos, el sentido más natural de estos dos pensamientos del v. 13. Otros intérpretes los aplican ambos a las funciones bien desempeñadas de los diáconos: un grado honorable en la iglesia y una libertad de acción tanto más grande. Otros, al contrario no ven más que un progreso en su vida espiritual. Así: 1º un grado superior en la felicidad futura y 2º más libertad ante Dios. El primero de estos dos pensamientos es completamente extraño al texto.

26. Esta carta debía servir a Timoteo al mismo tiempo de instrucción para sí mismo y de legitimación ante las iglesias, a fin de que, de todas maneras, pudiera reformar los abusos, oponerse al error, confirmar la verdad, hasta la llegada de Pablo, quien expresa la esperanza de *ir pronto* a Asia. Es dudoso, sin embargo, que haya podido hacerlo. (Véase la introd.) La iglesia es llamada *la casa de Dios* (Efes. 2:1-22; 1 Pedro 2:5), porque Dios mora en ella, realizando en ella aquello de que el templo de Jerusalén ofrecía el símbolo (2 Cor. 6:16). El pueblo de Dios es su templo viviente sobre la tierra (Heb. 3:6; 1 Pedro 4:17; 1 Cor. 3:16).

27. Si admitimos como la verdadera construcción aquella según la cual estos gloriosos epítetos de *columna y apoyo de la verdad* se aplican a la *iglesia del Dios viviente*, es evidente que Pablo se sirve de ellos para inspirar a Timoteo y a todos los siervos de esa iglesia el más profundo sentimiento de la importancia de sus funciones y de la terrible responsabilidad que pesa sobre ellos. Si la palabra de Dios es, ella sola, la *fuente* de la verdad, la iglesia del Dios viviente, la sociedad y la comunión de sus hijos sobre la tierra es su *columna* y su *apoyo*, no solamente porque la iglesia es depositaria de este tesoro divino, sino porque la verdad, vivificada en la iglesia por el Espíritu Santo, se propaga por medio de ese testimonio perpetuo, que corresponde al de la palabra revelada, la explica y la confirma. Así, por el ministerio que Dios ha establecido en su seno, y por el vivo testimonio que ella da en medio del mundo, "la verdadera iglesia de Jesucristo es la madre de todos los hombres piadosos, puesto que ella los regenera por medio de la palabra de Dios, los educa en toda su vida, los afirma y los conduce hasta la perfección". *Calvino.* Tal es el sentido de este pasaje en su construcción ordinaria, que atribuye a la *iglesia* esa grande misión de ser "la columna y el apoyo de la verdad"; mas hay otra, sostenida por excelentes intérpretes, según la cual estas últimas palabras se aplicarían, no a la iglesia, sino al *misterio de la piedad* (v. 16). He aquí, en este pensamiento, cómo habría que construir los v. 15 y 16: Para que, si demorare, sepas cómo es necesario conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente. Columna y apoyo de la verdad, y, sin controversia, grande es el misterio de piedad: Dios manifestado en carne, justificado en Espíritu, etc.". Que la manifestación de Dios en carne sea la columna y el fundamento de la verdad, es evidente y confirmado en todas partes en las escrituras (1 Juan 4:2). Esta figura es más rigurosamente verdadera y de un sentido más profundo aplicada al misterio de piedad que si es aplicada a la iglesia. Se reprocha a esta construcción el hacer la frase menos fluyente; mas el estilo de Pablo ofrece muchos otros ejemplos de esta rudeza. Se objeta también que esta construcción desprende el pensamiento de lo que precede; es verdad, pero es esto el principio de una segunda enseñanza, que prosigue en el capítulo siguiente, donde está destinada a combatir errores tendientes a negar o falsear el gran misterio de piedad, columna y apoyo de la verdad. Una y otra interpretación pueden defenderse y encierran un gran pensamiento para meditar.

dad: Dios ha sido manifestado en carne [28], justificado en Espíritu,
visto por ángeles, predicado entre los gentiles, creído en el mundo,
tomado en alto en gloria [29].

28. Antes de explicar este pasaje importante (véase la nota siguiente), es necesario observar que presenta tres variantes que han ocupado mucho la crítica, la primera, la del texto recibido, tiene: "*Dios* manifestado en carne"; la segunda se expresa así: "*El cual* ha sido manifestado en carne..." (pronombre masculino. El sentido es exactamente el mismo, con excepción del nombre de *Dios* dado a Jesucristo, pues él solo ha sido manifestado en carne (Juan 1:14; Rom. 8:3; 1 Juan 4:2); el hombre no aparece en carne, es nacido de la carne (Juan 3:6). Por esto todo el resto del pasaje no puede aplicarse más que a Jesucristo. Por último, la tercera variante daría esta construcción a la frase entera: "Grande es el misterio de piedad *que* ha sido manifestado en carne". Esta última lección, aunque adoptada por la Vulgata, no tiene en su favor los testimonios de los manuscritos y de los padres. No facilita la explicación del pasaje; al contrario, lo obscurece. Las dos primeras variantes, únicas que merecen consideración, se dividen los testimonios de una manera aproximadamente igual. Los críticos más célebres, Wettstein, Griesbach, Lachmann, Tischendorf se declaran por la segunda. Después de todos los trabajos de la crítica sobre este pasaje, la cuestión queda por fuerza indecisa. Para comprender cómo esas dos lecciones, *Dios* y *El cual*, han podido surgir, basta recordar que en griego *Dios* (Theós) se escribe abreviadamente: θs, y que el pronombre *el cual* se escribe: Os, dos signos extremadamente semejantes.

29. El apóstol no vacila en convenir, y aun en proclamar bien alto que la manifestación de Dios en nuestra humanidad es un *misterio* (1 Cor. 2:

7, nota), misterio insondable, mas misterio de *piedad*. El hecho de la encarnación, con sus consecuencias para la salvación del mundo, es la fuente de toda verdad divina, de toda vida religiosa, en dos palabras, de toda *piedad*. Mirando de cerca, se convencerá uno fácilmente de que fuera de la fe en ese misterio no hay piedad verdadera. Este misterio, *de confesión de todos*, de confesión unánime (tal es el sentido de la voz griega), es *grande*, profundo, inmenso, de importancia infinita. Después de haber caracterizado así la encarnación, el apóstol desarrolla a grandes rasgos sus principales fases en seis proposiciones consecutivas, sin sujetarse a seguir el orden en el cual se han sucedido los hechos. (Así la elevación de Cristo a la gloria, que termina este cuadro, ha precedido, en el tiempo, a la predicación de su nombre entre las naciones). — El apóstol quería describir primero todas las consecuencias de la encarnación *sobre la tierra* antes de mostar la glorificación de Cristo *en el cielo*, glorificación que encierra ya virtualmente la de toda su iglesia. Cada una de estas proposiciones, o de estas grandes fases de la redención, forma, con la que la sigue, una antítesis destinada a realizar la grandeza de esta obra, a pesar de sus apariencias de pequeñez y de humildad. Así "Dios ha sido manifestado en *carne*", mas "justificado en *Espíritu*". El contraste de estas dos palabras debe ser entendido en el mismo sentido que el desarrollado en Rom. 1:3, 3, nota. La primera indica la naturaleza *humana* de Cristo, sujeta a todas las debilidades que son consecuencia del pecado; la segunda designa su naturaleza divina, por la cual ha sido de todas maneras *justificado* "como Hijo de Dios en potencia, según el Espíritu de santificación, por su resurrección de entre los muertos". (Rom. 1:4). Sin duda, todas las señales de divinidad que Cristo hizo brillar en su persona y en su vida entera pertenecen a esta "justificación en Espíritu"; mas su resurrección ha sido su coronamiento, porque ese hecho glorioso, por así decirlo, ha aniquilado todas las apariencias que eran contra él, a los ojos de la carne. (Comp. 1 Pedro 3:18, nota). En su estado de humillación, luego de gloria, el Hijo de Dios ha sido *visto* por *ángeles* (Gr. "ha aparecido a ángeles"), lo que debe recordar, no solamente la parte que los ángeles de Dios tomaron en todos los grandes momentos de su vida terrestre, en su nacimiento, en su tentación, en su agonía en Getsemaní, en su resurrección, sino sobre todo la manifestación de su gloria a los ángeles del cielo, después de terminar su obra en este mundo. De modo que la redención del mundo ha sido para los ángeles una revelación nueva de las perfecciones divinas. (Véase Efes. 1:10, nota; 3:9, 10, nota; Col. 1:20, y sobre todo 1 Pedro 1:12). Cristo no apareció durante su vida terrestre más que al pueblo de Israel; mas, cumplida su obra, el consejo de la misericordia divina ha sido manifestado a otros pueblos, *predicado a las naciones*, para cumplir la palabra del Salvador mismo. (Mat. 24:14). Y esto no ha sido en vano; dondequiera que ha llegado la buena nueva de la salvación en Cristo crucificado, los elegidos de Dios la han recibido por la fe: ha sido *creído en el mundo*, a pesar de la oposición del corazón del hombre y de todas las potencias del siglo. Por último, el hombre Jesús, el representante y el jefe de nuestra humanidad, ha *sido elevado a la gloria* que el Hijo de Dios poseía al lado del Padre "antes que el mundo fuera hecho" (Juan 17:5), y por él, en él, que es la cabeza, esa misma gloria es adquirida y asegurada a todos los que son sus miembros. Así, el apóstol desarrolla en pocas palabras la obra inmensa de nuestra redención, cada uno de cuyos hechos particulares eleva nuestros pensamientos hacia un mundo nuevo de sabiduría y de amor divinos. La iglesia de Jesucristo retiene con mano firme esta profesión de su fe por la cual vence al mundo y rechaza todas las falsificaciones de la palabra de la salvación. — Algunos intérpretes aun admiten que estas sentencias sueltas, que glorifican a Cristo y a su obra, son tomadas por el apóstol de alguna confesión de fe antigua o de un himno de la iglesia primitiva. Sea lo que fuere, ha opuesto así la grande verdad del evangelio a los errores que va a combatir en el capítulo siguiente.

CAPITULO IV.

I. *Pablo señala a Timoteo errores perniciosos, anunciados anticipidamente por el Espíritu de Dios, 1-11. — II. Le da consejos sobre su propia conducta en el ejercicio de su ministerio, 12-16.*

I. 1-11. ADVERTENCIAS CONTRA LOS ERRORES DEL TIEMPO. — 1º Esos errores, anunciados por el Espíritu, fatales a la fe de algunos, propagados por engañadores hipócritas y sin conciencia, consistirán en un ascetismo que prohibe el matrimonio y ciertos alimentos que Dios creó para el uso de todo fiel. (1-3). — 2º Todo lo que Dios ha creado es bueno para los que usan de ello con gratitud y lo santifican por la oración; predicando estas verdades, Timoteo hará la obra de un verdadero siervo de Jesucristo. (4-6). — 3º Mas debe rechazar las fábulas profanas e inútiles y ejercitarse en la piedad, que tiene las promesas de Dios para el tiempo y la eternidad. (7, 8). — 4º Estas verdades son ciertas; por tanto Pablo soporta penas y oprobios, habiendo puesto su esperanza en Dios solo: he ahí lo que hay que anunciar. (9-11).

1 Mas el Espíritu [1] dice expresamente que en tiempos posteriores [2] se apartarán algunos de la fe [3], aplicándose a espíritus en-

1. El *Espíritu* de Dios, ora en el apóstol mismo, ora en los miembros de las iglesias que tenían el don de profecía. Los errores que el Espíritu anunciaba (véase la introd. 4), estaban en oposición directa con el "gran misterio de piedad" de que el apóstol acaba de hablar (3:16); por esto pasa a la descripción de esas falsas doctrinas por una partícula adversativa: *mas*...

2. Gr. "en tiempos *posteriores*". (2 Tim. 3:1). Los errores que el apóstol combate estaban entonces só-

2 gañadores y a enseñanzas de demonios[4], por hipocresía de habla-
3 dores de mentiras, marcados a fuego en su propia conciencia[5],
que impedirán casarse, [y ordenarán] abstenerse de comidas que
Dios creó para ser recibidas con acción de gracias por los que
4 creen y conocen la verdad[6]. Porque toda criatura de Dios es
5 buena, y ninguna es desechable si es tomada con acción de gra-

lo en sus primeros comienzos; más tarde, formarán todo un cuerpo de doctrina en los diversos sistemas gnósticos; por último, varias de esas falsas doctrinas, por ejemplo las que señalan los v. 3 y 8, serán adoptadas por la iglesia misma, de modo que con buen derecho nuestros reformadores vieron en la iglesia romana el cumplimiento de lo que el Espíritu había anunciado desde los tiempos apostólicos (v. 1). Esos errores podrían revestir otras formas aun *en los tiempos posteriores* que no están todos cumplidos (2 Tes. 2:3-12, nota), mas bajo todas sus formas, en todas las edades, deben ser juzgados según esta palabra divina que los ha señalado de antemano por el Espíritu de Dios.

3. Gr. "Apostatarán de la fe", se separarán de ella.

4. Como la verdad viene de Dios, la mentira viene de la potencia de las tinieblas. Es así como Pablo llama al culto de los ídolos, el culto de los demonios. (1 Cor. 10:20, 21).

5. Es necesario observar que estas palabras: *por hipocresía* indican la causa por la cual 'algunos se apartarán de la fe, aplicándose, etc:", pero que esa hipocresía es atribuída, no a ellos, sino a los *maestros de mentira*, a los cuales se aplica todo lo que sigue (v. 2 y 3); el juicio severo del apóstol cae, no sobre los *engañados*, sino sobre los *engañadores*. (Vers. 1). La versión de Ostervald da un sentido enteramente opuesto. — *Maestros de la mentira* es un término que sólo aquí se encuentra: es equivalente de "falsos doctores" (2 Pedro 2:1) o de falsos profetas. (1 Juan 4:1). — A ellos atribuye el apóstol esa *conciencia cauterizada*, es decir *quemada* por un hierro *candente*, como los criminales a quienes se aplicaba la *marca* de su delito a fin de que fueran reconocidos de todo el mundo. Así, quiere decir el apóstol, esos hombres llevan *en su conciencia* el sello indudable de la mentira y de la condenación. Algunos intérpretes han querido ver en esta palabra la imagen de la insensibilidad, del endurecimiento de la conciencia. Este sentido es menos probable que el primero.

6. Después de haber caracterizado por algunos rasgos generales esos "espíritus engañadores" que intentarán substituir las doctrinas del evangelio por las suyas propias, Pablo señala, en particular, su falsa tendencia ascética en persecución de una santidad imaginaria; se la reconoce en estos dos rasgos, casi siempre reunidos: la proscripción del *matrimonio* y la prohibición de ciertos *alimentos*. Casi todas las religiones humanas han colocado tales preceptos a la base de su moral, y por esto también se distinguieron varias sectas cristianas, inmediatamente después del tiempo de los apóstoles. Engañado por la idea falsa de que el pecado tiene su asiento sobre todo en la carne, y no en la disposición más íntima de la voluntad, el hombre infiere que la santidad debe consistir en

6 cias, pues es santificada por la palabra de Dios y por la oración[7].
Exponiendo esto a los hermanos serán un buen ministro de Cristo
Jesús, nutrido en las palabras de la fe y de la buena doctrina que
7 has seguido con cuidado[8]. Mas rehusa las fábulas profanas y

mortificar su cuerpo, olvidando que todas las maceraciones externas pueden dejar intactas las concupiscencias que le separan de Dios, el orgullo, el egoísmo. Se hace así una ley arbitraria que nada tiene de común con la ley de Dios; y en lugar de una humilde obediencia a la voluntad del Señor revelada en su palabra, se impone pueriles observancias, que, alimentando su propia justicia, le alejan cada vez más del Salvador y de la salvación por su gracia. Se puede ver hoy aún, en gran parte de la cristiandad, los funestos efectos de estos errores, que demasiado justifican la solicitud con que el apóstol creía deber combatirlos. *Los fieles y los que conocen la verdad* de ningún modo deben buscar un grado superior de santidad en la abstención de las cosas que *Dios creó;* el apóstol declara al contrario que Dios las *creó a fin de que los usen;* pueden hacerlo con toda libertad con tal que sea *con acciones de gracias,* en su temor y en su amor. (Véase la nota siguiente).

7. Así, por una parte, Pablo declara que, puesto que *todo lo que Dios creó* (Gr. "toda *criatura de Dios*") es *bueno* (Gén. 1:21); es negarlo e injuriar al Creador el prohibir al hombre el legítimo uso de ello; mas, por otra parte, ese uso solamente es legítimo cuando los dones de Dios son *santificados por la palabra de Dios y por la oración.* ¿Que significan estas palabras? En primer lugar, la palabra de Dios santifica para nosotros sus dones cuando nos acordamos, con gratitud y adoración, que Dios los ha creado todos por esa palabra (Hebr. 11:3); los santifica más aún en cuanto ella sola crea en nosotros el reconocimiento de los hijos de Dios; purificando y regenerando nuestros corazones (1 Pedro 1:23), nos hace saber que ninguno de los beneficios de Dios nos es debido, que todo es gracia de su parte; nos arranca de ese grosero olvido del Creador en que vive el hombre irregenerado, que contamina todos sus goces por su ingratitud. Otros piensan que la *palabra de Dios* es nombrada aquí con la oración porque inspira ésta y le suministra en la escritura santa, en los salmos en particular, las fórmulas en que se expresa. En cuanto a la *oración,* es evidente que ella *santifica* para nosotros los dones del Señor. Jesús mismo, enseñándonos a pedir a Dios nuestro pan cotidiano, nos ha recordado que lo recibimos cada día de su mano, y así ha preparado en nosotros ese reconocimiento que se expresa por la *acción de gracias.*

8. Pablo aplica a Timoteo y a su ministerio las verdades que acaba de recordar. (Vers. 4, 5). *Exponiendo estas cosas a sus hermanos,* hará la obra de un *buen servidor de Jesucristo* (Gr. "diáconos"), a quien es confiada la *diaconía,* el servicio. (2 Tim. 4:5). Timoteo ha sido desde su infancia *nutrido en las palabras de la fe* (2 Tim. 3:15; 1:5); mas aquí el apóstol pone ese verbo en presente, pues su discípulo bebe continuamente de esa fuente , y por *ello, sigue con cuidado la buena doctrina.* (1:10; comp. 2 Tim. 1:5).

8 de viejas [9], y ejercítate para la piedad [10]. El ejercicio corporal,
en efecto, para poco es provechoso, mas la piedad para todo es
provechosa, teniendo promesa de la vida presente y de la veni-
9 dera [11]. Fiel es la palabra y digna de toda aceptación, pues para
10 esto trabajamos y somos vituperados, porque hemos puesto la
11 esperanza en el Dios viviente, que es Salvador de todos los hom-
bres, sobre todo de los creyentes [12]. Manda esto y enseña.

II. 12-16. CONSEJOS A TIMOTEO SOBRE SU MINISTERIO. — 1º A pesar de su juventud, Timoteo debe ser el modelo de los fieles, aplicarse a su obra, no descuidar el don de Dios que está en él. (12-14). — 2º Consagrarse por completo a sus deberes, hacer en ellos progresos manifiestos; velar sobre su propia vida religiosa y en la enseñanza, a fin de salvar a sí mismo y a los demás. (15, 16).

12 Nadie menosprecie tu juventud [13], sino hazte ejemplo de los

9. El apóstol emplea intencionalmente términos de menosprecio para designar esas *fábulas* absurdas de que los falsos doctores se ocupaban con predilección. En cuanto a lo que eran propiamente esas fábulas, véase 1:4, nota. Comp. 2 Tim. 2:16, 23; 4:4; Tito 1:14; 3:9.

10. La verdadera *piedad*, que consiste en la comunión del corazón con Dios, he ahí a qué tiende para nosotros el cristianismo entero. Lo que a ella no contribuye, para nada sirve, y toda doctrina, o toda práctica, que nos aparta de ella para llevar nuestra atención hasta afuera, debe ser rechazada. (Vers. 8).

11. El *ejercicio corporal* son las maceraciones del cuerpo que enseñaban los falsos doctores. (Vers. 3, nota). No solamente *sirven para poca cosa*, porque no cambian el *corazón*, de donde todo depende en la vida cristiana, sino que pueden hacerse muy perniciosas en cuanto alimentan la justicia propia y apartan las almas de la justificación por la fe, de la salvación por gracia. Otra cosa ocurre con ciertos renunciamientos necesarios, dictados por una verdadera piedad. Pablo mismo nos enseña, por su ejemplo, a "tratar duramente el cuerpo". (1 Cor. 9:27). Mas no son éstos sino medios que no tienen valor alguno en sí mismos; el *fin* es el desarrollo de esa *piedad* (v. 7) que encierra todo para el cristiano, puesto que es para él, desde *esta vida*, la fuente de la paz con Dios, y, en la *vida venidera*, de una felicidad perfecta. (Comp. sobre el conjunto de este pasaje, Rom. 14:17).

12. Esta *palabra fiel, cierta* (v. 9; comp. 1:15, nota; 3:1), es la verdad expresada en el v. 8 relativa a la verdadera piedad, y esta verdad es confirmada por el v. 10. En efecto, si el fiel *soporta* en este mundo tantos *trabajos* o aun *ultrajes*, es porque ha puesto su confianza en el *Dios viviente;* en otros términos, porque es sostenido por una verdadera piedad. (Vers. 7, 8). Esta piedad es el alma de su vida, la *esperanza* de su liberación final, a la cual Pablo echa aquí una mirada, llamando al Dios viviente su *Salvador*. Dios, en un sentido, es el Salvador de *todos los hombres*,

creyentes en palabra, en conducta, en amor, en fe, en pureza [14].
13 Hasta que yo vaya [15], aplícate a la lectura, a la exhortación, a la
14 enseñanza [16]. No descuides el don de gracia que está en ti, que te
fué dado por profecía [17] con imposición de las manos del cuerpo
15 de ancianos [18]. Medita esto, vive en ello [19], para que tu progreso

puesto que Cristo murió por todos, que Dios quiere la salvación de todos (2:4) y que les da en este mundo el tiempo de su paciencia para convertirse. Mas es, en un sentido muy especial, el Salvador de los *creyentes*, quienes, por la fe, han abrazado ya su salvación y esperan de él su entera redención.

13. Es decir: no des lugar a nadie de *menospreciarla* por tu falta; que la madurez de tu vida cristiana supla tu juventud. Timoteo no era ya muy joven; había, por largos años de trabajos, dado testimonio de su fidelidad en la obra del Señor. (Actos 16:1). Sin embargo, en comparación del apóstol Pablo, que se complacía en llamarle su hijo; en comparación de las viudas y de los ancianos, para con los cuales debía ejecutar las recomendaciones del apóstol; aun en comparación de tales falsos doctores a los que debía oponerse enérgicamente, era bastante joven aún para que esta advertencia no estuviera fuera de lugar. (Véase la introducción, 5, 2.°). Todos los consejos apostólicos que llenan el final de este capítulo se dirigen a él, y es así como Pablo le prepara para desempeñar ante los miembros más considerados de las iglesias los santos y difíciles deberes de su ministerio. (Cap. 5).

14. ¡Pablo pide a un conductor espiritual de las iglesias el ser nada menos que el *modelo de los fieles* en sus *palabras*, en toda su *conducta*, por su *amor*, por la firmeza de una *fe* viva, por la *pureza* de sus costumbres! Es mucho, pero indispensable en tal vocación. — Entre los términos *amor* y *fe*, el texto recibido añade estas palabras: "en espíritu", que no son auténticas. Y no convienen tampoco a esta exhortación completamente moral, no pudiendo ninguno ser un modelo "en espíritu", a menos de tomar esa palabra en un sentido poco usado.

15. 3:14, 15, nota.

16. Los tres términos de esta recomendación se aplican a las funciones públicas de Timoteo; así por la *lectura* Pablo entiende evidentemente la lectura de las santas escrituras en las asambleas, como fuente y fundamento de la *exhortación* y de la *enseñanza*. (Comp. Actos 13:15; 2 Cor. 3:14, donde aparece el mismo término). Se ve por el libro de los Actos como por las epístolas, que los apóstoles mismos basaban su predicación en el Antiguo Testamento, al cual apelan sin cesar.

17. Comp. 1:18, nota.

18. Gr. "del prebisterio" o cuerpo de los *prebisteros*, es decir de los *ancianos*. Esta palabra no es empleada en este sentido en ningún otro pasaje. En otras partes significa el sanedrín judío. (Luc. 22:66; Actos 22:5). — Pablo mismo había escogido a Timoteo como su colaborador, él mismo le había introducido en su cargo. (Actos 16:1-3). Y sin embargo había querido que ese cargo fuera confirmado por la *imposición de las manos de los ancianos*, probablemente en Listra mismo de donde partió el joven discípulo. La tradición designa sin embargo Efeso como el lugar

16 sea manifiesto a todos[20]. Ten cuidado de ti y de la enseñanza,
permanece en estas cosas, pues haciendo esto a ti mismo salvarás
y a los que te oyen[21].

donde se realizó esa ceremonia. Sería necesario colocarla entonces más tarde, cuando Timoteo, reemplazando a Pablo, fué llamado a ocupar una posición más independiente. Los representantes de la iglesia, uniéndose al apóstol (2 Tim. 1:6), consagraron a Timoteo al servicio del Señor e imploraron sobre él, por ese mismo acto, la bendición de Dios. Pablo mismo, llamado directamente por el Señor, había recibido en Antioquía la imposición de las manos para su primera misión entre los paganos. (Actos 13:3). De donde resulta claramente que, si la *institución* del ministerio evangélico se basa en la autoridad de Jesucristo que la estableció (Efes. 4:11), y si los *dones* que para él preparan vienen de Dios solo, el *cargo* es conferido por la iglesia. El Nuevo Testamento entero prueba hasta la evidencia que todo gobierno y toda autoridad en el seno de la iglesia están en las manos de la iglesia misma.

19. Gr. "da tu solicitud a esas cosas, está en ellas (enteramente)" Solamente por un ejercicio constante aumentan los dones de la gracia.

20. *A todos* es la verdadera lección. El texto recibido tiene: "en todas las cosas". Los *progresos* mismos de Timoteo debían servir al adelanto de todos siendo *evidentes*. "La meditación y el estudio de un pastor no deben ser estériles, ni su fruto ser oculto; su trabajo y su ejemplo son para su rebaño, puesto que es el hombre de su rebaño". *Quesnel.*

21. Los trabajos y los cuidados de un fiel servidor de Jesucristo deben volverle sin cesar a *sí mismo*, pues las bendiciones acordadas a su ministerio están siempre en proporción exacta con lo que él mismo es en su vida interna. ¿Cómo se puede pretender establecer el reino de Dios en los otros si se descuida establecerlo en sí mismo? Y, al contrario, ¿qué no debe esperar para su salvación el que se sacrifica por caridad por la salvación de los demás"? *Quesnel.*

CAPITULO V.

I. *Consejos a Timoteo sobre el modo como debe conducirse en la iglesia respecto de diversas personas, según su edad, y sobre todo respecto de las viudas, 1-16.* — II. *Sobre el modo de obrar respecto de los ancianos, y de conducirse uno mismo, 17-25.*

I. 1-16. CONDUCTA A OBSERVAR RESPECTO DE LOS DIVERSOS MIEMBROS DE LA IGLESIA, Y ESPECIALMENTE DE LAS VIUDAS. — 1º Timoteo debe tratar a los miembros de la iglesia según su edad. (1, 2). — 2º En cuanto a las viudas, debe honrar a las que lo son en verdad; las que tienen hijos deben recibir

los cuidados de estos últimos. (3, 4). — 3º Características de la verdadera viuda cristiana y de la que no lo es; advertencia a este respecto; el que no tiene cuidado de los suyos ha renegado la fe. (5-8). — 4º En cuanto al registro de las viudas en la iglesia, solamente deben ser inscriptas en él las que, de edad de sesenta años por lo menos, tienen el buen testimonio de una vida consagrada a la piedad y al amor, mas hay que rechazar las que son más jóvenes, porque puede acontecer que, arrastradas por la voluptuosidad lejos de Cristo, quieran volver a casarse, violar su compromiso, y caigan así en la ociosidad y la mundanalidad. (9-13). — 5º Pablo quiere pues que las jóvenes se casen y sean buenas madres de familia, a fin de evitar los ataques del adversario, a los cuales algunas ya han sucumbido. En todo caso, todo el que tenga viudas en su familia debe cuidar de ellas y no cargar la iglesia. (14-16).

1 A un anciano no reprendas, sino exhórtale como a un padre;
2 a los jóvenes, como a hermanos; a las ancianas, como a madres;

1. Estos consejos no exigen ninguna explicación. Contienen en algunas líneas todo un tratado de "prudencia pastoral". Es imposible dejar de admirar esa "sabiduría de lo alto, que es pura, pacífica, moderada, tratable, llena de misericordia y de buenos frutos". (Jac. 3:17). —La palabra *anciano* es la misma que designa al obispo, de donde algunos intérpretes han concluido que se trataba de un hombre investido de ese cargo. El conjunto de estos versículos (1-3) prueba lo contrario.

2. Para comprender estas palabras es necesario ante todo echar una mirada al conjunto de este pasaje. (Vers. 3-16). Nos enteramos por él qué cuidados particulares tenían las iglesias primitivas de esta clase de miembros que, en todo tiempo, ha sido objeto de profunda compasión: las viudas. Su posición en esos tiempos difíciles podía ser particularmente desdichada y rodeada de grandes peligros. Por esto vemos que, desde el principio (Actos 6:1 y sig.), fué sobre todo por consideración a ellas que la iglesia instituyó el cargo de los diáconos y más tarde el de las diaconisas. Las viudas que querían quedar tales se empleaban en el servicio del Señor, y eran sostenidas por las iglesias, que tenían un registro de ellas (v. 9) y proveían a sus necesidades. Mas vemos, en los versículos que siguen, a qué abusos esta excelente institución fué pronto expuesta: viudas que tenían hijos o parientes en holgura creían no obstante poder quedar a cargo de la iglesia; el apóstol se opone formalmente a ese abuso. (Vers. 4, 8-16). Había además viudas más jóvenes, que podían contraer segundo matrimonio, y que, admitidas en el número de las otras viudas, se hacían para estas últimas y para toda la iglesia una ocasión de escándalo, por su ligereza y su vida ociosa. (Vers. 6, 11, 13, 15). Era necesario llevar a esos males un pronto remedio, y tal es el fin del apóstol en las advertencias que siguen. — Así las que el apóstol llama aquí (v. 3 y 5) *verdaderamente viudas*, son las que querían quedar tales, que estaban aisladas (v. 5), y que no tenían a nadie en sus familias en condiciones de asistirlas. El apóstol recomienda *honrar* a tales viudas, lo que quiere decir testificarles el respeto, las consideraciones

3 a las jóvenes, como a hermanas, en toda pureza [1]. Honra a las
4 viudas que realmente son viudas [2]. Mas si alguna viuda tiene
hijos o nietos, aprendan primero a ser piadosos para con su propia casa y a retribuir a sus progenitores, pues esto es agradable
5 en presencia de Dios [3]. Mas la que realmente es viuda y dejada
sola ha puesto la esperanza en Dios y continúa en las súplicas y
6 en las oraciones noche y día [4]; mas la que vive en placeres, vi-
7 viendo está muerta [5]. Mándales también esto, para que sean irre-
8 prochables. Mas si alguien no provee para los suyos y sobre todo
9 para los de su casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo [6].
Una viuda sea registrada [7] no menos de sesenta años, habiendo
10 sido mujer de un solo marido [8], teniendo testimonio en buenas

debidas a su triste posición, y socorrerlas en sus necesidades. (Vers. 9, nota. Comp. Mat. 15:5).

3. A los *hijos* pues *o nietos* de una viuda ordena Pablo ejercer ante todo *su piedad* para con ese miembro menesteroso de su familia, en lugar de dejarlo al cargo de la iglesia. Esta palabra piedad debe entenderse pues en el sentido de *piedad filial.* Y Pablo expresa esta idea de una manera bastante general para hacer sentir la misma obligación a todos los hijos respecto de sus padres. (Vers. 8). El serio motivo que el apóstol da de este deber, es que es *agradable a Dios,* conforme al quinto mandamiento. ¿Y cuándo habrán *dado* los hijos *a sus padres lo que de ellos han recibido,* todo lo que han recibido? —Algunos intérpretes, Calvino entre otros, aplican *a la viuda* lo que Pablo dice *a los hijos.* Ella es invitada a cuidar de su casa. Esto no es imposible desde el punto de vista de la construcción gramatical, mas el contexto no es favorable a esa interpretación, puesto que habla de lo que debe ser hecho para con las viudas.

4. Era necesario caracterizar ante todo la *que es verdaderamente viuda* (v. 3), a fin de que Timoteo comprendiera más claramente lo que va a seguir. El nombre mismo de *viuda,* en griego, significa la *despojada,* y Pablo supone que lo es doblemente en cuanto ha *quedado sola,* aislada, sin nadie en su familia que pueda cuidar de ella (v. 4), y no soñando en contraer segundas nupcias. Después de haber descrito así su posición externa, el apóstol pinta su carácter religioso, su santa vida. (Comp. v. 10). Tal es la vida que la iglesia debía adoptar para cuidarla y asignarle una esfera de actividad.

5. Una viuda semejante es espiritualmente *muerta,* extraña a la santa vida que viene de Dios. (Mat. 8:22; Efes. 2:1; Apoc. 3:1). ¡Qué contraste estas terribles palabras forman con el versículo que precede!

6. Pues los infieles mismos, movidos por los simples sentimientos de la naturaleza, tienen cuidado de los suyos. ¿Cómo, pues, los que no lo hacen tendrían esta *fe* que "obra por la caridad"? Estas palabras se refieren al deber mencionado en el v. 4.

7. Comp. v. 3, nota, y véase la nota siguiente.

8. Estas palabras :*haber sido mujer de un solo marido* (comp. 3: 2, nota) no nos parecen significar que fuera necesario excluir las que hubieran sido casadas dos veces, puesto

obras, si ha criado hijos, si ha ejercido hospitalidad, si ha lavado
los pies de los santos, si ha socorrido a los atribulados, si ha se-
11 guido toda buena obra [9]. Pero viudas jóvenes rehusa, que cuando
12 se vuelven lujuriosas contra Cristo quieren casarse, teniendo con-
13 denación porque han violado su primera fe [10]; al mismo tiempo

que el apóstol mismo aconseja a las jóvenes viudas volver a casarse (v. 13); estas palabras designan mujeres que, divorciadas, hubieran contraído otra unión viviendo aún su primer marido, o hubieran vivido en desorden.—Por lo demás, las condiciones que pone aquí el apóstol prueban claramente que *ser registrada* importaba más que el derecho de recibir socorro de la iglesia, pues excluir todas las viudas cuya vida precedente no hubiera sido irreprochable, aun si luego se hubieran realmente convertido, sobre todo excluir del socorro todas las viudas *menores de sesenta años* (comp. v. 11), hubiera sido contrario a todas las inspiraciones de la caridad, y el apóstol no podía pensar en ello. El registro de las viudas contenía pues el nombre de aquellas a quienes ciertos servicios importantes eran confiados en la iglesia, que desempeñaban, para las personas de su sexo, las mismas funciones que los diáconos y los ancianos. La historia de la iglesia establece, por numerosos testimonios, que existían tales cargos desde los tiempos más remotos. Se comprende que no se pudiera confiarlos más que a mujeres que tenían en todo sentido, buen testimonio (v. 10), y a quienes su edad, su experiencia cristiana, ponían por encima de todas las tentaciones del mundo y *de* todas sus calumnias.

9. Con tal vida para servirles de *buen testimonio,* esas viudas debían inspirar confianza a todos.—Algunas de esas obras de caridad, humildemente cumplidas, eran en aquel tiempo, de un valor especial. Así, *ejercer la hospitalidad.* (Rom. 12: 13, nota); así también *lavar los pies* de esos hermanos que por ello recibían un verdadero alivio, después de largo andar en países ardientes, y no teniendo por calzado sino simples sandalias; era en Oriente una parte esencial de la hospitalidad y de la *caridad.* (Comp. Luc. 7: 44 y Juan 13: 14). "La caridad tiene diversos caracteres y diversas funciones según los diversos sujetos: celosa por el reino de Dios, respecto de los *hijos,* por la buena educación; liberal para con los *forasteros; humilde* para con los fieles; *auxiliadora* para con los que sufren: toda a todos". *Quesnel.* Tal es, en efecto, el retrato que hace el apóstol de la verdadera viuda cristiana, llamada a servir a Jesucristo en sus discípulos.

10. Erróneamente se ha entendido a menudo por esta *primera fe* la fidelidad de la viuda a la memoria de su marido muerto, pues este pensamiento estaría en contradicción directa con el v. 14. Pablo quiere hablar, ora, del compromiso que habían tomado de consagrarse al servicio de Cristo, compromiso que rompen para volver a casarse (v. 11 y v. 9, nota 3, ora de la fe cristiana en general. (Comp. los v. 13 y 15). La orden de desechar tales mujeres se refiere a ese registro mencionado en el v. 9. El conjunto de estos dos versículos prueba que tal es su sentido. Hé aquí su traducción literal: "Pues cuando se han vuelto lujuriosas contra Cristo, quieren casarse, teniendo (en sí mismas)

también aprenden a ser ociosas, yendo de casa en casa; y no sólo
14 ociosas, sino también parleras y curiosas, hablando lo que no con-
viene. Quiero, pues, que los jóvenes se casen, tengan hijos, go-
15 biernen su casa, ninguna ocasión den al adversario por causa de
16 injuria[11]. Ya, en efecto, algunas se han apartado en pos de
Satanás[12]. Si algún creyente o alguna creyente tiene viudad, so-
córralas, y no sea cargada la iglesia, para que ésta socorra a las
realmente viudas[13].

II. 17-25. DIRECCIONES SOBRE EL MODO DE TRATAR A LOS ANCIANOS. — 1º En cuanto a los ancianos, hay que honrar doblemente a los que desempeñan bien todas sus funciones, pues esto es conforme a la escritura; no recibir contra ellos ninguna acusación que no sea apoyada por testigos; reprender públicamente a los que pecan. Pablo conjura a su discípulo a observar fielmente estas prescripciones. (17-21). — 2º Timoteo no debe poner sobre nadie las manos sin un serio examen, pues se haría solidario de los pecados del anciano indigno; debe, al contrario, mantenerse puro, sin entregarse sin embargo a un ascetismo exagerado. Hay hombres cuyo carácter moral, en mal o en bien, es evidente desde luego; hay otros en los cuales sólo se manifiesta más tarde. (22-25).

17 Los ancianos que presiden bien sean juzgados dignos de

juicio de que han desechado la primera fe". Este juicio no es ni el de Dios ni el de los hombres, sino el de su propia conciencia. Hay que apartar aquí toda idea de un voto que hubieran hecho, o de una censura que pronunciara el apóstol sobre un segundo matrimonio (v. 14), y concentrar todo el pensamiento sobre el *motivo* que les hace preferir el matrimonio al estado de viudas cristianas y al servicio de Cristo. El v. 13 expone todo el desarrollo moral de esta falta.

11. Hay en el texto original: "Quiero pues que las más jóvenes se casen"; de donde algunos intérpretes han inferido que se trataba, no de las viudas jóvenes sino de las jóvenes en general. Esto no es admisible. En todo lo que precede y lo que sigue el apóstol no habla más que de las viudas; acaba de designarlas (v. 11) por esas mismas palabras *más jóvenes*, que repite aquí y no tiene ahora la menor ocasión de hablar del casamiento de las jóvenes en general. Por lo demás, su orden actual está en plena armonía con lo que dice en otra parte de la libertad de las viudas respecto del matrimonio. (1 Cor. 7: 39). Que si, en Corinto, aconsejaba más bien a las viudas, y aun a las personas jóvenes no casadas, quedar en tal estado, no prescribía, al hacerlo, una regla permanente, sino que tenía en consideración "la necesidad presente". (1 Cor. 7:26). En otros tiempos y otros lugares, podía dar un consejo diferente sobre un asunto en el cual el cristiano queda siempre libre, y el urgente motivo que *Pablo* ve en el estado actual de las iglesias de Asia, y que esta epístola nos hace conocer, justifica ampliamente su consejo. Se trataba de nada menos

18 doble honor, sobre todo los que trabajan en palabra y enseñanza[14].
Dice, en efecto, la escritura: "No embozarán un buey que trilla[15]";
19 y: "Digno es el obrero de su salario[16]". Contra un anciano no

que de hacer cesar en las iglesias un escándalo, y de quitar al *adversario* toda causa de maledicencia. (Gr. "de injurias"). El versículo siguiente (15) muestra mayores peligros aun.

12. Han caído por completo de la fe. (Comp. vers. 12).

13. Gr. "Si algún creyente o creyente (fem.) tiene viudas" (en su familia, en su parentela), asístalas (Comp. v. 3, nota; v. 4, nota). Importantes manuscritos tienen simplemente: 'Si *alguna creyente* tiene viudas..."

14. El apóstol ha expuesto más arriba largamente las cualidades requeridas de los ancianos u obispos (2: 1 y sig.). No vuelve al *asunto* aquí, sino que da algunos consejos aún sobre el modo como las iglesias deben honrarlos y proveer a sus necesidades. Este asunto se presentaba muy naturalmente a su espíritu después de lo que acababa de decir de las viudas que desempeñaban, para su sexo, funciones análogas a las de los ancianos. (Vers. 9, nota). Estas palabras nos muestran tres especies de funciones confiadas a los ancianos: *presidir*, por lo que hay que entender, ora la dirección de las asambleas, ora el gobierno de la iglesia en general; *edificar* la iglesia por la *palabra*, es decir por las exhortaciones, el ejercicio del don de profecía, etc., por último, *instruirla* por la *enseñanza* propiamente dicha. (Estas dos últimas funciones son también distintas según otros pasajes, como Rom. 12: 7, 8). Se ve además aquí que estos diversos empleos se encontraban ora reunidos en las mismas personas, ora separados, lo que era muy natural en esos primeros tiempos en que las iglesias, reclutándose sobre todo entre las clases inferiores de la sociedad, no contaban siempre en su seno con fieles que tuvieran los dones necesarios a la predicación o a la enseñanza. Un juicio sano, iluminado y santificado por el evangelio podía por lo demás bastar para el gobierno de la iglesia en hombres por lo demás poco instruídos.—Sea lo que fuere, el apóstol pide con instancia que las iglesias aprendan a estimar la fidelidad en el empleo de todos esos dones, sobre todo cuando se encontraban reunidos en los mismos ancianos. Mas, ¿qué es ese *doble honor* que se requiere para ellos? Algunos intérpretes, deteniéndose únicamente en el sentido del vers. siguiente (18), han traducido esas palabras por *doble salario* u *honorario*. (Así la *versión Lausana*). Sin duda ese sentido estaba en el pensamiento del apóstol, y la palabra original puede ser vertida así: era natural que hombres que daban todo su tiempo al cuidado de los rebaños fueran indemnizados, mientras que otros ancianos, quedando en su vocación temporal, tenían menos necesidad de ser sostenidos por la iglesia. Pero hay que conservar también a estas palabras su sentido *moral* de estima y de respeto, que ciertamente no tenía menos importancia a los ojos del apóstol. (Comp. v. 3, nota).

15. Deut. 25: 4; comp. 1 Cor. 9: 9 nota, donde el apóstol cita este pasaje en el mismo sentido y con el mismo fin.

16. Palabras de Jesucristo, transmi-

aceptes acusación, a menos que sea sobre dos o tres testigos[17].
20 A los que pecan reprende en presencia de todos, para que también
21 los demás tengan temor[18]. Te conjuro en presencia de Dios y
de Cristo Jesús y de los ángeles elegidos, que observen esto sin pre-
22 juicio, no haciendo nada por parcialidad[19]. Sobre nadie pongas
las manos precipitadamente, ni participes en pecados ajenos;
23 guárdate puro[20]. No bebas ya agua, sino usa un poco de vino por
24 causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades[21]. Los
pecados de algunos hombres son evidentes, yendo delante a juicio,
25 mas a otros también siguen. De igual manera también las buenas

tidas a Pablo por la tradición (Luc. 10: 7; comp. Mat. 10:10).

17. Lo que exigía ya la ley mosaica (Deut. 17: 6; 19: 15; comp. Mat. 18: 16; 2 Cort. 13: 1). Esta sabia precaución era aquí doblemente necesaria y ordenada por ese *honor* que Pablo demanda para los ancianos. (Vers. 17).

18. Si, después de la precaución requerida en el vers. precedente, había una falta evidente a reprochar a un anciano, esa *reprensión* debía ser hecha delante de *todos los* ancianos, a fin de que *los otros*, los colegas del culpable, recibieran la salutífera impresión de una santa disciplina.—Lo que precede parece indicar que se trata aquí de los ancianos hallados en falta y que Timoteo debía reprender, ora ante la asamblea, ora más probablemente ante el presbiterio. Otros exégetas, basándose en las prescripciones disciplinarias que siguen (v. 22, 24, 25), admiten que esta reprensión es ordenada en general para todos *los que pecan* y debía hacerse en presencia de toda la iglesia.

19. Este solemne conjuro se refiere a la orden contenida en los dos últimos versículos, y que tenía por objeto la disciplina de la iglesia. Se ve qué importancia le atribuía el apóstol.—Los "ángeles electos" son los más elevados de los ángeles, las más excelentes de las criaturas celestes, por las cuales Pablo conjura a su discípulo para dar más solemnidad aun a sus palabras. (Comp. 2 Cor. 1: 23; 11: 10).

20. *Poner las manos sobre* un hombre que no fuera digno de ello por su fe y por su vida, para conferirle un cargo cualquiera en la iglesia, es participar del *pecado* que comete al aceptar ese cargo, y hacerse responsable delante de Dios de todo el mal que resultara.

21. Esta exhortación paternal de Pablo a su discípulo amado, este tierno cuidado de su *salud*, esta simpatía por *enfermedades* que ponían su vida en peligro, no parecerán indignas de un apóstol sino a los que buscan motivos de rebajar la autoridad de su carácter y de sus cartas. Lejos de hablar contra Pablo, este pasaje es una de las mil pruebas de la autenticidad de esta epístola, pues, ¿dónde está el falsario que soñaría en colocar una recomendación semejante en una carta supuesta? Esta recomendación es motivada por aquella que el apóstol acababa de hacer a su discípulo: "Consérvate puro"; es destinada a hacerle una restricción. La disciplina que Timoteo debe ejercer sobre sí mismo no debe volverse un ascetismo que le llevara a privarse de lo necesario para su salud.

obras son evidentes, y las que son de otro modo no pueden ser
ocultadas[22].

22. Esta observación sobre la manera opuesta como se manifiesta en los hombres su verdadero carácter en mal o en bien, tiene relación con la recomendación que ha hecho el apóstol (v. 22) de no poner ligeramente las manos sobre nadie, y en general con el ejercicio de la disciplina. Diciendo, por una parte, que los *pecados* de los unos y las *buenas obras* de los otros son manifiestos desde luego, Pablo infiere que es fácil juzgarlos antes de recibirlos para un cargo en la iglesia o de ejercer respecto de ellos alguna reprensión; mas por otra parte, admitiendo que a menudo ocurre de otro modo, que la mirada más penetrante puede ser engañada, atenúa la responsabilidad que ha hecho pesar sobre su discípulo; teme que éste se reproche las infidelidades que podría descubrir luego en hombres sobre los cuales hubiera puesto las manos, o que tenga mucho pesar de haber rechazado a tales otros cuyas excelentes cualidades no había sabido descubrir. Timoteo debía en todo caso inferir de esta observación que era necesario observar por largo tiempo y escrupulosamente antes de obrar.—El versículo 24 debe ser traducido literalmente así: "Los pecados de algunos hombres son muy evidentes, y van delante a juicio; mas en otros, les siguen", es decir, sólo después son reconocidos. Lo que hace pensar que este *juicio* no es la sentencia final de Dios sobre ellos, sino la deliberación de la iglesia llamada a *juzgar* si un hombre es apto para el ministerio que se trata de confiarle. Esta interpretación conviene bien al conjunto del pensamiento.

CAPITULO VI.

I. Continuación: *Exhortaciones a los esclavos, 1, 2.* — II. *Contra los falsos doctores, sus vanas disputas y su avidez, 3-10.* — III. *Exhortación a Timoteo, 11-16.* — IV. *Lo que debe recomendar a los ricos; últimas palabras; voto apostólico, 17-21.*

I. 1, 2. SOBRE LOS ESCLAVOS. — Para honor del evangelio, deben respetar a sus amos; más aun cuando esos amos son cristianos y los esclavos encuentran en ellos hermanos y bienhechores. (1, 2).

1 Cuantos son siervos bajo yugo consideren a sus propios amos
dignos de todo honor, para que el nombre de Dios y la doctrina
2 no sean blasfemados. Mas los que tienen amos creyentes, no los
menosprecien, porque son hermanos, sino más bien sírvanles por-

que creyentes son y amados los que participan de la beneficencia [1].
Esto enseña y exhorta [2].

II. 3-10. ULTIMA ADVERTENCIA CONTRA LOS FALSOS DOCTORES. — 1º Los que enseñan el error lo hacen por orgullo, por espíritu de disputa, de donde nacen diversos malos sentimientos, en hombres moralmente corrompidos, que explotan la piedad para ganar. (3-5). — 2º La verdadera piedad es, en efecto, una ganancia, puesto que opera el desprendimiento de los bienes del mundo y ese contentamiento de espíritu al cual el alimento y el vestido bastan. (6-8). — 3º Los que al contrario, quieren enriquecerse, caen, por diversas tentaciones de concupiscencia, hasta la ruina y la perdición. La avaricia es una raíz de todos los males; ya ha hecho caer de la fe y hundido en diversos tormentos a los que a ella se entregaban. (9, 10).

1. Estas últimas palabras podrían traducirse también: "Los cuales (amos) son partícipes del beneficio", es decir del beneficio de Dios por el evangelio. Otros entienden por ese *beneficio* el buen servicio de los esclavos que aprovecha a los amos, y traducen entonces: "porque los que reciben sus buenos oficios son hermanos y amados". *(Segond, Oltramare).* ¡Singular argumento para los pobres esclavos! El sentido expresado en nuestra traducción es más natural y conforme al lenguaje del Nuevo Testamento. (Comp. Luc. 1:54; Actos 20:35, donde se encuentra el mismo verbo griego). Traducción literal: "Ellos (los amos) se aplican, o se interesan, a la *beneficencia*", naturalmente para con sus esclavos. Véase sobre el pensamiento del apóstol en relación a la esclavitud, 1 Cor. 7:21, nota. Aquí ese pensamiento es el mismo: los *esclavos* cristianos que tengan amos paganos, deben honrarlos. (Vers. 1) ¿Por qué? ¿Sería porque la esclavitud es legítima? De ninguna manera: sino *a fin de que el nombre de Dios y la doctrina* del evangelio *no sean blasfemados*, es decir, que no se pueda desacreditarlos como origen de desorden y de revolución violenta en el seno de la sociedad. Los esclavos están así en el caso de todo cristiano que, según la moral del evangelio, debe saber sufrir un agravio patente más bien que hacer mal reivindicando su derecho. Los amos, al contrario, son *creyentes* (v. 2), entonces el apóstol supone inmediatamente que son también para sus esclavos *hermanos*, que son *amados* de Dios y de sus propios siervos, a los cuales se aplican a *hacer bien*. No es más difícil a los esclavos el no *menospreciar* tales amos bajo pretexto de que son sus hermanos; todos los males de esa odiosa esclavitud son curados en su raíz misma; el remedio ha operado de dentro hacia afuera, según la espiritualidad del evangelio. Que todas las consecuencias de este principio divino se hagan poco a poco evidentes, que se apliquen sinceramente a la vida, y la esclavitud misma desaparece como una contradicción chocante, como una iniquidad. Esta marcha del asunto es plenamente confirmada por la historia. Con toda reserva de las diferencias radicales de posición, las exhortaciones del apóstol encuentran seria aplicación en el estado actual de los servidores en relación a sus amos. Que estos últimos sean cristianos o mundanos, los servidores tienen cada día la ocasión de probar si son realmente los discípulos de Aquel que "vino, no para ser servido, sino para servir". Desde que el Hijo de Dios apareció "en forma de siervo", servir no es ya una ignominia, sino, a los ojos de la fe, un medio de santificación y de salud.

3 Si alguien enseña diferente doctrina [3] y no asiente a las sanas
palabras [4] del Señor nuestro Jesucristo y a la doctrina que es
4 según piedad [5], inflado está de orgullo [6], no comprendiendo nada
sino teniendo la enfermedad de las cuestiones y de las disputas
de palabra, de las que vienen envidia, contienda, calumnias [7],
5 malas sospechas, continuas disputas de hombres corrompidos de
entendimiento y privados de la verdad [8], que piensan que la piedad
6 es fuente de ganancia [9]. Mas fuente grande de ganancia es la
7 piedad con contentamiento [10], pues nada hemos traído al mundo,

2. Unos refieren esta exhortación a lo que precede, los otros a lo que sigue, aplicándola a los falsos doctores. Esta última relación no es probable.

3. 1:3.

4. O a las santas doctrinas. Comp. 1: 10; 2 Tim. 1: 13 donde se encuentra la misma designación de la verdadera doctrina.

5. La *sana doctrina* es la única que produce la verdadera *piedad.* (3: 16, nota).

6. Comp. para esta voz 3:6; 1 Cor. 8:1; etimológicamente significa estar bajo la influencia de una *humareda* de vanidad, de vanagloria. "Es el que anda ebrio de sus propios pensamientos y no escucha a nadie". *Lutero.*

7. Gr. "Las blasfemias". Las *disputas de palabras* (Gr. "logomajías") son las discusiones que giran sobre *palabras* entendidas en sentidos diversos, más que sobre las *cosas.* Y de hecho, en la mayor parte de esas *cuestiones* de que muchos tienen la *enfermedad,* se trata con la mayor frecuencia de palabras. Por ello, el apóstol de ningún modo entiende proscribir las discusiones serias sobre pensamientos serios.

8. El lugar que ocupa en este pasaje esta grande y hermosa palabra de *verdad,* muestra que aquí, como dondequiera, la escritura atribuye a esa palabra un sentido moral, y no solamente intelectual. La verdad divina es una potencia que, al mismo tiempo, ilumina y santifica (comp. Juan 17:17, nota), mientras que el error, que tiene también su potencia moral, produce los tristes frutos que el apóstol enumera aquí.

9. Hay que tomar esta palabra en su sentido material: *ganancia* de dinero (Tito 1:11) por su posición en la iglesia donde ocupan puestos, o de otro modo cualquiera. El texto recibido agrega a esas últimas palabras: "apártate de los tales", pero sin autoridades suficientes.

10. Esa falsa piedad de que se hace un medio de ganar inspira al apóstol el pensamiento de la *ganancia* muy distinta que se encuentra en la verdadera *piedad. El contentamiento* de espíritu es la disposición de aquel a quien su estado *basta.* (Fil. 4:11). El que busca la piedad por lo que es, sin ningún fin terre-

8 y es evidente que tampoco nada podemos llevar[11]; mas teniendo
9 alimento y vestido, con esto estaremos contentos. Mas los que
quieren ser ricos caen en tentación y trampa y muchas concupis-
10 cencias necias y perniciosas, las cuales hunden a los hombres en
destrucción y perdición[12]. Raíz, en efecto, de todos los males es el
amor al dinero, ambicionando el cual algunos se han extraviado
de la fe y traspasado a sí mismos en muchos dolores[13].

III. 11-16. Exhortación a Timoteo mismo. — 1º Debe huir de esas cosas (la avaricia), buscar las virtudes cristianas, luchar por la fe, echar mano de la vida eterna, según la hermosa confesión que hizo delante de testigos. (11, 12). — 2º Pablo le recomienda por el nombre de Cristo que

nal, halla en ella realmente, y solamente en ella, un bien en el cual no soñaba antes, pues contentarse con lo que Dios da, y renunciar a todo lo demás, es la más *grande ganancia*, como la más profunda humillación es la más alta exaltación. (Luc. 14:7-11).

11. ¡Qué cosa más conmovedora contra el apego a las riquezas, que esta consideración seria! Según una variante, el apóstol diría: "Pues nada hemos traído al mundo, porque nada podemos llevar". La lección que hemos conservado da mayor fuerza al pensamiento. Estas reflexiones sobre la vida humana, así como sobre los males sin número de que el amor al dinero es fuente (v. 9, 10), son inspiradas al apóstol por el hecho deplorable que ha señalado en el v. 5, a saber, que se encontraban ya entonces en las iglesias hombres bastante corrompidos para querer hacer de la piedad un medio de enriquecerse.

12. *Ruina y perdición* eternas (1 Tes. 5:3; 2 Tes. 1:9; Fil. 3:19), pues por efecto de esa pasión "se apartan de la fe". (Vers. 10).

13. Gr. "Se han *traspasado* a sí mismos en muchos dolores". Hay que entender por esto las congojas, las inquietudes, los cuidados que los atormentan día y noche por bienes de que no tienen verdadero disfrute. "A lo que debe agregarse el *tormento* de los remordimientos, a causa de los pecados a que la avaricia arrastra al hombre, de lo que Judas (Mat. 27:3) nos da un brillante ejemplo". *Lutero.* "No la posesión, sino la codicia de los bienes de la tierra condena Pablo. Uno puede ser pobre de espíritu en medio de las riquezas; otro puede ser rico por codicia en la indigencia. El primero se santifica poseyéndolas; el segundo puede perjudicarse deseándolas". *Quesnel.* El *amor del dinero* (esta palabra sólo se encuentra aquí) al cual Pablo atribuye tan terribles efectos (v. 9) es, según la versión de Ostervald, "la raíz de todas las especies de males", lo que es una paráfrasis; según la *versión de Lausana*: "la raíz de todos los males", exageración evidente; según el texto: "*una* raíz de todos los males", lo que es completamente exacto. Dice literalmente: "el cual (amor del dinero) algunos habiendo deseado con ardor". Expresión impropia, pues el *dinero* y no el amor del dinero es el objeto de ese deseo.

guarde el mandamiento sin reproche hasta la aparición de Jesucristo, al que Dios manifestará en su tiempo, este Dios único soberano, único inmortal, invisible, al cual pertenece todo honor. (13-16).

11 Mas tú, ¡oh hombre de Dios! evita esto[14], y persigue justicia,
12 piedad, fe, amor, perseverancia, mansedumbre; lucha la buena
lucha de la fe[15], echa mano de la vida eterna[16], a lo que fuiste
llamado y profesaste la buena profesión en presencia de muchos
13 testigos[17]. Te mando en presencia de Dios que vivifica todo, y
de Cristo Jesús que testificó ante Poncio Pilato la buena profe-
14 sión[18], que guardes en mandamiento[19] sin mancha, sin reproche,
15 hasta la aparición del Señor nuestro Jesucristo[20], al que en sus
propios tiempos mostrará el dichoso y solo Potentado, el Rey de
16 los que reinan y Señor de los que dominan, el solo que tiene in-

14. La conducta de Timoteo debe formar un contraste completo con la de los falsos doctores. Pablo se lo hace sentir dándole este título: "hombre de Dios". Un *hombre de Dios* es un siervo de Dios, iluminado y santificado por él, aquel para quien Dios es todo. (1 Sam. 2:27; 2 Reyes 1:9, 10; 2 Tim. 3:17; 2 Pedro 1:21). "El pastor es el hombre de Dios, si hace los negocios de Dios; pero si los sacrifica a su propia codicia, es el hombre de su codicia propia". *Quesnel.*

15. Gr. "*la hermosa* lucha de la fe"; esta noble lucha que se libra por dentro, para conservar y aumentar todas las preciosas gracias indicadas en el v. 11 como objeto de una santa ambición; por fuera contra los enemigos de la verdad y contra el mundo. (Comp. 2 Tim. 4:7).

16. Como se *coge*, se *echa mano* del premio de la lucha o de la carrera. (1 Cor. 9:24, 25; Fil. 3:14, nota; Heber. 12:1-4).

17. Gr. "Habiendo profesado la *hermosa* profesión en presencia de muchos testigos". Alusión a algún incidente de la vida de Timoteo que nos es desconocido. Quizá se trata de la *confesión* de la verdad que hizo en ocasión de su bautismo, o entrando en el sevicio de Dios en el ministerio (comp. 4:14), o por último, lo que es más probable, en presencia de algún peligro; esto explica por qué recuerda el apóstol aquí (v. 13) la confesión que el Salvador hizo de la verdad delante de Poncio Pilato y frente a la muerte.

18. Mat. 27:11; Juan 18:37; 19: 11. A fin de hacer más intensa su exhortación, Pablo apela al *Dios que da la vida a todas las cosas* y que es por eso mismo en nosotros la fuente de toda fuerza para confesar su nombre, así como de toda fidelidad y de toda santidad (v. 14); apela también a *Jesucristo* y a su *profesión* de la verdad, aun en presencia de la cruz, sabiendo que él no reconoce por discípulo suyo sino a aquel que le sigue en esa senda con abnegación y hasta el fin.

19. Según unos, las exhortaciones que Pablo acaba de dirigir a Timoteo (v. 11 y 12); según otros, y con más razón, toda la ley cristiana, el evangelio con todos sus frutos. (1:5).

20. Ultimo término hacia el cual la escritura eleva sin cesar nuestros

mortalidad, que mora en luz inaccesible, al que ningún hombre
ha visto ni puede ver, al cual sea honor y poder eterno. ¡Amén[21]!

IV. 17-21. DEBERES DE LOS RICOS. ULTIMAS PALABRAS A TIMOTEO. — 1º Timoteo debe recomendar a los ricos que eviten el orgullo; que no pongan su esperanza en sus bienes sino en Dios que los da; que aprendan a dar fin de allegar un tesoro para la vida eterna. (17-19). — 2º Pablo dirige a su discípulo esta última exhortación: que guarde el depósito y evite los vanos discursos de una falta ciencia, por la cual algunos han caído de la fe. (20, 21).

17 A los ricos en esta edad[22] manda que no sean orgullosos, ni
pongan la esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en

pensamientos, porque "sólo el que perseverare hasta el fin será salvado".

21. Magnífica doxología, acto de adoración inspirado al apóstol por el pensamiento de la gloria divina que acompañará la *aparición de Jesucristo.* (Vers. 14). Habría podido decir simplemente: aparición que Dios *manifestará en sus propios tiempos* (Tito 2:13; 1 Tim. 2:6, nota; los *tiempos* pertenecen a Dios solo, se cuida bien de fijarlos); en lugar de ello, penetrado del pensamiento de la majestad eterna de Dios, lo expresa en términos que encierran una gran enseñanza. (Comp. 1:17). Tres grandes atributos de Dios llenan el alma del apóstol de un sentimiento de adoración: 1º Es él *solo Potentado* absoluto; él solo reina, tanto sobre el universo como sobre *los que reinan y dominan.* (1:17; Apoc. 17: 14). Mas el apóstol añade un epíteto que asombra a primera vista: *dichoso.* (1:11). Dios es soberanamente dichoso, porque es el soberanamente santo y el amor supremo. Y él será la fuente de una dicha semejante para los que estén en comunión con él en la perfección. 2º El solo posee (Gr. "él *tiene*") la *inmortalidad.* La posee en su esencia; ninguna criatura la tiene en sí misma. La doctrina pagana de una inmortalidad innata del hombre no es enseñada en la escritura. Los redimidos de Cristo serán revestidos de inmortalidad, porque serán revestidos de incorruptibilidad (1 Cor. 15:53, 54), y sin razón alguna confunden nuestras versiones ordinarias ambos términos. 3º Dios es *invisible,* lo que es expresado aquí, primero por la idea de una *luz inaccesible* donde Dios *habita* (ese adjetivo sólo se encuentra aquí; comp. 1 Juan 1:5; Sal. 104: 2; Ezeq. 1:26 sig.), luego por la afirmación de que *ningún hombre le ha visto ni puede verle.* (Comp. Ex. 33:20, Juan 1:18; 6:46; Col. 1:16; 1 Juan 4:12). Estas enseñanzas significan que Dios no puede ser conocido si no se manifiesta (Mat. 11:27), y este último pasaje dice claramente que esa manifestación de Dios ha tenido lugar en el Hijo de su amor. Desde entonces *ver* a Dios, contemplarle en su Amado, por una comunión viva con él, se ha hecho posible (Mat. 5: 8) y será felicidad de los hijos de Dios en otra economía. (1 Juan 3: 2). A Dios da Pablo el *honor y la fuerza eterna!*

22. A los cristianos que tienen bienes *de esta edad:* ¡designación muy

18 Dios que nos da todo abundantemente para usufructo[23]; que ha-
gan el bien, que sean ricos en buenas obras, que sean dadivosos,
19 liberales, atesorando para sí un buen fundamento para el por-
venir para que echen mano de la vida que realmente lo es[24].
20 ¡Oh Timoteo! guarda el depósito[25], apartándote de las pro-
fanas y vanas pláticas y de las oposiciones del falsamente llamado
21 conocimiento[26], profesando el cual algunos han errado sobre la
fe[27]. ¡La gracia sea contigo!

significativa! Véase la inversa en el v. 19.

23. ¡Qué contraste! tener por objeto de su *esperanza la incertidumbre de las riquezas,* o *Dios que nos da ricamente todas las cosas.* El texto recibido dice: "el Dios *viviente*", hermoso epíteto, mas demasiado poco documentado.

24. Según una variante muy autorizada. El texto recibido tiene:: "la vida eterna". Es ésta exactamente la enseñanza del Salvador. (Mat. 6:19, 20).

25. El tesoro de la fe, de la sana doctrina, de la "vida verdadera" (Comp. 2 Tim. 1:12, 14).

26. Gr. "Las antítesis de un conocimiento de nombre embustero". Por estas palabras designa Pablo más directamente esos *discursos vanos y profanos.* (Comp. 1:6). Ya entonces los falsos doctores se jactaban de una ciencia *(gnosis)* que, en el segundo siglo, les valió el nombre de *gnósticos,* los *conocedores,* los sabios por oposición a los simples creyentes. Por medio de esas *antítesis* o *contradicciones* que pretendían hallar en los objetos de la fe, pensaban poner en apuros a los fieles, en dificultades de que sólo su ciencia podía proveer la solución. Otros intérpretes ven en esas antítesis simplemente los principios o doctrinas que esos hombres oponían a los principios y a las doctrinas del evangelio. Ese término habría sido escogido porque esa oposición se habría manifestado por una polémica para la cual se empleaba el lenguaje de la escuela. Sea lo que fuere, el fundamento de la fe que ellos decían querer conservar se les escapaba por completo. (Vers. 21). Esta triste experiencia de los primeros tiempos se ha renovado a través de todas las edades, y hasta nuestros días.

27. "Han errado el blanco de la fe". Tendían pues hacia ella, mas por un falso camino que conduce a nada.

SEGUNDA
EPISTOLA DE PABLO A TIMOTEO

INTRODUCCION

1. Lo que ha sido dicho sobre las epístolas pastorales (véase la introd.) concierne también a esta segunda carta: no volveremos aquí ni sobre los antecedentes históricos, ni sobre las hipótesis, ni sobre las críticas que hemos expuesto. — Esta epístola es la última escrita por Pablo. Prisionero en Roma (1:8, 16), previendo su próximo fin (4:6-8, 18), escribe su testamento espiritual. De ahí el tono solemne, tranquilo, elevado, en el cual el hombre de Dios expresa su viva esperanza de ser pronto libertado de todo mal, su profunda solicitud por la causa del evangelio, que dejaba expuesta a los ataques de los falsos doctores (2:16-18), a las corrupciones de los hombres profanos (3:1-9), mas también su inconmovible y victoriosa confianza en la potencia de Dios, que sabrá preservar su verdad en el mundo y hacerla triunfar del error y del pecado. (2:3-6, 19; 3:9). En estas circunstancias, se comprende el ardiente deseo que siente el apóstol de ver por última vez a ese Timoteo al que llama su hijo amado, y al cual quiere dar de viva voz sus últimas instrucciones. Por esto le insta diversas veces a apresurar su viaje. (4:9, 21). No era necesario tanto para llevar a su lado a ese fiel discípulo, que se entera por esta carta misma de que la mayor parte de los que habían rodeado a Pablo le han abandonado cobardemente al acercarse el supremo peligro. (1:15; 4:10, 14-16).

2. Se puede resumir así los principales pensamientos de esta carta:

1. Pablo, después de saludar a su discípulo por su voto apostólico y haberle recordado con acciones de gracias la fe de que

había hallado modelo desde su infancia en su propia familia (1:1-5), le exhorta a permanecer firme y fiel en la profesión de esta fe y en el ejercicio de su ministerio (6-8). Le alienta a ello representándole la grandeza de la salvación en Cristo Jesús (9-10), recordándole el ejemplo que él le da y las instrucciones que le ha trasmitido. (11-14). Le habla de la conducta de algunos de los que le rodeaban y aprovecha la ocasión para dirigirle nuevas e instantes exhortaciones a la constancia en las luchas y los sufrimientos de su ministerio. (1:15 a 2:13).

II. Le da direcciones relativas al gobierno de la iglesia: le dice cómo debe conducirse respecto de los que se apartan de la verdad. 2: 14-26). Le advierte que hombres corruptos y corruptores se levantarán en las iglesias y serán el mayor peligro para ellas. (3:1-9). Para alentarle a mostrarse valiente en presencia de ese despliegue de la potencia del mal, evoca el recurdo de las persecuciones que en otro tiempo él soportó ante los ojos de Timoteo, y le declara que los que quisieren vivir según la piedad serán siempre tratados así. Mas aun en este hecho ve un nuevo motivo de exhortar a Timoteo a permanecer firme en su fe e infatigable en el cumplimiento de su obra de evangelista. (3:10 a 4:15).

III. Por último, le anuncia su próximo martirio, le invita a ir a Roma con la mayor urgencia, y le comunica diversos detalles personales sobre su posición. (4:6-22).

SEGUNDA EPISTOLA DE PABLO A TIMOTEO

CAPITULO I.

I. *Saludos y acciones de gracias por la fe de Timoteo, 1-5.* — II. *Exhortación a la firmeza y a la fidelidad, 6-14.* — III. *Detalles sobre algunos de los que se encontraban junto a Pablo, 15-18.*

I. 1-5. Saludos. Acciones de gracias. — 1º Origen y fin del apostolado de Pablo. Dirige a Dios por Timoteo su voto apostólico. (1, 2). — 2º Da gracias a Dios y ora sin cesar por él; desea verle, recordando sus lágrimas, así como su fe, que estaba ya en su madre y en su abuela. (3-5).

1 Pablo, apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios, según
2 la promesa de la vida que es en Cristo Jesús [1], a Timoteo, amado
hijo [2]: ¡Gracia, misericordia, paz de parte de Dios Padre y de
Cristo Jesús nuestro Señor [3]!
3 Gracias doy a Dios al que sirvo desde mis progenitores en
pura conciencia [4], de cuán incesante es mi memoria de ti en mis

1. Pablo indica en dos palabras cuál es el *origen* y el *fin* de su apostolado: su origen es la *voluntad* de *Dios* (1 Cor. 1:1; 2 Cor. 1:1; Efes. 1:1; comp. 1 Tim. 1:1), que constituye su autoridad y su fuerza; su *fin*, es el de anunciar a los pecadores la *promesa de la vida*, de la vida eterna *que es en Cristo Jesús*. (Juan 1:4; 1 Juan 1:1). La *vida*, esa vida imperecedera, que es victoriosa del mundo, del pecado, de la muerte, he ahí la gran palabra con que agrada a Pablo resumir todo el evangelio en el momento en que llega él a su último y supremo combate.

2. En la fe. (1 Tim. 1:2, nota).

3. Comp. Rom. 1:7, nota; 1 Tim. 1:2.

4. Gr. "a quien rindo culto desde mis antepasados con pura conciencia". El apóstol quiere recordar que la piedad de que está animado hunde sus raíces en el pasado, puesto que era ya conocida y practicada de sus padres y que él había sido educado

4 súplicas noche y día[5], ansiando verte, acordándome de tus lá-
5 grimas[6], para ser llenado de gozo[7], habiendo recibido el recuerdo
de la fe sin hipocresía que hay en ti, la cual moró primero en
tu abuela Lois y en tu madre Eunice, y estoy persuadido que
también en ti[8].

II. 6-14. Exhortación a la fidelidad y motivos de permanecer firme. — 1º Timoteo debe reanimar siempre el don de Dios por medio de este Espíritu que inspira, no la temeridad, sino la fuerza, el amor y la prudencia; entonces no tendrá vergüenza del evangelio, ni de Pablo, sino que tendrá el coraje de padecer con él. (6-8). — 2º El gran motivo de esta fidelidad es que Dios nos ha salvado gratuitamente por su gracia, que ha sido manifestada en Cristo Jesús cuando destruyó la muerte y sacó a luz la vida eterna por este evangelio cuyo ministerio para los gentiles Pablo ha recibido. (9-11). — 3º Otro motivo invocado por el apóstol es el ejemplo de sus padecimientos, de su coraje, de la certidumbre de su fe. Timoteo debe, pues, retener la sana doctrina, en la fe y el amor, y guardar cuidadosamente ese precioso depósito. (12-14).

6 Por tal causa te amonesto que reanimes el don de gracia de

en el *culto* del verdadero Dios. Desde este punto de vista únicamente puede hablar de una *conciencia pura*, es decir, de la sinceridad, de la rectitud que siempre aportó a ese culto, aun en el tiempo de su ignorancia y de su odio contra el evangelio. (Comp. Actos 23:1; 24:14-16; Fil. 3:6). Cuando Pablo habla en un sentido absoluto de su responsabilidad ante un Dios santo y justo, se sabe que emplea un lenguaje muy diferente, él, quien tan vivamente nos ha descrito las luchas de su conciencia. (Rom. 7:7 y sig.; comp. 1 Cor. 15:9; 1 Tim. 13, 15). Gerlach piensa que el apóstol no habla aquí del tiempo antes de su conversión, sino de su conciencia de cristiano, purificada, por la sangre de Cristo y por el Espíritu de Dios. Este sentido no está conforme con el conjunto de nuestro pasaje.

5. Comp. Rom. 1:9; Fil. 1:3, 4; Col. 1:3; 1 Tes. 1:2.

6. *Lágrimas* que derramaba Timoteo, probablemente despidiéndose de Pablo, al que amaba como a un padre (comp. Actos 20:37, 38; 21:13), o en otras ocasiones, en las tristezas de su ministerio y de su vida.

7. Comp. Rom. 1:10-12; Fil. 1:8. ¡Qué amor mutuo entre estos dos hombres denotan esas lágrimas del discípulo, esa *ansia* de Pablo de verle de nuevo, ese *gozo* que se promete!

8. Gr. "Habiendo recibido el recuerdo". El término original indica que en una circunstancia desconocida vino a recordar a Pablo la fe de su discípulo. Nuestras versiones borran ese matiz traduciendo simplemente "acordándome". — Ese *recuerdo de la fe* de que habían sido animadas la madre y la abuela de Timoteo, es provocado por el mismo sentimiento que inducía a Pablo a hablar de sus antepasados (v. 3): es un profundo reconocimiento por las gracias de Dios ya derramadas sobre esas familias de piadosos israelitas, y que no habían sido más que las arras de gracias mayores aun. En efecto, habiendo sido convertido Timoteo al evangelio en su juventud, es probable que esos miembros de su familia lo habían sido también con él. Todos esos preciosos recuerdos que agrada al apóstol traer a su memoria, son objeto de sus acciones de gracias (v. 3), y al mismo tiempo un motivo poderoso de la exhortación que va a seguir. (Vers. 6 y sig.).

Dios[9] que está en ti por medio de la imposición de mis manos[10].
7 No nos ha dado Dios, en efecto, Espíritu de timidez, sino de po-
8 tencia y de amor y de prudencia[11]. No te avergüences, pues, del
testimonio de nuestro Señor, ni de mí su prisionero, sino sufre
9 males conmigo por el evangelio según la potencia de Dios[12], que
nos salvó y nos llamó con vocación santa, no según nuestras obras
sino según su propio propósito y gracia que nos ha sido dada en
10 Cristo Jesús antes de los tiempos eternos[13], mas manifestada aho-

9. Literalmente: "reanimar el fuego del don de la gracia de Dios" (járisma). Se trata sobre todo aquí del don de su ministerio, recibido por la *imposición de las manos*. (Vers. 7).

10. Desde el momento en que el apóstol puso sobre él sus manos y por un efecto de es acto. Comp. 1 Tim. 4:14, nota.

11. Nada es más opuesto a la *timidez* y al temor de los hombres que este Espíritu de Dios, que comunica a la debilidad natural de un siervo de Jesucristo algo de su *potencia* divina (1 Cor. 2:4; comp. Rom. 8:15); este Espíritu que, derramado en un alma, enciende y mantiene en ella el fuego de un *amor* al cual no cuesta ningún sacrificio (Rom. 5:5); este Espíritu cuya luz y sabiduría divina inspiran la sola verdadera *prudencia* en las posiciones más difíciles. (Esta última palabra puede verterse también por las de *sabiduría, moderación, buen sentido*). Algunos intérpretes entienden por este espíritu, no el Espíritu de Dios en sí mismo, sino el espíritu del hombre, al que Dios anima de estas disposiciones. El pensamiento sería el mismo, debilitado solamente. — Este pensamiento del apóstol prepara admirablemente al lector al que va a seguir. (Vers. 8).

12. No solamente Timoteo, como todo siervo de Dios, no debe *avergonzarse* del testimonio que es llamado a dar de Jesucristo en medio del mundo (Rom. 1:16), sino que Pablo va a invitarle a trasladarse al lado de él, prisionero en Roma (4: 9, 21), en el momento en que prevé una muerte sangrienta. (4:6). Se trata pues para su discípulo de compartir su oprobio y sus peligros, y de llevar el testimonio de Jesucristo a los mismos que van a hacerle morir. De ahí estas palabras: *ni de mí, su prisionero* (el prisionero del Señor; Fil. 1:9; Efes. 3:1); de ahí también esta exhortación a *sufrir con él* (Gr. *"sufre males") por el evangelio.* Hay críticos que encuentran esta exhortación indigna de Timoteo, pretendiendo que era acusarle de "cobardía"! Pablo, al contrario siente la necesidad de recordar a Timoteo, en un momento semejante, la *potencia de Dios*, cuya fuente ya le ha mostrado en el Espíritu Santo. (Vers. 7).

13. El objeto del apóstol, al men-

ra por la aparición del Salvador nuestro Cristo Jesús, que ani-
quiló la muerte y sacó a luz la vida y la incorrupción por medio
11 del evangelio[14], para el que yo he sido puesto por predicador y
12 apóstol y maestro de los gentiles[15]. Por tal causa también[16] pa-
dezco esto, pero no me avergüenzo, pues conozco a aquel en quien

cionar estas grandes verdades de la salvación, es evidente: éstas son el inconmovible fundamento de la exhortación que precede, de su propia experiencia que va a recordar (v. 11 y 12), y del estímulo que agrega para su discípulo (v. 13): "Nada, en efecto, anima tanto a un corazón que conoce la *gracia* a hacer todo y a sufrir todo por Dios, como la vista de la misericordia gratuita con que él le ha prevenido" *(Quesnel)* y como la certidumbre de la salvación eterna, basada en el *propósito* de la gracia de Dios. Esta gracia humilla al hombre hasta el polvo, mas para elevarle por sobre todo temor; le despoja de toda fuerza propia, mas para revestirle de la potencia de Dios. (Vers. 7-8. — Por lo demás, cada una de estas verdades que constituyen el evangelio se encuentra en otras partes en la pluma del mismo apóstol, y es explicada en su lugar. (Véase sobre la *vocación*, Rom. 8: 28-30, nota; sobre las *obras* en relación a la salvación, Rom. 3:27, nota; Efes. 2:9; sobre el *propósito* de Dios, Rom. 9:12, 13, nota; Efes. 1: 4, 9, 11 nota). "La gracia que nos ha sido *dada* antes de los tiempos eternos". En otro lugar (1 Cor. 2: 7) Pablo dice solamente que la salvación nos era "destinada". Mas lo que Dios nos destina es como si nos lo hubiera dado ya.

14. La *aparición de nuestro Señor Jesucristo* sobre la tierra no ha hecho más que *manifestar* o *sacar a luz* esa *gracia* (v. 9) y esa *vida* que estaban de toda la eternidad en el designio de misericordia de Dios. La *muerte* y la *vida* son tomadas aquí en su sentido absoluto, aplicándose al cuerpo y al alma y para el cuerpo, la muerte ha sido el resultado inmediato de la separación del hombre de con Dios, fuente única de la vida; la reconciliación con Dios por la muerte de Cristo, la regeneración por la potencia de su resurrección, *destruyen la muerte*, y dan al hombre entero la vida verdadera. A esta gran palabra *vida*, y para explicarla, el apóstol agrega la de *incorrupción* (no *inmortalidad* que es otra cosa), por la cual califica la vida verdadera la vida eterna como elevada en lo sucesivo por sobre todo alcance de la corrupción. (Comp. 1 Cor. 15:53, nota). — El fin inmediato del apóstol es aquí el mismo que en el versículo precedente: si la gracia de Dios podía librar a Timoteo de todo temor, ¡qué nuevo coraje debía hallar en la consideración de esa potencia de Cristo en él, la cual es victoriosa de la muerte, y conduce a sus redimidos a la incorruptibilidad de los cielos!

15. 1 Tim. 2:7. *Para la cual*, es decir para el evangelio. Esta gloriosa razón de su vocación y de sus padecimientos, de que, por causa de ello, él "no se avergüenza" (v. 12), era al mismo tiempo una dulce consolación para él y un precioso estímulo para Timoteo (Comp. v. 8). — Manuscritos importantes omiten *de los gentiles*

16 "Porque he sido predicador", etcétera.

he creído[17] y estoy persuadido de que es poderoso para guardar
13 mi depósito hasta aquel día[18]. Retén el modelo de las sanas pala-
bras que has oído de mí en la fe y el amor que es en Cristo Jesús[19].
14 Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nos-
otros[20].

III. 15-18. COMUNICACIONES PERSONALES. — 1º Varios discípulos han abandonado a Pablo para volver a Asia. (15). — 2º Onesíforo, al contrario, le ha consolado, y, lejos de tener vergüenza de sus cadenas, le ha buscado y hallado en Roma; voto del apóstol por él y por su familia. (16-18).

15 Esto sabe: que me han abandonado todos los que están en

17. O más bien: "conozco a aquel a quien me he confiado'. De ahí su seguridad respecto de su "depósito".

18. Este *depósito* es el de su salvación eterna (comp v. 14 y 1 Tim. 6:20). Sabe que lo encontrará en las manos de su Dios-Salvador, que se lo guarda *hasta aquel día*, es decir hasta el día del regreso de Cristo. (Vers. 18; 4:8; 2 Tes. 1:10, nota). — Algunos intérpretes piensan que Pablo entiende por su *depósito*, no su fe o su salvación, sino su apostolado, del que debe dar cuenta. Mas ese sentido está mucho menos en armonía con el pensamiento del apóstol, cuya expresión completa es como sigue: "Yo conozco a aquel a quien me he confiado, y estoy persuadido de que (Dios) es poderoso para guardar mi depósito (que yo le confié) hasta aquel día".

19. "El *modelo* o el *tipo* de las sanas palabras" (o de las sanas doctrinas, véase, sobre esta expresión 1 Tim. 1:10, nota) significa los principios fundamentales de esas doctrinas, los rasgos específicos que las distinguen. Pablo invita a Timoteo a retenerlas, no como una letra muerta, sino *en la fe y en el amor* que es en Cristo Jesús, es decir, en una comunión viviente con el Salvador. Esto es lo que da la vida a las doctrinas y lo que las desarrolla por la experiencia que de ellas se hace.

20. Comp. v. 12, nota; 1 Tim. 6: 20, nota. El apóstol acaba de emplear esta palabra de *depósito* para designar su fe, su salud eterna, que ha confiado a su Dios (v. 12); ahora nombra así el precioso tesoro de la sana doctrina (v. 13) trasmitido a Timoteo, y que éste debe guardar. ¿Es diferente el sentido? De ningún modo. La fe, que encierra la vida y la salvación, tiene siempre dos elementos inseparables: objetivamente, la verdad divina que es su objeto, y subjetivamente esta confianza del corazón que es la esencia misma de ella. Estos dos elementos están en el pensamiento del apóstol, en los tres pasajes en que emplea este término de *depósito*. Y si, por una parte Dios es fiel para conservarnos lo que nosotros le confiamos (v. 12), quiere que nosotros lo seamos también para *guardar* hasta el fin lo que él nos confía. Mas, a fin de mostrar a su discípulo cuál es la fuente y el garante de la fidelidad que le pide, se apresura a añadir: *por el Espíritu Santo que mora en nosotros*, y que hace viviente, al apropiárnoslo, el depósito de la sana doctrina

16 Asia, de los cuales son Figelo y Hermógenes [21]. Conceda el Señor
misericordia a la casa de Onesíforo, porque muchas veces me
17 refrigeró y no se avergonzó de mis cadenas, sino que cuando es-
18 tuvo en Roma diligentemente me buscó y me halló; — concédale
el Señor hallar misericordia de parte del Señor en aquel día; — y
cuantos servicios hizo en Efeso tú lo sabes mejor [22].

21. Pablo entra en estos detalles personales sobre algunos de los que habían estado con él, a fin de hacer más impresionante su exhortación por el ejemplo de la infidelidad de los unos y de la perseverancia de los otros. (Vers 16-18). — *Los que están en Asia*, entre los cuales cita dos nombres, ahora desconocidos, son probablemente hombres que, después de haber abandonado a Pablo en Roma, en el momento del peligro, habían vuelto a Asia, donde se encontraba entonces Timoteo; por esto le recuerda el apóstol estos hechos diciendo *Sabes*... (Comp. v. 17; 4:10, 16).

22. Este conmovedor elogio de Onesíforo *buscando en Roma* el pobre prisionero de Jesucristo, sin *tener vergüenza de su cadena*, sin temer los peligros a los cuales se exponía, parece hacer alusión a hechos recientes, mientras que de los servicios dados por ese fiel cristiano *en Efeso*, Timoteo mismo había sido testigo. (La mayor parte de las versiones dicen: "cuántos servicios *me hizo*". Este pronombre no esá en el texto). Pablo expresa su tierno reconocimiento para con ese discípulo, implorando por dos veces la *misericordia* del Señor sobre él y sobre su *familia*. Esta última palabra (v. 16) puede hacer pensar que, cuando Pablo escribía esta carta Onesíforo había muerto.

CAPITULO II

I. Continuación: *Exhortación a sufrir todo por el nombre de Jesucristo, 1-13.* — II. *Instruccione sdirigidas a Timoteo sobre el ejercicio de su ministerio sobre todo en presencia de los falsos doctores, 14-25.*

I. 1-13. Estímulo al combate y al padecimiento. — 1º Para ello, Timoteo debe fortalecerse en la gracia y trasmitir fielmente a otros las enseñanzas del apóstol. (1, 2). — 2º Tres comparaciones le mostrarán cómo debe luchar y estar listo a sufrir todo: como un soldado, no debe estar embarazado en los asuntos de la vida; como el atleta en la arena, luchar según las leyes establecidas; como el labrador, trabajar antes de recoger. (3-7). — 3º Debe considerar bien estas verdades, y, para su estímulo, acordarse siempre de Jesucristo resucitado; tiene también ante sus ojos el ejemplo de Pablo, que padece hasta ser atado como un malhechor, y esto por amor de los elegidos, a quienes se trata de llevar a la salvación y a la gloria eterna. (8-10). — 4º Este destino es el de todos los cristianos: padecer y morir con Cristo, para vivir y reinar con él; mas los que le niegan por incredulidad serán negados de él. (11-13).

1 Tú pues, hijo mío, fortalécete en la gracia que es en Cristo
2 Jesús [1], y aquello que oíste de mí ante muchos testigos [2] encárgalo
3 a hombres fieles, los cuales serán aptos para enseñar a otros [3].
4 Sufre conmigo males como buen soldado de Jesucristo. Ninguno
que va a la guerra se embaraza en los asuntos de la vida, para
5 agradar al que le tomó por soldado [4]; y si alguien luchare, no es
6 coronado si no luchare legítimamente [5]. Es necesario que el la-

1. *Tú pues*... "en consideración a los ejemplos que acabo de citar, imitando el de Onesíforo, evitando los de Figelo y Hermógenes..." (1:15-18. — *La gracia que es en Cristo Jesús*, la plena posesión de la salvación por él cumplida, tal es la *fuerza* del siervo de Dios. Cuanto más se empapa de esta gracia, tanto menos confía en sí mismo, y tanto mejor preparado también está para el combate. (Vers. 3).

2. Por estos *testigos*, unos entienden los que habían asistido con Timoteo a las instrucciones del apóstol, a su predicación; otros, con mayor razón, comprenden por ello los ancianos en cuya presencia este discípulo había hecho su profesión de cristianismo (1 Tim. 6:12) y que habían puesto sus manos sobre él. (1 Tim. 4:14; 2 Tim. 1:6). Esto le autorizaba a *encargar esas cosas a otros*.

3. Gr. "de enseñar también otros". No hay en este *encargo* de Pablo a Timoteo ni una palabra que permita pensar que este último recibía con ello el poder de instituir él mismo ancianos sin el asentimiento de las iglesias, como con demasiada frecuencia se ha pretendido. Todo lo que el apóstol recomienda a su discípulo, es trasmitir a otros las enseñanzas que ha *oído de él*. Que esas enseñanzas concerniesen principalmente los deberes de los ancianos, aptos ellos mismos para *enseñar*, es evidente; mas esto de ningún modo prueba que Timoteo pudiera investirlos de esos cargos por su propia autoridad, él que, bien que escogido por el apóstol Pablo, había recibido sin embargo la imposición de las manos por todo el cuerpo de los ancianos. (1 Tim. 4. 14).

4. El siervo de Jesucristo debe pues, para *agradar* al Jefe, para darle todo su tiempo, todas sus fuerzas, y aun su vida, no ser *embarazado* por las cosas de este mundo, por ocupaciones extrañas a su vocación. (1 Cor. 7:29-34).

5. Esta segunda figura, diferente de la precedente (v. 4), es tomada de las *luchas en el circo*, en que ningún atleta era *coronado* si no había *luchado según las leyes* prescriptas. Estas leyes, para el servidor de Jesucristo, son las que le dictan la palabra y el Espíritu de Dios; debe luchar según la verdad, la caridad, la humildad, principalmente no buscando más que la gloria de Dios de

7 brador que trabaja participe el primero de los frutos [6]. Entiende
8 lo que digo, pues el Señor te dará entendimiento en todo [7]. Acuér-
date de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, de la descen-
9 dencia de David, según mi evangelio [8], en el que sufro males has-
ta prisiones como malhechor, pero la palabra de Dios no está pre-
10 sa. Por esto soporto todo por causa de los elegidos, para que
ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús con la
11 gloria eterna [9]. Fiel es la palabra, pues si hemos muerto con él,
12 también con él viviremos; si soportamos, también reinaremos con

quien espera la corona. (Comp. 1 Cor. 9:25-27).

6. Tercera figura, destinada a inspirar al siervo de Dios esta paciencia de la fe, que *trabaja* con constancia *antes* de *recoger los frutos* de su trabajo, y aun sin ver fruto alguno. La recompensa es reservada para el cielo; la tierra es el lugar del combate, de la actividad, del padecimiento. — He aquí el sentido literal del griego. "El labrador que se afana debe participar el primero de los frutos". Es ese su derecho, mas el derecho de *aquel que se afana, que se fatiga,* que labra su campo. De modo que no se trata aquí de esta otra verdad, que "el obrero es digno de su salario".

7. La última figura que Pablo ha empleado despierta en el espíritu todo un orden de pensamientos relativos a las gloriosas promesas hechas a los siervos fieles (Daniel 12:3; Mat. 19:28; 25:21), a la pena, a la paciencia, a los renunciamientos que son inseparables de su vocación: he ahí lo que Timoteo debe *considerar,* meditar aún para su estímulo, con ese *entendimiento* que el *Señor* le *dará.* — El texto recibido expresa este último pensamiento bajo la forma de un voto: "Que el Señor te dé entendimiento". Esta lección no es autorizada; la partícula *pues* debiera haberlo hecho advertir ya; motiva por una promesa preciosa el deber de *considerar, entender.*

8. El más salutífero estímulo que un servidor de Dios pueda hallar en sus pruebas, es la contemplación de su Salvador, nacido como nosotros sobre la tierra, de la *raza* empobrecida *de David* (Rom. 1:3), sufriendo y renunciando siempre a sí mismo, mas cuyos combates han sido coronados por su gloriosa *resurrección* y por todas las facilidades del cielo. Esta contemplación fortalece tanto más la fe y la abnegación de sus siervos, cuanto que Jesucristo no es solamente su modelo, sino que, *resucitado* ahora *de los muertos* y glorificado, es la fuente de esta potencia de resurrección y de vida que se cumple en ellos como triunfó en él mismo. De este Salvador resucitado deben ellos *acordarse* sin cesar. (Rom. 6:3 y sig.; Gál. 2:20). — Por estas palabras: *mi evangelio* (Rom. 2:16; 16:25), el apóstol opone el evangelio que *él predica* a toda falsa doctrina; es, como en otro lugar lo dice, "el evangelio que me ha sido confiado". (1 Tim. 1:11; comp. Rom. 2: 16, nota).

9. Aun los padecimientos de Pablo, y ese oprobio de estar *encadenado como un malhechor* contribuían a la gloria de Dios y a la salvación de los *elegidos.* Todos los padecimientos de un mártir, al hacer triunfar

13 él [10]; si le negáremos, también él nos negará [11]; si somos infieles,
él permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo [12].

II. 14-26. CÓMO DEBE TIMOTEO PORTARSE EN PRESENCIA DE LOS FALSOS DOCTORES. — 1º Debe protestar contra las disputas de palabras, hacerse aprobado de Dios, dispensar rectamente la palabra, reprobar los discursos vanos y profanos, tales como los de Himeneo y Fileto que han abandonado la verdad negando la resurrección. (14-18). — 2º Sin embargo el fundamento puesto por Dios permanece firme; él conoce a los suyos y los santifica, haciendo de ellos vasos para honra para su servicio. (19-21). — 3º Evitando los deseos de la juventud y revistiéndose de todas las virtudes de la vida cristiana, Timoteo debe rechazar las cuestiones tontas e inútiles, evitar las disputas instruir con mansedumbre a los adversarios, en la esperanza de que Dios les dará arrepentimiento para conocer la verdad y escapar de las trampas del demonio. (22-26).

14 Recuérdales esto [13], protestando en presencia de Dios que no
disputen sobre palabras, para nada útil, para subversión de los

la verdad, facilitan la victoria a los que le siguen en la carrera, y su ejemplo llena de consuelo y de coraje a los que son sus testigos. (2 Cor. 1:5-7, nota; Fil. 1:12-14; Col. 1:24). ¿Quién podría *encadenar la palabra de Dios?* ¡Qué santa ironía hay en estas palabras! ¡y cuán bien denuncia la locura de los enemigos de Dios y de su verdad!

10. *Esta palabra es fiel, cierta* (comp. 1 Tim. 1:15; 3:1): hay que seguir a Jesucristo en todas las cosas, y hasta en *sus padecimientos* y en *su muerte,* para llegar adonde él está, en la *vida* del cielo y en su *reino* glorioso, en el cual él quiere asociar a sus redimidos. Ningún otro camino conduce allá sino el que él mismo siguió. Así, por la humillación a la gloria, por la muerte a la vida, tal es la divisa del cristiano. (Comp. Rom. 6:18, nota; 8:17, nota; Gál. 2:20, nota; Col. 1:24, nota; Fil. 3:10, nota). Hay que observar todavía sobre estas palabras: 1° Que el medio de *morir* (a nosotros mismos, al mundo, al pecado) es el *sufrir,* y tal puede ser el fruto bendito del sufrimiento. 2º: Que aquí el verbo *morir* está en pretérito (aoristo), lo que supone que el discípulo de Jesús ya ha entrado con él en la comunión de sus sufrimientos y de su muerte. Nuestras antiguas versiones borran este matiz. 3º Que todos estos verbos están compuestos con la partícula *con,* sin el pronombre *él,* que está en el pensamiento del apóstol, mas no lo expresa. (Vers. 10). 4° Que a causa del impulso y del ritmo de estas palabras, varios exégetas ven en ellas parte de un himno o cántico de la iglesia.

11. Mat. 10:33; comp. 7:23; Luc. 13:25-27. Todo el que, oyendo tales palabras, no experimenta un santo temblor jamás ha comprendido o creído lo que ellas encierran! Esta sentencia es justamente lo opuesto de las dos precedentes.

12. *Si somos infieles,* o, según el original, "si *no creemos*", Dios no por eso deja de ser tal cual es; *él*

15 que oyen[14]. Sé diligente en presentarte a Dios aprobado, obrero
que no tiene de qué avergonzarse, manejando rectamente la pa-
16 labra de la verdad[15]. Mas las profanas y vanas pláticas evita[16],
17 pues progresarán más en la impiedad[17] y su palabra carcomerá
18 como gangrena[18]; de los que son Himeneo y Fileto, los cuales
han errado sobre la verdad diciendo que la resurrección ya ha
19 acontecido y trastornan la fe de algunos[19]. Empero el sólido

permanece fiel a sus promesas y a sus amenazas, que no puede *negar* porque sería *negarse a sí mismo*. Así, ¡a nosotros toda la responsabilidad! — "Los hombres pueden faltar a Dios, mas Dios no puede faltar a sí mismo. Si ellos se hacen indignos por su cobardía de cooperar en sus designios y de trabajar en sus obras, él sabrá cumplir sin ellos sus obras y sus designios, y aun sacar su gloria de la infidelidad de ellos". *Quesnel.*

13. Es decir las serias verdades que acaba de recordar en los versículos precedentes, por oposición a las "disputas de palabras" que va a condenar.

14. Gr. "lo que para nada es útil, si no para el trastorno (o la ruina) de los que las escuchan". Si tal es el resultado de las *disputas de palabras* (ocmp. 1 Tim. 6:4, nota) ¿qué hay que esperar, en nuestros días, de la mayor parte de las discusiones teológicas?

15. Literalmente: "Obrero que no tiene ningún motivo de vergüenza (o de confusión), y que corta rectamente la palabra de la verdad". Unos piensan, con Calvino, que esta expresión figurada alude a un padre de familia, que *corta* y distribuye a cada uno de los suyos la parte de alimento que le conviene. Otros la comparan con esta locución muy usada entre los griegos: *cortar recto su camino*, para decir: elegir la buena ruta y perseverar en ella valientemente, a través de todos los obstáculos. El camino, aquí es la *palabra de la verdad;* Timoteo la ha escogido; no le resta más que marchar por ella sin desviarse, como un viajero que sabe adónde le conduce el camino que sigue.

16. Comp. v. 14; 1 Tim. 4:7; 6:20, nota.

17. Hay un progreso inevitable en el error que produce la impiedad, como en la verdad de la que resulta la santificación. El apóstol suministra la prueba de ello en los dos ejemplos que va a citar.

18. ¡Qué energía y qué verdad en esta figura! (Comp. 1 Tim. 1:10, nota). — El cuerpo *carcomido* por el error es la iglesia, o el alma alcanzada por él.

19. *Himeneo* no es conocido más que por 1 Timoteo 1:20, *Fileto* no lo es en absoluto. Los antecedentes históricos nos faltan para establecer cuál era su doctrina y aun para comprender cuál es exactamente el error que el apóstol les reprocha aquí. Este parece haber tenido por punto de partida un falso espiritualismo. Pretendían que la *resurrección ya había tenido lugar*, es decir que, negando la resurrección del cuerpo y la vida futura, enseñaban que el hombre resucita espiritualmente, y en este mundo, para vivir en una inmortalidad fantástica. (Comp. 1 Cor. 15:12, nota). Esos errores se encuentran

fundamento de Dios permanece firme, teniendo este sello: "Cono-
ce el Señor a los que son suyos"; y: "Apártate de injusticia todo
20 el que nombra el nombre del Señor[20]". Mas en una casa gran-
de no hay sólo vasos de oro y de plata, sino también de madera
21 y de barro; y unos para honor, mas otros para deshonra. Si al-
guien, pues, se limpiare de esas cosas, será vaso para honor, san-
22 tificado, útil al amo, preparado para toda buena obra[21]. Evita
las concupiscencias juveniles, mas persigue justicia, fe, amor, paz

más tarde en todos los sistemas de los gnósticos. Pablo indica aquí y quizá ya en 1 Cor. 15 sus primeros gérmenes. Esas aberraciones suponen un desconocimiento completo del pecado y de la redención realizada por la muerte y la resurrección de Cristo.

20. Puede acontecer muy bien y acontece desgraciadamente siempre, que el error "trastorne la fe de algunos" (v. 18); mas el *sólido fundamento* que *Dios* mismo ha puesto y sobre el cual descansa la fe de la iglesia jamás puede ser conmovido; se encuentra en pie después de todas las tempestades. ¿Cuál es este fundamento? Se ha hecho a esta pregunta diversas respuestas; no hay más que una a hacer, y que es del apóstol mismo: Es Jesucristo y el evangelio de su gracia. (1 Cor. 3:11; Efes. 2:20). Se graban sobre los monumentos inscripciones que señalan su destino, que son un *sello*: "el inconmovible fundamento de Dios" lleva así las dos inscripciones significativas que Pablo cita aquí. La primera nos recuerda que esa triste confusión de la verdad y del error, de los justos y de los impíos, que a menudo aflige nuestra alma y conmueve nuestra fe, no existe para Dios: él *conoce los suyos* (Núm. 16:5; Juan 10:14), y sabrá preservarlos de todo mal para la vida eterna. La segunda establece la regla infalible según la cual podemos juzgar nosotros mismos y de los demás: *Todo el que invoca el nombre del Señor*, le reconoce por su Salvador, hace profesión de pertenecerle, y no *se retira de la injusticia*, se engaña a sí mismo. (1 Juan 1:6; comp. Isaías 52:11). La primera de estas sentencias es apropiada para confortar al creyente; la segunda, para producir un salutífero temor.

21. Otro pensamiento más que debe calmar los temores de los verdaderos creyentes al ver el mal que se desliza en la iglesia. La figura con que reviste aquí su pensamiento el apóstol (v. 20), y que en otra parte emplea en un sentido un poco diferente (Rom. 9:21), significa que, visto el estado de pecado en que está hundido el mundo, es imposible que la mezcla del bien y del mal cese en este mundo, y deduce de ello solamente, para cada discípulo de Jesucristo, el deber sagrado de velar, a fin de *purificarse de esas cosas*, —es decir de aquello de que ha hablado en los v. 16-18. Haciéndolo, será un *vaso para honra para el servicio* de su Dios *y preparado para toda buena obra*, por mucha corrupción que pueda reinar a su derredor. Lo que no quiere decir que la iglesia deba asistir, con pasiva indiferencia, a la invasión del error y del pecado en su propio seno, y soportar a hombres tales como Himeneo y Fi-

23 con los que invocan al Señor de puro corazón [22]. Mas las cuestio-
nes necias y sin instrucción rehusa, sabiendo que engendran dispu-
24 tas [23]; mas es necesario que un siervo del Señor no dispute,
sino que sea manso para con todos, apto para enseñar [24], sufrido,
25 corrigiendo con mansedumbre a los que se oponen, si acaso les
26 dará Dios arrepentimiento para conocimiento de la verdad [25] y se
zafarán de la trampa del diablo, cogidos por él, para la voluntad
de aquél [26].

leto. Pablo mismo declara que los ha excluído de la comunión de los cristianos. (1 Tim. 1:20).

22. Todas estas virtudes, que hacen el verdadero siervo de Dios, que Pablo ha recomendado ya a su discípulo (1 Tim. 6:11), y que él opone a los *deseos juveniles*, muestran bastante bien que, por éstos últimos, no entiende exclusivamente, ni siquiera principalmente, hablar de las pasiones sensuales, lo que extrañaría en una exhortación dirigida a Timoteo, que no estaba ya en su primera juventud, y cuyo carácter cristiano era aprobado. Pablo tiene en vista otras disposiciones que son la atención habitual de los hombres jóvenes aún y que ocupan en la iglesia un rango elevado: así, el orgullo oculto, la ambición, el amor del dominio, la busca febril de toda especie de cambios. La edad apostólica tocaba entonces a su fin, otros tiempos empezaban para la iglesia; innovadores aparecían en ella con la seguridad que los distingue siempre, pretendiendo traer conceptos más espirituales, más profundos del cristianismo; era muy difícil, para los sucesores inmediatos de los apóstoles, preservarse puros y firmes bajo la presión de esas tendencias erróneas, y esta exhortación de un hombre de Dios que va al martirio está muy fundada en la experiencia. *Invocar el nombre del Señor* (Jesucristo) es la señal porque se reconocen los cristianos. (Cap. v. 19, donde el texto recibido lee: "el nombre de Cristo", y 1 Cor. 1:2). En sus relaciones *con ellos* Timoteo debe *seguir* (Gr. "perseguir") la *justicia*, la *caridad* y la *paz*.

23. (Vers. 16; 1 Tim. 1:4; 6:4-20). La conexión de este versículo con el que precede, por una simple partícula adversativa (*mas*), prueba también que hay que interpretar el versículo precedente en el sentido indicado. (Comp. también a este respecto los v. 24-26).

24. 1 Tim. 3:2. Edificando la iglesia, más bien por la *enseñanza* positiva de la verdad que por las controversias y mostrando a todos esta tierna solicitud de que Pablo había dado pruebas en su ministerio: 1 Tes. 2:7.

25. El *arrepentimiento* para conocer la *verdad*; ¡qué profundidad de experiencias hay en la relación de estas dos palabras, de estas dos cosas!

26. La palabra traducida por *zafarse* y que sólo se encuentra aquí, significa propiamente: volver al *buen sentido*, por oposición a la locura, o a la *sobriedad por* oposición a la embriaguez. Esta locura, esta embriaguez son los instrumentos de *Satanás*, para someter los espíritus a *su voluntad*. Se vuelve de esa esclavitud por el arrepentimiento o el

cambio del corazón. Según otros, el que le habría *cogido para hacer su voluntad* sería *Dios*. (Vers. 25). ¡Cuánta sabiduría y amor en el modo como el apóstol quiere que su discípulo trate a los que yerran así! (Vers. 24-26). "Jamás precipitación en la defensa de la verdad, ni amargura en la corrección del pecador. Quien le mire, no como a un enemigo irreconciliable, sino como un hermano extraviado, opondrá al error y al pecado el vigor de la autoridad y la fuerza de la doctrina; mas ganará al hereje y al pecador por la mansedumbre y la condescendencia de la caridad. El que comprende bien que la fe y el arrepentimiento son un don de Dios, cuán poderosas son las ilusiones, numerosos los artificios del diablo, y cuál es la cautividad del pecado, lejos de insultar al pecador, tendrá compasión de su miseria. Adoremos la misericordia de Dios sobre nosotros mismos, esperémosla para los más grandes pecadores; temamos por nosotros, oremos por ellos". *Quesnel.*

CAPITULO III

I. *Característica de los hombres en los tiempos difíciles del fin, 1-9.* — II. *Exhortación a permanecer firme, 10-17.*

I. 1-9. Los últimos días malos y lo que serán los hombres entonces. — 1º Vendrán en los últimos días tiempos difíciles; algunos hombres introducirán en la iglesia todos los vicios del paganismo. (1-5). — 2º Aléjate de tales hombres, de cuyo número son también los que se introducen en las casas y cautivan el espíritu de ciertas mujeres llevadas por sus concupiscencias; resisten a la verdad, son corrompidos, reprobados en lo relativo a la fe, mas no tendrán éxito siempre, pues su locura será conocida de todos. (6-9).

1 Mas sabe esto: que en los últimos días vendrán tiempos difí-
2 ciles [1], pues los hombres serán egoístas, avaros, presuntuosos, so-
berbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impuros,

1. En el lenguaje profético del Nuevo Testamento, *los últimos días* son los que precederán el regreso de Cristo, y deben ser malos. (1 Timoteo 4:1 y sig.; 2 Tes. 2:1 y sig.; comp. Mat. 24:11-12). El apóstol no entiende sin embargo que cada rasgo del sombrío cuadro moral que va a trazar sea aplicable a todos los hombres; Dios tiene siempre su pueblo sobre la tierra. Mas todos esos vicios y esos pecados se han visto en ciertas épocas, y se encontrarán aún entre los hombres, y hasta no hay ninguno de ellos que no se pueda observar en cada generación. Sólo

3 sin afecto natural, implacables, calumniadores, crueles, no aman-
4 tes de lo bueno, traidores, precipitados, inflados de orgullo, aman-
5 tes del placer más bien que amantes de Dios [2], teniendo la forma
de la piedad mas habiendo negado la potencia de ella [3]. De éstos
6 también apártate. De éstos, en efecto, son los que se introducen
en las casas y cautivan mujercillas cargadas de pecados, llevadas
7 de diversas concupiscencias [4], siempre aprendiendo y nunca pu-
8 diendo llegar al conocimiento de la verdad [5]. Y de la manera que
Jannes y Jambres se opusieron a Moisés, así también éstos se opo-

que el torrente del mal puede fluir con mayor o menor abundancia. (Comp. Rom. 1:30-31).

2. Comp. v. 1, nota. *Egoístas* (v. 2), griego: "amigos de sí mismos". *Avaros*, griego "amigos del dinero". *Vanos*, o *presuntuosos*, jactanciosos. *Soberbios*, elevándose por sobre los demás con menosprecio. *Impuros*, lo inverso de *santos*, inmorales. *Sin afecto* (v. 3), la versión añade *natural*, porque la voz griega indica relaciones formadas por la naturaleza, como las de los hijos para con sus padres. *Implacables*; la voz griega significa hombres que no entran en un pacto, un tratado, una promesa. *Crueles*, o sin misericordia (Rom. 1:31), que jamás perdonan. *Enemigos de los buenos*, o *enemigos del bien*.

3. *Las apariencias de la piedad* (Gr. "teniendo una *forma* de piedad"), es la profesión del evangelio y todas las apariencias de religión que se puede querer darse por motivos interesados, bien que *negando la potencia de ella*, es decir cerrando su corazón al arrepentimiento, al renunciamiento, a la santificación, producidas necesariamente por la verdadera piedad en las almas sinceras. Este rasgo, que se encuentra en todas las épocas entre los hombres, es la hipocresía o el formalismo.

4. Gr. "que llevan en cautividad mujercillas". Este diminutivo expresa menosprecio: *mujeres de espíritu débil y limitado.* Pablo no dice que esos hombres de que habla se entreguen a la fornificación con tales mujeres, sino que *cautivan* sus espíritus para conseguir sus fines.

5. Estas palabras se refieren a las mujeres de que habla el apóstol (v. 6) y no a los que las cautivan. Este nuevo rasgo del cuadro se reproduce en el mundo en todas las épocas. Las sectas, o las tendencias de una moralidad dudosa, se dirigen de preferencia a mujeres del carácter de las que describe el apóstol, y que, débiles de espíritu, bajo el imperio de las diversas pasiones, unen de buena gana sus voluptuosidades a las apariencias de la piedad, *aprendiendo sin cesar* por un deseo curioso de novedades, *mas no llegando jamás al conocimiento de la verdad* divina de que poco se preocupan, porque esa verdad les impondría ante todo el arrepentimiento. (Comp. 1 Tim. 5:11 y sig.). Por lo demás, la severidad del apóstol recae particularmente sobre los falsos doctores que son los instrumentos de tales aberraciones, ora por codicia (Mar. 12:40; Tito 1:11), ora por otros motivos no menos culpables. (Comp. los dos versículos siguientes).

nen a la verdad [6], hombres corrompidos de entendimiento, repro-
9 bados cuanto a la fe [7]. Pero no progresarán más, pues su insensa-
tez será evidente a todos, como también la de aquéllos llegó a ser [8].

II. 10-17. TÚ, PERMANECE FIRME. — 1º Tú has seguido mi vida, mis persecuciones, mis padecimientos, de que el Señor me libertó; todos los hombres piadosos serán perseguidos; mas los malos van empeorando ,engañadores y engañados. (10-13). — 2º Tú, permanece firme en lo que has aprendido, teniendo desde su infancia el conocimiento de las santas letras que bastan para la salvación, pues toda escritura es inspirada de Dios y apta para hacer perfecto a un hombre de Dios. (14-17).

10 Mas tú has seguido con cuidado mi enseñanza, mi conducta,
mi propósito, mi fe, mi longanimidad, mi amor, mi perseverancia;
11 mis persecuciones, mis padecimientos, cuales me acontecieron en
Antioquía, en Iconio, en Listra; cuales persecuciones soporté, y de
12 todas me libertó el Señor [9]. Mas también todos los que quieren vi-

6. El hecho de que se trata aquí es sin duda el referido en Exodo 7: 11 y sig.; mas los nombres de esos encantadores no se encuentran en el Antiguo Testamento. Pablo los cita según la tradición judía; han pasado también al Talmud, con diversos detalles sobre los que los tenían. La intención de esta comparación está en el hecho de que los falsos doctores que Pablo tiene en vista *resisten a la verdad*, imitando sus formas y su exterior, como los magos de Egipto resistían a Moisés imitando sus milagros por prodigios de mentira. De ahí también el juicio severo que sigue.

7. Comp. sobre este término, *corrompidos de entendimiento*, 1 Tim. 6:5; Tito 1:15; y sobre *reprobado cuanto a la fe*, 1 Tim. 1:19, que indica su sentido y su causa. Véase también 1 Tim. 4:1; 6:21.

8. Aquellos hombres citados en el v. 8. El pensamiento expresado aquí por el apóstol, de que esos engañadores *no harán mayores progresos*, parece en contradicción con el v. 13, y con 2:16. Mas si es verdad que los que una vez se han hecho esclavos del error y del pecado adelantan cada vez más en esa senda, y esto por la naturaleza misma de las cosas, llega sin embargo un momento en que el mal produce su propio remedio y se corrige por sus mismos excesos, que acaban por espantar a los que se habían dejado engañar. Es ésa la esperanza del apóstol: *su insensatez será evidente a todos.* A menudo el error de un sistema se ha revelado por sus consecuencias a los ojos de aquellos mismos que no habían sido bastante clarividentes de sus principios. "El reino del error y de la malicia de los hombres tiene sus límites; el de la verdad y de la caridad no tiene otros que la eternidad. El fiel persevera en el amor de la verdad oprimida, y se consuela por la esperanza de su triunfo, esperando los momentos señalados por los propósitos de Dios". *Quesnel.*

9. *Tú has seguido* (v. 10) significa: tú has sido testigo, has tomado

13 vir piadosamente en Cristo Jesús serán perseguidos[10]. Mas los
hombres malos y los impostores progresarán de mal en peor, en-
14 gañando y siendo engañados[11]. Mas tú, permanece en lo que has
aprendido y de que estás firmemente persuadido[12], sabiendo de
15 quién has aprendido[13] y que desde tu infancia[14] conoces las sagra-

parte y me has imitado en todas esas cosas. Esos preciosos recuerdos debían ser para Timoteo un poderoso estímulo a perseverar en la carrera, por muchos sacrificios que debieran serle aún impuestos, pues en último fin viene la *liberación.* Además, todo lo que había sufrido el apóstol era un sello divino puesto sobre su ministerio, y esto le distinguía absolutamente de los falsos doctores de quienes acaba de hablar. No recuerda aquí más que algunas de las *persecuciones* que había sufrido, en Antioquía (Actos 13:50), en Iconio (14:5), en Listra. (Actos 14:19).

10. Marc. 10:30; Juan 15:18-19; 17:14. "¿Por qué, pues, asombrarse de ver cumplir lo que ha sido predicho por el Espíritu Santo mismo? El cristianismo (la vida cristiana) ¿es acaso otra cosa que la participación y el cumplimiento de los misterios de Jesucristo, sufriendo sobre la tierra y muriendo sobre la cruz? El combate que la carne libra al espíritu, la mortificación que el espíritu hace sufrir a la carne, la violencia evangélica (Mat. 11:12), el renunciamiento continuo a sí mismo el soportar las contradicciones, las calumnias, las calamidades, etc., son otras tantas *persecuciones* inevitables a todo cristiano. El que no sufre nada en su propio cuerpo no debe faltar de sufrir en el de la iglesia perseguida en tantos lugares, si la ama, y si es sensible a sus males". *Quesnel.* El hijo de Dios no debe buscar la *persecución* ni provocarla por su falta; mas puesto que nada hay de común en estas dos potencias que se encuentran siempre en presencia como dos adversarios: el mundo y la verdad, los testigos de esta verdad deben hacer sospechar seriamente de su fidelidad cuando nada tienen que sufrir de parte del mundo.

11. Comp. v. 9, nota. Por estas palabras: *Mas los hombres malos y los impostores,* el apóstol vuelve a aquellos de que ha hablado (v. 6 y 9) y los pone en oposición con "los que viven según la piedad" (v. 12). Esto es tanto más claro cuanto que la palabra traducida aquí por *impostores* significa *magos,* tales como los recordados en el v. 8. *Engañar y ser engañado* son dos cosas inseparables: todo engañador es él mismo esclavo de la mentira, y todo hombre que se deja engañar no tarda en ejercer sobre otros la influencia de su error. ¡Terrible y fatal potencia del mal!

12. O: "a la fe de las cuales has sido llevado", o también: "que te han confiado". Decídase por una u otra de esas significaciones, hay que ver siempre un primer argumento del apóstol para su exhortación: *¡Permanece firme!* Otros argumentos siguen hasta el v. 17.

13. Comp. v. 10. Pablo recuerda pues a Timoteo que *de él* recibió el evangelio, y le cita este hecho como un segundo argumento de su exhortación a permanecer firme. Sobre lo cual Calvino hace con razón la observación que sigue: "No ordena a Timoteo retener indiferentemente toda doctrina que le ha sido trasmitida. No autoriza a todo hombre particular a arrogarse el derecho de hacer considerar como un oráculo todo lo que hubiera enseñado. Mas afirma con confianza su autoridad ante Timoteo, a quien sabía que era conocida su vocación apostólica". Hay que observar sin embargo que una variante muy autorizada, mas no decisiva, tiene estas palabras en plural: "de quiénes". Si fuera auténtica, Pablo aludiría a la madre y abuela de Timoteo. (1:5), y el versículo siguiente hace muy probable este pensamiento.

das letras, que pueden hacerte sabio para salvación por medio de
16 la fe que es en Cristo Jesús[15]. Toda escritura es inspirada de
17 Dios[16] y provechosa para enseñanza, para reprensión, para corrección, para la instrucción que es en la justicia, para que el hombre

14. Comp. 1:5, nota.

15. Las *sagradas letras,* es decir, *las escrituras* del Antiguo Testamento, le prepararon para la *fe en Cristo Jesús,* y una y otra cosa reunidas *hacen sabio para la salvación.* Este conocimiento de las escrituras *desde su infancia,* debe ser para Timoteo una tercer razón de firmeza en su fe, y en este pensamiento va a proclamar el apóstol, bien alto, la autoridad y la santa utilidad de las escrituras. (V. 16-17).

16. Estando empleada aquí sin artículo la palabra *escritura,* y la frase sin verbo, reina cierta obscuridad, no sobre el pensamiento del apóstol, sino sobre la construcción gramatical. Se puede traducir estas palabras, y se las ha traducido en efecto, de tres maneras diferentes: 1° "Toda escritura (es) inspirada de Dios y útil", y ésta es la versión más literal y el sentido que adoptan los exégetas más competentes, no importa a qué opinión dogmática pertenezcan. 2° "Toda la escritura (es) inspirada..." Esta versión es difícil de justificar gramaticalmente, y agrega (por el artículo) al pensamiento apostólico un sentido preciso que no tiene. 3° "Toda escritura inspirada de Dios (es) también útil..." Esta traducción es poco natural, es desechada por los mejores intérpretes, y sostenida por otros que insinúan por ello que tal escritura sola es inspirada y por tanto útil, mientras que tal otra no sería ni inspirada ni útil. O por lo menos esta manera de construir y de traducir hace recaer el pensamiento del apóstol sobre la *utilidad* de la escritura más bien que sobre su inspiración. ¿Para qué? No es útil sino porque es inspirada. Adoptamos pues la primera versión. Estas palabras: *toda escritura* no pueden dejar la menor duda en el espíritu, pues el apóstol no hace más que reanudar así, en otros términos, la idea que acaba de expresar (v. 15), recordando a su discípulo que tiene desde su infancia el conocimiento de las *santas letras,* es decir, de las santas escrituras, tomadas en conjunto. Y nuestro versículo 16 no tiene otro fin que proclamar la verdad, la autoridad y la utilidad de estas santas escrituras. La palabra *theópneustos* (compuesta de *théos,* Dios, y de *pneúma,* Espíritu) solamente se encuentra aquí en todo el Nuevo Testamento. Significa que la escritura es, en su conjunto, penetrada del Espíritu de Dios. El mejor comentario de esta palabra se encuentra en 2 Pedro 1:21: "Los santos hombres de Dios, impulsados por el Espíritu

de Dios sea cumplido, completamente provisto para toda buena obra [17].

Santo, hablaron". El apóstol Pablo se contenta con expresar claramente este gran hecho que es la base y la garantía de todas las revelaciones divinas. Mas no expone ni justifica ningún sistema humano sobre el modo, la naturaleza, la extensión de la inspiración, como tampoco sobre la parte de Dios y la del hombre en la composición de las escrituras. La exégesis no puede ir más lejos; todo lo demás pertenece a la dogmática.

17. *Provechosa,* dice literalmente el apóstol, *para enseñanza* (y aquí entiende en verdad *toda la escritura,* Rom. 15:4), para *reprensión* (o la acción de *convencer,* así: "convencer de pecado", Juan 16:8), para *corrección,* para la *instrucción que es en la justicia* (la justicia práctica, la santidad). Y de este modo el *hombre de Dios* (1 Tim. 6:11, nota) llega a ser *cumplido y enteramente formado para toda buena obra* (trad. literal), es decir que toda la santificación del hombre tiene lugar por medio de la escritura. Estas palabras cortan en un sentido afirmativo la gran cuestión, tan a menudo debatida, de la entera suficiencia de la escritura para llevar el hombre a la salvación. (Vers. 15). Se sabe que el protestantismo lo afirma y que el catolicismo lo niega. "Mas aquí se levanta una objeción: cuando Pablo habla de la escritura, entiende por ello el Antiguo Testamento. ¿Cómo, en este caso, se puede decir que la escritura hace al hombre enteramente cumplido? Pues, si así es, todo lo que los apóstoles le han añadido parece superfluo. Respondo: en cuanto a la substancia, nada ha sido añadido. En efecto, los escritos de los apóstoles no contienden otra cosa que la explicación verdadera y pura de la ley y de los profetas, con el cumplimiento de las cosas por ellos anunciadas. No sin razón pues ha honrado Pablo la escritura con este elogio, y si hoy ella es más completa y más rica por la accesión del evangelio, ¿qué hay que decir, si no esperar con certidumbre que su utilidad, proclamada por el apóstol, se mostrará más evidente aún, con tal que nos agrade verla y experimentarla?" *Calvino.*

CAPITULO IV

I. *Continuación de las exhortaciones relativas á un ejercicio valiente y fiel del ministerio, 1-5.* — II. *Pablo anuncia su próximo martirio. Comunicaciones personales, 6-22.*

I. 1-5. TIMOTEO DEBE CUMPLIR FIELMENTE SU MINISTERIO. — 1º Pablo conjura a su discípulo que predique en todo tiempo la palabra. (1, 2). — 2º Esto es necesario, pues tiempo vendrá en que, aun en la iglesia, los hombres no soportarán la sana doctrina, sino que establecerán doctores que les hablen según sus propias concupiscencias, y preferirán fábulas a la verdad; que Timoteo, pues, soporte los padecimientos y haga la obra de un buen evangelista. (3-5).

1 Te conjuro en presencia de Dios, y de Cristo Jesús que debe
2 juzgar a vivos y muertos, y por su aparición y por su reino [1]: predica la palabra, insta oportunamente, importunamente [2], censura,
3 reprende, exhorta, con toda longanimidad y enseñanza [3]. Habrá, en efecto, un tiempo cuando no soportarán la sana doctrina [4], sino que según sus propias concupiscencias amontonarán para sí maes-
4 tros, teniendo comezón de oído [5], y apartarán, sí, de la verdad el
5 oído, mas se volverán a las fábulas [6]. Mas tú, sé sobrio en todo,

1. Así traducimos según una variante que tiene en su favor la mayor parte de las autoridades y es admitida por los críticos más eminentes. El texto recibido tiene: "*según* su aparición y su reino", es decir cuando aparezca en su reino. Sea lo que fuere, el pensamiento del *regreso* de Cristo y de su *reino* glorioso, llamado así a testimonio, con el del *juicio de los vivos y de los muertos,* debía agregar un gran peso al solemne *conjuro* que el apóstol pronuncia, haciendo intervenir el nombre de Dios y de Jesucristo. El v. 2 indica el objeto de esta adjuración.

2. *En todo tiempo,* que las circunstancias te parezcan favorables o enojosas, que estés dispuesto a ello o tengas repugnancia, que se te escuche de buena o de mala gana, *predica la palabra.* ¡Qué diría pues el apóstol de un predicador que dejara limitar su palabra a ciertos lugares, ciertos días, ciertas horas, ciertas formas, fuera de las cuales su misión no sería legítima y en orden!

3. Toda esta actividad, que exige tanta fidelidad y fuerza, no debe realizarse jamás en un celo amargo, sino con sentimientos de compasión y de mansedumbre para los que yerran. Y no se trata, a fin de hacerles volver y edificarlos, de hacer sobre ellos una impresión pasajera, sino de iluminarlos por la *enseñanza.* Otros traducen *con doctrina,* según la verdad del evangelio. (Vers. 3).

4. Comp. 1 Tim. 1:10, nota. Este *tiempo* que debe *venir,* es lo que el apóstol llama en otra parte "los últimos días". (3:1; 1 Tim. 4:1). Sobre la *sana doctrina,* comp. 1 Tim. 1:10, nota.

5. O "*propios deseos*". "Esos falsos doctores se encontrarán en gran número, pues el apóstol dice propiamente: los *amontonarán,* y esto, como esta palabra también lo indica, sin discernimiento. *Una comezón de oir cosas agradables* expresa bien, por una perífrasis, el pensamiento del apóstol; mas él dice literalmente, reuniendo los v. 3 y 4: "No soportarán la sana doctrina..., *teniendo comezón de oído,* se amontonarán doctores según sus concupiscencias, y *apartarán el oído de* la verdad": De modo que estas palabras: *comezón de oído* corresponde a éstas: *sus propias concupiscencias,* y forman un contraste absoluto con la *verdad.*

6. Comp. 1 Tim. 1:4, nota; 4:7, nota.

sufre males, haz obra de evangelista [7], cumple plenamente tu ministerio.

II. 6-22. COMUNICACIONES PERSONALES. — 1º Pablo anuncia que va a morir, mas el Señor le dará la corona de justicia, como a todos los que hubieren esperado su venida. (6-8). — 2º Timoteo debe ir pronto a Roma, pues Pablo ha quedado solo con Lucas; al ir, debe llevar a Marcos y los efectos que Pablo dejó en Troas. (9-13). — 3º Alejandro ha hecho mucho mal a Pablo; recibirá el castigo; Timoteo debe guardarse de él. (14, 15). — 4º En su primera defensa todos abandonaron a Pablo, mas el Señor le asistió, le fortaleció, de modo que todos oyeron su testimonio; le libertó del peligro, y le libertará aún de todo mal, hasta la gloria eterna. (16-18). — 5º Saludos detalles personales, voto apostólico. (19-22).

6 Yo, en efecto, ya soy derramado en libación [8], y el tiempo de
7 mi partida ha llegado. He luchado la buena lucha [9], he terminado
8 la carrera [10], he guardado la fe; en adelante me está reservada la
corona de la justicia, que me dará el Señor en aquel día, el justo
Juez [11], mas no sólo a mí sino también a todos los que han amado

7. Así se llamaba, ya entonces, a los ministros misioneros sin puesto fijo, que iban de lugar en lugar para predicar y edificar. (Efes. 4:11; Actos 21:8). Mas aquí se siente que hablando de la obra de un *evangelista* el apóstol da énfasis a esta palabra y fuerza su significado: un heraldo de la buena nueva.

8. El principal motivo *(en efecto)* para Timoteo de *cumplir su servicio*, es que, a consecuencia de la muerte inminente del apóstol, se va a encontrar sólo en la tarea e investido de una responsabilidad mayor. *"Soy derramado en libación"*, conmovedora expresión cuya figura es tomada de las costumbres de los sacrificios. (Comp. Fil. 2:17, nota). El presente indica que el apóstol considera su muerte como resuelta, cierta. ¡Qué argumento en apoyo de su exhortación! (Vers. 5).

9. Comp. 1 Tim. 6:12, nota.

10. Comp. Actos 20:24. Su esperanza de entonces es realizada ahora.

11. Estas palabras: *corona de justicia, justo Juez*, no significan que Pablo espera esta gloria como una *justicia* que le fuera debida, sino que estaba cierto de que el mismo Dios que le había hecho las promesas de su gracia es fiel y justo para cumplirlas. (1 Juan 1:9, nota; comp. Hebr. 6:10). Esta justicia está en su Dios, no en él mismo; de ahí su perfecta seguridad. Quizá también Pablo opone esta *justicia* divina a la cruel *injusticia* de los hombres que iban a matarle. — La figura de una *corona*, por la cual expresa la gloria del cielo para continuar la figura del v. 7, el premio del combate, de la carrera, aparece a menudo en los escritos apostólicos (1 Cor. 9:25; Jac. 1:12; 1 Pedro 5:4; Apoc. 2:10). "¡Qué consuelo, en la muerte, cuando, no la presunción de los propios méritos, sino un sentimiento humilde y reconocido de la misericordia de Dios y de la gracia de Cristo Jesús impulsa a hablar así. Se va a la muerte como a la victoria, cuando se ha combatido bien toda la vida. No

9 su aparición [12]. Sé diligente en venir a mí pronto, pues Demas me
10 ha abandonado habiendo amado la edad presente [13] y se ha ido a
11 Tesalónica; Crescente a Galacia; Tito a Dalmacia [14]. Lucas solo
está conmigo [15]. Toma a Marcos y tráele contigo, pues me es útil
12 para el ministerio [16]. Mas a Tiquico he enviado a Efeso [17]. Cuan-
13 do vengas trae el capote que dejé en Troas en casa de Carpo, y los
14 libros, sobre todo los pergaminos [18]. Alejandro el calderero me ha
hecho muchos males; —le retribuirá el Señor según sus obras;—
15 del cual también tú guárdate, pues ha resistido mucho a nuestras
16 palabras [19]. En mi primera defensa nadie estuvo conmigo [20], sino

es un hombre quien habla aquí, es la caridad de un apóstol que alienta a su discípulo, es la ternura de un padre que consuela a su hijo, es la humildad de un cristiano que da gloria a Dios". *Quesnel.*

12. "El apóstol da aquí aun señal magnífica por la cual se debe reconocer los fieles: es que *aman la aparición* de Jesucristo. Y ciertamente, dondequiera que hay una fe viva, no permite a los corazones enfriarse en el mundo sino que los eleva a la esperanza de la resurrección. Muestra pues también que todos los que se entregan al mundo, que aman esta vida fugitiva, que poco se preocupan del regreso de Cristo, que no desean su presencia, se privan por ello de la gloria inmortal. ¡Maldito sea, pues, ese sopor que pesa sobre nosotros, que nos impide pensar seriamente en el regreso del Señor hacia el cual deberían tender todos nuestros deseos!" *Calvino.*

13. Ese mismo Demas que Pablo llamaba su "colaborador" (Filem. 24; comp. Col. 4:14). Había dejado pues a Pablo en Roma por temor de los peligros y de los renunciamientos. Razón de más para que el apóstol deseara la presencia de su fiel Timoteo. (Vers. 9; comp. 1:4).

14. Comp. v. 15, nota. — Crescente es un nombre desconocido. Tito desempeñaba probablemente una misión.

15. Col. 4:14; Filem. 24.

16. Col. 4:10; Filem. 24. *Ministerio* o (Gr.) *servicio.*

17. Es el compañero de viaje de Pablo. (Actos 20:4; Tito 3:12; Efes. 6:21; Col. 4:7). — Todos estos cambios sobrevenidos en la vecindad del apóstol desde sus otras cartas de Roma, prueban que ésta fué escrita mucho más tarde y hablan en favor de una segunda cautividad. (Véase la introd.).

18. La palabra traducida por *capote* significa también porte-manteau, en el cual, como se ha pensado, Pablo deseaba que Timoteo envolviera sus *libros* y sus *pergaminos* para llevárselos. Estos últimos eran probablemente manuscritos a los que atribuía gran valor, y de que quería disponer antes de su muerte.

19. Estas últimas palabras muestran al mismo tiempo de qué naturaleza eran los *males* que ese Alejandro había causado al apóstol, y por qué motivo habla de él aquí a su discípulo. Esto explica también las severas palabras del v. 14. Si el mal hecho a Pablo hubiera sido personal, lo habría soportado sin quejarse; más aun, aquí mismo ora por hombres de quienes tanto había tenido que sufrir. (Vers. 16). Mas en cuan-

17 que todos me abandonaron[21]; ¡no les sea imputado[22]! Mas el
Señor me ayudó y me fortaleció, para que por mí la predicación
fuera plenamente cumplida y oyeran todos los gentiles[23]; y fuí
18 libertado de la boca del león[24]. El Señor me libertará de toda
obra mala[25] y me salvará para su reino celestial, al cual sea la
gloria por las edades de las edades. ¡Amén!
19 Saluda a Prisca y a Aquila[26], y a la casa de Onesíforo[27].
20 Erasto[28] quedó en Corinto, y a Trófimo dejé enfermo en Mileto[29].
21 Apresúrate a venir antes del invierno. Te saluda Eubulo, y Pu-
22 dente y Lino y Claudia y los hermanos todos[30]. ¡El Señor Jesús
sea con tu espíritu! ¡La gracia sea con vosotros[31]!

to al que, por enemistad contra Dios, ha *resistido* para sí mismo y para otros a la verdad divina, Pablo le denuncia el justo juicio de Dios, como lo hacía en otras ocasiones en iguales circunstancias (Gál. 5:12, nota), y nada hay en ello que pida una apología. — Solamente, no hay que leer con el texto recibido: "¡Que el Señor le pague conforme a sus obras!" sino: "el Señor le *pagará*", lo que es muy distinto. Ostervald, por una infidelidad a su texto, había acertado sin saberlo.

20. En una primera comparición, durante la cautividad actual. Esta *defensa* parece haber tenido por resultado retardar su condenación (v. 17), sin hacerla sin embargo menos cierta. (Vers. 6).

21. Los amigos de un acusado, según el derecho romano, podían aparecer con él en justicia, y deponer lo que sabían en su favor; los amigos de Pablo habrían podido por lo menos asistirle con su simpatía, mas el temor del oprobio o del peligro los había alejado.

22. Comp. v. 15, nota y Actos 7:60.

23. Cumplimiento de la promesa del Señor (Mat. 10:19, 20), de la cual sus discípulos de todos los siglos han hecho tan a menudo preciosa experiencia.

24. Ora de un juez que le aborrecía, ora de Nerón, ora simplemente del peligro, o, mejor aún, de la muerte. Es así como Calvino entiende esta figura.

25. *Obra mala* de los adversarios, de sus emboscadas. Aun si consiguen hacerle morir, las palabras que siguen muestran cuán elevado se siente el apóstol del Señor por sobre su potencia.

26. Actos 18:2, 3, 18, 26; Rom. 16:3; 1 Cor. 16:19.

27. 1:16.

28. Actos 19:22; Rom. 16:23.

29. Actos 20:4; 21:29. — Pablo, en so viaje de Cesarea a Roma, no tocó ni Corinto ni Mileto; se trata phes de otro viaje y de otra cautividad del apóstol. (Véase la introd.).

30. Todas estas personas, miembros de la iglesia de Roma, y, que Pablo tenía aún la libertad de ver sólo son nombrados aquí. Lino es probablemente el que los padres de la iglesia designan como el primer obispo de Roma.

31. Pablo comprende muy particularmente en este último voto, además de su discípulo amado a la iglesia de Efeso que le era cara, y a la cual Timoteo comunicaba sin duda las cartas de Pablo. ¡Cuán precioso debió ser para todos este último adiós!

EPISTOLA DE PABLO A TITO

INTRODUCCION

1. Tito, de quien el historiador de los *Actos* no hace mención alguna, y que, por consiguiente, no es conocido más que por las epístolas de Pablo, había nacido en el paganismo (Gál. 2: 3), mas parece haber sido convertido temprano al Salvador. En efecto, yendo Pablo a Jerusalén para asistir a la asamblea de los apóstoles, de los ancianos y de la iglesia (Actos 15), iba ya acompañado por este joven discípulo. (Gál. 2: 1). Desde entonces Tito fué el fiel compañero de tareas del gran apóstol: éste le confió en diversas ocasiones para las iglesias misiones difíciles, que exigían tanta inteligencia como celo. (2 Cor. 2: 13, nota; 2 Cor. 7: 6, 13-15, nota; 2 Cor. 8: 6, 16, 17, 23, nota. Comp. 2 Cor. 12: 18). Le dejó la dirección de las iglesias que él había fundado en Creta durante su permanencia en esta isla después de su primer cautiverio. (Tito 1: 5). Más tarde, cuando su último cautiverio y poco antes de su muerte, habla de este discípulo como habiendo estado a su lado en Roma y habiéndole dejado para trasladarse a Dalmacia, donde desempeñaba, sin duda, alguna misión. (2 Tim. 4: 10). Es la última mención de Tito en el Nuevo Testamento. Según la tradición de los padres, habría sido el primer obispo de la iglesia de Creta, donde Pablo le había establecido, y habría muerto allí a la edad de noventa y cuatro años.

2. Poco tiempo después de haberle dejado en la isla de Creta, el apóstol escribió esta epístola a Tito para darle las direcciones necesarias para la obra difícil que le había confiado. De dónde se la dirigió, en qué época precisa, es imposible determinar, a falta de datos históricos. Pablo invita a su discípulo a ir a verle "a *Nicópolis*, donde esperaba pasar el invierno" (Tito 3: 12); más

como había varias ciudades de ese nombre *(ciudad de la victoria)*, llamadas así en recuerdo de alguna batalla ganada, esta indicación no determina para nosotros de una manera cierta el lugar de donde Pablo escribía, y esta cuestión tampoco tiene importancia para la inteligencia de nuestra carta. Lo que tiene mucho más, es la situación moral de esta isla de Creta adonde la carta fué enviada, y donde Tito debía proseguir su obra en medio de combates a los cuales el apóstol hacía alusión con frecuencia. Esta isla, grande y populosa, había sido célebre desde los tiempos más remotos por una civilización avanzada, en particular por la sabiduría de sus leyes. Pero más tarde sus habitantes degeneraron y se entregaron a la piratería y a incesantes guerras. Cien años antes de la edad apostólica la isla fué conquistada por los romanos después de los más terribles combates. Estas circunstancias históricas explican la idea poco favorable que nuestra carta nos da del carácter moral de los Cretenses. (1: 12, 13). Pero además esta isla formaba, con las regiones vecinas del Africa (la Cirenaica), una sola provincia romana, y como los judíos constituían la cuarta parte de la población de Cirene, se comprende que hubiera muchos en Creta misma, y que las iglesias jóvenes confiadas a Tito estuvieran expuestas a engaños del error que el apóstol combate en otras epístolas, y especialmente en las cartas a Timoteo. (Véase la introd.) En efecto, Pablo señala aquí las mismas falsas doctrinas, propagadas, como en otras partes, por motivos egoístas e hipócritas. De ahí la severidad que recomienda a su discípulo, ora en la elección de los ancianos que debe establecer sobre las iglesias, ora en el ejercicio de una rigurosa disciplina contra los engaños de los falsos doctores.

3. El apóstol expone estos pensamientos en el orden siguiente:

I. Después de la introducción, indica las cualidades que deben distinguir a un anciano. (1: 1-9).

II. A esta característica opone la de los falsos doctores, que Tito debe "reprender severamente". (1: 10:16).

III. Pablo hace saber a Tito cómo debe exhortar a diversos órdenes de personas en la iglesia, a fin de que cumplan su deber y honren la profesión de la fe. (2: 1-10).

IV. Declara, para motivar esta exhortación, que la gracia salutífera de Dios, que ha sido manifestada, impone a todos los creyentes la obligación de esta vida santa, al mismo tiempo que le suministra los medios para ello (2: 11-15).

V. Tito debe recordar a todos la sujeción a las autoridades. la práctica de las buenas obras: para ello Dios nos ha salvado de la corrupción, no por causa de nuestras obras, sino por pura gracia. (3:1-11).

VI. Siguen recomendaciones y comunicaciones personales (3:12-15).

EPISTOLA DE PABLO A TITO

CAPITULO I

I. *Saludos y consejos sobre la elección de los ancianos, 1-9.* — II. *Tales ancianos son necesarios para combatir a los falsos doctores y a los hombres corrompidos, 10-16.*

I. 1-9. SALUTACIÓN. DE LOS ANCIANOS A ESTABLECER. — 1º A sus títulos ordinarios, Pablo añade la mención del gran fin de su apostolado, que es la fe de los elegidos, el conocimiento de la verdad, la vida eterna que Dios ha manifestado por su palabra. Dirección, voto apostólico. (1-4). — 2º Pablo dejó a Tito en Creta para arreglar en las iglesias lo que él mismo no había podido arreglar, y para establecer en ellas ancianos; caracteres requeridos en esos ancianos. (5-9).

1 Pablo, siervo de Dios y apóstol de Jesucristo según la fe de
los elegidos de Dios y el conocimiento de la verdad que es según
2 piedad [1], en la esperanza de la vida eterna [2] que prometió el Dios

1. Esta epístola debía ser para Tito no solamente una fuente de instrucciones relativas al gobierno de las iglesias, sino también una especie de carta de crédito ante los rebaños. De ahí el cuidado que Pablo toma en inscribir sus títulos apostólicos (Rom. 1:1, nota; 1 Cor. 1:1, nota; Gál. 1:1, nota), lo que era necesario, no para su discípulo, sino para las iglesias, y sobre todo para asegurar la posición de Tito frente a los doctores judaizantes (v. 10) que tenía que combatir. — Pablo indica también claramente el objeto de su apostolado: era la *fe de los elegidos de Dios*, a la cual llegan por el *conocimiento de la verdad*, mas de una verdad divina, moral, obrando sobre la conciencia y sobre el corazón no menos que sobre la inteligencia, de modo que produce la *piedad* (1 Tim. 3:16, nota), no siendo dada jamás al hombre como simple objeto de especulación. — La palabra *según* es interpretada de diversas maneras: Pablo es apóstol de Jesucristo *respecto de* la fe de los elegidos..., o *de conformidad* a esa fe y ese conocimiento de la verdad. De cualquier modo que se entienda, esa palabra indica el verdadero *objeto*

3 que no miente, antes de los tiempos eternos [3], mas manifestó en
sus propios tiempos su palabra [4] por la predicación que me fué
4 confiada según mandato de Dios nuestro Salvador [5]; a Tito, ge-
nuino hijo según común fe [6]: ¡Gracia y paz de parte de Dios Pa-
dre y de Cristo Jesús nuestro Salvador [7]!
5 Por causa de esto te dejé en Creta, para que pongas en orden
lo que falta y establezcas en cada ciudad ancianos, como yo te or-
6 dené [8], si hay alguno [9] irreprensible, marido de una sola mujer,

del apostolado, no sin una idea de polémica contra los falsos doctores.

2. Toda fe, todo conocimiento de la verdad y toda piedad tiene por último fin esta *vida eterna*, cuya *esperanza* es la fuerza del creyente en este mundo, aun en medio de los renunciamientos más penosos. (Colosenses 1:5).

3. Lo que Dios ha *prometido*, es "la vida eterna". (El *que* podría también referirse a "conocimiento de la verdad", mas esta relación es menos natural). Hay que entender por los *tiempos eternos*, los tiempos más antiguos, la historia de la redención que empieza con la promesa hecha a Eva (Gén. 3:15), pues Pablo habla de *promesa*, y esta expresión no podría designar el designio de Dios que ha precedido la fundación del mundo. (Efes. 3:9; 2 Tim. 1:9).

4. *Su palabra* tiene precisamente por objeto la vida eterna que había prometido (v. 2); pues su palabra es el evangelio de su gracia, y Dios ha manifestado esa palabra *en sus propios tiempos* (1 Tim. 2:6), en la época señalada por su sabiduría, después de haber prometido esta manifestación desde los tiempos antiguos. Pablo ve así en este cumplimiento mismo una prueba de que *Dios no miente* en sus promesas. (Comp. Hebr. 6:18).

5. Confiada según su mandamiento expreso. (Comp. Gál. 1:1, nota; 1 Tim. 1:1).

6. Comp. 1 Tim. 1:2. Agrada a Pablo llamar a su discípulo su *genuino hijo según la fe*, ora porque le había engendrado a esta fe por la palabra de Dios, ora porque le era caro como un hijo a su padre. Mas al mismo tiempo pone a este discípulo en un plano igual consigo por esta fe misma, *que les es común*.

7. Comp. Rom. 1:7, nota.

8. Este comienzo de la epístola indica claramente cuál era el fin del apóstol al escribirla. Diciendo a su discípulo por qué *razón* le *dejó en Creta*, va a suministrarle todas las direcciones necesarias para el cumplimiento de la difícil misión. Le confiere una parte de su autoridad apostólica para *arreglar* en las iglesias de Creta. (Véase la introd.) lo que él mismo no había podido acabar, y en particular para que *establezca en cada ciudad ancianos* o pastores. A menudo se ha inferido de estas últimas palabras que el nombramiento de los ancianos debía corresponder, no a los rebaños, sino a obispos que representaban a los apóstoles. Mas los obispos de los tiempos apostólicos son los ancianos mismos, como resulta con la última evidencia de nuestro pasaje. (Vers. 5 y 7; comp. Actos 20:17 y 28). Los apóstoles jamás han regido las iglesias sino por las iglesias, como lo prueba el libro de los Actos, lo mismo que las epístolas; y la historia eclesiástica de los primeros siglos establece con igual claridad que el pueblo de la iglesia sabía hacer uso de ese derecho sagrado que le ha sido arrebatado más tarde. (1 Tim. 4:14, nota).

9. Tito no debe establecer ancianos más que *si* hay quienes tengan los caracteres siguientes. (Véase este tipo del verdadero anciano, 1 Tim. 3:1-7, notas; 2 Tim. 2:2, nota).

10. Comp. 1 Cor. 4:1, nota.

11. No lleno de sí mismo, "arrogante"; literalmente: 'no agradándose a sí mismo". (Comp. 2 Tim. 3:2).

12. Debe *retener la fiel palabra*, la palabra del evangelio, la palabra de Dios; que es *según la doctrina*, es decir conforme a la enseñanza trasmitida por el apóstol. (Comp. 2 Tim. 3:14). Sólo esta última es *fiel* porque no engaña y es digna de toda confianza.

13. Hemos visto lo que Pablo entiende por "la sana doctrina" (1 Tim. 1:10, nota), según la cual los ancianos deben ser capaces *de exhortar y de convencer*. (Nota siguiente; 1 Tim. 1:10, nota).

14. La palabra que traducimos a falta de mejor, por *convencer*, tiene a menudo un sentido jurídico, como en esta expresión: "*convencer* de pecado" (Juan 16:8, nota); significa también *reprender, censurar*. (Vers. 13; 2 Tim. 4:2).

15. O: "que no se someten a orden alguno, vanos habladores, engañadores de espíritus".

16. Ora judíos propiamente dichos, ora cristianos judaizantes que no habían admitido casi de las verdades del Evangelio más que lo necesario para meterse en las iglesias y ejercer en ellas una funesta influencia. (Véase la introd. a la epístola a los Colosenses, y la introd. a las pastorales).

teniendo hijos creyentes, no en acusación de disolución o rebeldes.
7 Es necesario, en efecto, que el obispo sea irreprensible, como ad-
ministrador de Dios [10], no agradándose a sí mismo [11], no iracundo,
8 no dado al vino, no peleador, no ávido de vergonzosa ganancia,
sino hospitalario, amigo de lo bueno, templado, justo, santo, con-
9 tinente, que retenga la fiel palabra según la doctrina [12], para que
sea capaz de exhortar en la sana doctrina [13] como de convencer a
los que contradicen [14].

II. 10-16. LOS FALSOS DOCTORES QUE TITO DEBE REPRENDER SEVERAMENTE. — 1º Son sobre todo de entre los judíos; no se someten a ninguna orden; vanos parleros que engañan las almas y arruinan familias, enseñando el error por vergonzosa ganancia, ya caracterizados por uno de sus poetas. (10-12). — 2º Tito debe reprenderlos severamente a fin de volverlos a la fe y apartarlos de las fábulas y de las ordenanzas humanas relativas a ciertos alimentos, pues todo es puro para los puros, mas todo es inmundo para los hombres corrompidos que confiesan a Dios con los labios y le niegan por sus obras. (13-16).

10 Hay, en efecto, muchos rebeldes, vanos habladores, engañado-
11 res [15], sobre todo los de la circuncisión [16], a los que es necesario

tapar la boca [17]; los cuales trastornan casas enteras [18] enseñando
12 lo que no se debe por causa de vergonzosa ganancia. Dijo alguno
de ellos, propio profeta de ellos: "Cretenses siempre mentirosos,
13 malas bestias vientres perezosos [19]". Este testimonio es verdadero;
por tal causa repréndelos severamente para que sean sanos en la
14 fe, no aplicándose a fábulas judaicas [20] y a mandamientos de hom-
15 bres que se apartan de la verdad [21]. Todo es puro a los puros; mas
16 a los contaminados e incrédulos nada es puro, sino que están con-
taminados tanto su entendimiento como su conciencia [22]. Profe-

17. Ora confundiéndolos por la potencia de la verdad (comp. Mat. 22:34), ora por una rigurosa disciplina que les prohiba la palabra en las asambleas. Va sin decir que el apóstol no aconseja ni la violencia ni la persecución, medios impíos de defender la verdad, y que demasiado a menudo se ha querido justificar por palabras tales como éstas.

18. Que trastornan (o arruinan) *casas* (familias) enteras. El fin del versículo podría hacer pensar en una ruina temporal; es más probable, sin embargo, que se trate de la fe de esas *familias pervertidas* por el error. La causa de esa ruina no es, pues, la *ganancia vergonzosa* (vergonzosa por los medios empleados para obtenerla), sino la falsa *enseñanza.*

19. Estas palabras son de un poeta filosófico, Epimenides, de Gnossus en Creta, que vivía en el siglo VI antes de Jesucristo, y al cual sus contemporáneos atribuían el don de profecía. El apóstol prefiere sacar primero ese severo juicio de la boca misma de un cretense, a fin de herir menos la susceptibilidad nacional; mas luego lo confirma e infiere de ello para Tito una consecuencia práctica. (Vers. 13). La historia da testimonio igualmente de esa depravación de las costumbres cretenses, a las cuales se habían conformado demasiado los judíos. (Vers. 10 y 14; com. la introd.).

20. Comp. 1 Tim. 1:4, nota; 4:7; 2 Tim. 4:4.

21. Estas *ordenanzas* o *mandamientos* de hombres son las prescripciones farisaicas añadidas a la ley de Moisés, o bien las ordenanzas ceremoniales de esa ley misma, que, impuestas a paganos convertidos como indispensables a su salvación, se hacían por ello *mandamientos de hombres*, contrarios a la *verdad.* (Comp. Isa. 29:13; Mat. 15:7-9; Col. 2:22).

22. Estas palabras sobre la *pureza* y la *contaminación* son introducidas por lo que Pablo acaba de decir de las "ordenanzas de los hombres" (v. 14), que se referían principalmente a la abstención de ciertos alimentos. El pensamiento expresado por el apóstol se encuentra ya en las palabras de Jesucristo (Mat. 15:11): Todo lo que Dios creó es *puro* en sí (Rom. 14:20; 1 Tim. 4:4); el uso que el hombre hace de ello no le contamina, y la abstención no le purifica, pues la contaminación está por dentro, en el *entendimiento* y en la *conciencia;* esto es lo que debe ser purificado por la regeneración. Esta verdad, banal a fuerza de ser evidente, es sin embargo siempre desconocida por las religiones humanas, y aun en el seno del cristianismo, en cuanto los hombres desconocen el *pecado* y la *gracia.* — Por otra parte, se abusa también cada día de estas palabras del apóstol, aplicándolas al uso y al goce de cosas de que se quiere hacer un alimento de sus concupiscencias. En este sentido nadie es puro, todos corren el riesgo de contaminarse. Cuanto más seguridad muestra un hombre a este respecto, tanto más peligro hay para él. — Es de notar aún que Pablo coloca en el mismo plano *los contaminados* (o *inmundos*) y los *incrédulos.* Es que en el fondo, puesto que la *contaminación* está en la conciencia, ninguno es puro delante de Dios, a menos de haberse tornado tal por la fe que santifica el corazón. La incredulidad deja al hombre en su inmundicia, y cuando ella invade de nuevo el alma del que ha creído (Juan 20:27), le expone a contraer (Hebr. 3:12) toda especie de contaminación.

23. "Reprobados para toda buena obra", es decir que, en las disposiciones en que están las obras mismas que les parecen buenas son *reprobadas* de Dios (comp. 2 Tim. 3:8), porque ellos mismos lo son.

san conocer a Dios, mas con sus obras le niegan, siendo abomina-
bles y desobedientes y reprobados para toda buena obra [23].

CAPITULO II

I. *Preceptos de vida cristiana para diversos órdenes de personas, 1-10.* — II. *La gracia salutífera de Dios es el motivo y la fuente de ello, 11-15.*

I. 1-10. CÓMO DEBE TITO EXHORTAR A DIVERSAS CLASES DE PERSONAS. — 1º Virtudes cristianas que debe Tito recomendar a los ancianos, a las ancianas, a las jóvenes, a los jóvenes, mostrándose él mismo como un modelo a fin de tapar la boca a los adversarios. (1-8). — 2º Debe enseñar a los esclavos la sujeción, la fidelidad la buena fe, a fin de hacer honorable la doctrina cristiana. (9, 10).

1 Mas tú, habla lo que conviene a la sana doctrina [1]: que los
2 ancianos sean sobrios, honorables, templados, sanos en la fe, en el
3 amor, en la paciencia [2]; las ancianas, de igual manera, en porte

1. Comp. sobre la *sana doctrina*, en las pístolas pastorales, 1 Tim. 1:10, nota.

2. "Pablo invita a Tito a recomendar a cada edad las virtudes que le convienen; a los *ancianos* las que deben tener como cristianos maduros y dueños de sí mismos; se resumen en las tres virtudes cardinales: fe, caridad, esperanza. (1 Cor. 13:13; 1 Tes. 5:8). Si Pablo substituye la *paciencia* a la esperanza, es porque eso es apropiado a los ancianos". *Kübel.*

reverente[3], no calumniadoras, ni esclavas de mucho vino, ense-
4 ñando lo bueno[4], para que instruyan a las jóvenes a amar a sus
5 maridos, a amar a sus hijos, a ser templadas, puras, guardadoras
de la casa, buenas, sujetas a sus propios maridos, para que la pa-
6 labra de Dios no sea blasfemada[5]. A los jóvenes, de igual manera,
7 exhorta a ser templados[6], en todo presentándote por ejemplo de
8 buenas obras, en la doctrina, incorrupción[7], honestidad, palabra
sana, incensurable, para que el contrario sea avergonzado, no te-
9 niendo nada malo que decir sobre vosotros[8]; a los siervos, a su-
jetarse a sus propios amos, a serles agradables en todo, no con-
10 tradictores, no apartando para sí, sino demostrando toda buena fe,
para que adornen en todo la doctrina de Dios nuestro Salvador[9].

II. 11-15. La gracia de Dios salutífera a todos los hombres. — 1º Esta gracia ha aparecido, y su efecto es ante todo hacernos renunciar a nuestras concupiscencias y crear en nosotros una vida moral y religiosa; luego hacernos vivir en la espera de la aparición gloriosa del Señor. (11-13). — 2º Esta gracia ha tenido su plena manifestación en el sacrificio de Jesucristo, por el cual nos ha redimido, purificado, para que le pertenezcamos en particular. He ahí lo que Tito debe enseñar con autoridad. (14, 15).

11 Ha aparecido, en efecto, la gracia de Dios salutífera a todos

3. Esta recomendación tiene el mismo sentido casi que en 1 Tim. 2:10. Las palabras traducidas por *un porte reverente* puede referirse igualmente al *atavío* y a la *conducta*. Significan literalmente: *condición conveniente a personas consagradas,* a sacerdotes.

4. Gr. "enseñando lo bueno", por su ejemplo. (1 Tim. 2:12; comp. 1 Tim. 3:11). Es precisamente la inversa de 1 Tim. 5:13).

5. "No sea blasfemada", sino al contrario honrada. (Vers. 10). Cuanto más corrompidas eran las costumbres en la isla de Creta, tanto más importaba que las mujeres cristianas, por una santa conducta, quitasen a los adversarios todo pretexto de calumnia. En este pensamiento el apóstol impone a las *ancianas* el deber sagrado de usar de toda su influencia para con las *jóvenes*, a fin de que sea así en las iglesias. (Vers. 4).

6. "Hace resaltar para los jóvenes la única virtud que tiene una importancia decisiva para su edad y su carácter, la *templanza,* el dominio de sí mismos. Deben probar por su vida que están bajo la disciplina del Espíritu y dominan la carne. Si esta virtud les falta, todas las obras cristinas que pudieren realizar serían sin valor". *Kübel.*

7. Gr. "en la doctrina, incorrupción", enseñando una *doctrina* no *corrompida.* (Vers. 8; comp. 1 Tim. 1:10, nota).

8. El *adversario* (Gr. vuestro "*contrario*"), no teniendo *ningún mal que decir,* sabrá inventar, sí, mas por lo menos es necesario que sea de su parte para calumnia, y que él tenga conciencia de ello. Es éste el más hermoso y el más poderoso testimonio del evangelio. (Vers. 10).

12 los hombres[10], enseñándonos[11] que, negando la impiedad y las
concupiscencias mundanales[12], templada y justa y piadosamente

9. Tal es el grande y santo motivo de todas sus exhortaciones; el apóstol lo indica *a los esclavos* que encontraban en su triste condición muchos obstáculos para glorificar a su Dios Salvador. "Cuanto más vil es la condición de los esclavos, tanto más gloriosa es la descripción de su piedad". *Bengel.* Pablo no entra, por lo demás, respecto de la esclavitud, en la cuestión de principio. (Véase 1 Cor. 7:21, nota; 1 Tim. 6:1, 2, nota; comp. Efes. 6:5-8).

10. Las hermosas palabras que siguen aquí las exhortaciones del apóstol indican el motivo omnipotente de ellas, y por esto las liga a lo que precede por esta partícula causativa, *en efecto.* Efectivamente, la manifestación de la *gracia salutífera de Dios,* de esta gracia que encierra y comunica la *salud,* la *salvación,* no puede tener otro objeto final que la completa santificación del hombre pecador; y ella ha alcanzado ese objeto gradualmente en todos los que la reciben con sinceridad, pues ella no muestra solamente ese objeto, no lo impone solamente como una tarea legal a cumplir, sino que lo hace amar, y por ello mismo ella da la fuerza de alcanzarlo. (Véase la nota sig.). Diciendo que esta gracia es *salutífera a todos los hombres,* el apóstol no hace más que repetir, en otros términos, lo que ha enseñado ya claramente en otro lugar (1 Tim. 2:4; 4:10), es decir que, en la intención de Dios, su gracia puede extenderse *a todos,* y que la obra de redención que nos la ha adquirido es suficiente para *todos.* O bien, por estas palabras ¿quería el apóstol simplemente expresar otro pensamiento que le es familiar, a saber, que la gracia de Dios destina la salvación, no solamente a los judíos, sino a todos los pueblos indistintamente, y habría que ver en ellas una declaración contra el particularismo judaizante, que los falsos doctores procuraban realzar en las iglesias? Es posible. Y se expresaría mejor aún este pensamiento, si se tradujera así este versículo: "La gracia salutífera de Dios ha aparecido a todos los hombres", por la venida del Salvador al mundo y por la predicación de su evangelio, que debe extenderse a todos. Este sentido es adoptado por varias versiones (la Vulgata, la biblia inglesa, alemana, etc.).

11. Gr. "nos *educa*", nos instruye, nos forma para toda esta vida cristiana cuyos principales rasgos va a indicar Pablo.

12. Las concupiscencias mundanas, es decir, las concupiscencias que reinan en el mundo, y que, si no son desarraigadas de nuestro corazón, nos hacen *desear* el mundo, sus goces, sus bienes.

13. La *templanza,* es decir la moderación, el desprendimiento, el renunciamiento, se refiere a *nosotros mismos;* la *justicia,* que encierra todos los principios de la equidad, de la honestidad, de la rectitud, se aplica aquí a los *hombres* y a nuestras relaciones con ellos; la *piedad* expresa todas las relaciones del alma *con Dios,* el temor y el amor que le debemos, una comunión íntima con él. Así, la gracia de Dios debe pro-

13 vivamos en la edad presente [13], aguardando la dichosa esperanza [14]
y aparición de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesu-
14 cristo [15], que se dió a sí mismo por nosotros para redimirnos de
toda iniquidad y purificar para sí un pueblo de su propiedad [16], ce-
15 loso de buenas obras [17]. Esto habla, y exhorta, y reprende, con
toda autoridad [18]; nadie te menosprecie [19].

ducir una vida cristiana completa. — Estas palabras: *en la presente edad*, que representan un tiempo tan corto, tan cierto y tan corrompido, hacen un notable contraste con la *espera* señalada en el v. 13.

14. Esta expresión: *aguardar la esperanza* parece contradictoria en sí, y por lo demás, los cristianos tienen ya la esperanza. Mas se hace clara si se observa que esta palabra *esperanza* es a menudo empleada por el *objeto* de la esperanza, que Pablo designa él mismo aquí "como la aparición de Jesucristo". (Comp. Actos 24:15; Gál. 5:5; Col. 1:5; Rom. 8:24). — Pablo llama *dichosa* esta esperanza, porque abarca anticipadamente todas las felicidades de la vida eterna.

15. El sentido de estas últimas palabras puede estar sujeto a alguna duda. Traducimos: la *aparición de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo*, y no: "del gran Dios y de nuestro Salvador Jesucristo", como lo hacen muchos, porque la primera versión es más conforme al texto griego. (Comp. Rom. 9:5, nota). Sin embargo, el sentido de nuestras versiones ordinarias es posible, aunque poco probable. Por lo demás, esta cuestión que ni la gramática ni la dogmática deciden de una manera absoluta, se presenta frecuentemente en pasajes tales como los siguientes: 2 Pedro 1:1; Judas 4; 2 Test. 1:12. Y aun si en las palabras que nos ocupan aquí se quisiera hacer una distinción entre el *gran Dios* y el *Salvador Jesucristo*, este texto no dejaría de ser una prueba directa de la divinidad de Cristo, puesto que la *gloria de Dios* es *su gloria*. — La posición del cristiano en este mundo es un estado de *espera:* la iglesia *espera la aparición* de su Salvador, que será tan *gloriosa* para el Señor mismo y para sus redimidos como humilde y llena de oprobios y de padecimientos había sido su primera aparición. (Comp. Fil. 3:20, 21). Este pensamiento, esta espera habitual es lo más propio para destruir en nosotros "las concupiscencias mundanas", y para desarrollar la vida cristiana y santa cuyos principales caracteres acaba de trazar el apóstol. (Vers. 12).

16. Un pueblo elegido, distinguido, *que le perteneciera en propiedad*, como Israel es llamado a menudo en el Antiguo Testamento. (Deut. 7: 6; comp. 1 Pedro 2: 9, 10). Este adjetivo solamente se encuentra aquí. Lutero lo traduce por esta perífrasis: "Un pueblo para su propiedad".

17. El objeto final de la redención, lo que impulsó al Salvador a *darse por nosotros*, es claramente expuesto en estas palabras: *Redimirnos, purificarnos*, crearse un pueblo particular, *celoso de buenas obras*, (3: 8; Efes. 2: 10). Y todo esto es producido por la manifestación de la gracia. (Vers. 11, 12). Tal vida, rica en todos los frutos de esta gracia, es pues la única señal cierta de que tenemos parte en aquélla, y de que pertenecemos a Cristo Jesús.

18. Comp. 2 Tim. 4: 2. La *autoridad* aquí recomendada, la única de que dispone el siervo de Jesucristo, es la autoridad de la santa palabra de Dios, dándose a sí misma testimonio en la conciencia de los que la escuchan. (Comp. Mat. 7: 29).

19. No des ocasión a nadie (1 Tim. 4: 12), pues sin esto, aun la palabra divina no tendría ninguna autoridad en tu boca.

CAPITULO III

I. *Deberes respecto del mundo que Tito debe recordar a las iglesias, basándose en la redención y la regeneración realizadas por Jesucristo, 1-7.* — II. *Tito debe predicar las buenas obras y abstenerse de las cuestiones ociosas, 8-11.* — III. *Comunicaciones personales, saludos, 12-15.*

I. 1-7. CONDUCTA A OBSERVAR PARA CON LAS AUTORIDADES Y LA SOCIEDAD HUMANA EN GENERAL. — 1º Estar sujetos a las autoridades, listos para toda buena obra, pacíficos y mansos para con todos los hombres, acordándonos de que nosotros mismos estábamos en otro tiempo sujetos a los vicios del paganismo. (1-3). — 2º Mas cuando la bondad y el amor de Dios nuestro Salvador aparecieron, nos salvó, no por causa de nuestras obras, sino por su pura misericordia y por la renovación que opera su Espíritu derramado sobre nosotros, y que justificándonos, nos hace hreederos de la vida eterna. (4-7).

1 Recuérdales que se sujeten a los principados, a las autorida-
des; que obedezcan, que estén preparados para toda buena obra;
2 que a nadie injurien, que no sean contenciosos, moderados, demos-
3 trando toda mansedumbre para con todos los hombres [1]. Eramos,
en efecto, en otro tiempo nosotros también necios, desobedientes,
extraviados, sirviendo diversas concupiscencias y placeres, vivien-
do en malicia y envidia, detestables, aborreciéndonos unos a otros [2].

1. El apóstol supone conocido y admitido entre los cristianos el deber de la *sujeción* para con las *autoridades* establecidas; Tito no tiene más que *recordarlo*, mas debe hacerlo. (Comp. Rom. 13: 1 y sig.) Pablo insiste en los deberes de los fieles para con *todos los hombres* alejados del evangelio, porque era un testimonio poderoso de la fe que estos últimos desconocían aún.

2. Trazando este sombrío cuadro de la vida moral de los hombres aún extraños a toda acción de Dios sobre

4 Mas cuando aparecieron la bondad de Dios nuestro Salvador y su
amor para con los hombres [3], no por las obras en justicia que nos-
otros hubiéramos hecho [4] sino según su misericordia nos salvó [5] por
el lavado de la regeneración y por la renovación del Espíritu San-
5 to [6], que derramó sobre nosotros abundantemente por Jesucristo

sus conciencias, Pablo no vacila en comprenderse él mismo. Es que sabe por su experiencia que mientras el pecado reina como señor en nuestro corazón, no hay ninguna de las manifestaciones de la corrupción humana de que podamos creernos incapaces. Es necesario no conocer su propio corazón, o querer apreciar tales palabras según los principios de la moral relajada del mundo, y no a la luz de la ley espiritual y santa de Dios, para hallarlas exageradas. — Por lo demás, el lugar que ocupan aquí muestra que el apóstol las conecta al mismo tiempo con las exhortaciones que preceden (v. 1, 2), como motivo de esas serias advertencias, y con las verdades que siguen (v. 4-7), a fin de hacer resaltar tanto mejor la absoluta necesidad de la redención y de la regeneración que recuerda a su discípulo.

3. Gr. "Cuando la bondad y la filantropía de *Dios nuestro Salvador* aparecieron" por el evangelio de su gracia.—La *bondad* es una cualidad moral que puede ser atribuída a los hombres (2 Cor. 6: 6; Gál. 5: 22; Col. 3: 12); en Dios, este término designa la misericordia y el amor, que son la fuente de todo lo bueno (Rom. 2: 4; 11: 22); él ha manifestado esta perfección especialmente en la obra de la redención. (Efes. 2: 7).—La palabra *filantropía* (amor a los hombres), no se encuentra más que aquí aplicada a Dios, y en Actos 28: 2 como virtud humana. Quizás el apóstol ha escogido este término, ora para indicar la fuente de lo recomendado en el v. 2, ora para señalar el contraste absoluto con el v. 3. Sobre esta expresión *Dios nuestro Salvador*, o *nuestro Dios Salvador*, véase 1 Tim. 1: 1, nota.

4. Comp. Rom. 3:27, nota; Efes. 2:9; 2 Tim. 1:9). "Que la presunción de los méritos humanos, que no tienen la gracia de Jesucristo por principio, sea confundida aquí, y que toda gloria de nuestra salvación sea dada a la misericordia de Dios por Cristo Jesús: nuevo nacimiento, nuevo hombre, nuevo espíritu". *Quesnel.*

5. Efes. 2:4; 1 Pedro 1:3.

6. Estas palabras, en el original, están en relación inmediata con éstas: "Nos salvó". Se trata pues aquí, no de la obra de la salvación realizada por Jesucristo sobre la cruz, sino de la apropiación de esa salvación a las almas, la cual tiene lugar por la regeneración (liter. el *renacimiento*) que opera el *Espíritu Santo.* Mas, en lugar de nombrar simplemente este Espíritu Santo, el apóstol menciona al mismo tiempo el símbolo de su acción divina, el *bautismo*: "Nos salvó por la *ablución*, el *lavado* o el *baño* de la *regeneración* y la *renovación del Espíritu Santo*". (Hay que observar que aquí las palabras *regeneración y renovación* son sinónimas y expresan una sola y misma cosa). Como Jesucristo (Juan 3:5), Pablo conecta la realidad con la figura, la gracia significada con el signo, la regeneración con el acto que es su símbolo: no para enseñar que esas dos cosas son inseparables, no para atribuir al acto exterior una poten-

7 nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, fuéramos
hechos herederos, según la esperanza, de la vida eterna [7].

II. 8-11. PREDICAR LAS BUENAS OBRAS Y DESECHAR LAS DISPUTAS Y LAS SECTAS. — 1º Tito debe afirmar con fuerza la necesidad de las buenas obras para los creyentes, y evitar las cuestiones inútiles y las disputas vanas. (8, 9). — 2º Debe evitar también los sectarios pervertidos por el error. (10, 11).

8 Fiel es la palabra [8], y sobre esto quiero que enfáticamente afir-
mes, para que los que han creído en Dios sean cuidados en ocu-

cia que sólo pertenece al Espíritu de Dios, sino ciertamente para mostrar que ese acto, instituído por Jesucristo, no es una vana ceremonia, y que al contrario el Señor lo acompaña, para los que son bautizados teniendo la fe, de la gracia eficaz que representa. Por esto, por una parte, es falso considerar a todo bautizado como siendo por ello mismo regenerado, no menos falso que si se quisiera pretender que todo comulgante es un miembro vivo del cuerpo de Cristo. Mas, por otra parte, es falso también considerar estos símbolos de las gracias divinas solamente como una señal externa que no comunica nada al alma, y que no haría más que confirmar lo que ya hubiera ella recibido, independientemente de esos símbolos. En este último caso, sería imposible comprender por qué la escritura nos presenta en todas partes el signo visible y la gracia invisible en una relación tan íntima; mucho más imposible aun comprender el lenguaje de Pablo en Rom. 6:1-11. (Véase las notas). "Los apóstoles tienen la costumbre de sacar de los símbolos un argumento para probar la cosa encerrada en ellos, porque este principio debe ser admitido entre los fieles, que Dios no se burla de nosotros por vanas figuras, sino que, por su virtud potente, comunica al interior lo que muestra por el signo exterior". *Calvino.* —La palabra por la cual Pablo designa aquí el bautismo y que significa propiamente "la ablución" sólo reaparece una sola vez en el Nuevo Testamento. (Efes. 5:26, nota)—. Por lo demás, el apóstol se apresura a explicar sin figura la obra que ha relacionado así al símbolo del bautismo; muestra la fuente y la causa eficiente en este *Espíritu* de Dios que produce en el hombre una completa renovación moral. (Comp. Rom. 12:2; Efes. 4:23; Col. 3:10, nota).

7. Gr. "llegáramos a ser herederos según la esperanza de la vida eterna". La *justificación por la gracia* (comp. Rom. 1:17, nota; 3:23, nota), lo mismo que la regeneración, es aquí considerada como un fruto del Espíritu en nosotros, de este Espíritu que Pablo comprueba haber sido *derramado abundantemente* (Gr. "ricamente") sobre los cristianos (Vers. 6). Luego, puede serlo aun sobre todos los que lo piden.

8. Gr. "fiel". (1 Tim. 1:15; 4: 9; 2 Tim. 2:11). Esta declaración puede referirse a lo que precede, o bien a las palabras siguientes. El pensamiento es el mismo en ambos casos.

parse en buenas obras [9]; esto es bueno y provechoso a los hombres.
9 Mas cuestiones necias y genealogías [10] y contiendas y disputas so-
10 bre la ley evita [11], pues son inútiles y vanas. A un hombre sec-
11 tario [12] después de una primera y segunda admonición rehusa, sa-
biendo que está pervertido el tal y peca, estando condenado por sí
mismo [13].

III. 12-15. COMUNICACIONES PERSONALES. — 1º Tito debe apresurarse a juntarse con el apóstol en Nicópolis, hacer acompañar a Zenas y a Apolo, y recomendar a todos las buenas obras. (12-14). — 2º Saludos. (15).

12 Cuando enviare a Artemas hacia ti, o a Tiquico [14], apresúrate
13 a venir a mí a Nicópolis, pues allí he resuelto invernar [15]. Acom-
paña diligentemente a Zenas el legista y a Apolo, para que nada
14 les falte [16]. Y que los nuestros también aprendan a ocuparse en
buenas obras para las indispensables necesidades, para que no

9. *Esto*, son estas grandes verdades de la salvación, de la regeneración, de la justificación por la gracia. (Vers. 4-7). Y la consecuencia que el apóstol espera con *certidumbre*, es que *los que han creído* esas cosas *se aplicarán los primeros* con la mayor abundancia *a las buenas obras*. Para todos aquellos en quienes esta fe es un fruto del Espíritu de Dios, la esperanza de Pablo no será frustrada.

10. Comp. 1 Tim. 1:4, nota; 1 Tim. 6:4; 2 Tim. 2:23.

11. Comp. 1 Tim. 1:7, nota. Prueba de que los falsos doctores que turbaban las iglesias de la isla de Creta, eran también cristianos judaizantes. Estas *disputas* relativas a la ley concernían sin duda las observancias de esa ley, que los judaizantes querían imponer a los cristianos convertidos del paganismo.

12. La palabra de origen griego *hereje* (que sólo aquí se encuentra en el Nuevo Testamento) está, sí, en el texto, pero tenía entonces un significado un poco diferente del que nosotros le damos. Se designaba así, no exclusivamente al hombre que esparcía doctrinas erróneas, sino al *sectario*, al que dividía la iglesia. En este sentido emplea Pablo la palabra *herejía*. (1 Cor. 11:19; Gál. 5:20). Pedro se sirve de ella en el mismo sentido, pero añadiendo la idea de falsas doctrinas. (2 Pedro 2:1).

13. Por el hecho de que se separa de sus hermanos y que, engañado por el error, él mismo se excluye de la comunión de la iglesia, y esto después que ésta ha hecho diversas tentativas para reconquistarlo. (Vers. 10).

14. *Artemas* nos es desconocido hoy. *Tiquico* era desde hacía mucho tiempo para el apóstol "un hermano amado". (Col. 4:7; comp. 2 Tim. 4:12, nota). Quizá Pablo quería *enviar* esos dos hermanos a Creta, a fin de que ocupasen el lugar de Tito al que el apóstol llamaba a su lado.

15. Véase la introd. Varias ciudades tenían este nombre de Nicópolis (ciudad de la victoria). Se trata probablemente aquí de la que estaba en Epiro.

15 sean sin fruto [17]. Te saludan todos los que están conmigo. Saluda
a los que nos aman en la fe. ¡La gracia sea con todos vosotros [18]!

16. *Zenas, el legista* o doctor de la ley, ejercía quizá esta profesión entre los judíos antes de su conversión. Por lo demás es desconocido. *Apolo* es introducido en la historia evangélica por Actos 18:24 y sig. Se ignora a qué viaje de estos dos hombres se refiere la recomendación que Pablo hace aquí a Tito. Sea lo que fuere, muestra solicitud por sus hermanos.

17. Comp. v. 8. Estas palabras se refieren probablemente a la recomendación que precede (13): el apóstol desea que los cristianos de Creta provean a estos dos siervos de Dios lo que les era *necesario* para su viaje.

18. *Con todos* los cristianos de Creta.

EPISTOLA DE PABLO A FILEMON

INTRODUCCION

Esta corta pero preciosa carta de Pablo fué escrita durante su primer cautiverio, en Roma probablemente (v. 1, 9; comp. introducción a la epístola a los Efesios, p. 447), al mismo tiempo que las epístolas a los Colosenses (Col. 4:7-9) y a los Efesios, y dirigida a Filemón, miembro de la iglesia de Colosas, distinguido por su fe y su amor al Señor. (Vers. 5-7). El asunto de la carta es especial y personal. Filemón tenía un esclavo, llamado Onésimo, que, después de alguna infidelidad cometida en perjuicio de su amo (v. 18), se había fugado de su casa e ido a Roma; allí, el Señor en su misericordia le hizo encontrar a Pablo. El apóstol de los Gentiles le llevó al conocimiento de Jesucristo (v. 10), y le amó como a hermano. (Vers. 16). Le persuadió que su deber era volver a su amo a fin de reparar el agravio que le había hecho. (Vers. 18, 19). Pero, para estar más seguro de que Filemón daría fe a los nuevos sentimientos de su siervo, Pablo entrega a éste esta carta de recomendación en la cual defiende su causa con los argumentos más persuasivos y conmovedores. (Ver v. 7, nota). Onésimo hizo el viaje a Colosas en compañía de Tiquico, igualmente enviado a esa iglesia por el apóstol. (Col. 4:7-9). Tal es el asunto de nuestra epístola. Cuanto más personal, especial es, tratando sólo un asunto en apariencia temporal, tanto mejor muestra cómo, para el cristiano, todas las relaciones de la vida puede elevarse a la más alta espiritualidad, hacerse un lazo de comunión entre las almas, un ejercicio de todas las gracias de Dios. — Lutero ha escrito sobre la epístola a Filemón el siguiente prefacio: "Esta carta es un delicioso ejemplo de amor cristiano. Pues vemos con qué tierno interés Pablo se ocupa del pobre Onésimo, intercede por él ante su amo por todos los medios en su poder, se pone en

el lugar del esclavo, como si él mismo hubiera pecado. Y hace todo esto, no por presión o usando de autoridad, como habría tenido derecho , sino que renuncia a su derecho, a fin de obligar con tanta mayor seguridad a Filemón a renunciar al suyo. Pablo imita ante Filemón, y en favor de Onésimo, lo que Cristo ha hecho en nuestro favor ante su Padre. Pues Cristo se despojó así de su derecho, y, a fuerza de humildad y de amor, obtuvo del Padre que pusiera de lado su ira y su derecho, y que nos recibiera en gracia por amor de Cristo y de su intercesión. Así todos nosotros somos sus Onésimos, si creemos en él".

EPISTOLA DE PABLO A FILEMON

I. *Salutación apostólica; acciones de gracias por la fe, el amor, la abnegación de Filemón, 1-7.* — II. *Intercesión por Onésimo; comunicaciones personales, 8-25.*

I. FIRMA. VOTO APOSTÓLICO. ACCIONES DE GRACIAS. — 1º Pablo, asociándose a Timoteo, desea a Filemón, a algunos amigos y a la iglesia la gracia y la paz. (1-3). — 2º Da gracias por la fe y el amor de Filemón y ora para que esa fe crezca por todo el bien que se hace y que es para Pablo un motivo de gratitud y de consuelo, lo mismo que de gozo para los santos. (4-7).

1 Pablo, prisionero de Cristo Jesús [1], y Timoteo, el hermano [2], a
2 Filemón, nuestro amado y colaborador [3], y a Apfia la hermana [4],
y a Arquipo, nuestro compañero de milicia [5], y a la iglesia que
3 está en tu casa [6]: ¡Gracia a vosotros y paz de parte de Dios Padre
nuestro y del Señor Jesucristo [7]!

1. Efes. 4:1, nota; comp. más abajo, 10-13.

2. Fil. 1:1; Col. 1, nota.

3. Asambleas religiosas se celebraban en su casa (v. 2) y los versículos 6 y 7 muestran cómo compartía Filemón los trabajos del apóstol, bien que no fuera propiamente del apóstol, bien que no fuera propiamente un evangelista como Timoteo y Tito.

4. "La hermana", o, según una variante, "la amada". Era probablemente la esposa de Filemón.

5. Comp. 2 Tim. 2:3. Arquipo tenía a su cargo funciones en la iglesia de Colosas (Col. 4:17), y pertenecía probablemente a la familia de Filemón. Pablo le llama su *compañero de armas*, bien que sin duda jamás Arquipo fué asociado a los trabajos del apóstol, mas todos los que obedecen a Jesucristo son soldados de un mismo ejército.

6. No era probablemente toda la iglesia de Colosas, sino una parte solamente que se reunía en casa de Filemón. (Comp. Rom. 15:5, nota). Bien que la carta sólo concierne a Filemón y su familia, Pablo menciona la iglesia en la dirección. "Hay para ella en esto como una invitación tácita a acoger en su seno al esclavo ahora cristiano". *Oltramare.*

7. Comp. Rom. 1:7, nota.

4 Doy gracias a mi Dios siempre haciendo mención de ti en mis
5 oraciones [8], oyendo de tu amor y de tu fe que tienes para con el
6 Señor Jesús y para con todos los santos [9], para que la participa-
ción de tu fe sea activa en conocimiento de todo el bien que hay
7 en nosotros para Cristo Jesús [10], pues tenemos mucho gozo y con-
solación por tu amor, porque las entrañas de los santos han sido
recreadas por medio de ti, hermano [11].

8. 2 Tim. 1:3; Rom. 1:9.

9. Gr. "Oyendo tu amor y la fe que tienes para el Señor Jesús y para con todos los santos"; es decir, *amor* y *fe al Señor*, y de esta fuente emana el *amor* para todos sus redimidos.—Ante todo, Pablo se coloca con Filemón en la comunión de una misma fe, de un mismo amor, a fin de dar a la demanda que va a dirigirle su verdadero carácter y una fuerza divina. (Vers. 6). Y es lo que hace siempre al encabezar todas sus exhortaciones, de cualquier naturaleza que sean. Sabe que, sin la vida de la fe y del amor, no hay obediencia.

10. La *comunión* que viene de una misma *fe* es, para los fieles, un poderoso medio de acción; y, por otra parte, *reconocer el bien que está* en los cristianos es un gran estímulo a abnegarse *para Cristo*, para su servicio y el progreso de su reino. Tal es la interpretación generalmente dada de este versículo. Es la única admisible si se lee con el texto recibido y algunos manuscritos: "el bien que está *entre vosotros*", cristianos de Colosas. Mas el pensamiento del apóstol sería muy general y sin relación con el objeto especial de la carta. M. Oltramare propone una explicación ingeniosa que evita este inconveniente. Pablo querría decir: "*que la comunión de fe* que nos une *sea eficaz* para hacerte *conocer todo bien*, todo pensamiento de caridad, que está *en nosotros*, en mí, Pablo", a saber, el pensamiento de la gracia de Onésimo. Pablo querría así preparar insensiblemente a Filemón para la solicitud que le formulará al instante. La dificultad que encuentra esta interpretación está en las palabras: *para Jesucristo*, que parecen superfluas. Sin embargo se puede decir que el pensamiento caritativo concebido por el apóstol no tiene solamente en vista a Onésimo, al cual aprovechará directamente, sino a Jesucristo mismo que es glorificado por todo sentimiento de misericordia y por todo acto de perdón.

11. El texto recibido dice: "gran motivo de acción de gracias". Esta lección es menos apoyada. Lo que el apóstol ha dicho hasta aquí, y en particular estas últimas palabras, son lo más apropiado para preparar el corazón de Filemón a recibir la solicitud que le va a dirigir en favor de Onésimo. En el espíritu de fe, de caridad, de abnegación en que el apóstol se coloca con Filemón, éste no podrá rehusarle nada. Viene luego al tema de su carta. (Vers. 8-21).

12. *Pablo, anciano, prisionero* de Jesucristo, siente cuánta mayor fuerza tendrá su súplica que una orden. En calidad de apóstol, podía *ordenar* a Filemón que recibiera a Onésimo convertido al evangelio; mas, ¡cuánto más fraternal será esta recepción y más bendita cuando Filemón haya perdonado todo a su es-

II. 8-25. INTERCESIÓN POR ONÉSIMO. CONCLUSIÓN. — 1º Pablo, viejo, prisionero, podría ordenar a su discípulo; suplica humildemente. Intercede por Onésimo, ahora convertido, tan útil cuanto inútil fué: que Filemón le reciba con ternura. (8-12). — Pablo habría querido guardarle a su lado, para que ocupara el lugar de Filemón, mas no ha querido hacerlo sin su consentimiento. Separado de su esclavo por un tiempo, Filemón va a recobrarlo, pues, para siempre, no ya como un esclavo, sino como un hermano amado; si Filemón ama a Pablo, recibirá a Onésimo como a Pablo mismo. (13-17). — 3º Si el esclavo ha hecho al amo algún agravio, Pablo se encarga de repararlo. Filemón acordará ese gozo al apóstol, que está seguro de su obediencia. (18-21). — 4º Comunicaciones personales. Voto apostólico. (22-25).

8 Por tanto, teniendo mucha confianza en Cristo para ordenarte
9 lo que conviene, te ruego más bien por el amor, siendo tal como
10 Pablo anciano, mas ahora también prisionero de Cristo Jesús [12], te
ruego por mi hijo, que he engendrado en mis prisiones [13], Onési-
11 mo, el que en otro tiempo te fué inútil mas ahora tanto a ti como
12 a mí útil [14], al que te he enviado de nuevo. Tú pues a él, esto es,
13 mis entrañas, recibe [15]; al que habría querido retener conmigo,
14 para que me sirviera por ti en las prisiones del evangelio, mas sin
tu consentimiento nada quise hacer, para que no sea como por ne-
15 cesidad tu bien, sino voluntario [16]. Quizá, en efecto, por esto fué

clavo, y vea en él un hermano amado! (Vers. 16). Se puede uno asombrar que Pablo se llame un *anciano*. Por esto Calvino piensa que este término "no designa la edad, sino el oficio". Esto no es casi admisible. Pablo tenía cerca de cincuenta años. La vida misionera que llevaba desde tantos años le había envejecido antes de la edad, y además se sentía en el término de su carrera.

13. En mi cárcel, lo que dobla el amor del apóstol a aquel al que mira con justo derecho como *su hijo*, (Comp. 1 Cor. 4:15; Gál. 4:19).

14. Alusión familiar al nombre de Onésimo, que significa *útil*. Su nombre es ahora una verdad. Y Pablo agrega que ya le ha sido útil, por los servicios que le ha hecho.

15. Comp. v. 7 y 17. Sería necesario que Filemón renunciara a amar a Pablo para no amar a Onésimo. Los manuscritos no presentan menos de cuatro lecciones diferentes para este versículo 12. Según algunos, las palabras *recíbele* no serían auténticas; la construcción sería interrumpida y reanudada solamente en el v. 17 donde Pablo se decide por fin a formular su pedido.

16. Estas palabras probarán a Filemón cuánto estimaba y amaba Pablo a Onésimo, puesto que habría deseado *retenerle a su lado*. (Comp. v. 16). Mas el apóstol, con verdadera delicadeza, no ha querido obrar así, no teniendo el *consentimiento* de su discípulo. Por otra parte, Pablo quería enviar Onésimo a Filemón (v. 11), aunque no fuera más que para reconciliarlos, y para que el esclavo pudiera reparar el agravio que había hecho a su amo (Vers. 18,

16 apartado por poco tiempo para que le poseas para siempre [17], no
ya como un siervo, sino más que siervo, hermano amado, sobre to-
do para mí, pero cuanto más para ti, tanto en la carne como en el
17 Señor [18]. Si me tienes, pues, por partícipe [19], recíbele como a mí [20].
18 Mas si en algo te agravió o te debe, cárgalo a mi cuenta: yo, Pa-
19 blo, lo escribo con mi mano, yo lo pagaré, para no decirte que aun
20 tú mismo te me debes además [21]. Sí, hermano, reciba yo de ti este
21 provecho en el Señor; recrea mis entrañas en el Señor. Persuadido
de tu obediencia te he escrito [22], sabiendo que aún más de lo que
22 digo harás. Mas al mismo tiempo prepárame alojamiento, pues

19). En toda cuestión, la escritura coloca en primer lugar la más delicada probidad.

17. O *eternamente*. Esta palabra, en el pensamiento del apóstol, va mucho más allá del tiempo presente. ¡Qué argumento para Filemón!

18. *En la carne* indica las relaciones temporales que ligaban a Filemón y Onésimo; *en el Señor*, su fe común, que hacía de ellos *hermanos amados*. Y el apóstol no olvida mencionar su propio amor a Onésimo, a fin de hacerle tanto más caro a su amo. ¡Qué profundidad, qué delicadeza, qué potencia de afecto cristiano!—He ahí, en el fondo, cómo resuelve el cristianismo la grave cuestión de la esclavitud: de dentro hacia fuera; no por la violencia, sino por la potencia del amor en Cristo. En efecto, ora se vea en estas palabras: *no ya como un esclavo*, el pedido positivo de libertar a Onésimo, ora se las rentrinja a los sentimientos de Filemón hacia este último, siempre las cadenas del *esclavo* son rotas por el amor, y entonces es imjarlas jamás de nuevo. ¿Qué cristia-
posible que ninguno pretenda for-
no podría imponer las magulladuras de la esclavitud a un *hermano amado?* Los desarrollos del evangelio de Jesucristo han traído necesariamente la abolición de la esclavitud, y la traerán dondequiera. Esclavitud y evangelio son dos cosas tan incompatibles como la luz y las tinieblas, como Cristo y Belial. (Comp. sobre este asunto 1 Cor. 7:21, nota; 1 Tim. 6:1, 2, nota).

19. Gr. "En comunión contigo".

20. Comp. v. 12, nota.

21. Filemón era *deudor* a Pablo de su vida espiritual: Pablo recuerda delicadamente este hecho en favor de Onésimo, y a pesar de ello carga con el *agravio* de este último; moralmente, pues, es poco probable que haya que entender los v. 19 y 20 de un reembolso material. Tal oferta de Pablo, tan pobre, a Filemón que parece haber sido rico, habría herido más bien los sentimientos de este último, tanto más cuanto el apóstol no duda de ningún modo de su prontitud en acordarle más de lo que le pide. (Vers. 21). Por su reconocimiento y por su amor, Pablo pagará su deuda para con Filemón.

22. "Es el apóstol quien se descubre en esta palabra de "obediencia" que, después de lo que ha sido dicho, y de la manera cómo ha sido dicho, no podría chocar en nada a Filemón, bien que recordándole cuál

23 espero que por medio de vuestras oraciones os seré donado [23]. Te
saludan Epafras [24], mi compañero de cautiverio en Cristo Jesús,
24 Marcos [25], Aristarco [26], Demas [27], Lucas [28], mis colaboradores.
25 ¡La gracia del Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu [29]!

es el solicitante que le habla con toda la efusión de la amistad". *Oltramare.*

23. Lo que tuvo lugar en efecto.—¡Qué confianza tenía el apóstol en las *oraciones* de sus hermanos! Por esto se las pide con tanta frecuencia, y él mismo era tan fiel en orar por ellos. (Vers. 4).—La palabra traducida aquí por *alojamiento* significa también *hospitalidad*. Es posible que Pablo pidiera así un nuevo servicio a Filemón, o, por él, a algún otro hermano de Colosas.

24. Col. 1:7; 4:12.

25. El evangelista. Col. 4:10.

26. Actos 19:29.

27. Aún fiel entonces. (Col. 4:14; comp. 2 Tim. 4:10).

28. Col. 4:14.

29. El apóstol abarca a toda la iglesia en este voto de su fe y de su amor. (Vers. 1,2).
